



MS. A. 6. 1. 25
65
M. 8
V. 2



1080011610



V-1311-MI

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN



MUSEO ILUSTRADO

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MUSEO ILUSTRADO

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES,

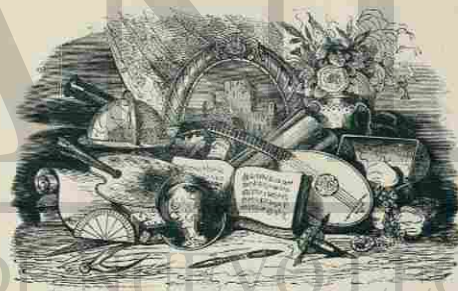
GEOGRAFIA, VIAJES, HISTORIA, POESIA, MECANICA, ARQUITECTURA, AGRICULTURA, HORTICULTURA, ETC., ETC.

GRABADOS EN MADERA Y ACERO

POR

LOS MEJORES ARTISTAS DE PARIS

TOMO SEGUNDO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

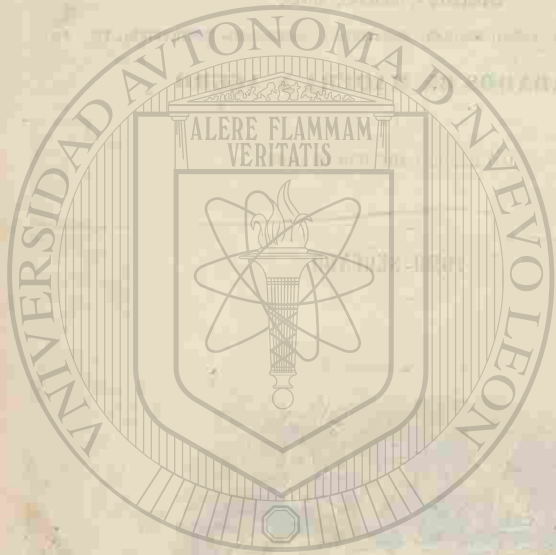
PARIS

ADMINISTRACION DEL CORREO DE ULTRAMAR

CALLE DEL FAUBOURG MONTMARTRE, N. 10

1851

AG 196
-56
M 8
V. 2



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



FONDO
RODRIGO DE LLANO

EL CORREO DE ULTRAMAR.

WATEAU.



CARONNA. P.C.

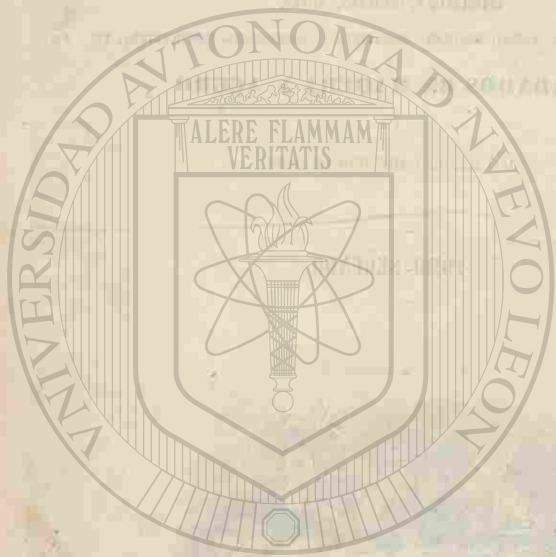
WATTEAU. P.

V. D. C. P. P. P.

La Bista veneciana.

«Un día la Naturaleza, engalanada con adornos franceses, ter Watteau, artista afortunado que, lleno de cariño y re-
tuvo el buen deseo de ver su retrato, y para ello creó al piñ- | conoimiento, no contento con copiarla por todas partes,
T. H.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

AG 196
-56
M 8
V. 2



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIÓN

FONDO
RODRIGO DE LLANO

MUSEO ILUSTRADO.

EL CORREO DE ULTRAMAR.

WATEAU.



CARONNA, P.C.

WATTEAU, P.

V. D'ANCIEN, DEL.

Imprenta de Mouton.

La Festa veneciana.

«Un día la Naturaleza, engalanada con adornos franceses, ter Watteau, artista afortunado que, lleno de cariño y re-
tuvo el buen deseo de ver su retrato, y para ello creó al piñ- conocimiento, no contento con copiarla por todas partes,

T. H.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

trabajó tanto y tan bien que concluyó por embellecerla con mil encantos.»

Estos versos escritos en antiguo francés, y traducidos en prosa española, están muy lejos de ser buenos bajo el punto de vista poético, pero en cambio pintan con la mayor verdad el género de talento con que estuvo dotado el pintor Watteau. Ningun otro pintor ha sido más gracioso que el de este artista; jamás otro pintor ninguno tuvo un dibujo más correcto, un colorido más brillante, suave y encantador al mismo tiempo, y por último jamás una expresión más natural, una composición más fácil y más rica pudo verse nunca en un lienzo.

A poco que se pare la atención en su *FIESTA VENEZIANA*, se podrá adivinar por el grabado, con un poco de imaginación, las delgadas bellezas del original. En medio de un paisaje perfectamente idealizado para deslumbrar los ojos, como dice Fenelon, hay reunida una sociedad de damas y caballeros. Una elegante pareja está bailando al son de una zampogna. Circulan los cumplimientos y galanterías; la alegría, el gozo el amor, se manifiestan en los movimientos, y brillan en todas las miradas; es una dicha y un placer como solo se vieron en aquellos tiempos. El raso, la seda y las más ricas telas deslumbran la vista por todos lados. Híbelaséle sólo muy fácil al pintor el hallar vivos y variados colores en los trajes de la sociedad francesa de su época, y más de una vez ha probado que sabía sacar un partido admirable de lo que veía sin salir de París o de Versalles; pero en esta obra aspira a alcanzar algo más raro y poético todavía; evoca Venecia, la patria de los grandes coloristas, esa hija del Adriático donde pintaron el Bellini, el Giorgion, el Ticiano, el Tintoretto y Pablo Veronese: quiso trasladar al lienzo un sueño dulce y radiante, y pintó la *FIESTA VENEZIANA*.

El genio de Watteau se describe entero en esta obra: todo el que la considere atentamente, reconocerá, casi á primera vista, todos los demás lienzos de este maestro.

Antonio Watteau nació en Valenciennes en 1684, y murió en la aldea de Nogent, cerca de Paris en 1721, á la edad de treinta y siete años.

Se cuenta una anécdota que, á ser cierta, probaría hasta qué punto el arte era un culto para Watteau. Dicese que en su lecho de muerte cuando ya estaba agonizando, se presentó el cura de la aldea para administrarle los últimos sacramentos. El pintor le recibió piadosamente, pero habiendo acercado el sacerdote un crucifijo de marfil muy mal esculpido á los labios del moribundo, este le apartó fuertemente con sus desafiadas manos. Todo el mundo se queda sorprendido; ya comiencian á llamarle loco ó impío, pero bien luego el exclusivo artista esclama que no habla rechazado el sagrado marfil, sino porque estaba esculpido por un ignorante que había envilecido con su grosero trabajo la santa misión del artista!

Á la edad de diez y ocho años Watteau vino á París llamado por los directores de la Ópera. Trabajó en las decoraciones de este teatro, y entró en seguida en casa de Claudio Gillot, pintor de cuadros profanos, y cuyo nombre no se conserva hoy sino en la memoria de los que se ocupan exclusivamente de la historia de las bellas artes. Después nuestro joven tuvo por maestro al famoso Claudio Andran que vivía en el Luxemburgo; entonces se perfeccionó en el dibujo, y estudió el colorido en los cuadros de Rubens que se hallaban á la sazón en los aposentos de este palacio.

Esto fué una fortuna para él. Algun tiempo después pudo exponer dos cuadros conrado con que le vendería, y proponiéndose emplear lo que sacara de ellos en hacer un viaje

á Roma. Singular aberración de un talento que ignoraba su originalidad! Watteau quería estudiar á Rafael y á Miguel Ángel! Es posible imaginar una madona del divino Sanzio, ó un condenado de Buonarroti, cubierto con lastimosas laceradas sorderas de la Realeza?

Por fortuna Watteau no pudo verificar su peregrinación. Un académico, el célebre Lafosse, vió los dos cuadros que presentó, y descubriendo desde luego el talento que en aquellas pinturas respiraba, fué á buscar á su autor, á quien no conocía, y le dijo: «Amigo, mío; no conocéis vuestro talento; sabéis mucho más que nosotros, y podéis honrar nuestra Academia.»

Watteau pintó entonces el *EMBAJO PARA GIBRELA*, ese delicioso cuadro que se halla en el museo del Louvre, y fué recibido en la Academia bajo el título de *FIESTAS DE FIESTAS SALANTES*. Desde aquella época su reputación fué creciendo de día en día. Llamado á Inglaterra hizo varios cuadros en el año de 1730, que pasó en este país, y desde entonces los Ingleses han cubierto de oro sus composiciones por donde quiera que las han hallado. Su salud se alteró considerablemente con las frías nieblas de Londres; se apresuró á salir de Inglaterra, pero ya era demasiado tarde; cuando llegó á Francia fué para morir como hemos dicho, el 26 de julio del siguiente año.

J. J. ARNOUX.

NACE EL HOMBRE CON LA IDEA DE DIOS?

NOTABLE EXPERIENCIA HECHA CON UN NIÑO.

M. Sinteris, después de haber habitado largo tiempo en una ciudad alemana, se retiró al campo á vivir en una casta aislada. Estaba sumamente triste porque había perdido á su muger joven aun á quien amaba mucho, y no le había quedado de ella más que un niño de tierna edad. El mismo educado á su hijo en un aislamiento completo, é hizo de manera que no pudiese oír ni leer el nombre de la divinidad.

Dos motivos tuvo para esto; el primero era que temía, como Rousseau, que su discípulo no concibiese una idea falsa del Ser Supremo, si se le daba antes de que su inteligencia estuviese bien desarrollada, y el segundo, que quería hacer con su hijo una experiencia cuyo resultado buscaba con ahínco. Los filósofos y los teólogos de su país agitaban á la sazón una cuestión que no carece de interés para el conocimiento de la naturaleza humana; tratabase de saber si el hombre nace ó no con la idea de Dios.

Este niño, el mismo es quien lo cuenta, no tenía comunicación ninguna sino con su padre. Las lecciones se las daba ordinariamente al aire libre, en presencia de los objetos y fenómenos de la naturaleza que formaban su objeto principal: la lengua latina la aprendía al mismo tiempo que la propia, aunque sólo de viva voz, porque el discípulo no aprendió á leer sino muy tarde. Á la edad de diez años no había oído ni leído el nombre de Dios. Sin embargo, á defecto del nombre, el discípulo sintió vivamente la necesidad del objeto, y creyó haberlo encontrado en el sol. Como este astro deslumbrador parece pasarse todos los días del levante al poniente, espaciándose sobre la tierra las luces y el calor, el niño no tuvo un momento en hacer de él un ser viviente, como lo hizo el antiguo paganismo; pero guardó el mayor silencio sobre este punto. Todas las mañanas, cuando había buen tiempo, se iba misteriosamente al jardín para presenciar el espectáculo de la salida del astro del día y rendirle sus

homenajes. Ninguna vestal le tuvo nunca un culto más cordial, sincero y puro, como el mismo lo confesó después.

Su padre, que sospechó lo que pasaba, sorprendió un día al joven idolatra cuando estaba arrodillado, y con los brazos abiertos hacía el cielo, con sus ardientes plegarias á aquella divinidad que se había hecho.

El padre conoció entonces que ya era tiempo de elevar á su hijo de la criatura al Criador, y para ello le dió algunas lecciones de astronomía, haciéndole entender que todas las estrellas fijas que brillan con su propia luz, son otros tantos soles esparcidos en la bóveda inmensa de los cielos.

Este descubrimiento llenó de desolación el alma de aquel niño, porque ya no sabía hacia quien dirigir su pensamiento, su gratitud y sus deseos. Para consolarle, su Mentor le habló por fin del Ser Supremo dueño y ordenador de todo el universo.

Mediante esta sistemática educación, el padre resolvió, de hecho, la gran cuestión de los sabios de su país, pudiendo ver al mismo tiempo cómo la naturaleza humana, inocente y pura todavía, llama á un Dios, á un solo Dios, y cómo, cuando no tiene á nadie que la ayude, le busca entre los objetos sensibles que mas despiertan su atención, dirigiéndose al astro cuyo esplendor oscurece todos los demás desde que se presenta, y que evidentemente es el ser bienhechor por excelencia de todos los habitantes de la tierra. Así nació el culto del sol en los antiguos tiempos; ese culto que en épocas modernas hemos hallado en las Américas, en los pacíficos y prósperos Estados de los Incas. La experiencia que el padre hizo con su hijo merece la atención en el dominio de la ciencia; pero también le costó bien caro en un principio al pobre niño que había criado con su Dios, y que experimentó el mayor desconsuelo cuando lo hubo perdido, sin saber en donde debía reposar su alma en adelante.

Su madre, si hubiese vivido, no se habría prestado seguramente á hacer semejantes experiencias con su hijo.

El P. GIRARD.

LA GALERIA DEL PALACIO DE SCIARRA EN ROMA.

El palacio Sciarra, situado junto al templo de Antonino el Pioleoso, ha dado su nombre á una plazuela que hay en la calle principal de Roma, el Corso. Su arquitectura se hizo por los dibujos de Flaminio Ponzio, excepto el pórtico de mármol blanco atribuido á Vignola ó Antonio Labacco.

Los cuadros que constituyen en el día la única celebridad de este palacio, se hallan distribuidos en los salones del piso principal. En la puerta de la galería hay una inscripción que dice así: «Se previene que no se puede entrar en esta galería sin dar un escudito al guarda.» Este aviso poco grato para los jóvenes artistas, paraliza la sonrisa en sus labios y más de uno se detiene tristemente á los umbrales de aquella puerta inhospitalaria. El que viaja por diversion, desviado á verjo todo á cualquier precio, pasa adelante sin reparar en esto. En la antecámara hay un viejecillo con medias de seda y pantalón corto, vestido con un pañete negro muy ásido y la cabeza adornada con la antigua coleta; este es el guarda que recibe el escudo con mucha seriedad, y sin dar las gracias, fácilmente se adivina en su actitud que esta contribución impuesta á los forasteros, entra, no en su bolsa, sino en la de los dueños del palacio, quienes, por otra parte, no tienen inconveniente en emplearla en la conservación de la galería. Los empolvados sillones y los sofás medio desvencijados ya, atestujan sin embargo bien á las claras que los

principes Sciarra fueron en otros tiempos menos infortunados. Además, el producto de esta espoliación puede bastar cómodamente á la existencia de un noble romano de nuestra época. El artista que quiere copiar un cuadro de la galería tiene que pagar un número de escudos determinado, calculado según la celebridad de la obra: la tarifa está pegada en un papel en un rincón de la antecámara.

Sea como quiera, la galería Sciarra no es de aquellas que puede olvidar el viajero, por corta que haya sido su estancia en Roma. Entre otros muchos cuadros de los grandes maestros hay dos que bastarían para hacer célebre el museo de una ciudad cualquiera, que son LA VANDIA y LA MORESTIA por Leonardo da Vinci y un retrato por Rafael.

Las dos figuras del primero de estos cuadros no tienen mas que el busto; el contraste de sus expresiones tiene un encanto indefinible, y una vez que se han visto estas dos hermosas personas tan diferentes, se quedan fijas en la imaginación eternamente. Qué moralista ha hecho nunca un análisis tan concienzudo del defecto de la vanidad y de la virtud de la modestia? Y qué lienzo prueba mejor que se puede ser tan gran filósofo como el pincel como con la palabra?

El retrato por Rafael no es menos grande é interesante. Noiteza, serenidad, dulzura, las mas hermosas cualidades del alma respiran en ese joven rostro desconocido. Quien fué el hombre dichoso inmortalizado así por el divino artista? Esto es lo que nunca se ignora. Es acaso una alegoría el arco que lleva en la mano, queriendo sin duda alguna significar que era ese hombre joven un músico celebre del siglo XVI? La fecha que lleva el lienzo, 1518, no nos ha revelado su nombre hasta hoy día; acaso llegará un tiempo en que un viejo manuscrito, un contrato, las cuentas de una capilla desahucadas por algun erudito nos descubrirá de repente el nombre: la historia de los pasados siglos se construye de este modo poco á poco, gracias á la paciencia de los sabios, en tanto que el tiempo presente acumula y entierra á su vez millares de enigmas para el porvenir.

Solo se conocen veintisiete retratos al óleo de Rafael considerados como obras auténticas, entre los que se cuentan los de Lorenzo y Julian de Medici, Bembo, Juan della Casa, Carondetto, Baltasar Castiglione, Inghirami, Baldo, Bartolo, Bindo, Alivisati y Juana de Aragón.

Las cartas y memorias de los contemporáneos están acordados en decir que en los retratos de Rafael lo primero que había era el mérito del parvulo.

Se cuenta, aunque en esto debe haber alguna exageración, que el cardenal Desia, delfino de León X, entró una vez en una sala apenas sembrada de donde estaba el retrato de este Papa y se arrodilló ante la pintura presentando unas letras á la firma.

La condesa Hippolita, muger del conde Baltasar de Castiglione, escribió en versos latinos á su marido ausente, que no podía apartar los ojos del lienzo en que le había representado Rafael: «Cuando estoy sola, miro tu imagen pintada por el mano de Rafael; y al punto desaparece la tristeza; me sonrío, la hago ademanes de amistad, la hablo, y me parece que me oye y se mueve un poco como si fuera á responderme con lo voz. Tu hijo te reconoce y te llama su padre; y así me consuelo mirándote, y así procuro engañar la lentitud del tiempo.»

Bembo escribió también en estos términos al cardenal de Santa Maria in Portico, para notarle que Rafael había hecho el retrato del poeta Tebaldo: «Rafael acaba de pintar á nuestro Tebaldo con tanto acierto y verdad, que no se parece tanto á sí mismo, como se le parece en la pintura.»

Nosotros no podemos ser jueces competentes del parecido de estos retratos, pero hasta en el grabado, impotente hasta cierto punto para reproducir su belleza, revelan una fuerza intelectual, un sentimiento profundo de la vida y tan grande superioridad que pueden ponerse al lado de las obras más célebres de este maestro. Haya sido el modelo feo ó hermoso, en la flor de la juventud ó agobiado bajo el peso de los años;

en una condición inferior ó disfrutando de todos los favores de la fortuna y de la nombradía, el pincel de Rafael supo siempre darle un carácter de nobleza real, de genio y serenidad que hacía suponer que el sublime pintor no quiso reproducir otras facciones que las de personas de un mérito eminente, si no se supiese que el artista, aun sin quererlo, manifiesta siempre una parte de su alma en las obras que salen de su mano.



Galería Sciarda.—Un retrato por RAFAEL.

LA GRACIA DEL DRABO.

POR
JORGE SAND.

I.—EL AUTOR AL LECTOR. (1)

Esta cuarteta en francés antiguo, puesta debajo de una composición de Holbein, está impregnada de una profunda

(1) Con el sudor de tu rostro—gánaras tu pobre vida—después de mucho trabajo y cansancio—no te espere más que la muerte.

similitud en medio de su sencillez. El grabado representa un labrador con su ganado en mitad del campo, un ancho horizonte se ve á lo lejos, y el sol se oculta ya detrás de la colina. El anciano campesino, contrahecho y cubierto de harapos, concluye su trabajo del día, los cuatro caballos de su yunta están fijos y estenuados; el arado mellado y rebelde surca con pesadez la tierra. Un solo personaje tiene aire de contento en esta escena de *sudor y de miseria*. Un personaje fantástico, un esqueleto armado con un látigo que corre por el surco al lado de los caballos espantados pe-

gándoles de golpes, sirve así de mozo al viejo labrador. Este personaje es la muerte, espectro que Holbein, introdujo alegóricamente en su serie de cuadros, filosóficos y religiosos, ligúbricos y grotescos á la vez, titulada; *los Simulacros de la Muerte*.

En esta colección, ó mas bien en esta vasta composición en que la muerte, presente siempre, forma el lazo del pensamiento dominante, Holbein pintó soberanos, pontífices, amantes, jugadores, borrachos, monjas, cortesanas, bandidos, pobres, guerreros, frailes, judíos y viajeros, en fin todo el mundo de su tiempo y del nuestro, y por todas partes descuella el espectro irónico de la muerte, amenazador y triunfante. En un solo cuadro se halla ausente, y es en aquel en que el pobre Lázaro, echado en un muladar á la puerta del poderoso, declara que no la teme; sin duda porque nada tiene que perder y porque su vida es una muerte anticipada.

Este pensamiento estóico del cristianismo semi-pagano del renacimiento, es bastante consolador para las almas religiosas? El ambicioso, el tuante, el tirano y el libertino, todos esos soberbios pecadores que abusan de la vida, y que la muerte tiene asidos por los cabellos, serán sin duda castigados; pero el ciego, el mendigo, el loco y el infeliz campesino, encuentran una compensación de su larga carrera en la idea de que la muerte no es un mal para ellos? No: una implacable trisiteza, una horrible fatalidad pesa sobre la obra del artista como una maldición amarga dirigida al porvenir de la humanidad.

Esta es la dolorosa sátira, la pintura verdadera de la sociedad que Holbein tenía ante sus ojos: crimen y desgracia, eso era todo: pero nosotros artistas de otro siglo, que debemos pintar? Buscaremos en el pensamiento de la muerte, la remuneración de la humanidad de hoy, y deberemos invocarla como el castigo de la injusticia, y la compensación del dolor?

No, nada tenemos que ver con la muerte, se trata por el contrario de la vida. Nosotros no creemos ya, ni en la nada de la tumba, ni en la salvación á costa de una renuncia obligatoria: queremos que la vida sea buena, porque la deseamos desde luego fecunda. Lázaro debe salir de su muladar, á fin de que el pobre no siga negociándose con la muerte del rico; todos deben ser felices para que la dicha de unos pocos no sea criminal y maldita de Dios: el labrador al sembrar el trigo debe saber que trabaja en la obra de la vida, y no debe regocijarse en que tiene la muerte á su lado, y por último la muerte no debe ser ya más el castigo de la prosperidad, ni el consuelo del infortunio, porque el destino que le ha dado Dios, no es el de castigar, ni el de servir de compensación á la vida, á una vida bonita por su mano, y la tumba no debe ser un refugio para enviar á todos aquellos á quienes no se ha querido hacer felices.

Algunos artistas de nuestros tiempos considerando detenidamente las cosas que los rodean, se consagran á pintar el dolor, la abyección de la miseria, el muladar de Lázaro: tal vez todo ello entra en el dominio del arte y de la filosofía, pero después de haber pintado con tan negros colores la miseria, se imaginan haber llenado su objeto, y creen que los resultados son tan saludables como lo desean. No nos atrevemos á asegurarlo, aunque podría decirse que al mostrar ese abismo abierto bajo las frágiles bases de la opulencia, espantan á los ricos malvados como en tiempo de la *dance macabre* (1) le enseñaban su sepultura y la muerte

(1) Baile infernal en que figuran los muertos de todas condiciones: alegoría que tiene por objeto figurar la fatalidad que condena á morir á todos los hombres.

pronta á enterrarle en sus inmundos brazos: en el día se le muestra al bandido desorientado su puerta, y al asesino espantado su sueño. Por nuestra parte, confesamos humildemente que no comprendemos como podrá reconciliarse con la humanidad que desprecia, al como podrá hacerse sensible á los dolores del pobre, á quien teme, cuando ese mismo pobre se le presenta bajo la forma de un presidiario fugitivo, y de un ladrón nocturno. La horrible muerte reclinando los dientes y tocando el violín en los cuadros de Holbein y sus antecesores, no han podido bajo este punto de vista, ni convertir los perversos, ni consolar las víctimas. Acaso nuestra literatura lleva en esto el mismo camino que los artistas de la edad media y del renacimiento?

Los bellos días de Holbein aparecen llenando sus copas con una especie de furor, para alejar la idea de la muerte que, invisible para sus ojos, les está sirviendo de escancelador.

Alberto Durero, Miguel Ángel, Holbein, Galot, Goya, han pintado terribles sátiras de los males de su siglo y de sus países, que han quedado como obras inmortales, como páginas históricas de un incontestable valor; pero ahora queremos preguntar, sin negar por eso á los artistas el derecho de sondear las lagas de la sociedad y descubrirlas á nuestros ojos, si muestra misión actual es la de presentar pinturas de miseria y horror? Lo que mas nos place en esa literatura de misterios é iniquidades que el talento y la imaginación han puesto á la moda, son las figuras dulces y suaves de los malvados de efecto dramático, porque ellas pueden producir algunas conversiones, en tanto que las otras meten miedo, y el miedo no cura el egoísmo, sino que por el contrario lo aumenta.

A nuestro juicio, la misión del arte es una misión de sentimiento y de amor, y así creemos que la novela actual debería reemplazar las parábolas de los tiempos primitivos, y que el artista debe cumplir una tarea mas amplia y mas poética que la de proponer algunas medidas de prudencia y de conciliación para atenuar el espacio que inspiran sus pinturas. Su fin debería ser el de hacer azar los objetos que presenta en escena, embellecidos un poco, si es preciso. El arte no es un estudio de la realidad positiva, sino una investigación de la verdad ideal.

Perdonéme estas reflexiones que pongo aquí á manera de profecía. En cambio, no habrá ninguna en la historieta que voy á contar, que será tan corta y sencilla, que no me hubiera atrevido á darla sin decir antes lo que pienso de los dramas terribles.

Me he dejado arrastrar á estas digresiones pensando en un labrador cuya historia me propongo contar, lo que voy á hacer seguidamente.

Acababa de considerar detenidamente y con una profunda melancolía al labrador de Holbein, andando por la orilla de una heredada que algunos campesinos estaban disponiendo para la siega. El campo era espacioso como en el cuadro de Holbein, y el paisaje era grande también: dilatadas líneas de verdura un poco tostada por la proximidad del otoño, rodeaban aquel ancho terreno de un color negruzco, en cuyos surcos las últimas lluvias habían dejado algunas líneas de agua que el sol hacía brillar como otros tantos filifios de plata. El día estaba claro y templado, y la tierra recién arada exhalaba un ligero vapor. En lo alto del campo, un anciano cuyas anchos hombros y rostro severo recordaban al de Holbein, pero cuyos vestidos no anunciaban la miseria, empujaba con gravedad su arado de forma antigua, arrastrado por dos bueyes de un amarillo claro, verdaderos patriarcas de la pradera, altos, algo delgados, con los cuernos

argos y caldos, un par de antiguos trabajadores que la costumbre hizo mexicanos, como los llaman en el campo, y que, privados uno de otro, se niegan á trabajar con un nuevo compañero, dejándose morir de pena. Las personas que no conocen el campo dicen que la amistad del buey por su camarada de yugo es una fábula; pero no tienen mas que entrar en un establo, y cuando vean un pobre animal flaco, estenuado, perándose con la cola en sus flancos descarnados, soplando desdichosamente en la comida que le traen, con los ojos vueltos siempre hacia la puerta, u oliendo los yugos y cadenas que llevó su compañero, y llamándole con deplorables maldades, el boyero le dirá: «un par de bueyes perdidos: su hermano ha muerto, y esto no trabajará ya más. Lo que habéis que hacer sería engordarle para matarle luego, pero no quiere comer nada, y pronto se morirá de hambre.»

El anciano labrador trabajaba lentamente, en silencio, sin hacer inútiles esfuerzos; su yunta no se apresuraba tampoco, pero gracias á la continuidad de un trabajo constante, el surco quedaba abierto tan pronto como el de su hijo, que guiaba, á alguna distancia, cuatro bueyes menos robustos, en un terreno mas cerrado y pedregoso.

El anciano entonaba de cuando en cuando ese canto solemne y melancólico, que la tradición del país va transmitiendo, no á todos los labradores indistintamente, sino á los mas diestros en el arte de escalar y sostener el ardor de los bueyes del campo. Este canto, cuyo origen se consideró tal vez en un tiempo como sagrado, y al cual (una deidad atribuyó antiguamente ocultas y misteriosas influencias, esta reputado aun en el día como una virtud para alentar á los animales, aligerar su descontento y disipar el fastidio de su larga labor. No basta saberlos cantar para que el surco sea derecho, sino que es necesario también aligerar la pena levantando ó hundiendo la refaja cuando hace falta, y no se puede ser un labrador perfecto si no se sabe cantar á los bueyes, ciencia que exige un gusto y disposiciones particulares.

Este canto, á decir verdad, no es mas que una especie de recitado interrumpido y vuelto á comenzar sin regla ninguna conocida: su forma irregular y sus falsas entonaciones, musicalmente hablando, le hacen intraducible, pero no por eso deja de ser bellissimo, y tan adecuado á la naturaleza del trabajo que acompaña, al paso del buey, al sosiego de los silos agrestes, y á la sencillez del humbre que lo canta, que ningún genio extraño á la labranza de la tierra hubiera podido inventarlo, y que ningún cantante, mas que un buen labrador, sabría cantarlo. En las épocas del año en que no hay otro trabajo ni movimiento en el campo que el de la labranza, este canto tan dulcemente poderoso, se deja oír como una voz de la brisa, con la cual tiene cierta semejanza por su sonido particular. La nota final de cada frase sostenida y prolongada con una fuerza de aliento increíble, sobe un cuarto de tono falseando sistemáticamente. Esto será salvaje si se quiere; pero el encanto es invencible, y una vez que el oído se acostumbra, se dice uno que es imposible que otro canto ninguno pueda elevarse á aquellas horas y en aquellos silos, sin echar á perder toda su armonía.

Yo conocía al anciano y á su hijo y sabía su historia, porque tenían en efecto una historia, como todo el mundo tiene la suya: cada cual podría hacer interesante la novela de su propia vida, habiéndola comprendido bien.... Aunque campesino y sencillo labrador, German había sabido darse cuenta de sus deberes y afectos, que me contó ingenuamente, con claridad, escuchándole yo con grande interés. Cuando le vi arar bastante tiempo, me pregunté porque no

podría escribirse su historia aunque en realidad fuese una historia tan sencilla y recta y tan poco adornada, como el surco que trazaba en el campo con sus bueyes.

El año que viene, ese surco desaparecerá y vendrá otro nuevo: así se imprime y desaparece la huella de los hombres en el campo de la humanidad; y un poco de tierra basta para horrarla, y los surcos que abrimos en la vida se suceden los unos á los otros como las tumbas en los cementerios. El surco del labrador no es acaso igual al del ocioso, que tiene sin embargo un nombre, un nombre que se conservará, si por una singularidad ó un absurdo cualquiera, mete un poco de ruido en el mundo.

Arranquemos, pues, del olvido, si es posible, el surco de German, el buen labrador; él no lo sabrá ni se acordará de ello, yo por mi parte aseguro que hago esta tentativa con gran placer.

II.

GERMAN, EL BUEN LABRADOR.

— German, te dije un día su suegro, tienes que decidirte á volverte á casar. Ponto hará dos años que estas viudo de mi hija, tu chico mayor ya á entrar en los siete años, tú cumplirás luego los treinta, y ya sabes, hijo mío, que pasada esta edad se dice el lugar que el hombre es ya demasiado viejo para encontrar mujer: tienes tres muchachos que hasta ahora nada nos han dado que hacer; mimujer y mi nuera los han cuidado y querido como debían. Perico está ya hecho un hombre, sabe picar los bueyes, guardar los animales en el prado, y llevar los caballos á la fuente; así no es este el que nos atormenta, sino los otros dos que sin embargo, Dios sabe cuando les queramos pobres inocentes! Mi nuera está embarazada, y aun tiene el último en manillas, cuando venga el otro, ya no podrá cuidar de tu Solange y sobre todo del Silvano, que tiene cuatro años y que no se está quieto ni un instante de noche ni de día. Es vivo como tú, será un buen trabajador, pero en el día es un diablillo, y mi pobre vieja, no tiene ya fuerzas para alcanzarle cuando corre al barranco ó se meto entre los pies de las caballerías. Ademas con el otro que mi nuera va á dar á luz, el que tiene ahora en brazos te dirá que ir á parar á mi mujer, con que ya ves que tus chicos son una carga para nosotros. Los muchachos mal cuidados no están bien, y al pensar que puede sucederles alguna desgracia por falta de vigilancia, no se puede menos de estar en bridas. Así, pues, lo que debes hacer es casarte; piensa un poco en ello, porque ya te he dicho muchas veces que se van pasando los años sin sentir, y por tus hijos tanto como por nosotros, que queremos que todo vaya bien en la casa, tienes que buscar una mujer lo mas pronto posible.

— Pues bien, padre mío, respondiéndole el yerno, puesto que así lo deseáis tratarse de daros gusto, pero os aseguro que lo haré de mala gana, porque tantas ganas tengo de casarme como de echarme al río. Se sabe muy bien lo que se quiere, pero no lo que se halla, como dice el refrán. Tuve una mujer bella, sosegala y animosa, buena para sus padres, su marido é hijos, buena para el trabajo tanto en los campos como en la casa, en una palabra, diestra y buena para todo, y cuando me la disteis y la tomé, no pusimos en nuestras condiciones que la olvidaría si tenía la desgracia de perderla.

— Lo que estás diciendo prueba tu buen corazón, German, repuso Mauricio; sé que amas á mi hija, que la quieres feliz, y que si hubieras podido contentar á la muerta poniéndote en su lugar, Catalina estaría con nosotros á estas

horas, y tú en el cementerio. Bien merecía que la amaras así, y si tú no puedes consolarte de su pérdida, á menos nos consoláremos nosotros; pero no te estoy diciendo que la olvides. El Señor ha querido llevarla, y ni un solo día pasaremos sin darla á conocer con nuestras oraciones, pensamientos y palabras que respetamos siempre su memoria y sentimientos mucho el que se haya ido, mas si pudiese hablarte desde el otro mundo, y darte á entender su voluntad, te ordenaría buscar una madre para tus pobres huérfanos; no se trata más que de encontrar una mujer digna de reemplazarla; ya sé que esto no es fácil, pero no lo creo imposible, y en cuanto la hallemos, estoy seguro que la amaras como á mi hija, porque eres un hombre honrado, y no podras menos de agradecerle sus servicios y el amor á tus hijos.

— Está bien, señor Mauricio, dijo German, haré vuestra voluntad como lo tengo de costumbre.

— Hay que hacerle la justicia de decir que siempre has escuchado las razones del jefe de la familia; así, pues, tratemos juntos de elegir tu nueva mujer. Primeramente no creo que te conviene el buscar una joven; la juventud es ligera, y como es una carga un poco dura el educar tres criaturas, sobrellevar todo cuando son de otra, necesitas una mujer paciente, dulce y laboriosa, de la misma edad que tú poco mas ó menos, porque de otro modo no podría llenar como es debido semejante deber, diría que tú eres viejo, y tus hijos muy jóvenes, y en último resultado estos lo pagarán.

— Esto es lo que me inquieta, dijo German, si por una casualidad los maltratoe y los aborreciese...

— No lo quiera Dios! reposó el anciano; pero en la comarca las malas mujeres son mas raras que las buenas, y sería muy extraordinario el no acertar á escoger la que conviene.

— Es verdad, padre mío, las muchachas son todas buenas aquí. La Luisa, la Juana, la Francisca, la Margarita... en fin la que quieras.

— Vamos con tiento, no hay que precipitarse; todas esas que acabas de nombrar son ó muy jóvenes ó muy pobres... ó muy bonitas, porque al cabo es nuestro pensar en todo, hijo mío. Una mujer bonita por lo común no están arreglada como las otras.

— Según eso deseáis que me case con una fea? dijo German con algo de estrañeza.

— No en verdad, porque no hay nada peor que tener chicos feos, delgaduchos y con mala salud, pero debes escoger una mujer bien fresca aun y que no sea ni bonita ni fea.

— Estoy viendo, dijo German sonriéndose tristemente, que tendrémos que hacer una mujer de encargo, con tanto mas motivo cuanto que no queréis que sea pobre, y las ricas no se obtienen fácilmente, sobre todo cuando ya se es viudo.

— Y porqué no ha de ser viuda tambien, German? una viuda sin hijos y con buena fortuna?

— No creo que haya ninguna así en nuestra parroquia?

— Es verdad, pero la hay en otra parte.

— Vamos, ya veo que habéis echado el ojo á alguna, y decidmelo francamente.

— Sí, es una hija de los Leonardos, viuda de un Guerin que vivió en Fource.

— Tanto el pueblo como la mujer me son enteramente desconocidos, respondió German resignado aunque cada vez mas triste.

— Se llama Catalina como la difunta.

(Se continuará.)

LOS CAMPOS ELISEOS EN PARIS.

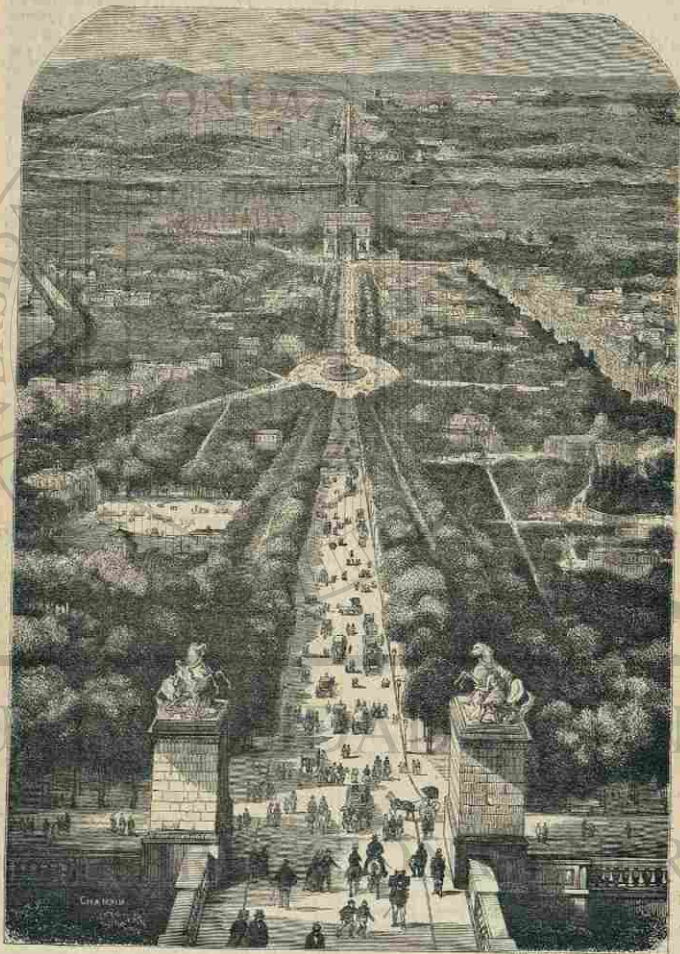
Los Campos Eliseos eran antiguamente un bosque silencioso, lleno de sombra y de frescura donde se iba á buscar un refugio contra el tumulto de la capital. En tanto que allí cerca á las orillas del Sena, las carrozas de los pudientes surcaban los tres bellos paseos de Cours-la-Reine, por entre medio de los transeúntes y de los vendedores de frutas y de buñuelos, en tanto que en los baluartes y en el puente Nuevo los tiliteros, músicos y danzantes atraían en torno suyo una muchedumbre de curiosos, aquellos que preferían el silencio y la tranquilidad iban á sentarse á la sombra de los copulos árboles, para conversar ó meditar como hacían los sabios de la fábula en los campos privilegiados del mundo subterráneo.

En el día los Campos Eliseos son bien diferentes. Qué transformación! cuánta grita, cuánto brillo! Los carruajes y caballos que antes iban por Cours-la-Reine van ahora por medio del paseo; todas las diversiones, todas las curiosidades de los puentes, de los muelles y de los baluartes se han trasladado á las calzadas. Desde las dos ó las tres de la tarde, ginetes, amazonas, carruajes de toda especie, desde los mas elegantes hasta los mas vulgares, corren y se cruzan por la calle principal que conduce de la plaza de la Concordia á la barrera de la Estrella; los jugadores de buchas se ven rodeados de espectadores; por la noche: mil luces se encienden por todas partes; los cánticos, las risas, un ruido nunca interrumpido resuena en todo el espacio; se abren los cafés, las fondas, los teatros ambulantes; la distracción y el placer, con sus mil caprichos, se despiden bajo los árboles; ya no se viene á pensar y á respirar el aire fresco en este silo; se viene á mirar las miradas con el variado juego de las luces y las estrepitosas escenas que cambian á cada paso.

Nuestro dibujo presenta en miniatura el aspecto de este hermoso paseo envuelto por todas las grandes ciudades de la Europa. Subiendo á la derecha por la calle, se encuentran bonitos cafés levantados al aire libre, lujosos teatros donde hombres y mujeres elegantemente vestidos cantan canciones y piezas de las mejores óperas; juegos de sorija ó caballos de madera, títeres, flotas aéreas, huques de vola que columpián á la gente por los aires, fondas, magníficas fuentes y el Circo nacional, edificio vasto y ligero, y bozamente decorado. A los bordes del paseo, por este lado, se ven los jardines de los grandes palacios del faubourg St-Honore, entre otros los del palacio del Presidente. A la izquierda del paseo, las curiosidades, los placeres y los edificios son mas variados y numerosos todavía; en medio de los juegos de villar ingles, de los carrés-concursos y de las fondas, se ven sucesivamente el Pantheon, la plaza Marigny donde ponen ordinariamente el edificio de la exposición de la industria; mas allá estan los tiros de pistola y el baile de Mabile, luego el Jardín de Invierno, admirable palacio de cristal, una de las maravillas de Paris; fabricas de cerbeza, ricas y elegantes casas de recreo, y por último, el castillo de las Flores.

Esta variedad incesante de diversiones á cuya enumeración debemos renunciar aquí, causa una especie de asombro, ó más bien de embriaguez á todos los que frecuentan el paseo, ya sean parisienses ó forasteros. En los Campos Eliseos hay mas diversiones y locuras que en todo el resto de la Francia. Parece que los trastornos políticos no penetran jamas allí; ni la lluvia, ni aun la tempestad pueden destruir su alegría; retumba el trueno, bajan cataratas del cielo, la

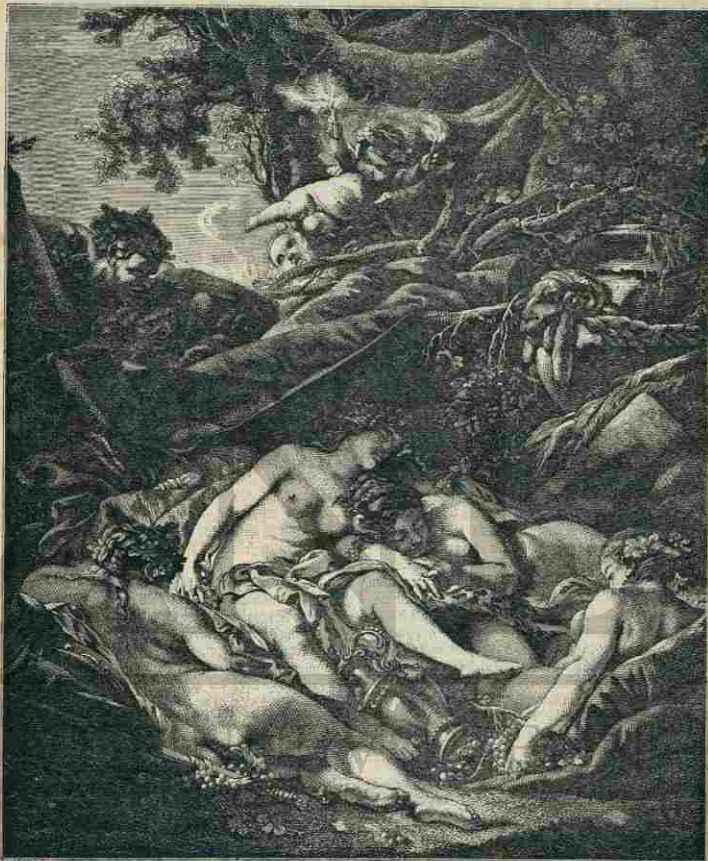
gente se guarece un instante bajo los árboles, en los pórticos y en los cafés, y en cuanto los nubes han pasado, renace la actividad, todo el mundo se agita, la alegría y el tumulto aparecen de nuevo: apenas á las doce de la noche se empiezan á apagar las luces, y los risueños grupos de paseantes se van retirando á sus casas estenuados, aunque



Los campos Eliseos a vista de pájaro. — Dibujo de Champin.

¡nunca hartos, de placeres. El silencio va recobrando con se hallan sumerjidos en la oscuridad; el gas inunda el espacio con sus plateados resplandores hasta el amanecer.

BOUCHER.



Las Ninfas adormecidas. — Imprenta de Bloussat.

Cast á la misma época en que Watteau llegaba de Valenciennes á París, nacia en esta ciudad un hombre que debia gozar de una reputacion inmensa, y muy superior á su talento, en el curso del siglo XVIII. Hallamos de Francisco Boucher del que damos hoy á nuestros lectores una de sus mas célebres composiciones, y una de aquellas en que podemos decir que ha estado afortunado. LAS NINFAS ADORMECIDAS dan una clara idea del estilo de Boucher cuando no le habia aun exagerado de la deplorable manera que lo hizo despues.

Quien no ha oido hablar de Boucher, llamado por los contemporáneos el pintor de las Gracias, y admirado por todo el mundo, hasta por Diderot? Apresurémonos, sin embargo, á decir que Diderot volvió bien luego de la errónea opinion que concibiera sobre este extraño pintor de PASTORALES que no existieron nunca en ninguna parte ni aun en la imaginación de Florian y de Scudéri.

Así fué que despues de haberse dejado llevar en 1761 «del agradable vicio y de la extravagancia tan inimitable y raras

de Boucher, después de haber elogiado su «color, su magia, su buena distribución de luces y de sombras y su gusto», después de haberle comparado al Ariosto en la imaginación, estilo y colorido (monstruoso é inesplicable error !). Diderot le negó en 1765 todas las cualidades que antes le acordara, y juzgándole con una severidad muy justa, se indignó de que se hubiera concedido el título de pintor de cámara a un hombre muy inferior á Crebillon, hijo, hijo focante á las costumbres, al menos por el talento.

A pesar de la palinodia que cantó Diderot, la admiración del siglo por el autor de las *NIÑAS AMORECIDAS* subsistió hasta la aparición del *JURAMENTO DE LOS HONORIOS* de David en 1784.

En 1774, seis años después de la muerte de Boucher, un compilador, que no carece de cierto mérito, Papillon de la Ferté, en su extracto de las diferentes obras publicadas sobre la vida de los pintores, aseguraba que ninguno de ellos «había dibujado más correctamente las mujeres desnudas, ni había manifestado mejor con el pincel la flexibilidad de los muscitos y la blandura de la piel.» Cuando se leen semejantes frases tan llenas de contradicción, duda uno si ha leído bien, y vuelve á principiar otra vez para quedarse más sorprendido todavía.

El talento de Boucher es una pura suposición. Sus paisajes son imposibles. Sus pastoras con las cabeceras rizadas y flecos de cintas, sus vestidos de raso, sus cinturas fuertemente apretadas por el corsé y sus exajeradas gargantillas son ridiculas de todo punto. Si por casualidad la mujer desapareciera en algún nuevo catolicismo como ciertos seres antijulvianos, no sería ciertamente con algún miembro de una Filis de Boucher, que escapara á la destrucción, con lo que un nuevo Olivier reconstituirá la divina imagen de esta Eva salida de las manos de Dios. Hasta los niños de este pintor, sus amorillos tan ponderados ántes son unas vejjgas bichudas de aire, formas humanas desprovistas de toda armazón de huesos, y en cuanto á los animales que pastan en sus prados son verdaderas copias de los juguetes de madera de sus chiquillos, y tan disparatados como todo lo demás.

Cuántas anomalías no cometió este artista que pintó á fuerza de práctica toda su vida ! Aun nos quedan de él varias ilustraciones de Moliere: hay necesidad de añadir que esto es lo peor que hizo; jamás se vió tanta afectación y un estilo más amanerado para interpretar la franqueza, la rectitud, la fuerza del inimitable Moliere.

Boucher hizo tambien viñetas para el *BOLETIN DE PARIS*; todas sus virtudes son otras tantas pastoras ó niñas despiertas ó amorcicadas.

Asimismo intentó ilustrar las grandes escenas del Antiguo Testamento, entre otros asuntos: como el de la *PARTIDA DE JACOB DE CASA DE SARÁN*, el cual interpretó de un modo ligero y escandaloso.

Boucher murió en 1768 á la edad de sesenta y cuatro años, siendo á la sazón el primer pintor de Cámara del rey.

Watteau supo poetizar la elegante sociedad que le rodeaba; solo su colorido es un precioso mambo tendido sobre aquella gente que dotó de un soplo esquisito de vida y de fácil amor. En su obra parece que van desarrollandose las diferentes fases de un sueño prolongado en los bosquecillos de una nueva Citerrea, mucho más encantada que la primera. Y sin embargo á fuerza de arte, de talento, de gusto, de viveza, de gracia, de recursos de imaginación y de magia de pincel, á fuerza sobre todo de corrección de dibujo en sus más inesperados caprichos, su abundante fantasía crea seres que no salen jamás de la esfera de la verdad poética.

Boucher, por el contrario, siempre está en lo fantástico, en lo falso, en lo imposible. Nada más ni menos se destaca en las obras de Watteau; en las de Boucher se quisiera añadir ó quitar á cada instante. Ambos pintaron una naturaleza falsa, costumbres extravagantes hasta la locura, modas absurdas, mujeres que parecían muñecas y hombres que se asemejaban á estas mujeres: era necesario saber elevarse y dominar estas mentiras más ó menos graciosas; solo Watteau supo hacerlo: Watteau es el poeta de aquella edad de transición; Boucher es su novelista, pero un novelista delirante.

J. J. ARSOUX.

M. BROWN O EL POSADERO DE ALBANY.

El 21 de Julio de 1846, dos individuos elegantemente vestidos se aparearon en una fonda de Albany, donde cenaron oparamente. A la mañana siguiente, después de pedir su cuenta, preguntaron por el dueño de la fonda, quien se apresuró á ver lo que querían.

— Me gusta mucho el reloj que está colgado arriba; le dije uno de los viajeros, en tanto que su compañero encendía un cigarro, y recorria con los ojos un periódico. Tendrais inconveniente en cedermelo ?

El posadero que hasta entonces no habia hecho el mayor caso de aquel viejo muelle de familia, se imaginó de repente que contenía sin duda algún tesoro, y fiteólo un poco en responder.

— Vamos á verlo, dijo el viajero.

Y acto continuo las tres personas subieron al cuarto donde estaba el reloj.

— Sabéis, dijo el viajero, que un reloj enteramente igual me ha valido ya quinientos francos ?

— Quinientos francos ! repitió el posadero abriendo los ojos.

— Si, en verdad. Habia tambien uno en una posada de Essex, y un individuo que estaba allí quiso apostar conmigo quinientos francos á que por espacio de una hora iniciaria con su mano derecha el movimiento de la péndola, diciendo sin interrupción: POR AQUI, POR ALLA, y sin añadir una palabra mas. Acepté la apuesta inmediatamente, y en menos de un cuarto de hora los quinientos francos pasaron de su bolsillo al mio. Entonces me propuse comprar un reloj igual, en cuanto le encontrase, á fin de mostrarle en tantas veces se me ocurriese contar esta aventura.

— Ah ! con que ganas está la apuesta ! Si hubiese sido conmigo, os aseguro que la habrais perdido, exclamó el posadero.

— Seriais capaz de apostar tambien ? preguntó el viajero.

— Sin duda ninguna.

— Van quinientos francos ?

— Van.

— Pues está hecho.

En aquel mismo instante dió el reloj las ocho : el posadero se sentó enfrente del reloj, vuelto de espaldas á la puerta, y principió á seguir exactamente el movimiento de la péndola repitiendo al mismo tiempo: Por aquí, por allá.

El viajero le interrumpió diciendo:

— Y dónde está el dinero de la apuesta ?

El posadero no fué tan tonto que cayó en el lazo; siguió cumpliendo su mano derecha y con la izquierda sacó su cartera que arrojó por encima del hombro.

— Lo deposito en el criado; es persona segura ?

— Por aquí, por allá, dijo el posadero.

Los dos forasteros salieron del aposento y M. Brown continuó su operacion con mucha caclaza.

Al cabo de algunos minutos entró el mozo diciendo:

— Señor amo, abajo os estan llamando. Pero, qué diablos hacéis ahí ? habéis perdido la cabeza ?

— Por aquí, por allá, continuó el posadero moviendo la mano.

El mozo bajó la escalera en cuatro brinco, llamó á un vecino y le suplico que viera lo que tenia su amo.

— En qué estais pensando, M. Brown ? exclamó el vecino cogiéndole por el cuello. Escuchad la voz de la razon...

— Por aquí, por allá.

— Se ha vuelto loco, hay que ir á buscar al médico, dijo el criado.

El lazo era demasiado grueso, y el dueño de la fonda se sonrió para sí.

— Mejor será llamar á su mujer.

— Por aquí, por allá.

Su mujer llegó muy asustada.

— Amigo mio, le dijo firmemente, sal de esa inesplicable distraccion; mirame, vamos, no te enfades; te ha ofendido en algo tu Catalina ?

— Por aquí, por allá.

— Pero te engañas, querido mio, yo no salgo nunca de casa; y al decir esto echó á llorar.

Vino el médico, se puso junto al posadero, y le estuvo considerando atentamente por espacio de algunos minutos, meneando la cabeza.

— Es una mononamia tija que le ha entrado; es preciso que haya una consulta. Bueno serianamár á buscar al doctor Howard.

Este célebre médico llegó bien luego acompañado de otro.

— Triste espectáculo ! exclamó el recién llegado : cómo le ha venido esa mania ?

— De pronto; de un golpe: ha perdido la razon.

— Por aquí, por allá, continuó tranquilamente el supuesto loco, siguiendo siempre con la mano las oscilaciones de la péndola.

— Parece que el mismo conoce su estado, dijo el doctor Howard; es un caso bien raro.

Los médicos hablaron entre sí, y convinieron en que era indispensable el bacerle una buena sangria y afectarle la cabeza para aplicarle paños de agua helada. Que llamen al barbero.

— ¡ Poltre marido mio ! exclamó sollozando su mujer; qué va á ser ahora de mi vida ?

— Por aquí, por allá, prosiguió el posadero sonriendo con aire victorioso.

— Ea, ea, no hay que perder un momento, aféctale al punto la cabeza, exclamó el doctor dirigiéndose al barbero.

— Por aquí, por allá... y ya estamos listos, exclamó el posadero en el instante en que daban las nueve en el reloj. Y luego levantándose gozoso, añadió: Gamé, gamé !

— El qué exclamaron á una los espectadores.

— Mi apuesta de quinientos francos: estaba bien seguro. Toma: pero dónde están mis dos viajeros ?

— Hace cerca de una hora que se marcharon ya, respondió el criado.

M. Brown se convenció por fin de la verdad: se había metido con dos tumanes, y su cartera encerraba por mas de 500 francos en billetes de banco : al pensar en la fuerte suma que acababa de perder, murmuró otra vez entre dientes:

— Por aquí, por allá !

FRAGMENTOS.

LA FAMILIA.

Joven ! ya no te acuerdas; ya te has olvidado de aquel tiempo en que, mas débil que el animal que acaba de nacer, no podias moverte sin la ayuda de tus padres, y no hubieras vivido dos dias sin su amor ! Cuántos cuidados y trabajos necesitaran para enseñarte á pronunciar una sola palabra, para enseñarte á dar el primer paso ! cuántos cuidados y trabajos para precaverle de los peligros, de las enfermedades, para ejercitar sus fuerzas, desarrollar tu naciente inteligencia y satisfacer sus necesidades todas ! Esa madre ajada por los años, consumió por ti sus mas hermosos dias, por no perderle un solo instante de vista, hubo de renunciar á todos los placeres, por cuidarle cuando dormias, interrumpia su sueño y se privaba del reposo que le era necesario. Ese padre cargado de años que no es ya mas que un anciano débil y achacoso, consumió sus fuerzas trabajando para alimentarte. Has contraído para con ellos una obligación infinita, si; infinita, y que no puede pagarse de otro modo que con un eterno é inalterable amor. Cuando eras niño, ya pagabas en cierto modo esta deuda inmensa; al arrojarte en brazos de tu madre, preferiéndola siempre á todos los demás y ella se consideraba como pagada de sus cuidados y cariño con esta preferencia: tu padre, á la vuelta de su trabajo, se veia recompensado de sus labores con tu sonrisa, con el ligero alarín con que te precipitabas á él, ó le llamabas hacia tí. Esta gratitud que fué entonces tu primer ímпульso, es en el dia tu primer deber. El mismo Dios, que para la salvacion de tu infancia puso en el corazón de tus padres el amor paternal, quiere que el tuyo se halle lleno de gratitud para la dicha de su vejez.

Qué asilo tan afortunado es la morada de una familia unida que para la gratitud ! Cuánto precio tiene esa disposición de las personas á no olvidar el servicio mas pequeño, á pagarlo todo con el sentimiento, y cuánto vale esta disposición en las relaciones de la intimidad, cuánto las fortifica, y qué bien sabe hacerlas interesantes y sagradas ! que bien alimenta la afección reciproca, cuánto fomenta el cariño, y qué venturoso y feliz es el corazón reconocido, satisfecho de todos los que ama !

LA EDUCACION.

Si la menor de nuestras acciones se engrandeció cuando sus consecuencias pueden estenderse hasta las razas venideras, si la sociedad debe alguna gratitud al labrador que planta un árbol, á fin de que dé sombra un dia al viajero, este cuando de cansancio, aquel que enseña la virtud á los niños, que andando el tiempo la enseñaran á otros á su vez, aquel que introduce en sus firmos corazones los buenos germenes que fructifican mas tarde y pasaran á la posteridad la mas remota, no tiene bien merecido el título de bienhechor, y restaurador de la patria ?

EL LUJO.

El lujo supone en nosotros el deseo de hacernos superiores á nuestros semejantes, y á veces hasta la idea de humillarlos con nuestro brillo, de oscurcellos y pisar su amor propio... El lujo es una fuente de mil injusticias positivas y directas: sus consecuencias inmediatas son las de aislar al

hombre, y romper en su corazón los lazos de la caridad, porque estendiéndose desmesuradamente sus necesidades y deseos, hace que las personas se concentren en sí, y no se ocupan mas que de sí mismas. El que posee piensa demasiado en sus gozos y placeres, para que se acuerde de los infortunios ajenos; hijos de reservar alguna cosa para aliviar al indigente, lejos de hacer por él un sacrificio, encuentra que nunca tiene lo bastante para sí. El lujo destruye esa seguridad sobre el porvenir, tan necesaria á la tranquilidad de ánimo. Melidos en un tren de vida en desacuerdo con nuestros medios, copocemos esta verdad secretamente, y bien á pesar nuestro, lo cual es una espina atravesada que cada día nos hace sufrir mas. El año presente, lejos de preparar recursos al que debe seguirle, se lleva lo que á este corresponde y á veces lo devora todo. La pérdida de la independencia es una consecuencia necesaria de esta penosa situación; feliz independencia, tan cara para toda alma noble. Aquel que la posee no teme el encuentro de sus semejantes, no baja los ojos en su presencia, y conserva toda la dignidad de su paternidad, pero el imprudente perdido por el lujo, da de pecho para que le humillen al artesano, al jornalero, y hasta á los mismos que le sirven sin recibir salario.

EL PUENTE DE TOLEDO EN MADRID.



Invención de Bouveret

Este puente se halla situado á medio kilómetro de distancia de los muros de Madrid; se pasa por él para ir á Toledo y á Andalucía. Es un monumento del siglo XVII: su construcción no puede ser mas grandiosa, aunque es bastante pobre en sus pormenores. El Manzanares, tan celebrado por los poetas, y cuya madre es bastante anciana por este sitio, no

presenta, durante mucha parte del año, sino una masa de arena, surcada de raquíticos arroyuelos. Este puente produce el mejor efecto en el paisaje que se descubre desde los terraplenes del palacio real, situado á alguna distancia de la puerta de Toledo.

EL RESPETO A LA ANCIANIDAD.

El respeto á los ancianos, está unido á los sentimientos que deben animarnos en nuestras relaciones, á esa deferencia que el hombre recto y sensato tiene por la autoridad de la sabiduría, á ese amor por el orden que le hace dar á sus superiores lo que les debe, á esa dulce compasión que le interesa en favor del desgraciado y á esa gratitud que experimenta hacia aquellos que le han hecho algun beneficio, ó que han servido bien á su país.

El respeto á los ancianos es uno de esos rasgos característicos que sirven de termómetro para conocer las costumbres y felicidad de un pueblo.—Sabe honrar al anciano?—preguntaría yo á un extranjero que quisiera enseñarme su nación; y según su respuesta, sabría si en ella reinan la unión de las familias, la prudencia en los consejos, la circunspección en las empresas, la dulzura en el gobierno, y la subordinación, la paz y la armonía en el Estado. Allí donde no se honra á las canas, no puede haber nada bueno, y el encanto que gustan los hombres en la sociedad de sus semejantes debe estar destruido para siempre.

J. J. S. CELLEBIEK.

LA CARGA DEL DIABLO.

POR
JORGE SAND.

(Véase nuestro n. 1.)

—Catalina! ah! no me gustará mucho pronunciar el nombre de Catalina, mas sin embargo, si no puedo amarla lo mismo que á la otra, su nombre me causará mucha mas pena, porque me recordará mas á menudo la que perdí.

—Te digo que la amarás, porque tiene muy buen corazón; la vi cuando era muchacha y no era fea, pero en el día no es joven ya, tiene treinta y cinco años: es de una buena familia, y posee unos ocho ó diez mil francos en tierras que vendería si llegaba el caso para comprar otras en el punto donde ficra á establecerse, porque piensa en volverse á casar, y me consta que si tu caracterla conviene no encontraría mala tu posición.

—De manera que ya lo habéis arreglado todo?
—Solo falta saber lo que pensáis vosotros dos, y para aclarar este punto, bueno será que entrés en relaciones. Su padre tiene algun parentesco conmigo, y fuimos muy amigos en otros tiempos; pero tu conoces bien al señor Leonardo?

—Sí, te he visto hablaros en las ferias, y la última vez creo que almorzasteis juntos? era de eso de lo que hablasteis tanto?

—Por supuesto, al verte vender tus animales me dijo que entendías el negocio, que tenías muy buena traza, y que parecías muy listo, y cuando le dije lo que eres en realidad, y la manera de portarte con nosotros en los ocho años que hace que vivimos y trabajamos juntos, se le puso en la cabeza que ha de casarte con su hija, proyecto que yo apruebo, te lo confieso, porque es una familia honrada y nada pobre.

—Veo, señor Mauricio, que no es justa mucho la pobreza, por mi parte no me acuerdo nunca de eso, y la prueba es que jamás me cuidó de lo que me toca en lo que ganamos; no entiendo nada de eso, y mi cabeza no sirve para esas cosas. Conozco bien la tierra, los bueyes, los caballos, la buena simiente y las cosechas, pero en cuanto al dinero tengo mala memoria y preferiría el cederlo todo á disputar sobre el tuyo y el mío, porque temería engañarme y reclamar lo que no se me debe, tan poco entiendo de cuentas.

—Eso es muy malo, hijo mío, y por eso deseo que tengas una mujer que lo entienda, para que me reemplaze cuando yo falte. Nunca has querido ajustar cuentas, y eso podría ocasionarte algun disgusto con mi hijo cuando no me halla yo presente para darle á cada cual lo que le toca.

—Dios quiera que vivais mucho tiempo, señor Mauricio! Pero no es de cuidado lo que pase despues, porque nunca entraré en cuestiones con vuestro hijo en quien me fio tanto como en vos mismo; ademas como nada de lo que tengo es mio, y que todo lo que puede tocarme proviene de vuestra hija, y pertenece á los vuestros, puedo estar asegurado yo mismo que vos y Santiago no despojarán á los hijos de su hermana por los suyos, puesto que los quiere casi igualmente á todos.

—Tienes razón en eso, German: Santiago es un buen hijo, un buen hermano y un hombre que ama la verdad; pero puede morirse antes que tus hijos sean mayores, y siempre debe pensarse en las familias, en no dejar menores, sin un gefe que los arregle y aconseje, porque de otro modo, vienen los alguaciles, y se lo comen todo con sus piciletos. Por esto, no debemos pensar en meter en casa una persona mas, hombre ó mujer, sin pensar antes que acaso esa persona tendrá

que dirigir un día los negocios de la familia toda. Cuando te tomé por verme, aunque mi hija era rica y tú eras pobre, no la dije nada contra su gusto; te veía buen trabajador y sabía que la mejor riqueza para gentes del campo como nosotros, es un corazón y un par de brazos como los tuyos, y cuando un hombre lleva eso á una familia, no necesita llevar mas; pero una mujer es diferente; su trabajo casero debe consistir en conservar, no en adquirir. En el día es otra cosa; ahora que ya eres padre, y buscas otra mujer, debes pensar que tus nuevos hijos, no teniendo parte ninguna en la herencia de los que tú viste de Catalina quedarían en la miseria, si tu murieses, á menos que tu mujer no tenga alguna cosa por su parte. Ademas, los hijos con que vas á aumentar nuestra colonia cuestan algo de mantener; si esto cayese sobre nosotros solos, no habria nada que decir, pero resultara que lo pagarán todos, lo mismo los primeros que los últimos.

—Cuando las familias se aumentan demasiado sin que aumenten los bienes en proporción, tarde ó temprano viene la miseria por mas que se haga; esto es lo que tenía que decirte, German; piensa en ello y trata de agradar á la viuda Gertrud, porque su buena conducta y sus cuidados, pueden ayudarnos algo por ahora y servirnos de mucho en lo sucesivo.

—Está bien, padre mío; trataré de agradarla y de que me agrade.

—Sí, pero para eso será menester verla.
—En su pueblo? está lejos de aquí, no es verdad? Sin embargo iré, aunque no tenemos tiempo muy sobrado en la estación presente.

—Cuando se trata de un matrimonio por amor, no cabe duda que hay que perder tiempo, pero cuando es un matrimonio de razon entre dos personas que no tienen arrugas, y saben muy bien lo que quieren, bien luego se arregla todo. Mañana es sábado, trabajaras un poco menos que los demas días, saldras de aquí á las dos de la tarde y llegarás á Fourche por la noche; ahora hay buena luna, los caminos son buenos, y apenas hay tres leguas que andar; ademas te llevaras la yegua.

—Preferiría ir á pid haciendo tan buen fresco.

—Sí, pero la yegua es muy hermosa y un pretendiente que se presenta bien montado tiene mejores trazas: te pondrás el vestido nuevo y llevaras algunas buenas piezas de caza para regalar al señor Leonardo, á quien dirás que vas de mi parte; hablaras con él, pasaras todo el domingo con su hija y volveras con él si ó el no, él tiene por la mañana.

—Así lo haré, respondió German, sereno en apariencia, aunque en el fondo no lo estaba. German habia vivido siempre como viven los labradores laboriosos; casado á los veinte años, no habia amado en su vida mas que una mujer, y viudo y todo, y á pesar de su carácter impetuoso y alegre, no se habia roído con ninguna otra, guardando fielmente un verdadero sentimiento en su corazón; por esto le causaba una gran tristeza y temor, el obedecer á su padre, pero este habia gobernado siempre muy bien la familia, y German que se habia consagrado enteramente á la obra común, y por consiguiente á aquel en quien se hablaba personalmente que era su padre, no comprendía que pudiese tener derecho para redoxar aquellas buenas razones y conspirar contra el interés de todos.

—Sin embargo de esto, estaba muy triste: pocos dias se pasaban sin que llorase á su mujer en secreto, y aunque principiaba á cansarle la soledad hubiese preferido sobrelevar su pena eternamente, á formar una nueva union cuya sola idea le espantaba. German se decía vagamente que el amor

hubiera podido consolarle sorprendiéndole un día, porque el amor no consuela de otro modo; no se le encuentra cuando se le busca, y viene siempre cuando no se le espera. Aquel frío proyecto de matrimonio de que Mauricio le acababa de hablar, aquella mujer desconocida, y aun acaso todos aquellos elogios que hacían de su sensatez y su virtud, le daban mucho que pensar, y se entregaba melancólicamente a sus reflexiones, meditando como los hombres que no tienen bastantes ideas para que se combatan entre sí, es decir no formulándose a sí mismo buenas razones de resistencia y de egoísmo, pero padeciendo sordos dolores sin poder luchar contra un mal que por el contrario aceptaba.

El tío Mauricio estaba ya de vuelta en su casa, en tanto que German, empleaba las últimas horas de la tarde en tapar las brechas que habían abierto los carreteros en el cercado del corral de la casa.

III.
PERUQUILLO.

El tío Mauricio se encontró con una vieja anciana que había venido a conversar con su mujer al pedir un poco de leña para encender. La tía Guillemma había una choza muy pobre a dos tiros de fusil del caserío, pero como era una mujer ordenada y buena, su casita estaba siempre muy limpia y bien cuidada, y sus vestidos remendados con el mayor esmero, anunciaban el respeto de sí misma en medio de la miseria.

— Habéis venido a buscar leña para la vieja, le dijo el viejo, ¿queréis otra cosa?

— No, no, tío Mauricio, respondió la vieja; nada más por ahora; no soy pediguera, ya lo sabéis; y no me gusta abusar de la bondad de mis amigos.

— Esa es la verdad, y por eso todos vuestros amigos están dispuestos siempre a servirlos.

— Estaba hablando con vuestra mujer y la preguntaba si German se había decidido ya a casarse?

— Como no sois nada bacillera, respondió el tío Mauricio, se puede hablar aunque estéis delante, sin tener los chismes; así os dire que German se halla enteramente decidido y que sale mañana para la Fourche.

— Gracias a Dios! exclamó la mujer de Mauricio, pobre mozo! Dios quiera que encuentre una mujer tan buena como yo.

— Ah! va a la Fourche observó la Guillemma; parece que está hecho adrede, eso me viene de perilla, y pienso que me preguntabais hace un instante si deseaba algo, voy a decirlo: lo Mauricio el favor que me podéis hacer.

— Decid, decid, estamos prontos a servirlos.

— Quisiera que German se tomase el trabajo de llevarse con él a mi hija.

— ¿Adonde? a la Fourche?

— No, a Ormeaux, donde debe pasar lo que falta de año.

— Como! dijo la tía Mauricia; con que vais a separaros de vuestra hija?

— Es menester que entre a servir para que gane algo. Bastante trabajo me cuesta, y a ella también, la pobrecilla! No he podido decidirme a separarnos por San Juan, pero ya va llegando San Martín, y ha encontrado un mozo de pastora en Ormeaux. El año pasado el otro día por aquí, al volver de la feria y al ver a Mariquita que guardaba tres carneros en el prado la dijo: «Mozuela, veo que no estás muy

ocupada, porque tres carneros para una pastora, eso no vale nada; si quieres guardar ciento, venite conmigo. La pastora de mi casa ha caído enferma, y tiene que volverse con sus parientes; así, si vienes dentro de ocho días ganarás cincuenta francos por lo que queda de año, hasta San Juan.» Ella dijo que no, pero sin embargo no pudo menos de pensar en ello y de decirlo, cuando al entrar por la tarde me vió triste, porque pensaba como pasaríamos este invierno que tiene que ser muy largo y erudo; las grullas han atravesado los aires un mes más pronto que de costumbre. Las dos hemos llorado mucho pero al cabo nos hemos conformado; juntas no podemos vivir, porque apenas tenemos para mantener a una persona con lo que produce nuestro mal pedazo de tierra, y puesto que María va a cumplir pronto los diez y seis años, es menester que haga lo que todas, que gane su pan para ayudar a su pobre madre.

— Tía Guillemma, dijo el Labrador, si no necesitarais más que cincuenta francos para consolaros de vuestras penas y para quedarnos en casa con vuestra hija, verdaderamente ya sabría encontrarlos para daroslos, aunque cincuenta francos es mucho dinero para pobres gentes como nosotros; pero en todas las cosas hay que consultar la razón tanto como la amistad, y no porque os salvéis de la miseria este invierno, estaréis al abrigo de ella el que viene; y cuanto más tarde vuestra hija en tomar un partido, tanto más sentiréis el separaros de ella. Mariquita se va haciendo grande, y como tiene muy poco que hacer en vuestra casa, podría adquirir el hábito de la holgazanería, y...

— ¡Oh! lo que es por eso, no hay cuidado, dijo la tía Guillemma; María no se está un momento con los brazos cruzados, y cuando no tiene nada que hacer, se pone a limpiar toda la casa y a borrar nuestros pobres muebles hasta que los deja como un espejo. Vale lo que pesa de oro, y hubiera preferido que entrase en vuestra casa como pastora más bien que enviara con personas que no conozco; la amblerais tomado por San Juan, si lo hubiésemos pensado antes; pero ahora no puede ser porque ya habéis tomado otra; y habría que esperar hasta el otro San Juan.

— Consiento en ello desde luego, Guillemma, y con mucho gusto; pero entretanto no será malo que vaya aprendiendo su oficio, y que se vaya acostumbrando a servir a los demás.

— Si, si, es verdad; ya está decidido. El amo que pasó por aquí el otro día la ha enviado a pedir esta mañana, y hemos respondido que iría, pero como la pobre criatura no sabe el camino, y como además no me gustaría enviarla sola, puesto que German va mañana a Fourche, puede muy bien llevarse consigo. Fourche está muy cerca de donde ella tiene que ir, según me han dicho, porqué yo nunca he hecho ese viaje.

— Si, está allí junto, y German la acompañará, y hasta podrá llevarla en ancas de la yegua para que no estropee sus zapatos. Ahí está entrando ya para cenar. Dime, German, Mariquita la de la tía Guillemma se va de pastora a Ormeaux; la llevarás a caballo, no es verdad?

— Esta bien, respondió German, que aunque tenía el aire muy preocupado se hallaba siempre dispuesto a hacer favores.

En el círculo en que nosotros vivimos, nunca madre ninguna imaginaria el contar una hija de diez y seis años a un hombre de veintiocho, porque esta era la edad verdadera de German; y aunque, según las ideas de su país, pasase ya por viejo para casarse, no por eso dejaba de ser el más guapo mozo del lugar. El trabajo no le había dado ese aspecto de

EL SUEÑO DEL SOLDADO.

Los tambores tocan la retirada, ya brillan las luces del bivac; los centinelas se envían el, ¿quién vive? por todo el campamento, y los soldados colocados en el campo de batalla duermen hasta la mañana siguiente.

Para los más viejos en el servicio que se han hecho ya una patria de la guerra, esta noche se parece a todas las demás, es un descanso entre la gloria y la muerte! Olvidándose del pasado e inciertos sobre su porvenir, hace tiempo que están acostumbrados a limitar su vida a la hora presente; qué les importan el ayer y el mañana? Ayer ya se acabó, mañana quien sabe si vendrá; con tal de que puedan gozar del día de hoy, es todo lo que piden! — Echame de beber, vivandera! — Continela, atrá la lumbré! — Dicho esto, el soldado se arropó en su capa, y poniendo la carabina al lado y apoyando la cabeza en su mochila, se dormirá contento y satisfecho.

Para el soldado joven el círculo de la vida no es todavía tan estrecho. El presente no es para él más que un punto casi indiferente entre dos infinitos, que son el porvenir con sus esperanzas y el pasado con sus recuerdos.

También se ha quedado dormido, pero en medio de ese reposo de los sentidos, la imaginación se despierta más activa. Disponiendo de su memoria como de un teatro, levanta, como decoraciones, las imágenes del pasado, y llama en su ayuda a esos actores del poema de la juventud, los hábitos del hogar doméstico, las felicidades de la familia, las ilusiones de la infancia y los sueños de los primeros años. El joven soldado ve revivir todo lo que ha perdido, le parece que atraviesa los campos que conoce paso a paso, que oye a lo lejos la campana de la aldea, que aspira el perfume de los trigos que ondean en la miesa de la colina. Allí está el senderito que conduce a la iglesia, la fuente a donde las muchachas se reúnen por la mañana, el huertillo del guarda campeseñor con sus dos columnas y su cercado de árboles frutales; luego, más allá, aquel humo que sale por detrás de los álamos, aquel tejado inclinado, aquella ventanilla... es la choza donde nació, en donde su madre le enseñó a amar a Dios, sus hermanos y hermanas a querellas, y su padre a gular la carne! Trabajo, ternura, oraciones, todo lo aprendió allí; en aquel sitio conoció la familia, ese mundo en pequeño preferible mil veces al mundo verdadero. Así, con estas cosas no puede contener la emoción, y lanza un grito de alegría; llama por sus nombres a aquellos de quienes se separó llorando, y todos corren a él transportados de gozo. Su joven leyenda se arroja en sus brazos; sus hermanitas se cuelgan a su cuello; se confunden las exclamaciones, los nombres se cruzan y se multiplican las preguntas sin dar tiempo a que lleguen las respuestas. Oh preciosa y encantadora confusión! Oh dulce embriaguez de la vida, que nada puede igualar en este mundo y a la que ningún ser humano se sustrae! Ah! duermes soldado, y prolonga cuanto puedas tu feliz sueño! Vuélvete a tomar posesión de sus antiguos hábitos; sigue a tu hermana a los establos para que le enseñe la vacueta que ella cuida y que criqueteará más tarde a la familia; anda a ver con tu padre los trigos que comienzan a inclinarse sus verdes espigas, y enseñe al hermano tan crecido después de que le fuiste, como se espera la caza, y do que modo deben unirse los buques para la labranza. Has vuelto a entrar en tu reino; suple con tu trabajo a tu anciano padre, y gobiernalo todo en casa, mientras el descansar junto a la chimenea.

Para el soldado joven el círculo de la vida no es todavía tan estrecho. El presente no es para él más que un punto casi indiferente entre dos infinitos, que son el porvenir con sus esperanzas y el pasado con sus recuerdos.

También se ha quedado dormido, pero en medio de ese reposo de los sentidos, la imaginación se despierta más activa. Disponiendo de su memoria como de un teatro, levanta, como decoraciones, las imágenes del pasado, y llama en su ayuda a esos actores del poema de la juventud, los hábitos del hogar doméstico, las felicidades de la familia, las ilusiones de la infancia y los sueños de los primeros años. El joven soldado ve revivir todo lo que ha perdido, le parece que atraviesa los campos que conoce paso a paso, que oye a lo lejos la campana de la aldea, que aspira el perfume de los trigos que ondean en la miesa de la colina. Allí está el senderito que conduce a la iglesia, la fuente a donde las muchachas se reúnen por la mañana, el huertillo del guarda campeseñor con sus dos columnas y su cercado de árboles frutales; luego, más allá, aquel humo que sale por detrás de los álamos, aquel tejado inclinado, aquella ventanilla... es la choza donde nació, en donde su madre le enseñó a amar a Dios, sus hermanos y hermanas a querellas, y su padre a gular la carne! Trabajo, ternura, oraciones, todo lo aprendió allí; en aquel sitio conoció la familia, ese mundo en pequeño preferible mil veces al mundo verdadero. Así, con estas cosas no puede contener la emoción, y lanza un grito de alegría; llama por sus nombres a aquellos de quienes se separó llorando, y todos corren a él transportados de gozo. Su joven leyenda se arroja en sus brazos; sus hermanitas se cuelgan a su cuello; se confunden las exclamaciones, los nombres se cruzan y se multiplican las preguntas sin dar tiempo a que lleguen las respuestas. Oh preciosa y encantadora confusión! Oh dulce embriaguez de la vida, que nada puede igualar en este mundo y a la que ningún ser humano se sustrae! Ah! duermes soldado, y prolonga cuanto puedas tu feliz sueño! Vuélvete a tomar posesión de sus antiguos hábitos; sigue a tu hermana a los establos para que le enseñe la vacueta que ella cuida y que criqueteará más tarde a la familia; anda a ver con tu padre los trigos que comienzan a inclinarse sus verdes espigas, y enseñe al hermano tan crecido después de que le fuiste, como se espera la caza, y do que modo deben unirse los buques para la labranza. Has vuelto a entrar en tu reino; suple con tu trabajo a tu anciano padre, y gobiernalo todo en casa, mientras el descansar junto a la chimenea.

Para, ay! se apagan las luces del bivac, el horizonte se ilumina, las tiendas de los oficiales se destacan en el hori-

vejer prematura que tienen la mayor parte de los campesinos cuando han pasado diez años en la labranza. German aparentemente tener fuerzas para seguir trabajando diez años más sin parecer viejo, y necesario era que esa preocupación de la edad estuviese bien arraigada en el ánimo de una joven para que no notase que German tenía la tez muy fresca, los ojos vivos y azules como el cielo de mayo, sonrosada la boca, dientes muy blancos, y un cuerpo elegante y flexible como el de un caballo muy joven que no ha salido aun de los prados.

La ciudad de costumbres es una tradición sagrada en ciertos parajes lejanos del movimiento corrompido de las grandes poblaciones y entre todas las familias de Belair, la de Mauricio pasaba por una de las más honradas. German se iba en busca de una mujer: María era una criatura demasiado joven y pobre para que pusiera en ella sus miras, y a menos de ser un hombre malo y sin vergüenza, era imposible que le viniese ninguna culpable idea al lado de ella. El tío Mauricio no tuvo recelo alguno al verle tomar en ancas a la joven; la Guillemma hubiera creído injuriar recomendándole que la respetase como a una hermana, y María montó en la yegua llorando, después de haber besado veinte veces a su madre y a sus jóvenes amigas. German, que ya estaba triste por su propia cuenta, participaba también de la pesadumbre de la joven, y echó a andar muy gravemente, en tanto que las personas del lugar se despedían con la mano de la pobre María.

La Parda, que era una joven joven, hermosa y audaz, llevaba sin trabajo su doble carga bajando las orejas y tascando el freno; al pasar por delante del prado, distinguió a su madre, que llamaban la Vieja Parda, y relinchó en señal de despedida. La Vieja Parda se aproximó al cercado, quiso galopar a las márgenes del prado para seguir a su hija; luego viendo que partía al trote, relinchó también a su vez, y se quedó pensativa con la cabeza levantada y la boca llena de yerba que ya no se acordaba de comer.

— Ese pobre animal conoce siempre a su familia, dijo German como queriendo distraer a María de sus pesares. Eso me hace pensar que no he dado un beso a Periquillo antes de marchar; el picarudo no estaba allí! Ayer noche quiso arrancarme la promesa de que le traería, se estuvo llorando más de una hora en la cama, y esta mañana mil veces me ha repetido que quería venir. Es lo más astuto que se ha visto; pero en cuanto vio que no podía ser, el caballero se nos ha enfadado, y ha echado a correr a través de los campos sin dejarse ver en todo el día.

— Yo le he visto, dijo Mariquita esforzándose para contener sus lágrimas: iba corriendo con los chicos de Soulas y me ha parecido que estaba fuera de casa hacia tiempo porque tenía hambre y andaba buscando zarcamoras. Yo le di el pan de mi almuerzo y al tomarlo me dijo: Muchas gracias, querida Mariquita; cuando vengas a casa te daré una tortá. German, tenéis un chico muy hermoso!

— ¡Oh! sí; repuso el Labrador, ¿le quiero, que le idolatra. Si no hubiera sido por su abuela no habría podido menos de traerle cuando levó que lloraba tanto que parecía oprimirse el corazón.

— Y porqué no le habéis traído German? No es hubiera estorbado para nada, porque es lo más razonable que hay en el mundo cuando se le da gusto.

(Se continuará.)

zonte, y los tambores están tocando diana. Despidete de la | cibles trabajos de tu juventud! Ya eres otra vez un guerrero
choza natal, de las dulces caricias de la familia, de los apa- | sin mas tarea que la de matar ó morir! Joven, levántate,



El sueño del soldado.

echa á un lado los recuerdos de tu país; tu familia presente, | tu aldea, esa bandera desgarrada por la metralla, con la
es ese regimiento que limpia las armas, y el campanario de | punta enrojecida por la sangre.

PABLO REMBRANDT.



Louis MARY del.

Rembrandt. J. 1633.

CARBONNEAU. SC.

El descendimiento de la Cruz.

Imprenta de Bussone

En esa comarca baja donde el Rin se divide en una multitud de arroyuelos cuyo nombre se pierde en la memoria, lo mismo que las ondas del hermoso río se pierden en esas tierras pantanosas, se alzó a principios del siglo XVII, un molino construido sobre el raquítico brazo de agua que pasa a Leyde, y no hijos de los muros de esta población.

El molinero que le habitaba se llamaba Herman Gerretsz, y su mujer, Cornelia Van Zuitbroeck.

A estos nombres neerlandeses de una armonía tan dudosa para oídos meridionales, los vecinos del molinero habían añadido el aristocrático apodo de Van Ryn (del Rin).

Este ennoblecimiento de la modesta familia de trabajado-

T. II.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

3

res, era una burla ó una sátira, ó acaso, y esto parece más probable, no era más que un simple signo distintivo?

No lo sabemos; pero fuera cual quisiera el origen de este título nobiliario, lo cierto es que con él debía de quedarse esta familia que el genio y la gloria de Rembrandt Van Ryn iban, para siempre, á sacar de su oscuridad.

El 15 de junio de 1696 fué el día en que el niño predestinado vino al mundo, en ese mismo molino cuyos restos buscamos inútilmente hoy los curiosos del arte entre las aldeas de Leyerdorp y de Konkerck. Pero esto poco importa. La cima de los hombres extraordinarios es como el nido de las águilas; nadie se ocupa del punto verdadero de donde los unos y las otras partieron á volar; lo más interesante es el seguirles con atención á las supremas regiones de la atmósfera ó del genio á donde se elevaron.

Y puesto que al alzar nuestras miradas hacia esas zonas sublimes, hallamos esa famosa obra que se llama el *Descendimiento de la Cruz de Rembrandt*, vamos á ocuparnos de ella inmediatamente, sin perjuicio de volver á hablar próximamente de las particularidades de la vida de este gran pintor.

Dejemos á un lado, olvidemos por un instante todo lo que hemos visto en otros países, lo que hemos leído en los libros sagrados ó profanos, lo que hemos aprendido en una y otra parte, cerremos los ojos, recarpatemos en nosotros mismos y dignamos, con entera libertad de juicio y de conciencia, si no hay más verdad en esa composición de Rembrandt, que tenemos ante los ojos, que en las mejores obras de la misma naturaleza, delidas al pincel de los grandes maestros de la escuela italiana? En efecto, nada es comparable al cuadro de Rembrandt. Esos haraposos que desprecian al Cristo de su glorioso cádalso, esas mujeres que le lloran, no se parecen mucho, es verdad, á los magníficos ancianos, á las nobles Marias de Rafael y de Daniel de Volterra; pero en cambio, cuánta atención y respeto manifiestan en el desamparo de la santa obra que están ejecutando! Y luego, — y esto muchos lo han dicho ya varias veces — qué rasgo tan admirable es ese rayo de luz que desciende del cielo sobre el divino crucificado! Era posible indicar de una manera más noble la parte que la naturaleza entera toma en la inenarrable escena de dolor que está pasando en la actualidad en el Calvario?

Por lo demás, el genio de Rembrandt se halla entero en esa composición: su originalidad, ó su rareza, si se quiere, ha podido ir, más allá en otras de sus obras, pero jamás el maestro ha hecho nada mejor que el cuadro que representa nuestro dibujo.

J. J. ARNOUX.

EL GESTA ROMANORUM.

Los autores del duodécimo siglo son teólogos casi todos: según el espíritu de su época, en todas las cosas hallan una lección sobre los deberes del hombre, ó de la religión; moralizan ó simbolizan los fenómenos del mundo físico, las propiedades de las plantas, las leyes que rigen el movimiento de los astros, las reglas del arte de construir y las diferentes partes del cuerpo humano, aplicando el mismo sistema de interpretación á todas las tradiciones falsas ó verdaderas, á las fábulas como á la historia. Otros cuentos maravillosos que también por aquellos tiempos venían en línea recta del Oriente, se mezclaron con las leyendas, las anécdotas populares y los relatos de los antiguos historiadores; cambiaron los nombres y los hechos así como el teatro de los acontecimientos, pero en medio de aquella prolija confu-

sion de recuerdos y de invenciones del pasado, siempre dominó una regla, y fué la de que en todo debía verse como fin, el símbolo, la moralidad. Los frailes del siglo décimo tercio componían en mucha parte sus instrucciones con estas historias simbolizadas, habiendo muchos que formaban con este objeto colecciones de toda especie de cuentos, escribiéndoles en latín, según la costumbre. Existe aun un crecido número de manuscritos de este género que datan principalmente de los siglos XIII y XIV, y que todos tienen por objeto evidente, la instrucción religiosa. Entre las más notables de estas colecciones, podemos citar el *PROPHETARUM EXEMPTORUM*, los *SERMONES PREDICANTUM*, el *REPETITORIUM MORALE* de Pedro Berthorius ó Berthorius y el *GESTA ROMANORUM*. No hablaremos aquí sino de este último que difiere bajo muchos aspectos de los otros, y que algunos críticos consideran como un libro de imaginación destinado á contrarrestar en la sociedad, la influencia de las novelas.

Parece muy probable que el autor del *GESTA ROMANORUM* (Hechos de los romanos), floreció en el siglo décimo cuarto. Este libro se le atribuyó por algunos á Pedro Berthorius, pero sin fundamento, y el saber el nombre del autor importa poco, porque esta obra, como casi todas las de la edad media, pinta el espíritu de la época mucho más que el del escritor.

No todas las historias que contiene este curioso libro han sido sacadas de la historia romana como pudiera creerse por el título. Además de las fábulas griegas y orientales, se encuentran en esta obra algunos cuentos sacados de la *BIENaventurada* de Pedro Alfonso, como también varias leyendas de los santos y anécdotas populares ya algunos siglos antes. He aquí la traducción de varios pasajes, por los cuales se podrá formar una idea del *GESTA ROMANORUM*.

LA VACA DE LOS CUERNOS DE ORO.

Un señor tenía una vaca blanca que quería muchísimo, por dos razones, la primera porque era blanca y la segunda porque le daba mucha leche, y tanto la quería, que la puso unos cuernos de oro; mas luego se preguntó á quien podía confiar la guarda de su vaca. Por aquel tiempo había cierto sujeto llamado Argos, muy fiel para todas las cosas y que tenía cien ojos. El señor envió á Argos un recado, á fin de que se presentase ante su vista inmediatamente, y cuando así lo hizo, le dijo estas palabras: «Te doy á guardar mi vaca de los cuernos de oro, y si la guardas bien, te recompensaré con mil riquezas; pero si la roban los cuernos, morirás.»

Argos se fué con la vaca de los cuernos de oro, y siem. pre estaba de centinela junto á ella: todos los días la llevaba al prado, la guardaba con mucha atención y se volvía con ella á casa por la noche. Pero había un hombre muy astuto, llamado Mercurio, consumado en el arte de la música, que deseaba con todas las veras hacerse dueño de la vaca, é iba con mucha frecuencia á conversar con Argos, tratando de seducirle ya con adulaciones y lisonjas, ó ya ofreciéndole dinero para posesionarse de los preciosos cuernos. Argos plantó en tierra el garrote de pastor que tenía en la mano y dirigiéndole la palabra como si hubiese sido su señor, le dijo: «Bueno; figurate que eres mi amo, que voy esta noche á tu casa, y que me dices: En dónde está la vaca con sus cuernos? y yo respondo: la vaca no tiene ya cuernos porque ha venido un ladrón mientras yo dormía, y se los ha

evado. Pero tu me dices: Ah, miserable! pues no tienes cien ojos? Cómo ha podido ser que todos tus ojos se hayan dormido á un tiempo, y que el ladrón haya rotado los cuernos? Eso que dices ahí, es una mentira... Y entonces soy hombre muerto. Si le digo al señor que he vendido los cuernos, estoy en el mismo peligro. Después de este coloquio, Argos dijo á Mercurio: «Vete, porque nada conseguirás de mí.» Mercurio se marchó, pero al día siguiente volvió con su instrumento de música, y, á modo de jugar se puso á contar historias, cantando tanto y tan bien que dos de los ojos de Argos principiaron á cerrarse, y como siguió cantando, otros dos más se cerraron también, y luego sucedió lo mismo hasta que todos se quedaron dormidos. Y cuando Mercurio lo vió, cortó la cabeza á Argos, y robó la vaca de los cuernos de oro.

MORALIDAD. El dueño de la vaca blanca es Jesucristo; la vaca blanca es nuestra alma; Argos es la Iglesia que está encargada de guardarla, y Mercurio es el diablo!

BOSMUNDA.

Había un rey que tenía una hija única, muy bella y muy graciosa llamada Rosmunda. Cuando esta señorita cumplió las doce primaveras era tan diestra para correr que no había nadie que la igualase en la carrera. El rey mandó proclamar en todo su reino que todo aquel que corriese con su hija y ganase, sería su marido y heredaría el trono, pero que el que lo intentase y perdiera, incurriría en la pena de muerte. Muchos se presentaron al ver esta proclama, para correr con la hija del rey, pero todos fueron vencidos, y á todos se les cortó luego la cabeza. Por aquellos tiempos había un pobre joven en la ciudad, llamado Abibas que dijo para sí: soy pobre y de baja esfera; si logro por cualquier medio que sea, ganar á mi mismo á la fortuna, sino que haré feliz á toda mi familia. Y dicho esto imaginó tres cosas con astucia: primeramente se procuró una guirnalda de rosas, flor que les gusta en extremo á las muchachas; luego un cinturón de seda, lo que las señoritas desean mucho, y por último una bolsa de seda que cerraba una bola dorada con este letrero: quien juega conmigo, no se cansa nunca de jugar. Cuando tuvo en su poder estas tres cosas, las ocultó entre sus vestidos, fué al palacio y llamó á la puerta. El portero salió á preguntarle lo que quería: «Vengo dispuesto, respondió, á correr con la hija del rey y Rosmunda, que oyó estas palabras, abrió una ventana, y después que vió á Abibas le desprecia diciendo: «Ay! con que tienes que correr con ese miserable! Pero como no podía negarse á ello, se preparó para emprender la carrera. A una partieron ambos, mas la hermosa joven le sacó al instante una gran ventaja. Cuando Abibas vió esto, arrojó la guirnalda de rosas delante de la joven, y Rosmunda se detuvo, la recogió y se la puso en la cabeza, complaciéndose tanto con aquel adorno que Abibas, que seguía corriendo, la pasó. Rosmunda que lo vió, dijo para sí: «La hija de mi padre no debe nunca ser muger de un pobre diablo de esa especie,» é inmediatamente tiró la guirnalda en un barranco, pasó delante de Abibas y sin detenerse le dió un bofetón, diciendo: «Detente desgraciado; el hijo de tu padre no debe obtenerme nunca por muger,» y siguió corriendo con mucha delantera. Entonces Abibas le arrojó el cinturón de seda, y al verlo la joven se detuvo, le cogió, se le puso, admirándole mucho y

tanto se olvidó de su carrera que Abibas se encontró bien luego á mucha distancia de ella. Rosmunda cuando lo vió echó á llorar amargamente, hizo pedazos el cinturón, se puso á correr de nuevo con todas sus fuerzas alcanzó á Abibas y le dió otro bofetón diciéndole: «Oh! no será nunca tu muger.» Y como antes, se puso bien luego delante de él. Abibas la siguió lo mas cerca que pudo y arrojó la bolsa de seda; Rosmunda, como llevaba ya la delantera, no pudo resistir á la tentación de coger la bolsa; en seguida, sacó la bolita dorada y leyó el letrero: «Quien juega conmigo, no se cansa nunca de jugar.» Mas durante este tiempo, Abibas llegó al fondo la carrera y de este modo se casó con la hija del rey.

MORALIDAD. Rosmunda es el alma que se eleva rápidamente por las buenas obras, mientras conserva la prudencia. Abibas es el demonio que sorprende el alma por tres medios: el orgullo (la guirnalda) la coquetaría (el cinturón) y la avaricia (la bolsa dorada.)

LAS TRES EMPANADAS.

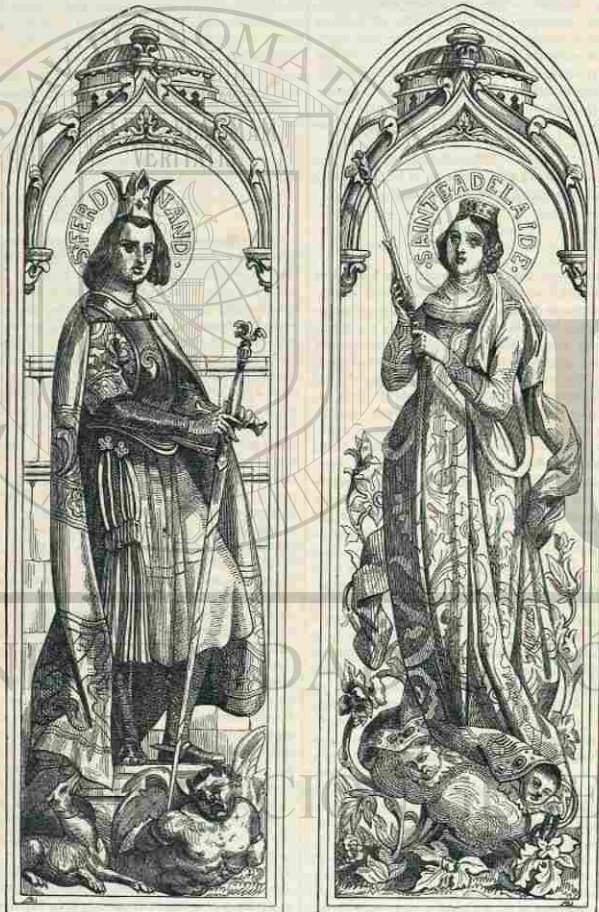
Un rico platero que vivía en una ciudad, cerca del mar, hombre muy malvado y avaro, había reunido una gran cantidad de dinero que escondió en un pedazo de leña, espuesto á la vista de todo el mundo al lado de la chimenea de la cocina para que nadie pudiese sospechar que tenía allí ocultos sus tesoros. Pero una noche sucedió que mientras la gente de la ciudad dormía, las aguas de la mar se alzaron, entraron en la casa y se llevaron á los mares el madero que después de haber flotado en las aguas largo tiempo, fué á parar á una ribera cerca de una ciudad, en un sitio donde había una posada. El posadero que madrugó mucho aquel día, vió el pedazo de leña junto á su puerta, y le cogió creyendo que era un tronco llevado allí por la casualidad, ó que alguien le había tirado en aquel sitio. Este posadero era un hombre muy generoso y muy caritativo con los pobres y los forasteros. Un día muy frío, que llegaron á su casa unos viajeros, el posadero quiso encender lumbre para calentarlos, y tomó el hacha para partir el leño, pero apenas había dado dos golpes, cuando oyó un sonido muy extraño, siguió pegando y descubrió el dinero. El posadero lo guardó en un cofre con la intención de devolvérselo á su dueño legítimo si algún día venía á reclamarlo. Entretanto, el platero andaba errante de pueblo en pueblo buscando su tesoro, hasta que dió con la posada donde había ido á parar el madero. Cuando habló de la pérdida que había hecho, el posadero dijo para sí: «Este hombre es el dueño del madero, voy á hacer una prueba para saber si quiere Dios ó no que se lo devuelva.» Entonces el posadero hizo tres empanadas con harina, llenando una de tierra, otra de huesos de muerto, y en la última puso el dinero que encontró en el tronco de leña. Hecho esto, dijo el platero: «Queréis que nos comamos estas tres empanadas? Os doy la que eligáis.» El platero tomó á peso en sus manos las tres empanadas, y viendo que la de tierra era la mas pesada, dijo al posadero: «Tomo esta,» y caso de no tener hambre, comió luego esta otra. (Y señalaba la de huesos de muerto.) Podéis comeros la tercera.» El posadero al ver esto, dijo para sí: «Pues señor, veo claramente que Dios no quiere que le vuelva su dinero.» Y enseguida mandó venir á los pobres y desvalidos de su pueblo, y en presencia del platero, abrió la tercera empanada, y le dijo: «Ves desgraciado, te he puesto en las manos esta empanada y has preferido á tu dinero la tierra y los huesos de un muerto, porque Dios no ha querido que te fuese devuelto tu dinero.» Inmediatamente el posadero repar-

tió, á su vista, el dinero entre los pobres, y el platero se marchó confundido.

Este apólogo ha sido repetido muy á menudo por los narradores de la edad media aunque con algunas variacio-

nes. En algunos manuscritos del Gesta Romanorum en vez de epanadas se habla de cofrecillos con letteros. Shakspeare ha puesto en escena esta idea de los tres cofrecillos en el MERCADER DE VENECIA.

PINTURAS DE VIDRIERAS.



(San Fernando de Castilla y Santa Adelaida de Hungría.—Pinturas de una de las ventanas laterales de la fachada de la Colegiata de la ciudad de Eui, ejecutadas en la manufactura de Sévres, por los dibujos de M. A. BEVANZA.)

Entre las instituciones útiles, fundadas en tiempo de la antigua monarquía, y cuya actividad y progreso no se han visto nunca interrumpidas, justo es citar en primera línea la manufactura de Sévres. Los estudios se siguen siempre con

el mayor celo, se perfeccionan los procedimientos y la marcha de la producción no sufre decadencia ninguna. El taller de la pintura de vidrieras, dirijido hace doce años por un hábil artista, M. Luis Robert, es lo que mas llama la atención del público que se interesa con particularidad en los progresos del arte. De este taller han salido las muchas vidrieras que adornan la capilla de Dreux y las de la magnífica fachada de la colegiata de Eui. Entre estos últimos trabajos se distinguen dos graciosas composiciones de un estimable pintor francés llamado M. Deveria, que representan á San Fernando de Castilla y á Santa Adelaida de Hungría, y que damos con este corto artículo á nuestros lectores.

LA CARGA DEL DIABLO.

por
JORGE SAND.

(Véase nuestro n. 2.)

—El tío Mauricio dijo que estaba de sobra adonde yo iba, por mi parte creo por el contrario que no hubiera sido malo ver como le recibían... pero en casa dijeron que no se debe principiar por enseñar las cargas del matrimonio... No sé porque te hablo de esto, Mariquita; no debes entender nada.

—Oh, sí, German; sé que vais para casaros; mi madre me lo ha dicho, encargándose mucho que no se lo repitiese á nadie ni en el lugar, ni á donde voy, y podéis fiaros en mí, que nadie lo sabrá.

—Y harás muy bien porque no es una cosa concluida: quién sabe si la gustará!

—Pues ya lo creo, German; porque no la habías de gustar?

—Tengo tres hijos, y eso es una carga muy pesada para una mujer que no es su madre.

—Es verdad, pero vuestros hijos no se parecen á los de los demas.

—Y porque?

—Porque son hermosos como angelitos, y tan bien criados que no puede haberlos mas amables.

—Sin embargo Silvano es un poco travieso.

—Ya se sabe, como que es muy pequeñito todavía; pero es tan gracioso!

—Eso sí, y ademas tiene mucho valor: no teme á las vacas ni á los toros y si le dejasen ya montaría en los caballos como su hermano mayor.

—Yo en vuestro lugar habria traído al mas grandecito; estoy segura de que al instante os habria hecho amar teniendo un niño tan hermoso!

—Si la mujer ama los niños, es verdad; pero ¿y si no los ama?

—Hay acaso mugeres que no los amen?

—Creo que no hay muchas, pero hay algunas, y esta idea me desespera.

—No la conocéis á ella nada, nada?

—La conozco tanto como tú, y temo que mi entrevista no me la dé á conocer mucho. No soy desconfiado, y creo todas las buenas palabras que me dicen, pero muchas veces he tenido ocasion de arrepentirme de ello porque del dicho al hecho va grande trecho.

—Dices que es una mujer muy buena.

—Quién dice eso? el tío Mauricio?

—Sí.

—Está muy bien, pero él no la conoce tampoco.

—En fin pronto vais á verla, y observándola con atención creo que no os engañaréis, German.

—Mira Mariquita, me alegraría mucho que la vieses tú tambien un poco antes de irte á Ormeaux; eres muy penetrante y nada te se escapa, de modo que si adviertes algo que no te gusta me lo diras bajito.

—Oh! no German, no hay cuidado que lo haga; podría engañarme, y ademas si por una palabra dicha á la ligera os entrara en horror ese matrimonio, vuestros parientes me echarian la culpa, y ya tengo bastantes penas con las mias, sin causarme otras á mi pobrecilla y querida madre.

Mientras iban hablando de este modo la Parda se asustó, levantó las orejas, y luego se echó hacia atras acercándose á unas zarzas, donde habia principiado á reconocer lo que habia sido causa de su espanto. German se puso á mirar tambien al mismo lado y descubrió en un bosque bajo la sombra de una encina, un bulto que tomó por un cordero.

—Es un animal que se ha perdido, ó que está muerto, porque no se mevea: acaso le estarán buscando por ahí, vamos á ver.

—No, no, exclamó Mariquita; es un chico dormido; es Periquillo.

—Como! dijo German apesándose de la yegua; con que se ha puesto á dormir ahí, tan lejos de la casa, en un sitio donde puede venir una culchra!

Y al decir esto tomó en sus brazos al niño, que se sonrió al verle, dándole un abrazo y diciendole:

—Papá, papá, me vas á llevar contigo!

—Ah! sigues con la misma canción! Qué estabas haciendo ahí, Perico?

—Estaba esperando que pasaras mirando al camino, y á fuerza de mirar me quedé dormido.

—Y si hubiera pasado sin verte te habrias quedado ahí toda la noche á que te comieran los lobos.

—Oh! ya sabia yo que me verias; respondió Periquillo con la mayor confianza.

—Pues bien, ahora dame un beso y adios; vuélvete pronto á casa si no quieres que cenén sin ti.

—Con que no quieres llevarme contigo! exclamó Periquillo frotándose los ojos para hacer ver que queria echar á llorar.

—Ya sabes que los abuelos no quieren que vengas, dijo German apelando á la autoridad de sus parientes, como un hombre que no cuenta mucho con la suya propia.

Pero el niño no hizo caso de nada, y se echó á llorar muy de veras diciendo que puesto que su padre llevaba á Mariquita tambien podría llevarle á él. En vano German le hizo presente que era necesario atravesar el bosque donde habia muchos animales que comían á los niños, que la Parda no podia con tres personas, como lo habia dicho al salir del pueblo, y que á la parte donde iban no habia cama ni comida para los liorones; todas estas buenas razones no podian convencer á Periquillo, que se arrojó sobre la yerba y se arrastró por ella gritando que su padre ya no le queria y que si no le llevaba no volveria á casa aquella noche.

German tenia un corazón de padre tan tierno y débil como el de una muger: la muerte de su esposa, los cuidados que habia debido tomarse por sus niños, y tambien el pensamiento de que privados de su madre tenian necesidad de un mayor cariño por parte suya, habian contribuido mucho á dificultar su corazón, y tuvo que combatir mucho en su interior, tanto mas cuanto que le daba vergüenza de mostrarse tan débil y traiaha de ocultar á Maria su flaqueza. Por

último contentiéndose para no echar a llorar con su hijo, quiso fingir que se encolerizaba, mas volviéndose hacia Mariquita como para tomarla por testigo de su firmeza de ánimo, vio que el rostro de la buena muchacha estaba bañado de lágrimas, y esto le hizo perder el poco valor que le quedaba siéndole imposible el contener las suyas a pesar de que estaba riendo y amenazando todavía.

— No creía que tenais tan duro el corazón, le dijo Mariquita, y por mi parte os confieso que yo podría hacer eso con una criatura. Vamos, German, que venga con nosotros; la yegua está bien acostumbrada a llevar dos personas y un niño y la prueba es que vuestro hermano político y su mujer, que es mucho más pesada que yo, van los sábados al mercado con su hijo, en este hermoso animal. Le podéis poner delante a caballo, y además prefiero irme sola a pie que causar ninguna pena al chiquito.

— Lo que es por eso no hay cuidado, respondió German que no desaba otra cosa sino dejarse convencer. La Parda podría llevar dos personas mas si fuese puesto para ellas sobre sus lomos. Pero qué vamos a hacer en el camino con este chico? Va a tener frío y también luego no tiene nadie que le cuide esta noche ni mañana para acostarle lavarle y arreglarle. No me atrevo a dar ese encargo a una mujer a quien no conozco, y que sin duda diría que la trato con demasiada franqueza para empezar.

— Según como lo tome, os podréis hacer una idea de lo que es, German, y además si eso la fustidiera aquí estoy yo para cuidar de vuestro hijo; ire a casa de ella para vestirle, lo pasearé por el campo, le divertiré todo el día y tendré cuidado de que nada le falte.

— No, ese es mucho trabajo para ti; piénsa que va a acompañarte todo un día!

— Al contrario podéis creer que me serviría de distracción y me haría mucho menos triste el primer día que debo pasar en un nuevo país; no figuraré que estoy aun en mi casa.

El niño viendo que María se ponía de su parte, se agarró a su vestido con tanta fuerza que habría sido menester hacerle daño para arrancarle sus manitas de allí. Cuando noto que su padre cedía, tomó la mano de la joven con sus deditos tostados por el sol, y la dió un beso saliendo de alegría y arastrándola hacia la yegua con esa ardiente impaciencia que demuestran los niños en todos sus deseos.

— Vamos, vamos, dijo María levantándole en sus brazos, tratemos de apaciguar este corazoncillo que palpita como el de un pájaro: cuando sientas el frío de la noche dimele, Periquillo, que yo te cubiere con mi capa. Besa a tu padre y pídele perdón por haber sido malo; dile que nunca volverás a hacer eso, nunca, u nunca, lo oyes?

— Si, eso es; a condición de que yo haré siempre su voluntad, dijo German enjugándose los ojos con su pañuelo: ah! María; me vas a reñir a perder este picaruelo... pero verdaderamente eres una buena muchacha, Mariquita. No sé porque no has entrado de pastora en casa por el San Juan pasado; hubieras cuidado de mis hijos, y mas me hubieran gustado pagarle un poco mas porque los sirviera, que ir a buscar una mujer que creera hacermé un gran favor con solo no detestarme.

— Siempre veis las cosas por lo mas malo, respondió Mariquita teniéndolas riendas del caballo mientras German colocaba a su hijo en la delantera de la ancha silla forrada de piel de cabra; si vuestra mujer no quiere a los niños me tomaréis de criada el año que viene, y no tengais cuidado por eso que tanto les divertiré, que ellos, los pobrecitos, no advertiran nada.

IV.

BAJO LOS ARBOLES.

— Pero ahora me acuerdo, dijo German, qué van a pensar en casa cuando vean que el chico no vuelve?

— Podéis hacer una cosa; más arriba encontraremos al guarda del camino trabajando, y podéis encargarle que vaya a decir a casa que os llevais al niño.

— Es verdad, María, tu encuentras remedio para todo; no me acordaba que Juan debe estar allí.

— Y como justamente vive muy cerca de la quinta, no le costará ningún trabajo el llevar el recado.

Cuando se hubo tomado esta precaución, German volvió a poner al trote la yegua, y Periquillo estaba tan alegre que ni siquiera se acordaba de que no había comido. Sin embargo poco a poco el movimiento del caballo le fue despertando el estómago, y al cabo de una legua empezó a bostezar, a palidecer y a confesar que se moría de hambre.

— Ya empezamos, dijo German; si he dicho que no andáramos mucho sin que Perico pidiese de comer ó de beber.

— También tengo sed; dijo el muchacho.

— Mira, dentro de un poco entraremos en la taberna de la tía Rebeca, en Corlay; María, tú también beberas un dedito de vino.

— No, no, respondió la joven; no tengo ganas de nada, yo me quedaré con la yegua mientras das de beber al chiquito.

— Pero mira que diste esta mañana un pan a Periquillo, y estas en ayunas, no quisiste comer con nosotros en casa porque estabas llorando!

— Oh! os juro que no tenía hambre, me hallaba muy pesadumbreada para haber podido atravesar un bocado; y aun ahora mismo no me siento con gana ninguna de comer.

No importa, Mariquita; si no podrias caer mala. Tenemos mucho que andar, y si no tomamos nada llegaremos allí pidiendo de comer antes de decir: buenos días. Ya veras como yo te doy el ejemplo, a pesar de que no tengo mucho apetito; pero no le hace, comeré, porque al fin y al cabo no pude abrir la boca cuando estaba en la pesa. Tú madre y tú estabais llorando, y esto me partía el corazón; vamos, vamos; voy a atar la Parda a la puerta, y ya puedes ir bajando, te lo mando yo.

Y dicho esto los tres entraron en la taberna de la tía Rebeca, y en menos de un cuarto de hora la gruesa y roja posadera logró servirles una tortilla de buena cara, un pan de maíz y vino blanco.

Los campesinos no comen de prisa, y Periquillo tenía tanto apetito que siempre se pasó mas de una hora antes de que German hubiese podido pensar en volver a ponerse en camino. Mariquita principió a comer por complacer a German, pero poco a poco la gana fue viniendo, porque a diez y seis años no se puede guardar la dieta largas horas, y el aire de los campos despierta bien luego el apetito. Las buenas palabras que German la supo decir para consolada é infundirle ánimos, produjeron asimismo su debido efecto; de suerte que bien pronto hubo de persuadirse de que siete meses se pasan luego para pensar en la felicidad que la esperaba de volverse a hallar en su choza entre su familia, puesto que el tío Mauricio y German estaban acordes en tomarla a su servicio. Pero cuando principiaba a distraerse de este modo, y jugaba un poco con Periquillo, German tuvo

la mala idea de hacerla mirar por la ventana de la taberna, la hermosa vista del valle que se descubría enteramente desde aquella altura, valle tan fértil, tan verde y risueño. Mariquita se puso a mirar y preguntó si se descubrirían desde allí las casas de Ormeaux.

— Ya se ve que sí, contestó German, y la granja y hasta la casa donde vas a vivir. Mirala, allí está; aquel puntito pardo junto a los álamos, mas allá del campanario.

— Ah! ya la veo, dijo la muchacha, y se puso a llorar de nuevo.

— He hecho mal en hacerte pensar en eso; a la verdad estoy muy torpe hoy. Ea, María, vámonos; los días son muy cortos y dentro de una hora, en cuanto salga la luna, te aseguro que no vamos a tener calor.

Volviéron a ponerse en camino, y como para no cansar a la joven y al niño con el rápido trote de la yegua, German no podía hacer ir de prisa al animal, ya estaba muy puesto el sol cuando salieron del camino para entrar en el bosque.

German conocía el camino hasta Magnier, pero para acortar, tomó una dirección que nunca había tomado cuando iba a la feria; mas tanto se engañó en esto, que apenas hubo entrado en el bosque, ya se puso de espaldas hacia donde iba, sintiendo mucho mas arriba por el lado de Ardenes.

Lo que le impidió entonces orientarse fué la niebla que se levantaba con la noche, una de esas nieblas de otoño que la blancura de los resplandores de la luna hacen mas vagas y engañosas todavía. Las grandes charcas que abundan tanto en aquel sitio exhalaban vapores tan espesos que cuando la Parda las atravesaba apenas sentia que lo hacía.

Por último, cuando desembocaron en una hermosa calle bien ancha, German trató de ver en que sitio se hallaba, y bien luego conoció que se había perdido; porque el tío Mauricio al darle las señas del camino, le dijo que al salir de los bosques tendría que bajar una gran cuesta, atravesar una inmensa pradera y pasar dos veces el río, y aun le añadió que entrase en el agua con mucha precaución porque la lluvia podía haber traído alguna crecida; y como no veía ni cuesta, ni pradera ni río, sino una ladera lisa y blanca como la nieve, se detuvo buscando una casa, ó alguien que pudiera guiarle, aunque infructuosamente. Entonces dió una vuelta á la yegua entrando de nuevo en los bosques; pero la niebla era mas espesa que antes todavía, la luna estaba cubierta de gruesas nubes, los caminos eran muy malos y no se descubría otra cosa mas que barrancos. Dos veces la Parda estuvo á punto de caer al suelo, cargada como fiba; estaba casi desalentada y si bien conservaba aun bastante discernimiento para no tropezar con los árboles, no por eso podía impedir que los que la montaban se enredasen muchas veces con las gruesas ramas que cerraban el camino á la altura de sus cabezas haciéndoles correr grandes peligros. German perdió su sombrero en uno de estos tropezones, costándole gran trabajo el encontrarle. Periquillo se quedó dormido, y pesado como un talego estorbaba tanto á su padre que le llevaba en brazos, que apenas podía ya ni sostener ni dirigir el caballo.

— Creo que estamos hechizados, dijo German parando la yegua, porque a menos de estar borracho nadie puede perderse en este bosque, y hace mas de dos horas que estamos dando vueltas sin salir de él. La Parda no tiene en la cabeza mas que una idea y es la de volver a casa; ella es la que nos ha perdido; si queremos ir allá, no hay mas que dejarla; pero cuando tal vez nos faltan solo cuatro pasos para llegar al sitio donde hemos de acostarnos, sería menester estar locos para renunciar a ello y volver a emprender un

camino tan largo. Sin embargo, no sé que hemos de hacer; no veo al cielo ni tierra, y temo que este chico coja unas calenturas si nos quedamos en medio de esta maldita niebla, ó que se mate si la yegua tropieza y cae hacia adelante.

— No nos obstinemos mas, dijo Mariquita; bajémonos German; dame el niño que yo le llevaré bien y le tendré cubierto bajo la capa, mucho mejor que vos. Tomad á la yegua de la rienda, acaso veremos algo mas cuando estemos mas cerca de la tierra.

Con esto no lograron otra cosa que libertarse de una caída del caballo, porque la niebla llegaba hasta el suelo, y aun parecía estar pegada á aquella tierra húmeda y fangosa. La marcha se hacia muy penosa y bien luego llegaron a estar tan fatigados que tuvieron que detenerse en una plazoleta que encontraron rodeada de corpulentos arboles. Mariquita estaba cediada hasta los huesos pero se quejaba ni se acordaba para nada; ocupada únicamente con el niño se sentó en la arena y le puso sobre su falda, en tanto que German registraba las cercanías, despues de haber atado las riendas de la Parda á la rama de un arbol.

Peró la yegua que estaba muy poco contenta de aquel viaje, dió un tiron, rompió las riendas y sacudiendo en el aire á modo de desquite, unos cuantos pares de coques, echó á correr entre los matorrales, como para probar, que de nadie necesitaba para volver á encontrar su camino.

— Ya nos hemos quedado a pié, dijo German despues de haber tratado amagos infructuosamente de apoderarse de la fugitiva yegua; de nada nos serviría el volver á hallar el buen camino, teniendo que atravesar el río á pié, y segun estan de mojados los caminos estoy por decir que la pradera está ahora bajo las aguas. Así, lo que tenemos hacer es esperar aquí á que la niebla se disipe, lo que puede tardar una hora ó dos; cuando veamos claro, buscaremos una casa cualquiera para guiarcelos, pero en este instante es imposible salir de aquí; allí hay un foso, aquí un estanque, y por delante y por detras, no puedo decir lo que hay, porque maldito si sé por donde hemos llegado. (Se continuará.)

MÁCHINA.

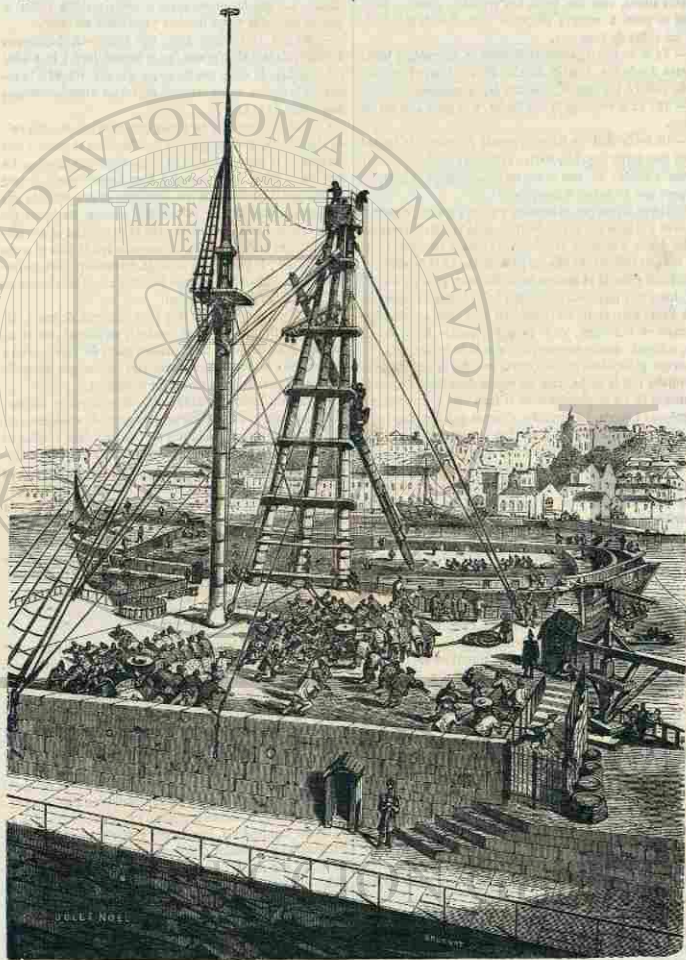
Los palos de un buque de guerra compuestos de un crecido número de albitanas juntas con anillos de hierro, tienen un peso y volumen que les hace muy difíciles de manejar, por eso la operación para embarcarlos ha sido durante mucho tiempo muy penosa y llena de peligros. Al cabo se ha llegado á inventar un aparato que se llama MACHINA, por medio del cual se levantan los palos y se llevan casi sin trabajo al punto que deben ocupar.

Esta machina se compone de un mástil vertical encajado en un mazo de albañilería y consolidado con albitanas y cables trincados en anchas argollas ó cañones introducidos en la misma mampostería. Dos largos maderos reunidos en la estremidad y colocados oblicuamente se hallan ligados á este mástil por medio de otras cuerdas y albitanas. Inclinaidos sobre el canal, estos maderos sirven para levantar el palo que debe ponerse en el buque; este palo se agarra con calabrotes, cuya estremidad se arrolla á los cabestanes colocados al pié de la machina; haciendo tirar estos cabestanes se acortan los calabotes, se levanta el palo por encima del buque, que se coloca al borde del canal, y se encuentra, en fin, colocado verticalmente sobre el agujero por donde debe entrar; se dirige el pié del palo hacia este agujero, y luego trabajan los cabestanes despaquetando hasta que el palo descansa sobre su carlinga.

Los buques mayores tienen tres palos verticales; los se

colocan de este modo: el palo trinquete adelante, el palo mayor en medio, y el de mesana. Cada uno de estos palos

tiene encima otros dos; el mastelero de gavia y luego el de juanete y también cada uno de ellos tiene un velamen que le

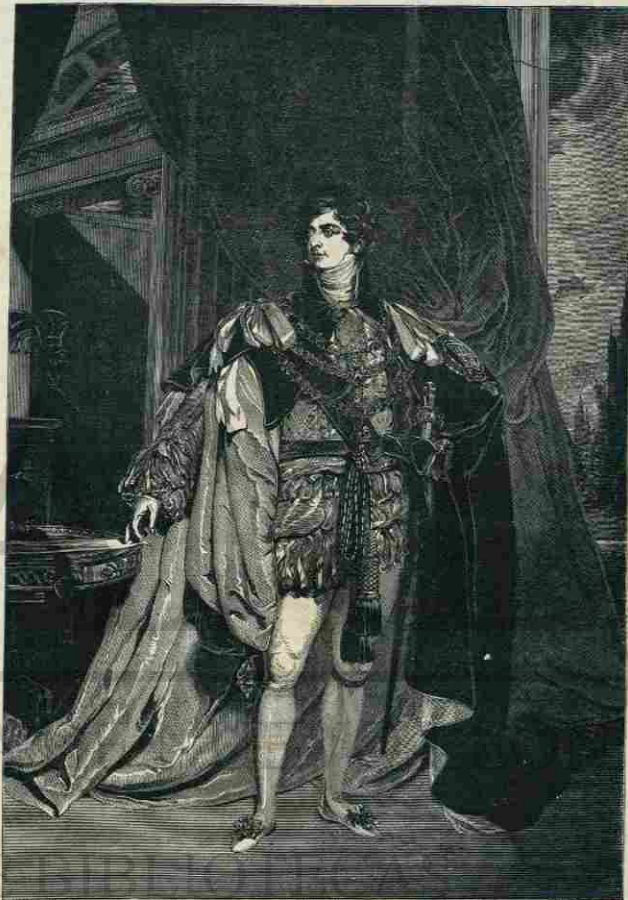


Machina del puerto de Brest. — Dibujo de M. J. Noat.

Imprenta de Brest.

es propio, lo que forma tres órdenes de velas sobrepuestas. La machina que representa nuestro grabado se halla en el puerto de Brest, colocada en la parte baja del antiguo palacio entre la cadena y la verja del puerto.

TOMAS LAWRENCE.



Retrato de Jorge IV, rey de Inglaterra.

Imprenta de Brest.

El grabado que damos hoy á nuestros lectores es la reproducción de uno de los quinientos diez y ocho retratos que pintó sir Tomas Lawrence en su brillante y fecunda carrera. El rey, en gran traje de ceremonia, se halla de pie en uno

de los salones del palacio de Windsor. Su cabeza, desembarazada de la corona que se halla puesta en un rico velador colocado á su derecha, se destaca luminosa, sobre un ropaje de terciopelo de color de granada que cae del techo

V. H. — PARIS. — IMP. BLOCHEAU.

medio tapando unas columnas acanaladas, aunque dejando sin embargo un claro por donde se descubre un verdoso parque y un cielo cargado de brillantes nubes.

La actitud del regío modelo está llena de altivez y desenvoltura, y, aun si podemos decirlo así, de distinción un tanto femenina. Nada es comparable a la riqueza y magnificencia de su traje: la seda, el raso, el terciopelo, el oro y las pedrerías brillan en todo el desde los pies a la cabeza. Las deslumbradoras insignias de las órdenes soberanas como las de la Jarretera, San Jorge y otras varias, despiden sobre la figura toda los más encantables reflejos. Todos los ornamentos se hallan estudiados con el mayor esmero y detenimiento, y, sin embargo, no por esto el conjunto se resiente de ello.

Lawrence quien, como el pintor francés Gerard, podría ser apellidado retratista de los reyes y emperadores, no ha tenido sin embargo ocasión de pintar muchas veces un personaje semejante, y por esto quiso ostentar en él todas las gracias de su paleta delicada.

Mientras que el artista retrataba al rey, mientras que sir Lawrence trabajaba en trasladar al lienzo la fisonomía de Jorge IV, que sentimientos debían agitar interiormente el corazón de estos dos hombres cabezados en frente el uno de otro, y mirándose, como suele decirse, en lo blanco de los ojos?

Si el gran novelista Balzac viviese aun, hubiéramos dirigido con mucho gusto esta pregunta a ese profundo y sagaz escrutador de las intimidades más recónditas del corazón humano; pero en el día nos dirigimos al lector, pidiéndole una respuesta, después que haya tomado conocimiento de los hechos que la motivan y que, en dos palabras, vamos a relatar aquí.

Cuando Jorge IV era todavía príncipe de Gales se casó con la famosísima Elisabeth Carolina, con la condición que esta le haría todas sus deudas. El matrimonio se desahucó al día siguiente de las bodas y la princesa de Gales se retiró a Montaña-Hoise. Muchos meses después fue llamado Lawrence a esa brillante sociedad para hacer el retrato de la hermosa mujer que la había sido. A pesar de la facilidad del artista, el trabajo duró mucho tiempo, pero al cabo se concluyó, y, bien que después del rompimiento de su enlace, Carolina no hubiese vuelto a ver al príncipe de Gales, dió a luz un hijo en una época de mucho compromiso, ante la ley inglesa, para el distinguido retratista. Un pleito escandaloso llamó la atención de toda la Europa con este motivo, pero el jurado declaró a Lawrence inocente. Es probable que el marido de la culpable, que ocupaba ya el trono de Inglaterra opinó lo mismo que los jueces, pues que no tuvo inconveniente algún tiempo después en mandarse retratar por sir Tomas Lawrence.

J. J. ANNOUX.

LA MANO DE MI MADRE.

Porqué os admiráis, juveniles, al ver mis cabellos blancos? También a vosotros os saldrán las canas con los trabajos y los años.

Antes, fui joven como vosotros: como vosotros tuve una madre que velaba a la cabecera de mi cama, que enjugaba mis lágrimas con sus labios, que me enseñaba a balbucear las primeras sílabas.

Y cuando llegaba la noche me hacía poner de rodillas a su lado, y poniendo su mano sobre mi cabeza oraba, de rodillas también, y oraba por mí.

Y en tanto que sentía su mano sobre mi frente, volvía a ver los ángels con sus alas desplegadas, y me parecía haber a un el mundo radiante de donde había bajado.

Peró llegó un día terrible, un día en que me separaron de ella, un día, ay! en que murió!

Me lo dijeron, pero no lo comprendí; coji una rosa blanca, y me deslicé en su aposento. Mi madre dormía con un sueño extraño, y por primera vez sus labios no se abrieron para responderme.

Aquella noche me arrodillé tristemente y me puse a rezar. Su mano no descansaba ya sobre mi frente, y sin embargo la sentía aun; pero en vez de los rostros radiantes de los ángeles, veía la palida y descompuesta fisonomía de mi querida madre.

Los años se pasaron rápidamente, y crecí en medio de una salvaje y caprichosa independencia; luego me maltrataron mucho las pasiones y me quedé abatido hasta el suelo por el huracán. Pero en medio de la calma de las noches sentía el contacto de aquella dulce y poderosa mano y oraba y floraba sin cesar.

Con la juventud llegaron los atractivos y los escollos del placer; pero cuando estaba al borde del abismo la mano de mi madre me detenía en él.

Como antiguamente, me parecía que aquella mano enredaba en mi cabellera, y una voz lejana me decía: — Hijo mio, guardarte de caer; no peques contra tu Dios, contra tu madre!

La edad ha debilitado mi memoria; me ha velado los objetos y embotado los sonidos; pero aquel sagrado contacto ha permanecido presente como el primer día; en mis cabellos blancos por las heladas de los años, siento aun la mano benévola de mi madre.

Y cuando al traspasar el oscuro pasaje de la tumba, entreeva el cielo, la mano de mi madre, me guiará hacia ella y hacia Dios.

J. J. ANNOUX.

LA CONCIENCIA.

Qué tesoro más dulce que el de una buena conciencia que, como un espejo fiel, no nos refleja nada que pueda entristecernos ó hacernos padecer! Que alegría tan ínfima y victoriosa se experimenta cuando no se vé en toda la vida mas que un solo y mismo punto, y cuando uno no ha sido causa de la desgracia ó de las lágrimas de su prójimo! Hay, sin duda, debilidades y flaquezas inseparables de la humanidad; pero cuando no se ha ofendido a nadie en este mundo, el recuerdo de estas faltas no destruye en lo mas mínimo la paz interior! El hombre de bien se absuelve y forma el designio de perfeccionarse. Confiárese este venturoso estado a la tempestad de los remordimientos, al temor, al espanto que traen en pos de sí, y se verá realizada la terrible y verdadera imagen de las furias persiguiendo al criminal, inundando en su corazón todos los terrores y desesperaciones del infierno.

Conciencia deriva de *con* y *scire*, saber consigo ó en sí. En efecto, la conciencia es ese murmullo interior que nos llama si una acción es justa ó injusta, buena ó mala. Una de las propiedades más patentes de la naturaleza del hombre, y que más atestigua su alta superioridad sobre los animales, es la del conocimiento del bien y el mal moral relativamente a los demás seres y a sus semejantes. La principal necesidad de la vida intelectual para ser feliz, es la de existir sin remordimientos.

Al escribir sibi, nulla peccatoris culpa.

«Conciencia! conciencia! esclama un gran escritor; infinito divino, inmortal y celeste voz, guía seguro de un ser ignorante y limitado, aunque inteligente y libre; juez infalible del bien y del mal, que hace al hombre semejante a Dios, tú

eres quien diriges la moralidad de sus acciones; sin ti no siento en mi interior nada que me haga superior a los animales, á no ser el triste privilegio de perderme de errores en errores con la ayuda de un entendimiento sin regla, y de una razón sin base y sin principio.»

LONGEVIDAD.

El Tow World's, periódico inglés, ocupándose de la longevidad y de las causas que pueden influir en ella, dice lo siguiente: — «Es la templanza la que ocasiona una larga existencia? Parr era un hombre intemperante y vivió mas de 150 años! Depende acaso de las comodidades y de la regularidad de hábitos? Jenkyns, que vivió 160 años, era un mendigo que carecía a menudo de las cosas más necesarias. Es un buen clima el promotor seguro de una prolongada existencia? Léase la siguiente tabla fijando cuidadosamente la atención en la variedad de climas que habitaban los individuos en ella mencionados:

NOMBRES.	EDAD.	RESIDENCIAS.
Albama Mare.....	150	Etiopia.
Tito Fullonio.....	150	Benonia.
Abraham Patha.....	142	Carolina del Sur.
Domizio Raduly.....	140	Transylvania.
La condesa de Desmond.....	140	Irlanda.
Jaime Sauid.....	140	Straffordshire.
La esposa de Jaime Sauid.....	120	Straffordshire.
Enrique Jenkyns.....	169	Yorkshire.
Tomas Parr.....	152	Shropshire.
Francisco Ions.....	121	Francia.
A. Goldsmith.....	112	Francia.
Margarita Pateni.....	138	Escocia.
Guillermo Ellis.....	130	Liverpool.
Cristiano Drakenberg.....	146	Noruega.
Hicardo Lloyd.....	133	Gales.
Jaime Hayley.....	112	Cheshire.
John Wilson.....	116	Suffolk.
Luis Cartiano.....	100	Venecia.
Juana Reeve.....	103	Essex.
Margarita de Winchester.....	409	Hampshire.
Jmes Milburne.....	416	Londres.

En la tabla que antecede encontramos todas las variedades posibles de suelo y de clima: Venecia con sus cimientos en el agua; Francia con sus vestidos de rayos de sol y su corona de flores. Noruega con su frente oculta en la región de las nieves y tempestades. Las Indias occidentales con su atmósfera de fuego. En todas ellas ha habido casos notables de longevidad. En el pantanoso condado de Essex ha vivido Juana Reeve ciento tres años. Hipócrates llegó a los ciento cuatro en la deliciosa isla de Cors. El ardiente interior de la Etiopia no pudo impedir que Albama Mare cumpliera ciento cincuenta años, así como Drakenberg, ciento cuarenta y seis en las heladas montañas de Noruega. Así, qué consecuencia puede sacarse de semejantes contrastes? Sin embargo, podemos aventurar una pregunta. No es probable que Parr hubiese vivido mucho mas si hubiera sido un hombre de una conducta templada? No le habría sucedido lo mismo a Jenkyns si no se hubiese hallado sujeto a sufrir todas las vicisitudes de una vida vagabunda y sujeta a las escaseces? El escritor que nos ha suministrado las anteriores observaciones, concluye acertadamente del siguiente modo su artículo:

«Los medios conocidos de promover la longevidad se concretan a dichos vulgares, como: «Conservad vuestra

cabeza fría y los pies calientes. — Trabajad mucho y comed poco, etc.» Como si toda la ciencia de la vida humana pudiese reducirse a unas cuantas palabras, cuando nadie conoce sus principios mas generales. Uno de estos dichos vulgares mas razonables es el de un Italiano que vivió ciento diez y seis años. Habléndole preguntado un individuo de que medio se había valido para vivir tanto tiempo, contestó con la siguiente improvisación tan propia de los habitantes de aquel país:

Con alimento sano el hambre acallo;
Secos tengo los pies y bien calientes,
Del sol y de la lluvia libre me hallo;
Nunca sufrí pesares indolentes.

He aquí ahora la mejor teoría que quizá existe en la materia. Cada humana criatura nace con cierta porción de vitalidad que no puede aumentarse, pero que puede si economizarse. Así dotado, puede vivir mas ó menos tiempo, aprisa ó despacio, puede distribuir sus momentos de vida en un largo ó un corto espacio; pero cuando la porción se agota se concluye todo. El que vive mucho, bebe agua pura, evita todas las enfermedades inflamatorias, trabaja bastante, pero nunca demasiado, no se deja dominar por inquietadoras pasiones, renuncia a los alimentos escitantes, no se entrega a placeres debilitantes; aparta de sí todo estudio trabajoso, conserva despejado su espíritu, y economizando así su cuota de existencia, vive mucho mas tiempo que de cualquier otro modo, porque vive despacio; mientras que el que, por el contrario, vive intencionalmente, bebe muchos vinos y licores espirituosos, se espone a contraer enfermedades inflamatorias, ó busca las causas de adquirir las, trabaja mas de lo que le permiten sus fuerzas, asiste a espectáculos escitantes y se deja dominar por inquietadoras pasiones, comiendo alimentos escitantes y muy sazonados, este vive mucho menos y muere debilitado por sus excesos.»

DE LOS JUICIOS HUMANOS.

En qué estamos pensando cuando nos desgarramos intencionalmente con tantas sospechas injustas? Ay! El género humano es naturalmente muy curioso! Cada cual desea ver lo que está oculto y jugar sobre las intenciones. Este afán hace que se adivine lo que no se vé, y como nunca queremos engañarnos, sucede que la sospecha se cambia bien luego en certidumbre hasta que llegamos á llamar corrección lo que no es regularmente sino una conjetura, y esta invención de nuestra mente la apardinos, y la acrecentamos desmesuradamente. Si un pedro de estas sospechas llega á despegarse nuestra colera; no hagámos la menor cosa para apagarla, porque «nadie cree injusta su colera» como dice San Agustín. Luego llegan las impetuosas alimentadas por la desconfianza, y muchas veces nos batimos contra una sombra, ó mas bien la sombra nos hace atacar al cuerpo. Quiero aprender á no pensar nunca mal, á ver sin adivinar y á no ser precipitado en mis juicios. Si á esto se me dice que todos me engañan en este mundo, responderé, que esto es preferible á aguarar el hijo de una borriaca del honor y de la reputación de los demás. Mas vale ser siempre engañado que vivir en la desconfianza, hija de la cobardía y madre de las disensiones. Dejáme pues en ese error inocente que me inspiran la humanidad, la verdad y la prudencia: la humanidad me muestra creen en el bien y no el mal; la prudencia me enseña á no precipitar mis fallos, y la verdad me enseña también á no aventurar opiniones temerarias para condenar á los culpables, de modo que, sin pensar, no hiera á los inocentes con injurias mortales. Bossuet.

EL CIEGO VIOLINISTA.

Estamos á la caída de la tarde. El labrador inglés ha dado su última vuelta por los campos, distribuyendo á sus jornaleros las alabanzas ó los regañíos, y habiendo ya dado sus órdenes para el siguiente día: al entrar en su casa acaba de encontrar junto á la puerta al ciego de la parroquia con su violín en mano, y le ha hecho entrar con él, para recoger un poco á su familia.

El artista ha representado al músico ambulante sentado ante la familia reunida y tocando alegres cantinelas llevando con sus pies el compás. A su lado, la abuela con un niño en



El ciego violinista.—Dibujo copiado del cuadro de Villaz.

bastante alto, al lado de un mortero, se vé el busto de algún reverendo doctor de la iglesia presbiteriana. No se ve nada de lujo, ningún adorno, pero tampoco hay desorden ninguno; puede decirse desde luego que todo el mundo cumple con su deber en esta casa, y que todos se hallan dichosos y contentos. Parece que cada virtud está representada por una jeneración; los abuelos son la prudencia; el padre, la autoridad; la joven, la ternura, y los niños la sencillez y la alegría. En cuanto al ciego, está ahí como un recuerdo de las desgracias que causan compasión; es un llamamiento á los corazones para que no se enfriarán en la felicidad. Santa y encantadora lección que todos deberíamos comprender! porque los que padecen no solo merecen nuestra simpatía sino tambien nuestra gratitud; al mismo tiempo que son hermanos nuestros, y desheredados, son tambien para nosotros vivos y patentes lecciones. Sin ellos, quién nos recordaria la miseria en nuestra prosperidad, y en nuestra salud las enfermedades?

los brazos, está escuchando pensativa aquellas melodías que le recorrian su juventud, y el abuelo, en cuya mente se despiertan los mismos recuerdos, se sonríe vagamente, mirando al espacio. Un poco mas lejos, el labrador, de cara al niño pequeño que su madre tiene sobre la falda, repite lo que toca el ciego castañetando con sus dedos, en tanto que sus dos hijas escuchan admiradas, y que el niño mayor imita los movimientos del músico rascando en unos fuelles con un látigo viejo. Todo en este interior respira la tranquilidad, el bienestar y la union. Por todas partes se descubren los símbolos del trabajo: algunos utensilios del ajuar, un torno para hilar y unas tijeras se ven colgadas en la pared. En un basar

El desdichado es hijo de Dios, no solo porque espía, sino porque conserva en los corazones la confraternidad humana, porque propaga el enternecimiento, y porque nos recuerda lo que somos, mostrándonos lo que se puede ser. Porqué el alma del pueblo es tan tierna, sino porque la vista constante de la pobreza la mantiene en una perpétua vibración? Porqué se priva tan facilmente el trabajador de su último bocadito de pan negro, sino porque conoce, y vé todos los días lo que es el hambre? El rico sensual que rompe los lazos de la mancomunidad humana, y vive retirado en su bienestar, comienza por olvidar los padecimientos que no vé, y concluye á menudo por negarlos. El hombre, para sostener sus mas naturales é indispensables sentimientos, necesita una perpétua imagen que le advierta de ellos. No basta la idea sola, porque la idea se altera, se borra y conduce de la duda á la incredulidad; es preciso que el hecho visible llame sin cesar á la puerta de nuestros corazones, siempre

may próxima á cerrarse, y que todo tome una voz para repetirnos eternamente la gran lección cristiana: MEMENTO QUIA PULVIS ES. El que puede olvidar que es hombre todo un día, está en camino para mirarse al otro como un Dios.

LA GUARCA DEL DIABLO.

FOR

JORGE SAND.

(Véase nuestro número 2.)

—Pues bien, tengamos paciencia German, dijo Mariquita. Aquí no estamos mal en la platoleta; la lluvia no penetra por entre los árboles, y podemos hacer una hoguera; siempre encontraremos algunas ramas secas que ardan bien. Teneis candela, no es verdad? hace un momento estabais fumando vuestra pipa.

—La tenía, pero la yesca estaba en la alforja con la caza que destinaba á mi futura, y la maldita yesca se lo ha llevado todo, hasta mi capa que va á perder por ahí en cualquier parte.

—No, no, German; las alforjas y la capa todo está caído en el suelo á nuestros pies. La Parda rompió la cincha y lo echó todo por tierra cuando se marchó.

—Toma, pues es verdad, dijo el labrador; con tal de que podamos hallar á tientas un poco de leña seca, lograremos calentarnos un poco.

—La cosa no es difícil, dijo Mariquita; todo el suelo está lleno de bojarasca; pero dadme primeramente vuestra capa.

—Para qué?

—Para hacer una cama á Periquillo; no, así no, al revés; aun está calentita de haber ido en la yegua; sujetadme las puntas en el suelo con esas piedras que estais viendo ahí.

—Yo no las veo; tenéis ojos de gato, Maria.

—Ya está hecho German; arropostme bien; mirad, ya está acostado tan bien como en su cama; tocadle para ver qué calor tiene.

—Es verdad; sabes cantar muy bien á los niños.

—No es una cosa del otro jueves; ahora ya podéis buscar a yesca en las alforjas y arreglar la leña.

—Esto no podrá arder, está muy húmedo.

—De todo dudais, German; no os acordais cuando érais pastor de haber hecho hogueras en los campos mientras llovía mucho?

—Sí; en eso está el talento de los chicos que guardan los animales; pero yo me puse á llevar los bueyes en cuanto supe andar.

—Y por eso sois mas fuerte que diestro; ya está puesta la leña; ahora veremos si ardera! Dadme acá la lumbre; bien, ahora soplad un poco, que no tenéis malos los pulmones.

—En efecto, dijo German soplando como el fuelle de una fragua. Al cabo de un instante, brilló la llama, y despidiendo primeramente una bucecilla roja, acabó por levantar llamaradas azules bajo el follaje de los árboles, luchando contra la bruma y secando poco á poco la atmósfera á diez pies á la redonda.

—Ahora voy á sentarme junto á Periquillo, para que no se caigan chispas en el cuerpo. Poned mas leña y atizad la lumbre German, que no cojeremos aquí ni constipados ni calenturas.

—Todo te sale bien, dijo German; sabes hacer lumbre

como una brujilla nocturna. Ah! este calor me vuelve á la vida, y me pone de buen humor; porque te aseguro que al verme con las piernas mojadas hasta las rodillas, con la esperanza de quedarme aquí toda la noche, estaba un poco descontento.

—Y cuando se está así no se sabe hacer nada, dijo Maria.

—No estás tú nunca de mal humor?

—Oh! no, jamás; y para qué?

—Ya sé que eso no sirve para nada, pero uno no es dueño de impedirlo... sobre todo cuando hay alguna pena; y Dios sabe que no has tenido pocas, pobre Mariquilla, porque á decir verdad no has sido nunca muy dichosa.

—Es cierto, mucho hemos padecido mi madre y yo; hemos tenido pesadumbres, pero tambien las hemos soportado con valor.

—El valor no me falta á mi para cualquiera cosa que haya que hacer, dijo German; pero te confieso que la miseria me incomodaria estando acostumbrado á que no me falte nada. Mi mujer me hizo rico y lo soy aun, y lo será mientras trabajo en la granja, que creo será siempre... pero cada cual tiene sus malos ratos; mis penas han sido de otra especie.

—Sí, perdisteis la mujer, y lástima fué; tambien la floré yo, German, era tan buena! Pero no hablemos de ello, porque creo que la floraria aun: todas mis pesadumbres me vuelven hoy!

—Ella te queria mucho, Mariquita; y hacia mucho caso de tu madre y de ti. Vaya, ya estais llorando; vamos, Maria, mira que no quiero llorar yo...

—Sí, y estais llorando tambien, German; qué vergüenza puede haber en que un hombre lloré á su mujer? Vaya, no hay que contenerse, amigo mio; yo tambien participo de la pena.

—Tienes buen corazón, Mariquita, y me consuela el llorar contigo. Pero acércate mas á la lumbre, están chorreando agua tus vestidos! Mira, yo me pondré á cuidar de Periquillo mientras vas á calcularle un poco.

—Estoy bien, dijo Maria, y lo que debes hacer es girar de una punta de la capa para sentaros.

—El hecho es que no estamos muy mal aquí, dijo German sentándose á su lado. Sin embargo, voy teniendo un poquito de hambre; ya son mas de las nueve, y me ha costado tanto trabajo el andar por esos caminos, que no me siento con muchos ánimos. Y tú no tienes hambre, Mariquilla?

—Nada, nada. Yo no estoy acostumbrada á hacer cuatro comidas, y me he acostado tantas veces sin cenar, que una vez mas, ya ni lo noto.

—Pues bien; yo creo que es muy bueno tener una mujer como tú; una mujer así no gasta nada, dijo German con una sonrisa.

—Yo no soy una mujer, dijo sencillamente Maria, sin hacerse cargo del giro que iban tomando las ideas del labrador. En qué estais pensando?

—Piensó no sé en qué, respondió German; el hambre tal vez me hace estar meditando.

—Qué comilon! repuso la joven sonriendo tambien á su vez; pero ya que no podéis vivir cinco ó seis horas sin comer, poco trabajo os cuesta sacar la caza de la alforja, y ponerla á asar en la hoguera.

—Díabolo! Buena idea! pero y el regalo de mi futuro suegro?

— Llévales seis perdices y una liebre; me parece que aunque quisierais, no podríais coméroslo todo.

— Y cómo lo hemos de hacer sin asador? se volverá un carbon.

— Oh, no, dijo Mariquita; yo me encargo de asarlo en la ceniza sin que se ahume. Acaso no habeis cogido alguna vez alondras en el campo para asarlas entre dos piedras? Ah! es verdad, se me olvida que no fuisteis pastor. Vamos, peladme esa peruliz; no tan fuerte, que la arrancais el pellejo.

— Ya podías pelar otra para enseñarme.

— Con que queréis comeris, fós? (Qué hambriento! Ea, ya están listas; voy a ponerlas a la lumbre.

— Buena cantonera barías, Mariquita; pero desgraciadamente no tienes cantina aun, y voy a verme reducido a beber el agua de esa charca.

— Querriais también beber vino, no es verdad? y luego café? Sin duda creéis estar en la feria, bajo los árboles; llamemos al posadero para que traiga unos licores al labrador de Belair!

— Ah, pícaruela! te has propuesto burlarte de mí? Con que tú no beberías vino si lo tuvieramos?

— Yo? ya he bebido esta tarde en la taberna de la Bebe, por segunda vez en mi vida; pero no importa, si tenéis juicio, voy a sacaros una botella casi llena, y de uno que no es malo.

— Mariquita, si sigues así, me vas a hacer creer que eres bruja.

— Pero no os acordáis que hicisteis la locura de pedir dos botellas de vino a la tia Bebe? Pues bien; hebelisteis una con Periquillo; yo apenas pude tragar cuatro gotas de la mía, y como ambas estaban ya pagadas, juzgué muy conveniente guardar la que estaba llena por si teniais sed en el camino, y en efecto hea aquí.

— Eres la muchacha más lista que he visto en mi vida. Y decir que aunque estaba borrado cuando salió de la posada, eso no lo digo pensar en los demás!... Vaya, vaya, Mariquita, te digo que no será muy tonto el que se case contigo.

— Así lo espero, porque nunca podré querer á ningún tonto. Ea, comed las perdices, que están ya en punto, y en vez de pan tendréis que contentaros con unas castañas.

— Y á donde diablos has ido á buscar también las castañas?

— No es difícil de advenir; las he cogido por todo el camino arrancándolas de las ramas al pasar, hasta que tuve llenos mis bolsillos.

— Y ya están asadas por supuesto?

— Yo lo creo, como que las puse en la lumbre desde que la hubo; eso se hace siempre en el campo.

— Entonces Mariquita, vamos á cenar juntos. Voy á beber á tu salud, desahóntate un buen marido... tan bueno, como tu misma puedes desahóntate; hablame un poco de esa Mariquita.

— No tengo mucho que decir German, porque jamas he pensado en el asunto.

— Cómo, nunca, nunca? dijo German principiando á comer con un hambre de labrador, aunque separando los pedazos mas escogidos para ofrecérselos á su compañera, que se obstinó en no tomar ninguno, contentándose con comer algunas castañas. Dime, Mariquita, continuó viendo que la joven no pensaba en responderle, como que nunca te ha venido la idea del matrimonio? Sin embargo ya estás en edad para pensar en ello.

— Puede ser, respondió la joven, pero soy muy pobre: lo

ménos que se necesita para poner casa son sesenta duros, y para reunirlos tendré que trabajar cinco ó seis años.

— Pobre muchacha! Me alegraría que el tío Mauricio me los diera, para tener el gusto de regalártelos.

— Muchas gracias German; pero qué dirían de mí si los tomara?

— Qué habian de decir? todo el mundo sabe que yo soy viejo y que no puedo casarme contigo, de modo que supondrían que yo... que tú...

— German, German, el niño se despierta, exclamó Mariquita.

V.

CON EL FRÍO Y TODO.

Periquillo se había levantado mirando en torno suyo con aire de asombro.

— Ah! siempre hace lo mismo cuando oye comer! dijo German; no le despreciaré el ruido de un cañon, pero en cuanto se mecen los dientes á su lado, ya está abriendo unos ojos de á palmo.

— Así habeis debido hacer á su edad, German, dijo Mariquita con una sonrisa burlesca. Vamos Periquillo, que estás mirando de ese modo? Esta noche no estás en tu cama hijo mío; pero no por eso ha perdonado tu padre la cena; yo no he querido comer tu parte, pensando que ya la pedirías; ea, aquí la tienes Periquillo.

— María, quiero que comas tu también, exclamó el labrador, ó sino no como yo más. Soy un hombre insatiable, un grosero, tú te privas de ello por nosotros y eso no debe ser; me da vergüenza que lo bagas. Mira, ya se me ha quitado el hambre, no quiero que mi hijo cene, si no cenas tu también.

— Dejados en paz, respondió María; ó si digo que no tengo gana, mientras que Periquillo tiene hambre como un lobo, Mirad, mirad que buen apetito: nuestro hijo será también un robusto labrador.

En efecto Periquillo dió á conocer bien luego la casta de que descendía, y aunque estaba medio dormido y no comprendía cómo y porque se hallaba en aquel sitio, comía que devoraba. Después, cuando sació su hambre, sintiéndose un poco escitado como todos los niños que salen de lo acostumbrado, manifestó mas energía, razón y curiosidad que de ordinario; preguntó dónde estaba, y cuando supo que se hallaba en mitad de un bosque tuvo miedo.

— No habrá ninguna tiera por aquí? le preguntó á su padre.

— No, respondió German, no hay ninguna, no tengas miedo.

— Entonces me querias engañar cuando digiste que si iba contigo por los bosques me comerian los lobos?

— Eh! qué te parece? dijo German algún tanto cortado con la observación de su hijo Periquillo.

— Tiene razon, repuso Mariquita, se lo digisteis, y se acuerda de ello porque tiene muy buena memoria. Pero sabe, Periquillo, que tu padre no miente jamas. Hemos pasado los bosques mientras dormías, y ahora estamos en una arboleda, donde las fieras no bajan nunca.

— Y estamos muy lejos de donde las hay?

— Si; además los lobos no salen jamas de sus guaridas, y si acaso vinieran tu padre los mataria.

— Y tú también Mariquita?

— Nosotros también porque tú nos ayudarías, no es verdad? tú como no tienes miedo, los pegarias de firme.

— Si, si, dijo el niño enorgullecido y tomando una actitud heroica, los matariamos!

— No hay nadie como tú para hablar á los niños, dijo German á Mariquita, y para hacerles entrar en razon. Es cierto que no hace mucho eras tú también una niña y te acuerdas de lo que tu madre te decía: á mí me parece que cuanto mas joven es una mujer se entiendo con los que lo son. Mucho me temo que una mujer de treinta años, que no sabe aun lo que es ser madre, pueda aprender á hablar y á razonar con los chiquillos.

— Y porque no German? No sé porque habeis concebido una mala idea sobre vuestra futura; pero pronto la rectificaréis.

— Váyase al diablo mi futura, dijo German. Quisiera estar ya de vuelta, y yo volvería á ver jamas. Qué necesidad tengo de una mujer que no conozco?

— Papa, dijo el niño, porque habías hoy tanto de tu mujer, cuando está muerta?...

— Ah! tú no has olvidado á tu pobre madre?

— No, puesto que he visto que la llevan en una caja de madera blanca, y que mi abuela me lleva á besarla y á despedirme de ella! que blanc estaba, y que fría! y todas las noches mi tia me hace rezar á Dios para que mi madre vaya á estar con él en el cielo! Crees que está ahora?

— Me parece que sí, hijo mío; pero siempre es menester rezar para que vea tu madre que la quieres.

— Voy á rezar mi oracion de esta noche, repuso el niño; no me he acordado de hacerlo antes; pero no puedo rezar solo, porque siempre se me olvida algo; ayúdame tú, Mariquita.

— Si, Periquillo, voy allá, dijo la joven; ponte aquí de rodillas encima de mí.

El niño se arrojó en la falda de la joven, cruzó sus manitas y se puso á recitar su oracion, con atencion y fervor al principio, porque sabia muy bien la primera parte; luego con alguna mas lentitud, y por último, repitiendo palabra por palabra lo que Maria le dictaba, hasta que llegó al punto en que todas las noches le venia el sueño, razón porque jamas habia podido aprender entera su oracion. Esta vez también el trabajo de la atencion y la monotonía de su propio acento produjeron su efecto acostumbrado; las últimas sílabas las pronunció haciendo un esfuerzo inusitado, y aun después de haberse las hecho repetir tres veces seguidas, su cabeza pesada de sueño se inclinó sobre el pecho de Maria y sus manos describiéndose se separaron y cayeron abiertas sobre sus rodillas. Á la luz de la hoguera, German miró á su niño adormecido sobre el corazón de la joven Maria, quien sosteniéndole en sus brazos y calentando con su puro aliento su rubia cabellera, se habia entregado también á una piadosa meditacion, y oraba mentalmente por el alma de Catalina.

German se enteró, y quiso decirle á Mariquita alguna cosa para manifestarle toda la estimacion y gratitud que le inspiraba, pero nada se le ocurrió que pudiera satisfacer su pensamiento. Todo lo que hizo fué acercarse á ella para besar á su hijo, que la joven tenia estrechado aun contra su seno, costándole gran trabajo el separar sus labios de la frente de Periquillo.

— Le vais á hacer mal, dijo Maria apartando con suavidad la cabeza del labrador ó por lo ménos vais á despertarle. Dejadle que le vuelva á acostar, puesto que ya se halla otra vez con los ángeles del paraíso.

El niño se dejó acostar, pero al estenderse sobre la capa, preguntó si le ponian otra vez en la yegua: luego abriendo sus grandes ojos azules, y quedándose en el ramaje de los árboles durante algunos minutos, como si estuviera soñando sin dormir, ó como si le viniese un momento una idea que se habia desahogado en su ánimo durante el día, formulándose al entregarse al sueño, pronunció poco á poco estas palabras: «Papa; si me has de dar otra madre, quiero que lo sea Mariquita.»

Y sin esperar la respuesta, cerró los ojos y se durmió. Mariquita no pareció prestar otra atencion á las estrañas palabras de Periquillo que el considerarlas como una prueba de buena amistad; le abrigó con mucho cuidado, avivó la lumbre, y como la niebla estancada sobre la charca de allí cerca no tenia trazas de dispersarse, aconsejó á German que se acomodase junto á la hoguera para dormir un poco.

(Se continuará.)

EL BUHONERO.

Todos los hemos encontrado alguna vez por algun paraje extraviado, cargado con su fardo y apoyado en un palo, desahogando la lluvia y los cabores; humilde misionero de la industria, vanseando sus marañas hasta en las chozas mas recónditas é ignoradas.

Nuestras ciudades en donde todo abunda no pueden imaginarse los servicios que prestan esos incansables tenderos ambulantes, últimos anillos de la cadena que une la civilización con la soledad. En las sociedades naciendes sobre todo, es donde el buhonero juega un gran papel, siendo la alegría y la providencia de los aislados colonos que transforman lentamente la nueva tierra en que mas tarde formarán una patria. Los Estados Unidos, hoy el centro de tanta actividad comercial y manufacturera, no han tenido durante mucho tiempo otros abastecedores. Los buhoneros iban de hacienda en hacienda, ofreciendo sus mercaderías, y contando noticias, con lo cual servían de correspondencia para las familias dispersas y eran á la vez las tiendas ambulantes de la comarca; sus gacetas y sus mensajeros.

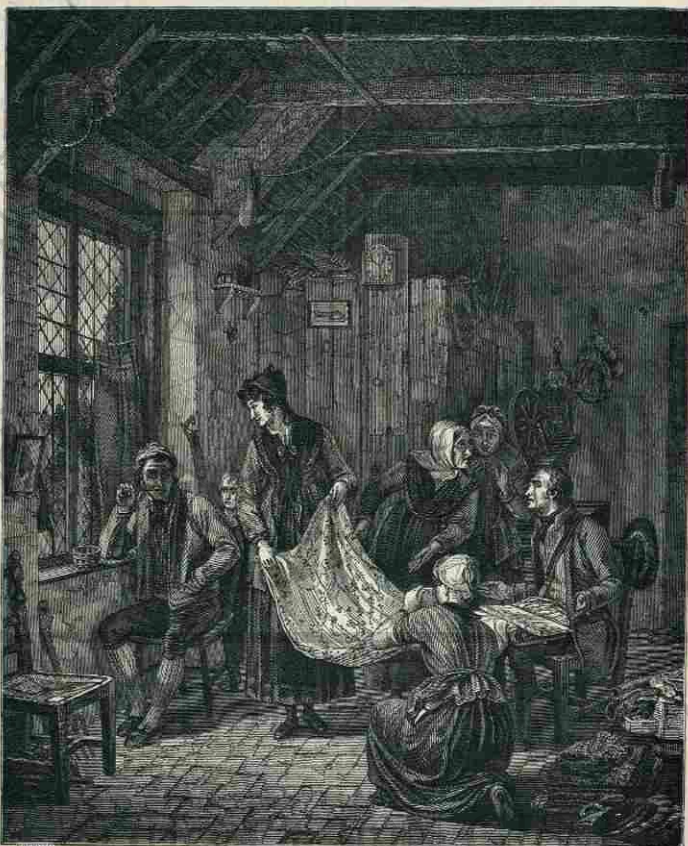
Bien que la multiplicidad de los medios de comunicacion haya modificado considerablemente este estado de cosas, aun se encuentran al Oeste de la Union algunos de los antiguos buhoneros que continúan su comercio con la misma dignidad y honor que en los pasados tiempos, pudiéndose citar desde luego los que se ocupan de la venta de libros destinados á las bibliotecas de familia, que poseen hasta los mas pobres colonos.

En Inglaterra, aunque no se hallan á la misma altura, los tenderos ambulantes han conservado algo de las costumbres de sus predecesores. En los conuados agrestes ejercen aún una verdadera influencia, y su visita causa siempre una gran alegría en toda la casa. El gracioso lápiz de Wilkie ha representado, en el grabado que acompaña á este artículo, una de las mil escenas de esta especie.

El buhonero está sentado después de haber mostrado sucesivamente todos sus medios de seducción; una tela para vestido con ramos de flores está llenando de asombro á todas las mujeres de la casa. La tia, oculta en la sombra, levanta la mano estasiada; la criada arrodillada, examina la tela á través de la luz, para asegurarse de la solidez de su tejido; la abuela con sus anteojos en la nariz regatea el precio, pide una disminucion, y el buhonero parece responder con su ademán: — Es imposible! La mas joven de las mujeres no dice nada, pero tiene la tela con ambas manos; se vuelve hacia

su marido y le interroga con los ojos. El niño colocado detrás de la silla de este último, tiene un airecillo inquieto y suplicante; evidentemente está sirviendo de cómplice á su madre.

El gesto de la familia titubea aun, sonriendo con una risita de mal humor, y fumando su pipa en silencio. Con la mano metida en el bolsillo de su chaqueta parece pulsar la bolsa que hay que vaciar. De su resolución va á depender la pesa-



El Buhonero. —Dibujo de FREMEX copiado del cuadro de WILKIE.

Imprenta de Bonnaux.

dumbre ó la alegría de los que le rodean: grave cuestión que su prudencia podrá decidir apenas con acierto! Si consiente, todos los ahorros van á convertirse en galas para la que lleva su nombre; y cuánto no hablarán las vecinas, cuántas envueltas habrá el domingo próximo en la iglesia! Pero también si dice que no, qué descontento doméstico, cuántas alusiones

ó indirectas, y cuántas lágrimas quizá! El marido colerico, no hay que dudarlo; cederá al silencioso deseo de aquella que le hace tan feliz, á las súplicas del niño, y sobre todo á la invencible inclinación de su propia generosidad, y bien luego el buhonero repuesto del cansancio, dejará la quinta con su fardo mas ligero y algo mas pesado su bolsillo.

PABLO REMBRANDT.



Imprenta de Bonnaux.

Retrato de Pablo Rembrandt.

Hé aquí el retrato de Rembrandt del cual hemos hablado ya al examinar su cuadro del **DESQUENDIENDO**. Qué hombre tan singular tenemos á la vista! Esa toca sobre la creja, esos cabellos rizados que flotan en abundancia sobre esos anchos hombros, todos esos rasgos tan fuertemente acentuados, esos bigotes erizados sobre esos gruesos labios, ese ojo tan vivo, penetrante é inteligente, con esas cejas bajas y fruncidas, esa expresión resuelta que le hace parecer á algun capitán de piratas, esa capa prendida al acaso en torno del cuerpo y de los brazos, todo ello forma un conjunto pintoresco y extraño, un personaje que, visto una vez, no quiere á olvidarse jamás.

El hijo del molinero Gerretz-Van-Ryn, como sucedió en todas las familias que viven del trabajo manual, fué destinado á una profesión, mas considerada sino mas honorable, que la de su padre. Enviáronle, muy joven aun, á la Universidad de Leyde para estudiar las letras, y seguir una carrera literaria. Pero el adolescente cubrió sus cuadernos de mas diseños escéntricos que de frases clásicas, y el mejor día dejó plantados á los sábios, para entrar en el estudio de un pintor llamado Lastman que florecia en Amsterdam por los años 1620, y de allí pasó al de Santiago Pinas, artista bastante oscuro hoy, pero muy conocido en aquella

época. No hay para qué añadir aquí que el joven Rembrandt fué superior bien luego á sus maestros.

El carácter general de la pintura holandesa, es, como todos sabemos, la naturalidad, la verdad trivial, lo mas vulgar, pero expresado con tanta realidad, y de un modo tan incontestablemente superior, que los pintores holandeses han hecho de su escuela una de las mas grandes y mas ilustres que se conocen en la historia del arte plástico. Rembrandt se distingue profundamente de los demas pintores de su patria, por su inimitable estilo, su originalidad y sus caprichos, hijos mas bien de las regiones ideales que de un mundo real y verdadero.

Los aficionados holandeses no tardaron mucho en condescenderse de esta verdad. Hé aquí la curiosa historia de la venta del primer cuadro de Rembrandt, escrita por Descamps. Siguiendo un consejo que le dieron, Rembrandt salió de casa de su padre con su cuadro, y se fué á la Haya á casa de un rico aficionado, que se le compró en la cantidad de cien florines. Esta suma, dice el mencionado historiador, estuvo á punto de hacer perder el juicio al joven artista: habia comprendido á pié su viaje, pero para regresar mas pronto á su casa y entregar á su padre tan gran fortuna, tomó un puesto en el carron de la posta... Todo el mundo

salíó cuando llegó la hora de comer, pero Rembrandt no quiso moverse de su sitio, para no esponerse á perder su tesoro. Los caballos tomaron un pienso enganchados y todo, y luego continuaron corriendo hasta Leyde, donde entraron en la posada ordinaria. Rembrandt saltó con presteza del carruaje, y fué á llevar corriendo su dinero al molino en donde vivía su padre. »

J. J. ARNOUX.

LA NOCHE EN LA SOLEDAD.

A MI AMIGO DON LOPE GIBERT.

Llegó la noche placida
volando el ancho cielo,
mas las estrellas fugidas
cuál silbo de escudelo
derraman ya benedicez
su dulce resplandor;
Y en los mejores árboles
la brisa suspirando,
y el arroyuelo tímido
con su murmullo blando,
en nuestras tristes ánimas
influyen paz y amor.

¡Oh, hermano, ves! Los misterios
que, como la suspiran,
hallan el marso júbilo
que lejos de sí miran
en la quietud dulcísima
de aquesta soledad.
Ves ¡ay! que en esta atmósfera
cuyo misterio encanta
el dulce silencio apuran
de la purpura tanta,
las penas hallan balsamo,
renace la verdad.

En esta paz el alma
genil! las alas tiende,
y en vuelo alegre y rápido
el vasto espacio hunde,
y el firmamento elevase
que ánc sus ojos ve:
Y enjutas ya sus lágrimas,
deshecha su amargura,
balsada en luz paradisíaca
rosa de la ternura
que en sía viento angélica
la misteriosa fec.

Quiza cual por los umbros
opuestos de la tierra
resucitan los borrissonos
ecos de infanda guerra,
de la soberbia indomita
y el odio destructor:
Quiza, cual los dédala
ecos que llava el viento,
cuanto al soplar del ábraco
el férvido elemento
fojano en olas rompese
con infatiga rumor.

Quiza las voces bíblicas
que la inocencia lanza
cuando con negro espíritu
lo oprimen la venganza
cual á la orca tumida
cuasi obo traza,
y al par en rones estrépito
cañares de alegría,

de los que en loco júbilo,
arriando noche y día
de su placer al hilo
doblan la alitiva far.

¡Oh, hermano! Ante ese vértigo
de pena y de locura
suspiras solitario
por la inhumil ventura
de la quietud dulcísima
que goza el corazón.
Si lejos de los míidos
sueños que son úranos
no ámbulas quiméricas
ánimas de honores vanos,
ni de plácera miseros,
soberbia ni ambición.

¡Qué ha sido de los incultos
clarísimos varones
cuyas empresas célebres
floritan las naciones?
¡Ay! Como sombra rápida
pasaron! ¿ dónde están?
Ve, sí, en sus páginas
el libro de la historia
diseña sus imágenes
que es la terrena gloria
sueño que pasa sobito,
madre de eterno afán.

Antiguas la benedicez
para que viva el alma;
la paz, precioso balsamo
que nutras penas calma;
trix que traza espléndido
el dondo del Señor.

Y ante el valiente espíritu
rasgando el dondo velo
miramos las magníficas
galas de tierra y cielo,
¿dónde hallaremos, miseros,
mas júbilo ni amor?

Por eso, ven al plácido
seno de aquesta sombra
bajo los verdes árboles,
sobre la fresca alfombra,
donde con voz terribísima
te llama mi amistad:
Y a la quejuna música
del bosque, el aura, el río,
ya venedora el ánimo
de su dolor sombrío,
benedicirás en estas
la dulce soledad.

Octubre, 1850.

ANTONIO ARNOUX.

INVENCIÓN DEL AJEJREZ.

Al principio del siglo quinto de la era cristiana, había en las Indias un príncipe poderosísimo, cuyos dominios estaban situados á las orillas del Ganges, el cual había tomado el fastuoso título de rey de las Indias. Su padre había obligado á un gran número de soberanos á que le pagasen tributo y se sometiesen á su imperio. El joven monarca se olvidó bien pronto de que los reyes deben ser padres de sus pueblos: que el amor de los súbditos á sus reyes es el único apoyo sólido del trono: que solo este amor puede unir verdaderamente los pueblos con el príncipe que los gobierna, y

de quien hacen toda la fuerza y el poder, y que un rey con sus súbditos no tendrá sino estomas que un título vano, ni logrará ventaja alguna sobre los demas hombres. Los brachmanes y bajales, esto es, ciertos filósofos y los grandes, representaron todas estas cosas: al rey de las Indias; pero embriagado con la idea de su grandeza, que contemplaba eterna, despreció sus sabias representaciones.

Habiendo continuado estas y las quejas, se dió por ofendido, y para vengar su autoridad que creyó despreciada por los que se atrevían á desaprobár su conducta, les hizo perecer entre tormentos. Este ejemplo atemorizó á todos los demas y sellaron sus labios. El príncipe abandonado á sí mismo, y lo que era aun mas peligroso para él, y mas terrible para sus pueblos, entregado á los perniciosos consejos de los lisonjeros y aduladores de que estaba inmundada su corte, se dió llevar hasta los últimos excessos de la depravación. Los pueblos agobiados bajo el peso de una tiranía insostenible, acrediaron con extremo en odio las había llegado á ser una autoridad que solo se empleaba en hacerlos infelices. Los príncipes tributarios, persuadidos de que habiendo perdido el rey de las Indias el amor de sus pueblos, había perdido todas sus fuerzas, se prepararon á sacudir el yugo y á llevar la guerra á sus Estados.

Entónces un brachman, llamado Sisa, hijo de Baker, conmovido de las tristes desgracias de su patria, intentó hacer al príncipe abrir los ojos á los funestos efectos que iba á producir con su conducta: pero enseñado por el ejemplo de los que le habían precedido, conoció que su lección no sería útil sino tomándola el príncipe por sí propio sin advertir que la recibía de otro. Con este objeto, inventó el juego del ajerez, en que el rey, aunque es el principal de las piezas, no puede atacar ni aun defenderse de sus enemigos sin el auxilio de sus vasallos y sus soldados. El nuevo juego se hizo celebre muy pronto: el rey oyó hablar de él y quiso aprenderlo. El brachman Sisa fué escogido para enseñarle, y con el pretexto de explicarle las reglas, y de manifestarle con que arte era preciso emplear las otras piezas en defensa del rey, le hizo ver y gustar de las verdades que había rehusado oír hasta entónces.

El príncipe, nacido con un espíritu y sentimientos virtuosos que las máximas de los cortesanos no habían podido sofocar enteramente, se aplicó estas lecciones del filósofo, y comprendiendo que del amor de los pueblos á su rey nace toda su fuerza, mudó de conducta, y así previno las desgracias que le amenazaban. Luego, sensible y reconocido, dejó al brachman la elección de la recompensa: este pidió que se le diesen en las granjas de trigo que sumase el número de casas del tablero, en esta forma: uno por la primera, dos por la segunda, cuatro por la tercera, duplicando así por las demas hasta la 64. Admirado el rey de la cordelad aparente de la petición, se la concedió al instante y sin exámen; pero habiéndola calculado sus tesoreros, hallaron que el monarca se había obligado á una cosa, para cuya satisfacción no tenían todos sus tesoros ni sus vastos Estados.

En efecto, vieron que la suma de los granos de trigo debía valuar en 16,384 ciudades de las cuales cada una tuviese 1,021 graneros, que en cada una de ellas hubiese 174,702 medidas; y en cada una de estas 32,768 granos. El filósofo entónces se valió de la ocasión para hacer ver al príncipe cuanto importa á los reyes pararse á reflexionar bien lo que se les pide; contener sus liberalidades en un justo medio, y no ser píbice; ofender ni á dar con exceso en perjuicio de la universal comodidad de sus vasallos, pues el soberano es en realidad un padre de familia el cual no puede enriquecer á un

hijo, sin empobrecer ó desfalcár á los otros. Hé aqui el origen de la invención del Ajerez, y los interesantes documentos de Sisa al inconsiderado rey de las Indias.

DESDE LO ALTO DE UNA MONTAÑA.

En el seno de las ciudades el hombre se imagina ser el objeto principal de la creación; allí es donde resplandece su aparente superioridad; desde allí se figura dominar la escena del mundo, ó mas bien, se figura ocuparla enteramente. Pero cuando eso mismo ser tan fuerte y tan activo, tan satisfecho de sí mismo, preocupado de un modo tan esclusivo de sus intereses en el recinto de las ciudades y viviendo entre la mchedumbre de sus semejantes, se encuentra por casualidad arrojado en medio de una inmensa naturaleza; cuando se halla solo en frente de ese cielo sin límites, sin fin, en frente de ese horizonte que se extiende á lo lejos y mas allá del mar hay otros horizontes todavia; en medio de esas grandes producciones de la naturaleza que el hombre, sino por su inteligencia, al menos por su masa; cuando ve á sus pies desde lo alto de una montaña, y bajo el resplandor de los astros las poblaciones que se pierden en los bosques, que á su vez se pierden tambien en la perspectiva, y piensa que allí vivió tambien seres tan infimos como él; cuando compara esos seres y sus miserables habitaciones con la naturaleza que les rodea, y esa misma naturaleza con nuestro mundo en cuya superficie es un pequeño punto; y ese mundo tambien con los otros mil mundos que flotan en los aires y á cuyo lado es nada; á la vista de este espectáculo, el hombre lanza lejos de sí sus desgraciadas pasiones acompañadas siempre de contrariedades, y sus miserables momentos de felicidad que conducen invariably al hastio, y piensa en la cuestion de saber que es lo que ha venido á hacer en este mundo, y se propone el problema de su destino.

JOURNAY.

LA HUNGRIA Y LOS HUNGARIOS.

Pasado Presburgo y siguiendo bajando el Danubio hacia la embocadura del Waagh, se encuentra la ciudad fortificada de Comorn, que ha representado un papel tan importante en la última insurrección húngara, y luego Buda y Pesth.

Buda, que se llama tambien Ofen, se halla situada en la ribera derecha del río, distinguiéndose de Pesth, colocada en frente, por su colina que corona el palacio del gobierno reconstruido casi enteramente por Maria Teresa. Sus Iglesias tienen un carácter oriental sumamente marcado; todas se hallan dominadas por unas torres cuadradas, de muchos pisos y terminadas en techos de boja de lata con una larga aguja.

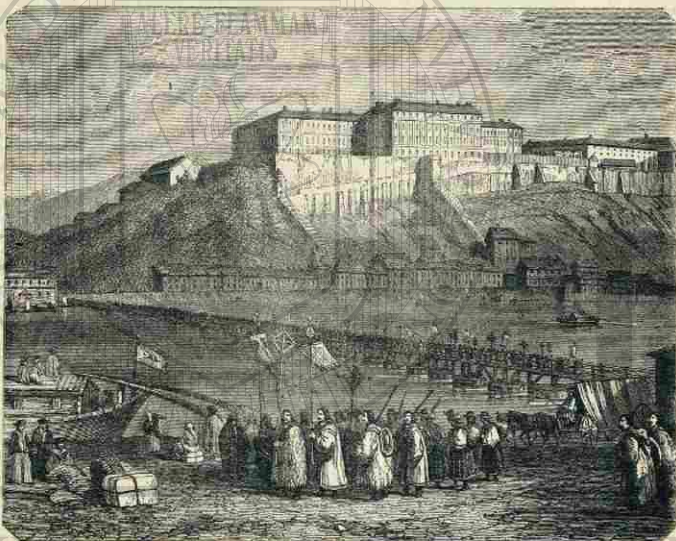
Buda es la capital actual del reino de Hungría, y en ella residen el príncipe Palatin que preside la Buda y los funcionarios públicos mas elevados. La corona de San Esteban que es para los húngaros un objeto de grandes supersticiones se conservaba en el palacio imperial, pero dicen que ha desaparecido en la última insurrección.

Los grandes señores magiars no habitan en Buda sino en el invierno, de manera que durante el estío sus suntuosas moradas permanecen desiertas y la ciudad presenta el aspecto de un lugar abandonado. Sin embargo, se cuentan en ella treinta mil habitantes.

Pesth que se eleva en frente, á la otra ribera, tiene setenta mil, siendo la ciudad mas considerable de la Hungría. Los edificios particulares construidos de piedra calcárea, y so medidos al examen de una comision especial, presentan una elegancia y regularidad, que hacen de Pesth una de las ciudades mejor construidas de la Europa. Hay muy pocos monumentos, y solo se ven manufacturas donde se trabaja la seda.

La universidad estuvo en otro tiempo muy floreciente; contaba con una renta de setecientos mil francos y en ella se instruian unos mil setecientos estudiantes.

Buda y Pesth se hallan unidos por un puente que, en real-



Procesion de peregrinos en Pesth.—Dibujo de F. REMMEL.

cional se vió obligado á salir de Buda-Pesth, para trasladarse á Behezin. Esta última ciudad colocada en los confines de la Transilvania, es una interminable aldea, compuesta nada mas que de algunas calles, y cuya única importancia estriba en sus ferias y su comercio.

LA CARGA DEL DIABLO.

POA

JORGE SAND.

(Véase nuestro número 4.)

—Veo que vais teniendo sueño, le dijo, porque ya no decís una palabra, y estais mirando las ascuas como Perico las miraba hace un instante. Dormidos sin recelo, que yo cuidaré del niño y de la lumbre.

lidad reúne en una sola ciudad estos dos centros de poblaciones cuyas ceremonias religiosas, civiles y militares se celebran siempre comun.

Desde las alturas de Buda, la vista descubre un magnífico horizonte. Ademas del curso del Danubio sembrado de bonitas islas y de molinos que forman verdaderas aldeas flotantes, se distinguen las vastas llanuras de la Hungría rodeadas de un cinturón de montañas; la poblacion compuesta de magiares, griegos y slavos ofrece ademas una variedad de trajes y usos que animan hasta lo sumo este curioso panorama.

Durante la última revolucion de Hungría, el gobierno na-

bucé. Eres una pícaro, y conozco que no quieres hablar conmigo. Buernete pues; eso será mejor que burlarte de un hombre que no está nada alegre.

—Si queréis hablar, hablemos, dijo Mariquita medio echándose junto al niño. Parece que tenéis gusto en alormentaros, y no demostráis en ello el valor que debe tener un hombre. Cuántas cosas podria yo decir si no fuera porque trato de combatir lo mejor que puedo mis muchas y muchas pesadumbres.

—Si, es verdad, y eso es precisamente lo que me ocupa, Mariquita. Vas á vivir lejos de tus parientes entre páramos y pantanos donde vas á cojer unas tercianas, y al cabo y al fin, estarás entre desconocidos que acaso no serán buenos para ti, y que no sabrán jamas apreciar lo que vales. Mira, esto me causa una pena que no puedo decirte y me dan ganas de volverte á tu casa en lugar de llevarte á Ormeaux.

—Esas palabras son muy bondadosas, pero muy poco razonables, German; se debe tener valor con los amigos, y en vez de mirar mi suerte por el lado peor, deberiais mostrarme el bueno, como lo hicisteis cuando estabamos comiendo en casa de la tía Reber.

—Qué quieres? Entónces lo creía así, y ahora creo otra cosa. Lo mejor que tienes que hacer es buscar un marido.

—Eso no es posible, German; ya os lo tengo dicho, y como no se puede, no hay que pensar en ello.

—Pero y si le hallases, qué harías? tal vez si quisieras decirme como le desear, puede que lograra imaginarte uno.

—Imaginarle no es tenerle; yo no imagino nada, puesto que es inútil.

—Lo querrias rico?

—No, puesto que soy tan pobre como Job.

—Pero nunca te vendria mal el tener una buena casa, estar bien alimentada y bien vestida en medio de una familia de gente honrada que te permitiera el ayudar á tu madre?

—Oh! eso sí, es todo lo que deseo, poder servirle de algo á mi madre.

—Pues bien, con este requisito, aun cuando el hombre no estuviera en la flor de su edad, te importaria poco?

—No, no German, no le querria, porque me seria imposible amar á un viejo.

—No se trata de un viejo; pero vamos, un hombre de mi edad?

—Teneis ya muchos años para mí, German, y os digo francamente que preferiria para marido á Sebastian, que es un muchacho, aunque no es tan buen mozo como vos.

—Con que preferirias á Sebastian el porquero? dijo German un poco incomodado. Un hombre con ojos de marano!

—Esto se lo perdonaria, á causa de sus diez y ocho años.

German experimentó en aquel momento un terrible acceso de celos.

—Vaya, vaya, veo que te gusta Sebastian; pero es bien raro.

—Sí, convengo en ello, respondió Mariquita riéndose á carcajadas, sería un marido un poco singular; te haria creer todo cuanto quisiera. Ayer, sin ir mas lejos, coji un tomate en el jardín del señor cura; se le di, diciéndole que era una hermosa manzana roja, y le tiró un bocado como un tragon; si hubieseis visto qué cara puso! Dios mio, que feísimo estaba!

—Ah! veo que no le amas, pues que te burlas de él.

—Mala razon es esa, pero no te quiero, es verdad, porque trata muy mal á su hermanita y siempre está muy solo.

—Entónces te inclinas mas bien hácia algun otro?

—Y qué os importa eso, German?

—Nada, pero te lo digo por hablar algo, y creo no equivocarme si te añado que tienes ya un amorcillo en el corazon.

—No, German, os equivocais enteramente, no tengo nada todavia; andando el tiempo no digo que no, pero puesto que no debe casarme hasta que haya reunido un poco de dinero, claro es que estoy condenada á casarme tarde y con un viejo.

—Pues sí ha de ser así, porque no te decides á ello desde luego?

—Eso es diferente; cuando yo no sea jóven ya, poco me importará el hacerlo, pero en el día no.

—Veo que no te gusto, Mariquita, bien claro está; dijo German con despecho y sin calcular el sentido de sus palabras.

Maria no respondió; German se inclinó hácia ella y la encontró dormida; la jóven se habia caído vencida por el sueño como hacen las criaturas que duermen ya aun cuando están hablando todavia.

German se alegró mucho de que no la hubiesen llamado la atencion sus últimas palabras, que al cabo concibió no estaban bien, y le volvió la espalda para distraerse con ideas.

Sin embargo, por mas que hizo no pudo ni dormir ni pensar en otra cosa que en aquello que acababa de decir; veinte veces dió la vuelta á la hoguera; otras tantas se sentó y volvió á levantarse, y por último sintiéndose muy conmovido y agitado se apoyó en el árbol bajo el cual dormia su hijo y Mariquita, poniéndose á contemplarlos con emocion.

«No sé como no he notado, decía en su interior, que la Mariquita es la muchacha mas guapa del lugar. No tiene muchos colores, pero su carilla es fresca y delicada como una flor, y qué boca tan bonita, y qué naricillas! No está muy crecida para su edad, pero parece una codorniz en lo suelta y ligera. No sé porque estiman tanto en nuestro pais á las mugerones altas y coloradas; la mia era delgada y pálida, y sin embargo me gustaba como ninguna otra. Esta es muy delicada, pero no por eso está mala y es tan bonita como un cabritillo blanco. Y luego, qué aire tan modesto! cómo se la conoce su buen corazon en los ojos, aun cuando los tenga cerrados por el sueño! Si es de talento, no hay que hablar, nadie puede fastidiarse con ella. Es alegre, laboriosa, modesta y picaruela... es todo cuanto se puede desear.»

«Pero porque estoy haciendo tales reflexiones? añadió German tratando de volver á otra parte sus miradas: mi padre político se enfadaria y la familia toda me tendria por un loco. Ademas ella tampoco me quiere; me ha dicho que soy muy viejo; como no es nada interesada la importa poco estar en la miseria y trabajar mucho, con tal de que algun día pueda escoger un marido que la guste. Tiene razon; lo mismo haria en su lugar, y ahora mismo si pudiera seguir mis inclinaciones en vez de comprometerme para un matrimonio muy poco lisonjero, buscara una muchacha según mi deseo!»

Cuanto mas trataba German de calmarse y ponerse en razon, tanto ménos lo lograba. Al acabar de hacer sus reflexiones, se fué veinte pasos mas allá á perderse entre la niebla, y luego de repente se encontró de rodillas al lado de las dos criaturas que dormian. Una vez sucedió que al ir á dar un beso á Periquillo que estaba abrazado con Maria, se engañó á tal punto, que la jóven sintiendo en sus labios un aliento caliente como el fuego, se despertó y se puso á mirarle con asombro no sabiendo una palabra de lo que pasaba.

« No os había visto, hijos míos, dijo German retirándose al instante, por poco me caigo encima y os estropeo. » Mariquita fue bastante cándida para creerlo y se volvió a dormir. German se puso al otro lado de la hoguera jurando que no se movería de allí hasta que la joven estuviese despierta, y cumplió su palabra, aunque sabe Dios cómo; German creyó haber perdido la cabeza.

Por último á eso de las doce se dispuso la nieta y German distinguieron las estrellas que brillaban á través de los árboles. La luna, desembarazada también de los vapores que la cubrían, principió á sembrar sus pálidos reflejos sobre el firmamento húgido; los troncos de las encinas permanecían en una misteriosa oscuridad, pero un poco más lejos, los altos y delgados pines de los álamos blancos parecían una hilera de fantasmáticas envueltas en largos sudarios. La timbre se reflejaba en la charra, y las ranas que empezaban á acostarse á aquella luz, aventuraban algunos chirridos tímidos é interrumpidos. Las ramas angulosas de los afiejos árboles se eslabonaban y se cruzaban, como grandes brazos descarnados, sobre las cabezas de nuestros viajeros. En sitio hermosísimo era aquel, pero estaba tan triste y desierto, que German agobiado de pena se puso á cantar y á tirar piedras, al agua para neutralizar de algún modo el espantoso fastidio de la soledad. También deseaba despertar á Mariquita, y así fue que en cuanto la vio levantarse y mirar al cielo, la propuso continuar el camino.

« Dentro de dos horas, le dijo, cuando vaya llegando al amanecer, vas hacer tanto frío que será imposible el soportarlo por más tiempo que hagamos. Ahora ya se ve lo suficiente para poder andar, y bien encontraremos alguna quinta donde pasar el resto de la noche.

Maria carecía de voluntad propia, y aunque se hallaba aun con grandes ganas de dormir, se dispuso á seguir á German. Este tomó en brazos al niño sin despertarle, é hizo que Maria se acercase á él para cubrirle con la capa y guardarla de la humedad y el frío.

Cuando German que había logrado distraerse un instante sintió á la joven tan cerca de sí, volvió de nuevo á perder la cabeza. Dos ó tres veces se dejó de ella de repente dejándola caminar sola, pero al ver que le costaba gran trabajo é seguirle se detenía, la esperaba y la atraía vivamente á su lado apretándola tanto, que la joven se hallaba sorprendida y aun incomodada, sin embargo de que nada decía.

Como ignoraban enteramente de qué dirección habían partido, no sabían tampoco la que seguían, y así sucedió que volvieron á salir otra vez toda la selva, se encerraron de nuevo en la hiedra y volvieron á deshacer lo andado, hasta que después de mil vueltas y revueltas descubrieron un débil resplandor á través de las ramas de los árboles.

« Gracias á Dios, dijo German, que hemos encontrado una casa con jente ya despierta puesto que arde la hiedra en la chimenea. Entonces debe ser tarde ya.

Pero se engañó, porque no era una casa, era la hoguera que habían sofocado al marcharse y que había vuelto á encenderse con la brisa. Dos horas habían estado andando para hallarse otra vez en el mismo pueblo de donde habían salido.

VI.

LA LEONA DE LA ALDEA.

« Ahora sí que renuncio, dijo German dando una patada. Estamos hechizados, es seguro, y no saldremos de aquí hasta ser de día. Apuesto á que hay un diablo en estos lugares.

« Vamos, vamos, no hay que enfadarse, dijo Mariquita, conformémonos y tengamos paciencia. Hallémos una buena lumbre; el niño está bien abrigado, y en cuanto á nosotros no nos morirémos por haber pasado una noche á las estrellas.

Y dicho esto la joven procedió de nuevo á acostar á Periquillo, tan bien dormido á aquellas horas que ignoró completamente su último viaje. German echó tanta leña en la hoguera que todo el bosque se iluminó á la redonda, pero Mariquita no podía más, y aunque se quejaba de nada apenas podía sostenerse sobre sus plémas. La joven estaba blanca como un papel, y la reclinaban los dientes de frío y de cansancio. German la tomó en sus brazos para calentarlo, y la inquietud, la compasión, una irresistible ternura apoderándose de su corazón, apagó las inclinaciones de los sentidos. Su lengua se desahó como por encanto, y echando á un lado toda vergüenza la dijo con animado acento:

« María, me gustas mucho y es una gran desgracia para mí el que yo no te guste. Si quisieras aceptarme por marido no habría familia ni nadie en este mundo que me impidiese el casarme contigo. Sé que harías felices á mis hijos, que los harías respetar el nombre de su madre, y yo, con la conciencia segura podría dar contento á mi corazón. Siempre te he tenido amistad, y en este instante te amo tanto que si me pudieses por condición que había de obedecer toda mi vida todas tus voluntades, puedes estar segura de que lo juraría. María, trata de olvidar la edad que tengo; piensa que es una falsa idea la de creer que es un hombre viejo á los treinta años; y además yo no tengo sino veintiocho! Una muchacha como que la critiquen si se casa con un hombre que la lleva diez ó doce años más de edad, porque es la costumbre del país, pero he oído decir que en otras partes no se mira eso, y que, aun por el contrario, pretieren dar una joven á un hombre razonable y experimentado que á un mozo que puede cambiar muy fácilmente haciéndose un hombre desahogado cuando todos le habían creído bueno. Además la edad no depende de los años, sino de la fuerza y de la salud que se tiene: cuando un hombre se halla gastado á fuerza de trabajo ó de miseria, ó por mala conducta, está envejecido á los veintiocho años, mientras yo... pero no quieres escucharme, Mariquita? »

« Si, sí, German, os oigo bien, respondió Maria; pero estoy pensando en lo que mi madre me tiene dicho muchas veces, que es muy digna de lástima una mujer de sesenta años cuando su marido tiene setenta y ya no puede trabajar para alimentarla. El hombre se para enfermo y achacoso, y la mujer tiene que ocuparse en cuidarle á la edad en que ella necesita un poco de descanso y bienestar. De este modo se concluye por morir de hambre.

« Los padres tienen razon de decir eso, convengo en ello, respondió German; pero ellos sacrificarían todo el tiempo de la juventud, que es el mejor, á prever lo que será uno cuando ya no sirve para nada, y cuando á todos nos importa muy poco el morir de esta manera ó de la otra. Pero yo no corro peligro de morir de hambre en mi ancianidad, puedo guardar algo para entonces puesto que trabajo mucho y no gasto nada porque vivo con los parientes de mi mujer. Además, te amaría tanto Mariquita, que esto haría que nunca envejeciera. Dices que cuando es un hombre dichoso, se conserva bien, y conozco que soy más joven que Sebastián para amarte; porque Sebastián no te ama; es un animal, y muy niño aun, para comprender lo buena y bonita que eres. Vamos Maria, no me detestes, no soy un mal hombre: he hecho muy feliz á mi Catalina que en su lecho de muerte le dijo ánte el Señor, recomendándome é que me

casara por segunda vez. Esta noche me pareció que su alma hablaba á mi hijo en el momento en que se durmió: no oíste lo que decía? y no viste como le temblaba la boquita cuando estaba mirando en el aire alguna cosa que nosotros no pudimos ver? Pues estaba viendo á su madre, créelo, y ella fue quien le hizo decir que quería que tú la recompilaras.

« German, respondió Maria muy extrañada y pensativa, estás hablando honradamente y es mucha verdad lo que decís. Creo que debería amaros si esto no disgustaba mucho á los parientes, pero, ¿que queréis? mi corazón no se inclina á ello. Os quiero bien, pero aunque los años no es hacen feo, me da miedo un hombre de esa edad. Sé me figura que sós un tio ó un pariente, que debo respetaros, y que habría momentos en que me tratariais como á una muchachuela y no como á vuestra mujer y compañera. En fin, los que me conocen se burlarían de mí, y aunque esto parezca una lagarta, tengo la aprensión de que el día de las bodas estaría triste y avergonzada.

« Esas son razones muy pueriles, Mariquita; estás hablando como una criatura.

« Pues bien, sí, lo soy, respondió ella; y por esto me da miedo un hombre razonable. Ya estás viendo como no podemos convenirnos por los años, puesto que acabais de decirme ahora que hablo sin razon, y sin embargo, no puedo tener un juicio impropio de mi edad.

« Que poco diestro soy para expresar mis pensamientos! exclamó German. Maria, no me amas, esta es la verdad; pero hallais muy natural y muy pesado. Si me amases un poco no descubririais tan pronto mis defectos.

« No es culpa mía, repuso la joven un poco sentida cuando vio que no la fiteaba; estoy haciendo todo lo posible para ello, pero por mas vueltas que doy en mi cabeza me es imposible acostumbrarme á la idea de que ambos debemos vivir juntos.

German se quedó callado y ocultó su cara entre sus manos, de modo que Mariquita no pudo saber si lloraba; si estaba enfadado, ó si se había dormido. Algo se acobajo al verle tan triste, y sin poder adivinar lo que por él pasaba, pero no se atrevió á decirle una palabra más, y como la escena aquella la había rubado enteramente sus ganas de dormir, esperó el amanecer con impaciencia, atizando la lumbre y cuidando al niño que German parecía haber olvidado completamente. Sin embargo, German no dormía en aquel momento, ni tampoco reflexionaba en su mala suerte ni combinaba planes de seducción; paciencia, y el corazón quería saltarse del pecho, había deseado morir. Todo le salía mal, y si hubiese podido llorar, no lo hubiera hecho á medias, pero además estaba un poco enfadado consigo mismo, y ahogaba sus desahos sin poder y sin querer quejarse.

Cuando llegó la luz del día, German sacó la cabeza de las manos y se puso en pie; al instante conoció que tampoco Mariquita había dormido, pero nada supo decirle para manifestarle afectuosamente que lo sentía; German estaba enteramente desconcertado. Por fin, ocultando la silla de la Parda entre los matorrales, echándose al hombro las alforjas, y tomando á su hijo de la mano, exclamó dirigiéndose á Mariquita:

« Ahora vamos á ver si acabamos el viaje, ¿quieres que te lleve á Ormeaux? »

« Iremos juntos hasta salir del bosque, respondió la joven; y cuando podamos saber en donde estamos, cada cual eclairá por su lado.

German no respondió, sintiendo mucho que Maria no con-

sintiese en que la acompañase á Ormeaux, aunque sin notar que se lo había ofrecido con un tono que parecía provocar la negativa.

Un leñador que encontraron allí cerca les dio las señas del camino, diciéndoles que después que pasaran la pradera, no tenían más que ir el uno todo derecho, y el otro por la izquierda, para llegar á sus sitios respectivos que, por otra parte, se hallaban tan cerca los dos, que se veían distintamente las casas de Fourche desde la granja de Ormeaux, y reciprocamente.

Apénas habían dado algunos pasos después de despedirse del leñador, cuando éste los volvió á llamar, para preguntarles si habían perdido un caballo: « He encontrado una hermosa yegua parida en mi corral, les dijo, donde acaso habrá ido á refugiarse perseguida por algún lobo. Mis perros ladraron esta noche, y al despuntar el día me encontré en mi casa con el animal; allí está todavía, vamos á ver si es vuestra, y os la podréis llevar.

German dió las señas de la Parda y bien convencido de que era ella, se volvió á buscar los aporados. Mariquita le dijo entonces que se llevaría á su hijo á Ormeaux, donde luego podía ir á buscarle cuando volviese de Fourche.

« Con la noche que ha pasado, está muy sucio, dijo la joven; le voy á limpiar un poco, le lavaré su carita de rosa y le peinaré, y cuando ya está listo le podréis presentar á vuestra nueva familia.

« Y quien te ha dicho que yo quiero ir á Fourche? respondió German de mal humor. Será muy posible que no vaya.

« Iréis, German, iréis, está en vuestro deber, repuso Mariquita.

(Se continuará.)

LOUPIAC.

La aldea de Loupiac está situada sobre un pequeño terraplén rodeado de ribazos plantados de viñas, á poca distancia del Garona, y, enfrente de Barsac, construido á la otra riera de este río, á un kilómetro de Codillac. No sabemos que haya acaecido ningún hecho histórico importante en la aldea de Loupiac, siendo de presumir que la ciudad de Codillac que está tan cerca y que sirvió de residencia á los poderosos duques de Epernon, la ha ocupado en todos tiempos. Sin embargo, en las casas de la aldea no ven algunas señales de un incendio y el campanario ha sido fortificado en épocas modernas, lo que acaso quiere decir que la aldea de Loupiac fue sitiada y quemada en parte en tiempo de las guerras de religión.

El plano de la iglesia era una cruz latina antes que se hubiese construido, pero unos cien años, una parte baja por un lado que desgraciadamente destruyó la simetría. El campanario, de forma cuadrada se eleva encima del coro. En la parte semicircular que termina el fondo de la iglesia, hay tres columnas medio incrustadas en la pared; los dos cuerpos del edificio, tienen ventanas medio cegadas, y la cornisa lleva adornos de muy buen gusto.

La puerta de la fachada se compone de tres arcadas sostenidas por columnas cuyos capiteles están formados con artesonados y folajes. Encima de la puerta, tres nichos descansando en un friso de artesonados forman una galería simétrica; las archivoltas, cubiertas de una profusion de ador-

nos, descansan en columnitas cuyos capiteles están también muy adornados; sobre el primero, mirando al norte hay dos corazones alados esculpidos y cabezas de lobos; sobre el segundo se ve un ángel tocando el violín y un cordero alado, con cuya cabeza, coronada con una cruz y rodeada de una

auréola, parece disputar un libro á un personaje cornudo cuyo cuerpo remata en cola de pez; detras del cordero se ven muchas aves de rapiña con las garras metidas en sus lanas; en el capitel siguiente está representada la huida á Egipto, la Virgen montada en un asno, San José con un palo en la



L. DUCUYN.

Imprenta de BOURGEOIS.

Iglesia de Loupiac, departamento del Gironda.

mano, en medio el niño Jesús y dos personajes de los cuales uno lleva un tonel bajo el brazo, y en la mano derecha una copa que está tomando San José; por último, sobre el cuarto capitel se ven unos pájaros picoteando una pifa. Encima de esta galería hay unos bajos relieves encerrados en un solo cuadro, representando, por el norte, á Adán y Eva, en medio la Cena, y al mediodía el cordero pascual entre dos ángeles. Estos son los principales adornos de la fachada.

Interiormente la nave es sumamente pobre: la parte del santuario es por demás oscura, á causa de un catafalco de mal gusto que han colocado en medio.

El campanario amenaza ruina. La comisión de monumentos históricos del departamento ha solicitado del gobierno los fondos necesarios para componerle, y si tardan mucho en concederlos es probable que dé aquí á poco la pobre aldea de Loupiac perderá su único ornamento.

HUYSMANS (DE MALINAS).



La Barranca.

Imprenta de BOURGEOIS.

Cornille Huysmans tomó su nombre de Malinas, no por que nació en esta ciudad, sino porque en ella pasó la mayor parte de su larga vida, entregado al estudio de su arte que idolatraba, y en el cual ha sabido conquistarse una bien merecida reputación.

Este pintor vino al mundo en Amberes en 1648. Su padre que ejercía la profesión de arquitecto, quería hacerle seguir esta carrera, pero la muerte vino á lo mejor á echar por tierra sus proyectos para lo venidero. El joven Cornille quedó bajo la tutela de un tío suyo, que, notando sus precoces disposiciones, le colocó en el estudio de un pintor de paisaje llamado Gaspar de Wij.

Nuestro artista tomó pocas lecciones de este maestro, poco tiempo después se marchó á Bruselas y se presentó en casa de Van Artois, noble paisajista que gozaba de una buena fortuna, y que, teniendo muy poco tiempo para estudiar la naturaleza, encargó á Huysmans que la estudiara por él. Mucho más considerable de lo que se cree, es, en la historia de las artes, el número de nobles é intrigantes que lucen con el talento de pobres diablos, á quienes no siempre pagan con generosidad.

Hos ego veraculos fedi, tulli alter honores:
Sic vos non vobis, mellificatis, apes!

Eterna verdad cuya prueba se patentizó mucho ántes de Virgilio de quien tomamos estos versos muy conocidos, y sí, patentizándose en el día de hoy en medio del siglo XIX. Al salir del estudio del noble Van Artois, del cual hemos

T. II.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

visto en el museo de Bruselas algunos paisajes sin ningún valor, Huysmans fijó su residencia en Malinas, siendo muy joven todavía.

La página que hemos extraído de la obra de Huysmans y que precede á este artículo, ha sido escogida de tal suerte, que ella sola hace conocer perfectamente el género de talento de su autor: se conoce bajo el nombre de LA BARRANCA.

Campañas pintorescas y quebradas, con rocas y colinas, aguas que corren ó que duermen entre grandes riberas escarpadas, árboles gigantes, bien elegidos, limpios y transparentes horizontes, y en medio de esta hermosa naturaleza, ganados y pastores descansando ó andando... tal es el tema repetido siempre y variado hasta lo infinito, escogido por Huysmans de Malinas.

Además de los dos paisajes de este pintor que posee el museo del Louvre, hay otros dos lienzos que representan las vistas PANORÁMICAS DE LUXEMBOURG ET DE BUISSEY, y las cercanías de estas dos plazas fuertes obras en que Van der Meulen pintó la hermosa caballería en medio de los campos tan admirablemente interpretados por el artista de Malinas.

Este mismo Van der Meulen, uno de los pintores favoritos del rey Luis XIV, quiso llevarse á Huysmans á Versalles haciéndole las ofertas más lisonjeras, pero el pintor de ballenas nunca pudo decidirse á ello, y el paisajista permaneció en Malinas donde murió el primero de junio de 1727.

J. J. ARNOUX.

UNIVERSIDADES DE ESPAÑA.

Hé aquí un curioso cuadro de la época de la fundación de las antiguas universidades de España:

UNIVERSIDAD DE ALCALA. — Actualmente literaria de Madrid, fue fundada por el famoso cardenal Cisneros en Alcalá poniéndose la primera piedra el 26 de febrero de 1498, e inaugurándose el 26 de julio de 1508. Empezó a trasladarse a Madrid en 1836, y conejuyó en 1842.

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO. — Fue fundada por el arzobispo don Alonso de Fonseca en 1532.

UNIVERSIDAD DE OVIEDO. — Fue fundada por don Fernando Valdés, arzobispo de Sevilla, que estableció 17 cátedras, y murió en 1568.

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID. — Fue fundada en el año de 1346 por don Alonso XI, con bula que obtuvo del Pontífice Clemente VI, habiendo llegado esta universidad a ser la tercera en estimación en España.

UNIVERSIDAD DE PALENCIA. — Fue fundada por el rey don Alonso IV de Castilla en el año 1290.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA. — El rey don Alonso empezó a fundar la universidad de Salamanca para que sus súbditos no tuviesen necesidad de acudir a Palencia, y estas mismas escuelas de Palencia fueron trasladadas a Salamanca por la comodidad del sitio, por el santo rey don Fernando en 1243. Don Alonso el Santo como de privilegios y rentas a esta universidad, y los pontífices Alejandro IV y Clemente V también la concedieron sus gracias, siendo muchos los pontífices y reyes que han consultado y hecho aprecio de esta universidad, que tenía cátedras de todas facultades, y privilegio de ser uno de los cuatro estudios generales del mundo. Los otros tres son los de Bolonia, París y Oxford. La solemnidad de los actos públicos, la reputación de los maestros, y el renombre de los ilustres varones que han salido de las escuelas de Salamanca, han hecho a esta universidad célebre en todo el mundo.

UNIVERSIDAD DE AVILA. — Fue fundada en el colegio de Dominicos de Santo Tomás por fray Tomás de Torquemada, inquisidor general, en 1482.

UNIVERSIDAD DE TARRAGONA. — Fue fundada por el cardenal arzobispo, don Gaspar Cervantes, en el año de 1572.

UNIVERSIDAD DE LERIDA. — Fue fundada por el rey don Jaime II en el año de 1300.

UNIVERSIDAD DE OSATE. — Fue fundada en 1543 por don Rodrigo Marcedo y Zuazola, virrey de Navarra y arzobispo de Santiago.

UNIVERSIDAD DE VALENCIA. — Se empezó a fundar por parecer de San Vicente Ferrer en el año de 1444, después se perfeccionó e instituyó, siendo confirmada por el Pontífice Alejandro VI en el año de 1499.

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA. — Hay quien hace remontar la fundación de esta Universidad al año 1474 en que prometió la fundación don Pedro Cerbuna, obispo de Tarazona, pero el verdadero carácter de Universidad no lo tuvo hasta el año de 1543.

UNIVERSIDAD DE CERVERA. — Fue fundada por el rey don Felipe V, que la dotó con muchos privilegios y con suntuosas aulas, de modo que obtuvo nombrada, a pesar de estar situada en una población de segundo orden. Todo fue porque Cervera se consuevo en la obediencia del rey durante las guerras de sucesión.

UNIVERSIDAD DE BARCELONA. — Fue fundada por los antiguos reyes de Aragón. Según fue Mendez se fundó en el

año de 1346, y se amplió en 1361. Esta universidad decayó en la guerra de sucesión, y fue refundida en la de Cervera por Felipe V, quejoso de los habitantes de Barcelona.

La universidad de Granada fue fundada en el año de 1531 por el invicto emperador Carlos V. La de Pamplona en el año de 1608 por el rey don Felipe III, y la de Gandia por San Francisco de Borja, cuarto duque de Gandia, en 1549 habiendo sido mas ó menos célebres las de Sevilla, Toledo, Tortosa, Sigüenza, Orihuela, Osuna y Baeza, sin contar con la célebre universidad de Huesca, fundada por Sertorio, para estudio de letras latinas y griegas, setenta años antes de Jesucristo.

UN SOLDADO CHINO DE VIAJE CON SU FAMILIA.

En la relación de un viaje hecho por dos misioneros al interior del Tibet en 1846, leemos el siguiente episodio:

Al salir de la antigua ciudad de Tsiando, pasamos por un puente magnífico construido todo él con gruesos troncos de abetos, y alcanzamos el camino de See-Tchouan, que serpentea sobre los flancos de una elevada montaña a cuya falda corre con rapidez el río Dia-Tchou. Un poco mas allá, en un recodo que formaba la montaña, nos encontramos con una corta cuadrilla de viajeros.

Abria la marcha una mujer tibetana montada en un asno, que llevaba un niño bien sujeto a su espalda por medio de unas anchas correas; detrás de ella venia, atado de un largo ronzal, un caballo cargado con dos cajones oblongos que pendían simétricamente uno á cada lado. Estos dos cajones servían de alojamiento á dos niños cuyas cabezas alegres y risueñas se asomaban por dos ventanitas. La diferencia de edad de estos niños parecia poco notable, y sin embargo no debían tener ambos el mismo peso, porque para establecer un justo equilibrio entre los dos, se veía una gruesa piedra atada con una cuerda en un cajón. Detrás del caballo, iba á pasas lentos un ginecete en cuyo trage podía conocerse fácilmente que era un soldado chino licenciado; y en las ancas llevaba á otro muchacho que podría tener unos diez años.

Por último un enorme perro amarillento, con los ojos torcidos y un aspecto muy marcado de mal humor, cerraba la marcha de aquella singular caravana que se unió á nosotros y se aprovechó de nuestra compañía para ir hasta la provincia de See-Tchouan.

Este chino era un antiguo soldado de la guarnición de Tsiando, que habiendo cumplido los tres años de servicio que manda la ley, había obtenido el privilegio de permanecer en el Tibet para entregarse al comercio. Licenciado ya, se casó, y, después de haber reunido una corta fortuna se volvió á su patria con toda su familia. Nosotros no pudimos ménos de admirar el valor de aquel chino que tenia que luchar no sólo con los peligros y fatigas de un largo viaje, sino con las burlas de sus compatriotas que no tenían ánosos para imitar su ejemplo. Los soldados de nuestra escolta no tardaron mucho en ponerle en ridículo. « Este hombre, decían, se ha vuelto tonto. Sacar de un pueblo extranjero dinero y mercancías no está mal; pero llevarse á la nación central á una mujer con el pié grande y esa horda de chiquillos bárbaros, esto es contrario á todos los usos. Si se le habrá ocurrido la idea de hacer dinero enseñando esos animales en el Tibet? » mas de una vez estos dicharachos escitaron nuestra indignación, y tomamos á nuestro cargo el defender á aquel vale-

roso padre de familia, el elogiar su conducta y reprobar altamente la barbarie y la inmoralidad de las costumbres chinas. »

INVENCIONES Y DESCUBRIMIENTOS.

DE LA PREPARACION DEL ACEITE DE BELEÑO:
POR OVERBECK.

El método ordinario que se emplea para la preparación del aceite de beleño (haciendo hervir la planta con aceite y agua) suministra un producto al que la terapéutica moderna no concede, y con razon, sino muy poca ó ninguna actividad: de modo que en muchos puntos ha desaparecido enteramente de la práctica. Tal vez contribuya también el que gran número de farmacéuticos no ponen el menor cuidado en su preparación, que muchos no se toman el trabajo de machacar la planta y la someten toda entera á la estracción, que otros no emplean mas que yerbas secas y malas, y que algunos en vez de servirse del beleño, se limitan á dar un color verde al aceite comun por medio de la cárcuma; y el indigo: podrían citarse farmacéuticos que preparan el producto de que hablamos, guardando por algun tiempo en una vasija de cobre aceite comun, y cuando toma un color verde, lo despañan por yerdadero aceite de beleño.

El señor Overbeck propone reemplazar estos malos y defectuosos procedimientos por un modo de preparación, que sometido á experimentos médicos, contribuirá sin duda á que se admita de nuevo en terapéutica el uso del aceite de beleño. Los portmenores operativos de este procedimiento son los siguientes:

Se toman las hojas de beleño verdes, frescas y de la mejor calidad; se secan á una temperatura suave, se reducen á polvo grueso; este se rocía con la conveniente cantidad de alcohol, hasta que se aglomere en pequeñas masas, y de este modo se deja en un vaso cerrado por veinticuatro horas, agitándolo de vez en cuando. En seguida se vierte en un embudo, cuya estreñidad inferior tenga un poco de estopa ó de algodón, y se le añade la cantidad prescrita de aceite de olivas, calentado de antemano; este aceite coula á través de la estopa combinado con las partes activas del beleño, tenidas en disolución por el alcohol. Después de esto se prensa el bagazo, y se hace calentar al baño de vapor los dos productos mezclados, para evaporar el alcohol que aun conserva; y por último se deja reposar y se decanta. — El aceite que se obtiene de este modo es de un color verde negrozco muy intenso, y posee en el mas alto grado el olor narcótico y desagradable del beleño. De esto se puede ya decir que el aceite de esta planta, preparado segun este procedimiento tiene propiedades medicinales mas activas que el obtenido por los métodos ordinarios.

PROCEDIMIENTO ECONOMICO PARA LA PREPARACION DEL CLORATO DE SODA: por el señor Winkler. — Se coloca en una capsula grande 20 onzas de tartaro de soda, se vacia con diez libras de agua; y se añaden 22 onzas de clorato de potasa puro cristalizado. Se opera la separación del sobretartaro de potasa; se deja reposar la mezcla por espacio de veinticuatro ó cuarenta y ocho horas en un lugar fresco; se decanta, se coula al través de una tela tupida, se evapora hasta sequedad y se obtienen unas 44 onzas de residuo salino, que se disuelve en frío en dos veces su peso de agua, se filtra y se hace evaporar á 50° hasta la cristalización.

UN PRESIDARIO GENEROSO.

En este siglo en que son tan poco comunes los actos de sacrificio personal para remediar las miserias del prójimo, acaba de suceder en Francia un hecho capax por sus circunstancias de escitar el mayor interés y admiración.

Parece que un jóven que se hallaba sufriendo una condena judicial en presidio, logró romper los hierros de su cautiverio y fugarse de la prisión. Corrió por los campos dos dias huyendo de las garras de la justicia y sin encontrar un pedazo de pan que llevar á la boca, cuando desfallecido de hambre y cansancio se albergó en una solitaria cabaña pidiendo hospitalidad y algun alimento.

Pero la suerte enemiga lanzaba á aquel infeliz con mano oculta de miseria en miseria haciendo cada vez mas angustiosa su situación. El espectáculo que encontró en la cabaña donde se habia refugiado era desolador. Una numerosa familia hambrienta se agitaba en torno del jefe de ella pidiendo un bocado de pan. El infeliz labrador, ¡oh miseria! no tenía medio de remediar el mal apremiante que aquejaba á su esposa e hijos, y á mas estaba amenazado por el propietario de la choza que habitaba, el que debía expulsarle de ella al día siguiente, porque le debía 30 francos de alquiler. El pobre mezclaba sus lágrimas con las de sus hijos, no hallando camino por donde salir de tan desesperado estado.

Al ver esta escena, el jóven fugitivo del presidio, tuvo una ocurrencia singular para salvar á la desolada familia del fatalismo que la amenazaba. Poseído de su idea, dice al habitante de la cabaña que le ate una cuerda al cuello y le entregue á la justicia, por cuyo acto le darán los 30 francos estipulados para estos casos, suma que podrá sacarle del apuro de ser expulsado de la casa en que vive.

Resistiese el infeliz á hacer uso de lo que el jóven le proponía, diciendo que mejor perderia la vida que cometer semejante acción. El presidario le insta asegurándole que si no le entrega á la justicia, va á presentarse él mismo. En fin, tantos son los ruegos que emplea para persuadirle, que consigue el agarre de un brazo y le presente á la primera autoridad, que entregó en el acto al aprehensor los 30 francos, quedando el jóven en poder de la justicia.

El infeliz que se vió obligado á hacer lo que tanto le repugnaba no podia sosegar; la conciencia le remordia y no podia tranquilizarse. Al día siguiente dió parte á la autoridad de lo ocurrido y vivamente impresionada por la generosidad del fugitivo, examinó su causa que era leve, y solo se habia agravado por algun altercado que tuvo con los jueces. El resultado fue que teniendo en cuenta todos los antecedentes y el rasgo de desinterés manifestado últimamente, puso en libertad al presidario.

LOS DESFILADEROS DE LA CORUÑA.

El aspecto agreste é inculto que presenta la España por varias partes, es debido principalmente á sus muchas montañas. Cinco grandes cordilleras la atraviesan del Este al Oeste, ligadas entre sí por tierras y montes que envuelven, por decirlo así, el país todo en un tejido de colinas y de rocas. Por eso hay poquimas llanuras, y estas solo se encuentran en el interior de la Península.

Si esta constitución física de la España perjudica mucho á la facilidad de las comunicaciones, aísla á los habitantes, y detiene en cierto modo el movimiento de nuestra civilización

moderna, en cambio tiene también grandes ventajas, porque disminuye el excesivo calor del clima, y alimenta los arroyos que llenan de fecundidad los valles. Por otra parte las montañas han sido muy útiles á los españoles, políticamente hablando, porque en ellas encontraron un baluarte para salvar su independencia nacional. Las de las Asturias contuvieron, como es sabido, la invasión de los árabes, y Pelayo fundó allí ese reino de Oviedo que reconquistó después el país todo.

Dos cosas llaman extraordinariamente la atención en las largas cordilleras que hay en España, y son los caminos y

las habitaciones que se encuentran. Cuando se han visto los caseríos de los Alpes, y las rústicas veredas trazadas por los campesinos suizos á lo largo de las cuevas, el viajero se admira y con razón de esas blancas y elevadas construcciones de la España, que de lejos parecen torres fortificadas, y de esas calzadas de piedra atrevidamente construidas al borde de los precipicios. Algo de árabe y de militar domina siempre en ese aspecto, que no revela únicamente, como los paisajes de los Alpes, una población inteligente é industriosa, luchando con la naturaleza, sino la vigorosa y omnipotente civilización de un gran pueblo guerrero.



Las Desfiladeros de la Coruña.

LA CARGA DEL DRABLO.

POR
JORGE SAND.

(Véase nuestro número 3.)

— Mucha prisa te corre el que me case; es tal vez porque casado no te incomodará ya más?

— Vamos, German, no pienses en eso todavía; es una idea que se os ocurrió porque las aventuras de la noche pasada os trastornaron un poco la cabeza; pero ahora debéis dar oídos á la razón; por mi parte os prometo que olvidaré todo lo que habeis dicho, y que nadie sabrá jamás una palabra.

— Ya puedes decirlo si quieres; no acostumbró á retraer-

tar nunca mis expresiones. Lo que te he dicho era verdadero y honrado, y no me avergonzaría de ello delante de nadie.

— Está bien; pero si vuestra futura supiese que cuando estabais en camino para ir á verla, habeis pensado en otra, creo que no lo llevaría muy á bien. Así, pues, reflexionad detenidamente en las palabras que me digais ahora; no me miréis con esos ojos delante de la gente, ni con ese aire tan particular. Acordaos del tío Mauricio, que cuenta con vuestra obediencia, y que se enfadaría mucho contra mí, si supiera que por mi causa dejáis de cumplir su voluntad. Buenos días, German; me llevo á Periquito para obligaros á que vayais á Fourche; me quedo con él de prenda.

— Quieres ir con Mariquita? dijo el labrador á su hijo, viendo que se agarraba á las manos de la joven, y que parecía decidido á marcharse con ella.

— Sí, sí, respondió el niño que había aplicado el oído y

había comprendido á su manera todo lo que acababan de decir delante de él. Me voy con mi querida Mariquita; tú vendrás por mí cuando hayas concluido de casarte; pero yo quiero que María sea siempre mi madrecita.

— Ya estás oyendo lo que dice, exclamó German dirigiéndose á la joven. Escucha, Periquito, añadió el labrador, yo también deseo que sea tu madre y que se quede siempre contigo; ella es la que no quiere, con que así, haz porque te conceda lo que me niega á mí.

— No tengas cuidado, padre mio; yo la haré decir que sí; Mariquita no hace más que lo que yo quiero.

Y dicho esto, se alejó con la joven. German se quedó solo, triste é infelice como nunca.

Sin embargo, cuando arrojó un poco sus vestidos, y los arreos de la yegua, y cuando se vió montado en la Parda, teniendo ante sus ojos el camino de Fourche, pensó que ya el retroceder era imposible, y que era indispensable el olvidar aquella noche de agitación, como una pesadilla penosa.

German encontró al tío Leonardo á la puerta de su casita blanca, sentado en un hermoso banco de madera pintado de verde oscuro. Había seis escalones de piedra formando un perisillo, lo que demostraba que la casa tenía cueva. Las paredes del jardín y del cañamar estaban revocadas de cal y de arena; en una palabra, era una casa tan bonita, que hubiera podido tomársela por la habitación de un rico hacendado.

El futuro suegro salió al encuentro de German, y después de haberle preguntado por toda la familia, añadió la frase consagrada para preguntar políticamente al que se encuentra, cual es el objeto de su viaje: «Habeis venido á pastaros por aquí?»

— Vengo á haceros una visita, respondió el labrador, y á traeros este poco de caza de parte de mi suegro, así como á deciros en su nombre que ya debéis saber las intenciones que me traen aquí.

— Ah! ah! dijo el tío Leonardo riendo á carcajadas y pegándose con la mano en su grueso vientre, ya sé, ya sé á lo que venís; y luego guiñando un ojo continuó: no seréis el solo amigo mio; ya hay tres en casa con las mismas pretensiones. Yo no digo que no á ninguno, y mucho trabajo me costaría también el decidirme entre ellos, porque todos son lo que se llama un buen partido. Sin embargo, á causa del tío Mauricio y de la buena calidad de vuestras tierras, podéis estar seguro de que os preferiría; pero mi hija es mayor de edad y dueña de sus bienes, por lo cual no quiero intervenir en nada; puede hacer lo que mejor le parezca. Entrad, daos á conocer, y quiera Dios que tengáis mucha fortuna.

— Os pido mil perdones, respondió German muy sorprendido de ocupar el puesto de supernumerario, cuando había creído ser el solo. Ignoraba que vuestra hija estuviese tan bien provista de pretendientes, y no creáis que he venido aquí para disputársela á los demás.

— Si pensasteis que porque tardabais en venir, respondió el tío Leonardo sin perder su buen humor, mi hija se quedará en ayunas, os habeis engañado de medio á medio, guapo mozo. No la faltan novios á la Catalina; no lo creáis así, es al contrario. Pero entrad en casa, y no hay que ser cobarde; la muchacha vale la pena; ya veréis.

Y empujando á German por los hombros con una jovialidad de compasino, le hizo entrar dentro y exclamó:

— Ea, Catalina, toma otro mas.

Este modo grosero de presentarle á la viuda delante de los otros aspirantes, acabó de descontentar al labrador, que sintiéndose desconcertado hasta lo sumo, permaneció algo-

nos instantes sin atreverse á levantar los ojos para mirar á la hermosa en medio de su corte.

La viuda Guerin era una mujer bastante bien hecha y frescachona todavía; pero la expresión de su rostro y sus adornos disgustaron desde luego á German. Tenía el aire altivo y satisfecho, y su vestido de casa con tres hileras de encaje, su delantal de seda y sus cintas y blondas en el cuello, no estaban muy en armonía con la idea que él se había formado de una viuda formal y sensata; su lujo y sueltos ademanes le hicieron ver en ella una mujer vieja y fea, aunque no era ninguna de ambas cosas. German pensó que aquellos pretendidos y alegres modales sentarian bien á una muchacha de la edad y la gracia de María, pero que las chanzas de aquella viuda eran pesadas en demasia, y que no sabía llevar sus bonitos adornos.

Los tres pretendientes estaban sentados á una mesa llena de vinos y manjares, que estaba allí en permanencia toda la mañana del domingo, porque al tío Leonardo le gustaba hacer ostentación de su riqueza, y á la viuda le agradaba también el lucir su buena vagilla y tener su mesa como una persona que vive de sus rentas. German, á pesar de su sencillez y confianza, observó las cosas con bastante penetración, y por la primera vez de su vida se mantuvo sobre la defensiva al ponerse á beber. El tío Leonardo le había obligado á sentarse con sus rivales, y colocándose él enfrente, le colmaba de atenciones y cuidados, aparentando ocuparse de él con una predilección marcada. El regalo de la caza, á pesar de la brecha que le abrió German, era aun bastante bueno para producir su efecto; la viuda lo miró á conocer, y los pretendientes lanzaron á German una mirada de desdén.

El labrador no se hallaba á sus anchas en aquella compañía, y comía con un apetito simulado. El tío Leonardo quiso chatearle acerca de ello.

— Muy triste estais, le dijo, no os incomodeis con la botella. El amor no debe costaros elapetito, porque mi amante en ayunas no sabe decir tan bonitas cosas como aquel que ha esclarecido sus ideas con algunos vasos de vino.

German se disgustó más y más al ver que ya le suponían enamorado, y el ademán que hizo la viuda bajando los ojos y sonriéndose como una persona pagada de sí misma, hizo que le entraran ganas de protestar contra lo que ellos llamaban su derrota, pero temiendo pasar por impolítico se sonrió en paciencia.

Los pretendientes de la viuda le percibieron tres palardos; bien ricos debían de ser para que la viuda les diese oídos. Uno tenía más de cuarenta años y era casi tan grueso como el tío Leonardo; otro era tuerto y belia tanto que estaba ya como un poste, y el tercero aunque era joven y no malo, quería decir muchas gracias y no soltaba mas que tonterías. Sin embargo la viuda se reía como si hubiese admirado sus sandeces y esto no era una prueba de su buen gusto. German creyó al principio que estaba contentísima; pero bien luego pudo notar que se le dirigian mil alusiones para ver si al cabo se descubría; esto fué una razon para que se mostrara mucho mas frio y grave que cuando entró.

Cuando llegó la hora de la misa todos se levantaron para ir juntos. Había una media legua larga que andar, y German estaba tan cansado, que hubiera preferido sin duda dormir antes un poco, pero como no acostumbraba á quedarse sin misa, se puso en camino con los demás.

Los caminos estaban llenos de gente y la viuda andaba con altivo escoltado por sus tres pretendientes, dándole el brazo alternativamente y mirando orgullosa á los que pasaban; bien hubiera deseado ostentar también el cuarto, pero German

namento mas elegante que motivado, tiene un aspecto grave y meditabundo; lleva una corta flauta en una mano, y la otra la tiene apoyada graciosamente bajo la barba denotan-

do la meditacion. Los atributos de esta figura, son varias caretas y una lira. La Música religiosa ó sagrada, está fielmente representada en nuestro dibujo: estos bajos relieves



La Música sagrada, por HARNEL.

de M. Harnel se distinguen por su dibujo sencillo y elegante, como solo se vió en las grandes épocas del arte. La estatua de Beethoven, por el mismo artista, representa al sublime

compositor en traje moderno con un cuaderno en una mano y un lápiz en la otra y profundamente sumergido en sus grandes y divinas inspiraciones.

PEDRO PABLO PRUD'HON.



El rapto de Psiquis.

Pedro Pablo Prud'hon!... al pronunciar este nombre tan dulce, un mundo colosal de poesía y de amor se abre á la imaginación estalada de encanto, y el alma se sumerge repentinamente en los mas gratos y deslumbrantes sueños! Este pintor recibió del cielo el don maravilloso y raro, de renovar la faz de la mitología antigua, que el siglo XVIII había gastado hasta la saciedad; pueda decirse que Prud'hon devolvió su primitiva juventud y su belleza divina á todos los dioses y diosas del Olimpo.

Prud'hon es el Prometeo moderno de la estatuaría griega que animó con un soplo de vida los mejores mármoles que nos legara la antigüedad: el pincel, en su mano, fué como la llama que sacó del cielo el ingenioso hijo de la Tierra, el magnánimo Titano.

Entre las muchas y esquisitas cualidades que distinguen el genio de Prud'hon, figura en primera línea la gracia vo-

luptuosa, el sencillo encanto, la suavidad de expresión y la belleza simpática y llena de atractivos que supo dar á todas sus figuras, y con particularidad á sus personajes femeninos, en cuyas formas, ya estén desnudas ó vestidas, se muestra ó se adivina siempre una elegancia inimitable y pura.

Echemos una ojeada al rapto de Psiquis. Qué bien tendida se halla en su lecho de zedros la rubia y joven esposa de Eros! El sibarita, á quien le robó el sueño una hoja de rosa arrugada en su cama, no hubiese abandonado con mil amores su lecho recogido en los campos de Poestum, por el que ocupa aquí Psiquis? Así no hay mas que verla: qué bien duerme! qué natural es ese sueño! La fresca deidad está desnuda, así como los zéfitros y los amores, que la llevan al palacio encantado donde le esperan sus bodas celestiales, y sin embargo, á pesar de que esta escena toca en los últimos

límites de la voluptuosidad, no puede tampoco ser mas casta : qué secreto posea, pues, la mano del pintor que la trazó?

Este poeta que, en la realización de este precioso asunto, fue precedido por el mismo Rafael, y que sin embargo supo permanecer aquí al nivel del inmortal pintor de la FARNESINA, era el undécimo hijo de un pobre albanil de Cluny pequeña población de la Borgoña. En este pueblo nació el 6 de abril de 1760, y en el monasterio de Cluny fue donde vio los primeros cuadros que decidieron de su vocación. El joven se apasionó de tal manera por aquellos lienzos, que los benedictinos que habitaban el convento, no tardaron en notar sus inclinaciones y naciente genio, y habiendo hablado de ello al obispo de Macon, este que, nullo erigirse en protector del artista en ciencias, le colocó en la escuela de dibujo de Dijon, cuando apenas tenía diez y seis años. Bien luego el adolescente se llevó el premio de pintura instituido por los Estados de Borgoña, con lo cual pudo marchar a Roma para estudiar las grandes obras de los maestros italianos, y adquirir la pureza de Sanzio, y la luz del Corregio; en cuanto a la ternura y a la gracia de estos dos santos dioses del arte, el hijo del albanil de Cluny los poseía ya.

J. J. ANSOYA.

DEL USO DEL ALCANFOR EN LAS TOSSES NERVIOSAS.

El doctor Alquié previendo contra el alcanfor por el abuso que hacen las personas no médicas, no recurrió á este medicamento sino después de haber agotado sin ningún resultado la mayor parte de los medios aconsejados contra la tos nerviosa. La primera persona que le propuso la opción de observar la influencia pronta y radical de la administración de los granos de alcanfor fue una señorita joven y sumamente nerviosa que hacia una semana sufría una tose pertinaz, seca, que provocaba vivos dolores de pecho y que habia producido bastante prostración. El autor aconsejó diez granos de alcanfor: por la mañana la tos habia desaparecido : diez granos mas completaron la curación. Semanante resultado sorprendió mas bien que convenció al doctor Alquié respecto á la virtud real del medicamento empleado. A poco tiempo fue llamado para asistir á una señora atacada de una violenta congestión cerebral y una tos fuertísima á consecuencia de un enfriamiento. Una sangría copiosa, sinápsis en los pies y un vejigatorio en un brazo dispararon rápidamente los síntomas febriles, pero permanecieron los golpes de tos y la perturbación en la respiración. La tos seca, pertinaz, dolorosa y con un poco de febre. El doctor Alquié ordenó pelliculas de alcanfor como en la enferma anterior: al día siguiente se habia disipado la tos y no se reprodujo.

No multiplicaremos los ejemplos, pues que de los dos casos observados por el doctor Alquié resulta que el alcanfor disipa rápidamente, no solo las simples toses nerviosas, sino tambien las toses dolorosas con un poco ó nada de polvo, producidas por una irritación catarral de los bronquios sin lesión apreciable por la auscultación del tejido pulmonar. El alcanfor no produce ningún efecto cuando la tos siendo seca se vuelve humeda, con espasmos espesos amarillentos, ni en los casos en que hay lesiones materiales del pulmón.

La administración del alcanfor es sumamente sencilla. Se aplasta un pedacito de dicha sustancia y se tragan las partículas con muchas horas de intervalo.

Hemos tenido ocasión de comprobar una vez los buenos resultados del alcanfor tomado del modo que indica el doctor Alquié y efectivamente el resultado ha sido la desaparición

de la tos. Esperamos que nuestros profesores estudiarán este medio tan sencillo como pronto.

ESTADÍSTICA.

POBLACION RELATIVA DE DIVERSOS ESTADOS DE EUROPA.

El censo suizo de 1850 da una población de 2,393,931 habitantes por toda la Confederación, y admitiendo que la Suiza tenga 4,791 leguas cuadradas, tendremos una población media de 4,310 habitantes por legua cuadrada. La Baviera tiene 900; la Prusia, 1250; el Austria, 4,290, y la Inglaterra, 2,280. En España tenemos una población media de 900 por legua cuadrada; mas si atendemos al resultado de cada provincia, encontramos diferencias de consideración, pues al paso que en algunas del interior se encuentran apenas 600 habitantes por legua, arroja el censo de otras mas de 2,300; es decir, una población relativa superior á la de Inglaterra. Según el censo que se está practicando ahora en los Estados Unidos, resulta que la población de las varias capitales, villas y otros centros tuvo un aumento de 117 por 100 en el espacio de diez años transcurridos desde el de 1840, fecha del último censo. La población relativa no puede compararse aun á la europea á causa del número territorial que los diferentes Estados abarcan.

LA SUIZA SAJONA.

Hé aquí como se explica un viajero que ha recorrido estos pintorescos países:

Desde la cumbre de la montaña Bastai que se eleva casi al centro de la Suiza sajona, la mirada abraza las sinuosidades del curso del Elba, los caminos, aldeas, ciudades, caseríos y elevadas rocas aisladas que caracterizan el paisaje, las profundas gargantas y todos los detalles de este suelo tan trastornado antiguamente por los furioses de las aguas. Al contemplar este magnifico espectáculo, comenzaba á sentirme penetrado de esa rara y suprema embriaguez objeto supremo del viajero y recompensa de sus fatigas.

Estaba ya cansado de mi guía y de sus vulgares observaciones, y me escurri á pasos lentos con el aire indiferente de un paseante, hasta el bosque vecino. Cuando me convencí de que ya estaba oculto por los primeros árboles, apresuré mi paso, y concluí por esbalar una carrera que duró un cuarto de hora. Me detuve con el corazón palpitante y me puse á escuchar, mas no óí nada: hallábanse solo en un estrecho sendero del Ottowalder-Grund, entre dos inmensas maravillas de rocas entapadas de árboles y de musgo, agujeradas, cayéndose por unos lados y tocándose por otros. Pero no se oía el mas pequeño ruido; sólo de distancia en distancia se sentían algunas gotas de agua que caían por una oscura grieta, algún pájaro que huía por entre las hojas, ó un insecto que se deslizaba por la yerba. Frañi día hermosísimo de verano, á eso de las doce, y sin embargo me hallaba sumergido casi en la oscuridad. Un rastro de cielo azul serpenteaba sobre mi cabeza, y de cuando en cuando algún rayo del sol atravesaba oblicuamente por entre las tupidas ramas de los árboles. Como explicar lo que se siente en medio de una completa soledad, en un sitio totalmente desconocido, y en país extranjero? Cómo pintar esa inmensa calma exterior que penetra insensiblemente hasta lo mas recóndito del alma? Cuanto mas se va penetrando en semejante suelo, tanto mas le parece á uno penetrar en el fondo de sí mismo; á cada paso se aleja uno mas de las preocupaciones habituales de la vida,

al mismo tiempo que se separa de los hombres, de sus habitaciones y trabajos. Un momento llega en que podría decirse que nuestra alma, lo mismo que un lago cuyas aguas no agita el menor soplo, se vuelve inmóvil y trasparente. Algunas horas pasadas en uno de esos silenciosos recogimientos, en medio de los bosques ó de las rocas, nos inspiran pensamientos mas grandes y profundos, que todos los esfuerzos de abstracción que hacemos durante años enteros en el seno de las ciudades.

El primer ser humano que encontré en el Ottowalder-Grund me hizo estremecer; era una vieja enana que estaba en pie, inmóvil y apoyada en la roca, sin otro movimiento en su cuerpo que el de sus ojos. No supe qué pensar al verla; pero bien luego se aclaró el misterio; á algunos pasos de allí una niña me tendió la mano murmurando un rezó, y era que me pedía limosna para la pobre enana. Mas lejos encontré tambien una señora joven y muy delicada en apariencia; dos hombres la llevaban en una especie de litera, en tanto que un caballero de avanzada edad, que sin duda sería su padre ó su marido, la seguía encoberado y respirando apenas, con los ojos fijos en el suelo, ni uno ni otro habían mas caso del paisaje que si hubieran estado en medio de un camino bien ancho y bien barrido. Mas lejos aun me hallé en frente de una casita de madera: una joven y su madre, sentadas á la puerta, vendían algunos objetos de madera labrada, y cuétillos, espejos y cristalería. Por espacio de mas de cuatro horas no vi ningún otro rostro humano, y salí de aquella larga barranca en que me hallaba, subiendo unos escalones abiertos en la piedra que me condujeron á la aldea de Ottowalder. Luego me dijeron que probablemente habria pasado junto á la *Teufelskuche* (cocina del diablo) ancha caverna donde, en tiempos de guerra, los campesinos ocultan sus muebles y su dinero, así como sus mugeres y sus hijos. Mas bien me acordé de algunas cruces con inscripciones funerarias, y de un pasaje sumamente estrecho, en donde acumuladas las rocas, han dejado sólo una abertura parecida á una puercilla bajanodrada.

De la aldea continué andando al acaso por medio de los campos. Encontré á algunas mugeres trabajando en la siega vestidas con gusto y limpieza que me saludaron diciéndome: *Dr*, abreviatura del saludo ordinario de buenos días.

Por la noche llegué al lindo pueblito de Lohmen, construído sobre una roca, y al día siguiente visité el antiguo castillo de Holstein, célebre en la Sajonia por los sitios que sostuvo contra los austriacos y los suecos durante la guerra de treinta años; edificó sobre un abismo, no toca á la ciudad sino por un puercillo de piedra. Se conserva en este castillo como un objeto de curiosidad, una cueva de pajá hecha por un preso, que, sorprendido en el momento en que bajaba, fue llevado otra vez á su calabozo; tambien se enseña al viajero el cuarto en donde encerraron, en tiempo de Weimar y de Augusto II, á un famoso alquimista sajón del siglo XVIII llamado Klettemberg, y la sala del torneo donde hubo un certamen que soportó los dolores mas atroces sin confesar su culpa, y después, cuando le absolviéron, declaró que en efecto era culpable. De este modo el tormento obligaba muchas veces á que se acusara el inocente, mientras que los culpables, que tenían buenos ánimos, se libertaban de confesar sus crímenes.

En las cercanías, vi el Dielskeller, ó caverna de ladrones que, durante la guerra de 1813, sirvió de guarida á un gran número de familias. Muchas grutas mas tuvieron este mismo destino en tanto que otras varias fueron habitadas por ladrones; de este modo se ven algunas veces, que forman sus

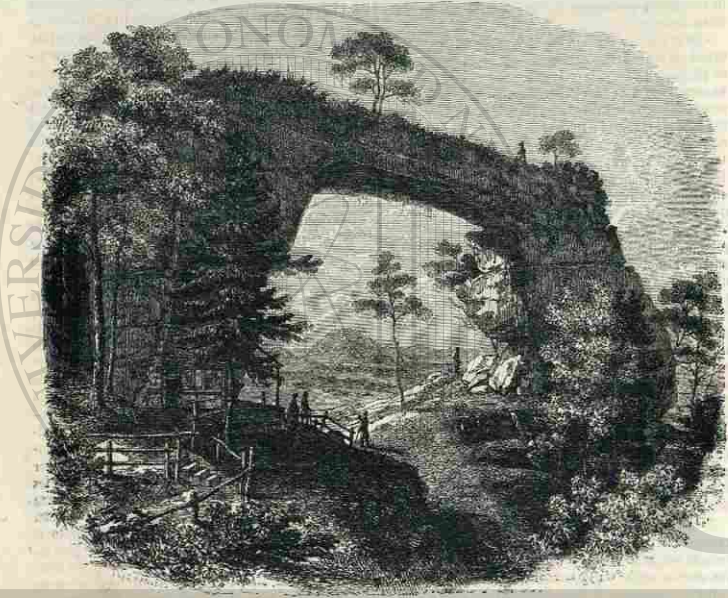
nidos á diferentes alturas y en las mismas rocas, las palomas y las aves de rapia. Después de haber subido dos montañas, bajé al valle Tiefgrund donde volví á hallar durante muchas horas la paz, y en las emociones que me habia dado el Ottowalder-Grund. Al salir de allí me perdí, creía acercarme á una de las mas altas y mas hermosas montañas de la Suiza sajona, el Libenstein (la montaña de los lirios) donde se eleva hoy una pirámide en memoria de Augusto III y llegó de repente Schandan, bonita ciudad construída á orillas del Elba á la falda de grandes montañas cubiertas de hermosas arboledas. Schandan es muy famosa por sus baños de aguas minerales, celebridad mas sólida que brillante y que no atrae á ella sino las personas que realmente lo necesitan. Allí se toman las aguas muy sencillamente, sin juegos, bailes ni conciertos. Esta dejazón de los viajeros elegantes es tanto mas sorprendente cuanto que es muy fácil el ir á Schandan de Dresde, y aun de Berlín, por el camino de hierro en unas pocas horas. La palabra Schandan significa Prado infame. Sin duda alguna debe existir una leyenda muy negra y misteriosa explicativa de este nombre, por mi parte no trato de buscarla porque me gusta poco embeberme la imaginación con esos horribles recuerdos, cada crónica sangrienta de ese género deja una mancha en la memoria.

Los viajeros que se proponen explorar detenidamente la Suiza sajona fijan ordinariamente su residencia en Schandan, punto centro de sus escursiones. Si se continúa subiendo la ribera derecha del Elba, se encuentra una nueva serie de rocas y barrancos, lo mas extraño y variado que puede verse. Después de haber hallado alternativamente la roca que se llama refugio de los Croatas, el valle del Inferno, la caverna del Metz, el molino de los Paganos, la catarata de Lichtenheim, el valle del Kirschtich, y el hermoso manantial de Mautzborn, llegué al Kufstall, que es de todos los puntos pintorescos de la Suiza, aquel en que se reune siempre el mayor número de viajeros. El Kufstall, es decir el establo de las Vacas, es una hórveda sumamente ancha, y que tiene sesenta pies de altura. Un posadero ha puesto un establecimiento, á uno de sus lados, y el viajero se pone muy contento al hallar en aquel desierto unas mesas á que sentarse para tomar algunos refrescos. Algunos viajeros escriben sus nombres en la hórveda, otros tratan de despertar los ecos con sus cánticos, y otros van allí á sacar dibujos. Casi todos son ingleses y alemanes; á los hombres del mediodía no les gusta mucho el subir hacia el Norte. Mas allá del Kufstall, se ve el agujero del Saestre y el del Sacerdote; gruta desde la cual los habitantes husitas de Lichteipheim precipitaron, en el siglo XV, á su cura puerco. Bien luego no se descubre otra cosa al rodear sino rocas amontonadas, cada cual con un nombre extraordinario. Regularmente se pasa la noche en la pasada del Winterberg; alguna distancia del precipicio mayor de toda la comarca que se llama el Schneeburg-Loch. Hácia el Sudeste, acercándose á las fronteras de la Bohemia, se entra en un bosque de arbutinos que conduce al valle de Prebischgrund en frente de un aislado monton de inmensas rocas.

En este paisaje es donde se ve una de las maravillas de la Suiza sajona el Prebischthor, arco de piedra cuya altura tiene unos ciento treinta pies. Se sabe á el por una cuesta-cilla poco pendiente, y desde este puente natural, ancho y sólido á la vez, se goza de un espectáculo admirable. Es muy raro que se vaya mas allá del Prebischthor hasta Tetschen y Altstadt, sobre todos uno se propone visitar la otra mitad de la Suiza sajona, por la ribera izquierda del Elba. Yo volví á Dresde por este lado, siendo lo mas notable que encontré,

la montaña colosal de Schneeberg; el Napoleonsstein (piedra de Napoleón) celebre en la Sajonia únicamente porque el emperador se sentó un instante en esta roca en 1813; el Königstein (piedra del Rey) cuya cima se halla coronada por la fortaleza mejor de la Sajonia; la cascada de Laughenners-

dorf á la estremidad del valle de Zwiesel; varias minas de plata, cobre y hierro, y por último el castillo de Sonnenberg y la ciudad de Pirna que estaban á mi derecha cuando subía el río. En resumen, vi muchas cosas, sin haber estado ausente mas que tres días. »



El Prebichhor. — Dibujo de Fresman.

LA CHARCA DEL DIABLO.

POEMA

JORGE SAND.

(Véase nuestro número 8.)

La imaginación del labrador se sintió herida á pesar suyo con lo que estaba oyendo, y la idea de la desgracia que debía venirle, para acabar de justificar las aseveraciones de la anciana, se apoderó de tal modo de su ánimo que la sangre estuvo para helárselo en las venas. Desesperando de obtener otras noticias, volvió á montar á caballo y se internó en el bosque llamando á Piriquillo con todas sus fuerzas, silbando, chasqueando su látigo, rompiendo las ramas de los árboles para hacer ruido, y parándose al mismo tiempo á ver si alguna voz le respondía; pero no oyó mas que las campanillas de las vacas esparcidas entre los mator-

rales y el gruñido de los cerdos disputándose las bellotas.

Por último German oyó detras de sí el ruido de un caballo que seguía sus huellas, y un hombre de unos cuarenta años, moreno, robusto y vestido como un habitante de una ciudad, le gritó que se detuviera. German no había visto nunca al hacendado de Ormeaux, pero un instinto de rabia le hizo adivinar en seguida que era él. Al punto se volvió y mirándole de pies á cabeza aguardó á ver lo que tenía que decirle.

— No habéis visto pasar por aquí á una joven de quince ó diez y seis años con un muchacho? dijo el hacendado afectando cierto aire de indiferencia aunque estaba muy conmovido en realidad.

— Y qué la queréis? respondió German sin tratar de ocultar su cólera.

— Podría responderos que eso os importa poco, camarada, pero como no tengo razon ninguna para ello, os diré que es una pastora que habla tomado por un año sin conocerla. Cuando la vi llegar esta mañana, pareciéndome demasiado

jóven y endehle para el trabajo que se requiere aquí, la despedí, mas al ir á pagar el gasto que podía haber hecho en su corto viago, se mareó enfadada mientras yo me hallaba vuelto de espaldas, y con tanta precipitación hubo de hacerle, que se olvidó de una parte de su equipaje y de su bolsa que, en verdad esta poco repleta; ahora bien, como yo tenía que pasar por aquí pensé encontrarla para devolverle lo que es suyo, como así tambien lo que la debo.

German era un hombre bastante hourado para no titubear un poco al oír esta historia, que sino era muy verosímil, era posible al menos, así fué que mirando detenidamente al hacendado que soportó esta investigación con mucha impudencia ó mucho candor, dijo contentando su agitación:

— Esa es una muchacha de mi lugar; yo la conozco, y debe estar por aquí; vamos á buscarla juntos, que pronto daremos con ella.

— Tenéis razon, dijo el hacendado, vamos allá, y sin embargo, sino la encontramos al fin de esta calle renuncio á ello porque tengo que tomar el camino de Ardenes.

— Oh! dijo para sí el labrador, no me separo de ti; aunque debieramos dar vueltas juntos por espacio de veinticuatro horas á la Charca del Diablo.

— Silencio! exclamó German de repente fijando sus ojos en unos matorrales que se movian de un modo muy particular, eh! eh! Piriquillo, eres tú, hijo mío?

El niño reconoció la voz de su padre salió de entre los matorrales saltando con un cabrillo; pero en cuanto notó que estaba en compañía del hacendado, se detuvo como lleno de asombro y titubando en lo que debía hacer.

— Ven, Perico, ven, soy yo, no te asustes; exclamó el labrador corriendo detras de él y saltando de su caballo al suelo para tomarle en brazos: ¿dónde está Mariquita?

— Allí está escondida porque tiene mucho miedo de ese picaro hombre vestido de negro, y yo tambien!

— No tengas cuidado que aquí estoy yo, Maria, Maria, no me oyes?

Maria se adelantó con mucha timidez, y en cuanto estuvo cerca de German, detras del cual se hallaba el hacendado, se arrojó con ansia en sus brazos, y exclamó con el acento de una hija que habla con su padre:

— Ah! German, German, defendedme, ahora no tengo miedo en vuestra compañía.

German experimentó un temblor convulsivo. Maria estaba blanca como un papel; sus vestidos se hallaban desgarrados por las espigas de las zarzas del bosque que había cruzado en todas direcciones buscando un refugio como una liebre perseguida por el cazador, mas sin embargo, su fisonomía no manifestaba vergüenza ni desesperacion.

— Tu amo desca hablarte, le dijo German observando atentamente sus facciones.

— Mi amo? respondió Maria con altivez; ese hombre que está ahí no es: mi amo ni lo será nunca. Mi amo sois vos German: os serviré por nada.

El hacendado se adelantó dos pasos aparentando la mayor serenidad.

— Muchacha, has olvidado en casa algunas cosas que te traigo aquí.

— No señor, respondió Mariquita, no he olvidado nada, y no tengo nada que pedirlos.

— Oye dos palabras aparte, dijo el hacendado: vamos no tengas miedo; te aseguro que no seré largo.

— Podéis decirlos en alta voz; ningún secreto existe entre nosotros.

— Pero ven al menos por tu dinero!

— Mi dinero! Nada me debéis, gracias á Dios.

— Ya me lo sospechaba yo, dijo German á media voz; pero no le hace, Mariquita, oye lo que tiene que decirte porque por mi parte tengo mucha curiosidad en saberlo: luego me lo dirás á mí, tengo mis razones para esto. Anda junto al caballo, no te perderé de vista.

Maria dió tres pasos hacia el hacendado quien la dijo inclinándose sobre el pomo de su silla y bajando la voz:

— Aquí tienes una moneda de oro para tí, no dirás nada, lo oyes? Yo diré que no me sirves para el trabajo, y echemos tierra sobre el asunto. Uno de estos dias pasare por tu casa, y si has sabido guardar el secreto, te daré alguna cosilla mas, y luego, siempre que quieras ser mas razonable, no tienes mas que hablar que yo te volveré á traer á casa, ó tré á verte en el campo al anochecer. Qué regalo quieres que te lleve?

— Este es el regalo que os hago yo! respondió Mariquita en alta voz tirándole á la cara y con bastante fuerza, su moneda de oro. Muchas gracias os doy por todo, y os suplico que me avisárais cuando vengaís al pueblo, para que salgan los mozos á recibiros; en mi lugar quierens mucho á los tuantes que persiguen á las pobres muchachas. Ya veréis entonces como os reciben!

— Eres una embusiera, una mala lengua, dijo el hacendado lleno de cólera alzando su palo con aire de amenaza; quierens hacer creer lo que no hay, pero no me sacarás el dinero, ya te conozco, lucna pieza.

Maria retrocedió asustada; pero German se arrojó á las bridas del caballo del hacendado y sacudiéndolas con fuerza exclamó:

— No necesitamos mas; está sabido todo á tierra, á tierra que ya nos entenderemos los dos.

El hacendado no se hallaba muy dispuesto á emprender la lucha; así fué que al oír esto dió de espuelas á su caballo para saltarle del labrador á quien quiso pegar un palo en las manos á fin de obligarle á abandonar las riendas; pero German evitó el golpe, y cogiéndole por la pierna le hizo caer al suelo, donde le tumbó á pesar de que el hacendado se había levantado al caer, defendiéndose vigorosamente: cuando German le tuvo debajo y bien sujeto, exclamó:

— Hombre sin corazon, podría molerte á palos si quisiera, pero no me gusta hacer daño á nadie, y ademas el castigo no enmendaria tu conciencia. Sin embargo, no temerans de aqui basta que pidas perdon á esa muchacha de rodillas.

El hacendado que conocía los lances de esta clase, quiso tomar la cosa como una cháizra; supuso que su pecado no era nada grave, puesto que no consistía sino en palabras, y dijo que pediria perdon á Mariquita con la condicion de darle un beso y de ir luego todos juntos á echar un trago á la taberna para despedirse despues como buenos amigos.

— Tengo lástima de tí, le respondió German volviéndole la cara contra el suelo, y deso perder de vista cuanto antes tu rostro malvado. Mira, ruborízate si eres capaz de ello, y cuando venga á mi pueblo trata de tomar el camino de los afrontados.

Y al decir esto cogió el palo del hacendado, le hizo pedazos sobre sus rodillas para mostrarle la fuerza de sus puños, y arrojó las astillas á lo lejos, con el mayor desprecio.

Luego tonando á su hijo con una mano, y con la otra á Mariquita, se alejó presuroso de aquel sitio trémulo de indignacion y de cólera.

VIII.

LA TIA MAURICIA.

Al cabo de un cuarto de hora habían salido del bosque, y trotaban por la carretera, rememrando de gozo la Paruta a cada objeto conocido que iba encontrando por el camino. Periquillo contaba a su padre lo que había podido comprender de lo que había pasado.

— Cuando llegamos, dijo, ese hombre vino a hablar a mi Mariquita, que se puso enseguida a mirar los carneros. Yo me había subido en el pascador para jugar y ese hombre no me veía; entonces dijo buenos días a Mariquita y la dio un beso.

— Con que te has dejado dar un beso, María? dijo German, incomodado.

— ¡Cris que era la costumbre del lugar, como en vuestra casa la abuela da un beso a las muchachas que entran a servir! para hacerlas ver que las adopta y que será para ellas como una madre!

— Y después, repuso Periquillo muy contento de tener que contar una aventura, ese hombre le dijo una cosa mala, una cosa que me dijiste que nunca repetiría a nadie y que la olvidara, y así lo he hecho, porque ya no me acuerdo. Sin embargo si mi padre quiere que la diga...

— No, Perico, no quiero saberla y haz por no acordarte nunca.

— Entonces la olvidaré otra vez repuso el niño. Luego después ese hombre se incomodó porque Mariquita le dijo que se iba a ir; él le dijo que la daría todo lo que quisiera, cien francos! y Mariquita se enfadó, y él se acercó a ella como si quisiera hacerla daño. Yo tuve miedo, y me arrojé a Mariquita gritando y entonces ese hombre dijo: ¿Qué es esto de donde sale ese chico? echadle fuera, viera! el palo para pegarme, pero María se lo impidió y le dijo: «Después hablaremos; tengo que llevar este niño a Fouché y luego volveré.» Y cuando salimos al campo mi María me dijo: «Españoles pronto, Periquillo, vámonos, vámonos, porque ese es un hombre muy malo.» Entonces pasamos por detrás de las casas, llegamos a una pradera y luego fuimos a Fouché a buscarle, pero no estabas allí y no quisieron dejarnos que te esperásemos, y entonces ese hombre que se había montado en su caballo negro vino detrás de nosotros, y nosotros clamamos a correr y nos escondimos en el bosque; y luego vino también, y cuando le víamos venir, nos tapábamos entre las zarzas, y luego cuando pasaba, volvíamos a echar a correr para llegar a casa hasta que visteis tú y nos has encontrado, y esto es lo que ha sucedido. No es verdad, mi María, que no he olvidado nada?

— No, Periquillo, no, esa es la verdad. Ahora, German, me servirás de testigo, y podrás decir a todo el mundo que si no me ha sido posible quedarme en Ormeaux, no ha sido por falta de valor y de ganas de trabajar.

— Y tú, María, respondió German, te suplico que te preguntes a ti misma si cuando se trata de defender a una mujer y de castigar a un insolente, es demasiado viejo un hombre de treinta años, ¿quieres saber si Sebastian, o cualquiera otro guapo mozo, rico de diez años menos que yo, no hubiera sido vencido por ese hombre como le llama Periquillo. Qué dices de ello?

— Digo, German, que me habéis hecho un gran servicio y que os viviré siempre reconocida.

— Y es eso todo?

— Mira, dijo el niño a su padre, no he pensado en decir a Mariquita lo que te prometí: no le tengo tiempo; pero ya se lo diré en casa, y también se lo diré a la abuela.

Esta promesa de Periquillo dió mucho que reflexionar a German. Tratabase ahora de explicarse con sus parientes, ocultándoles, al decirles lo mucho que le había disgustado la vida Guerin, las ideas que le habían dispuesto a tanta previsión y severidad. Cuando se siente uno orgulloso de felicidad, el valor de participar su dicha a los demás parece cosa fácil, pero verse despreciado por un lado, y criticado por otro, no es una situación muy agradable.

Felizmente Periquillo dormía ya cuando llegaron a casa, y German le echó en su cama sin despertarle. Enseguida entró en todas las explicaciones que pudo dar, el tío Mauricio sentado en su banquillo de tres pies, a la puerta de la casa, le escuchó con la mayor gravedad, y, aunque no le gustara mucho el resultado de aquel viaje, cuando German, después de contar el sistema de coquetaría de la viuda, preguntó a su suegro si tenía tiempo de ir a hacerla la corte los cinco y dos domingos del año sin saber si al cabo y al fin ella le despreciaría, el suegro respondió, inclinando la cabeza en señal de adhesión: «Es verdad, German, no puedes hacer eso.» Y luego cuando German le contó que se había visto obligado a traerse corriendo a Mariquita para su traición a los insultos y acaso a la violencia de un amor-indigno, el tío Mauricio hizo otra señal de aprobación, con la cabeza diciendo: «Has hecho bien, German, tu deber era eso.»

Cuando German concluyó su relato y hubo espuesto sus razones todas, el suegro y su mujer lanzaron simultáneamente un fuerte suspiro de resignación, cambiando al propio tiempo una mirada. Luego el jefe de la familia se levantó diciendo:

— Hágase la voluntad de Dios; nadie puede disponer de los corazones!

— Venid a cenar German, dijo la suegra. Siento mucho que la cosa no se haya arreglado; pero en fin, Dios no. Lo ha querido a lo que parece. Ya buscaremos por otra parte.

— Si, añadió el anciano, como dice mi mujer, ya buscaremos por otra parte.

Nada mas volvió a hablarse en la casa, y cuando al día siguiente Periquillo se levantó cuando las coloradas, no hallándose escuchado ya por los sucesos extraordinarios de los días precedentes, volvió a caer en la apatía de los aldeanos de su edad, olvidó todas las cosas que le habían pasado por la cabeza, y no pensó en otra cosa que en jugar con sus hermanos y en hacer el hombre con los buques y los caballos.

German trató también de olvidar, entregándose de nuevo al trabajo, pero se volvió tan triste y distraído, que todo el mundo paraba su atención en él. No hablaba nunca a Mariquita, y ni siquiera la miraba, y sin embargo, si le hubieran preguntado cual era el prado en que se hallaba y por que camino había pasado, á ninguna hora del día habría podido dejar de responder, si lo hubiese querido. No se había atrevido á suplicar á su familia que le recogiesen en casa durante el invierno, y sin embargo estaba persuadido de que debía estar muy mal á causa de su miseria. Pero Mariquita no estaba mal, y la tía Guillerina no pudo nunca comprender, como su corta provisión de leña nunca disminuía, y porque en su miserable choza había todo lo necesario por la mañana, cuando ella la había dejado totalmente desprovista

por la noche. Una persona pasaba por la ventana, y vaciaba dentro un saco de trigo ó de patatas, sin despertar a nadie, y sin dejar tampoco la menor huella. La pobre anciana se alarmaba y se llenaba de regocijo al propio tiempo, suplicando á su hija que se callara, porque si llegaba á saberse aquel milagro la iban á tomar por bruja en el lugar. En su interior ya imaginaba que el diablo andaba mezclado en el asunto, pero no tenía la mayor prisa de enfadarse con él, pidiendo los exorcismos del cura para su casa, diciéndose que ya habría tiempo para hacerlo; cuando Satanás la exigiera su alma en cambio de aquellos beneficios.

Mariquita comprendía mejor la verdad, pero no se atrevía á hablar de ello a German, temiendo despertar en él la idea del casamiento, y aparentaba que no notaba nada.

Un día la tía Mauricia hallándose sola en la buera con German, le dijo en tono amistoso:

— ¡Hijo mío, creo que no andas bueno. Ya no comes lo mismo que antes, ha desaparecido vuestra alegría; y hasta os cuesta trabajo hablar una palabra. Acaso alguno de nosotros os ha hecho por ventura algún mal, sin quererlo ni saberlo?

— No, madre mía, respondió German; siempre habéis sido tan buena para mí, como la madre que me echó al mundo; y sería un ingrato si me quejase de vos ó de otro cualquiera de la casa.

— Entonces, hijo mío, os vuelve el sentimiento que tuvisteis cuando la muerte de vuestra mujer. En vez de marcharse con el tiempo, vuestra pesadumbre se aumenta mas y mas y debéis hacer á toda costa lo que os ha aconsejado vuestro suegro, tenéis que volveros á casar.

— ¡Oh! si, madre mía, también es esa mi opinión, pero las mujeres de quienes me han hablado no me convienen para nada. Cuando las veo, en vez de olvidar á mi Catalina, me acuerdo de ella mucho mas.

— Entonces quiere decir, German, que no hemos sabido daros con el gusto. Ayudadnos pues, diciéndonos la verdad. Sin duda hay en alguna parte una mujer hecha para vos, porque el Señor no crea á nadie en este mundo sin reservar su felicidad en otro ser que le está destinado. Si sabéis donde está, esa mujer que necesitáis, tomadla, y sea hermosa ó fea, joven ó vieja, rica ó pobre, mi marido y yo estamos decididos á daros nuestro consentimiento, porque estamos causados de veros triste, y no podemos vivir contentos sin que lo estéis también.

— Madre mía; sois tan buena como un Dios, y mi padre lo mismo, respondió German; pero vuestra compasión no alcanza á curar mis males; la mi gir a quien yo quiero no me quiere á mí.

— Es acaso porque es muy joven? Poco cuerdo andaríais si fuera así.

— Pues así es, madre mía, así es; he cometido la locura de querer á una joven, y bastante lo siento. Hago todo lo posible para quitarme de la cabeza tal idea, pero que trabajo ó desmayo, os misa, en la cama, con mis hijos ó en mi familia, pienso en eso siempre, no puedo pensar en otra cosa.

— Entonces es como si estuvieseis hechizado, German. No hay para eso mas que un remedio, y es que esa muchacha cambie de ideas y os dé oídos. Tendré que mezclarme en el asunto, para ver si es posible que se lleve á cabo; vais a decirme donde está y como se llama.

— Ay! madre mía, no me atrevo, dijo German, porque vais á burlaros de mí.

— No tal, German, no me burlaré, porque os veo muy

apesadumbrado, y no quiero agravar vuestro mal. Es la Francisca?

— No, madre mía, no.

— La Rosa?

— No.

— Decidme quien es, porque si debiera nombrar una á una todas las muchachas de la comarca, sería el cuento de nunca acabar.

German bajó la cabeza sin poder resistirse á responder. — Ea, dijo la tía Mauricia; os dejo en paz por hoy, querido German; quizá mañana tendréis mas confianza conmigo, o yo seré mas diestra para preguntaros.

(Se concluirá.)

RUINAS DE POMPEYA.

Curiosa es por demas la historia de esta ciudad, que desapareció bajo un montón de lava y de ceniza.

Al pensar en tantas obras de arte, en tantos mármoles, en tantos palacios sumerjidos, que vemos hoy como antiguéculas, no se puede menos de deplorar la fragilidad del hombre. En efecto, solo el hombre ha desaparecido de la ciudad que se vuelve á mostrar insensiblemente tal cual era á la luz del día; se ven columnas, plazas, estatuas, pero por todas partes la soledad! Solo los pasos del viajero resonan en las calles desiertas, y la ciudad entera no es otra cosa que un vasto sepulcro!

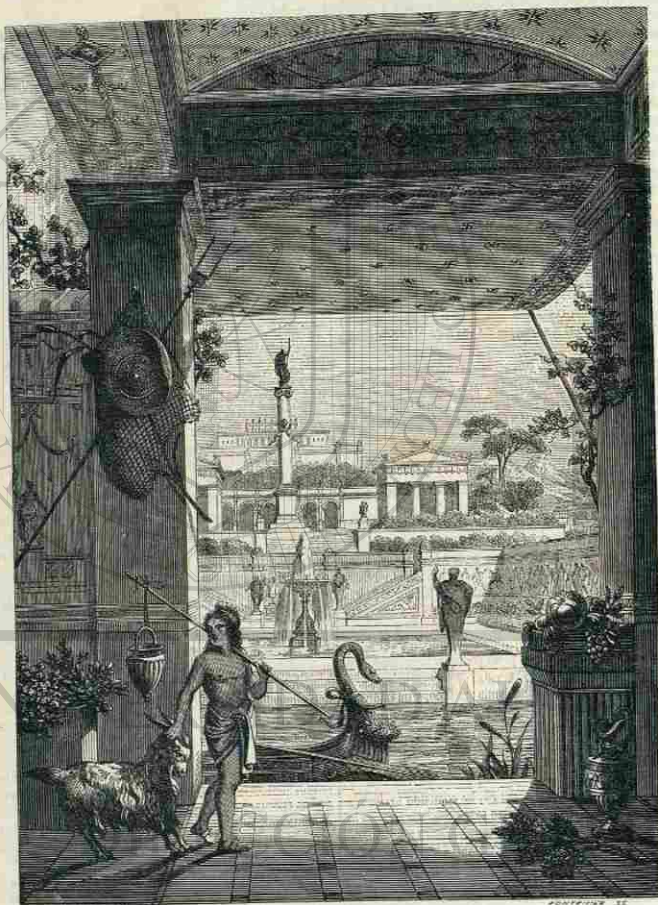
¿Quién sabe el destino que le espera á nuestra sociedad moderna, y á las ciudades de que tanto se envanace! Acaso llegará tambien un día en que algun curioso dibujante volverá á alzar con su lapicero el conjunto de esos monumentos que tanto admiramos hoy. París, Londres, Viena, Madrid, no serian mas que antiguéculas misteriosas en las cuales nuestros descendientes buscaran los secretos de una civilización desvanecida. Triste necesidad de la marcha de la humanidad, cuyos intereses cambian á lo mejor, y cuyas obras, aun las mas grandes deben, mas tarde ó mas temprano, convertirse en ruinas.

Pero qué importa al cabo todo esto si el mundo sigue la vía que Dios le marcó; si cada uno de esos campamentos del genero humano marca un progreso en la marcha general, y si los restos de las civilizaciones destruidas nos inspiran menos sentimientos hacia lo pasado que esperanzas para el porvenir!

Al tender la vista por nuestro grabado, lo que llama la atención antes de todo, es la profusión de las obras de arte de esas ciudades de la antigüedad. Una población moderna, de una importancia analoga á la de Pompeya, estaria muy lejos de presentarnos igual espectáculo. Este es, en efecto, uno de los principales caracteres en que se distinguen ambas épocas. Entre los antiguos, la vida colectiva y pública tenia una intensidad que se revelaba en la multiplicidad y opulencia de los monumentos: el ornato era el lujo principal de una gran nación, y él demostraba su poder, sus luces y prosperidad. En nuestros días, son otros los cuidados, la vida individual tiene mucha mas importancia y el bienestar de las personas es hoy el asunto principal. Gracias á la influencia del cristianismo secundado por la filantropía, las naciones quieren mas bien ser que enorgullecer, y sus progresos se atestiguan por medio de instituciones sociales, al mismo tiempo que por los monumentos de arte, se tienen menos estatuas, porticos y peristilos, pero mas hospitales, pósitos y colegios. Los embellecimientos públicos vienen después de la utilidad; antes de adornar las plazas para que los ojos de

la muchedumbre se recreen, los pueblos han querido asegurar los establecimientos necesarios para la salubridad, la existencia y la seguridad de cada ciudadano.

Y esta diferencia en la dirección de las ideas no solo se ha manifestado por actos públicos, sino por la generosidad particular. En el mundo antiguo, un patricio dotaba á la na-

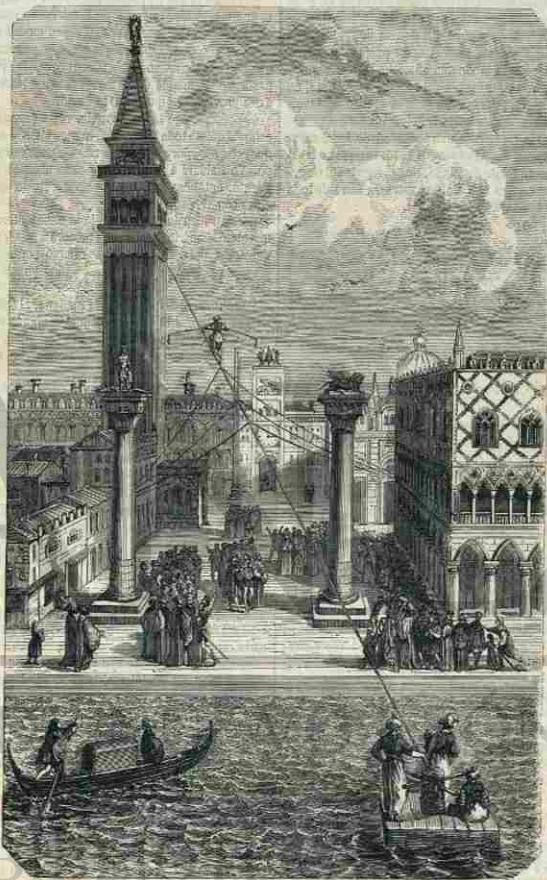


Una vista de Pompeya, restaurada por BOCCARA.

ción con una galería, una basílica ó un circo; en nuestras sociedades modernas, después de haber fundado conventos y hospitales, se han establecido, por medio de donativos privados, salas de asilo, lugares de retiro para los ancianos y

premios para el trabajo y la virtud. Esto es no hay que dudarlo, una nueva faz de la actividad humana. El objeto ha cambiado; ha crecido el respeto por el hombre, y si el arte ha perdido alguna cosa, la moralidad ha ganado hasta lo sumo.

UN VOLATIN EN VENECIA.



Finis.

Un volatin en Venecia, copiado de una antigua estampa.—Se ve que en la época en que tuvo lugar esta peligrosa asonada, la biblioteca que está frente al palacio ducal en la Piazzetta no estaba construída todavía, y lo mismo la Zeca. Todos los demás edificios eran lo que son hoy.

En Roma en tiempo de los emperadores no se celebraba fiesta ninguna sin volatines: J. Capitolino cuenta que cuando se celebró el triunfo de Venus y de Marco Aurelio, este último para dar una prueba de los sentimientos de humanidad que poseía, mandó poner unos colchones debajo de la maroma, por si se caían.

San Juan Crisóstomo habla de volatines «que, después de haber andado por una cuerda, se desnudaban y se vestían como si hubiesen estado en sus camas; espectáculo que no se atrevían á mirar muchas personas, mientras otros temblaban al contemplar unos ejercicios tan peligrosos.»

Los cronistas de la edad media, han hecho también men-

cion en sus escritos de algunos rasgos de atrevimiento de los volantes.

En 1835 cuando la entrada en París de Carlos VI y de Isabel de Baviera, un genoves dejó admirada á toda la ciudad. Habiéndose tendido una cuerda de una de las torres de Nuestra Señora, á una de las casas del puente del mismo nombre, bajó por ella llevando una antorchita en una mano y en la otra una corona que le puso á la reina en la cabeza, en el momento en que la princesa atravesaba el puente. Luego se volvió á subir por donde había bajado.

Nuestro grabado representa una habilidad de igual naturaleza que se vió en Venecia antes de 1536, aunque no tenemos de ella ningún relato detallado. Nos parece inútil observar que los personajes son de una estatura fuera de toda proporción con la altura de los edificios.

LA CARGA DEL DRÁBLO.

por
JORGE SAND.

(Véase nuestro número 74.)

Y diciendo esto, cogió su canastillo, para estender su ropa sobre las zarzas.

German hizo como los niños que se deciden cuando ven que les van á dejar; echó á andar detrás de su suegra y le dijo con voz temblorosa que era *Mariquita la de la tía Guilherma*.

Mucha fue la sorpresa de la tía Mauricia; era la última en que podía pensar; pero tuvo la delicadeza de callar, guardando para sí los comentarios, luego viendo que su silencio llenaba de angustia al pobre German, le tendió su canastillo diciendo:

—Pero esa no es una razón para que no me ayudes un poco en mi trabajo; tómame el canastillo y hablemos. Lo habéis reflexionado bien, German? Estáis bien decidido?

—Ay! mi querida madre, no es eso lo que debéis decir. Estaría muy decidido si pudiera tener alguna esperanza; pero como sé que no se me hace caso, estoy decidido á curarme, si puedo.

—Y si no podéis?

—Todas las cosas tienen un término, tía Mauricia; cuando el caballo lleva mucha carga, se cae, cuando el buey no tiene que comer, se muere.

—Es decir que os moriréis si no os casáis con ella? No lo permito Dios, German. No me gusta que un hombre como vos diga esas cosas, porque cuando las dice, las piensa. Sé que tenéis mucho valor, y la debilidad es muy peligrosa en las personas fuertes. Vamos, vamos, procurad aliviaros con la esperanza. No puedo creer que una muchacha que se halla en la miseria, y á quien honrais muchísimo con vuestra preferencia, sea capaz de despreciaros.

—Y sin embargo es la pura verdad lo que habéis dicho.

—Pero en que se funda para ello?

—Dice que os debe muchos favores, tanto ella como su familia, y que no quiere daros un disgusto quitándoos la idea de contraer un rico matrimonio.

—Si eso dice, prueba que tiene buenos sentimientos, y la alabo mucho. Pero esas palabras, German, ya sabe ella que no son un remedio, y quiere decir, sin duda, que os ama, y que se casaría si diésemos permiso para ello?

—Nada de eso; dice que su corazón no se ha hecho para el mío.

—Si dice lo que no piensa: para tratar de alejaros de ella, es una criatura que merece que la queramos mucho, y que la perdemos su juventud, á causa de su mucha sensatez.

—Sí, dijo German, herido subitamente de una esperanza que hasta entonces no había podido concebir; eso sería muy prudente y laudable de su parte; pero me temo que su sensatez provenga de que yo no la gusto.

—German, dijo la tía Mauricia; vais á prometerme que os estaréis quieto toda la semana, que no vivireis atormentado, que coméis, dormireis y estaréis alegre como en otro tiempo. Yo hablaré á mi marido, y si le arranco su consentimiento, entonces saldréis definitivamente lo que piensa la chica con verdad.

German hizo la promesa, y la semana entera se pasó sin que el tío Mauricio le dijese una palabra á solas, ni aparentase que sabía nada. El labrador se esforzó por estar sosegado; pero en realidad se hallaba más pálido y más atormentado que antes.

Por último, el domingo por la mañana, al salir de casa, su suegra le preguntó si había obtenido alguna cosa de Mariquita después de la conversación en la huerta.

—Nada, nada, respondió; no le he dicho una sola palabra.

—Y cómo queréis persuadirle si nada le decís?

—No la he hablado más que una vez, respondió German, y es cuando fuimos juntos á Fource; pero desde entonces acá no he vuelto á desplegar mis labios. Lo que me dijo me hizo tanto mal, que prefiero estar me callado á oírle decir de nuevo que no me ama.

—Pues, hijo mío, tenéis que ir á hablarla sin tardanza; vuestro suegro os autoriza á ello. Vamos, decidíos, os lo digo yo, y aun os lo mando si es preciso, porque no podéis permanecer en esas dudas.

German obedeció y entró en casa de la tía Guilherma con la cabeza baja y un aire de tristeza en su persona toda. Mariquita estaba sola sentada á la lumbre, y tan pensativa, que no oyó que German entraba; cuando le vió en pie delante de ella, dió un salto de sorpresa sobre su silla, y se puso encarnada con una cruz.

—Mariquita, dijo German sentándose á su lado, te tengo á incomodar y á fastidiarte, pero el hombre y la mujer de casa (designando de este modo, según el uso, á los gofes de la familia, me han hecho venir para que te hable, y te suplique que te cases conmigo. Tú no quieres, no es verdad? ya lo sé.

—German, respondió Mariquita, con que es verdad que me amais?

—Y eso te incomoda, estoy seguro; pero qué quieres? no tengo yo la culpa; si pudieses cambiar de ideas, mucho contento me darías; pero sin duda no merezo esta felicidad. Vamos, mirame, Mariquita; tan fo soy?

—No, German, respondió ella sonriendo; sois más guapo que yo.

—No te burles de mí; mirame con ojos de indulgencia; no me falta ni un diente ni un cabello; mis ojos te dicen que te amo; mirame pues á los ojos, que en ellos lo verás escrito, y las muchachas todas saben leer esa letra de corrido.

Maria miró á los ojos de German, vivarachita y alegre como siempre; pero de repente volvió la cabeza y se puso á temblar.

—Ah, Dios mío! te doy miedo, dijo German; me miras como al hacendado de Ormeaux. No me temas; te lo suplico,

esto me mataría. No le diré malas palabras, no te daré un beso contra tu voluntad; y cuando quieras que me vaya, no tendrás más que mostrarme la puerta. Vamos, quieres que salga para que acabes de temblar?

—Maria tendió la mano al labrador, pero sin volver la cabeza hacia él y sin decir palabra.

—Ya comprendo, dijo German: me compadeceis porque eres buena; y siéntes hacerme desgraciado, pero te es imposible amarme!

—Porqué me decís esas cosas, German? respondió al fin Mariquita; queréis, pues, hacerme llorar?

—Pobre muchacha! tienes buen corazón, ya lo sé; pero no me amas, y me ocultas tu cara porque temes que sea en ella tu repugnancia y tu disgusto; y yo, ni siquiera me atrevo á apretarte la mano. En el bosque, cuando mi hijo dormía, y tú también, estuve para darte un beso, pero hubiera preferido morirte de vergüenza antes que pedirte, y padeci tanto aquella noche como un hombre que muere á fuego lento. Desde entonces no he habido noche que no sueñe contigo; oh! cuántos besos te he dado, Mariquita, y tú, entre tanto, tú dormías sin soñar nada; y ahora, sabes lo que pienso, ahora? Pues creo que si te volvieses para mirarme, con los ojos que tengo por tí, que acorrees tu rostro al mío, creo que me caería muerto de alegría, y tú, tu piensas que si semejante cosa te sucediera, te morirías de rabia y de vergüenza!

German hablaba como en un sueño sin oír siquiera lo que decía. Mariquita continuaba temblando; pero como el labrador temblaba mucho más, ya ni tampoco lo notaba. De repente Maria se volvió con el rostro inundado de lágrimas, y reconociólo en sus ojos; el pobre German creyó que era aquel el postrer golpe, y sin esperar la respuesta, se puso al instante en pie para salir; pero la joven le detuvo rodeándole con sus dos brazos y ocultando la cabeza en su seno, le dijo sollozando:

—Ah! German! con que no habéis adivinado que os amo!

German se hubiera vuelto loco en aquel momento, si su hijo, que le andaba buscando, no hubiese entrado en la choza á caballo en un palo, seguido de su hermanita, que azuzaba con un mimiento aquel corcel imaginario. German le levantó en sus brazos, y poniéndole en los de la joven exclamó:

—Mirá, tu amor ha hecho feliz á más de uno, mi Maria adorada!

FIN.

PEDRO PABLO PRUD'HON.

Prud'hon no habló únicamente por la ternura y la gracia; muchas de sus obras, despiertan las ideas de fuerza, de nobleza y de magnificencia, y le era muy familiar el buen estilo. Cuando hablamos de estilo, debemos advertir que no consideramos como tal ese no sé qué de frío, inanimado y muerto, que se ve en las amaneradas producciones de los académicos de todos los países; estilo para nosotros, es el resultado colectivo de la significación de las tres palabras que vamos á escribir: fuerza, nobleza y magnificencia; á las cuales deben añadirse, la belleza heroica, y la espresion épica.

Puede negarse acaso la presencia de estas altas cualida-

des en la *Justicia y la venganza celata, persiguiendo al Crimen?*

M. Carlos Blanc, á quién la revolución de febrero llevó á la dirección de las Bellas-Artes, ha hablado de este cuadro de un modo tan notable que, creemos no desgraciado á nuestros lectores el que traduzcamos aquí lo que ha dicho con respecto á él: «Un día que Prud'hon estaba comiendo en casa de M. Trochet, prefecto del Sena, este magistrado le habló de hacer un cuadro para colocarle en el salón del tribunal, dejando caer en la conversación estos versos de Horacio:

Raro antecedentem scelotum
Deseruit poena...

No había aun acabado cuando Prud'hon se levanta de la mesa, pide permiso para retirarse al gabinete del prefecto, y allí, tomando una pluma y un papeel, traza la composición que acababa de crear en su mente... En un cuarto de hora hizo el dibujo de sus figuras, con su espresiva pantomima y la distribución de las luces, y enseguida se las llevó á M. Trochet que, al verlo, se quedó admirado y sorprendido... Es de noche; á la hora escogida por el homicida, y Prud'hon nos dá el espectáculo del primer crimen de la humanidad, que se efectuó en el seno de la primera familia humana. La tierra está todavía inculta, desierta y salvaje. En el momento en que Cain acaba de matar á su hermano, lá tiza, rompiendo las nubes, hiere al asesino con sus rayos... Abel, tendido sobre unas piedras, tiene la pallid y de un muerto; su naturaleza es fina y endrble, delicada su complexion. Cain por el contrario, es un hombre de una piel áspera, bronceada... su aspecto es feroz; lleva consigo el instrumento de su crimen, y tiene la pallid luz que le acusa y le descubre. Sus estraviados ojos no se atreven á mirar á su hermano muerto y huye precipitadamente... pero ya se ciernen sobre su cabeza y pronto le alcanzarán, las dos figuras de la Venganza y de la Justicia. Erizados los cabellos, y con una antorcha en la mano la Venganza estiendo sobre Cain su brazo derecho y se dispone á apoderarse de él, con sus crispadas manos. La Justicia con mas sosiego, mostrando un semblante inalterable, va á herirle nobilmente con su espada. Su cabellera sujeta con una cinta, no se halla desordenada; su cólera no se vislumbra esteriormente, ni tampoco su indignación. Lleva la balanza en la mano izquierda; pero, en idea sublime! no tiene suspendida esa balanza para pesar el bien ó el mal; sea robusta mano confunde las cadenas y los platillos; estando allí la víctima, que acaba de rendir el último suspiro, que lleva las señales del puñal marcadas con su sangre; para qué sirve la balanza de la justicia? Cuánto efecto debió producir esta obra en el salón del tribunal!

Este cuadro, que, figuró en la exposición de 1808, le valió á su autor la cruz de la legion de honor; en el día se halla en el museo del Louvre. El escritor que acabamos de citar, añade que han hecho mal en sacarle del salón donde estuvo en un principio colocado, sustituyéndole una imagen de Jesucristo. Nosotros no somos de su opinion; nosotros creemos que una sociedad que ha puesto en duda la legitimidad de la pena de muerte, y que se honra con este axioma lleno de mansedumbre, á saber, que mas vale dejar escapar diez criminales, que herir á un inocente, creemos que esta sociedad estuvo muy bien inspirada al colocar encima de la cabeza de los jueces del tribunal, la efigie del Dios que supo perdonar á sus verdugos.

En cuanto al nuevo puesto que la magnífica composición de Prud'hon ocupa hoy, vale lo mismo que el otro, puesto que para recibir á un compañero en medio de ellos, Rafael, Mu-

rillo, el Poussin y tantos otros maestros han debido estrecharse un poco?

J. J. ANSOX.



PRUD'HON INV. X. LABAZON DEL. L. DUBARDIN SC.

La justicia y la venganza divina persiguiendo al crimen.

EPISODIO MILITAR.

RICARDO Y ZULEMA.

El regimiento infantería de G.ª contaba en su seno á Ricardo N., joven de 25 años, que, hijo de padres de nobleza y riqueza, aunque no de nobles blasones, poseía una fortuna mas que regular. Los alicientes de ella, y las travessuras propias de una imaginación volcánica, le impulsaron á abandonar el lado de su madre, y suelto en el campo de la vida, sin género alguno de sujeción, llegó hasta el estremo de tomar plaza de soldado en el arma de caballería. Avezado á vivir entre la libertad y los festines, no le fué posible enjendrar una costumbre que lo redujera á entrar en el círculo de pas que la ley impone á los militares; bien pronto aborrió, abandonó sus banderas, y tal crimen le impuso el castigo de servir por sentencia en un regimiento de América fija dando con su compañía la guarnición de Mellilla.

Contemplándose proscrito de la sociedad, y de ella desechado para vivir entre los criminales por su falta de virtudes, la melancolía y la tristeza le acosaban sin cesar. Metido en los rigores de la peste que veía arrebatada rápidamente la existencia á sus camaradas, sujeto á hacer un servicio ac-

diviso y á estar siempre con el fusil en la mano en los muros de la fortaleza, para evadirse de entregar su cabeza á las garras de los moros, maldicía su destino y fobaba los estremos de la desesperación. Saltada su mente por mil ideas de tristeza, sentía cada vez mas el peso de su infortuno, aconsejándole unas veces el suicidio y las mas la fuga al campo enemigo. Esto, que reinaba mucho en sus reflexiones que eran cortas y pocas, le dominaba en estremo, y entre el temor y la duda se interponía la ilusoria idea de que en los campos de Bif hallaría la felicidad. Su corazón le gritaba en voz secreta, y un eco recóndito daba resolución á sus pensamientos.

Soplaba una noche el furioso vendabal con todo su impetu; el cielo cubierto de negros y pardos nubarrones, dejando entrever lucientes relámpagos amenazaba un horrible aguacero; los bramidos del mar hacían temblar hasta las montañas vecinas; el garrulizo de las aves nocturnas y auguradoras de presagios fatídicos estremecía á los centinelas que guardaban la comarca de su vigilancia. El mas tético silencio reinaba, y solo de vez en cuando resonaba el estampido de las truenos, mezclado con algunos que otros chillidos de las vigias de los moros, que asemejaban al fúgubre acento de los moribundos; el alerta resonaba por los vientos con tono ame-

narzador é imponente, y todo ofrecía el mas horroroso aspecto, que se multiplicó cuando desencadenados los elementos, parecía que la cólera divina se habia desatado.

Ricardo encontrábase á la sazón de centinela en la estacada, punto mas avanzado de la línea: un terror pánico le sobrecogió instantáneamente; empero reanimado su espíritu al considerar era la ocasion de obtener su libertad por medio de la fuga sin ser visto, recobró su valor y se decidió á pasar la estacada. Ya en el campo, en medio de los prados que estaban convertidos en lagunas, sin conocer el terreno ni los caminos, y en una noche que podia denominarse de tinieblas, vacilante no sabia á dónde guiar sus pasos. En tan apurada situación, encomendó su alma al Ser Supremo, y alzando su corazón al cielo, lanzó un fuerte grito, que mas hinchado y combatido que las olas del mar, bien pronto se perdió por los aires sin ser repetido.

El cuartel de Santiago, antiguo albergue de los soldados españoles, y en la actualidad punto céntrico de la línea de los africanos, en donde se cobijan, pareció á Ricardo que debía estar situado á su frente; resolvió dirigirse á él, y cuando ya estaba próximo despues de gastar mas de tres horas en la travesía de media legua, fué tal su desdicha, que poniéndose de pie sobre una de las trampas que tienen los moros en aquellos campos, se hundió y precipitó en el fondo que tenía como unas seis varas y media de agua: vió Ricardo zozobrar su existencia: el infeliz, asido de una tabla, pudo sin trabajo, sostenerse sin llegar al fondo, y en vano gritaba con afán pidiendo socorro. El viento ahogaba sus gemidos, y los truenos con el borrisimo combate del mar confundían sus lamentos que se perdían por el espacio. Agotado el sufrimiento, apagados sus hrios y causadas sus fuerzas, iba el desgraciado á abandonar en los brazos de la muerte; pero la Providencia que no abandona á nadie, mitigó la tormenta, y los moros que son estremadamente vigilantes y exactos, tan luego fue calmada la tempestad, salieron del cuartel para pasar la noche en los ataques, y segun su costumbre hostilizar á la plaza.

Un moro llamado Ali, que por su acción á los cristianos se distinguió siempre en la protección que dispensaba á los que fueron á aquellas tierras fugitivos, tenía encomendado el cuidado del parapeto de Mahoma, que así se llama el que se encuentra á veinte pasos de la trampa en que cayó Ricardo. En el situado penetraron en sus oídos los ayes lastimeros, que parecían ser de algun herido por las balas que los cristianos mandaban en contestación á las provocaciones de sus compañeros, quienes desde el gálgas de la fortificación, molestaban á las guardias con piedras y disparos. Repetidos los lamentos, hijo Ali su atención, y movido á compasión, dió dos ó tres voces. Ricardo casi desfallecido, que escuchó el eco de la voz de un mortal, esforzó sus gritos pronunciando el nombre de todos los moros que conocia.

Ali que oyó cruzar por los vientos el suyo, salióse de la cabaña, y corriendo hácia el punto de donde al parecer salía, llegó á la boca de la trampa, y sobrecogido al contemplar la triste situación que ocupaba el desventurado, no titubeó un segundo y tirándole el jaque, obvióle la salida. La gratitud una de las prendas que deben adornar el corazón de todo hombre, estaba arraigada en el de Ricardo; así que, lleno de júbilo, guiado por los impulsos del reconocimiento, se arrojó á los brazos de su libertador, y vertiendo lágrimas de placer, entre los sollozos que emanaban del contento dijo: eres mi bienhechor; jamás te desmentiré el agradecimiento, y puesto que te debo la existencia, te juro la mas fiel y eterna amistad. Ali, que al escuchar la dulzura de sus palabras,

presamió al momento ser un fugado de la plaza, le interrogó acerca de las causas que le habian inducido á huir de ella, y enterado, no titubeó en proteger á Ricardo. En vez, pues, de llevarlo al cuartel como le obligaba su deber, se decidió marchar á su casa, tanto para socorrerle como para sustraerle de la vista de la guardia, que indudablemente se lo habria apropiado para venderlo en cambio de un carnero. Sin demora, pues, hizo que le siguieran, y marchando por caminos estraviados, asperos y de difícil paso, cuando habrían andado como media hora, llegaron á una cabaña situada al pié de una colina. Llamó Ali, dió dos silbidos, y súbitamente abrió la puerta un anciano, quien con dos teas luminosas en las manos, se acercó á mirar á Ricardo, al que tocándole en el hombro, le dijo:

« Pareces cristiano que te ha cogido el aguacero? Sin duda has sufrido toda la fuerza del agua?»

Y mientras hablaba ibale arrancando los botones del capote. A una mirada de Ali, suspendió el viejo sus interrogaciones, y poniéndose sobre una escalera de palo que estaba situada á la derecha de la puerta y en la boca de un subterráneo, empezó á bajarla. Ricardo le siguió, y á la profundidad de unas doce varas entraron en una angostura ó callejón que á los pocos pasos los condujo á un relano cuadrado que tenía dos bocas laterales. En él estaba la familia de Ali, que consistía en el viejo, la mujer y una hija de 20 años. Todos yacían echados sobre unas yerbas, y envueltos con sus jaques estaban entregados al mas profundo sueño, á escepcion de Zulema (así se llamaba la hija), que notó la entrada del extranjero; pero prohibido por su padre hacer en caso igual demostración alguna, no se dió por entendida.

Unas cuantas teas puestas en una piedra alumbraban el recinto: en un estremo habia unos palos ardiendo en fuego lento, y á la inmediación algunos ramages. Ali cogió una grande porción de ello, y avivó el fuego que opaco iba consumiéndose; hizo acercar al huésped, y desmenuándole para enjugar la ropa, dióle un jaque de los suyos. Seguidamente le facilitó un pedazo de alcornoque, unos bigos y un poco de agua. Ricardo, que no le habia á menudo, y que habiera dado por un vaso de vino, en aquel entonces, hasta cuarenta onzas que tenía en su cinto, y sustrajo de la vista de su protector para que no siguieran el camino de los botones, empezó á sentir nuevamente su infortunio; y al considerar el espectáculo que ofrecía la mansion do morar debía, mil angustiados pensamientos afligian su alma, lacerada por el dolor y arrepentimiento, que se acrecentó cuando Ali, pasando á otro departamento, y con el objeto de regresar á su guardia, llevó á dormir con el ganado, que como era natural no le dejó cojer el sueño, hasta que la fuerza de la fatiga sufrida, le venció y dejó dormido, sin que los valldos de los carneros y las picaduras de los insectos le molestasen en nada.

Zulema, enterada por su padre de todo, fué iniciada por un vivo deseo, y anhelaba ver al cristiano. Compadecióse su suerdes, y mirábalala con interés. En toda la noche pudo dormir, y suspiraba por que apuntase el crepusculo del día para dejar su lecho y correr á dar suelta al ganado.

Ricardo, en sus sueños que eran consiguientes, veía fantasmas vagorosas que volcaban su frente. Las agonias mas terribles y las ideas mas alictivas corrían el campo de su marchitada imaginación. Ya se contemplaba ahogándose, ya un moro le hundía en el pecho aguda guma; otro le perseguía para darle cruda muerte; el huia, y siempre el arabe le atajaba: en tan horrible lucha, agotado el sufrimiento, crece llegada su última hora; dispérsase, lanza un grito de terror, se levanta desayvorido, mira en su torno, se multi-

plica el espanto, y de nuevo ve las sombras de sus sueños que le obligan ya á caer lánguido y desfallecido, con los sentidos turbados.

Zulema que no dormía, escuchó los gemidos: su corazón que no latía tranquilo desde la llegada de Ricardo, la obligó á abandonar la cama; cogió dos teas, y de puntillas para no ser oída corrió en su busca: pasmada al contemplarlo casi moribundo, no pudo contener la emoción de su alma encantadora, y con el mas vivo adon se arrojó á sus pies: sus grandes ojos negros se fijaron en el rostro de Ricardo, y suspirando con el ardimiento de su alma que sentía los impulsos del primer amor, dijo:

— ¡Hacia ti, cristiano, me arrastra hervido limón; pesces invidiablemente un poderoso amuleto que a ti me lleva sin saber por qué desde que te he visto, he empezado a adorarte; por mi profeta te lo juro, y te doy esta prueba en testimonio de la pasión que siento por ti: no fallaras por piedad, que te quiero para respirar contigo en estas playas áridas y desiertas las brisas del amor que darán á mi corazón balsámico consuelo.

Mientras esto decía con el fuego del corazón y la profusión del entusiasmo, Ricardo, entre su agonía, escuchaba los acentos de su voz encantadora; ellos dispararon el latigo, y en medio de las angustias y los dolores del padecimiento que habían trastornado su cerebro, volvió la vista, y tendió como por encanto los brazos; Zulema le abrió los suyos, que multiplicaron el jirón de sus deseos. Al contemplarla Ricardo, sintió en su alma los efectos del goce más cumplido, porque las caricias, los halagos y las palabras seductoras de la maga, sedujeron la razón, despidiendo su corazón, que, dotado de sensibilidad, latía con violencia, buscando en parte realizadas las mágicas ilusiones que dotaban sus pensamientos, cuando entre los suyos estaba.

Sobrecogido en parte, si bien estasiado y lleno de delicias, al sentir el candoroso fuego, muy en breve sabía del estado de locución al oír de los labios divinos de la bella Zulema, que reiterando sus caricias, le aseguraba que el amor en hora de frenesí, hablaba cegado y conducido hasta el grado de faltar á los preceptos de su religión, y á los de su padre; empero, que resuelta á consagrarle la fe de su corazón, le ofrecía con su amor la protección siempre que á ella sola amase, sin seguir las máximas de los moros, que robaban la tranquilidad á las que de veras querían. Ricardo, que por momentos sentía aumentar las sensaciones, y acrecer la emoción de su alma, no fluyó en asombrarle la mas fina correspondencia; y entregado al público, respiraron los ardores de su sincera credulidad, entre las mas placidas caricias; y Zulema con la gracia y candor de que están dotadas las lindas africanas, desde aquel momento fué el ángel y la guía de su adorado, al que prevenía la mayor reserva para no esponerse á ser descubiertos, y libertar sus cabezas del pilón á donde las dividida el falange de su padre, y haciéndose á la vez depositaria del dinero que llevaba, lo puso fuera de los dedos de la usurpación.

Desde que el amor fué sellado con mutuas muestras de afecto, Zulema recorría el campo de sus ideas buscando el medio para libertarse ambas; pero en el Rif, situado en un extremo del desierto, no encontraba posibilidad. Ricardo discurría lo propio, y martirizada lucha afilija su alma, porque se veía en el caso de renegar; pues así: Ah! habiasele ordenado, so pena de parar á otro dueño que lo habria ocupado en labrar unido á un hueso ó horrible; y como á él solo se le empleaba en el cuidado de la casa y un campo que á ella estaba cercano, el infeliz desesperaba, y pidiendo á Dios el

perdon de sus culpas, le suplicaba le diese fortaleza para resistir y medios para libertarse; y como tantas penas eran acusadas por el recuerdo de su natal suelo, y la amistad de sus compatriotas en los días de delirio, exhalaba amargos y doloridos ayes, que en aquella desierta y estrañera tierra, solo acorja Zulema endulzándolos con sus hechizos.

El dardo del amor había traspasado el corazón de Ricardo, y pronto empezó á sufrir los rigores de los cielos. Habrían transcurrido cuatro meses, cuando un moro llamado Jamete Oerdé, enamorado de Zulema, ajustada según sus usos, en unos cien pesos, para llevarla á vivir con él. En la noche del pacto, estando todos recojidos, dió Ah! la orden á presencia del hijo, con mandato terminante: los corazones de los dos amantes, cubrieronse de luto, y la pasión misma multiplicó el dolor, Zulema con firme resolución abierta se opuso, y ofreció á su padre hasta tres mil reales por su libertad; efectuóse el contrato á su favor, y so pretexto de haber encontrado el hijo libre quedó libre, pero no sin sospechar el padre de la venida de aquellos reales.

El Jamete furioso, tomó celos con Ricardo, y fraguó una intriga para alzarlo de la casa, haciendo que un hermano suyo lo comprase por mayor cantidad. El haberlo Zulema libertado por dinero habia sido descubrirse; así que Ricardo, fue arrancado del lado de su amada, que con la imaginación de mujer astuta, discurre la venganza. Conociendo que la vida de su amado peligraba, fingió un acendrado amor á Jamete, y el pobre Ricardo que la adoraba y no podía tener ni aun el consuelo de hablarla, fué testigo feroz de las entrevistas, á su vez autorosas; y en una de ellas, comada su alma de pesares tocó el mas acervo dolor, pues oyó citar á su rival para el siguiente día, con la condición de dar fe la muerte en el bosque cercano á donde él iba con el ganado, haciendo Zulema la obligación de presenciar el acto.

Mientras el misero se disponía á morir, y lloraba doliente de su amor, Zulema meditaba el medio de arrebatar la existencia al moro iracundo, y al efecto dijo á su padre que en el bosque inmediato, al pie de un árbol tenia desde el día del hallazgo algun dinero enterrado. Ah! la ordenó fuese á él, y que lo esperase en el punto en donde estaba el dinero.

El Jamete, listo y dispuesto para el crimen, esperaba á Zulema en el lugar de la cita: al verla llegar salió á recibirla, y ella con su seductor atractivo, supo engañarlo hasta el extremo de hacerle sentar al pie del árbol en cuyo cimiento habia con antelación enterrado algunas monedas e incitando al desman cuando dirigió á su padre, obligó al Jamete á pasar el limite de las reglas de su ley, y dando gritos y voces, procuró evadirse de ser víctima del capricho. Ah! que á la sazón llegaba, sorprendido al moro, y bien pronto, cayó muerto al impulso de una bala.

Con la mayor sangre fría desenterró el dinero, y llevándose á su hija, la hizo ver la satisfacción que tenía en haber castigado al ciego según los mandatos de sus santos.

En el camino se separaron, y Zulema llena de gozo voló en pos de su Ricardo; el pobre que la vio á el dirijirse creyó cercano su fin, y huyó por el bosque, ella gritó, pero desprovisto y confuso se adelantó porque fuese mas larga su existencia. Fatigada y pesaroso, cedió al cansancio cayendo rendida. Ricardo que al volver la cabeza fué testigo, no pudo contener los impulsos de su corazón, y voló en su busca para favorecerla; asustado al verla fuera de sí, la abrazó, y vertiendo copioso llanto, exclamó diciendo:

— ¡Ingrata! ¿Qué daño te hacia el infeliz proscrito? ¿Por qué contra su pobre vida atentabas? ¿Qué el cortar su hijo tan tempranamente le hubiese legado?... Zulema, el que solo, en este extraño y desdoblado suelo te creía su bien: el que te adora con la verdad de una pasión pura, ¿quieres que no viva? ¡Ay! ¡Zulema!... que amargo le ha sido el vivir desde tu separación!... como ha bebido la hiel de los pesares!... ¡Ah! ingrata ingrata... triste es tu dura crueldad!...

Reclamada Zulema al pie de un sauce, correspondió al amor con el amor, al llanto con el llanto, y á los gemidos con las satisfacciones de ternura: impuesto Ricardo de lo sucedido, muy pronto el cielo fue testigo del repocío que recompensara á los temores: el sol con sus rayos ardientes iluminó la luz de sus amores; y los corazones henchidos de venturas latían al impulso del contento, y poco para la mas cabal felicidad les faltaba, ocupándose embriagados solo en su pasión; cuando Ah! que creyóse pues su hija había ido en su busca, presenció sus reciprocos halagos: lleno de ira y admiración lanzó un grito aterrador; al verlo, arrojáronse á sus pies, siendo vanos los ruegos, porque era el perdon incompatible con sus leyes; iba pues á castigar la culpa con la muerte; pero Ricardo al ver los ademanes, arrojóse sobre el sujeto, no sin trabajo y ayudado por su amada ataróle al pie de un árbol.

Armado Ricardo no quiso darle la muerte, y tapándole la boca dispuséronse juntos á regresar á la plaza, mas focaliza la dificultad de pasar la línea. Zulema que conocía los secretos, manifestó que desde su casa podían ir por un subterráneo al ataque seco en donde los moros tenían una mina que daba á las de los cristianos. Sin demora se fueron á la casa por lo mas escusado, maniataron al viejo, y recojiendo el dinero de su padre y unos picos, penetraron en el secreto que los llevó al punto indicado. Sin dilación emprendieron la escavación, y á poco mas de una hora tuvieron salida, que Ricardo conoció ser á las minas de la plaza: llenos de alegría entraron en ellas, y empujaron á tapar el boquete que habían hecho.

Mientras estaban ocupados en su trabajo, en el campo reinaba completa confusión, pues los cristianos habían salido y tenían trabado el combate con los kabilas, que iban cubriendo el terreno al valor castellano. El estruendo de la fusilería, el estampido del cañón, el son de los clarines y el rumor y las tinieblas confundían el clamor de los moribundos, y los ayes de los heridos perdiéndose por el aire no encontraban amparo. Cien moros quedaron muertos, y entre ellos Ah! que lo encontraron al reconocer el campo: otros tantos llevaron prisioneros á la plaza, y uno de ellos temeroso de perder la vida, reveló al gobernador el secreto que tenían de la mina para volar la fortificación, por lo que acompañado de algunos, pasó á practicar el reconocimiento. No bien habían llegado al punto por do entraron Ricardo y Zulema, cuando divisaron los bullos: disponiéndose á hacerles fuego, pero los acentos de piedad y perdon pronunciados en español, suspendieron el efecto, y adelantándose varios llevaron al gobernador los dos amantes: de rodillas demandaron el perdon que no niega la noble raza castellana, cuando es compatible con la ley; pero el gobernador, duro y que no queria barrearla, dispuso fuesen llevados á prisión; y que se le presentara la causa sobre la desercion de Ricardo; mas se llenó de admiración al leerla, y por reconocer era Ricardo el hijo de su hermana, fueron puestos en libertad, y obteniendo á poco el indulto de S. M., Zulema recibió el bautismo y efectuado el matrimonio, viven hoy ambos en la península,

dando muestras de virtud y sirviendo de ejemplo á los amantes.

JUAN MARCH Y MAROTO.

GRUTA DE NAPOLEÓN CERCA DE AJACCIO.

El principal mérito de esta gruta consiste en los recuerdos que hay en ella relativos á la infancia de Napoleon. La tradición de los que han vivido familiarmente con este grande hombre cuando era niño, existe ahora y existirá siempre en Ajaccio. En casi todas las clases de la sociedad se encuentran aun compañeros de sus juegos, y no hay ninguno que no diga con una especie de sencillez mezclada de orgullo: *ma rrao ni noi!* Era uno de nosotros. La casa de campo donde se educó, está un poco mas alla de la ciudad y la gruta se halla situada en la misma colina, y á alguna distancia; allí es á donde le gustaba retirarse muchas veces lejos del ruido que tanto amaban sus compañeros. Dicen que se ocultaba en ella para aprender sus lecciones con mas tranquilidad y sosiego, pero lo hacia tambien sin duda porque la naturaleza y la posición de aquel sitio, ejercían sobre su alma juvenil una atracción involuntaria. Para un alma comun son buenos todos los lugares, pero los espíritus de un orden superior no pueden acomodarse con esta indiferencia, y buscan insintivamente un paisaje adecuado á sus inspiraciones, como buscan las plantas el sol, y los pájaros la verdura. Podría decirse que el alma cuando principia á desarrollarse y á engrandecerse, se busca á sí misma una cura proporcionada á sus hábitos y deseos. Sea como quiera relativamente á la verdad de estas reflexiones que la imagen de esta gruta nos trae á la memoria, jamas escondujo de niño estuvo mejor escogido. Esta gruta está formada por dos enormes rocas de granito desprendidas de la cúspide de la montaña; al rodar por la cuesta chocaron una contra otra sirviéndose de apoyo mutuamente, de cuya union resulta una especie de bóveda natural; una estremidad se halla abierta y la otra tapada con los matorrales del terreno, y en el vacío puede caber un hombre holgadamente. Hermoso espectáculo por cierto presentan aquellas pesadas masas de piedras moviéndose una á otra en su maravilloso equilibrio y suspendiendo su caída para abrigar del sol la joven cabeza que acudia allí buscando asilo! La cofina donde se encuentra la gruta está desierta y casi inulta; se halla hacia el medio día y presenta por todas partes una vegetación casi africana. El silencio no se ve turbado sino por el silbido de los mirlos que juguetean entre los matorrales, y por el ruido lejano de la mar estrellándose contra la playa. La vista domina la ciudad y los jardines; por delante se descubre el mar, y por detras están las altas cimas de la montaña de Ajaccio que lida con las eternas nieves del Monte Rotondo. Esta es la gruta á que Napoleon ha dejado su nombre, cuando era niño, y que sin él estaria acaso perdida todavía entre los ignorados accidentes de esa comarca pedregosa.

En otros tiempos tenias un alma grande, ardiente, inmensa; el universo entero cabía en tu corazón... (Oh Carlos! que pequeño y miserable te has vuelto desde que no amas á nadie sino á ti!

SCHILLER.



ANTIGUA CANCION

TITULADA

LA QUEJA DE UN LABRADOR CONTRA LOS USUREROS.

Jamás se vió en Francia una miseria tan espantosa en los campos, como durante las guerras civiles del siglo XVI cuando toda la nación estaba devastada y talada por facciones de todos los partidos. Los labradores abrumados de contribuciones se veían obligados á recurrir á tomar prestado, hipotecando sus tierras para ello, y de aquí las infinitas canciones que se hicieron entonces sobre los usureros. Nuestro dibujo sirve de orla á una de estas canciones en que un labrador cuenta afligido sus desgracias y se lamenta contra los usureros que le arrebatatan lo que poseía. Dibujo y canción remontan al reinado de Enrique III.



reproducción de Boudreaux.

TEODORO GERICAULT.



El naufragio de la Medusa.

Teodoro Géricault, muerto á los treinta y tres años en 1824, ha legado á la escuela francesa uno de esos nombres de que podrían gloriarse la Italia ó la España, Flandes ó la Holanda, esas cuatro regiones donde el arte se ha desarrollado de un modo tan maravilloso, y que cuentan un número tan crecido de reputaciones supremas. Cuántas obras originales no hubiera producido ese artista dotado de tan preciosas cualidades, si hubiese vivido algunos años más, si hubiese llegado siquiera á la edad de Van-Dyck, ó si esto parece demasiado, al menos á la de Rafael! A qué hombre podrá aplicarse mejor el magnífico apóstrofe de Virgilio, que al genio que se reveló entero en su primer ensayo y fué arrebatado por la muerte cuando estaba en flor: *si qua fata aspera rumpas, tu Marcellus eris!*

Buen, patria de nuestro gran Corneille, vió nacer á Géricault en 1791. Su padre que era abogado y hombre prudente, le hizo dar una educación muy literaria. Entrado en 1807 en el Liceo imperial, el joven Teodoro pasó dos años en este establecimiento universitario, y luego entró á los diez y siete en el estudio de Carlos Vernet abandonando bien luego este maestro para pintar bajo la dirección de Guerin. El cine se convertía en aguja.

En 1812, cuando apenas hacía tres años que había salido del colegio, Géricault envió á la exposición del Louvre el retrato ecuestre de M. Dieudonné, vestido con su traje de teniente de guías del Emperador. Esta obra produjo una grande sensación. Semejante á su modelo, el artista aparecía como un ginebre vivo y fogoso en medio de las clásicas fantasmáticas de la escuela de David. Ya hablaremos en otra

ocasión del cazador de la Guardia; hoy nos limitaremos al naufragio de la Medusa, y vamos á tratar de él sin mas preámbulo.

Hay alguien en el mundo que no haya oído hablar de aquella espantosa catástrofe, de aquel drama de muerte prolongado en tantos y tan terribles actos, sobre el ancho seno de los mares? Géricault ha tratado este vasto asunto del modo mas completo y satisfactorio. Figúrese el lector por el grabado, lo admirable que debe ser el cuadro que existe en el Louvre! Por todas partes se ven en él tintas sombrías y uniformes, un aspecto verdoso que aumenta la formidable tristeza de esa escena de desolación, donde sin embargo, se despierta de pronto una esperanza! Si, una luz de esperanza para los naufragos que no piensan ya sino en sí mismos, para aquellos cuyas torturas han sido físicas puramente, pero tendamos la vista á la izquierda del cuadro, y descubriremos un anciano sentado con la cabeza apoyada en su mano derecha, y sosteniendo con la otra entre sus rodillas el cadáver de un joven: qué le importa á él, la vela libertadora que la mano de Dios hace aparecer en el horizonte aclarado un poco? Aquellos que no sufren sus torturas morales pueden saludar aquella angora de esperanza; el anciano permanece mudo, sordo, y ciego: ya es demasiado tarde, su hijo ha dejado de existir. Cuando el buque salvador que va llegando, recoja á su bordo al padre, no será menester arrojar al hijo en aquellas olas sombrías, que, semejantes á la lengua del león, ya le están lamiendo los pies?

J. J. ARNOUX.

(Se continuará en los próximos números)

LA NOCHE DE NAVIDAD. (*)

En una fría noche de diciembre, tranquila en su erudición, silenciosa en su oscuridad. El firmamento parecía cerrar los ojos y la naturaleza doblar la cerviz, vencidos por el rigoroso frío. Una partida de soldados había llegado tarde a un pueblo en que solo debían descansar unas horas, y después proseguir su marcha hacia un puerto de mar en el que debían embarcarse para América.

Notó el oficial que la bandada, al retirarse a su alojamiento, una animación extraña en un pueblo tan quieto, y más a esa hora. Aunque no distinguía bien los objetos por la oscuridad completa en que estaban las calles, notó que se arremolinaba un grupo numeroso en la esquina de la plaza; el oficial se dirigió hacia ella sin ser notado. Qué podría ser? Qué se intentaba? Lo raro es que los conspiradores, como que lo fuesen, eran, como noto el oficial al acercarse, sumamente pequeños, y hablaban sumamente ríco.

— En casa de la Belén hay zambomba, dijo uno en voz perentoria.

— Y en casa de la Beatriz hay zambomba, pandereta y pailillos, dijo una vozcita de tiplé, clara como un pitó.

— En casa de la Belén hay tortas, repeso, con energía la voz anterior.

— Y en casa de la Beatriz hubo cosas y mistela, contestó el tiplé con brio.

— Pues vanios allá gritaron todos en coro; y el grupo voló como una bandada de gorriones.

La tía Beatriz era una viuda, sin hijos, de buena edad y buenas proporciones, muy buena, muy primorosa, muy cariñativa y muy dada a las cosas devotas, que tenía un genio de mujer que se servía de maza; esta bija, que tenía un genio de virago no agitado, se llamaba la tía Pavona, porque su marido había tenido por nombre el tío Pavón; como la lengua española marca clara y perentoriamente los géneros femeninos y masculinos con la o y la e, habríala colocado una o al fin del apellido para significar con este distintivo que la persona así llamada pertenecía al bello sexo, terriblemente degenerado en esta ocasión, porque la tía Pavona, que era chica, delgada, apergaminada, bisoja y negra como un cisne, podía darle un susto al mielo.

La bandada de gorriones había llegado a casa de la tía Beatriz que estaba llena de boté en boté.

— Ea, largaos, que no se sabe, fuera la pollita. — Este fue el empujón con que fueron recibidos por la amable tía Pavona, que a la sazón se hallaba en el zaguán añadiendo aceite al farol, al que sólomente se le iban cerrando los ojos. Los recién llegados no hicieron caso ninguno, ni se dejaron intimidar.

— Cueta tí, Juanillo, dijo al niño del mayorcito la voz de tiplé que bajo al suave susurro de un confío, mientras se empinaba mirando con curiosos y alegres ojos hacia lo interior de la sala, de donde salía un balsámico olor de yerbas aromáticas, un brillante resplandor de luces y un alegre son de zambomba, pandereta y cantos. Juanillo se escurrió de entre las manos de la tía Pavona, que lo quería retener, se

* Creemos que agradecieron a nuestros lectores el que traslademos a nuestra columna los dos preciosos e interesantes cuadros de costumbres españolas que presentamos a continuación, y que ha publicado, el primer número de esta revista, el autor FRANCISCO GARCERAN, ilustrador, el primero, la Noche de Navidad, y el segundo, el Día de Reyes. Por su amabilidad, por su honestidad y verdad, los cuadros de Juan Caballero obtienen en el día en España un éxito muy grande y merecido.

deslizó por entre las piernas de los hombres como una anguila, y los demás lo siguieron fácilmente, como si hubiesen estado untados de jabón.

— Mal haya vuestro pelo, sábanillas del demonio, gurrapatos del mismísimo Lucifer! — gruñía la tía Pavona; por efecto de una aguja sin capazos de coiar! — donde pueden estorbar ahí están ellos, es decir, en todas partes. Qué plaga de perro! Qué no se quedasen para descanso del mundo en las mentes del Señor!!!

— Valgato Dios, tía Pavona, dijo la viuda que acertó a pasar por allí; déjelos irse. — No sabe usted que hoy es la fiesta de ellos, hoy, la Santa Noche-buena?

— Su fiesta es la de todos los días del año, contestó la tía Pavona; pudiendo por ventura no meden esos gusarapós sus pedrinos? Dios los vendiga! Comejen! Langosta! Jesús, y que bien vendría otro Herodes!

— Tía Pavona, que entran todos, que el niño Dios los quiere al rededor de sí.

Cuando entraron los niños en la sala, tan embalsamada, tan iluminada, y vieron el hermoso nacimiento colocado en ella, una inmensa alegría inundó sus corazones. — Pero quién es el que ha visto un nacimiento y no lo ha sentido? — Quién no se ha hallado como en su casa, en su propiedad, en aquella naturaleza fantástica de corcho y de papel engomado, con sus oscuras cuevas, en que ora ante un crucificado con el santo ermitaño, gracioso y sencillo anacronismo, como la son el cazador que en una selva de matillas de romero dispara un tiro a una perdiz posada en la torre de una ermita como una cigüeña, y aquel contrabandista con semanita y su sombrero gaicho, el que, con una carga de tabaco se esconde tras de una rosa de papel para dejar libre paso a los tres tristes, que en las altas montañas de esos Alpes de corcho caminan en toda su gloria?... Quién no siente un placer inenapagable al ver pasar aquel horriblemente cargado de leña por un soberbio puente de cantería de papel?... Y aquel pradito de bayeta verde desmenuzada en que puecen tan tranquilos y tan blancos aquellos corderitos? No os da frío aquella escarcha tan bien imitada con arena y de acero? No os da gana de calentaros a aquella hoguerita tan coloradita que encienden los pastores para calentar al niño? Quien no se alista por desear debajo de los cristales que figuran tan bien un río helado, los peces, las tortugas, los cangrejos, que están con toda comodidad sobre el cauce de dorada arena, trastornando en sus tamaños respectivos los que les atrayeron los naturalistas? Véase aquí un cangrejo, por cuyas tenazas puede pasar una anguila vecina, como por el ojo de un puente; aquí un matazo colorado mira con aire de Malineros a un diminuto y pascuelo gatito, mas allá un borriquito en punto a una liebre sobre el grandor de las orejas, que son del mismo tamaño, un toro se ve en igual contienda en punto a sus cuernos con un caracol, y un fornido gato no quiere ceder la península a un cisne raquítico. Y estos pájaros de todos colores que alegran los intrincados bosques de ramas de heno que forman el fondo de este cuadro encantador, no os parecen acaso acudir de las cuatro partes del mundo? No os alega ver bailar a los pastores? Y sobre todo, no adoráis enternecidos el divino misterio contenido en aquel portafolio con su techo de paja, y en el fondo su aureola o gloria de luz? Nosotros lo decimos francamente: en aquella santa y alegre noche todo nos parece vivir y sentir, aquellas figuras de barro hechas por torpes manos, puestas allí con tanta buena fe y tanta devoción, nos parecen animarse y recibir alma de la alegría y entusiasmo que retinan. La estrella que guía a los magos, ese arroyo y cristal, se nos figura flami-

gera, y arrojar resplandores. La aureola que circula el pesebre en que yace el Dios hecho hombre nos parece brillar, por las luces que irradia, sino con un brillo del cielo, con los rayos del sol; las zambombas, pandeteras, y cantos no son tan simpáticos y tan gratos, como si fuesen los ecos de los que en aquella dichosa noche hicieron resonar los pastores.

Puede acaso darse una fiesta más alegre, más sencilla, más tierna y al mismo tiempo más elevada? El nacimiento de un niño en un portal abandonado, y celebrado por pastores; la inocencia, la pobreza, la sencillez, primeras bases del magnífico edificio del cristianismo. Así, cuánto no celebren los niños y los pobres esta fiesta! Traen a Dios lo que mas le complace; la inocencia, la fe y el amor. Oh noche! bien denominada buena, mas alegre que el carnaval, y santa como la semana que lleva este nombre!

El niño entiendo y siente el pueblo esta fiesta, a qué punto está instruido de ella, y cómo la explica, lo probarán algunos de los cantos de Noche-buena, que aquí transcribiremos, escogiendo al caso entre los muchos que hemos recogido. La sencillez en el modo de expresarse da a estas composiciones un sello de puro candor y de inimitable genuinidad; tienen una buena fe que conmueve, y un literario un gran valor, que no está al alcance de todos. Día llegará, no nos cansamos en repetirlo, en que en España, como en los demás países de alta cultura, se aprecien estas composiciones populares como se buscan los puentes de todo río.

Cuando los niños entraron cantaba una muchacha:

Quando el eterno se quiso hacer niño
Le dijo a un ángel con muchos carritos:
Ande Gabriel, ve a Galicia
Allí viera una pequeña aldea.
En su haz era un arroyo apacible;
Junto a una casa hay un ramo florido;
En esas cas, que de David viene,
Hay una niña que quince años tiene
Está criada con un carpintero,
Y aunque se muy pobre, yo así la quiero.
Dale que quiero en esta householdine,
Y en su seno para tomar su parte,
Toda el amor a col bebido los vínculos
Hasta llegar al humilde aposento,
Y cuando vio la hermosa María
Le ha dado el empuje con que Dios le extra,
Híete se salve, dice, con gran alegría
Díes te salvo, reina y diuosa María,
El Señor es contigo y bendita tu cruz,
Cuales envidia entre las mujeres,
Y bendito el fruto que has de dar a luz
El rey de los cielos y tierra Jesús.

Acabado este canto, cantado con su tonada propia, se cantaron los villancicos y las canciones, en que una vez cantaba una de las infinitas coplas sabidas de memoria o improvisadas, y todas las voces se unían en el estribillo, al mismo tiempo que una pareja de niños bailaba ante el nacimiento. Cada vez que concluya una copla, los dos niños que habían bailado, se acercaban con sus mejillas encendidas y sus brillantes ojos al retrato, y arrojando sus brazos, se arrojaban, y exclamaban ¡Por tí!

No es posible explicar el sentimiento tan profundo y tierno que despierta esa sencilla exclamación: *¡por tí!*.

¿Y qué significa esa frase por tí?

¿Y vos no lo habeis comprendido? Será porque la voís firmemente estampada sobre el papel, pero si la hubieseis oído de aquellos labios fervientes e infantiles, si hubieseis observado en aquellos expresivos y animados ojos el sentimiento que la dictaba, hubierais cotociado, como nosotros, que decía

por tí nuestra alegría, por tí somos cristianos, por tí somos felices, por tí seremos salvos, por tí laten nuestros corazones, por tí cantan nuestros labios, por tí queremos vivir, por tí queremos morir. Todo, todo, por tí.
Cantabais estas alegres coplas:

Ha nacido en un portal,
Niño de los ríos,
Entre la cruz y el bierce
El rededor de los años,
Y dijo Melchor:
Toquen, toquen esos instrumentos,
Y alegren el mundo que ha nacido Dios.
Esta noche nace el niño
Entre la paja y bledo,
Qué si pudiera, niño mio,
Vestido de terciopelo,
En el portal de Belén
Hay estrellas, sol y luna,
La Virgen y San José
Y el niño que está en la cuna.
Hicieron lasa a fuego,
Del portal sale la llama,
Es una estrella del cielo,
Que ha caído entre la paja.
Yo soy un pobre gitano
Que vengo de Kalpus aquí,
Y al niño de Dios le traigo
Un salto que quisiera.
Yo soy un pobre gallego
Que vengo de la Galicia
Y al niño de Dios le traigo
Lleugo para una camisa.
Al niño recién nacido
Todos le traen un don
Yo soy chico, y nada tengo,
Le traigo mi corazón.

En este momento se oyó la chillona voz de la Pavona, canchero de la casa, que bregaba a brazo partido con una nueva bandada de gorriones invasores, pero con el mismo mal éxito que la vez anterior: por entre el grupo de hombres que de pie estaban a la entrada de la sala, se vieron a somar simultáneamente cabezas de niños, cuyos cuerpos no se sabía si existían; de tal suerte se habían encojido y embutido entre las capas de los hombres, de suerte que imitaban a lo vivo las de los angelitos que adornan con tan linda profesión los grandes retablos de gusto y estilo Churrigueresco.
(Se continuará.)

ISRAËL VAN MECKENEM.

GRABADOR Y PLATERO.

Este célebre artista, del siglo XV, que ha dejado una multitud de obras maestras de platería y muy buenos grabados, fué pastor en su juventud, en el ducado de Berg. Muchos suponen que Israel, como Lucas de Leyde, Alberto Dürero, Cranak y otros alemanes ilustres de aquel tiempo, fué también pintor al mismo tiempo que grabador y platero, apoyándose para afirmarlo no solamente en una vaga tradición, sino en un testo claro y verídico de J. Wimpfeling (*Reverentia generatiois christianorum*) en donde se dice lo que sigue: « Los cuadros de Israel el alemán son muy buscados en toda Europa, y sobre todo los pintores los estiman mucho. » Esta nota se ha complicado, a juicio de los comentaristas por la necesidad de distinguir los dos personajes del nombre de Israel, cuyos retratos hizo el mismo personaje. Damos con este artículo la cabeza barbuda y adornada con un turbante, a cuyo pie se lee: *Israel Van Meckenen Gotsmit*; la otra de que queremos hablar es la que representa en busto a Israel, y a la, su muger.

Era muy sencillo aceptar estos dos retratos como figurando un mismo personaje en dos edades y dos vestidos diferentes. El capricho de barba y de tocado oriental del que hemos adoptado, no puede extrañar a nadie en el retrato de un artista que tal vez quiso poner en armonía su traje con

su nombre hebreo. El historiador Bartsch no titubea en reconocer a nuestro grabador Israel en la cabeza del turbante, que firmó con todos sus nombres y su título; pero en el otro retrato de Israel con su mujer, ha visto otro Israel que para él es el pintor, y padre del grabador platero. Sin embargo



Israel van Meckem.

otras investigaciones más recientes han destruido la ingenua hipótesis del venerable Bartsch. Sea como quiera, lo cierto es que Van Meckem pasa como pintor, y su nombre figura en una inmensa cantidad de cuadros de su tiempo. En los cuadros que se le atribuyen se reconoce más bien la influencia flamenga que la de los contemporáneos alemanes, lo que estaría algo en contradicción con el carácter conocido de sus grabados. En estos, Israel, compositor y dibujante bastante primitivo en las escenas sagradas, demostraba

mucho inventiva, habilidad y gusto en los asuntos profanos, sobre todo en sus piezas de platería. Además, la vida de este laborioso artista es poco conocida, puesto que se ignora enteramente la fecha de su nacimiento, y se ignoraría también la de su muerte, si un curioso dibujo publicado por Ottley, en su libro de investigaciones sobre la historia del grabado, no nos hubiese revelado que Israel murió en 1503, el año después de aquel en que copió la Inmaculada Concepción, de Alberto Durero.

SITIO DE LA ROCHELA

POR

RICHELIEU.

1627.

EL PARTIDO PROTESTANTE EN FRANCIA DE 1622 A 1627.

— Un tratado firmado en Montpellier entre Luis XIII y el duque de Rohan en el mes de octubre de 1622 puso término a la guerra de religión, que había estallado el año anterior. Por este tratado se restablecían los antiguos edictos de pacificación; pero se prohibía a los hugonotes que no conservaran ya más ciudades fuertes que la Rochela y Montauban, todo género de reuniones, como no fuesen consistorios ó sinodos eclesiásticos. Además, el rey se comprometió á no mandar guarnición á Montpellier, ni construir allí ninguna ciudad y á demoler el fuerte llamado Luis, que poco antes había hecho levantar á unos mil pasos de las puertas de la Rochela. Esta paz, no muy respetada por ambas partes, tendía á consumar la ruina del partido protestante, y por eso los jefes de este partido, que eran el duque de Rohan y su hermano el duque de Soubise, esperaban con ansia una ocasión para hacer recobrar á sus correligionarios las asambleas políticas, las ciudades fuertes, la organización militar, y todas cuantas ventajas habían perdido. Viendo en 1625 á Richelieu comprometido en una lucha religiosa con la casa de Austria, juzgaron el momento oportuno, aunque bueno será decir que tampoco les faltaban otros pretestos. El fuerte Luis, que dominaba la entrada de la Rochela, lejos de ser destruido en conformidad á lo pactado, se iba fortificando de día en día. Se habían enviado tropas de artillería y guarda-costas á Bronage y Oleron. Se prohibía la entrada y salida de los buques en la Rochela, á no ser que pagasen derechos tan considerables que causaban la ruina de su comercio, y por último se sabía que se había reunido una flota en la embocadura del Biavet con objeto de completar el bloqueo.

En vista de estas circunstancias el duque de Soubise se decidió á tomar las armas sin consultar á su partido. En el mes de enero de 1625 se apoderó de la isla de Re, en la que armó cinco buques menores, que equipó con 300 soldados y 100 marineros, y el 17 del mismo mes entró en el puerto de Biavet, atacó los buques del rey y se hizo dueño de ellos; pero cuando quiso salir con su presa, se vio obligado á detenerse á causa de los vientos contrarios, y no pasó mucho tiempo sin encontrarse sitiado por dos mil hombres que se bataban al mando del duque de Vendôme, gobernador de la Bretaña. Los hugonotes creyeron perdido á Soubise, y dijeron que nada tenían que ver con él. Al cabo de tres semanas el viento cambió y habiendo logrado cortar las cadenas y cables que cerraban el puerto, se fué, llevándose quince ó diez y seis buques con los que se apoderó de la Isla de Oleron.

El duque de Rohan, considerando que la pérdida de esta flota predispondría el ánimo de Richelieu para transigir, quiso entablar relaciones, reclamando la ejecución del tratado de Montpellier. No habiendo sido aceptadas sus proposiciones, empezó por su parte las hostilidades en el Languedoc el 1.º de mayo, y convocó en Castres una reunión de iglesias de la provincia por la que se hizo nombrar general; y al poco tiempo logró hacer frente á las tropas del rey, á pesar de ser pequeño su ejército y haberle costado mucho trabajo reunirle.

En este tiempo el duque de Soubise, que por fin había obtenido el concurso de los rocheleses, se mantenía cruzando el mar con una poderosa flota, haciendo numerosas presas, y aun atreviéndose á hacer desembarcos en las costas del Languedoc con el objeto de asolarlas. Pero bien pronto Richelieu, que había tomado buques de la Holanda y la Inglaterra, le hizo atacar por Tiras y el duque de Montmorency en la rada de la aldea de San Martín (Isla de Re), el 15 de setiembre, derrotándole y apoderándose de una gran parte de su flota, habiendo logrado el resto refugiarse en Inglaterra.

Estos triunfos no detuvieron á Richelieu, que había resuelto ahogar la guerra civil. «El principio del año de 1626, dice él en sus Memorias, fué señalado por dos acciones importantes, y poco esperadas, que dieron al rey el reposo dentro y fuera de su reino, y le abrieron camino para estirpar el partido hugonote que dividía después de cien años sus Estados. Estas dos acciones fueron: la conclusión de la paz con la España y con los hugonotes.» Esta doble negociación fué conducida con la habilidad ordinaria del cardenal. La España, esperando que Luis XIII se comprometería cada vez más en la guerra contra los reformados, se mostró muy poco exigente sobre los negocios de Italia. La Inglaterra, cuyo interés era que la Francia se conservase en guerra con el resto de la Europa y sobre todo con la España, aconsejó á los rocheleses que se arriesgasen con el rey: «de donde resultó, dice Richelieu, que con una astucia inusitada decidí á los hugonotes á que consintiesen en la paz, amenazándoles con hacerla con la España, y á los españoles á aceptarla por la misma razón respecto á los hugonotes.»

Esta paz, firmada con los protestantes el 5 de febrero de 1626, no modificaba casi nada para los hugonotes el tratado de Montpellier. Solamente les acordaba las fortificaciones que habían construido nuevamente, y el rey de Inglaterra garantizaba el tratado. Sus embajadores prometían, según la palabra que se les había dado, «que el fuerte Luis y las islas de Re y Oleron no sufrirían nunca en manera alguna á la seguridad y al comercio de la Rochela.»

Richelieu aprovechó el reposo que le proporcionaba la paz, y persistió con ardor en su proyecto de levantar, ó por mejor decir, de crear nuevamente la marina francesa. Comenzó por suprimir la carga de almirante de la Bretaña y por redimir del duque de Montmorency de gran almirante, cuyos privilegios contrariaban sus designios, y en seguida se hizo nombrar superintendente de navegación y comercio. Después dió las ordenes oportunas para que se construyesen buques de todas dimensiones con los puertos de Francia y Holanda. La paz le era necesaria, y aun no estaba muy dispuesto á romperla cuando á consecuencia de una desavenencia con la Inglaterra, se vio obligado á volver á empezar la lucha más pronto de lo que pensaba.

Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV, se había casado con Carlos I rey de Inglaterra; pero la discordia estalló bien pronto entre los dos esposos. La joven reina, se había negado desde los primeros días de su estancia en Londres, á coronarse con su marido por no tener que arrodillarse delante de un prelado herético en el presbiterio de Westminster. Todos los días se veían nacer entre ellos nuevas disputas que el favorito del rey, el duque de Buckingham atizaba cuanto podía, hasta que por último, el 9 de agosto de 1626, tuvo el sentimiento de verse separada de todos los clérigos que le eran adictos y de todas sus damas francesas, que fueron espulsadas de Inglaterra. Luis XIII, al ver esto, tomó con ardor la defensa de su hermana, y en el mes de octubre del mismo año envió á Londres, para arreglar estas diferencias,

á Bassompierre, quien, creyendo haber concluido la misión que se le había encargado, iba á volverse ya; pero al tiempo de embarcarse, Buckingham le hizo saber en bonetes que se hallaba encargado de una misión extraordinaria cerca de la corte de Francia. Esta nueva rompió todas las negociaciones. Luis XIII, que no había podido olvidar la manera insolente con que Buckingham se había conducido con Ana, de Austria se negó á recibirle, y el favorito ordenó que se apresara por los corsarios ingleses todos los buques franceses que se hallaban en las costas de Francia e Inglaterra, y prometió su protección á los hugonotes si se hallaban en disposición de tomar las armas; además, con el fin de comprometerlos más á declararse, hizo equipar una flota formidable con la que se presentó de repente delante de la isla de Ré en el mes de julio de 1627. En ella llevaba diez y seis mil hombres de desembarco y un gran número de refugiados franceses, entre los que se hallaba el duque de Soubise. Buckingham hizo partir en los buques de la costa un manifiesto del rey de Inglaterra en el que declaraba que sus fines no eran otros que los de restituir á las iglesias de Francia su antiguo esplendor, y socorrer á la Rochela que las armas del rey amenazaban por todas partes. Los rochelenses, sin embargo, dudaron largo tiempo en aceptar las proposiciones de los antiguos enemigos de la Francia, sabiendo además muy bien que cargaban con una horrible responsabilidad, si eran los primeros que comenzaban las hostilidades. El alcaide y las demás autoridades negaron la entrada en el puerto á Buckingham, y á pesar del gran respeto que los inspiraba la vieja duquesa de Rohan no pudo obtener de ellos que abrieran las puertas á su hijo el duque de Soubise. En vista de esa negativa, la duquesa se vio obligada á irle á buscar en un bote y le trajo acompañado de uno de los secretarios de Buckingham, y en fin pudo conseguirse una audiencia por medio de personas respetables del comercio. Los rochelenses, después de haberles escuchado, los despatcharon diciéndoles que se hallaban unidos por un juramento al cuerpo entero de los reformados, y que no tomarían las armas sin el apoyo y consentimiento de sus correligionarios.

PRINCIPIO DE LAS HOSTILIDADES. — LLEGADA DE BUCKINGHAM DELANTE DE LA ROCHELA. — A pesar de esta declaración, los ingleses empezaron las hostilidades. Buckingham quiso, ante todas cosas, dice Fontenay Mareuil, situar el fuerte de Ré, para tener desde allí en caso de necesidad, una retirada segura, y haciéndose dueño con sus buques de todo el comercio desde la ría de Burdeos hasta la de Nantes, poder sostener la guerra sin ser gravoso á la Inglaterra; creyendo, por lo demás, mas oportuno dejar entrar al rey en la Rochela, y luego sitiaria, á fin de que no pudiendo defenderse sola, se viese obligada á tomar un dueño, no dudando que en este caso la Inglaterra sería la preferida, y que las otras provincias seguirían su ejemplo á causa de su religión, por cuyo medio ellos llegaban á ser tan poderosos en Francia como sus predecessors lo habían sido.

Para poder comprender mejor esta trama, dice Rohan en sus Memorias, es necesario saber que Ré es una isla que se halla situada á una legua de la Rochela, que tiene siete de largo, y que es muy fértil, sobre todo en vinos y en sal. Entre Ré y Brongre hay otra isla, llamada Oleron, tan grande, tan poblada y tan fértil como Ré, y en donde el rey se había conservado un fuerte de poca utilidad que el duque de Soubise había hecho construir en la guerra anterior: si Buckingham se hubiese apoderado de él, y de toda la isla

en que casi todos eran protestantes, hubiera quitado todo medio de socorro al fuerte de Ré. »

Buckingham se dirigió hácia la isla de Ré: Toiras había sido nombrado gobernador de ella por Richelieu. Se habían construido allí dos fuertes, el uno en la aldea San Martín y el otro llamado Pré á alguna distancia. Este último se hallaba solo en el momento del desembarque de los ingleses: Toiras creyendo que los ingleses atacarían primero el fuerte de San Luis, y á pesar de las órdenes formales de Richelieu, no había guarnecido las dos plazas; pero afortunadamente se había enserrado tropas excelentes, y entre otras la mayor parte del regimiento de Champagne, además que el no ignoraba que el rey había reunido un ejército con el que se dirigía á la Rochela.

DESEMBARQUE DE LOS INGLESES EN LA ISLA DE RÉ. — BATALLA DE SAINT-BLANCAE. — El 22 de julio de 1627 los ingleses saltaron en un sitio llamado Saint-Blancae, muy á propósito para el desembarque. Una punta de tierra se avanza en el mar en este lugar, y hay suficiente agua para que puedan acercarse embarcaciones mayores. Toiras, que no había suficientemente reconocido este lugar, se apresuró á defenderlo, tan luego como supo la llegada de los ingleses. El número de muertos en esta primera batalla fueron; por parte de los franceses el baron de Clauval, padre de la señora de Sévigné, y un sobrino del celebre Montaigne; y por la de los ingleses, que perdieron quinientos hombres, hubo que sentir principalmente al francés Saint-Blancae, el alma de la empresa, y cuya muerte, fue una pérdida simamente considerable. Este último despues de la rendición de Montpellier había vendido todo su patrimonio con el objeto de no tener nada que perder en Francia, y poder hacer la guerra siempre que pudiera vivir á expensas del rey. « Muerto este personaje, dice un historiador, el ejército quedó casi tan muerto como él. »

SITIO DEL FUERTE DE SAN MARTIN. — La lentitud en las operaciones salvó al fuerte San Martín, del que dependía la suerte de toda la isla de Ré. Toiras tuvo bastante tiempo para completar sus preparativos de defensa, y hacer sus provisiones. Sin embargo, cometió la imprudencia, durante los quince primeros dias, de no arreglar la distribución de los víveres, y de dejar abiertas las tabernas. « Pero estas faltas, dice un contemporáneo, fueron las solas que cometió, habiéndose portado en lo demás, y en una infinitud de dificultades que encontró, con muchísimo valor y talento. »

Habiendo llegado por último Buckingham delante de la ciudadela, hizo inmediatamente comenzar su crenelación.

A pesar de haber caído gravemente enfermo Luis XIII, no por eso el ejército real dejó de marchar hácia la Rochela, bajo cuyos muros se hallaba á mediados de agosto y poco tiempo despues, fué cuando sus habitantes hicieron alianza con los ingleses. Hablaremos de este hecho, tan luego como hayamos contado que pasó en la isla de Ré. El cardinal Richelieu que se había reunido al ejército, comprendiendo la gran importancia de esta isla, no desperdició medio alguno para enviar socorros á los sitiados, con la falta de víveres y de municiones y las enfermedades, habían reducido al último estremo. Es necesario leer, en las Memorias de este gran ministro, la relacion de todos los preparativos que mandó hacer en esta ocasion, y para los que no economizó ni el dinero del Estado ni el suyo propio. En todos los puertos del Océano hizo construir y equipar buques con objeto de enviarlos á las costas de la Rochela.

SOCORROS ENVIADOS A LA CIUDADELA DE RÉ.

En uno de los primeros dias del mes de agosto, trece no bien valientes se metieron en una barca de doce remos; atacados por las chalupas inglesas fueron hechos prisioneros y arrojados al mar, á excepcion de uno llamado Jouy, que perdonaron; Buckingham mandó ahogar á los marineros ingleses que le habían salvado la vida. « Pero estas crueldades dice Richelieu, en lugar de atemorar á los nuestros, les animaban mucho mas contra los enemigos. » El 8 del mismo mes dos chalupas y una barca lograron llegar á los fuertes de San Martín y de Pré, por que ya no tenían mas víveres que para cinco dias y ellas les llevaban para un mes. Buckingham irritado con este socorro, se entregó á horribles crueldades. El 24 de agosto reunió todas las mujeres católicas de la isla que tenían sus maridos en la ciudadela, y las hizo pasar las trincheras á palos, echándolas hácia la ciudadela; pero viendo que no habían querido recibir las al principio, se volvieron hácia los ingleses que hicieron fuego sobre ellas y mataron muchas. Entonces los de la ciudadela tuvieron compasión de ellas, las abrieron las puertas y las recibieron. Hubo una de estas pobres mujeres que habiendo caído herida en el pecho, se puso á dar de manar á su hijo que estrechaba entre sus brazos para impedirle que llorase. En el momento de recogerse se encontró al niño vivo todavía. »

« Los ingleses, para cerrar la mar á los sitiados se valieron de trabajos análogos á los que algún tiempo despues empleó Richelieu contra la Rochela. Echaron á pique primeramente en frente del fuerte San Martín un gran número de barcas llenas de piedras; en seguida construyeron con los restos de algunos buques una gran balsa que armaron con varios cañones y que acercaron cuanto les fué posible á la ciudadela; pero esta maquina duró poco, porque en una noche un viento nordeste la hizo desaparecer. Por último, hicieron á unes mil pasos de la ciudadela una estacada de palos de buques amarrados entre sí con cadenas de hierro, y ligados en las estremidades á gruesas anclas y cables; cruzaron tambien de un buque á otro cables, en donde pusieron pipas y tonales para mantenerse en el agua. Esta invencion debía cerrar al parecer, el pasage á la ciudadela; de suerte que Buckingham se jactaba en alta voz de que solamente los pájaros podrían pasar.... enorgullcido con todo esto, envió una invitación á Toiras para que se rindiese, y le hizo presente de una docena de melones. Toiras le contestó que no se hallaba aun este estremo, y le envió en cambio de sus melones, seis botellas de agua de flor de naranja y una docena de tarros de polvora de Chipre, de que había tenido cuidado de proveer su ciudadela mas bien que de trigo y de vino para sus soldados. A pesar de esta fanfarronada, Toiras, cuya posición empeoraba todos los dias, quiso advertir al rey del apuro en que se hallaba, y con este objeto despachó tres buques que se ofrecieron voluntariamente á atravesar el nudo del brazo de mar que separa la isla de Ré del continente. El uno de ellos se ahogó; el segundo estacado de fatiga, se entregó á los ingleses, y el tercero, que era un gascon llamado Pedro, logró llegar, despues de haber corrido grandes peligros. Habiéndole apercebido los ingleses, le hicieron seguir por una chalupa, que concluyó por tobarle por un pez, porque cada vez que la chalupa se acercaba, el atrevido nadador se sumergía, se mantenía debajo del agua el mas tiempo posible, y volvía á aparecer á alguna distancia para comenzar la misma faena. Una tormenta que estallo, sirvió tambien á favorecer su proyecto; se dejó llevar por las olas y por tifoneo,

habiendo escapado á duras penas de los peces que se encarraron en perseguirle, pudo tocar la tierra; pero entumado por la fatiga y los mordiscos que recibió de los peces, no pudo mantenerse en pie, y se vio obligado á arrastrarse con las manos hasta que encontró un campesino que le llevó al fuerte de San Luis. El rey, para recompensar su valor le dió al instante una gratificación y le pensionó.

La carta, de que este hombre era portador, encerraba tales noticias sobre la situación de los sitiados, que Luis XIII envió al instante á todos los puertos la orden de hacer enviar al momento los socorros destinados á Toiras. Estas órdenes se encontraron con mas de un obstáculo. Los marineros de las costas vecinas de la Rochela eran casi todos hugonotes, y emplearon cuantos medios eran posibles para impedir aquel embarque; y accedían tanto mas á los deseos de sus correligionarios cuanto que todos las flotas desembarcaban en las riberas cadáveres de franceses que los ingleses había arrojado al mar, despues de haberles amarrado los pies y las manos. Fue necesario, pues, valerse de medidas extraordinarias para poder encontrar el número de hombres necesario para el servicio de las embarcaciones.

Por fin, el 5 de setiembre, en una noche oscura, el capitán Vasin partió de la rada de Sables d'Olonne con diez y seis pinazas cargadas de provisiones, póvora, mechas, plomo y medicamentos. Algunas de ellas se perdieron y solo quedaban doce cuando abordó á la flota enemiga. « Tan pronto como los ingleses los descubrieron, dice Richelieu, descargaron sobre ellos una andanada de cañonazos y tiros de fusil que no hicieron daño á ninguna persona, pero que echaron abajo algunos palos, rompieron varias velas, y averiaron una pinaza. Llegaron á la isla á las dos de la noche; cuando se hallaban como á unos doscientos pasos del fuerte, fueron avisados por los que se hallaban allí y que empezaron á gritar: VITE! VITE! Encallaron en uno de los bastiones de la ciudadela, de los mas avanzados y de donde los enemigos no pudieron hacerles daño. Al amanecer del día siguiente los marineros descargaron en el fuerte las pinazas á las cuales hirieron los enemigos una multitud de tiros sin causar daño á nadie. El fuerte se hallaba en grande apuro, pues Toiras estaba enfermo, faltaban víveres y los molinos estaban rotos; habían confiado ya veinte caballos; se aumentó la racion de los soldados con cuatro onzas de pan y una taza de habas, y se ballaron mucho mas animados con la esperanza de recibir nuevos socorros en lo sucesivo. Los enemigos por el contrario, perdieron algo de su audacia, cuando vieron que no era del todo imposible, el enviar socorros á los sitiados.

« Dos dias despues, á eso de las doce de la noche, el capitán Vasin volvió á partir de la isla de Ré con todas sus pinazas cargadas de enfermos y heridos, y de todas las mujeres católicas que los enemigos habían enviado á la ciudadela. El rey regaló una cadena de oro y 1000 escudos al dicho Vasin, y 10,000 á los marineros de las pinazas, prometiendo además á Vasin 4,000 escudos ó el mando de una compañía del regimiento de Navarra, segun su deseo. Dos capitanes vascoaguados que se habían distinguido, recibieron igualmente una cadena de oro, y todos los marineros fueron recompensados. »

NUEVOS SOCORROS DE LA CIUDADELA. — COHESTE NAVAL. —

Desde de esta fecha hasta los primeros dias de octubre los sitiados no pudieron recibir socorro alguno. La bota de la marca y el viento les habían sido constantemente desfavorables, y los enemigos habían estado tan alerta que no

les fué posible atravesar ninguna de sus líneas. Toiras desanimado empezó á parlamentar, con cuyo objeto envió el 6 de octubre un comisionado á Buckingham para ver cuales eran los ánimos en que se hallaba este. Buckingham respondió que sabía que los sitiados eran muy valientes para rendirse antes de apurar todos los medios, pero que sin embargo, él los trataría con cortesía y aplazó para el día siguiente su contestación definitiva. « En esto, obraba, como lo deseaban los sitiados, que era alargando el tiempo. Un capitán mejor y más prudente hubiera desde luego formado y concluido el arreglo, reduciéndole si le hubiera sido posible á una sola clausula. Al día siguiente Toiras envió dos señores nobles á Buckingham para saber su resolución, pero este volviendo en sí les dijo que á ellos les tocaba pedir o que deseaban, á lo que contestaron los dos enviados que

ellos no estaban autorizados para esto. En vista de esta respuesta les despachó, no dándole más término que el de tres horas, para hacer por escrito sus peticiones. Vueltos á la ciudadela, se decidió el volver á enviar un tambor al enemigo para hacerle saber que había cuatro cuerpos en la ciudadela; los eclesiásticos, los voluntarios, los soldados y los habitantes, y que era muy corto el plazo para poder deliberar; que por lo tanto se le suplicaba esperase hasta el día siguiente; esto le irritó sobremanera, diciendo que se quería abusar de él, y entonces hizo tirar un cañonazo y arrojó muchísimas granadas. »

Por último el jueves 7 de octubre, víspera del día en que Buckingham debía responder á las proposiciones de los sitiados, se levantó de repente un vientecillo noroeste, y la flotilla reunida por Richelieu en todos los puertos del Ocea-



Sitio de la Rochela.—Entrada de Luis XIII.

no y de la Mancha, pudo salir de la rada de Sables d'Olonne á eso de las ocho de la noche llevando por santo y seña: VIVA EL REY! PASAR ó MORIR! Vamos á tomar la relación de esta empresa que decidió la suerte de la isla de Re y de la Rochela de una narración contemporánea titulada: LOS DOS SITIOS DE LA ROCHELLE.

« El capitán Maupas, hombre muy entendido en la marina, conociendo bien el terreno, porque había pasado en una barca repetidas veces en ocho días por medio de los enemigos, con el señor marqués de Gramand, mandaba la vanguardia... Seguía luego el cuerpo en forma de batalla, compuesto de diez pinazas, ademas de las quince precedentes que el señor hermano del rey había hecho venir de Bayona. Detrás de estas embarcaciones, y alrededor de ellas, habla doce cruceros, como mas fuertes y mas grandes. A retaguardia estaba el filibote del señor de Martillac, bien provisto de armas y municiones. En este orden, y lo mas cerca que podian ir los unos de los otros, marchaban costeano para no ser vistos ni descubiertos por los centinelas de los enemigos, que se hallaban á cosa de una legua de Sables.

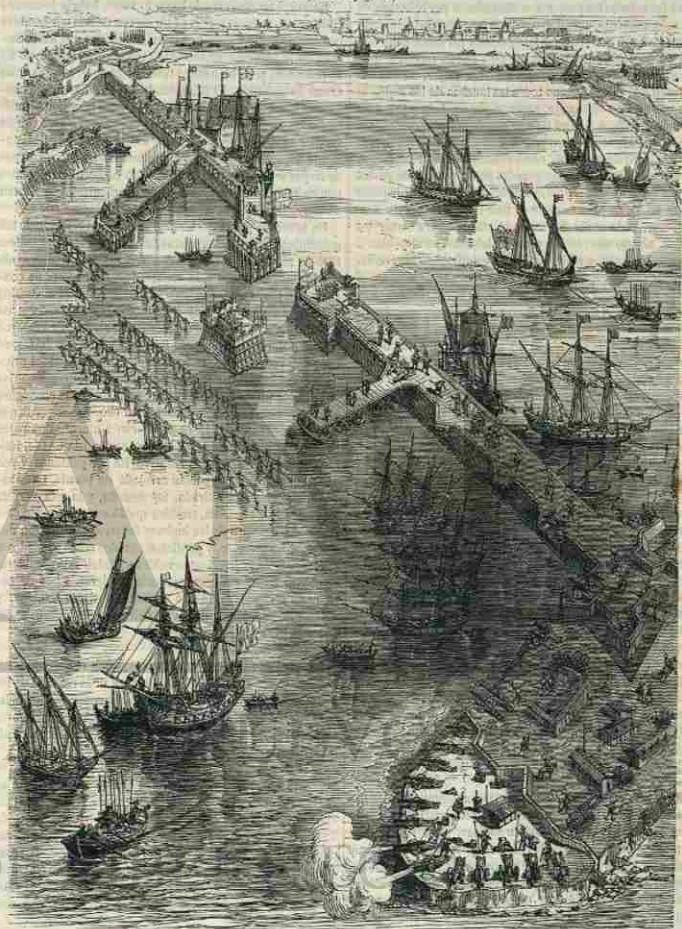
« Ahora bien, sucedió que, como esta flota caminaba á ve-

las desplegadas, y que ya creían estar delante de San Martín, Dios hizo cesar el viento de repente, por manera que tuvieron que permanecer cerca de dos horas sin poder andar ni á izquierda ni á derecha. Sorprendidos todos con esta circunstancia, y conociendo que al amanecer, si seguían en aquella disposición, estarían á merced de los enemigos, se pusieron á rogar á Dios haciendo muchos votos y plegarias, y recomendándose á la Virgen, ofreciéndole en nombre del rey que la edificarían una iglesia bajo el nombre de Nuestra Señora del Buen Socorro, en memoria de aquella jornada, si les enviaba un viento favorable. En efecto, estos anhelos se lograron, y el viento refrescó de súbito, de modo que habiendo vuelto cada cual á tomar su puesto respectivo, en menos de media hora alcanzaron á ver el fuego que M. de Toiras mandaba hacer en la ciudadela. Allí, abandonando la costa de la Tranche, los pilotos, mirando la brújula, entraron todos valerosamente en el bosque de buques enemigos. Los primeros centinelas los dejaron pasar sin decir palabra, y luego comenzaron á envolverlos y á cañonearlos con tanto brío, que se hubiera dicho que granizaba.

(Se concluirá.)

SITIO DE LA ROCHELLE POR RICHELIEU.

Ver.—(Véase la pag. 69.)



Sitio de la Rochela.—Vista del dique de Richelieu.

« Sin embargo, las lanchas y galeotes de los enemigos vinieron despues para cogerlos, de suerte que los que estaban en la tierra grande creyeron, como lo parecia, que estaban perdidos; mas M. de Toiras, confiando siempre en la suerte del rey y de la Francia, al oír el estrepitoso cañoneo,

mandó hacer un vivo fuego sobre los bastiones, y de hecho se hallaba en gran peligro... Cuatro lanchas y un urco de Inglaterra abordaron la barca del capitán Maupas, quien tomó sus disposiciones para recibirlos, mandando que no se disparase un tiro sin orden suya. Inmediatamente abordaron

los enemigos, pero Maupas descargó un pistoletazo gritando ¡vive! y toda su artillería descargó al punto. Después vinieron a las manos; los nuestros se defendieron por todas partes tan valerosamente, que, después de un largo combate, los enemigos tuvieron que retirarse con grandes pérdidas, habiendo sufrido muy pocas las tropas del rey. Luego fueron á atacar á las pinazas, creyendo que saldrían mejor, mas se engañaron. Al mismo tiempo todas las pinazas de los ingleses, que eran ciento cincuenta, cayeron por un lado y por otro sobre toda la flota. Largo tiempo estuvieron enzarzadas, sin que los enemigos pudiesen penetrar en ninguna de las barcas del rey, pero sin embargo, otras dificultades se presentaron, porque los enemigos tenían grandes palos mayores de navios atados los unos á los otros, y muchos maderos y coqueados de navío en navío para impedir el paso; mas en vez de desmenuzarse, cada cual echó mano al cuchillo para cortar los cables, al paso que con las picas y alabardas se disponían á destruir los palos y maderos que les estorbaban. Desgraciadamente Coussage, contra-maestre y teniente de Maupas, al cortar el cable que impedía el paso de su barca, le hizo caer, y se cayó en el fondo de la barca de Basilly, y un golpe de mar muy fuerte arrastró á esta contra el bagel á que el cable estaba atado, y de repente se vió cogida por una docena de lanchas; después de un largo combate, viendo que ya la resistencia era imposible, mandó repetidas veces que se diese fuego al pólvora para no caer en manos de los enemigos, á lo cual no quisieron obedecer, mas por último hubo que ceder á la fuerza y aceptar las proposiciones de los enemigos, que fueron las de pagar diez mil escudos por el rescate de M. de Basilly y de sus compañeros.

Ahora bien, en tanto que los enemigos se encarrizaban en este botín, veintinueve barcas llegaron felizmente á la puerta de la ciudad, á eso de las cuatro de la mañana; así que el centinela que se hallaba en el bastión de la Reina echó el quien vive; un crecido número de voces le respondieron en tumulto: Viva el rey! lo que infundió á los que estaban dentro una grande alegría.

M. de Toiras, al ver aquel socorro tan inesperado como oportuno, corrió á abrazar hasta en el agua á la flor de sus amigos y á todos los que venían con ellos; y pasados los primeros cumplimientos, se llevó á los recién venidos á sitios donde pudieran calentarse.

ATAQUE DE LOS INGLESES.—ASALTO.—BUCKINGHAM ES ARROJADO DE LA ISLA DE RÉ.—Al otro día que era el señalado para que Toiras enviase á Buckingham los artículos de la capitulación, los sitiados mostraron por toda respuesta á los ingleses, en la punta de sus picas, una gran cantidad de botellas de vino, capones, gallos de la India, jamones, lenguas de vaca y otras provisiones.

El mismo día los ingleses hicieron una tentativa para incendiar la flota francesa con broletes; pero gracias á las precauciones tomadas por el capitán Maupas, y por Toiras, fueron rechazados con grandes pérdidas; después de un largo cañoneo, lograron únicamente destruir unas veinte barcas, cuyos restos sirvieron para construir chozas para los soldados. Otro ataque dado el 9 de octubre contra las trincheras del fuerte, tuvo casi el mismo resultado, y los sitiados conocieron entonces que los de la ciudadela tenían pólvora y balas, porque los que tuvieron la imprudencia de adelantarse mucho, pagaron sus hazñas bien caras. El refuerzo que entró en la isla tan á punto se compuso de doscientos cincuenta soldados, cincuenta marineros, diez y seis artilleros, y mas de sesenta nobles que tomaban parte en aquella guerra.

Algunos días después llegó el rey al campamento ántes los muros de la Rochela.

Buckingham desanimado hasta lo sumo, habría levantado el sitio si no hubiese operado un cuerpo de seis mil hombres que hacía mucho tiempo le habían prometido, y si los rocheleses no le hubiesen suplicado de todas formas el que no les abandonase; pero bien luego tuvo que hacerlo, gracias á las armas de Richelieu. El 23 de octubre, desembarcaron ochocientos hombres en el fuerte de la Pré, con la misión de adelantarse las fortificaciones de este fuerte hasta el mar, á fin de facilitar el desembarco del resto de las tropas. Inmediatamente llegaron tambien otros setecientos, y nuevos cuerpos de tropas se iban reuniendo en crecido numero en diferentes puntos de la costa, esperando con gran entusiasmo la hora de marchar.

En la misma época Buckingham recibió un refuerzo de mil quinientos hombres; los rocheleses le trajeron ochocientos. El 6 de noviembre dió un asalto general á la ciudadela de San Martín, habiendo sido rechazado con una pérdida considerable. Entonces fue cuando se decidió á levantar el sitio; pero en la noche del 7 al 8 de noviembre, el mariscal de Schomberg, con el grueso del ejército de socorro desembarcó en Santa María, al sudeste de Ré, y uniéndose con Toiras, se puso á perseguir á los ingleses. Toiras, que, desde el principio del sitio contaba dos hermanos muertos, quería que no se perdiese ni un instante para cargar sobre los enemigos; pero el mariscal no quiso consentir en ello. Así se perdieron muchas horas, y cuando se decidieron á atacar, una parte del ejército inglés había podido ya ganar la isla de Oyé, lengua de tierra separada del resto de Ré por pantanos y por un canal sobre el cual habían arrojado un puente. La caballería, que cubría la retirada, fue deshecha, y la retaguardia, abandonada á sí misma, tambien quedó completamente destruida. El desastre de los ingleses fue terrible; tuvieron dos mil hombres muertos, y perdieron tambien entre abogados y prisioneros unos trescientos nobles y oficiales de consideración, con cuatro cañones y sesenta banderas. El 30 de octubre ya no quedaba un solo inglés en la tierra francesa, y á pesar de las súplicas de los rocheleses, Buckingham se dió á la vela para Inglaterra.

DIQUE DE LA ROCHELA.—CONSTRUCCION DEL DIQUE.—Richelieu, dueño de sus acciones después de la retirada de los ingleses, pudo volver todas sus fuerzas contra la Rochela. Esta ciudad había titubeado largo tiempo antes de declararse contra el rey, y aun se dice que el rompimiento de las hostilidades se debió solo á una equivocación.

El sitio ofrecía grandes dificultades. Lo que primero se hizo fue bloquear enteramente la ciudad por la parte de tierra; pero luego era tan difícil el cerrarla al mar, que muchos le creían basta imposible. Un ingeniero italiano llamado Targon propuso atajar el canal por medio de algunas invenciones propias, y cuyo secreto no quiso descubrir. A pesar de que Richelieu no tuvo en este ingeniero mucha confianza, le dió permiso para que ejecutara sus planes; mas al cabo de seis meses de trabajos hubo que renunciar á la empresa.

Dos franceses sacaron á Richelieu de aquel apuro: uno era Metzger, arquitecto del rey, y el otro era Triot, uno de los primeros albañiles de Paris.

Estos dos sujetos ofrecieron, dice Fontenay Mareuil, cerrar el puerto por medio de un dique de piedras, atravesado en el canal, cuyas piedras se tomarían en las dos riberas donde las había en abundancia, asegurando que por fofoso

que estuviese el mar, el dique resistiría. En efecto, Richelieu reuniendo en consejo á todos sus oficiales y dando parte al rey de las proposiciones, decidió que al día siguiente comenzasen los soldados á trabajar en ello.

Ademas, para proteger á los trabajadores, se construyó al mismo tiempo por el lado de Coureille, un fuerte llamado del Dique, y rodearon la ciudad de una circunvalacion que, á pesar de los obstáculos que presentaban la naturaleza y la estension del terreno, quedó enteramente concluida antes que se acabara el año de 1627. El dique se comenzó el 1.º de diciembre de 1626, y los trabajos se siguieron con mucha actividad. La víspera del día de Reyes estalló una fuerte tempestad que se llevó una parte de las construcciones. A fines de enero el marqués de Spínola, hábil general español, fué á hacer una visita al rey y le llevaron á ver los trabajos del sitio. «Este general, dice Richelieu, halló las obras muy hermosas y muy bien dirigidas, principalmente las del dique, asegurando que podría tomarse la ciudad con tal de que hubiese un poco de paciencia y no se cronometrara el gasto alguno.»

Para acelerar los trabajos, se arrojaban en el canal por el sitio donde debía cerrarse, grandes balsas llenas de piedras.

TENTATIVA PARA SORPRENDER A LA ROCHELA.—Por otra parte Richelieu lo arreglado todo con una prudencia admirable, y supo triunfar á un tiempo de las intrigas de sus enemigos cerca del rey, y de la mala voluntad de los señores que decían como Bassompierre: SEREMOS BASTANTE LOCOS PARA TOMAR LA ROCHELA, y sobre todo de la avaricia e incapacidad de los abastecedores del ejército; ademas tambien supo ganarse la buena voluntad de los sitios cercanos á la Rochela, poniendo un comisario especial para escuchar las quejas de los campesinos contra los guerreros, quitando al mismo tiempo todo préstamo de robos y saqueos, asegurando completamente las provisiones de las tropas, suministrando á los soldados buenos vestidos para el invierno, y haciendo pagar el sueldo no ya por conducto de los capitanes, sino directamente por los comisarios del tesoro. Así el *Mercenario Francés* dijo que el ejército de tierra empleado en el sitio de la Rochela costó, aunque era mucho mas considerable, dos terceras partes menos que el que fue derrotado en el sitio de Montauban en 1621.

Sin embargo, como los trabajos del dique iban con mucha lentitud, se intentó mas de una vez el apoderarse por sorpresa de la poblacion. Richelieu dió largos detalles sobre una de estas tentativas que estuvo á punto de salir bien. Pontis en sus Memorias, cuenta otra en la cual representó el primer papel, y en la que se mezcló tambien el famoso confidente de Richelieu, el padre José.

El padre José dice, supo que existía un grande acueducto por donde salían todas las inmundicias de la ciudad, y se creyó que pudiéramos meter algunas tropas de noche por este acueducto se entraría facilmente en la plaza. Entonces se formó la resolución de intentar esta buena empresa, y hasta se inventó una terrible máquina con este fin; pero antes hubo que reconocer si el pasage era bueno. Se habló de enviarme á mí... y en efecto salí para ello una noche que hacia muchísimo viento, lo que favorecía muy bien nuestros designios. Antes se habían ya colocado soldados de cincuenta en cincuenta pasos para que nos sostuvieran en el caso de que nos atacáran, y tambien con el fin de que nos indicáran los sitios en donde había fosos para que no pudiesemos perdernos en la oscuridad. Habiendo llegado al acueducto, me-

dimos su profundidad, y vimos que por todas partes tenía una horrible hondura de todo, lo que nos convenció de que era imposible atravesar por él. Nos volvimos pues, y dijimos que era preciso renunciar á aquella empresa en que podriamos perder hasta cuarenta mil hombres sin resultado alguno, pero el padre José al oír esto, se encolerizó diciendo que no era así, y que le constaba todo lo contrario porque un hombre de la misma Rochela se lo había asegurado muchas veces. Yo le respondí atrevidamente que lo mejor que podía hacer era mandar ahorcar á ese hombre que era un solemne embustero, y añadió que, aun cuando el pasage hubiera sido bueno, nada se habría podido hacer aquella noche, puesto que no había puentes en los fosos, y si solo una tabla por la cual apenas podía pasar un hombre. El padre José siguió gritando y decía que los puentes debían estar puestos en razon á que él había dado órdenes para que los pusieran, pero en último resultado como era cierto que no los había, aquel gran proyecto se desvaneció. El rey después de tomada la Rochela quiso ver este acueducto, é hizo ver al padre José los peligros á que había querido exponer su ejército.

EXPEDICIONES DE LOS INGLESES.—CAPITULACION DE LA ROCHELA.—Richelieu, como lo dice el mismo, tenía que vencer tres reyes para apoderarse de la Rochela: el rey de Francia, el de España y el de Inglaterra. Luis XIII, cansado ya, se volvió á Paris; y Richelieu, cuya partida lo habría echado á perder todo, no titubó en dejarle marchar solo, quedándose frente á la Rochela, de la que dependía su fortuna política en aquella ocasion. Los españoles, á pesar del tratado que habían hecho con la Francia, no enviaron una flota sino mucho después de la marcha de Buckingham, flota que permaneció muy pocos días ante la Rochela. La Inglaterra preparaba una formidable expedicion que se presentó en las aguas de Ré el 14 de mayo de 1628, compendiéndose de unos sesenta buques, los mayores de 1,200 toneladas. Los ingleses se imaginaban poder entrar sin obstáculo en el puerto, pero tuvieron que detenerse, dice un historiador, viendo guardada la entrada de la rada por una flota de veintinueve buques y una multitud de barcos y chalupas armadas. Los flancos de estas fuerzas navales estaban protegidos por las baterías que erizaban los dos promontorios de Bat y de Coureille, y las dos riberas del canal. Así pues, suponiendo que hubiesen podido forzar esta terrible barrera, se habrían hallado en frente del dique casi acabado, guarnecido de cuatro baterías á sus dos estremidades, y á los bordes de la estrecha abertura que había quedado en medio para el paso de las mareas. Ademas, esta abertura estaba protegida por un fuertecillo, que á su vez, estaba tambien cubierto por veinticuatro buques encadenados uno á otro en forma de media luna. Por la otra parte del dique hacia la Rochela, una segunda estacada flotante compuesta de treinta y siete buques encadenados, y una flotilla de barcas armadas, contenían los esfuerzos de los rocheleses para comunicar con sus auxilios; así que al cabo de ocho días, y después de haber lanzado tres buques sin éxito alguno, la flota inglesa tuvo que huir de bordo á la vista de los rocheleses consternados el 18 de mayo.

La miseria de los desgraciados habitantes de la ciudad había llegado á su colmo. Desde el principio del año se había empezado á sentir el hambre. Cuando entró Buckingham en la isla de Ré, le habían suministrado víveres, y ademas le habían permitido que se llevase trescientos toneladas de trigo. De este modo, la única cosa que les sostenía era la esperanza de la vuelta de los ingleses, y cuando la flota que esperaban

con tanta impaciencia les hubo abandonado por la segunda vez, los desgraciados rocheleses habían agotado ya todos sus viveres, y padecían además crueles enfermedades. La duquesa de Rohan y algunas personas ricas podían aun a peso de oro procurarse carne de caballo y algunas onzas de pan; pero los demás estaban reducidos á comer cuero cocido, yerbas y mariscos. Ningun socorro podía llegarles por tierra, en atención á que el bloqueo se sostenía con el mayor rigor. En vano la duquesa de Rohan escribió al rey pidiéndole permiso para salir de la ciudad con su hija y doscientas mugeres más, el rey se lo negó obstinadamente, y todos los que trataban de atravesar los muros eran rechazados ó ahorcados.

Esta cruel miseria causó más de una revuelta reprimida siempre por la energía del alcalde Guillon que los rocheleses habían colocado á su cabeza. Diez y seis mil personas habían muerto ya de hambre y de miseria, y Guillon, que no pensaba en rendirse todavía, se había negado siempre á capitular, esperando la flota que Carlos I debía enviar por tercera vez á su socorro. Retardada la venida de esta flota por la muerte de Buckingham asesinado el 23 de agosto en Portsmouth en el momento en que iba á hacerse cargo de su mando, se presentó, en fin, á la vista de la Rochela el día 18 de setiembre, compuesta de ciento cuarenta velas, con seis mil hombres de desembarco y un gran número de refugidos franceses, entre otros el duque de Soubise y el conde de Laval, hermano del duque de la Tremouille, que acababa de hacer su sujeción al rey. Pero era demasiado tarde; el dique estaba terminado, guarnecido de fuertes y de formidables baterías; la armada era muy fuerte; estaba llena de entusiasmo y deseaba de todas veras el combate. El comandante inglés conde de Lindsey, después de una escaramuza sin importancia, lanzó contra la escuadra un buquecillo cargado de pólvora, pero este buquecillo estalló en medio de la flota sin causar daño ninguno, yendo seguido de la flota inglesa que caminó inútilmente la escuadra por espacio de tres horas, habiéndose tirado por ambas partes más de quinientos cañonazos. A la mañana siguiente volvió á empezar el combate, pero con el mismo resultado que la víspera. Una tentativa que hicieron los rocheleses contra el dique fue también infructuosa, hasta que por último habiendo debido retirarse los ingleses de la isla de Aix, á causa de una fuerte tempestad, no quisieron de ningún modo volver á entrar en la pelea, prefiriendo entablar negociaciones con Richelieu, que consintió en acordarles una tregua de quince días, para que Lindsey pudiese enviar un emisario á Carlos I, pero antes de que se hubiese recibido la respuesta del rey de Inglaterra, la ciudad acosada por el hambre, capituló. «Hubo mugeres, dice Fontenay-Mareuil, que se comieron á sus hijos. Fue necesario poner una guardia en los cementerios temiendo que fuesen á desenterrar los muertos, para comérselos.»

— El dueño de la casa en que me alojé cuando entraron en la Rochela, dice Pontis, para haberme conocido hasta donde había llegado su miseria, me asignó que por espacio de ocho días se había sacado sangre mandándola freír para alimentarse á su pobre hijo, que sin eso hubiera perecido.»

Las condiciones que les impusieron á los rocheleses no fueron tan rigorosas como se esperaban: Richelieu escribió de su mano el 23 de octubre, en presencia de los diputados que le trajeron en las carrozas de Bassonpierre, porque no tenían fuerzas para poder audar: «Se prometerá la vida á los habitantes, el goce de sus bienes, la abolición de sus crímenes y el libre ejercicio de la religión.» El 29, una diputación compuesta de doce rocheleses fué á pedir perdón al rey, y al día siguiente entraron las tropas reales en la Rochela.

El alcalde Guillon que salió á recibirles á la puerta les echó una corta arenga; el mariscal de Schomberg le respondió que ya había dejado de ser alcalde y le despidió. Los soldados desfilaron por un medio de las calles cubiertas de cadáveres y se apresuraron á partir con los habitantes el pan que llevaban en sus mochilas. Ningun desorden se cometió gracias á la severa disciplina introducida en el ejército. El 10 de noviembre una declaración del rey decidió de la suerte de la Rochela. Por ella se restableció el ejercicio de la religión católica; los eclesiásticos y los hospitales volvieron á entrar en posesión de sus bienes, se abolieron los privilegios de la ciudad, y se destruyeron las fortificaciones del lado de la tierra.

Así cayó la última fortaleza del protestantismo en Francia que durante medio siglo había servido de refugio á los descontentos de todos los partidos.

BDESCUBRIMIENTO ARQUEOLOGICO.

En el pueblo de Maria, distante tres leguas de Zaragoza, posee un campo Antonio Pansa, y trató de allanar un pequeño pronomitorio para igualar la tierra, y no pudiendo adelantarse con el arado por los tropezos que encontraba debajo de la tierra, empezó á cavar con la azada y descubrió una gran losa que cubría una caja de piedra de forma de atahud; continuó cavando y halló varias sepulturas; unas con atahudes de una pieza, y otras con losas arregladas y colocadas en cinco piezas y con su cubierta tambien de piedra. En una de estas se hallaron dos cabezas muy consumidas y algunos huesos, que al pisarlos se convirtieron en polvo.

El sonido de los atahudes es como el de una caja pendiente de una cuerda. Como el dueño del campo es de poca posibilidad, solo ha descubierto de seis á siete sepulturas, y si le facilitan recursos continuará acaso descubriendo. Se cree que estas sepulturas serán de antes de la dominación de los moros, porque se halló una cruz de metal casi consumida, y los atahudes de una pieza, que serian de coste, servirían para personas ricas, y los que están en piezas para personas de pocos medios.

CARLOS VERNET.

La alegría de los franceses es cosa proverbial. Triunfantes ó vencidos, nunca han conocido la tristeza. Sus enemigos, vencedores, han sucumbido muchas veces bajo el lápiz de la caricatura. Aquí tenemos un dibujo, que, en punto á sátira mordaz no nos deja nada que desear. Puede darse nada más verdadero, y al mismo tiempo más ridículo, que esos insulares que acabados de desembarcar en Calais ó en Bolojia se precipitan á tomar la diligencia para llegar á París? Es dudo imaginar otra actitud mejor que la de ese John Bull recién llegado, ese Falstaff de la clase media británica que, con sus ojos de cámara, las piernas abiertas, y los pies cuadrados, parece estar tomando posesión del territorio francés? Y luego puede concebirse nada igual á ese gentleman tan almidonado mostrando su conquista á su peripetista lady, y su familia toda de una realidad tan grotesca, y por último los perfiles de ese elegante de la Gran Bretaña, y de ese general que cogió en los campos de Waterloo una rama del laurel inmortal?

Quién ha manejado el lápiz cruel y vengativo que ha deramado sobre esos personajes tan inaudita abundancia de

ridículo? Carlos Vernet, el segundo de este nombre, el segundo de la dinastía de los Vernet, hijo de José y padre de Horacio.

Nacido en Burdeos en 1758 y muerto en París en 1835, Carlos Vernet, es uno de los pintores mas originales que la Francia ha tenido en ese tiempo. Fue pintor de historia y de batallas, pero no fué en estos géneros en los que brilló, ni en donde supo conquistarse el puesto que le dejamos señalado. En lo que se mostró eminentemente superior fué en la pintura de caballos; como tambien en las caricaturas que han

servido de modelo á la mayor parte de los dibujantes que le sucedieron.

Como hombre, Carlos Vernet tenía el genio mas divertido que darse puede. Gítanse de él mil rasgos de valor y de gracia, así como una porción de dichos agudos que sentimos no poder trasladar á nuestras columnas en atención á que perderían todo su chiste en la traducción.

J. J. ARNOUX.

(Se continuará en los próximos números.)



Los Ingleses en Paris.

LA NOCHE DE NAVIDAD.

(Véase la pág. 64.)

— ¡Un sarampion! ¡Un sarampion! gritaba la declarada enemiga de los niños, ¡y qué bien que nos vendría un sarampion! Desde que dieron con la varusa, el demonio que pueda parar en el mundo; ni uno se muere. ¿Dónde vamos á parar? Esto es un loquero!

Los hombres que oían regañar á la bella Perona se pusieron á cantar:

Una pandoreta suena
Yo no sé por donde va,
Camina para Belen
Hasta llegar al portal,
Y dijo Gaspar
Que por buena que sea una vieja
Ni el mismo demonio la puede aguantar.

Restablecida un poco la calma que esta invasión de infantes conquistadores había producido, se apareció el alcalde

precoitado de una soberbia barriga, y seguido por un humilde alguacil llamado Florin.

El alcalde había sido compadre del marido de Beatriz; era viudo como ella, y había tiempo que andaba empeñado en que ambos dejaran de serlo. Pero no había que pensar en que Beatriz mutase de estado. Beatriz se hubiese dejado antes arrancar el corazón que su estado de viuda; no porque aborreciese á los hombres, ni le pareciera mal el estado de casados, sino porque el de viuda la parecía preferible á todos, mas tranquilo que ninguno otro, y mas cercano á la perfección á que aspiraba. El alcalde era un Crespo de pequeñas dimensiones. Tenía cuatro yuntas de buyes, un olivar, casa propia, y labraba un rancho á parcería con la viuda. En cuanto á Florin era amigo íntimo de la tía Pavona, y como los muchachos lo moñan y perseguían terriblemente á causa de su estraña figura, las largas conversaciones de estos dos amigos hallaban inagotable pabulo en murmurar y reñegar de cuanta criatura viviente bajaba de 20 años.

Después que el alcalde hubo bebido un trago de mistela

que le ofreció la dueña de la casa, le suplico que cantase.

Esta, que poesía muy buena voz, y tenía un placer en cantar cosas santas, consintió desde luego, y habiendo las demas vuelto a cojer la pandereta y zambomba para acompañarla, empezó a cantar así esta villancico:

Pues la noche está fría
Y está serena,
Canta los villancicos
De Nochebuena (bis).
El niño ya ha nacido;
Venid pastores,
No le temáis al frío
Ni a sus rigores (bis).
A un portalito pobre
Se han retirado,
Donde el buey y la mula
Lo han albergado (bis).
En ese portalito
Su rama ha sido
Una paja de paja
Que han recogido (bis).
Aunque en Belén se tra
Tan pobrecito (bis).
Te creo rez podaron
Pero muy rico,
Que a comestiar bajastes
Todas las almas,
Poco sinarame (bis).

Las mujeres cantaron enseguida estas coplas:

La Virgen lava pañales,
Y los grande en un comero,
Los pañales cantaban,
El agua se iba riendo.
La Virgen está lavado
Las polveritas manillas,
Y San José las tendía
Al sol en las manillas.

Entró a la sazón un pastor, pariente de Beatriz, con su zamarra, sus alforjas, su chivata. Venía del campo, como lo atestiguaba el olor a tonillo de que estaba impregnado. No bien entró, cuando le dijeron que dijese una relación, lo que hizo sin hacerse de rogar, y fue esta:

¡Alegría, alegría, alegría!
Que ha parido la Virgen María,
Sin dolor ni pena
A la dulce de la Nochebuena,
Un hijo tan hermoso
En la fuerza y vigor del nacimiento,
Y sin manillas,
Cuando viene a su hijo chiquito
Metido entre pajas,
Le bailaban haciéndose rajas.
Se asombra el ganado,
Los pastores bajaron al prado,
Y ven de repente
Cuatro bueyes muy repugnantes,
Y luego el momento
Por quitarse de ese pensamiento,
Si era cosa mala
Un invento de aquellos con alas
Los chicos azules,
Arrimados aquí a estos portales,
Ninguno se asombró,
Que esta fiesta se hace por el hombre,
Con este consuelo
Los pastores bajaron de un vuelo,
Llegan al establo,
Y del cielo bajan un regalo:
En un pecerito
Ven a un niño con su regalo,

Y por todos lados
Ven ángeles arrebatados
A la dulce madre,
Y a sus brazos, que nunca fue padre,
Ven dos amantíes
Recostados sobre los umbrales,
Placiendo la cuenta
Se cantaron con gran reverencia:
Llegan a la Virgen,
Se arrodillan y llamanle la diosa:
Señora del cielo,
¿Cómo a Dios teméis por el suelo?
¡Misterio profundo!
En buen hora paristeis al mundo;
Mi niño, no flores
Que me quemas con agua de amores (1)
Adiós, gran Señora,
Padre Pepe, adiós por ahora
Que vamos a casa
A refrescarnos todas sin tasa.
Adiós mi niño,
Dormaos y dormid un poquito.
Alívate, señor buey.
Señor mulo, con alas os quedéis.
Y así se fue saliendo
Llévate pastores, y a Dios bendiciendo.

— ¡Otra, otra! clamó el auditorio a una voz.
— ¡Otra, tin Gaspar! ¡Así Dios es de salud! Ta Pavona, un vaso de mistela a Gaspar, que trae tanto frío como sel, gritó el alcalde.
— Toda la mistela se la ha dado la tía Pavona a Florin, chilló una voz de tiple, que salió de un grupo de niños sin editor responsable.
— Es muchísima mentira, dijo con su agría voz la tía Pavona, apareciendo en medio del cuarto con un vaso de mistela en la mano, y echando con sus desaparejados ojos furibundas miradas hacia el grupo de niños. Las muchachas, que estaban numeras de risa, cogieron la pandereta y se pusieron a cantar:

Francisca, por tu tejado
Ya subiendo una cubetera;
Maíz como paja el sol,
Mas pica una mala lengua.

— ¿Burlarse de las canas? ¿Quién vio eso? decía furiosa la tía Pavona a su amigo Florin.
— El mundo anda perdido, contestaba este.
Entre tanto Gaspar había bebido su vaso de mistela, y recitaba la relación pedida.

Hacia fuera caminando
Día una niña peinada,
Montada en un jumentillo,
De un zancano acompañada.
Vámonos, vámonos de prisa,
Porque ya la noche viene,
Y quizás no encontraremos
Casa donde nos alberguen:
Abre, abre, meoquera,
La puerta de tu mansa,
Que está María de parir.
La tía, al oír estas palabras,
Salió al punto el mesonero
Diciendo: ¿quién es quien llama
Con tanta prisa a mi puerta,
En una hora tan mala?
Yo soy, le respondió el santo,
Que vengo a pedir posada
Para un polvencito nacido
Y una doncella peinada.
El mesonero responde,

1. ¿Qué posta callóse jumas más bellamente las lágrimas?

Vaya San José con Dios,
Que yo no quiero esta noche
Mas ruido en mi manco.
¡Ay! ¡Dios me alivie!
Hálo ya caridad:
¿Que el vívoro tan pobres
Te marra a piedad!
No doy posada ninguna
Si no me apacenta la paga;
Que con recoger a pobres
Ni bolsa no gana nada.
El mesonero era fuerte,
Y al cerrar el alcaide,
Se le saltó el otro ojo.
Que fui castigo de Dios:
Y bien merecido,
Por las temerarias
Ya puede vendarse
Copiales y estacas.

En este instante sonaron las ánimas. Sucedió a la alegre algazara un profundo silencio. Se pusieron todos en pie, y los hombres se quitaron los sombreros.

En esta hora, que la Iglesia dedica a las ánimas, los católicos unen sus oraciones a las de su santa madre, y un clamor unánime y universal en el orbe católico llega al trono de Dios cual una humilde intercesión que el Señor de la misericordia no desatiende. Este santo recuerdo, que la Iglesia ha instituido, es eterno como todo lo santo—vence al poderoso tiempo.—Destruye al ingrato olvido, y todo muerto católico deja en la tierra miles de hermanos que por el orán. Beatriz, como dueña de la casa, dijo en voz alta la siguiente oración, que fue seguida de la dominica. (1)

Ánimas benditas heles
Que en el purgatorio estáis,
Tremados penas ansias
Y tormentos mil crueles.
El Señor que os redimió
Tenos por bien llevaros
A la gloria que os ganó.

No parecía sino que la campana de la iglesia, al imponer con su grave voz silencio, había tenido dos fines para hacerlo, y que después de implorar el socorro espiritual para los muertos, lo implorase material para los vivos, dando lugar con la repentina suspensión de la alegre algazara a que llegase a oídos de todos, apenas hubieron concluido la oración, un quejido!

— ¡Dios mío! ¿a quién no estremece un quejido? ¡un quejido que es un llamamiento a la humanidad! ¡un quejido que es a veces el triste desahogo de la mansa resignación, a veces el desatinado grito de la angustia, a veces el bruto de la desesperación, y a veces el estorber de la muerte! ¿Que corazón no saltó en el pecho que lo encierra al oír un quejido? ¿qué alma no se estremeció, y qué voluntad hubo bastante fuerte para no arrojar al hombre a prestar socorro? ¿qué corazón hay de hierro que un quejido no hiera como un cuchillo, que no atraviese como un puñal?

— ¡Dios mío! ¿quién puede oír esa suprema expresión del sufrimiento, aunque sea en un pobre animal, privado de todo, hasta de la compasión, ese eco que existe en el corazón del hombre para el dolor, y no acudir en su auxilio? No lo concebimos, y confesamos que todas las penas culpas de los hombres, al lado de esa, nos parecen pequeñas. Y ahí hallamos la atroz y doble inhumanidad de la pena de

(1) Llámase así el Padre Nuestro por dirigirse a Dios, porque dominico es lo perteneciente a Señor amo.

muerte, y es enseñar a todo un pueblo a presenciar inerte, y sin volar a socorrerlo, la muerte dada voluntaria y premeditadamente a un hermano criminal. ¡Oh sí! ¡La civilización, si es que progresa, (1) acabará con esa tremenda licencia del hombre contra el hombre! ¡La pena de muerte, ese crimen de lesa humanidad, desaparecerá! Pero esta santa reforma no la harán los muradores revolucionarios, la hará la civilización con su legítima bandera, la religión cristiana!

El primer quejido que se oyó, débil y plañidero, dejó a todos suspensos y como aterrados, porque el contraste de las sensaciones que experimentaron los que participaban de aquella alegre fiesta, en aquella tibia e iluminada estancia al oír el triste quejido que les llegaba de fuera, en donde reinaba la noche tan fría y tan oscura, era demasiado grande, la sacudida que les causaba demasiado fuerte para que no firtase al pronto sus ideas y suspendiese sus facultades. Pero al oírse poco después el segundo, todos simultáneamente se lanzaron hacia la calle. La primera fue la buena vida, a quien siguió de cerca el alcalde. Pocos pudieron imitarlos, porque apenas había salido Beatriz cuando volvió a entrar con un niño en los brazos.

Quien conocía la caridad de las mujeres en general, y de las españolas en particular, sobre todo si esta se ejerce sobre un ángel de Dios desvalido, podrá figurarse la manera con que todas las que allí se hallaban rodearon a la vida, y las exclamaciones de lástima, de cariño y de dolor que como un santo coro salieron a la abandonada criatura; en cuanto a Beatriz, lloraba a lágrima viva; abregaba contra su saliente pecho el arreído y desfallecido esposito; calentaba sus yertas manitas con su aliento, y acercaba sus piecitos al brasero.

(Se continuará.)

DIGNIDAD E IMPUDENCIA.

Un labrador nomando había reunido un gran perro de presa y un perrillo muy mal humorado que vivían juntos a la puerta de su casa para guardarla. El perro de presa, apoyado en sus grandes patas como un león, miraba pasar los hombres, los chicos y los animales con la tranquilidad que da la fuerza; en tanto que, por el contrario, el perrillo sacaba la cabeza al menor ruido de pasos, gruñía en cuanto distinguía una sombra, y ladraba sin reparar a todo el mundo.

Un día un caballo que entraba muy cansado del trabajo, se volvió al oír los gritos con impudencia.

— ¡Parqué, pues, dijo, el perro vigoroso que nos guarda a todos se está ahí tan digno y tan tranquilo, mientras que ese impudente no cesa de aturdirnos!

— No te sorprendas de nada, respondió un buey que ru-

2. Aunque de rato dudamos, apoyamos en otro juicio, entre otras muchas autoridades, en la del famoso Sr. los Switzer. Este ilustrado y sabio literato, con gran habilidad, miembro de la academia, cuyo gran saber y amor al bien se extendió en universal simpatía sobre todos los partidos en Francia, en particular en el liberal a que pertenecía, dice así en sus *Mélanges*:

«No hay polipensante voz de la química, que vale lo mismo que regeneración) específicas para la actual organización del hombre. Si las especies tuvieran ese privilegio, el mundo hubiera crecido, la planta hubiera sentido, el animal hubiera pensado, y agotado esta perfección progresiva, estaríamos nosotros en camino de la comprensión. Nada de esto ha sucedido desde el día de la creación, que entró a los seres en ciertas posibilidades de progreso.»

Estas posibilidades hubiera podido analizar el sabio pensador, esta continencia y marcadas en el Kangelon.

miaba á poca distancia de los perros; las capacidades verdaderas se recomiendan bastante por sus servicios sin necesidad de meter ruido, pero los tucos inútiles escandalizan porque no pueden hacer otra cosa.

¡Cuántos hombres hay en este mundo que imitan al perrillo!



Dignidad é Impudencia, por LASSERRE.

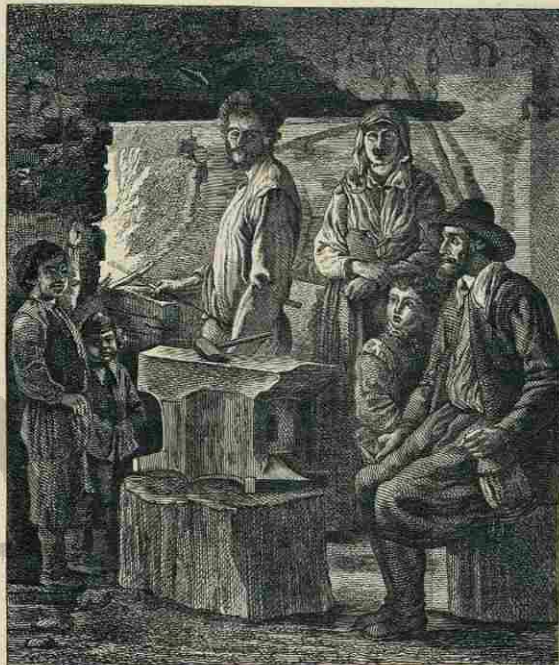
impotente vanidad. Si todos los hombres tuvieran la estatura de Goliath no se levantarían los pequeños en la punta del pie.

Ya sabemos que hay otro medio más seguro, y es la resignación modesta que se contenta con el puesto que Dios le señaló, conformándose á él sin murmurar. Pero no todos han recibido el don de abnegación y de paciencia: para obtenerle, ay que apartar la vista de las cosas de la tierra, y

gritan porque su voz es poco fuerte, insultan porque se les desprecia, y enseñan los dientes porque tienen miedo de que se les zurre! La impudencia es la miseria de los débiles, como es el desden la de los fuertes. Bien considerado, en el fondo de esas insolencias sin pudor se vé la rebeldía de una

buscar más alto un objeto que no depende del fallo de los hombres. Para aquel que considera la sociedad como una casa de comercio cuyos intereses deben pagarse en poder, riquezas ó placeres, la vida no puede ser sino una escuela de egoísmo, de exigencia ó de orgullo; pero el que sabe ver en ella una prueba que revela el valor verdadero de nuestra alma, está se somete gustoso á hacer el papel que le toca y nada más.

LENAIN.



La Fragua.

M. Chamfleury acaba de publicar un folleto lleno de concienzudas investigaciones sobre la historia de los tres hermanos Lenain, que, hasta ahora, había permanecido en la más profunda oscuridad. Nos cabe el mayor placer en dar á conocer á nuestros lectores los resultados del detenido trabajo de este joven autor; pero antes de consignar aquí algunos de los interesantes extractos que ha sacado M. Chamfleury de los preciosos manuscritos de la Biblioteca nacional, á cuyo beneficio los tres pintores de Laon han salido de las tinieblas en que yacían, diremos algunas palabras de la *Fragua*. Este cuadro, que es uno de los más notables que existen en el Museo del Louvre, puede atribuírse sin duda alguna á los Lenain, pero, á cual de los dos hermanos? Esto es lo que se ignora. El aspecto general del cuadro, dice el autor del *Ensayo sobre la vida y obras de Lenain*, es algo duro y negro, y aun hasta negro y verde en las sombras, pero esta dureza misma, que hace que los cuadros de Lenain no sean muy apreciados de los aficionados á lo bonito, es por el contrario una de las principales cualidades de este pintor. Por mi parte, me atrevera á asegurar que solo

hay un defecto en este interior de fragua. Un herrador está calentando á la lumbrera una herradura para machacarla dentro de un minuto en el yunque, y otro hace andar los fuelles de la fragua, en tanto que un muchacho con las manos cruzadas por detrás contempla la escena con indiferencia. La mujer del herrero, gruesa campesina vestida con el traje que se lleva en el norte de la Francia, se halla en frente del espectador, con una mano encima de la otra; el padre está sentado en un rincón, con una gran botella en una mano, y en la otra un vaso de vino. Estos seis personajes llenan todos una fisonomía inteligente, sobre todo el herrero, pero sus actitudes están un poco estudiadas, todos ellos miran al público sin mirarse entre sí, y, aunque se hallan bien agrupados, casi puede decirse que no hay acción; falta en el cuadro el movimiento de una fragua donde se trabaja con actividad, lo que hace suponer que el herrador con su familia, no fué primitivamente más que un retrato de Lenain y sus parientes, tanto más cuanto que según la tradición popular el pintor había sido herrero. Una prueba nos suministra el mismo cuadro que puede corroborar-

rar esta opinión, y es la distinción que presentan los tipos, la melancolía que puede estudiarse en este lienzo, y en la obra, poco considerable, de los Lenain.

He aquí uno de los curiosos extractos de que hemos hablado mas arriba, y que está sacado, por la primera vez, de los voluminosos manuscritos del benedictino Domi Grenier: despues de haber manifestado que había tres hermanos Lenain nacidos en Laon, el docto religioso añade lo siguiente: aprendieron en esta ciudad siendo discípulos de un pintor extranjero que los enseñó los elementos del arte por espacio de un año. Enseguida pasaron á París para perfeccionarse viviendo juntos en una misma casa. Antonio se llama ha el mayor, que fué aprobado como pintor el 16 de marzo de 1629 en la abadía de Saint-Germain-des-Prés. Lo que hacían mejor eran las miniaturas y los retratos en escuro. Tanto el, como sus dos hermanos entraron el mismo día en la Academia real de pintura y escultura, y sus certificados de recepción llevan la fecha de 1648, con la firma del obispo Lebrun. Luis desollaba en los retratos de medio cuerpo; murió tres días despues de su hermano y ninguno de los dos fue casado. Mateo lew sobrevivió. Este último había obtenido el título de pintor de la ciudad de París el 22 de agosto de 1633, y el 13 de setiembre de 1662 entró tambien como pintor en la Academia real. Se cuenta que cuando estaba haciendo el cuadro de la reina madre, Luis XIII que estaba presente, dijo que *la reina no había sido nunca pintada tan favorablemente...*

Esto es todo lo que se sabe de positivo, sobre estos tres hombres, cuyas obras son rarísimas en el día, y que sin embargo ocupan uno de los mas altos puestos en la historia de la pintura francesa.

(J. J. ANSOUX.)

LA NOCHE DE NAVIDAD.

(Véanse las págs. 69 y 77.)

Las mujeres se afanaban en prestar mano á la buena obra: una traía de la cocina un poco de caldo, la otra un poco de vino; y aquel pobre niño, bajo la influencia de esos cuidados simpáticos, iba reviviendo: el calor volvía á hacer circular activa su sangre; por fin, abrió sus ojos, y miró con asombro cuanto le rodeaba; y prorumpiendo en llanto, dejó caer su cabeza sobre el seno de Beatriz, llamando á su madre. Tendría la pobre criatura abandonada sobre dos años; traía puesto un capisayito de bayeta color de castaña, y en la cabeza una marmolita de punto de lana encarnada, todo pobre y raído.

No era el niño del lugar; allí nadie abandonaba sus hijos. Había su madre de ser transeunte, y haberse alejado tan luego que allí espuso al niño. Es imposible que las personas mas cultas y delicadas discursen mas consuelos y mas halagos que los que fueron puestos en juego para consolar á la pobre criatura. ¡Tan cierto es que la verdadera delicadeza es hija de la bondad, y tiene su fuente en el corazón! No obstante nadie logró mitigar la angustia y el dolor de aquel niño infeliz, cuya madre no respondía á su llamamiento; nadie pudo borrar en su congojado animo la estrañeza y repulsa que le inspiraban las caras estrañeras de que se veía rodeado; quien lo logró fueron los demas niños. Este montadote una cascada, el otro dándole un biscocho, un terezo enseñándole una muñeca, y cuando la consabida voz de tiple se acercó, y pasando sus manitas por las

mejillas le dijo: ¡miel gatito pan con ajo, etc.; las lágrimas se secaron y la sonrisa se asomó á los labios que poco antes gemían en espantosa congoja. Con la del niño volvieron todas las sonrisas á todos los rostros, y mas bellas y alegres que antes, porque en ellas brillaba la santa satisfacción que comunica al hombre la buena acción que se ha hecho; por que digan lo que quieran los optimistas, píntenlo como solo fruto del bien en este mundo la ingratitude y la injusticia, la mala interpretación y á veces hasta el ridículo, no hay tal, no hay tal; el bien que se hace trae aun en este mundo su recompensa interna y esterna; el que olga lo contrario es porque ha hecho poco bien en su vida. Uno de los hombres mas caritativos que hemos conocido, y que toda su vida espargió al rededor suyo el bien, como el labrador esparró el trigo al sembrarlo, solía decir: «Muchos se quejan de la ingratitude, y yo me quejo de la gratitud que me persigue é importuna». Este hombre, era nuestro padre! Perdonémosle el santo orgullo que nos nuevo á nombrarlo, y este recuerdo al esparrir las ideas y sentimientos que inculcó á sus hijos.

— ¡Oh, caridad, virtud de las virtudes, placer de los placeres! Tú, que eres tan buena, que en todos los corazones te introduces aun en aquellos que te despiden de palabra, no nos abandonas nunca! Santa caridad, ¡que sería el mundo sin ti!

— ¿Cómo te llamas? preguntaba Beatriz al niño que todos seguían rodeado.

— Memé, memé, respondió el niño.

— Eso es que se llama Manuel, Manuel, gritaron las mujeres.

— ¿Comadre, y que vá usted á hacer con ese niño? preguntó el alcalde.

— ¿Y qué he de hacer? contestó la buena viuda; quedarme con él, ampararlo, prohibirlo, ¿No ves, compadre, que ese niño que en esta santa noche aquí á mi puerta lloró de desamparado, de hambre y de frío, me lo envía el niño de Dios? ¿Había de cerrarme mi puerta? ¿Había de desentenderme del llamamiento? ¡No lo permita Dios! Y tomando al niño por la mano, con esa santa exaltación que inspiran los sentimientos religiosos, se acercó Beatriz al nacimiento: «Señor, dijo, tú me lo envías; por tí lo prohibo, por tí le seré madre, por tí hago esta obra de misericordia, por tí; por tí.»

— ¡Bien hecho! ¡bien hecho, Beatriz! gritaron en coro las mujeres. Dios te premiará tu buena obra, mujer, que quien bien hace, para sí hace.

Cuando dijimos que todas las caras sonrían, dijimos mal, porque una había que lejos de prestarse á hermosear su cara con esta gala del rostro, la había encapado mas de lo acostumbrado; era esta la de la tía Pavona, que decía á su amigo Florín: «¡Habrás gran picarona que haya abandonado á su hijo! amigo, no teñicos; pero si se tienen, que cada cual cargue con su cruz. ¿Pues qué, no hay mas que echar hijos á puerta agena? ¡Tunantón! ¡Rullana! ¡Hereje! Si se habra figurado esa juda que esta casa es la inglesa? No, no, en esta casa no se quieren ridulos. ¡Niños! de ellos nos libre Dios! ¡Don que los propios son, y no son mas que pesadumbres! Dios vive, me harté de criarlos, me destetaron, Florín, y cuando fueren mozas se los llevó el rey, y los franceses de Napoleón, maldivos son, me los mataron; de manera, que despues que los di todo mi calor, no tengo en mí vejez la cara de nadie, y tengo de servir en lugar de tener quien me mantenga en mi casa.

Pero al oír la perentoria declaración de Beatriz, de prohibir al pobre espósito, la tía Pavona se levantó erguida como

Junio, francó el entrecejo como Júpiter, y como Aquiles á su tienda, se retiró á su cuartucho muy resuelta á quedar completamente estraña á la crianza de ese niño.

EL DIA DE REYES.

Los tres reyes del Oriente caminan con agua y trigo, hasta llegar al portal á ver al recién nacido. Los reyes magos caminan guiados por una estrella hasta llegar al portal donde hallaron la mas bella.

Seis años habían pasado; seis años en los niños traen extraordinarias mudanzas. El pobre espósito, que tan feliz amparo halló en la casa de Beatriz, se había hecho un hermoso muchacho, que á la sazón contaba ocho años. Era este niño tan hermoso, y había sido tan bien criado por su madre adoptiva, que era querido de cuantos lo conocían, porque el regalo le era anexo como al suave arroyito su murmullo, se miraba en el niño como en un espejo. Cuando Beatriz, gozándose en su obra, le recordaba lo mal que había recibido al pobre niño, la tía Pavona, para no dar su brazo á torcer, contestaba á su ama, que era tambien medio parienta suya: «Si, sí, era hijo, era hijo para el rey! Si hay una guerra con el frances, ya verás! Se te han de secar los ojos de llorar. ¡Hijos no son mas que pesadumbres!

La viuda, aunque había llegado á los cuarenta y cuatro años, se mantenía fresca, suave y serena.

El alcalde había aun ensanchado un poco las pretinas de sus calzones; pero por mas que había hecho, no había podido estrechar los lazos que le unían á su parvera, que no quería mas parcería que la del rancho.

La pergamino tía Pavona no estaba ni mas vieja, ni mas flaca, ni mas fea; porque desde que tuvo la honra de presentarla, no cabía en estas tres *antigracias* el mas. Tampoco había el mas en su amistad con Florín. Seguía esta en su apogeo, dando un mentís á los pesimistas, que llegan la constancia en la amistad, y un triunfo á los optimistas, que la creen austera y pura, por intima que sea.

Las fechas en que tuvieron lugar los sucesos que vamos retrayendo son bastante atrasadas para que aun se celebren las fiestas religiosas y populares, representando á lo vivo los hechos que solemnizan. No existían por entonces periódicos melifluros, de tan delicados organos dulcíficos, que las zambombas y pandeteras les causasen jaquecas, ni salidas santas impresas y ambulantes que llevasen por todo el reino tan interesante noticia.

Entonces las zambombas y pandeteras, que hoy día atruenan los nervios de los periodistas, causaban á todos un sentimiento de placer y alegría; entonces éramos todos españoles, patriotas y teñidamente, los éramos de alma y de corazón, de costumbres, gustos y lenguaje; éramos hermanos, y no enemigos; no teníamos mas que una bandera, una fe y una ley. Es cierto que no había *dandys*, *coquetas*, ni la profesión y riqueza de palabras francesas, con las que los periódicos de la capital ostentaban su valer y adelantos en lo *fashionable*; pero salíamos entonces derribar al coloso ante quien Europa doblaba la cerviz, y cada español ser un despreciable héroe para defender la independencia, el altar y el trono. Aprendid ilustrado hay que está persuadido

que desde entonces á acá hay trescientos años, y que mira al noble vencedor de Bailen como un anacronismo. Hijos predilectos de la precocidad, tened presente que si los españoles dejamos de ser españoles haciéndonos *dandys* y *coquetas* etc. además de dejar de ser una cosa muy buena, seremos una cosa muy ridícula, no solo porque lo son vuestros modelos, sino porque siempre se ha dicho que mas vale un mal original que una buena copia. Queréis guiar la opinión presentando las vuestras, acabadillas de salir del cascarón, como modelos. Tened presente que para aspirar á guiar la opinión se necesita, según la espresion vulgar, tres pares de tacones, ó según una náutica, algunas arrobas de lastre. Contentaos con vuestra bellísima corona de Hebe; adornada con los frescos laureles de Apolo; adornad á Téspicore; idolatrad á Júpiter; cantad á Venus y á su hijo; ensalzad las gracias, pero dejad á Minos, á Baque y Radamante pesar los destinos del mundo.

El día en que volvemos á anular nuestra relación era el de Reyes. Afanabase Beatriz aquella mañana con algunas vecinas en vestir á Manolito de ángel.

Sobre un vestido ceñido al cuerpo, de punto color de carne, le habían puesto una corta túnica blanca con mangas cortas y anchas bordadas de plata; sujeta en los hombros y pecho con brachios de piedras. Rodeaba su talie un cinturón de plata. Celaba su cabeza una corona de rosas, y en los pies llevaba sandalias con cordones de plata, y en la espalda tenía coloradas alas de brillantes plumas. Cuando estuvo vestido, lo llevó su madre á la iglesia. Allí se halló puesto el mismo al pie del altar. La Virgen y San José eran dos hermosas efigies, y entre ambos estaba el recién nacido echado sobre paja. A cada lado se colocó un niño vestido de ángel, de rodillas, con sus manitas cruzadas en señal de adoración. Como para esto se elegían entre los mas bonitos y acomodados que había en el pueblo, uno de ellos había sido Manolito el de Beatriz, que reunía estas circunstancias. ¡Bañil! ¡báñese sído el ver un cuadro vivo mas lindo que el que formaban esos dos niños en adoración ante el Dios de los ángeles! No había ni un corazón frío ni ojos secos en aquella santa fiesta. Entraron entonces gravemente muchos hombres vestidos de pastores, trayendo sus ofrendas al recién nacido; hallando luego al pie del altar, con movimientos lentos y graves, baile que causaba la estraña y ferviente sensación de devoción que causa la bellísima danza de los seis en la catedral de Sevilla, con su origen tan antiguo, su estabilidad tan respetable, y su orígen tan magnífico se halla. Toda innovación se estrella contra aquel santo templo, como las olas del mar sobre una roca: el tiempo desgasta sobre ella su diámetro rodadora la impiedad se replega, baja su aldiva cabeza y busca otro campo en que lidiar, ¡Salve, santo templo católico! Conservaré siempre España como su mas preciosa joya, como su mas santo tabernáculo, como el mas grandioso pantón del mas santo de sus reyes.

Señor! A los pastores los mas pudientes del pueblo vestidos de ropas magos, y montados sobre bien enjaezados caballos y seguidos de su séquito. Procedían una luciente estrella. Llegados que hubieron á la iglesia, se aparearon. El primero que entró, que representaba un magostaño anciano con barba y cabello blanco, se arrojó ante el recién nacido, y ofreciéndosele, le dijo: Os traigo incienso como á Dios. El segundo, que representaba el rey Gaspar, se arrojó igualmente, y al disponer su ofrenda, dijo: Os traigo mirra como á sacerdote. Por último, el rey negro Melchior ofreció oro, diciendo: Os traigo oro como á rey.;

Quien durante esta tierna ceremonia hubiese podido distraer su atención del devoto cuadro que hemos descrito, y la hubiese parado en un forastero que se hallaba cerca de una columna, hubiese notado que aquel hombre fijaba sin cesar a Manolito, ó, por mejor decir, á aquel ángel bello que estaba al lado del pesero tan inocente, tan penetrado de la adoración que le inspiraba el misterio, tan embelido en su contemplación, que no parecía sino que era realmente lo que allí se representaba. Este hombre tenía buena presencia, y manifestaba como unos cincuenta años. Vestía, aunque con mal gusto, bien y aseadamente, y tenía en la recta línea de su espalda y en lo erguido de su cabeza algo que indicaba al militar.

Cuando la función hubo concluido, se preguntaban unos á otros en los grupos que se formaron en los porches de la iglesia quien era aquel forastero.

Solo podía contestar á esta pregunta el mesonero, el que lo hizo con la prosopopeya y el aire importante como lo haría el dueño de Mivarts hotel en Londres al decir que tal ó cual rey ó princeda, emperador ó barón, Nabab ó desterrado político honraba su establecimiento. Supose que el forastero era un *teniente capitán* retirado, que pensaba descansar sobre sus laureles, aunque todavía por lo visto no había decidido dónde asentar sus reales, fijar sus cuarteles de invierno y colocar el reclinatorio de sus laureles.

Un *teniente capitán* mal vestido y de cincuenta años en un ejército, no llama mayormente la atención; pero no así en un pueblo del tenor de aquel en que hizo su entrada triunfal el susodicho veterano, en pos de los reyes, en contraposición de la estrella, que iba delante; allí un *teniente capitán* llama extraordinariamente la atención, es un personaje muy visible, y si me apurais dire que es una notabilidad.

El militar observaba, haciendo algunas preguntas á los paisanos que se hallaban á su lado, á un grupo de mujeres, entre las cuales estaban Beatriz y la tía Pavona, que se esforzaban por sustraer á Manolito á los carinos de las mujeres, y envolverlo en una abrigada manta.

— El demonio del *mitliracha* ese, que no nos quita ojo! dijo una muchacha.

La pobre tía Pavona, que consagraba cierto cariño á la tropa por haber pertenecido á ella sus hijos volvió la cabeza, miró con sus disparatados ojos al forastero, y dijo:

— Pues es un real mazo.

— Un real viejo, replicó la muchacha.

— Calla, pispireta, que los *meletares* no llegan á viejos en su vida de Dios.

— ¿Y cómo sabe usted que es *meletar*, si no trae cascaca? ¿Le ha echado á usted algún requiebro?

— No me ha dicho ni buenos ojos finos, cuclisecada.

— ¡Ya! Al menos que los suyos no estuvieran lueros.

— Se lo conozo en lo girocho, ¿estás?

— Tía Pavona, si la oye á usted Florin se va á amoscar.

— ¡Ay! Que nos viene siguiendo, dijo otra.

— Ya, como que ha notado que á la tía Pavona la ha entrado por el ojo derecho, que es el que tiene como Dios manda.

— Eso lo llaman los que sirven al rey hacer la retaguardia.

— Tía Pavona, la docencia manda que le diga usted que toque la retirada estando por medio Florin.

— ¿Queréis callaros, satanas descaradas? exclamó sofocada la tía Pavona. Sobre que las mozelas hoy día no gastan ni respeto ni recato! alegrarme había de que el *meletar*

os plantase una fresca que os sacase los colores á la cara, lato de cascabeleras, cabezas de chorlitos sin meollo ni sentido.

— Vaya, déjelas usted tía Pavona, dijo la buena Beatriz, los pocos años, señora, los pocos años, alegría, y no mas que alegría.

Habían llegado á su calle: las muchachas se fueron á sus casas y Beatriz entró en la suya con el niño y la tía Pavona; pero, ¡cual no sería la sorpresa de la recatada viuda, cuando vio que en seguimiento suyo se entró marcialmente el militar como Pedro por su casa. Beatriz, que había quitado la manta que envolvía al niño para desnudarlo, se paró, y preguntó al atrevido:

— ¿Quo se os ofrece, caballero?

— Señora, respondió este, tan solo, y con licencia de usted, una pregunta y me retiro; porque yo no estoy demas en ninguna parte.

— ¿Y cuál es esa pregunta, señor?

— ¿Ese niño es vuestro?

No es posible expresar el sombrero que se pintó en el semblante de Beatriz al oír aquella inesperada pregunta.

— ¿Y con qué derecho, con qué motivo y con qué objeto me haceis tan extraña pregunta? dijo al fin haciéndose dueña de su conmoción.

— Si me asegurais que es vuestro, toco en retirada y escusado sería contestar á las preguntas que me haceis; si no fuese el niño hijo vuestro, os las contestare una por una.

— Es que yo no tengo que dar cuenta á nadie de si es ese niño mi hijo ó no... y no responderé.

— ¡Hola! ¿Con que es un misterio como el santo?

— No, no es misterio: el niño es mío y muy mío, ya es lais contestado.

— ¿Y cuál es su padre? puesto que he averiguado que hay doce años que sois viuda?

La pobre Beatriz, viéndose cojida, se quedó tan cortada, que la sangre subió á sus mejillas y las lágrimas á sus ojos.

— Señora, prosiguió el militar con voz conmovida, ese niño lleva un sobrescrito en su cara con el nombre de su madre y su madre era mi mujer.

(Se concluirá.)

LA VUELTA AL PRESBITERIO.

Por un tiempo muy nublado, y sobre un camino estropeado por la lluvia, se arrastraba pensosamente el pobre soldado, muerto de cansancio, cojeando y herido ácaos; la noche se iba acercando y la aldea estaba muy lejos todavía, lo que llenaba de tristeza aquel valeroso corazón. El cura se encontró con él, y animándole con algunas palabras, le hizo que montase en ancas de su vieja yegua. La confianza trae la confianza. El soldado, con algún esfuerzo, logró subir á la grupa del animal; seguramente hubiera estado mas listo para entrar por asalto en una ciudad enemiga. Por fin ya está montado: con una mano se agarra al pecho del cura, y con la otra le lleva su paraguas. Ambos cabalgan como antiguos amigos. Ya han alcanzado á las primeras casas de la aldea: es tiempo de que descansen el pobre animal que sopla, sueta y saca la lengua agobiado bajo aquel doble peso, y tambien lo es para el soldado débil y abatido aun de su larga caminata; pero este en breve se hallará repuesto á la lumbré del anciano pastor y con un buen vaso de su añejo vino. Algunos habitantes salen de sus chozas y miran con lástima al soldado, y con respeto á su señor cura. Sencilla é interesante escena, pintada como dibujaba Charlet en sus ra-

tos escójidós, ó como canta el poeta Beranger! M. H. Bellange es uno de los pocos pintores que conocen bien al pueblo, que le aman y transmiten su amor á los demás: observador benigno y lleno de finura, conmueve dulcemente y sabe inspirar sanas ideas; siempre se conoce en sus lienzos su buen corazón. Es imposible reparar en la memoria los muchos cuadros en que ha pintado ya tantos episodios de la vida del pueblo y de la vida militar, sin acordarle mucha simpatía

y estimación. En la ejecución material, su estilo se distingue por una cierta severidad; su pincel no busca la estremada brillantez; moderado como su inspiración, no carcece sin embargo de vigor, es muy sobrio y preciso, en una palabra, en el fondo como en la forma, sabe contenerse siempre en el justo límite de todas las cosas, lo que es tanto mas meritorio en nuestros tiempos, cuanto que todo el mundo prefiere atraer y sorprender por el atrevimiento, la exajeración del color,



Exposición de 1850 - 51. — Un cuadro, por H. BELLANGE.

do, y los grandes efectos: de este modo se dan al pronto grandes esperanzas, que, por lo regular, salen fallidas luego. Con la perseverancia en el terreno de la verdad, con la sobriedad en los medios, la discreción en el gusto, y la sencillez en la idea, se alcanza la aprobación pública, poco á poco, es verdad, pero una vez alcanzada, se conserva.

FOSFORESCENCIA DE LAS LUCIÉRNAGAS.

Todo el mundo conoce esos pequeños insectos que aparecen sobre la yerba en el verano poco tiempo despues de ponerse el sol, y que vulgarmente se llaman *luciérnagas* á causa de su fosforescencia. La luciérnaga, simple objeto hoy día de la curiosidad de los niños, ha tenido un lugar marcado, como todos los seres singulares, en la mitología de la edad media. Ese insecto figuraba en otro tiempo con los fuegos fatuos y las almas del otro mundo; de modo que, cuando el viajero le encontraba por la noche en su tránsito metido en los matollales y en las orillas del camino, solia rezar de-

votamente por las almas en pena. Luego que perdió la luciérnaga su carácter simbólico, ocupó diferentes veces la atención de los físicos y naturalistas, distinguiéndose entre ellos M. Maitenceil que publicó varias observaciones interesantes sobre este insecto.

En la vasta gerarquía de los diferentes seres clasificados por los naturalistas, la luciérnaga forma el tipo de un grupo de insectos análogos, que forman un género del orden de los coleópteros, bajo el nombre de *Lampyris*; pues estos, entre otras caracteres comunes de organización, tienen la propiedad de lucir como las luciérnagas: todos tienen el abdomen muy blando y compuesto de muchos anillos, que forman otros tantos pliegues terminados lateralmente en angulos agudos, hallándose colocado el órgano luminoso en los últimos anillos.

Si se coge una luciérnaga y se coloca vuelta sobre una mesa para observarla mejor, se advierte al instante que solo despide la luz por intermitencia; algunas veces se apaga enteramente, y enseguida brilla de nuevo. Algunos naturalistas habían creído, segun esa observación, que la emisión de la

luz estaba subordinada á la voluntad del animal, pero esta conclusión es errónea como vamos á ver. La fosforescencia de los segmentos luminosos continúa en efecto aun después de separados del animal; pues aplastando ó chafando una luciérnaga se ven desmenuzarse diferentes rayos de luz en una materia amarillenta contenida en los últimos anillos, y esa luz dura mas ó ménos tiempo; por consiguiente la integridad y la vida del animal no son necesarios para la producción de la fosforescencia.

Esa circunstancia facilita el estudio y la observación de la materia luminosa separada del cuerpo del insecto, y el poder exponerla á diversas acciones para determinar las propiedades, de modo que sometiendo á la misma observación la materia luminosa contenida en el animal vivo ó muerto, se puede llegar á conocer exactamente por comparación la naturaleza del fenómeno producido.

He aquí los resultados obtenidos por M. Maltencé en su doble sistema de observaciones.

La luz que despiden la materia fosforescente en el gas oxígeno puro, separada del insecto, es mas viva que en el aire, y brilla mucho mas tiempo, sucediendo lo mismo cuando se hace la operación con las luciérnagas intactas.

M. Maltencé, al analizar el gas oxígeno en que habia sido puesta la materia fosforescente durante algun tiempo, advirtió un cambio en la naturaleza del gas, que consistía en una absorción de oxígeno y una producción de ácido carbónico, sucediendo lo mismo en el aire atmosférico.

Las luciérnagas ó la materia fosforescente que se extrae de los puntos gaseosos, que no contienen oxígeno, solo brillan poco tiempo, pues si se opera con precaución se advierte que la fosforescencia cesa al cabo de algunos minutos. M. Maltencé hizo la experiencia con el hidrógeno puro en el que metió varias luciérnagas durante veinticuatro horas; teniendo por resultado el que la fosforescencia solo persistió algunos instantes, de modo que hecho el análisis se vio que la naturaleza y el volumen del gas no habia variado sensiblemente.

Esas diferentes experiencias nos hacen ver claramente la naturaleza del fenómeno, que produce la fosforescencia de la luciérnaga, debida á una verdadera combinación entre el oxígeno del aire, y cierta cantidad de carbono contenido en esa materia amarillenta que contienen los últimos segmentos del insecto; espíritándose por este medio porqué las luciérnagas no despiden luz en los espacios gaseosos sin oxígeno, y como en los otros absorben ese gas desarrollando el ácido carbónico. Resulta pues que hay allí una combustión lenta, parecida á la de la madera en putrefacción; á la del algodón que tiene grasa, á la del carbon dividido etc. A la verdad, esa combustión no está acompañada del desarrollo de calor que caracteriza las combustiones ordinarias, pero la combinación se opera entre dos masas tan pequeñas que el desarrollo de calor, si existe, puede muy bien ser tan solo parcial; pues no hay duda que también se ven otros cambios químicos en los que se efectúa la emisión de la luz, sin aumento sensible de calor. Admitimos pues y convenimos con M. Maltencé que las fosforescencias de la luciérnaga se producen por la combinación del oxígeno con el carbono contenido en la materia amarillenta que contienen sus últimos anillos.

Pero, cómo se produce esa combustión en el insecto cuando está vivo, y cómo se establece el contacto necesario para que haya combinación, entre el aire y la materia que aquel hace fosforescente?

Cuando se examina con el microscopio la naturaleza del

órgano luminoso, después de haberle despojado de las membranas, se ve una materia granularia de color amarillo, en medio de la cual aparecen varios grupos de glóbulos rojos, y numerosas ramificaciones y diversos tubos vacíos, cuyo aspecto es parecido al de la fibra muscular, siendo de advertir que de esa materia granularia es de donde sale la luz, como puede verse observándola por la noche.

Esa materia, en el insecto vivo, está contenida entre las dos membranas ventral y dorsal, las que son transparentes y cubiertas de pelo; y la úllima, tiene ademas sobre su superficie interior, gran número de tubos ó traqueas que penetran en la materia fosforescente, y es precisamente por medio de esas traqueas por donde el oxígeno del aire se encuentra en contacto con la sustancia carburada, cuya combustión produce la luz. Por otra parte, los numerosos glóbulos sanguíneos que están distribuidos en medio de esa sustancia, prueban que los segmentos que la contienen son el centro de un órgano particular de secreción. Bajo este punto de vista merece llamar la atención de los naturalistas una voliginilla roja, observada por primera vez por M. Maltencé. La materia granularia amarillenta, producto de esa secreción, está renovada incesantemente y conservada en sus propiedades por la operación de nutrición que se opera igualmente en todas las partes de los cuerpos vivos.

AGRICULTURA.

Se ha presentado recientemente á la sociedad nacional y central de agricultura por M. Lamare-Piquot una memoria sobre el cultivo y aclimatación en Francia de la *PSORALEA ESCULENTA*, (vulgarmente PIQUOTIANA, nombre tomado del de su introducir, M. Piquot) planta desconocida en Europa hasta 1848, en que han tenido lugar por primera vez, y con un éxito inesperado, los ensayos para su aclimatación.

Resulta de aquel documento, que tenemos á la vista, que esta nueva planta es una adquisición tan preciosa para la sociedad europea como la de la patata, por su riqueza farinácea y propiedades alimenticias. Es de esperar que el tiempo destruya prevenciones que se oponen siempre á la generalización de útiles descubrimientos, y que las clases pobres lleguen á encontrar en la PIQUOTIANA un alimento mas que haga menos posibles las grandes escaseces que en otras épocas diezaban la población. Tal ha sido el pensamiento fijo de M. Piquot al trasladar á nuestro continente este fruto desconocido entre nosotros, pero muy apreciado por los hijos del desierto, que, sin ciencia, antecedentes ni comparaciones, lo reciben del privilegiado suelo que espontáneamente le ofrece como un don del cielo que les sirve de pan cotidiano.

La PIQUOTIANA, ó sea PSORALEA ESCULENTA, es originaria de las regiones del Alto Misipi y otras de la América Septentrional. De los ensayos de aclimatación verificados hasta ahora, resulta que mejora notablemente en nuestros climas. Es extraordinariamente sufrida para las mas fuertes variaciones atmosféricas. El excesivo calor, el mas intenso frío, la humedad ó sequedad, apenas hacen mella en su fríida vegetación, ofreciendo en la época de la recolección abundante cosecha, que escativamente compensa los años de su fiado cultivo.

He aquí un resumen de las ventajas de esta planta y de su análisis químico:

1. Tiene todos los caracteres de la mas robusta planta contra los accidentes atmosféricos. 2. Ofrece el notable pri-

villegio de no contener nada de éter al salir el sol, por lo cual comen los salvajes esta raíz como un pan que les ofrece la Providencia ya preparado. 3. Contiene mas fécula que la patata. 4. Su harina contiene preciosas cualidades para una buena panificación, sin mezcla de otra alguna. 5. Después de su facilísima desecación puede conservarse años enteros con destino á las necesidades de la navegación, usos domésticos ó prevision de reserva en las plazas fuertes. 6. En fin, en su estado primitivo ó salvaje ha ofrecido la psoralea en el primer análisis hecho el 12 de mayo de 1847 por el célebre químico M. Payen el siguiente resultado:

Corteza y liber.....	28,22
Sustancia farinácea.....	67,21
Fibras y otras.....	4,57
	100,00

El tiempo, repetimos, hará mas patentes estos hechos que se ofrecen ahora á la consideración de los hombres instruidos.

AGUA CONTRA LA JAQUECA.

Amoniaco.....	4 onzas.
Alcanfor.....	2 ll.
Acete de anís.....	1 ll.
Alcohol.....	1 libra.

Se disuelve el alcanfor y el acete de anís en el alcohol, y luego se añade el amoniaco.

Cuando ataca la jaqueca se respira esta composición y se ponen paños en la frente.

BARNIZ DE ALCOHOL Ó ESPIRITU DE VINO.

El alcohol es el verdadero disolvente de las resinas; los barnices que producen esta disolución son brillantes y se secan pronto: solo tienen el inconveniente de ser quebradizos si no se mezcla á su composición trementina ó todo otro cuerpo que les dé elasticidad.

La sandaraca ó goma de emburo, es la base de la mayor parte de los barnices de alcohol.—Antes de servirse de ella, debe limpiarse de todo cuerpo extraño, apartar los pedruzcos que no son transparentes, y lavar varias veces los escogidos con agua muy clara; esta goma se compone de dos libras de potasa puesta á remojo en 46 cuartillos de agua; se filtra la legía y se lava la sandaraca, se vuelve á echar la potasa en otros 46 cuartillos de agua, se filtra de nuevo y se vuelve á lavar la sandaraca: esta operación se hace varias veces, á fin de que la sandaraca quede bien limpia.—Así lavada, se deja secar, y luego se lava con alcohol.—Este es el modo de preparar la sandaraca para los barnices claros ó de alcohol.

Esta clase de barnices se hacen al baño maria, teniendo cuidado de que el fuego sea siempre igual y fuerte bastante fuerza para disolver las materias.

La vasija que contenga el alcohol y las resinas, no debe llenarse mas que hasta las tres cuartas partes, dejando la otra para que el líquido pueda libremente hervir, y baya suficiente capacidad para contener la trementina; ademas, sin esta precaución, el alcohol se saldría al ponerse en ebullición.

La sandaraca y demas materias, dan solidez á los barnices alcohólicos, y la trementina les da brillantez.

Al hacer el barniz conviene echar de una vez la cantidad de líquido necesaria y las materias de que se debe componer.—Se deja calentar la vasija hasta que la sandaraca esté

completamente derretida, lo que se observa, cuando al mezclar la composición con la espátula no se encuentra resistencia, y que el líquido que se desprende de ella al sacarla está algo espeso.—En este estado se echa la trementina en cantidad suficiente, la que antes se hará derretir con alcohol al baño maria.

Hecho esta operación, se deja que los ingredientes den diez ó doce hervores á fin de que cuezan juntos y se incorporen bien; su estado de cocción se conoce cuando la espátula encuentra una resistencia igual, lo que indica que los ingredientes están en un estado de fluidez perfecta.

Hecho el barniz se filtra para separar los cuerpos extraños y demas materias no disueltas, separándolas enteramente.—Se deja reposar á lo menos 24 horas antes de servirse de él.

No conviene hacer barniz alcohólico para guardar largo tiempo.

ESCENA DE INVIERNO.

La tierra ha desaparecido bajo una blanca alfombra: la nieve ha hecho inclinar los arboles que se dibujan confusamente en las vertientes, de las colinas lo mismo que rocas de alabastro; las aguas encareoladas perdieron su voz; el cielo ha tomado las tintas del acero, y el aire corta como una espada.

Para los países del norte, este es el tiempo de los viajes y de las fiestas: el invierno que suspende la mayor parte de los trabajos da momentos de ocio á todo el mundo. El invierno arroja un punto de hielo sobre los rios, allana los ribayos y nivela los vales; así, por todas partes se abren mil caminos que acortan las mas largas distancias. Por eso todo se ajita y bulle, y los trineos atraviesan en todos sentidos la llanura helada.

Entre los chicos que corren patines alegremente, hay uno que se define: sus manos han harrido el suelo cubierto de nieve, y habiendo remido un montoncillo de paños secos en el monte vecino, acaba de encender una hoguera cuyas hermosas llamas se lanzan en los aires envueltas en el humo.

A la vista de la llumbrera se ha parado un trineo; dos señoras se apean de él bien abrigadas en sus pieles llevando en brazos una débil criatura arrojada de frío, y tirando á pesar de sus ricos vestidos. Al resplandor de la hoguera improvisada, lanza un grito de gozo estendiendo las manos y se sonrie con el aldeano que anima la llama.

De rodillas, sobre la nieve el muchachito va partiendo los paños para la hoguera y participa tambien del gozo del otro niño. Para él, siempre expuesta á las inclemencias del cielo, el frío no vale nada; la actividad de sus robustos miembros y la prosera tela hilada por su madre, bastan para conservar la salud y el calor.

Esto es el mejor presente que ha recibido del cielo en esta tierra! Qué son todos los privilegios creados por los hombres en comparación de ese dote de Dios? Los hombres distribuyen á su gusto los instrumentos de placeres, pero solo Dios da la facultad de gozar de ellos. Si el aldeano carece de trineo, del vestido de terciopelo y de los tiernos cuidados del dos mujeres queridas, al ménos tiene la fuerza interior que vence los obstáculos, el endurecimiento precoz contra los dolores, y la aptitud para alcanzar la dicha, cosa que la prosperidad llega á apagar bien luego. Ademas posee ese principio de experiencia y ese sentimiento de responsabilidad, conquistado por aquellos que tienen que soportar desde muy temprano el peso de la vida.

Feliz ha sido ese encuentro de dos seres que deben tener destinos tan diferentes, si es que por ventura puede dejar un recuerdo en sus dos almas, si el hijo del señor, cuando ya sea grande, no olvida ese hogar del sirvo, á donde tanto se regocijó cuando era niño, y si el sirvo no habiendo tenido que lamentar jamás la condición que le ha reducido á



Escena de Invierno.—Dibajo de TONY JOHANNOT.

su obediencia, se arrodilla siempre tan gustoso á atizar la llama para que se caliente á ella su señor. Entonces la distancia que les separa á ambos, disminuirá bien luego, y el derecho será consagrado por el amor; todo está en esto: los abismos no existen nunca entre las clases; están principalmente entre los corazones.

BARTOLOMÉ ESTEVAN MURILLO.



La Virgen de la Faja.

El cuadro que se ve reproducido en nuestro grabado es una de las composiciones más poéticas del gran pintor con cuyo nombre se ennoblecen los españoles á justo título. Como en casi todos los lienzos de Murillo se observan en la *Virgen de la faja* fisonomías llenas de candor y de una dulce santidad; una composición fácil, una buena disposición en las respectivas actitudes de las figuras, una armonía general

en los colores, contornos muy bien entendidos, encantadores perfiles, paños pintados con gran soltura, una luz admirable, un colorido sin rival, y por último una suavidad y armonía que han hecho de Estevan Murillo, el jefe de la escuela sevillana, uno de los grandes maestros del arte de pintar.

Murillo nació en Sevilla: su fe de bautismo auténtica, dice

un escritor que ha viajado en España con el entendido Lebrun, prueba que fué bautizado en la parroquia de Santa María Magdalena, el lunes 1.º de enero de 1648.

Antonio Palomino ha debido engañarse cuando dijo que había nacido en Plas, error que proviene sin duda, de que su madre, María Perez poseía algunos bienes en las cercanías de esta villa.

Sea como quiera, Murillo demostró desde la infancia una vocación decidida por la pintura, obteniendo de su padre el permiso para entrar en el estudio de Juan del Castillo, que era pariente suyo, para aprender los rudimentos del arte. En casa de este maestro, el joven se aplicó al estudio del dibujo correcto y severo de Florencia; escelente aprendizaje para un artista que se hallaba dotado tan maravillosamente del don del colorido!

Esta reflexión que hacemos aquí nos ha sido sugerida por el espectáculo que tenemos ante la vista, y que nos da la escuela francesa contemporánea, en la que desfilan una multitud de coloristas, entre los cuales hay muchos que pueden colocarse al lado de los más ilustres pintores de Venecia de Flandes y de España. Pero en cambio, en cambio, en cambio, estos dibujantes correctamente una figura? Bien pocos, en efecto, y esta inferioridad en este punto, es hija de que pocos de ellos comienzan su educación artística trabajando en el contorno y el modelado; antes de entregarse enteramente á las invencibles seducciones, á los mágicos encantos del color!

Pero volvamos á Murillo: habiendo ido su maestro á establecerse á Cádiz, el joven se quedó sin guía. Por fortuna había recibido en casa del dibujante Juan del Castillo, donde hizo su educación primera, lecciones de mucha solidez, y gracias á estos principios que se le quedaron bien incuicados, pudo entregarse á un género de ejercicio, que sin el socorro de aquellas lecciones, le hubiera perdido sin remedio, ó al menos le habría impedido para siempre, el alcanzar las gloriosas esferas del arte á que llegó después.

En la época de que hablamos existía en Sevilla un comercio muy extraordinario, que consistía en abrir todos los años una feria donde se vendía un crecido número de cuadros, casi todos de asuntos religiosos. Los negociantes que comerciaban con América, compraban estos bienes y enviaban cargamentos enteros de ellos al Nuevo Mundo; Murillo suministró numerosas pinturas á esta feria, y aun en el día se ven en Sevilla tres cuadros de aquella época, firmados con este nombre ilustre, y que demuestran que entre todas las obras de paciencia que se enviaban á Ultramar, más de una de ellas merecía ser conservada. A donde han ido á parar? Los lectores de esos países lejanos lo saben mejor que nosotros, y á ellos les toca responder.

J. J. ANSOAÏ.

(Se continuará en los próximos números.)

EL DÍA DE REYES.

(Véase las pág. 86, 87 y 88.)

— Ni fué madre ni fué mujer la que abandonó á un hijo suyo, exclamó exaltada Beatriz, y si lo fué, con ese mero hecho dejó de serlo.

— Pero yo soy su padre, y no le abandoné yo, nó.

— ¿Y qué pruebas dais para justificar lo que decís? Pues qué? ¿no hay más que venir á arrancar á un hijo de los brazos de la madre que la Providencia le deparó, cuando la suya dejó de serlo renunciando casi á todos sus derechos y abandonando sus títulos?

— Las pruebas yo os las daré, señora, contestó el militar

sentándose, porque estaba tan conmovido que se sentía vacilar sobre sus pies.

Entonces hizo con grandes pormenores la relación que en breves palabras transcribimos á continuación.

Era sargento cuando fué destinado su regimiento á la expedición de ultramar, confiada al mando del bizarro general Murillo. Fue, pues, forzoso enviar á su mujer, que era jóven linda, y á un hijo, de dos años, que de ella hubo, al pueblo en que esta tenía su familia en la Mancha. En América se portó nuestro sargento bien; tuvo suerte, ascendió, é hizo algún dinero. A su vuelta á España, se apresuró á ir á reunirse con su mujer; pero en su pueblo supo que nunca había llegado á él, que había seguido á otro soldado por algún tiempo, y que viéndose abandonada por este avergonzada y sin atreverse á ponerse delante de sus honrados padres, se había echado á la vida airada, y que se creía estirado en Sevilla. El ultrajado marido, el angustiado padre, voló á aquella capital, y después de minuciosas pesquisas, halló por fin á su mujer espirando, ética y llena de lágrimas en un hospital; pudo aun antes que muriese donarle para que no acabase desesperada, y saber lo que había sido de su hijo. La miserable, cediendo á las sugerencias de su amante, al pasar por aquel pueblo había depositado á su hijo en una casa, en la que con devoción, paz y alegría del corazón se celebraba la Noche-buena, y donde pudiese pensar el muchacho, ni yo me he de avenir á quedarme sin mi hijo; pues, señora, vamos á parecerla, y que sea de los dos; si quiere usted al niño por hijo, tome usted al padre por marido.

— Después de haberle ido bien entiero, pues al fin aquella desdichada era mi mujer, concluyó el militar, me puse temprano esta mañana en camino para venir aquí, donde llegué poco antes de la función. Cuando en la iglesia entré, lo primero que vi fué á ese angel al lado del misterio, y ese niño era el vivo retrato de mi mujer. No parecía sino que allí estuviese con sus manos cruzadas rogando á Dios por su madre. Ahora bien, señora, ¿reconocéis el derecho, el motivo y el objeto de mi pregunta?

Per toda respuesta, Beatriz escuchaba al niño entre sus brazos, deshecha en lágrimas; el niño que veía la aflicción de su madre la abrazaba llorando, formando así ese grupo del cuadro alegórico más propio de un angel compadecido y consolando al dolor.

— Pues qué, dijo al fin Beatriz sollozando, seis años de cariño, de esmeros, de cuidados y de desvelos, ¿no son nada? Y acaso, ¿no dan derecho á un bien que me dieron sin pedirlo y me quieren arrancar contra mi voluntad? ¿No llama esto al cielo?

— Bien conozco, repuso el militar, los sacrificios que ese hijo mio os habrá costado; los unos no los puede pagar sino con agradecerlos á los otros... dinero traigo, señora: justo es, y más que justo, lo resarza.

— ¿Con dinero me queis pagar, exclamó indignada la viuda, á mí, que testado hé de cuanto tengo en favor de mi hijo adoptivo? Así es que no me lo podéis arrancar sin causar un grave perjuicio. ¿Bonds, señor, ha de estar el niño como á mi lado?

— Al lado de su padre, señora, que á la fuerza lo ha de querer más. — Ven, hijo mio de toda mi alma, que yo soy tu padre.

El militar quiso cojer al niño en sus brazos, pero este, asistado, se asió con fuerza al cuello de su madre.

— Ya lo veis, exclamó esta, yo la veis, que no quiere dejarme.

— Sera preciso... repuso el militar exasperado.

— Pues procuradlo por justicia y pleitearemos, porque solo á la fuerza me lo arrancareis.

— Y, ¿qué tribunal no otorga su hijo á un padre que lo reclama?

— El de la conciencia, el de la justicia, señor, que no deben reconocer el derecho que tiene á una cosa aquel que la abandonó y arrojó de sí.

— ¡No fui yo, por vida mia!

— El niño estaba á mi puerta arrojado, gimiendo y abandonado.

Mientras esta acalorada y adictiva contienda tenía lugar, había llegado Florín, que en el patio, absorto, la escuchaba con su amiga la tía Pavona.

— Aquí de Salomon, dijo esta al alguacil.

— Tía Pavona, contestó este, siempre sucede así; en aquello que tiene un puesto los ojos, viene el diablo y se lo lleva; lo propio me sucedió cuando se murió mi mujer.

— ¡Toma, y á mi con mis hijos!

Entre tanto, el militar había dado unas vueltas por el cuartel. El alojamiento que le había demostrado su hijo había hecho correr por aquellas atezadas mejillas dos lágrimas; quizá las dos únicas que en su vida hubiese verificado; de repente se para delante de la viuda.

— Señora, dijo volviendo á su tomo marxal, ni vos queis pensar al muchacho, ni yo me he de avenir á quedarme sin mi hijo; pues, señora, vamos á parecerla, y que sea de los dos; si quiere usted al niño por hijo, tome usted al padre por marido.

Al oír hablar de marido, la viuda hizo un gesto y una exclamación de repulsa.

— ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Gasarme! ¡No lo permita Dios!

— Pues venga el niño.

— Dejadle por María Santísima, y vivid en la casa de junto.

— ¡Pues nó! Tendría que ver! ¡De vista vendría yo á ver á mi hijo! ¡De plantón á la puerta hasta que me la abriese! Nada de eso; ó entro yo ó sale él.

— Pues vengase usted á vivir acá, sin que sea preciso por eso casarnos.

— ¿Alojado? No, señora, no quiero patrona, que quiero mujer; y si usted no quiere ser la mía, busco otra, y madrastra tendrá el niño.

— ¡María Santísima! ¡Ni que usted lo piense, mal padre! ¡Hijo de mi alma y de mi corazón!

— Pues sea usted su madre con mi de caballo, ó maldito lo que creo en ese carino. No le haga usted tanto fío á un marido, señora, que las casadas se van á la gloria por el mismo camino y la misma mortaja negra que las viudas, por que en cuanto á la palma colararant.

— Jesus, señor, que me está usted poniendo entre la espada y la pared.

— ¡Cabalés! Así, escoged; en la inteligencia que esta espada está bien templada; que nunca se sacó sin razón ni se guardó sin honor. (1)

— Pero caso que me rebase las bendiciones, como tanto me cuesta el dejar el estado honesto, me parece...

— Nada de simulacro, señora, interrumpió el militar. Usted se casa para ser mi mujer y colgar un clavo su luto de viuda, ó yo me llevo á mi hijo, y hasta de llegar me lo había de llevar si no fuese este mi pueblo.

— Pues qué, ¿sois de aquí?

— Sí, señora, aunque falta de mi casa desde veinte y dos

años; y después de hallar á mi hijo voy en busca de mi madre, que lo que es mi padre ya sé que murió; en gloria esté.

— Pues cómo se llama usted?

— Andrés Pavona, para lo que V. guste mandar.

— ¿Hijo de mi tío el carpintero de basto, tío Mateo Pavón?

— El mismo en propia persona.

— ¡Tía Pavona! ¡Tía Pavona, gritó Beatriz, acuda usted que aquí tiene usted á su hijo!

La tía Pavona entró, y Beatriz repitió la frase.

— Anda á paseo, dijo la tía Pavona. ¡Que había de ser mi hijo, si entrambos me los mató el francés! ¡Maldito sea!

— Señora, dijo el militar dirigiéndose á su madre, ¡yo soy Andrés, yo soy Andrés!

— ¡Oiga maldita, repuso con muy mal gusto la tía Pavona, diviértase su mercé con el rabo de un gato, y no con una mujer respetuosa. Sobre que todo lo quiere su mercé ser: padre del niño, marido de Beatriz y, por último, hijo mio. ¡Vaya con el guason!

— Pues dígame á V. que estamos bien; exclamó con impaciencia el militar; ni mi hijo me quiere reconocer por padre, ni mi madre por hijo. Señora, usted se llama Andrea; mi padre (E. P. D.) Mateo; mi hermano José, y yo Andrés; usted siempre fué mas escarabatera que un sordo, y mi padre, que era su mercé chillanduro, le había sacado una cantinela que le cantaba con su sonsonete dando con el martillo en el banco.

Andrés,
Mala ralea,
Mala te vea.

Al oír estas últimas señas mortales, la tía Pavona, convencida, se echó al cuello de su hijo hecha un mar de lágrimas.

— ¡Hijo, hijo! ¿Pues no te mató el francés? repeta entre sollozos.

— Señora, ¿quiere usted que la enseñe la fe de vida? Abi la traigo, que la necesito para cobrar la paga.

— Pero... ¿cómo escapaste al francés, hijo de mis entrañas?

— Matando al que me quería matar á mí, sin andarme con aquí las puse. Eh, pues, todo esta bien, y á la trínca; todo me lo hallo en casa, madre, hijo y mujer, porque ha de saber usted, madre, que me caso con Beatriz, y cate usted, añadiendo señalando al niño, el padre cura que nos casa. Bien se usted que en esta casa hacia falta un hijo, un padre y un marido. Todo lo traigo en una pieza, como quien dijera el fusil, la baqueta y la bayoneta. Y sepan usted que el que aquí se presenta tiene bien ganadas y bien adquiridas una charretera y una cruz, y cien mil reales.

La tía Pavona se puso á persignarse con ambas manos y á biquiar de los dos ojos.

— ¿Con que ese niño es hijo tuyo? preguntóle al suyo.

— Es de usted tío en línea recta y legítima, como yo su hijo, respondió el militar, abrazando con entusiasmo al niño que con su vestido de angel apareada ahora como el de la paz entre los dos continentales.

— ¿Qué tal, mae Pavona, dijo Beatriz, si no hubiese yo recogido al niño aquella noche?

— ¡Ay! contestó la feliz vieja; que bien te dijeron en aquella ocasión, que quien bien hace, para sí hace!

Ni un terremoto hubiese conmovido mas á aquel pacífico pueblo que la cuádruple alianza de noticias que como un pájaro de lijeras plumas saltó á volar por el lugar.

(1) Letra de las antiguas espadas hechas en Toledo.

Primera. Había llegado un *teniente capitán*.

Segunda. Era este el padre del niño de la tía Beatriz.

Tercera. Era igualmente el hijo de la tía Pavona.

Cuarta. Y era además marido para la viuda incasable.

La llegada del alcalde tuvo un movimiento de oscilación muy marcado. Intentó protestar contra esta toma por asalto de una plaza que el teñía pacíficamente sitiada desde doce años; pero se contuvo pensando que no era ni prudente ni patriótico poner en lucha abierta las pretensiones y derechos civiles y militares.

Se hizo una boda que fue sonada. En la cena hubo brindis, cantos e improvisaciones.

El barbero compuso un trobo ó romance en que decía que si el niño Dios le deparó un niño desmilitado, y pobre como él, á la viuda, los reyes, por premiarle la buena obra de haberlo recogido, le depararon un marido que traía una gran parte de la plata del Perú y un corazón abrasado en llamas como una barba de alquitran en la noche de San Juan.

Aquella noche la tía Pavona hizo unos pestiños, obra maestra en su género, pero que se le señalaron en la boca del estómago; á Florín, que en aquella sola y única ocasión abusó de la condescendencia de la amistad haciendo un costumbre de tribuno democrático en la masa común.

El vino puso al teniente capitán muy alegre y al alcalde muy sentimental.

Cuando le tocó su vez de cantar, rebosó su melancolía en esta copla:

Conforme corazón
A padecer y pensar,
Fue quisiste á un imposible

El militar acabó la copla con una voz como una corneta, con estas palabras:

Que se llevó un militar.

Añadiendo enseguida esta otra:

Que habita de corral
Que fuese para un paisano,
Pudiese cómo llevar
Un soldado veterano.

—Qué demonio de hechizo tiene la gente de tropa, decía con un suspiro que hizo vacilar la llama del velón, el alcalde á la recién casada viuda, que no hacen mas que llegar y pegar...

Andrés Pavon, que lo oyó, contestó muy pronto con esta otra copla:

La taciera, y no es hechizo,
Es el saber sacar,
Y aunque munden retirado
No haer caso y aranzar.

La tía Pavona fue tanto lo que gozó aquella noche en ver unidas á las dos personas que mas quería, que se rejuveneció como el Feux, vivió veinte años mas, y murió ha poco de noventa y cuatro años, dejando á Florín veinte duros.

KILLARNEY (IRLANDA).

Londres no está hoy mas que á doce leguas de Dublin. Por el camino de hierro se va de Holy-Head en ocho horas; de allí un vapor transporta en cuatro horas al viajero á Dublin, de donde salen otros ferro-carriiles hacia diferentes partes de la Irlanda, y si ninguno de ellos llega todavía hasta Killarney, puede decirse que poco falta. Cuando se sigue la línea mas directa, (y hay otras muchas en donde escoger,

mas agradables aunque mas largas) se recorre entre estas dos ciudades 145 millas en camino de hierro y 12 millas en carruaje. (1) Las estaciones principales son las de Clou-dalkin, cuya torre se descubre desde muy lejos; el pueblo de Killaroe notable tambien por su torre y por los restos de la célebre abadía de Santa Brigida fundada en el año de 484, y donde las monjas alimentaron durante muchos siglos un fuego que no se extinguió hasta la caída de su monasterio; Portarbhigton, que elige un miembro para el parlamento; Margborough, capital del condado de la Reina; Turles y las preciosas ruinas de la abadía de Santa Cruz, en el condado de Tipperary; Cashel y las antiguas construcciones que coronan su roca; la antigua ciudad de Kilmallock, Marleville, Hattetuan y Malow. En esta última ciudad se acaba el camino de hierro, y se continua el viaje en carruaje á través de una comarca fértil, cuya uniformidad apenas está interrumpida por algunas ruinas, y se encuentra el palacio de Drumincen, el río de Blackwater, Glomene, la aldea de Millstreet, un puente sobre un río que separa los condados de Cork y de Kerry y el pueblo de Knocknacoppal. En este sitio empieza á embellecerse el paisaje, y comienzan á verse las montañas; por ambos lados se descubren casas de campo, bonitas colinas y construcciones que anuncian Killarney.

Esta ciudad que se compone de mil doscientas casas y de diez mil habitantes, es propiedad de un solo hombre, el conde de Kenmare, par católico romano. Es un espectáculo de desolación. Los edificios, las habitaciones se desmoronan y se arruinan; las calles y plazas están cubiertas de mendigos y de enfermos. Pronto se atraviesa Killarney dejando el bolsillo en las manos tremoladas y enflaquecidas de los pobres, y apartando los ojos, porque lo que se va á ver allí, no es esta flaga de la civilización, sino una naturaleza rica y espléndida siempre, un paisaje cuya belleza no tiene rival en la Inglaterra toda, y los bosques, las cascadas, las montañas, y sobre todo el lago de Killarney.

El lago se divide en tres partes que se llaman: lago inferior (Lower) que es el mayor; el lago de en Medio ó de Turk, que no está separado del primero sino por una calzada de la anchura de un puente, y el lago Superior (Upper) un poco mas apartado de este último con el que comunica por medio de un arroyo y que es el mas silvestre de los tres (2). Estos lagos se hallan situados en medio de colinas y de montañas de las cuales las mas altas son Carran-tuel (3), Macgerton, Turk, el Nido de Aguilá, el Bol de puche del Diablo, el Monte Púrpura y Toonies. Sus pintorescas riberas se hallan casi por todas partes cubiertas de árboles. En medio de los lagos se elevan islas llenas de verdura, silvas de antiguos castillos, y ruinas de las formas mas estrafías; solo en el lago inferior se descubren mas de treinta. Inisfallen es la que deja á los viajeros las mas dulces recuerdos; su suelo ofrece en miniatura todas las perspectivas y todas las sorpresas de un vasto paisaje; sus riberas son de lo mas precioso que puede verse. Hace algunos años estaba cubierta de hermosos árboles, de una vegetación vigorosa, y que extendían sus raíces hasta por debajo de las transparentes aguas; pero las tempestades y el hacha

1 La milla inglesa equivale á 1609 metros.

2 Lago inferior.— Largo, 1 milla 7/8.

Ancho, — 1/2.

Lago de en medio. Largo, 1 — 7/8.

Ancho, — 7/8.

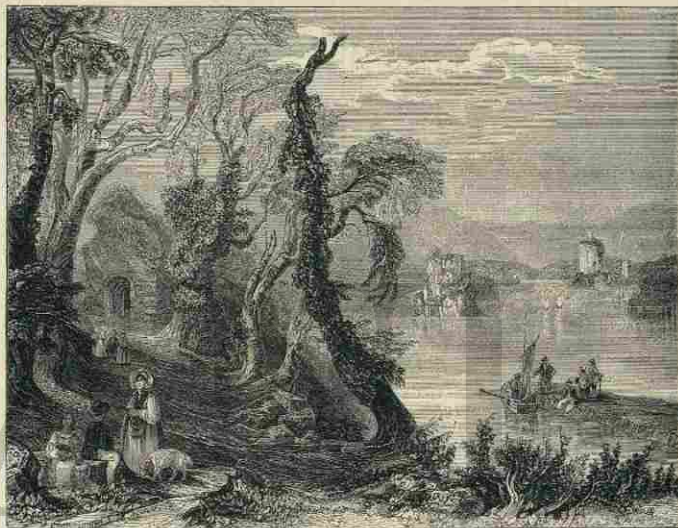
Lago superior. — Largo, 2 — 1/2.

Ancho, — 1/2.

3 2014 pies ingleses.

del leñador la han despojado de tan bello ornato, y cada día el tiempo tambien acaba de destruir los restos de una antigua abadía fundada en el sétimo siglo por Tristan Lohbar el Leproso. Entre las otras islas del lago inferior, la mas notable es la isla del Castillo de las Rosas, una roca de forma redonda que se llama la cárcel de O'Donoghue. Según la leyenda, este O'Donoghue era un impío que, á pesar de la prohibición Divina, quitó la piedra que cubria un manantial sagrado y se la llevó á su castillo; pero el agua que

salió al instante, inundó el valle, destruyó las aldeas, sin olvidar el castillo de O'Donoghue, y formó los tres lagos. Las otras tres islas han tomado sus nombres del carácter particular de su belleza ó de alguna tradición; tales son la isla Verde del Cordero, la de los Conejos, la isla Abrasada y el jardín de Darby. El lago de Turk y el lago Superior tienen otros atractivos, sus riberas están llenas de ecos, de cataratas y de cavernas de que tal vez en otra ocasión hablaremos á nuestros lectores.



Lago inferior de Killarney. — Ribera de la isla de Inisfallen. — La roca de O'Donoghue. — El palacio de Russ.

ANTIGÜEDADES.

PEDRALNES.—1928.

Un año cabal se cumplía de la muerte de Jaime II el Justo, de Aragón, y en el palacio y capilla real de Barcelona se celebraban las fiestas de aniversario del que fué su soberano, comede en tal corte, pero titulado rey, por serlo de otros estados que ganaron sus predecesores.

Vibraban las campanas en lo alto de las esbeltas torres de la Seo, y á cada tañido, que arrancaba una lágrima á la reina y demás familia real, soltaba una glosa la entendida plebe, que estaba ante las puertas de palacio.

Unos recordaban las virtudes merales del monarca; los soldados viejos pintaban la entrevista de su rey con Sancho el Bravo de Castilla, cuando ambos monarcas se confederaron; los marinos referían el sentimiento de Sicilia, cuando don Jaime tuvo que abdicarla á favor de su hermano D. Ferrerico, por haber heredado en Aragón, y espicalcan el feliz tránsito desde aquellos estados á Barcelona; y las mujeres, en fin, hacían consideraciones sobre la estrecha coincidencia

de que D. Jaime hubiese tenido diez hijos en doña Blanca de Nápoles, y ninguno de doña Isabel de Castilla, de doña María de Chipre ni de la entonces viuda doña Eileen de Moncaia.

La parte mas atrevida de la plebe, al hablar de esta reina añadia que era muger muy callada, pues todos sus planes los hacia en secreto, y que tal comportamiento revelaba acaso una nueva fiesta fuera de palacio, bien diferente por cierto de la que entonces se celebraba. Decía el vulgo, que la reina, despues del aniversario, contraería nuevo enlace y volvería á su primitivo rango, y que con ella habían hablado ya en secreto todas las mejores artistas de la ciudad que debían trabajar los aparatos de la boda, arquitectos, joyeros, bordadores, pintores y escultores, en especial los que levantaban cierto magnífico monasterio que, á expensas de un devoto oculto, se estaba construyendo dos años habia en el vecino monte de Pedralbes.

Aguarda así contento y murmurador el vulgo como siempre, y entretanto la corte y demas convidados van pasando por su orden de la capilla al salón del *Tinell* (de tenis,

porque era donde se tenían ó celebraban los actos de corte y donde se tenían de cuerpo presente los reales difuntos), y al entrar en este aposento, cada cual hace un respetuoso saludo á la reina, que colocada junto al trono del sucesor Alfonso IV el benigno, permanece silenciosa y humilde, no como viuda desconsolada que acude mas al recuerdo de sus perdidos gozos que á Dios, sino como mujer cristiana y resuelta que, conformándose con la voluntad divina, no cesa por eso de rogar al cielo con efecia por el alma del que un día la hizo pasar del estado de simple señora á reina de grandes dominios.

Alfonso en su trono recibe también los pesames de la comitiva, pero acostumbrada la reina viuda á vivir lejos del bullicio y á no dejarse ver desde que le falló el esposo, absorbe apenas día toda la atención y mas por el recogimiento y conformidad religiosa que ostenta y que se aviene mal con las pompas, acaso falsas, que acerca de la misma se difunden por la ciudad.

Así lo notan todos, desde el mas alto personaje al último escudero de la casa, al pasar por delante de ella; primero los infantes con sus familias, después los condes con sus condeses, los ricos hombres y magnates, los oficiales de la real casa, la diputación permanente de cortes de Cataluña ó Generalidad, dividida en sus tres brazos, el militar, en el que va la flor de los caballeros, el eclesiástico, que preside el arzobispo de Tarragona y el real, que está representado por los síndicos de las ciudades; á los que siguen luego, los convidados de Aragón, Valencia, Mallorca, Rosellón, Cerdeña, Sicilia, Corveya, Cerdeña y Añón; por último, procediendo al pueblo *segundo*, pasa la esencia de la república catalana, el guardador de sus fueros y libertades, el síndico conde de la ciudad, con sus cien jurados y dos agigantados mayores que abren camino para que la grey libre vaya á orar por su antiguo señor, al pie de la capilla ardiente que se levanta en medio de la sala.

En tal punto se hallaba la funeraia ceremonia, que todo el mundo cumplía con religioso silencio, cuando una agradable voz, acompañada de una lira, vino á distraer el concurso y á llamar la atención del pueblo, que por tal razón no se afanó ya con tanta prisa en penetrar en la regia estancia, sino pararse antes un momento á escuchar el cántico misterioso. El que lo entonaba era un joven que habia sido paje de doña Elicena, pero que no estaba ya entonces á su servicio, ni se atrevía á pedirlo de nuevo, por haberlo dejado ingratamente, llevado de la idea de ir á conquistar gloria en Sicilia, para hacerse así mas interesante á los ojos de cierta doncella de honor, de las muchas que servían á la casa de Urgel.

Así que el maestro de ceremonias oyó los primeros versos del canto, iba á dar orden para que el imprudente cantor fuese castigado con severidad, mas sus ojos se encontraron con los del monarca, y creyendo que la mirada de este fuese mas de cólera que de advertencia, hubo de acercarse y, como sincerándose, dijo en voz baja: — Pronto será castigado el imprudente.

Pero la mirada del rey habia sido solo de curiosidad, y así, en vez de manifestar al maestro que habia comprendido su intento, díjole antes bien: — Me habia propuesto que nadie experimentase los efectos de mi poder, mientras durase la ceremonia mortuoria por mi padre, y quisiera cumplirlo. La reina viuda os dará la orden que convenga entre tanto.

Y al indicar al maestro que se acercase á doña Elicena, observóse que esta despidió un profundo suspiro, hijo acaso

de una verdad escondida en su corazón por mucho tiempo, y removida en aquel instante.

— Por qué suspira la reina? dijo para sí el maestro; é iba á detener el paso, pero un movimiento afirmativo del rey le resolvió á hacer la pregunta de orden á aquella, que con suma atención escuchaba los cánticos del paje.

— Señora, dijo el maestro, que disponéis que se haga á ese insolente?

— Qué?... respondió la reina, y guardándose la palabra hasta que el paje hubo concluido su canto, buscó por su limosnero un florín de oro, y lo puso en la mano del maestro.

En tal ocasión volvió el cantor á empezar su cántico que era como sigue:

Cierta dama noble y rica
Llevaba siempre á su lado
Un paje que la servía,
Tan travieso como ingrato.
En día se confesó
Con un varón diestro y nardo,
Y le dijo, que iba á ser
Reina de grandes reinos,
Pues un rey la pretendía:
Mas, como el rey era anciano,
Quisiera llevar hijos
Si en su viudez buen amparo,
Y así propugnaba al padre,
Quié es lo que haría en tal caso
De sus tiempos y joyas.
Respondióle aquel, que cuando
Muyca, por otro esposo
Podría bien reservarlo.
Y al decirle ella que con él
Sería el que en tal estado
La criaba por esposa?
Habló en secreto muy bajo
El padre, explicando quien
Sería el atrevido.
Creyeron que era un secreto
Lo que dicho habian ambos,
Mas no lo fué, por que el paje,
Junto á la poeira arimado,
Lo oyó todo, pues fue siempre
Tan travieso como ingrato.

Al ver el maestro la atención con que escuchaba la reina, indeciso fué esperando que el cantor llegase al mismo punto donde antes se habia parado, y al oír el último verso hubo de repetir á la reina la pregunta que antes le dirijiera, y á mas ¿qué era lo que habia de hacer de aquella moneda? A lo que contestó la reina dirigiéndole:

— Lo que debéis hacer, es decir á ese cantor que no sabe toda la canción, y que cuando la sepa, es decir, cuando averigüe quien fué el segundo esposo de esa desgraciada reina, que lo venga á cantar al palacio donde yo me encuentro. Entretanto dadle esa moneda de oro.

A tan inesperada orden quedáronse los admirados y el maestro corrió á ejecutar aquella.

Las campanas de la capilla real de Santa Agueda dieron entonces la señal de que cesaba la ceremonia.

En seguida el rey y la familia real se despidieron de la comitiva y esta fué desapareciendo por su orden.

¿A donde va ese mar de gente que, entonado canciones populares y levantando en alto ramos y flores, se dirije desde la torre de San Severo (Canaletas) á las montañas vecinas? ¿Y esas carrozas con grandes señores, que van así mismo por entre la multitud, á donde se dirijen? El grito general de esta lo dice bien:

¡A Pedralbes, á Pedralbes!

A Pedralbes se dirije todo el mundo, á ver el nuevo monasterio que el oculto devoto ha mandado construir, á ver el lujoso y admirable edificio donde tantos artistas trabajaron, y en el cual se han de encerrar una porción de vírgenes cristianas á las que nadie conoce aun, y en el que se dice celebrará su nuevo matrimonio la reina viuda. Pedralbes, pues, era aquel día el objeto fijo de los barceloneses y á él se dirijian todos con alegría y satisfacción, todos, menos ciertos personajes de la primera nobleza que llevaban entonces consigo á sus mas hermosas hijas, ángeles de pureza que en ninguna función se dejaron ver jamás, y que solo se divisaron en palacio el día del aniversario del rey, para enjugar las lágrimas y consolar á la viuda doña Elicena.

Ya está toda la ciudad trasladada á los campos vecinos al monasterio, la gente se agolpa para presenciar la ceremonia angusta, para oír los votos de las vírgenes; las campanas al aire acaban de animar mas y men al concurso, por el interior del templo resucitan con los cánticos de los sacerdotes, sagradas armonías, y ya solo falta que se presenten las religiosas con su abadesa, para quedar establecida la comunidad y arraigada tan pia fundación. Mas, ¿por qué la reina Elicena con su nuevo esposo y su comitiva no parece, siendo así que toda la familia real preside el acto, y se da por positivo que aquella contraera matrimonio, tan luego como la iglesia esté consagrada?

Todavía no ha llegado la hora, todavía no puede saberse el misterio que encierra tal desaparición. Pero si, si: el paje que cantó á la puerta del palacio en el aniversario del rey, el que todo lo sabe, se acerca al monasterio y nos referirá el suceso. — Paso, paso al cantor!

Y atravesando el paje la multitud se dirigió hacia la parte de poquitero y se sentó en una piedra debajo de la ventana que alumbraba el cuarto destinado para la futura abadesa. El pueblo le insta, preguntándole de todos modos porque no canta, pero él se resiste y dó solo por respuesta que ya lo hará cuando las vírgenes estén consagradas.

Y en efecto, en aquel momento, en el presbiterio del templo, donde solo podían acercarse entonces los de la familia real y los parientes mas próximos de las doncellas que supieron guardar el secreto junto con su sentimiento, acababan de pronunciar sus votos las primeras monjas de Pedralbes. Quienes eran dichas señoras se ignoraba aun, pues los votos que las cubrían no habian dejado ver sus rostros.

En tal momento y cuando se iba á conceder la entrada libre en la iglesia á todo el pueblo para que conociese á las profesas, entonó el paje el resto de su canción del modo siguiente:

Feliz fué la reina hermosa
Al ver á su esposo amado;
Al querer saber quien fue,
Escuchó al paje ingrato:
Ella reinó en Aragón,
Nunca es su castro ciego,
Y el nuevo esposo fué el rey
De todos los subterranos,
El Dios del cielo y la tierra
El que todo lo ha creado....
Ves como el paje sabía,
Señora, el fin de su canto:

No bien oyó el pueblo el último verso, cuando precedido por el mismo cantor penetró en la iglesia; en aquel instante se levantaban las monjas el velo que las cubría, y la voz de un sacerdote se dejaba percibir de esta manera.

«La reina doña Elicena que destinó todas sus riquezas para la fundación de este monasterio, pasa á ser esposa de Dios en este día, acompañada de doce jóvenes nobles de las principales familias de la Cataluña: en adelante no se titulará ya mas reina de Aragón, sino abadesa de Pedralbes.»

Tras estas palabras, las monjas volvieron á cubrirse con sus velos, pasaron al interior del monasterio y no volverán ya á ser vistas jamás; con lo que regresó el concurso á Barcelona, siguiendo al rey, que llevaba á su lado doce nobles ancianos llorando á mas no poder.

El paje en adelante vistió alguna vez á su señora, que después de haberle perdonado, le recibía en el focitorio y le favorecía con agradables dádivas; pero la reina murió, y al paje no le quedó mas recurso que volverse á las guerras de Cerdeña y Córcega.

El único recuerdo que ha quedado ahora de cuando la reina de Aragón pasó á ser esposa de Dios en Pedralbes, es un sepulcro que ocupa la izquierda del presbiterio: sobre la losa véase una figura de mármol tendida, que se puede contemplar desde dos parajes diferentes, del presbiterio y del claustro: en aquel se ve la reina de Aragón con su corona y demás insignias reales; en el otro se vé á doña Elicena de Moncada, primera abadesa y fundadora del monasterio.

A. B.

LA ZAONIA.

La *Zaonia* es un establecimiento árabe sin igual entre los que tenemos en Europa. Es á la vez una capilla que sirve de sepultura á la familia que fundó la *Zaonia*; una mesquita para hacer oraciones en común; una escuela en que se enseñan todas las ciencias; un lugar de asilo en el que encuentra un refugio inabordable todo hombre perseguido por la ley; un hospital; una fonda para los viajeros y los enfermos; un sitio de reunión donde se cuenta y escribe la historia de los tiempos presentes; y por último una biblioteca en donde se conserva la tradición de los pasados tiempos.

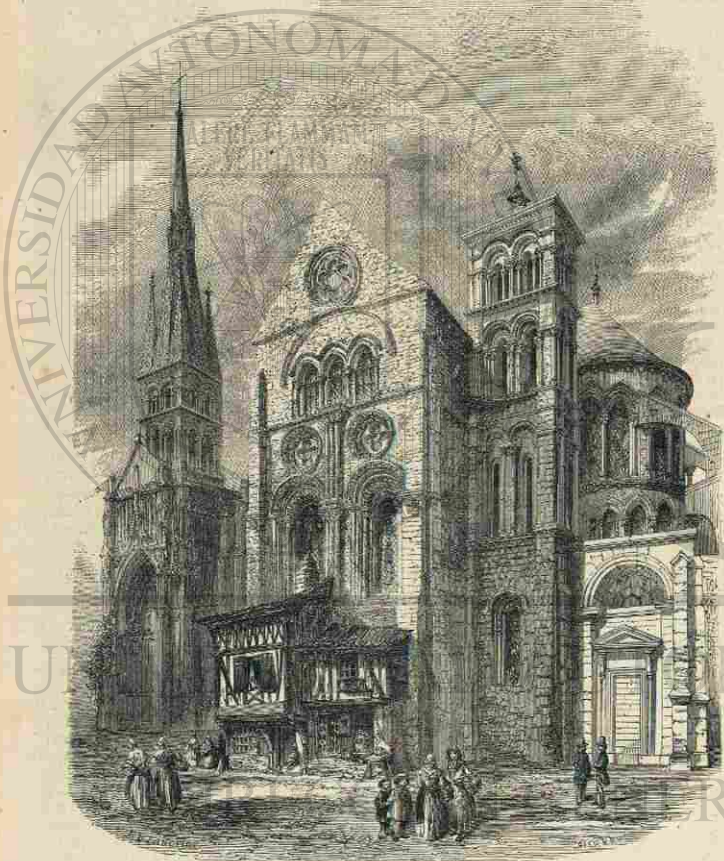
E. DE NEVEL. (Los Khouan.)

NUESTRA SEÑORA DE CHALONS-SUR-MARNE.

«Ahi está Chalons con sus bonitos chapitales,» decía antiguamente el viajero en cuanto descubría en lontananza las largas y puntiagudas agujas que, en número de seis, se elevaban orgullosas á 65 ó 66 metros por encima de las casas. Nuestra Señora de Vaux, mas favorecida con respecto á esto que la catedral de San Estevan, tenía entonces cuatro de estas hermosas agujas; en el día no le queda mas que una; pero sin embargo se puede juzgar por nuestro dibujo que toda el edificio ha conservado bastante importancia, y bastantes ornatos y solidez para que pueda quejarse en demasía de las injurias del tiempo y de los hombres. En suma, es una bella iglesia gótica, cuya primera piedra fué puesta, según dicen, por el obispo Alpin señor de Bayes, en el siglo V, en un valle cerca de la ciudad, y sobre un subterráneo consagrado antiguamente á las divinidades de las Gallas. Largo tiempo esta iglesia se llamó Santa María ó Nuestra Señora del Valle; una de las capillas ha conservado el nombre de «Capilla de los Pantanos.» En 1187, Nuestra Señora era todavía de madera, y habiéndose notado á tiempo que

amenazaba ruina, se quitaron precipitadamente las campanas, las sillas de coro y las vidrieras, é inmediatamente se vino abajo todo el edificio: este acontecimiento se halla consignado en una lámina de bronce incrustada en uno de los

muros del monumento actual. El público hubo de conmovirse tanto con aquel desastre que los donativos para la reparación de Nuestra Señora no se hicieron esperar mucho tiempo. Ciento sesenta años se emplearon en reemplazar la



Nuestra Señora de Chalons-sur-Marne. — Dibujo de Lancelotti.

iglesia de madera por el rico monumento de piedra que se vé hoy, y que constituye en el día la belleza mas primorosa de Chalons: sin embargo la fachada de piedra no se construyó hasta el año de 1469. Nuestra Señora de Vaux ha debido en gran parte los recursos que sirvieron para su conservación

y aun para su engrandecimiento durante muchos siglos, al crecido número de fieles generosos que iban á rendir homenaje en su santuario á la célebre reliquia de San Nombri, venida de Roma y puesta por primera vez en 1407, por e obispo Carlos de Poitiers.

LA PRIMERA MISA EN AMÉRICA.



Museo de Dijon. — La primera misa en América, cuadro de M. BLANCHARD.

La intervención de una ceremonia religiosa en el acto de apropiarse un pueblo un territorio, no deja de tener su importancia en la historia, pues que ella hace constar la civilización de este mismo pueblo. El lazo religioso es ciertamente

el mas fuerte de los que mantienen á los hombres en sociedad, y ninguna nacion ha podido formar ninguno bien poderoso y durable sin la mancomunidad de creencias. Cuanto mas puras son estas creencias, cuanto mas conformes están

con los destinos humanos y más propias son al desarrollo de los instintos civilizados, tanto mas vigor y homogeneidad tienen los elementos nacionales; y si los pueblos cristianos han concluido por constituirse mas energicamente que los demas, y tienden tambien a dominar el mundo, el principal motivo es sin duda la superioridad de su religion.

Colocándose bajo un punto de vista puramente historico, no puede negarse que la aptitud para formar las reglas morales y las aspiraciones humanas en un sistema completo, hecho visible por los simbolos, es lo que indica el caracter de una raza propia para asociarse y organizar sus instintos, es decir, propia para formar una nacion. Sin una fe aceptada, y patente por medio de un culto, los hombres quedan siempre extraños los unos á los otros en sus mas intimas necesidades; los cuerpos y los espiritus están unidos, pero las almas separadas, y sin estas no puede haber alianza duradera.

En prueba de lo que sentamos aqui, no hay mas que considerar las tribus salvajes de la America y las negras hordas del Africa. La ausencia de una religion precisa, la interdependencia del capicho individual en todos los actos de creencia, han impedido por todas partes el que se formase ningun lazo social. Hay asociaciones imperfectas de intereses, de pasiones, de tradiciones historicas, mas no existe lo que se llama una nacion.

Asi, no hay mas que ver la actitud dada por el artista á los indios que oian misa por primera vez en aquella tierra. Cualquiera otro pueblo civilizado, fuese cual quisiera su creencia, comprenderia la gravedad del acto que se verifica ante sus ojos, en tanto que estos no participan de el ni aun por curiosidad; para ellos la ceremonia carece enteramente de significacion, y esperan tranquilos á que se acabe sin tratar siquiera de comprenderla.

Después, ya cuando los misioneros hayan puesto los pies en America, ellos tratarán de disipar la ignorancia de esta raza, ellos les enseñarán las verdades fundamentales del cristianismo: los indios por su parte conservarán en la memoria todo cuanto se les haya dicho, y se someterán en apariencia, á la ley cristiana, pero á la primera ocasion que se presente, esas recien convertidos volverán sin dificultad á sus usos salvajes. Diríase que les falta alguna cosa para entrar á fondo en esa esfera de ideas que ha creado el mundo moderno y que le conduce hácia el porvenir.

El acontecimiento tan perfectamente representado en el cuadro de M. Blanchard, pero de cuando hizo su segundo viaje Cristóbal Colon, (Segun paróse, la primera vez no lleva cristianos consigo). El famoso piloto llegó á Ceila é hizo celebrar el servicio divino en un sitio que designa aun la tradicion popular. Este acto solenne tuvo lugar en la Habana, donde se edificó despues una capilla.

Los trages que M. Blanchard ha puesto á sus marineros se usan todavia en España. Uno es el traje valenciano, cuya grave sencilla prueba su antigüedad, y que llevan aun los campesinos mores del otro lado del estrecho de Gibraltar. En este traje, la manta roja rayada proviene evidentemente de los árabes, en cuanto al chaleco de piel de carnero sin mangas, se encuen tra en todos los países que estuvieron sometidos á la dominacion romana.

DESCRIPCION.

Un sol de primavera, pero uno de esos soles de Italia que no palidecen con la primera nube, que no se debilitan con el mas ligero soplo de los vientos del Norte, un sol de estos, decimos, respaldado todavia en el Corso de Roma, sobre la

plaza del Pueblo, por encima de los ricos plátanos y de los añejos pinos de que se halla envuelto el monte Mario como de una túnica de luto. La ciudad entera se halla revestida de sus mejores galas para celebrar debidamente el principio de los hermosos dias; luego, lanzada en los pesados carruajes de los nobles, amontonada en las ligeras carrocelas de alquiler y en los rápidos coches, escalonada en las anchas lomas del Corso, donde incesantemente pasan y vuelven á pasar las mugeres mas distinguidas de *Questa dominante*, sus jóvenes y galanes *monsignori*, sus viejos cardinales y la muchedumbre de sus príncipes; Roma, repetimos, hace el aprendizaje de esa dicha uniforme de cada dia que viene á espírar por la noche para renacer á la mañana siguiente entre nuevos placeres.

La *trottata* ha vuelto á hallar sus hábitos de lujo, sus dalaras del *far niente*, la *trottata*, que principia en el palacio de Venecia para acabar en Ponte-Mole, ese Long-champs romano, Hyde-Park italiano en que todas las clases se confunden en una igualdad fuera de las leyes, pero que nace de las costumbres y que cuadra tan admirablemente con el caracter de ese pueblo; la *trottata*, impaciente de ser usada, se abre de nuevo á la luz, probaba sus alegrías de primavera y se embriagaba con rejuvenecidos ardores, coronaba con su sufragio popular las reines que los halles de invierno habian proclamado en sus salones, ratificaba á la luz del sol esas reputaciones del gran mundo ansiosas siempre de semejante sancion; y luego presurosa y activa como en todos los placeres en que se mezcla el pueblo, corria sin reposo, marchaba sin fin, y se detenia sin la menor pena. En aquel paseo de todas las tardes se veía todo cuanto bella en Roma por el genio ó por la belleza, por las virtudes ó el poder. Encontrábase allí esas nobles matronas de rasgos yacentes, de formas aníguas y de negros ojos que tan bien nos supieron pintar Tacito, Juvenal y Ovidio. Su mirada protectora, lo mismo que en los siglos de estos grandes hombres, galaba á jóvenes, con ojos cargados de voluptuosidad, y cuyo seno casi desnudo palpaba con un deseo apasno no comprendido todavia bajo la cortada respiracion de aquella muchedumbre, devorando una sonrisa, ó animándose con un ademán imperceptible que venia de un dedo blanco y torneado. Ademas, se veían allí muchos de esos hombres llenos de una elegante desenvoltura, que, ya bajo el traje mundano y la sedosa capita de prelados de la santa Iglesia, ya bajo la bordada casaca de los nobles del siglo XVIII, con su cabellera de azabache, sus brillantes encajes, y sus bonitas espadas, se lanzaban en hermosos coches, y despues orgullosos con su nobleza, y mas orgullosos todavia con sus buenas prendas, corrían á ofrecer sus respetuosos homenajes á las mugeres cuyos nombres historicos ó curias gracias eran aplaudidas en la ciudad entera.

En medio de esta reunion de príncipes y de artistas, de jóvenes hermosas como romanas, y de gallardos mozos radiantes de vida y juventud, confundidos todos en la plaza del Pueblo, recó de todas las galanterías, y punto de reunion de todos los placeres, distinguíase sobre todo el conde don José de Acquaviva, que, despues de haber viajado largo tiempo por la Europa, acababa de ser llamado á Roma por su familia de la que era el único heredero.

José de Acquaviva habia visto muchas cosas en sus correrias, y creia conocer muy bien la naturaleza humana. Habíase detenido en Fernay, y cuando el viejo Voltaire le tuvo entre sus garras, cuando con su palabra siempre irónica, siempre prazante y graciosa le hubo despedido de su candor de jóven, escribió á sus *angeles* de París: «Tengo en mi ca-

sa un huésped, gran señor de los estados del Papa, de quien quiero sacar un filosofo; ya tengo andadas las tres cuartas partes del camino.»

De allí José se fué á Berlin. En Potsdam estudió á Federico y á su escuela de sofistas. San Petersburgo le mostró las glorias y las ignominias del reinado de Catalina II; luego deteniéndose en todos los principados alemanes llegó por fin á Paris, donde fué presentado á la corte, y Dios sabe si en ella era donde el conde José debía esperar el ganar en arrepentimiento lo que habia perdido en inocencia.

Entonces fué cuando su familia le mandó á llamar, alarmada por las mil revelaciones que le llegaban cada dia por todas partes acerca del jóven Acquaviva. En efecto, no se habia de otra cosa á la sazón que de sus locuras y prodigalidades y de sus aventuras de amor, y hasta el soberano pontífice tan tolerante y lleno de indulgencia como lo era para la juventud, no habia podido menos de mezclar su venerada voz á la de todo el mundo.

El tio de este hijo prodigo, el cardenal Anfosí, uno de los miembros mas célebres y virtuosos del sagrado colegio, fué encargado de las amonestaciones y de los consejos, y cumplió su mision con una bondad enteramente paternal. José de Acquaviva entró pues en Roma bajo los auspicios del perdon; pero volvió ostentando un absoluto desprecio por todo aquello que le habian enseñado á respetar cuando era niño, volvió frio y desdénoso, creyéndose dueño de su corazón y de sus pasiones, y por último cediendo á cada instante sin reflexion, sin necesidad y sin cálculo á sus estragos, volvió al trabajo bien decidido á criticarlo todo, á no admirar ninguna cosa, y á no creer en nada, y lisonjeándose en el secreto de sus pensamientos de que iba á dar á la nobleza romana una de esas lecciones tomadas por el en la escuela de los jóvenes nobles franceses que la corte de Luis XV tenia bien cuidado de corromper, y que de allí caian en los salios de Paris que á fuerza de sordos dan daban la última mano á la obra tan bien comenzada en las antecámaras ó en los gabinetes particulares de Versailles.

Rodado de algunos allegres cortesanos cuyo tono podatesco y cuyos modales friantes burlescos y afectados les han servido de títulos para reunirse á el como otros tantos satélites en torno de un nuevo astro, Acquaviva se mezcló un instante entre los grupos que forman un salon al aire libre en la puerta del Pueblo; escuchando distraido las amistosas palabras de sus viejos parientes, dirige algunos cumplimientos un tanto impertinentes á las mugeres que le distinguen al pasar, y luego cansado ya de la monotonia del paseo, se le encuentra por último ostentando su aturdimiento bajo la tienda del café de la Columna entre un serbice de Faenza con el que se remoja los labios de tiempo en tiempo, y el *Mercurio de Francia* que apenas se digna hojear entre sus dedos.

Así pasa su tiempo tendido con indolencia, saludando con un imperceptible movimiento de cabeza, sonriendo con un saludo desdénoso, ó un ademán hecho con su mano perfumada á los jóvenes que pasan, envidiosos de su elegante carroza, de sus esclavos de armas pintadas con una gracia digna de Watteau, y de su par de caballos ingleses cuyo ardor puede apenas contener toda la habilidad de su cochero de Londres.

En este mismo instante una jóven del pueblo, pobre como un capuchino y casi tan desnuda como un *lazzarone* napolitano, pero hermosa como una madona de Rafael, con grandes ojos negros, una frente tan pura y unos rasgos tan decorados como saltones de poesia, se desliza como una cente-

lla por medio de los coches que se tropiezan y de todos los caballos que relinchan, y despues de haberse abierto paso por la multitud, se detiene en frente del café, toma en sus manos una lijera bandolina, y canta con una espresion encantadora algunas de esas canciones italianas que los ángeles parecen acompañar desde los cielos. Nadie la presta atencion, nadie la escucha, nadie se digna dirigirle una mirada, pero la pobre jóven sigue cantando porque gana su vida con esas melodías, y en ellas estríban sus esperanzas cotidianas, sus esperanzas de todas las horas. Concluida la canción, con la frente enroscada de poder, velados los ojos con sus largas pestañas y casi sonriendo á través de las lágrimas dispuestas á correr en el instante, se adelanta con timidos pies hacia las mesas; su mano trémula se abre ante cada hombre de los que están sentados, y algunas palabras dichas en voz baja, se desprenden una á una de sus labios como para implorar la compasion que no ha podido inspirar con sus cánticos.

De este modo pasa por delante de José de Acquaviva, que, absorto en sus contemplaciones interiores del triunfo que lleva su vanidad, quizá no ha oido la tierna melodía con que la jóven cantatriz acaba de embellecer sus hermosos sueños. Acquaviva la mira con esa indiferencia de un gran señor hastiado que no cree en el hombre ni en la miseria y le dice arrojándole en la mano algunas monedas pontificias:

—Ea, ea, sigue tu camino, hermosa niña y ruega á Dios por don José de Acquaviva.

Para la jóven el rogar á Dios era sinónimo de seguir cantando. Por eso vuelve á principiar su himno suave como el canto de una madre, tiernísimo como una elegía de Tibulo. Su voz, acompañada por la bandolina, se eleva y bajaba alternativamente, y ya llena de fuerza ó de melancolia, domaba el rumor dela muchedumbre, ó impregnada de una tristeza melódica iba á espírar en los corazones como un eco debilitado de los padecimientos del alma. Al oír aquellos acordes que no escuchaban por cierto la muror sorpresa bajo un cielo en donde toda voz es armoniosa, en donde la lengua es poesia, el conde José se siente conmovido; sus ojos se claván en aquella niña cuyos vestidos son transparentes de indigencia, cuya voz encuentra en un instante el camino del alma, y que tan bella se manifiesta cantando las penas del amor que no ha sentido todavia. Acquaviva la contempla largo tiempo estudiando cada uno de sus rasgos, siguiendo todas las inflexiones, todos los matices de su órgano maravilloso, ó imaginándose en secreto los detalles de sus nacientes perfecciones; luego, cuando la jóven terminó su última canción, é hizo con la cabeza radiante de juventud y de inocencia un ligero ademán en señal de despedida, el conde exclamó en alta voz:

—Si Santa Cecilia no estuviese ocupada todos los dias en encantar los oídos de Dios en el cielo, por mi parte estaría á punto de creer, señores, que le habia dado la idea, para agradarlos, de distraerse de mendiga y de darnos esta tarde uno de esos cuencitos que deben envidiar los serafines. ¿Qué piensas de ello, príncipe Barberini?

—¿Tengo, mi querido conde, que los relinchos de tus magníficos caballos son mas lisonjeros para nobles como nosotros que todos los cantares de esa mozuela. Si tuviesemos que admirar á todas esas cantatrices de sonetos amorosos con la *tex morena* y la frente cargada de un sudor que no es el sudor *zeularem*, el *pulverem olympicum* de Horacio, la tarea seria por cierto bien penosa y es seguro que bien luego me veria precisado á implorar del papa una indulgencia plenaria *in extremis*. En Roma es mas raro un buen

caballo que una hermosa voz. Yo admiro muchísimo los tuyos. Así pues, ya puedes dejar en paz á tu Santa Cecilia del Velabre, ó á tu queridín del Monte-Testaccio.

— Si José de Acquaviva desea á toda costa las buenas armonías, repuso el joven marqués de Ruffo, que voy á llamar á Palestri el divino músico de la capilla pontificia que modula con el mismo encanto las lamentaciones de Jeremías como los dolores de la Difon en la hoguera. Traigamos aquí al poquito Rossi, á la prima donña de San Pedro, al profesor del teatro Della Valle y que canten acompañándose con la bandolina ó con el organo; y cuando haya oído don José y haya podido comparar enfónces con su protegida, podrá decirnos su opinión sobre este punto.

— No, no; señores míos, no quiero. En cuanto á música prero la naturaleza, y por el pronto, comités que daría de buena gana mis dos caballos ingleses y mi caballo también al que me proporcionase la ocasión de entrar en las lunas graciosas de esa joven.

Una salva de frenos aplausos agolpó este galante desahogado. Barberini se lanzó en el Corso en persecución de la muchacha; la busca, la encuentra, y luego tomándola por la mano sin proferir una sola palabra, la arrastra casi á viva fuerza bajo la tienda del café.

— Aquí está, exclamó Barberini dirigiéndose á sus amigos, aquí está el ángel que debe recordar todos los éxtasis del paraíso al conde don José de Acquaviva. Vamos, ardiente enamorado, admirala á tu gusto; que cante hasta dejarte sorbo, yo no me opongo á ello. Nosotros, señores, respetemos esta primer entrevista, y puesto que ya tengo hipotecados los caballo de nuestro infamable compañero, contínuo meo á su costa nuestro paseo.

En efecto, todos partieron juntos riéndose á carcajadas, y José se quedó solo con la joven. Esta, acostumbrada ya á la indiferencia de la muchedumbre, no extrañó aquella súbita separación, pero cuando Acquaviva la tomó la mano con un interés que ella no comprendía, cuando la suplicó que cantase mas y para él solo, y por último cuando una moneda de oro que sintió entre sus dedos la hizo conocer de antemano el precio que el joven romano acordaba á un favor que jamás se había visto tan bien recompensado, la joven alzó hacia él sus grandes ojos negros, brillantes de gratitud, y luego con una voz dulcísima repitió todas las canciones que pudo suministrarle su memoria. José la escuchaba entregado á un profundo sentimiento de admiración; seguía cada uno de sus ademanes, saboreaba sus inteligentes sonrisas, y se sorprendía al encontrar bajo los harapos de la miseria una belleza que podría hacer enrojecer de celos todas las frentes de las damas romanas.

— Está muy bien; hija mía; es agradezco mucho el gran placer que acabas de darme, pero no es esto todo, tengo otro favor que pedirte, favor que acaso pueda servirte de mucho algún día; como es llamárs?

— Los Pifferari de los Abruzzos que me abandonaron en Roma en las últimas pascuas de Navidad, me dijeron que debía llamarme Benedetta.

— Benedetta! Esta bien, hermosa cantatriz; es un nombre de favorable agüero como se decía antes; pero sin duda no estais sola aquí y abandonada como una huérfana á la caridad pública; tenéis parientes, amigos, madre quizá?

— No tengo parientes, no señor, y amigos menos, porque los pobres no los tienen, y jamás he conocido á mi madre.

— Me habeis dicho que los Pifferari de los Abruzzos son

los que os han traído aquí; que hacíais, pues, con ellos?

— Cantaba al pie de las madroñas, á la puerta de los conventos ó á la de los palacios, y los acompañaba siempre en sus escursiones; pero el invierno ha sido muy malo, y mas de una vez nos ha faltado el pan. Me dió la fiebre en Roma cuando ellos se marchaban, y después de haberme dicho como Vuestra Escelencia, que ese nombre de Benedetta sería para mí de buen agüero, se volvieron sin mí á la montaña, dejándome bajo la protección de Nuestra Señora de las Flores.

— Y la Virgen no os abandonó, Benedetta, puesto que me ha hecho salir á vuestro encuentro, infundiéndome la idea de seros útil. Ya se va acercando la noche; mañana desearé veros otra vez, y entonces hablaremos de lo que os interesa; pero, dónde podremos encontrarnos? En qué calle vivis?

— Ya no hace nada de aire; las noches están hermosas y calientes; yo duermo bajo las columnas del Vaticano.

— Esta bien; mañana estare allí en cuanto salgan los primeros rayos del sol.

(Se continuará.)

JOSÉ RIBERA (EL ESPAÑOLETO).

José Ribera, así como otros grandes hombres, ha tenido el honor de ser reclamado, después de muerto, por dos bellos países, la Italia y la España.

Los Italianos, en efecto, sostienen que Ribera nació en Gallipoli, reino de Nápoles, pero este aserto, fuertemente para la escuela española, es falso de todo punto, porque existen dos pruebas irrefragables de las cuales se desprende positivamente que Ribera es español. La primera de estas pruebas, viene de la propia mano de este artista en la estampa de su cuadro de Bacó donde se leen estas palabras: *Joseph a Ribera, Hisp. Valent. Stab. F. Partenop. 1628*; y la segunda no menos concluyente, se halla en una magnífica *Concepción* que pintó para las religiosas de Monterey, y que firmó con todas sus letras: *Jusepe de Ribera Español Valenciano fecit. 1635*.

En el día está averiguado que Ribera nació en la ciudad de San Felipe de Játiva cerca de Valencia el día 12 de enero de 1588. Destinado por su familia á la carrera de las letras, fué enviado á Valencia para estudiar, pero la vocación fué superior á la voluntad paterna, y el joven entró luego en el estudio del pintor Ribalta. No hay necesidad de añadir aquí que sus estudios fueron tan rápidos como sorprendentes. Al cabo de poco experimentó, como muchos otros, la necesidad de visitar la Italia, y en efecto pasó á ella, consagrando todo su tiempo en este país á estudiar las antigüedades y las pinturas de los grandes maestros, con un buen éxito tan incontestable, que, aunque era todavía un joven, sus discípulos le pusieron *El Spagnoleto*, siguiendo la costumbre de aquellos hermosos tiempos del arte en que todos los pintores ilustres, no eran conocidos sino bajo el nombre de su patria.

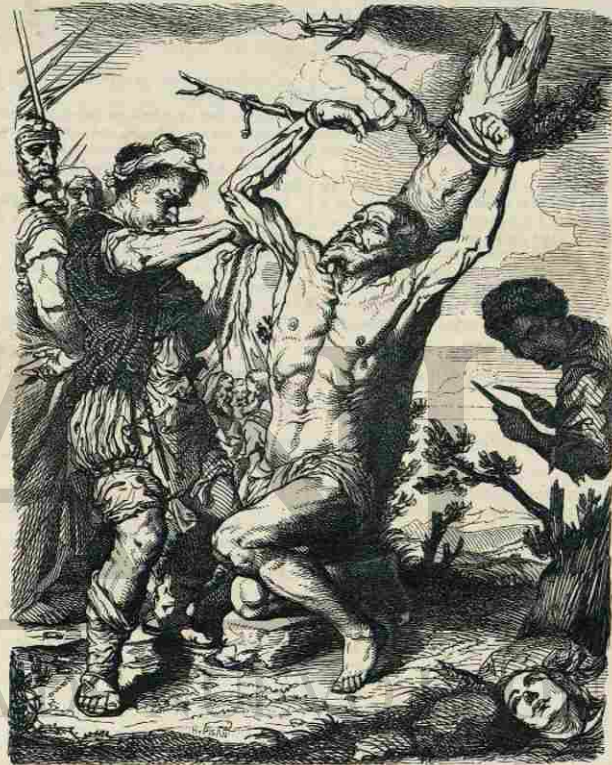
Desde aquella época el genio de Ribera tomó el aspecto terrible y sombrío que ha quedado como uno de los caracteres particulares de casi todas sus composiciones. *El Martirio de San Bartolomé*, que se ve representado en nuestro dibujo, es una de las pruebas mas sobresalientes de su estilo. La crueldad y el horror del asunto, la feroz realidad con que está expresado, el vigor, la fuerza de sus toques, el realismo de los contornos, del modelado y del color, la poderosa origi-

nalidad del claro-oscuro, todas esas cualidades hacen de José Ribera un pintor excepcional; tiene algunos puntos de semejanza con Miguel Angel de quien fué discípulo en Italia, pero tiene muchos mas aun con el genio personal y distintivo de los maestros españoles. Este lienzo vive y alienta, como

los Cristos del divino Morales, como los frailes martirizándose á sí mismos, del inexorable Zurbaran.

J. J. ARNOUX.

(Se continuará en los próximos números.)



El martirio de San Bartolomé.

LA PEÑA HUECA.

CUENTO ARABE.

Mak-abali era uno de los mas ricos mercaderes de la Meca. Por ser ya muy anciano deseaba ver casada á la única hija que le habia quedado de su buena esposa.

Fakmelsa, que tal era el nombre de la joven, rayaba ya en los diez y siete años, era muy hermosa; amaba en gran manera á su padre, y procuraba siempre complacerle en todo.

Sin embargo cuando fué sabedora que el anciano Mak-abali tenia ánimo de casarla, se echó á llorar y á abrazar á su padre diciendo que no queria apartarse de su lado porque con ningún hombre estaria mejor mas que con aquel á quien debía el ser.

Mak-abali que veía frustradas sus mas halagüeñas esperanzas, y que temia que á la mejor ocasion, noticioso el Sultán de la rara belleza de Fakmelsa, se la arrebatara para tener una joya mas en su harem, enjugo el llanto de su hija procurando disuadirle con las mas elocuentes palabras

y razones convincentes diciéndole que el manco que obtuviese su mano debería llevar un buen dote y á mas debía ser hermoso y amable y que debía obligarse á vivir con ellos.

Con estas condiciones aceptó la joven el matrimonio. Mak-ahali contento y satisfecho del feliz resultado de sus tentativas, abrazó con efusión á su hija y la nombró heredera de todas sus riquezas, que por cierto eran inmensas.

El anciano hizo correr la voz de que trataba de casar á su linda hija, y al momento los jóvenes que habían admirado á Faknelisa trataron á su vez de obtenerla.

De los varios que se presentaron solo tres eran dignos de la mano de la joven.

Perplejo se encontró Mak-ahali sobre en quien debía recaer la elección, empero salió del apuro diciéndoles que volviesen el día siguiente.

En tanto el anciano se fué á consultar á una mujer, que segun se fama era hija de un leño; espírufo el caso con la mayor minuciosidad y le rogó que le diera su parecer.

Reflexionó la mujer algunos instantes y...
— Yo soy de parecer, venerable Mak-ahali, dijo, que la deis á aquel que tenga mas astucia y mas valor.

— Y bien, como lo sabemos?
— Escuchadme: proponedles que el que os traiga una manzana del jardín de los placeres, á aquel daréis vuestra hermosa hija.

— Pero, donde se halla este jardín?
— No habeis oído nunca hablar de la *peña Aueca*?
— Repetidas veces.

— Pues bien, es preciso penetrar en aquella peña para llegar al jardín de los placeres.

— Pero se cuenta que hasta ahora nadie ha podido llegar á él.

— Porque los varios que lo han procurado no han tenido el suficiente valor, ni bastante astucia; y por esto os repito que el que os traiga una manzana del mencionado jardín, será digno de vuestra Faknelisa.

El anciano, satisfecho de la respuesta que le diera tan hábil mujer, le dió las gracias y fué á contárselo á su hija.

A la mañana siguiente los tres jóvenes amantes se dirigieron al venerable Mak-ahali. Esto al instante les propuso que el que deseara obtener á su hija debía traerle una manzana del jardín de los placeres.

Al oír tan absurda proposición todos quedaron absortos sin saber que resolver.

Por fin todos se decidieron á tomar á su cargo la empresa.

Empero uno de ellos, que se llamaba Entemi, animado de mayor esperanza, fué el que emprendió mas pronto el camino, habiéndose armado antes de un fuerte alfanje damasquinado, por si tenia que defenderse de algun agresor.

Habia ya andado unas cuantas horas cuando rendido por el cansancio se recostó debajo de una palmera cerca de la cual brotaba una fuente cuyas limpidas aguas caían en forma de cascada de perlas y ruidos, derrumbándose desde la cumbre del monte á un precipicio sin fondo.

A poco rato vio acercarse un ave de mil colores.

Llegó por fin, posóse en la palmera, despidió un melodioso canto y bajó para beber en la fuente.

Apenas habla gustado el agua cuando se transformó en una bellísima hada.

Admirado el manco no osaba hablar palabra, ni moverse para no hacer ruido.

Aquella sin reparar en la presencia de Entemi, desmu-

dose enseñando sus hermosísimas y torneadas formas de alabastro. El viento mecía su dorada cabellera haciéndola describir misteriosas figuras en las blancas espaldas de la hada.

Esta se metió despues en la fuente para bañarse.

Al cabo de breves instantes seis aves de la misma especie que la primera, pero mas pequeñas, fueron posándose sucesivamente en la palmera, y despues de haber cantado bebían del agua de la fuente y se transformaban en mujeres.

El deposito de la fuente iba engrosándose á medida que iban llegando las aves.

Hacia una hora que duraba este espectáculo, cuando Entemi, sin ser jamas notado, sin poder comprender lo que sus ojos veían, tosío y las hadas volvieron la cabeza.

Levantóse la mas bella, que parecia la principal, y todas quedaron ricamente ataviadas.

La principal dirigiéndose hacia el manco, y manifestando suma indignación, le preguntó quien era, que hacia allí y á donde iba; pero se calmó su cólera al ver la suma modestia con que Entemi respondió á sus preguntas.

Hizo una seña á sus compañeras, y todas al instante le rodearon, presentándole varias frutas de las que comió el joven con bastante apetito.

Tomóle la mayor el alfanje, se lo mojó en el agua de la fuente, y se lo presentó diciéndole:

— Toma, con este alfanje superarás todos los peligros que te se presenten antes de llegar á la peña, despues no podrás ya hacer uso de él, porque te se romperá como el cristal.

Y al decir esto volvieron á tomar la forma de ave, se colocaron en la palmera, y entre todas formaron un delicioso concierto, volviéndose despues al punto de donde vinieron.

Entemi volvió luego á emprender su camino.

Al cabo de corto tiempo divisó á un hombre altísimo que se le aproximaba.

Encontráronse, por fin, y el gigante, pues que no era otra cosa, le miró atado, y sacando su enorme alfanje, se preparaba para cortar la cabeza á Entemi, cuando este evitó el golpe, y de un revés cortó la muñeca á su adversario, que saltó temiendo aun empuñada el arma mortífera. El gigante viéndose perdido echó á correr y desapareció.

Apenas habla andado unas dos horas, cuando se le presentaron dos enormes leones, quienes impidiéndole el paso, empezaron á rugir cual si estuviesen acosados del hambre.

Entemi, sin hacer caso del peligro que le amenazaba, echó mano al alfanje y se lanzó corriendo contra los fieros animales, quienes se abalanzaron tambien hacia el joven; pero este que estaba dotado de una agilidad suma, dió un salto atrás y cortó de un revés la cabeza del leon que tenia mas cerca, y con menos tiempo del que se necesita para decirlo, se volvió y entró la del otro.

Habiendo salido aterrorado de esta nueva aventura pasó adelante como si no le hubiese acabado cosa alguna.

Por último llegó al fin de su viaje.

Hundió Entemi por el cansancio, sudando á mares, se arrojó sobre la peña hueca y allí descansó por espacio de algunos minutos, despues de los cuales intentó penetrar dentro de la peña, pero asi que tuvo el pié en el tintero una gran ráfaga de viento silbando con furia le arrojó unos cuantos pasos mas lejos.

Levantóse Entemi y volvió á probar.

Levantóse Entemi y volvió á probar.

Pero le sucedió el mismo chasco que la vez primera.

Ni por esas se dió por vencido, pues osado intentó volver á meter el pié en el hueco, y saltó un enano con una varilla llena de campanillas y cascabeles, con la que iba dando al pobre joven diciendo á cada golpe:

— Toma, toma, atrevido, toma...
Entemi desenvainó el alfanje pero fué inútilmente, por cuanto el primer tajo que quiso descargar dió contra la varilla del enano y se quebró cual si hubiese sido de cristal, quedando cumplida la profecía de la hada.

Lanzó el manco el puño que en la mano le quedara y se arrojó sobre el enano procurando sujetarlo, cosa imposible, pues apenas se veía cogido por su adversario se dispersaba como el humo y volvía á aparecer detras del desgraciado Entemi dándole de nuevo con la varilla.

El joven tambien hacia uso de sus puños pero sin ninguna utilidad, pues el misterioso enano sabia evitar los golpes con suma presteza y agilidad.

Sin embargo es de notar que á cada golpe que daba el enano, caía de la varilla una campanilla ó un cascabel, hasta que por último se quedó sin ninguno la varilla del caprichoso personaje, el cual cayó muerto.

Contempló por espacio de algunos instantes nuestro héroe, despues de los cuales probó nuevamente si podría entrar en la cueva, y fué mas feliz por cuanto no se le presentó ningún obstáculo.

Así que entró, halló un largo corredor practicado en la roca viva, al fin del cual se iba ensanchando hasta formar un verdadero embudo, y en cuyo espacio reinaban las tinieblas.

De vez en cuando creía oír algun ruido cual si alguna ave nocturna revolotase por su alrededor.

Otras veces se figuraba que veía fantasmas que le amenazaban con darle la muerte si daba un paso mas.

Allí se le aparecía un espectro feroz con un puñal ensangrentado; alla notaba una voz ronca y furiosa que le llamaba, en fin, todo le intimidaba reprochándole su osadía y temeridad.

Entemi aturdido y con el corazón que apenas se atrevía á latir, estaba perplejo acerca de que resolucion tomara, hasta que por último, procurando vencer la preocupacion que le atormentaba, y no haciendo caso de las ilusiones que evocaban su fantasia, intentó dar algunos pasos para buscar una entrada á fin de proseguir su camino hasta encontrar el jardín.

Dió algunas vueltas por aquella especie de aposento y no encontró ninguna abertura.

Estaba ya decidido á volver atras cuando oyó un gran ruido sobre su cabeza.

Esquintando el joven trató de observar lo que habia sido, mas ¡cuánto fué su asombro y admiración al ver que el camino por donde habia pasado estaba cerrado!

Por desgracia se habia hundido una enorme peña, y mucha tierra de la bóveda que cobijaba la galería subterránea, y obstruíla el paso.

Entemi creyéndose ya muerto y que aquella morada le serviría de panteon, dió algunos pasos con los brazos cruzados sobre el pecho, cuando debajo de sus pies oyó un ruido sorido resonando cual si golpearan en una tumba vacía.

Inclinóse y tocó una argolla de hierro.

— Oh!... estoy salvado ya!... exclamó en la expansion de su júbilo; no hay duda, levantando esta losa encontrare algun nuevo corredor que me conducirá á donde deseo.

Y al decir esto, asíó fuertemente la argolla y procuró

levantar la piedra empleando todas sus fuerzas, fuerzas que se estrellaron con la imposibilidad de moverla.

Varias veces repitió aquella accion, y otras tantas fué en vano.

Empezaba ya á desesperar Entemi, viendo frustradas sus esperanzas, cuando volviéndose al otro lado tropezó con una barra de hierro.

Tomóla con alegría, viendo que la suerte secundaba sus intentos, y metiéndola en la argolla de la losa, hizo un esfuerzo extraordinario, haciéndola girar á un lado.

Entonces se le presentó una abertura de mas de tres palmos cúbicos, y se metió en ella, donde encontró una escalera de caracol.

(Se concluirá en el próximo número.)

LA VUELTA A LA ESCUELA.

El sol inunda los campos con su risueña luz; los pájaros cantan en los árboles, y las abejas revolotean de flor en flor.

Peters no ha podido resistir á tamaños encantos; separándose del camino de la escuela con su hermanito Williams se metió por los senderos de los trigos, á través del arroyo que divide el valle, y en tanto que Williams perdido entre los matorrales se ocupa en recoger flores que abandona inmediatamente por cojer otras nuevas, el arrastrándose bajo las zarzas trata de sorprender algun niño entre la espesa hojarasca.

Por fin sus esfuerzos se ven recompensados; acaba de sorprender el oculto asilo de un pajarillo que echó á volar llenando el espacio de lamentos! Dueño de su presa, principio como todos los conquistadores por la destruccion; el niño tan cuidadosamente elaborado ha sido hecho pedazos y arrojado al suelo; los verdosos insectos han sido ensartados en una larga paja y nuestro pequeño vagamundo se aleja rápidamente como un soldado de vuelta de un saqueo.

Y esto consiste en que en medio de sus torvidos placeres acaba de asaltarle un temor acompañado de un remordimiento. El sonido de la campana de la aldea le ha recordado de pronto su abandonada escuela; piensa en la sorpresa de la maestra, en el descontento de sus parientes, en la doble responsabilidad de su falta y de la de Williams, y su primera audacia se amorrigna; su alegría se apaga con la inquietud; apresura el paso, corta á través de las veredas, y entra en la escuela por la puerta falsa.

Ya llega. Peters se detiene á la vista del ribazo lleno de videdos; su corazón late mas de prisa; se adelanta rozando con la tapia, la mano en el sombrero y tomando las precauciones del culpable que se prepara á rescatar su falta con la humildad. Williams anda de puntillas y ocultándose... parece el remordimiento vivo que sigue al criminal.

Ambos se deslizaron hasta la puerta. El gato estaba acurrucado junto al umbral; un rayo de sol perdido en la sala ilumina los rostros de los chicos de la escuela. La maestra, que estaba dando una lección de lectura, cediendo al fuerte calor del día ha cerrado los párpados y acaba de dormirse.

Peters va entrando paqueto á poco con su hermanito, hasta el último banco de la clase; oculta por detras su sombrero con el botón del campo, abre su libro, y aparenta que estudia.

Inútil subterfugio! la maestra se despertará, y entonces preciso será dar cuenta de las horas perdidas en el campo; entonces vendrán las reprimendas y el castigo.

Acéptalas, Peters, acéptalas por tu hermano y por ti, porque eso te servirá de útil preparación para tu vida. Regocijate con haber aprendido en tus primeros años, que las fal-

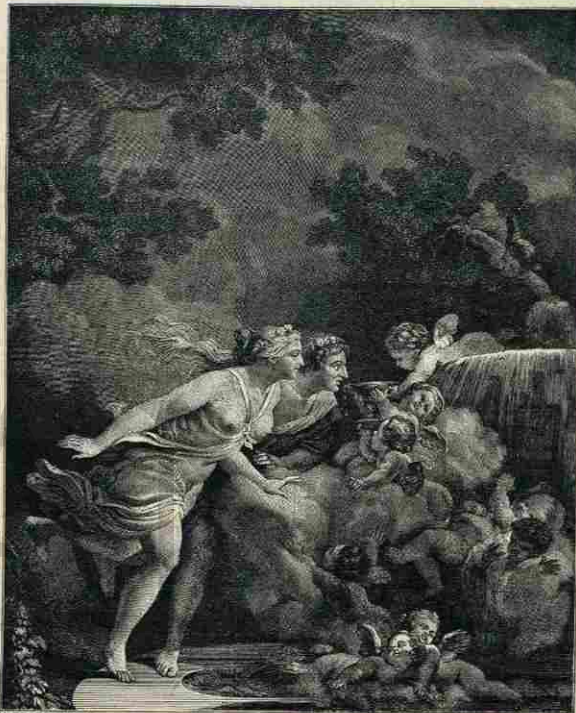
tas no pueden ocultarse mucho tiempo, y que la destreza no reemplaza jamás la espiación! Acaso también dentro de algún tiempo en el vasto campo



La Vuelta á la Escuela.—Cuadro de WEBSTER.—Dibujo de FREEMAN.

de la fantasía, irás en busca de los placeres, en tanto que el deber te llamaba á tu casa, y acaso en la edad de las pasiones habrías podido huir el yugo social, como has huido hoy el de la escuela: pero la experiencia te hará prudente. En adelante ya sabrás que la vigilancia no puede engañarse mucho tiempo; que el ojo cansado que se cierra, no tarda mucho en abrirse, y que por todas partes, y en todas las épocas de la vida, el hombre tiene alguna maestra de escuela á la cual no puede sustraerse, llámese Ley, Opinión pública ó Conciencia!

JUAN HONORATO FRAGONARD.



D. FRAGONARD P.

L. SOUARDIN SC.

La fuente del amor.

Juan Honorato Fragonard nacido en Grasse en 1732 y muerto en Paris en 1807, trabajó en la mayor parte de los géneros que contiene el arte de pintar, imitó todos los estilos y salió bien en cuanto emprendió. Se puede asegurar sin temor de equivocarse que hay hoy en el Museo del Louvre mas de un paisaje suyo entre los que pasan por de maestros flamencos; cuando imitó á Ruysdael, no le falta á su cuadro mas que la firma del famoso pintor; con la mayor facilidad del mundo supo iluminar sus lienzos con todos los fuegos de Jordaens, buscando también incesantemente el claro-oscuro de Rembrandt.

Peró cuando emprende los asuntos predilectos de la escuela de Boucher y de Greuze, dando á luz cuadros semejantes al de la *Fuente del Amor*, entónces se eleva á una altura á que no llegan los dos artistas que acabamos de nombrar.

En el cuadro de Franklin sentado en las nubes velando sobre la América apoyada en sus rodillas, y llamando á Marte á que combata contra la tiranía y la Avaricia, en tanto que

para proteger al mundo opona al rayo el escudo de la ciencia personificada en Minerva, Fragonard supo conservarse á la altura de este asunto grandioso, interpretando y realzando el único verso que puede oponer la latinidad moderna á las imágenes de Virgilio y Horacio, el magnífico «Eripuit caelo fulmen, sceptrumque tyrannis» y creó un Franklin tan sublime que dudamos que ningún otro pintor lo hubiese hecho.

Y sin embargo, podemos decir aquí que Fragonard no conocía su valor.

Después de su brillante aparición en la esposicion de 1765 donde envió su *Creso*, dándose la muerte para salvar *Callirhoe*, no se volvió á mostrar hasta dos años despues, y luego no se le halló mas en veintidos esposiciones públicas que tuvieron lugar ántes de su muerte.

Pocas obras nos dejó concluidas el pintor Fragonard, excepto algunas páginas que, por su acabado magistral, hacen deplorar amargamente que nos haya dejado tantas otras

por concluir: el total de sus obras no se compone mas que de brillantes apuntes de bosquejos acentuados ó ligeros, y siempre preciosos en cuanto á pensamientos y composición. No parece sino que una vaga é indefinible inquietud presidió siempre al destino de este genio, buscando perpetuamente, y sin encontrarle, el camino que debía seguir. A veces hasta se duda que Fragonard tuviese fe en sí mismo; y puede decirse de él que atravesó los campos del arte como ese pajaro burlesco de los bosquejos del Nuevo Mundo, de que hablan los viajeros, que imita con la mayor exactitud la voz de todos, sin poseer en sí ninguna propia, constituyendo su originalidad la multitud de sus imitaciones.

Cuando entró en el segundo conservatorio del Museo nacional de las Artes en el mes de pluvioso del año V, el consular de administración del Museo central, Fragonard se quedó sin empleo, y en mala posición, como le habia visto en los archivos inéditos del Louvre. Entonces fue cuando se le encargó por el ministro del Interior, á petición de los miembros del nuevo consejo, de la inspección del transporte de los objetos de arte de Versalles, donde se empezaba á fijar á la sazón el museo especial de la escuela francesa; pero este empleo quedó suprimido por un decreto del 22 prarial del año VII, y Fragonard acabó su vida en la pobreza del arte, y siendo solicitado el maravilloso aumento de nuestra gran colección comenzada á formar por la República, y que acababan el Consulado y el Imperio.

J. J. ANNOEX.

BENEDETTA.

(Véase la página 98.)

El conde de Acquavia camufló su palabra. Al salir el día estaba ya en el sitio de la cita. Benedetta estaba durmiendo todavía, y dormía con un sueño tan apacible, estaba tan hermosa, con la cabeza en su almohadón de mármol, reposando allí, bajo la bóveda del cielo, con toda la virginidad de sus quince ó diez y siete años y su porvenir tan rico de esperanzas, que José se puso á contemplarla en silencio, á admirarla, y á seguir con sus ojos los sueños que debían ocupar á aquel corazón que tanta tan ligeramente bajo un corchito de terciopelo ajado adornado de cascadas desgarradas. El conde oía la respiración de aquella pobre niña hacia la cual le impelia un secreto instinto mucho mas poderoso que su voluntad. Su mano acariciaba sus largas trenzas de cabellos que el viento de la mañana inundaba de brisas perfumadas, y luego, arrastrado por un sentimiento que no era ya la compasión, el joven conde se inclinó sobre la fresca y hermosa de Benedetta; aquel primer beso de amor sacó de su sueño á la joven, que entreabrió los ojos, iluminándose su rostro al punto con una sonrisa de gratitud.

— ¡Cómo! Ya estás aquí! exclamó la joven tomando con una graciosa indiferencia su bandolina que estaba á sus pies, y yo que no os esperaba tan pronto, que acaso me figuraba que no os volvería á ver!

— He querido sorprenderos, antes de despertar, dijo Acquavia, porque tengo muchas cosas que decir, y en el día no sé...

— ¡Oh! durante el día, debo ganar el pan, señor conde, y como no se encuentran á todas horas personas tan generosas como vuestra Escelsencia, ya conocéis que no he de perder tiempo para cubrir mis pocas necesidades.

— Y en el caso de que yo tratara de ponerme á cubierto de esas desgracias, Benedetta; si, cediendo al interés de

me habeis inspirado, os sacara de esa miseria cuyos males debéis conocer ya, que es lo que diriais?

Benedetta dirigió al joven una mirada interrogativa. La joven parecia querer leer con sus ojos en el alma, á fin de darse cuenta á sí misma del sentimiento que podía dictar á un personaje tan elevado las proposiciones en que ella no veia mas que una excesiva generosidad; luego sonriéndose como una niña que se despierta pensando en sus dorados sueños, contestó al conde:

— Ah, señor! muy dichosa seria, entónces no cantaría mas que para vos, y no tendría necesidad para ganar mi vida de tender la mano á una muchachumbre indiferente.

— Así lo espero, ángel mío; desde hoy mismo, si consentis en ello, podéis nacer á una nueva vida, y podéis olvidar en el lujo con que fuéleno rodearos, una infancia como la que habeis pasado tan llena de privaciones y miserias.

— Y que debere hacer, señor conde, para ponerme al abrigo de la desgracia, ¿para ser rica?

— Nada ó casi nada, Benedetta; cantar cuando el cielo os inspire que cantéis para mí; y para nadie mas, doblegar á las reglas del arte esa voz cuyo timbre es tan hermoso, y que las primeras cantantes de los teatros de la Scala ó del Fenicio envidiarían á vuestra pobreza; volveros hermosa como ya lo prometéis; guardar en vuestra frente y en vuestra alma ese candor que me ha seducido, esa inocencia ajena de todo mal, y amarme después si me juzgais digno de un poco de amor; esto es cuanto os pido, querida Benedetta.

— ¡Ah! Os lo prometo, señor conde, dijo la joven encendida de pudor. Almas que esas condiciones, añadido despues de un momento de silencio, no me parecen muy difíciles de llevar.

— ¡Inclusa la última, no es verdad! exclamó Acquavia dominado por un sentimiento de orgullosa inteligencia.

— La última, y todas las demas no me costara gran trabajo llenarlas; hasta me parece que os amo ya.

— Sois un ángel, encantadora criatura; no me atreva á esperar eso de vuestra gratitud ó de vuestra franqueza. Ea, despidáos para siempre vuestros hermosos hombres de esa librería de miseria que, sin embargo, tanto os hermosa. Renunciad á esa vida de aventuras que bendigo mil y mil veces, puesto que á ella debo haber encontrado una mujer que será bien luego la mas hermosa y amada de cuantas hay en Roma, y seguidme.

Benedetta apoyada en el brazo del conde José, y llevando en la mano su bel bandolina, echó á andar sumergida en las más dulces ilusiones; despues de haber atravesado el puente del Ángel desierto todavía á aquellas horas, llegaron ambos á la puerta de una modesta casa modesta oculta entre los jardines de que estaba cubierta á la sazón la ribera izquierda del Tiber. Acquavia dió un golpe, la puerta se abrió, y entrados en el vestibulo, le dijo:

— Esta casa era mia hace un instante; ahora os pertenecen, Benedetta; podéis disponer de ella á nuestro gusto. Todo el mundo, y yo el primero se baxa aquí, nuestro criado, hoy mismo quiero que desaparezca hasta la última sombra de vuestra miseria, voy á buscaros los maestros mas propios para enseñar vuestra naciente inteligencia, y desarrollar vuestra voz que es un tesoro, menos precioso sin embargo, que vuestro corazón; y luego, cuando deséis verme á vuestro lado, decidme una palabra y al instante estaré á vuestros pies embriagándome con vuestra mirada é implorando de vos una sonrisa de reconciniento ó de amor.

El conde se alejó despues de estas palabras. Benedetta, radiante de emoción pertró en la estancia donde acababa

de instalarla de un modo tan extraño el joven y brillante don José.

Era aquella una casita, en toda la acepción de la palabra, una casita semejante á la que se habia formado el conde de Acquavia en Paris, bajo las inspiraciones de los nobles de la corte de Luis XV; era una casita perfectamente adornada donde todo era elegante, donde todo respiraba la gracia y el desce. El conde no habia acumulado en ella como en un hazaar todos esos muebles suntuosos, tristes á fuerza de magnificencia, ni esa prodigalidad de dorados y de mármoles. Algunos cuadros del Albano, dos lienzos de Guido, una madona de Rafael bajo la cual ardía una lámpara de plata, como un homenaje á que nadie se sustrae en Roma; cortinajes llenos de buen gusto, muebles sencillos, pero perfectos en cuanto á comodidad, y admirablemente adaptados á sus sitios respectivos, componían el material de esa habitación que Benedetta recorrió en un instante con un encanto vecino del delirio. Su corazón, sus ojos, hasta su imaginación misma, que jamas se habia podido figurar un lujo tan bien entendido, se abría con mil delicias á la felicidad, la respiraban por todos los sentidos, y la comunicaban en todos los ademanos; sus manos tocaban la seda de las cortinas, en los hermosos espejos de Venecia donde se reproducían las puras líneas de su rostro romano, y los harapos que iba á cambiar en breve con tanto gozo, por los ricos trajes y adornos y la ligera mantilla, prendía que no se habia atrevido á cederle ni aun en sus sueños.

Cuando tomó posesión de todas aquellas grandezas y cuando hubo fisonseado su pensamiento con el bello porvenir que le esperaba, la joven que, el día anterior, indigente y abandonada no tenía otro abrigo contra las tempestades ó los rayos del sol que los anchos pórticos de las iglesias como los mármoles del peristilo de San Pedro, se entregó á una alegría completa y verdadera; un grito de dicha salió de su pecho y entónces se puso á cantar como si quisiera, con un himno de reconocimiento, dar las gracias al Dios que le habia dado aquella voz, por la embriaguez que en aquel instante le debía.

Al mismo tiempo José de Acquavia penetraba en el aposento.

— Proseguid, Benedetta, proseguid, hija mía; es el mayor placer que podéis darme. Deseo veros contenta, y deseo sobre todo oíros cantar.

La joven entrojó un poco y continuó. El conde estaba casi sentado á la puerta del aposento, como un sentinela que ha recibido la orden de no dejar pasar á nadie, y que ejecuta fielmente su consigna. En tanto que Benedetta cantaba, Acquavia la miraba fascinado; luego cuando hubo concluido exclamó:

— Maestro, qué decís de la discípula que os he propuesto?

— Digo que vuestra Escelsencia ha descubierto un verdadero diamante, una piedra preciosa que ya á hacer palidumbre á todos los rubís de mala muerte con que tanto se envanescen nuestros empresarios. Es el órgano mas maravilloso que he oído en mi vida, y si esta señorita lo permite, añadiré que nunca he experimentado una satisfacción igual á la que he recibido en este instante.

Benedetta sorprendida y desconcertada no respondia nada á ese entusiasmo que apenas se podía explicar. El conde notó su apuro, y acudiendo á su socorro con su desenvoltura italiana, un poco adulterada con la galantería caballeresca de Versalles ó de los bastidores de la Opera, exclamó

haciendo resonar un beso en la mano de la joven como si hubiese querido tomar posesión de ella públicamente:

— El que os admira tanto como ya, Benedetta, es el señor Palestri, el maestro de capilla de nuestro santo papa, el compositor mas famoso de la Italia; y el primer artista de Roma.

— No, no, señor conde, ya no lo soy, exclamó el maestro; esta joven acaba de arrebatarme ese puesto. Ella tiene á diez y seis años, lo que yo no he tenido jamas á veintidós, el hrio de la música, la inspiración del arte, y sobre todo lo que Dios concede solamente á sus privilegiados, una voz que avergonzaria hasta á los mismos serafines; con algunos estudios para bastar á subordinar á sus sitios respectivos, para matar de amor á todos los aficionados de Italia, y en verdad me parece...

— Hasta, hasta, maestro Palestri, no hablemos mas que de la voz de vuestra discípula y nada de los aficionados. Benedetta no es una flor que yo deba recoger primero que venga. Así pues, en vuestra opinión no carece de disposiciones, y creéis que podremos hacer con ella alguna cosa?

— Vaya, si lo creo, señor conde. Supongamos un pobre empresario arruinado, un empresario sin prima dona, sin tener ni bajo, ofreciéndole vuestra inmensa y sólida fortuna, ó esta joven señorita como *debutante*, y veréis como sin vacilar elija á Benedetta. Señor conde, habeis adivinado la rosa entre las zarzas, como este el antiguo soneto de nuestro Metastasio; y como la rosa está ahí voy á hacerla abrir al sol, y á darle en pocos meses el honor de ser admirada de la Italia artistica.

Con ello cuento, mi buen maestro, pero ya estáis viendo como nuestro entusiasmo lírico ha asistido á la pobre criatura; vamos, Benedetta, continuó el conde apretando con sus manos el talle flexible y elegante de la joven; cantad otro poco, si gustais, como cantarais en este momento si no fuérais mas recurso ni esperanza que esta bandolina.

Benedetta obedeció, Palestri se estasio de oírela al oírlo.

Solo un favor tengo que pedir, exclamó con una admiración que no debía nada á la galantería italiana, y es el que me permitáis dirigir los estudios de esa bella musa. Es un título, que, á mis ojos, borraré todos los demas que he merecido: esa joven hará mi gloria.

— Y mi felicidad, maestro Palestri, añadio en voz baja el conde José, y mi felicidad, porque la amo tanto como la admirais vos.

El maestro salió. Acquavia volvió junto á la joven, que, fuera de sí de alegría infantil, le dio las gracias de cuanto hacia por ella, de todos los gozes de que la rodeaba; luego, con una ternura que ya no disimulaba en lo mas mínimo:

— Y eso no es todo, Benedetta, le dijo: además de estar al abrigo del sol y á cubierto de las tempestades, es necesario que el vestido corresponda con la estatura, que la divinidad se halla en relación con el templo donde será adorada siempre. Todo lo he previsto. Dentro de algunos instantes la cauarista que he puesto á vuestro servicio os traerá de mi parte algunos trajes muy dignos de vuestra nueva condición, mas dignos de mi tambien, y que os harán mas hermosa, sin que por eso seáis mas interesante á mis ojos.

La joven hallóse algunas palabras de gratitud, mas el conde la interrumpió al punto.

Entre nosotros, le dijo, no hay gratitud que valga, Benedetta. La gratitud pesa demasiado en nuestra flaca naturaleza, es un deber concienzudo que no inspira mas que

frialdad entre dos almas que se deben otra cosa mejor que una helada amistad. Así pues, esperare de vos otro sentimiento mas apasionado y del cual me habeis hecho concebir ya algunas esperanzas. Somos jóvenes ambos, hija mía, y ya es lo he dicho, deseu un amor grande, un amor inmenso como el mio.

Muchas semanas se pasaron para Benedetta en los encantos de su nueva vida. La jóven se adornó con todas las magnificencias que el conde de Acquaviva depositaba á sus pies todos los dias; se rodeó de su lujo, de sus velos, de sus diamantes, de sus encajes y de todas sus riquezas de jóven adorada, y cuyo uso hasta entónces no conocia, y luego, cuando sus manos, tan ávidas como sus ojos, tocaron mil y

mil veces admirándolos las sedas y terciopelos y las piedras preciosas que debian adornar su juvenil cabeza, Benedetta se puso á reflexionar en la singularidad de su destino. De reflexion en reflexion llegó naturalmente á pensar en aquel á quien debia tantas felicidades desconocidas, y bajando hasta el fondo de su corazon halló en el todo el amor que el conde de Acquaviva se prometia. La jóven se puso tan ufana con su descubrimiento, que desafiando todas las leyes establecidas, y cuyos principios no estaba encargado de enseñarle el maestro Palestri, suplicó á don José que pasara á verla. El conde corrió al punto lleno de esperanza, aunque ignorando la fortuna que le esperaba. (Se continuará.)

HEBREOS CAUTIVOS EN BABILONIA.



Cuadro de BENDENANN.—Dibujo de STALL.

Parece que nadie se ha parado sino en el lado poético del cautiverio de los hebreos en Asiria; nunca se cita mas que su célebre plañidero sobre los rios de Babilonia, y el pintor alemán, cuya tierna composicion reproducimos hoy, ha seguido evidentemente la inspiracion comun. Tambien aqui se ven cautivos cantando la patria ausente y fijando sus ojos doloridos en la ciudad inmensa de Semiramis.

Peró la estancia de los judios en Asiria se presenta tambien bajo otro aspecto, cuya importancia á la historia le toca señalar. Aquello no fué un simple acaso de la guerra, ni uno de aquellos cautiverios accidentales que sufrieron con tanta frecuencia los pueblos pequeños de la antigüedad: considerándolo bien de cerca, se vé claramente una de las mil evoluciones cumplidas por las razas en beneficio de la civilizacion.

Los hebreos retirados en un rincón del mundo, guardados por los desiertos, las montañas y el mar, habian conservado casi intactas las grandes instituciones de Moisés. Cuando la mas grosera idolatria y el mas vil despotismo se dividian el

gobierno de la tierra, ellos solos supieron poner á cubierto la ciudad de Dios, la libertad y la igualdad humana, es decir lo que verdaderamente constituye al hombre. Allí solo, en la tierra de Israel, los pueblos no pertenecian á su amo: habia jefes de tribus que gobernaban con el consejo de los ancianos, y los jueces eran elejidos por aquellos que debian luego obedecerlos. No habia castas, pero si division en las funciones. La tribu de Levi consagrada al culto, estaba sostenida por todas las demas, no existian ciencias ocultas reservadas á unos pocos como en Egipto y en Oriente; la luz pertenecia á todos, y no habia privilegios guerreros, todos los ciudadanos eran soldados.

Si se observaban mal las leyes, si habia hombres que usurpaban un poder siempre peligroso, tambien para eso habia profetas que se alzaban entre la muchedumbre, que recordaban los principios establecidos por Dios, y que defendian ó vengaban al oprimido.

Peró aquella grande y hermosa organizacion social, se detenía en los estrechos límites de la tierra prometida. El ais-

lamiento, que al principio le habia sido necesario para nacer y para fortalecerse, amenazaba dejarla desconocida para el resto del mundo: los conquistadores asirios pararon el golpe, yendo á buscar bajo su manto á aquel pequeño pueblo que se habia asimilado tantas ideas verdaderamente fecundas, y le esparcieron en sus estados con una similitud para el porvenir.

Los hebreos llevaban á Babilonia elementos desconocidos, cuyas huellas se han conservado por fortuna en los monumentos contemporáneos.

La prosperidad habia hecho de la capital de la Asiria una cosa inaudita en los fastos del mundo. «Babilonia, dice uno de los profetas, fué como una copa de oro en las manos del Eterno, y con la cual se embriagó toda la tierra. Las naciones bebieron de su vino, y una vez que bebieron se volvieron locas.» Jamás la demencia del lujo, los caprichos del poder absoluto, y el despreciativo egoismo del hombre por sus semejantes no se habian ostentado con tanto escándalo: desde que se presentaron en medio de aquellos esclavos y de aquellos tiranos voluptuosos, los judios se volvieron los verdaderos representantes de la caridad, de la libertad y de la dignidad humana.

Sus protestas no consistieron solo en palabras, sino que llegaron á manifestarse en sus acciones. Si se prohibia el enterrar á los hebreos condenados á muerte, Tobías se levantaba y les daba la sepultura. Perseguido tenia que huir, pero así que le olvidaban un instante volvía á continuar su obra. Su piedad fraternal concilia por cansara sus opresores. Cuando Nabucodonosor obligaba á todas las frentes á inclinarse delante de su estafeta, solo los judios permanecian derechos, prefiendo los hornos encendidos á la humillacion de semejantes adulaciones. Por último, cuando su ley mandaba que abandonasen el culto de su Dios por uno de los idolos asirios, Daniel mantenía la libertad de las conciencias bajando á la cueva de los leones.

Y no se paraba en esto su valor, sino que él preparaba la caída de aquel monstruoso imperio sin otros cimientos que sus vicios: sus amenazadoras profecias les espantaban, porque ellas incitaban á su destruccion á los pueblos mas jóvenes y menos corrompidos de la Persia.

«El Eterno se compadecerá de Jacob, decía Isaías; elejirá á Israel; los restablecerá en sus tierras; los extranjeros se reunirán á ellos adhiriéndose á la casa de Jacob.»

Luego pinta á toda la tierra en reposo y en seguridad, «porque Babilonia no existe ya.» Los mismos cedros del Líbano se dicen uno á otro: «Desde que se ha dormido, nadie ha subido aqui para cortarnos.» Por último, evoca del fondo de sus sepulcros á todos los principes y reyes vencidos por la Asiria, y todos esclaman con sorpresa: «¿Cómo has caído de los cielos, estrella de la mañana, hija del alba del día? Tú, que hollabas á tus pies á las naciones, te muestras abatida hasta el polvo!»

En otro pasaje, se le vé colocar un centinela que mira á las cuatro partes del viento: á cada instante le pregunta lo que vé, y el centinela anuncia la ruina de la Asiria y de sus aliados: carros y cabaleros pasan gritando: «Cayó, cayó.»

Babilonia caía en efecto gracias á Ciró y á los judios. Mientras que Baltasar lo olvidaba todo en los festines, una mano invisible escribía en el muro tres palabras hebreas que debian espantar á todos los corazones, y Daniel, uno de los jefes de su pueblo, que todos consideraban como aconsejado por Dios, esplicaba la inscripcion fatal! En el mismo instante, Ciró penetraba en la ciudad por la madre seca del Eufrates, y Herodoto declara de un modo positivo, que le habia sido

indicado este medio. Y por quién, sino por ese pueblo enemigo que los asirios habian encadenado á sus hogares, y que esperaban, segun la expresion de su profeta, el que se uniese con él el extranjero?

El rey de los persas recompensó á los hebreos concediéndoles el derecho de volver á su patria, pero muchos de ellos prefirieron seguir al jóven vencedor y establecerse en sus estados. Bien luego se multiplicaron hasta el punto de formar pueblos y ciudades importantes, mas á pesar de que habian sabido mantenerse en la corte, al verles tomar aquella importancia, fueron heridos de proscripcion, porque se les creia peligrosos al Estado á causa de sus leyes y de sus creencias particulares. Supieron sin embargo sustraerse al peligro tomando las armas y combatiendo contra sus enemigos hasta el punto de matar en todo el imperio mas de setenta y cinco mil hombres, lo que prueba que ellos mismos debian ser á la sazón bien numerosos.

Después de estos desvelos, dice la Biblia, «disfrutaron del reposo de sus enemigos, pero no tocaron con sus manos el bala.» Este último rasgo es muy precioso, porque él diferencia á los judios de los pueblos á quienes combatian, y prueba que la lucha fué una lucha de raza y no un pretexto para el saqueo.

La influencia judía se hizo sentir en la civilizacion persa, dándole una grandeza mas humana. Los reyes asirios habian sido gigantes de tiranía y de sensualidad: los reyes de Persia, estuvieron mas á punto de creerse hombres: corrompidos por la educacion y por un poder sin medida, no imitaron sin embargo á Sardanápalo y á Nabucodonosor: odiaban pero podian amar: se dejaban arrastrar por la cólera, pero tambien lloraban. En suma, se puede decir que hubo progreso. En ellos principiaba la iniciacion: la autoridad ciega y brutal se alteraba y se desahacia, hasta que la accion de los griegos llegó á completar después lo que habian comenzado los judios.

LA PEÑA HUECA.

CUENTO ARABE.

(Véase la página 101.)

Bajó algunos escalones y escuchó con la mayor atencion. No percibió ningún ruido.

La soledad le rodeaba por todas partes.

Prosiguió Entemí su camino, con la misma precaucion, pero siempre envuelto en tinieblas.

Hacia ya algun tiempo que bajaba cuando creyó divisar un rayo de luz, no obstante, cual si temiera ser victima de una ilusión, frotóse varias veces los ojos y vió, con gran sorpresa, que era una realidad.

Su corazon se dilató en gran manera adquiriendo nuevas esperanzas.

A medida que iba bajando la claridad tambien iba aumentando, al propio tiempo que notaba respirar un ambiente mas puro y benéfico.

Por último, se encontró al fin de la escalera, y como por encanto habose en un precioso Eden.

«Oh! esclamo, hemos llegado ya, he aqui el jardín de los placeres... ahora es preciso buscar el manzano para cojer uno de sus frutos!... Pero tener desques que volver atrás!... después de tanto padecer!... no hay remedio, tengo de casarme con Fakmeisa!...»

Y diciendo esto quedóse estupefacto al contemplar la hermosura del jardín.

Mil variadas especies de flores estrañas elevaban sus matizadas corolas al cielo despidiendo abundantes y aromá-

ti os perfumes: aves de todas clases entonaban sonoros cánticos desde lo alto de los verdes y hermosos árboles, cuyas copas se inclinaban ligeramente hacia el suelo al impulso de la dulce brisa: mil surtidores arrojaban agua cristalina resacasando el ambiente que allí se respiraba: en fin, en aquel delicioso lugar se disfrutaban goces inesplicables, goces que Entemí no había experimentado nunca, y de los cuales dedujo que lo llamarían jardín de los placeres.

Admirado el joven de cuanto veía, iba siguiendo varios senderos alfombrados de flores, hasta que llegó al centro del Eden, donde tuvo una nueva maravilla que admirar.

Sobre seis zócalos de turquesa con embudo de rubí se elevaban otras tantas estatuas de diamante, que sostenían una cúpula de esmeralda con preciosos relieves de perlas: en el centro había un enorme coral, que por cada una de sus mil ramificaciones brotaba agua de diferentes colores y perfumes, cayendo y mezclándose en un estanque lleno de peces con escamas de oro.

Entemí, después de haber contemplado aquel riquísimo monumento, quiso buscar el manzano para coger la fruta; dirigió la vista por todas partes, y creyó divisarlo entre los cocoteros, palmeras, plátanos, cedros, y demás árboles de un magnífico bosquecillo, á donde se dirigió.

Así, que lo encontró, alargó la mano para coger una manzana de las muchas que estaban á su alcance, cuando sintió que le detenían el brazo.

— Volviese, y yo á un hombre anciano que le dijo:
— Detente osado!...
— Qué... exclamó Entemí, sois vos el dueño de este jardín?
— Qué te importa á ti?
— Mucho.
— Y quién eres tú?
— Me llamo Entemí, soy hijo de un rico mercader de la Meca.

— Bien.
— Queréis saber más?
— Si tal.
— Pero si os respondo á cuanto me preguntais, me daréis lo que os pido?
— Lo veremos.
— Pero...
— Veremoslo, repito.

— Entonces, preguntad.
— Dí, por donde has entrado?
— Por un agujero.
— Y ya sabias que te era permitido el entrar?...
— Ma lo figuré que sí.
— No encontraste obstáculos que te lo impedirían?
— Sí, pero los vencí.
— No te salió al encuentro un gigante?
— Es cierto, pero después de haberle cortado la mano, echó á correr.

— Y los dos leones?
— Les corté la cabeza.
— Y el viento que salió del agujero?
— Huyó y fué á mezclarse con la atmósfera.
— Y el enano de la varilla?
— Está muerto.
— Y no has tenido miedo al penetrar por la peña?
— Ninguno.
— Pues ya que has sido tan valeroso, tendrás temor en seguirme?
— No.
— Entonces, ven; pero ten cuenta con preguntarme na-

da, sea lo que quiera de cuanto veas y de cuanto oigas.

— Bien, lo cumpliré.
— Sigueme, pues.
— Y diciendo esto, el anciano empezó á caminar.
Entemí fué siguiendo sus huellas.

A los pocos instantes entraron en un salon, luego en otro, á este siguió otro y otro, reinando igualmente en todos el lujo y la elegancia. Numerosos pebeteros de oro despedían odoríferos perfumes que aromatizaban el aire, y grandes jarros de perlas llenos de flores ornaban las estancias.

A cada paso, Entemí se quedaba encantado pareciéndole soñar, pues eran incalculables tantas riquezas hasta que por fin el anciano le hizo penetrar en un aposento donde era mas estrechado el lujo, y donde se percibian olores mas fuertes y embriagantes.

Descorrió un cortinaje de damasco de Persia, y se presentó á la vista del joven una muger anciana y fea recostada en un precioso diván.

Al instante lanzó á Entemí las mismas preguntitas que le hiciera el anciano en el jardín.

Luego continuó:
— Ya que has tenido valor para venir hasta aquí ¿te atreverás á tomar á tu cargo una empresa?
— Por cierto que sí.
— Por arriesgada que sea?
— Cuanto mas mejor.

— Pues bien, si sales victorioso te llevarás lo que deseas.
— Que es lo que tengo que hacer?
— Debes matar una serpiente enorme.
— Y en esto consiste la empresa?
— Sí, pero has de ir con cuidado y debes menester una lanza.

— Cómo... lanza para matar una serpiente!
— Para matar una serpiente.
— Dónde esta pues? ¿dónde está la lanza?
— Este anciano te la enseñará; empero te repito, anda con cuidado, porque varias son las lanzas que contiene el depósito, pero tan solo una de ellas puede matarla.
— Y cuál es esta?
— Lo ignoramos; tan solo hemos sabido que entre ellas está la destinada.

— Pues designadme donde está la serpiente, y donde la lanza.

El anciano llevó al joven á un lugar retirado del jardín y le enseñó con el dedo una serpiente que iba arrastrándose sobre la yerba yerba.

Condiólo después á un depósito de armas, le dijo que recogiese la lanza que debía traer, y le dejó solo.

Dudoso estuvo Entemí acerca de cual tomaría, hasta que por fin decidió tomá una y volvió al jardín lleno de valor y esperando llevar á cabo su atrevida empresa.

No obstante, al momento que intentó clavar la punta de la lanza sobre la cabeza del reptil, se oyó una fuerte detonación y aquel se convirtió en un monstruoso gigante, quien levantando su nudosa clava para descargar el golpe y aplastar á Entemí, esto de un salto se apartó, y antes que aquel pudiese levantar de nuevo la clava, arrojó con suma ligereza la lanza, la que silbando fuése á clavar en el corazón del monstruo, quien, al caer, hizo temblar la tierra.

Satisfecho el joven de su hazaña dirigióse inmediatamente al aposento donde estaba la muger que le había propuesto matar la serpiente.

— Pero á nadie encontré.

— Volviese al jardín, y así que penetraba, una multitud de bellas sílfidas le rodearon, haciéndole mil caricias y ofreciéndole abundantes ramilletes.

Entemí lleno de felicidad, no sabía que hacerse, ni que decir. Ignoraba quienes fuesen aquellas jóvenes que tan cariñosas y carinosas se le mostraban.

Al cabo de algunos minutos todas á la vez le enseñaron con el dedo una preciosa nube que se parecía á un topacio herido por los rayos del sol.

Aquella fué acercándose poquito á poco como impelida por una suave brisa, y fué á colocarse delante de Entemí.

Dispóse la nube y apareció en su centro una hermosa joven adornada de inmensa podrería.

Fijó sus dulces ojos sobre los de Entemí y una sonrisa jugueteó por sus labios.

— Al verla el muchacho, exclamó lleno de gozo y admiración:
— Faknelisa!...

— Sí, yo soy, valeroso Entemí, exclamó la joven lanzándose en los brazos de su amante; yo soy quien vengo á darte la recompensa que merece tu arrojo é intrepidez.
— Pero como es posible que...
— Voy á explicártelo: cuando te marchaste para venir á buscar la manzana aguardaban tu vuelta tus dos rivales para matarte y apoderarse de la fruta que trajeras. Pero viendo que no llegabas, uno mató al otro, y se vino á mi casa el asesino, diciendo á mi padre que los dos habíais ido á la Peña hueca y que habíais sido víctima de algún monstruo de los que tenían la costumbre de salir de ella. Mi padre creyéndote de buena fe prometióle mi mano. Iba ya á casarme, cuando por la noche anterior arrebatáronme de la cama y me trajeron aquí. Era un genio que quiso tomarme por mujer, á lo que me denegué firmemente hasta que me devolviese á mi padre. Viendo entonces el genio que ni con amenazas, ni con promesas podía vencer mi obstinación, me encantó, transformándome en vieja y fea, hasta que un joven llegase hasta aquí y que diese muerte á la serpiente, que era hija del genio y una mortal. Tú lo has hecho y héteme aquí joven y hermosa cual antes.

— Conqué tu eres?...
— Aquella vieja arrugada que estaba en el diván.
— Y has estado mucho tiempo de este modo?
— Haced hoy quinientos años.
— Imposible Faknelisa.
— No lo dades; quinientos años has estado tú dentro de la peña.

— Y tu padre ¿dónde está?
— Ha muerto ya, por lo tanto, pues, podemos vivir aquí, cuanto vos será nuestro y gozaremos de una vida dichosa.
— Oh!... sí, sí... quedémonos aquí... pero quienes son esas niñas que nos rodean?
— Son mi corte.

— Y tu padre ¿dónde está?
— Ha muerto ya, por lo tanto, pues, podemos vivir aquí, cuanto vos será nuestro y gozaremos de una vida dichosa.
— Oh!... sí, sí... quedémonos aquí... pero quienes son esas niñas que nos rodean?
— Son mi corte.

— Y tu padre ¿dónde está?
— Ha muerto ya, por lo tanto, pues, podemos vivir aquí, cuanto vos será nuestro y gozaremos de una vida dichosa.
— Oh!... sí, sí... quedémonos aquí... pero quienes son esas niñas que nos rodean?
— Son mi corte.

— Y tu padre ¿dónde está?
— Ha muerto ya, por lo tanto, pues, podemos vivir aquí, cuanto vos será nuestro y gozaremos de una vida dichosa.
— Oh!... sí, sí... quedémonos aquí... pero quienes son esas niñas que nos rodean?
— Son mi corte.

— Y tu padre ¿dónde está?
— Ha muerto ya, por lo tanto, pues, podemos vivir aquí, cuanto vos será nuestro y gozaremos de una vida dichosa.
— Oh!... sí, sí... quedémonos aquí... pero quienes son esas niñas que nos rodean?
— Son mi corte.

— Y tu padre ¿dónde está?
— Ha muerto ya, por lo tanto, pues, podemos vivir aquí, cuanto vos será nuestro y gozaremos de una vida dichosa.
— Oh!... sí, sí... quedémonos aquí... pero quienes son esas niñas que nos rodean?
— Son mi corte.

— Y tu padre ¿dónde está?
— Ha muerto ya, por lo tanto, pues, podemos vivir aquí, cuanto vos será nuestro y gozaremos de una vida dichosa.
— Oh!... sí, sí... quedémonos aquí... pero quienes son esas niñas que nos rodean?
— Son mi corte.

solo se ve aquí distintamente en la parte baja y en medio de la figura; este cilindro, contra otro casi del todo, al cual está pegado: el grabado deja entrever un tercer cilindro por delante y á la derecha, el cuarto se halla fuera de la figura.

Supongamos ahora que en vez de esta figura muda tenemos á la vista la realidad. En un salon magnífico, el hierro colado, el acero, el cobre y el bronce se mueven echando chispas. Todas sus piezas están en movimiento; unas obrando solo por su fuerza de resistencia y otras siguiendo, ya con magestuosa lentitud, ó ya con una velocidad terrible, los movimientos á que están destinadas. Para no hablar mas que de la parte *pneumatica*, la única que debe ocuparnos hoy, vamos á ver en cada uno de los cuatro cilindros verticales como oscila un émbolo con un movimiento alternativo de subida y bajada. Estos cilindros colocados de dos en dos, cuyo diámetro es de mas de dos metros, y en los que cada movimiento del émbolo alcanza dos metros tambien, hacen parte integrante de las *máquinas para operar el vacío*: á cada instante arrojan torrentes con un ruido formidable de fuelles, y por medio de muchos agujeros colocados en su parte inferior y superior, las masas de aire que han tomado á una distancia de 2,400 metros de allí. Bajo la influencia de esta poderosa aspiración, un convoy entero, cargado de viajeros, va remolcado por la rápida cuneta de 35 milímetros por metro, que se eleva hasta el terrapien de San German.

Volvamos ahora la vista de esa obra maestra de ciencia y de ejecución para detenemos en considerar su primitivo origen. Transportémosnos con el pensamiento á dos mil años atrás en medio de la antigua Grecia para buscar ese origen que no encontraremos ciertamente acompañado de ningún mecanismo ni sabio y complicado; no, la invención primera es modesta y vulgar, tan vulgar que no podemos decirnos á nombrarla con todas sus letras. Se acuerdan ustedes de aquel instrumento cuya pérdida deploraba Victor Jacquemont, y en cuya busca, sus buenos amigos los hospitalarios ingleses, consultaron la publicidad de todas sus gacetas, y toda la sagacidad de su policía, hasta que por último lograron llevarlo en procesion y con buena escolta, á nuestro gracioso viajero? Pues bien, ese instrumento tan común, con su estrechidad terminada en punta, era conocido en la mas remota antigüedad, y fué descrito minuciosamente por Heron de Alejandria el que le consideró como muy propio para aspirar y lanzar líquidos, y por último en el está el origen primitivo de todas las máquinas para hacer el vacío, y por consiguiente de los cilindros pneumáticos de San German, y aun del mismo camino atmosférico.

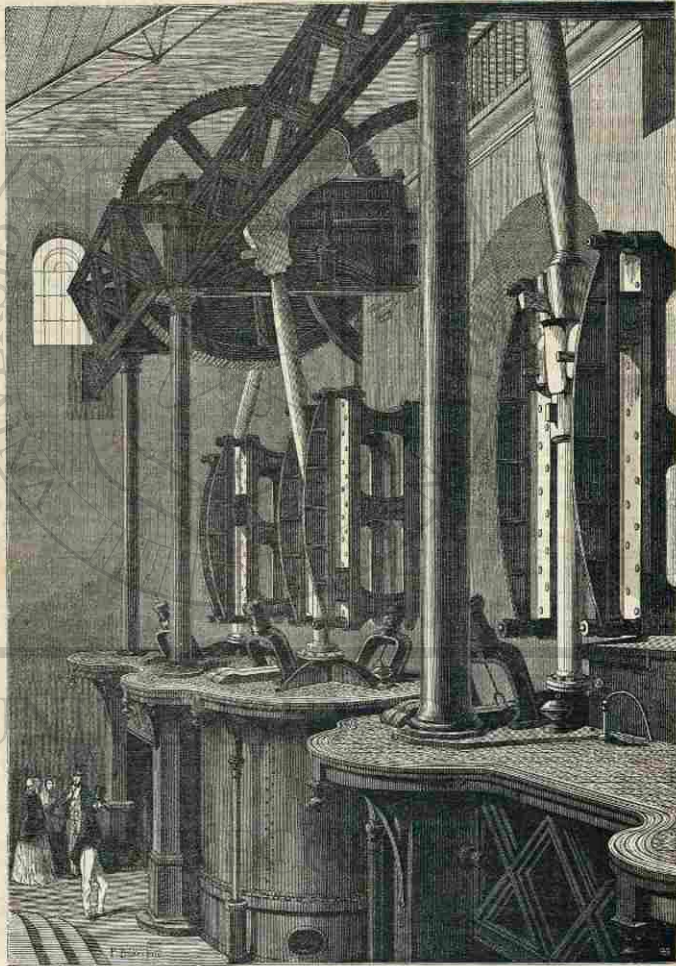
Es cierto que ese émbolo primitivo no estando provisto de una válvula, no puede servirle de él para sacar el aire del cilindro, sino á la condicion de que otro agua en el lugar del aire, pero el ingenio de los griegos habia imaginado otros aparatos para extraer el aire.

Los griegos habian notado que la combustion operada en un recipiente enrarece el aire hasta el punto de que enfrían, desde este recipiente se logra en el un vacío parcial. De este modo, ponían sobre la piel ventosas secas semejantes á las que se ponen hoy quemando papel en un vaso y aplicando exactamente sus bordes sobre el miembro que se somete al tópicos. El aparato n.º 36 de la preciosa colección de Heron de Alejandria, es una copia de los que servian para poner las ventosas secas, pero sin el empleo del calor. « Construcion de una campana que atrae sin la ayuda del fuego, » tal es el título de la descripción de este aparato.

Así pues, según este aparato, con la boca se procedió mecánicamente por la primera vez, para enrarecer el aire en un

recipiente. El niño que se pone en sus labios una llave en cuyo canuto acaba de aspirar el aire, y el mecánico que pone en juego los cuatro grandes émbolos de San German, ha-

con una operación idéntica, en el fondo, aunque muy diferentes en la forma y en los resultados. La máquina pneumática de Heron de Alejandria podrá apenas levantar algunos mil-



Bombas para sacar el aire en el tubo del camino de hierro atmosférico de San German.—Dibujo de P. BLANCHARD.

metros su piel; la máquina pneumática de San German hace subir rápidamente una cuesta escarpada á un cooivoy cargado de viajeros. Entre estos dos términos de una misma idea,

cuales han sido los grados sucesivos recorridos por el espíritu humano en su marcha tan lenta casi siempre? Interesante estudio por cierto, al que quizá nos consagraremos algún día.

MOISES VALENTIN.



El Juicio de Salomon.

Nacido en 1600 en la ciudad de Conlourniers en Eri, muerto en Roma en 1632, después de haber pasado su corta vida en beber y pintar, tal es en dos palabras la historia de Moises Valentin.

Aun cuando esta historia no fuese conocida de antemano, se adivinaria con solo recorrer las diferentes paginas de sus obras en las que no se vé otra cosa, en efecto, mas que reuniones de jugadores y de bebedores, de soldados pendencieros, de concertos galantes y asilos de jitanos.

No diremos de este pintor lo que hemos dicho de Gericault; aunque hubiese vivido muchos años mas, no por eso habria sido mayor su gloria y fama. El día que despues de haber tomado su funesto baño en la fuente del Babonino, imprudencia que le costó la vida, ese día, podemos decir, habia manifestado ya hasta donde alcanzaba su talento.

Si la naturaleza fuese negra, no hay duda que Valentin, el eterno imitador del Caravaggio, seria el primer pintor que hubiese ilustrado los anales del arte universal. Todas sus composiciones, aun aquellas cuya escena, pasa en las regiones mas luminosas que tiene el globo, están pintadas bajo un sistema invariable de sombras opacas, y sus claros mas vivos, parecen resplandores nocturnos; pero al lado de estos defectos, hijos de su estilo amanerado y particular suyo, po-

see sin embargo este artista las mas sobresalientes cualidades.

Nunca su fogoso pincel conoció la indecision ni por un solo instante. En la espression que dió á los personajes de sus fierzas, hay siempre una verdad patente, aunque un tanto vulgar. Su dibujo que carece, por lo regular, de distincion, tiene una gran realda, por medio de la cual sabe dar vida á todos los asuntos que trata, don mas raro de lo que se cree, y que ha hecho pasar á la posteridad á cuantos artistas tuvieron la dicha de poseerlo.

Moises Valentin tradujo tambien en sus pinturas, un crecido número de pasajes de la Santa Escritura: su estilo en estas últimas composiciones no es mucho mas elevado que en aquellas que hemos mencionado mas arriba. Para poder admitir su *Juicio de Salomon*, es menester olvidarse del que debemos á Nicolas Poussin. Ninguna comparacion es posible entre estas dos obras, bajo el punto de vista de la estética. Nunca la espression de la belleza moral y de las emociones mas dramáticas del alma, llegó á un grado tan sublime como en las admirables obras del Poussin; y sin embargo, preciso es confesar que Valentin ha sido superior á su ilustre amigo en la parte puramente material de su cuadro, en la ejecución.

Por lo demás, este lienzo es la prueba palpable de lo que se decía en Roma cuando estos dos pintores franceses residían en ella; el Poussin, se suponía que era un maestro fuera de línea cuando se trataba de expresar afectos del alma, y Valentin le escogió en la representación de la naturaleza. La posteridad ha confirmado el fallo: lo cual no impide que el Poussin es y será siempre infinitamente superior á Moisés Valentin.

J. J. ANNOUX.

BENEDETTA.

(Véase las páginas 98 y 105.)

— Me habeis exijido, señor conde, le dijo con una ligereza apasionada cuyo secreto poseen solo las falladas, me habeis exijido, digo, que os hable francamente, que os manifieste sin rodeos todo lo que mi alma experimenta, todo lo que siente mi corazón. Me habeis dicho tambien que la gratitud no era un sentimiento suficiente para corresponder á la ternura que la pobre Benedetta os inspiraba; pues bien, en este instante, debo confesarlo, creo que puedo devolveros amor por amor, cariño por cariño, y si me atreviese á decirlo todo, añadir cubriendo de besos las manos, podría concluir por aseguraros que os amo como lo merecís.

Bajo el encanto de estas palabras que le abrían todo un porvenir de gozos y alegrías, el conde de Acquaviva se estremeció de amor; apróptó tímidamente contra suseno á aquella joven cuya pasión era tan casta, y cuyas confesiones eran tan pudicamente voluptuosas, y embriagándose con aquella pasión ardiente que acababa de hacer nacer en ella y á la que por su parte tambien correspondía, exclamó cayendo de rodillas á los pies de Benedetta:

— Los Pifferari de la Montaña te decían: « Serás dichosa, niña, tu nombre es de buen agüero; y no se enagafaban, no. Serás feliz, serás bendita como tu nombre, y yo soy quien me encargo de cumplir esta sagrada profecía. Yo, tu esposo, porque tu no sabes todo lo que pienso hacer para reunir nuestras dos vidas en un mismo amor... Soy rico, joven y poderoso, y todo lo deposito á tus pies, todo es tuyo, todo te lo abandono, para que me lo vuelvas con tu corazón, con tu mano y tu amor, todo esto es tuyo; nada necesito ya. No ambicionaba sino un solo tesoro, mi patria y mi familia, hasta mi vida misma la habria sacrificado por él, y tu me lo concedes con tanto abandono, tú me lo confías con tanta franqueza, que á pesar de todas mis preocupaciones de nacimiento, me siento libre, libre de disponer de mi mano, libre de disponer de mí fé, y esta fé es para ti, lo juro ante el Señor que nos oye, antes de ratificar esta promesa solemne por medio de uno de sus sacerdotes.

La joven le escuchaba poseída de un recogimiento lleno de orgullo, cada una de estas ardientes palabras penetraba en lo más recóndito de su corazón, y sin embargo, á pesar de su candida inesperienza, conoció inmediatamente todo lo que aquel sacrificio debía costar, tarde ó temprano, á aquel que por ella se sacrificaba: esta idea le impidió el aceptar.

— No, le dijo, soy muy joven y conozco poco las cosas de este mundo; sin embargo, siento en mi alguna cosa que me dice que no podéis amarme, pues que hay distancias que no pueden borrarse nunca, y preocupaciones que se deben siempre respetar. Pertenecéis á una familia noble, sois príncipe, contais abuelos en el trono pontificio, y otros bajo la púrpura romana, y esta union sería una vergüenza para ellos;

para vos más tarde sería una pesadumbre y para mí quizá un remordimiento.

— Y qué me importan á mi familia y abuelos? Sabéis, Benedetta, que hay en un bastante energía, bastante fuerza de voluntad para superar toda clase de obstáculos? He visto el mundo, he viajado mucho, y en el contacto con los sabios de todos los países he aprendido á desafiarse esas injustas leyes, que rompen el equilibrio de la sociedad, que separan en dos campos la naturaleza humana poniendo en uno las dignidades, los poderes, los honores y la riqueza, y en el otro la miseria bajo todas sus formas, la miseria con todos sus horrores, esa miseria que te hubiera devorado en un instante, á ti, ángel destinado á embellecer el mejor de nuestros palacios. Al verte por primera vez tan noble en tu humildad, tan grande en tu abyección, un pensamiento de desprecio por las leyes humanas se apoderó de mi alma, y dije para mí: Me queda una tarea, inmensa que llevar á cabo, un ejemplo haciendo que dar á Roma, á esa Roma desfallida en su orgullosa agüa, Alora he llegado al colmo de mis deseos, puesto que me amas, puesto que consistentes en confirmarme el cuidado de tu porvenir.

— El título de esposa vuestra sería para mí la mayor de todas las glorias, la más inmensa de todas las felicidades que podrían sobrevenirme en este mundo; pero no, José, el infirmito se adelanta siempre á la felicidad y á la razón del hombre, y, puedo decirlo con sinceridad, la vida es corta, pero muy cargada de disgustos, de deseos ambiciosos, de amores pasajeros, ó de desgracias imposibles de prevenir. Mañana, vuestra esposa, conquistada contra todas las leyes sociales, al sustituir á vuestros deberes de príncipe, la pasión que en el día es vuestro orgullo y que más tarde desdaráis como el sueño de una inclinación enfermiza, mañana vuestra esposa, podrá sufrir ese cambio de opinión, no hijo de vuestro pensamiento sino de las costumbres, pero vos me maldeciréis por haber aceptado ese título, que ahora no sería más que un beneficio, y que entonces se volvería un derecho, y el más sagrado de todos los que existen. Entonces seríamos desgraciados ambos, no lo dudéis.

— Ya no es tiempo amiga mía; he tomado un partido irrevocable. Tu me amas, no es verdad? Serás capaz de conformar mis deseos como amante... pues bien, yo quiero que lo hagas como esposa. Habrá que sostener muchos combates, pero yo saldré vencedor, te lo prometo.

La huérfana había luchado contra su amor y contra su orgullo; ambos triunfaron de su razón, mas la joven no pudo obtener del conde de Acquaviva sino una transacción, y aun ésta después de muchas lágrimas y ruegos. José, juró bajo su palabra de caballero, que su casamiento permanecería secreto durante un año, y la misma noche, un sacerdote recibió las promesas de ambos en casa de Benedetta, tomó al cielo y los hombres por testigos de sus mutuos juramentos, y les dispuso delante de Dios y de su iglesia.

Al día siguiente Benedetta, la capitular del Corso, Benedetta, la compañera de los Pifferari de los Abruzzos era la joven condesa de Acquaviva.

El misterio que la joven había exijido era bastante costoso para la petulante y filosófica ternura de su esposo, pero por medio de argumentos tan verdaderos en el fondo como en la forma, la nueva condesa lograba siempre calmar esa sed de publicidad que le devoraba, y que le hacía correr en busca de todas las ocasiones de divulgar su secreto, de mostrar al aire libre la mujer que había elegido por esposa, la mujer que había sacado de la obscuridad para ponerla al nivel de todo lo que había habido de más grande y de más

noble en los estados pontificios. No era por Benedetta solamente, hermosa entonces con todo el brillo de su felicidad, por lo que el conde alimentaba semejante ambición. Acquaviva la seguía amando como el primer día de su union, como aquel día en que palpitante de orgullo y de amor y sobre todo ardiendo en deseos de conquistar la estimación de sus maestros de Francia, la proponía un himeneo á que ella se negaba, un himeneo que al cabo no aceptó sino á la condicion de que estuviera oculto durante un año; pero este silencio era para él un amargo suplicio; deseaba que esto se acabara cuanto más antes, y para eso contaba los días, los momentos, y que estuviese sola con su Benedetta, ó que se hallase en el gran mundo rodeado del prestigio de su nombre, el mismo pensamiento le atormentaba siempre, porque por todas partes se creía con derecho para obrar de distinto modo que los demás hombres.

Sin embargo, sus amores con Benedetta no tardaron mucho en hacerse públicos. Benedetta era su conquista, la esposa pasaba por amante. Acquaviva la llevaba al Corso, la paseaba por todas partes, la hacía sentar á su lado en todos los teatros, y se le enseñaba á todos sus amigos, y ya por medio de insidenciones calculadas, ya por medio de retenciones comprometedoras, logró por fin que se trasluciese un secreto, cuya vergüenza misteriosa Benedetta con una resignación muy llevadera. El misterio estaba ya casi divulgado; Bufo y Barberini, creían haberle descubierto, y, apoyándose en el carácter y el lenguaje de Acquaviva, bien luego llegaron á convenirse de ello enteramente, hasta que un acontecimiento imprevisto le obligó al conde á tomar un partido definitivo.

El príncipe de Acquaviva, el jefe de la familia murió, dejando sus inmensas propiedades y todos sus títulos al conde José, pero con la condicion de que había de casarse en el más breve término posible, con una joven, único fruto de su matrimonio, reuniéndose de este modo las dos ramas, para que se confundiese la fortuna de ambas en una sola. Si José se negaba á ello, en este caso, los títulos los bienes y la mano de la rica heredera pasaban á un pariente lejano, que debía tomar tambien, si esto sucedía, el título y las armas de los Acquavivas. Para honrar los servicios rendidos á la iglesia por esta santa familia, el Padre Santo habia dado su aprobación á este testamento, y hasta se habia comprometido á hacerlo ejecutar en todas sus cláusulas.

Loa de alegría al pensar que iba á hacerse dueña de aquella gran fortuna, la familia de José tuvo una reunión antes de dar publicidad á aquel testamento inesperado; en ella se bendijo al difunto que habia comprendido tan dignamente su posición y el respeto que debía á su noble familia, se arreglaron todas las cosas á fin de que no pudiera presentarse dificultad ninguna; se fueron al convento donde se habia educado la joven heredera del príncipe para hablarle con entusiasmo de su primo á quien no conocía, á quien jamas ha visto, y la arranca su consentimiento para una alianza que, para ella, era un deber de familia. un testimonio de veneración dado á la memoria de su padre, y por último cuando todo está bien arreglado, y falta solo la aprobación del conde José para llevarlo á cabo, su madre se presenta á él reboando de gozo y de esperanza.

— Hijo mío, en tanto que vivió el príncipe de Acquaviva vuestro tío, nunca os hablé de contraer un himeneo que hubiera podido ser contrario á vuestras inclinaciones, ó que habria podido obligaros á cambiar un género de vida que, para nuestra fortuna particular, ha producido ya algunos deplorables resultados. Hoy ya no puede ser así: por orden

del Soberano Pontífice, vengo á comunicaros este testamento que os hace príncipe, concediéndoos al mismo tiempo todas las rentas de que disfruta el jefe de la familia de los Acquaviva.

El conde José se estremeció; su rostro tomó de pronto un brillo de ambición, y apoderándose de la mano de su madre en la cual imprimió un respetuoso beso, contestó:

— Ya sabéis, madre mía, que estoy dispuesto á cumplir con la más religiosa fidelidad los deseos de mi tío, los vuestros y las órdenes del papa.

— Si; sé que sois un buen hijo, y que vuestro corazón vale mucho más que la cabeza; sé que habeis cometido muchos errores, que habeis devorado en viajes y locos placeres la mayor parte de vuestro patrimonio; pero hoy todo puede repararse, ó por mejor decir todo está reparado, puesto que antes de llegar á los treinta años estáis llamado á suceder al príncipe de Acquaviva, y para ello solo debéis llenar una condicion, que, en último resultado, es para nosotros tambien un nuevo motivo de alegría.

— Sea cualquiera esa condicion, á ella me someto de antemano, madre mía.

— No es tan dura, sin embargo, que tengais que tomar para conmigo tamañas precauciones. Tenéis una prima tan joven como graciosa, tan amable como bonita; dicen que es algo endable; pero el rejimen del matrimonio será para ella mejor que el del convento; es la hija del príncipe, que será esposa vuestra en breves días.

José palideció herido de una terrible idea; luego, al cabo de algunos momentos de un penoso silencio respondió:

— No, ese matrimonio es imposible; no puedo consentir en él.

— Imposible! y porqué?

— Voy á decirlo, madre mía, porque tengo en mi conciencia un secreto que me haecumacho mal: amo á Benedetta de quien sin duda habeis oído hablar mas de una vez: la amo con toda la violencia de mis pasiones, y soy padre ya.

— Todo eso lo sé; pero nada de ello puede oponerse á una alianza legitima que puede devolver á nuestra familia el esplendor y la fortuna que, sin ese himeneo, se halla en el día á punto de perder.

— Pero ignorais, madre mía, que estoy casado con ella hace once meses ya?

— Eso que decís es una locura. Vuestros amigos me habian hablado de esa union, y yo me habia avergonzado de ella de compasion por vos y de indignidad por nosotros, pero nunca he podido creer en ella, se me figuraba que esa muchacha era solo lo que tantas otras, y jamas he podido suponer que habrian en este otro compromiso que el de vuestro amor propio; la confesion que acabais de hacerme me aclaró este punto y con un profundo dolor sé de vuestra boca el aprobó que cae en nuestra familia.

— Benedetta merecís vuestra estimación; y tanto por sus talentos como por sus virtudes y belleza, se mostrará digna eternamente del rango á que la he elevado, de la fortuna que le he depositado á sus pies.

— De la fortuna, decís; y dónde está? No sabéis que dominado por la fatal pasión del juego vuestro padre ha devorado toda su herencia, que al morir no ha dejado á los suyos sino la ruina, y que sin mi dote, que he sacrificado voluntariamente para educaros, y para pagar despues vuestras locuras, estaríais reducido á arrastrar en la miseria un nombre que acabais de comprometer tan gravemente? No sabéis que las deudas que habeis contraído acabarán de consumir lo poco que me queda, y que ya para quedar con honor, todo lo ten-

go vendido, y que lo he entregado todo a los usureros?

Un sentimiento mal definido aun de remordimiento ó de vergüenza atravesó el alma de José de Acquaviva. Su cabeza se inclinó sobre su pecho palpitante, y absorto en las angustias de aquella penosa situación, entre los honores que llaman á su puerta y aquella alianza desproporcionada que se levanta ahora como un muro de acero para impedirle que sea rico y poderoso, el conde titubea y calcula. Sin madre, comprendiendo la lucha de aquella mente tan llena de vanidades y flaquezas, trata de aprovecharse de aquella fiercísima dumbre que es ya para ella una victoria.

— Habiéis cometido una falta, hijo mío, le dijo con un tono de voz menos amargo, que puede precipitaros en un eterno abismo, una falta que os hará el objeto de la ironía pública, falta que debéis ocultar á todas las miradas enterándola en el olvido mas profundo.

— ¿Cómo os atreveréis á proponerme un crimen?

— Sois un niño, mi querido príncipe, repuso la madre encorajándose de hombros, y no comprendéis lo que os estoy diciendo. Quién se acuerda ahora de cometer crímenes? Bastañte tenéis que hacer con reparar vuestras locuras sin sumerjirnos por eso en un nuevo laberinto de apuros. Acaso os imagináis que vuestra madre quiere aceptar el papel de Locusta y suministrar el veneno para la mujer con quien os habéis casado, á beneficio de una indolente aberración de ánimo? Acaso tengo yo á mi lado una pandilla de brujas dispuestas á darar sus puñales en los senos de jóvenes sin defensa? Aquellos tiempos pasaron ya, si es que alguna vez han existido. Soy una mujer del siglo en que vivimos, y apelo únicamente á vuestra razón. No se trata aquí de esos amores insensatos que deben ahorrar las distancias, colmar el vacío que la naturaleza y la sociedad han puesto entre los unos y los otros; los amores se acaban luego, hijo mío, ya debéis tener alguna experiencia de ello. Lo que solo es estable y permanente es el honor de las familias, la consideración que va unida á las antiguas razas; el brillo que hemos recibido de los antepasados, y el que debemos legar á nuestros descendientes. Y ahora que comprendéis mis palabras, porque en los corazones bien nacidos la razón recobra su imperio tarde ó temprano, os indicaré lo que debéis hacer para reducir al silencio á Benedetta. Yo creo sin duda que ella os ama; habladle francamente como hombre, como jefe de la familia, como príncipe; dadle á entender que ese matrimonio es imposible, porque destruye enteramente vuestro porvenir. Diced que esa joven tiene grandeza de alma y buenos sentimientos; esponedle, pues, vuestra dolorosa posición, y si es mujer previsora y buena madre, con pocas palabras lo comprenderá. Entonces yo misma seré la primera á honrar su virtud y á enriquecerle el desinterés que os manifieste.

Don José nada respondió; allí estaba incierto, irresoluto, combatiendo con mil ideas contrarias. Su madre le seguía en esas luchas de ideas dependía toda su fortuna; espíabala ansiosa todos sus movimientos, y adivinaba cada oscilación de su pensamiento. Por último cuando le vio abatido y cañibido, y conoció lo que padecía interiormente, le dijo con un acento impregnado de amor maternal:

— Hijo mío, el deber que tenéis que llenar es muy penoso, lo conozco; de ninguna manera me atreveré á imponeroslo si no me obligasen á ello las exigencias de vuestro porvenir. No estoy animada de odio ninguno contra Benedetta, muy al contrario, la estimo, por lo que todo el mundo dice de ella. Queréis que vaya á verla en vuestro nombre, y que á ruego de toda nuestra familia desolada le pida que renuncie ante el Señor á esa unión, que me arroje á sus pies supli-

cándola que os devuelva vuestra libertad? Decís que es madre, no es verdad? Pues entonces, os aseguro que comprenderá mi lenguaje.

Don José seguía escuchando sin decir palabra.

— Si creéis que mis súplicas no han de tener buen resultado, emplemos para esta misión la alta prohibida de nuestro tío el cardenal Anfossi, tan querido de nuestro señor el papa; una palabra de su boca tendrá mas influencia sobre Benedetta que todas mis súplicas y lamentos.

— No, exclamó don José como saliendo de un penoso sueño, no, la posición que me he hecho, á pesar de Benedetta, es terrible, porque Benedetta rechazaba todo proyecto de unión; pero á os hemos unido ante el Señor, y este lazo no puede deshacerse en el mundo. Es necesario que, por un esfuerzo de su propia voluntad, Benedetta consienta en lo que exijis, que es acaso muy justo, para que yo me crea libre de disponer de mi mano; pero yo solo debo prepararla á este sacrificio, soy yo solo quien debo pedirle que me odie tanto como yo la amo.

— Esta bien, hijo mío. Id á ver á Benedetta y díos os inspire palabras que puedan llegarla al corazón, porque de ella dependen el honor de los Acquaviva, el esplendor ó la ruina de esta noble casa.

Hacia mucho tiempo que Benedetta no era ya aquella joven cantatriz del Corso que dormía por la noche en el pórtico del Vaticano, aquella joven con los pies descalzos, pobremente vestida, que tendía tan graciosamente su vergonzosa mano á la caridad de los ociosos. El bienestar le había embellecido hasta lo sumo. La educación concluída lo que la naturaleza había comenzado, y solo faltaba presentarla en sociedad para que fuera proclamada una mujer superior, una artista distinguida y una de las mas encantadoras criaturas de Italia. Todo esto sin embargo, no despertaba su amor propio y mucho menos su ambición. Dichosa en el retiro donde pasaba su vida tan dulcemente entre el estudio de los grandes maestros y la música, de la cual el maestro Palestrina seguía proclamándola la musa, y mas dichosa aun con la ternura de aquel que, en el secreto de su alma, se enorgullecía de llamar esposo, Benedetta esperaba con confianza, aunque sin deseos impacientes, la época fijada por ella misma para hacer pública una unión que su amor de madre deseaba legitimar á los ojos del mundo.

Al lado de la cuna de su primer hijo, enjugando sus labios, espíandole su sonrisa, buscando en sus facciones apenas formadas las del hombre que la sacó de la miseria, que la colmó de bienes y favores, Benedetta se entregaba sin amargura á sus risueños pensamientos, á su profunda gratitud, al deseo de amar y de ser amada.

Hacia un año que la vida no era para Benedetta sino una serie de dias serenos, sin la mas ligera tempestad. Había visto el mundo por el prisma de su amor, y le había encontrado muy hermoso, porque por todas partes había recogido mil homenajes, por todas partes había sido saludada como reina de las fiestas en que se presentaba, y por último siempre había sido recibida como se recibe en Roma al genio y la belleza.

Sumerjada estaba en estos recuerdos y estas esperanzas, cuando se presentó don José de Acquaviva, lleno de dolor el corazón, sombrío y pálido como un hombre que se inclina bajo el peso de un gran remordimiento. Benedetta al verle hace un movimiento de sorpresa, y luego precipitándose hacia él con una solícita inquietud, le dice firmemente:

— ¿Qué tenéis? Un gran sentimiento se lee en vuestras miradas; un pensamiento de tristeza agita vuestra alma, venís

á buscar aquí el consuelo de vuestras pesadumbres; mil gracias: os doy, amigo mío.

— ¿Qué buena sois, Benedetta! No necesito consuelos, no, os traigo el luto y la vergüenza.

— ¿Qué decís? no os comprendo, exclamó la joven conmovida.

— Mi hijo, el príncipe de Acquaviva ha muerto; acaso lo sabéis ya; me ha nombrado heredero universal, pero con condición de que me case con la hija que deja en este mundo.

— Y venis sin preparacion y sin rodeos á pedirme el corazón que me habeis dado, la mano que me habeis ofrecido? Ah! eso es horrible, don José; no os creia capaz de tanta crueldad.

— En vez de excitar vuestra justa cólera, necesito vuestra piedad: soy muy desgraciado, Benedetta.

— Desgraciado, y porqué?

— Ya os lo he dicho. Sin esa herencia toda mi familia está arruinada; no le queda mas que el deshonrar y la miseria.

(Se continuará.)

TOMAS LAWRENCE.

Tomas Lawrence, de quien hemos hablado ya con motivo del retrato del rey Jorge IV, nació en Bristol el 9 de mayo de 1769. Su padre era un pobre cómico que fué á establecerse á Bizvez de posadero despues del nacimiento de Tomas. E



AL. CARLSON D. D.

Retrato de lady Howe.

miserable parador de este aventurero, se llamaba *posada del Oso negro*. Allí fué donde subido en una mesa, como Gulliver en la isla de los Gigantes, nuestro futuro pintor, á la edad entonces de cinco años, recitaba gesticulando ante un auditorio de chalanes en la taberna paternal, algunos trozos de Shakspere y de Milton. El amor de los aplausos que siendo tan niño aun le había venido, debía seguirle hasta el fin de su vida; únicamente el mismo auditorio que se los prodigaba entonces hubo de cambiarse despues en un brillante círculo de personajes ilustres y de aristocráticas bellezas.

Aun en la edad en que un niño no sabe todavía coger la pluma ó el lápiz, Tomas Lawrence había bosquejado las rubicundas fisonomías de sus espectadores. El arte del dibujo era un don que le había otorgado la naturaleza con la liberalidad mas insólita: el niño dibujaba lo mismo que el poeta Ovidio hacía versos, con una espontaneidad desconocida hasta entonces en la historia.

A los nueve años fué cuando vio por primera vez un Museo de cuadros. Contentase que un lienzo de Rubens le hizo llorar de celos al contemplarle.

Un año despues tenia ya un estudio en donde recibía obispos, condes y condesas que servían de modelo al hijo prodigo, pagándole cada retrato una ó dos guineas.

Pero no es esto todo: devorado de una insaciable sed de gloria y de celebridad; y viendo que sus retratos no se le daban con mucha prontitud, sir Tomas Lawrence concibió la idea de entrar en el teatro y dejando á un lado la interpretación de la naturaleza con el pince, quiso interpretar á Shakspere con la voz, el traje y el ademán; pero su padre que tenia mas confianza en la pintura hizo que lesilbaran á lo joven preparándole una derrota vergonzosa. Nuestro jóven volvió inmediatamente á la pintura.

En efecto, pasados algunos años, Lawrence se presentó en la grande escena de Londres. Segun dice uno de sus histo-

riadores nuestro pintor tenía un rostro amable, unos ojos brillantes, serenos y azules, magníficos cabellos que caían rizados sobre sus hombros, una voz musical, un carácter magnífico, muy buenos modales y una gracia particular en toda su persona.

De este modo, en Lawrence, el hombre de mundo ayudaba al pintor y el pintor ayudaba al hombre de mundo. Por fortuna hizo para empezar el retrato de miss Farren, encantadora actriz que el público idolatraba...

(Se continuará en los próximos números.)

LA COPA DE AGUARDIENTE.

Para pasar de una aldea á otra tomé una de esas galerías que en los caminos retirados de la Auvernia hacen el papel de diligencias, viajando todo junto las mercaderías y los viajeros.

Este mayoral á ordinario era un hombre joven, todavía de buena apariencia, y cuyo rostro revelaba una salud robusta y esa alegría que es siempre inseparable de la tranquilidad y de la calma de ánimo.

Segun lo que yo pude juzgar por la conversacion que tuve con él todo el camino, me pareció que en efecto lo merecía. Todas sus palabras, estaban impregnadas de mucha sensatez y demostraban una bondad como se encuentran raras veces en el seno de las grandes ciudades.

Estaba escuchando la explicacion de sus últimos ensayos para transformar en praderas unos matorrales, cuando acertó á pasar por allí junto un hombre encorvado por los años, pobremente vestido, y cuyos cabellos canos caían en desorden sobre su rostro gramiguito.

dió con un tono de familiaridad afectuosa que me extrañó mucho.

— Es un amigo vuestro? le pregunté cuando estábamos lejos de él.

— Ese hombre? repitió, es mi bienhechor y mi maestro, caballero.

Yo le miré como si no hubiese comprendido lo que me decía.

— Os extrañáis de ello? reposo el mayoral riendo; pues no es mas que la pura verdad; solamente el desgraciado jamás lo ha conocido. Bebo deciros desde luego que Juan Picon, porque ese es su nombre, es un antiguo camarada de infancia.

— Tiene miedo de quedarse pobre? me dijo Juan Picon con ironía, puede ser que iría que economizando dos sueldos va á hacerse millionario.

Los compañeros se echaron á reir, lo que me dió vergüenza, y acabé por entrar en la taberna á beber con ellos.

El precio de cada copa de aguardiente de por la mañana, era poca cosa en verdad; pero, repetido todos los días, acababa por producir treinta y seis francos y medio!

Treinta y seis francos y medio! dije para mí, equivale para los que tienen casa, á una habitación, es decir, á la anchura para la mujer, la salud para los niños y el buen humor para el marido.

Es la leña para el invierno, ó el medio de tener sol en casa cuando no se va por fuera mas que nieve.

Es el precio de una cabra, con cuya leche puede aumentarse el bienestar doméstico.

Es lo bastante para pagar la escuela donde el chico aprenda á leer y escribir.

Y luego dando otro curso á mis reflexiones, añadí: — Treinta y seis francos y medio! Nuestro vecino Pedro no paga mas por el arrendamiento de las dos fanegas de tierra que cultiva y en las cuales alimenta á su familia!

Estos calculos y reflexiones decidieron de mi porvenir. Hiceme superior á la vergüenza que me había hecho ceder una vez á los deseos de Picon; comencé en mis primeras ganancias lo que ellos me querían hacer gastar en la taberna, y bien luego pude hacer mis proposiciones al ordinario á quien he sucedido.

Desde entonces he seguido siempre calculando mis gastos sin descuidar ninguna economía, en tanto que Picon perseveraba por su lado, en lo que llama él la buena vida.

Los harapos del pobre hombre, su vejez anticipada, el desprecio de las gentes honradas, y mi bienestar, mi salud y mi reputacion, todo es consecuencia de la costumbre. Su miseria es la copa de aguardiente que bebe al levantarse, como mis gozes consisten en los dos sueldos economizados todas las mañanas.

LA CRUZ.

(Canto la Cruz! ¿Que se despierte el mundo!

¡Pueblos y reyes, escuchadme atento!

¡Que el universo calle á mis acentos

Con silencio profundo!

¡Yo, supremo autor de la armonía,

Que das sonido al mar, al viento, al ave,

Presta vótil vigor á la voz mía,

Y en torrenes de austera poesía

El poder de tu cruz deja que abate!

Trembla la tierra, se commueve el cielo

De este nombre al lanzar eco fatigado,

Que aterriza al inmortal precito

En su mansión de hielo;

¡Canto la cruz! El ángel de rodillas

Postra á tal voz la inmaculada frente;

Tu, escudo que brilla, tu ciencia humilla,

Y del amor las alas moravillas

Aborreo ahora el serafín ardiente.

¡Alzad, alzad vuestro peñón de gloria

Oi de fe sublimes campeones!

¡Alzad, y á su sombra las naciones

Contarán su victoria!

¡Alzad, que el clamor sea la protesta

Que rivalen de implacable unros visioñal,

¡Sangre de su Dios por purpura presenté,

Y por sagrado pedestal se asienta

En la cerviz de diez y nueve siglos!

¡Alzad, alzad vuestro estandarte régio,

A cuyo zapato hundírense al abismo

Los dioses del antiguo pagatismo,

¡Meste su olímpic egreñid!

¡Alzad cual lo alzó resplandeciente

Como emblema de triunfo, Constantino

¡Soluz el oscuro barro de su frente,

Las aguilas de Roma arripotente

¡Ríadas riendiendo al laburo divino.

¡Alzad cual lo vió firme y constante,

Mas fuerte que las haces de los reyes,

Entre escombros de pueblos y de leyes

El Bárbaro triunfante!

¡Bolí de sus bridones con las plantas

El apóstulo de Europa, suvejeñido

En tantas lides, en hazañas tantas;

Mas de esa cruz ántes las aras santas

El ruego al vencedor dió el venecio.

¡Alzad cual se alzó, piadoso y bello,

À ensomblear bajo su blanco yugo

El que al destino descargó el plugo

De América en el cuello.

Dió un paso el tiempo, y á su injunjo rario,

Que tan pronto derroca como encumbra,

No es ya de un mundo el otro tributario... Mas inmutable al signo del Calvario. El sol del inca y del Azteca alumbró.

¡Alzad, que su apoyo necesita La vacilante humanidad! ¿De qué otra No la vea, á la vez modesta y fiero, Cuan incierta se agita?

¡Alzad la cruz que el porvenir encierra De esa infinita multitud! Sus braves, Que solo brindan fraternales lazos,

¡Alzad la cruz que de la especie humana Vincula los destinos en su nombre!

¡Alzad la cruz de donde el bien emana, Y dó se cimenta en esta soberana La verdadera libertad del hombre!

¡Alzad, alzad vuestro peñón de gloria

Oi de fe sublimes campeones!

¡Alzad, y á su sombra las naciones

Contarán su victoria!

¡Alzad, que el clamor sea la protesta

Que rivalen de implacable unros visioñal,

¡Sangre de su Dios por purpura presenté,

Y por sagrado pedestal se asienta

En la cerviz de diez y nueve siglos!

¡Alzad, alzad vuestro estandarte régio,

A cuyo zapato hundírense al abismo

Los dioses del antiguo pagatismo,

¡Meste su olímpic egreñid!

¡Alzad cual lo alzó resplandeciente

Como emblema de triunfo, Constantino

¡Soluz el oscuro barro de su frente,

Las aguilas de Roma arripotente

¡Ríadas riendiendo al laburo divino.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte régio,

A cuyo zapato hundírense al abismo

Los dioses del antiguo pagatismo,

¡Meste su olímpic egreñid!

¡Alzad cual lo alzó resplandeciente

Como emblema de triunfo, Constantino

¡Soluz el oscuro barro de su frente,

Las aguilas de Roma arripotente

¡Ríadas riendiendo al laburo divino.

El rey de la tierra, probando

Del fruto del árbol de Górcena,

La muerte nos dió por herencia

Y asíslav nos hizo del mal.

El rey de los cielos, cual fruto

Del árbol de amor, nos comió,

La patria nos devuelve y la vida,

Por padre al Eterno nos dal

¡Morcos, árbol santo, que el astro

De eterna verdad te ilumina,

Y el riego de gracia divina

Fomenta tu inmensa raíz!

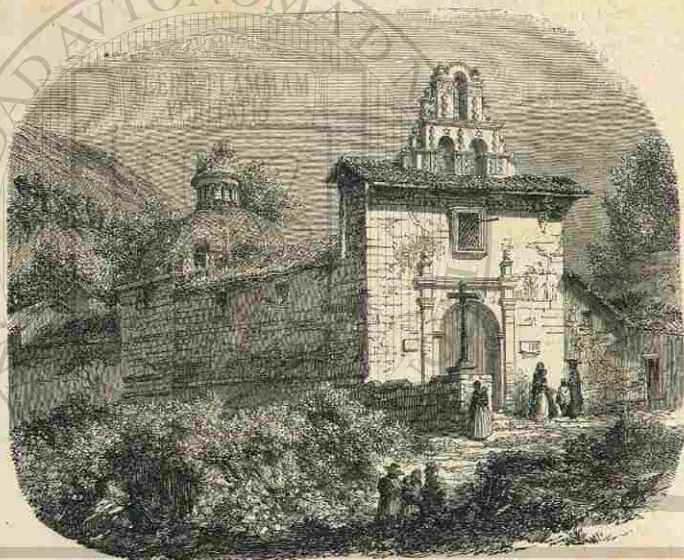
¡Flores, las ramas estiende!
¡La estirpa de Adán fatigada
Reposo á tu sombra sagrada
Del uno al opuesto conita!

¡Te acaten pasando los siglos
Y tú los presilas inmóvil,
Y toda rodilla se dobla
En fax de tu eterno vigor!

¡El cielo, la tierra, el abismo,
Se inclinan si sueña tu nombre!...
¡Tú osentas á Dios becho hombre!
¡Tú elevas el hombre hasta Dios!

G. G. DE AVELLANEDA.

LA CAPILLA DEL ROBO.



Inserato de S. M. A. G.

La capilla del Robo, cerca de Quito, en la República del Ecuador.—Buljejo enviado por M. Ernesto Charjón.

Esta capilla está situada cerca de Quito, á la orilla de la barranca de Jerusalem en medio de un raro paisaje lleno de recuerdos terribles: á cada paso que da el viajero en esta *Quebrada* famosa, el guía cuenta alguna sombría leyenda, hija de las supersticiones indias ó de los anales del crimen. De todas estas relaciones, las mas dignas de fe son aquellas que recuerdan los numerosos robos cometidos por los indios, entre las rocas y en los matorrales. Se dice que hubo un hombre rico y de un caracter orjinal que, apiadado de estos indios, inducidos al mal por la miseria, mandó construir la capilla del Robo, é hizo decir muchas misas por el rescate de sus almas. Pero esta esplicacion del nombre singular que lleva el elegante oratorio, no es la mas curiosa ni la mas popular. Segun una tradicion bastante acreditada, hace muchos años: que un fraile se escapó un dia de un rico convento

de Quito, cogió sus hábitos, cambió su nombre, se disfrazó, é hizo su entrada en el mundo con un titulo falso y lleno de riquezas: se rodeó de un lujo extraordinario, prodigó el oro grandemente á su alrededor, y se entregó sin freno á todos los extravíos de sus pasiones. Esta vida de desorden no tardó en quebrantarle la salud; cuando estuvo próximo á la muerte, mandó llamar á un clérigo, y le confesó que en otro tiempo habia despojado en el convento una estatua de la Virgen de todas las preterias que la adornaban, reemplazándolas con otras falsas, añadiendo que habia ocultado estas piedras preciosas, de un valor incalculable, debajo de una peña en la barranca de Jerusalem. Despues de hecha esta confesion, murió. Cuando fueron al sitio designado, se encontraron aun algunas de estas piedras, y en recuerdo y explicacion de este sacrilegio se edificó la capilla de que hablamos.

INSTRUCCIÓN DE LOS CIEGOS.



Saunderson, ciego, profesor de Matemáticas de la Universidad de Cambridge.

DE ALGUNOS CIEGOS CELEBRES. (1)

ANASTASSI (José Pedro Carlos) nacido en Roma, pintor de historia, uno de los colaboradores de la grande coleccion de cuadros, hajos-relieves, y estatuas del Museo, dirigida

1. Resumen del Ensayo sobre la Instruccion de los Ciegos, por el doctor Guillie, ex-diretor general y médico principal de la Escuela de los niños ciegos de Paris (1820). El doctor Guillie ha dado una lista de los ciegos que, desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias, se han hecho celebres en las ciencias y las artes, comprendiendo en ella varias personas que no se volvieron ciegas sino en una edad

por Visconti, habiéndose vuelto ciego á la edad de treinta y dos años se dedicó al estudio de la mecánica. Por medio del tacto solamente hizo modelos de fortificaciones en relieve tan bien hechos como los del depósito de la guerra de los Inválidos. Ademas presentó á la sociedad de fomento de la in-

mu y avanzada, y ademas que apenas produjeron sino algunas obras puramente intelectuales. Nosotros no oitamos aqui mas que á los ciegos de nacimiento, ó á aquellos que, privados mas tarde de la vista, han dado pruebas extraordinarias y notables de haber sabido reemplazar con el tacto ó la fuerza de animo, la pérdida del precioso sentido de la vista.

T. II.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

dustria nacional, y a la real Sociedad académica de ciencias, algunos modelos de baños de vapor secos y húmedos, superiores a todos los que se conocían hasta entonces.

AVISSÉ, nacido en París, se enfermó muy joven en un buque de los que hacían el tráfico de negros. De resultas de un aire que le dio en la costa de África, perdió la vista. Su familia hizo que se le admitiera en la escuela de ciegos, donde en pocos años fue profesor de gramática y de lógica. Escribió una comedia en un acto y en verso, titulada: *La Astucia de un ciego*, que fue representada el 2.º de mayo del año V, y una ópera también en verso con el título del *Tuller de los ciegos trabajadores*, como asimismo otras varias poesías impresas en un volumen en 12.

CAEGLI, organista de la Colegiata de Nantes, ciego de nacimiento, músico célebre; escribió música con la mayor rapidez, por medio de un cilindro con alfileres cuyas cabezas eran de tamaños diferentes; él mismo podía imprimir su música. Murió en Nantes en 1789, en el momento en que iba a publicar un tratado de composición.

CHATELAIN (Martín) nacido ciego en Warwick, a principios del siglo XVII, sacaba obras perfectas hechas a torno, tales como violas, flautas etc. Un día le preguntaban que cual era la cosa que más deseaba ver, a lo que respondió: — Los colores, porque casi todo lo demás lo ponzo por el tacto. — No os gustaría mas ver el cielo? — No, preferiría tocarlo, contestó.

M. Digby cuenta cosas extraordinarias de un maestro de su hijo, que era tan sumamente ciego, que ni aun distinguía el resplandor del sol. Este ciego, paroco que ganaba siempre a los mejores jugadores de ajedrez, y comedia casi todos los demás juegos. A distancias bastante largas sabía clavar flechas en el blanco. Su luz laxarillo, no solo dentro de la casa sino fuera y hasta en los paseos. Se sentaba a la mesa y comía con tanta destreza que nadie de los que le veían podía presumir que era ciego. Cuando sus discípulos le daban la lección, conocía la actividad en que se ponían, y sabía distinguir fácilmente los días serenos y nublados.

FERNANDEZ (Carlos) nativo de Bourges, perdió la vista cuando era niño. Era músico, filósofo y orador, y se dedicó en París a la literatura. Murió en el año de 1796, en el convento de Benedictinos de Chezal-Benoit, dejando varias obras escritas en latín, entre las que sobresale la titulada: *De tranquillitate animi*, París, 1745.

FERNANDEZ (Juan) nacido en Bélgica de padres españoles y muy pobres, era ciego de nacimiento, pero superando estos dos obstáculos fue poeta, lógico, filósofo y sobre todo buen músico.

GAMBASSIUS de Volterra, o JUAN GONZALELLA, escultor. Habiendo palpado un todos sentidos una estatua de mármol que representaba a Cosme de Medicis, hizo otra de barro enteramente semejante. El príncipe Fernando, gran duque de Toscana, le envió a Roma para que modelase la estatua del papa Urbano VIII, que también le salió muy parecida. Después hizo otras muchas con los mismos felices resultados.

M. Stengel cuenta que en 1603, un joven ebauista de Ingolstadt, un día que bruñía un tubo de bronce, tuvo la imprudencia de acercarle donde había pólvora, la que inflamándose produjo una explosión, de cuyas resultas se quedó ciego. Levado a una casa de incurables, se otocó en un sitio retirado para poder trabajar más a sus anchas; rodeó su cama de pinturas hechas con mucho gusto, y en seguida, sin otro instrumento que un cuchillo toseó, fabricó dos molinillos de pimienta con sus ruedas, sus ejes y todo lo necesario para la molenda. Uno de estos molinos fué llevado a

Munich a la galería de curiosidades por lo exacto y regular que era.

IVIGNA de Génova, excelente naturalista, autor de una buena historia de las abejas y homigas, no tuvo otra ayuda para llevar a cabo este gran trabajo que la de su criado que le decía los olores de los insectos cuya forma y composición percibía con la misma facilidad que los reconocía cuando volaban en los aires, por su zumbido. Este laborioso escritor ha publicado también una obra muy buena sobre la educación.

LESTRECH (Francisco) nacido en Lyon en 1766, de padres muy pobres, perdió la vista cuando solo contaba seis semanas. Vino a París en 1778, y se mantuvo viviendo libremente a la puerta de una iglesia, cuando M. Haus viendo que tenía disposición para el estudio, le recogió y se encargó de instruirle, prometiéndole una suma igual a la que recibía con las limosnas. Seis meses después ya sabía leer, y luego aprendió la literatura componiendo con caracteres en relieve; en menos de dos años aprendió la lengua francesa, la geografía y la música.

LORENZO (Juan Pablo) nacido en Milan en 1538; perdió la vista a la edad de diez y siete años, estando ya bastante adelantado en la pintura y en las bellas letras. Escribió muchísimo sobre pintura. Su obra principal, que es de gran mérito, se titula: *Idea del tempo della pittura*, Milan, 1590, in-4.º.

LOPEZ (Matías Guillermo) nacido en Lleja en 1665, era un hombre muy profundo en el conocimiento del derecho civil y canónico. No solo conocía muchos libros, sino que hasta muchas veces designaba el pasaje que quería buscar. Escibaba con gran facilidad, y rara vez hacia enmendatas en lo que escribía. Murió en Lleja el 12 de setiembre de 1733.

MALAVAR (Francisco) nacido en Marsella en 1627, perdió la vista a la edad de nueve años. Después de haber hecho muy buenos estudios, se consagró principalmente a los autores místicos viviendo en un ardiente partidario del quietismo y del molinismo. Su libro intitulado *Pratique facile etc.* fué censurado en Roma.

MARGARITA DE RAVENNA, llamada así por el sitio en que residió ordinariamente, nació en Russi, puebloillo que se encuentra entre Faenza y Ravenna; a los tres meses de edad se quedó ciego. Hija de padres muy pobres, adquirió un caudal tan grande de conocimientos, que a la edad de ratorec años ya la consultaban de todas partes sobre puntos difíciles de teología ó de moral; muchas veces su opinion decidía en cuestiones de la mas alta importancia. Ella fue quien dictó al abate de Ferme, catinigo de San Juan de Létran, los reglamentos de la congregación de Clerigos regulares. Esta santa y virtuosa mujer murió el 23 de marzo de 1505.

MICASSO DE MALIBESSE tenía una inmensa reputación en el siglo XV por lo muchísimo que sabía. Considerábase como un prodigio que, ciego desde la edad de tres años, hubiera podido perfeccionar tanto como lo hizo el estudio de las ciencias largas y elevadas. Enseñó públicamente en la universidad de Colonia el derecho canónico y civil, citando de memoria largos pasajes. Habiendo sido elegido doctor de Lovain, el papa le permitió que se consagrara sacerdote, y desde entonces empleó el resto de su vida a la predicación, muriendo en Colonia en 1492. Urthemo y Valerio le mencionan en la biblioteca de los escritores de los Países-Bajos.

La señorita PARADES de Viena, que perdió la vista a los dos años, hizo las delicias de los dilettanti parisienses en 1784. Esta jóven que tenía mucho talento para la composi-

ción, halló un modo de escribir por sí misma lo que componía, figurando los acordes.

PERRIER, de Colmar que se quedó ciego siendo muy jóven, compuso muchas poesías algunas de las cuales han sido traducidas por M. de Gerando. Fué conserjero privado del margrave de Baden. Estableció en Colmar una escuela militar y murió en esta ciudad, su patria, en 1809.

POSTAYES ó DUROST (Pedro) gramático de Bruges, apellido el Ciego porque perdió la vista a la edad de tres años, floreció a principios del siglo XVI. Fué maestro de literatura en París, y publicó muchos escritos que aumentaron su reputación y celebridad. Entre ellos se distinguen la Retórica, y el tratado del arte de hacer versos.

POTIER (Francisco): su gusto por la pintura y la mecánica rayaban en frenesí. Presentó a la sociedad real de Londres el modelo de una máquina hidráulica que le valió el honor de ser admitido en el número de miembros de esta sabia corporación. Murió en Kilmerton, en Inglaterra, en 1678.

PAGAN (Blas Francisco, conde de) nació en Nemées cerca de Marsella, en 1601. Entró en la carrera militar cuando era jóven, y se halló en el paso de los Alpes y en las barricadas de Sire. Luis XIII le volvió de favores. Perdió un ojo en el sitio de Montauban y el otro en Portugal, siendo jóven aun y cuando le acababan de nombrar mariscal de campo. Entonces se entregó con mucho ardor al estudio de las matemáticas, haciéndose un nombre entre los ingenieros y los astrónomos. Su tratado de las fortificaciones que compuso cuando ya era ciego, fué impreso en 1645 y hasta la aparición de los de Vauban pasó por el primer libro existente sobre la materia.

REUVERTS (Jorge) nacido en 1627, doctor en medicina de la facultad de Hanoa, se fué a establecer a Amboise donde perdió la vista. Nunca habia recibido lecciones de botánica, antes de que se acaeciera esta desgracia, pero después que ya era ciego tomó con tanta atención el estudio de esta ciencia, que se hizo muy entendido en ella a beneficio de sus muchas investigaciones. Distinguió perfectamente por medio del gusto y por el tacto, la naturaleza y la forma de cada planta. Reunió todas las plantas que habia podido recoger en sus herborizaciones, y con ellas formó un herbario dividido en doce libros que dedió, en 1690, al consejo de la compañía de las Indias. Esta obra se publicó con un suplemento, de hijo a J. Birman, en 6 volúmenes en folio, bajo el título de *Herbarium Amboianense*.

SALINAS, nacido en Burjos, perdió la vista a la edad de ocho años, pero no por eso dejó de ser un sabio anticuario, y un gran matemático. Murió en 1560. Ha dejado un tratado de música en latín y una traducción española de algunos epigramas latinos.

SAUNDERSON (Nicolas) nació en 1682 en la provincia de York.

En cuanto concluyó sus humanidades, inclinó por su afición al estudio de las matemáticas, se vió obligado a dar lecciones para mantenerse, y en ellas explicó las obras de Newton sobre la luz y los colores.

Cuando Wilton renunció a su cátedra de profesor de matemáticas de la universidad de Cambridge, Saunderson fué nombrado para reemplazarlo en 1714. En la misma época publicó sus Elementos de álgebra, obra extraordinaria y llena de demostraciones singulares.

«A primera vista, dice M. Lefebvre-Cauchy, (Biografía universal) parece imposible que un ciego pueda hacerse cargo de las ciencias matemáticas, pero sí se piensa que las ideas de cantidad que son los principios de las matemáticas,

pueden adquirirse por el sentido del tacto lo mismo que por el de la vista; que la principal disposición para este estudio es una atención fija y sostenida y que necesariamente los ciegos se distraen mucho menos que los demás hombres, quizá se descubra que ningún otro ramo de la ciencia puede adaptarse mejor a su situación.

Saunderson inventó una aritmética palpable y una tabilla agujereada en la que, colocando clavijas ó alfileres de diferente grueso cuyo valor dependía del sitio que ocupaban, resolvía con la mayor facilidad las operaciones mas complicadas. Al fin de este artículo verán nuestros lectores las figuras de estas tabillas y la descripción que de ellas ha hecho William Inghil, el discípulo, amigo y sucesor de Saunderson, en la obra que publicó en Dublin en 1747.

La tabilla de cálculos era delgada y de una sola pieza, poco mayor de un pie cuadrado y estaba sujeta en un cuadro con los bordes un poco mas elevados que la tabilla, que contenía un crecido número de líneas paralelas formando ángulos rectos. Los bordes de la tabilla tenían ranuras a la distancia de un pulgada una de otra, y a cada ranura pertenecían cinco de las paralelas de que acabamos de hablar; cada pulgada cuadrada se halla dividida en cinco cuadrados. En cada punto de intersección la tabilla tiene un agujerillo para que entre una clavija por medio de las cuales formaba sus números. Dos especies de clavijas ó alfileres de diferente tamaño empleaba para esto, y como sus cabezas no eran iguales en tamaño se distinguían fácilmente con el tacto. Siempre tenía dos cajitas a su lado llenas de estas clavijas puntiadas; ahora vamos a ver el uso que hacía de ellas y de la tabilla.

Debe notarse desde luego que cada carácter numérico, tiene en la tabilla, su casilla particular compuesta de tres cuatro casillas contiguas, y que, por esto mismo, dejan un corto intervalo entre cada carácter, carácter que diferencia se media, según la diferencia de tamaño ó de situación de una ó de dos clavijas de que siempre debía componerse. He aquí el sistema que se habia formado. Una clavija grande en el centro de la casilla (único puesto que le estaba destinado) significaba un cero; su principal función consistió en conservar el orden y la distancia entre los caracteres y las líneas. Ese cero se halla siempre presente, menos en los casos en que se trata de quitar la unidad que se manifiesta por la substitución de una clavija en lugar de la clavija grande que está puesta en el centro.

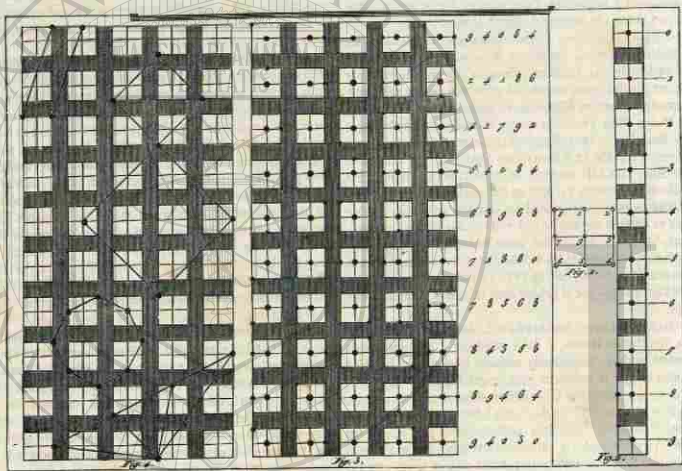
Cuando hay que poner dos, el cero tiene que volver a su puesto y la clavija debe colocarse enteramente encima. Para poner tres, el cero debe permanecer en donde está y la clavija debe fijarse en el ángulo hacia la derecha. Para poner cuatro, la clavija baja y sigue inmediatamente al cero. Para poner cinco, baja también hasta el ángulo inferior a la derecha. Para poner seis, la clavija debe quedar debajo del cero. Para poner siete, el lugar de la clavija es el ángulo inferior, a la izquierda. Para poner ocho, la clavija sube hasta el nivel del cero, y por último para poner nueve, la clavija ocupa el ángulo superior a la izquierda.

Por medio de esta invención, los diez caracteres numéricos podían conocerse sin trabajo con solo el tacto; pero para que el lector pueda formarse una idea mas distinta de los caracteres, basta con que eche una ojeada sobre las figuras 1.ª y 2.ª del cuadro.

Las clavijas grandes ó ceros que estaban siempre en el centro de las casillas, y muchas veces a igual distancia una de otra, le servían de guías para guardar su línea, para fijar los límites de cada carácter é impedir todas las equivocacio-

nes que pudieran tener lugar. Así como tres de las paralelas perpendiculares bastan para un solo carácter, así también tres de las paralelas horizontales bastan para otra línea, y lo mismo las otras, sin que puedan confundirse. De este modo, podía tener a un tiempo en su tabillita algunas líneas de caracteres una sobre otra, y por consiguiente podía dividir fácilmente las cantidades. Además, sabía poner y quitar las clavijas con una increíble velocidad.

Las tablas aritméticas que Saunderson había imaginado para su propio uso, consisten en cuatro sólidas piezas de madera con la forma de paralelógramos rectángulos de unas



Tablas de Saunderson.

alfileres en los puntos angulares, y rodeándolas con una hebra de seda se daba cuenta de todas las figuras que quería formar, como puede verse en la figura núm. 4.

Saunderson tenía un tacto tan fino y delicado que conocía con la mayor facilidad las monedas falsas. El menor cambio de atmósfera era sumamente sensible para él. Un día que estaba asistiendo a varias observaciones astronómicas, por la alteración de los rayos del sol que le daban en la cara, no daba cuando pasaba una nube entre el cielo y él; y esto es tanto más extraordinario, cuando que no solo no veía nada, sino que aun hasta se hallaba privado del órgano de la vista.

Saunderson murió en Cambridge en 1739, a la edad de cincuenta y seis años.

SCHOMBURG (Uldaric) nacido en Alemania á principios del siglo XVII, aunque se quedó ciego á la edad de tres años, se entregó con el mayor ardor á la literatura que profeso con mucho honor en Altorf, en Hamburgo y en otros varios puntos.

WESSEMBOURG de Manheim, perdió la vista á la edad de siete años. Sin embargo, leía y escribía perfectamente con caracteres que él mismo había inventado, aunque no había visto ninguno antes de quedarse ciego. Era muy buen geó-

grafo y compuso mapas y globos de que se servía para estudiar la geografía. También imaginó una tabla de aritmética que difería muy poco de la de Saunderson.

BENEDETTA.

(Véanse las páginas 98, 106 y 114.)

— Y quiere especular con vuestra mano para abonar sus tierras, no es verdad? Ah! José, no eran esos los pensamientos que teniais ántes, cuando á mis prudentes observaciones contestabais con arrojadas frases hijas del mas profundo amor. Me habeis hallado pobre y desnuda, pero poco afanosos de los bienes de esta mundo, á ignorante de sus hábitos y leyes. Me tomasteis como un juguete, yo me arrojé en vuestros brazos, respondiendo á vuestros deseos con oídos de la misma naturaleza, me entregué á vos sin condicion, porque me prometia que me amarais siempre; pero hoy, principe de Acquaviva, no combató por mí; si fuese la Benedetta del Corso, ah! entonces, sin duda ninguna desgarraría, á vuestros ojos, el contrato que nos liga el uno al otro en esta vida, pero soy madre, y este título me impone deberes que no olvidaré jamás.

— Y qué queréis hacer? preguntó Acquaviva.

— Tranquilizáos, soy demasiado altiva para aprovecharme de un himeneo que he debido solo á la vanidad del primer momento. Me habeis amado, y me queréis aun, lo sé; pero débil, á pesar de vuestras apariencias, qué seriais hoy, si una prevision que bendigo, no me hubiese inducido á comprimir las revelaciones que vuestro orgullo os dictaba todos los dias para conquistar algunas alabanzas, ó dar á vuestro nombre un nuevo lustre? qué hariais hoy si armada de ese contrato, que jamas solicité, me presentase al mundo como la verdadera, la legitima, la única condesa de Acquaviva?

— No me quedaria mas que morir.

— Podéis vivir, no tengais miedo. Os devuelvo los títulos que se oponen á la realizacion de los deseos de vuestra noble parentela. Me quedo sin armas contra vos: á los ojos de Roma, á los vuestros y aun á los míos, no soy mas que Benedetta, la mujer que habeis dignado honrar con vuestro amor ó príncipe.

— Me opongo á eso, Benedetta, me opongo con todas las fuerzas de mi alma. Tanto cariño me vuelve á la razon, y juró de rodillas á tus pies que no perteneceré á nadie mas que á ti.

— Si así es, repuso Benedetta despues de un momento de silencio y enjugándose los ojos llenos de lágrimas, os perdono todo el daño que acabais de hacerme. Os respondo de vuestra felicidad, pero quiero que al instante mismo salgais de Roma por un dia entero, que no veais á nadie, y que no pronunciéis una palabra siquiera relativa á nuestro himeneo. Jurádmelo así, y cumplido fielmente; nuestra vida depende de ello.

Sorprendido Acquaviva de la calma con que la jóven habla pronunciado estas palabras, y trémulo con la misma emocion que daba á la jóven una actitud tan digna y tan serena, prometió que se someteria á lo que ella exijia de su ternura, y estrechando á Benedetta en sus brazos al lado de la cuna de su hijo, exclamó:

— Seamos felices ó desgraciados juntos, amiga mía; dentro de algunos instantes volveré aquí y será para no volver nunca á separarnos.

— Si, si, para no separarnos nunca mas, porque es amo como en los primeros dias de nuestra union y voy á ocuparme, durante nuestra ausencia, en todo lo que os interesa.

El conde de Acquaviva se marchó lleno de esperanza, pero tratando, á pesar de su alegría, de disipar las vagas inquietudes que hacian nacer en su espíritu la incomprendible existencia de Benedetta y el juramento que acababa de hacerle.

Apénas la jóven se hubo quedado sola con su hijo, cuando un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos; tomó en sus brazos á la inocente criatura, y cubriéndola de sus caricias de madre, exclamó sollozando:

— Vamos, valor y resignacion es lo que me hace falta.

Enseguida cubiéndose con un velo espeso que ocultaba sus facciones todas, y dominada por un poder de voluntad sobrenatural, salió sin ruido de la casa como si acabara de cometer un crimen y algunos minutos despues ya se hallaba en presencia de la condesa de Acquaviva.

— Señora, le dijo, ánte Dios y ánte los hombres soy vuestra hija, llevo vuestro nombre, y soy madre ya. Hace un instante acabo de dejar á vuestro hijo que me ha dado á conocer vuestras intenciones, vuestros proyectos de familia; todo lo sé, señora.

— Y os oponéis sin duda; pretendéis...

— Nada pretendo, señora condesa, nada, sino depositar

en vuestras manos la única cosa que pudiera servir de obstáculo al nuevo himeneo del conde de Acquaviva. Le ofrecí destruir este contrato delante de él, pero ha sido bastante grande y generoso para oponerse á ello, y, por el contrario, me propuso publicar al instante el lazo que nos une. Acaso hubiera podido resistir á la violencia, pero es imposible que resista al amor. He tomado por mi cuenta el alejarle de la ciudad para venir á veros, y aquí estoy, mas fuerte que él, á traeros un contrato que aseguraba mi felicidad, pero que podía mas tarde labrar el infortunio de mi esposo.

La condesa de Acquaviva se levantó atónita de sorpresa, para estrechar sobre su corazón enternecido á aquella jóven de acento tan tierno y de un corazón tan valeroso.

— Benedetta, la dijo, erais digna de ser mi hija, y en la emocion que experimento debéis conocer mi dolor de madre. Habeis tenido un buen pensamiento al venir aquí; gracias le doy al cielo. Bendita seas, añadido apretando la mano de la jóven contra sus labios; bendita seas, hija mía, porque vuestro sacrificio tan admirable de espontanea generosidad va á salvar á toda una familia de la desesperacion de la miseria.

— He cumplido mi deber; me permitis que me retire ahora?

— No, todavia no, hija mía: necesito manifestaros antes todo mi reconocimiento. Debo cuidar de vuestra suerte, debo tratar de animar el infortunio en que os vais á sumerir por nosotros: es una deuda que pagaré como madre, como abuela, y es necesario que aceptéis un testimonio manifiesto del interés que siempre y en todas partes os mostrará mi familia agradecida.

— Eso no puede ser, señora condesa, y facilmente comprenderéis los motivos de mi negativa. Dentro de una hora estaré lejos de Roma con mi hijo, que es vuestro tambien. Consolad á su padre, y recibid en su nombre las mil pruebas de felicidad que le deseo.

— Pero no podéis partir así sin objeto, sin esperanza, jóven y delicada como estais. Decidme donde pensais retiraros, lo que queréis hacer, á fin de que pueda ayudaros á vos y á vuestro hijo solicita y atenta como una madre. Habeis roto el lazo que os unia con mi hijo en este mundo, pero este sacrificio me da derechos sobre vos, de los que quiero usar...

— Oh! no temais nada; siento en mi corazón valor bastante para sobrelevarlo todo, y mi hijo me haria placer hasta el infortunio. Quedaos con míos; los instantes son preciosos; la hora se acerca: ante Dios y ante los hombres os juro que no seré ya mas que Benedetta.

Y dicho esto salió, dejando á la condesa de Acquaviva en medio de una inesplicable turbacion.

El maestro Palestri se hallaba solo en su aposento della via di Tratella, cuando la jóven llegó á su puerta. El maestro corrió hácia ella y con mucha galanteria la dijo:

— A qué buena fortuna debemos que mi brillante discipula reserara á estas horas las calles de Roma? A qué casualidad debo esta visita que tanto me honra?

— Muchas veces me habeis dicho maestro Palestri, que con mi voz podria hacerme una posicion y acaso un nombre. Soy madre, ya lo sabeis, y desde hace mucho tiempo deseo ver si vuestras predicciones eran solo un sueño de la indulgente amistad que me tenéis.

— Idea sublime! mia cara, y que mas de una vez ha pasado por mi mente. Una prima donna como vos lo seréis, con vuestra voz encantadora, con vuestra hermosa figura puede dar millones al mas pobre empresario; puede hacer

que se desploran en con los aplausos todos los teatros de Italia: pero qué dirá de esto el señor conde?

— Don José de Acquaviva debe casarse dentro de algunos días, contestó Benedetta con la mas imperturbable sangre fría, y ni quiero ni puedo oponerme á las intenciones de su familia.

— Como puede ser eso? El señor conde me ha dicho repetidas veces que un lazo mas agrado que el amor es unia á los dos...

— Estaba loco cuando tal decía, amigo Palestri. En los tiempos en que vivimos, los reyes no se casan con las pastoras mas que en los teatros.

— Con qué queréis probar? es admirable. Si todo se ha acabado con el conde, acepto vuestro proyecto: me prestare á él con todos mis medios, porque sólo así espero que llegare á la Italia.

— Y cuando emparezamos, maestro Palestri?

— Paciencia, mi cara, paciencia. Dejádme que respire, y que piense un poco antes de proponeros mi ajuste. Vamos á ver. En el teatro de San Carlos de Nápoles debe hacerse una ópera de Metastasio y de nuestro amigo y servidor. La pobre prima donna conoce que el papel es superior á sus fuerzas, con que voy á daros una carta para Metastasio que, ha ido allí á dirigir los ensayos; legadla, estudiadla, salid, y creo que la ópera tendrá un éxito prodigioso. A nosotros nos pondrán en las nubes, y por vuestra parte dentro de un mes seréis el ídolo de los dilettantis.

Dicho esto, el maestro Palestri se puso á escribir su carta, en tanto que Benedetta fué á buscar á su hijo, y á despedirse borando de aquella casa donde habia pasado horas tan dichosas; luego, cuando Palestri la vió llegar de nuevo, con los ojos hinchados por el llanto, y el rostro pallido como un cadáver, le dijo con ternura.

— Ea, hija mia, eso no es nada: los aplausos de la muchedumbre os recompensaran de lo que perdiste ahora. Ya está preparada para vos una silla de posta; partid, y Dios os tenga en su gracia, así como á mi ópera de la cual vais á ser la providencia.

Antes de separarse del compositor, Benedetta se acercó á él y tomando en sus manos ardientes de fiebre, la mano helada del digno maestro, le dijo estas palabras:

— Palestri, tengo una gracia que pediros. Quiero que no reveleis á nadie, ni al conde ni á su madre sobre todo, el asilo que he elegido, el nombre falso que adopto para ocultar el mio. Toda mi felicidad depende de este secreto: le guardareis?

El maestro hizo una señal de asentimiento, y estrechó sobre su corazón á aquella valerosa criatura que enviaba á sufrir los desdenes ó los ruidosos transportes de una muchedumbre apasionada: algunos instantes despues los caballos partieron á galope, y Benedetta se encontró sola con su niño sobre sus rodillas.

Cuarenta dias mas tarde se leía en el *Diario de Roma*:

« Su Escolencia el príncipe de Acquaviva, apenas restablecido de una cruel enfermedad, se ha casado ayer, en la capilla de los Acquaviva, con doña Maria de Acquaviva, su prima hermana. Nuestro señor el Papa, reinante en la actualidad, para que se realizara esta alianza tan ardientemente deseada por toda la nobleza de los Estados pontificios, habia concedido una dispensa á los consortes, en favor de los grandes servicios hechos á la Iglesia por esta ilustre familia... »

La noche de qué vamos á hablar el teatro de San Carlos se hallaba atestado de jente desde los corredores en donde

se ahogaban los que se habian descuidado en venir pronto, hasta los hasidores donde todos los rostros se hallaban resplandecientes de esperanza; en todo el teatro se notaba ese prolongado rumor de la muchedumbre que espera una victoria ó que se halla en visperas de uno de esos sucesos que cambian la suerte de los imperios: todo Nápoles estaba en el teatro. Nápoles entero habia querido asistir á aquella espléndida fiesta de las artes. El *Iazzarone* habia abandonado aquel dia las empuñadas riberas de Chiaia, sus rudes de pescar, sus macarrones y su agua de nieve de la calle de Toledo, y habia corrido ansioso á participar del gozo de sus príncipes, á embriagarse con ellos en los placeres que todos se prometían, porque estaba anunciada para aquella noche una nueva ópera de Metastasio, música del maestro Palestri, y la primera salida de la Rinaldi.

En cada luneta y en cada palco, así como en la orquesta y en el patio, se elevaba como un mar de palabras, entrecruzándose y contradiciéndose lo mismo que un flujo y reflujo de ahamaciones desbordando de un lado para caer en otro: Era aquello una embriaguez de curiosidades, un fuego granorido de rumores de teatro, de dichos de salon, un concierzo de alabanzas, un calor de entusiasmos, una fiebre de esperanza y emociones que, desde las ilustres damas napolitanas, bajaba hasta el último pueblo, y que de este volvia á subir hasta los grandes, tan ávidos como la muchedumbre cuando se trata de placeres.

Esa movilidad de imaginación de los Italianos, esos éxtasis, ese ínfinito de armonía que atormenta sus nervios y agita sus corazones, prestigio ó felicidad ideal, delirio de los sentidos ó cálculos de voluptuosidades próximas, todo eso se veia pintado en todos los rostros, se leía en todos los ojos, se adivinaba en cada movimiento y se traslucía en los ademanes todos; habia en el fondo de los corazones un amor declarado por la *debutante* que, según decían, era joven y hermosa y estaba adornada de mil esquisituras gracias y atractivos; la Rinaldi cantaba como nunca se habia cantado en San Carlos; su voz penetraba tan suavemente en el alma, electrizaba tanto y salia pintar con tanta energía los diversos matices del sentimiento; era alternativamente tan sublime ó tan tierna, tan grave ó tan ligera, que al escucharla, se decía la gente, Metastasio, el viejo poeta Metastasio, el amigo íntimo de la Romanini habia llorado como una criatura, y además poseídas de un entusiasmo justiciero, muy raro en ellas, las cantatrices le habian proclamado como reina futura del teatro y como prima donna de toda la Italia.

Dado este tema, cuantas novelas no fabricaba la ociosa imaginación napolitana! Cuantas investigaciones, cuantas hipótesis no se hicieron para saber la historia, para adivinar la vida de aquella que dentro de algunos instantes iba á presentarse ante sus ojos á conquistar sus sufragios ó á esponer á desdichosas sonrisas su talento?

Este momento solemne habia llegado; la última nota de la abertura espiró en la orquesta, el telon se levanta, y en uno de esos silencios no interrumpidos por el menor soplo, todo aquel pueblo apinado, palpitante, todo ese pueblo mira y oye.

La Rinaldi entra en escena; ya va á cantar, ya canta.

Una sola voz, un solo grito se oyó en aquella compacta muchedumbre (1) Diva! Diva! esclamaban todos aquellos hombres que la *furia cantante* habia saltar en sus lunetas.

1. Muchas veces se da en Italia á los artistas eminentes, el nombre del papel en que desuelan, ó una denominación que manifiesta la admiración que inspiran. La Romanini, esa *Milfiana* de Metastasio,

Diva! Diva! repetian todas las mujeres, saludando con el ademán, y animando con sus miradas á la joven cantatriz que palpide de emoción, que temblaba de espanto bajo aquellas tempestades de aplausos escitados por su primer *aria de brava*.

Desde aquel instante no es ya una ópera lo que se oye, es un triunfo al que se está asistiendo, es una mujer que todos adoptan y á quien colocan en un trono coronada de flores: ya no tiene jueces en aquel vasto recinto, ni rivales que temer; ya no tiene mas que adoradores delirantes, que á cada sonido que sale de sus labios, á cada nota que modula, la responden con solo una palabra, y esta palabra es una unánime consagración.

Diva! Diva! repiten todas las bocas. Diva! Diva! murmuran todos los pensamientos, y bajo aquella salva de aplausos generales que no la permite ya ni seguir cantando, la primera donna ha dejado de ser la Rinaldi; su nombre ha desaparecido en el entusiasmo universal, casi puede decirse que se ha borrado de la memoria de los hombres: la cantatriz se llama la Diva; el pueblo lo quiere, lo manda; la acaba de bautizar en el teatro esclamando: Ya no hay Rinaldi aquí; es la Diva napolitana y, corrido el telon, la Diva, suembiendo al peso de tantas y tan diversas emociones, cae desmayada sobre las flores y las cintas que la cubren.

Todo el mundo la rodea prodigiandola los cumplidos mas afectuosos; la joven alza sus párpados y viendo á su lado á Metastasio radiante aun con su nuevo triunfo, le dijo con un inefable acento de cariño:

— Maestro, podéis escribir al buen Palestri, diciéndole que su música me ha proporcionado muchas alegrías.

— Lo que hará será decirle todo lo que la Diva ha hecho por él y por mí, respondió Metastasio; porque desde este instante mismo ya no debéis nada, hija mia, al poeta y al músico; al contrario, ellos son los que os deben muchísimo, los que nunca podran pagaros por lo menos que sea su gratitud.

Apoyada en el brazo de Metastasio, la Diva, despues de haber atravesado la muchedumbre de admiradores que la esperaban á la salida del teatro, para continuar allí sus ovaciones, se volvió á su casa, y en ella, por un movimiento instintivo, tomó el *Diario de Roma* que acababa de llegar por el correo. La joven le recorrió rápidamente con los ojos como lo hacia todas las tardes, pero de repente sus facciones se velaron con una nube de tristeza, sus ojos se llamaron de lágrimas; luego como si hubiera querido ocultar sus dolores al poeta se inclinó sobre la cama de su hijo cubriéndole de apasionadas caricias, y por último, volviéndose con viveza hacia Metastasio, le dijo:

— En vuestra carta á Palestri añadireis, amigo mio, que pienso consagrar toda mi vida al teatro.

Y sumerjida en las profundidades de su pena, no volvió á responder á las preguntas del anciano, ni á los cumplimientos de joven que prodigaba á su canto y á sus atractivos.

(Se continuará.)

GLUCK.

Cristóbal Gluck, conocido bajo el nombre del caballero Gluck, nació en 1714 en el Palatinado, de una familia muy antigua. Cuando era niño estudió la música en Praga, y se hizo un buen instrumentista, sobre todo en el violoncelo. A

para quien escribió el poeta sus mejores óperas, se la llama todavía la *Dilecta abandonata*, y Duxten se tambien conocido en toda Italia bajo el nombre de *Il conde Or*.

úñez y siete años se fué á Italia en donde siguió las lecciones de San Marini.

Diose que un fraile que le oyó ensayar una composición suya le anunció su gloria futura. Estas profecías manifestadas despues que se han cumplido, se ven en casi todas las biografías de los grandes hombres. Desde Teófilides, á quien el mismo Horodoto promoció su genio de historiador, hasta Sixto Quinto que tambien fue advertido por una gitana que subiría al trono pontificio, siempre se ha supuesto que las grandezas futuras han sido anunciadas profísimamente con señales patentes ó con milagros.

Sea como quiera, parece que Gluck no produjo nada en sus primeros años: ya habia llegado á los treinta y seis cuando dió su segunda composición en Venecia, titulada *Demetrio*; antes habia hecho representar en Milán, una ópera de *Artaxerxes*. En 1748 se hizo en Inglaterra su *Caida de los gigantes*.

Todas estas obras fueron escritas en el estilo del tiempo es decir, para *bacer arias*, dejando á un lado la parte dramática. Sin embargo Gluck conoció que la música cantada debia tener otro objeto, cual es el de traducir y completar el sentido de las palabras. El florentino Ranieri de Galabiel, á quien encontró en Viena, comprendió su pensamiento, y le escribió óperas con argumentos motivados, y sostenidos con situaciones y caracteres. Gluck pudo desarrollar libremente su fuerza de expresión, y pudo tambien hacer de la música una lengua que revelase sentimientos en vez de dirigirse únicamente á las sensaciones. *Elena y Orfeo*, compuestas en virtud de este nuevo sistema, obtuvieron un éxito inmenso; solo en Bohemia acudieron tantos extranjeros para verlas, que sus gastos en un invierno subieron á novecientos mil francos. El genio de Gluck no solo fué para la Italia una serie de gozes, sino que le produjo muchísima fortuna.

Sin embargo el ilustre músico pensaba siempre en la Francia cuya lengua, ménos alemanada, le pareció, contra la opinión general, mas propia para el canto dramático: Gluck habia estudiado esta lengua muy á fondo y sabia muy bien todo el partido que se podia sacar de ella.

M. Hollet, á quien habia conocido en Viena, le arregló para ópera la *Luzerna* de Racine. Gluck tardó un año en escribir la partitura y vino por fin á París en 1774.

Entonces fué cuando á la edad de sesenta años emprendió una revolución contra las prevenciones, las ignorancias y los usos establecidos, necesitando toda la protección de María Antonieta, á quien habia dado lecciones en otro tiempo, para que pudiera representarse su *Luzerna*; su éxito fué lo que debía; nunca se vió en Francia un triunfo semejante.

El 2 de agosto del mismo año, se hizo *Orfeo*, que puso el genio del compositor alemán fuera de toda duda; y el 23 de abril de 1716 se dió el *Alceste* en que el mismo manifestó mucha mas profundidad y talento todavia.

Al oír un espectador el *aria: Carrer l'appelle*, observó que estaba motivado sobre una sola nota, lo que le daba una especie de pálida monotonía.

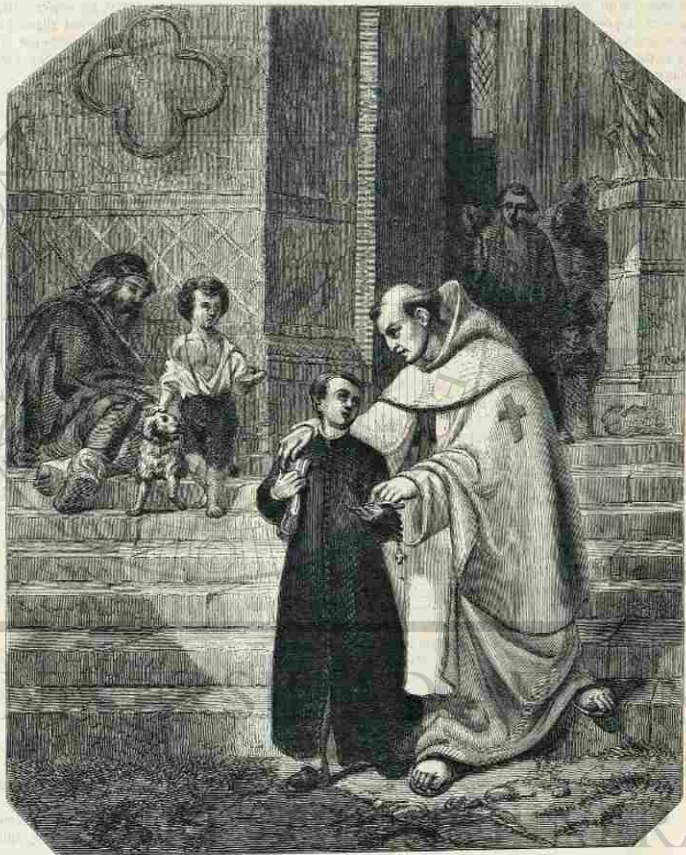
— Así debe ser, respondió Gluck, en los infernos se acaban las pasiones, y pierde toda clase de inflexiones la voz.

En la misma época (1776) llegó á Francia el célebre compositor italiano Piccini, y entonces comenzó la encarnizada guerra que se hicieron los *gluckistas* y los *piccinistas*.

Las óperas de Quinault, arregladas por Marmontel ó *marmontelizadas*, como se decía entonces, fueron las que sir-

vieron á Piccini. Su *Rotando* ejecutado en 1778, fué un verdadero triunfo. La corte, á imitación de todo el mundo, se dividió también entre los dos compositores. La reina, que había abandonado á su antiguo profesor por el recién venido, sostenía la música italiana, en tanto que el rey se ha-

bía declarado por la música alemana. Publicábanse folletos en pró y en contra de ambas escuelas, y hasta había quimeras y desafíos. Berton, director entonces de la Ópera, quiso reconciliar á los dos jefes de partido en una comida que les dió. Gluck y Piccini se abrazaron, pero al día si-



Una escena de la infancia de Gluck.—Dibujo tomado del cuadro de M. F. BOISCHÉVALIER.

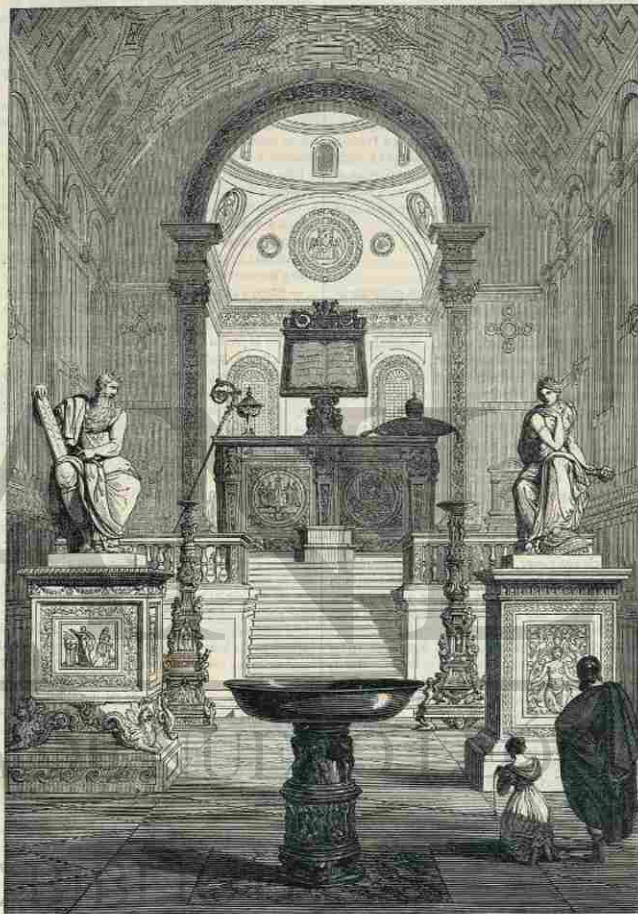
guiente se rompieron de nuevo las hostilidades. Por último aceptaron una especie de competencia, tratando ambos la *Iphigénie en Tauride*, pero como la severidad del argumento era muy favorable para Gluck, este fué quien quedó vencedor.

Habiéndose sorprendido algunos en esta ópera de que

después de los furioses de Orestes, cuando este canta: *Le calme rentre dans mon cœur* hubiese todavía en la orquesta algún ruido de bajos y de violines, Gluck les respondió:

—No estais viendo que Ores es batiendo muerto á su madre, miente cuando habla de calma y de serenidad?

OBRAS MAESTRAS DE LA ANTIGUEDAD Y DEL RENACIMIENTO.



Obras maestras de la antigüedad y del renacimiento.—Composicion y dibujo de M. BOCCARZ.

El artista ha representado en primer término la Pila de agua bendita de la iglesia de San Marcos de Venecia; la parte inferior adornada de delánes y de tritones, es un altar griego de un hermosísimo trabajo; el relieve donde se ven niños, es de fines del siglo XV.

T. II.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

A la izquierda, el altar que sirve de pedestal á una estatua de Moisés, es de bronce y fué hecho por Lorenzo Ghiberti: el Moisés es de Francavilla, y forma parte del monumento Médico en la catedral de Milán.

El pedestal á la derecha, es de Baldazar Peruzzi, y

adorna el patio del palacio de la Universidad de Padua.

La figura alegórica de la Guerra que sostiene este pedestal, es de Leon Leóni Arzino.

En tercer término se ven dos candelabros: el uno, á la derecha, está en la iglesia de la Salute en Venecia; el otro á la izquierda, ejecutado por Rocio es de bronce, y se conserva en Padua en la iglesia de San Antonio.

El fascio es una obra muy notable que se vé en la iglesia de San Pedro de Roma.

Por último el ornato que sirve de fondo á nuestro grabado, está tomado de la bonita iglesia de los Milagros en Venecia. Parece que en el siglo XV hubo un concurso para la construcción de esta iglesia. Los más célebres arquitectos de Italia entraron en competencia, pero se ignora el nombre del vencedor; lo único que se sabe es que el trabajo material fué confiado á Pietro Lombardo.

LOS RETRATOS VIEJOS.

Cuando yo era aun jóven, y tenía todas las preocupaciones del presente, la antigüedad no me inspiraba sino desprecio. Arrogante como todos los de mi edad y dotado de una fuerza propia de la juventud, nada me arredraba ni me admiraba en mis contemporáneos. Siempre que volvía la vista al pasado, no veía sino preocupaciones, supersticiones ó servilismo; mi generación me parecía destinada á comenzar la historia, y á llevar el mundo como Atlas.

Me esto nació mi gran desdén por todo lo que no era de mi tiempo. Me burlaba de las modas y costumbres antiguas y una cabeza blanca que hacia bair. Fuerzaban, casi desde mi nacimiento, habia crecido en medio de compañeros de mi misma edad, sin parientes ni amigos que hubiesen podido reconciliarme con la vejez; esta me desagradaba tanto en las personas como en las cosas: cuando yo me hacia reír me daba miedo.

Mi existencia era alegre; aunque penosa; arrastrado por la actividad febril de la sociedad moderna, me complacia en acostumbrarme á ella. Parecía al jóven viajero que se complace en luchar con las olas; pero el cansancio venia pronto, y entonces habria deseado un rincón en que sentarme ó un rayo de sol para reanimarme. Encerrado en los límites de una estrecha medianía, hubiera deseado alas de oro para traspasar los espacios. Obligado á ocuparme de mi mismo para vivir, habria querido tener tiempo para pensar en los otros y servirlos.

Un suceso inesperado vino á separarme de mis trabajos y de mis sueños; supo la muerte de un primo lejano de provincia, de quien jamas habia oído hablar y que me dejaba una herencia. La carta del notario reclamaba mi presencia como indispensable para apresurar la toma de posesión. Fue pues necesario decidirse á tomar la diligencia de Borgoña que debía conducirme al pueblo en otro tiempo habitado por el difunto.

El viaje fué bastante bueno; un hermoso sol de otoño iluminaba el campo, los bosques estaban coronados de sus últimas hojas, y no se oía por todas partes sino las campanillas de los bueyes que llevaban las mieses, y los cantos de los campesinos que iban guiando las carretas. En último resultado, no estuve muy descontento de la provincia hasta mi llegada á "... Pero allí me dijeron que era necesario dejar la diligencia, é irme á pie al pueblo en que me esperaban: habia que andar dos leguas por senderos que las lluvias habian puesto casi intransitables. El día empezaba á declinar, y una fria niebla reinaba ya en el fondo del valle, por lo

cual me puse en camino de bastante mal humor y dando al diablo los países en que no hay coches de alquiler.

Desgraciadamente las señas que me habian dado no eran suficientes: todos aquellos senderos á través de las viñas tendían para mí el mismo aspecto; varias veces me perdí, y ya era enteramente de noche cuando llegué al pueblo. Me fué necesario ir de puerta en puerta para acertar con la casa del primo, en donde no encontré á nadie á mi llegada.

Uno que posaba me dijo que Felicia (este era el nombre de la criada) estaba rezando en la iglesia. Fue necesario esperar su vuelta paseándome en el patio con las manos en los bolsillos, y la nariz oculta entre el cuello del paletot.

Esta centinela á la puerta de mi propia casa hubiera tenido algun chiste, sin la fatiga y la neblina que se iba formando insensiblemente en una menuda lluvia. Ya se me empezaba á ambar la paciencia, cuando se presentó una vieja criada, á quien reconocí por su devocionario.

A la vista de un extraño en pie cerca de la puerta, se detuvo y me preguntó lo que buscaba.

— Busco á la señora Felicia, exclamé yo, titubando.
— Señorita, ¿querrás decir?, replicó la vieja con voz ágría; soy yo; ¿que deseas?

— Por lo pronto, qué me abrais la puerta, y despues que me deis lumbré para secarme.

Y con objeto de prevenir otra objecion, le dije mi nombre. Yo me prometia que al oír, la vieja criada se desharía al punto en cumplimientos; pero, lejos de esto, me miró con una especie de desconfianza poco simulada.

— Ah! es el señor heredero! dijo con voz lenta; en ese caso voy á prevenir al escribano.

— Vaya al diablo el escribano! interrumpí con impaciencia, se trata de no estar aquí ni un minuto mas, entremos, pues.

— Lo siento mucho, pero me han encargado el cuidado de la casa, contestó ella resacatamente; y voy á poner á cubierto mi responsabilidad; esperadme aquí, el escribano decidirá lo que debo hacer.

Y sin esperar mi respuesta, me volvió la espalda y desapareció por una callejuela.

Yo volví á comenzar mis pascos delante de mi herencia. Al cabo de media hora Felicia se presentó acompañada de un hombrecito con anteojos que se dió á conocer como el escribano, y á quien entregué la carta que me habia escrito, y los documentos justificativos de mi identidad. Despues de haberse enterado de todo á la luz de una linterna, tuvo la amabilidad de reconocer que yo era *persona en cuestion*, y dió orden de que me dejaran entrar.

Durante todas estas formalidades, yo habia continuado mis pascos, maldiciendo por lo bajo á todos los escribanos de pueblo. Tan luego como se abrió la puerta, dije brusca y precipitadamente que iria á su casa al día siguiente, y me precipité en el negro corredor sin decirle que me seguiera.

La vieja criada apareció bien pronto con su linterna en la mano y me condujo á un antiguo salon amueblado con cuatro sillas de paja, un antiguo sillón desvencijado y sin otro adorno que dos estampas de Pablo y Virginia coloreadas sobre la chimenea entre cuatro calabazas jaspadas.

La dificultad que habia tenido para hacerme reconocer, junto con el camino y la niebla, me habian puesto de mal humor, y sin tratar de disimularlo mandé á la criada que me hiciese lumbré y me preparase que cenar, mientras tomaba conocimiento del resto de la casa.

Pásense pues á visitarlo todo armado de un viejo candelero de plata con su vela de sebo.

Todo correspondia con el salon en que habia sido recibido. Las colgaduras estaban desfiladas y manchadas, y algunas de ellas que eran mas nuevas parecian al lado de las otras andrajos remendados; los muebles de forma antigua, no guardaban enteramente las habitaciones mal cerradas; cuidado, elegancia, comodidad, todo faltaba en esta antigua habitación; yo encontré en todo ello, á mi modo de ver, un testimonio elocuente de la barbarie de nuestros antepasados, y una nueva prueba de que el buen gusto y la sensatez no habian empezado sino hasta nuestra época.

Lo que sobre todo me llamó mas la atención fué la alcoba: la cama, en forma de tumba, estaba encerrada entre cuatro cortinas de sarja verde apollada; sobre una mesa sin gabinetes, habia un jarro desportillado, y una palangana de colores: en la pared estaban colgados algunos retratos de familia capaces de atacar los nervios de algun buen conoecedor. Pintados en diversas épocas, representaban personajes de diferentes profesiones, entre los que pude distinguir un eclesiástico, un mercader, un juez, y por último un hombre bastante robusto que la señora Felicia me dijo era su difunto señor.

La buena criada vino á advertirme que la cena estaba lista, y yo la seguí al comedor.

El aspecto de la mesa me llamó la atencion; el mantel, sacado de un armario reservado, tenia listas amarillentas, los platos de barro de pipa estaban cuarteados á fuerza de uso; en dos saleros sin patas habia sal de la cocina, y pimienta muy mal molida.

La señora Felicia me sirvió una sopa de viernes, sin manteca, y los restos de una gallina cocida, que su solicitud maternal habia dejado en los huesos; la vieja criada me dijo que aquello era el alimento diario de su difunto señor, pero, para observarme añadió tres manzanas medio podridas, y un pastelazo de queso bastante añejo.

Mas descontento que nunca de mi viaje traté de irme á la cama. La criada me alumbró hasta la alcoba, cuyo lecho fúnebre, y cuyos retratos me causaron una impresion aun mas desagradable que la primera. Volvíme brusca y hacia la criada y le pregunté, si conocia algun tasador.

— Un tasador! repitió no conozco ninguno.
— No se hacen aquí ventas públicas?
— Si, señor.
— Y entones de qué medios se valen?
— El pregonero anuncia lo que se quiere vender, en las plazas de los pueblos inmediatos.
— Pues bien! que venga mañana el pregonero, para que anuncie la venta de todo lo que se encuentra aquí.

— De todo! No queréis guardar nada?
— Nada.
— Ni siquiera los retratos?
— No.
— Ah! sin duda no sabeis que son retratos de familia!
— Os digo que lo vendo todo. Buenas noches.

Y tomé la palabra á la señora Felicia que salió de la alcoba acompañada.

— Que quiere que haga yo de esos lienzos pintorrotados?
Ah! os vendere grotescas figuras aunque no fuese mas que por desprecio hacia el tiempo que representais! Este triste interés es el vuestro, estas costumbres sin elegancia son las que vosotros nos habeis legado; esta vida despojada de todos los encantos de nuestra civilización moderna, es vuestra vida perpetuada por la tradicion, fuera, fuera de aquí. Nosotros no somos de vuestra raza, ni nada hay de común entre nosotros.

Haciéndome estas reflexiones á mi mismo me meti en la cama; pero el cansancio é el mal humor no me dejaban dormir. Tomé el libro que habia traído para entretenerme durante el camino y en seguida el inventario de la sucesion que el escribano me habia entregado.

Aquí me esperaba una sorpresa mas agradable que las otras. El total se elevaba á una suma en que yo estaba lejos de pensar, y que me hacia casi rico. Este descubrimiento inesperado disminuyó singularmente mi desprecio, y comencé á poder digerir mi mala cena. Me puse á examinar el inventario en sus detalles, hasta que los números comenzaron á flotar delante de mis ojos medio cerrados y hasta que por fin perdí el conocimiento de todo lo que me rodeaba.

Bien luego me pareció sentir un ruido de pasos á la cabecera de mi cama; abrí los ojos y vi una docena de personas agrupadas en mi alrededor. Todos tenían trajes antiguos y diferentes, en los cuales reconocí con gran sorpresa, los de los retratos colgados en mi alcoba. Ah! instantes los busqué con mi vista para compararlos. Los narcos estaban allí colgados; eran en efecto las antiguas imágenes de la familia, resucitadas sin duda por un milagro.

A su cabeza estaba un viejo que no habia visto en la coleccion; fijé mis ojos en él con una curiosidad que hubo de comprender sin duda.

— En vano buscariais mi imagen entre esos retratos, me dijo; en mi tiempo ningún pintor se hubiera tomado la molestia de reproducir las fícciones de un siervo como yo! pero yo comprendí las miserias de mi condicion, y á fuerza de trabajo logré comprar mi libertad, y gracias á ella, uno de mis descendientes que ves aquí ha podido instruirse y llegar á ser clérigo.

El sujeto que el habia designado, se adelantó entones, y dijo dulcemente:

— Los pobres y los oprimidos tenían necesidad de apoyo; sostenido por el nombre de Cristo, he procurado servirlos; he ayudado á instruir al pueblo, y á fortalecerle por la probidad, la esperanza y la paciencia; mientras que mi familia tomaba un puesto distinguido entre los honrados mercaderes de la provincia.

Un tercer interlocutor exclamó entones:
— Este puesto transmitido por nuestros padres yo le he engrandecido, dijo con cierta importancia; nombrado síndico de mi corporacion, he obtenido para ella nuevas inmunidades; nosotros nos hemos reunido para defender el fruto de nuestro trabajo contra la violencia, y yo he sido uno de los fundadores de esta clase media que ha asociado los intereses generales bajo el nombre de comunas.

— Y yo, continuó su vecino, que en la toga y el rostro severo, me podrias reconocer como magistrado, he contribuido á hacer prevalecer la ley sobre el capricho, y la equidad sobre el crédito. Los mas poderosos han tenido que someterse á la decision de los jueces: la fuerza ha cedido ante el derecho.

— Sin contar que ella se ha declarado asiluar suyo, añadió un oficial; los descendientes del siervo de otros tiempos han concluido por ceñir la espada, y por ser los defensores de la patria de las leyes! Desde que una y otra han pertenecido á la nación, la nación ha derramado su sangre para defenderlos; siendo todos soldados, todos somos caballeros.

— Si, replicó el último interlocutor en quien reconocí el retrato del primo, mis antepasados habian conquistado para nuestros descendientes, la justicia y la libertad; era necesario procurarnos recursos, y yo he aceptado este papel de

hormiga. Gracias a mis trabajos y economías, he mejorado el pequeño patrimonio que nuestros padres me habían legado, he aumentado los aborres y he engrandecido los dominios; por lo cual he dejado más de lo que he recibido y gracias a la probidad de Felicia (todo llegará intacto a mi heredero. Con esto le habré asegurado el descanso para que cultive su inteligencia y la independencia para hacer bien; en fin, la felicidad de no tener que ocuparse de sí mismo de los demás. Si él es digno de este favor, sabrá aprovecharlo, y guardará en el fondo de su corazón un poco de reconocimiento por el hombre que le ha preparado esta tarea; lejos de burlarse de él, le bendecirá y sabrá santificar lo que su anciano primo le ha economizado, prodigándolo generosamente a los demás.

Estas últimas palabras habían sido pronunciadas con un acento tan vivo, que me estremecí sin quererlo. Y... me desperté.

La luz iba a apagarse y los retratos estaban en su sitio; el inventario y el libro habían rodado hasta los pies de mi cama; mi visión no era más que un sueño!

Un sueño o más bien la voz de la conciencia y de la conciencia. Estos retratos eran en efecto el símbolo del pasado; cada

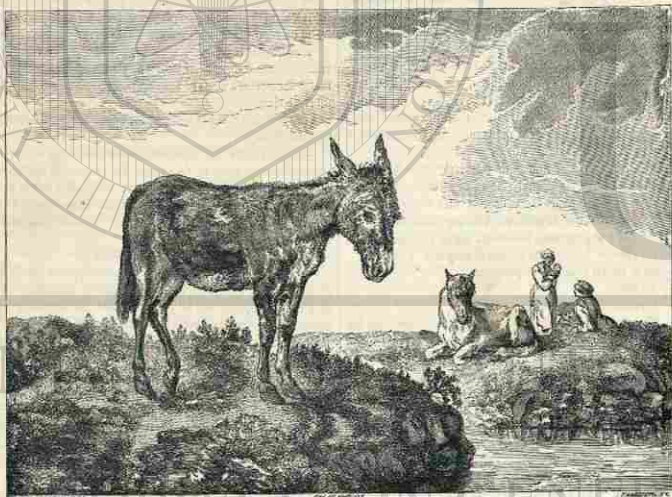
uno de ellos me recordaba los servicios prestados por un siglo y por una clase: marcaban por decirlo así, el paso del tiempo en el camino del progreso. Para los que supieran comprenderlos, había allí una glorificación de la obra de nuestros antepasados.

Herido de un rayo de luz, extendí mi mano hacia esos lienzos medio borrados y como si hubiesen podido comprenderme, exclame:

— Ah! perdonadme; perdonadme, veteranos de los siglos; ahora comprendo el respeto que se os debe; todas las espigas cogidas hoy, han sido sembradas por vuestras manos, el presente no es más que la consecuencia del pasado y la tradición es el instrumento del progreso. Perdonadme, vosotros que no habéis conocido el árbol de la ciencia, sino cuando era pequeño, pero que le habéis regado con vuestro sudor y vuestra sangre. Ahora conozco que mi orgullo era ingratitude, en adelante os reservaré un lugar piadoso en mis recuerdos.

Y vosotros, vestigios de un tiempo que nosotros no sabemos comprender, en adelante no escitaréis ni mi risa ni mi cólera pues que sé sois aun las ruinas de una civilización que ha cumplido con su misión.

FELIPE WOUWERMANS.



El Asno

« Un asno, dice Esopo, estaba sirviendo a un jardinero; comía poco y trabajaba mucho, por lo cual suplicó a Júpiter que le diese otro amo. En efecto, Júpiter accedió a sus deseos y hizo que pasara a servir a un alfarero. El animal se encontró peor, pues el trabajo con este nuevo amo era más duro y más pesado; nuevas instancias para cambiar de dueño: pasa enseñada a un curtidor, que era para él mucho peor que los precedentes. Entonces el asno viendo que su

condición no mejoraba, exclamó sollozando: « Miserable de mí! Mas me valía haberme quedado en casa del jardinero; voy que el amo que tengo ahora, no parará hasta curtir mi piel. »

El asno de Wouwermans que acompaña a este artículo me ha hecho recordar al instante aquel otro de los tiempos antihistóricos de que habla el antiguo fabulista. Al verle se convence uno, de que los tiempos son siempre iguales, lo mismo

para el asno que para el hombre. No sabemos si su amo es jardinero, alfarero o curtidor, pero podemos asegurar a ciencia cierta que su amo le olvida y que él olvida a su amo. Atestado de yerba, con los ojos fijos en la corriente del agua, parece estar esperando a que pase el río, lo mismo que el campesino de Horacio, parece estar diciendo como aquel personaje de la antigüedad a quien querían distraer de sus placeres: « Dejemos para mañana los cuidados. »

Como obra de arte este asno es perfecto. Diríase que Wouwermans no ha pintado en su vida más que asnos, porque solo así se cree posible tanta perfección!

Y sin embargo todo el mundo sabe que este artista ha pintado muy poco estos animales, si se compara el número de los que se encuentran en sus cuadros, a la multitud verdaderamente prodigiosa de caballos con que ha llenado esos mismos lienzos. Los caballos! Wouwermans no ve más que eso en la naturaleza entera: es su historiador, su pintor y su poeta. Pinta escenas de caza para tener una ocasión de pintar caballos; hace batallas con el mismo objeto, en una palabra, siempre elige asuntos para sus pinturas en que pueda sobresalir su animal favorito, que es el caballo.

Así ha sido que en este género ha logrado su intento de una manera tan completa, ha hecho cosas tan buenas, y ha dado a todas sus composiciones una vida tan animada, que no solo los aficionados de su país, sino que hasta los de las comarcas vecinas se disputan sus obras a peso de oro. Y sin embargo, Wouwermans, como otra porción de pintores contemporáneos suyos, llevó una existencia pobre y desgraciada. Solo se enriquecieron los que traficaron con los cuadros de este maestro que, a pesar de su estremada fecundidad, supo dar a todas sus obras el más esquisito acabado.

Felipe Wouwermans, del cual volveremos a hablar próximamente, nació en Harlem en 1620 y murió en la misma ciudad en 1648.

J. J. ARNOX.

BENEDETTA.

(Véanse las páginas 98, 106 y 124.)

Otros pensamientos exaltaban la mente de Benedetta; ya no era el orgullo del triunfo, la embriaguez de los aplausos y esa gloria precor que sucedía a su oscuridad la que ocupaba su alma; tenía allí, en las manos, un papel que acababa de romper el último eslabón de la cadena que sostenía sus postrimeras esperanzas. En aquel papel, la noble joven había leído una sentencieta que su amor no quería considerar como posible: conocía que sus lazos todos estaban rotos, que su hijo ya no tenía padre, que ella no tenía ya esposo; y sin embargo, en medio de tan horrible angustia la quedaba un dulce recuerdo; una idea consoladora se deslizaba por su mente: el conde de Acquaviva seguía amándola; don José había hecho constar su dolor, sus largos días de remordimientos, sus terribles noches de agonía. Benedetta se hallaba dispuesta aun a llorar tanto amor; dispuesta a perdonarle su abandono.

La joven vio a Metastasio que observaba con el mayor interés aquel dolor silencioso cuya causa ignoraba, y le tendió una mano amistosa, diciéndole:

— Dispensadme, mi querido maestro, por este postrer recuerdo consagrado a una vida cuyos amarguras todas han finalizado esta noche. Estabais triste porque velais que lo estaba yo; en adelante estaréis alegre con mi alegría, porque esta noche he comenzado mi nueva existencia. A vos, y a

Palettrí lo debo; ya veis que os debo estar agradecida.

Metastasio fue bastante discreto para no responder: únicamente al despedirse de Benedetta la dijo apoyando sus arrugados labios en su mano blanca y delicada:

— Adios, mi querida Diva! Permita Dios que vuestros sueños sean tan dulces esta noche como los de todos vuestros admiradores!

Desde aquella noche principió para Benedetta esa existencia de grande artista, ese largo sueño adornado de mil felicidades que se renuevan incesantemente todos los días. Los aplausos del teatro habían resonado hasta en los palacios; y los jóvenes señores de la corte, así como los dilettantis de Nápoles, fascinados todos por el mismo deseo, atormentados todos con el mismo martirio, iban los unos y los otros a admirar aquel astro naciente, a saludarle en su aurora, a fin de enorgullecerse con uno de sus rayos, y consagrarle un recuerdo de su entusiasmo amor. Benedetta era libre, y su corazón no se hallaba cerrado enteramente a tantas y tan halagüeñas impresiones. Guardaba consigo un testimonio de sus flaquezas, un hijo cuyo nacimiento y cuyo nombre eran un misterio como su propia vida, y este misterio estimulaba mas y más las pasiones. De este modo vió caer a sus pies esas nubes de adoradores que persiguen a las mujeres célebres, que las toman primeramente bajo la coquetaría de su protección, con ánimo de verse ellos mismos protegidos después por el nombre que arrebatan con una conquista. Benedetta recibió, envueltos en ramilletes de flores ó ocultos bajo los pliegues de las más ricas telas, mil sonetos perfumados todos con las mismas declaraciones, y otras tantas cartas amorosas desfilando una ternura improvisada, llenas de grandes promesas en cambio de una sonrisa ó con la esperanza de obtener una mirada.

En los salones de su casa, que parecían una ciudad tomada por asalto, donde todos los espectadores de la primera noche se creían con derecho de entrar como vencedores, oyó resonar los nombres de todas las glorias de Nápoles, de todas las celebridades del presente y del pasado. Benedetta era una reina cuyos cortesanos solicitaban una ojeada, una reina rodeada de homenajes, y que, perdida en medio de esas olas aduladoras, no tenía palabras suficientes en los labios para responder á todos, para resistir á las vivas instantáneas de aquellos que trataban de abrir su corazón y entrar en él con la menos generosa de las seducciones.

Las fiestas de cada día sucedieron á las ovaciones de cada noche. Nápoles fue adornada para ella con todas sus magnificencias, fue embellecida, por decirlo así, para que su residencia en el fuero risueño y encantador. Cuando Benedetta se cansó de tantos homenajes, cuando hubo pagado con su sonrisa ó con su presencia todas aquellas fiestas de que era el ídolo, volvió á la vida tranquila que ambicionaba, y tranquila, poseyendo la conciencia de su virtud, se entregó a los estudios de su arte, se creó un mundo, una sociedad, a su gusto compuesta de amigos experimentados y en medio de las continuas provocaciones de que era objeto, permaneció tan pura en el pensamiento como en la conducta.

Y esto consistía en que dentro de aquella alma, cuyos nobles instintos había perfeccionado una rápida educación, existía un profundo sentimiento del deber, una elevada inteligencia de la vida y del arte, consistía en que además de aquellas obligaciones sociales á que se sometía muy naturalmente, conservaba un amor inalterable en su corazón: era porque si un capricho de gran señor que pretendía á la igualdad filosófica la había elevado al rango de esposa y de madre, ella se consideraba como responsable ante Dios y ante su hijo,

del juramento que por su parte no había violado, del lazo sagrado que ella no había roto.

En Nápoles como en casi todas las principales ciudades de la Italia, el ser prima donna con todos los encantos y todas las superioridades que este título exige, es ejercer en cierto modo una especie de soberanía y reinar con la mas dulce de las prerrogativas, siendo á la vez el orgullo de un sexo y el idolo del otro; es gastar en pocos cuantos brillantes años de conquistas de toda especie, de encantos de todas naturalezas, los gozos del amor propio, las ilusiones de la coquetería y los sueños de gloria mas ambiciosos; es vivir en una atmósfera de flores y de placeres, es somerse por la mañana á las delicadas lecciones de sus cortesanos, y embriagarse por la noche con una embriaguez popular que una voz de mujer comunica á la muchedumbre, y con esos aplausos prolongados que resenan siempre en su derredor; es hallar á cada paso la felicidad que ya ni se desea, un incienso sin mas atractivos, es, por último, una existencia de adoración perpetua, mas esplendente y brillante cada vez.

En su primera aparición sobre la escena, la Diva había obtenido ese triunfo, y había excitado ese entusiasmo, que no se debilitó en lo mas mínimo en las siguientes representaciones. Por unanimidad fué proclamada la reina del teatro, y en el encanto de las ovaciones, la jóven pasó algunos años sin tener tiempo ópocas para contárselos. Sin embargo, en medio de esos transportes que parecían nacer por donde andaba, á veces se trasladaban en su frente ráfagas de dolores pasajeros, y recuerdos de inquietudes y pesadumbres. Hubiera podido decirse que dos almas animaban siempre su voluntad, y atormentaban sus sentidos, impregnados alternativamente de sus gozos ó suspenamientos. Una de estas almas le daba fuerzas para sonreír al mundo, para inspirarse con sus certezas, y apasionarse de sus placeres, y la otra como un amigo predilecto, acudia en las horas silenciosas de una soledad amada, para volver á abrir la fuente de sus lágrimas, para sentarse á la cabecera desahogado, y traerla á la memoria en penosos insomnios, unos recuerdos siempre palpitanes, un amor profundo siempre, y dolores que el tiempo no podía debilitar jamás.

En esta alternativa de éxtasis que renacían incesantemente bajo mil formas, y de penas que nadie habría podido adivinar, pasáronse muchos días y muchas noches. La Diva, que sus amigos entusiastas coronaban con una aureola casi celeste, fué llamada á Florencia, á Venecia, á Milan y á Génova, para que todo el dilettantismo italiano sancionara aquella fama nacida bajo el cielo napolitano. Por todas partes la jóven recibió una igual acogida; por todas partes oyó los mismos elogios; y resonaron á sus pasos iguales transportes. En Milan como en Venecia, en Florencia como en todos los demas teatros donde cantó, continuó siendo siempre aquella Diva idolatrada de la muchedumbre y de los salones; pero cuando se le propuso pasar á Roma, la Diva no quiso consentir en ello, y resistió con todas sus fuerzas, aun á los deseos del mismo Metastasio á quien profesaba un afecto tan puro.

— No, maestro, le decía; no hablemos jamás de Roma, porque he sido bien desgraciada en ella.

— Entiendo, respondia el poeta imperial, pesadumbres de amor, no es cierto? Ah! Diva! Bien os habeis vengado de ello. Eso se llama no ser generosa, hija mia, y siendo tan buena, tan digna de ser amada como sois, no debíais desdennar los nuevos homenajes, ni alimentar esa tristeza, que, cual un gusano roedor, empujece de cuando en cuando vuestra frente y hace palidecer vuestras facciones.

— Ya sabeis, Metastasio, que hay dolores que solo el tiem-

po ó la ausencia pueden calmar; que hay penas del alma que aun trata de eternizar á veces, y cuya curación ni busca ni desea.

— En poesia y en el teatro, no digo que no, mi querida Diva; pero tenéis sobrada razon para tomar las cosas tan á pecho, sobre todo en un mundo donde ya sabeis que es perjudicial é inútil el obrar así.

— Es verdad; pero cuando la razon y el corazón se hallan de acuerdo, porqué no hemos de seguir sus inspiraciones?

— Hija mia, cuando se trataba de rechazar con virtuosa indignación los amores de un día, os he alabado y siempre os alabaré mucho; pero hay hombres que disfrutan de grandes posiciones en el mundo, hay artistas eminentes que se desahacen en deseos de depositar á vuestros piés su gloria y su fortuna; quien os impide el elegir entre ellos un esposo?

— Y si estuviere ya casada, Metastasio, y si no fuese dueña de mí mismo?

— Entonces, hija mia, diria que debéis volver á Roma, porque solo allí puede verificarse el desenlace de la historia de vuestra vida. Escuchadme, mi querida Diva, muchas veces he interrogado á Palestri sobre vuestro pasado, que debe interesarme lo mismo que vuestro porvenir. Con un anhelo enteramente paternal, y que sin duda alguna me perdonaréis, mil veces he tratado de descubrir el misterio de vuestra vida, y para ello he molido á preguntas á nuestro buen Palestri, pero nada he podido sacar de él sino que habeis sufrido muy grandes infortunios y nada merecidos.

— Palestri, respondió la Diva despues de unos instantes de reflexion, no podía decirnos otra cosa á ménos de inventar una fabula; eso es poco mas ó ménos todo lo que sabe.

— Enhorabuena; pero Palestri cree tambien que podéis cantar en Roma algun tiempo sin que por eso peligro vuestra tranquilidad, lo que desea con el mayor anhelo porque no os ha oído todavia, y naturalmente el maestro quiere disfrutar de su obra, quiere aplaudir á la Diva que ha formado.

— No digo que no; despues veremos...

— Con que vamos á ir, no es verdad? Hija mia, os debo una postrera confidencia y esta es la mas cruel de todas para mí.

Benedetta miró al poeta con ansiedad.

— Qué queréis decir? le preguntó.

— Se trata de una cosa particular mia, de una orden que nos roba el placer de consagrarnos toda mi existencia. Mi protectora la emperatriz me llama á Viena, y ántes de mi partida, que será tal vez para nosotros una eterna separación, querria, hija mia, veros dichosa, y quisiera tambien poder contribuir en algo á esa felicidad de que tan digna sois. No ignorais que en Roma tengo algun crédito cerca del Soberano Pontífice y del sagrado colegio de los cardenales, y me habia lisongeado de que allí, en los lugares testigos de vuestros infortunios, podríais quizá hallar un remedio. Me prometia que no me negarais vuestro apoyo, y que ántes de morir, podría tal vez contribuir á haceros menos aciaga la existencia: consentis en ello, no es verdad?

— Si fiera posible, Metastasio, que vuestra amistad pudiese operar un milagro, yo mismo os lo habria pedido, os habria confiado mis secretos; pero hay dolores que el alma está condenada á llevar como un remordimiento, hay misterios que deben permanecer siempre en la sombra, porque muchas veces el honor de las familias está interesado en que así sea...

— Me asustais, hija mia; jamás os he visto tan seria ni tan triste.

— Lo que os digo, es sin embargo la pura verdad. Exijis

de mí que vaya á Roma, iré; deseais que cante, lo haré tambien, y no será por la primera vez, añadio sonrojándose su frente con aquel recuerdo de dolor; pero ántes de tomar ninguna otra determinación, quiero escribir á Palestri: de su contestación depende la hora de la marcha.

— Otra pregunta mas, la última, repuso Metastasio; pero habladme con franqueza, sin rodeos, sin todas esas fórmulas evasivas que oscurecen la verdad. Estais casada como me lo habeis indicado hace un instante? habeis cedido siendo esposa á un fatal estravio, ó mas bien habeis sido abandonada por un hombre indigno de poseer semejante tesoro?

Benedetta se estremeció, é inclinándose sobre el pecho de Metastasio como una flor que se doblaba sobre su tallo, respondió:

— Un día llegaré, mi buen maestro, en que podré revelaros los secretos de mi alma y los misterios de mi posición: entonces lo sabreis todo. Ahora no me preguntéis nada mas porque me sería imposible contestaros. Bastos saber que Benedetta no ha incurrido en falta ninguna.

— Benedetta, decís? Ese nombre no me es desconocido; hace algunos años que habita en Roma una mujer con ese nombre, muy celebrada por su belleza: acaso...

— Esa mujer soy yo, y puesto que vuestras instancias me han debido á volver á la capital del mundo cristiano, no debo al ménos iniciaros en lo que toda la ciudad os dirá despues.

— Pero, hija mia, me acuerdo tambien haber oído decir en esa época que el conde don José de Acquaviva habia adquirido por vos una pasión de esas que no conocen obstáculo ninguno: os amaba como yo entiendo que se os debe amar... es acaso el padre de vuestro hijo, y entonces no estaba casado, y entonces...

La penetración del poeta inspiró á Benedetta un sentimiento de terror; tenia que sus palabras hubiesen levantado el velo que cubria su existencia, y queriendo cortar de raíz una conversación que á cada palabra se iba haciendo mas embarazosa para ella, repuso con presteza:

— No, entonces no estaba casado, pero hoy lo está. No tengo derecho ninguno á reclamar su amor.

— Me estais engañando, Benedetta, y hasta creo que pensais engañaros á vos misma. En vuestra huida de Roma, en vuestro primer viage á Nápoles, y en esa súbita vocación teatral que ha hecho vuestra gloria, así como en la pena que os causan mis conversaciones, y en vuestras reticencias, hay algo mas que un amor ordinario, roto por un matrimonio de razon. Yo veo un misterio en todo eso, y aun cuando debiese incurrir en la desgracia de Su Magestad imperial, mi protectora, juro aqui Benedetta, que no me separaré de vos antes de haberlo penetrado, y antes de saber de una manera positiva todo lo que hay en el asunto.

— Pues si es así, Metastasio, repuso con dolor la Diva, entonces mucho tiempo permaneceremos juntos, y me temo que la grande Maria Teresa me culpe de haber seducido á su poeta.

— Podéis reiros de mí, os doy licencia para ello; pero entretanto vamos á ir juntos á la ciudad de Roma. Os llevaré á la fuerza, si es preciso, y allí veremos si yo, que soy vuestro padre adoptivo, no tengo el ojo bastante penetrante para adivinar un secreto que tañó tormenta á mi querida Diva.

Aquella misma noche Benedetta, segun su promesa, escribió de este modo á Palestri:

» Mi buen maestro: he cedido á vuestras instancias, á las de nuestro Metastasio, y al honor de presentarme en Roma; pero antes de hacer una cosa que, como sabeis, debe desper-

tar en mi tan penosos recuerdos, necesito saber si el principe de Acquaviva habita en la ciudad. Los años, las distancias y los aplausos de la muchedumbre, no han alterado en lo mas mínimo la ternura que he consagrado al padre de mi hijo. Decidme que está ausente, como lo creo, pues me han asegurado que hace mucho tiempo estaha viajando fuera de Italia, y al momento me tendréis ahí.

Palestri respondió lo que sigue:

» Venid, Benedetta, para que tenga el gusto de aplaudir con mis manos mi mejor obra, rindiéndosos homenajes de rodillas, y pagandolos el tributo de admiración que mereceis. Don José de Acquaviva, apénas ha vuelto á presentarse en Roma desde que salisteis de ella. Dicen que está triste y enfermo y que su mujer lo está todavia mucho mas. Venid pronto, toda la ciudad os espera para saludaros con unánime aplauso.

Benedetta llegó á Roma con Metastasio. Como una princesa que vuelve á su reino despues de una gloriosa ausencia, la jóven fué recibida en triunfo, y acogida con esos transportes de amor que los romanos saben expresar tan elocuentemente. Llevando por comitiva todas las celebridades de la ciudad, Benedetta recorrió entera aquella calle del Corso donde su voz resonaba en otros tiempos como una melodía sin eco, y luego en las tablas conquistó todos los sufragios, realizó todas las esperanzas, arrancando lágrimas á todos los ojos y llenando todos los corazones de entusiasmo. Benedetta, por fin, se encontraba en Roma, en esa ciudad donde estuvo tan indigente, donde despues estuvo tan amada, ella, pobre criatura abandonada á la caridad publica por unos desconocidos Pifferari cuyo nombre ignora, y que ni siquiera le han enseñado el suyo, que no quisieron tenerla en su compañía por no aumentar mas y mas su miseria, y que la pusieron el nombre de Benedetta como una última plegaria en su favor, como un postrer llamamiento á la Providencia.

Su vuelta habia sido una fiesta para los amigos que la habian conocido, que la habian amado en silencio. Todos ellos se lisonjaban de poder reemplazar en su corazón al ingrato que la abandonara, y Barberini, Ruffo y aquellos jóvenes señores que tantas veces habian ambicionado la buena suerte de don José, todos la rodeaban esperando un deseo ó un capricho que hiciera caer de sus labios algunas palabras de benevolencia.

La Diva, sin embargo, no se dejó arrastrar á un óvido que todos le aconsejaban. Por lo demas, de cuanto Roma le ofrecia tanto en realidades como en esperanzas, ella no quiso aceptar mas que la gloria; basta que llego un día en que un acontecimiento que le dio á pesar á todo el mundo obligó á Benedetta á salir de Roma.

La señora condesa, madre de don José acababa de morir, y de un instante á otro se esperaba á su hijo en el palacio de Acquaviva.

Al disignamiento de esta muerte, Benedetta estaba hablando en su casa con Palestri y con el Metastasio, cuando vinieron á anunciarle que el cardinal Anfossi tenia cosas de muchísima importancia que comunicarla.

Metastasio conocia muy bien al prelado, sabia la rigidez de sus costumbres, y su aislamiento de las cosas del mundo, por lo cual le chocó sobremanera el que tratase de presentarse en casa de la jóven.

— El cardinal Anfossi, exclamó, viene á visitar á la Diva! Un asunto de estado ó un caso de conciencia pueden solo moverle á ello. En verdad, no puedo imaginar lo que pretende.

(Se continuará.)

UNA ESCENA DE LA RIBERA DEL NILO.

Desde la aldea de El-Chellal situada en una de las riberas del Nilo, se ve la isla de Philé, que es la más pequeña de las que hay en el río por este sitio, aunque es también la más notable por su aspecto. Allí fue donde se detuvieron los soldados franceses cuando iban persiguiendo a los mamelucos a las órdenes de Desaix, y allí dejaron consignado á la puerta del edificio la fecha del desembarco del ejército, la de



Vista de la ribera del Nilo en Philé. — Dibujo copiado de BARTLETT.

Caladne y Breuvry, del efecto de esas portadas majestuosas, de esas columnas deslumbrantes de blancura que se destacan entre los árboles, de ese lugar tan pintoresco y gracioso, y mas encantador aun por el contraste de la desolada naturaleza que le rodea. »

Aquí están los confines del Egipto.

Mas abajo se encuentra Siena, en el día Assuan, celebre la historia por la catastrofe predicha por Ezequiel.

«La espada vendrá sobre el Egipto, dice el profeta: grande será el terror de Cus cuando caigan los que se vean heridos mortalmente, cuando desaparezca su pueblo, y sean destruidos hasta sus cimientos...»

Los que sostengan el Egipto, caerán despues de la torre

su llegada á las cataratas y los nombres de los jenerales que los mandaban. Las de los sabios que los acompañaban fueron grabados en una pared de una de las azoteas del templo con esta indicacion bien característica por cierto:

«Longit. al E. de París, 30° 15; lat. boreal 24° 3' »

La isla de Philé se alza sobre las aguas del Nilo como un bosquecillo de palmeras entre las cuales se dibujan admirables ruinas. «Nada puede dar una idea, dicen los señores

de Siena... serán asolados entre los países asolados, y sus ciudades se contarán entre las ciudades desiertas.»

Aun se encuentran restos que atestiguan la antigua importancia de Siena. Las rocas de granito conservan las huellas de los mineros que las explotaron en la antigüedad para la erección de monumentos egipcios y hasta suelen encontrarse en ellas algunos geroglíficos.

La ciudad de Siena que Ezequiel nos pinta como una de las columnas del Egipto, siguiendo la opinion de los viajeros que hemos citado mas arriba, no es mas que un pobre pueblo que apenas merece el nombre de ciudad, y en el cual vegeta miserablemente una poblacion de mil razas distintas, conducidas allí por las desgracias de la guerra.

REMBRANDT.



Amsterdam.

León M. BARRI.

LEHLE.

La resurrección de Lázaro.

Aquella fortuna inesperada, aquella suma de cien florines que le dieron al hijo del molinero Herman Gerritz, le hicieron conocer bien luego que el molino de su padre era un teatro sumamente pequeño para él. Por eso se fué á establecer á Amsterdam en 1630, cuando apenas tenia veinticuatro años. Al cabo de poco tiempo ya estaba la ciudad inundada de retratos hechos por él, lo que le hizo al instante una gran reputacion entre los aficionados tan curiosos y ricos de este puerto, el mas comercial del mundo en aquella época.

Aun no se habian pasado dos años desde su instalacion, y él.—PARIS.—IMP. BLONDEAU

cuando ya tenia muchos discipulos, entre los cuales se contaban algunos hombres que despues han sido célebres tambien en la pintura; bastenos citar aqui á Gerardo Dow, Tietz, Govert y Flinck, que todos aprendieron algo de Rembrandt, y que sin embargo todos entre si se diferenciaban.

Distinguiase entre los aficionados que habian dado al jóven pintor las señales mas evidentes de una buena amistad, el médico Tulp, profesor de matemáticas de Amsterdam. Rembrandt correspondió á esta amistad muy dignamente, pintando al célebre médico enseñando la anatomia sobre un ca-

daver, á sus discípulos que ponen la mayor atención. Este cuadro que se halla hoy en el museo del Haya, es sumamente conocido por la multitud de grabados que se han sacado de él; pero no por eso puede decirse que el célebre maestro hubiese en esta obra lo que hizo en la que damos hoy á nuestros lectores.

La *Resurrección de Lázaro* es un doble milagro: milagro en el orden de los hechos naturales, y milagro en el de hechos artísticos.

En una cripta de una montaña de la Judea, donde penetra una fuerte luz, pero de modo que ilumina la escena de una manera fantástica y maravillosa, un muerto se levanta de su lecho de piedra á la voz del divino Jesucristo. Lázaro está envuelto aún en su mortaja egipcia, sólo su rostro se presenta á la vista alterada del espectador, pero en este rostro, la muerte ya vencida, onde el puesto, á una nueva existencia. Jamás este fenómeno, que parecía ser muy superior á todos los recursos del arte ha sido tratado con tanta fuerza, ni jamás se ha visto realizado con tanta verdad. No hay más que ver ese Cristo en pie sobre la losa sepulcral, con la mano alzada, magnetizando con la vista á la muerte invisible que suelta su presa estremecidose, para reconocer en él una figura verdaderamente sobrenatural. El pintor ha sabido hacer comprender bien á las claras que aquel era el dueño incontestablemente soberano de la naturaleza cuyas leyes fundamentales ceden á su divina voluntad. Las expresiones de las caras y de los ademanes de todos los que asisten á esta resurrección completan el asombroso conjunto de este cuadro.

Entre todas las producciones de la pintura en este mismo género, apenas puede citarse otro cuadro tan milagroso en todos sentidos como el que tenemos á la vista; y es un lienzo de Murillo que estaba últimamente en el Museo del Louvre, y que representaba á San Bartolomé resucitado por tres días dice la leyenda, y escribiendo *muerto y vivo*, sus memorias.

Murillo y Rembrandt, formidables campeones, quién de los dos ha vencido al otro en la representación de estos dos milagros? Dígalo el que pueda; por mi parte me contentó con admirarlos á ambos igualmente.

J. J. ARNOUX.

CAJAS DE AHORROS.

Entre las varias instituciones benéficas de que con razón puede gloriarse el siglo actual, es sin duda ninguna la más digna de admiración y pródiga en resultados la de las cajas de ahorros, «destinadas á recibir en un fondo común las más pequeñas economías de las clases laboriosas, para poder utilizarlas reunidas, y acrecerlas con los intereses consistentes.»

Este noble pensamiento, que ha hallado acogida en todos los países de la culta Europa y de América, fue ensayado por primera vez en Inglaterra en 1803, y propagándose después rápidamente por aquel país, en Suiza, Alemania, Holanda, Bélgica, Francia y Estados-Unidos-Americanos, ha venido á ofrecer en todos estos pueblos tan asombrosos resultados, que dejan muy atrás las nobles esperanzas que debieron formar sus filantrópicos fundadores.

Los fondos depositados en ellas desde la mínima cantidad de «una peseta cada semana,» devengan un interés regular, y pueden ser retirados á voluntad de sus dueños.

Hasta aquí la hoja suelta ó memoria publicada en Madrid al establecer su caja de ahorros en 1839, toda ella está

escrita en un estilo elevado, llena de consideraciones filosófico-morales, y aunque corta, pues no cuenta sino cuatro páginas en octavo, bien merece que se la tributen algunos aplausos, y se haga pausa ántes de que continuemos nuestra tarea.

Las clases proletarias han mejorado indisputablemente, donde estos Institutos han fomentado las economías, y así se ve que desde esta época, las mujeres juegan menos á la lotería, y los hombres van menos á la taberna, y de este modo la virtud y la paz reinan con mas generalidad en el interior de las familias. Los menestrales, combatiendo igualmente la seducción de los placeres, la pérdida de los días feriados, el juego, las malas compañías y otras causas no menos fecundas en producir miserias, llegan á conocer que en la juventud debe economizarse para la vejez.

El jornalero no tiene otra riqueza que el residuo cotidiano que le queda del precio que recibe por su trabajo: los 8 ó 16 rs. diarios que consume estérilmente, son los que deberían proporcionarle economizándolos un porvenir mas independiente. Y es tan cierto que la felicidad de estas clases consiste en sus economías, que se ha observado que apenas hay un delincuente entre los que tienen sumas depositadas. Institución altamente humanitaria y moralizadora, y cuya influencia deba hacerse sentir por todos los ángulos de la tierra.

Cualquiera que tenga necesidades escasas formará mas fácilmente capitales. Sin economías se puede trabajar toda la vida y morir pobre. El que no tiene ahorros, no tiene tranquilidad. Un montoncito de dinero proporcionado á la fortuna de cada uno, que se puede tener en depósito, es causa de alegría y bienestar.

Por medio de las cajas de ahorros capitalizando los réditos, capitales pequeños pueden llegar á engrandecerse de una manera casi fabulosa, y á esta circunstancia se debe la creación de algunas fundaciones benéficas de grandes consecuencias.

El resultado que produce cualquier cantidad al cabo de algunos años capitalizando los intereses, es el siguiente. Dos pesetas puestas cada mes (poco mas de dos cuartos diarios), capitalizadas con el interés durante cuarenta años, aseguran un patrimonio de 12,000 rs., y sin los intereses solo dan 3,810 rs.

De estos fenómenos que producen, empujan á sacarse grandes ventajas, prescindiendo de las que en sí encierra la institución. Los libros dados en París á 1762 niños por el duque de Orleans, mediante la imposición que hizo de 40,000 francos en la caja de la capital de la Francia, ascienden hoy á 180,000 de resultados de los nuevos depósitos hechos por los favorecidos; lo que manifiesta los fecundos resultados de la benéfica idea del príncipe francés. Cuántas combinaciones no podrían hacerse de esta índole en beneficio de la humanidad!

Como el establecimiento de las cajas es un hecho, por decirlo así, sancionado por sus consecuencias, no podemos detenernos á enumerar minuciosamente todos sus datos que sobre este particular pudieran acumularse, y tan solo haremos mérito de aquellos de mas bulto que comprenden á los demás.

Durante el año de 1844 se depositaron en las cajas de ahorros de París 46,910,000 francos; los reembolsos subieron á 33,674,000 francos, dejando una diferencia de 13,238,000, que agregados al depósito que quedaba en 1813, ascienden á 412,064,000 francos, cantidad debida á 473,000 imponentes. El término medio de las sumas impuestas por estos es de

474 francos; el de los depósitos en jeneral 440; el de los reembolsos 433, y el de las deudas á los 473,000 imponentes 646. La caja tiene en París y sus alrededores 16 subalternos. Esto por lo respectivo á la corte de Francia.

En lo referente al resto de la nación, todo el país se halla sembrado de establecimientos de esta clase. Mas de trescientas cajas se hallan distribuidas por todo aquel territorio, llegando á mas de cuatrocientos mil individuos los imponentes; y á 392,000,000 de francos, las cantidades impuestas hasta 1844; esto es, 42,000,000 de frs. mas que el anterior.

Los depósitos consignados actualmente en las cajas de ahorros de Londres y del resto de la Gran Bretaña ascienden á 22,309,792 libras esterlinas, ó sean reales 2,250 millones; capitales unos y otros que por lo pequeño de las sumas que los componen hubieran sido casi completamente perdidos para el país, y que en el día, sin embargo, son el tesoro de miles de familias.

El capital impuesto hasta hoy en todas las de España no baja de cuarenta millones de rs., y de 22,000 el número de imponentes, siendo la primera que se fundó la de Madrid el 17 de febrero de 1839.

MODOS DE CONOCER

LA BUENA Ó MALA CALIDAD DE LAS HARINAS.

Largo debiera ser el modo de reconocer las harinas si lo hicieramos con la extensión que su importancia requiere: pero con el objeto de ser útiles al mayor número de nuestros lectores, despojáremos las pruebas á que deba someterse esta importante materia de la aridez de análisis químicos, puesto que al particular le bastarán los hechos siguientes tomados de la experiencia. Todo cuanto digamos se refiere á la harina de trigo.

Distingúense en el comercio tres clases de harinas, 1.ª, 2.ª y 3.ª calidad; otros añaden dos mas la harina baja que contiene bastante salvado, y la harina mala y averiada. Creemos que presentando el cuadro de las harinas buenas y malas, podrían establecerse las clases que se crean convenientes, cosa que será convencional entre el espondedor y comprador.

Harina de buena calidad: 1.ª del comercio: Color amarillo claro: tocada con la mano seca, se pega á los dedos, y apretada con la mano conserva la forma que ha tomado; no tiene olor; su sabor es parentético de la cula. Después de inspeccionada de este modo se procederá del modo siguiente:—1.ª Se toma un poco de harina, se ceba sobre un cuerpo plano (un plato, cuchillo ect.), y con otro tambien plano, se aplasta bien, se levanta el de encima y se mira contra la luz la superficie de la harina: si es de buena calidad, su color es blanquecino, homogéneo, sin pintado. — 2.ª Se toma un puñado y se ceba agua; debe absorber la tercera parte, se seca pronto al aire y no se requiebra. — 3.ª Tómese una porción, como media libra, y hágase una pasta con cuatro onzas de agua fría: esta masa se pone debajo de un hilo de agua fría tambien, lo que podrá hacerse con una vasija cualquiera; el agua arrastra un cuerpo pulverulento, blanco (almidón) y deja en la mano un cuerpo esponjoso, elástico, blanco, formando hilos, y de color amarillo claro, debe ser la cuarta parte de la harina que se empleó en hacer la masa para que esta pueda recibir el nombre de buena. Es de advertir que este modo es muy bueno y aun científico, pues está fundado en

la separación de los dos elementos, el almidón y el gluten, que constituyen su buena ó mala calidad para la panificación.

Harina de mala calidad. Va perdiendo los caracteres arriba indicados, segun su mayor ó menor bondad, color moreno, abigarrado, de olor, con salvado, olor agrio, sabor acre y picante; aunque es de advertir que una harina puede tener mal sabor y ser buena, lo que depende del abono que haya tenido el terreno en que haya germinado el trigo.—Finalmente: sometida á la 3.ª prueba indicada, la masa que se pone bajo el chorro de agua es arrastrada por ella y no deja masa en la mano, prueba de que no contiene gluten, cuerpo sin el cual no puede efectuarse la panificación.

Esto se refiere á la harina de trigo, pues en cuanto á la bondad de la que proviene, de la semilla ó de otros vegetales, es cuestión enteramente distinta.

LAS DOS HERMANAS.

Sentadas sobre el musgo bajo la hermosa bóveda del cielo, y entre las verdes hojas, las dos hermanas han acabado una lectura. Sus corazones, como esas cenizas de los instrumentos tocados por un dedo hábil, están vibrando todavía bajo la inspiración del poeta; las dos hermanas se hallan en ese momento de turbación en que todas las imágenes evocadas por el genio se agitan ante nuestros ojos; en ese momento en que la memoria repasa rápidamente las escenas mas tiernas, en ese instante en fin en que las personalidades ideales que despertaron nuestro amor y nuestro odio, nos rodean y nos preocupan como fantasmas! Error á la vez temible y risueño!

La hermana mayor ha cerrado el libro; con los ojos fijos en el horizonte, con una especie de firmeza serena, parece dominar sus sensaciones. Ese mundo de la fantasia la ha interesado hasta lo sumo, sin quitarla por eso el sentimiento de si propia; en vano el poeta ha abierto súbitamente ante sus ojos, los escabrosos senderos de la vida; en vano tambien ha presentado alguna heroína interesante, atravesando sus hermosos años con la frente coronada de espinas; la joven apañada pero no vencida ha sabido guardar su santa confianza en el porvenir. Posida del sentimiento del deber, y de la fe en la justicia divina, sabrá aceptar la vida no como una degradación que se arrostra temerariamente, sino como una prueba que debe sufrirse con valor. Unicamente por un instante de ternura, ha echado un brazo al cuello de su hermana; á quien atrae suavemente sobre su pecho, como si quisiera apoyarse sobre ella y sostenerla, ambas cosas á un tiempo!

Esta se ha apoderado de la mano amiga y la estrecha y la guarda entre sus dedos trémulos. La ficción ha hecho mas efecto sobre su alma llena de juventud y vacilante: aún la parece que oye todavía la voz melancólica del poeta, aún la parece que está viendo los cuadros lastimosos y sombríos que se han ido sucediendo ante sus ojos, y una fuerte tristeza se apodera de su tímido corazón! La existencia le parece una larga cadena de ilusiones destruidas, de esfuerzos engañados, de esperanzas inútiles; la joven se desahoga y se espanta; se queja amargamente de haber nacido y se halla casi dispuesta á cruzarse de brazos y cerrar los ojos y á dejarse llevar por su destino.

Peligroso desaliento, si su hermana no estuviese allí para reanimarla! Esta le dará á entender que la vida no

es ni una fiesta ni un castigo, sino una tarea que hay que cumplir, y cuya recompensa es la alegría. Su hermana le dirá que si la imaginación nos crea engañosas apariencias, el corazón nos guarda interminables goces, pero que para ello se necesita cumplir con las austeras leyes del trabajo y del afecto. Su hermana le dará lecciones para que se resguarde contra esos olvidos demasiado frecuentes del mundo verdadero, haciéndola comprender que la poesía se parece



Las dos hermanas.—Dibujo de SPAL, copiado de SONN.

BENEDETTA.

Céanse las págs. 98 y 100, 124 y 133.

— Ni yo tampoco, amigo mío, repuso Benedetta. Le espero sin impaciencia y sin curiosidad.

— Haréis mal, porque su venida aquí no puede ser una de esas visitas como las que recibís todos los días. Decidme Palestri, ¿no tiene el señor cardenal algún parentesco con los Acquivas? Apostaría á que el viento sopla de este lado y á que don José va á volver aquí. Quizá la princesa ha querido tomar sus precauciones, y asegurarse, antes de su vuelta de que no tendrá que temer la presencia de un rival.

— Mi marcha le dejará sin inquietud con respecto á eso, respondió Benedetta. Dentro de una hora debe llegar aquí el señor cardenal; Metastasio, os suplico que cuando el cardenal suba á su carruaje, pueda yo también subir al mío, esta noche no dormiré ya en Roma.

— No seré yo el que cargue con tamaña responsabilidad, exclamó el poeta; además que ignoramos aun cual puede ser la causa de la visita del señor cardenal.

— Por mi parte no tengo necesidad ninguna de saberla para salir de aquí, repuso Benedetta. Don José puede llegar de un momento á otro, y yo no debo permanecer aquí por el reposo de su mujer y por el mío propio.

á esos licores concentrados que no pueden beberse sino pocas veces. Es cierto que hay instantes en que estos licores despiertan nuestro ánimo, y perfuman nuestros labios; pero desgraciado de aquel que bebe sin cesar en estas fuentes que tanto embriagan, porque lo mismo que el fumador de opio, bien luego no aspirará sino al mundo de los sueños, y no será más que un fantasma errante en nuestro mundo tan positivo y verdadero.

Y dicho esto dió algunas órdenes á sus criados en un tono imperativo que usaba pocas veces, y después, á la hora señalada el cardenal Anfossi vino á verla.

— Señora, dijo, la condesa de Acquivava hace pocos días me ha nombrado su principal testamentario. Con este motivo, me he enterado de sus últimas disposiciones, he recorrido todos sus papeles; más útiles de hablarlos de un asunto que acaso podrá seros penoso, necesito saber si en realidad, así como la voz pública lo dice, aquella Benedetta que don José recibió, aquella huérfana de la cual, hace ya algunos años, él habla hecho...

— Si querida, no es verdad? interrumpió la joven con una sangre fría llena de dignidad. Es cierto, lo confieso. El cardenal la dirigió una mirada detenida, que no manifestaba sin embargo, ni cólera ni piedad.

— Eso es todo lo que confesáis? dijo; en nombre de la familia toda de los Acquivas á la que pertenezco, estoy en la obligación de manifestaros la mas profunda gratitud.

— Monseñor, exclamó Benedetta, no merezco que me lleveis de desprecio y que carguéis de vergüenza mi debilidad.

— Veo que no me comprendéis; en mis palabras, y en mis intenciones sobre todo no hay el mas mínimo desden, la menor amargura, otro sentimiento es el que ha dictado el paso que he dado hoy, y siento mucho no haberme explicado

desde luego de un modo mas claro y terminante. Ya sé que no habéis sido la querida del príncipe de Acquivava, sino que sois y seréis siempre su legítima esposa.

Sin articular una sola palabra, sin hacer el menor ademán de sorpresa, Benedetta fijó en el cardenal Anfossi sus grandes y hermosos ojos negros que trataban de leer en aquel rostro tan sereno, tan noble de religiosa severidad, para saber lo que pasaba en su corazón, pero no descubriendo en él otra cosa, sino una expresión de afecto y confianza, la joven repuso al punto:

— No sé quien ha podido revelaros mi secreto, que solo tres personas sabían en este mundo.

— Me parece haberos dicho ya que soy el testamentario principal de la difunta condesa de Acquivava. El contrato solemne que os une á su hijo existe entre sus papeles; le he leído, y lo guardo como un depósito; aquí está. Ahora me queda que cumplir un gran deber.

— Y cuál es ese deber, monseñor?

— Cueste lo que quiera al honor de la familia de los Acquivas, mi conciencia me obliga á decirlos que sois en este mundo ante Dios y los hombres, la legítima princesa de Acquivava, libre siempre de reclamar un nombre y un derecho que persona alguna podrá nunca negaros.

— Pero ya sabéis que don José está casado y que para asegurar la fortuna de su familia que la condesa consideraba como perdida con nuestro fatal himeneo, yo consentí voluntariamente, y á pesar del príncipe, en aquella separación tan deseada.

— Los hombres, replicó con dignidad el cardenal, los hombres no pueden separar lo que Dios une. La que lleva el nombre de princesa de Acquivava ha sido víctima; solo don José es culpable, culpable de debilidad y de ingratitud respecto á vos y culpable de desprecio hacia las leyes divinas y humanas. Un castigo terrible le está reservado, y ya podéis juzgar de mi dolor, cuando yo mismo, que soy pariente y amigo de los Acquivas, me veo obligado á denunciarle por mi boca.

— Me hacéis estremecer, respondió Benedetta. Y porqué habíais de denunciarle cuando yo que soy su esposa no lo acuso, cuando yo que soy la mujer abandonada no pienso denunciarlo?

— La ley [de Dios] lo manda así. La ley de los hombres aunque no tiene todas las grandezas de un corazón tan grande como el vuestro, está hecha para cuidar de los intereses y de los derechos de la sociedad para proteger los unos, y sancionar los otros. Así, pues, como sacerdote y como hombre debo cumplir con la misión que Dios me ha señalado.

— Pero eso es imposible, monseñor, eso no puede ser. Vos mismo no podéis pretender que esa joven princesa, de vuestra familia, sea precipitada en un abismo de vergüenza, que se manche la gloria de vuestros abuelos, y que vos y yo vayamos á acusar ante la Europa, vos, al heredero de vuestro nombre, y yo al padre de mi hijo! Aun cuando vuestra inflexible virtud se resolviese á hacer un sacrificio semejante, yo me opondría á ello, y aun á los mismos pies del Soberano Pontífice declararíais que jamás he sido la esposa de don José.

Y con un movimiento mas rápido que el pensamiento se lanzó hacia el cardenal entrecorrido con tanta magnanimidad; y luego apoderándose de aquel papel donde constaba su union con don José, añadió con una expresión dolorosa:

— El sacerdote que ha firmado este contrato ha muerto, el que le ha mandado hacer no existe ya para mí, y no debe

acusarse por su boca. Solo este papa puede perderle, y por eso voy á destruirlo á vuestros ojos, monseñor. Ya está destruido, ya ha sido devorado por la llama. Ahora no puedo reclamar sino en el cielo el nombre de Acquivava; esperemos pues hasta entonces, monseñor.

— Habéis triunfado, señora. Triunfais de mi deber, abogáis el grito de mi conciencia, y lo que acabais de hacer es tan hermoso que Dios debe premiaroslo hasta en este mundo. Ya no sois á los ojos de los hombres la princesa de Acquivava; pero siempre lo seréis á los míos, porque habéis adquirido derechos eternos á mi estimación.

— Y no es eso bastante para ser dichosa, señor cardenal?

— No, hija mía, porque sois madre y vuestro hijo carece de padre.

El cardenal con una afabilidad ternísima hizo mil preguntas á la joven sobre aquella existencia de artista cuyos detalles eran todos tan nuevos para él. El anciano pretado penetró con ella en el laberinto de los bastidores, en esas costumbres de teatro que Benedetta le pintaba con una elocuencia propia de su viveza italiana; por último, cuando vió que el cardenal se hallaba introducido en aquella vida cuyos encantos no podía comprender su escrupulosa rigidez de pretado, le dijo sonriendo:

— ¿Y qué pensais ahora, señor cardenal de la pobre Diva?

— Lo mismo que sin duda piensa el señor, hija mía: me estáis reconciliando con las mujeres de teatro, y acaso...

— Voy á ser la causa de que las estiméis, no es verdad, monseñor? Para mis compañeras y para mi esto sería un beneficio; pero puesto que estamos de acuerdo sobre muchos puntos, creo que Su Eminencia se dignará darme una satisfacción completa.

— Qué es lo que desearis? replicó Anfossi en cuyas facciones se pintaba el mas vivo interés.

— Nada por mí, ni por él, señor cardenal sino todo por la joven princesa que quedaria perdida en la opinión del mundo, si hubiese un rompimiento escandaloso. Es menester que este misterio se quede sepultado en vuestra alma, como ya lo está hace mucho tiempo en mi corazón. El papel que podía comprometer á don José no existe ya. Ninguna prueba de nuestra union queda en el mundo. Sed discreto, monseñor, no descubrís un velo que sería para vuestra familia y para vuestro nombre una vergüenza y un motivo de luto que no se borrarían jamás.

— Cumpliré vuestra orden, respondió el cardenal. Consiento en imponer silencio á un deber imperioso, pero con la condición, de que me permitiréis manifestaros de cuando en cuando la profunda estimación y el respeto que me merecéis. Si me acordais esta gracia, podéis considerarme desde ahora como un amigo.

— Nunca me hubiera atrevido á solicitar semejante honor, señor cardenal, y le acepto con la misma efusión con que me lo ofrecéis. Seamos amigos, pues; pero puesto que el cielo lo ha querido así, sin ningún parentesco jamás.

Dichas estas palabras, ambos se levantaron del diván en donde estaban sentados, dando enseguida algunos pasos hacia la puerta. El cardenal quiso entreabrir la misma tiempo que se despedía de Benedetta, pero de repente se quedó sorprendido al ver las trastornadas fisonomías de Metastasio y de Palestri vestidos de viaje, que se hallaban esperando en el vestíbulo.

— Que es eso, señores? exclamó el cardenal Anfossi, qué desgracia os amenaza? á donde vais? Metastasio abandonó

el Capitolio y Palestri la capilla Sixtina?

— Vamos a acompañar á nuestra Diva, señor cardenal, respondieron á un tiempo el músico y el poeta.

— Y á donde, y por qué?

Al notar el aire del cardenal, y al ver la expresión de su fisonomía, Metastasio comprendió fácilmente que en la entrevista que acababa de efectuarse no había habido nada de particular.

— Porque pregunta el señor cardenal? No hay nada más sencillo; porque la Diva quiere salir de Roma, porque los caballos la están esperando y porque me es imposible separarme de ella.

— Sois un buen amigo, Metastasio, lo sé desde hace mucho tiempo, continuó Benedetta, sin que tuviese necesidad de la nueva prueba que vos y Palestri acabáis de darme; pero la visita del señor cardenal ha estimulado todas mis inquietudes.

— El cardenal Anfossi es y será siempre uno de vuestros primeros admiradores. En caso de un peligro químico, sin duda, después de nuestra entrevista, sería vuestro apoyo y vuestro defensor. Metastasio, Palestri, vosotros que sois los confidentes de la Diva, sed también testigos de todo el cariño que la he consagrado, de la inalmurable estimación que quiero profesarla, os autorizo, y hasta os lo pido como una gracia, que publicéis por todas partes que no he conocido nunca una mujer más virtuosa, y más digna de las consideraciones de la sociedad.

— Monseñor, esta declaración no es un pasaporte, no es verdad? replicó Palestri.

— Un pasaporte! ah! lo comprendo. Cuando os anuncié la entrevista que acabo de obtener de Benedetta, creísteis sin duda que como parlante y amigo de los Acquaviva iba á robar la Diva á los aplausos de la multitud; no es así, no, tranquilizos; está tan libre aquí como por todas partes, y además os diré, añadió haciendo á Benedetta un ademán benevolo, que esa mujer admirable, á fuerza de grandeza y de sencillez, ha conquistado mi amistad. Ahora, os digo adios á todos, y en adelante quien responde de la Diva soy yo.

Cuando salieron las carrozas del cardenal del peristilo del palacio en donde habitaba Benedetta, Metastasio y Palestri se miraron entre sí con estupefacción, y con su mirada de sorpresa, parecían querer también interrogar á la cantante, que, vuelta apenas en sí de tan violentas emociones, se había apoyado en uno de los elegantes pilares de mármol del vestíbulo. Por fin se acercaron á aquella joven cuyas lágrimas corrían como un consuelo ó como una esperanza, murmurando en voz baja algunas amistosas preguntas.

— Palestri, Metastasio, les dijo; es suplico que me dejéis sola algunos instantes; necesito recogerme en mí misma, y llorar en toda libertad.

Los dos artistas se retiraron y cuando llegaron al Corso, Palestri respondiendo á las interrogaciones del poeta le dijo:

— Siempre os he asegurado Metastasio, que en esta historia cuyo principio ha pasado á mis ojos, hay algo de extraño, hay un misterio que creo haber penetrado ya: Benedetta no es libre, porque esta casada con don José.

— Pero la princesa de Acquaviva existe, y disfruta del título de su esposa legítima...

— Eso no vale nada. La visita del anclano Anfossi y su pasión súbita por nuestra Benedetta, á quien también la princesa de Acquaviva la madre del príncipe, profesaba una grande estimación, todo me corroboran en las sospechas que concebí

el mismo día en que la joven vino á pedirme mi protección. Ella abandonó entonces á don José, pero al día siguiente don José vino á mi casa; estaba palido y poseído de un delirio espantoso de fiebre y de amor, y dejó escapar de su boca algunas palabras que yo no quería interpretar entonces. Mas de una vez después de su hincamiento, me ha hablado de esos crueles acontecimientos, y para mí, después de lo que he oído, el secreto está conocido enteramente.

— Y qué conclusión sacáis de todo ello, Palestri?

— Nada amigo mío: lo mejor que hay que hacer es esperar un desenlace de la cordura y alta razón de Benedetta.

— Con que en vuestra opinión ella es princesa?

— Sin duda ninguna; y sin embargo ya estáis viendo que se cuida muy poco de ese título y hace muy bien; acaso no poseo otros más preciosos y debidos solo á su inmenso talento? No es por ventura la Diva de la Italia, y lo que es mucho más glorioso todavía, la Diva de las artistas, su reina y su modelo?

— Tenéis razón, maestro, añadió el poeta imperial, que nos importa que sea princesa de Acquaviva ó nó? Lo que nos interesa mucho es que sea feliz; lo que nos interesa es protegerla como á una criatura á quien debemos todos nuestros laureos y honores, lo que debemos hacer es evitarla todo disgusto y quererla siempre como la Italia la quiere hoy, y honrarla como nos ha dicho que lo merece el cardenal Anfossi.

— Eso es en efecto lo que debemos hacer, Metastasio, y sea ó no princesa, persuadámosla, á fuerza de amistad y de ternura paternal, que ha hecho muy bien en abdicar.

En esto estaban de su conversación, cuando acortó á pasar junto á ellas el mismo don José de Acquaviva. A la vista de Palestri, que retrocedió con asombro, el príncipe se lanzó hácia él.

— Maestro Palestri, le dijo con un acento breve é imperativo, en este instante acabo de llegar á Roma, y la primera noticia que me ha dado mi tío el cardenal Anfossi es la de que Benedetta se encuentra en la ciudad.

— Príncipe, vuestro tío os ha dicho la pura verdad.

— Necesito verla, indispensablemente, exclamó don José; mi honor y su reposo dependen de esa entrevista que solicito de su generosidad: queréis encargáros de obtenerla?

— Se lo diré si Benedetta...

— Benedetta consentirá en cuanto sepa que esta entrevista que la pido, está autorizada por el cardenal. Cuenta con vuestra amistad maestro Palestri, porque sé que profesáis un gran cariño á esa noble criatura.

Dicho esto el príncipe se alejó dejando á Metastasio y á Palestri sumamente perplejos. Ambos corrieron con precipitación á casa de la Diva, para contarla lo que acababa de pasar, y lo que don José exigía de ella.

La frente de Benedetta se cubrió súbitamente de una espantosa palidez; temblaba, como si en presencia de sus jueces fuese á oír pronunciar su sentencia de muerte; luego, reanimándose valerosamente de aquella primera y terrible impresión, respondió al maestro:

— Podéis decir al príncipe de Acquaviva que estoy dispuesta á recibirle una vez, pero solo una vez, Palestri.

El músico hizo un ademán de inteligencia, y dos horas después, don José introducido por él entraba en el aposento de Benedetta.

Aquel brillante joven tan orgulloso de haber hecho sus primeras pruebas de galantería en las cortes más afamadas de la Europa, aquel hombre tan decidor é irónico que

echaba como por piedad una mirada desdeñosa á aquella sociedad que contaba supeditar fácilmente con sus caprichosas ideas filosóficas, ó con sus amorosas flopezadas de gran señor, aquel joven, repetimos, había desaparecido bajo la impresión glacial de un matrimonio de fuerza; ya carecía de aquel aplomo, de aquella fe en sí mismo que le arrastró en su juventud á tantos sucesos: se veía que la desgracia había ajado aquella frente; su fisonomía tenía algo de triste, y en su actitud, siempre elegante, aunque mas grave, se leía una historia entera de infortunios, todo un pasado de remordimientos. Don José se adelantaba trémulo é inquieto, sin fijar los ojos mas que en ella, no viendo sino á ella, tratando de acortar cada uno de sus pasos, á fin de recoger mejor sus pensamientos y para admirarla con todo el éxtasis de su antiguo amor: por último, cuando ya se hallaba junto á ella, exclamó:

— Benedetta, mucho daño me hizo vuestra huida y después de tan larga ausencia, después de tanto sufrimiento, me considero bien dichoso en volveros á ver.

Benedetta no estaba ménos conmovida que don José; sin embargo como se hallaba obligada á luchar con sus pasiones y á dominarlas con todo el imperio de su voluntad, supo conservar bastante sangre fría para responderla.

— El reposo y honor de nuestra familia exija un sacrificio de mi parte, y le hice, pero soy bastante franca para manifestaros el gran pesar que tuve, al ver que vuestro amor de aquellos tiempos no podía conciliarse con la ambición de vuestra madre. Después conocí también vuestro sentimiento lo que afortunadamente me pena. En el día todo se acabó; extrañad el uno para el otro cada cual tenemos nuestros deberes por nuestra parte.

— Benedetta! con que son esas las palabras con que me recibís! Ah! vuestro corazón no es cómplice de vuestros labios, os engañáis, no lo creo.

— No os hagáis ilusiones, os he amado sobre todas las cosas, como acaso no se ama sino en el cielo; pero aquel amor, cuya pureza hubiera podido acaso invocar antes, se ha ido borrado con el tiempo: además en el día sería un crimen. No volvamos jamás á hablar de eso, y decidme lo que deseáis de mí.

— Acaso lo sé yo Benedetta? Os amo como en los primeros días de nuestra unión; os adoro como nunca tal vez os adoré, vengo á veros doblegado bajo el peso de mi infortunio pasado, presente y venidero, y no halló en vuestros labios, antes siempre tan tiernos para mí, ni siquiera una sola palabra de consuelo!

— Jamás hubiera creído que el rico y poderoso príncipe de Acquaviva pudiese implorar la compasión de una pobre cantante como yo, y ya que tan digno de lástima os creéis no puedo deciros mas sino que estoy dispuesta á aplacaros de vuestros sufrimientos.

— Ah! ese grito del corazón reanima mis abatidas fuerzas: con que me amáis aun?

— No me habéis comprendido bien; no os amo, no puedo amaros, repuso Benedetta con una presteza que manifestaba muy bien su sobresillo.

— Si, continuó Acquaviva; sé que he sido débil un instante; sé que he cedido á una ciega ambición, y que he sacrificado un corazón perfecto y generoso, por lograr una fortuna que desprecio; pero he padecido tanto, querida Benedetta que tengo derecho para pedir perdón.

— Y os perdono sinceramente teniendo en cuenta la influencia de vuestra madre, y el dolor que habéis experimentado después.

— Entonces, Benedetta mía, por qué ese tono tan grave, esos modales tan reservados y ese desden que cae en mí ahora como un remordimiento?

— Hay acontecimientos en la vida que son inevitables. Nuestra separación es uno de ellos; de ella ha resultado para vos un hincamiento necesario, y á mí me ha devuelto la libertad.

— Y queréis usar de esa libertad, olvidando que un lazo indestructible nos une á ambos, y que sería un crimen el romperle? Ah! eso quiere decir que ya os habéis entregado á otro amor, que no sois ya...

— Soy siempre Benedetta; vos, don José, sois el que ha cambiado el título de conde por el de príncipe.

Ante aquella calma tan elocuente de dignidad, Acquaviva se estreñeció como si las últimas palabras de la Diva hubiesen penetrado profundamente en su corazón.

— De ese modo, reposó en medio de una apasionada ajitación, confesáis que otro hombre ha podido aspirar á vuestra mano, y que os halláis dispuesta á corresponder á su amor?

— Confieso todo lo que conviene á nuestras posiciones respectivas. Don José comprenderá fácilmente que no me es posible seguirle en esta conversación.

— Pues bien, enhorabuena; no tengo ni un derecho sobre vos, pero tengo algunos sobre mi hijo. Sin duda para castigarle en mi posteridad, la Providencia ha hecho estreñir una alianza, que sin vuestro abandono, no hubiera contraído jamás. Vuestro hijo lo es mió también. A los ojos del cielo y á los de la ley, es el heredero legítimo de los Acquaviva, y le reclamo en nombre de mi familia, para reconocerle como tal y para adoptarle.

— En cuanto á separarme de mi hijo, eso espero que no sucederá! He podido sacrificarme á la ambición de ciertos deseados, pero no le sacrificaré á él á vergonzosos intereses.

— Tenéis razón, amiga mía, reposó el príncipe, vivamente conmovido con aquel transporte de amor maternal; os apruebo y os suplico que perdoléis mis extravíos, pero confesadme que nunca habéis tenido la intención de mirros con otro hombre. Decidme en que medio de los encantos de esa vida no habéis pensado nunca en disponer de vuestra mano. Benedetta, de esta gracia que imploro de rodillas depende la felicidad de mi vida entera, y aguardo esa confesión, lo mismo que un reo espera su sentencia.

Benedetta se había quedado inmóvil; sin embargo, en el fondo de su corazón sostenía una terrible lucha consigo mismo, porque aquella entrevista había despertado todos sus recuerdos, y con ellos su antigua ternura había recobrado el ascendiente que tanto había anhelado sofocar para siempre. La joven amaba todavía á don José, y le amaba acaso con mas abandono que antiguamente, pero veía la inmensidad del abismo que les separaba, y para no dejar esperanza ninguna á un amor entonces culpable á sus ojos, exclamó:

— Príncipe, nada puede haber ya de común entre nosotros dos. Seréis criminal amándonos, y yo lo sería mas todavía si aunque solo por un instante os diese oídos. Es necesario que yo tenga valor por los dos, y á fin de que sepáis entera la verdad, no debo ocultaros que bien luego pondré á cubierto mi honor casándome de nuevo.

Alterado con esta declaración hecha en un tono que parecía provenir de una resolución irrevocable, el príncipe se levantó haciendo un violento esfuerzo para dar á su dolor una apariencia de resignación que desmentía claramente su agitación, y luego acercándose á Benedetta cuya mirada fija y cuyas facciones no manifestaban la menor emoción, se despidió diciendo:

(Se concluirá.)

LA INUNDACION.

Entre las plagas que afligen á la humanidad hay dos sobre todo que inspiran un terror inmenso, y son: la inundacion y el incendio! Ya sea el agua ó el fuego, este enemigo se presenta de súbito, y sus fuerzas son tan desproporcionadas á las nuestras, que la lucha necesita una industria y una presencia de ánimo mas que humana. La inteligencia debe suplir al vigor, y la tenacidad debe ser superior á la violencia. Al pronto todo cede; el furioso elemento marcha vencedor, arrastrando á los hombres como masas inertes en medio de sus ondas ó de sus flamas; pero bien luego el espíritu recobra su imperio sobre la materia; el ser pensador se hace su-

perior á la violencia bruta; la víctima huye ó sobrenada como Ajax, á pesar de la sublevacion de la naturaleza! Por eso, en estos desastres el animal no está tan favorecido como el hombre; á pesar de su vigor y astucia, la suprema luz que Dios ha puesto en nosotros, le falta á sus instintos; dominado por el espanto, ordinariamente ve llegar la muerte sin saber evitarla; entónces lanza ahullidos lastimosos, sin que sus semejantes le socorran, y aun entónces, solo del hombre puede prometerse su salvacion. En medio del peligro, el hombre oirá el grito de su humilde amigo, se olvidará un instante de sí mismo para socorrerle si esto es posible, y en el caso de que no pueda arrancarle á la muerte, su corazon se con-



La inundacion.—Dibujo de FAREMAN copiado de KRONOS.

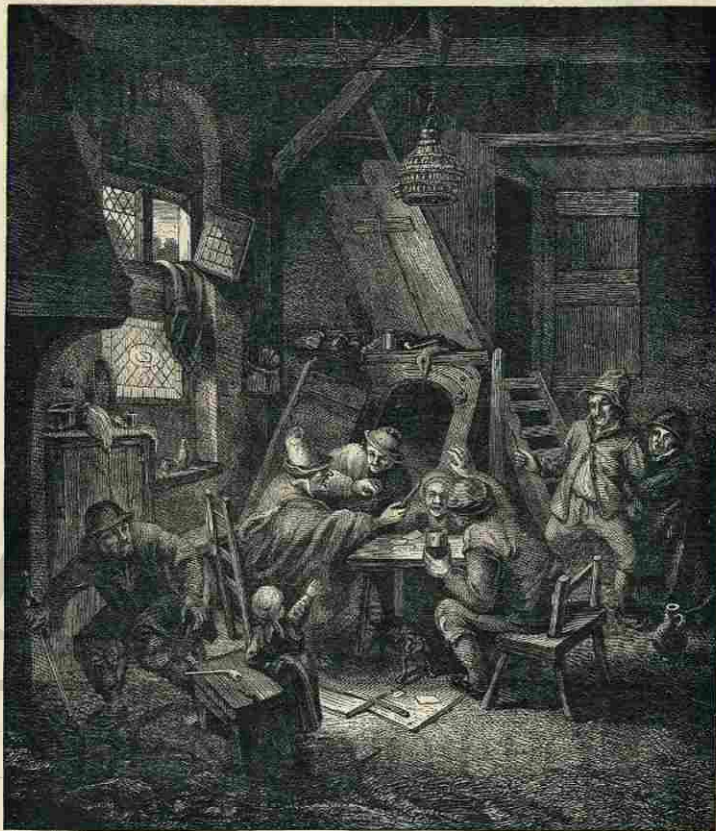
tristará con esta perdida, porque la asociacion del animal y del hombre crea ciertos lazos, cierta especie de mancomunidad, hijos mas bien del sentimiento que del cálculo. Lo que mas se siente en el mudo compañero con quien se ha vivido, no es únicamente su valor, mas que esto, es su cariño. Cuando la llegada del rey de Persia obligó á los atenienses á abandonar el punto que ocupaban, los perros quisieron embarcarse con ellos: rechazados de los buques, llenaron la abandonada ciudad con sus ahullidos, y aquellos fugitivos que acaban de perder todos sus bienes, que acababan tambien de despedirse de sus mujeres ó hijos, hallaron todavía en sus corazones una simpatía para aquella pena: los marinos permanecieron un instante con los remos al aire, y los soldados se miraron en silencio.

A quien puede ser indiferente la perra que vemos ahí, llevada por las aguas en su cobacha de madera donde estaba

atada por su dueño, y que flota á merced de las olas con sus hijuelos? Se comprende, al verla, su actitud desesperada y suplicante; se oyen sus ahullidos lastimeros; se siente la desgracia de esa familia, y se compadece á esa pobre madre, impotente para socorrer á los suyos lo mismo que para salvarse ella.

Sin embargo, el peligro ha sido previsto, y en medio de la desolacion general alguien se ha enfermado. De la aldea que se ve ahí casi sumergida, acaba de salir una barca hacia los naufragos! pero, podrá llegar á tiempo? Apenas se la ve, y ya la cobacha que sirve de balsa á la familia se halla medio hundida en las aguas; qué va á suceder, pues? Aquí entra la cuestion de Hamlet, cuestion de vida ó muerte. El artista nos ha dejado entre el temor y la esperanza, entregados á esa incertidumbre que á pesar nuestro, suspende el espíritu, agita la mirada y el corazon.

ADRIANO VAN OSTADE.



La Disputa en la taberna.

La historia nos dice que Adriano Van Ostade nació en Leideck en 1610, y que siendo muy jóven se fue á Harlem, donde entró en el estudio de Francisco Hals; pero el mismo nos ha dejado escrita su propia vida, su vida interior y de familia y su vida de artista.

La primera de estas narraciones existe en el Museo del Louvre, y es un admirable cuadro en donde el maestro se pintó con su mujer y sus ocho hijos. En un gran aposento sin mas muebles que una ancha cama con columnas, se hallan colocadas en semi-círculo diez personas vestidas de negro,

con cuellos blancos; la madre, las hijas, los muchachos y el padre llevan este monótono uniforme, pero no por eso hay tristeza en ellos, lo que si se descubre es mucha sencillez, mucha calma y austeridad. Los niños se parecen todos entre sí de una manera prodijiosa, y en todos ellos se ven reproducidas las facciones de sus padres, que consisten en el tipo holandés bien acentuado; cara aplastada, nariz redonda, juanete abultado, boca grande y ojos muy vivos. Los personajes tienen la cabeza descubierta, excepto Van Ostade, el jefe de aquella dinastía. La cisa está respirando una limpie-

za holandesa, y la familia se halla tan unida que los colores empicados en esta composición se hallan fundidos entre sí con una maravillosa armonía. Ya tenemos con esto su vida de familia.

En cuanto á la existencia artística, está la vemos en otro lienzo. Aquí cambia la escena, nos hallamos en otra pieza de la casa. El pintor está sentado delante de un lienzo, y armado de su tintero y de su pincel, traza un pasaje que bien luego animará con figuras de campesinos. La luna que á pie de sobre el cuadro por una antigua ventana. Todos los muebles, todos los pormenores del estudio se hallan pintorescamente iluminados, ó ocultos, entre las medias tinias. En el fondo se ve una escalera de madera por donde se sabe al fondo de salieron tantas obras maestras que hoy se disputan á porfia, los poderosos de la tierra, y que no se venían que en los palacios y en los museos públicos.

La mujer de Adriano Van Ostade, que hemos visto en el primer cuadro descrito al principio de este artículo, era hija de Van Goyen, uno de los primeros pintores de marinas que produjo la Holanda. La inmensa familia que tuvo en su matrimonio, le obligó á trabajar asiduamente. Nunca salía de su estudio, y si alguna vez acompañaba á su mujer á las tabernas que éste frecuentaba, no era para beber con él la hermosa cerbeza de Harlem, sino para bosquejar y estudiar sus personajes con sus hábitos y costumbres. « de este modo se volvió á su casa, rico de observaciones, á pintar obras maestras llenas de vida y de color local, y á cuya cabeza puede ponerse, la *Disputa en la taberna*, que acompaña á este artículo: la Holanda está representada al vivo en este lienzo, bajo uno de sus puntos de vista por lo menos.

J. J. ANFOSSI.

BENEDETTA.

(Véase las páginas 99, 106, 131, 132 y 139.)

— Lo que acabais de decirme, Benedetta, es la condenación de todas mis esperanzas y la muerte de mí porvenir. No sospechais siquiera las consecuencias de la sentencia que acabais de pronunciar con tanta imposibilidad: adiós!

Apénas hubo salido, cuando Benedetta cediendo al impulso de su amor dejó correr sus lágrimas en libertad. La jóven había roto voluntariamente el postrer anillo de aquella cadena que la unía á don José, había destruído de un golpe sus ilusiones y las últimas esperanzas que la sostenían todavía. Con una palabra nada más había establecido entre ambos una eterna separación, y esta palabra que se alegraba mucho haber tenido valor para deciría, esta palabra atormentaba su alma, porque sentía que ya no había opción posible para ella, y que debía á toda costa consagrar á otro hombre su fé. Aun se hallaba bajo el peso de estos remordimientos y angustias, cuando Metastasio con su aire disipado y sus graciosas maneras vino á sentarse á su lado. Mucho tiempo la estuvo contemplando mientras ella lloraba en silencio, pero de repente la dijo como si hubiera querido no interrumpir el curso su de pensamientos.

— Hija mía, habeis visto al príncipe, su presencia os ha recordado tristes instantes, acaso ha despertado en vuestro corazón sentimientos que tal vez no creiais tan profundamente arraigados.

— Es cierto, Metastasio; he hecho mal en ceder á sus so-

plicas, en consentir á verle de nuevo. Su tristeza me ha conmovido, y he padecido mucho con sus reconvenções, pero sin embargo, esta entrevista, que no era muy necesaria para desgarrar el velo que me había puesto yo mismo sobre mis ojos, esta entrevista no dejara de tener su influencia para lo sucesivo. Deseo dar fin á esos combates que me matan: Metastasio, es preciso que me deis un esposo á vuestro gusto.

— Enhorabuena! exclamó el poeta estremeciéndose de alegría y lanzándose al cuello de la cantatriz; eso se llama ponerse en razón: cuanto he deseado oír esa palabra de vuestros labios; ya no falta más que encontrar el marido, que no será por cierto muy difícil, consultando la larga lista de los que pretenden el honor de alcanzar vuestra mano. Qué felicidad será para el hombre en quien recaiga esa elección! Queréis un príncipe? Barberini me ha hablado muchas veces de la pasión que le arrastraba hacia vos: Doria mismo, el orgulloso Doria me la dicho...

— No, no quiero príncipes, amigos míos...

— Teneis razón, Benedetta; los príncipes son indignos de un tesoro como vos. Los príncipes os tendrían cautiva en las más prerrogativas de su ambicioso título, y vuestro nombre, ese nombre tan bello y tan famoso ya en toda la Italia, se perdería entre los arrugados pergaminos y los bilanes. Dejemos á los príncipes que se unan entre sí, y busquemos entre los artistas uno que pueda ofrecer á tantos encantos una nueva aureola de gloria y un poco de esa felicidad que tanto merece la Diva de la Italia.

En la alegría del placer que le causaba la inspirada resolución de Benedetta, el poeta iba nombrando uno por uno todos los nombres de los artistas célebres, los examinaba, los discutía detenidamente, y todavía se hallaba muy lejos de adujitar alguno cuando el cardenal Anfosí se presentó á la puerta del aposento.

Las facciones del venerable prelado ordinariamente tan severas tenían una dulzura inusitada. Dando algunos pasos hacia Benedetta que había permanecido indiferente á todas las tribulaciones matrimoniales de Metastasio, después de saludarla cortesemente la dijo con su afabilidad acostumbrada:

— Mas de una vez me habeis manifestado el deseo de visitar los grandes trabajos que ha emprendido el Santo Padre en el Vaticano. Vuestros deseos, ya lo sabeis, son órdenes para mí. He obtenido lo que no se ó tiene en el día, que es un permiso para entrar en el Museo que ahora se está haciendo, y si no temeis la compañía de un anciano tendré mucho placer en guiaros.

— Tantos honores, respondió la Diva estupefacta de un covite que por cierto no se esperaba, no pertenecen mucho á una mujer de teatro, y me hallo tan confusa que apenas se como daros las gracias.

— El medio mas sencillo, hija mía, es el que me señalas. Metastasio no se negará sin duda á acompañaros.

El poeta se inclinó para dar gracias por un favor cuyo precio conocía, y Benedetta poniendo su mano en la del cardenal quien la llevó á su coche de ceremonia, le dijo:

— Señor cardenal, he visto al príncipe de Acquaviva cumpliendo con vuestras órdenes.

— Esta bien, hijo mío, no hablemos de eso: apruebo vuestras decisiones, pero hoy quiero ser artista con vos y con vuestro poeta. Imitad mi ejemplo y aluyentad lejos de vos todo recuerdo que pueda importarnos. Qué decís de eso Metastasio?

— Vuestra Emñencia tiene ya á mi juicio mas de un título á la triple tiara, y hace mucho tiempo, Monseñor, que los infalible para mí.

Bien luego llegaron todos bajo las columnas de San Pedro, donde antiguamente Benedetta iba á buscar, pobre y desnuda, algunas horas de sueño, y un momento después penetraron en los patios interiores del palacio apostólico.

Para ver el Vaticano como es debido, para estudiar una á una las maravillas que hay en él, no bastaría la vida de un hombre; porque en el Vaticano se halla el compendio de todas las historias, el corolario de todos los estudios desde Fídis hasta el Dominiquino, desde la Venus hasta la Transfiguración.

Pero el Vaticano no habla solamente á los ojos sino que es objeto de estudio y de meditación. Ninguna imperfección existe en la morada consagrada por tantos papas: el arte y la ciencia se han unido bajo su protección, protegidos poderosamente por la religión en unos tiempos en que la ignorancia de los hombres, las guerras ó las discordias intestinas condenaban el genio á la oscuridad.

Esta era la reflexión que acababa de hacer Anfosí á Metastasio que se deshacía en elogios de tantas maravillas, y á Benedetta que comprendía tan bien aquellas grandes cosas, y cuyo corazón era un centro ardiente en que todas las aspiraciones del genio hallaban un puesto digno de ellas. Apoyada en el brazo del cardenal como una hija, escuchaba sus doctas lecciones. Los tres habían recorrido y admirado los trabajos acabados y habían estudiado con ese amor del italiano apasionado hacia todo lo bello, los nuevos primores añadidos á tantos otros; solos en medio de aquellas soledades pobladas por las obras maestras de tantos siglos habían agotado sus fuerzas sin poder agotar su admiración, cuando el cardenal que vio al soberano Pontífice en uno de los jardines interiores del palacio, abrió de repente una puerta, y arrastró á la Diva y al Metastasio á los perfumados jardines del Vaticano.

— Pero señor cardenal, dijo Benedetta retrocullendo con un santo temor, el Papa se está paseando en ese sitio: va á llegar aquí, que dirá al ver una cantatriz del brazo de uno de sus mas piadosos cardenales?

El soberano Pontífice pasó en efecto, y al ver á Anfosí que le saludó humildemente y á Metastasio y Benedetta que ya hincaban en tierra la rodilla esperando su bendición, se volvió hacia el séquito de cardenales y de prelados que le rodeaban, y les dijo en voz alta:

— Os anuncio un milagro. El cardenal Anfosí reemplaza la severidad de la edad madura por una galantería con cabellos blancos.

Un relámpago de alegría iluminó la frente austera de Su Emñencia. El cardenal se adelantó con paso grave hacia el séquito pontifical y colocando á Benedetta casi en frente del Papa, contestó:

— Santísimo padre, no me hago hombre, tin habeis querido decir, y tengo el honor de presentaros á mi sobrina la princesa de Acquaviva la lejitima esposa de don José.

Metastasio lanzó un grito de sorpresa, grito que fue recibido como un eco por todas las personas de la comitiva del Papa que conocían muy bien á la cantatriz.

— Si señores, continuó Anfosí, mi sobrina querida que por sus virtudes y por sus atractivos es digna del elevado rango á que la elevó el amor de don José. Si Su Santidad lo permite, tendré el honor de dar á nuestro señor el Papa en presencia de mi sobrina y de mi amigo Metastasio, todas las esplicaciones que puedan desearse.

A un ademán del soberano la muchedumbre de cortesanos se retiró algunos pasos. Entonces el cardenal contó en pocas palabras la tierna historia de Benedetta, y después de

hecha esta relación que había conmovido profundamente tanto al Pontífice como al Metastasio, y que había sido oída por Benedetta con el rostro oculto entre sus manos, el cardenal Anfosí continuó:

— Tantos sacrificios debían tener un término, Santísimo Padre. Después de haberse consumido largo tiempo en los padecimientos de una enfermedad sin esperanza, y rodeada de todos los cuidados, de toda la amistad de mi sobrino, doña María princesa de Acquaviva ha muerto en Montpellier á los ojos del mundo dos días ántes que la venerable condesa que todos honramos, don José al llegar aquí me dió parte de esta triste nueva, suplicandome que implorase el perdón de nuestro Santísimo Padre, lo primero, y luego tambien de Benedetta á quien prohibi terminantemente que descubriera esta desgracia, temiendo que ella tomara una determinación tan contraria á mi corazón como al de mi sobrino.

— En consideración á vuestras altas cualidades os concedo el perdón, respondió el Papa; ahora debéis solicitar el de esta noble dama; y si vuestras palabras pudiesen tener influencia alguna sobre su decisión, os autorizaré á suplirla con lo que desolviese una mujer á su marido y á su hijo un padre.

Benedetta, ya fuera de sí, se arrojó á los pies del Papa rogandosele de lágrimas. El venerable anciano se inclinó para animarla, y habiéndole entendido una palabra que solo pudo llegar á sus oídos, la dijo con un infalible acento de verdad:

— Vamos, princesa de Acquaviva, levantaos, el cardenal Anfosí vuestro tío, y el buen Metastasio os llevarán á vuestro esposo el príncipe: mañana mismo quiero que venga aquí con vos y con el jóven heredero de vuestro nombre, á darme las gracias por haber sido el primero que ha dado cuer de vuestra boca el perdón que asegura su felicidad.

Después de la presentación oficial que tuvo lugar, según los desos del Papa, con toda la pompa de costumbre, los dos esposos acompañados del cardenal Anfosí, de Metastasio, de Palestri y de una brillante comitiva de nobles y de *monsignori*, fueron á la puerta Pia en donde la nueva princesa de Acquaviva orgullosa de cumplir con un voto de su marido, puso la primera piedra de un monumento, destinado por ella á servir de asilo á las jóvenes huérfanas sin recursos.

La fortuna que la cantatriz había hecho, en el teatro fué enteramente consagrada á esta buena obra, que aun en el día se llama *Casa-Diva*; y cuando se despojó de este modo de las riquezas que tan legítimamente había conquistado con su talento, el cardenal la dijo:

— Acabais de graduar en la gratitud del pueblo y en el mármol, que la familia de Acquaviva ha debido dos veces su honor, y deberá nuevamente su brillo á Benedetta.

La princesa se sonrió y volviéndose con un gracioso abandono hacia Metastasio y Palestri, que habían seguido el hilo de estos sucesos con el alma llena de melancólicos sentimientos, les dijo enternecida:

— Si supongo, mis queridos maestros, que no estaréis descontentos con vuestra discípula.

Metastasio meneó la cabeza tristemente y luego dijo inclinandose al oído de Palestri:

— El teatro se queda huérfano de su Diva: voy á abandonar la Italia para consolarme en la corte de María Teresa de esta pérdida irreparable. Roma tiene una princesa de mas, las artes una reina de menos: no hay compensación, amigo mío.

DUNSTAN DE KERLAC.

EL MUSEO DE CLUNI.

Las ruinas del antiguo palacio de las Termas, cuya fundación data del tercer siglo de nuestra era, fueron vendidas

por los años de 1340 á Pedro de Chastus abate de Cluni que compró todo este dominio en nombre de su orden, tal como existía después de la construcción de la última muralla de París edificada en tiempo de Felipe Augusto. Mas de un



Museo de Cluni.—Chimenea del Renacimiento, restaurada por M. Alberto LENOIR.—Dibajo de FREEMAN.

siglo después, otro abate de Cluni, Juan de Borbon, hijo de Juan I duque de Borbon, puso los primeros cimientos del palacio de Cluni sobre los restos de una parte del antiguo palacio romano.

El palacio de Cluni fué embellecido sucesivamente por todos sus poseedores y en el día es acaso el solo monumento civil de la edad media que ha quedado en pié en la capital de París.

En tiempo de la revolución francesa el edificio se volvió propiedad nacional convirtiéndose sus capillas en un anfiteatro de anatomía y luego en un almacén de libros; sus aposentos y galerías sirvieron de refugio á varios hombres políticos, hasta el día en que M. de Sommerard principió á amontonar en él, en 1832, toda especie de objetos artísticos de la edad media. Este sabio arqueólogo no tardó mucho tiempo en abandonar á la curiosidad y aun á la indiscreción del público, las reliquias históricas que había reunido á fuerza de trabajos, ocupándose en explicar á todo el mundo aquellas cosas cuyo conocimiento científico había adquirido en virtud de largos y concienzudos estudios. De este modo M. de Sommerard ha popularizado el gusto de nuestras antigüedades nacionales; su colección la compró el Estado por una ley dada el 29 de julio de 1843, ley que autorizó igualmente la adquisición del hotel de Cluni, en donde esta colección se hallaba clasificada. Este palacio reunido al antiguo edificio romano de las Termas del que se conservan aun cuidadosamente algunas ruinas, forma hoy un Museo de antigüedades nacionales que bajo la entendida dirección del hijo de M. de Sommerard, se va aumentando desde que está abierto, con preciosísimos monumentos. También es justo decir que M. Alberto Lenoir, digno hijo de M. Alejandro Lenoir célebre anticuario también, fué el que propuso en 1832 el reunir las Termas al palacio de Cluni, y á él se deben muchos de los trabajos que se han hecho en este establecimiento, tales como la restauración de la hermosa chimenea del renacimiento que verán nuestros lectores con este artículo.

El Museo de Cluni contiene mil objetos diversos como pinturas, esculturas de todas materias, marfil, bronce, maderas y mármoles; manuscritos, tapicerías y vidrieras; esmaltes, porcelanas, pedrerías y joyas; armas, cerrajería, ricos caprichos; utensilios vulgares de una casa embellecidos con ornatos artísticos, y otra porción de variadas y curiosísimas riquezas que sería por demás prolijo enumerar aquí á nuestros lectores.

EL DIAMONTOIDE, O EL DIAMANTE EN BRUTO.

El *diamontoide* es una nueva especie de piedra recientemente descubierta en el Brasil, y que los lapidarios emplean hoy en lugar del polvo de diamante para la pulimentación de las piedras preciosas. El *diamontoide* posee todos los caracteres físicos del diamante, ménos el estado cristalino; tiene la misma pesantéz específica, y la misma dureza, rayando á todos los otros cuerpos sin poder ser rayado por ninguno; ofrece las mismas reacciones físicas ya sea por la vía seca, ó por la vía húmeda, es decir, que es insoluble en los ácidos. Quemado en el oxígeno puro, por el procedimiento que M. Dumas ha empleado para la combustión del diamante, no da como este último cuerpo, sino ácido carbónico, con un cierto residuo cineriforme que se puede suponer, proviene de una mezcla de materias extrañas: su composición química como su constitución física son, pues, idénticas á las del diamante y como especie mineral realmente no se le puede separar de esta otra sustancia: pero, conforme hemos dicho, no es cristalino, y por consiguiente carece de brillo y de limpieza que es lo que constituye el valor de la mayor parte de las piedras preciosas.

El *diamontoide* se encuentra en el comercio en masas informes, cuyas aristas desaparecen con el frote; estas masas son un poco arrugadas en la superficie, de color te-

gruzo, ó negro oscuro generalmente empañado: algunas veces sin embargo son resplandecientes como el grafito, y entonces tienen hasta un cierto punto el brillo de este mineral: su rotura no es igual, y examinada con un lente, deja ver una infinidad de pequeñas cavidades separadas por hojitas irregulares, ligeramente cristalinas: su volumen es variable: la colección mineralógica del Museo de París posee uno que es un poco mayor que una nuez.

No se sabe aun de una manera precisa, los sitios en que se encuentra el *diamantoide*; se dice que se extrae de los mismos sitios que el diamante: tampoco se conoce su edad verdadera, y por consiguiente se ignora su origen: los geólogos deberían adquirir conocimientos sobre este asunto. Quizás haya sido formado en las mismas circunstancias que el diamante; su identidad casi completa con esta sustancia, induciría á creerlo. Así en este último caso, admitiendo con algunos geólogos, que el *diamante* provenga de una transformación (por el calor ó las corrientes electro-químicas) de materias orgánicas carbonizadas desprendidas de las rocas en que se encuentra, el *diamantoide* tendrá el mismo origen; solamente habrá sufrido una influencia ménos directa de los agentes de transformación; no habrá podido llegar hasta el estado cristalino, quedándose por su constitución molecular con un cuerpo intermedio entre el carbono perfectamente cristalizado, es decir, el diamante y el carbono amorfo.

Sea lo que se quiera de esta interpretación científica, el *diamantoide* es un descubrimiento precioso para el lapidario: se encuentra con bastante abundancia en sus criaderos; es como el diamante, el mas duro de todos los cuerpos, y puede servir para los mismos usos industriales.

La cantidad de oro que circula en el mundo, asciende á 150 millones de libras esterlinas, ó sea unos 750 millones de duros. Esta suma pesa 4,150 toneladas, y si se reuniese toda, se podría guardar en una habitación que tuviese veinte pies de largo, doce de ancho y diez de alto. Si estos datos son fidedignos, quedan reducidos á las dimensiones de una modestísima colina esos montes de oro que suelen prodigarse en la conversación familiar.

SECRETOS DEL ALMA.

¿Por qué intentas que otra vez
Torne tu loca alegría
Y el frenco brilla á tu lab,
Si te vendes, extralía mía,
Tu amorosa palidez?
Ya roto el dorado velo
De tus primeros abries
Sientes miseros anhelo
En vez del dulce consuelo
De los gozos infatuas.
Mas como en la inmensidad
Se ve desde el alto nuncio
Del alba la claridad,
Ves también un horizonte
De ignota felicidad.
También gustó el alma mía
De las delirios extrañas
Que llenan tu fantasía
Cuando inocente se abría
Al sol de tu verdes años.
Escucha, pues, niña hermosa,
Como mi acento revela

Tus ensueños de oro y rosa;

Esa dicha misteriosa
Que la carazon anhela,
Si levanta la mirada
Al sereno azul del cielo
En la noche embalsamada,
Derramará en tu coquele
Su oscuridad envenenada.

Entónces como si oyera
Voces en acorde blando
Que por la estrellada esfera
Van las auraz estallando.

Desde lejísima ribera:
Como si llenara el viento
Vago y melancólico aroma,
Y un dulce y sentido acento,
Má que arrullo de paloma,
Hablae á tu pensamiento:

¡Sál! á la brisa del mar
Que alas abre al viento
Para su aliento gozar,
Así á un grato soñar

Se abre la corazón.
Si ves la vida morir,
Su regia laral hundir,
El que irás del alio soñar,
Y del remoto horizonte
El crepusculo venir.

En esas horas de amor,
De misterio y vaguedad
Ya que con torbell color
De esombra y resaca albor,
Se tiñe la ignorancia;

Entónces como fogosa
Al firmamento se lanza
Al aguilá poderosa,
Tan temblorá hermosa,

Las alas de la esperanza.
Si ves las alas temblar
En la blancueda sencillez,
Si ves las aves cruzar

Contando en banda armonia
Paz trasponer la mar.
En todo balizas de luz
La misión, la quimica historia
De vago y fríolo plácea.

Que guardará sin quejer
El libro de la memoria.
Todo á tu voz, tendrá
Ternura, halago, belleza
Que en amor te inflamará.

Y á la vez te robará
Voces y ayes de tristeza.
Como la blanca paloma
Que con el pecho sostenido
De luz y de grato aroma,
Si palada el alma aroma.

Sigúe la voca de flores
Que á los ojos se presenta
Con tan vividos colores,
Y abre al sol del amor,
El alma de amor, redondea.

Y nunca es ligero impura
Tras de sueños tan estráños
A desbarcar tu ventura

La brisa de las desengañaz,
Que se bía de tanta amargura.
Goza esa dicha amorosa,
Y abre con fe el corazón
A vida tan misteriosa.

Que estas gozas, nuda hermosa,
Secretos del alma son.

ANTONIO ARNAO.

CARLOS VANLOO.

Es de sentir que falten muchas veces documentos positivos sobre la vida y las obras del mayor número de los artistas franceses de los siglos XVI y XVII; pero desde principios del siglo XVIII hay abundancia de noticias exactas; los grabados se multiplican, las exposiciones del Louvre se suceden regularmente, los periódicos, los folletos, las memorias, las correspondencias, la necrología, los almanaques dan todos los días noticias de la literatura y de las artes; y ahora sucede que por el contrario apenas se puede fallar con acierto en medio de ese diluvio de hechos y apreciaciones. Reuniendo tan solo lo que se ha escrito sobre la numerosa familia de los Vanloo, habría bastante materia para componer una obra entera, aunque bien es verdad que esta historia abrazaría más de dos siglos. Desde Juan Vanloo pintor holandés del fin del siglo XVI hasta César Vanloo que espuso en los primeros años de la restauración en todos los países de Europa, se encuentran vestigios de esta familia errante. Así sucedió en París, con Santiago Vanloo, hijo de Juan, nacido en Eelose en 1614, naturalizado en Francia, y admitido en la Academia real en 1663; en Niza con su hijo Luis que le había precedido en Francia y que, á consecuencia de un lance de honor se retiró á los Estados del rey de Cerdeña donde murió; en Italia, en Inglaterra y en Francia con Juan Bautista Vanloo, el hijo mayor de Luis; en Roma y después en París con Carlos Vanloo, su hermano; en Madrid con Luis Miguel, primer pintor de cámara del rey de España, y en Berlin con Carlos Amadeo Vanloo, primer pintor también del rey de Prusia. De todos los artistas de esta familia, Carlos Vanloo es aquel cuyo nombre y obras han adquirido mayor celebridad.

Carlos Andrés Vanloo, hijo de Luis Vanloo y de Maria Poise, nació en Niza el 14 de febrero de 1705. El mariscal Berwick vino á sitiar la ciudad al año siguiente. La madre de Carlos temerosa por sus días, había creído ponerle á abrigo de los peligros del bombardeo metiéndole con su cuna en una cueva; una bomba cayó sobre la casa, atravesó los techos, y consumió la cuna; pero el niño acababa de ser salvado por su hermano que había espuesto su vida por él. Algunos años después, en 1712 Luis Vanloo murió dejando á cargo de su hijo mayor el cuidado de su viuda y joven hijo. Juan Bautista no se desanimó por eso; con veinte años más que su hermano Carlos, le sirvió de padre y de maestro. Enviado á Turin por el duque de Saboya y después á Roma por el príncipe de Carignan, hizo entrar á su joven hermano en el estudio de Benedetto Luti, á donde le siguió para estar á su lado. Pero bien pronto el genio inconstante de los Vanloo hubo de manifestarse en Carlos cuando no tenía todavía nueve años; empujado con los elogios del escultor Pedro Legros, abandonó el pincel y se puso á modelar y á esculpir en piedra y en madera, fatigando poco para que no le intentase hacerlo con el mármol. Sin embargo, la muerte de Legros, ocurrida en 1719, puso término á este ardor, y habiendo venido á Roma el príncipe de Carignan llamó á su lado á los dos hermanos que alojó en su palacio de Soissons. A pesar de su inconstancia, el joven Carlos á los seis años de residencia en Roma, había adquirido ya una gran facilidad y lijereza; su permanencia con Luti le había habituado á ese manejo dulce y suave del lápiz que tanto agradaba á los maestros de aquella época. Al poco tiempo sobresalió entre todos los discípulos de la Academia y obtuvo á la edad de diez y ocho años la primera medalla de dibujo.

Juan Bautista Vanloo había empezado á pintar á los diez y ocho años, y sabía sin duda lo perjudicial que era el abuso de esta fecundidad precoz. Tal vez cayó en el exceso contrario no permitiéndole pintar á su hermano hasta que hubiese adquirido toda la habilidad propia del dibujante, ó puede ser también que se desentendiese un poco del ardor de su discípulo. En efecto, tan pronto como le puso los pinceles en la mano, el joven ejecutó una multitud de composiciones y bosquejos. Juan Bautista Vanloo alimentó la actividad devoradora de su hermano haciéndole bosquejar sus cuadros, y pintar los fondos y accesorios; encargado después por el Regente de restaurar en Fontainebleau las pinturas del Príncipe asoció á su hermano en este trabajo tan poco conveniente para ambos. Por lo demás Carlos desdeñó todo aviso, tan impaciente como ardoroso apenas le bastaban los cuadros de historia, y se puso á pintar decoraciones para la Opera, paisajes, figuras, animales, todo lo ejecutó, todo lo hizo con pronta y maravillosa mano.

Sin embargo el deseo de volver á Roma le hizo entrar de nuevo en la Academia, y para hacerse superior á sus rivales solo debia moderarse durante algún tiempo. En 1723 obtuvo el premio de pintura, mas á causa de circunstancias particulares que le impidieron el salir de allí, hubo de adoptar un género nuevo y puso á la moda esos retratos dibujados, que imitaron luego después Cochin y Carmonelle. Por último en 1727, se fué con Boucher y sus dos sobrinos, Luis Miguel y Francisco Vanloo. Su prodigiosa facilidad para componer, le dio por resultado un buen canal de estudios de toda especie desde lo antiguo y Rafael hasta Pedro de Cortona y Carlo Maratti; también en la Academia de San Lucas fué el que se llevó el premio de dibujo. El cardenal de Polignac, embajador de Francia cerca del papa, le obtuvo del duque de Anjou una pensión, y Carlos pudo dar rienda suelta á su acción de artista. De esta época data el cuadro del matrimonio de la Virgen que está en el Louvre. El papa, asombrado de la ejecución de un techo de la iglesia de San Isidoro, le dió en 1729 el título y el cordón de caballero.

Carlos Vanloo caminaba para Francia con su sobrino Francisco, que descubría ya muchísimo talento, cuando cerca de Turin tuvo el dolor de verle estropeado por un caballo, de cuyas resultas murió en breve. El rey de Cerdeña que había manifestado el mayor interés á los dos artistas, encargó á Carlos una porción de trabajos muy considerables, y entre ellos le pidió para su gabinete once asuntos de la Jerusalem liberada. Mientras vivió en Turin, Carlos trabó amistad con el famoso violinista Somis, y se casó con su hermana Catalina que era una cantatriz de alguna nombradía, y por último llegó á Francia en 1634, siendo recibido caballerosamente por el príncipe de Carignan su protector, que lo llevó á vivir á su palacio. Recibido en este mismo año en la Academia de pintura, dió al año siguiente su cuadro de recepción representando á Marsyas despedido por órden de Apolo. En la Academia logró sucesivamente los puestos de profesor y de rector, habiéndole colocado el rey en 1739 á la cabeza de la escuela de los discípulos protegidos. Este establecimiento que no tuvo una larga duración, estaba destinado á preparar para el viaje de Roma á los discípulos que se habían llevado los primeros premios en la Academia. En 1751 recibió el cordón de la órden de San Miguel, y en 1762 Luis XV restableció para él el título de primer pintor de cámara del rey, que no se había concedido á nadie desde la muerte de Lemoine. Cuando el marqués de Marigny le presentó al rey, el Delfín que estaba presente preguntó que por qué se hacia aquella recepción: «Es M. Vanloo, respondió

Marigny, que está dando las gracias á S. M. por el título de primer pintor de cámara; — Ah! repuso entónces el príncipe, ya lo era hace mucho tiempo.»

Carlos Vanloo no quiso ir á la corte del rey Federico que le había llamado á Prusia, porque al cabo había hallado en París la sociedad y la vida animada que le gustaba. Solo hizo un corto viaje á Inglaterra, y murió en París el 15 de julio de 1765 cuando tenía sesenta y un años. Después de su muerte sus dignidades fueron repartidas entre Boucher que recibió el título de primer pintor; Pedro que fué nombrado director de la Academia, y Luis Vanloo su sobrino que le sucedió en la escuela de los discípulos protegidos. Su viuda recibió una pensión de cien lises, y conservó su habitación en el Louvre.

A la facilidad natural, común á todos los Vanloo, Carlos unió una estruendosa movilidad de espíritu, hija de las diferentes influencias que debieron ejercer alternativamente en su talento las producciones de sus contemporáneos. Limitó sucesivamente á Subleyras y á Watteau, á Lemoine y á Lancret, como también á Boucher, é intentó modificar su estilo en los últimos años de su vida, viendo la hermosa transformación de la escuela francesa debida al talento de Vien y de Greuze. Si es verdad que por un lado tuvo la felicidad de resumir mejor que nadie las incontables buenas cualidades que tuvieron los maestros de la decadencia, también es cierto que por otro le faltó la fuerza y originalidad para detener el arte por el mal camino que llevaba. Cuando murió, las cualidades brillantes de que habíamos fueron debilitándose de día en día, y si la escuela francesa pudo sustraerse á una ruina inminente, solo fué debido al sentimiento austero de David. En las composiciones de Carlos Vanloo se encuentra esa facilidad de composición, ese arte de agrupar las figuras, que tuvieron los sucesores de Lebrun: sus cuadros pequeños, que han sido copiados para el grabado tantas veces, tales como la conversación española y el Baja haciendo pintar á una odalisca, carecen tanto de la originalidad de Watteau, como de la gracia sencilla de Chardin y de Greuze; son escenas y trages convencionales que Vanloo los creyó inspirados de las escuelas veneciana ó flamenga, y que no tenían con ellas relación alguna ni en carácter ni en colorido. La composición que reproducimos aquí presenta uno de los mil aspectos del variado talento de Carlos Vanloo. Este cuadro fué ejecutado en 1737 para el palacio de Fontainebleau, en una época en que sin duda la voga de Lancret le inspiraba el deseo de vencerle. En efecto, en esta Merienda, ó descansino en la caza hay mucha mas gracia y realidad que la que hubiera podido emplear Lancret que era el pintor por excelencia en este género.

Esos grandes señores y esas hermosas damas que improvisan en la pradera una espáñola merienda, digna de ser servida en la mesa de un gran palacio; esos lacayos tan llenos de galones que les sirven, y luego todo el aparato de la cacería, nos introducen como por encanto en medio de aquel mundo elegante del último siglo, que dispersaba tan alegremente los últimos restos de la monarquía. Algunos hasta dan nombres históricos á los principales personajes de esta composición, pero nosotros creemos esto exagerado. Vanloo puede decirse que ha pintado los tipos que tenía á la vista á todas horas, pero siempre ha permanecido en el terreno de las generalidades, y por esto siempre todas sus obras están muy llenas de verdad. Si hubiese querido hacer retratos, les habría dado ese acento particular que tienen todos los que ha imitado. La figura de cuerpo entero de la reina Maria

Lezinska, colocada en el Museo de Versalles, es una obra maestra digna de figurar al lado de todo lo más perfecto de este género; solo este cuadro bastaría para mostrar claramente cuán grande fué el talento de este pintor. Un retrato de su manera tan apreciado que la señorita Clairou, á quien la princesa de Galitzin había ofrecido un magnífico aderezo

de brillantes, le pidió, como un don de mucho más valor, un retrato pintado por Vanloo. En efecto, el artista la representó en el papel de Medea, y el rey quiso costear los gastos del grabado. Sus cuadros, en cuanto estaban concluidos, eran arrebatados por todos los soberanos de la Europa, y mucho tiempo después de su muerte, se pagaban aun al mis-



Retrato de Carlos Vanloo, pintado por él mismo.— Dibujo de G. ROYER DEL.

mo precio que las obras antiguas de los maestros más estimados.

Carlos Vanloo tenía una fisonomía muy expresiva, como lo manifiestan todos sus retratos hechos por él que nos han quedado; el que reproducimos en este artículo fué grabado por Demarteau imitando al lápiz; su robusto temperamento le permitía el trabajar doce horas de pie todos los días. Por lo demás era un hombre muy ignorante; se dice que no sabía leer ni escribir, y que cuando pintaba sus cuadros de historia se veía obligado á preguntar hasta las cosas de la más ínfima importancia. Tenía muchísima afición á la música, y jamás faltaba á las representaciones de la Ópera; se cuenta que habiendo estado algún tiempo enfermo, la prime-

ra vez que volvió á presentarse en el teatro, los espectadores le aplaudieron levantándose. Era el ídolo de la corte y del pueblo todo; y estaba considerado como el primer pintor de Europa. Después de su muerte, Chardin, que es el que estaba encargado de la colocación de los cuadros del Museo, compuso una especie de mausoleo de los últimos lienzos de Carlos. Este culto que le rindieron sus contemporáneos, puede parecernos hoy bien exagerado, pero sin embargo hay que confesar que no lo es tanto como el desprecio con que la escuela del Imperio hubo de tratarlo después: nosotros hemos querido evitar aquí estos dos escollos, deseando, como siempre, ser justos ante todo.

CARLOS VANLOO.



VANLOO.— La Merienda.— Dibujo de J. LANGE.
(Véase nuestro núm. 19, página 150.)

BUONARROTI BUONARROTI.

I.

EN BONDÉ SE CONOCERA A MAESE ANDRÉS EL ESCULTOR DE FLORENCIA.

Hacia el año 1369 había en Florencia un anciano pisano llamado Andrés, que gozaba simultáneamente de la reputación del mayor avaro y del más hábil estatuero de Italia: merecía efectivamente el concepto que habían formado de él. Al lado de los imperfectos ensayos de Oghissanti y de la portada de San Pablo, sus obras parecían milagrosas. Además, la fortuna le había favorecido proporcionándole, la dicha de ver y estudiar los mármoles antiguos que habían llevado á Campo Santo las victoriosas escuadras de los pisanos. Merced á aquellos mármoles, y á los progresos hechos por Giotto, Andrés abandonó la mayor parte de los modelos de los artistas griegos, únicos en aquel tiempo, y comenzó á establecer un estilo y reglas mejores. Su obra maestra era el sepulcro del famoso literato Cino de Angiolini. Maravillosos bajos relieves, que representaban al doctor en leyes en me-

dio de sus discípulos, circulan todo el monumento y producen la admiración de toda la ciudad.

Con todo, á pesar de su talento y de sus obras maestras, maese Andrés era generalmente muy poco querido y mucho menos apreciado. A peso de oro se conseguía que hiciese cuanto se quería y formó el modelo de una ciudadela que hublera construído en la costa de San Giórgio, en 1343, si los florentinos no hubiesen arrojado de Florencia á Guilielmo, duque de Alperin. Preventivamente había fortificado con bastiones, fosos y aspilleras el palacio de aquel tirano y como le era muy difícil proporcionarse los materiales necesarios para llevar á cabo obras de tanta consideración llevó su imprudente osadía, hasta el punto de apoderarse de los depósitos de madera y piedra que los magistrados de la ciudad habían formado con grandes dispendios para la construcción de Ponte Vecchio. Así es, que cuando Gualteri fué expulsado de la ciudad, Andrés pensó en huir y se ocultó en la cueva ó sótano de un amigo suyo, durante la primer efervescencia popular. Empero, bien pronto se persuadieron de que su avanzada edad debía servirle de escusa: que no podía negarse á servir á Gualteri sin esponer su cabeza, y por último, que si se ensañaban con él iría á enriquecer con

sus obras maestras á alguna ciudad rival de Florencia. Los majistrados concedieron indulto á Andrés, y el pueblo ratificó aquella medida: Andrés, pues, continuó pacíficamente en Florencia, y en esta época fue cuando esculpió el tabernáculo del altar mayor de San Giovanni, las figurillas de mármol, y las estatuas que adornan la cúpula de Santa María del Fiore.

Maeese Andrés hacía que le ayudasen en sus trabajos su hijo Mino y dos discípulos, únicos que consintió en conservar á su lado. Tommaso y Buonamico Buffalmacco, los dos primeros no tardaron en dejar á Florencia. Para escapar de la pesada dirección del viejo escultor, fueron juntos una noche, y fueron á enriquecer á Pisa con numerosas estatuas. El pobre Buonamico se quedó solo, como en una de las fabulas de Feilo, tuvo que sufrir la aborra y el freno de los fugitivos. Andrés no le dejaba acostarse hasta una hora muy avanzada de la noche, y apenas el infeliz joven principiaba á dormirse y descansar de las rudas tareas de su laboriosa vida, cuando el anciano á quien la edad hacia el sueño muy ligero, se levantaba, sacudía por el brazo á Buffalmacco, le obligaba á dejar la cama y le ponía el martillo y el cincel en la mano. De aquí resultó que el pobre muchacho se puso feo, perdió el color y la alegría; y no supo ya á que santo encomendarse para salir de semejante purgatorio. Antes era el mas jovial y el mas cantor de todos los aprendices que hacían salir los pedazos del mármol, pero entonces estaba taciturno y melancólico. En cuanto su maestro se separaba se sentaba tristemente, cruzaba los brazos, inclinaba la cabeza sobre el pecho, y se adornaba hasta que las reprimendas, y con frecuencia la pesada mano de Andrés, le recordaban que estaba allí para trabajar y no para dormir. Agréguese á esto que era en tiempo de invierno y que la estación se hacía demasiado rigida para un pobre año de diez y seis años, mal alimentado, peor vestido y que no tenía para cubrirse mas ropas que las que sin año había desechado. Maeese Andrés no le regalaba aquellos sino cuando estaban reducidas á borrasas. Un condenado no sufre tanto como padecía aquel mártir, y el mismo diablo se hubiera compadecido de él.

De repente maese Andrés perdió su costumbre de madrugar. Los vecinos no lo oyeron ya con asombro abandonar su lecho antes que cratura alguna viviente se moviese en la ciudad, y no le sintieron salir de su habitación hasta bien entrado el día. El mismo Buonamico dormía toda la noche, y recobraba su alegría y robustez. Algunos, maravillados por tan súbita mudanza se propusieron averiguar la causa. Cuando preguntaban á maese Andrés sobre el particular, contestaba bruscamente á los curiosos, que se ocupasen en sus asuntos. En cuanto á Buonamico, fue preciso creerle; nada sabía, y atribuía las buenas noches que pasaba á las novenas que había hecho á Nuestra Señora del Fiore para obtener piedad de su inexorable patron.

II.

EN DONDE SE TRATA DEL ESPIRITU MALIGNO Y DEL TERROR DE MAESE ANDRÉS.

Sin embargo, maese Andrés estaba cada vez mas sombrío é inquieto; pasada una semana dejó la casa que habitaba ya hacía veinte y cinco años, y se mudó á otro barrio próximo á un convento de capuchinos. La primera noche que ocupó aquel nuevo domicilio, despertó á su aprendiz como tenía

costumbre de hacerlo en otro tiempo y oyeron su desapacible voz, reclinarse como una puerta que gira sobre entorpecidos y molosos goznes.

— Eh, Buffalmacco, eh, percoso, arriba; á manos á la obra, pronto, ó si no voy á medirte las costillas con mi láculo.

Todo el día continuó gruñón y exigente para con el aprendiz; y le metió prisa, le reprendió, y no le dejó sosegar un instante. Pero al día siguiente todo volvió á cambiar otra vez; ya era bien tarde cuando el anciano maestro entró en la habitación del afortunado Buonamico que dormía profundamente; sus sueños le habían trasportado á una mesa cubierta de los mas esquisitos manjares, y en la que brillaban entre aforas de plata los platos mas finos y delicados.

Maeese Andrés se sentó en la cama de su aprendiz, y acercándose á su oído:

— Buonamico, Buonamico, le dijo en voz baja; ¿No has visto ni oído nada esta noche?

— El muchacho no le respondió.

— ¡Dios mio... Dios mio! exclamó ¿estará muerto?... pero no, respira, duerme; Buonamico, Buonamico!

Buonamico se movió por fin en su lecho, extendió los brazos, bostezó desmesuradamente, y se volvió del lado derecho. Pero un puzetazo de su maestro le despertó al punto y le hizo incorporarse.

— ¿No has oído nada esta noche?

— Dejádme por todos los santos, maestro; me he llevado la noche de un sueño y no, he oído mas que vuestra voz que me despertó; no he sentido mas que la puñada que me ha magullado el hombro.

— ¿Y puedes vivir en medio de esos milagros aterradores?

— Dormiría entre dos demonios, replicó Buonamico. Si no me viese al oído, si no me pegasen para despertarme, creo que no oiría sus gritos aunque bramasen con mas fuerza que mil docientos toros. Ya lo sabeis maestro, tengo el sueño muy pesado... pues que duermo en vuestra casa, añado mentalmente. Pero sus ojos chispeaban de malicia al pensar en la frase que no se atrevían á pronunciar sus labios.

— No he visto nada... no ha visto nada... Tal vez sea una ilusión, un error de mis sentidos. Escucha, Buonamico, la noche próxima la pasaremos haciendo oración.

— Está muy bien, contestó el aprendiz. Encenderemos tres hermosas velas que ahumbren de modo que escedan á la iluminación que hubo en la ciudad cuando Gualteri fué espulsado de Florencia.

— ¿Y quéráis decirme porque han de ser tres las velas?

— Porque dice el refrán que cuando el diablo no encuentra á media noche mas que una vela, anda dando vueltas en derredor suyo, y que si encuentra dos se coloca en medio, pero con tres, huye y se vuelve al infierno, porque le representan la imagen de la Santísima Trinidad.

— Tres velas costarán mucho, dijo para sí el maestro Andrés, y mas triste y pensativo que nunca, mandó á su aprendiz que se vistiera y le siguiese.

Buonamico obedeció, y ambos se fueron á trabajar. Por la noche y ya cerca de la mitad de ella, maese Andrés encendió tres velas, se arrodilló, obligó á Buonamico á que hiciera otro tanto, y comenzaron á rezar. Andrés dirigió en torno suyo miradas inquietas y temerosas, pero nada vio que pudiera causarle inquietud, y concluyó por adormecerse y dormirse profundamente. De repente le dispararon los gritos de Buonamico.

— ¡Maestro, maestro!... decía el aprendiz, ¡socorredme! ayudadme.

Andrés corrió hacia el lado de donde salía la voz porque en la habitación reinaba la oscuridad más profunda, pues las tres velas se habían apagado.

— ¿Qué ha sucedido? ¿qué ha sucedido? preguntó el estatuero con voz sofocada.

— En nombre del cielo y de la Virgen Santísima, maestro, dejemos este sitio si queréis que os hable, contestó Buonamico; me muero de miedo. Y abriendo la puerta, escapó á la calle.

— ¡Ah! maestro, dijo cuando se encontró fuera, la casa está habitada por los malignos espíritus: ¡pobres de nosotros!

Al oír estas palabras crugían los dientes de maese Andrés, y le flaspeaban las cruellas.

— ¿Qué has visto? ¿qué has visto? preguntó temblando de miedo y de frío.

— Rezaba el rosario mientras dormía, dijo el joven, y principiaba á sentir alguna pesadez en mis párpados, cuando observé que el pábulo de una de las velas se ponía demasiado largo y hasta que se corrióse el sebo de una manera poco económica. La vela no podía durar diez minutos si continuaba así, y me pareció que debía poner remedio. Al tiempo de despavilar, la apagué, y en el mismo instante apareció entre las dos que quedaban, un hombre negro muy alto.

— ¡Ah, Buonamico! me dijo con una voz que se asemeja al ruido de una carraca, ¡ah, Buonamico!... si quieres aprender el oficio de estatuero, te trataré como mercedes.

Me hizo un gesto horrible, alargó las manos, apagó las dos velas, y al momento vi la habitación llena de una porción de lucecitas errantes que no tardaron en desaparecer.

Le ha sucedido lo que á mí, prorumpió Andrés lamentándose, ha visto lo que yo... Es preciso que acerca de estas extrañas apariciones vaya á consultar con un doctor. Y apoyándose en el brazo del aprendiz, se dirigió á la casa del anciano sabio.

— Padre mio, le dijo, hace ya algunos días que me encuentro acosado por apariciones horribles. Por la mañana en cuanto me despertó sin tener tiempo para tomar mi estacion y encender el velon, veo entrar unas lucecitas por mi puerta á pesar de estar bien cerrada, que atraviesan la habitación con lentitud, y van á perderse en un gabinete situado en una de las estremidades de mi cuarto. Esta noche me habia puesto á hacer oración con mi aprendiz para conjurar los espíritus malignos, y el diablo en persona se ha aparecido á Buonamico dirigiéndole palabras amenazadoras contra los estatueros.

El doctor hizo que le repitiesen la historia y no pudo dudar que el demonio andaba en el agujero, porque en aquella época se creía generalmente que los ángeles rebeldes aparecen con frecuencia sobre la tierra.

— Hermano, le preguntó á Andrés, ¿habéis cometido alguna falta que os haya puesto en poder del diablo?

— No, señor, por lo menos que yo recuerde, respondió el estatuero.

— A menos, interrumpió Buonamico, que no sea por haber dicho que vos habiais gastado una libra de oro en incrustar la cruz de bronce cincelada para nuestro padre santo el papa, cuando no habéis empleado mas que diez onzas...

— Efectivamente ese sería un pecado enorme, dijo con severidad el cura.

— ¡Ay! suspiró el estatuero, el maestro platero del santo

padre ha reconocido mi error, y me ha hecho restituir el exeso.

— He oído asegurar muchas veces, continuó el aprendiz sin hacer caso alguno de las amenazadoras miradas que le dirigía su maestro, he oído asegurar que los demonios son los mayores enemigos de Dios. Por consiguiente no deben tener el mismo odio á los pintores, porque no contentos con representarnos tan feos como nos es posible, les arrancamos las almas de muchos pecadores que convertimos con nuestras estatuas y cuadros religiosos. Ahora bien, la noche, como ya sabeis pertenece al demonio, y si no abandonáis la costumbre de velar debéis temer que los malos espíritus os jueguen otros chascos mas horribles que los que hasta ahora os han pasado.

— Tiene razon, dijo el doctor, no veis: no puedo ménos de aprobar el razonamiento de ese joven. Dios ha puesto la verdad y la luz en su boca, como lo hizo en otro tiempo con el profeta Daniel. No veis: renunciad á todo trabajo nocturno: no trabajéis mas que con la luz del día.

Andrés volvió á su casa y siguiendo los sabios consejos que recibiera de su aprendiz y del sabio doctor, renunció á su trabajo nocturno. Buonamico Buffalmacco, pudo, pues, dormir pacíficamente toda la noche. Una sola vez, Andrés apremiado por un trabajo urgente, y tranquilo por la desaparición de las luces infernales que en otro tiempo habian recorrido su alcoba, despertó muy de madrugada á su aprendiz. Empero, al día siguiente volvieron á aparecer las visiones infernales, y Andrés tuvo que renunciar de nuevo y para siempre abandonar el lecho antes de salir el sol.

El rumor de aquella aventura se divulgó por Florencia y por toda la Italia; alabaron mucho la sabiduría é inteligencia de las interpretaciones de Buonamico Buffalmacco, y los estatueros y pintores que se hallaban en Florencia, alentados con el ejemplo de su antiguo compañero, no se atrevieron á trabajar de noche. Esta superstición no cesó hasta el tiempo de Miguel Angel Buonarroti, que se burló de los ridículos terrores de los demás artistas, y desafió al demonio á que se le apareciese, mientras trabajaba el mármol á media noche. El demonio no contestó á la provocación, y alentados con el ejemplo y la impunidad del gran escultor, los demás artistas renunciaron á su absurdo temor.

Ahora es necesario explicar cuales eran los demonios que visitaban la habitación de maese Andrés.

Buonamico, desesperado por no poder dormir y verse obligado á dejar la habitación cuando mas agradable le era el sueño, inventó la astucia siguiente para no ser compelido á cambiar tan pronto el dulce calor de su lecho por el frío glacial del obrador. Por medio de unas agujas cortas y finas, puso treinta cerillas en el dorso de otros tantos escarabajos que había cogido en un sótano: cuando se aproximaba la hora en que solia levantarse Andrés, encendía sus escarabajos vivos y los iba introduciendo uno á uno por una hendidura que había en la puerta de la alcoba del estatuero. El resto de la historia ya le sabeis.

III.

EN EL QUE PICUCELLO EGRA A PERDER LOS NEGOCIOS.

Am cuando había conseguido dormir toda la noche en casa del maestro Andrés, Buonamico no por eso encontraba ménos dura su condicion en casa del estatuero. El viejo daba muy mal de comer á su aprendiz, y le obligaba constantemente á cortar piedras, cincelar estatuas y tra-

zar planos de arquitectura, sin dejarle tiempo para dedicarse a la pintura, que era su gusto dominante. Contrariada esta afición, se hizo tan viva que para satisfacerla Buñamico resolvió pasar una parte de las noches pintando, y sacrificar de este modo a la pasión de que se hallaba poseído, el sueño que era el mayor placer que tenía en el mundo. Con dificultades inauditas consiguió por fin comprar un velón, quitó aceite a su maestro y una noche se instaló con sus pinceles y colores. Mas apenas comenzaba a pintar su tablero, maese Andrés, que nunca cerraba, mas que un ojo, se despertó medio soñando, entró en el cuarto del aprendiz y le preguntó enfurecido si quería traer otra vez al demonio a casa. Buñamico, víctima de su propia astucia, apagó su luz, y durante algún tiempo tuvo que renunciar a pintar.

Mas de una vez concibió el pensamiento de huir de casa de su maestro, y de sustraerse a la esclavitud con que vivía con el viejo estatuario. Pero la miseria y el hambre le impedían romper sus cadenas: resignábase como mejor podía con su triste suerte y pedía fortaleza y consuelos a su travieso genio cuando un día enfrente del teatro de Florencia y al aire libre, se encontró un saltimbanqui que enseñaba unos muñecos y tenía en derredor suyo una multitud inmensa. Buñamico, aunque entonces tenía ya veinte años, no tuvo escrúpulo en presenciar aquel espectáculo gratuito. Reíase a carcajadas de los chistes de maese Puciniello y de su camarada el capitán, cuando sintió que le tiraban suavemente del brazo. Levantó la cabeza y vió una jóvenita muy linda vestida con oropeles y lentejuelas que le presentaba un platillo pidiéndole una moneda. Buñamico fingió que no la veía y se puso a mirar a Puciniello. Pero la jóven sin hacer caso, le volvió a tirar segunda vez de la manga y le dijo de modo que pudieran oírlo los mis sordos de Florencia:

— Señor, señor, para Puciniello.
— No lleve dinero, respondió el pobre aprendiz.
— Sin embargo, os reíais demasiado alto, repuso la jóvenita, para reiros gratis.
— Buena bien: yo no reíré gratis. Tu Puciniello tiene la nariz partida, y su fisonomía salvaje no guarda relación con las ingeniosas palabras que le hace decir tu padre. Mañana te traeré otra cabeza de Puciniello.

— Preferiría mejor una moneda, dijo la pedigrifa haciendo un gesto. Puciniello, tal como está, sostiene a mi familia ya hace veinte años. No veo que podemos ganar en cambiarle.

Buñamico nada contestó, y se volvió a casa de maese Andrés. Al otro día, frustrando la vigilancia de su maestro, pasó unaparte de la mañana en arreglar un pedazo de madera para formar la cabeza de Puciniello. Tomó por tipo y por modelo el rostro de maese Andrés; con sus grandes ojos desparviados, su nariz gigantesca, su barba de chancleta, y sus delgados labios, contridos siempre por su avaricia y su mal humor. Cuando la hubo concluido, pintó la cara, y salió del obrador para llevar su obra a Jacomo Pepelito, poseedor del establecimiento de muñecos.

Al ver la cabeza de Puciniello que le llevaba el jóven, maese Pepelito conoció a la primera ójeada, cuán superior era a la antigua y disforme que estaba destinada a reemplazar. Al momento se ocupó en arreglar un vestido y un sombrero para el nuevo Puciniello; hizo la casualidad que uno y otro se pareciese en la forma y en el color al sombrero y al vestido que diariamente acostumbraba a usar el escultor Andrés. Juzgado, pues, cuán grande sería la algazara, cuando la muchedumbre vió aparecer en vez de Puciniello, al viejo estatuario que todos conocían en la ciudad. Los gritos y aplausos

duraron mas de un cuarto de hora, y se repetían a cada chis-le del muñeco, porque el diablo se mezcló en el negocio, y puso en boca de Pepelito, sin que él lo supiese, mil palabras que eran otras tantas alusiones muy directas a la vida y costumbres de Andrés. Jamas había sido Puciniello mas charlatán, mas avaro, gruñón y desvergonzado. Todos veían en aquello la intención de burlarse del estatuario. Por como de desgracia, Andrés cedió a las instancias de su aprendiz, que ya no pensaba en la semejanza de Puciniello con su maestro, y estaba impaciente por saber el éxito que había tenido su figurilla: llegaron ambos a la plaza, frente al teatro, en el momento en que Puciniello reprendía a su mujer, por que no había partido una pañeta, y la había quemado entera.

Ella exasperada contestó: tú eres capaz de venderle a cualquiera por ganar un ochavo.

— ¡ Al tirano Gualteri!... gritó uno de los concurrentes. Todos aplaudieron estrepitosamente aquella burla, y maese Andrés, que ya había reconocido en Puciniello su caricatura, se precipitó sobre Pepelito, y quiso golpearle. Pero este agarró al débil anciano en sus robustos brazos, le levantó en alto, y haciendo una seña a su mujer para que quitase el pequeño teatro, comenzó a hacer dar vueltas al verdadero Andrés, como lo había hecho antes con Puciniello. Por fin, el estatuario escapó de las garras de su perseguidor, y fué a refugiarse al magistrado encargado de la policía en Florencia.

El magistrado tuvo que contentarse por no reirse al escuchar la aventura, pero como Andrés era uno de los personajes mas considerados de la ciudad, se vió precisado, aunque a su pesar, a proseguir el negocio, y en el mismo instante hizo comparecer ante sí al saltimbanqui Pepelito. Este alegó su inocencia; declaró que no sabía nada acerca del escándalo que había producido contra su voluntad, y reñó que un jóven le había llevado gratuitamente una cabeza de Puciniello para que reemplazase a la antigua. Maese Andrés comprendió entonces que todo había sido una jugarreta de su aprendiz; nada dijo, y aun pidió la absolución completa de Pepelito, con condicion de que le entregase la cabeza de madera, é inmediatamente se volvió a su casa, en donde Buñamico, medido en su cama, y aparentando que dormía, estaba en la mayor inmovilidad. Los fuertes golpes que llovían sobre su cuerpo, pasieron término a su supuesto sueño. Se levantó gritando, mas no por eso pudo librarse del báculo de Andrés, con la diferencia de que en vez de dar en las mantas, los golpes daban en el desnudo cuerpo del aprendiz.

Cuando el cansancio hizo contenerse al aucto, fué a sentarse medio muerto sobre el miserable lecho que con tanta presteza había hecho abandonar a su aprendiz, y le dijo:

— Vais a salir inmediatamente de mi casa, y si tratáis de volver, mi baston acardiará otra vez vuestras espaldas.

Buñamico se bajó para tomar su vestido, pero Andrés le detuvo:

— Esos vestidos son míos, le dijo, y os prohibo que os los llevéis; pero como no podéis salir desnudo de mi casa, tomad: ahí tenéis con que vestirlos. Y le arrojó una capa vieja y llena de agujeros.

— Dejarme tomar mi chaleco y mis calzones: qué queréis que haga con esa capa por único vestido?

— Parece que os habeis aficionado a las caricias de mi caña, señor Buñamico; en ese caso, voy a volver a comenzar.

Y principió en efecto a sacudir con tanta prisa y tanta fuerza, que el aprendiz se vió obligado a huir, y salirse a la calle.

CAPÍTULO IV.

EN EL QUE LA FORTUNA DE BUÑAMICO CAMBIA DE ASPECTO.

Cuando se vió al aire libre, Buñamico se puso a reflexionar seriamente sobre su posición, que era en verdad poco consoladora. Sin un cuarto, sin pan y sin vestido, que había de hacer? Se dirigió hacia la barraca de Pepelito, pero este, á quien la escena de la tarde anterior había producido disgustos, y que debía a aquel jóven las amenazas y reprensiones del encargado de policía sin contar la pérdida de la tela con que había hecho el traje de Puciniello, rechazó al jóven, y le puso en la puerta con tanta aspereza que le rasgó la capa con que se cubría.

Los ojos de Buñamico se llenaron de lágrimas, y por

LA BATALLA DE SEMPAICH.



La batalla de Sempach, en 1386.— Dibujo tomado de una estampa antigua, por M. Pigeon.

Los cantones de la Suiza habían fundado su libertad, hacia cerca de un siglo sobre la alianza y la victoria. Hacía setenta y cinco años que Leopoldo I duque de Austria, había sido vencido en Morgarten (1315) por los confederados de Schwitz, Uri y Unterwald. Otras victorias posteriores habían fortificado y engrandecido la confederación. Lucerna, Zurich y Berna habían entrado en ella; pero á medida que los medios de resistencia se acrecentaban en las montañas libres de la Suiza, los peligros exteriores se iban aumentando tambien y en una proporción mas grande todavia.

La debilidad del emperador Wenceslao no ofrecía á los estados que querían depender solo de él, un apoyo suficiente. Leopoldo duque de Austria, hombre de valor que tenía muchas de las virtudes del caballero, conservaba en el fondo de su corazón un vivo resentimiento por los reverses que sufrió su casa en su lucha con los pastores de los Alpes.

Un momento se apoderó el desaliento de su corazón. Pero bien pronto recobró la alegría y la esperanza, y fué á echarse en las gradas de una iglesia inmediata, en donde se durmió profundamente hasta bien entrado el día.

Entonces fué á casa de una vendedora de macarrones, á la que favorecía con su asistencia cuando podía disponer de alguna moneda, le contó su desventura, y le mostró su extraño traje. La anciana se compadeció al oír tan lastimera narración, y prestó á Buñamico una aguja, hilo y tijeras, con las cuales hizo como mejor pudo de la capa una especie de chaqueta y unos calzones. Después llenó el estómago con una buena porción de macarrones que le dió la benéfica vendedora, y fué á pasearse por la ciudad, harto inquieto por el porvenir.

(Se continuará.)

La nobleza de Suabia y de Argovia no deseaba otra cosa sino secundarle en una nueva empresa contra aquellos orgullosos campesinos, y el mismo espíritu que animaba á los señores contra los hombres libres de las ciudades imperiales, les excitaba tambien contra aquellos otros que se consideraban como los mas firmes y decididos defensores de las franquicias anti-feudales.

Era esto por los años de 1386: los hombres de los cantones, sin hallarse todavia reunidos en una confederación regular, como mas tarde lo estuvieron, luchaban de comun acuerdo contra las usurpaciones del Austria y sus de los señores. Lo que se defendía, ya con negociaciones ó por medio de la fuerza, era la libertad de peaje y la de comercio. Había en el fondo de todas aquellas disputas políticas una cuestión económica de un interés mucho mayor aun; para los pobres montañeses la cuestión era de vida ó muerte;

tratábase de no morir de hambre en aquellos valles silvestres por efecto de las cortapisas que tenía el comercio.

El mismo Leopoldo, que era muy amigo de la justicia, criticó más de una vez la arrogancia y la dureza de los señores, diciéndoles con tristeza que ellos acabarían por causar la ruina y la pérdida de su soberano. Hermann Grimm de Trunenberg, enemigo acérrimo de los confederados, los hacía padecer enormemente con el peaje establecido en su dominio de Rotembourg. Este peaje era contrario á los tratados; los habitantes de Lucerna, se habían quejado de ello muchas veces, hasta que al cabo se cansaron, y sucedió que una vez que el señor estaba celebrando el servicio divino, una pandilla de jóvenes de Lucerna tomó las armas, y dirigiéndose á Rotembourg, destruyó las murallas y las echó al foso, arrojó de allí á Hermann de Trunenberg, y luego se volvió á la ciudad sin haber vertido una gota de sangre.

Sin embargo, no fue esta la única causa de la guerra; los motivos verdaderos estaban en las inevitables luchas de las clases enemigas; pero aquella fue la ocasión que produjo el rompimiento. Las inclinaciones se exaltaron; víronse signos precursores en la tierra y en el cielo, llamas errantes fluyeron recorridas las almenas torres, y habíase visto en el cielo un hombre armado vestido por otra hombre sin armadura. Cuando se esperan próximamente grandes acontecimientos, se exaltan los ánimos, y se concluye por dar un cuerpo á las quimeras.

El gobierno de Lucerna había desaprobado la violencia de los jóvenes; este gobierno había deseado obtener justicia, pero por otras vías, mas comprometido desde luego en la lucha, concia que no era posible retroceder. Los confederados fueron de su opinión, y desde entonces principiaron activamente las operaciones. Mas de un castillo feudal fué destruido ó cayó en cenizas, y muchos pueblitos pequeños como Sempach, reclamaron el apoyo de los confederados.

Leopoldo volvió vencedor de la Alsacia, donde había tratado con el mayor rigor á las ciudades imperiales, y volvió jurando que castigaría á los suizos autores de aquellas injusticias, y que destruiría sin solución de confederación. Los señores entraron con tanto ahínco en estas querrelas que en ménos de doce días prorrumpieron los suizos cincuenta y tres declaraciones de guerra. Los nobles tenían que vengarse de Morgarten y de otras jornadas tan fatales como esta, aunque muchos no buscaban sino una ocasión de guerra, sintiendo solamente el no tener otros enemigos mas dignos con quienes combatir.

Los pobres pastores se veían amenazados con el mayor peligro. Uri, Schwitz, y Entschwald habían protegido en otra tiempo á la ciudad de Berna contra los señores de las cercanías haciéndola salir triunfante en Laupen; por eso también á su vez pidieron el ayuda de los de Berna, pero estos se negaron: tenían para esto buenas razones? Alegaban de buena fe que no había espirado todavía la paz con Leopoldo? Casi se puede asegurar que en aquella circunstancia consultaron demasiado los intereses de su política personal. Cuando se considera, dice el conde de Müller, lo que los habitantes de Berna hicieron en aquella época antes y después de la declaración de guerra, se conoce al instante su habilidad; pero siempre les faltará á su gloria la célebre batalla de Sempach.

Las escaramuzas precursoras de la gran lucha, produjeron espantosas catástrofes, y produce una dolorosa estrañeza el ver que la causa de los nobles se defendía por medios mas crueles que los que habían elegido los plebeyos. Reichense, ciudad del á los suizos, fué tomada por el enemigo; todas las personas que se libertaron de las llamas fueron degolladas sin distinción de sexos ni de edades. El ejército de Leopoldo iba seguido de carretas llenas de cuerdas para atorear á los vendedos.

Se creyó que el duque atacaría á Zurich como su padre lo había hecho. El ejército de los confederados fuerte de mil seiscientos hombres, se apresuró á ocupar esta plaza. Leopoldo reunió sus tropas cerca de Baden en Argovia en el mismo sitio en que setenta y un año antes se había reunido el ejército que fue vencido en Morgarten. Informado el duque de la concentración de las tropas federales en los muros de Zurich, dejó un cuerpo de infantería en observación á algunas leguas de esta ciudad bajo las órdenes de Bousteten, y marchó él mismo á sorprender á Lucerna. Los suizos persuadidos de que lo mas fuerte de la guerra estaría siempre donde estuviese Leopoldo, dejaron la ciudad de Zurich bajo la guarda de sus habitantes, y corrieron á defender á su país amenazado. En efecto, el 9 de julio cayeron en un bosque que dominaba las riberas del lago de Sempach, y su fértil y hermosa campiña.

Leopoldo avanzaba al mismo tiempo con su brillante caballería y su infantería compuesta de mercenarios. Llegado á la parte baja de las colinas, hizo echar pie á tierra á sus ginetes, ya porque creyera esta maniobra mas favorable, ó ya porque deseara combatir á caballo con unos pobres infantes. Antes tropas ofrecieron el mas singular contraste; por un lado un corto número de campesinos (1) mal provistos de armas ofensivas, y reducidos en cuanto á las defensivas, á unas especies de fajas que se habían atado á los brazos á modo de escudos para parar los primeros golpes; y por el otro una horda fregada de caballos enteramente cubiertos de acero, y cuyos cascos dorados y con coronas, relucían á los rayos del sol.

Los señores se formaron en falange cerrada; las picas de la cuarta fila eran mucho mas largas que las de las primeras. Sin embargo el baron de Hasenbourg, antiguo guerrero lleno de experiencia, viendo la actitud de los enemigos, llamó la atención de Leopoldo sobre el peligro, y aconsejó que se hiciese venir á Bousteten, pero todo el mundo se echó á reír de sus palabras, y todos se burlaron de él.

También dijeron á Leopoldo que se retirase á un lugar apartado, pero él se negó con una valentía digna de mejor causa. «Como! — exclamó, — con que queeres que Leopoldo vea morir de lejos á los que lo defienden? No, quiero vencer ó morir por ellos para guardar mi hacienda.»

Los confederados se habían propuesto permanecer en la defensiva; pero cuando vieron al enemigo á pie é inmóvil en el llano; arrastrados por su ardor, ó acaso conducidos por una buena táctica, se arrojaron sobre los contrarios impetuosamente, formados en masa, lanzando fuertes gritos y persuadidos de que iban á destruir del primer choque aquella muralla de hierro. Pero no sucedió esto así. Recibidos con intrépida firmeza se despedizaron desde luego ellos mismos contra un bosque de lanzas. El enemigo parecía formarse en media luna, amenazando envolverlos en su centro. Ya sesenta guerreros de Lucerna habían perdido la vida. Como eran los principales autores de aquella guerra, tuvieron el honor de atacar los primeros; su jefe Petermann de Gundoldingen estaba herido de muerte. Lo que se tenía era la sorpresa de algun cuerpo que atacara á retaguardia, ó la llegada repen-

1 Mil trescientos hombres contra cuatro mil.

tina de Rousteten: un rasgo de heroísmo lo salvó todo.

Arnold Struthan de Winkelried, hijo del pais de Unterwalden, se lanzó adelante gritando: «Hermanos míos: voy á abrirlos el camino; os recomiendo á mi mujer y á mis hijos.» Y al instante mismo, este hombre de estatura atlética, agarró con sus robustos brazos todas cuantas lanzas pudo, las echó por tierra, se dejó matar en su puesto, pero por aquella brecha improvisada abrió en efecto un pasaje á sus amigos hasta el cruzar de las tropas de los señores.

En cuanto los suizos entraron por allí, todas las ventajitas fueron para ellos; con sus mazas armadas de hierro, con sus pesadas espadas y sus hachos, pegaban á derecha é izquierda; se rompió la línea enemiga, y todos fueron derrotados; bien luego no se vió otra cosa sino una horrible carnicería. Leopoldo pereció con un gran número de señores, la mayor parte, hijos de ilustres casas; «los caballos! los caballos!» Pero los escuderos tan ineficaces como cobardes habían montado en ellos y huían precipitados por aquellos campos. Este incidente acabó de completar el desastre de la nobleza.

Mientras tanto el héroe Gundoldingen, el segundo héroe desaqueña jornada, moría lentamente de sus heridas. Uno de Lucerna corrió á él, pidiéndole sus últimas voluntades, mas Gundoldingen, cuyos pensamientos estaban bien lejos en aquel momento de los intereses materiales, no pensaba en aquel instante supremo sino en la libertad y la ventura de su querida patria: así respondió con voz moribunda al que le interrogaba: «Di á mis conciudadanos que los desee mil prosperidades, y espíro después de haber dicho estas palabras.»

Tal fué la conclusión de la célebre jornada de Sempach, notable por muchas circunstancias entre todas las batallas, y que puede compararse con las mas famosas de las que dieron los griegos antiguamente por su libertad. Qué hombre fué nunca mas valiente y heroico que Winkelried? No se sabe de él mas que su muerte, ni se conservan siquiera otras palabras que las que pronunció al sacrificarse. Pero su muerte, así como sus palabras que respiran un amor tan profundo á la familia junto con otro amor igual consagrado á la patria, bastaron para asegurarle una inmortalidad de las mas gloriosas que ha conservado hasta aquí la historia.

Por eso el nombre de Winkelried es para los suizos tan sagrado como el de Guillermo Tell. Winkelried hasta tiene la ventaja de pertenecer incontestablemente á la historia sin que pueda caber la menor duda acerca de las circunstancias de su acción; en tanto que muchos sabios han probado que hay muchos cuentos en ciertos pormenores que se dicen de Guillermo Tell.

Winkelried ha sido celebrado muchas veces por los poetas suizos; Halbotter, uno de los combatientes de Sempach, compuso sobre esta batalla un canto de victoria que subsiste aun, y en el cual Winkelried no fué por cierto olvidado.

También en el bajo Unterwalden, se ve en una fuente de Stanz una estatua gruesa en memoria del héroe de la comarca. Largo tiempo se conservó su estatua de mala en el arsenal, y también se veía la capilla de los Winkelried en el cénitro de Emmenod, monumento sencillo, solitario, y vancorado, que desgraciadamente pereció en las guerras de invasión que sufrió la Suiza hace medio siglo.

CORREOS Y POSTAS.

Creemos que será leída con interés la siguiente noticia de los adelantos de estos ramos en Francia y en Inglaterra.

El producto líquido de la renta de correos de Francia en 1872, no ascendió de:

	Francos.
En 1799 subió á	1,200,000
En 1714	3,000,000
En 1788	5,000,000
En 1809	12,000,000
En 1830	22,000,000
En 1848	47,000,000

El personal de correos de París se compone en la actualidad de 893 empleados, de los cuales 419 son carteros. En el resto de Francia hay 3,400 empleados, sin comprender los carteros. Es verdad que en Francia no se han adoptado las reformas sino después de mucho examen y meditación, acomodándolas á las necesidades de París y á sus relaciones interiores y exteriores, sin comprometer jamás los intereses de la administración.

En 1843 se corrían por hora con arreo á ordenanza ocho kilómetros ó 8,994 varas castellanas. En 1820 se corrían 12 kilómetros ó sean 13,116 varas castellanas. En 1810 se corrían 15 kil. ó sean 17,000 varas castellanas.

La mala post de París á Calais, corre con 4 caballos 18 kilómetros por hora, ó sean 22,368 varas castellanas.

Existen hoy en Francia 1,400 casas de postas con 20,000 caballos y 3,000 postillones.

Inglaterra. Nada mejor calculado para los intereses de una población aglomerada y esencialmente comercial, que las comunicaciones interiores de la Gran Bretaña. El oficio general de Londres recibe y espide 4 correos al día (excepto los domingos) para todos los puntos del reino; y á fin de facilitar mas y mas estas comunicaciones ha inventado la administración un sello unico de franquicia y un precio uniforme, cual es el de un pence (11 mrs.) por carta sencilla. Este sello se vende en todas las dependencias de correos para los que gusten franquicia por sí mismos las cartas, porque como esto no es obligatorio, sucede que se echan muchas cartas por los buzones sin que lleven aquel requisito, sin embargo, de lo cual se ha da curso, debiendo pagar los que las reciben el doble porte ó sea dos pence.

Los productos del servicio post apenas alcanzan á satisfacer los gastos de este servicio interior multiplicado; pero por su medio se animan y promueven los negocios del comercio, que son la vida de la Gran Bretaña se aumentan los ingresos de las otras rentas; se mantiene en acción y movimiento las artes y la industria, y por último, el Tesoro público se encuentra todos los años con 80 millones de rs., que remanda el penny post después de pagados los servicios marítimos, en cartas de la India, de Corfu, de Egipto, de América y del continente europeo, las cuales siendo sencillas pagan de porte 30, 24, 16 y 10 rs., cada una según su procedencia.

Escusado nos parece hablar de la exactitud con que en ambas naciones se hace el servicio. El estruendo de una carta es allí cosa rarísima. Para la exactitud en el recibo de la correspondencia, y exigir la responsabilidad á quien corresponde, están los sellos, en que clara y distintamente se encuentra estampado el día en que se ha echado la carta, y el en que ha llegado al punto de su destino. En nuestras administraciones de correos también se hace uso de esta clase de sellos; pero están casi siempre tan confusos que por excepción puede distinguirse el punto de donde procedió la carta y las fechas.

NICOLAS POUSSIN.

Hay nombres que ningún hombre instruido puede oír pronunciar sin sentirse herido súbitamente de respeto y de admiración; y esos nombres no solo despiertan en el alma la idea de genio, sino que recuerdan también la de virtud.

Uno de estos nombres venerables, grande entre los más grandes, es el de Nicolás Poussin. Este pintor, jefe principal de la escuela francesa, nació en Normandía en la pequeña población de Andelys, en 1594; de una familia perteneciente a la nobleza, pero que se había empobrecido en el servicio militar.



Los pastores de la Arcadia.

zon. Enseguida fué a vivir al Louvre, en compañía de un matemático del rey que tenía una hermosa colección de estampas, y tanto se apasionó entonces por Rafael y por Julio Romano, que pasaba copiándolos sus días y sus noches, sin pensar en aquel momento más que en marcharse a Italia para estudiar allí.

Sin embargo, largos años debieron pasarse antes de que aquel joven, más rico de aspiraciones y de deseos que de dinero, pudiese realizar su anhelado proyecto: cuántas veces las pinturas que hacía para los particulares ó para las iglesias le suministraron la cantidad suficiente para hacer su viaje, y cuántas veces también las necesidades de la vida le absorbieron aquel dinero!

Al cabo y al fin pudo salir para Roma en 1623, á la edad de treinta años. Aunque su estilo no era en efecto entonces lo que fué después, puede decirse sin embargo, que su genio había adquirido ya toda su gravedad y poderío, por lo cual tiene razón la Francia en decir que su gloria toda le pertenece solo á ella.

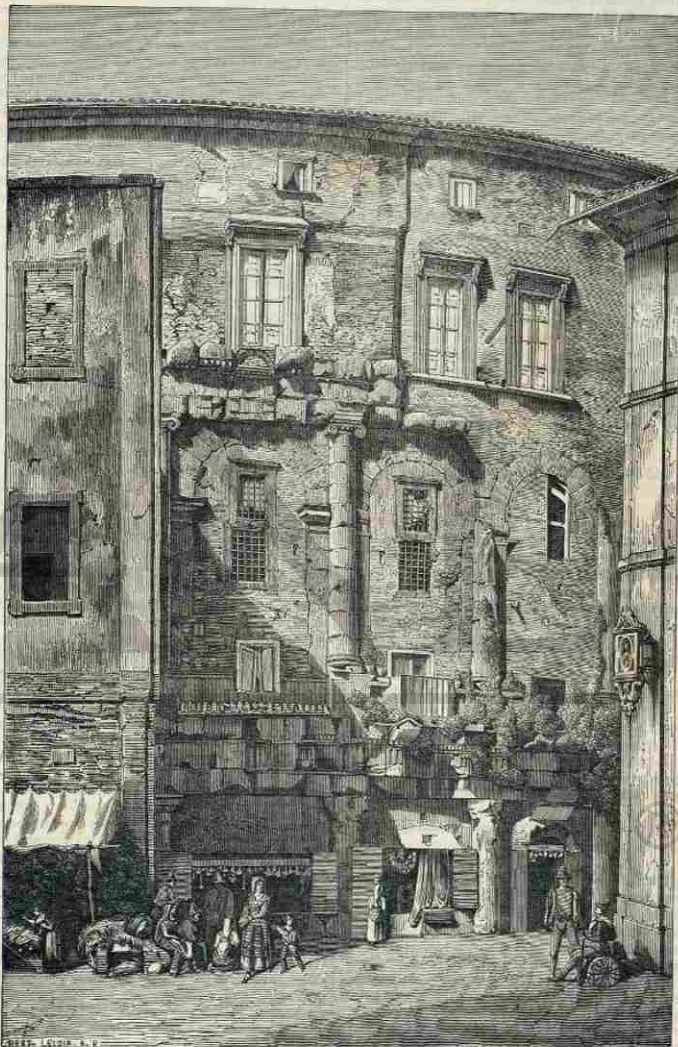
Así sucedió que el pobre Nicolás debía abrazar una carrera que pudiera ponerle en posición, sino de enriquecerse, al menos de vivir con desahogo, y eligió la pintura, arte hácia el cual le llamaban de un modo irresistible sus gustos, su instinto y su inclinación.

Su primer maestro fué Quintín Varin, pintor bastante oscuro, pero que gozaba en su tiempo de una bien merecida reputación. A la edad de diez y ocho años vino á Paris para entrar primeramente en el estudio de Noel Jouvenet, ahuelo del célebre Jean Jouvenet, del que debemos hablar próximamente; luego pasó al de Fernando Elle, pintor flamenco, y al de un tal Lallemand, enteramente olvidado hoy y con ra-

La Italia y el roce continuo con aquellos maestros inmortales, acabó la educación de Nicolás Poussin, considerado como artista, pero ya el siglo XVII francés había hecho de él un filósofo y un pensador. *Los pastores de la Arcadia*, son una composición francesa enteramente, y ninguna otra escuela puede vanagloriarse de haber presentado una significación moral tan elevada de ella. Los pastores de aquella Arcadia en donde los poetas habían colocado la inocencia y la felicidad terrestres, donde la vida del hombre transcurría en medio de una felicidad inalterable, estos pastores encuentran una piedra, especie de monumento oculto entre la yerba, separan las hojas que la cubren y leen en un mármol sepulcral: *Yo también he vivido en la Arcadia*. Era posible manifestar de un modo más claro y melancólico la idea de que todas las alegrías y felicidades de este mundo tienen por término... la muerte?

J. J. ARNOEX.

EL TEATRO DE MARCELO.



Vistas del teatro de Marcelo en Roma.

T. II. — PARIS. — IMP. BLONDEAU.

El emperador Augusto había hecho elevar en honor de Marcelo, hijo de su hermana Octavia, un vasto y magnífico teatro que podía contener mas de treinta mil espectadores. El estilo de este monumento era tan perfecto que los arquitectos modernos lo han adoptado por modelo, ya en los órdenes jónico y dórico, ó ya en las proporciones que ambos órdenes deben guardar entre sí! Se cree que este teatro en su parte semi-circular exterior que es donde se hallaban los pórticos, estaba adornado con las arquitecturas diferentes, pero ya no quedan mas que los restos de los dos órdenes inferiores. Los furiosos de la ciudad media destruyeron casi del todo este admirable edificio. Las familias Pier Leóni y Savelli hicieron de él una fortaleza para su uso, y despues la familia Massini le cambió en palacio. Por el lado de la plaza de Montanara es por donde se ven aun las ruinas del teatro, entre las construcciones modernas.

Augusto despues de levantar el teatro de Marcelo, hizo construir tambien un soberbio púrtico destinado á servir de refugio al pueblo, ruinda llovera. Este pórtico tenia la forma de un vasto paralelogramo con dos hileras de columnas de marmol que llegaban al número de 270; tenia estatuas y pinturas sumamente célebres, y entre sus ruinas fué donde se descubrió la hermosa estatua que adorna hoy la tribuna de Florencia. Los emperadores Septimo Severo y Caracalla, restauraron este pórtico del que apenas quedan en el dia algunos mutilados fragmentos.

BUONANICO BUONAMICO.

(Véase la página 132.)

La casualidad hizo que pasase por enfrente de la casa de su antiguo maestro. Encontró en el arroyo una porcion de tierra arcillosa que allí habían arrojado. La recogió maquinalmente, se puso á endurecerla, y hizo una figurita de la Virgen, que tenía en la mano y pensaba vender por cualquiera moneda de cobre, cuando encontró á un desconocido embozado en una capa. Miró aquel la figurita con curiosidad, y dando al joven un golpecito en la espalda:

- Vendes esa figurita, le dijo;
- Si, señor, contestó Buonamico.
- ¿Cuánto quieres por ella?
- Lo que gustéis, caballero.
- Toma ese escudo de oro.
- ¿Un escudo de oro? Ah, señor! si quisierais muchas figuras de estas, os proporcionaríais una cada dia, y mucho mas baratas, dijo Buonamico, haciendo saltar en su mano la moneda de oro.
- ¿Luego conoces al autor de esta preciosa figurita?
- Mucho como que soy yo.
- ¡Tú!

El desconocido dirigió una mirada de asombro al estragante trage de Buonamico. Entonces el aprendiz le refirió su desgracia de la vispera.

- Pues bien, le dijo la persona que como una buena estrella se había aparecido al jóven en su camino; si quieres ser aprendiz de Giotto, recibirás un salario hermoso.
- Consiento con muchísimo gusto, contestó Buonamico, con tal que Giotto me emplee en pintar y no en hacer figuras.
- Yo te creía estatuuario...
- Entiendo mas de pintura que de manejar la arcilla,

el martillo y el cincel. Haced la prueba, caballero, y lo veréis.

Giotto llevó á su casa á Buonamico, é impaciente por verlo trabajar, le puso en la mano los colores y pinceles. El jóven aprendiz bosquejó rápidamente una imagen de la Virgen, y Giotto le abrazó.

— Desde ahora eres mi oficial predilecto, dirigirás á mis demas discipulos, y solo dependerá de ti el que tu nombre llegue á ser algun dia célebre, y se llene tu bolsillo. Toma dinero, ve á comprarte vestidos, alquila una habitacion y ven á buscarme mañana.

Buonamico creia que soñaba porque Giotto había llegado á ser rival, y rival afortunado de Andrés: era, pues, ascender el llegar á ser su discipulo. Despidióse de su nuevo maestro con la efusion del reconocimiento y se dirigió á casa de un comerciante de ropas; allí se compró dos vestidos decentes, porque la suma que le había dado Giotto era bastante regular; Uno de ellos era para el obrador y el otro para los dias de fiesta. Hecho esto, alquiló un cuartito en una casa inmediata á la de Giotto, y al dia siguiente ocupó su puesto en el taller, en donde su talento y habilidad, le granearon bien pronto la envidia de sus compañeros y la confianza absoluta de su maestro.

Desgraciadamente no hay en el mundo felicidad completa y Buonamico tardó mucho en conocerlo. Estaba bien alimentado, ganaba algun dinero, tenia envidiosos y recibía los elogios de su maestro, pero se hallaba privado de lo que mas amaba en el mundo, de lo que prefería á la gloria y la fortuna; del sueño. No era como Andrés, un maestro exigente y avaro el que le iba á despertarlo para que se pudiese á trabajar, era el ruido de un torno. La pieza que Buonamico tenía su cama, solo se hallaba separada por un tabique del cuarto que habitaba la mujer de un obrero llamado Testa. Trabajaba noche y dia, y si descansaba, su marido la golpeaba sin piedad. El pintor no sabía á que santa encomendarse para librarse de aquel estrépito infernal, que no le permitía cerrar los ojos en toda la noche. Llamó en su auxilio á la astucia que le había servido en casa del maestro Andrés, y he aquí lo que ideó. Despues de examinar detenidamente el tabique, descubrió un agujerito que cubria parcialmente encima del fogen de su vecina vecina. Proporcionándose un largo tubo y se aprovechó de la ausencia de Testa y de su mujer para introducir por medio de su tubo una enorme cantidad de sal en la pared que daba al fogen. La mujer nada advirtió, y cuando por la noche regresó Testa para cenar, se puso furioso en cuanto probó el guisado, y comenzó á golpear á su mujer por su torpeza y descuido. En vano protestaba su inocencia y juraba que no había echado mas sal que la precisa; el brutal marido nada escuchaba, y la manifestó que si se repetía aquel descuido la golpearía cien veces mas. Justamente asustada con aquellas amenazas, la pobre mujer resolvió no echar al dia siguiente ni un grano de sal en la marmita. Pero esta precaucion no impidió que el guiso estuviese salado de una manera espantosa; Buonamico lo había condimentado. Testa, ciego de cólera, volvió á vapulear á su mujer, cuando acudieron el estatuario y otros vecinos atraídos por los gritos de la víctima.

— Camarada, dijo al furioso marido, es necesario ser racional. Te quejas de que tu sopa está muy salada por mañana y noche, pues bien, yo me asombro de que esta mujer pueda coger un plato sin romperle, ni aun dar un paso en en todo el dia. Toda la noche la pasa en el torno, y según creo no duerme una hora. Déjala que descansa tranquila-

mente por la noche, y verás como por el dia tiene la cabeza despejada y no carga de sal los guisos.

Los vecinos apoyaron al orador; y de grado ó por fuerza, fué necesario que Testa reconociese la exactitud del discurso del discipulo de Giotto, á cuyas palabras daba mas importancia y crédito su condicion muy superior á la de un cardador. Desde entonces la mujer de Testa pasó las noches durmiendo; su marido comió los guisos convenientemente sazonados, y Buonamico Buonamico no oyó mas el ruido de la rueda que interrumpía su sueño.

V.

QUE COMIENZA ALEGREMENTE Y CONCLUYE DE UN MODO TRISTE.

Buonamico Buonamico no tardó en dejar la humilde habitacion que ocupaba en la casa en que vivía Testa. Discipulo de Giotto llegó á ser maestro y tuvo numerosos aprendices. Debió aquel nuevo y feliz cambio de posicion, á las obras de ornato que ejecutó en el convento de religiosas de Faenza. Representó allí muchos asuntos tomados del Evangelio, entre los cuales era sumamente notable la *Deposicion de los Inocentes*. En esta composicion desplegó mucha energia y verdad. Las madres y nodrizas, alteradas las facciones por la rabia, el dolor, y la desesperacion, luchaban cuerpo á cuerpo y aun con los dientes, con los verbuges. El corazon se oprimía de espanto y de admiracion al ver aquella obra maestra, de ejecucion tan difícil como complicada. Por desgracia ya no quedan de aquella obra mas que los diseños conservados por Vasari, porque las pinturas de Buonamico han desaparecido del convento de monjas de Faenza, cuando se construyó la ciudadela de Paolo, llamada despues el castillo de San Juan Bautista.

Buonamico ejecutó solo todas las pinturas del convento. Como vivía muy próximo iba todas las mañanas al trabajo sin sombrero, sin capa y aun sin chaqueta. Para que pueda comprenderse lo que sigue, es preciso decir, que cerradas las religiosas en el claustro y con muy pocas relaciones con el exterior, habian encargado á su director buscarse un pintor y tratase con el acerca de la decoracion de su Iglesia. El abad por consejo de Giotto, se dirigió á Buonamico. Las monjas no le conocian, y concibieron grandes temores cuando vieron llegar á un jóven ligeramente vestido, y que mas bien parecía un obrero que un artista. Comunicáronse sus recelos, y aquella fué la conversacion en el convento: en fin, no pudiendo contenerse ya, encargaron á la hermana tornera, dijese al artista estaban disgustadas al ver que todavia no les habia enviado mas que un aprendiz, y que no dejarían comenzar los trabajos mas que al mismo pintor.

Buonamico sin desconcertarse, respondió con gravedad, que las cosas no podian ser mas justas.

— Deponed vuestra inquietud, añadió, todavia no he hecho mas que preparar los colores y dibujar los frescos; mi maestro vendrá mañana, y entonces veréis que es mas gallardo que yo, y que tiene mucha mas sutura para pintar.

Efectivamente, al dia siguiente á la hora de la salida, se dirigió misteriosamente hacia la hermana tornera, y le dijo:

- Venid y veréis: el maestro está trabajando.
- Pues yo no le he visto entrar en el convento, repuso la madre.
- Lo creo muy bien; dormíais profundamente cuando el pintor se presentó al frente de vuestra reja: os he llamado

dos veces, pero roncabais á mas y mejor y no quise despertaros; entonces tomé vuestras llaves y he abierto á mi maestro.

— Un nombre del cielo, dijo la tornera, no habéis de esto á nadie, porque hariais que la superiora me castigase severamente. Y sin embargo, yo no recuerdo haber dormido.

— Pues no obstante, roncabais de un modo capaz de despertar á toda la comunidad. No tengais cuidado que yo seré discreto, y mi maestro tiene la costumbre de no hablar jamas á nadie. Venid á ver por la cerradura de la puerta, porque si entraséis como habéis hecho cuando yo estaba solo, se encolerizaría y abandonaría la obra para no volver nunca.

La hermana tornera fué adelantándose de puntillas: contentiendo la respiracion, aplicó un ojo al agujero de la cerradura, y vió en efecto un hombre de alta estatura, cubierta la cabeza con un sombrero de alas anchas, y vestido con una capa. No podía distinguirse la cara, pero se veía muy bien el pincel que tenía en la mano. La hermana se retiró con precaucion, y fué á contar á la comunidad lo que acababa de ver. Por la noche visitaron en masa, con la abadesa al frente, los trabajos hechos durante el dia. Encargaron á la tornera dijese á Buonamico que aquella vez habian quedado satisfechas, y que las obras ejecutadas por el maestro, eran muy superiores á los diseños de su aprendiz.

Una cosa les parecia sin embargo débil y mediana, y era que las carnes estaban demasiado pálidas.

— Tenéis razon, contestó Buonamico, vuestra observacion es muy exacta, y voy á hacerosla presente al maestro.

Aquella misma tarde, fué á ver á la tornera y le dijo:

— He hablado con el señor pintor de vuestras entuñecidas y justas criticas, y he aquí lo que me ha contestado: «Yo corrigiria facilmente ese defecto, si tuviese escelente vino rancio para deslir mis colores: mis figuras tendrian entonces un colorido sonrosado; pero el buen vino es muy raro, especialmente añejo, y necesito mucho.»

— Que no se detenga por eso, dijo la tornera, voy á poner en noticia de la señora abadesa, y estoy segura de que remediará ese inconveniente.

En efecto, la buena abadesa dió entero crédito á las astutas palabras de Buonamico y le prodigó el mejor de los vinos que tenía la bodega del convento. Buonamico no tuvo la menor aprension; y durante los tres meses que pasó en la capilla de Faenza, se regala alegremente con el esquisito vino, del cual creian que nunca consumía bastante, porque las religiosas conocian ya que las pinturas preparadas con vino habian ganado mucho en fuerza y en tono.

Sin embargo, el maestro que tan perfectamente podía verse por el agujero de la cerradura, salía y entraba siempre sin que la tornera pudiese espíar el momento en que pasaba por delante de su rejilla. Buonamico tenia continuamente mil medios ingeniosos y jocosos para esplicar á la pobre religiosa cómo y por qué aquello sucedía de semejante modo. Por último, resolvió espíar á aquel misterioso artista cuando se marchase, y un tarde estuvo acobardado dos horas largas hasta que amodochó. Estaba siempre allí, de pié con el sombrero y la capa puestos: pintaba con una suavidad que al levantar la mano, no se veía movimiento alguno ni en el cuerpo, ni en los brazos. Buonamico, por el contrario, manejaba con mucha ligereza la brocha, y con frecuencia tenía que detenerse para enjugar el sudor que corría por su frente.

Llegó por fin el crepúsculo, recogió todos sus instrumentos de pinturas, los preparó para el día siguiente, y se acercó á su maestro que permanecía inmóvil. Le quitó el sombrero, y se le puso en su propia cabeza; le despojó de su capa y se embolsó en ella. La hermia tornera conoció entonces que el fingido célebre pintor no era mas que un cubeto de madera colocado sobre unas banquetas, magistrosamente adornado con una capa y cubierto en su parte superior con un sombrero. Corrió á contar su descubrimiento á las religiosas, que comprendieron la lección y dejaron á Buonamico concluir pacíficamente su obra.

Cuando Buffalmacco terminó los trabajos del convento de Faenza, le granjearon tanta reputación, que como ya he dicho, numerosos discípulos fueron á solicitar sus lecciones y le encargaron pintar la abadía de Settimo; diróntele por asunto muchos episodios de la vida de Santiago. Colocó en el cielo raso los cuatro patriarcas y los evangelistas: hasta entonces no había compuesto nada más selecto. Por desgracia, Buffalmacco tenía la costumbre de valerse para pintar las carnes, del color violado, que con el tiempo produce una tinta que destruye las demás. Así es que en el día solo restan en la abadía de Settimo algunos fragmentos apenas visibles de las pinturas de tan célebre maestro, y no se las puede juzgar más que por diseños, que de ellas nos han dejado grabadores contemporáneos.

Buffalmacco hizo enseña para la cartuja de Florencia dos cuadros á la aguada, de los cuales uno se encuentra en el coro, y el otro en una capilla antigua. En la abadía de Florencia pintó los frescos de la capilla de la familia de los Giordani, Bustani y Boscoll. Eligió por asunto Jesucristo lavando los pies á sus discípulos; Jesucristo en presencia de Herodes; Pilatos en la prisión y Judas ahorcado de un árbol. Ejecuto en ochenta años frescos, pintados con tanta naturalidad y solidez, que han resistido durante siglos enteros á la intemperie de las estaciones. Enseña le llamaron á Bolonia, en donde comenzó muchos frescos que dejó sin concluir; marchó á Asís en donde pintó la vida de Santa Catalina, y se dirigió luego á Arezzo, para adornar la capilla del obispo.

Aunque Buonamico había dejado de ser ya un niño y un aprendiz, y había llegado á ser un hombre y un pintor célebre, no por eso se había despojado de la malicia y elvencencia de su juventud. El primero siempre en todas las partidas de placer, fué el que concibió la idea de las famosas fiestas nauticas que tuvieron lugar en Borgo San-Freano, y cuyos pomeros refirió Juan Villani infortunadamente, en el capítulo 60 del libro 8.º de su obra. Aquella fiesta atrajo tan gran número de espectadores, que el puente de madera del Carrá se hundió con el peso de la multitud que se había agolpado en él, para ver mejor las regatas y justas de los intrépidos gondoleros. Después de esta catástrofe en la que Buffalmacco estuvo á punto de perecer, pintó en la iglesia de San Pablo que entonces pertenecía á los frailes de Virilombrosa, muchos asuntos sacados del Antiguo Testamento y de las vidas de los santos. El último y principal cuadro representaba el martirio de Santa Anastasia, arrojada á la hoguera; era notable sobre todo por la expresion de las cabezas. En la misma trabajaba tambien otro pintor llamado Bruno di Giovanni; estaba encargado de representar á Santa Ursula tendiendo la mano á la ciudad de Pisa, simbolizada por medio de una matrona vestida con un manto sembrado de águilas. Era preciso que el rostro de la suplicante expresase el fervor y la fe, y el de la protectora la benevolencia. Bruno no podía conseguirlo, y pasaba dias enteros en

hacer y deshacer lo que había pintado. En fin, no sabiendo ya á que santo encomendarse, ó mas bien á que demonio recurrir, fué á avistarse con Buonamico, y le suplicó humildemente le dirigiese con sus consejos. Es necesario advertir que cuando Bruno llegó al convento de San Pablo, se preciaba de ser un maestro hábil, y se presentó como el primer pintor de la cristiandad. Buffalmacco, por el contrario, se había revestido de una escuiva modestia, había aparentado la mayor admiracion hácia el extranjero de Pisa, y recomendó á sus discípulos que fingiesen el mas profundo respeto á Bruno, quien creyó toda aquella farsa formalmente.

Cuando el pisano salió de la celda en que trabajaba para entrar en la del maestro florentino, los treinta discípulos de Buonamico se apresuraron á levantarse, se inclinaron hasta el pavimento, y dijeron uno detras de otro.

— ¡Bien venido sea el maestro Bruno de Giovanni el pisano!...

Hasta que Buffalmacco descendió de su escala, y salió á recibir al visitante.

Este, después de muchos circunloquios, refirió el caso al florentino, y le insinuó meditamente que pagaría la suma que se le exigiese, porque un maestro hábil diera á las dos cabezas de Santa Ursula y de la ciudad de Pisa, la expresion que él no podía comunicarlas. En efecto, nadie sobresalía tanto como él en pintar los ropajes, y en esto, el mismo Buffalmacco le era muy inferior; pero el pisano no entendía nada de cabezas. Así pues, si Buonamico hubiese accedido á la petición de Bruno, el cuadro de este, tal vez habría sido superior al martirio de Santa Anastasia.

Buffalmacco fingió que no comprendía lo que Bruno quería decirle.

— ¡Dios mio! contestó con una falsa naturalidad, ¿qué importa la mayor ó menor expresion de las cabezas? Eso no es mas que una parte accesoria. Solo los ropajes constituyen un cuadro, y merecen la atencion y el esmero del pintor. No deis á esa lagatela mas importancia de la que realmente tiene en sí. En el caso de que las cabezas no expresen lo que vos queréis que digan, hazed que salgan de la boca de Santa Ursula y de la ciudad de Pisa dos banderolas: en la una escribireis: *Adjuva me per Christum*, y en la otra: *Adjutorium nostrum in nomine Domini*. Entónces, ya no habrá la menor incertidumbre.

Bruno encontró el consejo admirable, é inmediatamente fué á poner manos á la obra.

Buffalmacco, no consiguió hasta cierto punto el objeto de su burla, porque no se comprendió la ridiculidad de la estúpida invocacion adoptada por Bruno. Hasta encontraron excelente la idea: muchos pintores le imitaron, y el prior de San Pablo se quejó á Buonamico, de que no hubiese hecho otro tanto en el martirio de Santa Anastasia.

A lo cual el florentino contestó enorgulléndose de hombres, y viviéndose á su ciudad natal.

Sin embargo, no tardaron en llamarle á Pisa, para ejecutar cuatro frescos en el Campo Santo. Los cercó con un adorno que contiene su retrato. Entre las diversas composiciones de esta grande obra, son notables la *Creacion del mundo* y la *Construccion del arca de Noé*.

Tal vez os referiré mas adelante de cuán triste modo concluyó la alegre vida de Buonamico Buffalmacco.

CLAUDIO DE LORENA.

Claudio de Lorena es acaso el pintor mas sorprendente de que pueden gloriarse todas las escuelas de todos los pueblos que han brillado en las bellas artes. Nadie ha sido superior á él en la imitacion de la naturaleza, nadie la ha interpretado de un modo mas maravilloso, y se concibe muy bien, al considerar ciertas producciones de este maestro, el entusiasmo de algunos de sus admiradores que confesaban que á

veces la naturaleza es tan hermosa como lo son los cuadros de Claudio de Lorena.

Llegar á ocupar tan alto puesto cuando se nace en tan humilde condition, es algo extraordinario! Nunca veo pasar por las calles de Paris un pastelero con su traje blanco tradicional sin acordarme del niño Claudio Gelee que fué después Claudio de Lorena!

Este hombre ilustre nació en 1600 en el palacio de Champaigne, situado en la diócesis de Toul en la Lorena. No hay necesidad de añadir aquí, que no eran sus padres los duques



Antiguo puerto de Messina.

de esta noble residencia, que habitaban solo como vasallos. Habiendo entrado en la escuela sin adelantarse un paso, su familia le metió á aprendiz en casa de un pastelero. La historia no nos dice si se mostró aquí mas listo que en la escuela, pero lo cierto es que habiendo perdido á sus padres cuando tenía 12 años, y encontrándose enteramente sin recursos, el joven tomó una resolucion inmediatamente, principió por salirse de casa del pastelero y se fué á Friburgo á pie donde habitaba su hermano mayor Juan Gelee grabador en madera, el que le dió las primeras nociones de dibujo.

El ángel bueno veía siempre al lado del maestro futuro. Un convecitante de encalles, que formaba parte de la familia de los Gelee, preguntó á Juan si quería dejar á Claudio que fuese con él á Roma, permiso que le fué concedido sin dificultad ninguna. Es cierto que en esta ciudad se quedó abandonado y sin dinero, pues cada uno de sus infortunios era como un escalón que le hacia ir acercándose del fin que le tenía asignado la Providencia.

Por el pronto entró en casa de Agustín Tassi discípulo de Pablo Brill bajo las mas humildes condiciones; Claudio Gelee

desempeñó las funciones de mozo de estudio y de preparador de colores, pero al mismo tiempo siempre recibió de su maestro algunas lecciones de pintura, y durante mucho tiempo estuvo dibujando cosas de bien poca importancia. Largo sería enumerar aquí los reverses que experimentó después de su salida del estudio de Tassi hasta que llegó á los treinta años, época en que fué reconocido como maestro en el arte por los reyes y los papas; para no salirnos del espacio que nos está señalado, pasaremos sin otra transición á hablar de su célebre cuadro el *Antiguo puerto de Messina*. Este lienzo se halla en el Museo del Louvre; el grabado que acompaña á este artículo, reproduce perfectamente las hermosas y cumplidas líneas de esa increíble arquitectura; mas sin embargo, con sentimiento lo decimos, es imposible cuando no se ha visto el formarse una idea de lo que es en este cuadro la transparencia del mar, la profundidad del cielo, la dorada, límpida y ardiente luz que inunda de arriba á abajo esta composicion toda.

MAGDALENA (1)

por
JULES SANDEAU.

Neuvy-les-Bois, como casi todas las aldeas por donde pasa un camino real, es un horrible pueblo, muy puerco en el invierno, muy lleno de polvo en el verano, y sin misterio ni poesía en ningún tiempo. Su importancia es tan poca en efecto, que antes del día en que comienza esta narración, los indígenas no se acordaban de que jamás ningún carruaje público se hubiese parado entre sus muros. El desden que tanto los posillones como los mayores han mostrado siempre con esta miserable aldea, da una idea bastante pobre de la calidad de sus vinos.

En un domingo de otoño entre la misa y las vísperas, agrupados a la entrada del lugar, bajo los rayos de un sol de fuego que caían perpendicularmente sobre sus cabezas, los habitantes de Neuvy-les-Bois esperaban gravemente que pasara la diligencia de Limoges, acontecimiento que en los días de fiesta era su única diversión. En cuanto oían el ruido de las ruedas a lo lejos se formaban solemnemente a los dos lados del camino, y cuando la pesada máquina pasaba al trote de los caballos entre dos hileras de ojos abiertos y cuellos estendidos, y desaparecía en el ruido del camino en medio de una nube de polvo, los buenos lugareños henchidos de una dulce satisfacción se volvían tranquilamente a sus casas.

Ahora bien, el domingo en que nos hallamos, todo indicia a creer que no habrá mudanza ninguna en este suceso, pero estaba sin duda escrito que Neuvy-les-Bois sería aquel día teatro de un prodigio. En efecto, la diligencia en vez de pasar como un relámpago según acostumbraba, se detuvo en medio del camino entre las dos hileras tradicionales que se habían formado para verla. A la vista de aquel espectáculo inesperado, todo Neuvy-les-Bois hubo de quedarse petrificado, sin pensar siquiera en preguntarse la causa de aquel honor insignificante. Hasta los mismos perros que tenían el hábito de correr detrás del carruaje, parecían participar de la sorpresa de sus dueños, y permanecían, a su semejanza, inmóviles y mudos de estupor. Sin embargo el mayoral había echado pie a tierra, y abriendo la rotunda pronunció un Neuvy-les-Bois, con tono duro, seco, al cual bajó una joven, cuyo equipaje todo consistía en un lío que llevaba bajo el brazo. Esta joven se hallaba vestida de negro, y podría tener quince años a lo más: la palidez de su frente, su ojos quemados de llorar, su aire triste y dolorido, decían más aun que su traje deluso. El mayoral se volvió al punto a su sitio, y la joven apenas tuvo tiempo de dirigir un adios silencioso a sus compañeros de viaje. Cuando esta criatura se vió sola en medio de aquel camino calinado, a la entrada de aquella pobre aldea donde nadie la conocía, sola en medio de aquellos rostros que la examinaban con una expresión de curiosidad necia y desconfiada, fue a sentarse sobre un montón de piedras, y allí, sintiendo desfallecer su corazón, echó a llorar ocultando la cabeza entre sus manos. Los campesinos continuaban mirándola con el mismo aire, sin decir una palabra y sin moverse. Finalmente, en el grupo rústico había algunas mujeres, y entre estas mujeres, una madre que meció sobre su seno a un niño acabado de nacer. Esta madre se acercó a la joven afligida y permaneció algunos instantes

mirándola con cierto aire de compasión indecisa, porque bien que todo anunciase en esta joven el abandono y casi la pobreza, sin embargo la distinción natural de su persona, disimulaba de un modo singular la sencillez del traje, é inspiraba la deferencia y el respeto.

— Pobre joven, le dijo en fin; habéis perdido vuestra madre puesto que os halláis sola á vuestra edad en medio de un camino?

— Sí, señora, la he perdido, respondió la joven con una voz muy dulce, y en que se percibía un ligero acento extranjero. Ay! todo lo he perdido, todo, hasta el rincón de tierra en que nací y en donde reposan aquellos que he querido. Nada me queda en este mundo, añadió meneando tristemente su cabeza.

— El cielo os tenga en su ayuda; conozco en vuestro modo de hablar que no sois de estas tierras; sois de muy lejos, no es verdad?

— Sí, de muy lejos; cuántas veces he creído que no llegaría nunca!

— Y a donde vais?...

— Donde mi madre, antes de morir, me dijo que fuera. Me han dicho que desde Neuvy-les-Bois, se puede ir fácilmente a Valtravers.

— Vais á Valtravers?

— Sí señora.

— Al palacio?

— Sí, voy al palacio.

— No es este el camino, el mayoral os debía haber llevado hasta el lugar que hay un poco más lejos. Sin embargo, no teméis que andar más que unas tres leguas cortas, y acortando por el bosque podréis llegar en unas dos horas. Si queréis, mi sobrino Pedro podrá guiaros, pero hace un calor terrible, y sería capaz de apostar á que no habéis comido nada en todo el día. Venid un poco a casa; yo probaré la leche de nuestras vacas, y á la caída de la tarde os pondréis en camino.

— Mil gracias os doy, pero no necesito nada. Quisiera marcharme inmediatamente y si no temiera abusar de la complacencia de vuestro sobrino...

— Pedro, ven aquí, exclamó la lugareña.

Al oír esta orden dada con un tono que no admitía réplica ninguna, un muchachuelo salió de entre la muchedumbre adelantándose molino, como un perro que sabe que le llaman para darle golpes. Perico, que toda la mañana, alimentaba la halagüeña esperanza de jugar un ratillo al chito en la plaza de la iglesia, después de vísperas, oyó con muy poco gusto la terminante proposición de su tía, pero esta la volvió de tal suerte, que el muchacho tuvo por muy prudente resignarse á ella. La tía le cargó con el lío de la forastera, y luego dándole un buen empujón, le dijo: — Toma el bosque, y cuidado con que bagas ir de prisa á tu compañera, que no tiene ni tus pies ni tus piernas.

Dicho esto, Perico mareó un poco amostrozando; en tanto que Neuvy-les-Bois que ya comenzaba á volver de su estupor, se perdía en comentarios sobre los sucesos de aquel día.

Por nuestra parte creemos que Neuvy-les-Bois, ha sido llamado así por antifrasis, porque en efecto no se ve en él un árbol que pueda servir de abrigo contra los vientos del Norte ó los cañones del este. Todo al rededor se halla desnudo y llano, como las riberas del mar, y en las cercanías, á media legua á la redonda, no se ve ni la sombra de una encina.

Sin embargo á media que la joven y su gubla se alejaban

del camino empolvado é iban internándose en las tierras, el paisaje tomaba insensiblemente un aspecto más verde y risueño, hasta que al cabo de dos horas de marcha, se distinguieron los bosques de Valtravers que ondaban en el horizonte. Perico, á pesar del encargo de su tía marchaba con rápido paso sin cuidarse mucho de su compañera: la posibilidad que entreveía de estar de vuelta á tiempo para jugar al chito daba alas á aquel picarudo. La joven aunque tenía el pie ligero, pedía gracia de cuando en cuando, pero el abominable Pedro se hacía el sordo, y seguía impavido su camino. Sin embargo, á pesar de todo, Perico veía con ojos tristes la sombra de los árboles que el sol prolongaba desmesuradamente sobre las yerbas de los prados, y no se disimulaba en su amargura que si debía llegar hasta Valtravers, ya podía despedirse de su fiesta; así, al llegar á la orilla del bosque una idea infernal pasó por su cabeza:

— Ya estamos! dijo resueltamente dejando sobre la yerba el envoltorio que llevaba al brazo. No teméis mas que seguir esa arboleda, y todo derecho, está el palacio. En un cuarto de hora estais allí.

Dicho esto el tumentado se preparaba á volver la espalda, pero un ademán de la joven le detuvo; después de haber sacado un bolsillo que no parecía por cierto muy pesado, tomó en él una monedita de plata, que ofreció graciosamente á Periquito dándole muchas gracias por su trabajo. Al ver aquella generosidad, tan inesperada, el aldeano se sintió turbado, vaciló un instante, y acaso iba á ceder como debía al grito de su conciencia, cuando hubo de desahuir á lo lejos en la llanura, el campanario de Neuvy-les-Bois parecido al mastil de un navío clavado en medio de la arena. Por un efecto de óptica que sólo la pasión puede explicar, creyó ver, ó acaso vió en la plaza de la iglesia, una docena de muchachos jugando al chito, al tango y á los bolos: esta visión le decidió; tomó la moneda de plata, la guardó en su bolsillo y echó á correr á escape como si fuera perseguido por el diablo.

Apenas la joven entró bajo las ramas, cuando experimentó esa sensación de bienestar que se tendría al meterse en agua fresca después de salir de un horno. Su primer movimiento fue dar gracias á Dios que la había sostenido y protegido en el largo viaje que había hecho, y suplicarle que la hospitalidad que iba á buscar fuese también un poco levadera. Como la joven creía que el palacio se encontraba allí cerca, se sentó á descansar junto á una encina, y bien luego se riñó su ánimo los encantos de aquel bosque, porque la indulgente y buena naturaleza de aquel bosque, consistía á los ancianos y hasta las jóvenes que han perdido su madre, se ponen á sonreír con ella. Todo era allí armonía, perfumes y frescura, mas los oblicuos rayos que venían á morir á sus pies á través de las hojas, la recordaron que la noche se aproximaba. Entonces se levantó, y se puso á seguir la arboleda esperando ver de un instante á otro la fachada y las torres del palacio. Sin embargo, al cabo de poco tiempo pudo ver que aquella arboleda, que según Perico la había dicho, iba á desembocar al punto que buscaba, no daba en realidad sino á otra calle de árboles atravesada. La joven aplicó el oído para tratar de descubrir por el ruido si había alguna habitación en las cercanías, pero no oyó sino los sordos rumores que corren por las profundidades de los bosques cuando está el sol en el ocaso. Luego subió sobre un rizo pero se sintió desahuir en su derredor mas que un vasto océano de verdura. Durante largo tiempo siguió caminando al acaso, hasta que al fin, cansada de andar, y desearo volver sobre sus pasos, la fue imposible reconocer

los senderos por donde había pasado. Bien que el sol no hubiese abandonado aun el horizonte, el bosque se iba llenando ya de sombra y de misterio. Los pájaros habían cesado de cantar, y principiaba el siniestro concierto de las aves nocturnas. En estos momentos sobre todo es cuando el abandono, la tristeza y la soledad agobian con su peso las almas de los infortunados. Desanimada, y muerta de fatiga, la pobre joven se dejó caer sobre la yerba, y sus lágrimas corrieron de nuevo: había desatado las cintas negras de su sombrero de paja, y en tanto que floraba, las brisas juguetaban con su rubia cabellera dorada por un rayo de sol amortiguado.

Allí estaba hacía algunos instantes absuelta en el dolor de su triste situación, cuando vió en frente de sí un jinete que la miraba con el aire de asombro de una persona que no se halla habituado á tales encuentros á aquellas horas, y en aquellos lugares. La joven se levantó bruscamente mas tranquilizada al punto con la benevolencia mirada fija sobre ella, exclamó:

— Caballero, Dios os envía en mi socorro, si sólo de estas tierras, ya debéis conocer que yo soy forastera. Hace mas de dos horas que estoy errando al acaso en este bosque sin poder salir, y sin hallar el punto á donde me dirijo; podréis hacerme el favor de indicarme el camino?

— Sin duda ninguna, respondió una voz casi tan dulce como la de la joven, pero decidme ante todo á donde vais.

— A Valtravers.

(Se continuará.)

ESTUDIOS DE PINTORES MODERNOS.

Vamos aquí á nuestros lectores la vista de un estudio de artista contemporáneo para que la comparen á la del escultor florentino Bandinelli que dimos ya en nuestro tomo del año pasado. (Véanse las páginas 200 y 201 de 1850.)

La dignidad, aplicación y silencio que se nota en el primero, se halla cambiada aquí en alboroto, ligereza y ruido.

En tanto que un artista está pintando y que otro modela, los discípulos y los amigos fuman y hablan, hacen ladrar á una perrita, tocan la guitarra ó se ejercitan en la esgrima con dos bastones. Doude ha de ir á parar la inspiración en medio de tanto ruido?

Muchas veces se ha dicho que el arte moderno carece de elevación y sobre todo de profundidad, que es el reflejo superficial de todas las preocupaciones del momento y no otra cosa; se han establecido comparaciones con las grandes escuelas de Italia, de Flandes y de España, donde el arte vivió con sus propios recursos, y por último se ha hecho notar que en aquellos tiempos la escultura y la pintura inspiraban la sociedad y la iniciaban en sus grandezas sublimes como reinas que abren sus palacios á la muchedumbre, en tanto que en el día reciben el impulso de esa misma muchedumbre, y por lo común, no hacen mas que traducir sus vulgares sensaciones del día. Después de haber sido soberanas de la opinión, han llegado á verse avasalladas por ella.

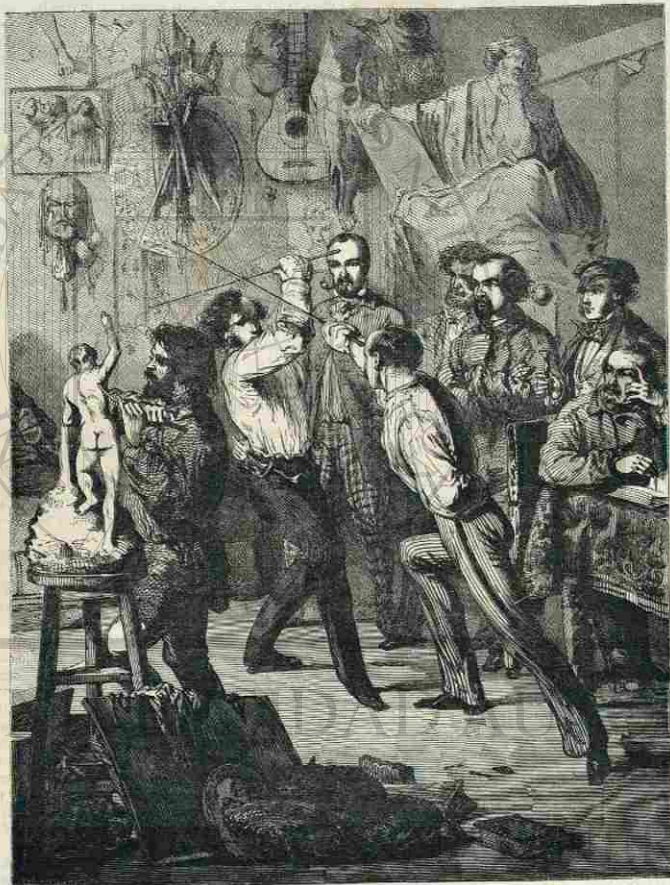
Muchas causas sin duda han contribuido á este resultado y entre ellas figura en primer lugar el cambio de costumbres tan bien demostrado en los dos interiores de estudio que nos ha parecido interesante poner en parangón en nuestra obra.

Al abrir sus estudios á los ociosos, nuestros artistas los han despojado del genio de la inspiración y respeto del vulgo. El santuario se ha vuelto un sitio público. Abierto á todo el mundo ha perdido ese carácter especial y un tanto

1 Esta obra, sobre cuyo mérito literario nada queremos opinar á nuestros lectores, ha sido coronada por la Academia francesa.

misterioso que le asistía en el arte, y el artista privado del recogimiento indispensable para la invención, se ha entregado a las fugitivas improvisaciones del momento, sin buscar lo que hace durables las creaciones.

El pensamiento puede nacer en medio del tumulto pero no puede ser fecundo sino en la soledad. Para penetrar profundamente en un arte se necesita consagrarse á él laboriosamente y con paciencia, y este es también el solo medio de

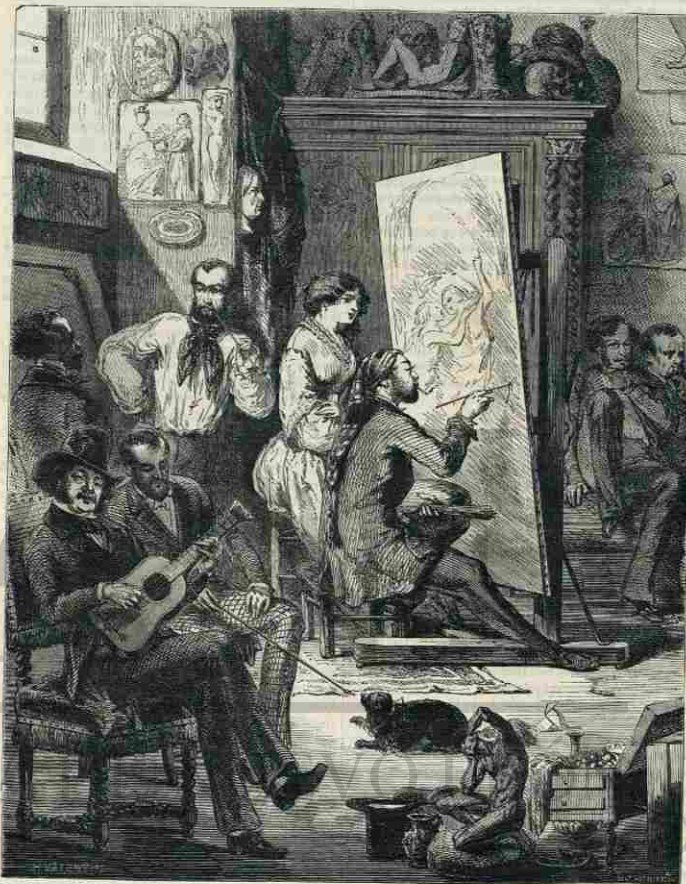


Interior del estudio de un artista en el siglo XIX.

llegar á la originalidad que no es otra cosa sino la expresión de nuestra más íntima personalidad. Ahora bien, para poder comunicar esta personalidad, lo primero que hay que hacer es conocerla, y para conocerla hay que haberla estudiado y meditado largo tiempo. Las relaciones demasiado

frecuentes con lo común de la sociedad, nos impiden detenernos en nosotros mismos, y además en ese roce con los espíritus vulgares pierde el nuestro su sello particular, y cae en la categoría de esa moneda menuda intelectual que corre por todas partes, pero que no puede enriquecer á nadie.

ESTUDIOS DE PINTORES MODERNOS.



Interior del estudio de un artista en el siglo XIX.
(Véase la página 167.)

MAGDALENA.

POE

JULES SANDEAU.

(Véase la p. 166.)

- Al palacio?
— Sí, al palacio de Valtravers.
— No podiais dirjiros á otro mejor que á mi porque yo
II.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

también voy á él y si gustais, voy á tener el honor de acompañaros.

Y dicho esto, sin esperar respuesta, el ginete saltó al suelo. Era este un joven en todo el brillo de la juventud; esbelto, elegante, con los ojos á la vez suaves y altaneros. Sus cabellos lucientes como el azabache, caían en abundantes bucles sobre sus sienes. Anudada con descuido en torno de su cuello, su corbata de seda de ravas azules, hacía resaltar el

marfil de su garganta. Una levita de color oscuro estrechaba su talle delgado y flexible; su pantalón blanco caía formando muchos pliegues sobre una bota pequeña y ajustada, armada con una espuela brillante y sonora; el joven estaba a un tiempo sencillo y elegante.

— Es esto vuestro, señorita? le preguntó indicando con su látigo el humilde equipaje que estaba sobre la yerba.

— Si, señor, eso es toda mi fortuna, respondió la joven sonriendo tristemente.

El joven levantó el envoltorio y le ató solidamente a la silla de su caballo; hecho esto la ofreció el brazo y ambos se dirigieron al palacio, seguidos del hermoso y docil animal que moraba de cuando en cuando las yerbas de otoño en los ribayos del camino.

— Así, pues, cuando os he encontrado, os hallábais perdida, y sin saber qué hacer? Mi gracias doy al cielo que me ha traído aquí porque sin eso acaso habríais pasado la noche a las estrellas.

— Ya me había resignado á ello, caballero.

Y la joven le contó el chasco que le había dado Periquillo.

— Perico es un tantuelo que merece que le corten las orejas. Con que vais á Valtravers? Entones conocéis al dueño del palacio ó á alguna persona de la casa?

— No conozco á nadie.

— A nadie?

— Absolutamente; pero vos sin duda le conocéis al dueño del palacio?

— Si, nos conocemos desde hace mucho tiempo.

— Dícen que es muy bueno y muy caritativo.

— Oh! mucho, repitió el joven que pensó que se trataba de alguna hermosa; pero después que echó rápidamente una mirada á su compañera, rechazó lejos de sí tal idea, conociendo que aquella joven no podía pretender eso en el palacio.

— Señorita, añadió gravemente, la persona de quien habláis posee el corazón más noble que puede haber bajo la bóveda de los cielos.

— Ya lo sabía; sin embargo, me alegro oírlo repetir de nuevo. Y al niño Mauricio, le conocéis también?

— Qué niño Mauricio, señorita?

— El hijo del dueño del palacio.

— Ah! exclamó el joven sonriendo, ya lo creo que conozco á Mauricio.

— Y promete ser un día tan bueno y generoso como su padre?

— Quién sabe! En la infancia pasa generalmente por un pobre diablo. No soy yo quien hablará mal de él.

— Siento que voy á quererte como á un hermano.

— Pues por mi parte puedo asegurarse que tendrá un gran placer en conoceros.

En este instante llegaron á una plazoleta, y detrás de los muros de un parque, cuyas verjas daban al bosque, descubrieron un bonito palacio cuyas ventanas todas resplandecían con los últimos rayos del sol en el ocaso.

II.

Aquella misma tarde á la misma hora, el anciano caballero de Valtravers estaba sentado en el peristilo de su palacio, en compañía de la anciana marquesa de Fresnes, cuyo castillo cercano se distinguía en el fondo del valle y sin formalidad ninguna: los hombres jugaban al trabajo y las mujeres á la maternidad; estas se prestaban al espi-

dos, porque en la edad en que los dos tenían la vida no tiene otro sosten que ese pálido y dulce reflejo que se llama recuerdo.

La intimidad de la marquesa y del caballero databa de remotos tiempos. A los primeros indicios de la ruina de la monarquía, el marqués de Fresnes había juzgado conveniente el retirarse con su mujer á las orillas del Rhin; aunque no fuese mas que para protestar contra aquello que pasaba en Francia y M. de Valtravers se había decidido á acompañarlos para dar al trono de San Luis un testimonio auténtico de cariño y de respeto. Sabido es lo que sucedió entonces en aquel largo y cruel destierro. Nuestros tres compañeros se prometieron al salir de Francia que volverían tan pronto que apenas se llevarán consigo lo suficiente para vivir un año en el suelo extranjero. Apurados todos los recursos, después de haber vendido los diamantes y de haber reducido las joyas á moneda, debieron marcharse á Nuremberg, donde se instalaron pobremente, pues no se trataba mas que de vivir. Los señores de Fresnes y Valtravers no estaban acostumbrados al trabajo, y sucedió lo que sucede siempre que la mujer debió dar el ejemplo de la resignación y la energía. — Trabajáramos para comer, respondió sencillamente madama de Fresnes, á los dos amigos que se preguntaban cual era el partido que debían tomar. En efecto, esta señora pintaba bastante bien en miniatura, y se puso desde luego á dar lecciones y á hacer retratos: su belleza, su gracia y su infatigable, mas aun que su talento, la valieron en poco tiempo muy buenas y productivas relaciones. Los dos nobles que habían comenzado por decretar que la marquesa descendía á un papel indigno de su rango, concluyeron por convenir en que lo iban pasando bastante bien sin hacer nada y que en último resultado á la marquesa había que agradecerlo. El marqués estaba tranquilo entre tanto, pero M. de Valtravers hubo de comprender que su función podía pasar por el efecto de un orgullo y una dignidad mal entendidos. Ahora bien, qué empleo podían hallar sus facultades, ó sus ociosos brazos? Tuvo la idea de enseñar el francés, pero como se hubiese visto para ello en la previa necesidad de aprenderlo, no siguió adelante en su proyecto. Después de darle muchas vueltas y de pensarlo mucho, el caballero hubo de confesar humildemente que no le quedaba otro partido que tomar que el ir á buscar la muerte en el ejército de Condé. En efecto, preparóse seriamente á ello, pero sin entusiasmo, cuando un día que erraba con tristes por las calles se detuvo maquinalmente delante de una tienda, donde se veían una percha de juguetes de madera, delicadas de la infancia de Nuremberg. Para un noble emigrado sin fortuna parecía que en aquel espectáculo no debía haber nada que exaltase su imaginación, y sin embargo sucedió que después de algunos minutos de silenciosa contemplación, M. de Valtravers experimentó algo semejante á lo que hubo de sentir Cristóbal Colón cuando vió salir del seno del Océano las riberas del Nuevo Mundo.

Valtravers había nacido en 1760. Ahora bien, gracias al *Esquillo* de Rousseau, fue moda en aquel tiempo entre las clases más elevadas de la sociedad francesa, el completar la educación con el aprendizaje de un oficio cualquiera. El ejemplo venía de muy alto: en 1780 el rey de Francia era lo que se llama un buen cerrajero: todo gran señor debía saber un arte mecánico, así como las grandes señoras debían alimentar á sus hijos por sí mismas. Generalmente hablando, todo esto se practicaba porque era moda, sin previsión y sin formalidad ninguna: los hombres jugaban al trabajo y las mujeres á la maternidad; estas se prestaban al espi-

cho del día, mas bien que á lo que dicta la naturaleza, y aquellos no sospechaban, al manejar la lima ó el cepillo, que se iba acercando la hora en que los hijos de familia tendrían que vivir con el trabajo de sus manos.

— A la vista de aquellos cachibaches, ante los cuales le había conducido el acaso ó mas bien el instinto de una misteriosa vocación, M. de Valtravers se acordó que sabía labrar el ciano y el marfil. En efecto tres meses después pasaba por el Buenvoto Cellini de Nuremberg, en cuanto al torneado de las piezas de carpintería. El hecho es que en menos de tres meses logró hacer maravillas con la madera. Sus trompos eran muy estimados, pero donde descollaba era en los cascañeces que por su delicadeza de trabajo pasaban por otras maestras; tambien los hacía de marfil que se compraban como preciosas joyas. La moda vino en su ayuda y como las miniaturas de madama de Fresnes gozaban ya de una reputación muy bien establecida, sucedió que durante dos años, no hubo en la antigua ciudad alemana una persona bien nacida que no sirviese de modelo á la marquesa, ni que llegase á partir una avechana sin la intervención del emigrado francés.

Sin embargo, muy diferentes en esto á ciertas juntas, nuestros dos artistas no se enorgullecían con estas glorias, y si publicamente daban á sus talentos un alto precio, solos en la intimidad, no se felicitaban de ello. Después de haber trabajado cada uno por su lado, se veían de noche, y entonces principalmente las escenas curiosas, cuando la una presentaba en su gabinete la rubicunda faz de algún grueso nurembergense, mientras el otro sacaba de su bolsa una media docena de cascañeces fabricados del día. Ambos se reían como unos niños, sin otro que aquella alegría que le debían al trabajo, al trabajo que les hacía mejores y mas felices que lo habían sido en los pasados tiempos de sus prosperidades. En cuanto al marqués, éste seguía en la persuasión de que el ganar la vida solo la canalla debe hacerlo, y que un noble que se respeta debe saber morir como un senador romano, mas bien que descender al nivel del populacho, trabajando. Sordamente le estaba incomodado con su mujer, despreciaba soberanamente al caballero y no se mordea la lengua para manifestárselo. Lo que le exasperaba sobre todo, era el hallarlos ocupados todo el día y de muy buen humor, en tanto que el se moría literalmente de ese profundo fastidio que acarrea siempre la inacción. Sin embargo el marqués, aunque seguía respetándose, comía con el mayor apetito, se arreglaba sin escrúpulo ninguno á los beneficios de la asociación, mostrándose en muchas cosas tan pueril y aun acaso mas exigente que si hubiese estado en su palacio á las orillas del Vienne. A la hora de la comida, cuando estaban reunidos los tres, era cuando el caballero exhalaba gustoso sus quejas de mal humor.

— Pero marqués, exclamaba á veces el caballero, donde estaríais ahora sin las miniaturas de la marquesa?

— Y sin los cascañeces de vuestro amigo? añadía riendo la marquesa.

M. de Fresnes se enojaba de hombres, hablaba de quemar sus pergaminos, subía á sus antepasados que perdían: sen á su madre, y se quejaba de no tener en su mesa buen vino de Burdeos.

Madama de Fresnes y M. de Valtravers, cuando conocieron que tenían asegurado el bienestar doméstico, obedecieron á un sentimiento mas desinteresado y poético que se iba desarrollando en ellos insensiblemente, sin saberlo. Ambos habían pasado poco á poco los límites que conducen del oficio al arte, como la escala de Jacob que subía de la tierra al

cielo. La marquesa principió á hacer copias en pequeño de los cuadros de maestros antiguos, y tan bien salió con su empresa que la jente se disputaba ansiosa sus miniaturas llamadas de Holbein y de Alberto Durero. Por su parte el caballero se entregó y se aventuró en la escultura de maderas, y tanto sobresaló que se volvió en este género uno de los artistas mas eminentes de Alemania. Aun se enseña en el día en la catedral de Nuremberg un púlpito obra suya. Los ornatos, perfectamente ejecutados, no son todos ellos de un gusto irrepachable, pero la escultura principal que representa á San Juan predicando en el desierto, es una de las mas bellas que hay en Alemania, y podría ponerse en parangón con los artesanos escultores que se ven en Venecia en la iglesia de *San Giorgio Maggiore*.

El arte, además de los gozos que procura, por humilde y modesto que sea, eleva siempre el corazón, engrandeciendo el espíritu y abre al pensamiento horizontes mas anchos y serenos. Esto es lo que le sucedió á la marquesa y al caballero: ambos llegaron poco á poco á romper enteramente el círculo de las ideas mezquinas en que su nacimiento y su educación los había tenido hasta entonces encerrados. Los dos reconocieron la aristocracia del trabajo y de la inteligencia, y como dos mariposas escapadas de la crisalida, salieron de su cárcel estrecha y limitada para entrar triunfantes en la gran familia humana. Entre tanto el marqués, devorado por el tedio y el fastidio, continuaba consumiendo sus dias en deseos impotentes y estériles sentimientos, hasta que llegó una hora en que devolvió su alma al criador; su mujer y su amigo le lloraron como á un hijo.

Algunos meses después, en 1802, á la llamada del primer consul, pasaron el Rhin y volvieron alegremente á su patria que estaba ya regenerada como ellos. Hacia mucho tiempo que ambos habían llegado á comprender y habían aceptado en fin las nuevas glorias de la Francia, y al poner el pié en este suelo heroico, sus corazones se estremecieron, y dulces lagrimas corrieron de sus ojos. Como la mejor parte de sus dominios era propiedad nacional, obtuvieron facilmente el permiso de volver á sus casas, y los años de destierro que habían pasado fueron para ellos un largo sueño; únicamente á su vuelta se habían despertado jóvenes, después de haberse dormido casi decrepitos. Apenas había entrado en posesión del castillo de sus padres, el caballero se apresuró á llamar á su hijo á una hermosa y casta criatura á quien había amado en Alemania y con quien se casó; pero esta murió en breve dejándole un hijo para consuelo. Este niño pasó su infancia en su padre y madama de Fresnes, que se consagraron á criarlole esclusivamente; y continuaron viviendo religiosamente en su retiro haciendo mucho bien, ocupando sus ratos de ocio, extraños á toda ambición y sordos á los rumores del mundo. De todos los hábitos del trabajo es á la vez el mas raro y el mas imperioso: la marquesa seguía pintando como en el extranjero, en tanto que el caballero se levantaba por las mañanas con el alba, y trabajaba el nogal y el ébano como en otros tiempos. La lectura, el paseo, las delicias de una intimidad cuyo encanto no había envejecido, y la educación del joven Mauricio, absorbían el resto de sus dias, siempre cortos cuando se trabaja y cuando el corazón ama tambien un poco.

III.

Una tarde, pues, sentados el uno junto el otro, estos antiguos compañeros se complacían en recordar los dias que

habían pasado juntos, cuando descubrieron por una calle de árboles, á los dos jóvenes que hemos dejado ya junto á la verja. Cuando la joven llegó al peristilo, subió los escalones lentamente con aire grave y un tanto conmovido. La marquesa y el caballero se habían levantado para recibirla.

La joven sacó de su pecho una carta que besó primero respetuosamente, y que entregó enseguida á M. de Valtravers, el cual examinaba con un sentimiento de benévola curiosidad á aquella joven á quien veía por la vez primera. El viejo noble abrió la carta y la leyó. En pie, con sus delgados brazos puestos sobre su pecho, serena en su dolor, digna en su humildad, la joven permanecía con los ojos bajos mientras madama de Fresnes la miraba observándola con el mayor interés, y mientras el joven que la había traído prescribía á algunos pasos de distancia aquella silenciosa e interesante escena.

Munich 13 de Julio de 18...

Próxima á abandonar el mundo, en frente de la eternidad que bien luego debe comenzar para mí, no dirijo mis últimas miradas hacia el cielo, sino hacia la Francia, hacia vos, hermano mío, á quien tengo mis brazos suplicantes en nombre de la que fué mi hermana y la esposa que elegisteis vos. Ah! Mucho ha parecido esta casa que tan próspera conocisteis en otros tiempos! A dónde fueron las alegrías, de aquel hogar doméstico donde vinisteis á sentaros mas de una vez! La tumba encierra ya á todos los míos. Mi marido no ha podido sobrevivir á su fortuna, y yo también, desgraciada de mí, siento también que voy á morir luego. Muero, y soy madre, lo que es morir dos veces, oh Dios mío! Cuanto leáis estos renglones, único tesoro, única herencia, que dejare en el mundo, mi hija no tendrá mas apoyo que vos sobre la tierra; cuando llegais en vuestras manos este papel humedecido por mis lágrimas, mi hija estará en vuestra presencia, sola, despues de un largo viaje, quebrantada de dolores y de cansancio, sin otro amparo que vuestro techo, sin otro apoyo que vuestro corazón. Oh! Por el dulce lazo que tan caro os fué, y que la muerte no ha roto aun sin duda, por aquella Alemania tan hospitalaria para vos y que fué largo tiempo vuestra patria, por mi familia, que también lo es vuestra, por la adorable criatura que os llama por mi voz en esta carta, no rechacéis á mi hija infortunada! Recoged y abrigad en vuestro seno á la pobre paloma caida de su nido. Y tú, á quien no conozco, pero á quien he confundido siempre con mi hija en un sentimiento de ternura y de amor, tú, hijo de mi hermana, si tu madre te ha dado su alma, serás bueno y también fraternal para mi amada Magdalena. Protégela, enlida de ella cuando tu padre no exista, y no olvides nunca que la huérfana que el cielo nos envía se vuelve á veces el ángel tutelar de la casa que se ha abierto para ella.

— Ven, hija mía, ven á mis brazos! exclamó el caballero cuando hubo acabado de leer la carta, bien venida seas, hija mía, bajo el techo de tu anciano tío. Sin la triste causa que te trae, bendeciría mil veces esta hora y tu llegada sería para nosotros una fiesta. Marquesa, es mi sobrina, añadió estrechando en sus dos manos la cabeza juvenil de Magdalena; Mauricio, es tu prima, es una hermana que viene del país de tu madre.

La huérfana pasó de los brazos de su tío á los de la marquesa. Madama de Fresnes había perdido una hija única cuando estaba en la flor de la juventud, á la edad poco mas ó menos de Magdalena, y todos los infortunados que han debido sufrir esta horrible desgracia, las madres sobre todo, tienen una inclinación irresistible á encontrar señales visi-

bles y palpables entre el hijo que les llevó la muerte y todos los que siguen viendo en su vida; tiernas ilusiones del amor y del dolor que transforman todos los rostros frescos é inocentes en otros tantos retratos vivos del ser adorado y perdido ya! La marquesa se sintió conmovida con una simpatía natural hacia aquella blanca criatura que acababa de aparecersele como una imagen de su hija. Magdalena tenía los mismos ojos y la misma mirada, la misma expresión sencilla y triste particular á las personas que han sufrido.

Dispuesta de este modo á la primera vista, ya puede juzgarse si madama de Fresnes con su genio y aquella naturaleza generosa con que el cielo la dotara, acogiera con entusiasmo á la tierra extranjera. Apretóla contra su seno, la prodigó los nombres mas tiernos y la cubrió de caricias y de besos. El joven también tuvo su turno.

— Cómo! Eráis vos, primo mío, le dijo sonriendo á través de sus lágrimas. Eráis vos el niño Mauricio! Me había figurado que seriais una criatura de mi edad.

Mauricio la besó cordialmente, apenas había podido nunca imaginarse la posibilidad de tener una prima.

Sin embargo el caballero daba sus ordenes y á cada uno de sus viejos criados le decía:

— Ya tenemos en la familia uno mas.

Si aquella tarde pudo ver la acogida que había recibido su hija en Valtravers, la madre de nuestra heroína debió encontrarse en el cielo contenta y satisfecha.

La venida de Magdalena no cambió en nada la vida que se llevaba en el palacio. Magdalena era una muchacha piadosa, sencilla, modesta y ya grave y formal, que trataba de ocupar siempre el último puesto, y que pasaba la mayor parte del tiempo silenciosa, inclinando la cabeza sobre su labor. En pocos días supo ganarse el cariño de todos los de la casa por su dulzura y bondad. En cuanto á su fisonomía, nada nos es lícito decir: Magdalena se hallaba en esa edad ingrata en que ya se acabaron las gracias de la infancia sin haber despuntado aun las de la juventud. Magdalena no puede decirse que era hermosa, y apenas podríamos afirmar que prometía serlo. Antes de pronunciar un fallo sobre este punto, es prudente siempre esperar un poco, tanto mas cuanto que en ese periodo de transición se efectúa seguramente en la mujer un trabajo misterioso al cabo del cual la fealdad se transigura así como otras veces se oja la flor de una belleza aparecida con demasiada prontitud. Tal como era, la marquesa y el caballero la querían con un tierno amor, y Magdalena pasaba su vida entre las dos habitaciones vecinas, que á decir verdad no hacían mas que una.

(Se continuará.)

HONORATO FRAGONARD.

En las pocas líneas que hemos escrito ya relativas á Honorato Fragonard al hablar de su *Fuente del Amor*, quisimos dar una idea clara aunque sucinta, de la vida entera de este pintor, así como de los diferentes estilos que ha seguido.

Hoy entraremos en pormenores mas circunstanciados sobre las dos composiciones de Fragonard que presentamos á nuestros lectores.

La *Fuente del Amor* fué hecha muchos años ántes que la *Cuna*, y reflexionando un poco en las grandes cambios que ocurrieron en la nación francesa, desde Luis XV hasta Luis XVI, podrá conocerse facilmente la época precisa en que nacieron cada una de estas dos composiciones. Es evidente que la *Fuente del Amor*, fué pintada bajo el reinado de

Luis XV, cuando todo estaba sujeto á la galantería, cuando las cortesanas, sentadas en las gradas del trono y á veces en el trono mismo, se dignaban proteger las artes y pedían composiciones á los artistas... Y qué otras podían pedir sino *Fuentes del Amor*, ó cosas análogas, en donde el amor que les habla hecho casi reinas, debía descolgar entre todo.

Mucho mas afortunado que Boucher, Fragonard supo al menos dar á sus alegorías eróticas un buen dibujo y hermoso colorido y sobre todo la vida y la realidad que faltaron con mucha frecuencia en el pintor eterno de las escenas pastorales.

Cuando estaba en todo su apogeo la filosofía del siglo XVIII, cuando dió Diderot sus dramas *bourgeois*, cuando



La Cuna.

vió la luz pública el *Enlío* de J.-J. Rousseau, y por último cuando Greuze inspirado por estos dos escritores por el primero sobre todo, mostró al público una serie de pinturas cuyos asuntos estaban sacados todos de la vida interior é íntima de la familia en su parte mas suave ó mas dramática, entonces se acabaron ya todas aquellas escenas amorosas reales ó alegóricas, tan bien miradas por toda la generacion que acababa de extinguirse ó que dejaba el puesto en aquel mismo instante á la juventud que iba entrando en el mundo, con una predilección marcada hacia las severas costumbres de Roma y de Sparta que ya se estaba disponiendo á imi-

tar, que bien luego debía dejar atras muchas veces, y que muchas otras debía también parodiar.

En aquel tiempo fué cuando Fragonard pintó la *Madre Feliz*, la *Fecundidad dichosa* la *Cuna* y otras escenas de la vida modesta y del hogar de la familia. En este nuevo género se lució también. Como ya hemos dicho, su genio se prestaba á todo, y el que quiera estudiar atentamente las infinitas bellezas de la *Cuna* se convencerá facilmente de que Fragonard sentía y comprendía hasta lo sumo esta clase de asuntos.

J. J. ARNOUX.

POESIA DEVOTA.

ORACIONES PARA LA CONFESION Y COMUNION

SACADAS DEL

DEVOCIONARIO POETICO.

I.

ANTES DE LA CONFESION.

Heme, Señor, a tus divinas plantas
Baja la frente y de rubor cubielta.
Porque mis culpas, ¡y de mí! son tantas
Que tengo miedo a tus santísimas castas.
Y el pecho mío a respirar no acierta.
Yo del vicio entregado al desvarío:
Tú de toda virtud recorta flores!
Yo criminal y vil, tu santo y po...
¿Cómo es posible, oh Dios, oh padre mío,
Que que a tu vista levantar la frente?
Mas ¡ay! que conmutar la honra hebras
De esos divinos regalados ojos,
Que condensar a noche tenebrosa;
Y esa noche es horrible, es espantosa.
Para el que gime ante sus pies de ministros.

Heme florista ya, padre adorada,
Para mirarte y moderar mi albedío.
Mas no en muestra de esplendor cercano...
Miradme, padre mío, no cruz clavada,
Porque solo en la cruz mirarte puedo.
¡En la cruz, en la cruz! ¡Oh suplicada
Señal de redención! Ya en tanta pena
Mi vista en el madero está clavada:
Ya here me pierdo en tu mirada
Que el que muere por ti no se condena.
Mi culpa, santo Dios, es horrenda;
Pero aunque tanto son mis desvarios,
¿Cómo dudar de tu clemencia hebras,
Cuando lo veo en esa cruz placida,
Ambos los brazos á estrecharme abiertos?
Yo con los míos en amante lazo
Te pido al noo apretar el costillo,
Y vida y alma te dare en mi albrazo.
Y lloraré, Señor, en tu regazo
Hasta lavar mi criminal delito.

¡Dávos que te levéis! ¡Corona esposa
Que vides con dolor en la tierra frontal!
¡Cruz de su sangre de correr en el cal!
Vosotros enseñáis que hago promesa
De reformar mi vida delinciente.
¡Redime de ella traidos, oh instrumentos
De la sacra pasión! pero entretanto,
Ejército á mi Dios estos momentos
Conque en abogados, ligeros aceros
Perdoné el pido deprimido flauto.
¡Piedad, Señor, piedad! Señal estraviada
Fue la mía hasta aquí; mas ya la ovaja
Vuelve al redil que abandoné culpado:
No te niegues, Señor, á darle entrada
Cuando te llamo con doliente voz.
Si me desechas tú, padre amoroso,
¿A quien acudiré que me reciba?
Tú al pecador dilijate generoso
Que no quieres su muerte, ¡oh Dios piadoso!
Sino que flore, y se convierta y viva.
Cumple en mí la palabra que me has dado,
Y escuché el susurro de mi corazón profundo;
No te atrevas, Señor, de mi pecado:
Pienso tan solo que en la cruz clavado
Reza, Dios mío, el redentor del mundo.

II.

DESPUES DE LA CONFESION.

Tu doliente, Señor, la lengua mía
Te ha confesado mi malicia extraña:

Tu mi pecho lanzó la carga impía
Del pecado cruel que te oprime.
Como pesada plúgima mortuoria.
¡Oh, cómo se oírte que se alivia el triste
Contando penas y vertiendo llanto!
Por eso, cuando al hombre redimiste,
La confesión por bálsamo le diste,
Y la levante á Sacramento santo.

Mas ¡ay! que si con nuevo desafío
Por la senda del mal la planta llevo,
En vano el alma á desviarme vino,
Que volver á dejar el buen camino
Se condenearse, eterno Dios, de nuevo.
Yo sé bien que mi culpa ha perdonado,
Porque el dolor que siento me lo dice,
Y me lo dice tu crucificado:
¡Pero qué es el perdon hoy alcanzado,
Si sin embargo al error vuelvo inclinado?
Tú de mi compasión, Dios infinito;
Y por la vida abandonada pasada
Con pecho ya te prometí construir,
Dame la gracia tu que necesito,
Para cumplirte la palabra dada.

¡Porque yo sin tu auxilio soberano,
Buen Jesús, nada soy; y aunque ambiente
Friedad el pecho oírte, es todo en vano,
Si tu divinis omnipotente mano
Me abandona, Señor, un solo instante.
Imprimo en mis entrañas, Dios eterno,
El tener salvable de olvidada,
As porque asíste el espantoso averno,
Sino porque eres tú mi padre eterno,
Y por solo no mas, debo quererte.

Dame vencer la fuerza prodigiosa
De la herza pasión que me domina,
Que es sagrada mi muerte ignominiosa
Si del vicio cruel que mas me acusa
No me redime en bondad divina.
¡Que que suertes á los brillantes seductores
Que en robarme á tu amor el mundo emplea
Bunque solo en tu cruz mis recordadores,
Y pensar en el Dios de mis amores
Mísimas gloria y mi delicia sea.
¡Féudo poderoso en la alma mía
De tu celeste espíritu los deseos;
Y si esto alcanzo de tu mano mía,
Cantaré tu alabanza noche y día,
Y darte tu bondad á las naciones.

Porque tú eres mi Dios, y de tus leyes
Baseñaré á los hombres el camino
Sin distinción de seditios ó ruyas,
Y resucitaré las humanas greyes
El bien decidas que de ti me vino.
Y los lazos, Señor, en sus virtudes
Se aferrarán mejor cuando lo sepan,
Y cantarán tus almas celestiales.
Con quantos hijos en sus fuerzas quepan.
Y los malos en mi vezan pasados
De tu clemencia el castigo ejemplo,
Y borran sus crímenes pasados,
Y corren, Señor, apresurados
A arrodillarse en tu sagrado templo.
Y será tu bondad misericordia
Por cuanto el sol con sus fulgores dora,
Porque eres Dios de paz y Dios de vida,
Y tu gracia jamás niega cumplida
Al que tu auxilio y tu favor implore.

III.

ANTES DE LA COMUNION.

Como en su sed ardiente
Anda, Señor, el cervo
Las aguas de la fuente,
buscando con los ojos tristemente
Baudal que calme su dolor acerbo:

Tal el anima mía,
De sed mortificada
Tu día y otro día,
La fuente anhela que desate pis
Mi triste lengua al paladar resaca.
Tú, que en el arco estío
Haces bajar al prado
La lluvia y el rocío,

¡Negarás á tu siervo, Padre mío,
El refrigerio en su dolor ansiado?
¡Oh Sacramento augusto
Que divinal te ofrece
Al hambre y sed del justo,
Y misterioso á la visión y al gusto
De la espiga y la vid fruto parece!
Tú de mi triste pecho
Mitigarás dichoso
El afamar desolado.

Y á la llama que en el sed ha hecho
Cura serás, y bálsamo amoroso.
Mas tiembra, anima mía,
Que en el raudal preciado
Que Dios al justo envía,
La muerte heaca quise beberlo ansia
Con labio impuro á corazón manchado
Pecho de culpa exento,
Sin sombra la mas leve,
Exige el sacramento;

Pecho que al limpio azul del firmamento
Y al ampo caedó de la blanca nieve.
¡Es el mío, Dios santo,
Tan cándido y tan puro,
Que gracias á mi llanto,
Morada ofrece á sacramento tanto
Donde de ultraje está libre y seguro!
Yo, Señor, tanta hambre
A mirar no me atrevo
Sin ansia y pesadumbre,
Porque ignoro si en fe de la costumbre
Lloré mi culpa y delinquí de nuevo.
Mas si el pasado impio
Menchó, sin yo notarlo,
De nuevo el pecho mío,
Concedéme, Señor, en mi estruero
Nuevas lágrimas tú para llorarlo.
Yo volveré mi mano
Mientras de mí lo exija
La voluntad que adoro,

Hasta que el puro celestial tesoro
El pecho mío por albergue elija.
Tú Dios del firmamento,
Que ves vagar sin calma
Mi triste pesamónico,
Pronuncia en mi favor un solo acento,
Solo un acento, y sanará mi alma!
Yo sé que el pecho indigno
No puede albergar darte
De tu grande digno;
Pero suene tu voz, Padre benigno,
¡Suene! y podrá en el aposento.
¡Es ella! ¡Oh me ha engañado
Mi deseo fornicador.
No, no me ha fascinado!
¡La palabra de Dios ha resonado.
¡Llega, alma mía, acercate á la fuente!
En ella el pan de vida
Se brinda al pecho justo:
¡Ella á tu solo comida!
Con la sangre de Dios por tu bebida.
¡Llega alma mía al sacramento augusto!

IV.

DESPUES DE LA COMUNION.

¡Qué regalada calma
Por mi pecho se esparce deliciosa!
¡Qué ventura inmortel, dulce, amorosa,
De inefable placer inonda al alma!

¡Hay, pecado impío!
¡Hay bramando al espantoso averno,
Que está lleno de Dios el pecho mío!
Su Providencia santa
A su imagen crióme en alta suerte,
Y traí libramos de la eterna muerte.
Hoy del polvo á los cielos me levanta.

¡Hay pecado impío!
¡Hay bramando al espantoso averno,
Que está lleno de Dios el pecho mío!
El cuerpo de mi amado
Dentro del mío está ándole vivo.
Y el raudal de su sangre esclarecida
Alfraldó de mi sangre se ha juntado.
¡Hay pecado impío!
¡Hay bramando al espantoso averno,
Que está lleno de Dios el pecho mío!
¡Oh, boy mas mi solo anhelo
Sera del vicio desentzar el dolo,
Brutando alegre en mi Jesús tan solo
Mi placer, mi delicia y mi consuelo.

¡Hay, pecado impío!
¡Hay bramando al espantoso averno,
Que está lleno de Dios el pecho mío!
¡Oh, si en aquesta instante
Tanta mi feñca y mi ventura fuera,
Que á mi Señor unido, en el martirio
Sin temor de perderle en adelante!
¡Hay pecado impío!

¡Hay bramando al espantoso averno,
Que está lleno de Dios el pecho mío!
Tú de mi vida el plano
Cual te agrada, Señor, copia ó dilata:
Mas no permitas que la culpa ingrata
De mi celeste tesoro desate el lazo.
¡Hay pecado impío!
¡Hay bramando al espantoso averno,
Que está lleno de Dios el pecho mío!

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPES.

LA TORTA DEL DIA DE REYES.

Las almas sencillas, no pueden menos de enternecerse con el recuerdo de esas horas de alegría en que las familias se reúnan en torno de las tortas que retrazaban los proscritos de los reyes magos. El abuelo, retirado durante el resto del año en el fondo de su aposento, volvía á aparecer en aquel día como la divinidad del hogar paterno. Sus nietos, que desde hace mucho tiempo no pensaban sino en la deseada fiesta le rodeaban por todas partes y le rejuvenecían con su juventud. Todas las frentes respiraban la alegría, los corazones se ensanchaban, la mesa del festín se adornaba maravillosamente y cada cual estrenaba un vestido nuevo. Al ruido del choque de los vasos y en medio de las carcajadas, se hacían soberanos con esas coronas que no costaban ni cuidados ni lágrimas. A veces, una trampa, que redoblaban la alegría de los súbditos y no escuchaba mas que las quejas de la reina, hacía caer la fortuna en la hija de la casa y en el hijo del señal que acababa de llegar del ejército. Los jóvenes se sonrojaban, con el peso de sus coronas, las madres se sonreían y se repelían en toda la cristiandad desde el primer palacio hasta la última choza...

Esta descripción tomada del Geato del Cristianismo de Chateaubriand parece haber sido escrita para el cuadro de Grouze. En él se encuentran todos los pormenores indicados por el escritor; el abuelo, los nietos, la madre, y hasta si se

quiere, el joven vecino sentado junto á las dos jóvenes esperando con ansiedad el resultado de la suerte que debe darle el derecho de elegir una reina.

Bien que la fiesta de la torta del día de reyes no se celebra ya mucho en el día, sin embargo la costumbre se conserva intacta en las aldeas y en los pueblos de las provincias donde los usos antiguos resisten mucho mas tiempo á la acción de la moda y á los cambios que esta trae consigo. Por consiguiente este aniversario sigue dando margen como antes á las reuniones de familia donde el abuelo, el hijo del rey *del* *hava*.



La torta del día de Reyes. — Dibujo copiado de Treutz.

so á que podía dar lugar esta fiesta. En Cambridge existía un poema manuscrito de Tomas Neagorgus del cual vamos á citar algunos pasajes, relativos al asunto que nos ocupa.

«Llega por fin el hermoso día de esos reyes magos, que guiados por una estrella vinieron de la Persia para ofrecer sus dones al Cristo recién nacido. Por todas partes se ha hablado de esos tres reyes.

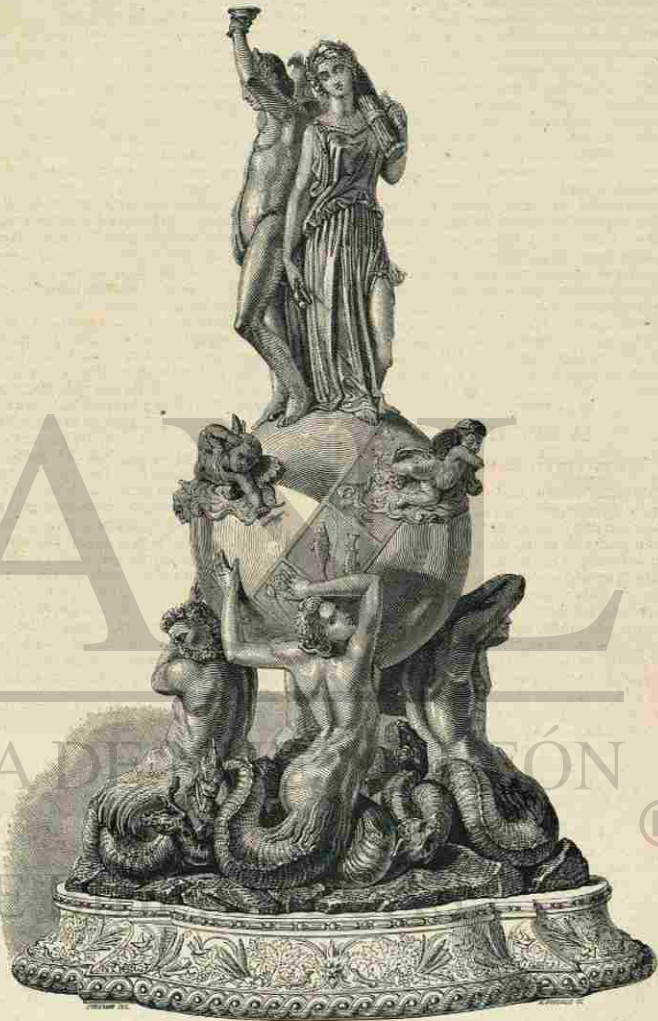
«Muchos convidados se reúnen entónces y eligen un rey por medio de la suerte, ó por el sufragio. El rey elige sus ministros, y enseguida se principia la fiesta que se prolonga muchos días, multiplicándose los festines hasta que se vacían los bolsillos y hasta que los acreedores se presentan.

En ciertas partes se guarda su parte á los ausentes á quienes se quiere, conservándosela con el mayor cuidado. La preocupación popular dice que si el pedazo de torta no se echa á perder, es que se halla bueno aquel á quien está destinado.

Regularmente se guarda tambien una porción para los pobres, que estos vienen á pedir luego cantando unas coplas.

En el siglo XVII los sacerdotes de San Sulpicio atacaron vivamente el uso de la torta de los reyes, si bien es cierto que ya mucho tiempo antes se habian demostrado los esce-

EXPOSICION DE 1850-54.—PLATERIA Y ESCULTURA.



Grupo de figuras cinceladas.—Modelos de M. J. J. FRECHER; cinceladuras hechas bajo la dirección de M. FROSTY-MEURICE.

T. II.—PARIS.—LVP. BLONDEAU.

gabase su corte. Carisima en tanto estremaba una gala por día, non dándosele un figo de ir á la tumba con palma.

Pero otra cosa estaba de ayuso. Figurádvos pues, amados leyentes de la mi leyenda, que un fermoso día de mayo, á la tardecita, monta á caballo la novia de oro (ca los caballos, como no hablan de casar con ella, llevábanla á cuestras é ton reventaban) é métese por un otero, é cae el caballo con la gínela en un charco, é por poco la estruja, con no ser de oro. Gabalgaba en pos de ella un palafrenero mozo, que aquel propio día fué recibido en palacio y gríóse Carisima que fué sacara de entro caballo é todo é sanadamente respondió el palafrenero, que segund la cartilla que leida le fuera en la misma mañana, tocabale á él solleva al caballo, no emperó levántar, ni tocar de sus manos á su ama, ca esto era privilegio del su caballero. Á Si vos no me alzaredes, dijo jiniendo Carisima, non podrá yo, ca por mi cuenta deho estar deslomada. — Veámoslo pues, repuso el remirado palafrenero; é retallando roviamente el látigo sobre el palafren é la dama cual si enderezarles quisiera un azote fierisimo, asustáronse al estridor é alzárónse entrambos. — Loado sea Dios, é prosiguió el mozo: Carisima, enojada por el susto, embióse á sacar al palafrenero los ojos; mas al reparar cuánto eran lindos, aquí-tóse de súbito é mandóle ir por las vecinas casas en busca de ropas con que mudar las sayas, todas encenagadas. Fue el palafrenero é tornó con una camisa de fino cáñamo é un jubón é saya de rica bayeta, que bobose de vestir á falta de otros la Condesca: é al apearse el palafrenero para dar el hábito á su ama, acogiósele el caballo, é siguióle el de Carisima como buen compañero. Hételes á los dos á pie, solicos, lejos del palacio, é la noche que viene. Andan é callan al prouio, andan é departen despues é departiendo echa la Condesca de ver que el palafrenero Justino habla como un calonge, amén de ser bello como un angel de retablo, é prendese sin mas del palafrenero. Mas el dolor de la cañita molesta á la pobre moza, é cogea; nótabo Justino, é ovidiando ya la cartilla palafreneresca, toma á Carisima en brazos para echársela al hombro. ¡Oh fuerza del amor poderosa! Carisima, que poco antes habiera sacado al Justino los ojos, grita como si la mataran, é pugna por abajarse cuando el palafrenero se la echa encima, tímoresca de tornarse de oro é atorillar al mancocho, el cual en efecto la deja. Disimulando pues el dolor, esforzándose á sonreír, magner sin gana, prosiguió andando Carisima, é fizole contar su historia á Justino, é sopo que habla madre vieja é dos hermanas que el mantenia; que en la su aldea fuera rey de gallos ocho carnestodas arreo: que non fuera de otro igualado en el manejo del látigo, con el cual, sin daño le hacer, gobernaba á su gusto el potro que mas cocaba; é por fin, que dejado habia en el pueblo una novia, con ánimo de no se casar mientras non pusiera en estado á las hermanicas é ganara para mantener honradamente á la vieja: Carisima lagrimó bien de vegadas, oyendo la tierra relacion del mancocho; é pidió á su amita perdon del susto; dióle ella á besar la mano: píusose el de fingios para besarla; quisole ella alzar; é al abajarse ella é levantarse él, tropezaron los labios de la moza con la frente del mozo, é oscularon hy mal su grado, con un buen cosecorron, que les fizó perecer de risa. La madre é las hermanas fueron traídas é acomodadas en palacio al otro día.

No puede el amor absconderse: Carisima no vivía á gusto, salvo cuando plateaba con el palafrenero, rey antes de gallos; por el facia merced á cualquiera; para él solo se engalambu. Nótole el padre, pescudó á la hija, confesó ella,

duscaron al magico. — Padre Babieca, dijo Carisima, yo quisiera ser de Justino: pero non quisiera estrujarle. — Babieca amigo, díjole el Conde, mozo que tan gallardamente menea el látigo, paréceme cortado aposta para marido é para príncipe; otro yerno apeleciera yo; pero á este apetiese mi hija, é yo non he asaz de brio para emparselar á ella é descabezar á él, como barrunto que convendría: pedid á los astros por esta vegada ahorren al novio de cargar con la novia. — Imposible, respondió el trujaman de las estrellas: Justino ha de traer á Carisima desde su palacio hasta mi choza; pero en vez de tornarse de oro en tomándola auestas, púedese tomar de pluma, en vistiendo la saya gorda que Justino le trujo cuando se entoló en el otero. — Farto me duele, repuso la yata Carisima, haberme de casar con vestido tan feo: pero cásceme yo á la pobreza, que yo me ataviaré luego á lo príncipe. — Mátaredes á vuestro esposo, dijo Babieca: en tomando mas vuestras galas, ellas, mal grado vuestro, vos farán saltar sobre el triste Justino, trocada en oro, é será del lo que fue de los tres malaventurados. — Carisima gimió de lo hondo del alma: recobrandose, empero, dijo: — Tanto quiero á Justino, que porque á él no avenga daño por mí, aun tomaria un clicio á raíz de las carnes por toda mi vida: vestire bayeta. — Lloró aquí el padre, lloró el magico, bendijieron y besaron á la mochacha, é despedieronse fasta el día siguiente. Llegada Carisima á su aposento, juntó sus galas é sus dineros, é repartió todo entre los pobres, apartando un gran regalo para Babieca. Mal duermen las novias la noche antes del desposorio: Carisima durmió mejor que ninguna é sobre una buena accion, é que dulce es el sueño!

Anoche, vistióse Carisima sin hacer dengues la honesta ropa, é vistó, que asombro! mas bizarra parecia con aquel pobre hábito, que con sus galas de costa enorme: é qué mejor gala que amor é virtud? El cura, padrinos é testigos ya estaban en casa de Babieca; millares de millares de homes é fembras, en dos hileras contentados por la guardia del Conde, facian calle del palacio á la choza: Justino andaba forastero é non sabia cosa: bajaron Salomon é Carisima á esperarle en la plaza de armas. Ya viene, ya llega: mirante todos; inquietud aguda les embarga la voz; ningún resuello. Dice el Conde á Justino: — Toma en hombros tu novia... Aquí gritan todos, amarillos de espanto. Adoraba Justino en Carisima, magner nunca lo dijo: sabia que era muerto quien la alzara en hombros en guisa de amante; parecíole dulce muerte la que de ella viviera, y sin dudar un punto, echóla los brazos diciendo roviamente al alzarla: — Carisima, mirad por mi madre. — ¡Qué pasmo! é que gritaría de júbilo estando victor que el feliz Justino, gallardeándose con la fermosa carga, mas leve que pluma, arrancó de carrera con la celeridad de quien va hacia la dicha! Poblóse de capas el suelo, diñósele de bendiciones el aire. Recibieron las del clérigo los dos amantes, y Carisima, que fasta destonce fuera llamada la *Novia de Oro* por su alto merecimiento, por su inestimable valia.

Remata su corónica el Maestro Ferruz con estas palabras: La mujer perdida por galas es la ruina de su marido: no le honra con ellas cuando le enduena; le escarrece é desdora. No ama á su esposo quien no cuida su hacienda: á tal desamor y descuido siguen muy de cerca lastimosas desgracias.

JUAN EUGENIO HARTZENBACH.

DAVID TENIERS (EL JÓVEN).

Hay nombres que despiertan en la imaginación mundos enteros de cosas y de ideas, con tal precisión y claridad, que ni la vista material podría añadir nada á esta revelación. El de David Teniers el jóven es uno de estos nombres: todo el que ha visto uno de sus cuadros, conoce los Países Bajos y sus pueblos, trages y costumbres como si hubiese pasado en ellos una gran parte de su vida. Teniers en efecto, no ha omitido en sus lienzos nada de lo que tiene relacion con los actos cotidianos de sus compatriotas; todo lo ha pintado

con una sencillez y una gracia inimitable; la sai cómica no le falta jamás; no puede darse un dibujo mas justo y expresivo que el suyo, y por último nadie supo dar nunca unos toques tan finos, acertados, brillantes y graciosos como los suyos. Donde sobre todo se presenta inimitable es en las escenas de taberna, y en los asuntos rústicos: su soltura y su calor de imaginación no tiene igual en los asuntos de los alquimistas y cuadros diabólicos, lo mismo que en las batallas, en los animales y en los cuadros de historia. Cuando toca á las cosas sagradas es tambien verdaderamente superior: en este caso sabe elevarse hasta la dignidad, hasta la pobleza.



La Kermesse flamenco.

Sin embargo debemos decir al mismo tiempo que ha pintado muy pocos cuadros de este género: el que fué vendido en Roma en 1845, cuando se subió á pública subasta la galería del cardenal Fieschi, es uno de los mas célebres: representa la *Coronación de espigas*, y no puede decirse que sea mala, pero no es de lo mejor de nuestro maestro. Volvamos, pues, al verdadero flamenco, al Teniers de las *Kermesses*, y de las *bodas de aldea*. Detengámonos un instante á examinar el grabado que damos hoy: la casa del tabernero y sus dependencias forman las cuatro quintas partes del horizonte; una estrecha lumbrecita á la izquierda deja ver las llanuras bajas y lisas de Flandes sembradas de hermosos grupos de árboles; el cielo tiene un color ceniciento claro, á causa de las nubes que apenas dejan ver un poco de azul por algunos lados. Este es ciertamente el cielo del norte. Ese sol no madura las uvas, apenas tiene fuerza para madurar el túpulo. Esos toneles vacíos que se hallan en primer término como aquel en que está subido el músico de la fiesta, jamás han estado llenos de vino, nunca han tenido otra cosa mas que cerveza. Esos aldeanos que bailan, y conversan, no han gustado ja-

mas el rico vino, y por eso están de pé, su borrachera de cerveza no será nunca estrepitosa. Cuando ya pierden la cabeza imitan al hombre que se ve á la derecha vuelto contra la pared de la taberna; ademas este hombre se encuentra tan á menudo en los cuadros de David Teniers el jóven, que se le considera como una especie de firma de este maestro.

En otra ocasión daremos otros pormenores mas interesantes de David Teniers el jóven, nacido en Amberes en 1640 y muerto en el mismo punto en 1690. J. J. ARSÓCX.

MAGDALENA

por

JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 106 y 200.)

Su educación lejos de haber estado descuidada, habia adelantado lo bastante para que la jóven pudiese continuarla por si misma, y aun concluiría si era necesario sin ayuda de nadie. Magdalena hablaba la lengua francesa con pureza y casi sin

acento. Como todas las alemanas había estudiado á fondo la música y lo que es mucho mejor, no abusaba de lo que sabía. El caballero y la marquesa la hacían cantar las tirolésas de su país, pero estos cánticos que á ellos les recordaban deliciosamente sus días de pobreza y de destierro, á ella le traían á la memoria cruelmente su madre y su patria ambas perdidas para siempre, y muchas veces los cantos de Magdalena se interrumpían con sus sollozos y sus amargas lágrimas. En cuanto á Mauricio, al cabo de una ó dos semanas, en cuyo tiempo se había creído obligado á hacer á su prima los honores del país apenas aparentó que notaba su presencia: tenía veinte años, con todo el ardor y las agitaciones de su edad, y por lo tanto otros cuidados le agitaban ya. Aquel joven había crecido en toda libertad, mimado por su padre y por la marquesa, que no conocían nada en este mundo tan hermoso y encantador como él. Suayo le había enseñado un poco de griego y de latín, y al mismo tiempo M. de Valtravers, que conservaba siempre la manía de esculpir maderas, le había iniciado en el culto de su arte. El buen anciano le hablaba de orgullo y de alegría, cuando veía á su hijo con la sierra y el cepillo en las manos prometiendo él ser mas aventajado que su padre. Mauricio, por su parte iba tomando gusto en apariencia, á aquel inofensivo pasatiempo, cuando un día hubo de preguntarse, por desgracia, si además del caballero, la marquesa y las esculturas de madera, no habría por ventura algo ignorado de él en este mundo. Al hacerse esta pregunta indiscreta, hija de la turbulencia de la juventud, la respuesta no se hizo esperar mucho: la misma juventud le respondió.

Hay naturalezas tiernas y poéticas veladas en su infancia con una densa niebla, y hay otras por el contrario mas vivas y enérgicas, que en la aurora de la vida se despiertan abrasadas ya con todos los ardores del mediodía. En aquellos, la primera furiación de los sentidos se revela sin explosión ninguna, manifestándose por medio de languidas tristezas, en estas la misma causa, produce agitaciones tumultuosas y grandes violencias. Mauricio participaba á la vez de ambas naturalezas. Alternativamente se veía triste, preocupado, y luego de repente, estaba sobrecogido de ardores sin nombre y sin objeto, impetuoso hasta encolerizarse y sin saber que hacer de la energía salvaje que le consumía, aunque no por esto dejaba de seguir siempre tan afectuoso como antes para su anciano padre y tan lleno de gracia con su anciana amiga, preguntándose únicamente con una irritación contenida, si su existencia debía pasar eternamente de aquel modo trabajando el ébano y la cañica, y oyendo por la noche á la chimenea las interminables narraciones de los tiempos de la emigración. Para mistiar las horas, cazaba sin cesar, corría por las cercanías y reventaba de cuando en cuando los caballos.

En lo mas fuerte de la explosión fue cuando sobrevino Magdalena. Ya puede suponerse la importancia que hubo de tener en aquel momento en el destino de aquel joven, la aparición de una joven de catorce años, tímida, silenciosa, sin demasiada gracia ni belleza. Mauricio se ocupó de ella casi tanto como si nunca hubiera salido de Munich. Al amanecer se marchaba para no volver á entrar sino por la noche, y aun así veces pasaba una semana entera ya en la ciudad vecina ó ya en algun palacio de las cercanías. Si descubría por la mañana á Magdalena que estaba en su ventana, la daba los buenos días y nada mas, y en las comidas, solía dirigirla de cuando en cuando alguna palabra insignificante, y sin mirarla. Cuando Magdalena cantaba sus canciones tirolésas, como esto era para el caballero y la marquesa una ocasión que aprovechaban siempre de hablar de Nuremberg,

de las miniaturas y de los casca-nueces, Mauricio que ya sabía todo esto de memoria, en cuanto oía la primera nota se auscultaba. Sin embargo una noche que estaba junto á ella, no pudo menos de notar el lujo de su cabellera, que era en efecto de una rara magnificencia. Mauricio hizo su observación en alta voz, levantando con mano familiar la hermosa masa de rubios y finísimos cabellos de Magdalena. La pobre niña se hallaba tan poco acostumbrada á servir de objeto á las atenciones de su primo que enrojeció al punto; mas cuando quiso manifestar su gratitud por medio de una sonrisa cariñosa, ya Mauricio temiendo una tirolésa, había huido. Otra vez, á la vuelta de la caza, el joven le ofreció un faisán que había arrancado vivo de los dientes de uno de sus perros.

— Como ¡ primo tuyo, con que pensáis en mi algunas veces? preguntó la joven conmovida, pero Mauricio había vuelto al instante los talones, y no es porque sintiera ningun disgusto con la presencia de la huérfana bajo el techo paterno, lejos de eso, si Mauricio tenía todos los ardores de su edad tambien poseía todos los generosos instintos y su nobleza. Jamas se le había ocurrido el pensar la parte que podría tener un día Magdalena en el testamento del caballero. Mauricio estaba disgustado á partir con su prima como con una hermana, y si no se mostraba con ella mas tierno y asiduo, era únicamente porque Magdalena había olvidado venir al mundo quince ó veinte meses mas pronto.

La marquesa y el caballero no dejaron de notar desde luego el repentino cambio que acababa de hacerse en los hábitos de aquel Mauricio, á quien habían visto hasta entonces con gustos tan sencillos y con humor tan fácil: ambos lo sentían, aunque sin comprender la causa. Ambos habían sido jóvenes en un tiempo en que la juventud se gastó en mentadas distracciones, en frivolidades elegantes, sin sospechar siquiera que se acordaría de un profundo enojo que mas tarde debían ser el suplicio y martirio de una generacion entera. A pesar de haber sido educado en el retiro, Mauricio había experimentado, sin saberlo, el influjo de las ideas nuevas. Las ideas son fuerzas nuevas mezcladas al aire que respiramos; el viento las esparce y las siembra en todos los puntos del horizonte, y hágase lo que se quiera para evitar esas invisibles corrientes, por lejos que se esté, siempre los jóvenes se penetran y se impregnan de ellas. Lo que sorprendia muchísimo al caballero y á la marquesa, era, no esa actividad devorante que ellos se explicaban naturalmente por el calor de la sangre y por el ímpetu de la edad, sino la negra melancolía en que se abismaban casi siempre todos esos ardores y estruvidos. Como podían comprender en efecto la enfermedad de una época, en que la alegría desterrada de las almas de veinte años, no se hallaba ya sino bajo las cenizas de los ancianos? A fuerza de profundizar la cuestion, y de concertarse entre sí, llegaron sin embargo á reconocer que la existencia que hasta entonces había llevado Mauricio, no era nada fecunda ni divertida, y que á pesar del incomparable encanto de la escultura de madera, no debía ser extraño que su joven corazón no se hubiese absorbido en esta ocupación todo entero. Esta era la opinión de la marquesa; el caballero acabó por participar de ella. Que se debía hacer para remediarlo? Primeramente se habló de un matrimonio, pero esto era en verdad un poco vilmente. Además la marquesa observó con razon, que nadie se casaba ya cuando tenía veinte años, y que al revés de lo que se practicaba antiguamente, el matrimonio mas que un principio, era considerado un fin. Por último, al cabo de maduras reflexiones, se decidió que se enviara á Mauricio á correr mundo por

dos ó tres años, á Paris primero, y luego á Alemania ó á Italia, á fin de completar su educación con el conocimiento profundo de los hombres y de las cosas.

Algun tiempo despues, una noche de otoño, un año justo de la venida de Magdalena, el caballero, su hijo y la marquesa se hallaban reunidos en el palacio de Valtravers. El caballo que debía conducir á Alberto á la ciudad vecina, por donde pasaba el correo, se hallaba á la puerta ensillado y dispuesto. Era el momento de la despedida, momento triste y siempre solemne, aun en aquellas ocasiones en que no se trata de una separacion dolorosa y eterna. El caballero estaba profundamente conmovido, la marquesa queria disimular sus emociones, y el mismo Mauricio cuando su anciano padre le abrió los brazos se arrojó en ellos desecho en lágrimas como si le abrazase por la postrera vez. Malama de Fresnes le estrechó cariñosamente sobre su corazón, y por último, todos los criados de la casa, y sobre todo aquellos que le vieron nacer, le abrazaron con el amor de padres.

El tiempo iba pasando, y Mauricio debió soltarse de aquellos brazos. Solo en el último instante, cuando iba á meter ya el pie en el estribo fué cuando se acordó de Magdalena: la buscó con los ojos, y sorprendido de no verla, estaba ya para llamarla, cuando la dijeron que la joven había salido hacia algunas horas, y no había entrado de vuelta en el palacio. Despues de haber repartido en torno suyo algunas palabras afectuosas dirigidas á su prima, echó á andar con su caballo, aunque no sin volverse muchas veces para saludar una vez mas con ademan enternecido á todos aquellos que le iban siguiendo con los ojos. Llegado á la verja del parque, titubeó un instante como un águila joven al borde de su nido antes de lanzarse en el espacio. Mauricio se acordó de los felices días que había pasado allí, á la sombra de aquel lindo palacio, entre los cuidados de la marquesa, y la ternura de su anciano padre: creyó ver á través de las hojas el grandioso fantasma de su adolescencia que le miraba con tristeza y le tendía las brazos; creyó oír tiernas voces que le decían: « ¿ Adonde vas, ingrato? Su corazón desfalleció y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero cediendo á su destino, se arrojó en el bosque, que debía conducirle á la ciudad cercana.

Al cabo de una rápida carrera, en aquel mismo punto donde le habían encontrado un año antes, en el mismo día y en la misma hora, Mauricio descubrió á Magdalena sentada y meditando. Como el año pasado, la huérfana no había oído el ruido del galope sobre el musgo: al levantar los ojos, vió á su primo que la miraba. Era el mismo marco con el mismo cuadro. Nada estaba cambiado; solamente en vez de una niña delgada y enfermiza, su belleza y casi sin gracia, tenía en frente de sí una hermosa figura, á cuyo derrobor principal á revolver el dorado enjambre de los de su madre, de la juventud. No era todavía la flor nacida, sino el capullo que asomaba ya; no era la aurora aun, pero sí el alba que se aclaraba, y la naturaleza, próxima á despertarse, se estrechecia á las primeras sonrisas de la mañana. Mauricio que se había apeado del caballo, se apresuró á abrazar á su prima y á decirle adiós, y luego volviendo á montar, prosiguió su camino, sin pensar que dejaba atrás su felicidad.

Cuando desapareció en un recodo de la calle de árboles, Magdalena tomó de nuevo el camino del palacio. Al entrar en la sala, vió al caballero sentado al lado de su desierta chimenea; la joven se apoyó tristemente en el respaldo del sillón del anciano y permaneció algunos instantes contemplándole en silencio.

— Padre mio, le dijo al fin, inclinando sobre él su rubia cabeza, padre mio, os queda aun vuestra hija.

El caballero se sonrió y le estrechó tiernamente sobre su corazón.

IV.

Despues de la marcha de Mauricio, Magdalena era en Valtravers la única alegría. Ella fué quien animó un poco aquella casa sombría y silenciosa en la ausencia del joven. Como una joven Antigona prodigió mil cuidados tiernos y esquisitos á su anciano tío, y supo para distraerle, olvidarse á sí misma, y transformar su gravedad natural en una serenidad risueña. Magdalena le acompañaba en todas sus excursiones, estaba junto á él cuando trabajaba en su taller, le leía en alta voz los periódicos, hacia repetir mil veces la sabida historia de la emigración, y por último, no dejaba nunca de estabarse, al ver las innumerables esculturas con que aquel infatigable artista adornaba todos los rincones de su palacio. Al mismo tiempo, era tambien la hija adorada de la marquesa que le enseñaba la pintura, y se complacia en favorecer en ella el desarrollo de su naturaleza encantadora. Tres años despues de su llegada, Magdalena era una buena y hermosa criatura, aunque no se hallaba dotada de esa hermosura cumplida y convencional de todas las heroínas de los novelistas y poetas. Ni grande ni pequeña, su cintura no podia decirse que era flexible como un junco. Un crítico celoso de la parte plástica del arte, habría hallado algo que decir acerca del óvalo de su rostro. Sus cabellos, que se habían oscurecido un poco, no hubieran podido compararse ni al ébano ni al oro, si su piel tenía esa pálida blancura de las camelias que desafia los rigores del sol y del aire, los ojos no eran de un azul bien claro y determinado; por último si los dientes, que parecían las perlas de un collar, tenían el limpio brillo del nácar, la boca, era sin duda un poco grande, y la línea de la nariz, no tenía nada de común con la nariz recta de las razas reales.

Sin embargo la fisonomía y la persona toda formaban un suave conjunto en el cual las imperfecciones de detalle se perian y se armonizaban de tal modo, que cada una de estas se cambiaba en un encanto mas, ó en una nueva seducción. Por mi parte confieso que me gustan esas hermosuras menos correctas que simpáticas que se ven con el corazón antes que con los ojos, y que sin tener nada de lo que fascina y deslumbrá á primera vista, se hallan siempre dispuestas á revelar á aquel que sabe comprenderlas, alguna gracia imprevista ó algun encanto nuevo. Aunque Magdalena se hallaba siempre ocupada en las cosas domésticas, la prudencia y la razon precroz que manifestaba en ellas, no disminuía la distracción ni la poesía, ni aun ciertas inclinaciones novelescas que heredó á la vez de su madre, de la Alemania y de Dios. En una palabra, Magdalena era una joven muy agradable, en toda la flor de la juventud y de la salud, una naturaleza bien desarrollada, esparciendo silenciosamente en su derredor la felicidad, la vida y el movimiento.

Fácilmente se puede concebir la actitud de Magdalena entre la marquesa y el caballero: era la sonrisa de su vejez y como un dulce rayo que iluminaba el fin de su desierta Mezzidias y confundidas estas tres existencias corrían lentos y apacibles, lo que por desgracia no debía durar mucho tiempo.

Las cartas de Mauricio habían llegado en un principio llenas de encanto y de poesía, frescas y perfumadas como otros tantos ramilletes cogidos entre el roedo de los campos. Así se escribire en esa edad febril que se marcha demasiado pronto. En las pálidas horas en que la vida principia á declinar ya,

no habéis hallado algunas veces en el fondo de alguna gaceta una carta escrita en la juventud? No os habéis sorprendido al leerla, y no habéis visto pasar á través de las lágrimas la hermosa imagen de vuestros primeros años? Y comparando amargamente el estado presente de vuestro corazón, no os habéis preguntado, si es cierto que de ese mismo manto, hoy casi seco, fué de donde salieron todos esos tesoros de entusiasmo y de fe, de gracia y de virtud y de expansivo amor? Cartas como estas escribió Maurício á los veinte años.

Los días de correo eran días de fiesta en Valtravers. En

cuanto Magdalena distinguía á lo lejos el carrero, corría á su encuentro, y se volvía triunfante al palacio: por lo regular ella era quien leía en alta voz las cartas de su primo. Cuando hallaba su nombre, lo que no sucedía todas las veces, hubiera podido verse una ligera agitación en su seno, y una tinte rosada casi imperceptible que coloreaba un instante su rostro de alabastro. Cuando no se trataba de la primicia, lo que ocurría con frecuencia, Magdalena no aparentaba sinsabor ni sorpresa; únicamente se habría podido notar que pasaba el resto del día un poco mas grave y silenciosa.

(Se continuará.)

LA MAL'ARIA.



Exposición de 1840-41. — La Mal'aria (el aire malo), cuadro por M. HERBERT. — Dibujo de T. GILBERT.

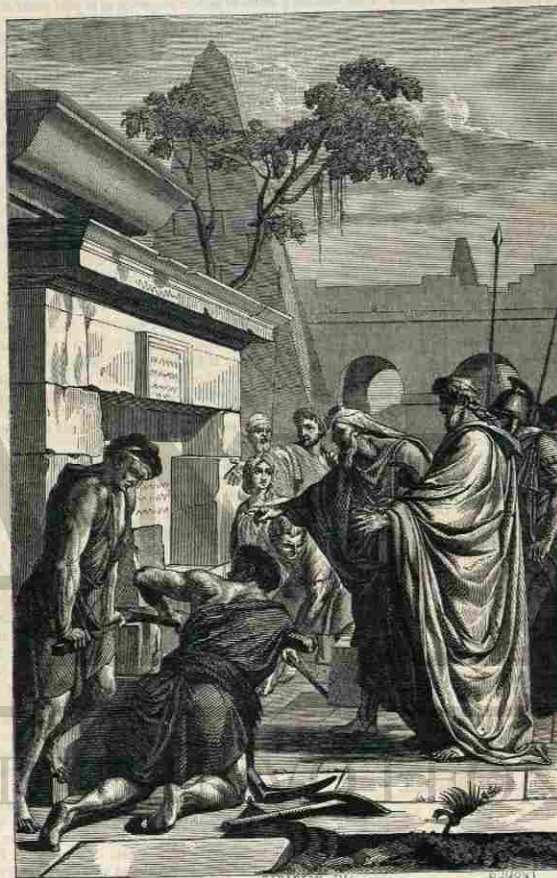
Este cuadro representa una familia italiana que huye de la peste, ó mas bien que la lleva consigo; la fiebre consume á esas pobres mujeres; el reno del aire malo corre por sus venas; la atmósfera está pesada y triste; las aguas del Tiber se arrastran lentamente, y el remo abre con mil trabajos sus ondas amarillentas. Las bocas están mudas; los ojos apagados se buscan pidiéndose mutuamente una esperanza. — Por qué se ha esperado hasta tan tarde? El mes anterior se habría debido salir. — Pero interrumpir el trabajo, alejarse sin otra causa que el temor del peligro, como los viajeros ó los romanos ricos, era también una locura: qué hubieran dicho los vecinos? En tanto que los brazos tuvieron bastante fuerza para obedecer á la necesidad, en tanto que se viajó errar una sonrisa en los labios de Genova; en tanto que estuvo libre del mal, nadie se atrevió á quejarse; pero cuando una mañana la pobre joven se levantó dos veces, y dos veces dejó caer su cabeza lánguida, cuando su palabra débil y cortada dejó traslucir su dolor, entonces exclamó la pobre madre: — Al Tiber! á la barca, huyamos; salvemos á la po-

bre Genova! — y el padre, los hermanos, las hermanas, todos, sin responder obedecieron. Ahí están inquietos y turbados: el aire infecto les rodea aun, pero paciencia, cada minuto que pasa les va alejando. Los siete montes bajan ya detrás del horizonte; bien luego una brisa fresca, un ciclo puro devolverán el valor á esos corazones atriados; una vez fuera del desierto romano, lejos de la epidemia, cuando Genova haya empezado á respirar de nuevo, volverá á renacer la confianza.

Este cuadro de M. Herbert es de los pocos que han merecido unánimes elogios en la exposición de este año. Esta escena sencilla y verdadera es poética como una elegía de Millevoye ó de Andrés Chenier, fué vista en Roma por una imaginación noble y poética y ha sido pintada con un pincel tan entendido como delicado.

En efecto todos los años en una estension de mas de cien leguas alrededor de Roma, reina un aire mofético cuya causa es desconocida hasta aquí á pesar de tanto como se ha dicho desde hace mas de 2,000 años.

EUSTAQUIO LESUEUR.



E. LESUEUR

GRANDON, DEL.

1841

Dario mandando abrir el sepulcro de la reina siacris.

La posteridad rectifica muchas veces los fallos de los contemporáneos acerca de los hombres y de las cosas, y así sucede, que al cabo de algunos años, reputaciones muy subidas descienden, y viceversa.

Esto es lo que ha sucedido justamente con Lebrun y Lesueur.

Ningun hombre ha reinado de un modo tan absoluto sobre las artes durante su vida como reinó el primero; ningun pintor pudo vanagloriarse de haber sido tan protegido y ad-

mirado por un gran rey, como lo fué Lebrun por Luis XIV, y jamás tampoco se vió un artista superior sacrificado siempre á un rival afortunado, como Lesueur lo estuvo al pintor Lebrun. Y sin embargo en la escala gerárquica del arte la crítica moderna ha colocado á ambos en puestos bien distintos: Lesueur en la cúspide y Lebrun mas abajo. Empero debemos confesar que esta justicia remunerativa no habia esperado á la posteridad para pronunciarse su fallo.

El presidente Lamberti habia mandado pintar varias partes

serlo *Tiraboschi* y *Bettinelli*, dice al censurar á este gran de su palacio á Lebrun y otras á Lesueur. Unos italianos que estaban viendo estas pinturas, y se hallaron en los apóstrofes con un personaje que no conocían y que estaba viéndolas como ellos, le dijeron señalando lo que había hecho Lebrun: « esto no vale nada » y luego volviéndose hacia las pinturas de Lesueur añadieron: « pero en aquello se ve al maestro italiano. »

El desconocido á quien comunicaron este fallo no era otro que el mismo Lebrun.

Cuando hablemos de la muerte de Lesueur volveremos á hacernos cargo de esta rivalidad. Háganos solo ahora que Eustaquio Lesueur nació en París en 1647, de un padre escultor, el cual, reconociendo en su hijo las más felices disposiciones para la pintura, le puso á aprender cuando era joven en el estudio de Veruet.

El discípulo no tardó en hacerse maestro y de los primeros. Entre los inmensos cuadros que pintó durante su vida, que fué bien corta por cierto, puesto que murió á los 38 años, uno de los más notables es el que se titula: « Dario mandando abrir el sepulcro de la reina Nitocris. »

He aquí lo que cuenta el historiador griego Herodoto sobre esta antigua aventura:

« Esta reina se mandó erigir un sepulcro sobre la azotea de una de las puertas más concurridas de Babilonia con la inscripción siguiente que fué grabada también por orden suya: « Si alguno de los reyes que me sucedieren en Babilonia llegase á carecer de dinero, que abra este sepulcro y tome de él todo cuanto quiera; pero ya puede guardarse bien de abrirlo por otro motivo, ó si no se encuentra en mucho apuro: esta infracción le sería funesta. »

« Este sepulcro permaneció cerrado hasta el reinado de Dario; pero indignado este príncipe de no hacer uso ninguno de esta puerta, porque no hubiera podido pasar por ella sin tocar un cadáver sobre su cabeza, y además queriendo utilizar el dinero que estaba depositado allí, le mandó abrir, aunque sin hallar otra cosa que el cuerpo de Nitocris con este letrero: « A no haber sido insaciable de dinero, y avido de un tesoro vergonzoso, nunca te habrías decidido á abrir las tumbas de los muertos. »

En otro artículo veremos que Lesueur, lo mismo que Poussin, ha tomado siempre sus asuntos en un orden de hechos y de ideas esencialmente moral, y que siempre ha sabido conservarse á una grande altura en las esferas más puras y serenas del arte.

J. J. ANSOEUX.

BIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

LUCANO.

Mucho disienten los escritores de nota al hablar del nacimiento de *Lucano*, y como el adoptar uno entre tantos pareceres diferentes ó tal vez exponer el nuestro, podría calificarse de parcialidad ó de mera presunción literaria, nos abstendremos de asegurar nada sobre el particular, contentándonos con repetir lo que hasta la fecha se sabe de positivo, esto es, que mas de diez ciudades españolas se disputan el honor de ser patria de este poeta, entre ellas Córdoba, que junta á otras respetables la grave de *Pedra Crinita*.

Lucano, nieto de Séneca el retórico, vino al mundo en 3 de noviembre del año 38 de la era cristiana: habiendo seguido en su juventud la carrera de las letras, en la que tuvo por maestros á *Remmius Palaemon* y *Flacio Virgilio* fué mas tarde uno de aquellos eminentísimos varones, que en el

siglo de oro de la literatura italiana, tuvieron la científica osadía de explicar elocuencia en la culta patria de los Cicerones y Virgilio.

En el año 61, á los veinte y tres de edad, compuso la *Farsalia*, poema épico que ha llegado hasta nuestros días con una inmensa popularidad, siendo tal vez la obra más acabada de su tiempo.

A pesar de la desventajosa posición que como extranjero y español debía tener *Lucano* en la corte imperial de los Césares, fué impresa en Roma la *Farsalia* mucho antes que la *Eneida*, circunstancia que da á entender la preferencia que los romanos no pudieron menos de otorgar á la obra de nuestro compatriota el mas distinguido de la familia *Annea*.

Mas tarde (en el siglo XVI) cuando la Italia toda veneraba las cenizas de Virgilio, repudiándolo con razón ó sin ella por el primer poeta épico del mundo, la *Farsalia* mereció ver la luz pública en nueve ediciones distintas, no llegando á cuatro las que se hicieron de la *Eneida*. En el siglo XVI, se agotaron treinta ediciones del poema *Lucano* y una mitad escasa del de Virgilio.

El abate *Maraltes* y *Bebeuf*, hicieron en el siglo último una traducción á la lengua francesa de la *Farsalia*, designando á ambos por diferente estilo y cada uno á su manera. *Maraltes* es seco y lánguido de espresion, *Bebeuf* es enfático, pomposo y gigantescos; por eso no reconoce nadie la obra de *Lucano* ni en el tribunal y sacro poema del año, ni en el hiperbólico acumulamiento de redundancias del otro.

Después de estas dos imperfectas traducciones francesas no había vuelto á hacerse mérito de *Lucano* hasta que en 1766, aparecieron otras dos versiones simultáneas de la *Farsalia*. La primera debida á M. *Mousson*, tesoro del rey, es bastante exacta y apropiada para dar á conocer al *Lucano* del tiempo de Nerón con todos los atavíos de su juventud, y los defectos del mal gusto dominante de su siglo. La segunda, obra de *Marmontel*, es tan elegante como escrupulosamente literal y ajustada á los buenos preceptos. *Marmontel* espresa á veces con más sencillez que *Lucano* las grandes ideas y las bellas narraciones de la guerra civil entre César y Pompeyo y considera la *Farsalia* como un árbol vigoroso, lleno de follaje, en el que es preciso suprimir las ramas inútiles y defectuosas sin apelar á la podadera: mas sin embargo de su buen propósito, no deja de servirse de la fatal herramienta para eliminar por completo en el primer libro el largo apóstrofe á Nerón, fragmento de adulación temeraria que Virgilio puso en moda en su celebre invocación de las *Georgicas*. En los puntos donde *Lucano* aparece algo oscuro ó académico francés prefiere alargar el texto á comentararlo con notas superfluas; por eso las que se encuentran en su traducción tienen solo por objeto, como él dice, explicar algunos detalles menudos, ó conciliar al poeta con los historiadores, cuyas citas somete á comprobación. Por lo demás la obra de *Marmontel* no carece de faltas, y en mas de un párrafo, oscuro, al interpretar los que aquellos detalles minuciosos, nos parece que no ha adivinado el sentido del original, ni mucho menos el pensamiento enérgico y elocuente del discípulo de Séneca. Por último la *Farsalia* ha merecido el honor de ser traducida á casi todos los idiomas conocidos.

Si las ovaciones materiales que acabamos de citar, fuesen insuficientes para el completo elogio de *Lucano*, bastaría lo que relativamente á sus obras han dicho en distintas épocas los más señalados escritores.

Un poeta francés, enemigo de *Lucano* como manifestan

poeta. « Que fué un hombre de genio, pero sin regla, sin freno y sin gusto: con todo añadido, es preciso leer su *Farsalia*, tanto por poder admirar el carácter de la poesía, donde sin embargo de sus defectos, hay muchas bellas imágenes, cuando por distinguir los rasgos de talento que se encuentran sembrados por todo el poema. Los jóvenes deben mirar con precaución una obra que se resiente, mas que de los pocos años del autor, del estoicismo filosófico adquirido en la escuela de su familia. »

Los PP. *Mohelano* en su historia literaria de España, aseguran con frecuencia á un autor italiano, que Séneca, *Lucano* y *Marcial* no fueron menos señalados en ingenio que *Ciceron*, *Virgilio* y *Catulo*, y que como *Veleyo Petrébrulo* y *Tacito* eran los mejores historiadores de su tiempo, del mismo modo *Lucano*, Séneca el trágico y *Marcial* fueron los mejores poetas, no inferiores á *Juvenal*, *Persio* y *Stacio*. — *Polvo Cornielle* dice, que prefirió el fuego de *Lucano* al entusiasmo calculado de Virgilio. — *De Hamel* asegura que *Lucano* sostiene con mas vigor la dignidad y consecuencia de su héroe que Virgilio. — *Jacobo Palmerino* no teme manifestar que escede á Virgilio en algunos puntos interesantes.

— *Tiraboschi*, grande enemigo de las glorias literarias de España, califica sin embargo á *Lucano* y *Marcial* como los mejores poetas de su siglo. — *Foltaire* por su parte asegura, que ha encontrado bellezas en la *Farsalia* que no se hallan en la *Iliada*, ni en la *Eneida*. — *Lucanus videns et cunctatus et exultans clarissimus*, que dijo *Quintiliano*, y por último, dejando de citar á *Marcial*, que tambien le encomió, el fustre *Marmontel* hablando de la *Farsalia*, se espresa de este modo: « En este poema se hallan versos de sublime belleza, pinturas delineadas con una valentía igual á la de *Homero*, pensamientos de una intención y profundidad asombrosas, y un caudal de filosofía que no se encuentra en ninguno de los otros poemas conocidos. »

Después de tan respetables y sabias opiniones nada podríamos nosotros añadir en alono de tan sublime ingenio. *Lucano* murió, no se sabe en que punto, el año 65 de la era cristiana. Obtuvo empleo de questor y el favor del príncipe César Nerón, á cuya venganza política y literaria fué no obstante sacrificado, revivido al morir estos versos del libro 3.º de la *Farsalia*:

*Scinditur arulus nec sicit vulnere sanguis,
Emicat lentus, raptis cadit undique ventis,
Discorsaque animo diversa in membra metantis
Intercepit aquis nullius vita preempti
Est tanta divinus via.*

F. SEPULVEDA.

FOSIL ANTIDILUVIANO.

DESCRIPCION DE LA CAREZA DEL DINOTHERIO GIGANTE.

M. *Klipstein*, á quien animaba M. *Kaup* con sus consejos comunicándole su misma infatigable afición, hizo escavaciones en una propiedad suya cerca de *Eppelsheim*, pequeña ciudad situada á la orilla izquierda del Rhin en el gran ducado de Hesse; y en ella tuvo la suerte de descubrir una cabeza entera y bien conservada del dinottherio gigante. Hasta entónces el gabinete de *Darmstadt* solo habia poseído pocos fragmentos, y entre las numerosas osamentas que las cercanías de *Eppelsheim* suministraban á dicho gabinete no se habian encontrado todavia mas que seis cabezas pertenecientes á animales menores que el dinottherio: es decir:

al *Rhinoceros schleiermacher*, al *acrotichium incisivum*, al *arctomys premitigata* y al *spermophilus superciliosus*. Creemos complacer á los zoológicos experimentadores diciendo desde luego algo sobre el modo como está cubierto tan enorme como fragil fué sacada del fondo de una zanja de diez y ocho pies de profundidad, en la que estaba adherida una parte del cráneo á una capa de arcilla.

Empezóse la operación escavando al rededor y debajo de la cabeza, dejando seis columnas de tierra que la sostenían. Tratóse de pasar cuerdas por los Intersticios de estas columnas para levantar la cabeza á la superficie; pero como la presión de las cuerdas hubiera podido deteriorarla, M. *Kaup* hizo sustituir diez columnas artificiales de yeso á las seis naturales de que hemos hablado; luego hizo arreglar una espesa capa de yeso, debajo de la cabeza, cuyas partes desmenuadas se unieron de aceite y lardo á fin de que no quedasen adherencias entre ella y el yeso; así pues, la cabeza descansaba por todos sus puntos en una capa artificial, al través de la cual hicieron pasar barras de hierro terminadas en anillos. Ataron á estos una cuerda, y doce hombres robustos colocados en unos andamios, pusieron manes á la obra, y en presencia de una muchedumbre que allí pareció de todas las poblaciones del comarcho, sacóse de la profunda zanja la cabeza con la capa de yeso que la servía de sosten. La colocaron en un carruaje, el cual con lentitud la llevó á la pequeña ciudad de Aizel, y de esta á *Darmstadt*.

Cuando, hace siete años, M. *Kaup* dió á conocer la mandíbula inferior del dinottherio ante una junta de naturalistas en Berlin, todos los zoológicos, incluso el celebre *Guvier*, creyeron que el dinottherio era una especie de tapir gigantesco. No vieron que á excepción de alguna semejanza entre los dientes molares de estas dos especies ningún otro carácter de analogía presentaban. En cuanto á M. *Kaup*, se ha creído bastante autorizado para hacer del dinottherio una familia particular que ha colocado al lado de los *peraceros* y de los *paugalines*. El cráneo del *dinottherio* difiere enteramente del de los demás pachidermos y de los fósiles *sta dentes*.

He aquí la descripción de la cabeza del dinottherio. A primera vista sorprende ya lo enorme de la fosa temporal, y de la mandíbula inferior, el músculo masotero destinado á moverla debió tambien de ser enorme. Obsérvanse además con interés las pequeñas orbitas abiertas hacia atrás, colocadas posteriormente encima de la primera y segunda muela. Los arcos zigomáticos son débiles, y los dos condilos cervicales articulados con el atlas, ó primera vértebra cervical tienen una situación muy alta.

El ángulo formado por la cara superior de los huesos frontales y la del occipital no pasa de 39 á 40 grados, al paso que en la mayor parte de los mamíferos tiene 90, y mas aun en la ballena.

La cara inferior de la cabeza deja ver la abertura nasal, que es muy estrecha, los orificios que dan paso á los nervios ópticos, que son de enorme volumen, y en fin la considerable anchura de la parte posterior.

En la parte superior de la cabeza se ve una cavidad muy grande que recibe la trompa. Los huesos nasales faltan enteramente; los frontales son muy cortos. La estensa superficie de todos los huesos y sus numerosas desigualdades son señales de la fuerza de los músculos que á ellos se adherían y que servían para los diversos movimientos de esta cabeza.

M. *Kaup* opina haber sido el dinottherio un animal terrestre que vivía á orillas de los ríos, que debió desenvolverse len-

tamente, y que sus enormes colmillos encorvados hacia abajo (al revés de lo que comúnmente se ve, y de lo que el mismo antes creyó juzgando solo por fragmentos), le servían para escarbar la tierra y arrancar de ella raíces y tubérculos, que luego llevaría á la boca valiéndose de la trompa. Cree también que los dientes incisivos debieron ser en el dinotherio un medio de locomoción, que sus pies armados de enormes uñas debían escarbar la tierra. La forma de la parte posterior de la cabeza, muy semejante á la de la ballena, viene en apoyo de la opinión del célebre Buckland, geólogo inglés, quien cree que el dinotherio fue animal acuático, sin destruir por esto la opinión de M. Kaup.

APUNTES ESTADÍSTICOS.

El hombre es cosmopolita y existe en todas las temperaturas y climas. Se evalúa en mil millones el número de habitantes en la tierra.

Se cuentan tres generaciones por siglo, suponiendo á cada una de 33 años, desde el principio del mundo hasta ahora ha habido 175 generaciones, y 55 desde la era vulgar.

Para un espacio de terreno igual, en que exista un hombre en Siberia, existen 3 en Noruega, 14 en Suecia, 36 en Turquía, 52 en Polonia, 63 en España, 99 en Irlanda, 114 en Suiza, 127 en Alemania, 152 en Inglaterra, 153 en Francia, 172 en la Italia septentrional, 192 en la Italia meridional, 224 en Holanda, 1,103 en Malta.

Se hablan 3,064 lenguas sobre la tierra, á saber: 587 en Europa, 937 en Asia, 276 en Africa, y 1,264 en América. Los hombres profesan mas de 4,000 sectas ó religiones.

El número de hombres y mujeres es casi igual: es verdad que sobre 40 niños nacen 24 varones; pero también guarda la misma proporción la mortalidad de la niñez.

La cuarta parte de los habitantes del globo vive en las grandes poblaciones.

La vida media del hombre es de unos 33 años. De las personas que nacen, la cuarta parte muere antes de los 7 años y la mitad antes de los 17: de modo que la mitad de las personas que sobreviven á esta época, gozan de una dicha reducida á la mitad del género humano.

Sobre 10,000 hombres suelen llegar uno á los 100 años. Sobre 100 solo hay 6 que lleguen á 66; por cada 500 llega uno á 80.

Contando sobre la tierra mil millones de habitantes mueren cada año 33,333,333 poco mas ó menos; cada día 91,324, cada hora 3,880; cada minuto 63; y cada segundo, uno: esta pérdida está compensada con los nacimientos, cuyo número sobrepasa en un vigésimo al de las muertes.

El menor grado de vitalidad es de 1 por 60.

Los casados viven mas tiempo que los solteros.

Los que tienen una vida activa y sobria viven mucho tiempo.

Los hombres de elevada estatura suelen vivir mas que los pequeños.

Las mujeres viven menos que los hombres hasta 60 pasado este tiempo tienen mas probabilidades de vida.

El número de matrimonios es el día al de los habitantes de un país como 275 á 1000.

El mayor número de nacimientos se verifica en el mes noveno después del equinoccio ó del otoño, es decir, diciembre y junio. Los que nacen en la primavera se hacen mas fuertes y mas sanos.

Los partos son mas frecuentes de noche que de día en la relación de 5 á 3.

Mucho mayor número de personas durante la noche que durante el día, en la relación de 10 á 6.

En toda población puede evaluarse la cuarta parte de los hombres en estado de llevar las armas y soportar los trabajos de la guerra.

CANCIONES CAMPESTRES.

— Qué hará Jenny? — preguntan los de la quinta mostrándose con los ojos á la joven que vuelve del campo con la hoz debajo del brazo.

La misma Jenny no podría decirlo: colocada entre dos destinos no sabe decidirse por ninguno.

A la falda de la montaña hay una pobre choza donde viven su madrina y Williams, el hijo de la buena anciana. Allí quisiera llevarlo lá que durante tanto tiempo la sirvió de madre. Mil veces la ha enviado ya recados para llamarla muchas veces ha ido Williams á buscar la respuesta, pero Jenny no se resuelve todavía. Dejará la hermosa quinta de Jorge, por la choza en donde se ha criado? Cambiará los gozos de la riqueza por las angustias de la indigencia? Preferirá el pobre paisano de aldea al rico labrador? Será el consuelo de Williams ó la alegría de Jorge?

La joven titubea, y sin embargo se inclina, aunque sin quererlo, hacia el oro y el placer; compara en su pensamiento aquellas hermosas llanuras cubiertas de espigas con los catarros escabrosos donde se cria el centeno; al contar las terneras dispersadas en medio de los campos, se acuerda de las tres cabeceras de su madrina buscando algunas yerbas amargas en las hendiduras de las rocas, y por último cuando fija los ojos en los hermosos techos de la quinta se acuerda de la cabafía fría por el misago, pobre, miserable y fría.

En cual de estas dos partes estará para ella la felicidad? De estos dos destinos el uno no la pide mas que una buena voluntad para ser dichosa, mientras que el otro reclama muchísima paciencia, muchísimo valor! Aunque no sea mas que por obedecer á la razón, no debía escoger la mas fácil tarea?

Estas reflexiones hacia Jenny cuando llegó á la quinta. La hoz fue colgada encima de la puerta al lado de la de la hermana de Jorge que la espera y la recibe con el mayor cariño. Las dos jóvenes hablan á media voz, la una alegre, entusiasta, la otra turbada é indecisa.

De repente oye una música muy conocida, y se estremece y se vuelve.

Llegado silenciosamente junto á la puerta, William, dejando á un lado su bastón se sentó sin decir nada, y allí, á los últimos rayos del sol en el ocaso, con su perro á sus pies, se pone á tocar los cánticos de la montaña.

Jenny le escucha, alegre al principio, y luego enternecida. A cada uno de aquellos cánticos siente en su corazón que va unido un recuerdo. Todas las imágenes del pasado se despiertan sucesivamente como peñeros adormecidos que se enderezan y gorgoran sacudiendo las alas. Con una mano caída y la otra apoyada bajo la barba en ademán meditabundo, se comuere en silencio con aquellas mágicas evocaciones de sus primeros años.

Se acuerda de aquellos tiempos en que débil y tímida, suelta hasta las crestas de las montañas sostenida por Williams, y arrancaba con sus manos trémulas algunos manojos de yerba entre las rocas para la única vaca de su madrina.

— Luego se ve mas fuerte ya, y puede seguir al muchacho por los campos. Oh! cuántos servicios por ambas partes! cuántos sacrificios adivinados mas tarde! Qué opulenta parte! cuánto hacerse para la herfana la miseria del hijo, y de la madre! El anillo de plata que conserva la joven, la cruz de oro que toca con su mano, las mas hermosas cintas con que se adorna los domingos, todo eso no le ha venido de ellos? Y cuando estuvo enferma, qué de cuidados le prodigaron! Qué contentos estaban al verla buena! Williams tocaba como ahora la primera vez que ella salió á sentarse un poco bajo los árboles!

Oh! toca Williams, porque cada uno de los cánticos la hace comprender mejor que las dulces emociones no son aquellas que procura la riqueza sino las que vienen de la buena voluntad; toca Williams porque eso la recuerda ahora que desde su infancia has tenido cuidado de ella, y que ella te prometió no abandonarte nunca; sigue tocando, porque en fin ya van corriendo lágrimas por sus mejillas inflamadas; los recuerdos del corazón son los mas fuertes, y mañana no te marcharás solo; mañana tendrá dos hijos tu pobre madre.



Canciones campestres.—Dibujo de FERREAS.

MAGDALENA

POEMA

JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 186, 188 y 184.)

Estas cartas de Mauricio hacían vibrar á la vez todas las fibras del buen caballero, que podía seguir á través de los ímpetus de una naturaleza apasionada el desarrollo de una inteligencia tan viva como elevada. Por otra parte, algunos amigos que tenía en París le escribían para felicitarle, ensalzando á su hijo hasta las nubes, y contando de él mil maravillas. Todo marchaba divinamente y ya se empezaba á pensar en las alegrías de la vuelta.

Sin embargo, al cabo de un año se fueron haciendo mas raras, mas cortas, y mucho menos tiernas y afectuosas. Vagas en el pensamiento, y en la expresión violentas, demostraban evidentemente una gran turbación de los sentidos y del al-

ma. La pequeña colonia principió por afilarse en silencio, y acabó por alarmarse formalmente, y hasta por quejarse de ello. A las indulgentes reconvenções que le dirijieron, Mauricio no supo otra cosa sino dar respuestas evasivas. El término que se le había fijado para estar en París había espirado ya hacia mucho tiempo, y sin embargo Mauricio no se sentía dispuesto en ningún modo á marchar á viajar por Italia ó Alemania como se había convenido de antemano. Cuando el caballero le habló de este punto, no respondió, pero viendo que su padre insistía sobre ello, le contestó en un lenguaje poco comedido donde se traslucía la impaciencia del yugo. Si los antiguos amigos del caballero le escribían, era para quejarse de que Mauricio no era ya lo que había sido antes. Por último bajo la forma de letras de cambio estallaron de pronto algunas bombas sobre el pacífico palacio, herido de un espanto sombrío. Todo esto no había tenido lugar en una semana ni tampoco en un mes, pero sin

embargo ya había sucedido antes de cumplirse los tres años.

Y no es esto todo. Si gracias á los prestos más ó menos especiosos que Mauricio trataba de disimular sus extravíos, M. de Valtravers había podido conservar algunas ilusiones sobre la conducta de su hijo, las buenas almas que hay siempre en las provincias habrían contribuido á quitárselas lo más pronto posible. Como M. de Valtravers era un noble perfecto en toda la extensión de la palabra, tenía naturalmente muchos enemigos en la comarca, no entre sus jornaleros y arrendatarios que le querían mucho, sino en los pueblos próximos donde algunos alguaciles y abogados de café, no podían perdonarle el que hubiese vuelto á sus dominios y hubiese logrado hacerse amar en ellos. Ahora bien, en todas partes se sabía la clase de existencia que Mauricio llevaba en París, porque las provincias son unas buenas madres que no abandonan nunca á sus hijos ausentes; los siguen á través de la vida con ojos curiosos y ojos, siempre dispuestos á despedazar á los que empujan para verse de los que se elevan.

De este modo Mauricio se había vuelto en poco tiempo, para el pueblo en cuestión, un gran asunto de escándalo público y de satisfacción interior. Traicionariamente oculto bajo el manto de un compasivo interés, el odio empezó á campar triunfante y vengativo. El caballero recibió mil advertencias caritativas y mil cumplimientos de sentimiento hipócrita; las cartas anónimas hicieron lo demás.

La marquesa devoraba sus lágrimas en silencio, y el caballero iba desfalleciendo de día en día; toda felicidad se había apagado en el hogar de aquellos antiguos amigos. Magdalena iba del uno al otro como un ángel consolador; defendía á Mauricio, y hablaba de la vuelta del hijo prodigo, pero ella misma no lo creía, y con frecuencia se ocultaba para llorar. En suma, veíase bien claro que el buen caballero padecía mucho, y la prueba es que después de haber comenzado por desear sus esculturas, concluyó por abandonarlas enteramente. Ya no tenía gusto para nada; solo Magdalena poseía el secreto de sonreír su frente y de provocar en sus labios una pálida sonrisa. Algunas veces el pobre anciano le decía:

— Sin embargo hija mía, antes de morir hay que pensar en tu destino, porque al paso que lleva Mauricio, no será el quien cuidará de ti después que yo haya muerto.

— Bien, bien, padre mío, respondía Magdalena, no tengas cuidado por eso. Yo no deseo nada más que amarnos, y nada necesitaré cuando ya no existáis. Tengo la edad suficiente para vivir por mí; el valor no me falta, y lo que hicieris vos y la marquesa en mi Alemania, eso lo haré yo también en vuestra Francia; trabajaré, por qué no?

El anciano se sonreía meneando lentamente la cabeza. Un día la joven se decidió á escribir en secreto á su primo; hermosa debía ser aquella carta, pero Mauricio no la contestó; en cuanto al caballero no volvió á escribir, y aun no permitía en los últimos tiempos, que delante de él se hablase de su hijo. Sin embargo, como se iba acabando rápidamente y veía llegar su última hora, se decidió á lanzar un último grito de amor y de desesperación hacia aquel infortunado joven.

La respuesta tardó mucho en venir; tres meses habían pasado cuando llegó, y esta tardanza había consistido en que Mauricio ausente de París hacia un año, viajando sin saber en dónde ni en compañía de quien, no había podido recibir hasta su vuelta los últimos avisos de su padre. Pero, gracias á Dios, aquel joven se arrepentía, su carta así lo atestiguaba. En ella se traslucía la amargura de un alma

caída, que tiende á levantarse por medio de un esfuerzo supremo; besaba los pies de su anciano amigo, cubría de lágrimas las manos de la marquesa, y hasta Magdalena tenía su parte en las efusiones de su arrepentimiento. Solo pedía un plazo de seis semanas para acabar de romper los malos hábitos. Dentro de algunas semanas partiría, dando un eterno adiós al mundo que le había perdido; destruido por la tempestad volvió al puerto para nunca volver á salir de él.

— Techo paterno, al fin voy á volverte á ver! Ya te estoy viendo, dulce nido de mi infancia! Amables compañeros de mis primeros años, voy á estrecharos sobre mi corazón! á ti también, primita mía, que estarás ya bien grande y bien hermosa, sin duda! —

Exaltado por estas vivas imágenes, su imaginación había vuelto á hallar por un instante la gracia y la frescura de la juventud. Por desgracia, cuando esa carta llegó al palacio hacía veinticuatro horas que el caballero había dejado de existir; la vispera había devuelto su alma al Criador, junto á la ventanita donde le habían llevado en su sillón, entre la marquesa y Magdalena que cada una le tenía una mano.

El mismo día de los funerales, después que cubrió la tierra lo que quedaba en este mundo de aquel ser excelente que el acaso hizo noble, y que el trabajo y la pobreza hicieron hombre, la marquesa se llevó á Magdalena huérfana por segunda vez.

— Hija mía, le dijo, tu tarea no está acabada aun; debes ayudarme á morir, y corrarme los ojos.

— Al decir esto, ambos se arrojaron en los brazos una de otra, y permanecieron largo tiempo abrazadas.

— Ah! exclamó la marquesa, puesto que me has devuelto mi hija justo es que yo te sirva de madre.

Desde aquel día Magdalena pasó á vivir al palacio de Fresnes. Una semana antes de espirar entregó á la marquesa un testamento particular por el cual legaba á su sobrina su alquería del Coudray que valía unos ochenta ó cien mil francos. Este testamento estaba concebido en términos tiernos y afectuosos; toda la exquisita delicadeza del testador se revelaba en aquellas adorables líneas. Cuando, sin duda para tranquilizar á Magdalena sobre su porvenir, madama de Fresnes le contó esa preciosa prenda de la ternura de su tío, la joven por un movimiento de piadosa gratitud le accedió á sus labios y le estrechó sobre su corazón; luego, después de haberle desgrariado, desistió religiosamente en su seno aquellos pedruzcos de papel.

— Qué has hecho, hija mía? exclamó la marquesa, sentida en apariencia, aunque encantada en realidad.

— Vos mi— lo preguntáis? respondió Magdalena serena y sonriendo. No sé nada de la vida de Mauricio; pero conozco que debe necesitar todos sus recursos, y sería mostrarse muy poco agradecida á los beneficios del padre, el quitar al hijo una parte de sus bienes. Podéis estar segura, amiguita mía, que lo que he hecho bien hecho está. Vos misma no habríais dejado de hacerlo en mi lugar.

— Pero, pobre hija mía, no sabes que no tienes nada? Por mi parte te aconsejo que no echéis cuentas con el afecto de Mauricio; muerta yo, lo que no tardará mucho en suceder, que va á ser de ti en el mundo?

— Me sucederá lo que á todos aquellos que tienen valor y buena voluntad. No soy, gracias á vuestras lecciones, tan rica como lo fuisteis vos misma al llegar á Nuremberg? El mismo Dios que os ayudó entonces, no me abandonará, estoy segura de ello.

— Eres una valerosa criatura, tan buena como bella, afir-

dió la marquesa tomando bruscamente entre sus brazos y enduqueadas manos la cabeza de Magdalena, y besándola repetidas veces la frente y los cabellos.

De un día á otro se esperaba á Mauricio herido como de un rayo con la muerte de su padre; sin embargo, se pasaron algunas semanas y algunos meses y Mauricio no volvía. Bien luego se supo que había enviado á un apoderado encargado de arreglar por él el asunto de su herencia. Además había escrito á su prima una carta sin demasiada efusión, aunque muy comedida, por medio de la cual le ofrecía una buena parte de la sucesión de su padre, y justamente aquella alquería del Coudray que tan generosamente había rehusado la huérfana, de modo que Mauricio, sin saberlo, ofrecía á Magdalena lo que esta le daba. La joven respondió sencillamente que retrada á vivir con madama de Fresnes no la faltaba nada absolutamente; Mauricio no insistió. Que habla hecho, sin embargo de sus buenas resoluciones? Contenido por el respeto y los remordimientos, acaso no se atrevía á soportar la vista de un sepulcro, que podía muy bien acusarse de haber abierto antes de llegada la hora. Toda el mundo admiraba semejante reserva, y todos también creían que pasado algún tiempo traería á Valtravers la ofrenda de sus espiaciones.

En tanto que se alimentaba en Fresnes esta última esperanza á algunos pasos de allí creían las hipotecas como el granizo. Un año á lo más había pasado después de la muerte del caballero, cuando se esparció por aquellas comarcas la noticia de que se iban á sacar á pública subasta el dominio y el palacio de Valtravers. La marquesa y Magdalena se obstinaron en no creerlo, diendo en alta voz que era una calumnia, como habían hecho siempre que se había presentado la ocasión de defender á Mauricio contra los rumores de la provincia. Sin embargo, un día que se paseaban juntas por el bosque hablando del cruel y querido ausente, porque á pesar de que le maldicían, no podían menos de seguirle amando, distinguieron á través de la verja del parque algunos grupos de criados y de lugareños en el período que hablaban vivamente entre sí y se miraban con aire conternado. Fuera por presentimiento ó por curiosidad, ambas se adelantaron hacia el palacio, al que además solían hacer de cuando en cuando sus peregrinaciones.

— Ah señora marquesa, oh! señorita Magdalena! exclamaron todos á una voz cuando ellas se acercaron; ah! qué desgracia para todos nosotros! El rayo ha caído sobre nuestras cabezas; es la ruina de nuestra pobre vida.

— Qué hay hijos míos? que ha sucedido? que teméis? preguntó madama de Fresnes.

— Mirad ahí, señora marquesa, que debe pensar en el cielo nuestro buen amo, el caballero?

Y con un ademán de asombro señalaba la puerta y la fachada del palacio, desbordadas por inmensos edictos anunciando la pública subasta por los inmensos edictos anunciando la pública subasta por los inmensos edictos anunciando la pública subasta por los inmensos edictos.

Magdalena bajó la cabeza y sus silenciosas lágrimas corrieron á lo largo de sus mejillas. Hasta aquel día no había creído lo que llamaban los desordenes y extravíos de Mauricio y por eso, en su interior le había abnueco siempre, pero esta vez sus nobles instintos la gritaron que el joven estaba perdido irremisiblemente. En cuanto á la marquesa, esta sintió subir á su frente toda la sangre de su indignado corazón, de aquel corazón que los años no habían podido enfriar aun, que estaba siempre joven y siempre ardoroso.

— No, hijos míos, no, exclamó resueltamente, en tanto que yo viva este dominio y este palacio no serán presa de los

alguaciles, no permitiré que tengan esta alegría los necios y los malvados. Tranquilizaos amigos míos; os quedaréis como hasta ahora en posesión de los arrendamientos, y vosotros en esta casa do donde nunca habéis salido. Nada se cambiará en vuestra existencia; os doy palabra de ello, como ya podréis ir á decirselo á vuestras mugeres y vuestros hijos.

Y después sin tardar un instante envió á llamar á su notario y le entregó los títulos de rentas que representaban la mejor parte de su fortuna, con lo cual, el día de la venta, debía hacer frente á ella. De este modo la marquesa se despartió un día duéña legítima del dominio de Valtravers lo que no alteró en nada su género de vida, puesto que siguió habitando con Magdalena el palacio de Fresnes donde había muerto su hija y donde ella misma deseaba morir.

Pero ay! esto fué lo último que hizo la amable y querida marquesa. Hacía mucho tiempo que se sentía atraída suave, aunque irresistiblemente por el alma impaciente de su antiguo compañero.

— Que quieres, decía á veces á Magdalena, nunca nos hablamos separado. Sin hablar del marqués, á quien no has conocido, juraría que mi pobre caballero, se fastidie muchísimo allá arriba con un verme. No debo hacer esperar tanto tiempo. Sin embargo, lo que me disgusta un poco, es el no saber que responderle cuando me pregunte por Mauricio. La vispera de su muerte al despertarse de un fuerte letargo, madama de Fresnes se volvió hacia Magdalena y la dijo:

— Acabo de tener un sueño extraordinario que te voy á contar. Figúrate que veía á Mauricio sumergido en el fondo de un abismo; asperosos reptiles se arrastraban silbando á sus pies, y el desgraciado joven se deslucía en terribles esfuerzos para subir hasta la claridad del día. Quise correr á su socorro, pero sentía mis pies clavados en el suelo, y tendía hacia él mis brazos impotentes, cuando de repente, tranquila y serena, te vi venir de lejos. Llegado al borde del abismo, después de haberle quitado el chal blanco que rodeaba tu cuello, se le arrojaste sonriendo á Mauricio que le cogió, le atraió hacia ti sin esfuerzo, y le vi radiante y transfigurado. Este ha sido mi sueño, qué te ha parecido, hija mía?

Una pálida sonrisa asomó á los labios de Magdalena que permaneció pensativa y nada respondió. La marquesa murió al siguiente día, ó por mejor decir, se apagó entre los brazos de la joven alemana, porque su hermosa alma voló suavemente al seno del Criador á través de una última sonrisa.

— Magdalena, le había dicho algunas horas antes de espirar, no te he olvidado en mi testamento. Ya que tanto te gustaban las miniaturas, te dejo mis colores y mis pinceles, vamos á ver si con eso encuentras un marido.

En efecto, cuando se abrió el testamento, Magdalena lo que había dicho la verdad madama de Fresnes. Únicamente, la marquesa había añadido á este donativo el dominio y el palacio de Valtravers, dejando aun una buena porción á sus herederos naturales, que por otra parte, no tenían ninguna necesidad de ella.

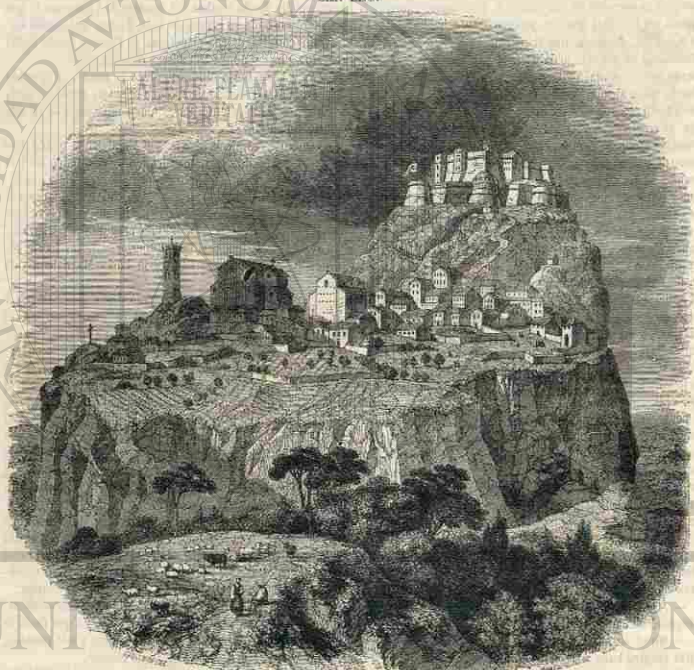
De este modo la joven y hermosa Magdalena pudo entrar como soberana en aquella casa, en que cinco años antes, una tarde de otoño, se había presentado por primera vez con su equipaje bajo el brazo.

V.

Ménos satisfecha de lo que podía creerse en su nueva posición, Magdalena volvió á entrar plácidamente en aquel palacio en que todos los criados que la habían visto crecer y que

la amaban, la recibieron como á una joven reina. Ella vivió como en otros tiempos modestamente, sin ostentacion, ocupándose únicamente en la felicidad de los seres confiados á sus cuidados. Su autoridad no se reveló sino por la profusion de beneficios que esparció en su derredor; sin esto se hubiera creído que era aun la huérfanita recogida por la caridad de su tío. Magdalena habia declarado desde luego que no quería que se cambiase nada en la antigua vida de la casa y que debían respetarse todos los hábitos del buen caba-

SAN LEO.



Vista de San Leo, en los Estados Romanos.— Dibujo de FREEMAN.

El pueblecillo de San Leo se halla en los Estados romanos á siete leguas de Urbino, diez de Rimini y tres de San Marino: cuenta unos mil doscientos habitantes. Pocos viajeros conocen este sitio: el pueblo no se halla en el camino de las sillas de posta ni de las diligencias, y el sendero que conduce á su puerta apenas es accesible á los ginetes. Esta puerta, estrecha y bien guardada, se halla precedida de un puente levadizo, y cuando se pasa se ven hermosos campos, jardines, bonitas casas, y algunos monumentos, entre otros, una antigua iglesia, la parroquia dedicada á la Virgen, y luego la catedral edificio mas moderno y dedicado á San Leon Dalmato, primer obispo de la ciudad, porque en San Leo ha habido un obispado hasta el año 1572, época

en que Gregorio XIII cambió la residencia de los obispos que sin embargo deben oficiarse solemnemente todos los años el día 1.º de agosto en la catedral de San Leo. Los únicos monumentos dignos de visitarse son: el convento fundado por san Francisco de Asís, y el palacio consular, construido por los florentinos en tiempo del Papa Leon XI. La antigua fortaleza que domina la ciudad sostuvo valientemente largos sitios durante las guerras de la edad media. Desde sus almenas se descubren fértiles campiñas y bonitas colinas. Ningun ruido viene á turbar jamás la contemplacion de ese hermoso paisaje; únicamente se oyen á veces algunos cánticos que salen del pintoresco pueblo que esta debajo, y que visto desde aquella cuspide parece suspendido en medio de los aires,

(Se continuará.)

LA PRIMAVERA.



Composicion y dibujo de M. Tony Jouasson.

Todo renace, ríe y se agita: los árboles se cubren de hojas, principia el tiempo de los pascos; los niños corren por la yerba, ha llegado la primavera.

Ved aquella niña que acaba de encontrar un nido: toma en un dedo el pajarito recién nacido que chillaba y abre las alas, y ella le acerca á su rostro como si quisiera comprender sus gritos.

— Lo que quere, hermosa niña, es aquello que tu poses, sin conocer acaso lo que vale: una madre que le cuido, y la libertad de revolotear entre las zarzas, como tú juegas en las praderas. Creeme; vuelve á llevar ese nido

entre las verdes hojas; no le quites una de sus gracias á la primavera, no robes algunas voces al coro de triunfo que anuncia la vuelta del sol, deja á todos la música del campo y no la enlucres para ti sola en las doradas jaulas.

Pero cómo! tal es el instinto de nuestra raza! No nos basta con ver y oír; queremos adquirir y guardarlo todo en nosotros mismos. La creacion es un canastillo donde todo lo destruimos como unos niños, y donde tomamos muchas cosas por tomarlas, y no para servirnos de ellas.

Si la joven tiene en la mano al pajarito cautivo, en otro lado su hermana persigue á las mariposas, y mas lejos tan-

bien otros niños cortan las tiernas flores para hacer ramilletes. Divértios á vuestro modo, descendientes de Adán! Corred alegremente á través de esa hermosa naturaleza sin pensar que acaso por la noche, al seguir los senderos de la pradera, el filósofo solitario se contristaría al contemplar vuestros destrozos, la huella de vuestros pasos!

EL RÍO.

¡Ay! el negro cabelló
de Magdalena
mas díjeme que la seda
se me imagina:
de la que adoro
te guarda dulce prenda
como un tesoro.

Da me rizo del flano
la gaza arcana
como el aljfar puro
de casta arcana:
eres conmigo
de inocentes que relan
el fiel testigo.

Cuando á solas revuelbas
ardiente beso,
sueño diario á mi amado
de lo confieso,
y de alegría
un vértigo me abrasa
que me estatiza.

Tú me ves suspirando
por sus desdichos,
te miro y me consuelas
plegada me tienes:
sabe te espera
un lugar en mi pecho
cuando yo muera.

Vuelve á tu casa luego
si no, deliro;

aprisiona en tus hebras
mi bardo suspiro:
guardalo atento
Antes que el cygno
traidor el viento.

Las líneas de azabache
bellas despojos
del ángel de mis sueños
luz de mis ojos,
guardo entre flores
por talisman precioso
de mis amores.

A. A. OMBRETA.

AMÉRICA MERIDIONAL.

EL CHIMBORAZO.

Un artista viñero ha dicho estas palabras: «El que no ha visto las montañas de primer orden no sabrá formarse una idea de esos colores tornasolados que hacen chispear las cúspides de la tierra. Muchas veces en esto sólo se ve-

ronocen las enormes desigualdades del globo. Engañado en el cálculo de las elevaciones y las montañas, muchas veces confundiría el hombre estos montes con otros menos elevados, si esa especie de claridad celeste no anunciase que su cima se alza hacia las mas altísimas regiones.»

Tal es el aspecto del Chimborazo; pero tanta es también la grandeza de las líneas que dibujan sus vastos contornos en el horizonte, que no pueden aplicarse enteramente esas hermosas palabras de Milbert. No sin razon exclamó en su poético entusiasmo el ilustre viajero que fue el primero en señalarlo á la admiración de la Europa: «Después la sobre la cadena de los Andes, como la majestuosa cúpula de Miguel Ángel, sobre los antiguos monumentos que rodean al Capitolio.»

Alto de 20,100 ó si se quiere 6,529 metros, el Chimborazo ha sido considerado durante muchos años como el punto mas culminante de los Andes. Humbolt creyó en un principio que había subido al pico mas alto que hay en el globo, pero mucho tiempo después que el Bawalaghiri, ese gigante de los montes del Himalaya, hubo de conquistar ese renombre que los cálculos de la ciencia consolidan mas y mas todos los días, se probó que aun en el sistema de los Andes el Chimborazo ocupaba sólo un rango secundario. Pocas palabras bastarán aquí para restablecer ciertos hechos alterados por geógrafos insignes, y sentidos por el mismo Humbolt: Si las operaciones trigonométricas, efectuadas en 1818, han demostrado que el pico del Himalaya tenía definitivamente 26,438 pies de elevación; si Lloyd y Gérard sospecharon que, hacia el *Kuen Luá* ó el *Kailasa*, esos lagos sagrados del Tibet septentrional, puede haber cúspides de 4,324 ó 1690 fathoms, es también evidente que en el Nuevo Mundo el Pomarape, el Gualagiri, el Parimacota y el Sahama, situados al Este de Africa, son mucho mas elevados que el Chimborazo. El Sahama tiene 29,974 pies, y el Aconcagua en Chile, segun el exámo mas reciente, tiene 22,131. Así pues el Sorata y el Illimani pierden definitivamente la supremacía imaginaria que Poutland les acordó en 1827, y que el mismo ingeniero les quitó veintinueve años después. En el día no se ignora que las alturas indicadas primitivamente se habían exagerado de 3,718 pies con respecto al Sorata y de 2,673 para el Illimani.

El nombre de la montaña que reproducimos en nuestro grabado, es un nombre compuesto que, segun Humbolt, significa *nieve de Chimbo* en la antigua lengua de Quito. Si hemos de creer las curiosas noticias de don Juan de Velasco, Chimbo formaba parte de los trece Estados del Sur, bajo la nominación de los Siris. Varias tribus recorrían las arborescentes regiones que se extienden á la falda de las montañas, y ocupaban las regiones templadas que se encuentran en la misma montaña: se contaban los *Asancotos*, los *Chapacotos*, los *Chimbas*, los *Guanjos* y los *Gaunandas*.

Todas estas naciones habian desaparecido cuando el viajero mas célebre de nuestra época quiso hacer constar científicamente, el 23 de junio de 1802, los fenómenos que presentaba una ascension á la cúspide de la vasta montaña cuyo aspecto fue tambien el primero en reproducir. Ese viajero se esplica en estos términos: «Por un estrecho sendero en medio de las nieves por el lado meridional, intentamos subir, no sin peligro á la cima del Chimborazo los señores Boupland, Montufar y yo. Habiamos llevado algunos instrumentos hasta una altura considerable, aunque nos hallásemos rodeados de una bruma espesa y muy incómoda por la mucha rareza del aire. El punto en que nos habiamos detenido para observar la inclinación de la aguja de marear pare-

mas elevado que todos aquellos á que han llegado los hombres sobre los cerros de las montañas; desde en 1,400 metros la cúspide del Monte Blanco á donde tuvo la dicha de llegar el mas sabio é intrépido de todos los viajeros, M. de Saussure, luchando para ello con dificultades mayores todavía que las que hemos tenido que superar cerca de la cima del Chimborazo. Estas penosas excursiones, cuyo relato esplica generalmente el interés del público, no ofrecen sino un corto número de resultados útiles para el progreso de las ciencias, porque el viajero se halla sobre un suelo cubierto de nieve, rodeado de una capa de aire cuya mezcla química es la misma que la de las regiones bajas, y en una situación en que no puede hacerse con los requisitos ordinarios, ninguna experiencia delicada.»

Dos años después de la ascension del autor de las *Viatas de las Cordilleras*, uno de los hombres mas doctos de Bolivia, el señor don Francisco José de Caldas, visitó las regiones dominadas por el Chimborazo, haciendo en ellas investigaciones de las alto intereses. En las animadas descripciones del señor Caldas, y en sus exactas pinturas reproducidas por el *Semanario de Santa Fé de Bogotá*, es donde deben estudiarse esas montañas, y donde se pueden ver una multitud de asertos sobre la miserable vida de los pobres indios, en ese hermoso libro reimpresso en 1849 por el coronel Acosta se dan pruebas irrecusables de la persistencia de las supersticiones indias en el seno de esas vastas montañas. A la vista de los montes de piedras al pie de ciertas cruces plantadas en la base de los cerros principales, se conoce que esas piedras acumuladas atestiguan un sacrificio de los indios ofrecido en holocausto á uno de los dioses de sus padres, por cuyo medio esperan ahuyentar de las regiones que habitan las terribles *nevadas*, esos meteoros cuyo furor se manifiesta principalmente en los meses de junio, julio y agosto. En efecto, en esta época hay ciertos días en que rullan vientos impetuosos que vienen del Este y soplan en el valle, aumentándose su furor cada vez que barren las cimas elevadas; estas especies de huracanes no se producen sino acompañados de una espesa nube cuyo densidad aumenta en las partes mas altas formando una gran barra en los flancos de la Cordillera. Hacia el medio se nota una lluvia fina pero muy seguida que robustece los torrentes y causa luego las inundaciones. En la parte superior un granizo menudo y duro reemplaza la lluvia que reina en las regiones medias y cuando se acumula sobre las montañas todas hasta dos metros de profundidad. Hacia los cerros que se acercan al término de la vegetación, el granizo se cambia en copos de nieve que caen con una prodigiosa abundancia, cubriendo bien hacia toda la parte elevada de la montaña. La nieve, y mejor dicho, el hielo que envuelve por todas partes al viajero, y que define sus pasos sumergiéndole hasta la mitad del cuerpo, el viento gual que le azota la cara y la oscuridad que dan las nieves, todo concurre á detener los movimientos y á causar un entorpecimiento que á veces va seguido de la muerte.

Los sacrificios que hacen los indios de la montaña en otros tiempos para conjurar las terribles nevadas, no eran todos tan inocentes como los que se dirigian al dios personificado bajo el nombre de *Cerro*. El señor Caldas habla de la caverna de *Cunga Sanga*, en esa parte de los Andes en que segun las antiguas creencias se aparecían los manes de los lucas. A principios del siglo les ofrecían aun horribles sacrificios, y mas de un indio fué acusado de haber presentado en holocausto polvos niños recién nacidos, sin que los esfuerzos de los curas de las Cordilleras fuesen suficientes para quitarles esta costumbre bárbara.

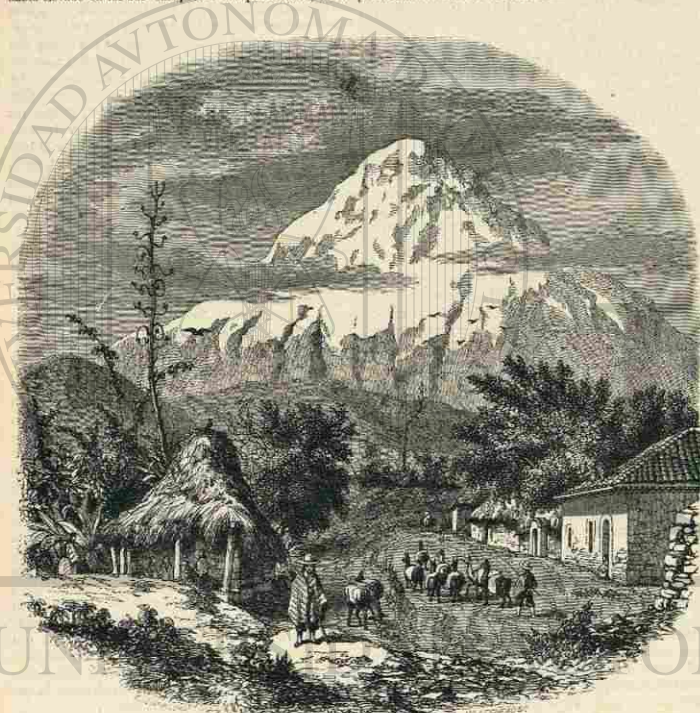
Los dibujos y documentos científicos en que don Francisco de Caldas consignó tan preciosas observaciones han desaparecido, y el desgraciado viajero víctima tambien de las discusiones políticas de su país pereció en el cadalso en 1816, antes de haber concluido sus trabajos; pero estáble reservado á uno de los sabios mas eminentes de nuestro tiempo el completar con una serie de profundas é ingeniosas observaciones lo que ya se sabia sobre el Chimborazo.

M. Boussingault, cuando concluyó sus vastos trabajos en Bolivia, no quiso abandonar este país sin visitar el monte gigantesco que aun en aquella época pasaba por el mas elevado de todos los que habia en la cordillera. Dos ascensiones hizo á él en los días 14 y 16 de diciembre de 1831. La primera, emprendida por una vía fácil en apariencia, pero bien luego erizada de insuperables dificultades, no tuvo los resultados que se deseaban, pero la segunda por el contrario fué coronada con el mejor éxito: se efectuó por el lado que mira al arenal, es decir por el camino que habia seguido antes M. Humbolt, y que no podían indicarle los indios que sirvieron de guía á este viajero, porque ya en aquella época habian dejado de existir. M. Boussingault para verificar su ascension, habia subido elegir un tiempo favorable, y no habia querido llevar consigo una numerosa comitiva. El coronel Hall debia ayudarle en sus observaciones, y un negro, con un ligero equipage, formaba la vanguardia. El entendido observador habia mandado á sus compañeros y se habia impuesto á si mismo un profundo silencio. La difícil ascension del *Cobaxqui* le habia enseñado ya que una de las condiciones para salir bien en esta clase de viajes, es la ausencia total de toda voz, mas sin embargo de esta precaucion y á pesar de la firme voluntad que llevaban todos, al cabo de unas seis horas de via, un profundo desaliento se habia apoderado de toda la comitiva, aunque habian llegado solo á 5680 metros de elevación. Los señores Humbolt y Boupland habian llegado mas arriba. Uno de esos movimientos de entusiasmo hijos del amor á la ciencia hizo intentar á los exploradores un postroz esfuerzo. A pesar de los efectos de una luz demasiado viva, cuyas consecuencias hubo de reconocer después M. de Boussingault en la demudación de la epidermis de su rostro y en la inflamación de sus ojos; á pesar de las dificultades que presentaba por todas partes una nieve esponjada de 3 á 4 pulgadas; nieve que cubria una capa de hielo dura y escarificada en la cual iba practicando al negro los escalones, los curiosos viajeros, después de una hora de marcha llena de ansiedad y de peligros se hallaban en la cima de una prisma cuya base superior cubierta con una cúpula de nieve forma la cúspide del Chimborazo. «Sus pasos, debían detenerse allí y el docto francés que es tambien un buen escritor, pinta en las siguientes líneas lo que no habian visto los hombres hasta entonces:

«El senderito en que estábamos tenía solo algunos pies de largo. Por todas partes nos hallábamos rodeados de precipicios; nuestros alrededores presentaban los accidentes más estrafalinos. El color oscuro de la roca contrastaba extraordinariamente con la blancura deslumbrante de la nieve; largas estalactitas de hielo parecían suspendidas sobre nuestras cabezas, hubiérase dicho que era una magnífica cascada que acababa de quedarse helada. El tiempo estaba soberbio; sólo se notaban algunos neblinosos hacia el Oeste, el aire era suave, nuestros ojos abrazaban un panorama inmenso, la situación no podia ser mejor, y disfrutábamos una satisfacción de las mas vivas. Nos hallábamos á 6,004 metros de altura absoluta; á mi juicio la mayor elevación á que han subido los hombres en las montañas.»

Estas cortas líneas que dan a conocer en tan pocas palabras las magnificencias que pueden contemplarse desde los altos cerros; estas frases tan concisas y claras, manifiestan también el interés que inspiran las demás observaciones de M. Boussingault. En ninguna parte se han espuesto con más sabiduría los curiosos fenómenos de una escursión por las montañas: la aceleración de los latidos del pulso que se había elevado en los dos europeos a 106 pulsaciones, la es-

perie de alegre embriaguez que acompañó a aquella ascension, y que el docto francés notó en su compañero mientras dibujaba lo que llamó *el un infierno de hielo*; la disminución de los sonidos, que era de tal naturaleza que la voz del coronel Hall y la del negro no se reconocían, y que los martillazos se oían apenas, todos estos detalles presentaban un interés comparable solo a las observaciones de Boussingault sobre la densidad de la coloración del cielo. Este último fe-



Cumbre del Chimborazo, vista por Rio-Ramba (distancia, 32 Kilom.).—Dibujo enviado de Quito en 1850, por M. E. CHARTON.

nómeno varía sin duda ninguna hasta lo infinito, porque si al verificarse la ascension del 16 de diciembre, el firmamento presentaba un color igual al observador en Quito, en cambio, en otra escursión, el sabio viajero le había visto negro como la tinta en la llanura del hielo del Antisana. Otro hecho muy curioso se desprende del trabajo de M. Boussingault, y es el cambio que se opera en la constitución de los individuos que viven largo tiempo en los sitios llanos y elevados del globo. De este modo, en tanto que se halla bien probado que Saussure no pudo verificar su ascension sin experimentar un malestar profundo, en tanto que es sabido

que los primeros conquistadores españoles no se elevaban sobre los Andes sin sentir dolores de entrañas á muchas náuseas, ningún síntoma de este género se presentó para nuestros tres viajeros. Acerca de esto, es curioso notar aquí que hay mugeres jóvenes y delicadas que pasan hallando muchas horas enteras en sitios casi tan elevados como el Monte Blanco, en el mismo punto en que el célebre Saussure se encontraba apenas con bastante fuerza para consultar sus instrucciones, y en donde sus fuertes montañeses se caían desfallecidos haciendo un hoyo en la nieve. También debemos añadir que el combate de Pichincha, que no carece

de cierta nombrada, se dió tambien en una altura poco diferente á la del Monte Blanco.

Las últimas ascensiones científicas emprendidas al Chimborazo en interés de la ciencia, son las de M. Julio Boursier cónsul francés en Quito, las cuales se efectuaron en 1849 y 1850 con los mejores resultados. Las notas manuscritas de M. Boursier contienen noticias muy curiosas. Entre otras cosas, este naturalista declara no haber visto entre los mamíferos otros animales que los toros, que se elevan hasta donde llega la vegetación junto á las nieves; los ciervos vienen después, y respecto á los pájaros, el condor y el pájaro-mosca ocupan las mismas regiones.

MAGDALENA

POA

JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 156, 159, 161 y 162.)

Siempre estaba repitiendo que el mejor modo de honrar la memoria de los muertos á quien hemos amado, es no hacer ninguna cosa que hubiera podido disgustarles, y preguntarse ántes de toda acción lo que ellos pensarían estando presentes. Por último cuando hablaba de Mauricio, siempre lo hacía con respeto, y como de un rey niño, cuyo reino administraba en su minoría; no tanto era reina como regente.

Como el ruido de su prosperidad se había esparcido por toda la comarca, bien luego acudieron los pretendientes á su mano, Valtravers se había vuelto una especie de Meca, ó Santo Sepulcro, designado á la piedad ferviente de todos los solteros del departamento. Durante algunos meses se vió una larga fila de estos peregrinos dirigiéndose al lugar sagrado para hacer en él sus devociones. Nobles arruinados, hijos de familia, jóvenes y viejos celibatarios corrieron de todos los puntos del horizonte recitando sus oraciones. Aunque grave y reflexiva, Magdalena tenía esa buena y franca alegría que procede naturalmente de una conciencia pura, de un corazón recto y de un ánimo sano; así, respondió á aquellos fieles que era un espectáculo vilificante el ver que una pobre huérfana se hubiese vuelto de pronto el objeto de un culto tan puro y desinteresado. Sumamente e, tenecida, un solo sentimiento la quedaba, y era el de hallarse bastante feliz en su humilde condición para no querer cambiarla por el raro honor que se la ofrecía; de este modo se vieron despedidos alternativamente aquellos devotos personajes.

Antes de esto, Magdalena había siempre respondido del mismo modo siempre que el caballero ó la marquesa la habían hablado de ello; la jóven había decidido que nunca se casaría. ¡Oor á todas las que se resignan á envejecer en la soledad mas bien que consentir en entregar á disgusto su corazón!

Desembarazada de sus pretendientes, Magdalena continuó viviendo en el retiro, dividiendo sus días entre los cuidados de su pequeño imperio, el ejercicio de la beneficencia y el cultivo de las artes que la gustaban. La jóven había estudiado de la biblioteca de su tio algunos buenos libros que acabaron de madurar su inteligencia. En medio de su risueña gravedad y con su belleza sosegada y serena, Magdalena representaba á veinte y un años la sensatez y la poesía, semejante á las flores que chupan el jugo de la tierra por las raíces de sus tallos, y que en su cáñica embalsamado beben al mismo tiempo el rocío del cielo. También era piadosa, y todos los domingos iba á misa á Neuville-les-Bois, visitando

sin repugnancia aquella mala aldea que la había visto tan almondoada, y en donde á la sazón había muchos pobres, y huérfanos que la bendecían. Al salir de la iglesia, rara vez óvltaba entrar en casa de la buena lugareña que la ofreció caritativamente el que probara la leche de sus vacas. En cuanto á Periquillo, nunca pudo lograr domesticarlo: ya fuera porque en su presencia se sintiese atestado de remordimientos, ó ya mas bien porque temiera que le reclamasen la moneda de plata que tan mal ganó, en cuanto la veía, el tumulto daba rienda suelta á sus piernas.

Cuando las tintas finiebre que siempre deja la muerte detras de sí, se disiparon en torno de Magdalena, cuando el tiempo cambió en sombras risueñas los negros espectros de su dolor, la jóven hubiera podido considerarse muy dichosa, sin un cuidado incesante que la atormentaba en medio de su dicha. ¿Que hacía Mauricio? Después de la muerte de su padre no había dado otra señal de vida que el ruido de sus desórdenes en aumento siempre. Antes de tomar posesion de Valtravers, coñiendo al extravío de una delicadeza encantadora, que todo espíritu elevado podrá concebir muy facilmente, Magdalena le había escrito disculpándose de su fortuna, mas esta carta, que Mauricio debió besar respetuosamente, á mémos que no se hubiese acabado en el todo sentimiento de virtud, se quedó sin respuesta. Y sin embargo, á pesar de tantas razones para rechazarle de su corazón, Magdalena buscaba aun á aquel infortunado jóven por medio de su pensamiento, y volvía á hallarle en sus sueños tal como le vió aquella tarde de otoño en que por primera vez el mismo, con mano hospitalaria, hubo de abrirle la puerta del palacio; entónces no era mas que una muchachuela, pero sin embargo, en la edad en que los hombres apenas acabamos de salir de las diversiones de la infancia, no es posible decir lo que germina ya en esos corazones de quince años. Las jóvenes no tienen infancia, y por niña que sea su mujer, á mémos que la haya visto nacer y crecer desde pequeña, ningún marido debe resignarse de haber aspirado el primer perfume de su alma.

Dios que asiste á la formación del diamante en las entrañas de la tierra, y al nacimiento de la perla en el golfo del Océano, sólo Dios ha podido saber lo que pasó en el seno de aquella criatura desde el primer encuentro, Magdalena se había negado á creer que Mauricio hubiese descendido tanto como se aseguraba, y mucho tiempo le había defendido sola contra todos, hasta contra su padre tan indulgente siempre, y contra la marquesa siempre tan bondadosa, y cuando por último al ver la muerte del caballero, y al presenciar la venta del dominio, hubo de rendirse á la evidencia, Mauricio permaneció siendo el secreto pensamiento, la novela oculta de su vida. Estos cuidados se habían vuelto mucho mas intensos desde que Magdalena hablando en Valtravers, volvía á hallar á cada paso las huellas vivas de aquella juventud que había conocido ya tan impetuosa, y al mismo tiempo tan encantadora en sus ardores. En el cuarto donde él había vivido, no se había cambiado nada después de su partida; Magdalena pasaba allí con frecuencia largas horas tristes á veces, aunque eñantadas otras. En el parque, siempre se sentaba bajo los árboles plantados por Mauricio: si atravesaba el patio del palacio, al punto venían los galgos á lamerle las manos, si se acercaba á las orillas del Vienne veía los caballos que él montaba, pastando en toda libertad en las praderas; en una palabra, el bosque entero se hallaba solo poblado con su imagen. Pero no es esto todo: había en Valtravers una honrada criatura que no había salido nunca del palacio, en donde había nacido casi al mismo tiempo que Mauricio: ambos se habían criado con la misma leche, cosa

que en las provincias de la Francia, establece siempre entre los niños una especie de fraternidad; el caballero, que la quería mucho, la había dado una especie de educación que ella aprovechó muy poco quedándose buenamente como la naturaleza la había hecho, es decir, una muchacha activa, lista, amiga de la simplicidad, franca para hablar, recogiendo la vista con su buena salud, y sin otro defecto que el de mostrarse a veces un poco bulliciosa en la efusión de sus sentimientos, ya algún tanto exaltados naturalmente.

Profesaba a su hermano de leche un amor como el de todo el mundo, sino una adoración verdadera, y de aquí nacía que no estrañaba en nada que hubiese dispuesto de sus bienes según su gusto; antes por el contrario, Ursula habría aprobado también enteramente el que Mauricio en vez de venderle, hubiera incendiado el palacio de su padre. Magdalena la debía un cariño casi semejante. En cuanto supo que una joven alemana, huérfana y huérfana de Mauricio acababa de llegar al palacio, corrió a recibirla, se arrojó sobre ella, y estuvo a punto de ahogarla con sus lágrimas. Sobre todo cuando había que verla era en las ocasiones en que alguno de los criados se atrevía a poner en duda su presencia las virtudes del joven caballero. Un pelizco por aquí, un cachete por allá, era todo lo que contestaba, y como tenía los puños algo firmes, hasta los más atrevidos se callaban. Magdalena pasaba largos ratos hablando con Ursula, y no hay para qué decir aquí, el interés que en ello se atravesaba. Como Ursula por su parte, no tenía otra felicidad mayor que la de hablar sobre su joven amo, se prestaba gustosa a las conversaciones, y apenas se pasaba un día sin que Magdalena no la llamase. Una vez que se sentaban juntas a la ventana, una costiendo y la otra bordando, bien luego salía a relucir nuestro Mauricio: Ursula principiaba siempre por la narración de los primeros años, que siempre se reducía a la misma cosa, pero lo que la una no se cansaba de repetir, la otra no se cansaba tampoco de escucharlo. Siguiendo siempre el curso de los recuerdos, insensiblemente se llegaba al momento presente. Ursula representaba a su hermano de leche como un cordero sin mancha, y vaticinaba su próxima vuelta, pero Magdalena meneaba tristemente la cabeza. Sin embargo, la alquería del Condray no se había puesto en venta todavía; así pues, Mauricio no se había despedido para siempre de aquellos lugares.

Bien luego se desvaneció esta última esperanza. Un día se llegó a saber que el Condray se vendía, y como una desgracia no viene nunca sola, otro suceso más imprevisto aun vino a sembrar en Valtravers la consternación y el espanto. Un alguacil se presentó a notificar a Magdalena que un sobrino de madama de Fresnes, que se creía muerto, había vuelto tiempo, había vuelto a aparecer en la comarca, a pleitear para ver si anulaba el testamento de su tía.

Algunos días después, Magdalena se paseaba una tarde por el parque, andando lentamente, sola, triste y preocupada. Aunque era imposible el prever el resultado del pleito pendiente, y bien que la repugnancia hasta lo sumo las intrigas y cuidados que traen consigo esta clase de asuntos, no era sin embargo el deseo de conservar su fortuna lo que de aquella manera la agitaba. Su primera idea había sido la de salir con la frente erguida del palacio, y por último se había resignado a defender sus derechos, solo lo había hecho por respeto a la memoria de sus bienhechores. Ahora sucediera lo que quisiera había cumplido con su deber; lo demás la importaba poco. Y que podía importarle en efecto una residencia a donde nunca Mauricio volvería? Magdalena no la había considerado jamás sino como propiedad de su pri-

mo, durante unos tres años, el sueño de su vida y la alegría de su alma, había sido la idea de que llegaría un día en que el hijo prodigo sería nuevamente instalado por ella en el palacio de sus padres.

Y el entretanto qué hacía? A la vuelta de una calle de arboles, Magdalena le vió en frente de sí. Era él, era Mauricio, pero estaba tan pálido y cambiado, que no parecía el sino su espectro; Magdalena llena de gozo quiso arrojarle en sus brazos, pero su emoción hubo de estrellarse contra la actitud glacial del recién venido. Después de decir que la tarde estaba un poco fresca, propuso a su prima el volver al palacio: mientras Magdalena temblaba al contacto de su brazo, Mauricio caminaba con paso firme. Sin titubear también subió las escaleras del peristilo; únicamente cuando entró en el salón, y Magdalena le dijo: «Aquí es donde murió vuestro padre» sus piernas flaquearon un poco, y ocultó su frente entre sus manos.

— Ah! estás aquí! dijo a Ursula que le ahogaba entre sus brazos.

Después de algunos cumplimientos vulgares que dirigió a su prima, contó que estando próximo a partir para un largo viaje del que probablemente nunca volvería, había querido ver por última vez la casa y despedirse de todo lo que había amado. Al cabo de una hora se retiró a su cuarto, por que la joven exigió que no fuese a parar a otra parte.

— Ah! Desgraciado, desgraciado! exclamó Magdalena desahuciándose en lágrimas.

En cuanto a Ursula, esta se había quedado petrificada. Mauricio al volver a Valtravers había decidido no pasar en él sino algunas horas; su ánimo era volverse a París inmediatamente para arreglar sus negocios y para acabar los preparativos del largo viaje que meditaba. A causa de los muchos ruegos de Magdalena consistió en permanecer algunos días más a su lado, en cuyo tiempo pudo notar la primera los destrozos que se habían operado en aquel joven, no tanto en su fisonomía como en su corazón y en su ánimo. Magdalena le halló casi siempre sombrío, taciturno y hurlón, y raras veces bueno y afectuoso. Sin embargo, Mauricio dió una prueba de que miraba por los intereses de su prima; una tarde, sin duda para descarga de conciencia hojeó los documentos del pleito, dijo que el asunto iba bien, y declaró, sin saber nada, que era una cosa fallada de antemano.

— En vuestro interés está, primo mío, dijo la joven sonriendo.

— Como es eso?

— Ignorais que desde la muerte de vuestro padre, este dominio no ha cambiado de amo?

— Oh, Dios mío! replicó Mauricio con voz indiferente: sería una generosidad enteramente perdida. Aunque tuviera todos los palacios de Francia no por eso sería más feliz.

— Tan desgraciado sois, Mauricio? preguntó la joven con una voz tan dulce y contrastada que habría enternecido a un corazón de hierro.

— Yo, prima mía! Soy el más dichoso de todos los hombres.

A la mañana siguiente supo Magdalena que Mauricio se había marchado sin despedirse de ella: es cierto que de vuelta en París, la escribió para pedirle perdón por aquella súbita partida. Dos meses después escribió de nuevo, diciendo que había terminado sus preparativos, y que dentro de quince días emprendería su viaje. Bajo una apariencia trágica, estas dos cartas se resentían del mal estado de su alma; la última sobre todo respiraba un desolado sombrío y mucho

mas negras esperanzas. A la primera, Magdalena se sintió triste como la muerte; a la segunda se quedó helada de espanto.

Durante este tiempo el pleito seguía su curso; todos los pladosos peregrinos cuyos deseos fueron rechazados, se recogían en su interior del mal giro que tomaban los asuntos de la ahemana; solo Magdalena no se inquietaba.

VI.

Mauricio, como lo había anunciado, se hallaba dispuesto en efecto a emprender un eterno viaje, puesto que de todos los que le han hecho, ninguno ha vuelto todavía, y que en la hora de la marcha hasta los mas intrépidos han sentido helarse el corazón, y a su frente palidecer de espanto. Todas sus disposiciones se hallaban bien tomadas; ya no le quedaba más que decir un eterno adiós a este mundo, que iba a dejar por otro mejor, como se dice, y como debemos creerlo todos, sin presumir demasiado de la bondad de Dios. Mauricio había llegado a esta estremidad, por una pendiente insensible pero segura. Es una historia tan comedia, tan común, y contada ya a repetidas veces, que nos limitaremos a relatar sus principales rasgos.

Consideremos un poco a nuestro joven, tiene veinte años, y a su edad va a entrar en la vida que hasta aquí ha entrevisto solo a través de los sueños encantados de la soledad en que ha vivido. Su infancia pasó a la sombra del techo paterno en la profundidad de los valles. La naturaleza le movió en su seno, y Dios no le rodeó sino de nobles y pladosos ejemplos. Poco a poco va creciendo escollado de todo el resguardo acompañamiento que lleva consigo la juventud. La gracia reside sobre su frente; la ilusión habita en su seno, y como una flor nacida bajo el cristal transparente de las aguas, en el fondo de su mirada se descubre la belleza de su alma. Crece sencillamente, sin esfuerzos, en todas las pasiones sinceras, en las ternuras sin fin que se perpetúan más allá de la tumba, en los juramentos mil veces repetidos a la claridad de las noches serenas; solo hay en él una ambición, la del amor. Pues bien, en tanta que uno se pregunta bajo qué de algún corazón viejo y corrompido. Las Beatricas no llegan nunca a tiempo, y cuando al cabo el ángel se presenta, apenas encuentra algunos granos, donde el demonio ha cogido ya una cosecha abundante.

Esta fue la primera experiencia que hizo Mauricio del mundo y de la vida. Algunas mujeres, muy pocas en verdad, reciben del cielo el don de enlucir y fecundizar todo cuanto en el mundo tocan; hasta el dolor que nos viene de ellas es bendito. Otras, por el contrario, y estas son innumeradas, tienen la propiedad funesta de esas aguas que petrifican en poco tiempo los objetos depositados en su seno. Desgraciado mil veces aquel joven que confiado y crédulo, ese en el encanto fatal que casi siempre tienen en torno suyo tan tristes criaturas! Mauricio perdió aquí la mejor parte de sí mismo, y como todas las almas débiles y ardientes están siempre en las estrechos, sallo del lazo insultando a la humanidad entera. Si es cierto que existen corazones nobles que se purifican en la misma sangre que vierten sus heridas, también hay otros que se agrían hasta el corromperse. Mauricio no supo imaginar nada mejor que el entregarse en cuerpo y alma a esa filosofía trágica que consiste en burlarse de los senti-

mientos que llaman exaltados y en considerar como quimeras todo lo que no entra en el círculo de los gozes materiales. Il-filosofía de anticámara, reservada antiguamente para los criados de comedias, y de la cual varias personas de nuestros días han tenido la pretensión de hacer una doctrina de la razón, y una teoría de la elegancia y del buen gusto. Estas almas abortadas no tienen otra ocupación que la de rebajar sistemáticamente todo cuanto realza a la naturaleza humana, juzgando que las palabras de entusiasmo y de poesía, de heroísmo y amor, de patria y libertad, no han sido creadas sino para servirles de burla ó de recreo. Mauricio se fué haciendo bien luego uno de los discípulos mas fervientes de este irónico escepticismo; y una vez en este camino, sabido es que pocos se detienen. El sentido moral se degrada, y a fuerza de echar faufarronadas sobre el vicio y a fuerza de hacer alarde de incredulidad, llega un día en que sin sentirlo, se viene a ser en realidad lo que solo se quiso parecer en un principio.

Mauricio volvía de cuando en cuando sus miradas hacia Valtravers, pero estaba atado por muchos lazos que le detenían por todas partes. — Una vez que se ha metido el pie en los escaqueos de la vida, no es muy fácil el sacarlo. Las cartas de su padre le irritaban sorlamente, y aunque tiernas y muy maternales, las reconvencciones de la buena marquesa le hacían sonreír de desden. Hay que decir aquí que entónces estaba a la moda entre la juventud, el despreciar soberanamente todo aquello que se había venerado en los pasados tiempos. La restauración estaba para concluir; se hallaba próxima esa crisis social que anunciaba un cambio total en el mundo, y por mi parte no recuerdo que ninguna época haya llevado tan lejos como aquella el desprecio de toda regla y la ausencia de todo respeto. Mauricio se había impregnado de ese espíritu revolucionario que corría en los aires, y hacía el cual le impelían naturalmente los ardores de su sangre y la vivacidad de su carácter. Ay! que lejos estamos ya de aquel joven que conocimos adornado con tantas gracias é ilusiones, afectuoso, encantador y bueno para todos!

Sin embargo Mauricio no hacía más que correr por París, comerse sus frutos ántes de tiempo, y cultivar su inteligencia lo mas preciso nada más para no parecer que había llegado de algun rincón salvaje de la tierra. Al revés de los grandes corazones, que cuando se hallan heridos profundamente, se encierran en las soledades ya para curarse en silencio, ó ya para acabar de morir, Mauricio se halla sumergido enteramente en el torbellino de las distracciones vulgares. El ocio y el fastidio que sucede a las borrascas de la pasión, le hicieron marchar a pasos de gigante por esa senda, remedio singular para las llagas del alma, el que consiste en tavariar con el lod del arroyo! Muy digno de fastidio es el joven que no sabe respetar su dolor; al ultrajarlo demuestra que no merecía ser dichoso. Hermoso, elegante y prodigo, Mauricio no tardó mucho en hacerse un nombre en ese mundo equívoco, a donde se han refugiado las costumbres de la regencia, menos la distinción de los modales y los encantos de la buena educación. Se hallaba de sus dueños y de sus caballos, de sus deudas y de sus aventuras en las callejuelas. De escacion en escacion un día llegó a encontrarse con el vicio; miró al monstruo sin palidecer, y le dió a devorar su juventud.

(Se continuará.)

PEDRO PABLO PRUD'HON.

En nuestro último artículo sobre Prud'hon hemos hablado de las circunstancias que engendraron, por decirlo así, una de sus principales obras maestras: *La Justicia y la venganza divina persiguiendo al crimen*; nada, en efecto, es más interesante que esos pormenores íntimos y familiares sobre las obras que honran hasta lo sumo al genio humano, y por eso agradecemos siempre infinitamente el que haya habido testigos que nos los conserven.

Desgraciadamente no ha sucedido así para el cuadro que



La venganza divina persiguiendo al crimen ante la justicia humana.

admirable no haya sido reproducida en grande sobre el lienzo, con lo cual el Museo del Louvre tendría un cuadro magnífico que poner en frente del del asesinato de Abel, lo que probablemente entró en la idea de Prud'hon, pues esta nueva composición tiene relaciones íntimas con la primera.

Por lo demás si se escapan en estas dos páginas de un carácter tan elevado y tan austero, todas las demás obras de Prud'hon parecen haber sido inspiradas por las Gracias. Ese encanto voluptuoso que este maestro sabía dar a sus Venus, y a todas las mugeres del mundo fabuloso se encuentra también en sus *Virgenes*. Creemos que nuestros lectores leerán con interés lo que decía sobre este punto en 1810 M. Guizot que escribía entonces folletos sobre las bellas-artistas: «Esta última (el futuro ministro de Estado hablaba de una cabeza de virgen) esta última es de una gracia seductora; su expresión es tímida, dulce, pura, y respira la juven-

nos ocupa. Es verdad que esta admirable composición no ha sido nunca ejecutada en grande, como la que le dió a Prud'hon la cruz de la legión de honor que el mismo Napoleón le puso en el ojal, nunca salió de diseño, y antes de la revolución de febrero estaba en el despacho de M. Ledru-Rollin. El grabado, por fiel que sea, da difícilmente la idea de la belleza, la inspiración y la fuerza dramática que se ve en esta página sublime; pero á qué hemos de hablar de la hermosura y de las dolorosas peripecias que el pintor ha escrito tan claramente en cada una de estas figuras? Lo único que podemos hacer es lamentarnos de que esta obra

TEODORO GERICAULT.



El creador de la Guardia Imperial.

En uno de nuestros últimos números hemos quedado en el *Yasfragio de la Medusa*. Este magnífico cuadro que se halla hoy en las galerías del Louvre, no fué comprado entonces sin embargo por el gobierno francés, lo que se concibe fácilmente porque habiendo hecho su aparición en la exposición de 1819 cuando los discípulos de David representaban aun los primeros papeles y ocupaban todos los

puntos por donde el artista podía llegar al renombre y a la fortuna, necesariamente esta obra maestra hubo de ser mirada con muy malos ojos.

En 1820 un Inglés compró este cuadro á Gericault, le llevó á Inglaterra, y se puso á enseñarlo por dinero; la suma que produjo esta exposición fué tan considerable que el pintor recibió por su parte más de 20,000 francos de beneficio

Después de la muerte de Géricault acacida en 1824, uno de sus más íntimos amigos compró el cuadro del *Naufragio de la Medusa* por la módica cantidad de seis mil francos, pero apenas circuló la noticia de esta compra cuando algunos americanos ofrecieron doce y hasta diez y ocho mil francos por el lienzo. Su dueño prefirió cedérselo al Museo del Louvre por la suma que había desembolsado; noble desinterés que honra sobremanera la memoria del que lo tuvo, M. Delreux Dorey.

Ya hemos dicho que en 1812 espuso Géricault el retrato, enestore de M. Déudonné vestido con su traje de teniente de guías del emperador. Este cuadro mucho más conocido bajo el nombre de *Cazador de la guardia imperial*, es una de esas obras que pueden considerarse como verdaderos puntos de partida en la historia del arte, porque militan perfectamente las épocas de transición, y señalan los días en que un arte descrito ya tiende a desaparecer para dejar el puesto á otro más nuevo. De este modo hubiera sido sumamente sensible que este cuadro se hubiese extraviado, y decimos esto pensando en el acazo providencial que le salvó.

El *Cazador de la guardia imperial* pertenecía al rey Luis Felipe y antes de la revolución de febrero formaba parte de la galería del Palacio Real, mas habiéndole prestado este príncipe en enero de 1848 á la asociación de los artistas para que lo pusieran en su exposición del boulevard Bonne-Nouvelle, resultó que el 21 de febrero, se hallaba felizmente lejos de aquella hermosa galería que la llama revolucionaria devoró en muy pocas horas. No es este el caso de decir: *Habent sua fata tabellæ*.

J. J. ARNOUX.

LAS NOCHES DEL LAGO.

PRIMERA.

Cesa de rugir, implacable vengadora, esclámame al bajar por los frondosos collados de San Genoulph, en las orillas del lago de Glacéna. ¡Esta mano que armó la columna, esta mano culpable, la lavare en la sangre del traidor, ó entregare á sus golpes una víctima mas!... ¡Mañana, esas felices y risueñas compañías, no sostendrán ya dos asesinos!...

Pase tres horas de pie mirando al lago, mientras que los marineros aparejaban mi esquife: despues como habiamos convenido en nuestras cartas, coloqué en él unas pistolas, mi puñal, mi espada y un garfio de abordaje. Comencé á agitar el agua con el remo, y poco á poco fui apartandome de la orilla.

Eran las nueve de la noche: densas é inmóviles nubes cubrían el cielo, y el último rayo de sol que todavía se refractaba en ellas, las daba un color broncado. Ha estinguíendose la luz, y mi vista fija en el terreno suavemente inclinado que desciende desde la meseta de Vevay, buscaba con impaciencia á mi enemigo entre los moribundos resplandores del crepusculo. Ya no quedaba en el horizonte más que un rayo fugitivo, que fué á extinguirse sobre el pabellon encendido de un barco distante y comprendí que mi señal habia sido reconocida.

En vano multipliqué los movimientos del remo en dirección del lugar de la cita. Las aguas estaban silenciosas y fijas como el cielo. El aire reposaba sobre el lago sin balanceo, sin murmullo, gusoso, silencioso, ardiente como el vapor que duerme en el fondo del cráter de los volcanes. Las aves nocturnas callaban poseídas de terror, en los troncos de las

árboles podridos, y recogían con avidez encima de sus secas alas la fangosa humedad de las hojas muertas.

Hacia la media noche se levantó un viento fresco, y corrió silbando por la superficie del lago; rechazado luego por las montañas en cuya base habia chocado, se replegó por las olas que trae y lleva la marea. Irritado con la resistencia, volvió á hajar mas impetuoso, y buscando por todas partes la salida que le impedían los Alpes, se desplegó rugiendo sobre las embocaduras aguas. Bien pronto mi barquilla arrebatada por las olas, no siguió mas dirección que la de la borrasca. En vano procuré guiarla aplicando el oído al ruido de la tempestad, que repetían los ecos, y que modulaba en todos los tonos, una especie de quejido lúgubre y prolongado como los lamentos de una mujer desolada.

Fun pronto junjia en las cavernas, como resonaba en las soportales concavidades de los peñascos, ó espiraba lentamente en la arenosa playa. Y en los intervalos de las tumultuosas ráfagas, retaba un espantoso silencio, en medio del cual creia distinguir siempre un nombre que una boca invisible hacia llegar á mi oído.

Apenas el granizo de la lluvia, que llegaba á su nido lloviendo y azorada, se mezclaba de cuando en cuando con el mugido de las olas y de los vientos. La lluvia descendía á torrentes de un cielo innegrecido. El lago, la atmósfera y el aire confundidos en un torbellino horrible, luchaban entre sí como los confusos elementos del caos. La espuma de las olas llegaba hasta mí, como un ser animado de un instinto feroz, me llenaba completamente de humedad, y me derribaba abrumado con su peso. Abandonado en aquel peligro, me arrastraba por las tablas mal unidas de la barca, y pedía al cielo la venganza y la muerte.

Sin embargo, el ruido de la lluvia iba cediendo, y no perdía mi oído mas que un rumor largo y sostenido. Mi barquilla cinglaba con tanta rapidez como si se deslizase por una pendiente de pulimentado mármol, ya porque un viento favorable agitase mis ligeros aparatos, ó mas bien porque el desorientado capulín siguiese una corriente rapida, porque yo no oia ni aun el rugido de mi mojado pabellon, que morcían las frías brisas de la noche.

Arrodillado sobre el puente, y dirigiendo mi vista por el lago, procuraba divisar un pabellon y esperaba oír algun ruido: aguardaba el monótono golpeo de un remo ó el silbido de las olas hundidas por una proa. Me parecía que á fuerza de mirar las tinieblas, llegaría á descubrir en ellas formas y colores, y en efecto, su oscuro velo comenzaba á hacerse mas diáfano. Una transparencia sombría y confusa como la del vapor impenetrable que circula por delante de los ojos de un ciego de nacimiento, me prometía sin presentarme, la apariencia de los objetos. Mas la curiosidad del ciego no está secundada como el oído por las ilusiones de la memoria, y su imaginación no puede adherirse á lo vago de aquel crepusculo mas difícil de definir que la nada, el aspecto vivo de un enemigo.

Sin embargo, salía el sol, ó mas bien giraba su apagado disco en una nueva noche: no se veía cielo, horizonte ni luz: las tinieblas, que apenas se habían aclarado, no adquirían la movilidad de las nubes penetradas por la luz del día, porque no flotaban sobre nada que no fuese oscuro y tenebroso como ellas: poco á poco los puntos mas cercanos á mi vista fueron desprendiéndose de aquel caos de la mañana. Una especie de varitas delgadas y negras se levantaban en derredor mio, y se balanceaban como bandederos: eran los apretados juncos de un estrecho ancon á donde las corrientes me habian conducido durante la incertidumbre de mi na-

vegacion nocturna. La ribera se presentaba tan vaga y tan pálida que cualquiera se hubiera creído separado de ella por la extensión de un largo estrecho; procurando alejarme apoyé en ella un remo, y la vi desaparecer de repente: bien pronto senti disminuirse el obstáculo que se oponía al curso de mi barquilla: las olas que se estrellaban en él fueron dividiéndose, y parecia que tomaban otra dirección. Satisfecho, me interné en el lago con mas placer que el piloto que en lo mas inminente del peligro, encuentra por fin el anhelado puerto. Sin embargo, nada me conducía hacia las invisibles costas del Oeste... La oscuridad habia cambiado de color, pero reinaba siempre con igualdad en el cielo y en las aguas. La misma atmósfera no se distinguía de las olas mas que por su elevación, y nada indicaba el sitio del sol.

El que recorre mares sin limites y cuya fragata salta como un delphin despertado por la aurora en lo alto de una ola que aun no la tocado la tierra, y que el curso eterno del flujo del Océano jamaa aproximará á sus orillas, ese conserva todavía algun recuerdo de su patria por cuanto puede oír al sufrido marinero silbar las manióbras, ó al aturdido grumete gritar desde las gavias. Ciudadano de una ciudad desierta, marca en el horizonte el suspirado polo del regreso; aguarda ver una vela, el movimiento del bonto, el salto del pez volador y la soña del vigia: espera, escucha y reza.

Pero solo en una navecilla, aparejada para la muerte y la nada, para buscar en aquellas aguas frías el punto mas alejado de sus orillas, para cometer un nuevo crimen y sepultar allí los remordimientos y los asesinos, andar errante con este pensamiento execrable y legitimo, con esta dulce y horrorosa esperanza, en medio del cielo y de las aguas, en medio de nubes tan densas y opacas, que solo el remo puede distinguir las nieblas de la superficie del lago, cuando nada es capaz de penetrar la bruma y separarla del cielo que parece haber caido sobre ella; gozar con horror en esta soledad de la idea de que ya no será turbada mas que por el grito de la rabia y los sollozos de la agonía; imaginarse que la vista del hombre, tan grata al hombre errante por los abismos, no despertara en el fondo de su corazon desesperado mas que las furias del infierno!... ¡Ay!... ese es un viaje horrible, cruel, desajudado!...

El ayuno, el insomnio, el cansancio, la acción penetrante de la lluvia, la opresion de una atmósfera pesada, que me niega el aire y la luz; la firmeza de un sentimiento invariable que me sirve de existencia, que es como la inmóvil tela á que está unido el hilo de todas mis ideas; la voluptuosidad que correa una larga esperanza satisfecha, todas estas causas reunidas inflamaban mi sangre, y prestaban á los sueños de mi imaginación las ilusiones casi palpables de la fiebre. Los monótonos latidos de mis arterias marcaban el acompasado balanceo de la barca; mis oídos zumbaban como el viento de la noche, en las jarcias apretadas por el hielo, y fuegos extraños deslumbraban mis ojos. Legiones de espectros confusos, juego fantástico de las olas, se agrupaban á mi lado; el mas obstinado de todos, que retrocedía ante mi proa, me presentaba sin cesar el cuerpo inanimado de una mujer con traje blanco, que salía del lago, y me alargaba los brazos...

Los espíritus á quienes Dios la confiado el cuidado de su creación, son algunas veces demasiado crueles en la elección de las imágenes que esparcen sobre la obediencia tela del firmamento. Creírase que se complacen en asustar al alma con prestigios lúgubres, que se asemejan al mas triste de sus pensamientos; cuántas veces han esparcido la cabellera de la nube errante, para darle el aspecto de una ca-

beza moribunda!... ¡cuántas veces, mas atentos á la perfección de este trabajo, extravagante juego de sus caprichos, han fijado por un momento con rasgos móviles semejanzas fatales!... ¿Y que hombre tiene bastante seguridad en su conciencia para encontrar sin espanto en el cielo la imagen de unos muertos á quienes ha amado?...

Ya hacia largo tiempo que el sol habia andado la mitad de su carrera, y semejante al pensamiento de un alma viril que se desprende con energía de los errores del mundo, para formar por último posesion de su tardía madurez, penetra obtinadamente la masa de las pálidas tinieblas de un rayo vivo y puro, cuya estremidad se quiebra, y resalta en la superficie del lago, como la envenidada barra que el herrero suete en el agua cuando la saca de la fragua. Poco á poco unos rayos menos pronunciados blanquean todos los puntos del horizonte, se dilatan, se despliegan y concluyen por confundir sus indecisos lados: en una nube de luz que pesa sobre el vapor transparente, y que le hace disiparse por todas partes. La bruma se agita como las olas, toma una existencia distinta y visible, la de un lago aéreo que obedece al impulso de los vientos, y que á su arbitrio, mueve con violencia las encrespadas olas, ó las convierte en apacibles y ligeras. Me asombra el que mi barquilla, encañada en las profundidades del abismo, no se eleva con aquel mar sutil á las brillantes regiones cuyas riberas baña.

Todo mi horizonte está en el cielo, ó mas bien parece volverse á correr en derredor mio á medida que se estiendo sobre mi cabeza. Al principio no era mas un disco livido, cuyo aureola mas livida todavía, se distinguía al ensancharse; ahora es un vasto círculo que toca por todos lados á los limites de la vista y cuya indecisa circunferencia solo se desvaneca en las impenetrables brumas de que me hallo envuelto. Apenas algunos destellos luminosos, deslizados en su humeda trama, coloran por un instante su tejido engañoso. Estrechados ó contráidos por el frío elemento que los circunda, vuelven á caer sobre mí, mas espesos y oscuros, como una red insidiosa entre la traicion y el castigo.

El borrascoso Océano de las brumas comienza á tener límites: le veo concluir á lo lejos en azules playas, que inmudaba hace poco con el desbordamiento de sus olas impalpables y mudas. Desciende como si fuese movido por el retajo, y se precipita hacia mí, desde las estremidades del abandonado cielo. Ya la cima deslumbradora de las montañas de nieve, corta acá y allá su superficie oscura, como el blanco despuina que corre sobre la pizarra lústrosa de los mares; las lejanas cimas, cubiertas de una sombra monótona, se prolongan á manera de negros promontorios; crestas heladas los erizan con sus picos quebrados como escamas: una aguja de basalto le atraviesa como un mastil flotante, que trepa lentamente por la curvatura insensible del horizonte. Una nube mas iluminada que medio se pierde entre los rayos del sol, le recorre como una vela.

Encanto de una sangrienta esperanza, no engañes mis deseos!... El sol desciende hacia el Occidente, mas por el Norte: todas las nubes, impelidas por un viento impetuoso, ruedan unas sobre otras, como unas montañas errantes: se condensan, se acumulan y se estenden como una costa brava, y circuyen el lago con sus paredes de un blanco miliforme; coronadas de fortalezas, se redondean como torrecas, trazan aberturas á manera de aspilleras, y echan peligrosos puentes sobre los abismos del mar. Apenas algunas isletas desprendidas de sus pesadas masas, se esparcen sobre el limpio cristal del cielo, y proyectan en su inmóvil espejo, la risueña frente de aquellas florestas aéreas, que no

han sido jamas visitadas sino por los espiritus. Sin embargo, algunos vapores mas gruesos no han podido llegar todavía á estas regiones elevadas: unos se arrastran como pesados rebaños por el declive de las riberas; otros esparcidos por el reverso de las empinadas praderas, se estrechan hacia las chozas como si obedeciesen á la señal dada por el cuerno de los pastores: las mas ligeras se colocan sobre los escarpados peñascos, como la atrevida, cabra que compite con ellas en blancura.

Algunas hay que han superado ya todos los obstáculos, y que no dejan encima de ellas mas que un corto número de orgullosas cimas, cuya elevacion jamas han tocado las nubes, y arrastradas por una fuerza desconocida en derredor de su móvil eje, se encierran al pie de la inaccesible cascada como reptiles ondulantes, y esténden por su base una especie de atmósfera trasparente y luminosa, como los tapices de diamantes que flotan de resplandor los palacios de las hadas, ó se comprimen con balanceo regular semejante al de las olas de quienes han recibido su fugaz existencia. Es otro lago que sostiene otra montaña sobre todo el horizonte y que varia la magnificencia de su aspecto eterno, prestándole el encanto pasajero de sus inconstantes bañías, y la frescura imaginaria de sus aguas. Así se eleva la antigua fortaleza de San Miguel del mar, en medio de sus blaquecinas playas y de sus movedizas arenales.

La superficie del lago estará bien pronto tan limpia de nubes como el cielo que refleja: un viento del Sur que hace presagiar alguna tempestad, la roza con su tibio aliento, y arrolla en sus orillas, á manera de copos, el resto de las pezosas nieblas. Unos se rompen por debajo de la ribera, y otros se deslizan sobre la movediza arena, como el último flujo de la marea que se retira, y que vuelve á ser absorbido por la última ola. Apenas se las ve suspenderse á lo lejos como ligeros girones á la punta de un peñasco, balancearse en las ramas de las espinosas zarzas como un suave vellón; correrse entre dos árboles como la émera tela de un insecto ó cubrir con un humo ficticio el tejado de una choza desierta. ¡Dichoso el que pudiera habitarla sin remordimientos y sin recuerdos, ignorado de un mundo desconocido!

Ya hace largo tiempo que el sol ha trastornado la montaña; ya no la ilumina mas que como una cúpula inflamada, que se va apagando como una hoguera que no tiene combustible: bien pronto no es mas que un punto encendido que aumenta la luz en el momento de extinguirse, y que podría tomarse por un faro colocado en el cielo al principio una tempestad. No se halla esta muy distante. En el lago, en el aire y en los árboles se observa una inmovilidad amenazadora, que da la idea de lo que será el mundo el día de su destrucción, cuando el poder que mantiene en perpétua armonía el juego de sus órganos, se aparte de su cadáver y le deje frío y abandonado en los desiertos del espacio.

Al instante el occidente apareció adornado de anchas colgaduras de púrpura, con bandas de color violado oscuro, que concluyeron por fundirlo todo: ahora se han estendido como una vela inmensa, de un negro más allá, en donde se apagan acá y allá algunos reflejos cobrizos, semejantes á los que se ven brillar en la superficie de una antigua rodeta de bronce: se van oscureciendo y mueren. El último rayo del día que se disipa ilumina con una chispa de oro el punto mas elevado del Monte Blanco, y se detiene allí un instante en medio de la oscuridad universal, como una estrella desconocida á los pastores.

¡Cuán triste es el silencio cuando se busca á un enemigo!

¡Cuán horroroso es que el ligero estremecimiento del aire y del agua no adviertan el ruido de una proa, ó el balanceo de un pabellón! ¡Cuán fugaz parece el placer del odio y de la venganza, cuando se han confiado á los azares de la noche, en que un inopinado encuentro puede devorar en un rápido minuto, todo el porvenir de nuestras esperanzas y de nuestros deseos!

Las nubes son negras y brillan todavía con un metal de colores oscuros que se funde en los hornillos: cuando una claridad fugitiva se desliza en los pliegues del tenebroso pabellón que suspenden sobre las montañas, se distingue en una sombra mas espesa, en una oscuridad mas impenetrable, algunas nubes con las orillas á manera de flecos, cuya figura imita las escorias de una capa de lava apagada. El lago refleja el ardor de esta atmósfera abrasadora, y cuando las lumbreras de la noche, recorren su tetrica superficie, la pesada inmovilidad de sus aguas, sin brillo y sin murmullo, da la idea de un mar de plomo derretido, preparado en el fondo de algun infierno para la espacion de un crimen desconocido de todos los pueblos y de todas las edades.

Mis rodillas se doblan: mis ojos abrasados por unos astros encarnados y azules, que hacian girar sobre un fondo negro sus disformes globos reproducidos siempre con el mismo aspecto y los mismos colores: oia ruidos extraños y amenazadores, cánticos de terror y regocijo, quejidos y exclamaciones de placer, la campana de la parroquia, el toque ó señal de incendio y el clamor ó toque de muerto.

C. NODICA.

COBERTA DE UN VAPOR

BOLEA

EL LAGO DE TROU.

Para todos aquellos que se deleitan en la contemplacion de la naturaleza, la Suiza es una especie de tierra comun donde van á admirar sus encantos y, magnificencias. Ademas del suelo que cultiva el labriego, ademas de las cosechas y rebañes que hay en él, se encuentran en esas admirables regiones mil riquezas que pertenecen á todos, cuales son: los nevados picos que se destacan sobre el azul del cielo, los espesos bosques con sus gargantas y cascadas de verdura, y sobre todo los lagos, esos limpidos espejos que parecen sembrados de distancia en distancia, para multiplicar las bellezas de la creacion reflejándolas por todas partes.

Estos tesoros de propiedad comun atraen todos los años á la Suiza á todos los peregrinos del arte de la moda ó de las diversiones, y hacen que se conviertan esos lugares privilegiados durante algunos meses, en el paseo mas escogido de la Europa.

Bajo este punto de vista particular, la cubierta de un vapor parece simbolizar perfectamente la misión de la Suiza entera. Allí se encuentran y se rodean los viajeros de todos los países; se traban relaciones amistosas, las necesidades del viaje conducen á servicios reciprocos, se está demasiado cerca para permanecer indiferentes uno á otro, y se hallan todos demastado bien para aborrecerse.

Sin embargo, la fraternidad no se estableció desde el principio. A la salida, cada cual se quedará aislado en su nacionalidad como se ve en nuestro dibujo. El inglés provisto de su carta topográfica y de su libro de viaje, indicará á su guía los lugares y aldeas que quiere ver, el sacerdote ita-

liano se sentará á un lado á leer su breviario; el artista francés se arreglará un pupitre con dos cofres y enriquecerá su album con algunos diseños, en tanto que dos estudiantes venidos de la otra ribera del Rhin se enseñarán mutuamente sus herborizaciones, y un desterrado polaco envuelto en su cascaca de pieles lanzará una mirada sombría sobre esas hermosas regiones que no pueden recordarle su patria que-

rida. Mirando hacia la izquierda descubriréis una pareja parisiense que habla y se sonríe. Para estos ya la sensacion está en comun; el paisaje es un motivo de conversacion, si se miran es para comunicarse lo que han visto. Precioso instante social que bien luego se volverá contagioso. No pasará mucho tiempo sin que la jóven se acurra á ver las flores que el estudiante recojió en la montaña; el dibujo del francés pa-



Cubierta de un vapor. — Dibujo de KARL GILBERT.

sará de mano en mano y llegará hasta morir que olvidará su carta topográfica, el niño saltará de las rodillas de su madre para jugar sobre cubierta, y hasta el mismo polaco atraído por el acento de la Francia se mezclará en el grupo como á la voz de su segunda patria.

Invencible poder del hombre sobre el hombre! Por todas partes donde se entrega á su inclinacion natural, se aproxima involuntariamente á su semejante, se asocia á él por medio de la palabra, y juntos disfrutan de la felicidad de todos.

Solo la prudencia, triste fruto de la experiencia y del interés, detiene los impulsos de la simpatía, y nos enseña á establecer en nuestro derredor esa muralla de desconfianzas con frecuencia inútiles y siempre dolorosas. Ay! Si entra en las necesidades de nuestra condicion humana el ver engañadas las ilusiones, quién de nosotros no desearia poder decir lo que decía un filósofo en su lecho de muerte: que había siempre amado á los hombres lo bastante para que estos pudieran engañarle.

MAGDALENA

NOA

JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 146, 185, 181, 187 y 187.)

En medio de estos desórdenes fué cuando vino á sorprenderle la carta de su padre, carta tan digna como tierna, sin cédula ni pueriles declamaciones. Mauricio cuando la leyó sintió en su corazón todos los nobles instintos que se despertaban con el signifi- cado de los recordamientos. Al sonido de aquella voz augusta se puso á sollozar, las lágrimas saltaron de sus ojos, y un grito de amor se escapó en fin de aquel corazón desde hacía largo tiempo cerrado y silencioso. Ya estaba para marchar, ya se mareaba, cuando supo que su padre había muerto. Mauricio se quedó aterrado, cayó enfermo de fiebre y de delirio. Sus amigos, ó sus discípulos, por mejor decir, bajo pretexto de consolarle le cercaron á su cabecera, tanto que el golpe que parecía debía acabar de romper los malos humores, no sirvió sino para estrecharlos con más fuerza que nunca. Qué hubiera ido á hacer á Valtravers! Mauricio después de algunos inútiles esfuerzos, halló muy cómodo abandonarse á la turba que le rodeaba, y esto consiste en que es muy difícil el volver á salir esa pendiente que se baja tan fácilmente. Sin embargo, la realidad más amenazadora cada vez principia á hacerse sentir atrozmente. Los ápuros se iban multiplicando, porque el desorden en los sentimientos lleva directamente á todos los desórdenes. Para apaciguar la hiena de la deuda, Mauricio tuvo por fuerza que resignarse á la venta en pública subasta del palacio en donde había nacido y del dominio de sus padres. En una palabra, poco á poco, llegó insensiblemente á encontrarse acechado en ese grupo de descariados tanques que viven en París sin patrimonio y sin carrera, jugando siempre, llevando buena vida, é insultando con su fortuna inesplicable á las gentes honradas.

Pero de todos modos, siempre llega una hora en que el destino, como un heredero implacable, viene á llamar á nuestra puerta pidiendo lo que se le debe, y en esa hora terrible, de grado ó por fuerza, es preciso ajustar cuentas. Se ha dicho y repetido muchas veces que el hombre es el juguete de la casualidad, por mi parte, creo que no hay ligera mas cierta é inflexible que la de la vida humana. Todo está ligado, todo se encadena en ella, para el que sabe ver las premisas, y esperar con paciencia la conclusion, es seguramente el más vigoroso filogénico. De este modo le sucedió á Mauricio aquello que le debía suceder la hora fatal le sorprendió en una situación sin más salida que el suicidio ó el honor.

Era un alma perversita, pero no perversa: en lo más fuerte de sus extravíos, se habría podido descubrir en él el sello de su origen, y la huella de una grandeza innata, aunque bastante alterada. En medio de la noche profunda en que se había estraviado, lanzaba de cuando en cuando hermosos resplandores, y así sucedió que, entre las dos salidas que tenía, no titubeó un instante. Además hacia ya mucho tiempo que su suicidio moral se había cumplido, ya no le faltaba sino enterarse y el sombrero fastidioso que le devoraba, el hastio profundo de la vida, debían llevarle tarde ó temprano á un vulgar desenlace, fácil de prever en una época en que se ven tantos jóvenes de veinte años que desesperan de la vida.

Una vez tomada su resolución, y demasiado altivo hasta en su humillación para consentir en abandonar la exis-

tencia como un deudor insolvente que huye de los acreedores, mandó vender su alquería del Courday á la cual no había querido tocar pensando en Magdalena, porque bien que no hubiese conservado en su seno mas que una imagen muy vaga de su prima, sin embargo, había previsto el caso en que pudiera caer en la pobreza. Tranquilo sobre este punto, pues sabía que Magdalena poseía legítimamente el dominio de Valtravers, enagenó para pagar las últimas deudas contraídas, el único y último resto de la herencia paterna, y luego impellido por esa triste necesidad de emociones que nunca se aleja en nosotros, quiso volver á ver antes de morir el diacon de la tierra en donde había nacido.

Esa vuelta al lugar natal sobre la cual acaso había contado para renunciar en sí la juventud, no sirvió sino para mostrarle en toda su esteril desnudez la pobreza de su ser; apenas reconoció los senderos por donde había pasado tantas veces entre la marquesa y el caballero; volvió á ver sin emoción ninguna aquella hermosa naturaleza que había amado tanto, que le había visto joven y hermoso como ella. Cuando se fue á sentar en los umbrales de la puerta donde su padre había muerto, ni una sola lágrima se desprendió de sus áridos párpados: justo castigo de las almas manchadas que, después de haber tirado todo cuanto hay en este mundo santo y respetable, pretenden un día apagar su sed en el manantial de las puras emociones que para ellos no da otra cosa sino aguas amargas.

Crear que aquel joven iba á regenerarse con el contacto de aquella suave criatura llamada Magdalena, hubiera sido alucinarse. Levita grosero del culto de la belleza sensual, como hubiera podido comprender aquella original hermosura? Cuando la volvió á ver, no solo no pudo descubrir sus gracias, sino que aun después de haberla examinado detenidamente como hubiera podido hacer con una estatua, reconoció al punto que su prima carecía totalmente de carácter: todo lo que sintió á su lado se redujo á ese vago sentimiento de incomodidades ó de violencia que experimentan casi siempre los libertinos, cuando se hallan por casualidad al lado de una mujer casta. Casado hacia mucho tiempo de las despedidas, una mañana se marchó como había venido, sin decir á nadie una palabra.

De vuelta en París se apresuró á finalizar sus negocios. Ya antes de su salida, había reformado su casa despidiendo á sus criados, y vendiendo sus coches, con lo cual y lo que prodejo la venta del Courday tuvo para pagar sus últimas deudas. De este modo se halló con una suma de unos mil escudos, cantidad mas que suficiente para llegar al término del viage. Libre de todo cuidado, se mantuvo quieto, decidido á pasar en el retiro los pocos días que debía aun permanecer en la tierra. Si había vivido mal, al menos quería morir bien, es decir, con dignidad, por que no creyendo en nada, é al levantar la cabeza vió en pie delante de él á Magdalena que le miraba con una triste y suave sonrisa. Al punto creyó que era una ilusión de sus sentidos; un instante creyó ver al ángel de la muerte que venia á asistirle en su agonía, pero Mauricio no era hombre para detenerse largo tiempo en estas poéticas suposiciones.

— Vos aquí, Magdalena! qué me queréis? Qué capricho, ó mas bien qué interés os trae? De todos modos, ya podéis saber que estais demas.

— Si, primo mio, yo soy, respondí el joven, sin turbarse ni sorprenderse con estas palabras dichas de seguida con un acento cortado y casi brutal. Soy yo, ó mas bien somos nosotros, añadió, porque vuestra hermana de leche está tam-

nada tiene ya que hacer en la tierra. Bien luego todo pareció anular en él la firme resolución de acabar con sus días; ya había escrito á Magdalena su carta de despedida; sus pistolas estaban cargadas; mes de una vez había apoyado el bronco sobre su frente, como para probar el helado beso de la muerte, y por último, y en esto se habría podido conocer que tocaba al momento supremo, se ocupó en destruir todos los vestigios de su pasado, á fin de dejar solo un cadáver á los comentarios de la curiosidad.

VII.

Salido por la mañana de París había vuelto por la noche, después de haber errando todo el día en los bosques de Lucienne y de La Celle. Jamás la vida le había parecido tan pesada; nunca había sentido tan profundamente el vacío y la nulidad de su corazón, y el aniquilamiento de sus facultades todas. En cuanto entró en su casa: tomó un cajoncito y le abrió: las cartas que había recibido en mejores tiempos se hallaban allí revueltas, todas juntas, sin mas orden ni cuidado que el que había puesto en el arreglo de toda su existencia. Cartas de familia y cartas de amor, flores marchitas, cintas ajadas, rizos de cabellos, allí estaba todo el poema de su juventud. Cuando levanto la tapa con una mano un poco piadosa y conmovida, aunque hacia muchos años que era insensible á las sensaciones de esta naturaleza, no pudo menos de estremecerse con los perfumes de los días dichosos que desaparecieron como una ráfaga de primavera. Entre las cartas que leyó antes de arrojarlas á las llamas, el acaso le puso justamente en las manos aquella que su prima le había escrito sin saberlo la marquesa ni el caballero, y que él había dejado sin respuesta. Por primera vez la leyó enteramente sonriendo de vez en cuando con la sencillez del encanto que descubría en ella. Cuando las llamas lo consumieron todo, Mauricio sacó del cajoncito vacío un medallón que se puso á considerar atentamente, y durante algún tiempo con aire sombrío. Al tocar á él se había estremecido como con el contacto de una víbora; al reconocerle se sintió sobrecolido de un temblor nervioso, y siniestros reflejos salieron de sus ojos, muertos hacia un instante en el fondo de sus órbitas. Era el retrato de la primera, de la única mujer que había amado. Su fisonomía era hermosa, pero de una hermosura sombría y fatal, examinándola detenidamente se creía ver una esfinge misteriosa proponiendo su corazón por enigma, y devorando á los insensatos que se presentaban á adivinarlo. Al cabo de algunos minutos de silencio contemplación, Mauricio por un movimiento de odio y de cólera lanzó lejos de sí el delgado y frágil marfil que fue á hacerse pedruzcos contra la chimenea. Aniquilado con este último esfuerzo, se dejó caer sobre un diván con su pálido rostro oculto entre sus manos. De este modo permaneció más de una hora, y al levantar la cabeza vió en pie delante de él á Magdalena que le miraba con una triste y suave sonrisa.

Al punto creyó que era una ilusión de sus sentidos; un instante creyó ver al ángel de la muerte que venia á asistirle en su agonía, pero Mauricio no era hombre para detenerse largo tiempo en estas poéticas suposiciones.

— Vos aquí, Magdalena! qué me queréis? Qué capricho, ó mas bien qué interés os trae? De todos modos, ya podéis saber que estais demas.

— Si, primo mio, yo soy, respondí el joven, sin turbarse ni sorprenderse con estas palabras dichas de seguida con un acento cortado y casi brutal. Soy yo, ó mas bien somos nosotros, añadió, porque vuestra hermana de leche está tam-

bien aquí á dos pasos en vuestra antecámara; no he podido decidirla á que se separase de mí, y acaso no os desagradaría el ver de tiempo en tiempo su honrada y buena fisonomía.

— Y qué idea habéis tenido de salir de vuestro nido? preguntó bruscamente Mauricio. Qué habéis venido á buscar en esta ciudad infame? No sabéis qué el aire que se respira está infestado; ignorais que aquí se amera de friolera y de angos? Vosotras en París? Pobres criaturas, volved luego, volved á Valtravers, y no salgais jamas de vuestros bosques.

— Eso se dice fácilmente, primo mio, repuso dulcemente Magdalena, pero debéis saber que ese pleito que creíamos ganar le he perdido completamente; ignorais que Valtravers ya no es mio, y que me hallo absolutamente en la misma situación en que me hallaba aquella tarde en que me encontrasteis en el fondo de aquellos bosques donde me aconsejais que permanezca siempre.

(Se continuará.)

CATEDRAL DE SAN PEDRO DE TROYES.

La catedral de Troyes tan notable por su extensión, por sus bellezas arquitectónicas y por la riqueza de sus vidrieras, era en el siglo III una capilla dedicada al Salvador. Una iglesia mas vasta reemplazó este primer templo en el siguiente siglo que á su vez cedió el puesto á otro monumento elevado en 870 por el obispo Othulphé, que fue arruinado por los normandos en 898 y vuelto á construir por el obispo Milon en 980. El terrible incendio de 1188 que consumió una gran parte de la villa, llegó hasta la catedral que tenía entonces un techo de plomo. Este desastro arruinó á los habitantes, y solo veinte años después el obispo Hervé principió á poner los cimientos del nuevo edificio, pero la muerte detuvo sus proyectos. En 1223 solo estaban acabados el santuario y las capillas que le rodeaban. El coro, muy adelantado en tiempo del obispo Nicolas de Brié (1253-63) fue acabado por Juan de Auxois, elegido en 1304. Los crucesos son del tiempo de los reyes Felipe el Hermoso y Luis Hutin: la nave continuada en el siglo XIV, fue interrumpida por las guerras y no se acaba hasta el año de 1492. El campanario construido en el centro de los crucesos, fue destruido por una tempestad, y no se volvió á levantar hasta 1430. Los primeros rimentos de la fachada principal y de las torres se pusieron en 1506 por el obispo Baguer. Martin Chambige, de Beauvais, maestro de albañilería dirigió los trabajos en 1510, siendo reemplazado por Juan de Soissons que cedió su puesto á Juan Bally en 1550. Este continuó la torre que se acabó en 1648. El campanario que se elevaba á unos 60 metros sobre la iglesia, atrajo muchas veces el rayo sobre el monumento, en 1700 fue incendiado y comunicó el fuego á los techos de la iglesia.

La fachada principal tiene tres puertas de 53 metros de ancho sobre 33 de alto hasta la balaustrada que riza encima del roseton central. Solo la torre del norte ha sido acabada: tiene 64 metros hasta la plataforma, y las dos torrecillas que tiene encima cuentan 46 metros de elevación. Esta fachada dividida en tres partes, esla expresión mas completa del arte ogival sobrearregado de molduras y de adornos. El roseton central es una obra maestra de combinacion geométrica: la punta de ruinas que se halla unida con la balaustrada sostiene en otro tiempo el escudo de armas de la Francia.

La torre del norte elevada á principios del siglo XVII se halla en desahucio en su parte superior con el estilo del

pórtico del edificio; los arquitectos introdujeron en ella el órden corintio, la del Sur no ha podido llegar mas allá del pórtico.

El plano de la catedral forma cinco naves, las capillas laterales y cruceros. Su estension es de 120 metros de largo sobre 40 de ancho.

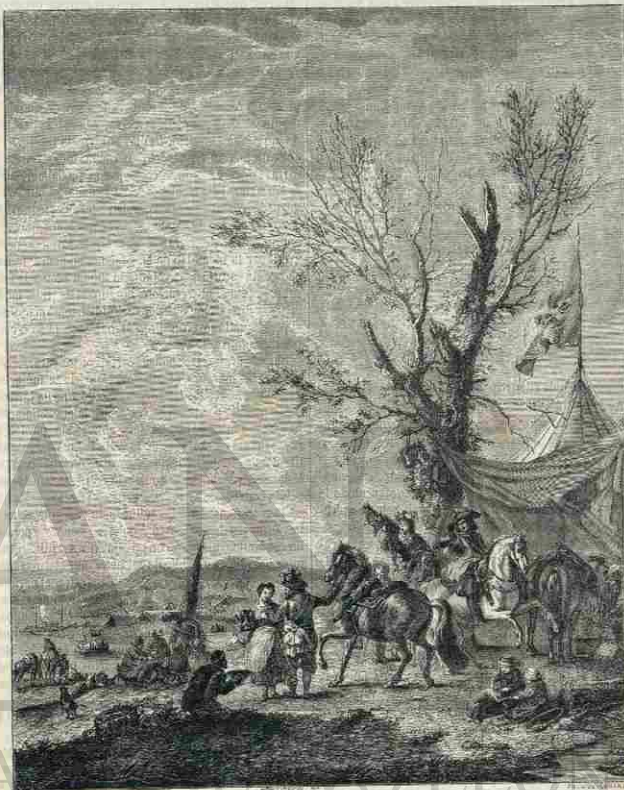


Catedral de san Pedro de Troyes (departamento del Aube).

Las capillas que rodean la catedral son bastante numerosas y tienen el mismo estilo de las partes del edificio en que se hallan; las que hay alrededor del santuario y sobre toda la de la Virgen son admirables. Las otras, á medida que se

entra en la nave presentan las diferencias del estilo ogival de los siglos XV y XVI. Las vidrieras de las ventanas tienen magníficas pinturas y además la iglesia posee algunos sepulcros muy curiosos.

FELIPE WOUWERMANS.



Alto de oficiales.

Antes de entrar en materia debemos rectificar aquí un error tipográfico que se ha deslizado en nuestro artículo sobre Felipe Wouwermans: este pintor nació en Harlem, como dijimos, en 1620, pero murió en 1668 y no en 1648.

En presencia de la multitud verdaderamente prodigiosa de sus obras, al ver el cuidado con que las acababa, cuando se sabe que no hay museo público, que no existe ningún gabinete de aficionado que no posea al menos un cuadro de Wouwermans, habiendo pagado por él á veces treinta y cuatro mil francos, se rectifica bien luego y por sí mismo el error de que acabamos de hablar, porque es evidente que el crítico holandés habiendo vivido más de veintiocho años. La historia del arte no presenta más que un solo ejemplo de un artista muerto en esa edad y que haya dejado un nombre

tan ilustre como el de Wouwermans: es Fabio Potter y aun debemos apresurarnos á añadir que su mérito no es hijo de su fecundidad, sino de lo buenas que son sus pocas obras.

Felipe Wouwermans aprendió los primeros rudimentos del arte en el estudio de su padre, pintor de historia bastante inferior. Luego trabajó con Winants, que fue uno de los mas hábiles paisajistas de la Holanda, pero este pintor no entendia mas que de paisajes, y Wouwermans presenta ya un campo menos esclusivo, una carrera mas vasta.

Su gusto principal era representar marchas de ejércitos, batallas, cacerías, ferias, cuadras, y *Alto de oficiales* como el que damos hoy. Algunos pintores holandeses habian pintado con bastante buen éxito asuntos semejantes antes de Wouwermans, pero con razon y justicia se ha notado que

este fue el primer pintor que supo dar á los caballos esa gracia, ese fuego y esa ligereza que caracterizan á este hermoso animal.

Wouvermans tenía que mantener una familia muy numerosa, y como los que trabajaban con sus cuadros se los pagaban á un precio muy ínfimo, se veía obligado á trabajar constantemente para subvenir á sus necesidades. Sin embargo no por eso dejó de esmerarse en sus obras cuanto pudo, y por esto, casi todos los inteligentes en pinturas, sostienen que los cuadros inferiores que llevan su nombre deben atribuirse á sus hermanos, que pintaban también en su género, aunque nunca le pudieron igualar en las figuras, paisajes, árboles, cielos y entornos, cosas que siempre desenrollan en las composiciones de este maestro.



(Véanse las páginas 166, 168, 169, 170, 171 y 206.)

— Habéis perdido vuestro pleito Valtrevers no os pertenezca ya! exclamó Mauricio con espanto.

— Así es, primo mío, pero eso no es una razón para insultar á la justicia humana. Ah! Dios sabe qué mucho he tenido afán por las riquezas; solo me affligió la idea de que no hayan respetado la última voluntad de la marquesa; aunque debo decirles también que siempre había alimentado la esperanza de que aquel hermoso dominio y el palacio volvieran un día á su dueño, es decir á vos ó á vuestros hijos.

— Mis hijos no necesitarán nunca nada, y ahora no se trata de mí, respondió Mauricio con un tono más breve y resuelto cada vez. Por qué no quisisteis aceptar aquella alquería del Coudray que os ofrecí por qué no habéis dejado que la venda? por qué no haberme dicho entonces que acaso podríais hallaros un día sin recurso! Este día ha llegado; qué vais á hacer?

— No me riñais, primo mío. Ya veis que no he dudado de vuestro corazón puesto que al momento me he dirigido á él; os juro que ni un solo instante he dudado. Mi primo, he dicho para mí, es el único apoyo que puedo implorar en este mundo; sabe que he amado firmemente á su anciano padre y acaso puedo ser digna de su interés. Le conozco, es generoso, y por eso podrá ponerme bajo su salvaguardia, segura de que al verme, no me rechazará! Dicho esto, tomé mi equipaje en el brazo, como el día que salí de Munich; y luego después de haberme arrodillado sobre los umbrales que tan hospitalarios fueron para mí, después de haberme despedido largamente de aquel techo bendito, de aquellos dulces lugares que veía por última vez, he venido y estoy aquí. Mauricio, no creéis que he hecho bien. Pensáis que habría debido hacer otra cosa?

— Mauricio no respondió. Sentado en el diván, en frente de Magdalena, la miraba con un tigre estúpido, como un hombre que no sabe si sueña ó si está despierto. No era necesaria mucha perspicacia para advertir lo que pasaba en su alma. Sin embargo Magdalena aparentando que nada notaba, añadió con una risueña dignidad:

— No temais, primo mío, que venga á ser un obstáculo para vos, no pretendo coartaros de ningún modo vuestra libertad. Mis gustos son sencillos y modestos, mi pobreza no

será gravosa á vuestra fortuna; únicamente me atrevo á suplicaros, que suspendáis al menos por algún tiempo el largo viaje que tenéis proyectado, lo que sin duda haréis para no dejarme sola y sin protección en este pueblo tan grande que vos mismo habéis calificado de infame; os quedaréis, no es verdad? Vuestro noble padre y la buena marquesa es lo que pide por mi voz, y mi sienta madre también que antes de respirar me contó al hijo de su hermana. Acordados de la carta que me dejó por toda herencia, y por sí la habéis olvidado, aquí está Mauricio, leedla, aquí os la traigo.

El hecho es que Mauricio no había leído nunca aquella carta. Como era la única cosa que la quedaba de su madre, la hubiera al día siguiente de su llegada á Valtrevers, hubo de pedírsela al caballero, quien accedió gustoso á aquel santo deseo. En medio de las preocupaciones que le agitación ya; no es de extrañar que aquel joven no pensase en averiguar la identidad de Magdalena; su padre le había dicho: Esta es tu prima, y Mauricio dió un beso á la forastera, sin pregunta ni observación ninguna. De este modo, más bien por distracción que por curiosidad, tomó maquinalmente el papel que la joven le presentaba, y se puso á recorrerle con ojo indiferente y seco.

— Sin embargo al leer aquella carta, con los caracteres gastados por las lágrimas y los besos, Mauricio se fue acordando poco á poco de todos los pormenores de aquella tarde de otoño en que vió por primera vez á Magdalena. Se acordó del bosque sombrío, de la plazoleta alumbreada por los últimos rayos del sol en el ocaso, de la verja del parque, y del peristilo donde el caballero y la marquesa, recibieron á la pobre Magdalena. Mauricio se conmovió con estas imágenes: una débil corriente de agua pura penetró por los aridos flancos de la roca; mas al ver las últimas líneas, dirigidas á él, al leer estas palabras: « Y tú á quien no conoces, pero á quien he confundido siempre con mi hija en un sentimiento de ternura y de amor, tú, hijo de mi hermana, si tu madre te ha dado su alma, serás bueno y también fraternal para mi amada Magdalena... » la roca soltó, y durante un instante el manantial tanto tiempo cautivo salió en olas abundantes y presurosas. En tanto que Mauricio abogaba sus sollozos entre los almohadones del diván en que estaba sentado, Magdalena le miraba en silencio, en pie, con los brazos cruzados sobre su pecho en ademán triste y meditabundo, como una madre joven al lado de la cuna de su niño enfermo.

— Mauricio, amigo mío, qué tenéis? le preguntó al fin con cariñosa voz.

El joven le hizo sentar junto á él, le tomó las manos entre las suyas, y subyugado por la emoción que le dominaba, como de su vida todo aquello que se podía contar sin asustar demasiado al alma virginal suspendida de su narración. Le habló de la pérdida de sus ilusiones, de los desordenes en que le habían precipitado, el dolor y el fastidio, de sus extravíos, de su ruina completa, de su profundo hastío de la vida, de su firme resolución de acabar con ella, en una palabra se le contó todo. Ya puede suponerse fácilmente lo que sería este relato. Mauricio con cierta complacencia secreta, se presentó como héroe del desengaño, como víctima de las realidades de la vida, tan grande es el orgullo de la flojedad humana, y conchóyo acusando á la tierra y al cielo sin perdonar á nadie más que á sí mismo en la imitación que hizo de la sociedad entera.

Magdalena le escuchaba con un aire de reflexiva y melancólica tristeza: cuando acabó de hablar, permaneció largo tiempo silenciosa, en una actitud meditabunda y recogida.

— Es una historia bien extraña, dijo de repente con un

tono de voz bastante alegre y alzando hacia él sus hermosos ojos, cuyo brillo no se había alterado un solo instante con aquellas tristes revelaciones, pero debo confesar, querido primo, que no la he comprendido enteramente, acaso por su demasiada elevación para una joven que acaba de llegar de su provincia donde ha vivido largo tiempo sencillamente entre corazones honrados y modestos; allí no me han acostumbrado á sentimientos tan extraordinarios, y á pesar de sus vicisitudes, había creído hasta aquí que la vida era un bien presente que nos hace Dios. Lo único que sacó en consecuencia de todo lo que me habéis dicho es que habéis disipado vuestro patrimonio, y que si yo no tengo nada, otro tanto poseéis vos. Sin embargo, este no es un motivo para desesperarse. Únicamente, debo preguntaros á mi vez: qué es lo que vais á hacer? Mataros? Imposible, estando aquí yo, que no solo he contado con vuestra fortuna sino con vuestro afecto; aunque entiendo y pobre como yo, no por eso dejareis de ser mi legítimo sosten, mi natural apoyo. Nuestras madres eran hermanas; ambas están viéndose y oyéndose; cuando me presenté en vuestra casa vuestro padre me abrió sus brazos, y desde entonces fui considerada como hija suya. Yo fui quien os recomendaré á su lado, yo le ayudé á morir, y mi mano le cerró los ojos; sin embargo, hubiera por segunda vez, me halló aquí sola, sin recursos, sin otra protección que la vuestra, en un mundo lleno de escollos todos desconocidos para mí! Mauricio, respondedme: creéis que vuestra vida os pertenece?

— Doblégame bajo el peso de los deberes que acababan de estallar sobre su cabeza como el rayo, tan espantado con la obligación de vivir, como lo hubiera estado con la de morir en tiempos más felices, encadenado á la existencia como un preso que próximo alimento de ver caer sus grillos, siente que se los aprietan á los pies más estrechamente que nunca, Mauricio no respondió sino con una explosión de desesperación. ¿Qué podía hacer por su prima, cuando nada podía por sí mismo? ¿Qué ayuda podía prestarla, cuando le era imposible soportar el peso de su cruel destino?

— Marchaos de aquí, dejadme, exclamó exaltado. Respetad mi desgracia, no me insultéis en este momento supremo. Desde la ribera en que os halláis, no llaméis en vuestro socorro á un infortunado que se aboga, no pidáis un apoyo á la caña doblada por los vientos.

— Amigo mío, respondió Magdalena, apoyémonos el uno sobre el otro, y podremos resistir á la tempestad. Tendámonos una mano amiga, y podremos sustraernos juntos á las olas que nos amenazan, y de este modo llegaremos con un común esfuerzo á la ribera donde me halló ya, mi querido primo. Ahíno, Mauricio, ánimo. Era vez de luchar y de enterrarlos, alzados; la muerte es una estación estéril, vivid, sed un hombre en fin. Solo es febril la realidad, no se trata más que de comprenderla y amarla. Somos pobres, es cierto, pero no en vano hemos recibido del cielo la inteligencia, la fuerza y la salud. Vamos, primo mío, haremos lo que hacen tantos otros iguales á nosotros. lo que hicieros en otros tiempos la marquesa y el caballero; trabajaremos para vivir como hijos del Señor.

Esta perspectiva no debió agradar sobremanera al joven Mauricio que dejó escapar un ademán violento donde se traslucían á la vez el desden y la cólera.

— Me pondré á hacer cascabeles, no es verdad? preguntó encogiéndose de hombros.

— Y porqué no, primo mío? Vuestro padre los hizo, y era tan bueno como vos á lo que creo.

Mauricio se levantó, dió dos vueltas por su cuarto, y se quedó parado bruscamente delante de Magdalena.

— Vamos Mauricio, valor, exclamó resultantemente aquella blanca y hermosa criatura.

— Pues bien, prima mía, podéis estar satisfecha, dijo con un tono poco afectuoso: haré por vos lo que ciertamente no habría hecho por mí, viviré!

— Gracias, primo mío, dijo Magdalena enternecida. Ah! sois bueno, y sabía que no me rechazarais; añadió tomándole una mano que estrechó sobre su seno conmovido; rogare á Dios día y noche, que derrame sobre vuestra cabeza el santo rocío de sus bendiciones.

— Bien, bien, Magdalena, respondió Mauricio retirando su mano y metiéndosela en su bolsillo con un ademán poco gracioso. Viviré, mas con la condición de que en cuanto layamos asegurado vuestro destino, quedare otra vez libre y dueño absoluto de mis acciones.

— Es muy justo, respondió la joven. Ya tengo algunos proyectos de organización, y hableremos de ellos como buenos amigos, aunque estoy segura de que aprobareis de antemano. Con la ayuda del cielo y con la vuestra no pido más de dos años para ocupar un puesto conveniente en la vida.

— Dos años! Pedis dos años! exclamó el joven con un movimiento de estupor que no trató de disimular en lo más mínimo.

— Es acaso exigite demasiado? Podéis estar seguro amigo mío, que nada desearé para abreviar ese tiempo de prueba, dijo Magdalena sonriendo tristemente.

Mauricio terminó la conversación con un ademán de resignación heroica.

Al llegar aquí, Ursula sin poder ya contenerse se precipitó en el aposento, y se arrojó al cuello de su joven ama, que hizo cuanto pudo para sustraerse á las estrépitosas efusiones de aquella intempestiva ternura.

De pie, arriado á una ventana, pálido, inmóvil y los puños cerrados, Mauricio miraba alternativamente á aquellas dos mujeres, se decía sin perifrasis que á las dos las había tenido en las manos, y á pesar suyo, trémulo de aborrecimiento y de rabia, sentía encenderse en su corazón, los apertitos de una fiera dispuesta á lanzarse sobre la presa.

— Sin embargo ya se iba haciendo tarde; se dejó para el día siguiente el cuidado de disponer el porvenir, y Mauricio salió á acompañar á Magdalena hasta la puerta de la pottera fonda en que se habían apeado las dos viajeras. Mientras duró el camino tuvo que sufrir las preguntas y las admiraciones de Ursula que, tomando al alambardo de las calles por una señal no equivoca de regocijo público y habiendo vivido siempre en la intimidad de los santos del entendido, preguntaba ingenuamente en honor de qué santo habían iluminado la ciudad. Estas necerías que en otras circunstancias hubieran divertido muchísimo á Mauricio, acabaron en él como de éxasperación. Al volver á su casa se fue por los muelles desiertos lanzando de cuando en cuando una mirada en las aguas negras y profundas del río que parecían llamarle. Cuando entró en su aposento se fue derecho á la caja de las pistolas, la abrió y pasó algunos instantes contemplándolas con ojos ardientes y sombríos.

— Dormid, dijo por fin bajando lentamente la tapa; dormid, amigas fieles, hasta el día dichoso en que venga á despertaros.

VIII.

Aldo siguiente, después de algunas horas de sueño ca-
lenturiento, Mauricio se levantó, furioso contra Magdalena,
exasperado contra sí mismo. Qué le importaba, en suma, el
destino de su prima? Qué debía él a aquella criatura? Con qué
derecho, con cuales títulos se le imponía? Era culpa suya si
había perdido el pleito? Como? porque una tía a quien nunca
conoció envió al mar a Francia, a una joven que no le ha-
bló jamás ningún cuidado, porqu? una estrangera llamó
una tarde de otoño a la puerta del posado de Valtravers, é
se había de ver obligado a vivir, y a resignarse al papel de
tutor, en el momento en que iba a refugiarse en los brazos de
la muerte? Desde cuando tenían los primos la misión de es-
cortar a sus primas a través de la vida? Qué mas podía ha-
cerse por una hermana? Por otra parte, Magdalena no era
ya una niña, en último resultado tenía veintidos ó veintitres
años, época en que las huérfanas cesan de ser interesntes.
Esta abusaba ciertamente de la ventaja de hallarse sin fa-
milia, y por último, qué es lo que podía hacer en su favor?
Sus recursos estaban agotados; no poseía nada, ni los mue-
bles que había en su aposento que iban a ser vendidos para
pagar los alquileres. Si había resuelto acabar con su vida
era porque así le convenía; el hecho es que en el punto á
que había llegado, cualquiera otra determinación le habría
puesto en un grave apuro. Trabajar? El decirlo no cuesta
nada; pero cuando se han echado raíces en la corrupción y
en la odiosidad, no es tan fácil transplantarse y aclimatarse
en las regiones del orden y del trabajo. En fin Mauricio se
hacía la debida justicia y sabía agradecerse con una rigurosa
imparcialidad, épocas que iguales eran sus pretensiones á
la continencia de Scipion que á la castidad de José, y bien que
su prima no le parecía ni apetecible ni hermosa, aunque
aquella suave figura no hubiese nunca dicho nada á sus sen-
tidos degradados, como había sondado su corazón sentía
toda la fe que habían depositado en él los últimos ocho
años, y se decía que al primer choque improviso todo aquel
fango podía subir de nuevo á la superficie fermentando.

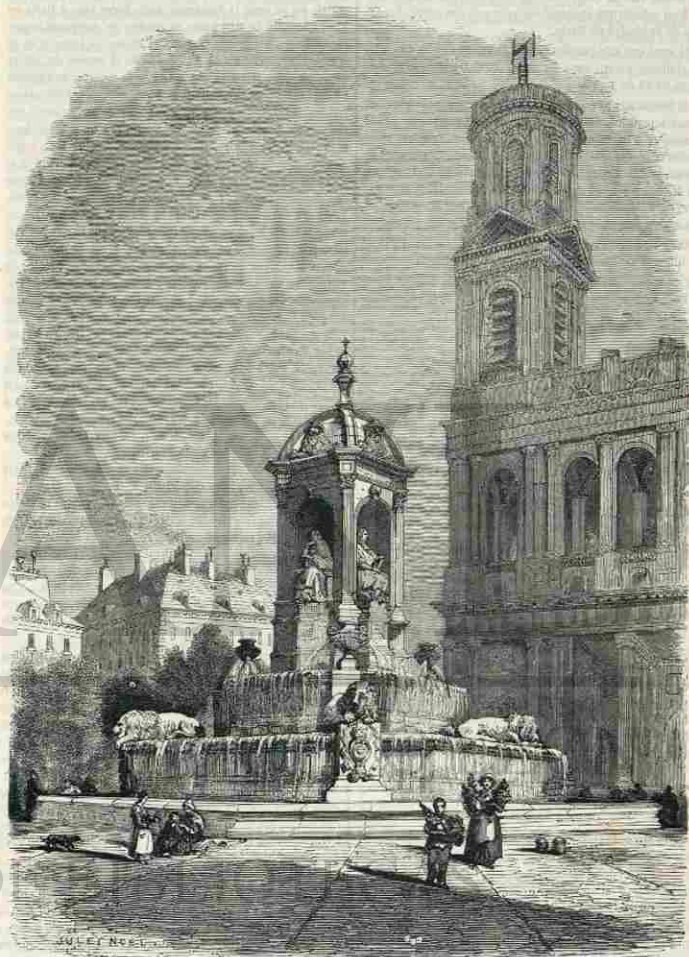
En esto estaba de sus reflexiones, irritado, confuso, pró-
ximo á romper los compromisos que tan aturdidamente ha-
bía contraído la víspera, cuando vio entrar en su cuarto á su
prima acompañada de Ursula. Magdalena llevaba simplemen-
te un vestido de coti centiento, y un pañuelo blanco de cresp-
on sin bordados que dibujaba los contornos de su talle y
hombros, hermosos con la esbelta elegancia y la gracia de las
formas de la adolescencia. Dos trenzas de cabellos haja-
ban por sus mejillas cuya palida blancura se destacaba so-
bre el fondo de tafetan encarnado de su sombrero de paja;
ademas llevaba en la mano una sombrilla de moiré azul con
manejo de madera blanca y liso, y en el brazo su resito de
lana. Mauricio acostumbrado desde hacia tiempo á las mu-
jeres magníficamente puestas, extrañó sobre manera el aire
de su prima. Cuando una vez se pierde el gusto de lo sencillo
y de lo honrado, se pierde también el mismo tiempo el ver-
dadero instinto de lo bello, tan ligados se hallan entre sí es-
tos dos sentimientos. En cuanto á Ursula, adornada con sus
mas esplendentes atavíos, llevaba el traje de las muchachas
de su país: zapato corto con hebillas de plata, basquiña cor-
ta, y tocado extravagante, que ella habla exagerado mas
aun con el objeto de agradar á su hermano de leche. Con sus
fuertes pantorrillas, sus abultadas caderas y su opulento
pecho, no era difícil adivinar de qué pueblo venia; Mauricio
cuando la vio estuvo para caerse al suelo.

En cuanto entró, Magdalena como si hubiese poseído el se-

creto de las dudas de su primo, le hizo sentar á su lado, y
sin dejarle tiempo para volverse atras de lo que se había de-
cidido la víspera, se puso á explicarle el modo como ella pre-
sumía que debía arreglarse su existencia. Lo primero que
había que hacer era buscar en un barrio sosegado y en la
misma casa dos cuartos pequeñitos, uno para Mauricio y
otro para ella y Ursula, en los cuales se instalarian modes-
tamente como lo exijia su humilde condicion. Magdalena
había salvado de su naufragio algunos diamantes que le ha-
bía regalado en otro tiempo la marquesa, y que por lo tanto
había creído poder tomar sin ningún escrúpulo, y lo que de
su venta se sacara debía bastar para los gastos de su insta-
lación y para cubrir al mismo tiempo sus primeras necesida-
des. Con tal que estoviese dirigida por una mano firme, y
protegida por un corazón fiel, Magdalena creía superar facil-
mente todos los obstáculos á fin de asegurarse una buena
vida. Ademas hoy que añadir aquí que contaba tambien con
ciertos recursos: bordaba que era un encanto con seda y oro,
y hacía obras de aguja con una delicadeza maravillosa;
luego pintaba en tabla pájaros y flores, que barnizadas ten-
ían el brillo de las flores y pájaros de los trópicos; podía
tambien dar lecciones de canto y de piano, y por último,
gracias á los cuidados de madama de Fresnes, tenía una ma-
nobra maestra para la miniatura, y ya fuera por respeto á la
memoria de la marquesa, ó ya porque tuviese en realidad una
gran confianza en este recurso, sus esperanzas todas estaban
de este lado. Así pues, no eran los talentos lo que la fal-
taba, y ademas poseía ese valor sereno que se burla de todos
los obstáculos, esa energia espontánea cuyo esfuerzo no se
siente jamas, y esa franca alegría que canta y rie junto á la
voluntad que trabaja. De este modo había quedado casi de-
cidido que Magdalena probaria sus fuerzas en la miniatura,
y ella estaba contenta como una niña de vivir en Paris como
otras veces había vivido la marquesa en Nuremberg. Este
había sido su sueño en otros tiempos, y hasta podriamos
afirmar que la pérdida de la fortuna de Mauricio no la había
desagradado completamente. En cuanto á Mauricio, este
permanecería en libertad para obedecer únicamente á sus
inspiraciones; Magdalena no le pedía otra cosa que el soste-
nerla y él dirigir sus primeros pasos en el mundo y en la car-
rera en que iba á aventurarse. Al cabo de dos años, así
como estaba convenido, recobraría su independencia y que-
daria otra vez dueño de su destino. Unicamente hasta en-
tonces Magdalena tenía derecho de contar con él como con
un hermano, y hasta debía decirse que lo era tanto para
sustraerse á la malicia de los comentarios como para dar
mas peso todavía á la autoridad que debía ejercer: piádesa
mientras que el cielo veria sin cólera ninguna. Todo esto lo
dijo Magdalena con tanta gracia y cordura, que Mauricio no
pudo hacer ninguna objecion á todo ello, y por el con-
trario muchas veces no pudo menos de sonreirse. Sin em-
bargo cuando la joven acabó de hablar, Mauricio meneó la
cabeza con el aire de un hombre poco convencido, pero Ma-
dalena levantándose al punto y tomándole el brazo sin vaci-
lar le dijo:

—Primo mio, hoy principia nuestra fraternidad; ademas
debeis acordaros que nuestro padre me llamaba hija. El día
está magnifico con que le aprovecharemos para buscar un
cuarto que nos convenga. Podeis elegir el barrio, y considero
que debeis tener muchas ganas de abandonar este aposento
cuyo lujo es un insulto para vuestra pobreza: salid de él lo
mas pronto posible, añadido con acento alegre, y sobre todo
apresurados á dejar ese aire sombrío y fastidioso que tan mal
sienta á vuestra edad.
(Se continuará.)

FUENTE DE LA PLAZA DE SAN SULPICIO EN PARIS.



Esta fuente ejecutada á expensas de la ciudad de Paris, se
levanta en el eje mismo de la iglesia de San Sulpicio, en me-
dio de la hermosa y anchurosa plaza á donde da su pórti-
co.

La fuente es de piedra y presenta la forma de un pabellon

con cuatro ángulos coronado con una copa que termina en
un florón con una cruz de hierro encima.

La base de este pabellon está sentada sobre tres pilones
sobrepuestos; los dos cuerpos superiores se hallan unidos
entre sí por medio de cuatro pedestales con dos gradas. En

la mas elevada hay un jarrón con dos mascarones con asas por donde sale un chorro de agua; en la grada inferior hay un león echado que aparenta sostener con sus garras las armas de la ciudad de París.

El agua que sale por los cuatro jarrones cae en cascadas en el último pilón, cuya forma es octogona y cuyo diámetro es de 25 de metros.

En los nichos practicados en las cuatro caras del pabellón, y separados entre sí por medio de pilastras de orden corintio se han colocado las estatuas de los cuatro principales oradores del púlpito francés: Bossuet, obispo, de Meaux, por M. Feuchère; Fenelon, arzobispo de Cambrai, por M. Lanno; — Flechter, obispo de Nîmes, por M. Desprez; — y Massillon, obispo de Clermont, por M. Fouquier. Los leones han sido ejecutados por M. F. Derre.

Cada nicho está coronado con un escudo con las armas de las diócesis de Meaux, Cambrai, Nîmes y Clermont.

Este monumento ha sido construido por los dibujos y bajo la dirección de M. Visconti, por M. Vivandé, contratista de los trabajos del Ayuntamiento de París.

DATOS ESTADÍSTICOS.

Segun una nota oficial publicada últimamente en Rusia, existen en la Rusia europea, propiamente dicha, 52,346,324 habitantes. En los gobiernos de la Siberia Occidental, 2,453,558; En el reino de Polonia unos 4,860,000. En el gran ducado de Finlandia 1,600,000. En la Transcaucasia 2,500,000. Suma total 63,600,000 almas.

La población total, comprendiendo las de las demas posesiones, puede evaluarse en 65,000,000.

Cuarenta y nueve millones profesan la religión rusa ortodoxa; 7,300,000 la católica; 3,500,000 la reformada; 2,400,000 la mahometana; 7,200,000 la judía; hay un millón de armenios, georgianos y católicos y 600,000 paganos.

Respecto á las razas hay 38 millones de rusos, y 11,200,000 rusienses; 3,600,000 de la Rusia blanca; 7 millones de lituanos, polacos, finlandeses y letones; 3,300,000 tártaros, comprendiendo en ellos á los mahometanos; 2,400,000 alemanes; 200,000 grusinos y 2,000,000 de armenios; 4,500,000 israelitas; 600,000 pertenecen á la raza del Ural y habitan la Siberia Oriental, la América rusa y las llanuras de Kirgis.

J. B. OUDRY.

Juan Bautista Oudry, pintor de cacerías y de animales, es uno de los mejores artistas del siglo XVIII. Ninguno habia recibido una educación mas completa y fecunda que la suya. Mariette trae en sus notas manuscritas al Alcebedario de Orlandi, la fecha del nacimiento y de la muerte de Oudry, y estas dos fechas son desgraciadamente todo lo que sobre nuestro pintor nos suministra ese inagotable repertorio de buenos fillos y de documentos inéditos. Juan Bautista Oudry nació pues en París el 17 de marzo de 1680. Su padre que era pintor, miembro de la antigua cofradía de San Lucas, y además comerciante de cuadros, le inspiró la afición y le dió las primeras nociones del arte, pasando luego al estudio de Miguel Serre. — Este Miguel Serre, de origen ca-

talán, establecido en Marsella, que llenó de obras suyas, acababa de estender su fama hasta París donde quiso admitirle en su seno la Academia real. Serre vino á París en 1704 trayendo en una mano su cuadro de recepción representando Baco y Ariana (hoy en el Museo de Gae) y en la otra un memorial á Luis XIV pidiendo el empleo de pintor de cámara en Marsella, vacante por la muerte de Ephrem Lecomte. Mientras se hallaba en París con este doble objeto fué cuando el padre de Oudry le llevó á su hijo que tenia entonces diez y ocho años. Miguel Serre, era un maestro muy bien elegido por Oudry, fácil y brillante, y sobre todo capaz de comunicarle ese fuego sagrado que tanto abundaba en el marseillés, y que el pobre Oudry jamás habia sentido. Parece tambien que Serre por su parte habia reconocido la admirable organización del jóven, porque en el momento de volverse á Marsella, despues de haber obtenido lo que queria, pretendió llevarse consigo. Oudry no quiso consentir en ello, y pilló por nuevo maestro á Largilliere. Nicolas de Largilliere era muy amigo de su padre, y habiendo descubierto en Juan Bautista el don del colorido, cosa en que tambien él mismo destacaba, trató de favorecer su desarrollo con un cuidado paternal, en aquel discípulo, que en efecto, debia en adelante hacerse el mayor honor. — Nada mas interesante que los términos en los cuales Oudry, cuando era ya profesor de la Academia de pintura (1749) contaba las delicadas iniciaciones en los secretos del pincel que debia á Largilliere, un día que leía ántes los discípulos de la Academia una conferencia sobre la manera de estudiar el color con parando los objetos unos á otros.

«El fondo del pensamiento, que voy á presentaros decia al principiar, no le doy como mio; es un bien que he heredado de un maestro á quien quise mucho, y cuya memoria hasta mi último suspiro me será siempre muy preciosa. Todo el mundo sabe la clase de hombre que era M. de Largilliere, y las admirables máximas que descubrió relativamente á los grandes efectos y á la magia de nuestro arte. Siempre quiso comunicármelas con un verdadero amor de padre, y yo voy á mi vez á comunicárlas aquí, con el placer mayor que pueda experimentar un hombre honrado que ama su arte de todo corazón.

«M. de Largilliere me dijo repetidas veces que habiéndome educado en la escuela flamenga, á ella debía particularmente las bellas máximas que tan bien sabía poner en uso, y con mucha frecuencia me manifestó la mucha pena que le causaba el poco caso que hacíamos nosotros de los socorros abundantes que se nos ofrecen; á veces se hallaba un poco prevenido en favor de aquella madre á quien nunca habia dejado de amar con la mayor ternura.»

Toda esta conferencia en que Oudry cuenta su educación, es una obra maestra de ciencia y de buen estilo, así como una de las mejores paginas que un pintor haya podido escribir sobre su arte. La Academia le respondió dignamente por la boca de su director Goyzel:

«Nos habéis enterado con ese sentimiento de profunda gratitud tan digna como rara, sentimiento que os ha iniciado á dar á vuestro linaje nuestro todo el honor que al menos en este momento os correspondía en alguna parte... Mucho sentiría que alguno de nuestros discípulos os hubiese escuchado sin sentir el deseo de poner en práctica lo que acabais de decir sobre nuestro arte, y aun le despreciaría si habiéndos oído hablar del célebre M. de Largilliere no conociese hasta qué punto nos honramos á nosotros mismos haciendo público lo que debemos á aquellos que nos han formado.»

Para no tener que volver á hablar de los preceptos escritos que ha dejado Oudry sobre su arte, mencionaremos tambien una segunda conferencia inédita suya que posee M. Violi, conservador de las pinturas de los Museos Nacionales y tan notable como la que se publicó en la *Enciclopedia metódica*.

Despues de haberle mandado copiar en el Luxemburgo la galería de Rubens, que fué una especie de modelo de Pisa para la escuela francesa del siglo XVIII, Largilliere hizo seguir á Oudry un método que el mismo habia experimentado con buenos frutos: le aconsejó que pintase en todos los generos, historia, paisaje, animales, flores y retratos. Le ve que cita sobre este punto el siguiente dicho de Watteau: «Para tocar bien el tambor hay que saber tambien la flauta.» Baryenville cuenta que en los tiempos en que nuestro jóven artista se habia dedicado á los retratos, el czar Pedro I á quien habia pintado de cuerpo entero, se quedó tan satisfecho del artista que quiso llevarse á Moscú, y cuando el príncipe estaba á punto de salir, Oudry tuvo que ocultarse para sustraerse á sus vivas intenciones. Por último, al cabo de cinco años de estudio en casa de Largilliere y poseído de estas proféticas palabras de su maestro, «no serás mas que un pintor de perros» Oudry encontró al cabo su camino. Sin embargo de esto, siempre conservó cuidadosamente el talento de pintar de todo, lo que hizo que sus cacerías reales tuviesen el aspecto y valor de grandes cuadros de historia. Cuando despues de haber pasado por la Academia de San Lucas, en donde habia sido nombrado profesor, se presentó en la Academia real, quiso ser recibido en ella como pintor de historia, haciendo valer como título una *Adoración de los Magos* que habia pintado para el capitán de San Martín de los Campos. Luisel ha grabado, copiando á Oudry, un *Nacimiento de la Virgen*, que en cuanto á composición figuras y ropajes, recuerda inmediatamente el gusto de Jouvenot, ó mas bien el de Largilliere, tal como nos lo han dado á conocer en las escenas sagradas los dos diseños grabados por Roettler.

Los ciento sesé *rebus* ó logogrifos que grabó Oudry en 1716 en tiempo de la Regencia, y que dedicó á Su Alteza Real la señora duquesa de Berry, dan una idea mas exacta de su buen humor que de su finura de burla. (El autor vivia entonces en el puerto de Nuestra Señora, en el Sol de Oro).

— Es sin duda preferible su linda colección al gusto de Guillot y de Watteau, grabada por el conde de Caylus; pero sean cuales quieran el empuje y la gracia de estas estampas, Guillot y Watteau son mucho mas finos y graciosos. Otra serie suya prueba tambien que Oudry no era verdaderamente superior sino en el género á que debe su gloria, y son las estampas que dibujó y grabó sobre el *Roman comique* de Scarron. La mayor parte de estas composiciones son muy frias: cuanto mas gracia, ligereza y talento hubiera mostrado en esto el pintor Hogarth! Pater tambien lo hubiera hecho con mas elegancia. El Don Quijote de Carlos Goyzel tiene poco mas ó menos el mismo grado de calor y finura, y en suma puede decirse que ambos no fiene más valor que el gusto del colorido que habian aprendido en la misma escuela.

Para dar una idea completa de la universalidad del talento de Oudry, señalaremos aun sus escenas burlescas en el gusto de Watteau, sus jarrones de flores, sus pinturas de puertas grabadas por Flügeler, su linda estampa de los pescadores cogiendo sus peces á orillas de la mar y dedicada á M. de Buringhen, y por último, como tipo de sus paisajes un poco frios, figuran en primer lugar el interior de una alque-

ría que posee el Louvre y luego la entrada de la ciudad de Banvais, en donde el autor debia morir.

Hecha esta enumeración general vamos á estudiar á Oudry como pintor de las flores y de las cacerías de Luis XV. Antes de la revolución todas las residencias reales, como Versailles, Choisy, Marly, Compiègne y Chantilly estaban llenas de obras de este pintor. Mientras los elogios del conde de Tessin decidieron al rey de Dinamarca á llamar á Oudry á su corte, mientras que el príncipe de Mecklenburgo hacia construir de intento una galería para sus obras, Luis XV le daba una habitación en su palacio de Tulleries en el patio de los Príncipes, le concedía una buena pensión, y le mandaba que fuese en su comitiva cuando se tratase de correr el ciervo, á fin de que pudiese estudiar para pintarias luego todas las aventuras de la caza; tenia establos mantenidos y cuidados de intento para él. — El pintor Vander Meulen seguia tambien á Luis XIV en sus campañas de Flandes.

La revolución hizo salir de los palacios reales las obras de Oudry, y las diseñó por todas partes. A nuestro juicio no es en el Louvre donde puede admirarse mejor el talento de este artista; donde pueden verse sus obras maestras es en Fontainebleau; allí se hallan remidas sus obras capitales, en los dos salones de cacerías, y sobre todo en las cuatro composiciones que tienen por títulos: la Remisión para la caza; la Cacería en el estanque de San Juan; la Cacería de Luis XV en el bosque de Compiègne, y el Príncipe cazando en las ruinas de Franchard, donde está retratado el mismo artista. En esos vastos paisajes de otoño llenos de jaurías y de cortosantos á caballo, es donde Oudry prueba verdaderamente que es digno de figurar en primera linea entre los maestros franceses.

Nunca se cansa el ojo de admirar esas solennes calles de bosques reales, esas animadas jaurías de hermosos perros blancos, cuyas razas han desaparecido ya para nosotros, esa agitación de los cazadores, con cascacas azules y rojas, y esas hermosas lontananzas. Con las cacerías reales de Oudry ha sucedido una aventura bastante singular y poco conocida. El Louvre pone en sus depósitos las copias en porcelana de nueve de sus cuadros de caza, copias ejecutadas en Sévres hacia 1778, por los mas hábiles artistas de la Manufactura real. Luis XVI acababa de suceder á su abuelo; por una aisona bien inocente seguramente, puesto que el nuevo rey iba á pasar tambien por todos los senderos de caza de su predecessor, los artistas de Sévres reemplazaron la cabeza real pintada por Oudry por el retrato de Luis XVI, sin modificar ninguno de los accesorios ni los trages; Luis XVI adornó su comedor con estas copias en porcelana.

La fecundidad de Oudry fué extraordinaria; los aficionados de todos los países se disputaban sus innumerables pinturas de animales: Sylvestre, Lebas, Daulé y Basin grabaron algunas. Como los mejores de estos grabados, citáremos su hermoso Perro de aguas, y la admirable estampa de Aveline, copia del cuadro del gabinete del conde de Tessin, representando un piodocó y encima de su cabeza un faisán y una liebre colgando en la pared contra la cual se vé apoyada una escopeta; nada iguala la finura, la ligereza y fuerza de esta última obra.

Dargenville asegura que Oudry pasaba sus días pintando sin cesar, ó yendo á dibujar en el campo animales y paisajes. Las noches las empleaba en hacer estudios que han quedado en poder de sus aficionados. Levesque cuenta que cuando Oudry estudiaba un paisaje se acompañaba, hacia una tienda; por esto puede decirse que sus estudios de árboles y escenas marinales, bosquejadas en papel empuento, son acaso lo

mejor que nos ha dejado como arte. Oudry era un hombre muy concienzudo y fiel; ninguno ha observado mas profundamente los efectos y las graduaciones de la luz. En sus grandes cuadros de caza, no solo los personajes eran exactos retratos, sino los caballos de las caballerizas reales, y sobre todo los perros, que el rey reconocia muy bien y se complacia en irlos nombrando uno por uno. Todos los perros favoritos de Luis XV tienen sus retratos en el Louvre, con sus nombres respectivos escritos con caracteres dorados, lo que forma una galeria historica que ningu- no tiene rival en nin-

gun palacio del mundo, y que despues de haber divertido hasta lo sumo al rey cazador que los mandó pintar, conservará durante mucho siglos la memoria de los pintores franceses llamados Desportes y Oudry. Ademas este pintor, descoló tambien como grabador de sus propios dibujos: es imposible imaginarse la alegría, la transparencia, la vida y el color que hay en sus aguas fuertes; sus paisajes tienen mas frescura y luz, y sus animales mas firmeza y hermosura que en los mismos cuadros. Al ver estas preciosas paginas se lamenta doblemente el haber perdido los innumerables dibujo



J. B. OUDRY.—Dibujo de BOCCARD.

originales que compuso sobre las fabulas de la Fontaine. *El libro de animales* por J. B. Oudry, pintor de cámara, y grabado por Houquier, cuyos asuntos estan tomados de la Fontaine, da una prueba de lo que hubiera podido ser la grande edicion de la Fontaine, si Cochin, diestro dibujante de figuras humanas, no hubiese tenido por conveniente corregir los animales de Oudry.

Luis XV que comprendió perfectamente todo el partido que se podia sacar del talento de Oudry, le nombró director de la manufactura de los Gobelinos, y despues de la de Beauvais; ambos establecimientos han traducido sus cuadros en sus tapicerias con mucho arte y verdad. Los diferentes retratos que tenemos de Oudry nos le representan como muy repleto; pero no debemos citar aqui mas que el que se pintó

el mismo en la Caceria del rey en Fontainebleau, y el cual parece haber servido de modelo al retrato grabado que le hizo su muger, y al excelente busto pintado por Peronneau que se conserva en el palacio de Bellas Artes. En 1755 tuvo un ataque de apoplejia complicado con un principio de parálisis, y conociendo que sus entorpecidas manos no podrian volver á sostener el pincel ni el lapiz, decia con dolor: En cuanto no pueda trabajar mas, me muero. Tres meses despues de este ataque quiso ir á Beauvais donde le gustaba mucho vivir, creyendo que aquellos aires le sentarian bien; pero murió en esta ciudad el 30 de abril de 1755, á la edad de sesenta y nueve años, no dejando mas discipulo que su hijo, que fué recibido en la Academia, y entró al servicio del principe Carlos en Bruselas.

OUDRY. (Véase la página 214.)



El perro y la garza real, cuadro de J. B. Oudry.—Dibujo de FAUREL.

MAGDALENA

por

JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 166, 169, 181, 182, 197, 206 y 216.)

—Por supuesto, por supuesto, mi jóven amo, dijo á su vez la buéna Ursula, quiero veros contento y divertido. No teneis mas que veintinueve años que cumpliréis por San Nicolas; la mejor de todas las edades. Ya veréis que bien vivimís los tres, y cuanto os cuidaré á los dos. Todo no está perdido puesto que os queda la salud, la juventud, y vuestra hermana de leche para haceros aquellas tortas de centeno que tanto os gustan en Valtravers.

Magdalena arrastraba á Mauricio que iba tan presuroso como un condenado que camina al suplicio; cuando llegaron al umbral de la puerta, se volvió y vió á Ursula que se disponia á seguirle.

—Cómo! vas á venir tú tambien! le preguntó bruscamente mirandola de los pies á la cabeza.

—Pues ya lo creo! exclamó la pobre muger con estrañeza; y para qué me habías de haber puesto el vestido nuevo!

—Pero desgraciada, le dijo Mauricio con un furor contenido apenas, no sabes, na quieres comprender que la gente se va á parar en las calles á mirarte como á un animal curioso?

T. II.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

—Y que le hace, mi jóven amo? respondió Ursula dándole se tono. Por mi parte no me disgustaria el mostrar á vuestros parisienses lo que valen las muchachas de Valtravers. Al verme todos dirán: esa es la hermana de leche del señor Mauricio, y salvo vuestro respeto, creo que os hara honor la observacion, añadió haciendole una cumplida reverencia.

Resignado á vaciar el cáliz hasta las heces, Mauricio no replió esta vez sino por medio de un ademán de desesperacion sombría. Algunos instante despues los tres marchaban juntos por los boulevards: Magdalena iba del brazo de su primo, y Ursula les seguía con el cuerpo hacia adelante, el rostro risueño y un puño en la cadera, penetrando entre las olas de la muchedumbre como un buque á velas desplegadas. Precisamente hacia uno de esos hermosos dias en que Paris abre sus hermosas jaulas, y echa á volar sus mas lindos pájaros. Con sentimiento de Ursula que obtenia ya un éxito inmenso y cuyos pasos todos eran por decirlo así, otros tantos triunfos, Mauricio se apresuró á salir de esos lugares que le habian visto tantas veces ostentando el desenfrenado fujo de sus queridas y caballos. Lo cierto es que la cósosa pasaba los limites de lo regular. Sin hablar de su traje, que animaba á los transeuntes, Ursula creyendo que su jóven amo era tan cotizado en Paris como en Newy-les-Bois, le dirijia de tiempo en tiempo y en alta voz alguna desatinada pregunta para que viese todo el mundo claramente que formaba parte de la compañía. Otras veces cuando la muchedumbre se volvia bien compacta, se agarraba á los faldoles

de su frac con el temor de perderle y estraviarse. De distancia en distancia Mauricio se volvía y la lanzaba una mirada terrible á la cual la buena Ursula respondía ingenuamente con una risotada ó con algún cumplimiento á su manera: el desgraciado iba en bridas por todo el camino. Ya había pensado en un principio en llevar su vergüenza en un caruaje, pero su prima le hizo observar que estas grandes cosas no convenían ya á su humilde condición; además, hacía un hermoso sol, las calles estaban secas, y por último nadie toma coche para ir á buscar cuarto. Magdalena como una pajarrica de nieve al borde de un estanque, iba andando con pie ligero, sin manifestarse turbada ni sorprendida con el ruido y el movimiento que tenía al lado, y sin querer notar el mal humor bien poco disimulado de su compañero, pensando únicamente en la existencia que había á organizar para vivir juntos, y dejando trasladar la alegría de una joven esposa que anda corriendo para poner su casa.

De este modo llegaron á la orilla izquierda del Sena. Cuando pasaban por el Louvre, en el momento en que salían á las puertas se abrió el que Mauricio había tenido más habiéndose echado á un lado para dejar pasar una magnífica carreta descubierta, fue reconocido por una alegre pandilla de jóvenes la flor de la sociedad en que Mauricio había vivido que iba á pasear al bosque de Boulogne. Por un movimiento de respeto, demasiado profundo para ser sincero, cuatro ó cinco veces cabezas se inclinaron gravemente cuando le vieron, más después que hubo pasado el rápido carruaje dejando un perfume penetrante de cigarro habano, el pobre joven inmóvil en su puesto oyó una prolongada carcajada. En aquel instante experimentó una fuerte cómica de arrojarse á Ursula y á Magdalena al Sena.

Aunque al salir de su casa se hallaba bien resuelto á cumplir su palabra de la víspera, aquel paso de presidario arrastrando sus grillos había bastado para demostrarle hasta la evidencia que lo que había prometido era muy superior á sus fuerzas. Vivir dos años con semejante vida era un suicidio de dos años. Sin embargo, Mauricio reconocía al mismo tiempo que á menos de ser el último de todos los hombres, no podía dispensarse de cuidar de aquellos dos pobres criaturas perdidas en París sin otro apoyo que el suyo, y sin más sosten. Acaso no hubiera retrocedido ante un crimen, pero una cobardía le horrorizaba.

Aunque pálido y trémulo de cólera, Mauricio continuó andando hacia el punto que le había designado Magdalena. Puesto que esta quería retirarse á un rincón protegido de París, Mauricio pensó que el barrio del Luxembourg podría llenar los deseos de su prima, y por otra parte esto también le convenía pues dado caso que se resignase á pasar con ella algunos meses, en ese barrio, asilo de la ciencia y del estudio, estaba seguro de no encontrarse con una persona conocida. Después de haber buscado vanamente en las calles adyacentes un aposento conveniente á la vez á los poéticos instintos y á la modesta ambición de la joven alemana, entraron á comer sóbriamente en una mala fogata junto al Observatorio, lo que no contribuyó por cierto á distraer en nada á Mauricio cansado de las repetidas ascensiones que había hecho á una multitud de quintos pisos. Además hay que decir aquí que aun cuando se hallaba en presencia del suicidio, había conservado ciertos hábitos como la elegancia del servicio, y aunque desengañado de todas las cosas de este mundo, no admitía que un hombre bien nacido, aunque estuviese en vísperas de pelearse un tiro, pudiese servirse del mismo tenedor para comer dos cosas diferentes. Así fue que apenas tomó dos bocados Ursula devoró cuanto le presentaron, y

Magdalena declaró que en su vida había hecho una comida más hermosa. Al salir de la fonda, como buscaban todavía á derecha e izquierda una casa á su gusto, se metieron todos en una calle cuyo aspecto solitario llamó desde luego la atención de Magdalena. Gracias al aumento de la población y á los progresos de la industria, antes de quinientos años no quedaría en el mundo entero un asilo poético; así, esta calle no es en el día más que una doble hilera de casas más ó menos nuevas, feas y mal construidas, pero entonces parecía una aldea, ó por lo menos el verdadero arrabal de un pueblo oculto entre los muros que servían de cercados, las alacías y los árboles de la Judea sacudían sus aromáticas ramas, y en el fondo de los parques donde cantaba el ruiseñor en las noches de estío, se descubrían á través de las verjas bellas y silenciosas palacios y hermosos grupos de niños corriendo por la yerba. Esta calle, era en una palabra, la calle de Babionia, así llamada, ya á causa de sus jardines, ya porque hubiera sido habitada antiguamente por el obispo de la antigua ciudad de Sembranis. Ursula creyó que estaba en Valtravers y preguntó que por donde corría el Vienne; Magdalena exclamó que sería para ella mucha felicidad el habitar en aquella aldea perdida en el seno de París, y como á Mauricio todo le era indiferente, la joven toreó al punto sus despos. Bien luego encontraron en una de las pocas casas que cortaban por algunos lados el paisaje, dos escritorios vestidos y separados, uno para Mauricio compuesto de dos piezas, y otro de tres para Magdalena y Ursula, ambos un poco altos tocando á los techos, pero con vistas á hermosos jardines. Magdalena creía, y con razón, que más vale tener ante la vista un poco de verdura que las magníficas columnas del palacio del Louvre.

De este modo se terminó aquel paso, muy malo para dar á Mauricio una prueba de las delicias que le estaban reservadas. El otro día y los que siguieron fueron aun más ruidos y laboriosos, porque no consistió todo en hallar el sitio para el nido, falta luego encontrar los materiales para fabricarle. Con Ursula siempre detrás, Mauricio se vio obligado á acompañar á Magdalena á las tiendas para regatear todas las cosas, Mauricio, que no lo había hecho en su vida, y que tenía á mucho honor el pagar siempre más caro, que los otros. A pesar de que Magdalena poseía el sentimiento de la realidad en sumo grado, sin embargo, como estaba á la vez dotada de tanta gracia como razón, compraba las cosas con bastante abandono, mostrando esa alegría infantil que se cuida muy poco de los números y no se detiene en cálculos largo tiempo; pero Ursula que se figuraba que los tenderos querían abusar de ella porque era forastera, la implacable Ursula presentaba á cada paso interminables dificultades, y defendía los intereses de sus amos con una acritud digna de un juicio un poco larga, de lengua, como las palabras de Molière, disputaba con los manecbos de las tiendas y les trataba de pícaros y rufianes hasta el punto que más de una vez intentaron echarla á la calle. Mauricio creyó perder el juicio; la enviaba á todos los diablos, pero solo amenazándola con mandarla á su tierra lograba atraerla á sentimientos más moderados.

Por último al cabo de una semana, pudieron nuestros tres compañeros tomar posesión de sus dominios. Una hermosa mañana, un sacre con dos caballos blancos se detuvo ruidosamente á la puerta del sumptuoso palacio que Mauricio habitaba aun: Ursula y Magdalena se apearon.

— Vamos, Mauricio, vamos hermano mío, exclamó la joven entrando en el aposento de su primo, más viva y livia

que un pajarito que juega sobre la yerba; ya está todo listo y dispuesto, no os queda más que despojarnos de estos muebles, de estas alfombras y de estos techos dorados. Nada que equiparar á ello encontraréis en la casa á donde vamos, pero la pobreza tiene también su lujo, y la felicidad no necesita para nada estas suntuosidades.

— Pobre cordero mío! dijo con una expresión infante de tristeza la buena Ursula que no cabía en sí de alegría pensando que iba á vivir con su joven amo. Cuánto le vamos á querer, y que bien le endicaremos; estoy segura que se va á creer aun en Valtravers. Y qué placer será para nosotras el domingo y los días de fiesta, después de haber trabajado bien toda la semana, el ir á pasearnos los tres juntos á los jardines públicos! Ah! Señor Mauricio, estoy tan contenta que me ahogo, y por Dios que voy á daros un buen abrazo.

Y dicho esto la buena criatura se arrojó con una pantera sobre su hermano de leche, y á pesar de los grandes esfuerzos que hizo para desprenderse de aquellos apretones, Ursula le aplicó en las mejillas un par de besos fuertes y sonoros.

(Se continuará.)

EL VAMPIRO.

Hé aquí un nombre que tiene gran popularidad en Europa y principalmente en Alemania, y que causa un extraordinario terror á los crédulos campesinos, y con razón, pues no conocemos historia alguna de brujas, espectros y aparecidos que pueda compararse á la que se refiere con relación al vampiro.

Se lee en un libro alemán: Habrá unos doscientos años vivía en cierta aldea de Bohemia una muchacha muy hermosa, hija de un honrado labrador, llamábase Maria y además de ser hermosa poseía otras mil prendas, pues era dócil, bondadosa, caritativa y muy amante de sus padres y familia, á la que era muy útil desde su infancia, porque desempeñaba todos los quehaceres domésticos con el esmero de una niña verdaderamente buendosa. Por todas estas razones era sumamente querida no solo de su familia, sino de toda la aldea y de cuantos tenían la ventura de conocerla.

Cantaba esta muchacha solo diez y ocho años cuando llegó á su aldea un forastero joven de muy gallarda presencia, quien al parecer había vivido en alguna ciudad, puesto que nuestro joven vestía con cierta elegancia, era afable en sus maneras y se diferenciaba en un todo de los aldeanos. Maria con toda su cordura y circunspección, no dejó de notar, desde cuyo instante pareció obrar en su destino un influjo hartamente funesto.

El extranjero estableció su morada cerca de la de Maria, y por eso la encontraba muy á menudo y fijaba en ella sus miradas; pero eran estas tan particulares y extrañas que la joven quedaba fascinada, en términos que advertían en ella deseos de llorar. Al cabo de algunos días, el joven Hantz, que así se llama, se aventuró á hablar á Maria y desde entonces Maria no pudo permanecer tranquila ni reconciliarse con el sueño. Si dormía alguna vez se le aparecía el joven, ora como un ser benéfico y amante, ora como un ente infernal, y despertaba pálida y azorada; luego iba poco á poco destruyendo el camino de sus mejillas una lenta calentura.

Pasó Maria mucho tiempo luchando con su propio destino: invocó á los santos, pasó días enteros orando, ayunó por espacio de muchas semanas; pero todo era en vano, y la infeliz creyó que el cielo la había abandonado y estuvo á punto de entregarse al cólico de la desesperación.

Cierto día al anochecer, regresaba sola de una aldea inmediata y apresuraba el paso para que la oscuridad no la rogiere en el camino, puesto que la luna aun estaba oculta detrás de la montaña. Por entre los abetos del bosque vio deslizarse en la sombra una misteriosa fantasma que la miraba con ojos de fuego; espantada fijó la vista en la fantástica aparición, y después de examinarla pudo distinguir en medio de la oscuridad que aquel extraño ser tenía dos cuernos, una gran lengua encarnada y aceradas garras en sus pies. Corrió Maria con toda la velocidad posible; pero apenas había corrido unos veinte pasos cuando oyó una voz dulce y suave que la llamó por su nombre.

— ¡Maria, Maria! decía la voz; y entonces la joven pudo conocer hasta donde puede llegar la influencia de la fatalidad, pues se detuvo de repente, y Hantz, que fue quien la llamó, la cogió la mano diciendo:

— ¿Temblas, Maria? ¿Tienes miedo de mí? ¿de mí que te amo y quisiera verte dichosa?

En este instante asomaba la luna por detrás de la montaña, y con la claridad del astro luminoso vio perfectamente que no había allí cuernos ni lengua encarnada, ni garra, sino un hermoso manecbo que la estrechaba la mano y le decía: «te amo.» Maria respondió:

— Hantz, ya no tengo miedo, y creo...

Vaciló y dejó incompleta la frase; pero no dejó de penetrar su sentido el manecbo y dijo:

— Maria, ¿tú me amas? Si, yo te juro por cielo ó por el infierno que seremos felices.

Tales palabras hicieron estremecer á la doncella; no obstante, á pesar de tan horrible blasfemia no retiró la mano y ambos volvieron juntos á la aldea. Acompañada el joven á casa de sus padres y la pidió para esposa: á los dos ó tres días se la concedieron y se fijó la boda para que se efectuara veinte y cinco días después, á petición del joven, el cual por algún extraño capricho que entónces no pudo esplicarse, quiso que la ceremonia se verificase en día de plenilunio.

Recibió Maria su salud y su frescura, aun cuando no la abandonaba cierta inquietud, porque todas las noches veía en sueños á un negro infernal, cuya circunstancia le infundía terror y sospechas, aunque procuraba apartarlas de su imaginación.

De repente Hantz apareció triste, sombrío, y se puso pálido como la muerte al mismo tiempo que enflaqueció. Sin embargo, no quiso consultar á ningún médico, y cuando Maria le preguntaba líbros, cual era el mal que padecía, no le daba otra respuesta que un profundo y doloroso suspiro que la despedazaba el corazón. La víspera del plenilunio nupcial, y Maria estuvo desesperada por espacio de tres días, al cabo de los cuales cuando empezaba á temerse por su vida, con general sorpresa se vio casi consolada.

Transcurrieron unos cuatro meses desde la muerte del joven durante los cuales fue Maria para sus padres un objeto de amor y de lástima; vivió á sus antiguas ocupaciones, pero observaron que no asistía á la iglesia, y que rezaba, y que tenía fidedigna en su corazón una profunda melancolía y que enflaquecía de tal manera que se creyó que estaba atacada de una tisis, aunque ningún síntoma presentaba de esta cruel enfermedad. Nunca la oían hablar de Hantz, por lo cual supusieron que su mal tenía un orígen distinto.

Su madre notó que está desdichada joven estaba más pálida por la mañana al levantarse que por la tarde y por la noche, y á impulsos de su maternal solícito, practicó un agujerito en la puerta que daba al aposento de Maria para observar si se entregaba durante la noche á excesivas prac-

ticas devotas perjudiciales á su salud. En las primeras noches no vió nada de extraordinario, y ya se decidía á abandonar sus sospechas cuando cierta noche, no bien sonaron las doce en el campanario de la parroquia, cuando Maria se acostó, y los rayos de la luna saliendo por detras de una nube iluminaron repentinamente la estancia de la jóven. Entonces la madre oyó un suspiro, y luego una voz débil que pronunciaba estas palabras entrecortadas.

— ¡Oh, Hantz! decía Maria soñando, yo soy ciertamente tu amada esposa! ¡Ah! yo te amo... pero se me figura que tus caricias me hietan el corazón y que tus besos me matan.

En seguida lanzó un prolongado y doloroso suspiro y la madre no oyó más.

Miró por el agujero de la puerta y vió á un vampiro. Al punto reconoció á Hantz en este vampiro; no aquel jóven palido y descarnado por la enfermedad, sino fresco, colorado y robusto. La imagen de Hantz en pie al lado de la cama con el cuerpo inclinado hacia la almohada en que descansaba la cabeza de la dormida doncella, teniendo aplicados los labios en las venas de su cuello alabastro. La anciana madre hasta creyó ver una gota de sangre que se deslizaba por el delicado cutis escapada de los temblorosos labios de la vision. A tan terrible espectáculo le pobre mujer lanzó un grito de espanto y cayó al suelo desmayada.

Al ruido que produjo su caída, acudieron el padre de Maria y los demás individuos de la casa, levantaron á la pobre madre, derribaron la puerta de la habitación; y como la luna habia vuelto á ocultarse detras de una nube, encendieron presurosos una luz; pero no vieron á nadie en la estancia, y si el cuerpo de Maria que ya era cadáver. Llamado el médico, declaró que ya no habia medio humano de salvarla, porque con grande admiración suya no quedaba una gota de sangre en aquel cuerpo exánime, si bien no podía adivinar de qué manera hubiese podido perderla. No obstante, después de un detenido examen, descubrió en el cuello unas manchitas enteramente iguales á las picaduras de las sanguisucas, y dos ó tres gotas de sangre que habian dejado señales en la almohada. La madre volvió en sí; pero por espacio de algun tiempo creyeron que habia perdido el juicio al oírle referir lo que habia presenciado.

Al cabo de muchos dias, durante los cuales no se habló en la aldea de otra cosa que de este extraordinario suceso, la linda Juana, vecina y amiga de los padres de Maria, se vió atacada de una tristeza idéntica á la que causó la muerte de su amiga de infancia. Estuvieron también en acecho, y vieron igualmente el espectro de Hantz, que le chupaba las venas del cuello mientras que la jóven dormía. Llamaron inmediatamente al cura, y la linda Juana confesó que hacia algun tiempo que todas las noches la visitaba la fantasma de Hantz, en especial durante los plenilunios; pero que no la hacia mal alguno. Sin embargo, estaba ya muy flaca, y se le veían algunas picaduras de color violáceo en las venas del cuello. El buen cura apeló al exorcismo y á todas las demás ceremonias de la iglesia, aunque sin fruto, porque la hermosa Juana murió de allí á pocos dias, sin quedarle una gota de sangre.

A la muerte de Juana se siguió la de otra muchacha, á quien también chupó el vampiro, y á esta otras tantas, á punto de hacerse general el terror, y fueron multiplicándose los vampiros, invadiendo varias provincias, de suerte que en breve los hubo en Alemania, Hungría, y en otras muchas partes.

Pero al fin se tomó la resolución de desenterrar el cuerpo

de Hantz, para ver si se hallaba algun medio de conjurar una plaga tan calamitosa; pero como la aparición se hizo durante el plenilunio, nada encontraron en el ataúd. Cierta doctor, á fuerza de haber meditado mucho sobre el asunto, adivinó que los vampiros no tenían facultades para salir de sus sepulcros sino durante el plenilunio, y á consecuencia de tales reflexiones se volvió el fétetro á su sitio, y aguardaron á que la luna no mostrase sino la mas pequeña parte del disco para volver al descuartero. Verificado de esta manera, le hallaron tranquilamente dormido, sonriendo, encarnado el cutis, y le echaron una estaca al través del cuerpo, pero no despertó; mas luego le arrojaron al fuego, y esparcieron al viento sus cenizas. Este ejemplo, sin duda, escarmentó á los demás vampiros; después de haber quemado unos cuantos más, ni se volvió á hablar de unos seres tan dañinos.

Pero mientras en Europa difundían el terror tan extraordinarias escenas, otros vampiros de una especie menos apócrifa aterrorizaban con sus cualidades algunas calidas comarcas de la América Meridional. Si un hombre tiene la desgracia de dormirse al aire libre, aun siendo de dia, se le acerca uno ó mas vampiros, y mientras le abanicaban con sus lividas alas para refrescarle y hacer de este modo mas profundo su sueño, le picaban sucesivamente la piel, sin que la víctima a penas lo sintiese, y le chupaban la sangre en términos de causarle suma debilidad, y hasta la muerte algunas veces. Estos crueles vampiros atacaban también á los perros y otros animales domésticos, siendo además tan numerosos, que si hemos de creer á los antiguos viajeros, en un año destruyeron en Borgia el ganado mayor que los misioneros habian introducido, y que ya empezaba á multiplicarse en aquellos países.

Citamos este hecho aun cuando no creemos en los vampiros de América, ni en los de Europa y que el hecho de La Comandante, citado por Buffon como una prueba, nos parece que implica contradicción; pues si el ganado pudo empezar á multiplicarse no obstante los vampiros, ¿cómo después no solo no pudo, sino que destruyeron los vampiros á los individuos nuevos y á sus padres?

Sea lo que quiera, el vampiro (*phyllostoma spectrum*) llamado anira-gum por los brasílicos, no es mas que un grande murciélago, del tamaño de un pequeño conejo, y sus alas abiertas no pasan de dos pies de estension. El trago (cavidad de la oreja) representa una hoja ovalada, dentada y cóncava en forma de embudo; la lengua del vampiro puede dilatarse y prolongarse mucho y termina en dos papilas dispuestas al parecer para formar un órgano ó instrumento de succion ó absorcion; en sus labios se observan también ciertos tubérculos dispuestos con simetría. Tiene la piel de color rojo oscuro, siendo entre todos los murciélagos el que con mas ligereza corre por el suelo. La mayor parte de los viajeros modernos guardan silencio relativamente á sus hábitos sanguinarios; otros dicen que pueden chupar la sangre de los animales dormidos; pero que la herida es muy pequeña y que si algunas veces es peligrosa, es á causa de emponzoñarla el calor del clima. Pero es indudable que el vampiro se alimenta por lo comun de insectos, de pequeños cuadrúpedos, y hasta segun dicen, de frutas. A. U.

ESTATUA DE MINERVA.

Todo el cuerpo con paños y todo de esta notable figura antigua se compone de un solo trozo de alabastro oriental. Los ropajes son de una sencillez y de una nobleza admirables; la cabeza, los piés y los brazos, añadidos en los tiempos modernos, son de mármol blanco dorado. Minerva está representada con un moñuelo en la mano izquierda. Su pecho está cubierto con la égida bordada de serpientes donde se halla figurada la cabeza de Medusa. sobre un fondo de esca-

bles; la cabeza, los piés y los brazos, añadidos en los tiempos modernos, son de mármol blanco dorado. Minerva está representada con un moñuelo en la mano izquierda. Su pecho está cubierto con la égida bordada de serpientes donde se halla figurada la cabeza de Medusa. sobre un fondo de esca-

mas. Esta égida está plegada de modo que deja ver, por su flexibilidad, que no era en su origen mas que una piel de cabra, como lo indica su nombre griego.

La estatua, cuya altura es de 1 metro 10 centímetros, forma parte de la antigua coleccion de los reyes de Francia,



Museo del Louvre.—Estatua de Minerva, de alabastro oriental.—Dibujo de FRENKEL.

unque no figura en el Catalogo de las estatuas, bustos y bajos-relieves de la galería de antigüedades del Museo central de las artes, abierto por primera vez el 18 brumario del año IX. En tiempo del Imperio adornaba el salon del trono en el palacio de Compiègne, y antes de la revolución de 1818 se conservaba en las Tullerías, en el gran salon del aposento de la duquesa de Nemours. De allí paso al Museo del Louvre donde está en la sala de las Alhajas; ocupa el puesto de la estatua de plata de Enrique IV cuando era niño, hecha por Busio.

HIGIENE DENTARIA.

De los cuidados diarios que exige la conservación de los dientes y de la necesidad de inculcar á los jóvenes su importancia.

Por felices que sean los resultados obtenidos en la conservación de los dientes, por esmero que se haya puesto al elegir los convenientes alimentos, y en preservar la boca de todo aire que no tenga las cualidades requeridas, aun seria quimérica la esperanza de conservar por mucho tiempo estos preciosos órganos, si se omitiesen ciertas precauciones particulares.

Estas precauciones forman lo que se llama comúnmente los cuidados de la limpieza de la boca. Ellas parecen en general de una ejecución tan fácil y sencilla, que muchos creerán á primera vista que yo debería limitarme á demostrar su necesidad, pasando ligeramente por su descripción; pero estoy tan convencido de que entre las personas que mas se esmeran en conservar sanos y blancos los dientes, no hay mas que un pequeño número que no cometa frecuentes errores en las reglas que deben seguirse, que tengo por un deber no omitir ninguno de los pormenores, aun los mas insignificantes, que puedan dar á conocer su importancia, y hacer mas eficaz su aplicación.

El primer cuidado que diariamente exige la conservación de los dientes, es enjuagarse la boca todas las mañanas al levantarse de la cama, con agua á la temperatura de 10 ó 12 grados. No se debe descuidar esta precaución, porque de otra manera, si se emplea un cepillo ó cualquiera otro cuerpo, se estropean sobre los dientes y las encías las mucosidades que se forman en la boca durante la noche, y se consiguen mas fácilmente el objeto que se desea.

El agua pura puede bastar ordinariamente para este efecto; pero es mucho mejor mezclarla algunas gotas de aguardiente ó de agua de colonia preparada por algún boticario, para evitar que contenga sustancias nocivas; todo suele tener la que se compra á personas que no conocen el arte de perfumistas; será todavía mejor mezclar algunas gotas de un elixir dentífrico sencillo, como el siguiente:

Alcohol de 14 grados	media libra.
Quina joja en polvo	dos dracmas.
Alcanfor	un escrúpulo.
Acete esencial de menta	medio escrúpulo.
Conservese en un frasco tapado.	

Se puede aromatizar este elixir con otra sustancia diferente de la yerbabuena, como el clavo, el anís, la rosa, etc.; algunas personas añaden tambien un poco de éter sulfúrico que no se debe confundir con el ácido del mismo nombre, que contienen ciertos elixires conocidos, y cuya acción eminentemente corrosiva, cuando no se emplea con la mayor reserva, puede producir los mas graves accidentes.

Este elixir es muy conveniente á las personas que tienen la boca en un estado de salud perfecta; pero si los dientes están cariados, si las encías sangran habitualmente, si están blandas ó solamente discoloradas, en fin, si el aliento tiene un olor feo, lo que no siempre proviene de las caries de los dientes, sino de digestiones imperfectas, ó de una irritación crónica de la membrana mucosa que cubre las vias digestivas ó pulmonares, en todos estos casos sería bueno sustituir á aquel elixir la siguiente preparación que se emplea de la misma manera.

Aguardiente de guayaco	4 onzas.
Aguardiente alcanforado	1/2 id.
Esencia de yerbabuena	10 gotas.
Esencia de coquearia	6 id.
Esencia de romero	16 id.

He aquí tambien la composición del agua dentífrica, que con el nombre de elixir *stomatite*, recomiendo á mis clientes, y de cuyo uso he quedado siempre satisfecho desde cerca de diez años que lo aconsejo.

Alcohol rectificado	3 onzas.
Esencia de yerbabuena	1 onza.
Esencia de canela	4 escrúpulo.
Benjo en lágrima	1 id.

No pretendo seguramente designar estos tres elixires con el fin de escribir á las demas; reconozco al contrario que existen otros en el comercio que pueden ser igualmente convenientes, pero advierto á las personas cuidadosas de su dentadura, que no usen preparaciones de este especie que contengan ácidos, aunque sea en muy corta cantidad. El mejor medio de conocer si los contienen, es el de no emplearlos sin probarlos antes en el papel tornasolado, si este papel puesto en contacto con estas aguas, se vuelve encarnado, es seguro que contienen ácidos, se deben desear, porque harían pagar demasiado caro el brillo pasajero que dan á los dientes.

Después que se ha enjuagado la boca, se hace uso de unos polvos dentífricos, y se frota ligeramente en todos sentidos con un cuerpo humedecido, suave y flexible, no solamente los dientes, sino tambien las encías. Pero, ¿á que cuerpo deberán aplicarse estos polvos? ¿se prefiere el cepillo á una esponja fina, y aun al dedo envuelto en un paño, ó enrollado en la punta de una servilleta?

El uso se ha decidido enteramente en favor del cepillo, y Fauchard, el Hipócrates de la medicina dentaria, retractaría la opinión desfavorable que tenia de los cepillos de cerda, viendo con que facilidad se encuentran hoy extremadamente finos, y con variadas son sus formas para que nada pueda sustraerse á su acción: á esto puede añadirse la ventaja de su módico precio que permite renovarlos.

La esponja, cuyas ventajas ensalza Fauchard, tiene el inconveniente de producir una sensación desagradable al pasar por los dientes, sobre todo, cuando estos por efecto de algun accidente, ó de alguna operación, están privados de una parte de esmalte. Además, el cepillo tiene la ventaja, como acabo de decir, de poder dirigirse á los lados de los dientes y frotarlos así en todos sentidos, al paso que las esponjas, fijas sobre un cuerpo resistente, no frotan mas que en el medio de los dientes, y de ningún modo en el punto en que estos se tocan, y que es mas necesario limpiar. La esponja, es verdad, puede emplearse sin estar fija á ningún cuerpo que le sirva de apoyo; pero entonces no pudiendo los dedos introducirse profundamente en la boca, no limpia mas que los dientes de delante, y no llena sino á medias el objeto que se desea.

Se emplean tambien para limpiar los dientes diferentes raíes cortadas á manera de pinceles por una de sus extremidades. Estas raíes son ordinariamente las de regaliz, de mirba ó de malvabisco, que se hacen hervir en muchas aguas, y después se pintan y aromatizan. Si tienen sobre los cepillos la ventaja de ser mas suaves, tambien tienen el inconveniente de ser difíciles de conservar; porque si se ponen en un sitio seco, se endurecen demasiado, y si están expuestas á la humedad, se emmohecen. Su uso está hoy generalmente abandonado, y apenas se encuentran mas que en los laboratorios de las boticas antiguas.

Es preciso, pues, convenir que el cepillo es preferible á la esponja, y tan favorable á la conservación de la dentadura, como que, según se lee en un viaje al Africa Occidental, las mujeres de Parjetta que cuidan los dientes con un esmero particular, y que no conocen el uso de nuestros cepillos de cerda, suplen esta falta frotando aquellos muchas veces al día con ramitos de tamarindos dispuestos como pinceles á este efecto, y cubiertos de unos polvos muy finos que pro-

vienen de la pulverización de diversas plantas aromáticas secas. Por este medio tan sencillo, como racional, tienen estas mujeres generalmente los dientes mas hermosos que se pueden ver, y los conservan por mucho tiempo.

En cuanto á los polvos dentífricos que deben emplearse, la elección no es tampoco indiferente, porque un gran número de los que se encuentran en el comercio, contienen, ó sustancias que pueden ser nocivas á los dientes, ó sales de ácido en cantidad mas que suficiente para el objeto que se propone.

He aquí una de las composiciones mas usuales.

Tierra silice preparada	5 onzas.
Magnesia	1 1/2 onzas.
Clavo en polvo	1 onza.

Estos polvos bastan ordinariamente á las personas que tienen los dientes habitualmente blancos, y no necesitan mas que conservarlos. He aquí otra composición un poco mas complicada, pero infinitamente superior.

Carbon de pan perfectamente pulverizado	6 onzas.
Rala de lirio de Florencia id. id.	2 id.
Rosas finas id. id.	4 id.
Esencia de rosas	12 gotas.

Estos polvos, mas activos que los primeros, como se deja ver por su composición, deben principalmente emplearse cuando se necesita restablecer el esmalte á su estado de blancura natural que le hizo perder la negligencia en la limpieza de la boca; pero así estos, como los primeros, no contienen ninguna sustancia que de color á las partes á que se aplica; por eso con deber presentarse aquí la receta de una composición igualmente sencilla que, á la ventaja de blanquear los dientes, reúne la de dar á los labios y á las encías un hermoso color de rosa, que dura una gran parte del día.

Magnesia carbonizada	6 onzas.
Hueso de jibia pulverizada	3 id.
Carmin fino	8 granos.
Corteza de limón pulverizada	4 onza.
Adúcar blanca	1 onza.

Cuando se quiere preparar por uno mismo estas diferentes composiciones, es menester tener mucho cuidado de pulverizar ó moler sobre una piedra de porfido todas las sustancias que entran en ellas; de otra manera su uso sería desagradable y las mismas composiciones muy perjudiciales; porque rayarían el esmalte, y con el tiempo lo alterarían profundamente.

Muchos prácticos, temiendo la acción de los ácidos como el crómor tartárico que ha sido muy usado, no se atrevieron reemplazarlos por las sales alcalinas, como los carbonatos de sosa y de magnesia. Esta sustitución sería ventajosa si fuese necesario emplear las sales ácidas en grande cantidad para obrar químicamente sobre los dientes. Esta idea fue la que dió origen á una opíata (1), especie de jabon, conocido con el nombre de odontino, que no es mas que subcarbonato de magnesia unido á la manteca de cacao.

(1) Se designan con este nombre las preparaciones que resultan de la mezcla de los polvos dentífricos con cierta cantidad de miel purificada; hoy es muy raro su uso, porque la miel que entra en su composición se pone rancia muy pronto, lo que la hace muy desagradable.

Algunas personas por evitar los peligros ó inconvenientes de los polvos dentífricos mal preparados ó por simplificar sus necesidades, se sirven para limpiar la dentadura de tabaco en polvo y aun de hollín. Estas sustancias tienen no solamente el inconveniente de ser sucias, y de dejar en la boca un sabor desagradable, sino que tambien su uso habitual dá á los dientes un color amarillento, que es casi imposible hacer desaparecer en lo sucesivo. Aun la misma quina tan alabada, si se usa sola, tiene el mismo inconveniente, porque contiene una especie de aceite empiemático, capaz de penetrar el esmalte con el tiempo, y de comunicarle un color pardo amarillento muy tenaz.

El carbon es tambien uno de los polvos que se emplean con frecuencia como dentífricos. Cuando esta sustancia está reducida á una estrema tenuidad, puede no ser perjudicial; pero como es insoluble, sucede muchas veces que quedan hácia el cuello del diente algunas partículas, que insinúandose en las encías, les dan un aspecto negrozco, por lo que muchas personas se retraen de usarlo.

José LEON.

JUAN JOUVENET.

El *Descendimiento* que damos hoy es la obra maestra de Juan Jovenet, y uno de los cuadros mas notables de ese museo del Louvre tan rico en composiciones de primer orden. Hasta ahora este lienzo ha estado siempre expuesto en el salon principal al lado de las *Botas de Casanova* de Pablo Veronese, sosteniéndose con mucho honor en tan peligrosa ventadad, y es acaso el cuadro mas copiado y vuelto á copiar por todos aquellos que trabajan para hacer de nuestro museo central el rival del Real Museo de Madrid.

M. Carlos Blanc ha dicho, con mucha razon á nuestro juicio, que después del *Descendimiento* de Daniel de Volterra y del de Rubens, el de Jovenet puede pasar tambien por una obra maestra, añadiendo que en la escuela francesa, se le puede poner sin miedo inmediatamente después de las mejores obras de Lesueur y de Poussin, como se puede colocar al mismo Jovenet inmediatamente después de estos dos grandes maestros.

El *Descendimiento de la Cruz* fué hecho en 1697 para el convento de Capuchinos situado cerca de la plaza de Vendôme, y salió á luz en la segunda exposicion publica que tuvo lugar en el Louvre en 1699; — la primera exposicion tuvo lugar en el Palacio Real en 1673. Cuando se cerraron los conventos, en tiempo de la primera revolucion francesa, este cuadro entró á formar parte de la grande coleccion nacional.

En la familia de Jovenet se encuentran muchas generaciones de artistas: Juan Jovenet, uno de los antepasados, del que nos ocupa hoy, se estableció en Bruja en el siglo XVI.

Noel Jovenet, su hijo, fué uno de los maestros de Poussin, como ya lo hemos dicho al hablar de los *Pastores de la Arcadía*.

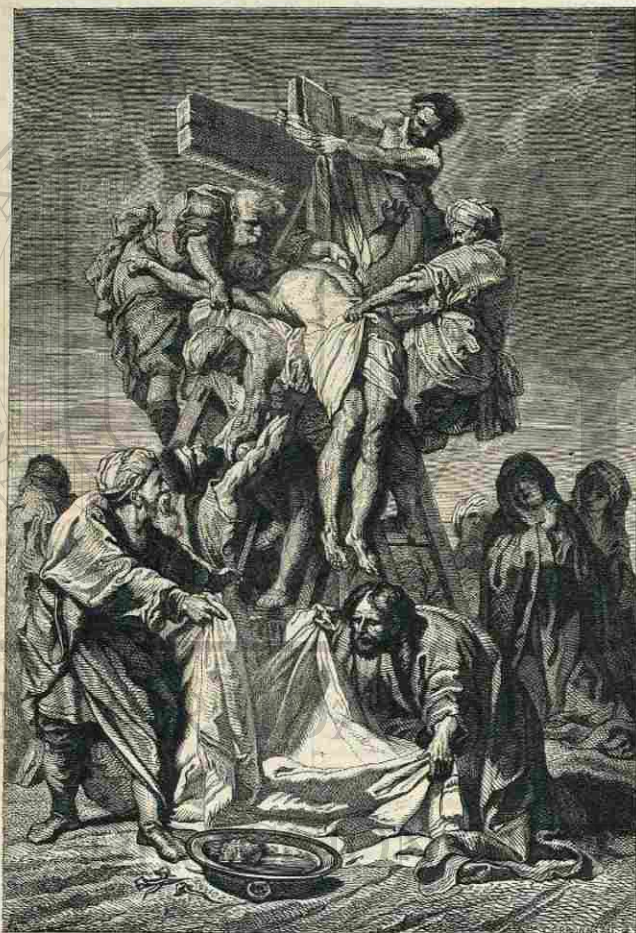
Lorenzo Jovenet, hijo de Noel, tuvo quince hijos, entre los cuales se encuentra el famoso autor del *Descendimiento*, Juan Jovenet que vino al mundo en 1614. Desde los primeros años de su infancia, recibió lecciones de su padre y en su estudio fué donde aprendió á manejar el lápiz y el pincel.

A la edad de diez y siete años cayó bajo la direccion de Lebrun, que era entonces el soberano, y aun podríamos decir el depota del arte. De 1661 á 1680, Juan Jovenet tra-

bojó muy á menudo con el pintor de Luis XIV, en las pinturas del palacio de Versalles, y bien necesitó hallarse dotado de una originalidad de artista bien constituida para no haberse

perdido y aun para haber triunfado de aquella larga subordinación á un maestro tan lleno de celos.

El Descendimiento de la Cruz que tan poco se parece



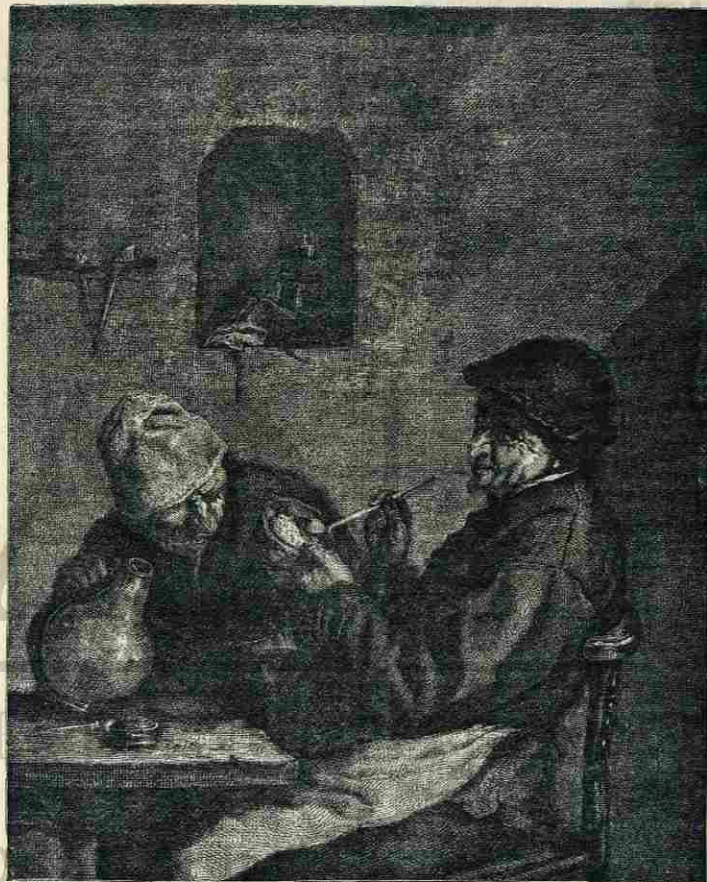
El descendimiento de la Cruz.

á las pinturas académicas de Lebrun, es la prueba mas concluyente que podamos dar de la absoluta independencia del talento de Jouvenet. Bien luego hablaremos de la Pesca mi-

logrosa, que será un magnífico argumento para apoyar mas y mas la opinion que emitimos aqui.

J. J. ARNOUX.

ADRIANO VAN OSTAËDE.



El fomador.

La ciudad de Ariem adoptó al artista nacido en Lubeck, y este se halló en una buena situación vendiendo á los aficionados pudientes de esa hermosa ciudad, sus tabernas holandesas, sus músicos ambulantes, sus fumadores, sus mercados etc. Esta dicha sosegada se vió turbada algun tanto, aunque para seguir un poco mas tarde. Habiéndose esparcido la noticia de la invasion en Holanda que Luis XIV proyectaba,

Van Ostade juzgó prudente retirarse al lugar de su nacimiento. En efecto, se puso en camino, y llegó á Amsterdam con ánimo de embarcarse para efectuar su vuelta á su país natal, mas logró disuadirle de este proyecto un aficionado de este último pueblo, movido á ello por los consejos de Houbraken, autor de la *Fida de los Pintores de los Países Bajos*.

T. H. — PARIS.—IMP. BLONDEAU.

En la época en que Van Ostade se estableció en Amsterdam, dice la Historia de los Pintores de todas las Escuelas, esta rica y hermosa población se hallaba atestada de curiosos floreciendo en ella a la sazón los mejores pintores de aquel tiempo. No había una sola clase en la sociedad inglesa, casi en todas las condiciones, que no tuviera allí su pintor predilecto. Lingelbach presentaba sus osimadas *fortias*, sus *cacerías* de la escuela de las de *Wouwermans* y sus preciosos pueritos de mar. Todo el mundo acudía a Gerardo Döw pidiéndole sus preciosos y finos retratos, y a Abraham Van Toppel, aquellos nobles retratos de cuerpo entero dignos de Van Dyck, brillantes de carnes blancas y saltadas: Gabriel Metz podía representar los ricos interiores de la Holanda, las mujeres en su tocador y a su piano; los jovencitos escribiendo cartas amorosas ó haciendo gracias en un salón, ó bien las bonitas doncellas echando agua para sus uñas en jofainas de plata. Adriano Brauser se había hecho el pintor de las escenas de taberna, de los libertinos, los jugadores y los borrachos. Pablo Potter tenía el privilegio de los pastores y rebañes, y por último, el anciano Rembrandt, desde el fondo de su misterioso estudio, dominaba la muchedumbre de los aficionados, les imponía su genio y sacaba de la admiración que le tenían todo el partido posible.

Y sin embargo en medio de esos pintores escogidos, Van Ostade supo crearse una posición muy distinguida. El FEMARION que acompaña á este artículo es de aquel tiempo, y puede por sí solo dar una alta idea del genio holandés de su autor. Es una de esas preciosas joyas de un arte maravilloso por su verdad, que cuando por acaso se hallan hoy en una venta pública se compran á peso de oro por sus fanáticos admiradores.

J. J. ANNOUX.

MAGDALENA

por
JULES SANDEAU.

(Véase las páginas 166, 169, 181, 189, 197, 206, 210 y 217.)

Era verdad! La hora había sonado, aquella hora que Mauricio había creído no llegaría nunca, porque había contado con impedimentos imprevistos, como insuperables obstáculos y todo se había operado como por encanto. La víspera aun, Mauricio se decía, que sobrepondría á la fuerza un incidente para libertarle de la singular posición que le esperaba, y nada había venido, nada, sino la espantosa y temida realidad. Retroceder no era posible ya. En el momento de traspasar por última vez aquellos umbrales, próximo á separarse de los objetos que habían sido testigos de su borrascosa juventud, Mauricio no era hombre para detenerse en plañideras egiptas ni tampoco en poéticas adioses. Ademas, los lugares en que se ha vivido mal, diferentes en esto de aquellos en que se ha padecido y que nunca se abandonan sin enternecimiento, no pueden ser una patria y se les deja sin emoción y sin sentimiento. Mauricio fué dando á Ursula todo aquello de que podía disponer para que lo llevara al carruaje, y enseguida después de haber tendido en torno suyo una mirada enjuta y sombría, tomó su caja de pistolas bajo del brazo y se lanzó prontamente fuera del aposento llevándose de aquel modo todo cuanto poseía y su última esperanza. En aquel mismo instante se habría podido ver brillar en la frente de Magdalena un reflejo de la alegría

celeste que debe iluminar la fisonomía de los ángeles, cuando llevan á Dios un alma estraviada.

IX.

Dos miserables rincónes eran en verdad los aposentos en que Magdalena y Mauricio iban á vivir el uno junto al otro: un poeta se hubiera vuelto loco de contento en aquel tiempo en que los poetas habitaban todavía las guarrrillas. Aunque todo lo que había allí era de una escritura sencilla, todo manifestaba sin embargo el gusto y la elegancia nativa que habían profesado á los portmenores del amueblado. El cuarto de la joven alemana tenía un papel de color de perla sembrado de ramilletes de clavetes y de rosas que se remian en el techo en forma de tienda de campaña. Los muebles eran de nogal, y las sillas de púncos trencados. El lecho, pequeño, virginal, verdaderamente de cojejala, estaba custodiado por el papel del cuarto: cerca de la ventana se veía una mesa cubierta de plúceles, de cajas de colores y de conchitas de porcelana que habían pertenecido á la mariposa. El mural de la chimenea no tenía otro adorno que dos jarroncillos de porcelana, y á la cabecera del lecho había un velador con un quinqué. Si faltaban las alfombras, en cambio el suelo estarianado estaba claro y luciente como un espejo. Colgadas junto al espejo se veían muchas miniaturas de Magdalena de Fresnes, religiosamente conservadas, y mas allá había un estante con libros, flores disecadas, plantas y minerales cuidadosamente traídos de Valtierra. La ventana, como hemos dicho antes, daba á un parque en cuyo fondo se descendería un melancólico y grave palacio. El aposento de Mauricio presentaba poco más ó menos las mismas disposiciones interiores y exteriores; únicamente se diferenciaba en que nada en él denotaba hábilos ó proyectos de trabajo; en vano se habría buscado algun objeto al que se uniese un recuerdo ó una esperanza. Las paredes estaban desnudas, y el lecho sin colinas. Tenía un aspecto duro y frío.

— Esto no es bonito, dijo Magdalena al instalar á Mauricio en su habitación; pero, á mi juicio, todo aposento puede embellecerse por uno mismo, y mucho mejor que podría hacerlo cualquier tapicero. Nuestros pensamientos y nuestros sueños, nuestras alegrías y dolores constituyen un lujo que muchos ricos envidiarían, y que para mí vale mas que todos los terciopelos y las sedas. Las cuatro paredes que nos ven amar y trabajar con justas esperanzas, son siempre los muros de un palacio.

Estas palabras no inspiraron un gran interés á Mauricio, que, cuando se quedó solo se puso á dar vueltas en su cuarto como un león acalorado de meter en una jaula. Por último se dejó llevar de los impulsos de su cólera; se forzó los puños, se pegó en la frente, y se arrojó en su cama lanzando gritos de rabia. Mauricio se preguntaba, cual había sido la cobarde condescendencia, la debilidad increíble que había hecho venir las cosas á aquel punto; se llamaba imbécil y blasfemaba del nombre de su prima. Durante este tiempo Magdalena se ocupaba en ordenar sus colores, sus pinceles y sus tabillitas de marfil, tan contenta ya en su nueva condición como si jamás hubiese estado en otra, y mas satisfecha de su pobreza que lo había estado de su fortuna, cuando había vuelto á entrar como soberana en Valtierra, después de la muerte de la marquesa. Ursula trabajaba tambien, lo arreglaba y lo limpaba todo cantando á voz en grito una canción de su país. Al cabo de una hora, Mauricio se salió á la

calle; la voz de su hermana de leche, que oía á través de un tabique, había colmado la medida de su rabia. Hasta por la tarde estuvo andando por la ciudad, sin saber siquiera á donde iba, hasta que á eso de las once el acaso le llevó muy cerca del punto de donde había salido. Vivos relampagos rasgaban las nubes, el trueno resonaba con gran estrépito, y comenzaban ya á caer anchas gotas de lluvia. Mauricio que en realidad no tenía otro asilo que su guardilla de la calle de Baldonia, tomó el partido de refugiarse en ella. Ursula que le estaba esperando con ansiedad, salió al descansillo de la escalera al ruido de los pasos de su joven amo, y se quedó espantada al ver la palidez de su rostro. Sus labios estaban lividos, y ocultos en sus órbitas sus ojos relucían con un brillo febril. La buena muchacha, muy asustada, quiso llevarle al aposento de Magdalena que tenía costumbre de velar hasta muy tarde, pero Mauricio la rechazó con un ademán de mal humor, y se retiró al punto á su cuarto. Junto á la ventana que estaba abierta, permaneció hasta la mañana, oyendo mufr el viento entre los árboles del parque, y mirando al cielo menos sombrío y menos borrascoso que su alma. Al acostarse estaba con calentura, y cuando entraron á verle deliraba.

Su vida estaba en peligro. En presencia de la realidad, el desgraciado joven no había podido soportar la mirada de esa terrible compañera á quien creía mucho mas lejana; como don Juan al tocar la mano de mármol se había sentido aterrorizado. Los cuidados de la ciencia, la juventud que no estaba muerta en él todavía, y mas aun los solícitos desvelos de Magdalena y de Ursula le fueron llamando poco á poco á la vida. Ambos se disputaron la gloria de salvarle, y jamas madre ninguna ha podido prodigar á un hijo mas afecto, ternura y amor que el que mostraron estas dos buenas criaturas á la cabecera del joven enfermo. La enfermedad, por mas que digan, no es una mala huésped; tiene tambien sus buenos lados, y aunque solo sirve para hacernos apreciar en su justo valor el cariño de los seres que nos aman, ya ofrecería una gran ventaja. Ademas hay la circunstancia de que la enfermedad, anudada las malas pasiones, ahlanda los corazones endurecidos, y amolda las naturalezas mas indómitas. De este modo aquel terrible Mauricio, tan furioso con la necesidad de vivir cuando se sentía bueno, se dejó cuidar como un carnero atado. Mas de una vez dió las gracias con ojo entrecerrado á Magdalena y á Ursula sentadas á su lado, y su trémula mano buscó mas de una vez la de su hermana prima. Un día, habiendo visto colgado en la pared un retrato de su padre pintado por la marquesa un año antes de la muerte del caballero, le tomó y se estuvo un largo rato contemplándole, y con una voz ahogada por los sollozos le dirigió algunas palabras de arrepentimiento y de dolor. Magdalena y Ursula lloraban tambien, y con dulces lágrimas. Otro día descubrió sobre la chimenea una cajita de caoba que no había visto nunca. El estado de la convalecencia se paró enteramente al fin de la infancia; hay la misma debilidad de órganos, los mismos entornos, la misma curiosidad que una pado despierta ó disipa, es la vida que sucede á coñectar, y ya lo hemos dicho, es otra infancia. Mauricio mandó que le trajeran aquella cajita, levantó la tapa, y vió colocados simétricamente en sus compartimientos de terciopelo verde los instrumentos de que se servía en otro tiempo con su padre para esculpir el nogal y la encina.

— Ay! dijo Magdalena, esto es todo lo que he podido salvar de nuestro patrimonio. Creí que no os disgustaría el tener en vuestro poder estos objetos y que acaso me agradecerais el que no les hubiese dejado en el palacio.

— Si, prima mía, si, hermana mía, añadió Mauricio (era la primera vez que le daba este nombre; la joven palideció y se puso trémula); si, habéis hecho muy bien. Al abrir esta caja, he creído ver que salía de ella la imagen de mis primeros años.

— Y cuando se piensa, añadió Ursula, que con eso ganó nuestro amo el pan entre los infieles! Un noble, un gran señor, un aristócrata! y decir que con sus blancas manos formaba la madera, como si en su vida no hubiera hecho otra cosa! Trabajar como un hijo del pueblo! eso se llama ser un hombre!

— Si, dijo Magdalena, un hombre con un gran corazón.

— Pues y la señora marquesa! exclamó Ursula que no era mujer para detenerse en tan buen camino. Esta si que no habrá tenido que esperar mucho tiempo á las puertas del paraíso. Pensar que una señora como ella, que había estado en la corte, hacia retratos de un montón de bebedores de cerveza, cuando hubiera podido vivir con tantas riquezas!

— Si, dijo Magdalena, era una gran alma!

— Como la vuestra, señorita, respondió Ursula llevando con respeto los dedos de Magdalena á sus labios.

Parécido á las personas que oyen un apólogo sin cuidarse de su moralidad, Mauricio lo escuchaba todo, sin pensar en preguntarse, si no había en todo aquello por acaso, algun consejo que le tocara. El fenómeno mas singular de la convalecencia es el profundo olvido, la completa ausencia de toda preocupación del porvenir. Demasiado débiles aun para lanzarnos mas allá de la hora presente, nos refugiamos totalmente en el sentimiento de nuestra conservación: se siente la existencia y esto basta. Desgraciadamente un estado tan dulce no dura mucho; con la salud va viniendo poco á poco el peso de la vida.

Aun que fuera de peligro y casi enteramente restablecido, Mauricio se hallaba sin embargo en una debilidad estremada, y fuera porque su posición reclamase todavía cuidados asiduos ó fuera por distraerle un poco, Magdalena y Ursula pasaban la mejor parte de su tiempo á su lado. Era conformidad á los desos del convaleciente, la joven trabajaba en el cuarto de su primo todo el día, y muchas veces veñaba, pintando ó bordando en tanto que Ursula cosía. Mauricio había hallado muy encantador en un principio este cuadro de interior, pero reanimándose las enfermedades de su corazón y de su ánimo á medida que la curación física se aproximaba, bien luego principió á irritarse secretamente de los cuidados de aquellas dos mujeres que no abandonaban ya su cabecera. Las cargas y deberes que veía suspendidos sobre su cabeza, le oprimían como una atmósfera borrascosa, y sin tratar aun de comprender, sentía con un vago sentimiento de temor el sordo rumor de su destino, semejante á los ruidos lejanos de la marea alta.

Una noche que parecía estar profundamente dormido, Magdalena y Ursula sentadas en torno de la misma mesa, hablaban á media voz trabajando á la luz del quinqué.

— Pobre querrubín! decía Ursula meneando la aguja, no siento el dinero que nos ha costado; por el sería capaz de empuñar hasta mis zapatos, pero lo cierto es que hemos gastado nuestros últimos recursos en su enfermedad, y que toda nuestra fortuna se reduce en el día á dos escudos.

— No te dé cuidado mi buena Ursula. Para mañana ya habré concluido de pintar esta cajita para él: mira que bonitas están las flores y los pájaros, me hallo muy contenta de mi trabajo, y he de ser bien desgraciada, si no logro

colocar esta obra en el almacén donde me han comprado ya dos estuches. Además he concluido dos bolsillos, que no están mal, é iremos juntas á ver si los vendemos: dicen que estas inutilidades tienen mucha salida en París. Si por desgracia todo llega á faltarlos á la vez aun me quedan algunas sortijas y alhajas que enviaremos á donde han ido mis diamantes.

— En compañía de mis pendientes y de mi cruzcita de oro, dijo Ursula. Es lo mejor que podemos hacer, pero á todo esto estoy viendo que pasais las noches trabajando, y con eso perdéis vuestros hermosos ojos y vuestra salud que es mas preciosa todavía.

— Bien, bien, exclamó Magdalena sonriendo; soy mucho mas fuerte de lo que pareceis. Además, el trabajo no hace daño á nadie, la marquesa me repeta muchas veces que nunca había estado tan fuerte como en Nuremberg donde trabajaba noche y día, y sin embargo puedo afirmarte que tanta los ojos hermosos como algunas horas antes de su muerte. Por otra parte, ya sabes buena Ursula que con la enfermedad de Mauricio hay que redoblar de valor y de esfuerzos. Su convalecencia será larga quizá, y si no pudiésemos prodigarle todos los cuidados que su estado exige, cuántas reconvencciones no nos cabrían, qué remonstranzas serían los nuestros, y qué pensaría Mauricio que sabes se ha resignado á vivir solo por nosotros!

— Si, exclamó Ursula echando una mirada llena de adoración hacia el lecho en que reposaba su joven amo, sí, es un hecho que se ha portado bien, no tenemos porque quejarnos. Decir que en el momento en que se iba á tirar un pistoletazo, no lo ha hecho únicamente por nuestra amistad! Y qué contento estaba cuando se paseaba con nosotras por las calles! Además, una vez curado ya vereis como él también trabaja, y con mucho gusto, en beneficio de su prima y de su hermana de leche, porque es un ángel señorita Magdalena, un ángel de Dios, siempre os lo he dicho.

Así siguieron hablando en voz baja hasta la hora en que Ursula obligó á Magdalena á retirarse á su cuarto para tomar un poco de descanso. En pie para marcharse, inclinadas ambas á la cabecera de Mauricio permanecieron algunos instantes considerando en silencio aquella pálida fisonomía á la que los dolores habían restituido su primitivo carácter de dignidad y grandeza.

Mauricio no dormía: todo lo había oído, y á la mañana siguiente estaba ya de pie, tan tranquilo y resuelto como le hemos conocido indolente colérico y arrebatado: el joven aceptaba en fin la tarea que le había tocado. Sin embargo este súbito cambio de su voluntad no debe atribuirse á un movimiento de ternura y de gratitud: Mauricio había recordado con la salud toda la dureza de su alma. El cariño de aquellas dos nobles criaturas que acababan de apurar á su cabecera sus últimos recursos, lejos de enternecerle le irritaba, pero Dios ha puesto el orgullo en el fondo de nuestro corazón para que supla en caso de necesidad á la virtud, y esta vez en efecto así se obró el milagro.

Mauricio se hallaba dispuesto, sin entusiasmo es verdad, pero resueltamente, como un hombre que va á batirse en duelo por necesidad. Únicamente no sabía cual era el partido que debía tomar. Trabajar, es muy fácil decirlo, pero ante todo es preciso saber hacer algo. El ponerse á fabricar casaca-nueces era muy fácil en Nuremberg. La patria de los juguetes; en cuanto á las esculturas en madera había primeramente mil dificultades que vencer. Para los perezosos los primeros pasos del trabajo están siempre cruzados de obstáculos. Además Mauricio estaba seguro de haber olvidado

enteramente este arte. En cuanto á las obras de cabeza tampoco debía pensar en ellas, y no porque no hubiese sido propio para esa especie de literatura corriente que se practica en nuestros días con tan buen éxito, sino porque desgraciadamente, en la época de que tratamos, las letras tenían aun algun prestigio y por lo tanto la mas difícil de todas las artes, no se había convertido todavía en un fácil y lucrativo oficio. Algunos años después, Mauricio no habría titubeado y con eso á estas horas tendríamos á no dudarlo un gran escritor mas: llegar á tiempo es uno de los principales secretos de la vida. Mauricio sin saber que hacer quiso aconsejarse de su prima: la joven le respondió con la mayor dulzura:

— No tenéis prisa ninguna para eso. Estais aun demasiado débil y dolorido: recobrad vuestras fuerzas, que lo demas ya vendrá luego. Con tal de que me hallé bajo vuestra protección, estoy contento. No os cuidéis de nada; soy fuerte y valerosa, y trabajaré por vos con alegría, en tanto que lo podais hacer por mí del mismo modo: decidme, hermano mio, no consentis en ello?

Ya puede suponerse que estas palabras no podían servir sino para irritar mas y mas el orgullo de Mauricio. Ahora vamos á ver de qué manera el acaso ó mas bien la Providencia, pusieron á aquel joven en el único camino que le estaba abierto.

X.

En una de las alas de la casa, en frente de las guardillas que habitaban Mauricio y Magdalena había un modesto aposento compuesto de tres piezas donde vivían un joven matrimonio de artesanos. El marido que era ebanista se llamaba Marcelo. Era un honrado y bello joven que tenía unos veinticinco años á lo mas, siempre de buen humor, con la traza franca y abierta, hermoso con su blusa azulada sujeta al talle con un cinturoncito de charol. Este obrero no hacía versos ni tenía otra lira que sus instrumentos de trabajo. Levantándose todas las mañanas con el alba trabajaba alegremente desde por la mañana hasta por la noche, como si hubiese estado convencido de que el trabajo es á la vez la verdadera poesía del pueblo y el mejor sistema imaginado hasta aquí para mejorar la condición de los obreros. Linda y vivarachá, su mujer cosía á su lado sin dejar por eso de tener los ojos en dos picaruelos que jugueteaban en torno de su padre. Marcelo dejaba algunos instantes su trabajo, para ver el bordado de su compañera, ó para tomar en sus brazos un chapulín, y luego continuaba su tarea con nuevo ardor. A veces la joven cantaba á media voz una canción de Beranger, una de esas canciones inmortales que han consolado á la patria, y el joven repetía el estribillo con voz enérgica y alta. Cuando el día tocaba á su fin, la mujer disponía la comida, lo que siempre era una ocasión para que los chicos aumentaran la bulla de sus juegos. Regularmente se hacía un poco de sobremesa y la noche se prolongaba en medio de las conversaciones familiares.

Ayudado en el marco de su ventana Mauricio había seguido muchas veces con distraídos ojos todos los pormenores de aquel interior honrado y laborioso, y no por que hallase en ello el menor interés, ó por que tratase de buscar allí una enseñanza saludable, sino únicamente por dar pasto á su constante curiosidad.

Magdalena por su parte se complacía en observar la vida de aquel humilde matrimonio, pero esta hallaba en sus observaciones un misterioso encanto. Entre ella y estos dos

PANYCHIS.

FRAGMENTO POR ANDRÉS CHENIER (1).

Varias jóvenes rodean á un niño y le acarician. — Dices que has hecho una canción para tu prima Panychis? — Sí, la quiero mucho; es muy hermosa, tiene cinco años como yo... Hemos puesto su cuna en un paseo de rosas... y nadie puede incomodarnos, porque es demasiado bajo para que entren en él. Le he dado una estatua de Venus que me había hecho mi padre con box; ella la llama hija y la acuesta en



PANYCHIS.—Composición y dibujo de Tony Johannot.

una cántica que es una cáscara de granada. Todos los amantes hacen canciones para sus pastoras... y yo tambien he hecho una para ella. — Pues entonces cánticos tu canción y te daremos uvas y buenos hijos... — Dadmelos primero que luego la cantare.

Tiende sus dos manitas... le dan lo prometido, y con una voz dulce y clara se pone á cantar...

Luego se va cabizbajo y lleno de caricias... Las jóvenes beldades le siguen á lo lejos... Llegadas á los rosales miran por encima de la cuna, bajo la cual están ellos formando un templete de verdura en torno de un pequeño altar para su estatua de Venus, se ríen; ellos levantan la cabeza y les dicen que se vayan. Les dan mil besos y al marcharse exclama la joven Myrto: — Oh! que dichosa edad!... Venid, compañeras mías á ver en mi casa los monumentos que yo tambien levanté en mi infancia... He puesto un cercado al jardín que tenía entonces, para conservarle bien... una ca-

1 Este poeta, muerto á treinta y un años, ha dejado una porción de poesías sin acabar, así como planes de poemas, elegías ó idilios en verso y prosa que el autor se proponía arreglar después, cuando le llegase la hora de la inspiración: Panychis se encuentra entre los fragmentos de idilios, y es uno de los mejores.

Gracias á este socorro, se habían podido tomar dos mozos de servicio, se había comprado un par de buques y se había podido pagar lo que se debía; todo en fin habría estado bien sin la ausencia de Ivon á quien la madre no podía nombrar sin enjugar su llanto.

El notario añadió por sí en forma de posdata, varios pormenores sobre la manera como se había guardado el secreto, sobre la felicidad de la familia, y el restablecimiento del padre cuyas fuerzas le iban volviendo de día en día.

Marker escuchaba estas buenas noticias con el corazón trémulo de alegría. Concluida la lectura guardó la carta, y



El Quinto.—La Salida.—Dibujo de M. H. BELLANGÉ.

á ver algún día á aquellos á quienes había hecho tan felices, y para participar también de su ventura. Sus fuerzas abatidas por la tristeza renacieron con la esperanza.

Además tenía en las mentes un gran proyecto. La carta que acababa de recibirle había mostrado lo que puede el saber escribir contra las angustias de la ausencia, y estaba decidido á entrar en la escuela del regimiento.

Muy difícil fué el aprendizaje; la memoria estaba bien rebelde, y su inteligencia no se había dirigido nunca hacia aquel lado, pero á fuerza de voluntad pudo obligarla al estudio del alfabeto, y un año después ya se hallaba en estado de cartearse con aquellos de quienes estaba separado.

Sin embargo, no se detuvo aquí: una vez entrado en los estudios quiso seguir y aprender todo lo que le podía ser de algún provecho en lo sucesivo. El tiempo se pasó así, entre el aprendizaje del dibujo y los deberes del soldado. Marker, muy apreciado por su buena conducta, dejó sus filas de la compañía para recibir la pala de gastador. Los años de servicio se cumplieron, sino sin pesadumbre, al menos exentos de fastidio.

Por fin habiendo tomado su licencia, volvió á emprender alegremente el camino que antiguamente recorriera con tanta tristeza.

luego la volvió á abrir y se puso á mirarla como si en los caracteres de que estaba cubierta, hubiese podido ver la imagen de la fortuna de los que había dejado en la aldea. Aquello fué para él una revolución: parecióle que los sonidos de aquella gaita que había oído algunos momentos antes, eran las voces del país que Dios había querido hacerle oír, y que le cantaban la alegría de los suyos! Ahora sabía al menos que no había sido inútil su sacrificio, y en sus manos tenía la recompensa.

Esta idea fué como un sacudimiento que le arrancó de su languidez. Entónces conoció que debía vivir para volver

á medida que se iba acreciendo, iba creciendo su impaciencia; hacia jornadas dobles, y sentía fuertes latidos en su corazón al ver de nuevo aquellos campos que le habían sido tan familiares en su juventud, y aquellas aldeas cuyos nombres le eran tan conocidos! Por fin descubrió el tacho que buscaba. En aquel instante, Marker no pudo contenerse más; echó á correr, atravesó la plaza sin detenerse con sus antiguos amigos que le llamaban, y se lanzó derecho hasta la granja. Los niños espantados por su barba y su traje, huyeron al verle; la hermana retrocede hasta la pared sorprendida é inquieta, pero el perro guiado por su instinto se precipita á su encuentro, y su madre se estrema al sonido de una voz que jamás ha olvidado. Cuando todos los demás titubean, ella corre á su encuentro, le tiende los brazos, le llama Ivon! Ya están cumplidos todos sus deseos; sus hijos todos se sentarán con ella en el hogar doméstico.

Pero sin embargo, cualesquiera que sean los demás, el que vuelve ocupará siempre en su corazón el primer puesto, porque por él ha llorado mucho, porque por él ha padecido, y ese exceso de ternura será la recompensa de su desconocido sacrificio.

EL QUINTO. (Véase la página 232.)



El Quinto.—Vuelve gastero.—Dibujo de M. H. BELLANGÉ.

VENECIA.

PLAZA DE SAN MARCOS. — LA CATEDRAL. — EL PALACIO
DUCALE.

Nada hay más encantador que el marchar al través del hermoso camino que conduce desde Padua hasta Fusino, guarnecido por ambos lados de una multitud de casas de campo de caprichosa y variada arquitectura, con magníficos terrados que ostentan jardines suspendidos en los aires y adornados de estatuas; casas de campo que revelan al pasajero su hollera, y hacen alarde de su elegancia exterior, y que están precedidas algunas de parterres poblados de mil flores de odoríferos arbustos en donde las miradas no pueden menos de detenerse con complacencia. Este espectáculo encantador está iluminado por el sol de la Italia, que se refleja en los lagos que surcan pequeñas barcas y góndolas ligeras que suben y descienden con rapidez el río y el canal ataviando los ojos.

En Fusino hay, que dejar el carruaje para entrar en una góndola, único carruaje que se usa en Venecia, especie de cámara fúnebre cubierta de una bayeta negra con grandes borlonas, porque desde el tiempo de la república, para evitar el lujo que despleaban los venecianos en estas embarcaciones se fijó que todas fueran iguales y ataviadas con esta fúnebre cubierta.

Conducen la góndola dos hombres, el uno con un remo por delante, y el otro por detrás. El espón que lleva la proa es un grande hierro en figura de cuello de cigüeña guarnecido de seis dientes largos, y sirve para mantener la góndola

en equilibrio. Las maderas están pintadas de negro, y negro es también el lienzo que cubre el pabellon, negras las banquetas, negros los almohadones, y por dentro y por fuera todo es negro: es la imagen del sepulcro. Una pequeña ventana permite ver las innumerables góndolas que pasan, repasan, cruzan y desfilan, y hierden las ondas.

Tres cuartos de hora navegamos para pasar una legua, ya sobre un mar muy tranquilo, ya sobre las lagunas, especie de lago, de que solo las separan bancos de arena.

Sorprendente es la vista de Venecia que se levanta en medio de estas lagunas, y que nosotros conocimos aislada enteramente de la tierra en el año de 1842. Entónces se convenzó á construir por los austríacos un puente que comunicase con el continente, y sobre el que se ha establecido despues un camino de hierro. Este puente colosal se ha terminado, y ha quitado á Venecia toda su poesía, toda su originalidad; para entrar antes en la ciudad de los Duc era indispensable llegar en góndolas.

Un antiguo palacio que perteneció al poderoso señor Loredano, está convertido hoy, huérfano de su dueño, en un hotel ó fonda sobre el canal grande. Desde allí vimos en perspectiva muchas islas, y observamos el movimiento continuo que hay sobre las lagunas.

La plaza de San Marcos es una de las cosas primeras que visita todo el que llega á Venecia. Es la única que hay en la ciudad; muy grande, muy adornada. Su conjunto extasia, sus detalles son muy curiosos y merecen un completo exámen. En este lugar, y en el recinto que ocupaba en otro tiempo una iglesia, Eugenio Beauharnais en tiempo de Napoleón hizo construir quince magníficos arcos que sostienen

un retiro inaccesible, y se refugian á las islas deshabitadas que están en el fondo del golfo Adriático y en la embocadura del Brenta; allí no encuentran mas recurso que la pesca. Una de estas islas llamada Filatio servia de puerto á los paduanos. En la época de la invasión de los godos, las familias de Padua pensaron hacia el año de 424 edificar al rededor de Rialto algunas casas; tal es origen de Venecia; tales los débiles principios de una ciudad que fué despues la capital de una república durante trescientos años y de un estado casi monárquico hasta fines del siglo XVIII.

La imaginación se representa difícilmente una ciudad de 80,000 habitantes, habiendo tenido ántes el doble, flotando en medio de las aguas. Edificios magníficos, palacios suntuosos, edificado todo sobre pilares de madera clavados en las lagunas; sin puertas, sin fortificaciones, está atravesada por un número de canales que ofrecen al menos 150 islas, comunicando entre sí por 306 puentes, y son otros tantos cuarteles ó barrios de una sola ciudad; pero para preservarla de los ataques del temible elemento, y aun de los choques de las ondas, la lengua de tierra separada del mar y de las lagunas, ha sido guarnecida con una gruesa muralla que se extiende mas de dos leguas, obra digna de los antiguos romanos, y que se llama el *Isto de Natividad*. El transporte de todos los objetos de consumo, el de los hombres y las cosas, se hace únicamente por góndolas que llegan hasta las mismas casas porque no hay calle ninguna. Las menores barcas no podrían entrar en los canales ni moverse en ellos; así es que se valen únicamente de estas góndolas, que son de una construcción particular. Las pocas calles que hay en tierra firme son feas y estrechas, y como la mayor parte de las demas son canales, no se encuentra en ellas á casi nadie, nadie está tampoco en las ventanas; no hay coche ninguno; no se ven animales de ninguna clase por las calles, y el alma recibe en este silencio continuo una impresión de tristeza y melancolía indefinibles. Este silencio no se interrumpe sino por los gritos de algunos mercaderes de comestibles que atraviesan los canales en sus góndolas, preguntando los géneros que llevan. No hay un solo árbol; no se vé un solo rastro de la riqueza naturaleza; no hay movimiento. Los hombres están dedicados al comercio, al comercio que casi ha desaparecido. Venecia que hacia sola el comercio de las Indias antes que se desculescise el paso por el cabo de Buena Esperanza, vió arruinarse el suyo sensiblemente y al fin abandonarla. Triste es hoy el puerto favorecido antes tanto.

Las mujeres salen poco; sus vestidos son, como los de las de la mayor parte de Europa, calcados sobre la moda francesa. Son sumamente aficionados á la música, porque Venecia y Nápoles son las dos ciudades de Italia donde encuentran mas placer en esta distracción.

EL CONDE DE FARRAQUER.

EL PRIMER LIBRO QUE SE IMPRIMIO.

Es un hecho singular que el primer libro que se imprimió desde el descubrimiento de los caracteres de imprenta, fue la Biblia, lo cual se verificó por los años de 1456 á 1455. Gutenberg inventó el arte, y Faustus, un platero de aquella época, proporcionó los fondos necesarios para tan árdua empresa. Si hubiese sido una página ó un pliego de impresión, el suceso sería de poca entidad; pero una obra de tanta magnitud como la Biblia, no puede menos de llamar la atención. La obra se imprimió en dos volúmenes de á folio, y siempre se ha admirado en ella la corrección tipográfica, no menos que la buena calidad del papel y el lustre de la tin-

ta. Constaba de 4,282 páginas, que por ser las primeras que se imprimieron costaron un trabajo inmenso, y despues de estar en circulación por mucho tiempo, nadie, con excepción de los artistas, sabia la manera en que se habia efectuado la impresión. De la primera edición que se imprimió de la Biblia, existen actualmente solo 46 ejemplares, entre los cuales hay cuatro ejemplares impresos en pergamino; y de estos, dos se hallan en Inglaterra, y los dos restantes uno en la biblioteca real de París, y el otro en la de Berlín. De los 44 ejemplares restantes, 10 están en Inglaterra, distribuidos en esta forma: un ejemplar en cada una de las bibliotecas de Oxford, Edimburgo y Londres, y los otros en las bibliotecas particulares de la nobleza inglesa. Se cree que el único ejemplar que existe en América es el que obtuvo M. James Lenox de esta ciudad, en Londres, por la suma de 2,200 pesos fuertes.

El infortunado á quien se le quitan sus creencias religiosas es mas digno de lástima que el ciego á quien le llevan su perro y su bastón.

— La confianza del hombre en sí propio disminuye á medida que aumenta su saber, lo mismo que se aminora la sombra del sol en razon de su elevación.

— Cubrir una falta con una mentira es reemplazar una mancha con un agujero.

J. P. SENS.

JUAN JOUENET.

No hay que suponer que Juan Jouenet no produjera nada sin Lebrun y sin las pinturas de Versailles de 1664 á 1686. En el año de 1673 entró en concurso para el gran premio de la academia, que ganó.

En aquel mismo año obtuvo otro triunfo mas lisonjero aun. La asociación de los plateros de París tenia entonces la costumbre de mandar hacer todos los años, por un buen pintor, un cuadro que regalaba á la iglesia metropolitana de Nuestra Señora. Este cuadro se designaba con el nombre del *mayo*, porque durante todo el mes de mayo permanecía espuesto en el pórtico de la catedral. Jouenet que fué encargado de pintar este cuadro en 1673 tomó por asunto la *Cura del paralítico*, y supo pintar tan bien en su conjunto como en sus detalles, esa gran escena del evangelio, que se llevó todos los sufragios, lo mismo los de los pintores sus rivales y émulos como los del público todo. Este cuadro puede verse hoy aun en el coro de Nuestra Señora.

En 1675 fué recibido en la Academia y al siguiente logró alcanzar el grado de profesor.

Entretanto ya se habian concluido enteramente las pinturas de Versailles, y todos los pintores que habian trabajado en ellas habian recibido su recompensa del rey Luis XIV. A Jouenet le tocó en este reparto, entre otras varias cosas, un aposento en el palacio de las Cuatro Naciones.

En este aposento habia un magnífico estudio, en donde hizo esa hermosa serie de cuadros destinados entonces á diferentes edificios religiosos, y de los cuales la mayor parte se hallan hoy en el Louvre ó en los museos de los departamentos. Entre todos ellos, uno de los mejores es el conocido con el nombre de *La Pesca milagrosa* que está en el Louvre.

Esta pintura que lleva la fecha de 1702 costó muchísimos estudios preparatorios á su autor. A fin de representar en toda su realidad ciertos detalles de su cuadro tan intimamente unidos con el asunto, Jouenet, dice Dargenville «emprendió de intento el viaje de Dieppe, á pesar

de los rigores del invierno, para examinar las maniobras de los pescadores y poder dibujar copiándolo de la naturaleza, las redes, los peces y los mariscos.»

Jouenet pintó este lienzo, así como otros tres de las mismas dimensiones para San Martin de los Campos. El escritor que acabamos de citar dice que Luis XIV le mandó llevar

á Trianon, y que le gustaron tanto que mandó á Jouenet que los copiara para tapezarias. En efecto Jouenet lo hizo así, aunque no se limitó únicamente á hacer copias serviles, sino que varió con mano maestra sus hermosas composiciones.

J. J. ARNOUX.



JEAN JOUENET.—La pesca milagrosa.

MAGDALENA

POA

JULES SANDÉAU.

(Véanse las páginas 166, 167, 181, 189, 197, 206, 210, 217 y 226.)

Inclinado sobre su banquillo, cerca de su ventana abierta, Marcelo parecia absorto y como no pudiendo superar alguna dificultad que se le presentaba. De repente, y cediendo á uno de esos violentos ademanos hijos del sentimiento de la impotencia, arrojó sus instrumentos á un lado y se dió en la frente con la mano; despues, con sus dos brazos cruzados sobre el pecho, permaneció en pie en la actitud de un hombre profundamente desanimado. Su jóven mujer se acercó á él para tratar de infundirle valor por medio de caricias y de dulces palabras, mas, acaso por la primera vez, Marcelo la rechazó con dureza, y lágrimas de rabia corrieron á lo largo de sus mejillas. La pobre mujer se puso á llorar, en tanto que los niños, siguiendo su ejemplo, gritaban á cual mas. Al ver aquella escena de desolación Magdalena tuvo una buena idea; salió de su cuarto, y al cabo de algunos instantes estaba ya en medio de la familia, cuya curiosidad habia despertado mas de una vez.

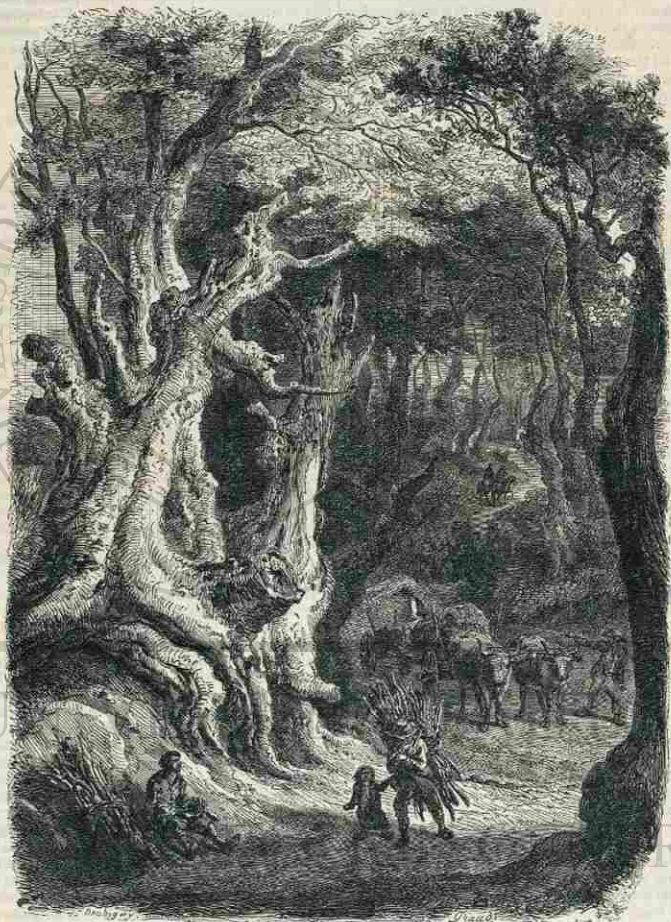
— Ay! señorita, dijo la jóven á quien preguntó la primera; ved aquí de lo que se trata. Mi marido debe entregar hoy mismo unos pedidos de los que depende nuestro porvenir. Mi pobre marido, ya por haber presumió demasiado de sus fuerzas, ó ya porque le haya fallado su talento en esta ocasión, se sintió en la imposibilidad de llevar á cabo el importante trabajo que le han confiado, está desolado por mí y por nuestros hijos, y yo lloro porque le veo llorar á él.

— Dios me perdone, señorita, dijo á su vez el jóven obrero por haberme atrevido á creer que Dios me habia dado disposiciones para ser un artista! No soy mas que un desgraciado, sin otro mérito que el de sabererrar maderas ó tornar los pátos de las sillas.

— Es muy aventurado decir eso, repuso dulcemente Magdalena; el talento tiene sus horas como la fortuna; solo los ignorantes aparentan una confianza ciega; vamos á ver, de qué se trata?

Tratábase de una pieza de madera esculpida representando una figura de arcángel que debía adornar una iglesia de París. El hecho es que la figurita habia salido mal. Magdalena, aunque muy indulgente de suyo, conoció que si la felicidad de aquella casa dependia del merito de la obra, habia motivos para desesperarse. En el mismo instante vió á Mau-

Morvan; aun se ven en él vestigios de un campamento y muchos caminos romanos desembocaban allí. En Saint-Honore las aguas termales ya muy apreciadas por los conquistadores de las Galias, gozan en nuestros días de bastante reputación. La cria de ganados y la explotación de los bosques son



Una vista de un bosque del Morvan.

las principales industrias del Morvan. Los vientos de este país tienen desde muy antiguo muy mala fama; en efecto, cuando el sudoeste sopla en la primavera sobre las montañas cubiertas de tres pies de nieve, lleva hasta los valles de Yonne y de la Côte-d'Or un corriente de aire glacial y destructor.

REMBRANDT.



José Martí.

Rembrandt.

La ronda nocturna.

Cuando el viajero, que busca ante todas cosas las producciones de los grandes maestros del arte, ha visitado Amberes donde se admira á Rubens, y Amsterdam donde hay tan hermosas obras de Rembrandt, lo primero que hace en medio de su religioso afán es buscar un guía que le lleve al Museo real.

En efecto, se va, se llega al mercado nuevo, sobre el ruineable Kloveniersburgwal, se ve la casa llamada *el Trippenlaai*, y allí en todos los pisos de esa casa se ve el célebre Museo de Amsterdam y en él, el hermoso cuadro de la *ronda de noche*.

Por grande que haya podido ser la idea que uno se haya formado de este cuadro, por inmensas que sean las bellezas que uno se haya creado en su imaginación antes de verle, la realidad es superior y la pintura de Rembrandt sobrepaja todas las quimeras que el hombre mas exaltado se haya podido imaginar.

Lo que llama primeramente la atención es el extraño claro-oscuro que el pintor ha sabido emplear aquí, es la fantástica y bien entendida distribución de la luz y las sombras; se conoce que el pintor no se ha apartado de las combinaciones que pueden resultar en lo posible del claro con el oscuro, pero se descubre tambien que aquella combinación es inaudita, y que un nuevo creador, al acometer las realiza-

ciones que Dios ha dejado al arte, ha pronunciado tambien un nuevo *fiat lux*.

Solo despues de haber experimentado esta primera y soberana impresión, sin saberlo y casi contra la propia voluntad, principiá el espectador á darse cuenta de los personajes y del asunto. El asunto, quien puede saberlo tal como es? Quién osaría afirmar que esos burgomaestres, esos soldados, esos arcañuceros y esos tamboreros van haciendo una *ronda nocturna*, como lo indica el título tradicional del cuadro, ó sí salen con otro desigño del edificio que está detrás á través de la sombra transparente y de las rendijas de su maciza arquitectura?

Porqué se encuentra en medio de ellos esa jóven sobre la cual se despende un rayo tan claro de luz que parece hallarse cubierta de raso y poderías? Es una de esas princesas errantes, una de esas victimas que arrastraban en su comitiva los malandrines caballeros siendo libertadas por los héroes de la Mesa Redonda, cuyos interesantes episodios se hallan en los maravillosos poemas de Cervantes, del Taso y del Ariosto?

No para toda especie de cuadros se puede decir que el asunto importa poco, pero en este, en el que se llama generalmente la *ronda nocturna*, acaso se puede decir y con razón, porque tanto para la gloria de Rembrandt como para

rayos que hacía brillar los vasos como otros tantos preciosos cristales.

Desde que Mauricio había abandonado el techo paterno, era la primera vez que le felicitaban el día de su santo. Acordose del tiempo en que aquel día era en Valtravers un día de regocijo para todos; se vió entre la marquesa y el caballero, rodeado de todos los servidores que le prodigaban sencillamente las pruebas de su sencillo amor. Estas imágenes le ablandaron el corazón. Un temblor eléctrico corrió desde sus pies hasta la raíz de sus cabellos, su frente palideció y sus ojos se mojaron de lágrimas. Magdalena que le observaba, se levantó y corrió a él apoderándose de aquel buen sentimiento. Apoyóse sobre su hombro, inclinó sobre él su virginal cabeza, y semejante al ángel guardián espantado la resurrección de la criatura que se halla bajo su vigilancia, permaneció algunos instantes en una actitud grave y meditabunda. Al pensar en lo que había sido para él, y lo que él había sido para ella, Mauricio sintió en fin que su alma endurecida se ablandaba. Esta vez cogido de improviso, su orgullo, en vez de irritarse, dobló la rodilla y se humilló en presencia de tanta virtud. Ni una sola palabra vino a turbar aquella tierna escena; hasta la misma Ursula hubo de callarse y únicamente cuando él joven se apoderó con precipitación de la mano de Magdalena y la llevó vivamente a sus labios, Ursula no pudo contener uno de esos gritos de adoración que le eran tan familiares como si su hermano de leche acabara de hacer la acción más magnífica del mundo. La fiesta se acabó en el cuarto de Magdalena a la luz de la lámpara en medio de dulces y familiares conversaciones: hablaron de Valtravers, de la marquesa y del buen caballero, y también de aquella tarde de otoño en que se encontraron por la primera vez, Mauricio a caballo y Magdalena víctima de las picardías de Perico, sentada sobre la yerba llorando. Ambos recordaron con placer todos los pormenores de su llegada al palacio, la burlana al lado del joven caballero sin poder sospechar que era su primo; el caballo marchando detrás de ellas, las riendas al cuello y mordiendo las hojas al borde del camino; la plazuela iluminada con los últimos rayos del sol en el ocaso, la alegría del joven cuando habló Magdalena del niño Mauricio, las torrecillas del bonito palacio, y por último los dos antiguos amigos levantándose en el peristilo donde estaban sentados para recibir a la extranjera: qué placenteros fueron para ellos todos estos recuerdos! Mauricio sorprendido del encanto que en todo aquello hallaba, al tiempo de retirarse hubo de convenir en que la vida tiene sus buenos ratos, y la pobreza tiene sus fiestas lo mismo que puede tenerlas la fortuna. Entrado en su aposento, vió su mesa de trabajo sin cubierta ninguna, vió el retrato de su padre con gran satisfacción, y luego se durmió con una paz extraña, diciéndose que al cabo y al fin su prima y su hermana de leche eran dos buenas criaturas. Su sueño fué sosegado y profundo. Despierto al rayar el alba por la voz de Marcelo que saludaba el día y oraba a Dios cantando y trabajando, saltó con presteza de su cama y emprendió resueltamente su trabajo.

XIII.

El creer a Mauricio salvado, el regocijarse y cantar victoria, el figurarse que no le queda más que tender la mano para volver a apoderarse de la juventud y de todos los placeres que volaron ya, sería esponerse a cruces desengaños y desconocer al mismo tiempo el pensamiento de Dios que quiere que la rehabilitación sea antes espiada y no permitida

que el hombre pueda subir en un día la santa colina de donde se dejó caer por voluntad propia. Esta pendiente es muy áspera y otros más fuertes que Mauricio se han detenido a medio camino pálidos, medio muertos, mordiéndose espantados ojos el largo trecho que todavía les faltaba. Es cierto que estos de que hablamos no tenían a su lado un ángel para contenerlos, para enlajar el sudor de su rostro, para mostrarles el sendero más corto y ménos escarpado por donde pueden subir hasta las cuspides celestes las almas caídas y dejeneradas.

El otoño tocaba a su fin. Ya iba viniendo noviembre, tirando en su capa de nieblas, y chorreando agua, los pies en el lodo y la frente en la bruma. Para conocer lo triste que es esta estación, es necesario haber vivido sólo en París, pobre, sin familia, comiendo fuera de casa, y con la perspectiva de encontrar en ella a la vuelta, una soledad y un completo desamparo. Vuolto de sus aprensiones contra los gusos de Ursula, y obligado por el rigor del invierno a reconciliarse con su familia, Mauricio había concluido por resignarse a comer todos los días con su prima. Muy lejos ya de las emociones del día de su santo, mucho trabajo le costó acomodarse a aquellos hábitos. Sin embargo, cuando soplaban fuerte el viento, y la nieve azotaba los vidrios de las ventanas no le disgustaba el saber que a dos pasos de allí le esperaba la comida en una sala bien calentita y bien cerrada, en donde dos risueñas fisonomías le acogían siempre que entraba con mil amores.

(Se continuará.)

CHATEAUBRIAND

POETA

ALEJANDRO DUMAS.

El año de 1769 fué fecundo en grandes hombres. La previsora naturaleza sembraba para el porvenir.

Casi al mismo tiempo nacieron dos niños en este año. El uno en una isla envuelto en los dulces murmullos del Mediterráneo.

El otro cerca de esas áridas playas que baña con sus estrepitosas olas el furibundo océano de la Bretaña.

El uno en una casa que la proscripción había desde su nacimiento.

El otro en un castillo habitado siempre por la tristeza.

El uno estaba inscrito desde el siglo XII en el libro de oro de Florencia.

El otro estaba escrito desde el siglo X en el Nobiliario francés.

El uno llevaba en su blason de azul el águila con las alas desplegadas.

El otro llevaba en su escudo flores de lis sembradas con inusitada profusión.

El uno debía ser emperador por medio de la espada.

El otro debía ser rey por el pensamiento.

El uno debía reedificar la derruida sociedad.

El otro debía hallar la religión perdida.

El uno debía dictar el código civil.

El otro debía escribir el *Genio del Cristianismo*, es decir la ley de Dios.

El uno se llamaba Napoleón Bonaparte.

El otro se llamaba Francisco Augusto de Chateaubriand.

Hé aquí lo que el emperador decía del poeta:

«Chateaubriand ha recibido de la naturaleza el fuego si-

grado; sus obras son la prueba de ello. Su estilo no es el de un Racine, es el estilo del profeta. Si llega alguna vez al timón del poder, acaso se estravió, pero lo cierto es que todo lo que es grande y nacional se halla de acuerdo con su genio.»

Hé aquí lo que decía el poeta del emperador:

«Bonaparte combatió en viejas tierras llenas de ruido y brillo; no quiere crear más que su renombre; no se cuida sino de su propia suerte; parece saber que será muy corta su misión, que el torrente que cae de tan alto se agotará

pronto, y se apresura a abusar de su gloria como de una fugitiva juventud. Al ejemplo de los dioses de Homero, quiere llegar de un paso al extremo del mundo; se presenta en todas las riberas, escribe con precipitación su nombre en los fastos de todos los pueblos; reparte de paso coronas entre su familia y sus soldados; se despacha en sus movimientos, en sus leyes y en sus victorias, con una mano deshace reyes y con la otra acaba con el gigante revolucionario, pero al destruir la anarquía ahoga la libertad, y acaba por perder la suya en su último campo de batalla.»



CHATEAUBRIAND.

CHATEAUBRIAND.

Cada cual consideraba que valía mucho, puesto que se decía en medir al otro.

Estos dos hombres nacidos a trescientas leguas de distancia que debían encontrarse, reunirse, separarse y volverse a unir, fueron creciendo sin conocerse, el uno bajo el nivel del estudio, a la sombra de las altas paredes de un colegio, sometido a esas reglas severas que hacen los generales y los hombres de Estado; y el otro errando por las playas, compañero de los vientos y de las olas, sin otro libro que la naturaleza, sin otro auxilio que el de Dios, esos dos grandes maestros que crean a los visionarios y poetas.

Por eso el uno tuvo siempre un objeto, y el otro no tuvo nunca más que deseos. — Objeto que el primero alcanzó, — deseos que el segundo no realizó nunca. El uno quería medir el espacio; y el otro intentaba conquistar el infinito.

En 1791 Bonaparte fué a pasar seis meses con su familia, esperando los acontecimientos; y en 1791 Chateaubriand se embarcó en San Malo para tratar de descubrir el paso de las Indias por el noroeste de la América.

Sigamos a este último. El rastros seguro que trazará el poeta, puede ser equivalente a la buelta de sangre que trazará el emperador.

Chateaubriand salió de San Malo el 6 de mayo a las seis

de la mañana, y tocó en las Azores donde más tarde debía conducir a Chactas. El viento le llevó sobre el banco de Teranova; y después volviéndose a embarcar alcanzó la latitud de las costas de Maryland. Allí tuvieron que sufrir una larga calma, pero que le importaba al poeta? las noches eran maravillosas, espléndidas las auroras, y los crepúsculos admirables; sentado sobre cubierta seguía al globo del sol próximo a sumergirse en las olas que se le aparecía entre el velamen del buque en medio de los espacios sin límites del océano.

Por último se descubrieron encima de las olas algunas copas de árboles que habrían podido tomarse por otras olas de un verde más oscuro; si no hubiesen estado inmóviles; aquello era la América.

Vasto asunto de reflexiones para el joven poeta era aquel mundo de anales desconocidos, que Séneca adivinó y que fue después descubierto por Colon, pero del que nadie ha sabido hacerse historiador.

Era el tiempo mejor para visitar la América, la América que a través del océano acababa de enviar a la Francia la revolución que ella ya había hecho, la libertad que había conquistado con el auxilio de espadas francesas. Curioso era por cierto el espectáculo de una ciudad floreciente en el mismo sitio en que cien años antes Guillermo Penn había comprado un pedazo de tierra a un puñado de indios errantes. Chateaubriand se detuvo en Filadelfia, no para ver la ciudad, sino para ver en ella a Washington, a quien dio parte de su proyecto, que le animó tendiéndole una mano y que acabó por enseñarle una llave de la Bastilla.

Chateaubriand conservó toda su vida el recuerdo de esta visita. La tarde del mismo día en que la recibió, Washington le había ofrecido sin dudar, Washington se hallaba en el apogeo de su gloria, era presidente del pueblo de que había sido a la vez general y legislador. Chateaubriand se hallaba en toda la oscuridad de su juventud, y los esplendores de su futura gloria no habían lanzado aún sus primeros destellos. Washington murió sin haber adivinado nada en aquel que en tiempos después, dijo de él y de Napoleón:

«Los que como yo han visto al conquistador de Europa y al legislador de la América, vuelven hoy los ojos de la escena del mundo: unos pocos jugadores que hacen reír o llorar, eso es todo.»

Washington era todo lo que Chateaubriand tenía que ver de curioso en las ciudades americanas. Además el ilustre poeta no se había propuesto al atravesar el Atlántico el ver hombres que por lo común son iguales por todas partes; lo que se proponía era hallar esa voz que habla en las soledades, en el fondo de aquellas selvas vírgenes, a las orillas de aquellos lagos grandes como océanos, y en el centro de aquellas praderas infinitas como desiertos.

Chateaubriand compró dos caballos, tomó a su servicio un holandés que hablaba varios dialectos indios y penetró en los países cortados hoy por el canal de Nueva York que estaban desiertos entonces.

Aquel era su primer paso en la libertad y el infinito; oigaunos de su boca sus propias sensaciones.

Cuando pasó el Mohawk, me hallé en medio de unos hombres salvajes que me influyeron una especie de embriaguez. Era de árbol en árbol, a derecha e izquierda, indiferente y diciendo para mí: Aquí ya no hay caminos, ni ciudades, ni casas, ni presidentes, ni repúblicas, ni reyes; y para ver si me hallaba establecido en mis derechos naturales, me

entregaba a mi acto de voluntad que hacían rabiar a mi holandés que me servía de guía, y que en su alma y conciencia creía que me volvía loco.»

El viajero se despidió de la civilización; ya no tenía otra cama más que la tierra; la silla le servía de almohada y las capas de mantas.

En cuanto a los caballos, estos erraban en toda libertad con una campanilla al cuello, y por un admirable instinto de conservación no perdían nunca de vista la hoguera encendida por sus dueños para ahuyentar los insectos y hacer que se alejaran las serpientes.

Entonces Chateaubriand principia un viaje parecido al de Sterne únicamente, en vez de atravesar la civilización, se mete entre las soledades; de tiempo en tiempo una aldea india se presenta de súbito a sus ojos, o bien se encuentra con una tribu errante; entonces el hombre civilizado saluda al hombre del desierto con uno de esos signos de fraternidad universal que se comprenden en toda la superficie del globo.

Entonces sus futuros amigos entonan el cántico del extranjero:

«Aquí está el extranjero, aquí está el enviado del Espíritu Celeste.»

Después de este cántico un niño le tomaba la mano para conducirlo a la cabaña.

—Aquí está el extranjero.

Y el anciano respondía:

—Niño, puedes introducir al hombre en mi cabaña.

Entonces entraba el viajero bajo la protección del niño e iba a sentarse en las cenizas del hogar como era costumbre entre los griegos. — Le traían la pipa de paz adornada con plumas blancas, fumaba en ella tres ó cuatro veces, y las mujeres entonaban el canto del consuelo.

El extranjero ha vuelto a hallar una madre y una mujer: el sol saldrá y se pondrá para él lo mismo que antes.»

Luego se llenaba una copa de agua de arco, una copa consagrada; era una calabaza ó un jarro de piedra que por lo común estaba siempre al lado de la chimenea. El viajero bebía la mitad del agua y pasaba la copa al dueño de la casa que acababa de vaciarla.

Sin embargo el cuadro se hallaba lleno de contrastes: después de haber solicitado la hospitalidad de los irroqueses, el viajero llamaba a la puerta de un cultivador americano.

Allí se encontraba a veces con una familia encantadora, rodeada de todas las elegancias europeas: muebles de caoba, un piano, alfombras y espejos, y todo esto á cuatro pasos de la choza de un irroque. Por la tarde cuando los criados habían vuelto ya de su labor se abrían las ventanillas y las hijas del cultivador cantaban al piano la música de Paisiello y de Cimarosa á la vista del desierto y al murmullo lejano de alguna catarata.

En lugar del espectáculo de esta vida salvaje, en vez de ese recuerdo de la vida civilizada, si se desena la noche, el silencio y la melancolía, no hay más que leer estas páginas.

Exaltado con más ideas me levanta y fui a sentarme á alguna distancia en una raíz que colgaba al borde de un arroyo. Era una de esas noches americanas que el pincel del hombre no podrá representar jamás, y cuyos recuerdos guardaré eternamente en mi corazón.

La luna estaba en lo más culminante del horizonte; á grandes trechos se veían brillar mil estrellas; la luna descendía en un grupo de nubes que parecía la cúpula de una montaña cubierta de nieve. Poco á poco estas nubes se alargaban, se extendían en zonas difusas y ondulosas de raso

blanco, ó se trasformaban en ligeros copos de espuma, en innumerables reballos entrando por las arañadas llanuras del firmamento. Otras veces la bóveda aérea se cambiaba en una playa donde se distinguían capos horizontales y surcos paralelos trazados como por el flujo y reflujo de la mar. Una ráfaga de viento desgarraba de nuevo el velo, y entonces se formaban en los cielos grandes montones de nieve cuya blancura deslumbraba. La escena terrestre no era menos interesante; la templada luz de la luna flotaba silenciosamente sobre la cima de los bosques, introduciendo sus hermosos rayos hasta en lo más recóndito de las tinieblas. El estrecho arroyo que corría serpenteando á mis pies parecía una cinta azul sembrada de diamantes y cortada transversalmente con negras bandas. Al otro lado del río, en una vasta pradera natural, la claridad de la luna dormía sin movimiento sobre la yerba. Los álamos dispersos aquí y allí, según el capricho de las brisas, unas veces se confundían con el suelo envuélvetele de palidas gasas, y otras se cubrían de oscuridad y formaban como islas de sombra flotando sobre un mar de luz inmóvil. Al rededor todo era silencio y reposo, interrumpido apenas por la caída de algunas hojas, por el paso de una ráfaga de viento, y los raros é interrumpidos gritos de la lechuza; pero á lo lejos y por intervalos, se oían los solomnes rumores de la catarata del Niágara que en la calma de la noche, se prolongaban en desiertos en desiertos, espirando á través de las islas solitarias.

La grandera, la sorprendente melancolía del cuadro no podía expresarse con acento humano; las hermosas noches de Europa no pueden dar ninguna idea de lo que son aquellas. En medio de nuestros campos cultivados, uno quiere estenderse la imaginación, por todas partes encuentra la morada de los hombres. Pero en aquellos países desiertos, el alma se complace en perderse en un océano de eternos bosques, se pierde al resplandor de las estrellas al borde de lagos inmensos y en los golfos de las terribles cataratas.

Un día el viajero llegó á la catarata del Niágara cuyo ruido se perdía por las montañas en los mil rumores de la naturaleza cuando está despierta, pero que en medio del silencio de cada noche mugía como para servirle de guía y atraerlo á ella.

Por fin llegó! Aquella espléndida catarata que Chateaubriand había ido á buscar desde tan lejos, estuvo ya dos veces para ser causa de su muerte. Pero nos callaremos cuando Chateaubriand habla. He aquí lo que dice:

«Al llegar fui á ver la catarata, con las riendas de mi caballo enroscadas al brazo. En tanto que me inclinaba para mirar al fondo, una serpiente de cascabel hizo ruido entre las zarzas vecinas: el caballo se espanta, retrocede, se pone de manos y se aproxima al golfo, no puedo sacar mi brazo de las riendas, y el caballo más espantado cada vez me arrastra consigo; ya sus pies delanteros salen de la tierra, y acurruco sobre el borde del abismo, no se sostenía sino por la fuerza de las bridas. Estaba perdido, cuando el animal sorprendido también del riesgo que corría, hace un nuevo esfuerzo, se echó hacia atrás de un salto y se lanza á diez pies de la orilla.»

«Pero eso no era todo. Salvado de este peligro accidental, el viajero cae por sí mismo en otro tan terrible.»

«La escalera que había antes en la catarata estaba rota. A pesar de las reflexiones de mi guía, quise ir hasta abajo por una roca cortada á pico de unos doscientos pies de altura y me aventuré en la bajada á pesar de los ruidos de la catarata y del espantoso abismo que hervía debajo de mi.

Sin embargo no perdí la cabeza, y llegué á unos cuarenta pies del fondo, pero aquí la roca lisa, y vertical no tenía ni raíces ni hendiduras donde poder asegurar mis pies. Me quise colgando de una mano sin poder subir ni bajar, sintiendo que mis dedos se iban abriendo poco á poco de cansancio bajo el peso de mi cuerpo y viendo la muerte sin remedio. Pocos hombres hay que hayan pasado en su vida dos minutos como los que pasó yo entonces suspendido sobre el golfo del Niágara. Mis manos se abrieron y caí. Por el acaso más inaudito me hallé sobre la piedra viva donde hubiera podido hacerme pedazos, sin haberme hecho mucho daño. Me hallaba á una media pulgada del abismo y no había rodado en él, pero cuando empezó á penetrarme el frío del agua, noté que no había escapado tan bien como creía: sentí un dolor insostenible en el brazo izquierdo y vi que me le había partido sobre el codo. Mi guía que me miraba desde arriba, cuando le hice una señal, corrió á buscar á algunos salvajes que con mucho trabajo me volvieron á subir con unas cuerdas y me llevaron á su casa.»

Precisamente en el mismo instante, un joven teniente llamado Napoleón Bonaparte estuvo á punto de ahogarse bañándose en el Saone.

El viajero continuó su camino por los lagos. El lago Erié fué el primero que costó. Desde sus bordes podía ver á los indios como se aventuraban en sus canoas de cortezas sobre aquel mar tan inseguro donde hay tan espantosas tempestades.

Durante todo un año el poeta viajero erró de este modo, bajando las cataratas, atravesando los lagos y las selvas, deteniéndose en medio de las ruinas del Ohio para añadir una dula más al sombrío abismo del pasado, siguiendo el curso de los ríos, mezclando su voz por la mañana y por la noche á la voz universal de la naturaleza que proclama á Dios, soñando en su poema de los *Natchez*, olvidando la Europa y viviendo de libertad, de poesía y de silencio.

A fuerza de errar de bosque en bosque, de lago en lago, de pradera en pradera, se había acercado sin saberlo de las habitaciones americanas. Una tarde á orillas de un arroyo distinguió un hermoso caserío edificad con troncos de árboles; pidió la hospitalidad y se la acordaron.

Llegó la noche: la habitación estaba solo alumbrada por la llama de la chimenea. Se sentó á la lumbre y en tanto que la dueña de la casa preparaba la cena, se puso á leer al resplandor del fuego un periódico inglés caído en tierra.

«Apenas le hubo reconocido con los ojos, cuando distinguió estas palabras:

FLIGHT OF THE KING.

FUGA DEL REY.

Era la historia de la evasión de Luis XVI con la noticia de su arresto en Varennes.

El mismo periódico contaba la emigración de la nobleza y la reunión de los nobles bajo la bandera de los principes.

«Esta voz que penetraba hasta el fondo de las soledades gritándole en los oídos «á las armas!»—le pareció al viajero un fatídico llamamiento.

Volvió á Filadelfia, atravesó los mares impelido por una borrasca que le lanzó en diez y ocho días sobre las costas de Francia, y en el mes de julio de 1792 entró en el Havre diciendo:

—El rey me llama, aquí estoy!

(Se continuará.)

COMBATE DEL NAVIO *EL GLORIOSO* (1693).

La historia militar de la marina francesa ofrece una particularidad poco notada y que merece serlo, y es la de que en tanto que la clase media no podía llegar a los grados superiores en los ejércitos de tierra, obtenía mandos marítimos de la mayor importancia. Juan Bart, Duguay-Trouin, Cassard, Cornic y muchos otros, son un glorioso testimonio de lo que decimos.

El motivo de esta diferencia es fácil de encontrar.



Victoria del navio *El Glorioso* sobre diez buques holandeses.

molatacaban únicamente á los buques mercantes sino también á las embarcaciones enemigas, luchas sangrientas que proporcionaban á los capitanes la ocasión para probar su valor é inteligencia. De este modo, cuando ya habían adquirido cierta nombradía, el rey adoptaba su gloria, concediéndoles un empleo en su marina. Sin embargo de esto, siempre conservaban el sello de su origen; el uniforme azul los distinguía de los capitanes nobles que servían también en la marina.

Juan Bart fué uno de esos gloriosos usurpadores de mandos marítimos. (1)

Después de aquel brillante rasgo de valor, cuando el capitán inglés le convidó á comer en su navio y quiso hacerle prisionero por traición, que Juan Bart se apoderó de una mecha

1 Véase su biografía en nuestro volumen de 1850, pag. 217 y siguientes.

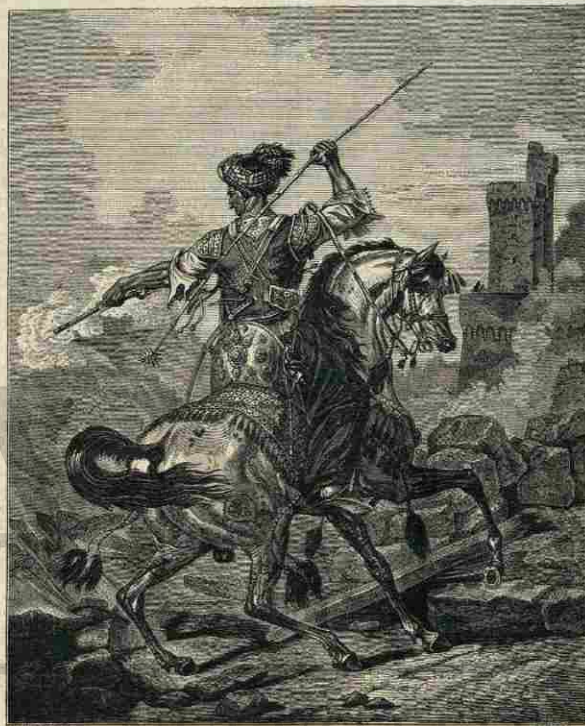
En la tierra solo el rey peleaba, y como todas las posiciones de alguna importancia se daban á los nobles únicamente, estos podían probar su capacidad y conquistar la gloria militar; pero en el mar era otra cosa. Al lado de la marina rival, existía otra mas numerosa y mas activa que era la de los armadores.

En cuanto se declaraba la guerra estos cubrían de corsarios todos los pasos, y estos corsarios, muchas veces de la fuerza de las fragatas de aquel tiempo, bien guarnecidos de cañones y servidos por tripulaciones numerosas y aguerridas,

encendida amenazando dar fuego al buque, del cual se hizo dueño enseguida ayudado por los marineros franceses que descubrieron el duro trance en que se hallaba, después de esto decimos, se fué á Versalles donde sus rústicos modales y su franqueza dieron lugar á muchas anécdotas que fueron la alegría de la corte por espacio de muchísimo tiempo.

Contado de favores fué á tomar el mando del navio *El Glorioso* de seienta cañones, que formaba parte de la escuadra reunida en Brest bajo las órdenes de M. de Tourville cuando navegaba en este buque (en 1693) una vez que se hallaba separado de la escuadra encontró cerca de Fers diez embarcaciones holandesas que echó á pique ó quemó después de una fuerte refriega. Las pérdidas que tuvo el enemigo durante aquella campaña fueron evaluadas en doce millones de francos.

CARLOS VERNET.



El samelico.

Vamos á volver á ocuparnos, aunque bajo otro punto de vista, de aquel hombre tan gracioso, de aquel satírico pintor de que hemos hablado ya á nuestros lectores con motivo de los *Inglese en Paris*. Así como ya hemos alabado á Carlos Vernet como un caricaturista mordaz, también debemos reconocer en él un diestro pintor de caballos. Los ha pintado de todos los países y de todas las naciones; se hallan en sus lienzos, en sus dibujos y sobre todo en sus litografías de caballos persas, indios, españoles, romanos, normandos y árabes como el que monta el mameluco, y además los ha hecho también lijeros, de pasco, de mano, de caza y de tiro.

Y todos estos hermosos animales los ha pintado con un estilo nuevo, que no se parece ni al de Van der Velde, ni al de Wouwermaus, ni al de Van der Meulen, sino que es un estilo suyo propio que se distingue eminentemente de todos los demas. Hay que convenir en que sus caballos son dema-

siado secos, defecto que salta á los ojos de todos, pero en cambio hay en ellos una viveza y finura y una solidez y elegancia sin igual.

La afición á los caballos la tuvo desde que era muy jóven; á los cinco años ya sabía dibujarlos, como lo prueba la siguiente anécdota: un día José Vernet, el gran pintor de marineros, que habia notado las precoces disposiciones de su hijo, se puso á hablar de ellas en medio de una sociedad de hombres escogidos, mas como no trataba de disimular lo mucho que le admiraba aquel talento en germen que tanto prometía para lo venidero, todo el mundo se echó á reir de aquella osadía paternal. Viendo esto, José envió á buscar á su hijo Carlos. El niño, muy sorprendido, llegó al medio de un salon donde habia una numerosa sociedad, y su padre sin darle tiempo para que volviera en sí de su extrañeza le puso en las manos un lápiz y una cuartilla de papel blanco, dicién-

dole que dibujase un caballo. Carlos principiaba su obra: todos gritan en torno suyo: « Bien, muy bien! » pero ha comenzado muy débil y no caben las piernas. El muchacho, sin embargo, no se corta por eso, acaba el cuerpo, entra con las piernas, y con algunos toques de lápiz figura unas aguas por abajo, de modo que el caballo parece que atraviesa un vado. No hay para que decir que todo el mundo aplaudió de todas veras la maestría del pobre muchacho.

Carlos Vernet no solo era aficionado a los caballos ni pintura, sino que era un ginete incansable. Algunos días antes de su muerte, a los 77 años fue a dar un paseo al bosque de Bolonia con un caballo fogoso al que dejó reido, sin experimentar por su parte el más ligero cansancio.

J. J. ARNOUX.

MAGDALENA

POE
JULES SANDEAU.

(Véase las páginas 166, 169, 181, 182, 187, 206, 216, 217, 226, 228 y 245.)

Aunque poco santosas, las comidas eran en general bastante agradables. Mauricio tenía siempre el formidable apetito que el trabajo lo que le hacía ser indispente con el servicio. Ursula conocía los gustos de su joven amo, y ponía sus cinco sentidos en los platos que le gustaban y Magdalena por su parte sabía el lujo de los manjares con su esquisita gracia. Mauricio no caía fácilmente en ilusiones tan poéticas; pero sin embargo de tiempo en tiempo se maravillaba de aquella gracia que había desconocido tan largo tiempo y de este modo todo iba bien mientras se hallaban sentados a la mesa. Por desgracia las noches no tenían fin, no para Ursula y para Magdalena, sino para Mauricio que no sabía como pasarlas. Las mujeres se hallan siempre ocupadas en tanto que los hombres no hacen nada absolutamente desde que cesan en su trabajo cotidiano. Sentadas al rededor Magdalena y Ursula costan ó bordaban, en tanto que Mauricio con las manos metidas en los bolsillos se paseaba aburrido por el cuarto, iba de una a otra examinando sus labores, se sentaba, se levantaba y volvía a sentarse. Aun entre las personas de mas inteligencia los asuntos de conversacion no son inagotables, sin duda por esto han inventado los hombres las cartas y el ajedrez, lo que les dispensa muchas veces de hablar cuando están reunidos.

Desde aquel día en que había entrado en el cuarto de su prima con ánimo de ultrajarla, Mauricio se había vuelto ménos acradado en sus dichos, y se observaba y se contenía con mas cuidado que antes. Sin embargo, por mas que hacia para domarse y vencerse, exasperado por el aburrimiento que tiene tambien sus ratos de cólera y de rabia, rara vez dejaba escapar la noche sin soltar alguna palabra amarga. Mas segura de su imperio, Magdalena en vez de encorbar el cuello como antiguamente, le respondia con dulce firmeza en ese lenguaje encantador que emplea la razon cuando se halla temperada por la bondad y la gracia. De tiempo en tiempo Ursula dejaba caer su palabrita como una criada de Molire; y aunque Mauricio empezaba siempre por irritarse, bien luego se encoraba en su silencio y á veces no podia ménos de sonreirse un rato.

A pesar de la angelica bondad y de los solícitos desvelos de Magdalena, las noches eran interminables para Mauricio.

Muchas veces se cortaba el hilo de la conversacion para volverse á andar con gran trabajo. La jóven para pasar el tiempo había suplicado á Mauricio que leyese algunos ratos, pero el jóven no pudo tolerar esta proposicion. En la vida ociosa turbulenta y dispada que había llevado, rara vez se le había ocurrido abrir un libro, nunca había pensado sino en caballos, coches y locuras, y jamas había pensado en buscar en la lectura un alimento para la reflexion. Rechazada una primera vez no por eso se desanimó Magdalena; una noche le entregó a su primo una de las mejores obras de la literatura inglesa el *Piccolo de Wakefield*. Sabida es la timidez y la tierna sencillez que Goldsmith ha empleado en este libro para contrarrestar todas las alegrías, todas las angustias de la familia. Mauricio en su profunda ignorancia se negó á leer las primeras páginas, preguntándole a su prima si le tomaba por una criatura a quien le gustan los cuentos de niños, pero Magdalena insistió fuertemente, y mas bien por impaciencia que por bondad y por desbarbararse de importunidades comenzó la lectura de esta admirable narracion. Hay en la pintura de todos los personajes, en la manera como están puestos en escena, en el artículo con que las menores circunstancias se encadenan a la accion, tanto encanto y naturalidad, que una vez empezado, es imposible dejar el libro antes de concluirlo. Mauricio a pesar de su desden soberbio por lo que llamaba cuentos de niños, no pudo resistir a los atractivos de aquella epopeya doméstica. Para esto debimos confesar que sus conversaciones familiares con Magdalena habían ablandado su corazón y le habían preparado para recibir y fecundar esos preciosos germen. Al ver á que pruebas se hallan reservados los destinos mas oscuros, Mauricio comprendió que hay lugar para las virtudes mas elevadas hasta en las mas humildes condiciones. De una vez concluyó la lectura y dió un millón de gracias á su prima por el gusto que había sacado de ella. Desde aquel día nunca volvió á hacerse de rogar; sorprendido con lo mucho que le gustaban las lecturas, admiraba en su interior la razon superior de Magdalena, y dejándose guiar por ella sentia mejorar su condicion. Una vez cerrado el libro, se comunicaban sus ideas y sentimientos; Ursula tomaba parte en la conversacion y de este modo llegaban hasta el momento de acostarse sin haber contado las horas.

Marcelo y su mujer iban de tiempo en tiempo á pasar la noche á casa de Magdalena que la profesaba una amistad sincera. En el fondo de su corazón, veia que Marcelo había sido el instrumento providencial de la rehabilitacion de Mauricio, y nunca podia olvidar que sin él, su primo acaso habría esperado todavía mucho tiempo la ocasion de dedicarse al trabajo. Por su parte los dos artesanos no olvidaban tampoco que á la intervencion de Magdalena habían debido el socorro de Mauricio en una aciaga circunstancia de la que dependia su dicha futura. Ambos conservaban pues un piadoso recuerdo y una exaltada gratitud. Mauricio les imponia sin un poco, á pesar de que ya se hallaban acostumbrados á sus modales y habían concluido por quererle, pero á Magdalena la tenían un verdadero culto que rayaba casi en adoracion. Bien luego conocieron tambien que aquellos dos jóvenes á quienes creian hermanos, no ocupaban el puesto que les era debido, y por eso con ese tacto perfecto, que no es hijo de la educacion, usaban en sus relaciones de vecindad un sentimiento de deferencia y de respeto que no disminuía en nada la sinceridad de su afecto.

De este modo iban algunas veces por la noche cuando los niños estaban acostados, y aun por condescender con Magdalena solian llevar á los niños de cuando en cuando. Mauricio había clamado en un principio contra las visitas de Marcelo, de la sangre aristocrática que corría por sus venas el pobre jóven no había conservado otra cosa sino el instinto del orgullo y de la ociosidad. Un día le habló á Magdalena de ellos con desprecio, pero Magdalena cuyo ascendiente iba creciendo mas de día en día, y que no permitía burlas sobre este punto, le miró por primera vez en su vida con aire severo y le dijo:

— Sois un ingrato y nada mas. Aun cuando ese pobre Marcelo no hubiese hecho otra cosa sino abrirnos la via del trabajo en donde habeis entrado, deberiais enorulleros en tender la mano á un hombre que ha cerrado los ojos de su anciano padre y que mantiene a su mujer é hijos.

Al oír esta reconvenccion tan merecida, Mauricio que algunos días antes había brincado de cólera, enrojóse y cayó como un mudo.

Una noche se hallaba reunida toda la familia. Teresa (este era el nombre de la muger del artesano) había traído su labor, y colocadas en torno de una mesa las tres mugeres trabajaban conversando á media voz. Sentado á algunos pasos de ellas, Marcelo las observaba con la expresion benevola de la fuerza en descanso. De tiempo en tiempo, Teresa, sin interrumpir por eso su bordado, levantaba hacia él sus ojos risueños, y la fisionomia del jóven obrero resplandecía entonces con mas alegria. De todos sobre la mesa con una mano metida en los cabellos, Mauricio iba pasando las hojas de un libro que leía, libro que habría sorprendido mucho á Magdalena, si hubiera podido adivinar el veneno que contenía. Aquella noche había tomado el jóven un aire tan indolente y resuelto que Magdalena no sabia que pensar. Con la sagacidad que le era propia, la jóven comprendió bien luego que aquel libro absorbía toda su atencion, y curiosa é inquieta, suplicó á Mauricio que leyese alto, á lo que Mauricio accedió gustoso.

Era aquel libro una de esas novelas que tanto abundaron hace unos quinientos años y que por fortuna se van haciendo mas raras cada día. Háblase en ella con desden, con desprecio, del deber y de la familia, pero en cambio se exaltaba la pasion atribuyéndola una mision divina. En aquella novela como en tantas otras que datan de la misma época, el héroe despues de haber burlado todas las ridiculas procepciones de que se compone la educacion, despues de haber desafiado á la sociedad, despues de haber sostenido encarnizadas luchas contra las instituciones, acababa por desalentarse, desesperando de los hombres y de las cosas, eligiéndose contra una sociedad corrompida que se negaba á recibir las leyes de su orgullo y los oráculos de su genio, para castigarla se refugió en el suicidio como en el último y único asilo que les queda en el mundo á los grandes corazones y á las hermosas almas. Sin embargo no queria confesarse vencido, y pugnaba por ceñtir su derrota y su agonía lanzándola al cielo y á la tierra un grito de rabia y de desafío. Todas estas cosas tan peregrinas que han admirado á una generacion entera y verdaderamente escritas en un estilo hueco, sonoro y retumbante. Mauricio volvió á hallar en aquel libro la imagen fiel de los pensamientos que le habían devorado por tan largo tiempo y que, aunque adormecidos, podian sin duda alguna despertarse al menor soplo imprudente. Por esto sus ojos se animaban con un fuego siniestro y sombrío, y su voz iba tomando por grados un acento terrible y amenazador. Tanto se había identificado con el héroe cuyas aventuras estaba leyendo que ya creia hablar en su nombre propio, el genio del mal había vuelto

á apoderarse de su presa. Magdalena le escuchaba temblando, Teresa estaba sorprendida, Ursula tenia un aire algun tanto equivoco, y Marcelo manifestaba la expresion de una bondad un poco irónica. Al acabar, Mauricio arrojó el libro sobre la mesa y miró á su auditorio con un ademán de triunfo y de curiosidad, y como queriendo interrogarlos á todos con los ojos.

— Vaya, vaya, dijo Ursula, eso no son mas que tonterías. Pues está bueno: un hombre que quiere gobernar el mundo y que ni siquiera sabe gobernar su vida!

— Triste es el heroísmo de matarse, observó Marcelo, los hombres de algun valor, siempre tienen que hacer en el mundo algun papel; solo se trata de saber elegirle relativo á la capacidad de cada uno. Yo no soy mas que un obrero, pero estimo mas el trabajo de mis dos brazos, que todas las retumbantes frases de ese libro tan fastidioso como insensato.

Teresa confesó ingenuamente que nada había entendido, y Magdalena se callaba y aplaudía con los ojos las palabras de Ursula, de Marcelo y de Teresa. Anonadado con la impresion que había producido su lectura, Mauricio tomó su sombrero y salió del cuarto. (Se continuará.)

RECUERDOS DE SIERRA NEVADA (ESPAÑA.)

El arriero es acaso en el día en España, el único español que se pasea aun con la guitarra ó las manos cruzadas por detras. La edad de oro de los serenatos debajo de los balcones ha pasado hace mucho tiempo, ya no es mas que un recuerdo que sale á relucir de cuando en cuando en el teatro. Los Figaros y los Almaguivas no son mas que personajes de comedia; únicamente el arriero que atraviesa muchas veces por los caminos, mas escabrosos y solitarios, y por esto mismo necesita tambien mas distracciones, ha conservado el costumbre de su indolente y gurrul melopea acompañada del ruido de las cuerdas. Arrellanado en su mula tal como nos le muestra M. Girard en sus *Recuerdos de Sierra Nevada*, que suba ó que baje una cuesta, va cantando siempre algunas copias que improvisa á menudo en honor de su querida, y aun á veces en honor de su recua.

El cuadro de M. Girard representa una hazienda de Sierra Nevada. Un mozo de mulas abre la marcha. La cuesta es tan pendiente y el sendero tan estrecho que se sorprenden uno y casi tiembala al ver que las caballerías van andando en entera libertad.

Las mulas llevan literalmente las bridas sobre el cuello, y sin embargo, el mismo está ahí, un bismo de algunos cientos de metros de profundidad, un solo paso en falso bastaría para despenarlos; pero en los países de altas montañas siempre sucede así; el animal es el que guia al hombre. Por otra parte las mulas se hallan tan acostumbradas á esos caminos peligrosos que saben mejor que los hombres donde deben poner el pie. Ademas la mula es voluntariosa y testaruda: cuando se la hincan las espuelas se detiene; cuando se la pega se echa al suelo, si la tiran las bridas topan el galope, con que lo mejor que hay que hacer es abandonar á ella.

A veces suelen abusar en esos pintorescos y horribles caminos de la sierra de la necesidad absoluta que el hombre tiene de sus servicios, porque son acaso las mulas callejeras que pueden pasar por aquellas gargantas y despeñaderos. Ya se ven tambien algunos caballos, de esos caballitos andaluces nerviosos y secos como ellas, pero regularmente solo los montan los forasteros, que ordinariamente tienen bastante miedo á las mulas. Sin embargo, ya hemos dicho

que para esos penosos viajes deben preferirse las mulas á los caballos. En cuanto á los arcos, mulas y caballos los llevan casi idénticos. La silla se compone por lo común de dos ó tres mantas de colores, con dos dobleces, y á veces de una especie de almohadon para atenuar la aspereza de

los huesos del animal, y para que pueda el jinete sentarse bien encima; á los lados van unos anchos estribos de madera. Los arcos de la cabeza llevan tantos pompones, cintajos y cascabeles que apenas puede distinguirse el perfil del animal. Otras veces tambien, como lo indica el cuadro de



Exposicion de 1856-57.—Recuerdos de Sierra Nevada, cuadro de M. E. Giraud.—Diseño de M. Karl Giraud.

M. Giraud, la silla ó albarda es bastante ancha para que pan en ellas dos viajeros. El guia va delante en una mula, ó á pié, con la guitarra en la mano y el trabuco. Nada es tan curioso como uno de estos viajes. De tiempo en tiempo se encuentran hileras de borriquillos que bajan de las regiones superiores cargados de nieve que llevan á Granada para el consumo del día, porque las cúspides de Sierra Nevada se hallan constantemente cubiertas de nieve.

CHATEAUBRIAND.

701

ALEJANDRO DUMAS.

(Véase la página 244.)

En el mismo instante en que Chateaubriand ponía los pies en el buque que le llevaba en socorro del rey, un joven capi-

tan de artillería apoyado en un árbol de los terraplenes de la orilla del Sena miraba á Luis XVI mostrándose por un balcon del palacio de las Tulierias con el gorro republicano, y con voz sorda murmuraba:

— Hombre perdido!

« De este modo, dice el poeta, aquello que me pareció un deber, echó por tierra los primeros designios que yo habia concebido, y produjo la primera de esas peripecias que he experimentado en mi carrera. Los Borbones no necesitaban sin duda que un noble oscuro de la Bretaña viniese del fondo de la América á ofrecerles su amor ignorado. Si hubiese encendido la luz de la casa en que me hallaba con el periódico que ha cambiado mi vida, nadie habria notado mi ausencia, porque nadie sabia que yo existia. Una simple reflexion de conciencia me volvió á llevar á la escena del mundo; habria podido hacer lo que hubiera querido, puesto que era yo el único testigo del debate, pero precisamente la conciencia es tambien el único testigo ante el cual mas temeria ruborizarme. »

Chateaubriand trajo entonces *Atala* y los *Natchez*.

En cuanto llegó, como si el joven viajero hubiese querido clavar su porvenir en Francia, se casó. Fue una precaucion que tomó contra sí mismo; quiso acaso el esposo refrenar los impulsos del poeta?

M. de Chateaubriand y su mujer fueron á habitar el callejon sin salida Ferou, rido sombrío, oculto detras de San Sulpicio. Ademas, al futuro soldado de Condé le hubiera sido imposible el ocultarse.

La Francia habia cambiado mucho en diez y ocho meses que hacia que la habia dejado; habia muchas cosas nuevas, y sobre todo muchos hombres nuevos, hombres que se llamaban Barnave, Danton y Robespierre; en cuanto á Mirabeau, ya habia muerto.

Sin embargo Chateaubriand quiere conocer uno tras otro á todos estos hombres consagrados á partidos diversos, pero que todos debian espirar en un mismo cadalso.

Visita á los Jacobinos; va al club aristocrático, al de los literatos, al de los artistas: las personas decentes están en mayoría, y aun se ven entre ellos grandes señores.

Chateaubriand vió y oyó á todos esos hombres. Desmouliers tartamudeaba, Danton hablaba fuerte, Legendre juraba, y Clotz tenia la boca llena de blasfemias; todo esto le dió miedo.

Entonces resolvió el irse al extranjero con los nobles alistados bajo la bandera de los principes; desgraciadamente le faltaba una cosa y era *dinero*.

Hay épocas en que esta palabra es el único pasaporte de las gentes honradas. Por último halló un notario que quiso prestarle doce mil francos. M. de Chateaubriand colocó su tesoro en una cartera y puso la cartera en su bolsillo: estos doce mil francos eran su vida y la de su hermano.

— Pero el hombre propone y dispone el diablo. El futuro emigrado se encuentra con un amigo, le confiesa que posee doce mil francos, el amigo es jugador, el juego es epidémico, en una palabra, M. de Chateaubriand entra en un garito del Palacio-Royal, juega y pierde diez mil quinientos francos de los doce mil que llevaba.

Felizmente lo que debió hacerle perder la cabeza, le volvió en su juicio. Como el futuro autor del *Genio del Cristianismo* no era un verdadero jugador, guardó en su cartera los mil quinientos francos que le quedaban, salió de la casa maldita, subió á un fiscre, y de vuelta en su casa, quiere sacar su cartera, pero en vano.

La cartera se quedó en el carruaje. Baja precipitadamente, pero el coche se habia marchado ya.

Echa á correr en busca suya; unos chicos le dicen que ha vuelto á pasar por allí con alguien dentro: felizmente un mozo de esquina conoce al cochero, sabe donde vive y le da sus señas; M. de Chateaubriand se pone á esperarle á la puerta hasta las dos de la mañana.

Llega en efecto el cochero; se visita el coche, pero ya habia desaparecido la cartera.

Desde que bajó M. de Chateaubriand han entrado en el carruaje tres descamisados y un sacerdote.

El cochero no sabe en donde viven los descamisados pero sí conoce la habitacion del sacerdote.

Como son las tres de la mañana es imposible ir á despertarle á esa hora: M. de Chateaubriand se vuelve á su casa y se duerme rendido de cansancio.

— Pero el mismo día le viene á despertar á él el sacerdote trayéndole su cartera con sus 4500 frs.

A la otra mañana M. de Chateaubriand sale para Bruselas con su hermano mayor y un criado vestido como ellos que pasa por amigo.

El desgraciado criado tenia tres defectos:

El primero, de ser muy respetuoso en su principio.

El segundo, de ser muy familiar despues.

El tercero, de soñar en voz alta.

Por desgracia estos sueños podian traer graves compromisos; soñaba siempre que querian prenderle y se echaba fuera de la diligencia; la primera noche entre los dos hermanos pudieron contenerle; la segunda le abrieron la portezuela, y el pobre diablo saltó á tierra, y continuando su sueño despierto ya, burló á través de los campos sin sombrero.

Los dos viajeros creyeron que aquella noche se habian desembarazado de él; un año despues sus declaraciones le costaron la vida al hermano mayor de M. de Chateaubriand.

Por último los dos hermanos llegaron á Bruselas.

En Bruselas era el punto de reunion de todos los realistas. De Bruselas á Paris habia cuatros ó cinco jornadas de marcha, de modo que en cinco ó seis días, ó en ocho como decian los pesimistas, se entraba en Paris.

Por esta razon todos se sorprendian de que los dos hermanos hubiesen ido á Bruselas en vez de esperar en Paris, y por eso mismo no hubo un puesto para el recién venido, ni aun en el rejimiento de Navarra, en el que habia desempeñado el cargo de teniente en otros tiempos.

Una cuantas compañías bretonas, como los antiguos cuerpos francos, que iban á hacer el sitio de Thionville, fueron ménos escrupulosas que los señores de Navarra, y acogieron á su compatriota permitiéndole que entrase en sus filas.

Como lo estamos viendo, M. de Chateaubriand no estaba destinado á prosperar en la carrera de las armas; promovido al grado de capitán de caballería para subir á las carrozas de la corte, y vuelto otra vez á ser subteniente, conclua por marchar ahora al sitio de Thionville como simple soldado.

Al salir de Bruselas, M. de Chateaubriand se encontró con M. de Montrond; ambos se reconocieron como perteneciendo á la misma raza.

— De donde venis, caballero? preguntó M. de Montrond.

— Del Niágara.

— Y á dónde vais?

— A la guerra.

Ambos interlocutores se saludaron y cada cual echó á andar por su lado.

Diez leguas más allá M. de Chateaubriand se encontró con un hombre á caballo:

- A dónde vais?
- A batirme.
- Cómo os llamáis?
- M. de Chateaubriand. Y vos?
- Federico Guillermo.

Este hombre que iba á caballo era el rey de Prusia que se alejó diciendo:

— Bien se reconoce la nobleza de Francia.

M. de Chateaubriand había marchado para tomar á Tilonville como había ido á buscar el pasaje del Noroeste, pero ni halló el pasaje ni tomó á Tilonville. Únicamente en la primera empresa se rompió un brazo, y en la segunda salió herido en una pierna por una viga inflamada.

Al mismo tiempo que M. de Chateaubriand recibía esta herida, un joven comandante de batallón llamado Napoleón Bonaparte salía herido de un bayonetazo en el muslo en el sitio de Tolón.

Uno había quiso atravesar también al voluntario realista, pero halló entre su traje y su pecho el manuscrito de *Atala* y hubo de amovigliarse en él.

A esta herida se unió la enfermedad de los viruelas, y á estas dos plagas, otra más grave todavía, la fiebre.

En Namur pasaba por las calles trémulo de fiebre, una pobre mujer le arrojó una manía.

Al salir de la ciudad se cayó en un barranco: pasaba la compañía del príncipe de Ligne; el moribundo alzó un brazo, vieron que aquel cuerpo vivía todavía, tuvieron compasión de él, le echaron en un carro y le dejaron á las puertas de Bruselas.

Los belgas que tan bien explotaron el pasado, pero que no han recibido aun del cielo la facultad de leer en el porvenir, los belgas que no admiran que alguien día la falsificación de las obras que publicaría aquel joven curiquecería á tres ó cuatro falsificadores, los belgas cerraron sus puertas al pobre herido, que sin poder ya más ser arrojado en el dilúvil de una pasada hasta ver lo que sucedía ya que había pasado tan á tiempo la compañía del príncipe de Ligne quizá le vendría también algún sosten desconocido enviado por la Providencia. Siempre es bueno esperar aun cuando se esté á las puertas de la muerte.

En efecto no le faltó la Providencia al moribundo, puesto que le envió á su hermano.

Ambos jóvenes se reconocieron y tendieron á un tiempo los brazos y el recién llegado estaba rico, pues puso mil documentos franceses á la disposición de su hermano.

También quiso llevarse consigo, pero felicemente nuestro poeta se hallaba demasiado débil para seguirlo. Nuestro poeta entró en casa de un borchero donde recuperó sus fuerzas, en tanto que su hermano volvió á Francia donde el cuidado le esperaba.

Cuando después de una larga convalecencia M. de Chateaubriand partió para Jersey, de donde quería pasar á la Bretaña; cansado de la emigración, quiso hacerse vandeano.

Se fió una barquilla griega á unos veinte pasajeros que se habían reunido para sufragar los gastos. Cuando estaba en alta mar se levantó un temporal de repente y hubo que bajar á la cámara, donde se ahogaban. El convaleciente no se hallaba muy fuerte todavía, de modo que creyeron sobre él y lo estropearon. En Guernesey se saltó á tierra y le encontraron desmayado, casi muerto.

Bajaronle y le pusieron contra una pared con el rostro vuelto al sol, para que rindiése con más facilidad el último

suspiro. La mujer de un marino pasó y llamó á su marido. Con la ayuda de tres ó cuatro marineros, pusieron al moribundo en una buena cama; al día siguiente le embarcaron en el sloop de Ostende y llegó á Jersey delirando.

Hasta la primavera de 93 no estuvo el enfermo en estado de continuar su marcha. Entónces salió para Inglaterra, prometiéndose el alistarse bajo la primera bandera blanca que encontrase. Pero allí en vez de continuar la mejoría, empezó á enfermar del pecho, y consultados los médicos le ordenaron un reposo absoluto, declarando que á fuerza de cuidados podría vivir aquel enfermo unos dos ó tres años. La misma predicción le hicieron al autor de la *Pucelle*, y esta y aquella profecía, por fortuna, salieron falsas.

Como la sentencia de los médicos condenó á M. de Chateaubriand á dejar el fusil, no halló nada mejor que echarse en cambio que desquitarse con la pluma. Entónces escribió los *Excursus* y trazó el plan del *Genio del Cristianismo*. Pero como estas dos grandes obras no pudiesen impedir en aquella época que el autor se moriese de hambre, se ocupaba en sus ratos perdidos en hacer traducciones que le pagaban á libra cada pliego.

En esta cruda lucha pasó los años de 94 y 95.

Otro hombre luchaba también al mismo tiempo con el hambre, y era aquel joven comandante de batallón á quien se debía la toma de Tolón. El director del comité de la artillería, de cuyas resúltas tuvo que volver á París donde le ofrecieron ponerle al frente de una brigada de la Vandee, pero el joven no pudo aceptar, de manera que sin empleo ninguno, en tanto que Chateaubriand comía con sus traducciones, él se ocupaba en formar notas sobre los medios de aumentar el poder de la Turquía contra las invasiones de las monarquías europeas.

A principios de setiembre, el jefe de batallón, desprovisto de todo recurso, tomó la determinación de arrojarle al Sena, y ya iba caminando con dirección al río, cuando se encontró con un amigo á la entrada del puente.

— ¿Dónde vas? le preguntó este.

— A tirarme al Sena.

— ¿Y por qué?

— Porque no tengo un sueldo.

— Pues yo tengo veinte mil francos, dividámoslos.

Y el amigo dió diez mil francos al joven oficial que no se arrojó al Sena y que el 4 de octubre fué al teatro Foydeau, donde supo que la guardiaciona del de la sección Letellier iba retroceder á las tropas de la Convención mandadas por el general Menou, y que se estaba buscando á un general para reparar aquel revés.

Al día siguiente á las cinco de la mañana, el general Alejandro Dumas recibía de la Convención la orden de tomar el mando de la fuerza armada. El general Alejandro Dumas no estaba en París, y Barras, nombrado general en su lugar, solicitaba y obtenía la autorización de que entrara á servir con él el comandante de batallón Napoleón Bonaparte.

El 5 de octubre es el 13 vendimiario.

Napoleón acababa de salir de su oscuridad con una victoria; Chateaubriand iba á salir de la suya con una obra maestra.

La jornada del 13 vendimiario fijó sin duda los ojos del escritor en el general; pero á su vez la aparición del *Genio del Cristianismo* fijó los ojos del general en el poeta.

MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE PARIS.

El rinoceronte ha sido siempre un animal muy raro en Europa. El primer rinoceronte que se vió fue aquel de que habla Plinio como habiendo sido presentado al pueblo romano por Pompeyo. Augusto hizo matar otro en el Circo cuando celebró su triunfo sobre Cleopatra. Stralton tuvo ocasión de ver otro en Alejandría y los tres eran únicamente de un solo cuerno.

En la época del renacimiento, el impulso que tomó el comercio unido á la curiosidad escluida por las producciones naturales de los países extranjeros, hizo que se trajeran á nuestras regiones algunos de esos animales.

El primero que se vió tenía un solo cuerno; fué el enviado de las Indias al rey de Portugal, Manuel, en 1513. Este se le regaló al papa, pero el animal pereció en el camino con el buque que le llevaba. El célebre pintor Alberto Durero sacó un grabado de él, grabado que ha servido durante mucho tiempo cuando se ha querido pintar al rinoceronte.

En 1685 trajeron otro de Inglaterra. En 1739 y 1741 se vieron otros dos que fueron pescados por toda Europa. Sin duda uno de estos fué el que vino á París en 1749. En 1771 llegó otro joven, muy joven á la casa de fieras de Versailles que murió quince años después; de este es del que habla Buffon en sus suplementos. En 1800 un sexto animal muy joven, viniendo de las Indias con dirección á Viena, murió en Londres en cuanto llegó, y fué diseccionado por M. Tomas que publicó sus observaciones en las *Transacciones filosóficas*. En 1818 un donador de fieras trajo otro á París que fué observado por Cuvier. Desde entónces se habían visto algunos en Inglaterra pero ninguno en el continente, y por consecuencia el que acaba de adquirir el Museo de Historia natural de París puede contarse por el octavo individuo de esta especie que haya tocado el continente europeo después del del rey Manuel, y por el décimo quinto desde el origen de los tiempos históricos.

Sin embargo es una cosa incontestable que estos animales tan raros hoy en Europa eran muy comunes en los remotos tiempos en que el hombre no habitaba esta parte del mundo todavía, puesto que se descubren huesos de rinocerontes enterrados en el seno de la tierra no solo en el mediodía de la Europa sino hasta en las partes más septentrionales de ella.

Los primeros restos de esta especie de que se ha hecho mención, son aquellos que fueron recogidos en Inglaterra en 1668 cerca de Cantorbury dentro de un pozo, y que fueron descritos en las *Transacciones filosóficas* en 1764 como pertenecientes al hipopotamo; pero Grew les resultó bien luego al rinoceronte.

En 1751, en la cadena del Hartz, se desenterró un gran número de huesos de esta naturaleza, que por su magnitud se tomaron por huesos de elefante; pero el célebre anatómico Meekel, que con parte uno de los dientes encontrados con los del rinoceronte y que había visto en París, probó de un modo concluyente, que los huesos hallados en el Hartz pertenecían al rinoceronte.

Veinte años después de este descubrimiento, otro muy extraordinario que se hizo en Siberia, vino á arrojar una nueva luz en la cuestión. Un rinoceronte fósil, no ya reducido únicamente á sus huesos, sino entero, con su piel, fué hallado en el mes de diciembre de 1774 á orillas del Wiluj, río de la Siberia; lo que le caracteriza es que estaba cubierto de pe-

Qual de estos dos hombres dió los primeros pasos hacia el otro? Este es un secreto de coquetería escrupulosamente guardado por los dos.

Entrado en Francia en 1800, M. de Chateaubriand dedicó al primer cónsul una edición del *Genio del Cristianismo*.

El éxito de esta obra fué inmenso; se había andado sobre tantas ruinas que ya se deseaba descansar bajo algun monumento.

Y lo que fué más arruinado y hecho polvo entre todas las cosas destruidas, fué sin duda ninguna la religión.

Se habían fundido las campanas, se habían destruido los altares, se habían hecho pedazos los estatus de los santos, se había ahorcado á los sacerdotes, se habían inventado falsos dioses efímeros y vagabundos, al mismo tiempo que se devastaban las ciudades; en fin, se había hecho de la Iglesia de San Sulpicio, el templo de la Victoria, y de Nuestra Señora el de la Razón.

No había altar más verdadero que el cadalso, ni otro templo que la plaza de la Greve.

Solo las grandes almas, en medio de aquella desolación sin ejemplo, conservaban algunas esperanzas.

Cuando se publicaron los primeros fragmentos del *Genio del Cristianismo*, se aspiraron como los primeros soplos de un aire puro después de una epidemia, como las emanaciones de la vida después de los miasmas de la muerte.

No era en efecto consolador que en el mismo instante en que todo un pueblo ahullando á las puertas de las ensangrentadas cárceles, bailando sobre la plaza de la Revolución en torno de un cadalso activo siempre ó gritando: «No hay religión, no hay Dios!» no era consolador, decimos, que un hombre perdido en una noche clara, en medio de las yrgenes selvas, tendido sobre el musgo, con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en la luna cuyos rayos parecían ponerle en contacto con el cielo, murmuraba estas palabras:

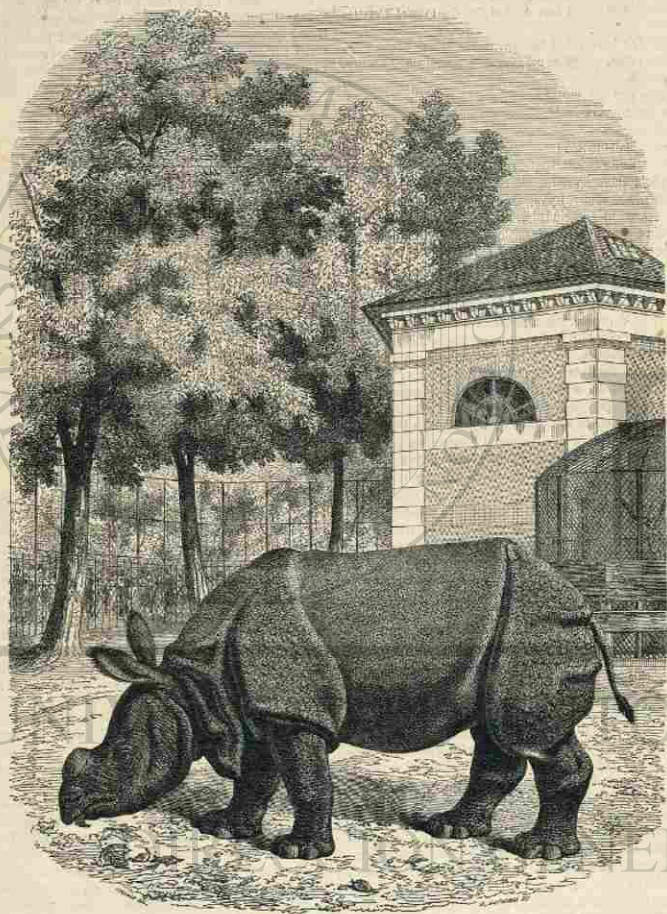
«Hay un Dios! las flores de las valles y los cedros del Líbano le bendicen; el insecto murmura sus alabanzas, los pájaros le cantan entre las hojas, el viento le susurra en el bosque, el rayo atestigua su presencia, el océano muge su inmensidad.

«Únicamente el hombre dice: No hay Dios!

«Por ventura el que tal dice no ha alzado jamás sus ojos al cielo, en sus infatigables Acaeso no han errado nunca por sus estrechadas regiones en que los mundos han sido sembrados como arena? Yo he visto, es bastante, yo he visto al sol suspendido á las puertas del ocaso en ropajes de púrpura y de oro; he visto la luna en el horizonte opuesto colgada como una lámpara de plata en el oriente azul, y he visto los dos astros mezclando en el zenit sus colores de esmeralda y albayalde. La mar multiplicaba la escena oriental en collares de diamantes, y hacia rodar la pompa del Occidente en olas de rosas; las aguas tranquilas, espiraban suavemente á mis pies en la ribera y los primeros silencios de la noche así como los últimos murmullos del día luchaban en las colinas, en el fondo de los ríos, en los bosques y valles.

(Se continuará.)

lo, prueba que la especie á que pertenecía, diferente de la de los países calientes, la única que conocemos hoy, había sido creada para habitar los países fríos y templados. Es de sentir que la preciosa piel de este animal no se haya conserva-

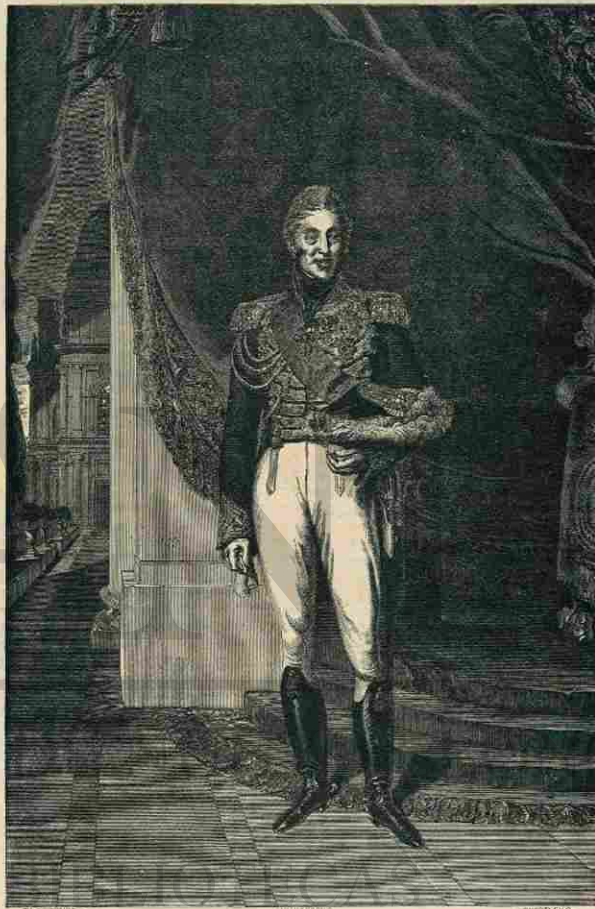


Museo de Historia natural de París.—Rinoceronte joven.—Dibujo de FERRAN.

do. Desde entonces se han descubierto muchas veces huesos de rinocerontes en una multitud de comarcas de la Europa y del Asia septentrional, y Cuvier en sus Investigaciones so-

bre los huesos fósiles, ha hecho de ellos numerosas descripciones, pero desgraciadamente no se ha vuelto á hallar ningún otro individuo tan completo como el del Wiluji.

TOMAS LAWRENCE.



Carlos X, rey de Francia.

Dos veces hemos hablado ya de este pintor famoso (1) la primera con motivo de su retrato de Jorge IV rey de Inglaterra, y la segunda sobre el de lady Dower. La lista de los personajes que se entregaron al pincel de Lawrence es verdaderamente extraordinaria. Así sucedió que gracias á los nom-

bres de sus modelos, sus retratos fueron cuadros de historia, porque puede decirse que fué un pintor histórico.

Lawrence era un hombre apasionado por la ginecología, pero ningún disipador devoró tantas veces como él su propia fortuna, aunque también supo otras tantas restablecerla. Y sin embargo no desplegaba un gran fausto exterior. Su bolsillo estaba siempre abierto para todas las necesidades de la amis-

(1) Véase las páginas 25 y 117.

dad; prototipo espóndicamente los talentos pobres y fue siempre un excelente hijo, habiéndole cabido en suerte un padre pródigo. Además los objetos de arte tenían para él un encanto irresistible. Tenía inmensas riquezas amontonadas en sus cuartos, y su casa estaba como presidida por las estatuas de Miguel Ángel y de Rafael hechas por su amigo íntimo el famoso estatuario Flaxman.

El último periodo de la vida de Tomás Lawrence fue por demás brillante. Primeramente, después de la caída del Imperio, pintó para la galería de Windsor, todos los héroes de Waterloo desde Wellington hasta Blücher; el resuspendor Alejandro, el Príncipe de Prusia, el príncipe de Metternich... en una palabra Lawrence pintó todas las celebridades europeas de su época. Después de la restauración se fue a Arquis donde representó todas las principales figuras del Congreso, y una vez en el continente, Lawrence le recorrió con la santa curiosidad del artista dejando por todas partes sus ilustres retratos. De este modo hizo en París los retratos de Carlos X, del héroe, de la duquesa de Berry, y por último el célebre pintor Gerard.

Por grande que fuera la importancia de los accesorios en los retratos de Tomás Lawrence, sería injusto sostener que todo lo sacrificaba a ellos. Únicamente puede decirse de él que siempre inglés, aun cuando retratase italianos ó franceses, Lawrence daba a todos sus modelos una piel salinada y trasparente; sus tonos luminosos, hacen de tantos originales diferentes; el eterno tipo del temperamento británico. Carlos X en el retrato de Lawrence, que acompaña a este artículo, tiene el aire de un lord de la tesorería, así como el soberano Pontífice tiene la sonrisa de un obispo de Cantorbéry. Sin embargo en estos como en todos sus cuadros, se ve la belleza, el bello y la gracia, que eran las principales cualidades del pincel de Lawrence.

Carlos X le concedió con la Legión de Honor, después de haber obtenido ya una porción de títulos y honores que le floxian de todo el universo.

Sin embargo cuando vino a París en 1825 ya estaba devorado por una gran tristeza. Muchas veces se la veía en las reuniones de madama Cuvier a quien ofreció el retrato de su preciosa hija, y por medio de esta recibió cuatro años después en Inglaterra un artículo que Eugenio Delacroix había insertado en la *Revista de París* relativo al retrato de Pio VII. Lawrence tocaba entonces a su fin. Pálido, desalentado, melancólico; sobre todo después de la muerte de madama Wolfe, la pasión principal de toda su vida, ya no le quedaban más que prepararse para el sepelio, y en efecto el 30 de enero de 1830, oyendo la lectura de algunas páginas del poeta Campbell sobre Flaxman, Lawrence rindió el último suspiro.

MAGDALENA

por
JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 146, 169, 181, 182, 197, 206, 210, 217, 226, 226, 242 y 258.)

Sin embargo, lo ocurrido aquella noche no fue perdido para Mauricio. Cuando se quedó solo consigo mismo, después de haber dado rienda suelta a su cólera, después de haber calificado como puede imaginarse la inteligencia de Ursula, de Teresa y de Marcelo, después de haber agotado contra ellos todos los epítetos que pudieron suministrarle, él

desdén y la humillación, llegó a reconocer poco a poco, que en efecto ellos habían defendido la causa de la sensatez y de la razón. Cuando volvió a hallar en el cuarto de Magdalena a Marcelo y a su mujer, al ver su sosiego y su felicidad, comenzó a aprender a amarlos. Hasta los mismos niños que tanto le habían incomodado en un principio, despertaron en él una ternura inesperada, les sentó en sus rodillas, les cubrió de caricias, y al besarlos pudo entrever todas las alegrías de la familia.

Así dominaba Mauricio las empuñadas olas que le habían arrastrado; con pocos esfuerzos mas iba a llegar a la ribera; ya se limpiaba el fango de los pies y se elevaba a las rejillas puras y serenas.

Aquella existencia tan laboriosa y retirada tenía también sus distracciones y placeres: Mauricio y Magdalena iban algunas veces al teatro. Una noche fueron a la Ópera a oír *Guillermo Tell*. Mauricio en sus días brillantes no había pasado jamás una noche en la Ópera sin experimentar un profundo cansancio. En medio de los frívolos dichos de sus compañeros de lecura, apenas había entrevisto la grandeza del arte de la música; jamás los melodiosos acentos de una voz le habían transportado a las ideadas rejillas de la pasión y de los sueños. Ahora, sentado junto a Magdalena, solo con ella, porque nadie se le atenta muchedumbre que los rodeaba le enviaba una mirada amorosa, escuchaba el último canto de Rosal como una lengua nueva cuyo sentido se le iba revelando por vez primera. Los primeros compases le habían conmovido con mil delicias, y muy sorprendido para sí, se sintió penetrado de entusiasmo y de simpatía por aquel bellísimo poema. Los sollozos de Arnold, en el momento en que sabe la muerte de su padre, despertaron en su corazón el recuerdo del caballero que muriera sin que hubiese estrechado por la postera vez su desastrosada mano. El juramento de los cantones conjurados para la emancipación comu, despertó en su corazón una fibra hasta entonces muerta, el amor de la patria y de la libertad. Todos los pensamientos buenos se hallan ligados entre sí, y así sucede que cuando uno de ellos se apodera de nuestro corazón, llama a sus hermanos por medio de una señal misteriosa, y les abre las puertas de su nuevo dominio. Mauricio no pudo menos de volver tristemente sus ojos a lo pasado, preguntándose lo que había hecho por su país y lo que su familia le debía. Con su prima habló pocas palabras; pero en el sonido de su voz así como en la distracción de sus miradas, Magdalena supo conocer la revolución que se operaba entonces en su corazón, y temiendo turbarle, no volvió a dirigirle la palabra.

Ambos se fueron a su casa hablando de sus emociones. Al oír lo que le decía Magdalena, Mauricio descubrió en ella nuevos motivos de admiración que le habían sido desconocidos hasta entonces. De vuelta en su casa, dominado por la impresión profunda que había recibido aquella noche, no se separó de su prima para irse a cenar en su cuarto; abrió la ventana y permaneció algunos instantes contemplando el cielo cuya serenidad había bajado hasta su corazón. Fuego se fue a sentar al lado de la joven alemana, quien, para coronar dignamente aquella poética noche, le suplicó que le leyera el *Guillermo Tell* de Schiller. Mauricio obedeció con mil amores. Apenas hubo leído algunas páginas, su voz, transformada como por encanto, tomó un acento tan suave que Magdalena le escuchaba estasiada, y a medida que seguía la narración de aquella maravillosa emancipación de todo un pueblo, parecía transfigurarse: su frente se iluminaba con un dulce brillo, y su mirada se animaba con una

celestial esperanza. El hombre antiguo desaparecía, y Magdalena contemplaba con orgullo al hombre nuevo que tenía ante sí: aquella noche debía ser fecunda.

Al comprender la extensión de sus deberes, Mauricio no se dejó ilusiones sobre el valor real de sus facultades, pero que Magdalena poseía el arte de escribirle y de contentarle alternativamente. Por esto no pudo ejercerse la importancia del papel que estaba llamado a representar. Bastantes personas, a Dios gracias, se creen llamadas a dirigir el carro del Estado, Mauricio tuvo la sensatez de no pensar en aumentar su número. Así pues, se mantuvo prudentemente en su lugar, conociendo que no les es dado a todos el manejar los asuntos públicos, si bien todos tienen el deber de interesarse en ellos. Desde aquel día, Mauricio siguió solícito la marcha de los acontecimientos, y ya su corazón dejó de estar cerrado a esos sentimientos de honor y de gloria que tanto había criticado en otros tiempos.

Gracias a su trabajo, Mauricio gozaba de una posición bastante buena. Magdalena en tiempos mas felices había estudiado la música y sabía cantar con gusto, Mauricio no lo había olvidado y un día la regaló un piano, en memoria de los cuidados que le prodigara en su enfermedad, y sobre todo por la angelica paciencia con que había soportado su cólera y dureza. Aquel día fue una gran fiesta para Magdalena. Aquel regalo tan inesperado dio una nueva vida a sus pequeñas reuniones de familia. Muchas veces Magdalena reunía en torno suyo a Marcelo, a su mujer e hijos que la escuchaban estasiados; Mauricio también se complacía en oírlos.

Una noche se hallaba enteramente solo con ella. Magdalena hojeaba un cuaderno que estaba sobre el piano, que era una colección de melodías de Schubert en un hijo una de las mas bonitas y tiernas titulada el *Adios*. Lo mejor que tienen estas composiciones es que no pueden soportar una mediana elevación. Cuando se ejecutan solamente nos estacionan ó nos sumergen en deliciosos sueños, sin inteligencia, con una exactitud puramente literal, nos disponen hasta lo sumo, son una piedra de toque que engaña rara vez; para conmover con las melodías de Schubert, no basta saber la música, es necesario tener un alma de poeta. Magdalena sentía profundamente ese genio divino, y sabía ejecutar con sencillez todo cuanto sentía. Su voz no era de mucha extensión, pero tenía un timbre penetrante; era imposible oírlo sin emoción. El *Adios* le dijo con una melancolía tan tierna que Mauricio se quedó entermeado.

Por primera vez levantó los ojos hacia ella, y por primera vez en su vida conoció que era hermosa, y no como ya hemos dicho, porque se refiere a la estatua que un tipo completo de perfección, sino porque su alma encantadora resplandecía en sus ojos, y porque sus labios poseían una gracia imposible de describir con la palabra humana. Hasta entonces Mauricio no había separado nunca la belleza de la voluntuosidad, siempre había confundido la admiración con el deseo; sabía aquello que era admirar? Un nuevo sentido acababa de descubrirse en él; el joven contempló a Magdalena en un éxtasis casi religioso, como un peregrino arrodillado ante una virgen.

XIV.

De este modo se realizaba el sueño que había hecho la marquesa algunas horas antes de respirar: desde el fondo del abismo en que había caído, Mauricio iba volviendo poco a poco a la claridad del día, gracias a Magdalena que le teni-

da la mano. Ya principiaba a sentir en sus cabellos el viento de las altas regiones; ya respiraba el perfume de las cercanas cuspides, ya oía completamente las voces de su juventud que cantaban en coro su vuelta. La gloriosa marca de la rehabilitación iba apuntando ya en su rostro, sus facciones, ajuadas antes de tiempo tenían ese sello de dignidad que el trabajo imprime infaliblemente en la frente de los hombres de valor y buena voluntad; opacos por el desorden, sus ojos habían vuelto a tomar su limpio brillo, y sus labios, contrahidos en otro tiempo por la cólera y siempre dispuestos a lanzar un dardo empuñado, no manifestaban mas que la benevolencia. Hasta el timbre de su voz se había dulcificado, y por último, cuando andaba al lado de su prima, Mauricio había vuelto a hallar el paso ligero de sus jóvenes años. Entraba en una segunda primavera quizá adornada con menos gracias que la había estado la primera, pero fecunda en promesas mas seguras y rica ya con los tesoros del estío. ¡Ay! el pobre joven no había llegado a este puerto sin sus esfuerzos. Cuántas veces con los pies en la sangre y la frente bañada de sudor se detuvo desalentado al borde del camino! Cuántas veces, tropezando al llegar al fin, se desolizó a lo largo de la cuesta que había subido con tanta penal. Muchas veces, en una hora de rebeldía ó de debilidad había perdido el fruto de muchos meses de luctuosos y labores. Muchas veces, en el momento en que la buena semilla comenzaba a germinar en su corazón, una terrible borrasca imposible de prever había destruido todas las esperanzas de la cosecha, pero Magdalena estaba alerta siempre con su paciencia angelical, con sus solícitos e incansables desvelos; ella le sostenía, le volvía a alzar y lo alentaba, y de nuevo volvía a sembrar en aquel corazón devastado por la tempestad. Luego de rodillas en su cuarto, oraba con fervor, porque tan piadosa como bella, pensaba que nada podía la criatura sin el socorro del criador, y sabía que hasta las mas nobles empresas necesitan una santidad del cielo.

Dios que lee en el fondo de los corazones había ya bendecido su tarea, y una hora llegó en que aquella alma santa hubo de exaltarse en acciones de gracias. Aquel Mauricio que tantos conoció, desengañado de todo, burlón, acerbo e inabordable, aquel Mauricio había ya dejado de existir; Magdalena había hecho de él un hombre nuevo. Si acaso solía volver a aparecer de tiempo en tiempo el antiguo Mauricio, no era mas que un pávido fantasma que la joven conjuraba al punto con un ademán o una mirada: si un borrascoso pasadizo se recombinaba y nublaba largamente, no era mas que el azulado rizado del rayo que se abaja cuando el cielo está ya transparente y sereno; Mauricio no tenía ya tristezas, que no se desvaneciesen con una palabra de su prima; hasta la pasma Ursula, que le había irritado durante tanto tiempo, le ofrecía y aun a veces le comunicaba su alegría. En cambio el joven caba en su mal humor acostumbrado, la buena muchacha armada de su gran sensatez, le volvía a la razón con algún dicho o pensamiento, y Mauricio, en vez de incomodarse, se rebelaba a oír con ella; por último, había empezado a morir de asidamiento los frutos de la realidad que en un principio había rechazado con orgullo; su sabor es amargo, y sin embargo, acaba siempre por gustar. Mauricio comprendía al fin que en el cumplimiento de un deber por humilde y modesto que sea, hay mas grandeza de voluntad que en esa filosofía de lacayo que consiste en negar y despreciar todo lo que entorpece y resalta a la naturaleza, y comprendía también que la vida es dulce cuando es útil, y que con poquitas escapaciones, solo los egóistas y los impotentes se suicidan. Hijo de un siglo íspido, a defecto de fe, sentía que bajo la in-

fluencia de su buen ángel, se iban despertando en él la esperanza y la caridad. No creía pero esperaba, y habría deseado creer, y mientras tanto convenía gustoso con Magdalena en que nada se arriesga en conducirse en la tierra con arreglo á las verdades que la religión enseña. El suicidio no velaba ya á su cabecera; las personas que trabajan desde por la mañana hasta por la noche no piensan en la muerte; aquellas famosas pistolas que en otro tiempo le habían suspirado tan bonitas frases, las vendió para regalar un ramo de flores á su prima el día de su santo. Y su inteligencia se había elevado también como su corazón, amaba las artes y le gustaban los poetas. Lo mismo que su padre en Nuremberg

había aprendido á reconocer la supremacía del talento: testigo del movimiento que se iba operando entonces en las ideas, ansioso con indulgencia y á veces con entusiasmo, todas las utopías generosas que no excitaban en otro tiempo sino cólera ó desden, y si guardaba un odio implacable á esa democracia como baja, envidiosa, hipócrita, amiga del pueblo porque es enemiga de toda superioridad, si detestaba profundamente á los charlatanes que hacen gala de socialismo y de filantropía, en cambio veneraba las almas desinteresadas que abrazan con afecto sincero, la causa del trabajo de la obra. (Se continuará.)

HONORATO FRAGONARD.



KARL SCHMITT.

La fecundidad dichosa.

LAVALLAS.

En las páginas 105 y 473 del presente volumen hallarán nuestros lectores una sucinta biografía de Juan Honorato Fragonard y también un juicio crítico relativo á varias de sus principales obras.

Poco podemos añadir hoy á lo que hemos dicho sobre el autor de la *Fuente del Amor* y de la *Cena*.

La *Fecundidad dichosa* que damos con este artículo á nuestros suscritores, es como un reflejo del estilo de Greuze. Fragonard ha pintado á una madre que, rodeada de sus hijos, juega con uno de ellos, en tanto que los otros, ya más grandecitos, se divierten cada cual según su capricho. El marido contempla por una ventanilla abierta esa escena de alegría y de felicidad doméstica. Algunos pacíficos animales completan el cuadro tomando parte en esa dulce clogia, lo mismo que si fuesen de la familia. Un gusto gracioso y deli-

cado brilla en el dibujo de cada personaje y en las expresiones que les ha dado Fragonard; los niños sobre todo, son encantadores.

No cabe duda ninguna en que cuando Fragonard volvía de este modo al idilio, obedecía á las influencias que soplaban entonces por todas partes.

Fragonard como ya hemos dicho en nuestros artículos anteriores ha hecho de todo; asuntos históricos, religiosos y mitológicos, escenas familiares, pastorales, decoraciones, paisajes, viñetas, el pastel, la aguada, la tinta china, el lápiz negro, la miniatura, el grabado al agua fuerte etc. Así, Fragonard es de todos los pintores del siglo XVIII, el que mejor resume ese siglo incomparable, que principia con los rebañeros y los pastores, y acaba con el terror. Watteau nos ha contado todas las locuras de la rejenicia y nos ha hablado

del amor cuando aun le quedaba á éste algo de poesía. Boucher ya no pintó el amor, sino el placer ó más bien la licencia, y Greuze empujó el pincel de la filosofía y predicó las virtudes de la familia. Fragonard reprodujo sucesivamente esos diferentes aspectos del arte de aquel siglo. Tuvo encantadores caprichos al gusto de Watteau, hizo grabaditos como Boucher; pintó interiores de casa como Chardin y moralidades como Greuze, y para ver hasta que punto fué Fragonard el reflejo de todo su siglo, basta recorrer sus obras que empiezan en el *Amor* y acaban en la *Patria*.

CHATEAUBRIAND.

POR

ALEJANDRO DUMAS.

(Véanse las páginas 244 y 252.)

« O tú á quien no conozco, tú cuyo nombre y morada ignoro, invisible arquitecto de este universo que me has dado un instinto para sentirte, y me has negado una razón para comprenderte, no habrías de ser otra cosa que un ser imaginario, que el sueño dorado del infortunio? Mi alma vendrá á disolverse con el resto de mí polvo? El sepulcro es un abismo sin salida, ó el pórtico de un nuevo mundo? Aciso solo por una cruel piedad ha colocado la naturaleza en el alma del hombre la esperanza de una vida mejor al lado de las miserias humanas? Perdoname mi flaqueza, padre de las miserias humanas! No; no dudo de tu existencia, y ya me heas destinado una carrera humeral, ya deha pasar y morir únicamente, adoro tus decretos en silencio, y tu insecto conessa tu divinidad.»

Fácil es conocer el efecto que debió producir una prosa semejante después de las imprecaciones de Diderot, de los discursos teo-filántropicos de Lareveillere-Lepaux, y de las sangrientas páginas de Marat.

De este modo Bonaparte inclinado sobre el abismo de la revolución de donde no se había atrevido á volver los ojos, detuvo el paso á ese angel salvador que trazaba el primer rastro de luz en aquella noche de la nada; aceptó la dedicación del *Genio del Cristianismo*, y al enviar á Roma al cardenal Fesch, concedió también un puesto al gran poeta: aquella que había reemplazado á la paloma y que, como ella, estaba encargada de llevar el ramo de oliva al Santo Padre! M. de Chateaubriand iba pues á visitar la Italia!

La Italia! Mágica palabra tanto para los soldados de Anibal como para los de Napoleón, tanto para el guerrero como para el poeta, para el sabio como para el cristiano!

La Italia era todo lo contrario de la América: la América es el porvenir, la Italia es el pasado.

La Italia es la heredera de los seis mil años transcurridos; es la hija del mundo romano, es decir del imperio más vasto que ha existido jamás en el mundo; es la reina de ese gran lago que se llama Mediterráneo, receptáculo maravilloso, único, providencial, abierto por la civilización de todos los tiempos para la utilidad de todos los países; el mundo pagano ha creído en torno de ese mar, y la unidad cristiana le ha tenido un instante entre sus brazos. Alejandro, Anibal y César nacieron en sus orillas, y Napoleón en su seno. Las invasiones árabes se han esparcido por una de sus riberas; y las cruzadas han subido por la otra. Hace tres mil años que esas aguas están alumbradas por la civiliza-

ción y hace diez y ocho siglos que las domina el Galvatio.

Por este mundo iba á comenzar su segunda peregrinación, después de haber concluido la primera, el autor del *Genio del Cristianismo*.

Por eso su entusiasmo es grande, tanto que solo él puede pintarle.

Atraviesa Génova, Milan, Florencia, llega á Roma. Roma que solo ha visto con los ojos de la inteligencia, como dice Hamlet.

En Roma se detiene algun tiempo, aturdido, confuso, maravillado, y luego se va á Nápoles, esa casa de campo de los antiguos emperadores.

Sube al Vesubio, y como todos los seres insensatos y sublimes que quieren siempre penetrar el fondo de todas las cosas, se inclina sobre el cráter y le dice á su guía: « ¡Ajajamos. »

Dejemos al poeta hablar ahora.

« Al oír esta proposición mi guía me presentó algunas dificultades para obtener un poco más de dinero y convenidos en la cantidad, se la doy, y ponemos manos á la obra. Durante algun tiempo caminamos por las orillas del abismo, buscando una línea menos perpendicular para bajar mas fácilmente. El guía se detiene y me dice que me prepare: vamos á precipitarnos.»

« Ya estamos en el fondo del golfo.

« Desespero de poder pintar este caos.

« Que providencia me ha conducido á este lugar? Por qué casualidad las tempestades del océano americano me han lanzado á los campos de Lavinia?... En aquel instante no pude menos de pensar en las agitaciones de esta vida, en que las cosas, como dice San Agustín, se hallan llenas de miserias, y la esperanza vacía de felicidad... Nacido sobre las rocas de la Armórica, el primer ruido que llegó á mis oídos fué el del mar. En cuantas riberas no he visto ya romperse esas mismas olas que vuelvo á hallar aquí?... »

« ¿Quién me hubiese dicho hace algunos años que oíría gemir en los sepulcros de Scipión y de Virgilio esas aguas que se estendian á mis pies en las costas de Inglaterra ó en las playas del Marilindo? Mi nombre se halla en la hoz del salvaje de la Florida; ya está también en el libro del ermitaño del Vesubio. ¿Cuándo depositaré á la puerta de mis padres el cayado y la capa del viajero? »

« ¿Quién podía responder á estas preguntas? Solo Dios, Dios que sigue á cada hombre en medio de los hombres, como á la ola en medio de las olas.

Dios condujo á M. de Chateaubriand á Francia, y luego el 20 de marzo á las cinco de la mañana una voz le dijo:

« ¡Tiende el oído por el lado de Vincennes y escucha!

« El poeta oyó el ruido de una descarga: el duque de Enghien habla cesado de existir en aquel instante.

M. de Chateaubriand tomó sobre una mesa del sitio en que le había puesto la vispera, el despacho en que se le confería la comisión de encargado de Negocios del Valtín, y se le devolvió desgarrado al primer consuelo.

« Un arroyo de sangre acababa de pasar entre aquellos dos hombres.

« Los bosques de la América inspiraron al poeta el *Genio del Cristianismo*, el Coliseo le infundió los *Mártires*. El Mediterráneo de que ya hemos hablado murmura incesantemente en sus oídos. Quiere volver á Roma que apenas ha visto, á Nápoles que le llama con una voz mas dulce que la de las sirenas, á Venecia, ese punto de descanso de los antiguos cruzados que empuñaban allí sus objetos de plata, y pagaban los intereses tomando á Zara; quiere ir á Atenas

que se imagina en su mente y a Sparta que busca inútilmente.

— Un cicrone le conduce a Misira.

— Misira es Lacedemonia, no es verdad? esclama el viajero.

— Lacedemonia! responde el cicrone abriendo tamaños ojos.

— Si.

— Qué quiere decir Lacedemonia?

— Lacedemonia ó Sparta, como gustéis.

— Sparta!

— Os preguntó si Misira es Sparta.

— Pues no lo entiendo.

— Cómo! siendo griego, siendo lacedemonio, no conoces el nombre de Sparta?

Este nombre que llenó el universo, no tiene ningún eco en los lugares donde tan grande fue!

Es lo mismo que el humo que se eleva, que se condensa en nubes que el viento lleva de oriente á occidente, que pasa sobre el mundo y que desaparece sin dejar un vestigio en el punto de donde salió!

Únicamente ayudado con sus recuerdos pudo el viajero hallar la ciudadela, el templo de Minerva, y el templo de Elena; separa las cañas mezcladas con los laureles y descubre un arroyo: es el Eurotas — Leonidas, Leonidas! esclama el viajero.

El eco de Atenas le responde, al mismo tiempo que el viajero entra en Atenas.

El Alejandro moderno entra en Berlin.

Pero Atenas es solo un descanso en el camino del viajero; el fin del viaje está en Jerusalem. No ha ido á admirar el Partenon, sino el Santo Sepulcro que tanto adora; va á seguir el camino de aquellos cruzados del siglo XIII, que fueron á libertar la tumba de Cristo. Entra en ese desierto de islas arrojadas como un puente para unir la Europa con el Asia, toca en Zea la antigua Cebes; halla una falda griega que le conduce á Smirna donde ve la gruta de Homero, y parte después de haberse ajustado con su guía en dirección á Constantinopla pasando por Troya.

El viajero se halla en la Siria, tierra y cielo nuevo: tierra en donde nació el género humano, cielo de donde bajan los ángeles y á donde suben los profetas.

El 5 de setiembre llega á Pergamo—Pergamo donde reinan los Atalás—nombre grande para las letras, fatal para los reyes—Pergamo, en donde el torero del nombre dijo al morir:

Popule romane, hinc ortum meorum, hinc es esto.

« Pueblo romano, sé el heredero de mis bienes. »

El pueblo romano que considera el reino de Atala como una parte de sus bienes, y que considera á sus súbditos como una parte de sus muebles, confisca los súbditos y el reino.

El viajero no hace más que pasar por Pergamo; Troya le atrae; el iman atrae al hierro, la poesía al poeta...

Entonces el viajero reconoce el sitio; le parece que se halla muy inclinado hacia el oeste; envía á buscar al drogman, le interroga; el drogman se corta, le responde que es imposible atravesar la montaña por causa de los ladrones y que le conduce á Kirkaghab.

Cuando un turco ha decidido una cosa, es porque se halla escrita en el libro del destino; á pesar de su cólera y de sus amenazas, el viajero tiene que ir á Kirkaghab donde un aga debe fallar la causa.

El aga es un hermoso joven oriundo de una familia de visir, indolente como un strapá, y desvergonzado como un bajá; hace esperar al viajero, y como el aga no es un Atla, y el viajero se cansa, entra con botas y espuelas, agarra por el cuello á un esclavo que quiere impedirle el paso, corta la cara con un latigazo á un spahi que le cierra el camino, y va á sentarse lleno de polvo en el diván del aga.

— No sois franco? — pregunta el aga muy sorprendido.

— No, soy francés.

La justicia queda hecha en el mismo instante, á la manera turca, es decir, media justicia.

El aga declara que no habiendo cumplido el guis su promesa, devolverá la mitad del dinero que ha recibido, pero como los caballos están ya cansados, el viajero deberá recomendar á su expedición á Troya y seguirá el camino de Constantinopla.

Era de todo punto imposible el luchar contra la decisión de un hombre tan poderoso como el aga. El viajero se consoló pensando que pasaría necesariamente por delante de Troya al ir de Constantinopla á Jerusalem.

Lo que mas prisa le corría era continuar su camino. En efecto, el viajero prosigue su marcha. Un cielo nebuloso y un aire frío que nota por la primera vez, le recuerda la Francia, su querida Francia.

El camino es hermoso; podrían recogerse Larnusas costichas en aquellas tierras; si los turcos no las destruyesen con los piés; habría bosques, si no los incendios. Los turcos están muy convencidos de que su vida es un campanejo, y por eso destruyen sin cesar, sin fundar nada nunca.

El 10 almuerza en una bonita aldea llamada Souseverlé; á quinientos pasos de allí corre un río, y mas allá se estremece una magnífica llanura.

Un hombre ha inmortalizado aquel riachuelo en un desierto.

— Si, pero ese hombre es Alejandro.

Cuatro nombres como este han dejado únicamente algun ruidito en el mundo.

Alejandro, Cesar, Carlomagno y Napoleón.

Estos cuatro nombres son las cuatro columnas que sostienen la bóveda del mundo.

Todo el jenio de Alejandro se halla pintado en dos palabras.

Después de mil victorias sale para combatir contra Dario y distribuye sus Estados entre sus jenerales.

— Qué os reserváis para vos? — le dicen estos sorprendidos.

— La esperanza.

Y muere después de una orgía.

— A quién dejáis el mundo? — le preguntan los que le rodean.

— Al mas digno.

Chateaubriand se detiene y se inclina ante aquel río testigo de tantas batallas, y que recuerda todavía el nombre de Alejandro!

El viajero continúa su camino. Se embarca, llega al mar, deja á la derecha las costas de Natolia, navega en medio de las nieblas, luego de repente se alza un viento norte, y se encuentra en frente de Constantinopla, ó mas bien en frente de tres ciudades; Galata, Constantinopla y Scutari.

El embajador francés en Constantinopla es Sebastiani, Sebastiani, el primer francés que ha hablado á un Sultan con la espada al costado.

La ausencia de mujeres, la falta de carruajes, y las bandas

LA VIDA HUMANA.

El ángel guardian acaba de traer á la tierra una forma humana; el niño se halla en los brazos de la matrona que le prodiga los primeros cuidados, en tanto que la madre con las manos juntas, da gracias á Dios en silencio por haber acordado á su hijo una hermana.

Los dos niños crecerán algunos años el uno junto al otro; se comunicarán sus primeras sonrisas y palabras; se iniciarán en la vida dividiendo las penas y los placeres de su edad, hasta el día en que el austero génio de las sociedades venga á tomarles por una mano, para mostrar á cada uno caminos diferentes.

A ti, primeramente, joven, te tocarán los estudios graves y las duras lecciones! Llamado algun día á juzgar á los otros hombres, á tomar parte en los asuntos de la patria, á cargar con el peso de responsabilidades públicas y privadas, es necesario que tu inteligencia se ejercite y se aclare. Anda pues á recibir las lecciones de un maestro instruido por la experiencia y el trabajo; escucha con docilidad y medita con perseverancia; acepta lo que te enseñe la sabiduría de los otros, y deja que se abran ante tí las puertas del templo, en vez de querer escolarlas.

Pero al mismo tiempo que fortificas tu inteligencia por medio del estudio, fortifica tambien tu cuerpo con el ejercicio y tu alma por el valor. La vida es una pelea á través de la cual hay que abrirse un camino. Aprende á valerte de las fuerzas de que se sirve el hombre en la vida; que el alarzar de la guerra te obedezca, que no tiembles el hierro en tu mano; que te puedas contar entre los valientes, no para conquistar una gloria inútil, sino para conservar tu pueblo, para proteger al débil, para poder andar siempre con la frente erguida, armado de tu derecho y guiado siempre tambien por tu deber!

Y en tanto que de ese modo te preparas á ocupar tu puesto entre tus semejantes, la niña que antes corria contigo por entre los trigos, recibe tambien las lecciones de los mayores.

No la estás viendo en la pradera ocupada en regar la tela; y luego bajo los tilos que dan sombra á la puerta, hilando la lana ó llevando á los segadores la comida sazónada por ella misma, en tanto que la joven esposa lee mientras da de mamar á su recién nacido, y le enseña á la vez los deberes y dulzuras de la maternidad?

Pero ya ha pasado la hora del trabajo. Ya joven atraviesa la pradera con su amiga; con aire pensativo va deshojando una flor de vellosilla; por detrás pasa el joven de quien su madre le habla repetidas veces, que vuelve de la caza con el perro y el halcón y que se vuelve para mirar á la hermosa que se pasea.

Bien luego se realizarán los deseos de ambas familias; unidos con la nupcial corona, ambos comenzarán la vida que sus padres acaban. Ya resuenan los instrumentos, ya se reúnen alegres los bailarines; porque en esta cadena de la sociedad humana, no puede caerse un eslabón sin que otro le reemplace; todo se perpetúa y se renueva y al lado de cada sepulcro se mece una cuna.

Triste espectáculo para el hombre egoísta que se encierra en sí mismo, pero consolador para aquel que se considera como una chispa del hogar común, y que no cree desaparecer del mundo en tanto que la humanidad le sobreviva!

Los grabados que nos han sugerido estas reflexiones re-

de perros sin amo, son las tres cosas que llaman la atención del viajero en la capital.

La segunda sorpresa es el silencio. Ninguna campana, ningún ruido de carrutas, ningún martillazo, ningún grito en las calles, cada cual va pasando por ellas grave y mudo; la multitud se calla como si temiera que su palabra la denunciase al dueño, que quiere derecho de vida y muerte sobre ella. Sin cesar se pasa de un lugar á un cementerio, como si la vida entera de los turcos se hallase encerrada en estas tres palabras: vender, comprar, morir.

M. Sebastiani recibió á M. de Chateaubriand como recibían en otros tiempos los embajadores á sus compatriotas, es decir poniéndose con cuanto tenía y podía á la disposición del viajero.

Peró el viajero es como Atila; va á donde Dios le llama, es decir, al sepulcro sagrado.

Había en aquel momento en Constantinopla una diputación de padres de la Tierra Santa, que habían ido á pedir la protección del embajador de Francia contra los que mandaban en Jerusalem. — Estos le dieron á M. de Chateaubriand cartas de recomendación para Jaffa.

Entonces estaba en rada el buque que lleva á los peregrinos griegos á la Siria. El viajero se ajustó con el capitán, con la condición de que le dejaría bajar á Troya, y se embarcó.

Iban en el buque unos doscientos pasajeros, entre hombres y mujeres, niños y viejos; cada cual se acomodaba como podía, las mujeres cubrían á los niños y á los ancianos; los hombres fumaban y preparaban las comidas, se cantaba y se bailaba, todo con la mayor alegría.

Se atravesaron los mares, y á pesar de lo dicho, el capitán se negó á que el viajero bajara á tierra, para ver Troya, ó mas bien los campos en donde estuvo Troya, como dice Virgilio.

Por fin, después de algunas tribulaciones, se llegó á Jaffa. Las cartas del viajero produjeron su efecto. Tres religiosos fueron á buscarle á bordo y le instalaron en un cuarto donde tenía agua fresca y ropa blanca, esa primera necesidad del hombre, y tinta y papel, esa primera necesidad del poeta.

Vino la noche, y en vez de descansar, el viajero pasó una parte de ella contemplando aquella mar de Tiro que los hebreos en su ignorancia llamaban el mar grande; aquella mar que atravesaron las botas del rey profeta cuando iban á buscar los cedros del Libano, aquella mar á quien el Señor dió barreras y puertos; aquella mar que huyó después de ver á Dios.

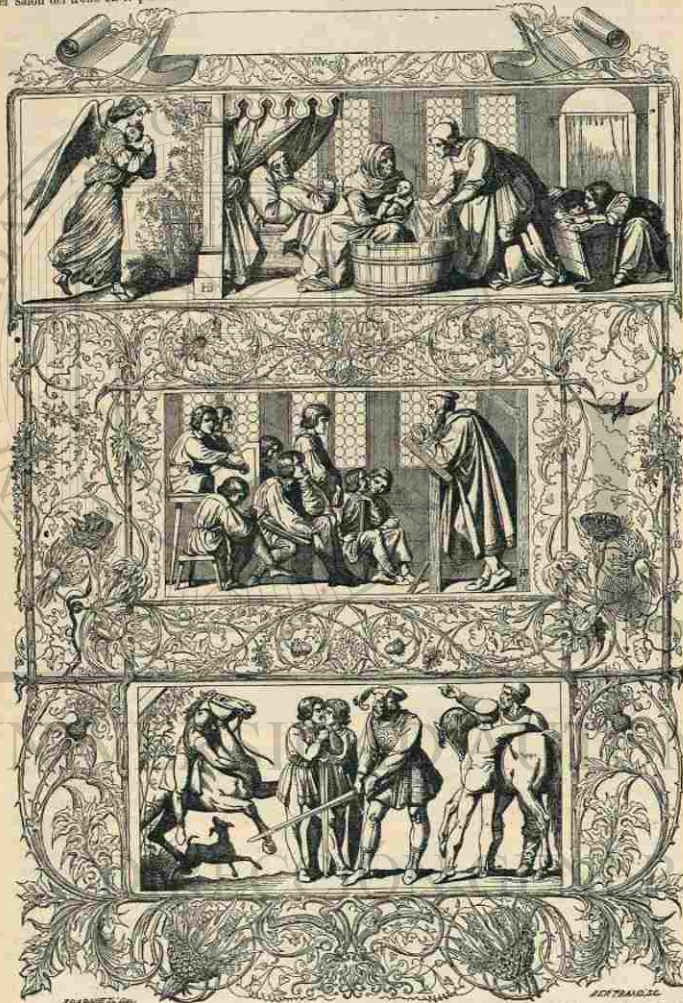
M. de Chateaubriand permaneció cinco días en Jaffa, al cabo de los cuales salió de ella; atravesó la llanura de Jafson, tan bella y odorífica como dice la Escritura, donde San José, la Virgen y el niño Jesus hicieron alto una hora cuando iban á Egipto.

El poeta continuó su peregrinación.

Por fin, dice el viajero, la tierra se fue despojando de verdura; los flancos de las montañas se ensacharon y tornaron á la vez un aspecto muy grande y estéril. Bien luego toda vegetación desapareció y el anfiteatro de las montañas se hizo de un color rojo y ardiente. Una hora estuvimos sufriendo esas tristes regiones, para llegar á un sitio mas elevado que veíamos delante de nosotros. Llegados al primer crupen, nos descubrí á otro mas elevado sembrado de piedras movedizas; de repente á la estreñidad de este terraplen, distinguí una línea de gélicos muros, con algunas torres cuadradas detras de las cuales se distinguían las puntas de algunos edificios.

(Se continuará.)

producen algunas de las pinturas que hizo Bendenmann en el salon del trono en el palacio real de Dresde. Allí están como una filosófica advertencia sobre lo que es la vida humana para todos. No ponemos aquí mas que algunas de las

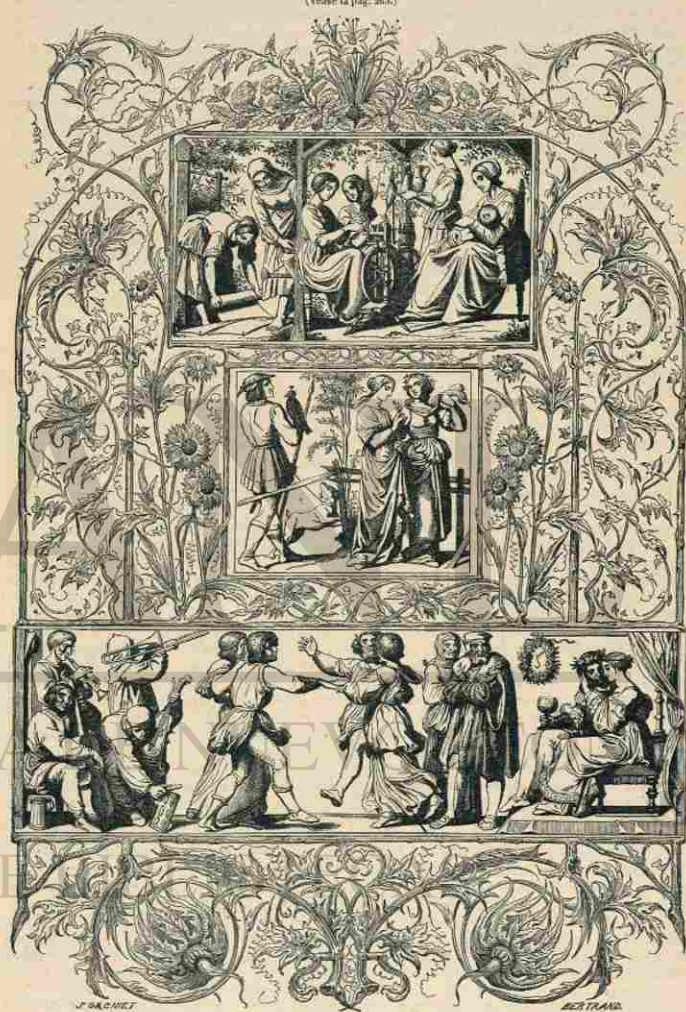


La vida humana.—Frescos del pintor alemán Bendenmann, en el salon del trono del palacio real de Dresde.—Dibujos y adornos por GAGNEY.

composiciones del pintor alemán, que pasan por todos los grados é incidentes del asunto que se propuso. Los adornos de estilo alemán, que llevan nuestros grabados, no están en el original, todos ellos son debidos al lápiz del dibujante.

LA VIDA HUMANA.

(Véase la pág. 263.)



Frescos del pintor alemán Bendenmann, en el salon del trono del palacio real de Dresde.—Dibujos y adornos por GAGNEY.

MAGDALENA

POR

JULES SANBEAU.

(Véanse las páginas 164, 169, 185, 190, 197, 206, 210 y 217, 226, 230, 240, 250 y 254.)

Sin embargo, no hay que creer por esto que Mauricio no tuviese aun sus malos días, sus días de desesperación y de abatimiento. A veces caía sobre él con todo su peso la carga de sus fatigas; a veces el espíritu de su ajada juventud se le aparecía brusquemente, hiriente de un modo espantoso. El castigo de los seres que han vivido mal es el arrastrar largo tiempo consigo, aun en el seno de una vida mejor, la negra sombra de su pasado. Conterratado, con asustados ojos, el desgraciado vela desfilir lentamente la sencilla profesión de sus recuerdos; su padre abandonado, el dominio de sus abuelos vendido en pública subasta, el destino de Magdalena entregado a los vaivenes del arca, y por último, luego venía a su vez, como una prostituta, la imagen de sus últimos años devorados por la licencia; anquilado bajo su propio desprecio y demasiado orgulloso para pedir a las efusiones el desprecio de su conciencia, Mauricio se encerraba mil veces en un feroz silencio, y sin lanzar un grito, como el hijo de Tarsdemonia, se dejaba roer el sereno. Pero Magdalena estaba siempre allí, siempre impetuosa, siempre vigilante, remendándole siempre a la vista, espándole todos los movimientos de su alma, que por él pasaban. En esos días de angustia y de trépidas melancolía era cuando ella desplegada muchas más entidades y ternura, poseyendo adorables secretos para ablandar aquel corazón replegado dolorosamente sobre sí mismo, para abrir en él nuevos manantiales de dulzura, y para dar salidas misteriosas a las odas que tanto le oprimían. Unos veces sentada cerca de su primo, como una joven madre, le hablaba con acento cariñoso y grave, y en tanto que Magdalena hablaba, Mauricio sentía un ambiente fresco y perfumado que iba cicatrizando sus heridas; otras se sentaba al piano, y como (¡tristes a los acentos de su hermana Electra, Mauricio, al escucharla sentía que sus remordimientos se apaciguaban, hasta que poco a poco, dominado por blandas influencias, se comovía, bajo aquel encanto siempre creciente, su corazón estaba a punto de estallar, y abundantes lágrimas se escapaban al cabo de sus ojos; las lágrimas son olivinas, es el rocío celeste que lava nuestras manchas; Mauricio concluyó, pues, por purificarse.

Dejando aparte esos días que iban siendo cada vez más raros, el tiempo pasaba en encantadas horas. Los dos años que Mauricio había comprometido de tan mala gana en manos de su prima habían espirado ya hacia muchos meses, y sin embargo no pensaba en reclamar su libertad. Después de haber tomado gusto al trabajo, se había apasionado por su arte. Lo cierto es que el trabajo no le fallaba; al contrario, lovia en sus encargos, sin que él los buscase, por conducto de Marcelo que le pedía para un objeto sincero y una amistad de toda prueba. Mauricio se había hecho tan famoso en la escultura formal de obras en madera, como lo había sido su padre en los cascá-nueces. Magdalena por su parte, no se hallaba tampoco reducida a pintar estuches o cajas para té; sus miniaturas eran muy estimadas sobre todo en los salones de la aristocracia, donde se había esparcido la noticia de que un hijo de familia con su hermana, arruinados ambos por un pleito, vivían pobremente del fruto de su trabajo, en una guardilla de la calle de Babilonia. Después de haber es-

tado en la pobreza, Magdalena y Mauricio gozaban en fin de las comodidades que dan por seguro los esfuerzos de la voluntad, cuando esta tiene por auxiliares el sentimiento del orden, la sencillez en los gustos y la modestia en las ambiciones. Hacía ya mucho tiempo que hubieran podido dejar su guardilla e instalarse en otra parte, un poco mejor, y Mauricio había pensado en ello, no porque fuese por su parte un aposento más suntuoso; el joven amaba su cuartito, había reconocido la verdad de estas palabras, que las paredes que nos ven trabajar con esperanzas son siempre las paredes de un palacio, y el cuarto que le había visto reger, verajarse por el trabajo y la resignación, se había vuelto para él una especie de santuario que no habría podido abandonar, sin mucha pena, pero aquel joven, antes tan brusco y duro cuando se trataba de Magdalena, ahora miraba por su bienestar con el fiero anhelo de un hermano. La principal desgracia de su vida consistía en no poderla devolver la fortuna que había perdido. Por esto ya muchas veces le había ofrecido un aposento más cómodo y vasto, en un barrio menos retirado, pero Magdalena había respondido constantemente:

— Porque hemos de cambiar nuestra existencia puesto que somos dichosos como estamos? Vivimos algo cerca del cielo, pero para eso respiramos un aire puro; habitamos en un barrio desierto, pero también tenemos un parque bajo nuestros balcones y en vez del ruido de los coches, son las pájaras las que más despiertan por la mañana. Nuestros cuartos son muy pequeños, pero para eso están calientes en el invierno; créame, amigo mío, pertenecemos en nuestras guardillas, seríamos muy ingratos con ellas si nos mudáramos.

Mauricio sólo insistía para quedar bien con su conciencia, pero en su interior se felicitaba por la sencillez y razón de su compañera. De este modo continuaban viviendo como antes, únicamente Mauricio se complacía en embellecer la humilde morada de su prima, en tanto que Magdalena, no tenía otra alegría que la de adornar el aposento de Mauricio con todos los objetos de arte que le gustaban. Estos jóvenes amigos trabajaban el uno para el otro; así es como principalmente se vuelve dulce el trabajo.

Vivían retirados sin otros conocimientos que los de la familia de Marcelo. Encantados de la gracia y elegancia que había en su persona, algunas señoras, a quienes había hecho su retrato, quisieron llevarse consigo a Magdalena, pero la joven había sabido resistir a estos deseos, hijos, a decir verdad, de un sentimiento de curiosidad estroada. Magdalena se contentaba con su retrato, y tal era su serenidad de ánimo que jamás Ursula ni Mauricio la oyeran la menor queja ni alusión al hermoso dominio que había perdido con su pleito. Muy rara vez hablaba de aquel asunto tan desgraciado, y aun quizá habría hablado de él con alegría si no hubiese traído del patrimonio de Mauricio. En esto su primo se mostraba menos resignado, y jamás podía pensar sin remordimientos en aquel palacio en donde había nacido, donde su padre había muerto, y que estaba perdido por culpa suya. Muchas veces su corazón se volvía tristemente hacia Valterra, y querer que hubiese sido de otro modo sería demasiado exigir de la resignación humana, y sería también exagerarse demasiado las delicias de la guardilla, y los encantos de las esculturas en madera. En cuanto a Ursula, esta no sentía ni desaba nada. Siempre seguía cantando las alabanzas de su amo, y repetía más a menudo que nunca que era un ángel, un ángel del cielo, un ángel del Señor.

— Vamos, vamos, decía a veces Mauricio sonriendo, ya

Sabes que si hay un ángel aquí no soy yo, ni tu tampoco, ¡aninulota!

A esta última palabra que había sido siempre la más alta expresión de la amistad de Mauricio por su hermana: de noche, Ursula echaba a llorar, prorumpía en sollozos, y acababa diciendo que Mauricio era un arcángel. En la buena estación, cuando habían trabajado bien toda la semana, el domingo se encaminaban todos hacia el campo después que Ursula y Magdalena habían oído su misa en la iglesia de las Misiones Etrangeras. Estos días eran para ellos sus mejores fiestas. Desaban el día por los campos, comían en cualquier parte, y se volvían a casa llenos de contento. De este modo volvió a ver Mauricio con su prima aquellos bosques de Lucienne y de la Selie, donde dos años antes había formado sus proyectos de suicidio. Bajo los castaños donde había derramado el luto de su alma, a la orilla del pequeño lago rodeado de árboles en que había visto la muerte en otro tiempo, ahora había descubierto la nueva vida que cantaba en su seno.

XX.

Sin embargo, Mauricio se vio acometido de un malestar extraño. Hacía algún tiempo que experimentaba junto a Magdalena una turbación inexplicable: alternativamente se ponía pálido y se entregaba a una de sus miradas, y temblaba al sonido de su voz. Por la noche, mientras ella dormía, pasaba horas enteras contemplándola en silencio, sin aquel aire feroz o burlón que había tenido antes. Cuando entraba en su cuarto, toda su sangre se agolpaba violentamente en su corazón, y cuando Magdalena entraba en el suyo, la recibía con la cordialidad y el abrazo de un niño. A veces hasta lloraba sin adivinar cual era la causa de sus lágrimas. A todas horas, y aun en su sueño, oía el ruido apenas perceptible de un misterioso trabajo que se operaba en él. ¿Qué significaba pues? Mauricio tuvo un día una vaga revelación de lo que pasaba.

Por conducto de Marcelo, Mauricio había obtenido el encargo de hacer, en grandes dimensiones, la estatua de Santa Isabel de Hungría, que un rico barón, fiel a las tradiciones de su familia que había permanecido católica, destinaba a adorar el oratorio de uno de sus palacios en el Lancashire. El joven artista había aceptado esta obra tanto más gustoso, cuanto que su madre había llevado el nombre de esta santa, y que a ambas las confundía en un mismo sentimiento de veneración. Sin embargo, a pesar del talento que tenía, gracias a las lecciones de su padre, y a pesar de la destreza con que manejaba el cincel, en el momento de emprender la obra se sintió acometido de una desconfianza profunda. Mauricio que hasta entonces se había burlado de todas las dificultades con un atreimiento algún tanto presuntuoso, vacilaba, no se atrevía a abrir la escultura y se extrañaba de su timidez, porque no conocía aun que la desconfianza de sí mismo es la señal verdadera del talento. Mil veces interrogó el recuerdo de todas las figuras esculpidas que había visto en las iglesias, pero ninguna de ellas realizaba el ideal de una reina y de una santa, ninguna tenía la nobleza y castidad propias del personaje. El tiempo urgia, Mauricio bosquejó primeramente los paños y las manos; la ambición de dar a luz una obra capaz de establecer su reputación y capaz de que mereciera los suffragios de su prima sostenía su valor, y le hacía al mismo tiempo más severo para consigo mismo. Nunca estaba contento con el pliegue acabado de hacer, ni

jamás se le figuraba que el movimiento del cuerpo fuese suficiente gracia. Las manos le detuvieron largo tiempo, porque quería darles una elegancia real. Así se hacen las obras maestras, la multitud quiere que las admira, no conoce el trabajo que han costado. Cuando llegó la hora de comenzar la cabeza sus dudas y angustias se aumentaron; sin embargo, se puso a la obra, y bien luego el cincel obedeció al impulso de un pensamiento misterioso. La frente se redondeó sin esfuerzos, los ojos se modelaron como por encanto, suavemente abrigados bajo la sombra de sus órbitas, manifestaban el éxtasis del alma en oración. Los labios, rebosando de indulgencia y bondad, se entreabieron como para dejar el paso al soplo embalsamado; los cabellos, divididos sobre la frente en dos bandos, trenzados sobre las mejillas y levantados encima de la oreja, formaban el marco del óvalo gracioso del rostro. Al cabo de algunos instantes pasados en una muda contemplación, Mauricio retiró lentamente, con una complacencia secreta, todas aquellas partes que, a su juicio, le necesitaban. Adelgazó la nariz que no creía bastante fina, y dulcificó la curva de las cejas, que no le parecían suficientemente majestuosas. Por último arrojó sobre la mesa los instrumentos y retrocedió algunos pasos para juzgar mejor el efecto de su obra. En este tiempo entró Magdalena, y no le costó mucho trabajo reconocerle: aplaudió y dejó traslucir un contento sencillo; en tanto que Mauricio, confuso y turbado, no sabía que hacer, y se sonrojaba como una joven cuyo primer secreto acaba de ser sorprendido. Buscando el modelo que debía guiarle, había descubierto en su corazón la imagen de Magdalena, y sin quererlo y, aun sin pensar en ello, había reproducido fielmente los encantadores rasgos de su prima. Esto fue para él una viva luz, pero que tubo de desvanecerse al punto. Acaso podía Mauricio comprender esos castos preludios del amor, cuando no había conocido hasta entonces mas que la grossera embriaguez y los extravíos de la pasión? Sin embargo, desde aquel día, el malestar que experimentaba se fue aumentando cada vez mas, y la serenidad de su alma se fue turbando mas profundamente que lo que él mismo habría atrevido a confesarse.

Aquella estatua de Santa Isabel debía producir en su vida tormentos mucho mas crueles, y debía decidir acaso de su futura suerte.

La figura se hallaba aun en su estudio; habiéndose dicho que Mauricio no se atrevía a desprenderse de ella. Cuantas veces se habían presentado al contemplarla de parte del rico barón, otras tantas se había negado a entregarla bajo protestas más o menos espesas. Siempre decía que le faltaba alguna cosa, que tenía que perfeccionar algo con el cincel, pero, en realidad, el artista no tocaba nada su obra, contentándose solo con mirarla, como Pigmalión. Una mañana el mismo barón se presentó en persona. Alto, delgado, con los ojos azules y la piel blanca, la barba y los cabellos rubios, el barón era un hombre joven aun, que aparentaba muchos años que Mauricio, aunque era todo lo contrario. Sencillo y de buen gusto, su traje de pies a cabeza, era de una elegancia irrepachable. Entró fríamente, saludó con aire distraído, y después sin hacer caso de nada, se dirigió en derechura a la estatua de Santa Isabel y se puso a examinarla en silencio, de pie, inmóvil, con el cuerpo ligeramente inclinado, su anteojo en una mano, y en la otra su bastón y su sombrero.

— No me habían engañado, dijo por fin, sin volver la cabeza y como hablando consigo mismo; es el ideal que yo había soñado, es en efecto una obra maestra.

Y dicho esto abrió una cartera que había sacado del bolsillo de su levita, y tomó un puñado de billetes de banco que dejó con desuelo sobre una mesa de carpintero.

—No, caballero, no esclamó Mauricio, os suplico que no me deis mas de lo convenido. Volved á guardar vospapeles. Ademas esa sería una generosidad perdida, porque toda vuestra fortuna sería insuficiente para dar por mí obra el precio en que yo la estimo.

A estas palabras sir Edward, (este era el nombre del baron) levantó por primera vez los ojos sobre el escultor en madera. Aunque Mauricio estaba vestido con una blusa, en la blancura de las manos, en la pureza de las líneas de su rostro, así como en la ávida actitud de aquel joven, en cuya frente había vuelto á imprimir el trabajo la perdida huella de su raza, el baron conoció desde luego que aquel hombre no era un trabajador ordinario, y lo conoció, con tanto mas motivo, cuanto que el mismo se distinguía por la elevación de sus ideas, de la muchedumbre de los ricos: Confuso y algo turbado no quiso retirarse antes de haberse hecho perdonar su entrada demasiado británica. Sentado familiar-

mente en un sillón, se puso á conversar con Mauricio con una gracia inusitada en los labios. Le habló de su arte, hombre á quien le gustaba y que sabía apreciarlo. Discutió en un principio, pero al fin, el joven artista se fue

estudiando poco á poco por las espaldas de la mesa, que apenas lenguaje y de aquellas maneras. En aquel cuartito, cerca de aquella mesa de carpintero, en medio de los trozos de encina y de las asillas que había por el suelo, ambos hablaron como en un salón. Por un cálculo involuntario de la vanidad, en tanto que el uno se esforzaba en probar que había vivido siempre con el trabajo de sus manos, al paso que conocía todas las elegancias de la vida opulenta, el otro trabajó de mostrar que á pesar de su riqueza conocía todo el valor del trabajo y de la inteligencia. De este modo entraron en graves asuntos de conversacion. Al oír á Mauricio, sir Edward no tardó en conocer que estaba hablando con uno de sus iguales, y Mauricio, al oír á sir Edward, reconoció que no está en la pobreza, el privilegio esclusivo de la sabiduría, y que todas las condiciones de la vida, desde la mas elevada hasta la mas humilde pueden dar fecundas lecciones á aquellos que quieran aprovecharse de ellas. Volviendo á la figura de la santa, el baron contó que su madre había llevado el dulce nombre de Isabel durante los pocos dias que había pasado sobre la tierra. Mauricio dijo tambien á su vez que la suya, muerta en la flor de su juventud, se había llamado del mismo modo, y esta coincidencia por poco importante que fuese, estableció entre ambos una especie de simpatía. En resumen, al cabo de dos horas, se separaron muy contentos uno de otro y casi amigos.

Este principio de intimidad no debía terminar aquí. Rico sin altanería, grave sin sequedad, expansivo, afectuoso, y decidior cuando llegaba el caso, sir Edward era uno de esos ingleses como se suelen encontrar cuando se tiene suerte. Pasaba generalmente por un hombre original y en efecto lo era. Inteligencia muy elevada, carácter leal, corazón generoso y caballeresco, naturaleza dispuesta á sacrificarse por sus amigos, sir Edward poseía sobre todo en grado eminente, ese sentimiento que hace que las almas delicadas disimulen las ventajas que les prodigara el acaso del nacimiento, sentimiento que podría llamarse el poder de la riqueza. Mas dichoso y mas fuerte que Mauricio, había atravesado las borrascas de la juventud sin dejar en ellas un solo ápice de su pureza: el naufragio de sus ilusiones no le había estraviado

en su camino, y no le había autorizado á si propio como Mauricio por algunas decepciones vulgares, para maldecir á la humanidad entera. Cuando aprendió á conocer los hombres, no se creyó obligado á aborrecerlos ni á despreciarlos. Con la experiencia de un anciano, tenía el entusiasmo de un poeta y el candor y la sencillez de un niño. Ademas, por un raro privilegio, poseía dos facultades que parecen escluirse desgraciadamente: sabía como los que no pueden amar ya, y amaba como los que no saben todavia. A esto se unia tambien que había fecundizado su inteligencia con el estudio y los viajes. Dotado de un vivo instinto de lo bello en las artes, honraba el talento, y profesaba el culto del genio. Hacía muchos años que pasaba los inviernos en París en la intimidad de algunos artistas escogidos; las reuniones le gustaban poco, y así se le hallaba mas facilmente en los estudios de artista que en los salones.

En poco tiempo hizo varias visitas á Mauricio. Llegaba despues de las doce con muy buenos cigarrros, se sentaba en el borde de la cama y se ponía á fumar, en tanto que Mauricio hablaba con él y trabajaba al mismo tiempo en el no-

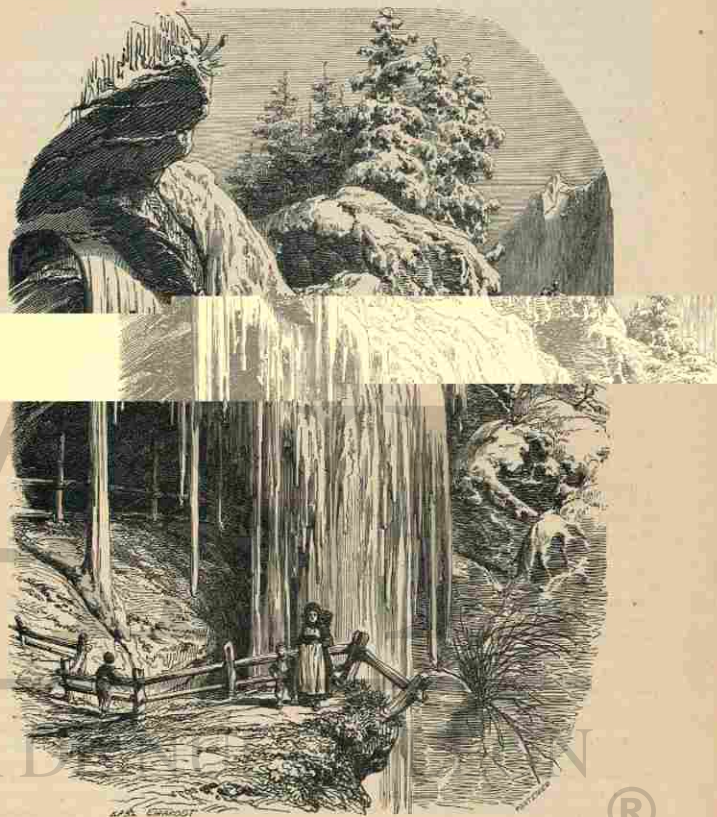
ta. Sir Edward se levantó un día con un marcial empuje, y se puso á conversar con Mauricio con una gracia inusitada en los labios, como si quisiera sentirse un poco junto á él. Estos dos jóvenes acordaron por quererse de veras. Mauricio había llegado insensiblemente á un punto de vista que le permitía ver las cosas de una manera que él mismo no había visto antes.

En un momento de estos pensamientos voló un pensamiento prudentemente sobre los desires de su pasada vida, hablaba con énfasis de su hermana que trabajaba bajo el mismo techo. Sir Edward, gracias á su tierna naturaleza y á su organización poética, se complacía oyendo los relatos de aquella existencia fraterna; pero aunque deseaba conocer á aquella jóven hermana, no se había atrevido á suplicar á Mauricio que le presentase á ella y, cosa extraña! á pesar del sincero afecto que le profesaba, Mauricio guardaba acerca de esto el mas absoluto silencio, como si hubiese presentado que en ello estribaba la ruina de su felicidad. Ay! Nadie en el mundo se sustrae de los rigores del destino! Un día que el baron se hallaba con Mauricio, entró en el aposento Magdalena. Mauricio le había hablado mas de una vez de su nuevo amigo, y la jóven que se regocijaba al ver que iban floreciendo nuevamente y uno á uno todos los buenos sentimientos en un corazón tan largo tiempo devastado, Magdalena había favorecido constantemente el desarrollo de aquel cariño naciente. En presencia de sir Edward, la jóven se mostró tal como era naturalmente; sin embargo, con la idea de agradar á su primo, y ademas como había comprendido que aquel jóven era digno de toda su confianza, estuvo mas franca y alegre, como se dice vulgarmente, que lo que habría exigido acaso la circunstancia de una primera entrevista. Al cabo de una hora se retiró dejando extasiado á sir Edward.

—Teniais muchísima razon en ponderarme los encantos de vuestra hermana, esclamó con entusiasmo cuando se retiró la jóven; y aún en este instante me parece que hablarais muy friamente de tantas gracias y virginales seducciones. Jamas un alma mas pura ha iluminado un rostro mas dulce! Ahora comprendo que es fácil el crear obras maestras; la belleza del modelo esplica el genio del artista. Amigo mío, la fortuna os ha tratado con menos dureza de lo que había creído, puesto que os ha conservado un tesoro de tan alto precio.

(Se continuará.)

LA CASCADA DEL GIESSBACH.



Cascada del Giesbach.—Dibujo de M. K. G. GILBERT.

De todas las cascadas de la Suiza, la preferible es la del Giesbach. El Reichenbach tiene mas abundancia en las aguas, el Staubbach, mayor altura, y la catarata del Rhin es mas imponente; pero ninguna de ellas se espasce con tanta gracia en medio de un paisaje mas pintoresco. Desde la pradera situada en frente de la cascada principal, se vé el arroyo que se precipita en un medio de la verdura, porque el suelo desaparece completamente bajo los musgos y los altos matutales de que está cubierto. Los árboles y los arbores se inclinan por encima de las aguas espumosas, y entonces parece que el Giesbach cae del cielo á través de las hojas del bosque. Bien luego el agitado arroyo llega al fin de su rápida

carrera y se pierde en el apacible espejo del lago de Brienz. Una de las cascadas del Giesbach se lanza desde la cresta de la roca dejando un intervalo entre si y la pared vertical de la roca. Nada puede imaginarse mas hermoso que aquel paisaje visto á través del cristal transparente, y el aspecto de aquella masa de agua que se precipita incesantemente con un estrépito horroroso por encima de la cabeza del viajero. Algunos ricos viajeros han hecho fluminar el Giesbach. Por la noche se ponen antorchas y encienden hogueras entre la roca y la cascada; dice que eso produce un magnífico espectáculo, pero es sensible que haya hombres cuya imaginacion necesite excitarse de ese modo, y que no

reciban una impresión suficiente a la vista de las grandes montañas y de los espesos bosques por entre los cuales precipita sus blancas aguas el Giesbach. En una noche serena, cuando la luna sube al firmamento, cuando el lago está sosegado, y que todo es silencio en la naturaleza, excepto la solemne voz de la cascada, nada podría pintar las emociones de que se llena el alma, y las ilusiones que pasan por la mente.

Es muy raro que los viajeros, suban del Giesbach al Faulhorn, y sin embargo es el mejor paseo que se pueda dar en los Alpes. Durante largo tiempo, se sigue el curso del arroyo que vamos a tomar en su nacimiento, hasta llegar a su última cascada.

Entre el Faulhorn y el Wildgössi, a 2300 sobre el nivel del mar, un estrecho y negro valle, llamado el Valle de las Perdiidas de nieve, se extiende de pendiente a oriente. rodeado de sombrías montañas que se elevan verticalmente como muros gigantescos, esa garganta no recibe jamás un rayo de sol; jamás la tierra se deshace allí enteramente, ni aun en los años en que son muy fuertes los calores. Dos lagos solitarios que apenas se deshuelan durante algunas semanas en el estío, ocupan el fondo del valle. Negros, fúnebres é inanimados, casi siempre cubiertos con una costra de hielo ó de una capa de nieve, se asemejan a aquellos lagos infernales descritos por el Dante. El uno se llama, lago de las Brujas y el otro lago del Granizo: en ellos tiene su nacimiento el Giesbach. Una de las corrientes sale a cielo abierto del lago de las Brujas, y la otra va por un conducto subterráneo del lago del Granizo. El 28 de Julio de 1834, ese último lago continuaba helado y así permaneció todo el estío; la temperatura del lago de las Brujas era de 0°, 7; la del Giesbach, al salir del canal subterráneo del lago del Granizo, 10° 8; la del aire 3° 4.

Los dos nacimientos del Giesbach se reúnen bien luego y forman la primera cascada cayendo por uno de los declives principales del Faulhorn, llamado Tschingel-feld. Allí recibe el Giesbach muchos contribuyentes, y pasa luego por una bendicida de una espantosa profundidad que segura dos terraplenes y no deja mas paso que para el arroyo. Al salir de esa bendicida de donde parece escaparse con gran alegría, tan rápidamente corre en aquel sitio, sus agitados aguas se calman de repente, y entran en un pequeño valle lleno de árboles. Aquí el arroyo serpentea lentamente en medio de la yerba, pero este descanso dura poco; llegado a la extremidad del valle se precipita de calida en calida hasta el lago de Beten, de una altura de 500 metros. Un gran número de estas cascadas están ocultas entre las bayas por lo que sería muy difícil seguir constantemente el curso del arroyo. Algunos montañeses lo han hecho sin embargo, dando a las catorce caídas principales los nombres de los ciudadanos que han honrado a la república de Berna.

Estos nombres son:

Berthold de Zaeringen, fundador de la ciudad de Berna.
Cuno de Bubenberg, arquitecto de la ciudad.

Valo de Grayères, que salvó la bandera en la batalla de Schloschalden.

Los nueve hermanos que sacrificaron sus vidas por la patria.

Ulrico de Erlach, el héroe de la batalla de Dornmuelli.

Wendtschütz, salvador de la bandera en Lauhechstalden.

Rodolfo de Erlach, el vencedor de Laupen.

Hans Matter, uno de los inmortales combatientes de la batalla de Santiago.

Nicolas Scharnachtal el héroe de Granson.

El tesoroer Frankin.

Hans de Halwyll.

Adriano de Bubenberg, el héroe de Morat.

Franz Nægeli, que conquistó el país de Vaud.

Nicolas-Fedorio Steiger.

De este modo el pueblo de Berna agradecido ha consagrado a la memoria de esos grandes ciudadanos inmortales monumentos. En tanto que las aguas del Giesbach caigan de la región de las eternas nieves, en esos valles habitados por un pueblo libre y feliz, se acordará de los hombres a quienes debe su felicidad. Demasiado pobre para elevar columnas de mármol y estatuas de bronce, les ha consagrado un recuerdo que durara tanto tiempo como duren las leyes inmutables de la naturaleza.

CHATEAUBRIAND

1801.

ALEJANDRO DUMAS.

(Véase las páginas 264, 262 y 261.)

Al pie de esos muros había un campamento de caballería turca rodeado de toda la pompa oriental. El guía exclamó: *El Cods* y bajó a galope.

Esa ciudad era Jerusalén: *El Cods* quería decir la santa. El peregrino había llegado al término de su viaje; aquí alla iba a arrojarse en el sepulcro de Cristo.

Casi en el mismo instante, como ya lo hemos dicho, un peregrino armado descubría las murallas de una ciudad, por el no menos deseada.

También en esta última había una tumba que visitar. Ese peregrino armado era Napoleón; esa ciudad en que entraba era Berlín; esa tumba que iba a visitar era la de Federico el Grande.

Ambos se hallaban de vuelta en Francia en Julio de 1807, el uno con la espada del gran Federico, — el otro con una botella de agua del Jordán.

Siete años después la espada fue reclamada por Federico Guillermo.

Catorce años después el agua servía para bautizar a Enrique V.

Napoleón se hallaba entonces en todo el apogeo de su gloria; la paz de Tilsit acababa de asegurarle su puesto entre los soberanos. Como César que nunca había tenido mas que una batalla dudosa, Napoleón poseía aun la virginidad de su victoria. Los tronos de la tierra eran suyos: la Francia como el mundo romano, ya no tenía límites.

Chateaubriand vió sin deslumbrarse aquella colosal fortuna (El que acababa de visitar Venecia, Corinto, Sparta, Atenas, Constantinopla, Tiro, Jerusalén, Alejandria y Tunez, el que acababa de ver a las naciones en su tumba, a las ciudades en su ruina, a tantas civilizaciones hechas polvo, no podía sorprenderse con ninguna gloria ni con el ruido de ninguna fama.

Y además, acaso no tenía tambien su obra religiosa que cumplir como tenía el otro su obra material? No tenía que dar su batalla de Eylan en favor de la civilización? Los *Mártires* no estaban llamados a producir la paz de Tilsit en la cristiandad?

Los *Mártires* se publicaron en 1809; Napoleón se hallaba á la sazón en España. A su vuelta se halló con el nombre de Chateaubriand en todas las bocas, y debió absorber aquella

gloria en uno de sus regios favores. En 1802 había establecido un premio decenal destinado al autor de la obra literaria que reuniera en mas alto grado, la novedad de las ideas, el valor como composición, y la novedad de estilo, é invitó á la Academia a que le diera su informe.

Desgraciadamente César había olvidado decir cual era el pensamiento que ocultaba bajo esta óglen. La Academia sabía que Chateaubriand se hallaba en desgracia, y presentó una lista á S. M. el emperador y rey, en la que el autor del *Genio del Cristianismo* brillaba por su ausencia.

Napoleón hubo de comprender que era necesario explicarse con mas claridad, y pidió un dictamen sobre el *Genio del Cristianismo*. En efecto, este dictamen se hizo y se presentó.

Después de los *Mártires*, se publicó el *Itinerario*. Napoleón hojeó el libro, y se encontró con esta frase:

«He visto a Ali Aga reír en Jericó con un árabe que le decía que si el emperador hubiese querido tomar á Jerusalén, habría entrado en ella tan fácilmente como un camello en un sembrado.»

Aquel mismo día Napoleón dejó caer esta pregunta:

— Porque no es miembro de la Academia M. de Chateaubriand?

Previsiblemente acababa de morir María José Chenier; un sílon estaba vacante, y M. de Chateaubriand salió nombrado por una fuerte mayoría.

Este nombramiento era el triunfo de la monarquía y de la religión sobre la revolución y el ateísmo.

M. de Chateaubriand tenía á la sazón 43 años, edad en que el poeta cansado de palabras quiso renovar las ideas: cansado de juzgar los acontecimientos quiso enseñar á los hombres.

M. de Chateaubriand no esperaba mas que una ocasión para reclamar el puesto que le era debido en la sociedad, esa ocasión fué el discurso que debía pronunciar al tiempo de entrar en la Academia.

Pero este discurso no podía pronunciarse sino con la aprobación previa de la misma Academia, y hi aquí lo que hallaron con la mayor sorpresa los académicos, en las primeras líneas del discurso:

«Los escritos de Chenier llevan el sello de los desastrosos días en que nacieron; dictados por los partidos, han sido aplaudidos por las facciones. Esta vez los intereses de la sociedad y los de la literatura no forman mas que un solo cuerpo, y á mi me es imposible olvidar esos intereses tan importantes, para ocuparme únicamente de verso y de prosa.»

No se podía pasar mas adelante; ocuparse de intereses políticos en tiempo de Napoleón, y en la Academia, era un insultado atrevimiento.

Entonces se trata de hacerle comprender que el poeta debe permanecer poeta, pero Chateaubriand se subleva contra ese extraño axioma.

(Se concluirá.)

EXPOSICION GENERAL DE LONDRES EN 1851.

El proyecto de una exposición universal de los productos de la industria nació en Francia, hace dos años. París debió dar ese grande y útil espectáculo en el estío de 1843; pero algunas personas manifestaron el temor de que con ese motivo podría alterarse la tranquilidad pública; y por otra parte, las cámaras de comercio, consultadas, contestaron que no había lugar á ejecutar un proyecto tan aventura-

do, por lo cual se debió renunciar á la exposición universal y se hizo solo una exposición ordinaria.

La idea abandonada en Francia, atravesó los mares, y ha llegado á cumplirse en Inglaterra. Bien luego se formaron comités bajo la presidencia del príncipe Alberto para organizar la exposición, realizándose prontamente una porción de suscripciones particulares.

El edificio, hecho por los modelos de M. José Paxton y Chassworth, es muy sencillo: forma un paralelogramo cuyos costados principales tienen 560 metros de altura, y al cual se halla unido otro sillon destinado para las máquinas de 285 metros de largo sobre 15 de ancho.

El edificio no halla situado al sur de Hyde Park, entre los sitios llamados Kensington — Drive y Rotten Row. En toda su longitud se han formado dos alas laterales de 20 metros de alto, encima de las cuales se establecen, en retreda, dos galerías superiores. La galería central alta de 33 metros se halla cortada por un crucero de la misma altura, que ha permitido el conservar uno de los mas bellos grupos de árboles del parque.

Los materiales que componen el edificio son el hierro, el cristal y la madera. El techo y las fachadas superiores son de cristal. El número de columnas de hierro colado y de forma circular, es de 3,300; 44,000 metros de tubos conducen las aguas pluviales á unas columnas huecas. La cantidad de cristales empleados es 313,000 metros, que pesan mas de 800,000 libras. La cabida del edificio es de 10,065,300 metros; la altura de la galería central es de 22 metros 96 centímetros; la de las galerías adyacentes de 16-86, y en fin, la de las galerías laterales de 10-76.

La plaza destinada á la exposición tiene de largo del E. al O. 562 metros 72 centímetros, y 189 de ancho. La sala destinada á las máquinas tiene 325 m. 75 c. de largo y 16 m. 70 c. de ancho. La grande galería presenta una superficie de 262,000 m.

De distancia en distancia hay sitios reservados para vender refrescos.

Todos los puestos acordados á los países extranjeros, comprendidos los Estados Unidos, se hallan al Este del crucero, en el piso bajo y en las galerías, en tanto que la Gran Bretaña, las Indias Orientales y las colonias británicas se hallan del lado del Oeste, menos algunos espacios que se han reservado aun para los Reinos Unidos en las galerías del Este.

De este modo la Inglaterra ha reservado la mitad del edificio para la exposición de sus productos y de sus colonias; la superficie acordada á la exposición francesa es de mas de 8,000 metros. La Inglaterra y la Francia se hallan colocadas del uno y del otro lado del crucero, en la actitud de dos rivales.

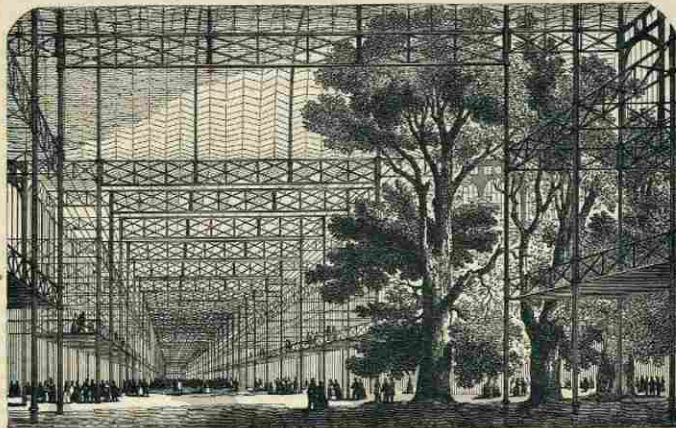
Las otras naciones vienen después, segun el número de sus productos. Entre las naciones que han respondido al llamamiento de la Inglaterra se citan: la Arabia y la Persia, la China, el Brasil y México, la Turquía, Grecia, el Egipto, la Italia, la España y el Portugal, la Sueda, la Bélgica, la Holanda, el Austria, la Alemania del Norte, la Dinamarca, la Suecia y la Noruega, la Rusia, los Estados Unidos de América etc.

La Inglaterra ha consagrado una suma de 500,000 francos para la distribución de recompensas entre los espouentes. El jurado se compone de un número de miembros que la mitad son ingleses y la otra mitad extranjeros; además cada ramo de industria tiene su jurado especial. El total de los jurados es de 270, y el de cada país se halla arreglado segun el número particular de sus espouentes.



EL PALACIO DE CRISTAL EN LONDRES.

(Véase la pág. 272.)



Vista parcial.—Dibujo de Paxman.

MAGDALENA

POR

JULES SANDEAU.

(Véanse las pág. 166, 169, 181, 189, 197, 206, 210, 217, 226 y 226, 232, 250, 258 y 2 66.)

Largo tiempo habría podido seguir hablando sin correr el riesgo de ser interrumpido. Inclinado sobre su trabajo, Mauricio daba mil vueltas á un trozo de madera, y ni aun parecía oír lo que decía Sir Edward. Aquel mismo día durante la comida y por la noche no se habló mas que del baron en el cuarto de Magdalena, Sir Edward con la elegante sencillez de sus modales, con las delicadezas de su lenguaje y la elevación natural de sus ideas, se había granjeado las simpatías de la joven que no se ocultaba para manifestarlas y felicitaba á su primo porque había contraído semejante intimidad. Las mujeres que nos aman tienen un maravilloso instinto para medir y apreciar de una ojeada el valor y sinceridad de las amistades que nos rodean. Ademas, Ursula por su parte, que había encontrado al baron en la escalera, se deshacía en elogios sobre su buena cara, y se negaba á creer que fuese inglés. Por último Marcelo, que pasaba las noches en casa de Magdalena, y que conocía hacia mucho tiempo á Sir Edward por haber hecho en su palacio muchos trabajos de ebanistería, contó de él algunos rasgos de jenerosidad que llamaron vivamente la atención de la joven alemana, en tanto que Ursula lanzaba gritos de admiración y de ternura. En medio de este concierto de alabanzas, Mauricio no permaneció silencioso. No obstante de esto padecía, aunque sin tratar de darse cuenta del malestar que experimentaba: padecía sin saber por qué, como las plantas enan-

do la tempestad se acerca, bien que el cielo esté puro y que ninguna nube turbe su limpidez al ménos en apariencia.

Desde aquel día Sir Edward tuvo entrada franca en el cuarto de Magdalena. Sus visitas, cortas y escasas en un principio se fueron haciendo poco á poco mas largas y frecuentes. Iba durante el día, y á veces volvía por la noche. Magdalena le recibía con el mayor agrado, sin tratar de disimular el placer que le causaban sus visitas. Mauricio la observaba muy inquieto, y aun solía tambien espiarle á ambos con ojos celosos. Había momentos en que el infeliz sentía contra su amigo una sorda irritación que no podía esplicarse. Bien luego creyó notar que su prima estaba mas reservada con él y mas expansiva con el forastero. Por otra parte, el baron no había vuelto á hablar del viaje que acostumbraba á hacer todos los años por aquella época. Una tarde que se atrevió á preguntarle por su viaje, el baron le respondió que ya no se marcharía, y Mauricio creyó ver que Magdalena le daba las gracias con una sonrisa. Este vago malestar, y esta misteriosa pesadumbre, acabaron por formar un carácter serio y alarmante; Mauricio buscaba la soledad, y se le había acabado el gusto por el trabajo; un mal desconocido le consumía. Lo mas extraño que había en todo esto, era que Magdalena, tan vivaz y perspéxica como era ántes, no parecía notar los nuevos cambios que había en su primo; hubiérase dicho que los ojos de Magdalena pertenecían esclusivamente á Sir Edward.

Una mañana que estaba sentado al borde de su cama, fríste, abatido y calenturiento, Mauricio vió entrar al baron, algo mas formal que de costumbre. Sir Edward se fué á sentar junto á él, y sin abrir la boca, se puso á trazar en el suelo círculos invisibles con la contera del baston, con el ademán de un hombre que va á hablar de una cosa importante sin saber como; en tanto que Mauricio le examinaba como si

hábiese adivinado que la tormenta cuyas influencias estaba sufriendo hacia mas de un mes, iba al fin á estallar sobre su cabera.

— Mauricio, le dijo por último con esa cordialidad que tan bien les sienta á los ricos cuando están tratando con la pobreza, he amado á vuestra hermana antes de conocerla. Al hablarle de ella me enseñasteis á amarla; mil veces la confundí con vos en un mismo sentimiento de cariño y respeto; la conocí y ese sentimiento se ha cambiado bien luego en amor: como podía ser de otra manera? Vos mismo podéis ser juez en el asunto; si no hubiese sido vuestra hermana, hubierais podido verla, sin adorarla? Nada se sabe sobre vuestra familia ni sobre vuestra suerte; es he visto vivir y esto me basta. Sois dignos de la apoplejía, como lo demuestra el modo con que habéis soportado el infortunio, y por mi parte creo haber demostrado que no soy demasiado indigno de la pobreza. Mauricio, en el día sois amigos, queréis que seamos hermanos?

— Mauricio, más pálido que la muerte, dejó caer una helada mano en la del barón.

— Sir Edward, respondió esforzándose por calmar la alteración de su voz, las palabras que acabo de oír nos honran igualmente á los tres; estoy tan profundamente conmovido como debo estarlo; pero Magdalena, mi hermana... sin duda, os ama? habéis logrado su consentimiento? por lo ménos habéis sorprendido el secreto de su alma?

— No, amigo mío, no; no sé si soy amigo, respondió modestamente Sir Edward, pero creo firmemente en la fuerza de atracción que tiene el amor verdadero, y me digo que acabo, por medio de una perseverante tenencia, por medio de un cariño sin límites, mi corazón concluirá por alcanzar la ternura del corazón que le quiere.

— Pero decidme, Sir Edward, qué Magdalena es la amada?

— Creo que no me mira con disgusto, y sin embargo ni mis labios ni mis ojos le han hablado nunca de amor. Antes de implorar su consentimiento, he tratado que mi libertad me imponía el deber de venir á solicitar antes el vuestro.

— Esta bien; dijo Mauricio tendiendo á su vez la mano á Sir Edward. No he esperado hasta ahora para saber lo que valeis; habéis adquirido mi estimación y mi amistad hace ya mucho tiempo. Yo consultaré con Magdalena, y si accede á vuestros deseos, puedo prometeros de antemano que vuestra felicidad no tendrá que temer ningún obstáculo.

El barón se retiró lleno su corazón de las mas dulces esperanzas. Si amaba á Magdalena, si no había podido ver indistintamente tanto candor y razón, tanta belleza y gracia, tan bien amaba á Mauricio con un vivo afecto, y lo que más entusiasmaba á aquel alma generosa y política, era el pensamiento de vengar á aquellos dos jóvenes de las injusticias de la suerte, restituyéndoles á la faz del mundo la brillante posición que habían perdido.

XVI

Mauricio cuando se quedó solo, se abismó en un caos de pensamientos tan confusos y de sentimientos tan contrarios, que el analista más sutil y consumado se habría visto apurado para reconocerlos. Después de haber hecho un supremo esfuerzo para acompañar á Sir Edward hasta la escalera, se volvió á su cuarto y se arrojó sobre la cama, como anonadado por las palabras que acababa de oír. Al pronto sintió horribles padecimientos, aunque desconocidos, y esta bor-

rosca fué seguida bien luego de una especie de desmayo. Por último el tumulto de sus sentidos se apaciguó, poco á poco se fueron aclarando sus percepciones, y al cabo su frente se iluminó con una dulce luz parecida á los primeros resplandores de la aurora. En efecto era la aurora de una nueva vida. Una llama celeste resplandeció en su mirada; una sonrisa de niño que se despierta entreabrió sus labios, pálidos y estremecidos todavía. Largo tiempo permaneció sumergido en un éxtasis mudo; por fin su conmovido seno se levantó; de repente una fuente de lágrimas brotó en sus ojos, un grito salió de su pecho, y como Lázaro resucitado, abrió sus brazos hacia el cielo. Rejistrando su corazón, Mauricio acababa de descubrir una flor, acabada de nacer, había respirado sus perfumes y esta flor se llamaba amor. Anula! Ah! Para comprender esa embriaguez es necesario haberla experimentado, es necesario, que á la vuelta de un proceloso otoño, se haya sentido renacer en el alma una segunda primavera; á beneficio del soplo divino de esa flor que se había creído agotada para siempre.

Pero aquella embriaguez fué muy corta; Mauricio salió de ella por medio de un brusco movimiento de cadera y de desesperación. Como un pájaro mortalmente herido en las regiones del aire, volvió á caer en el suelo de la realidad. El desgraciado amaba, cuando ya no era tiempo; legaba demasiado tarde á las puertas del Eden, entreveía la felicidad en el momento de decirle un eterno adios. Su violenta austeridad se reanuda por última vez, y entonces se desahogó en odiosas imprecaciones contra Sir Edward que le robaba su vida, y en el estorbo de su dolor tampoco perdonó á Magdalena. Acordóse de la actitud de su prima en aquellos últimos días; la vio risueña con el barón que la devoraba con los ojos, y sentía su pecho desgarrado por todas las serpientes del inferno. Ni siquiera lo quedaba el consuelo de poderse figurar que se engañaba. Aun cuando no hubiese observado á aquellos dos jóvenes, aun cuando no hubiese seguido con ojos inquietos el progreso de su mutua pasión, el vago malestar de que se hallaba acometido habría debido advertirle ya de su peligro, y el martirio que sufría en aquel instante lo demostraba bien claramente que Magdalena amaba á Sir Edward. Agitado de este modo se poseaba á grandes pasos por su cuarto, cuando de repente se detuvo avergonzado: reflexionó y enrojó de súbito.

— De qué te quejas miserable! exclamó bajando la cabeza. Apenas has salido del fango por donde has arrastrado tu juventud, y ya sientes no ser amado, ya te indignas al ver que te prohíben un noble corazón, una virtud sin mancha, una conciencia que siempre tu sola recta! Qué has hecho para merecer esa ternura que hoy te parece el bien supremo? Durante mas de dos años que has tenido á tu lado ese tesoro, que has hecho para hacerlo digno de merecerle? Le has desconocido, le has despreciado, le has hollado á tus pies, y ahora no puedes soportar el pensamiento de que otro le posea! En premio de los ultrajes que le has proferido no te basta que la adorable criatura que Dios tibia puesto bajo tu guarda le haya sacado del fondo del abismo y que haya lavado las manchas de tu alma? En premio de tus cobardes afrentas, por salario de tu furia y de tu conducta infame, te parece que debías obtener su amor! Ah! calla, permanece en la sombra, y da gracias al cielo por haberte acordado el don de poder amár!

Nunca Mauricio había llorado con tanta amargura las faltas de su pasado, nunca el recuerdo de sus extravíos le había hecho verter lágrimas tan amargas y ardientes, nunca el recordamiento de sus malos días le había sido tan duro

insuportable. Por la primera vez media toda la estension de su ruina; su alma acababa por fin de abrirse al sentimiento de la felicidad que había tenido junto á sí, y del cual no había sabido aprovecharse. En aquel momento se decía: si hubiese seguido siempre como Sir Edward la línea inflexible del deber, me hallaría ahora bajo el techo de mis padres, junto á Magdalena que me amaría acaso, porque hubiera permanecido digno de su amor.

El verdadero amor es humilde, resignado, y se halla siempre dispuesto al sacrificio. Qué podía ofrecer Mauricio á su prima? Por mucho que hiciera, á pesar de su valor y su perseverancia, á pesar de la voga de que gozaban sus obras, y aun suponiendo que esa voga fuese duradera, nunca podría ofrecerle mas que una existencia miserable, en tanto que casándose con Sir Edward, Magdalena volvería á ocupar en la sociedad el rango que la pertenecía, y que nunca habría debido abandonar. Además si experimentaba hacia el alma afecto, con qué títulos podía Mauricio oponerse á aquella inclinación? No se hallaba por el contrario en el deber de fomentar ese sentimiento con todas sus fuerzas, no debía sacrificarlo todo á la felicidad de Magdalena? Por todas estas razones se decidió bien luego á tomar un partido definitivo.

Triste y silencioso, aunque sin mal humor, pasó la noche con su prima, como lo tenía de costumbre. Por uno de esos contrastes tan frecuentes cuando hay intimidad, la joven alemana estaba aquella noche leal de contenta; Mauricio la observaba con un aire de resignación risueña, sin solicitar una sola palabra, sin buscar una sola mirada que pudiese quebrantar su resolución. Únicamente cuando se retiró, suplicó á Magdalena que se pusiese al piano y que cantase el Adios, esa melodia de Schubert que ya otra noche le había conmovido profundamente. La joven condescendió gustosa á satisfacer ese capricho. Nunca había estado tan tierna cantando. Cuando acabó, Mauricio se levantó, tomó en sus manos las manos de su prima, las llevó respetuosamente á sus labios, y después salió para descargar su corazón del duro peso que tanto le oprimía.

— Estáis triste, mi joven amo, qué tenéis? le dijo Ursula deteniéndole en la antecámara.

— Nada, mi buena Ursula, respondió Mauricio contentándose. Ya sabéis que desde hace algun tiempo mis tristezas no son peligrosas. Mira, para distraerme, dame un beso; estoy seguro de que eso me aliviará un poco.

Ursula saltó al cuello de su hermano de leche, quien la estrechó fuertemente entre sus brazos. Una vez solo, Mauricio no pudo contenerse mas, y estalló su desesperación en sollozos, en torrentes de lágrimas. Este fué el último tributo que pagó á la flaqueza humana. Al otro día, levantándose al salir el sol, se inclinó sobre su mesa de carpintero, y allí para que nada faltase á la inmólacion de sus esperanzas, ahogando los gritos de su alma, escribió lo siguiente con mano firme:

— Magdalena, he cumplido mi promesa. Me suplicasteis que viviera dos años á vuestro lado; el término fijado por vos misma ha espirado ya hace algunos meses. Me pedisteis dos años de abnegación y de sacrificios y solo vos quien ha representado entre nosotros este papel. Habéis hecho por mí, mucho mas de lo que yo he hecho por vos. Al darme á conocer lo que vale el trabajo, la grandeza y la santidad del deber, habéis casi borrado en mí hasta la huella de mis extravíos. En cualquier poventar que el cielo me reserve, siempre os profesaré un sentimiento de eterna gratitud; pero no quiero ni debo aceptar por mas tiempo el sacrificio á que estais resignada con tanto valor. Seria un egoísta grosero

de mi parte que no podría nunca perdonarme. Pero ya no se trata mas de mí, sino de vos y de vuestra dicha. Sir Edward os ama y es digno de vuestro amor; os colocará en el rango que merecéis, y como me profesa un afecto tierno, se encargará de satisfacer la deuda que habría debido pagaros yo. Quedos con Dios, me marcharé, pero no tengais cuidado ninguno por mi destino. En cualquiera parte en donde me halla, ya sabéis que con mi trabajo, puedo cubrir todas mis necesidades. Si se me acabasen las fuerzas, si otra vez me desalentase, me bastará, para levantarme, el mirar al fondo de mi corazón donde siempre encontraré vuestra imagen. Voy á volver á ver el palacio de mis padres; es una legitima reparación que debo á la memoria del caballero, y ademas quiero mostrarle puro y resignado en aquellos lugares que fui desgraciado que viví. Mi padre ha muerto lejos de mí sin estrechar mi mano entre las suyas; esta piadosa peregrinación acabará de apaciguar la turbación de mi conciencia. Enseguida iré con paso firme á donde quiera conducir-me el Señor. De nuevo os digo á Dios, Magdalena; sed dichosa y en tanto que bendigo el recuerdo de los días que hemos pasado juntos, hago el cielo que ese mismo recuerdo no sea demasiado amargo para vos.

= Vuestro hermano,

MAURICIO.

Cerró esta carta; trazó en el sobre el dulce nombre que debía llevar toda su vida en adelante, y la puso en evidencia sobre el mármol de la chimenea. En aquel mismo instante vio á Mauricio y á su mujer que estaban trabajando ya junto á la cama de sus hijos y les saludó con un ademán afectuoso. Después de haber contemplado por espacio de algunos instantes con ojos envidiosos la paz y la felicidad de aquella modesta familia, empezó sus preparativos de viaje. En un cuarto de hora estuvo listo todo. Entonces se cifó en torno de su blusa su cinturón de cuero, se echó al hombro el sacco mullido que encerraba toda su fortuna, asíó con resuelta mano el palo del obrero que viajó, y por último después de haber echado una última mirada por aquel cuartito en donde había entrado andróguido por el egoísmo, ajado por la ociosidad envuelto por el desdén, salió de él rejuvenado por el trabajo, rejuvenecido por el amor y santificado por el sacrificio.

(Se concluirá.)

LOS TEMPANOS DE NIEVE.

Los tempaños de nieve son el azote mas terrible que amenaza á los habitantes y viajeros en los países montañosos. Muy ligüeres relaciones han sido hechas sobre los desastres que causan, y aunque la imaginación del hombre se complace á veces en exagerar la pintura de las cosas funestas, se puede asegurar que aqui la realidad no es inferior á las horribles descripciones. La erupcion de un volcan presenta un espectáculo mas vasto y espantoso todavía, pero tambien este accidente es mucho mas raro. Ademas, siempre se conoce de antemano; la tierra quita y tiembla, y ordinariamente los infelices que se hallan amenazados tienen tiempo para escapar. Los tempaños de nieve suspendidos incessantemente sobre la cabeza del pobre pastor, se desprenden tan inopinadamente que es imposible libertarse de ellos.

Por terrible que sea este fenómeno, no es otra cosa sin embargo mas que la consecuencia fortuita de un inmenso y del benedicto de la naturaleza; esas provisiones de nieve amontonadas en las montañas, alimentan nuestros ríos du-

rante todo un año. Porqué hemos de quejarnos de que á veces esos póstos del cielo scumban bajo su peso? Tal es la ley universal de la naturaleza.

Los alemanes han dado á los témpanos de nieve el nom-

bre de *lavinen* ó *lavunen* cuya etimología parece derivada del verbo *laven*, deshacerse; porque en efecto las nieves que se deshacen son la causa de la caída. Si durante el curso del invierno se ha reunido una cantidad considerable de nieve



Los témpanos de nieve.—Composición y dibujo de Karl Grieshaber.

que cubre las rocas, cuando los primeros vientos de la primavera la liquidan, cae en masas sobre las pendientes inferiores, aumenta en volumen á medida que baja, y se precipita en el fondo de los valles con una espantosa violencia. Mas fuerte que los torrentes, desarraiga hasta las mismas rocas arrastrándolo todo con ella, dejando sobre su huella ruinas

y una desolacion muchas veces irreparable. Aun los objetos que se hallaban cerca, experimentan efectos desastrosos; se han visto chozas destruidas, y frondosos árboles derrumbados por el soplo de los témpanos de nieve.

Se sabe con bastante exactitud cuales son los sitios mas expuestos á la clase de témpanos que acabamos de describir

y que se llaman de *primavera*; pero son muy peligrosos, tambien los que los montañeses de los Alpes llaman *frías* ó *ventosos*, porque son ocasionados por el viento. Cuando llegan á soplar sobre las rocas cubiertas de nieve acabada de caer, ó en los sitios que todavia no se han descargado de su peso, basta con algunos copos que caigan por las cuevas para determinar la formacion de un témpano. Los de esta clase no son tan compactos como los otros, de modo que no causan los mismos estragos que los primeros.

Los viajeros se admiran muchas veces de encontrar en el fondo de los valles, aun á fines del estio, montones de nieve; son los restos de un témpano, rodeado de rocas y de troncos de árboles, como se vé á un guerrero moribundo rodeado de los vencidos inmolados por un postrer esfuerzo.

Los anales de los paises montañosos están llenos de narraciones que recuerdan las catástrofes causadas por los témpanos de nieve. En 1477, una de esas terribles masas enterró á sesenta soldados suizos con muchos caballos, en el paso de San Gothard. En 1501 unos cien hombres perecieron del mismo modo, atravesando el San Bernardo. El 25 de enero de 1689, casi toda la aldea de Saas en el Pretigau, pais de los Grisons, fué destruida por un témpano que mató á cincuenta y siete personas.

CHATEAUBRAND.

por

ALEJANDRO DUMAS.

(Véanse las p. 244, 252, 264 y 270.)

Luego acerca de la libertad, de esa divinidad que todos los grandes hombres adoran, el autor de los *Mártires* añade:

«Hasta nuestros caballeros, si saliesen de la tumba, seguirían las luces del siglo: se formaría una ilustre alianza entre el honor y la libertad, como en tiempo de los Valois las almenas góticas coronaban con una gracia infinita en nuestros monumentos los órdenes tomados de la Grecia. Acaso la libertad no es el primero de los bienes, la primera de las necesidades del hombre? La libertad inflama el jenio, eleva el corazon, y es tan necesaria al amigo de las musas como el aire que respira. Las artes pueden, hasta cierto punto, vivir en la dependencia, porque usan una lengua aparte desconocida para la muchedumbre; pero las letras que hablan una lengua universal, languidecen y espiran en las cadenas.»

De este modo el hombre que fué proscrito en 92 en nombre de la libertad, cuyo hermano fué guillotinado en 93 tambien en el mismo nombre, glorifica y confiesa en 1812 la libertad.

Sin embargo, Napoleón que habia dicho: «Si Corneille hubiese vivido en mi tiempo, le habria hecho principe.» Napoleón borró con su propia mano el discurso de M. de Chateaubriand, y prohibió que fuese pronunciado.

Este discurso borrado por Napoleón se halla entre los papeles del autor.

Chateaubriand se calló y esperó: acaso era profeta; acaso su ojo penetrante descubria en lontananza Moscu y Waterloo, y tambien Santa Elena, sombrío escollo, tumba resplandeciente!

Dios retiró en efecto su mano á Napoleón. Dos años des-

pues del incendio de Moscu, el emperador de Rusia entraba en Paris.

Pero su estancia será corta; sus soldados apenas tocarán el suelo de la Francia; el sol que debia alumbrarlos les deslumbró.

Dios llama á su elegido, y el gladiador, ensangrentado aun de su última lucha, va, no á combatir sino á entregarse en Waterloo.

Entonces Paris vuelve á abrir sus puertas al czar y á su ejército salvaje. Esta vez permanecerán tres años en las orillas del Sena esos hombres del Volga y del Don; y él, tan ciego durante su poder, como un labrador cansado de su trabajo despues de haber sembrado la libertad del mundo, se cruza de brazos y contempla á los puellios desde lo alto de la roca de Santa Elena. Entonces, tuvo acaso por primera vez la revelacion de su mision divina y dejó caer de sus labios estas palabras que nos trajo el viento de los trópicos:

«Antes de cincuenta años la Europa será republicana ó cosaca.»

Vamos á ver como M. de Chateaubriand contribuyó por su parte al cumplimiento de esa predicion.

Cuando cayó Napoleón, se oyó un jemido colosal lanzado por toda la Francia.

— ¿Quién reemplazará al emperador?

— El rey! respondió M. de Chateaubriand.

M. de Chateaubriand habria debido decir: LA CARTA.

El rey no era mas que una palabra; la carta era el todo.

M. de Chateaubriand hubo de comprenderlo así tambien. «Conformarse en todo con el espíritu de elevacion y de dulzura del Evangelio, marchar con el tiempo; sostener la libertad por la autoridad de la religion, predicar la obediencia á LA CARTA como la sumision al rey, hacer oír desde lo alto del pulpito palabras de compasion para aquellos que sufren, cualquiera que sean su pais y su culto, avivar la fé por el ardor de la caridad, esto es en mi opinion lo que debe devolver al cetro el poder legitimo que debe tener.»

Por eso Luis XVIII que acordó la carta como una condicion de su vuelta, y que ocultó en ella, en provecho de la monarquia, aquel famoso artículo 11 que debia matar á la monarquia; por eso Luis XVIII que se cruzó ya bastante fuerte para ser ingrato, se avergüenza de desembarazarse de M. de Chateaubriand. El folleto del EMPERADOR Y LOS BONAPARTES, la única falta política y literaria que pueda echarse en cara á M. de Chateaubriand; este folleto que le valió á la restauracion una BATALLA GANADA y que Luis XVIII no habria cambiado por un ejército, este folleto se ovidió, y M. de Chateaubriand recibió el nombramiento de embajador.

En el momento en que iba á partir, Bonaparte desembarca en el golfo Juan; da tres pasos, uno á Grenoble, el segundo á Lyon y el tercero á Paris.

M. de Chateaubriand se destierra al mismo pais y por la misma causa: llega á Gante con el rey, permanece con él, y con él se vuelve. Cortesano de la desgracia, acaso tenga el derecho de decir la verdad cuando los dias prósperos vuelvan!

Á su vuelta de Gante, M. de Chateaubriand es hecho par de Francia y consejero de Estado, y en respuesta á este doble favor publica la *MORABITA SEGUN LA CARTA*.

«La publicacion de la MORABITA SEGUN LA CARTA, dice el mismo M. de Chateaubriand, forma una de las principales épocas de mi vida; esa obra me hizo entrar en el rango de

los publicistas, y sirvió para fijar la opinión sobre la naturaleza de nuestro gobierno.

Como lo que á mí me sucede no se parece nunca á nada, la MONARQUÍA SEGUN LA CARTA me valió que me quitaran un puesto obtenido en Gante, y reputado como inamovible hasta entónces. Lo que yo sentía no era ese puesto, sino que tuve que vender mis libros, y sobre todo el pequeño retrato que había elaborado con mis niños, y adquirido con el fruto que saqué del *Genio del Cristianismo*.

De este modo el poeta se vio obligado á vender su casa y sus libros, un año después de la vuelta de aquella familia á la cual consagró su espada cuando era joven, y su pluma cuando era hombre.

El decreto contra el publicista á causa de su folleto, es compañero de la dimisión que dió por la ejecución de Villenaves; estos son títulos de nobleza personales del hombre; no pudiendo dar el texto de la dimisión, vamos á dar aquí el del decreto:

«El vizconde de Chateaubriand habiendo suscitado varias dudas en un escrito impreso sobre nuestra voluntad personal manifestada por nuestro decreto de 5 de setiembre, hemos mandado lo que sigue:

«El vizconde de Chateaubriand cesa desde la fecha de contarse en el número de nuestros ministros de Estado.»

Está muy bien: M. de Chateaubriand tendrá todo el tiempo necesario para ser publicista, y puesto que esa ciega monarquía no quiere que la sostengan, Chateaubriand la sostendrá por su cuenta.

Con el producto de sus libros y de su casa M. de Chateaubriand fundó el *Conservador*.

Rápidos fue cuando M. de Chateaubriand principió á notar que contra las leyes de la perspectiva, ciertos hombres disminuyen de cerca, en tanto que otros se agrandan alejándose. Luis XVIII en el trono no es más que un rey de mediana magnitud; Napoleón en su roca le parece un gigante.

Hé aquí lo que dice:

«Arrojado en medio de los mares donde el Camoens colocó el genio de la tormenta, Bonaparte no puede moverse en su roca sin que lo sintamos por un sacudimiento. Un paso de ese hombre en el otro polo se sentiría en este, si la Providencia nos enviase su azote una vez más; si Bonaparte estuviese libre en los Estados Unidos, sus miradas vueltas al Océano bastarían para turbar los pueblos del antiguo mundo, y su presencia en la ribera americana del Atlántico, obligaría á la Europa á acamparse en la orilla opuesta.»

Milton no ha dicho nada mejor sobre Satanás.

Dos años después que escribió estas líneas, el señor duque de Berri cae herido de una puñalada al salir de la Opera.

M. de Chateaubriand se estremece hasta el fondo del alma con aquel golpe inesperado; parecele haber sentido la punta del puñal que penetraba hasta las entrañas de la Francia. Vé por aquella herida no la muerte del heredero de la monarquía, sino la muerte de la monarquía misma. Es mucho peor que una derrota. En una derrota no hubiera reclamado otro auxilio que el de los vivos, mas sobre aquella tumba abierta como un abismo, Chateaubriand apela al socorro de los muertos. Oh! venga toda la casa de los Borbones, desde San Luis hasta Enrique IV, desde Enrique IV hasta Luis XIV, desde Luis X hasta Carlos X, y acaso no habrá bastante

todavía con los muertos y los vivos para sostener ese trono que flúbea, que va á caer, que cae!...

Ese prolongado grito de dolor que comienza por una evocación acaba por una profecía.

«Detrás de nosotros, dice M. de Chateaubriand, se eleva una generación impaciente á todo yugo, enemiga de todos los reyes, que sueña con la República, siendo incapaz, por sus costumbres, de virtudes republicanas; que se adelanta, nos empuja y que bien luego va á entrar en nuestros puestos; Bonaparte habría podido domarla destruyéndola ó enviándola á morir á los campos de batalla, presentando á su ardor el fantasma de la gloria, para impedirle el correr en pos del de la libertad.

«La nación pretende gobernarse por sí misma, y ya lo ha intentado; una nueva democracia traería un nuevo trastorno de las propiedades, la destrucción de todos los intereses nuevos, puesto que los antiguos se hallan arraigados. Oh! cuanto se arrepientan aquellos que se dejan arrastrar por las exageraciones populares!»

O poeta! O vates!

Un año después el ruido de otra muerte resonó en Francia como el último mugido de una tormenta atlántica; Napoleón acababa de espirar.

En 1822, una de las revoluciones que había sembrado el lustro muerto, resonó en España. Un congreso se reunió en Verona; M. de Chateaubriand y M. de Montmorency representaron en él la Francia; M. de Chateaubriand fué quien determinó la campaña de 1829.

«A la vuelta del congreso entró en el ministerio. Pero allí, siempre fiel á su sistema de equilibrio entre la monarquía y la libertad, olvidó en la Cámara de los pares el tomar después la defensa de la conversión de las rentas. Por eso una mañana antes de salir de las Tuillerías, entró en el ministerio de Negocios extranjeros y recibió el decreto siguiente:

«Luis, etc.

«El señor conde de Villèle presidente de nuestro consejo de ministros y ministro secretario de Estado, del despacho de Hacienda, queda encargado *interinamente* de la cartera de Negocios extranjeros, en reemplazo del señor vizconde de Chateaubriand.»

Este decreto iba envuelto en la siguiente carta:

«Señor vizconde:

«En conformidad á las ordenes del rey os transmito el adjunto decreto.

J. de VILLÈLE.»

M. de Chateaubriand respondió á M. de Villèle con el mismo lacónico:

«Señor conde:

«He salido del ministerio de Negocios extranjeros que queda á vuestras ordenes.

«F. de CHATEAUBRIAND.»

«Tomó, con que solís vos? le dijeron á M. de Chateaubriand, cuando le vieron volver á su casa de la calle del Enfer, en el momento en que menos se esperaban.

«Si, yo soy; me han echado como á un leaño.

Sin embargo, después de maduras reflexiones, el rey se quedó asustado de su ingratitude. M. de Chateaubriand fué

nombrado embajador en Roma, á donde llegó para ver morir á Leon XII y para asistir al conclave.

Luego como atraído por la desgracia, M. de Chateaubriand se separa de su embajada donde ha dejado un espléndido recuerdo, y se vuelve á Francia. Enfermo, va á tomar los baños de Dieppe, cuando de repente oye el ruido de una borrasca, pero ese ruido viene del mediodía y no del Norte, de París, y no del océano. Es el ruido del cañon de los Tres Días; es la monarquía de los Borbones que se derrumba.

De este modo llegan los días pronosticados, esa dinastía á la cual M. de Chateaubriand recomendaba con tanta premura el respeto de la carta, cae por haberla violado. Esa evocación del pasado, esa profecía del porvenir pronunciada por el poeta sobre la tumba del duque de Berri, no pudo prevenir nada.

La carrera política de M. de Chateaubriand ha concluido; no quiere sobrevivir á esa monarquía que defendió con su espada en 1791, con su pluma en 1814 y con su palabra siempre; protesta contra la revolución de julio, da su dimisión de par de Francia, entra en la vida privada y se retira á Suiza. La Suiza es su Santa Elena.

Desde Lucerna examina como desde un puerto ese océano en que ha cesado ya de navegar, y que sus pensamientos tocan á veces como un soplo, iluminan otras como un relampago, y sacien también surcar como una barrisca.

Allí fué á visitarle á la fonda del *Aguila de Oro*, nunca le había visto; era imposible ser más sencillo que M. de Chateaubriand; parecía haber olvidado el mundo enteramente. Es tan fácil que nosotros olvidemos el mundo, cuando el mundo se acuerda de nosotros!

Por esta época concluía su traducción del *Paraíso Perdido*.

Acabada esa traducción principió sus *Memorias de Ultra-tumba*.

Desde aquel momento M. de Chateaubriand cesó completamente de tomar parte en las cosas de la tierra. Su aliento continuo mezclado á la respiración general como una emanación mas poética y pura que la del vulgo, y eso fué todo. Sentado en el opuesto horizonte de la vida, con los pies en la tumba, vuelto hacia su cuna, evocó los acontecimientos y los hombres que hacia mas de medio siglo habían representado en la escena de Francia ese gran drama de las revoluciones que mira estremecéndose la Europa y que no se ha acabado todavía; dos ó tres veces la muerte impaciente, oyendo sonar para el poeta la hora ordinaria de los hombres, se presenta celosa de una existencia tan larga, tan grande y tan hermosa, para reclamar el impuesto supremo que Dios la ha encargado cobrar en este mundo, pero el poeta no había terminado su obra todavía. A cada vez le hizo una seña para que se espere, y la muerte esperó.

Al cabo, por la última vez llegó en días tan dolorosos, que el poeta la salió al encuentro y cerró los ojos diciendo: O muerte! aquí estoy; no vale el trabajo de continuar viviendo!

El señor vizconde de Chateaubriand, gran poeta, historiador magnífico, integro ministro, embajador llorado, murió en su cuarto de la calle del Bac num. 110 en París, á los ocho de la mañana del 4 de julio del año de 1818 en un estado próximo á la miseria.

M. Victor Hugo estaba en la Asamblea nacional en el mo-

mento en que le anunciaron la muerte de M. de Chateaubriand.

M. Victor Hugo se fué inmediatamente á la casa mortuoria.

M. de Prenti, sobrino de Chateaubriand, le precedía y le introdujo en el cuarto en que acababa de dormirse con el sueño eterno aquel hombre de tan augusta nombrada.

M. Victor Hugo que, cuando era niño, había sido recibido por M. de Chateaubriand, reconoció los antiguos muebles, nada estaba cambiado en el amueblado, bien que el aposento no era el mismo.

M. Victor Hugo entró con la frente descubierta en aquella morada doblemente apacible, primero porque era la morada de un poeta, y segundo porque era la morada de un difunto.

En una cama de hierro con cortina es blanca, detras de una hilera de luchones encendidos, con el cuerpo completamente envuelto en un paño mortuorio, M. de Chateaubriand se hallaba estendido en la inmóvil magestad de la muerte. Solo su cabeza estaba descubierta.

La hermosa y noble fisonomía del poeta, mas dulce quizá despues de la muerte que lo había estado cuando se hallaba en vida, aparecía luminosa y radiante en aquella sombra. Sus ojos estaban cerrados.

M. Victor Hugo permaneció largo tiempo con las manos cruzadas, y los ojos fijos en el ilustre muerto, tomó agua bendita y rocío al difunto.

Después salió.

Algo grande ocurrió de esa silenciosa entrevista entre el poeta muerto y el poeta vivo.

La Academia supo remida la muerte de M. de Chateaubriand; la sesión se interrumpió.

Los funerales de M. de Chateaubriand se celebraron el sábado 8 de julio en la Iglesia de las Misiones Estrangeras; el cuerpo fué trasladado con gran pompa á una isla de granito situada delante de San Maló; el sepulcro está encerrado enteramente por las aguas aun en las horas de las mareas bajas.

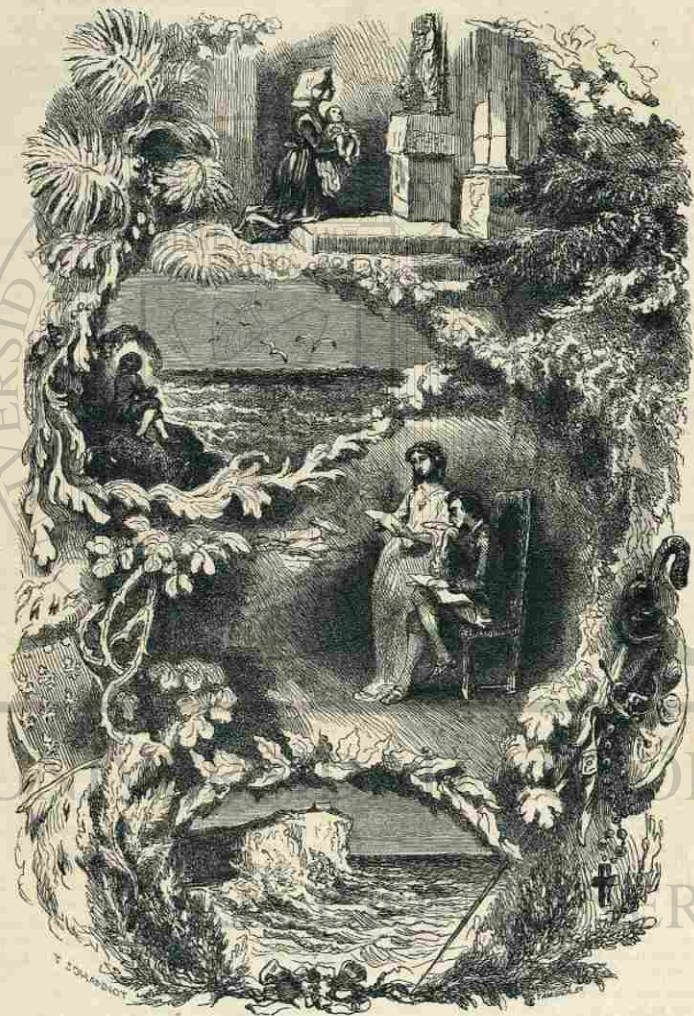
En esta isla fué donde la madre del poeta sintió los primeros dolores del parto: el que creta en la eternidad, ha querido simbolizar acaso la eternidad por esa vuelta de la muerte, al punto de salida de la vida.

Mucho tiempo antes M. de Chateaubriand se había ocupado de su tumba como Napoleón de la suya.

Pero un día la Francia irá á tomar el cuerpo de M. de Chateaubriand para llevarle á Pontion, como fué á tomar el de Napoleón para llevarle á los Invalides.

Y acaso sea este el último punto de comparación entre el poeta y el emperador!

El grabado que acompaña á esta última parte del artículo de M. Alejandro Pumas, puede considerarse como un resumen poético: al mostrarnos al autor de René cuando era niño sentado á orillas de la mar y mirando las bandadas de aliciones; adolescente cerca de su hermana Lucile entrando con ella en confidencias literarias; tendido en fin bajo la pradera del promontorio, en tanto que el Océano murmura al rededor de un mataelco, y al rodar esas diferentes escenas de los emblemas de la fe ó de la peregrinación, el artista parece haber querido manifestar los aspectos más seductores de ese gran genio.



MEMORIAS DE CHATEAUBRAND.—Composicion y dibujo de Tony JOHANNOT.

EL CANTON DE BERNA.



La rastrilladora de caféano, traje del Oberland (Berna).—Dibujo de A. VARIN.

El cantón de Berna es el mas grande, el mas poblado y parte occidental, pero confina con los cantones orientales, y uno de los mas hermosos de la Suiza. Se halla situado en la se halla tan bien rodeado al Norte, al Sur y al Oeste, por

otros cantones, que se le puede considerar como central, y parece predestinado, así como la hermosa ciudad de Berna, a ser el primero de la Confederación.

Sin salir del Estado de Berna se encuentran los dos lenguajes que se hablan en Suiza, los dos cultos, puesto que hay en él una minoría católica; las poblaciones pastorales, agrícolas e industriales; grandes ventisqueros, magníficas huertas, campos y viñas; en fin, la naturaleza de los Alpes y la del Jura, y en el intervalo, riquísimas colinas y llanuras.

Este cantón descuella por una nacionalidad muy pronunciada. La población es fuerte, generalmente hablando, y tiene una belleza muy notable en ciertos puntos. El carácter de sus habitantes es una mezcla de orgullo y de bondad junto con un espíritu de orden admirable; sin embargo, este país es una tierra de contrastes, que da margen a muchos vistosos al observador sin que nunca se caiga su curiosidad.

También es una tierra muy fecunda en recuerdos gloriosos: la población se enorgullece con su pasado, y conserva, por medio de monumentos y de fiestas, el recuerdo de sus héroes y de sus días de gloria; por esto no debe extrañar en el día que toda la Confederación se vaya agrupando en torno suyo rindiendo de este modo a la ciudad y al Estado de Berna una parte de la importancia y del brillo que tenían a fines del siglo último.

LENGUA Y LITERATURA PORTUGUESA.

La lengua portuguesa no es otra cosa que una de las infinitas ramificaciones del romance, así como el romance es una mezcla del idioma de los germanos y de los romanos, y por lo mismo convenientemente fundada la opinión que sostienen algunos humanistas, que aseguran que la lengua portuguesa es un dialecto procedente del castellano. Aparte de las numerosas diferencias que existen en su construcción y en la manera de pronunciarse, se ha desarrollado más pronto que nuestro idioma; entre ambos se observa la misma analogía que entre la lengua suya y francesa. F. João de Sousa ha escrito un excelente libro (*Portugal de lingua ardica em Portugal*) acerca de la influencia que el árabe ha ejercido sobre el portugués.

Diaz Gomez, poeta portugués, celebra con aquel estilo hiperbólico que tanto caracteriza al escritor lusitano, la riqueza y la armonía de su idioma nacional, añadiendo que los antiguos españoles le llamaban *la lengua de los flores*. Simondi dice que es el *castellano deshoñado* (vestido), y hasta cierto punto, no carece de razón porque los portugueses han eliminado de las palabras españolas ciertas letras intermedias y finales como la *r* por ejemplo, y al querer decir doctor dicen solamente *tor*, y en lugar de *Alonso*, se contentan con pronunciar ó escribir *Afonso*. La mejor gramática portuguesa es la de Pedro José de Figueira, y el diccionario más completo que poseen es el del brasileño Antonio de Moraes Silva. La lengua portuguesa es más adecuada que la española para la conversación familiar por su brevedad, su sencillez y su extraordinaria claridad; la abundancia que tiene de sinónimos, diminutivos y aumentativos contribuye sobre manera á que este idioma sea muy expresivo. El único monumento que existe de la antigua grandera de este pueblo es su idioma que es todavía el del comercio europeo en África y en las Indias.

La literatura portuguesa, que á la verdad no es muy conocida en España, es muy rica, y puede honjarse de tener otras muestras en todos los géneros, especialmente en las

poesías lírica y bucólica; pero por desgracia, la época de su gloria ha pasado. La poesía portuguesa tiene la majestad del sentimiento, mucha dignidad épica, animación, movimiento dramático, pero generalmente poca elevación en los ideas. De este defecto nos rechan la culpa los críticos extranjeros, asegurando que la dominación española y el yugo de la Inquisición han contribuido eficazmente al vicio rítmico que dan los portugueses á sus pensamientos, acusación que rechazamos como injusta por razones que todo el mundo comprende, y en su consecuencia ajenas de nuestro asunto. Durante los reinados de Felipe IV y V se lanzaron los portugueses en el terreno de la imitación servil de la literatura francesa. E introdujeron igualmente que nosotros muchos galicismos en sus composiciones; pero durante la administración de Pombal se esforzaron los poetas de aquel tiempo en sacar la lengua de aquel estado de ensimbecamiento á que había succumbido, y desde entonces comenzó á ser la prosa más pura y más sencilla. Pombal destruyó de las cátedras de Coimbra la lógica y la metafísica escolástica; á pesar del estado de la filología se halla todavía bastante descuidada, y no se traduce absolutamente más que á los poetas antiguos. Si hemos de dar crédito á Balbi, no existen más que ocho escuelas en todo el reino donde se enseña el griego. Los portugueses en mayor parte deben a los judíos sus primeras nociones de la filosofía, de botánica, medicina, astronomía y cosmografía. Las ciencias — y hablanos con particularidad de las matemáticas y de la historia natural — se cultivan muy poco. Portugal tiene sobre tres millones de habitantes, y no exageramos al decir... al asegurar, que las obras científicas no encuentran hoy quinientos lectores.

Según Balbi, se han impreso en Portugal desde 1804 á 1819 cerca de mil ochocientos obras, de las cuales, mil doscientas han sido originales, cuatrocientas treinta traducciones, y las restantes ediciones nuevas. La academia de Ciencias y la universidad de Coimbra, publicaron en este mismo período ciento diez y seis libros. En todo Portugal no existen más que diez y siete imprentas; una en Coimbra, tres en Oporto y trece en Lisboa, y solo en estas tres ciudades se encuentran grandes bibliotecas y librerías.

El estilo de los prosistas portugueses es por lo común alambicado, oscuro y redundante. Excepto un elogio de D'Alembert por Stockler no se encuentra en las *Memorias de literatura portuguesa* publicadas por la Academia de las Ciencias, sino muy pocas disertaciones dignas de interés. Stockler, de origen alemán, es muy conocido por sus escritos de matemáticas, por sus observaciones acerca de la historia y por algunas poesías líricas. Los portugueses han formado su novela traduciendo las mejores obras que de este género se han publicado en Inglaterra y Francia, y lo más notable que poseen relativo á escritos originales, tiene cierta analogía con los antiguos cuentos caballerescos de España y Francia. A la cabeza de estos libros aparece *Menina e Moça* de Bernardino Ribeiro. Montemayor introdujo este género en España, y después pasó á Alemania y seguidamente á Francia. La novela nacional portuguesa, y la más recomendada entre ellas es la *Historia de Carlos Mogho, e dos seus pares de Fraza*, por Gerónimo Moreira de Carvalho; á esta siguen el antiguo *Palmeirim de Inglaterra*, por Francisco de Moraes, al cual el cura de Don Quixote pretende preservar de la hoguera universal de los libros de caballería, y el *Felicidade independente*, del que se han hecho seis ediciones en español.

Para formarse una idea de las obras publicadas en Portu-

gal es preciso consultar el *Catálogo dos livros que se ha de ler para a continuação do dicionário de lingua portuguesa*, mandado publicar pela academia real das Sciencias de Lisboa. Por desgracia esta nomenclatura, únicamente destinada á los miembros de la academia no ha pasado aun al dominio del público. Los libros más antiguos datan de 1496 y 1502, y son los siguientes: *Livro da vida de Christi*, y una traducción del *Vingé á la India* de Marco Polo y de Nicolas Veneto, con una carta, por un genovés, Valentin Fernandez. En cuanto al *Diccionario de la Academia* no ha parecido más que un tomo en 1793. Existe una historia sucinta y compendiada de la lengua y de la literatura portuguesa en el prefacio de *Joaquim de Santa Rosa de Viterbo: Eneidazao das palavras, termos e frases que em Portugal antiguamente se usavao e que hoje regularmente se ignorao* y en el *Ensayo estadístico*, de Balbi.

La poesía portuguesa floreció ya, cuando la española y la de todas las naciones recientemente divididas estaban en la infancia; un escritor inglés observa con mucha razón, que este hecho denota en un pueblo una tendencia poética bastante pronunciada. Los poetas más antiguos de Portugal aparecen en el siglo XII: sus cantos son hoy poco inteligibles aun entre los mismos portugueses, mas en el siglo XIII la lengua tomó giros más conformes y regulares, y en su consecuencia la poesía adquirió desde entonces una ventajosa modificación demasiado notable. El rey Dionísio protegió extraordinariamente la literatura, y el mismo fue autor de varias poesías. En el siglo XIV se contaron en el número de los poetas portugueses á los reyes Alfonso IV y Pedro el Justiciero. Ya la poesía italiana ejercía gran influencia sobre la de Portugal: don Pedro hijo de don Juan II, tradujo los sonetos de Petrarca; pero solo en el siglo XV, en aquella época que puede llamarse tiempos heroicos de Portugal, es cuando la literatura brilla con todo su esplendor, y rivaliza un tanto con la nuestra. Se sabe por tradición que Juan II compuso cantos de un sentimentalismo elevado y de una esquisita sensibilidad; pero ni aun el incansable Simondi ha podido lograr, á pesar de sus constantes investigaciones, descubrir algunos de estos cantos entre el polvo de las bibliotecas. El *Concerno português*, descubierto por Joaquim Ferreira Cordo, en Madrid en 1790, contiene poemas de ciento cincuenta autores del siglo XV. Esta colección no se ha publicado, y solo conocemos de ella lo que se halla en las Memorias de la literatura portuguesa. El primer poeta verdaderamente célebre de Portugal es Bernardino Ribeiro, que floreció en el reinado de Manuel (1495—1521). Fue el inventor de aquella vívida ideal de los pastores, de cuyo género se ha abusado tanto; parece que este poeta gozaba de un grande favor en la corte. El almirante y gobernador de Madeira, Christovao Falcao, contemporáneo de Ribeiro, ha consagrado más de noventa versos para pintar los sufrimientos del amor desgraciado. Citaremos también á Francisco Sá de Miranda (que murió en 1558). Existen de este poeta dos comedias, *Os Estan jélicos* y *Os estabulpanis*, en el segundo tomo de la edición publicada en 1771; pero sus mejores obras son sus poesías líricas y didácticas. Antonio Ferreira es comparado á Horacio por sus compatriotas. Sus *Poemas lusitanos*, se dieron á luz en Lisboa en el año de 1598, siendo la edición más reciente la que apareció en 1774; su tragedia de *Inés de Castro* se encuentra en el tomo segundo de sus obras, cuya producción vemos catada sobre los modelos que nos han dejado los griegos. Sá y Ferreira pueden ser considerados como los primeros clásicos portugueses. A estos siguieron Pedro de

Andrada Caminha, y Diego Fernandez Pimenta, á quien Simondi compara con Marini; pero el más célebre de los poetas portugueses, es indudablemente Luis de Camoens, autor de la primera epopeya desde la época del renacimiento. Tomás José de Aquino, y Fernando Lobo de Sarrupilla, han publicado la mejor edición de sus obras. — *Obras de L. de Camoens, principaes poetas de Hespanha*; esta edición va precedida de un discurso preliminar, de una noticia biográfica, y enriquecida con un vocabulario; sin embargo, en 1890, apareció en Coimbra una elegante edición de las *Lusíadas*, adornada con infinitos y buenos grabados. La primera de todas fué publicada en Lisboa en 1574. Las *Rimas carvas*, de Camoens, con un comentario de Manuel de Faria e Souza, aparecieron en Lisboa en el año de 1685.

El héroe de la epopeya de Camoens, es la patria; el poeta se ve allí animado de un fuego sagrado que le devora; el noble orgullo que le inspira la gloria de sus compatriotas brilla en sus versos con arranques, llenos de sentimiento y grandeza; las demás producciones de este poeta participan de la misma índole; tienen una tendencia igual, y al examinarlas detenidamente las encontramos inspiradas por el mismo amor. En sus obras dramáticas escogió por modelo á su compatriota Gil Vicente, que falleció en 1537. La colección de las obras de este último, quien mucho antes que los poetas ingleses y españoles, gozaba ya de grande celebridad, apareció en Lisboa en 1562. (*Complazao de todas las obras de Gil Vicente, a qual se repario en cinco libros*.) Gil Vicente fué el predecessor de Lope de Vega y de Calderon, quienes caminaron por las huellas que aquel había trazado. Sin embargo, la poesía dramática no la cultivaron muchos los portugueses, porque tenían una inclinación bastante pronunciada por los escritos pastorales. Francisco Rodriguez Lobo, escribió novelas en este género demasiado insipido y monótono, aun cuando en honor de la verdad, se encuentran allí algunos romances y canciones, que tienen un verdadero carácter poético. El poema heroico de *Niões Alveaz Pereira*, gran condesable de Portugal, no es más que una prosa rimada bastante mediana; pero es digno de elogio este escritor por haber probado que la prosa portuguesa se presta á los cuadros sublimes, y que no carece de armonía y riqueza. Gerónimo Corde Beal, autor del *Aufragio e lastimoso successo da peizão de Manoel de Sousa de Sepulveda e de D. Leonora, sua mulher*, y del *excesso de segredo cerco de Dio, poema, canto*, y del *seculo de Dio* que defendió valerosamente Masarembas: Lobo y el *ilicito* la gente que debían seguir los historiadores portugueses. En esta novela entrará, João de Barros, que murió en 1524, y á quien los portugueses apellidan su Tito Livio, conquistó una grande celebridad. Su *Asia e Dos fellos que os portugueses fizeram no descobrimento e conquista das mares e terras do Oriente* es una obra muy importante. Diego de Cuelho continuó este trabajo en su *Asia portuguesa*. Los otros historiadores de la época histórica de Portugal son: Lopo Castaneda, *Historia do descobrimento e conquista da India pe los portugueses*; Antonio Bacarro, el célebre héroe portugués Alfonso de Albuquerque, *Comentarios* publicados por su hijo; Damians de Góes, traductor del *Cato* mayor de Giceron, y autor de la *Chronica do Jalleão rey don Emmanuel*; este último publicó también la *Chronica do príncipe don João*, y muchos escritos en latín, entre los cuales se cita el que lleva por título: *De moribus Ethiopticae*, etc. Se tiene en grande estima la *Historia del rey Manuel*, redactada con un gran fondo de tolerancia por el obispo Gerónimo Osório, que murió en 1580.

Bernardo de Brito publicó en 1597 la *Monarchia Lusitana*, y en 1603 los *Elogios dos reis de Portugal*; pero este historiador, habiendo comenzado su narración en la creación del mundo, le sorprendió la muerte antes que hubiera llegado a la fundación de la monarquía portuguesa. Los viajes de descubrimientos de misioneros portugueses y de otros exploradores, han suministrado también amplios materiales a la literatura nacional. Citaremos el viaje de Juan Fernandez desde el cabo Arguino hasta el interior del Africa, en 1448; el de Alfonso de Paiva y de João de Cavilham a quien Juan II encargó, a fines del siglo XV, una misión a Abisinia y a las Indias. Gran número de relaciones del mismo género permanecen todavía manuscritas.

La conquista de Portugal por los españoles contribuyó a modificar la literatura portuguesa. A este período pertenece Manoel de Faria Souza, autor de una fecundidad tan deplorable que se le aconsejaba de escribir al día doce hojas de treinta líneas cada una; comentó a Camoens con poquísimo gusto, sin talento y con un inoportuno lujo de erudición. Además publicó en lengua castellana algunas obras, entre las cuales mencionaremos *Rimas corias* y la *Europa portuguesa*.

El célebre lealista Antonio Barbosa Bacellar, que falleció el año de 1665, fué el inventor de ciertas elegías llamadas *Saudades*, las cuales carecen de modelos en todos los pueblos. Jacinto Freire de Andrade escribió la *Vida de João de Castro vicorey de la India*, la que ha sido traducida en muchos idiomas, y se cita todavía en Portugal como un modelo del género histórico. Una mujer, *scilicet* Violante do Ceo, religiosa dominica, publicó *Rimas* en 1646, y *Soliloquio* en 1668. Nótese en sus obras como en las de los demás poetas de su tiempo, demasiada afectación. Los sonetos de Francisco Vasconcellos, natural de Madera, y los cánticos sagrados de Andrés Navez de Silva, natural del Brasil, son composiciones más sencillas y más estimadas. En el siglo XVIII la literatura portuguesa estaba ya en decadencia, y a fin de elevarla a su anterior estado de brillantez, fundó el gobierno la academia de la lengua y de la historia, lo cual tuvo efecto durante el ministerio Pombal, cuyo sentimiento nacional se avargonzaba al ver aquella condición esclava y degradante de la literatura lusitana. Es cierto que Pombal estableció una censura, pero no ejercía sus funciones más que contra los escritos políticos: protegió en gran manera toda clase de investigaciones científicas. Bajo el reinado de José I, se revisó y mejoró el sistema de enseñanza, pero a la muerte de este soberano los partidarios de la ignorancia se apoderaron del timón del estado, y a pesar de sus esfuerzos no pudieron reprimir de un todo el arranque que había dado Pombal. En 1779, el duque de Braganza fundó una academia de ciencias dividida en tres clases: solo un hombre se distingue en la primera mitad del siglo XVIII, y este hombre es el general Francisco Javier de Meneses conde de Eiveyra. Estaba en estrecha correspondencia con Boileau, cuyo *Arte poética* tradujo en versos portugueses; compuso también un poema épico, la *Henriquida*, cuyo asunto es la historia de la fundación de la monarquía portuguesa por Enrique de Borgoña.

Este poema debía ser más clásico que la *Lusiada*; pero la escuela de Boileau no podía inspirar a sus discípulos el génio poético que había animado a Camoens. José Basilio da Gama publicó en Lisboa, en 1769, otro poema titulado *Uruguay*, en el cual celebra la conquista del Paraguay sobre los jesuitas, y entonces fué cuando se despertó entre los portugueses el gusto hacia el teatro, tanto tiempo descuidado.

Algunos poetas que hicieron buenas traducciones de las principales obras extranjeras, lograron últimamente hacer justicia a aquel estilo pastoral tan insipido é insignificante, y renunciando a las inspiraciones de Oriente, se esforzaron en imitar la poesía del Norte, con especialidad la de los ingleses. Dos brasileños, Claudio Manuel da Costa y Antonio Doniz da Cruz é Silva, fueron los primeros que se señalaron en estas nuevas sendas. En pos de estos vinieron Almeno, traductor de las *Metamorfosis de Ovidio*, *Poesias de Almeno* publicadas por Elpino Dalense, y Francisco Manoel, que en 1778 pasó a buscar en París un refugio contra las venganzas de la Inquisición. Sus poemas líricos aparecieron en el año de 1808; pero no olvidemos a un poeta fecundo y popular, Manuel Maria Barbosa, que falleció en 1805 en el hospital de Lisboa; publicó en 1806 tres tomos de poesías dedicadas a la condesa de Ogenhausen.

La libertad de la prensa llegó a Portugal para prestar auxilio a los progresos de la inteligencia; en 1805 estaba la censura confiada a un sabio alemán, al coronel Müller, que ciertamente no abusaba de su poder. En Portugal no existía en 1830 índice alguno de libros prohibidos, pero sin embargo, su librería era casi tan rica como la de Madrid, especialmente en libros franceses e ingleses.

I. A. B.

VALENTIN.

Valentin, de quien ya hemos hablado en otra ocasion, (1) pintó cuadros con la misma intencion que tienen los grabados de Callot; unos y otros son la representacion viva de una época, y aunque la época de Valentin es la misma que la de Callot, cada cual la considero de diferente modo. El uno tomó el lado burlesco, y el otro hubo de fijarse en el poético. A este llamó la atención el andar de los paseantes, y la desenvoltura de los caballeros, es decir toda aquella miseria que en su tiempo se encubría con un ligero barniz de elegancia, y por esto hubo de representar la vida exterior, agitada, amulante, viendo desfilar aquellas alegres pandillas de tunantes que daban festines en el campo, se repartían el botín al aire libre y hacían brillar al sol sus harapos. El otro, por el contrario, se aplicó a estudiar la vida interior de aquella caballería errante; con ella en los desconocidos lugares donde se metía a descansar, donde por la noche se divertía de mil modos; en aquellos lugares en que el brillo de las ropas ocultaba las malas cnras.

Callot trabajaba viendo; aquellas costumbres que hacía mucho tiempo habían dejado de ser las suyas, podía estudiar sin perder la inteligencia del filósofo y los modales del noble; Valentin se mezclaba con sus modelos, se identificaba con sus costumbres: los hallaba hermosos y los coplaba con pasión; en una palabra, Callot moralizaba con sus aguas fuertes, y Valentin se valía del pincel para pintar a los bándoleros de buena familia, a los caballeros de industria de su tiempo.

No de otro modo pueden considerarse los *Conciertos caseros* que figuran en el Museo del Louvre y que tanto se admiran con ese título. Qué otro nombre se puede dar a los personajes que ejecutan una pieza concertante colocados en torno de una mesa cubierta con un rico tapete? A primera vista parecen aficionados de alta alcurnia; los unos llevan soberbias coronas, divinamente pintadas; otros tienen mangos peripunteos con pluma en el sombrero y daga al costado.

1 Véase la página 113.

do; la mujer robusta y airosa que marca el compás en el clavicordio es de un tipo común, pero está bien puesta, y es digna de lo que la rodea; la diversion es brillante y completa: bajo guitarra, violin, corneta, nada falta; cada uno de esos instrumentos une la belleza de sus tonos con la armonía general del colorido; se cree estar en buena compañía...

pero observándolo bien, se notan figuras siniestras, se vé lucir en el fondo del cuadro una cara particular que denota que es sospechoso aquel lugar, que todos aquellos paños parecen ser despojos del viajero robado, y que todos esos señores tan hermosos podrán formar muy bien una banda entera de ladrones.



VALENTIN.—El concierto.

MAGDALENA

POR

JULES SANDEAU.

(Véase las páginas 166, 169, 181, 189, 197, 206, 210 y 211, 226, 230, 242, 250, 261, 266 y 273.)

XVII.

En tanto que estubo en París, su tristeza siguió mezclada con una secreta irritación; consue que pormomentos le faltaba la generosa resignación que le había impellido a separarse de Magdalena, y se ahogaba como si quedase aún en la atmósfera de la gran ciudad un resto de las funestas influencias que le habían dominado antiguamente. Una vez fuera de París, cuando sintió que su pecho se dilataba con el aire vivificador de los campos, a la vista de la naturaleza, se apaciguó su cólera, el corazón se le ablandó, y se dejó subyugar enteramente por un sentimiento único, su amor por Magdalena. En los tiempos de su vida borrascosa, que tomaba locamente por vida apasionada, cada vez que se veía burlado en sus deseos ó que no podía satisfacerlos sino des-

pués de una lucha encarnizada, la resistencia escitaba en su pecho la rabia ó el aborrecimiento. No comprendía el amor sin la posesión, y se habría sonreído de compasión si le hubiesen dicho que el corazón puede disfrutar en él amor una felicidad independiente del objeto amado. Pero ahora, solo consigo mismo, iba conociendo la grandeza y la santidad de un sentimiento ignorado hasta entonces: se alejaba de Magdalena; su corazón se desgarraba con la idea de esta separación terrible, y sin embargo saboreaba su dolor con mil delicias. En su aislamiento voluntario, en el destierro á que se condenaba, experimentaba una alegría más viva y más profunda que en la embriaguez de sus pasiones satisfechas. No era amado, pero se sentía más digno de serlo, y la conciencia de su valor moral le infundía un lejítimo orgullo. No era amado, pero se complacía en el sacrificio que acababa de hacer a la mujer que amaba, y hallaba en el sacrificio mismo un goce que nadie en este mundo habría sido capaz de arrebatarse. En su peregrinación a Valtravers, no iba guiado únicamente por el deseo de honrar como era debido la memoria de su padre, sino que quería también volver a ver aquellos sitios donde había hallado por primera vez a Magdalena, y bendecir las huellas de sus pasos; quería respirar el aire que su prima había embalsamado con su presencia,

ya y recorrer los senderos en donde había oído su palabra: esta era la última y más fuerte expresión de su amistad y gratitud sinceras.

Mauricio caminaba con la cabeza erguida aspirando el aire a pulmones llenos. El sentimiento de las bellezas de la naturaleza, atargado tanto tiempo hacia en su corazón, se despertaba al fin. Era por los últimos días del mes de mayo, los rayos de un hermoso sol jugueteaban alegres por la tierra: todas las contusiones de las colinas, todos los caprichos del cielo, todos los accidentes del paisaje, eran para Mauricio un manantial de inesperadas alegrías; al ver su natural contento se habría dicho que veía por primera vez las maravillas de la creación. El cansancio de aquel viaje a pie era más dulce para él que todos los pasajes que hiciera en otro tiempo mudamente recostado en los almohadones de su soberbia cacería. Esas paradas que hacía por la noche en las posadas, las salidas al rayar el alba, los encuentros en la mesita con una familia, los saludos en el camino, las conversaciones con los niños en los bancos de piedra de las puertas, eran para Mauricio otros tantos episodios poéticos que renovaban a cada instante el interés de su peregrinación al palacio de sus padres.

Por último, una posadera revolucionaria debía coronar todas las otras.

Magdalena había conseguido reanudar el sentimiento religioso en el corazón de Mauricio, pero en vano le había suplicado repetidas veces que recurriese a la oración, y que tomase en sus tristezas los divinos consuelos. Por más que hizo, nunca pudo lograr que pudiese los pies en una iglesia, solo al doblar la estaba reservado e infundido nuevamente los crucetados y el culto de que tanto se había hartado hasta aquella época. El dolor sincero, que eleva a Dios: Mauricio tuvo ocasión de experimentar de ello. Al atravesar una aldea que encontró en el camino, pasó por delante de una iglesia, e impulsado por un instinto irresistible, sin deliberación, sin haberlo consultado siquiera, entró en ella. Era una de esas pobres iglesias que Dios predere a los tiempos santos y dorados; el sol brillaba por dentro suavemente a través de las cortinas de sus ventanas, las gradas del altar estaban llenas de flores de los campos; sobre las losas se veían aquí y allí algunas mugeres y algunos ancianos, arrodillados en la sombra. Mauricio también se arrodilló y se puso a orar; no para obtener de su padre el perdón de sus extravíos, para obtener del cielo la felicidad de Magdalena.

Por fin, después de quince días de marcha solitaria atravesó, sin que le conocieran, el pueblo de Utrilla. El frac que llevaba era suficiente para asegurar el incognito; además, al ver aquel paso sereno; aquella mirada activa y serena y la calma y dignidad que respiraba su persona toda, nadie habría podido reconocer al joven a quien habían visto pasar tres años antes como un proscrito.

Ah! ¿Quién podría decir las emociones que le asaltaron, cuando una hora después vio desarrollarse en el horizonte las sombras que habían abrigado su cuna, cuando puso el pie en la orilla del bosque, cuando se metió en las misteriosas profundidades que tantas veces había recorrido entre su padre y la marquesa, y donde se le había aparecido Magdalena! Al volverse a ver lleno de amor y de vida en aquellos hermosos lugares en donde tres años antes no llevó otra cosa sino el sentimiento de su perdición, su primer movimiento fue gritar a la naturaleza entera que era joven, que podía amar, que amaba; su alma regenerada se exaltó con una santa embriaguez. Caminaba lentamente, los recuerdos cruzaban por su mente como cruzaban las alondras por los

campos. A la sombra de aquella encina había descansado con el caballero; bajo las ramas de aquel árbol se había estado todo un día escuchando los primeros murmullos, contando las primeras señales de la juventud que se agitaba en él. A la vuelta de una arboleda, reconoció el sitio en donde había encontrado a su prima una tarde de otoño, y luego se fué acordando de los detalles de aquella poética noche, como se acordó también de que un año después, el día de su primer viaje, volvió a hallar a Magdalena sentada en aquel mismo puesto.

— Desgraciado de mí! exclamó Mauricio con tristeza. Ahí estaba, hermosa y encantadora ya, como una advertencia del cielo, como la imagen de la felicidad... Como no la tomaste de la mano, para volver rápidamente sobre tus pasos!

El día se iba acabando ya. Medio muerto con tantas emociones, Mauricio se había dejado caer sobre la yerba. Poco después se levantó y se dirigió hacia el palacio. Como ignoraba quienes eran sus moradores, y como además tenía poquísimas ganas de conocerlos, desahaba solo echar una piadosa mirada a través de los hierros de la verja, quería dar un postrer adiós al Edén de donde se había desterrado para siempre.

En efecto llegó a la verja y permaneció algún tiempo con la frente pegada a los hierros. Maquímalmente abrió la puerta y sacudido por los impulsos de su corazón, entró en el parque; todo estaba desierto, y ya empezaban a bajar las primeras sombras de la noche. Mauricio no oía más que el susurro del viento entre las hojas, algunos gritos de pájaros que se metían en sus nidos, y el ruido de la arena que resacaaba con sus pisadas. Medio oculto por la verbera, se adelantaba con furtivos pasos. A la vuelta de la arboleda, se acercó a desescribir la fachada, se detuvo, contuvo su aliento y estrechó su corazón con sus dos manos, que quería saltarse del pecho. Por fin miró... Debía creer a sus ojos. ¿No era aquello un sueño, una ilusión de su cerebro? Quiso gritar pero su voz cesó en sus labios. Su palo se escapó de sus dedos, sus piernas flaquearon, y para no caer se vio obligado a apoyarse en un árbol. A veinte pasos más allá, sentados en el peristilo, alumbrados por los últimos resplandores del sol en el ocaso, en tanto que dos niños bien conocidos de Mauricio jugaban sobre la yerba, Magdalena, Sir Edward, Marcelo y su mujer estaban conversando familiarmente. De repente Magdalena se levantó, y Mauricio la vio venir hacia él sonriendo tan serena, como si se tratase de la cosa más sencilla y natural del mundo.

— Amigo mío, vos estábamos esperando, le dijo.

Y tomando el brazo de su primo, la joven le llevó suavemente hacia el jardín, Teresa y Marcelo, que por su parte venían los tres a su encuentro. Las manos se estrecharon en silencio, ni siquiera una palabra se pronunció: todos los corazones estaban conmovidos; todas las bocas habían enmudecido.

— O amigos míos, dijo en fin Mauricio con voz trémula, deteniéndose al pie del peristilo, y lepidiendo en su alrededor miradas estroviadas; amigos míos, ¿qué ha pasado? Hablad, pronuncíadme; he soñado el dolor y la desesperación, o he soñado por el contrario la felicidad?

Los rostros que le rodearon no respondieron más que por una sonrisa afectuosa. Sostenido por Magdalena, subió las escaleras del peristilo: ya todos los criados se hallaban reunidos en la sala de entrada; Mauricio les fué reconociendo uno por uno; todos le habían visto hacer o creer.

— Hijos míos, les dijo Magdalena, aquí está vuestro joven amo que vuelve en medio de nosotros.

Todos ellos le rodearon con amor y respeto, en tanto que Ursula se apresuraba a desatar las correas del saco que llevaba a la espalda. En el mismo instante vinieron a anunciar que la mesa estaba puesta para el joven amo. Seguida de Sir Edward y de Marcelo, Magdalena le tomó de la mano y le llevó al comedor donde todo estaba como había estado antes, y le hizo sentar, con su traje de obrero, en el punto en que se sentó antiguamente con su padre. A pesar de que la mesa brillaba con toda la opulencia hereditaria en cuyo seno se había criado Mauricio, la comida fue corta y silenciosa. Mauricio conservó hasta lo último la actitud de un hombre que no sabiendo si duerme ó si está despierto teme desvanecer por un ademán ó por una palabra imprudente, los encantos de que era testigo. Al cabo de un cuarto de hora Magdalena se levantó, y separándose del grupo de los convidados, se dirigió hacia el bosque con su primo que se dejaba guiar como un niño. Cuando llegaron al pie de un frondoso árbol, la joven se sentó la primera e hizo sentar a Mauricio a su lado.

Hacia una de esas hermosas noches que parecen aumentar el precio de la felicidad. En tanto que una parte del cielo se hallaba todavía aluñbrada por los últimos resplandores del sol en el ocaso, al otro extremo del horizonte se alzaba la luna en un lago azulado y subía lentamente sobre las copas de los árboles que plateaba con sus pálidos rayos. El resplandor se deshacía cantando entre las espesas ramas, y en el fondo de los bosques se oía como el ruido lejano de una cascada.

— Amigo mío, dijo en fin Magdalena con un acento más melancólico que el canto del ruiseñor y más fresco que el viento de la noche; os amo desde el día en que os he visto aquí por la primera vez. Necesitáis para regeneraros, el pasar por la pobreza, por el trabajo y por la abnegación, y he querido participar también de las pruebas que os impone; ya se han concluido; Mauricio, me las perdonáis?

Mauricio sintió que su alma se exaltaba como un grano de incienso hacia Magdalena en adoración silenciosa: se arrojó al pie del árbol en donde su prima se hallaba sentada todavía; la blanca criatura inclinó hacia él su dulce rostro, y a la claridad de los ojos, estrechados sus labios se encontraron en un casto beso.

Tenemos necesidad de decirlo ahora? la pobreza de Magdalena no había sido más que una piadosa mentira. No había perdido el cielo, sino que había engañado a Mauricio para salvarle. No debemos contar día por día lo que pasó en el corazón de Magdalena en tanto que Mauricio proseguía la obra de su rehabilitación; es una narración que las almas delicadas harán con suma gusto por sí mismas, y en cuanto a las almas vulgares, no la comprenderían. El joven caballero había vuelto a hallar a sus amigos de París bajo el techo de sus padres.

Todos ellos han sido testigos de vuestras luchas y de vuestros esfuerzos; justo es, le dijo Magdalena, que se hallen presentes en el momento en que recibis la recompensa que tan bien habéis merecido. Lo que Sir Edward amaba principalmente en mí era nuestra pobreza; nuestra dicha le consolaba!

Un mes después, Mauricio y Magdalena se casaron sin ruido y sin ostentación en Neuilly-lès-Bains, en presencia de sus amigos, de sus acreedores y de sus criados. Después de haber disfrutado durante algunos días del espectáculo de sus hijos alegres, Marcelo salió para París con su mujer y con sus hijos. Y luego cuando Magdalena y Mauricio les llevaron a quedarse en el palacio:

— Habiéis vuelto a hallar vuestro puesto, respondió rápidamente Marcelo, dejadme que yo conserve el mío. A pesar de la amistad que nos une, conozco que sería un estorbo aquí. No tengo nada de vuestro orgullo; el trabajo establecido entre nosotros una igualdad que ninguna cosa podría alterar; pero la sociedad en la que vais a vivir no podría comprenderla, y su sorpresa sería para una reconveniente silenciosa que deseo nos evitemos ambos.

La familia del artesano se marchó colmada de pruebas de amistad. Al cabo de un mes Sir Edward partió a su vez:

— Cuidad de vuestra dicha, le dijo a Mauricio en el momento de dejarse; es una planta delicada que necesita solícitos cuidados.

Luego volviéndose hacia Magdalena, quiso dirigirle algunas palabras de despedida; pero se turbó; sus ojos se humedecieron y la joven sintió una lágrima en su mano que estrechaba tristemente sobre sus labios.

He terminado mi tarea. Las existencias dichosas no merecen contarse. Mauricio se hallaba ya fuera de peligro, y no necesitaba ni aun valor. Si el trabajo no es para él una necesidad, sin embargo no vive en la inacción, se ocupa en hacer bien, siembra en torpo suyo su riqueza. Magdalena ha sido pagada con usura de su afecto. Ninguna nube ha venido a turbar la serenidad de su mánta ternura. En cuanto a Ursula, a pesar de todo lo que le dijo Magdalena, persiste en creer que su joven ama perdió de veras su proceso, y que Mauricio ha hallado en la escultura de madera el medio para comprar el dominio de sus antepasados. Mauricio ha conservado respecto a su mujer un sentimiento de gratitud exaltada, y aun a veces suele bendecirla loco de alegría.

— Amigo mío, le responde ella entonces, no es a mí a quien debéis dar las gracias; no he hecho más que indicaros el camino por donde debéis marchar. Lo que debéis bendecir es el trabajo, porque por él habéis vuelto a hallar la juventud, la dicha y la felicidad.

FIN.

LA RESIGNACION.

— Qué hacéis ahí con los brazos cruzados, inclinada la cabeza y con los ojos fijos?

— Terribles desgracias he sufrido.

— Pues mayores os esperan aun si no tratáis de remediarla.

— Cómplase la voluntad de Dios, resignado estoy.

— La voluntad de Dios quiere que finéis vuestros dolores y el primero de todos consiste en no abandonaros a vos mismo. Qué sucedería si todos los desgraciados se desistieran en su camino desalentados ó resignados, ¿cómo diceis? No, la resignación es diferente del entorpecimiento. La resignación es la tranquilidad en el dolor y la sumisión a una voluntad soberana, pero es también la robusta resolución de tratar de ver si esa voluntad, que no siempre ha de ser hostil, protegerá los nuevos esfuerzos. Alzad la frente, portad alto; la resignación es el valor, y un valor incansable.

La ciencia de las gentes de bien.

RECETA PARA HACER EL AGUA DE COLONIA DE COUES.

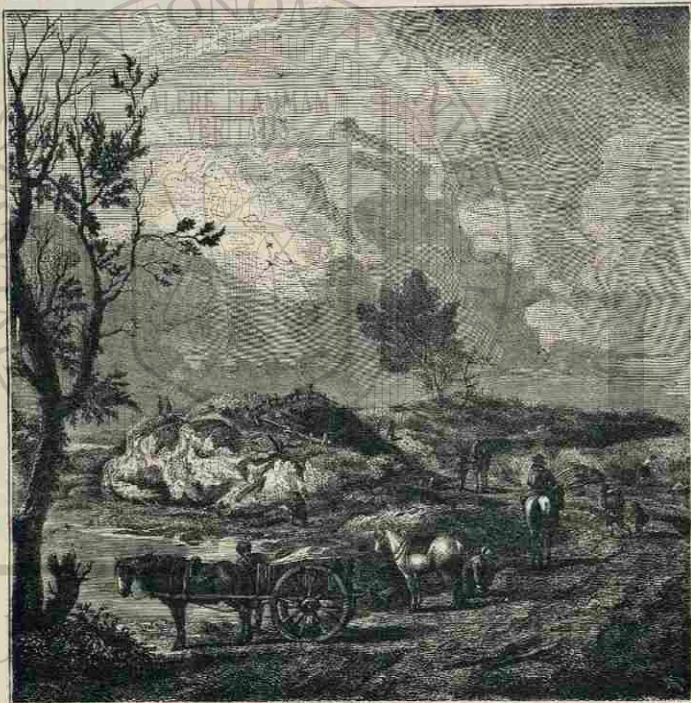
Se toman 2 onzas de esencia de bergamota, 2 id. de limón, 2 id. de lima, 4 id. de naranja, 4 id. de toronja ó zambón, 4 id. de romero, 4/2 id. de labanda, 4/2 de flor de azahar, 4 adarme id. de canela, 8 onzas de espíritu de romero, 3 libras agua de melisa, 12 libras de alcohol de 32°. — Se destila el todo al baño maría hasta que no quede nada en la vasija, y luego se añade una libra de agua de mil flores.

FELIPE WOUWERMANS.

Nuestros lectores habrán visto ya (1) dos de las obras más famosas del pintor Felipe Wouwermans, el *Asno* y el *Alto de oficiales*. Hoy añadiremos su no menos brillante composición titulada la *Caza de patos*.

Wouwermans como ya hemos dicho anteriormente, descoló en la pintura de caballos, y por eso en todos sus cuadros,

el caballo figura en primer lugar. De este modo el habil pintor aun en sus *cacerías* se cree que tiene miedo de dividir el interés, y muy pocas veces ha representado al ciervo luchando desesperado con los perros, como lo ha hecho y muy naturalmente, todos cuantos han elegido esos asuntos, sin duda porque conocía que en lo más fuerte de la acción era imposible que el ciervo saltando las barrancas, gracioso, suelto, ligero de cuerpo y sorprendente de velocidad, no



La caza de patos.

absorciera completamente todo el interés. Así Wouwermans se contenta las más veces con suponer la caza indicándola a lo lejos, presentando sólo a los espectadores los preparativos de la diversion. En el siniestro paisaje que domina un cielo cubierto, velado por los vapores de la húmeda Holanda, el espectador puede adivinar las emociones, las peripecias de la caza; su imaginación puede volar á través de los bosques y de los campos sin otro guía que su capricho.

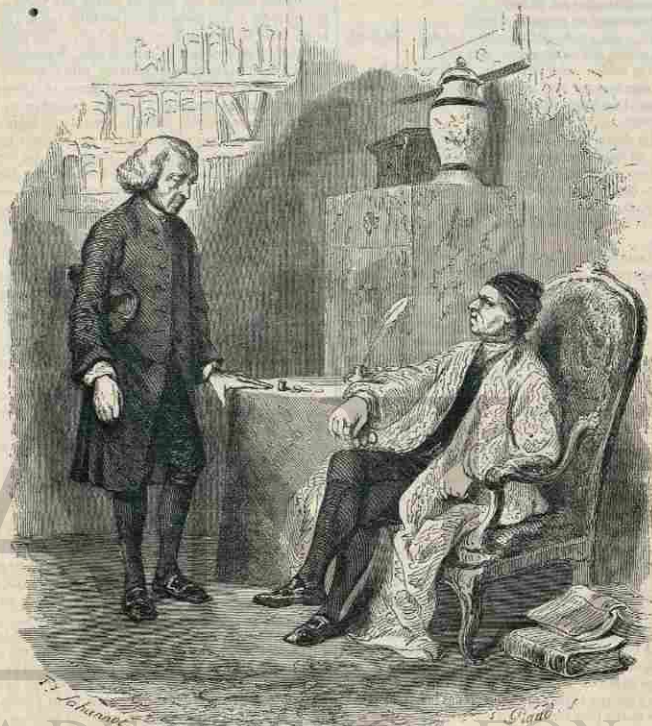
Entretanto el caballo está siempre á la vista, en primer término. Wouwermans conocía ese animal como un verda-

dero artista; veía su parte pintoresca y sabía todos los recursos que se pueden sacar de la combinación de las formas del caballo con los resplandores de la luz y del claro oscuro. Solo un estudio largo y concienzudo ha podido enseñar á Felipe Wouwermans todo lo que debió saber para poner en escena grupos de caballos como los que hizo, siempre hermosos y nunca parecidos. Un tratado de equitación no vale tanto como los *Picaderos* de Wouwermans, y las elocuentes páginas de Buffon sobre el más noble de los animales, no son más instructivas que las ochenta y ocho láminas grabadas por Moyrean copiadas de Wouwermans.

(1) Véanse las págs. 132 y 209.

DIARIO DE UN VICARIO DE ALDEA. (1)

FRAGMENTOS.



Visita al doctor Snart. — Dibujo de TOUSS. JONASSON.

15 de diciembre de 1763. — Hoy he recibido diez libras esterlinas de mi superior el señor doctor Snart, suma que representa la mitad de mi sueldo de todo el año. He ganado concienzudamente ese dinero y sin embargo me lo han dado de un modo que me ha sido bastante penoso.

Primeramente me han hecho esperar más de una hora en la antecala del señor rector, y por fin me abrieron la puerta de su gabinete. Se hallaba sentado en un gran sillón, al lado de una mesa sobre la que brillaban unas cuantas monedas de plata. Me incliné varias veces con el mayor respeto, y respondió á mis saludos bajando ligeramente la cabeza y echando un poco hacia atrás su gorro de seda negra que al punto volvió á caer en su sitio ordinario.

El señor rector tiene muchísima dignidad. Nunca puedo

acercarme á él sin experimentar alguna confusión; estoy seguro que no me cortaría tanto en presencia del rey.

No me dijo que me sentara, y sin embargo no podía ignorar que por la mañana había hecho once millas á pie y con tiempo muy malo; además la hora que había pasado en la antecala no me había servido de descanso.

El señor rector me señaló con el dedo el rollo de plata que estaba sobre la mesa.

En el camino había meditado mucho la súplica que me proponía hacerle, á fin de obtener algún aumento de sueldo. Cien veces había dado la vuelta á mi discurso dentro de mi cabeza; el momento de hablar había llegado y mi corazón palpaba fuertemente.

Qué desgracia que no pueda vencer mi timidez para decir las cosas más sencillas, para pedir únicamente lo que es justo! Me hallaba tan agitado como si hubiese estado á punto de cometer una mala acción. Me empeñaba en abrir los la-

(1) Algunas páginas escritas á fines del siglo último por un pobre vicario del Wiltshire, inspiraron á Goldsmith el vicario de Wakefield, y á Enrique Zschokke, la presente narración.

bios que me temblaban sin hablar: se me había acabado el pensamiento, la palabra y la voz, y un sudor frío se desprendía en anchas gotas por mi frente.

— ¿Qué tenéis? me preguntó el rector.

— Es... que... todo está tan caro en el día!... Mi sueldo es tan módico que no me alcanza para vivir.

— Tan módico! señor vicario; un sueldo tan módico! 29 libras esterlinas por año! ¿Habeis pensado, bien lo que estáis diciendo? Pues debéis saber, que cuando yo quiera, hallaré otro vicario por 15 libras.

— Un vicario por 45 libras!... Puede ser muy bien, si es solo y sin familia tendrá bastante para subsistir.

— Pero, señor vicario, supongo que no se ha aumentado vuestra familia: no tenéis más que dos hijas...

— Sí, es verdad, pero van siendo grandes: la primera mi Jenny tiene diez y ocho años y Polly tendrá doce bien luego.

— Tanto mejor, ya están en edad de trabajar.

Quise replicar, pero no me dió tiempo para ello; se levantó, se acercó a la ventana y pegando con sus dedos en los vidrios me dijo:

— No puedo pensar hoy en vuestro asunto: ved si os conviene vuestro empleo de 15 libras, reflexionad bien, y me dareis parte de vuestra decisión. Si eso no es posible, deseo que halleis para el año que viene otro puesto mejor, señor vicario.

Dicho esto me saludó cortésmente levantándose el gorro; tomé el dinero y me retiré balbuceando algunas palabras para recomendarle a su benevolencia.

Me quedé como herido de un rayo; nunca me había recibido tan fraternalmente. Quiza le habrán hablado mal de mí. Por lo regular me convidaba a comer, y a decir verdad hoy me hubiera alegrado que lo hiciera, pues había salido de Crekelada a la despuntar el día y en ayunas.

Entré en una taberna a comprar un panecillo, y me volví a poner en camino.

Qué triste y qué desanimado estaba! Lloraba como un niño y mis lágrimas caían en el jón que iba comiendo con avidez.

Vamos, Tomás! no te avergüences de tu flaqueza? Acaso no está Dios en el cielo para protegerte? Y si hubieses perdido enteramente el empleo! Al cabo y al fin no son más que 5 libras de menos. Es verdad que es la cuarta parte de tu sueldo y que con 45 libras por año apenas te quedarán diez penia diarios para alimentar y vestir a tres personas; pero, ¿qué importa? Aquel que da a los lirios de los campos su blanca vestidura y el alimento a los cervos recién nacidos... ¿Lo que tenemos que hacer es quitar alguna cosa de nuestro pasado bienestar?

18 de diciembre. — Sí, mi Jenny es un ángel, su alma es aún más hermosa que su fisonomía. Casi me avergüenzo de ser su padre; es mucho más piadosa y mejor que yo.

Ayer no tuve valor para anunciar a mis pobres niñas nuestra nueva desgracia. Hoy cuando al cabo me decidí a decirselo, Jenny se quedó un poco turbada, pero volviendo a tomar enseguida su amable expresión, me dijo:

— Y eso te causa tanta pena, querido padre?

— La cosa lo merece, hija mía. Cómo nos libertaremos de las deudas y de tantos tormentos? no sé cómo podremos subsistir, nos faltan ya tantas cosas! Como hemos de atender con 45 libras a las primeras necesidades de la vida?

Jenny enroscó uno de sus brazos en mi cuello y alzando el otro al cielo me respondió:

— Piensa en el que está arriba.

Polly vino a sentarse en mis rodillas y me dijo acariandome:

— Quiero contarte una cosa. He soñado esta noche que hoy era el día de año nuevo y que el rey había venido a Crekelada. Esto era un gran honor que te hacía: el rey se apeó del caballo a nuestra puerta y entró en casa. Nosotros estábamos todos en la cocina muy apurados para disponerle la comida, pero el rey nos envió sus provisiones en jarrones de oro y plata. Las trompetas y clarines resonaban en la calle; y entonces, querido padre, te presentaron sobre un almohadón de seda una mitra de obispo, y un sombrero punteado como los que se ven en las estampas de los libros viejos. Tú te le pusiste al instante, y te estaba muy bien, pero yo me reía a carcajadas y Jenny me regañaba. Este sueño quiere decir algo, y acuérdate que de hoy en quince tendremos el día de año nuevo.

Los sueños, dijo a Polly, no significan nada.

Polly me respondió: — Los sueños nos los envía Dios.

No creo eso; sin embargo, apuntó ese sueño singular para ver si acaso hay algo en él que pueda ser un presagio feliz. Quiza puede suceder que un buen agüinaldo nos aliente un poco en nuestra pobreza.

Todo el día he estado haciendo cálculos, aunque no me gusta nada contar, pues los números me ponen muy pesada la cabeza y me contristan mucho el corazón.

17 de diciembre. — A Dios gracias ya he salido de todas mis deudas. He pagado en cinco partes diferentes, siete libras esterlinas con once chelines; no me quedan más que dos libras y nueve chelines y con esto debemos vivir seis meses! Dios mío, ven en mi socorro!

Debo renunciar a los calzones negros, que he visto a la puerta del sastre Cutbay, que tanto necesito; aunque son de lance se hallan todavía en buen estado, y Cutbay me los habría vendido bien baratos. Pero a Jenny le hace falta un vestido; la pobre criatura me da lástima, cuando la veo cubierta con su ligero guardapiés de camelote con este frío tan rigoroso. En cuanto a Polly, ésta se contentará con los vestidos viejos.

También debo renunciar al periódico a que estaba suscrito por mitad con el tejedor Westburn, y es un gran sacrificio porque sin el periódico, nada de lo que pasa en el mundo se sabe en Crekelada. En las últimas corridas de caballos de Newmarket, el duque de Cumberland ha ganado al duque de Grafton una apuesta de mil libras esterlinas. Es singular como se verifican siempre las palabras de la Escritura: *Al que tiene se le dará más, de lo cual se puede decir: Al que tiene un poco se le quitará...* Heme aquí reducido a perder cinco libras de mi pobre sueldo!

Vamos, vamos Tomás; estás murmurando y porque? por un periódico que ya no puedes leer; qué vergüenza! La voz pública te dirá si el general Paoli conservará la libertad de la Córcega. Los franceses han enviado tropas auxiliares a los genoveses, pero Paoli tiene veinte mil hombres, todos soldados agüerridos.

18 de diciembre. — Ah! qué felices somos a pesar de nuestra miseria!

Por una friolera he comprado Jenny a la preñera Bard un buen vestido viejo que está desahogado ahora con Polly para hacerse uno nuevo. Jenny es una chica muy lista; regañé mejor que yo, y por otra parte quise resistir al encanto de su voz? Con esto ha entrado en mi casa la alegría. El día de año nuevo, Jenny estrenará un vestido, Polly está haciendo una porción de comentarios y de profecías sobre

el asunto. Es seguro que el boy de Argei no experimenta tanta satisfacción cuando recibe los ricos regalos de los vecinos: los dos anillos de diamantes, los dos relojes guardados de brillantes, las pistolas montadas en oro, las preciosas alfombras, los arcos de los caballos y los veinte mil requies que acompañan este presente.

Jenny dice que debemos reducir nuestra mesa para pagar el costo de su vestido. De aquí al día de año nuevo no compraremos carne, es muy justo.

El tejedor Westburn es un buen hombre. Ayer le dije que me veía obligado a renunciar al periódico porque me habían disminuido el sueldo, y porque aun no me hallaba seguro de no ser reemplazado; entonces me estrechó la mano y me respondió:

— El periódico queda por mi cuenta, lo que no impedirá que le leamos juntos.

Esto prueba que nunca hay motivo para desesperarse. En el mundo hay más buena gente de lo que se piensa.

El lunes día por la noche. — El talonero es un hombre bien duro. Le he pagado lo que le debía, y porque mi buena Polly le dijo que el pan que nos daba hoy era muy pequeño y estaba quemado, se ha puesto a gritar como un desahogado, concluyendo por decir que ya no quería darnos pan fiado y que podíamos ir a comprarlo a otra taberna. Polly me daba lástima; mucho trabajo me ha costado consolarla.

No sé por donde las gentes de Crekelada saben de antemano las noticias. Todo el mundo habla ya en la aldea de un nuevo vicario que el doctor Stuart debe enviar aquí para reemplazarme; este golpe acabaría conmigo.

Creo que el carnicerio se halla instruido de la cosa, porque acaba de enviarme a su mujer para decirme que no puedo darme carne sino dinero en mano porque los tiempos son muy malos. Sin embargo ha estado muy atento, me ha repetido muchas veces que debíamos considerarnos con derecho a la estimación y al respeto de todos los habitantes, y nos ha aconsejado que vayamos a comprar a Colwood, en casa de un carnicero que es bastante rico para esperarnos.

No he querido decir a esa buena mujer que ese mismo carnicero nos servía muy mal hace un año, que nos cobraba la libra de carne un penny más cara que los otros y que cuando me quejaba acababa por declararme que puesto que yo le hacía esperar su dinero a veces un año, quería hacerme pagar los intereses.

Ahora no me quedan más que cuarenta y un chelines. Como hemos de vivir con esto muchos meses? Nadie quiere fiarme nada; si el doctor Stuart envía otro vicario, entonces me quedo sin pan en medio de la calle.

Como ha de ser! Dios está también en la calle!

19 de diciembre. — Me he despertado esta mañana muy temprano, y he estado pensando en lo que debo hacer en medio de mi penosa situación.

Me he acordado de maese Sittig, mi primo de Cambridge, pero los pobres no tienen primos. Si el sueño de Polly se realizase, es decir si me trajeran el día de año nuevo la mitra de obispo, tendría a la mitad de fleglaterra por parientes.

He escrito y he echado al correo la carta siguiente para el doctor Snard:

« Os escribo esta carta con mi angustias. Todo el mundo dice en la aldea que debéis enviar aquí otro vicario para reemplazarme. No sé si esta noticia es fundada, ó si es una consecuencia que han sacado de lo que he contado a varias personas sobre la última entrevista que hemos tenido.

« He llenado concienzuda y fielmente el puesto que me

habeis confiado. He enseñado con la mayor piedad la palabra de Dios; ninguna queja se ha alzado contra mí y mi conciencia no me acusa de nada. Os he suplicado humildemente que aumentaseis mi módico sueldo, a lo que me habeis contestado hablandome por el contrario de disminuir mi salario que apenas me basta para suvenir a mis primeras necesidades y a las de mi familia. Apládesse de mi vuestro corazón generoso!

« He permanecido en esta parroquia durante diez y seis años en tiempo de vuestro honorable profesor y durante seis meses después que sois rector. Tengo cincuenta años; mis cabellos principian a echar raíces. Sin amigos, sin protectores, no tengo medio ninguno de lograr un empleo, y carezco de los conocimientos necesarios para ganar mi vida de otro modo. Mi existencia y la de mis dos hijas se halla en vuestras manos. Si no abandonais no nos queda otro recurso que el de pedir limosna.

« Mis hijas, gracias ya, a pesar de su severa economía, me obligan a hacer muchos gastos. La más jovenita llena en mi casa el puesto de una madre. No tenemos criada; ella hace de cocinera, de lavandera, de costurera etc., y yo hago todo lo que podrían hacer un carpintero, un albañil, un jardinero y un tejedor.

« Hasta ahora la bondad de Dios nos ha sostenido. Ninguno de nosotros ha estado enfermo; no hubiéramos podido pagar las medicinas. En vano han buscado mis hijas algún trabajo de aguja en las casas de Crekelada; los habitantes de la aldea son muy pobres y cada cual se sirve a sí mismo de criado.

« Era ya muy difícil cubrir nuestras necesidades todo un año con veinte libras esterlinas; como podré hacerlo con quince? Pero confío en vuestra humanidad y en el señor, y os suplico encarecidamente que tengais a bien poner un término a mi ansiedad.

« Después de haber escrito esta carta, me arrodillé mientras Polly la llevaba al correo, suplicando a Dios que me hiciese obtener una respuesta favorable. Esta plegaria me hizo sentir una tranquilidad maravillosa. Ah! una palabra que se dirija a Dios es ya una gracia que se recibe de él. Salí con el corazón aligerado de mi cuarto, y eso que había entrado en él tan triste! Jenny estaba trabajando junto a la ventana, sentada con la serenidad de la inocencia. Un rayo de sol brillaba en su rostro e iluminaba todo el cuarto; me parecía hallarme transportado a una región celeste. Me puse delante de mi pupitre y escribí mi sermón sobre « las alegrías del pobre. »

« En la iglesia predico tanto para mí como para el prójimo. Si nadie sale del templo sintiéndose mejor, al menos yo me aprovecho de mis palabras para mejorarme. Al sacerdote le sucede siempre lo que al médico, conoce la fuerza de los remedios que receta, pero no sabe a ciencia cierta cual será su eficacia sobre los enfermos.

« El mismo día. — Esta mañana he recibido una esquela que me ha enviado un forastero desde la posada donde ha pasado la noche, y que me llamaba para un asunto de la mayor urgencia.

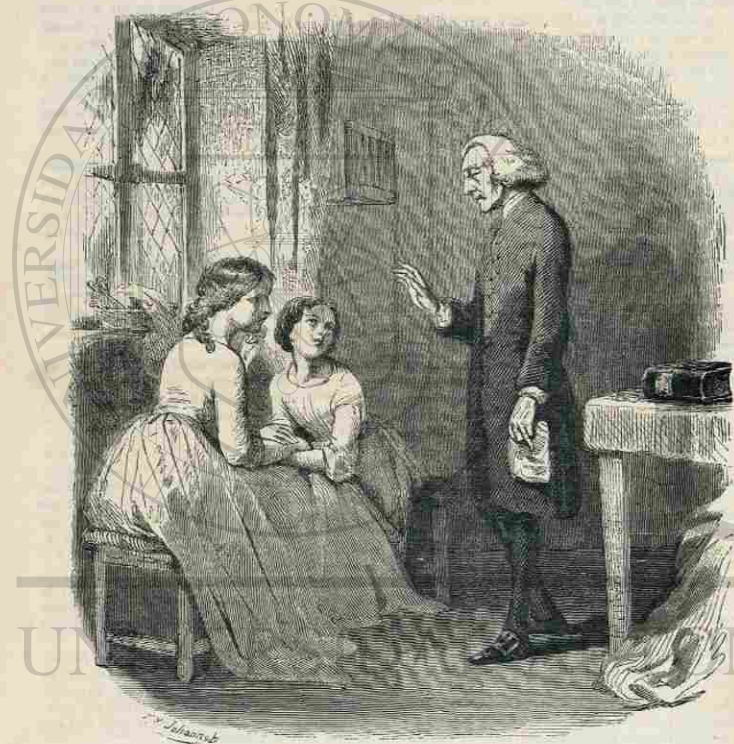
« Corri a verle. Es un hermoso jóven de unos veintiseis años con el rostro noble e interesante. Llevaba una vieja levita, unas botas cuerdas de lodo, y un sombrero que probablemente ha costado más caro que el mío, pero que se halla mucho más usado; a pesar de este triste traje, ese jóven tiene buen aspecto; debe ser hijo de una buena casa. Su camisa es de batista; pero acaso es un donativo de alguna persona compasiva.

Me llevó a un lado, me pidió mil perdones por haberse atrevido a incomodarme, y me ha confesado humildemente que se hallaba en un gran apuro y que no conociendo a nadie en Crekeliada, se había decidido a dirigirse al pastor de la aldea. Dico que es cómico de profesión, sin empleo, y que desea pasar á Manchester, pero no pudiendo pagar al posadero me pide por favor doce chelines prestados, prometién-

dome que los devolverá exactamente en cuanto se haya colocado en algun teatro. Se llama John Fleetmann.

Su rostro manifestaba aun mayor tristeza que la que expresaban sus palabras. Le dije que lo que me pedía era la cuarta parte de lo que poseía, y que ni aun siquiera podía responder de conservar en adelante mi empleo.

Entonces me respondió con frialdad: — Respondeste á



En casa.—Dibujo de TOSNY JOHANNST.

un desgraciado con la pintura de vuestros infortunios. Está bien; no hay nadie en Crekeliada que, sin ser rico, sea compasivo?

Le miré algo cortado, sintiéndome lleno de vergüenza por haberle espuesto mi situación como un pretexto para mi negativa. Al mismo tiempo buscaba en mi memoria si no podría hallar algun habitante de Crekeliada que pudiese auxiliarme, sin encontrar ninguno. Quizas he sido injusto con las tentos de mi parroquia.

Me aproximé al forastero y le dije poniéndole una mano

en el hombro; M. Fleetmann, me aflige en extremo vuestra situación; os he espuesto lá mia, pero, si puedo, os ayudaré, tened un poco de paciencia, que dentro de una hora recibiréis mi contestación.

Al volverme á mi casa me decía:

— Es extraño que este forastero se haya dirigido á mí y que un cómico haya pensado en el sacerdote. Sin duda hay algo en mi persona que atrae á los desgraciados. Cuando alguien se encuentra en un apuro, siempre acude á mí, que tengo tan poco para dar á otros. Hasta he notado que

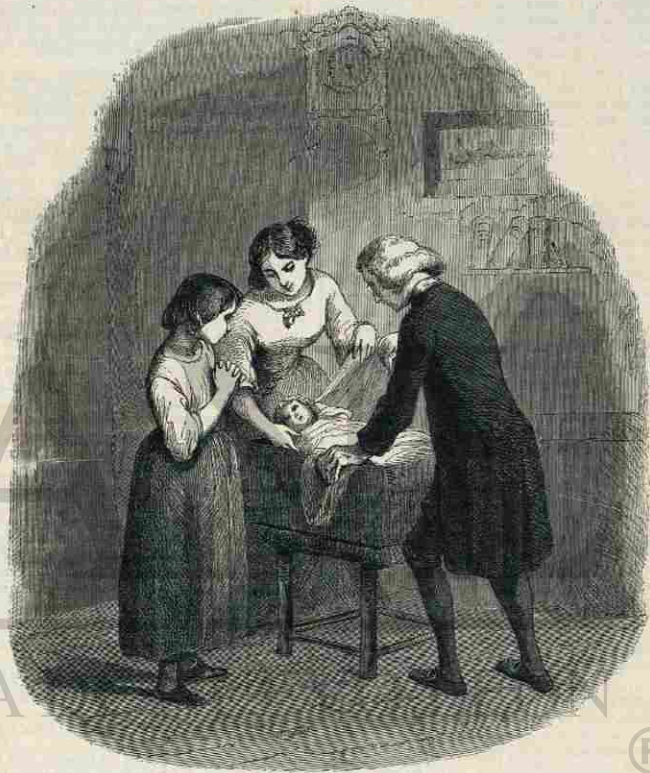
cuando me hallo á comer de convidado en una casa, si hay allí un perro al instante apoya su frio hocico en mis rodillas pidiéndome un bocado.

De vuelta en casa, he contado á mis hijas mi conversación con el forastero; quería saber la opinion de Jenny, que

me dijo con un acento tierno: Sé, padre mio, cual es tu pensamiento, y no necesito darte consejo alguno.

— Y cual es mi pensamiento?

— Has dicho para tí; Haré por ese pobre cómico, lo que deseo que Dios y el doctor Smart hagan por mí.



El día de año nuevo.—Dibujo de TOSNY JOHANNST.

No había pensado eso tal como Jenny lo decía, pero me hubiera gustado mucho haberlo pensado.

Tomé los doce chelines y se los di á Jenny para que se los llevase al viajero, porque nunca he deseado oír las gracias que dan los pobres; no quedo avergonzado, y la ingratitud es cosa que me hiere. Además, quería concluir mi sermón.

El mismo día por la noche. — Ese jóven cómico es sin duda ninguna un buen hombre. Cuando Jenny volvió de la posada nos contó detenidamente lo que la posadera le había dicho. Parece que su huésped no tenia un penny y Jen-

ny le confesó que ella le traía algun dinero. Al oír esto, aquella mujer hizo una larga disertación sobre la manía de dar cuando no se tiene nada, sobre la locura de socorrer á los vagabundos cuando no se tiene con que alimentar á los hijos propios, y sobre otras mil cosas.

Seguia yo componiendo mi sermón cuando entró en casa M. Fleetmann, diciéndome que no quería salir de Crekeliada sin dar las gracias á su bienhechor. Jenny estaba poniendo la mesa en aquel momento; teníamos para cenar rábanos y una tortilla, y convidé á nuestro forastero que aceptó gustoso. Gran necesidad tenia de reponer sus fuerzas; desde

por la mañana no había comido nada. Polly fué á buscar cerveza; mucho tiempo hacía que no habíamos hecho una cena tan buena.

M. Fleetmann pareció muy contento en nuestra compañía. La tristeza había desaparecido de su rostro, y no le quedaba más que ese aire melancólico, propio de las personas desgraciadas. Me ha supuesto menos pobre de lo que soy en realidad viendo la pobreza, el orden de nuestra casa, la claridad de las ventanas, la blancura de las cortinas y el brillo del suelo y de los muebles. En la morada del pobre los ojos se ven demasiadas veces ofendidos por el aspecto de la suciedad, pero yo nunca me canso de decir á mi mujer y á mis hijas, que la limpieza es uno de los mejores medios de economía y Jenny sabe entender á las mil maravillas todos esos cuidados caseros. En esto casi es superior á su pobre madre y da un excelente ejemplo á su hermanita. Su penetrante mirada sabe descubrir la más pequeña mancha.

Al concluir la cena, nuestro huésped estaba ya familiarizado con nosotros; sin embargo más ha hablado de nuestra posición que de la suya. Sin duda ninguna el pobre hombre tiene una honda pesadumbre sobre su corazón; no quiero suponer que sea sobre su conciencia, á veces en mitad de la conversación su rostro se ponía sombrío; subiese se esforzaba por parecer alegre. Dios le dé en su misericordia.

Cuando se levantó para marcharse, le acompañé dándole al mismo tiempo algunos saludables consejos. Sé que generalmente hablando los consejos son un poco ligeros. Me prometió hacer su palabra que me enviaría lo más pronto posible el dinero que le prestaba, y me preguntó repetidas veces cuanto tiempo podría vivir aun con diez que le quedaba.

Sus últimas palabras al despedirse de mí fueron estas: — Es imposible que sea desgraciado en este mundo. Tiene el cielo en nuestro corazón y dos ángeles á nuestro lado. Quería hablar de Jenny y de Polly.

20 de diciembre. — El día no ha sido bastante agradable porque el tendero Loster me ha enviado su cuenta de todo el año, cuenta mucho más considerable que la que creíamos, aunque en efecto no haya en ella nada que no se encuentre apuntado en nuestro libro de gastos; pero ha aumentado el precio de todos los artículos.

Lo peor es que le debo algo todavía del año último, y quiero que se le pague todo, porque dice que necesita su dinero. El total asciende á 18 chelines.

He ido á verla. Es un hombre muy amable y condescendiente, creí satisfacerle dándole algo de cuenta, pero nada ha podido convenirme, y ha concluido por darme que la necesidad le obligaría á pagar toda clase de intereses, porque debía cubrir un pagaré dentro de tres días. Me dijo que para un mercader el crédito era todo.

Conociendo que todas mis suplicas serian inútiles, le he dado todo lo que le debía. Ahora, ya no me quedan más que once chelines. Dios quiera que el cómico me devuelva pronto lo que le he prestado; en otro caso no sé lo que harémos.

Pues bien; si no lo sabes, hombre de poca fe, Dios si lo sabe. Porque se turba tu corazón? Que mal has hecho? Acaso la pobreza es un crimen?

24 de diciembre. — Sin embargo, se puede uno gozojar con poca cosa! Muy contentos nos hemos puesto todos al ver el vestido nuevo de Jenny. La algarada crutará con ese vestido parece que está en traje de novia. No quiero estrenarlo hasta el día de año nuevo para ir á la iglesia.

Todas las noches me da la cuenta de lo poco que ha gas-

tado para la casa. Pero es preciso que en adelante nos acostemos á las siete para ahorrar aceite y carbón. No le hace: mis buenas hijas trabajan mucho más que antes durante el día, y duran por la noche en la cama hasta las diez. Tenemos una buena provisión de nabos y de legumbres; Jenny cree que podremos vivir unos dos meses sin contrar deudas. Esto sería un golpe maestro. Para entonces creemos que M. Fleetmann habrá cumplido su palabra; cuando yo parezca durar de ello, Jenny está próxima á enfadarse, porque no quiere que se piense mal del forastero.

Muchas veces hablamos de él; mis dos hijas tienen mucho gusto en contarme las observaciones que han hecho. Su visita ha interrumpido la uniformidad de nuestra vida, y largo tiempo aun será el objeto de nuestras conversaciones. Me dio gusto ver la cohera de historias que Polly la dijo con malicia: — No es otra cosa más que un cómico. Jenny contó entonces una perla de historias de actores célebres de Londres que se hicieron ricos y que han sido admitidos á la mesa de los príncipes, añadiendo que Fleetmann debe ser uno de los mejores actores que han existido en el mundo. Ha tenido que sufrir grandes desgracias, dice, pero tiene buenos nodales y un lenguaje muy fino.

— Si, si, contesta Polly con lenguaje muy fino; como que ha dicho que eres un ángel.

— Y en otro, gritó Jenny vivamente.

— Si, pero eso lo dijo por cumplir; no pensaba más que en el síla.

Estas locuras infantiles me han hecho reflexionar un poco; Polly ya creyendo y Jenny tiene ya diez y ocho años. Como podrá casarse cuando llegue el día?

Jenny es una linda muchacha, muy bien educada y económica, pero (dijo Crekelada sabe que somos pobres, de lo que hace que no nos consideran mucho, y que será un milagro si puede encontrar un marido).

En nuestros días un ángel sin dinero no vale la mitad de un diablo con un bolsillo repleto de guineas.

La única ventaja que saca Jenny de su bonita cara, es que todos la miran con mucho gusto. Cuando llevó al tendero Loster el dinero que le debíamos, la regaló una libra de pasas y de almendras, y la dijo que sentía mucho haber estado tan exigente conmigo, pero que si seguía comprando en su casa, me haría hasta pascos.

Jamas me ha hecho á mí una promesa semejante.

Si llegase yo á faltar, que sería de mis pobres niñas? Solo el Señor que está en los cielos las protegerá.

Pero gracias á Dios, se hallan en estado de entrar á servir en cualquier parte. Vamos, no debo tener cuidado por su porvenir.

26 de diciembre. — Dos días bien penosos; nunca la fiesta de Navidad ha sido tan triste para mí.

En esos dos días he dicho mis dos sermones cinco veces en diez iglesias. El camino de las aldeas estaba horrible; el viento soplabá con violencia, y hacía un frío insostenible. Principió á sentir el peso de los años; ya no estoy tan ligero y dispuesto como lo estaba antes. Es cierto que con berzas y nabos y un poco de agua fresca no se pueden tener muchas fuerzas.

Esos dos días he comido en casa del labrador Hurst. Las gentes del campo son más hospitalarias que las de nuestra aldea, en donde hace más de seis meses que nadie se ha acordado de convidarme. Ah! Porque no estaban á la mesa conmigo mis dos hijas! ¡cuanta abundancia! con las sobras que se dieron á los perros, habrían podido festejar la Noche Buena.

Sin embargo pude traerles algunos pastelillos que están comiendo á estas horas con mi alegría. Por fortuna, tuve valor para decir al labrador y á su mujer, mientras me instalaban para que comiese: « Si me lo permitis, voy á tomar dos pastelillos para mis niñas. » Inmediatamente aquellas buenas gentes me llenaron de ellos un saco, y como lloraba á cantaros, me trajeron en su coche hasta Crekelada.

Lo que se come y bebe es sin duda de poca importancia, con tal de que sea lo suficiente para apaciguar el hambre y la sed; pero sin embargo, no viene mal de cuando en cuando una buena comida; se siente uno mejor, y con ideas más risueñas. El ánimo necesita ser excitado algunas veces.

Estoy sumamente cansado. He hablado mucho con el labrador Hurst; le escribiré mas adelante.

27 de diciembre. — Estamos tocos de contentos; pero es preciso saber moderar la alegría; es una virtud que debo enseñar á mis hijas. Por esto he resuelto no abrir hasta las doce el rollo de dinero que me ha enviado el digno M. Fleetmann. Bien se les conoce á las mujeres que son hijas de Eva; las dos están devoradas por la curiosidad de saber lo que escribo M. Fleetmann. Se entretienen en leer las listas y en tomar el dinero, que pasa alternativamente de las manos de una á las de otra.

Pero como es esto? No he prestado á M. Fleetmann más que doce chelines y me devuere cinco libras esterlinas! Alabado sea Dios; acaso habrá hallado una ocupación buena.

La alegría y el dolor están siempre cerca. Esta mañana fui á casa del alderman Fieldson, porque me habían dicho que el carretero Brook había querido suicidarse á causa de sus deudas. Es un pariente lejano de mi mujer; hace doce años le serví de fiador por una suma de cien libras esterlinas, y todavía no hemos salido del apuro. Parece que este hombre ha sufrido muchas desgracias en los años últimos, y se ha dado enteramente á la bebida.

El alderman me ha tranquilizado, diciendome que en efecto habían corrido algunos rumores alarmantes con respecto á esto, pero que le parecía de todo punto inverosímil que Brook se hubiese suicidado. Cuando entraba ya consolado en mi casa, encontré á Polly que salió á recibirme para anunciarme la carta de envío de M. Fleetmann.

El mismo día por la noche. — Nuestra alegría se ha cambiado en una gran tristeza. La carta que creímos era de M. Fleetmann es del señor doctor Smart, quien me comunicaba que no conservaré mi empleo sino hasta Pascuas, y que entonces arrojaremos para siempre nuestras cuentas. Me anuncia que puedo ocuparme inmediatamente en buscar otro empleo, que me envía el dinero necesario para subvenir á mis gastos de viaje, y que ha encargado al nuevo vicario el reemplazarme al punto en mis funciones.

De este modo los cuentos de los aldeanos no estaban desprovistos de fundamento; y acaso puede ser, como se decía, que el nuevo vicario haya recibido tan pronto su nombramiento, porque ha consentido en casarse con una de la familia del señor doctor Smart.

Jenny y Polly se han puesto pálidas como la muerte cuando en vez de la carta de M. Fleetmann se han hallado con esta espantosa noticia. Esta es la recompensa de tantos años de servicio!

Polly se arrojó sollozando sobre una silla, y Jenny corrió á encerrarse en su cuarto. Mis manos temblaban sosteniendo la carta del rector; entre en mi gabinete, me arrodillé y me puse á orar, levantándome después mas consolado con mi plegaria, tomé mi Biblia y las primeras palabras que han visto mis ojos son las siguientes: « Nada temas, porque te

liberado, te he llamado por tu nombre, eres mío. » (Isaías, c. XLIII, v. 1.) con esto todo temo ha desaparecido de mi alma; he alzado los ojos al cielo, exclamando: « Si, señor, tuyo soy. »

No oyendo á Polly sollozar mas, me he vuelto al cuarto, donde la hallé de rodillas con las manos juntas y apoyadas sobre la silla. No dije nada; cerré la puerta suavemente, y me volví á mi gabinete para no turbar á mi hija querida.

Algunos momentos después, habiéndome oído á Jenny, me fui otra vez con mis dos hijas, á quienes encontré sentadas á la ventana; consec en lo encarnado de los ojos de Jenny que había buscado la soledad para ocultarnos su dolor. Ambas me miraban temblando. Creo que tenían hulla en el rostro la expresión de la desesperación. Al ver la serenidad de mi fisonomía se tranquilizaron. Tomé la carta y el dinero, taparémos una antigua canción y los puse sobre mi pupitre. Hasta por la noche no han dicho una sola palabra de ese suceso, que tampoco por mi parte había querido recordárselas. Un tierno sentimiento les había dolido esa reserva, y yo entraba también en ella por el temor de parecer débil ante mis hijas.

28 de diciembre. — Es bueno dejar pasar la primera violencia de la tempestad sin medir con la vista sus destrozos.

Heimos pasado una noche tranquila. Ahora hablamos de la carta del doctor Smart y de la pérdida de mi empleo como de una antigua historia y ya estamos formando cálculos para la ventura.

Lo mas triste es que esos cálculos nos conducen á la necesidad de separarnos por algun tiempo. En efecto, lo primero es tratar de colocar á Jenny y á Polly en algunas buenas casas; en tanto que yo comprendiere mi viaje para hallar un empleo que nos de pan á mis hijas y á mí.

Polly ha recobrado ya su buen humor; habla del sueño que ha tenido y nos divierte con su mitra de obispo. Oyéndola se diría que cuenta con algun favor de la casualidad.

En cuanto llegue el nuevo vicario á Crekelada, le alondraré los registros de la parroquia y principiaré á dar pasos para hallar otro empleo. Mientras tanto voy á escribir á algunos antiguos conocidos que tengo en Salisbury y en Westminster, para saber si podrían colocar á mis hijas; ayl como cocineras, costureras ó doncellas en alguna casa honrada; Jenny podría también servir de vaya para niños de corta edad.

No dejaré á ninguna de ellas en Crekelada. El pais es muy pobre, los habitantes poco caritativos, y tienen todos los defectos de los lugareños.

Ya no se habla más que del nuevo vicario. Algunos apurament sentir el que se me vaya; quiz lo sienten de todas veras.

29 de diciembre. — He escrito hoy á monseñor el obispo de Salisbury, pintándole mi dolorosa situación, al abandono de mis hijas y mis largos y fieles años de servicio en la villa del Señor. Creo que es un hombre piadoso y humano, quiera Dios se compadeciera de mí! En las tres ó cuatro iglesias del Wiltshire debe haber algun rinconcillo de sobra, con diez poco me contentaría hoy.

30 de diciembre. — Si no viene la mitra de obispo que Polly ha visto en sueños tengo que ir á la cárcel. Si, lo veo, la cárcel es inevitable, se me ha acabado toda mi energía y en vano trato de recuperar mi valor. Creo que si aun fuerzas tengo para orar, tan grande es la desolación que me amana.

Si, la cárcel es inevitable. Quiero repetírmelo sin cesar para irme acostumbrando con la idea. Dios misericordioso,

compadécete de mis hijas! no puedo decirte lo que sé.

Acaso una muerte prematura podría salvarme de esta vergüenza! Estoy aniquilado, y siento en mis venas el ardor de la calentura. El temblor de mis manos me impide seguir escribiendo.

Algunas horas después.—Estoy un poco más sosegado, quise arrojarle en los brazos del Señor y hacer oración, pero estaba tan malo, que he tenido que tenderme en mi lecho y creo que he dormido; acaso ha estado privado de conocimiento. Han pasado tres horas. Mis hijas me han echado una porción de mantas a los pies. Mi cuerpo está abatido, pero mi corazón está más animado, todo lo que me sucede me parece un sueño.

El carretero Brock se ha ahorcado! El señor alderman Fieldson me mandó a llamar para comunicarme la noticia mostrándome un pequeño sumario con la nota de que respondo. Después me ha dicho que Brock dejaba muchas deudas y que ya podía tratar de pagar al mercader. Withiel de Trowbridge con el cual sali defraudor por cien libras esterlinas. El señor Fieldson tenía razón para compadecerme. Dios del cielo! cien libras esterlinas! dónde podré hallarlas! Aun cuando vendiésemos todo lo que tenemos no sacaríamos cien chelines!

Brock pasaba por un hombre rico y muy formal. Jamás habría podido sospechar que debía acabar de esa manera. El corto patrimonio de mi mujer se gastó durante su larga enfermedad, y aun tuve que vender en menos de su valor algunas tierras que había heredado cerca de Brodfort. En el día me hallo reducido a la mendicidad. Ah! Si siquiera pudiera mendigar al aire libre! Pero me van a llevar a la cárcel, a menos que M. Withiel no sea muy generoso. Lo que es el pagar es imposible.

El mismo día por la noche.—Me avergüenzo de mi debilidad. Caer en ese abatimiento, en esa duda y creo en la Providencia, y soy un sacerdote del Señor!

He hecho todo lo que podía, todo lo que debía hacer. He llevado al correo una carta para M. Withiel, en la que le esponía la imposibilidad en que me hallo de poder cumplir con mi obligación, añadiéndole que era libre de enviarme a la cárcel. Si ese hombre tiene algunos sentimientos de humanidad me compadecerá; en otro caso puede hacer lo que quiera conmigo.

Al volver del correo he querido poner a prueba el valor de mis pobres niñas, preparándolas para el golpe más horrible. Ah! Ellas se han mostrado más fuertes que el hambre, mas cristianas que el sacerdote.

Les he hablado de la muerte de Brock, de la fianza que había firmado, y de sus resultas, y ambas me han escuchado con una triste atención.

—A la cárcel dijo con voz baja Jenny, llorando y estrechándome en sus brazos. Ah! padre mío, tú que no has hecho nunca nada malo, verte tan maltratado por la fortuna! No, yo iré a Trowbridge, y me arrojaré a los pies de M. Withiel, sin levantarme hasta que haya obtenido tu libertad.

—No, no respondió Polly, eso no servirá nada, porque los comerciantes son comerciantes, y no perdonarán por tus lágrimas un solo chelin de la cantidad que reclaman. Pero yo iré a casa de ese hombre y me comprometeré a servirle toda mi vida, no comiendo más que pan y agua, hasta tanto que haya pagado con mi trabajo la deuda de mi padre.

Con estos proyectos, ambas se han quedado más sosegadas. Sin embargo bien luego han conocido la vanidad de sus esperanzas y Jenny dijo:

—Para qué esos inútiles proyectos? Esperemos la respuesta de M. Withiel, y si quiero ser cruel que lo sea; Dios está también en la cárcel. Si te condenan a ir a ella, padre mío, acaso estarás mejor que aquí con nuestra miseria. Ninguna falta pesa sobre ti; no tienes nada que echarte en cara; mi hermana y yo nos pondremos a servir, y con nuestro salario haremos frente a tus necesidades. Hasta mendigaría si llegara el caso; mendigar por un padre es una cosa noble y santa. Tremos á verte y te cuidaremos mucho; no debes tener ya ningún temor.

—Tienes razón, repuso Polly: el que teme no cree en Dios. Yo voy a estar alegre, tanto como puedo estarlo separada de ti y de nuestro padre.

—Esas palabras me han hecho recuperar mi perdido valor. No se engañaba Fleetmann cuando decía que yo tenía dos ángeles a mi lado.

El día de San Silvestre.—Se acabó el año. Doy gracias al cielo, porque, al cabo y al fin, quitando algunos trastornos, este año ha sido para mí bueno y dichoso. A veces, es verdad, nos hemos visto en la mayor pobreza, pero siempre hemos tenido con que aplacar el hambre. Muchas veces amargas inquietudes han penetrado en nuestros corazones, pero también han nacido de ellas algunas alegrías. En el día apenas tengo lo necesario para vivir durante seis meses, pero cuántos hay que no lo tienen, y que ni aun saben si vivirán mañana!

He perdido mi empleo; me hallo próximo a la vejez sin empleo y sin pan. Acaso debo pasar el año próximo en la cárcel lejos de mis queridas hijas, pero también está Dios en las cárceles como ha dicho Jenny. Para una conciencia pura, ni aun el infierno es un infierno, y para el alma del malvado no podría haber felicidad ni aun en los cielos. En una palabra, soy dichoso. Aquel que sabe soportar las privaciones es rico; una buena conciencia vale más que todos los honores del mundo.

La desgracia ha sido para mí una escuela que me ha hecho comprender mejor el Evangelio. Los sabios de Oxford comentan la letra de la Sagrada Escritura, pero no pueden hacer comprender bien su espíritu: el mejor maestro de la palabra de Dios es la naturaleza.

Con estas reflexiones quiero terminar el año. Me felicito por haber tenido la idea de escribir este diario; todo hombre debería hacer una semejante, porque mas fruto se saca del estudio de sí mismo que de la lectura de los mejores libros. Al notar de este modo cada día los pensamientos y las impresiones, puede uno al fin del año considerarse bajo todos los aspectos. El hombre no es el mismo a todas las horas del día. El que dice que se conoce apenas tiene razón mas que en el momento mismo en que lo dice, porque solo entonces lo siente, pero muy pocas personas saben lo que eran ayer, y mucho menos lo que serán mañana.

Este año he llegado a conocer la verdad en ese proverbio que dice «con bien vengas mal si vienes solo» como también la del otro que nos enseña que cuando el mal ha llegado a su colmo, es porque estamos próximos a volver a encontrar la felicidad. Por eso, pasada la primera impresión de mi dolor, pienso con placer en el bienestar que debo experimentar, y me consuelo diciéndome que la lucha va tocando a su fin. Cuando he satisfecho mis deseos, me siento, por el contrario, inquieto y trémulo y no me atrevo a concebir esperanza ninguna.

(Se concluirá.)

DIARIO DE UN VICARIO DE ALDEA.

(Véase la pág. 296.)



Desenhado.—Dibujo de TOMY JOHANNST.

Tampoco me fió en la tranquilidad. El tener demasiada confianza es un escollo muy peligroso para el hombre, y luego, de lejos toda desgracia parece mas terrible que lo es en realidad cuando cae sobre nosotros. Las nubes no son tan sombrías de cerca como a una larga distancia. Cuando me veo amenazado por una desgracia, tengo la costumbre de suponer las mas sinistras consecuencias; espero todo lo peor que puede suceder, y rara vez es la realidad tan funesta como mis suposiciones.

4.º de enero de 1675 por la mañana.—Me ha sucedido una triste y sorprendente aventura al principio de este año.

A las seis de la mañana, cuando estaba reflexionando en mi cama en el sermón de hoy, oigo llamar a nuestra puerta. Polly estaba ya en la cocina, y corrí a ver al que llamaba: Fara vez nos vienen visitas tan temprano. Al resplandor del

crepúsculo, un hombre le entregó una caja bastante grande y la dijo: «El señor... (Polly no pudo oír el nombre) envía al señor vicario este cajón suplicándole haga el favor de tener mucho cuidado con lo que contiene.»

Polly tomó la caja con extrañeza, y el mensajero se alejó con rápido paso. Entonces vino a llamar suavemente a la puerta de mi cuarto para saber si yo estaba despierto; la dije que entrara, me hizo los saludos de año nuevo y añadió riendo:

—Ves, los sueños de Polly significan algo; aquí tienes la mitra de obispo.

Y dicho esto me contó como me habían traído aquel aguilado. Sentí mucho que no hubiese insistido en saber el nombre de nuestro bienhechor.

Polly se marchó para encender la lámpara y llamar a Jen-

supo mi nombre me hizo entrar en su gabinete. Le di gracias repetidas veces por su indulgencia y bondad, y le conté las circunstancias que me obligaron á salir fudor de Broock y las desgracias que habia experimentado, concluyendo por ponerle sobre la mesa las doce libras que le llevaba.

M. Withiel me miraba con una emoci6n muy señalada. Cuando acab6 de hablar me tom6 la mano y me dijo:

— Ya os conozco, ya sé que sois un hombre honrado; volved á tomar ese dinero; en conciencia no puedo privaros de él, y me prometo que seréis bastante bueno para guardarlo en mi nombre como aguiñado.

Enseguida se levant6, entr6 en otro cuarto y me present6 un escrito diciéndome: — Ya conocéis esta fianza con vuestra firma al pié; os la doy á vos y á vuestros hijos.

Rompí el papel y puso los pedazos entre mis manos. Estaba tan estupefacto que no podía pronunciar una palabra; mis ojos se hallaban inundados de lágrimas. Conociendo que deseaba darle gracias y que no podía desplegar mis labios, exclamé: « Vamos, yamos, ni una palabra mas sobre ese punto; son las únicas gracias que os admito. Si Broock me hubiese confiado su posici6n, con mucho gusto le habria perdonado la deuda. »

Al día siguiente, M. Withiel me ha traído en su hermoso carruaje hasta Crekelada.

Mis hijos han llorado de alegría cuando les dije: « Es admirable! Aquella hoja de papel era mi mas pesada carga y ya está destruida. Rogad á Dios para que recompense á nuestro libertador. »

16 de enero. — El día de ayer ha sido el mas memorabile de toda mi vida.

Nos halláhamos reunidos en la sala á eso de las doce del día; yo mecia al niño Alfredo; Polly leía, y Jenny estaba cosiendo junto á la ventana. De repente esta última se levanta y retrocede pálida como la muerte; espantados la preguntamos lo que tiene, y ella trata de sonreír diciéndonos: « Ahí está. »

Se abre la puerta y vemos entrar á M. Fleetmann elegantemente vestido. Le saludamos presurosos, y contentos de volverle á ver en una situación mejor que la primera.

Me abraza, da un beso á Polly y saluda respetuosamente á Jenny que no habia vuelto aun de su extrañeza. Habiendo notado su palidez se informa con inquietud de lo que le pasa. Polly se lo explica todo; entonces besa la mano de Jenny como para suplicarla que le perdone la emoci6n que involuntariamente acaba de causarla; pero la pobre muchacha se hallaba ya encarnada como una rosa abierta.

Mandé traer al instante vino, grosella y unos pastelillos para obsequiar á nuestro huésped, á nuestro bienhechor, mas dignamente que lo hicimos al recibir su primera visita. Al principio dijo que no queria nada, porque tenia que volverse á la posada donde le esperaban algunas personas, pero no pudo resistir á las súplicas de Jenny y se sentó á la mesa.

Creí que las personas que le esperaban eran cómicos y le pregunté si tenia el proyecto de representar comedias en la pobre aldea de Crekelada.

— Sí, me respondió, pensamos representar comedias, pero gratis.

Polly se puso loca de contenta, porque hace mucho tiempo deseaba ver una pieza de teatro.

— Tenéis con vos muchos compañeros? le pregunté.

— Nada mas que un hombre y una mujer, repuso Fleetmann, pero son unos artistas excelentes.

A estas palabras Jenny se puso muy triste, ech6 una mirada seria á Fleetmann y le dijo:

— Y vos representais tambien?

Jenny le dijo estas palabras con un acento que nunca le habia oido sino en las circunstancias las mas graves. El pobre Fleetmann se qued6 cortado con aquel acento tan extraño; la mir6 á su vez muy seriamente, pareciendo pedirle una respuesta y por fin la dijo:

— Señorita, os jur6 por mi Dios y el vuestro, que solo vos podeis contestar á esa pregunta.

— ¡Ojala pudiese ser verdad lo que decís.

Puse fin á ese *imbroglio* llenando los vasos para beber á la salud de nuestro bienhechor.

— Señorita, dijo Fleetmann mirando á Jenny atentamente, queréis beber á mi felicidad?

Jenny puso las manos sobre el corazon, cerr6 los ojos y bebí sin pronunciar palabra.

Fleetmann se puso entonces muy alegre, se acerc6 á la cuna y mir6 al niño. Polly y yo le habiamos contado lo que habia pasado y entonces dijo sonriendo:

— Con que no admirásteis que era yo el que os enviaba ese aguiñado?

— Quién? — Vos? — Como es eso? — exclamamos los tres á un tiempo.

Habia llegado al c6mo nuestro asombro. El jóven tom6 la palabra y nos hizo la relaci6n siguiente:

— No me llamo Fleetmann, soy el baron Cecilio Fayford. El hermano de mi padre queria despojarnos de los bienes que nos pertenecian á mi hermana y á mi, y con ese objeto nos puso un pleito que ha durado muchísimo tiempo, y mientras tanto hemos tenido que vivir con la poca herencia que nos dejó nuestra madre. Mi hermana padecía cruelmente con la opresion de nuestro tío, que era tambien tutor, y habia resuelto el casarla con el hijo de uno de sus amigos, pero mediante mi aprobacion, se ha casado secretamente con el jóven lord Sandow, y Alfredo es el primer fruto de ese matrimonio. Bajo pretexto de que tomase los baños de mar pudimos alejar durante algunos meses á mi hermana de la casa de su tutor, pero necesitáhamos tambien hallar una casa segura para el niño. Entonces oi hablar por casualidad de la pobreza y caridad del vicario de Crekelada, y vine aqui espresamente para verlo. La acogida que me hicisteis fij6 mi resoluci6n. Mi hermana no ha vuelto á entrar en la casa del tío, y hace cuatro meses que hemos ganado nuestro pleito y que por consiguiente estamos en posesi6n de nuestro patrimonio legitimo. El anciano lord ha muerto de repente estos últimos días, y mi hermano político ha publicado inmediatamente su matrimonio. En el día no tenemos ya ningun motivo para ocultar la existencia de ese niño, y sus padres han venido conmigo á reclamarle; yo, señor yerno, vengo á buscaros con vuestra familia, si no queréis desdenar mis ofrecimientos. El curato cuyo rectorado pertenece en el día á mi familia está vacante; á mi me toca disponer de ese puesto que produce, con el diezmo, mas de doscientas libras esterlinas por año: señor vicario, habeis perdido vuestro empleo y me consideraria un hombre muy feliz, si consintieseis en vivir á mi lado.

Dios sabe la turbaci6n que causaron en mi estas palabras; lágrimas de alegría velaron mis ojos, y tendi los brazos á ese jóven que se me aparecia como un mensajero de los cielos. Polly me di6 un abrazo con un grito de gozo y Jenny quiso besarle las manos, pero él se retir6 muy comovido para sustraerse á las efusiones de nuestra gratitud.

Aun estáhamos mis hijas y yo abrazados todos y llorando

cundo entr6 el baron con su hermano político y su mujer. Esa hermosa jóven se precipitó á la cuna, se arrojó junto á Alfredo y le cubrió de besos y de lágrimas.

Cuando se calm6 un poco se acerc6 á nosotros, para darnos las gracias; pero Polly mostrándole á su hermana que estaba apoyada en la ventana la dijo:

— Señora, aquella ha sido la madre de vuestro hijo.

Lady Sandow se acerc6 á Jenny, la mir6 algunos instantes en silencio, se volvió sonriendo hácia su hermano y luego tom6 á Jenny en sus brazos: la pobre muchacha no se atrevia á levantar los ojos; lady Sandow la dijo:

— Os debo demasiado para poderos pagar el bien que me habeis hecho: sed mi hermana, querida Jenny, y entre hermanas ya no habrá nada que decir.

En tanto que ellas se abrazaban, el baron se acerc6 y las dijo:

— Sí, sed mi hermana, continu6 la jóven, y permitidme á mi hermano yo, que no separe nunca de nosotros.

Jenny se qued6 sonrojada.

— Es el bienhechor de mi padre, nos dijo.

— Pues bien, respondió lady Sandow, no queréis ser tambien la bienhechora de mi hermano? Miradle con ojos favorables; si supierais lo que padece porque os ama!

El baron tom6 la mano de Jenny y la llevó á sus labios; lady Sandow los trajo á los dos delante de mi, suplicándome que les echara su bendici6n.

— Jenny, exclam6: es verdad lo que está pasando? Podráis amarle? Deidtele.

Jenny alz6 los ojos al baron, le tom6 la mano, la puso sobre su corazon y respondió:

— Dios lo ha decidido!

Bendí á mi hijo y á mi hija. Solemne fué el momento aquel; todos los ojos estaban brillantes de lágrimas. Polly se arroj6 en mis brazos riendo y llorando á la vez.

— Ves, padre mio, exclam6, ves cuantas mitras de obispo! No era verdad mi sueño?

Alfredo se despert6 en aquel momento.

No, en vano, describiré ese día: mi corazon está demasiado hinchado. Ademas no me queda un solo instante de reposo.

JUAN BAPTISTA MONNOYER.



Baron de flores. — Rosas, jasmín, caberzas de adormideras y espuelas de caballero.

Hay dos maneras de comprender los cuadros de flores. Los unos las pintan por amor á las mismas flores, y los otros por amor á la pintura. Estos no ven en un ramillete mas que un bonito conjunto de tonos brillantes que debe sorprender la vista con mil delicias. Si la rosa ostenta sobre su cuadro sus suaves colores, si el clavel muestra su her-

moso jaspeado, si un tulipán enseña sus rayas de oro, no es tanto por encantar al botánico haciéndole reconocer y llamar por su nombre latino sus queridas flores, sino por proporcionar al pintor una ocasión de luchar con la naturaleza y producir efectos deslumbrantes. En este caso las flores servirán de pretexto para un cuadro que presente una bonita escala de colores selectos, elevándose por el jacinto hasta el blanco del marfil ó por la azucena hasta el blanco de la porcelana, y bajando por la escibiosa hasta la oscura violeta. Cada flor parece una nota aguda, ó moderada ó grave en esa música de los tonos, y el pintor se queda muy contento con haber logrado encantar al espectador con la pintura de sus brillantes armonías.

Los otros, por el contrario, más amantes de las flores que del arte, se apasionan por sus modelos hasta el punto de olvidar el efecto que debe producirse. Son más naturalistas que pintores; la individualidad de cada especie les seduce. Aprenden á pintar las hojas de la rosa, á dibujar con finura los tallos, en una palabra á seguir con la punta del pincel la anatomía de sus graciosos modelos, sin perdonar el más ligero pétalo caído, y de ese modo á fuerza de pensar en los detalles descuidan el conjunto; en su pasión por cada flor, no se atreven á hacer ningún sacrificio, ningún voto al menos que el que resulta de la modestia misma de ciertas flores que se desvanecen en sus discretas tintas como el jacinto azul ó espuela de caballero, para que brillen más sus compañeras.

De esas dos maneras de pintar las flores la primera es la que caracteriza el talento de Bautista Momoyer. Este maestro venido al mundo en el siglo de Luis XIV, en 1635, tenía más bien el instinto de la decoración que el sentimiento de la naturaleza. Es verdad también que en aquella época se pintaban las flores como un objeto de decoración, como pretexto para ostentar ricos colores, pero no como un objeto de arte y amor. El amor de los campos no fue jamás el carácter distintivo de la Francia clásica.

Pero si Bautista Momoyer pertenece á la escuela francesa, no es únicamente porque nació en Lila, capital de la Flandes francesa, sino porque estudió en París y todas sus obras respiran el sentimiento particular de Francia. Poco podemos decir sobre su vida; quien se ocupaba entonces en recoger datos para la biografía de los pintores? Lo que se sabe es que á los treinta años, en 1665 se presentó y fue admitido por unanimidad en la Academia de Francia.

Entonces principió á extenderse su reputación, tanto más fácilmente cuanto que era el único que se dedicaba á la sazón á la pintura de las flores. El artista se apoderaba de todo cuanto podía engrandecer su dominio y servir de acompañamiento á sus ramos de claveles y jorjunos, á sus azucenas y á sus rosas. La riqueza y pompa que ponían Le Brun en sus cuadros históricos y Rigaud en sus retratos, Bautista Momoyer las desplegaba iguales en sus flores. Sobribitas lapices, pesados y guarnecidos de franjas de oro, adornaban la composición magistralmente arrojada sobre consuelos de mármol ó de pórtico. Otras veces como aun se ve en el Louvre en uno de los cuadros de este pintor que hay en la galería, el artista pintaba una corza danzantina ó un caso para neutralizar con sus luces los claros principales del ramillete. Pero esas duras imágenes, aunque contribuyen al efecto óptico, rompen la unidad de la impresión; la mirada no puede atornillarse á esos contrastes que la ofenden; la dulzura de un junquillo ó la melancolía de una tuberosa no pueden acordarse nunca con el hierro de una azucena.

(Se continuará en los próximos números.)

UN VIEJO.

Me gustan algunas veces los paseos solitarios, y particularmente cuando me siento dominado por ese disgusto general de todo, que los ingleses han calificado con el nombre de *spleen*. Suele ser lo más general que el infeliz que es atacado de entrañada tan horrible, busque su remedio en el tumulto de las diversiones. Yo por el contrario, padezco con más fuerza en la bulla que en la soledad. No acierto á definir esta anomalía, ó como la quieran llamar, pero aun cuando supiera la causa, me abstendría muy bien de referirla. No censar, es la divisa que llevo en todas mis empresas literarias, y en este supuesto, como á los lectores les ha de interesar poquísimo el conocer la razón que me obliga á separarme en aquel sentido del todo de las letras, les hago gracia de una disertación con sus ribetes de patológica, tanto por evitarles un rato de fastidio, cuanto porque malgasta la falta que hace para saber, que el año de 1837 me hallaba en Granada, y que sufriendo la incomodidad de espíritu de que ya he hecho referencia, subía á la Alhambra todas las mañanas de julio y agosto, me paseaba por sus alamedas, me sentaba cuando estaba cansado, y volvía paso entre paso á mi casa, así que el astro diurno dejaba sentir sobre mi persona, sus abrasadores rayos.

Tenía el capricho de sentarme siempre en un mismo asiento, desear que satisficiera á todas horas, porque como apenas subía lento, estaban á mi disposición por lo regular cuantos asientos encierra aquel recinto encantador, pero todos los despreciaba, gozando de mi preferencia uno tan solo, al que había llegado á cobrar cariño, y lo consideraba como una cosa muy ínterin descausada en él.

Se llama únicamente á las mujeres caprichosas, y en esto del mundo, no estoy conforme. Siendo el capricho una flojedad inherente al corazón humano que data desde la creación del mundo, y aunque fuese la madre Eva quien tuvo la de probar aquella maldadísima manzana, no descienden las mujeres solamente de esta y nosotros del señor Adán, sino que todos participamos de lo bueno y malo de nuestros primeros padres, y por ello no veo un motivo fundado para que el bello sexo cargue con toda esta falta, y no se diga nada del feo, cuando suele tener algunos caprichos... que más vale callar... Podrá argüirse que una golondrina no hace verano; pero yo creo que no voy tan disparado en mi juicio; y reclamo el apoyo de las señoras mujeres, que no me dejarán defenderme solo, cuando se me ataque sobre este punto.

Sea en fin lo que fuere, la verdad del caso es, que una mañana, que más tarde de lo acostumbrado, dirigí mis pasos á la Alhambra, creí divisar unos bultos en mi asiento favorito. Sérias sospechas concebí al momento de que estuviese ocupado, las que no tardaron en trocarse en realidades; viendo que efectivamente había dos personas en él. Aquella sorpresa me puso de muy mal talante; con tanta más razón cuanto á que todos los demás estaban desocupados, excepto el inmediato. Con una indignación semejante á la del mayor Anspach (1), cuando vió ocupada por la primera vez su gruta del parque, pase ceñido y cabizbajo por delante de las personas, sin mirarias siquiera y con la esperanza de que á la vuelta del paseo que me proponía dar, hallaría libre y desembarazado mi asiento. Pero desgraciadamente no fue así; después de haber recorrido algunas calles de álamos, volví á la gorieta donde aquel estaba y aun no se ha-

1 Héroe de una novela alemana.

bian levantado mis usurpadores. Fijé entonces la vista en ellas, como para ahuyentárlas si podía con mi gesto amenazador, y eran dos señoras, la una jóven y linda y vieja la otra, aunque de un semblante agraciado. Debo confesar en honor de la verdad, que su presencia no fue menos incómoda que lo hubiera sido la de sérs de mi mismo género; pero como el resultado era igual, y me sentía bastante causado, iba ya á sentarme en cualquiera parte renegando entre dientes de mi sino; cuando con no poco contento de mi ánima, levantáronse las señoras y tomaron el camino de una de las alamedas. Al instante corrí desalado hacia mi asiento del que tomé posesion con un placer indecible. Me puse á tocarlo por todas partes, á mirarlo con alegría... y veo debajo de él un papellito doblado, de un color de rosa, bastante subido. Lo tomo, y sin reflexionar si hacía bien ó mal, deshago sus dobleces y lo primero que á mi vista se presenta es un *Acto*, con una letra bastante gruesa. Principio á leer y estaría cerca de la conclusion, cuando oigo una voz entre agitada y triste que dice:

— ¡Caballero, que feíz es usted!

Levanto los ojos y veo enfrente de mí á un jovencito como de unos 18 años, vestido con elegancia, que miraba el papel que tenía yo en la mano, con una languidez estrema.

— Si señor, continuó con voz trájica, usted me ha de disculpar, pero todo lo he observado detrás de aquellos arboles.

— ¿Y qué ha observado usted? le pregunté sorprendido.

— ¿Querá usted negar, me respondió, la impaciencia con que aguardaba la ida de esas señoras? ¿el modo de correr á ese asiento tan luego como se fueron? ¿y la carta que en ese caso ha buseado, y que aun se encuentra entre sus manos?

Atónito estaba yo con lo que me sucedía, sin saber que contestar, aunque no pude menos en mi interior de conocer que las mas veces engañan las apariencias con tan vivos colores, que no dejan la menor duda acerca de lo que parecen demostrar. El jovencito prosiguió diciéndome:

— Sin duda le sorprenderá á usted este modo de hablar, pero sepa que estoy loco, frenético, que deliro por esa mujer que ha estado sentada donde se halla usted ahora, que soy su sombra que la sigue donde quiera se dirije, porque la adoro, porque conozco que sin ella me será imposible vivir; mas desgraciadamente, mi clase no es igual á la suya, y está obstáculo me ha contenido para llegar á pedirla á su familia... y yo, tanto de mí, (prosiguió animándose) que atribuí á desdén y orgullo lo que solo era amor por otro hombre. ¡Oh! pero tenga usted entendido que no tan así como quiera me dejó arrebatar la felicidad. Aborrezco á usted porque la ama y es correspondido, y quiero... está usted viendo que no batamos. Un desafío solo serviría para adquirirme su odio si quedo vivo, mas en cambio gozaré estorbándole que sea feliz toda vez que tan desventurado me ha hecho. ¿Con que vamos, que dice usted?

Por tan estraña relación, conocí el estado calamitoso de aquel jóven, y por toda respuesta le alargué el papellito de color de rosa, que así con una fuerza brutal, queriéndolo devorar con los ojos, pero apenas se fijaron en el cuando cambió repentinamente la expresión de su semblante, y exclamó con una emoción de verdadera alegría.

— ¡Ah! ¡es mi soneto! ¡mi soneto que lo llevaba consigo, y que se le habrá caído! Luego no ha desafiado el recibirlo? — Caballero, permíteme usted, habré dicho mu-

chas necedades, ya vé usted como estoy; y sin decir más se dió á correr como un desespeñado, con direccion al camino que habían tomado las señoras.

— ¡Potre jóven! exclamé viéndole alejarse.

— ¿Lo cree usted así? me replicó una voz que venia del lado opuesto al que miraba.

Volví la cabeza, y sobre el banco inmediato vi entonces á un viejecito, que tenía puesto un frac antíquisimo, un sombrero cuya figura era poco más ó menos, según la moda del día, pero que su fabricación se remontaba á alguna docena de años atrás, y unos pantalones de mabon, sin trabilla, idénticos en un todo á los que ahora se usan, dejando ver como es consiguiente entre su remate y los zapatos, media vara de pañorrilla, vestida con blanca media de hilo.

(Se continuará.)

PABLO POTTER.

Pablo Potter, llamado Descamps, era oriundo de la casa de Egmond por su abuela. Sus antepasados habían desempeñado los primeros cargos en la ciudad de Enkuisen, en donde nació en 1625, de Pedro Potter, pintor bien inferior, que algún tiempo después fue á establecerse á Amsterdam para adquirir allí el derecho de ciudadanía. El jóven Potter no tuvo otro maestro que su padre, á quien sobrejuro en cuanto hubo aprendido los primeros rudimentos de su arte. «Fue un prodigio de que no hay ejemplo, añade Descamps; á los catorce años era ya un maestro muy hábil, y aun sus obras de aquel tiempo figuran entre las de los grandes hombres.»

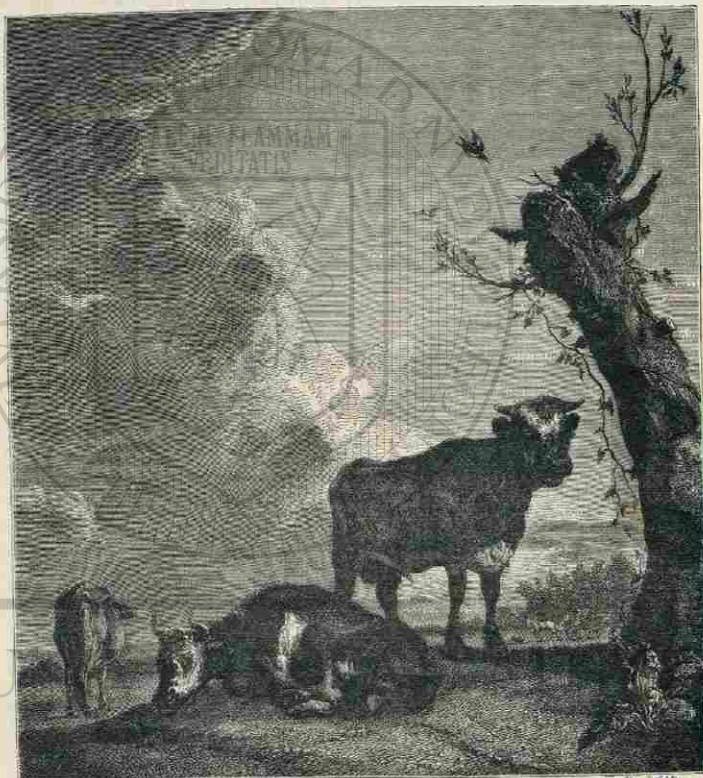
Después de los dos estudios que hizo en Amsterdam copiados de los hermosos cuadros que allí se encontraban, Pablo Potter abandonó á su padre, para poder formarse en toda libertad, y se fue á fijar á La Haya, donde él acaso le llevó á vivir al lado del arquitecto Nicolas Balkenende, que gozaba allí de gran nombrada. Este Balkenende tenía una preciosa hija de quien se enamoró perdidamente nuestro artista, y la jóven, lisonjeada por haber inspirado semejante pasión, correspondió á ella hasta tal punto, que el pintor la pidió en matrimonio. El padre respondió con desdén que jamás daría su hija á un hombre que no pintaba más que animales. Pero el enamorado artista no se desanimó por esto; puso en movimiento á los ricos aficionados que apreciaban su mérito, que ya le compraban bien caros sus modestos *animals*; y el señor Balkenende supo bien luego que el primer arquitecto del mundo podía honrarse con aquel yerno. El arquitecto se arrepintió y dió su hija Antonia Balkenende á Pablo Potter, cuando este tenía solo veinticinco años, y apenas casado se instaló en una hermosa casa que puede decirse se volvió la Academia de La Haya.

Para un pintor de animales no hay comarca más favorable que la Holanda ni mas leuada en hermosos modelos, es decir, en modelos pintorescos. La humedad del suelo hace de ella una inmensa pradera de hermoso verde en que numerosos ganados pasean sus pieles manchadas de armoniosos tonos. En ninguna otra parte son tan variados y brillantes los colores de los buyes y vacas. Si es cierto, como lo ha dicho M. Bernardin de Saint-Pierre, que por todas partes la naturaleza opone el color de los animales al del fondo en que viven, en ninguna otra lo es tanto como en Holanda. País monótono, dominado por un cielo siempre ceniciento y triste, la patria de Pablo Potter fija y encanta la mirada por la riqueza de tonos que se nota en los animales. Se diría que la naturaleza ha querido dar esa compensación á los habitantes

de una comarca sin brillo, sin accidentes, sin relieve.

Por eso Pablo Potter no tuvo más que pasearse en las cercanías de La Haya para hallar en ella modelos, y los primeros que encontró hubieron de parecerle muy hermosos, puesto que pudo copiarlos en toda su sencillez en las actitudes na-

turales de su reposo ó de su sueño. Sumamente aficionado al estudio, no salía nunca sin llevar consigo un cuadernito de papel blanco en donde diseñaba todo lo que llamaba su atención; un árbol, una planta, un cercado ó un pastor. En cuanto á los animales, los copiaba con el cuidado más es-



L. NOLIN

PABLO POTTER.—Dehesa de Ganado.

crupuloso en todas las posturas imaginables, desde el perfil más sencillo hasta el escorzo más difícil.

Esos bellos estudios, esos diseños, ó por mejor decir, esos buenos dibujos, le servían al pintor de materiales para sus composiciones, y á veces los concebía tan sencillos, que le bastaba añadir un fondo á uno de sus *estudios*, para que al punto quedase convertido en cuadro.

Muchos le han disputado las cualidades que distinguen á un pintor de primer orden; pero se puede asegurar sin te-

mor de equivocarse, que aun encerrado en los límites de su especialidad, Pablo Potter fué un pintor excelente. No solamente conoce á fondo los animales, su anatomía y su carácter, sino que ha sabido observar mejor que nadie el movimiento que les imprime ese mismo carácter. Qué bien comprende la construcción de sus hermosos ganados pastando bajo el frío de la Holanda! Su cuadro de la *Dehesa* es uno de los mejores que en este género ha pintado.

(Se continuará en los próximos números.)

ALBERTO DURERO.



A. DURERO P.

M. CABASSON D.

E. RONALD S.

Los desposorios de la Virgen.

Alberto Durero, ese nombre que es como una evocación de todos los sueños de la Germania, nació en Nuremberg el 20 de mayo de 1471. Su padre oriundo de la Panonia, ejercía con rara habilidad la profesión de platero y pasa por haber sido un buen grabador. En su juventud trabajó en los Países-Bajos en donde los famosos maestros de la escuela

de Bruges le enseñaron su estilo delicado y verdadero á un tiempo, pero en 1485 abandonó las praderas de Flandes por los frescos valles de la Alemania. A la edad de veintiocho años se estableció en Nuremberg y se casó con una joven de la ciudad llamada Barbara Hellerin que fué la madre de nuestro artista. Alberto Durero comenzó ya desde muy jó-

—M. Blandin? pregunté a una vetusta criada que salió a recibirme.

—Pase usted adelante, está en su gabinete.

Condujeirme a su presencia, y quedé no poco sorprendido al reconocer en M. Blandin al sugeto de que he hablado a usted, el joven con quien hice conocimiento una noche en el teatro de la Opera. Pero lo encontré en extremo variado. De pálido, ojeroso y enjuto como una aguja, se había transformado en un hombre muy grueso con cara de tomate en su sazón; y la expresión lánguida de su rostro era entónces estúpida por demas. En una palabra, dejé á un verdadero elegante y encontré a un rustico labrador.

Tampoco dejó mi hombre de sorprenderse al verme en su casa, y después de los cumplimientos *indispensables*, le espliqué el objeto de mi visita. Quedamos conformes en el asunto, y ya me disponía a marchar, cuando me agarró una mano diciéndome:

—Hombre! dónde va usted tan apresia? no tardaremos en comer, vamos, acompañenos usted.

Aquel modo de hablar en plural llamó mi atención, y recordé la noche en que le conocí, creyendo al pronto que habría conseguido la ventura que tanto anhelaba; pero su posición actual con el rango de aquella señorita del palco, contrastaban de una manera tal, que me sumergía en un mar de confusiones. ¿Cómo era posible que fuese maestro de música el esposo de una duquesa? Sin embargo, como suceden en este mundo tantas y tantas cosas, y para mí tengo que solo hay dos imposibles, no morirse y ser apreciado un hombre sin dinero, me aventuré a hacerle esta pregunta:

—Se casó usted por fin?

—Sí señor, me contestó, habrá sus tres años poco más ó ménos, y le aseguro que gozo de la ventura mas completa...

—Ya, ya se deja conocer, le interrumpiéndome y echando una mirada á su amozgado rostro.

—Venga usted, venga usted, continuó sin reparar en la expresión maliciosa mía, quiero presentarle á mi esposa... ¡pero calle! á mejor tiempo no podía haber venido. — ¡Jacinta, te presento á este caballero, que es uno...

La mujer que entró en aquel aposento, no dejó concluir á su esposo. Pronunció con una voz gangosa y horripilante:

—La sopa hace mas de un cuarto de hora que está esperando, si no vienes me pongo á comer sola, y haciendo un frío saludo, salió sin dirigirme la menor palabra.

Confieso á usted que quedé pasmado, mudo, atónito, no solo de semejanza impolítica, sino de la mujer que se había presentado ante mis ojos. Yo que aun tenía presente la imagen de aquella elegante señorita que llamó mi atención en el teatro de la Opera, figuré usted cual me quedaría al encontrarme con un arrapiezo de poor catadura que las fregonas mas infimas de nuestro país; vieja y repugnante.

—¡Bah! si tiene un geniecito Jacinta, que ya, exclamó M. Blandin atribuyéndome mi inmovilidad al efecto causado por los modales poco galantes de su conjunta, pero no tiene mas que eso, por lo demas...

—Pero es esa la mujer de usted? le dije no creyendo todavía en tamaño absurdo á mi parecer.

—Sí, señor, ¿qué duda tiene?

—Vamos, es imposible.

—Será si usted se empeña, pero es lo cierto que soy yo su marido.

—Hombre! y aquella duquesita por quien iba usted á romperse el alma...?

—¡Ja! ja! contestó riendo, se acuerda usted todavía de aquello? y sin duda lo dice por el contraste... amigo, esas son las cosas del mundo.

Pero esplíqueme usted...

—En dos palabras será, pues Jacinta se impacienta y es incapaz de comerse ella sola toda la sopa. Ya conté mi amor loco por aquella jóven... pues cuando á fuerza de quietud logré dar principio á nuestras relaciones, lo cual me parecía un sueño, me llamó un día mi padre diciéndome: Pablo te se presenta un partido ventajoso. Tienes una prima que heredará cien mil francos á la muerte de su padre, quien me ha propuesto su enlace contigo, siempre que te dediques á alguna ocupación. Dos días tienes para reflexionar. Hicelo así, dirigí una mirada sobre mi situación precaria, y racionando con alguna filosofía, puse á mi prima en una balanza con los cien mil francos, y en la otra mi amor á la duquesa con las probabilidades de bienandanza. Hacia que lado venció el peso, no hay para que preguntar, sabiendo que habia *intereses* de por medio... Ya ha visto usted el resultado. Era aficionado á la música y yo titubeé en presentarme como profesor, y aquí me tiene usted á su disposición; conque vamos, sin etiqueta, quiere usted ser nuestro comensal?

Le di las gracias, y aturrido bajé las escaleras haciéndome cruces. Era aquella la vez primera que se presentaban á mi vista las susceptibilidades del corazón humano. Y bien no me dice usted nada?

El sol daba ya sobre nosotros, y la estancia en aquel sitio no era muy agradable. Por otra parte, fué tan profunda la impresión que en mí jóven alma hicieron las palabras de aquel hombre, y su modo de expresarse sarcástico y cruel, que me hubiera sido imposible coordinar mis ideas para confesarle.

—Mañana ó otro día continuaremos, le dije únicamente.

Al tiempo de despedirme, repuso apretándome la mano con un acento que ponía en conmocion mis nervios:

—Jóven, si apetece no ponerse en ridiculo, si no desea vivir como un mártir y amargar los instantes de su vida, sufriendo desengaños que marchitarán su corazón como el otoño las hojas de estos árboles, tenga usted siempre presente que en este mundo, todo es pasajero como la vida, y lo que nos parece mas difícil, suele estar mas á nuestro alcance. Que es un tonto quien se deja llevar de las primeras ideas que le dicta una razon que no lo es ofuscada por la contrariedad de sus fines; que se debe dejar correr el tiempo, mirando con la indiferencia del sexagenario los que ocurren en su transcurso, sacar el mejor partido que se pueda de lo malo de las cosas terrestres, para lo que no debe perderse nunca de vista (y esto es lo que no pocos disquitos que de tejas abajo, en el círculo de la sociedad, está identificada esta máxima, que lo que de falta de piedad le sobra de verdad era: *QUEEN MAS NACE (en todos sentidos) ES EL QUE MENOS MERECE.*

Y soltando mi mano se internó por las alamedas.

Tres años han pasado, y parece que sueñan aun en mis oídos tan falidicas palabras.

J. J. S. DE LA F.

LONGEVIDAD DE LOS ANIMALES.

Un elefante puede vivir 400 años; los cisnes 300; una tortuga vivió mas de 190; un águila murió en Viena de 404; los camellos suelen llegar á cumplir los 100 años, y los cervos tambien; los caballos pueden tener mas de 70, pero je-

UN POETA Y UN ACTOR.

neralmente viven de 25 á 30; los rinocerontes 50; el oso raro vez pasa de los 20 é igualmente el perro y el lobo; el gato 17; el zorro de 14 á 16; la vaca pasa infrecuentemente de los 45 años; el carnero de los 40, y las ardillas, liebres y conejos de 5 á 8.

El poeta dramático mas antiguo que se conoce es Susarion, griego, que nació en Icaria, provincia de Attica, y floreció 389 años antes de nuestra era. El actor mas antiguo es Thespis, griego tambien, que trabajó 540 años antes de Jesucristo. Recorrió el Attico en un carro que le servía de escenario.

ABRAHAM BOSSE,

GRABADOR AL AGUA FUERTE, PINTOR Y ESCRITOR.



El regalo de boda por ABRAHAM BOSSE.—DISEÑO DE PAUQUET.

Abraham Bosse nació en Tours en 1611. Toda su vida conservó mucho afecto á su ciudad natal; nunca renunció, en ninguno de los privilegios que le concedieron ya por sus libros ó ya por sus estampas á su título de Tourangeau y cuando al fin de su vida se casó de las pesadumbres y enojos que su humor le proporcionó en París, se volvió á su querida ciudad de Tours á buscar el reposo y morir.

En 1629 principió á trabajar en París; y á pesar de sus protestas admirativas por el Poussin fue toda su vida el último y mas brillante de todos los discípulos de la antigua escuela de Fontainebleau.

En 1633 la destreza y la gracia de este hábil grabador y la feliz invención de su dibujo le conquistaron una extraordinaria notoriedad. La variedad de sus trabajos es imposible de decir. Compuso frontispicios y viñetas para todos los poemas épicos y las novelas de Saint Armand, Chapelain, Desmarets, Boisrobert y Tristan; para los libros sagrados de los católicos y de los protestantes; hizo prospectos para botanicos, títulos para las obras de heráldica, de química, de geometría y de cosmografía; grabó tesis, símbolos místicos, estampas de los milagros de Santa Ana en Bretaña, viñetas para misales, letras de adorno, asuntos de Virgilio y de Terencio para traducciones; adornos de platería, abanicos,

planos y mapas geográficos, entradas y triunfos, y todo con una libertad, una imaginación, una fecundidad y un chiste incomparables.

Bosse grabó tambien algunos lindos retratos, entre otros los de Luis XIII y Richelieu, y dibujo á la gloria de Callot su ílustre modelo, un pequeño monumento funerario.

Lo que le ha señalado á Abraham Bosse un puesto distinguido entre los artistas franceses del siglo XVII, han sido las innumerables y bonitas composiciones en las cuales nos ha conservado los trages, las costumbres, la noble altanería y la sencillez de aquel hermoso tiempo de la regencia de Ana de Austria, en que florecían los mas hermosos genios de la Francia en las armas, en las letras y artes; y en el que los usos y los adornos interiores recordaban aun la época de Enrique IV. En esas composiciones sin número Bosse tiene todas las cualidades de un pintor verdadero; ninguno ha sabido aprovechar mejor las vivas luces con que Vouet, La Hire y Patet inundaban sus figuras y paisajes. Tradujo en deliciosas escenas familiares, y revisió con los trages de su tiempo, las parábolas del hijo pródigo, el Lázaro, las siete Obras de misericordia, las cuatro Estades del hombre, los grandes días y las ocupaciones de las mujeres, los cinco Sentidos, y las cuatro Estaciones. Su siglo entero se halla en

de que habla Tácito, Ramsés II de la decimanona dinastía; Ramsés-Melancun, vencedor de la Etiopía, conquistador de una parte del Asia que reinó mas de sesenta años en el decimo quinto siglo antes de Jesucristo. Cubrió el Egipto de santuosos monumentos, pero desde aquel tiempo el arte de la esta-

tuaria, que llegó á toda su perfeccion bajó la décima octava dinastía, se hallaba muy decaydo. Los dos cartones de Ramsés II se hallan grabados sobre el pecho del estinge y entre sus patas delanteras. A la derecha, en la base, se ven varios caracteres, repetidos tambien á la izquierda y que se



Museo del Louvre.—Monumentos egipcios.—Estinge de granito rosado.—Dibujo de FREEMAN.

traducen como sigue: « El Sef de Ramsés Melancun da una vida estable y poderosa sobre el trono del sol para siempre. » Es una invocacion al dios guerrero Set ó Tiphon que se veneró cuando los triunfos de los ejércitos egipcios y que tanto se detestó despues que se mutilaron y estropearon por todas partes sus estatuas y sus simbolos geroglificos.

Otro estinge gigantesco de granito rosado (altura 2 m. 06) representa al rey Memphis, el hijo décimo tercero de Ramsés II. Cada pata del leon reposa en un anillo que parece ser el simbolo de un largo periodo de siglos. Se cree que fué ese rey el que persiguió á los hebreos y el que murió en el pso del Mar Rojo.

EL ESTIO.



Composicion y dibujo de Tony JOHANNOU.

Ya hemos visto los placeres de la primavera; pájaros fuera de su nido, flores arrancadas, carreras en los prados tras de las mariposas. Ahora viene el estio con sus ardientes soles. Al borde de las aguas, bajo la sombra de los sauces, va buscando la dichosa familia el bienestar y la alegría.

La barca se desliza sobre las aguas, costeano las islas sembradas aqui y allá como plantíos de árboles y flores. Ved á ese jóven que conduce la barquilla, esos niños con los rostros risueños, esas jóvenes mujeres rebosando belleza! Cuánta gracia y felicidad! Qué bien resplandece la luz entre

esas sombras, sobre esos rostros y por esas aguas! Qué bien debe borrar la brisa por entre las hojas! Cuánta opulencia de vida en el conjunto! En esta composicion se encuentra el encanto de la antigua escuela francesa que hizo de la pintura una eterna fiesta! La vida de placeres revelada por el artista no tiene nada que no sea grato y agradable: es el idilio en las proporciones de la realidad.

Demos pues gracias al artista que nos pinta el placer bajo su forma mas pura, sana y dulce! ¡ojala que esos bonitos grupos de mujeres y de niños, mezclados con los esplendores

«De esto modo habló Tirteo, y a pesar de sus esfuerzos, sus ojos se inundaron de lágrimas. Ciana se arrojó al cuello de su padre y mezclando sus lágrimas con las suyas, le estrechaba en sus brazos sin poder hablar. Tirteo la dijo: «—Ciana, hija mía, mi único consuelo, cesa ya de afligirme. Pronto los veremos a ver; están con los dioses.»

«Dijo: y la veracidad volvió a aparecer en su rostro y en el de su hija. Ciana echó xiuo con ademán sereno, en todas

las copas, y luego tomó un huso y una rueca con un copo de lana, se sentó al lado de su padre, y se puso a hilar mirándole y apoyándose en sus rodillas.

«Sin embargo los dos extranjeros se desfilaban en llanto...»

Los dos viajeros son Amasis y Cefas. Amasis ha nacido en Egipto: es joven, puro, ávido de saber, ardiente y se



En cuanto vió á los extranjeros bajó los ojos y corrió.—Escena de la Arcadia.—Dibujo de T. JONASSEN.

halló dotado de todas las nobles aspiraciones hacia el bien. Su padre le confió á Cefas, nacido en las Galias, hombre de mucha experiencia, y que habría tenido en el poema un papel casi semejante al de Mentor, si se exceptúa la divinidad.

A ruegos del pastor de la Arcadia, Amasis cuenta sus viajes hechos bajo la dirección de Cefas, su llegada á las Galias, su cautiverio entre esos pueblos, y su redención. La crítica hallaría sin duda algo de decir de esos estudios un poco arribados de la vida de los galos, pero se encuentran en esas páginas admirables descripciones, sentimientos notables y en su conjunto, la idea principal del autor, es decir el cuadro de lo que debe ser una raza toscas costumbres y espíritu feroz no se han olvidado aun con el progreso de la experiencia y ese desarrollo natural de la inteligencia que no pueden ser mas que uno de los beneficios de la paz.

Aquellos que estiman las letras sentirán eternamente que Bernardin de Saint-Pierre no haya pintado mas que una pequeña parte de su gran cuadro; y aun acaso no solo los amigos de la poesía y del arte tendrán ese sentimiento: quien puede medir toda la influencia de las obras del arte inspiradas por la virtud, sobre la moralidad y la dicha de los pueblos!

TANCREDO.

Fue Tancredo siciliano por parte de su padre el marqués Odon, y normando por parte de Emma, su madre, hermana del famoso Roberto Guiscardo. De cuántos escritores hablaron de Tancredo, ninguno ha fijado la época de su nacimiento, ni dado noticias acerca de su juventud Raoul de Caen, su historiador y compañero su las cruzadas, se expresa del modo siguiente: «Ni las riquezas de su padre le inclinaron á la voluptuosidad y á la pereza, ni el poder de sus padres le infundieron orgullo. Ya desde su adolescencia llevaba gran ventaja á sus iguales en el diestro manejo de las armas, y á los ancianos en la gravedad de costumbres, dando á unos y otros frecuentes ejemplos de virtud. Desde esta época, constante observador de los divinos preceptos, aplicábase con mucho esmero á retener cuando le enseñaban, poniendo luego en práctica las lecciones, tanto á lo ménos, cuanto se le permitían las costumbres de sus contemporáneos. Solo la ambición de gloria turbaba su ánimo, aunque joven, al paso que por otra parte su misma prudencia turbaba su espíritu, presentándole aquellas luchas entre caballeros como contrarias á los preceptos de Dios. Pero así que el pontífice Urbano aseguró la remisión de todos los pecados á todo cristiano que fuese á hacer guerra á los infie-

les, despertó el valor en el corazón de Tancredo, cobró nuevos bríos, abriéronse mas sus ojos, y aumentó su ardor guerrero. Habiendo, pues, tomado sus disposiciones para la partida, dispuso en breve cuanto necesitaba; reuniendo bastante número de armas, caballos y caballeros con las provisiones indispensables.»

Partió Tancredo para la Palestina el año de 1096 en compañía de su primo Bohemundo. Habiendo llegado el ejército siciliano al río Vardari acampó por algunos días en sus orillas. La rapidéz de la corriente se oponía á su paso, y por otra parte la opuesta ribera estaba cubierta de enemigos, que atemorizaban á los cruzados; pero Tancredo viendo que vacilaban atraviesa el río con un escaso número de los suyos. Apenas puso el pié en la orilla que ya se vió cercado de una muchedumbre de griegos; sin embargo nada le intimidó, ábrase paso con la espada y siembra la muerte en derredor, sin que nadie osé acercársele. Animados con el ejemplo de Tancredo, ya no vacilaron los soldados de Bohemundo antes en un instante pasaron todos el río á tado, quedando solo seiscientos peregrinos inermes, ancianos ó enfermos cuya debilidad los ponía en la imposibilidad de combatir. Los griegos hicieron gran carnicería en estos desventurados, pero al saberlo Tancredo vuelve á pasar el río con dos mil hombres, y hace horribles estragos entre aquellos crueles enemigos, vengando así la muerte de los indefensos ancianos y mujeres, y yendo en seguida á situarse en la vanguardia del ejército.

Dirijéronse los cruzados hacia Nicea, y en breve asediaron esta antigua ciudad, tan célebre en los primeros siglos del cristianismo. El conde Raimundo de San Gil colocó sus tiendas delante de la puerta oriental; las tropas turcas bajaban por la opuesta pendiente de la vergina montaña á fin de introducirse por dicha puerta y socorrer á los sitiados: al momento se levanta un grito general; el conde corre el primero al enemigo seguido de otros varios jefes; Tancredo que se hallaba algo distante, llega á todo escape. La lucha permaneció dudosa todavía, cuando Tancredo, con un furioso golpe de su tizona, corta la cabeza á un capitán turco, con lo que se aumenta el ardimiento en los cruzados. Los infieles se apresuran á ganar de nuevo las montañas, perseguidos por los cristianos, quienes hacen resonar el campo con el nombre y alabanzas de Tancredo. Después de la toma de Nicea, el ejército de los cruzados prosiguió su marcha, y tuvo que sostener contra los turcos una refriega en que

Tancredo perdió á su hermano Guillermo, corriendo él tambien graves peligros.

Pero donde se manifestó completamente el valor de Tancredo fue en el memorable sitio de Antioquia: en él interceptaba todos los caminos, en términos que ningún habitante se atrevía á salir del recinto de la ciudad. Con todo, alguna vez los sitiados hacían sorpresas á los cristianos. A fin de prevenir estos imprevistos ataques, fue Tancredo á ponerse en emboscada en un paraje por donde solían pasar los enemigos. Los infieles, escribe Raoul de Cien, como tuviesen de ello noticia, no sé de qué manera, el primer día solo estacionaron allí un reducido número de jente que se mantuvo á corta distancia. Habiéndolos divisado los nuestros, se escondieron, pero no se acercó el enemigo, congo no pudo escarmentárselos. Al día siguiente salieron los turcos en mayor número y se acercaron mas al sitio donde Tancredo se hallaba en emboscada, pues estaban mas confiados por lo sucedido el día anterior. A duras penas pudo Tancredo contener á sus soldados: «Aguardad, deciales, aguardad aun otro día, valientes míos, pues á no engañarme, mañana

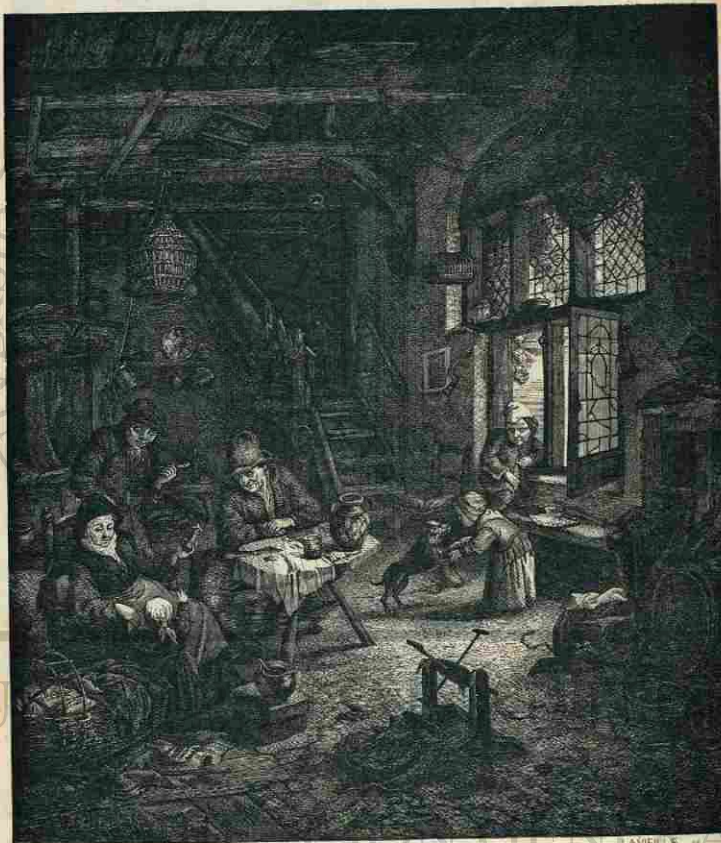
enará mas rica presa en nuestros brazos.» Y en efecto, a tercer día salieron los turcos en mucho mayor número, y pasaron mas allá del sitio donde estaban apostados los franceses. Entonces Tancredo, rompiendo las barreras se arroja en medio del enemigo, y dá muerte á setecientos: al obispo de Puy le envió setenta cabezas de turcos como diezmo de la victoria. Cierta día, como Tancredo saliese acompañado únicamente de su escudero, asaltáronles tres árabes, pero los dejó muertos y traspasados de parte á parte: siendo lo mas particular que terminada la lucha hizo jurar á su escudero que guardaría silencio sobre esta hazaña. Raoul halla inexplicable tanta modestia y la compara á los mas grandes hechos de la antigüedad.

Rindióse Antioquia á los cruzados en Junio de 1098. Durante la primavera del año siguiente determinaron los jefes cruzados marchar contra Jerusalem; y los cristianos de esta santa ciudad fueron á su encuentro demandando socorro. Partió Tancredo con trescientos hombres en medio de la noche, y plantó la bandera de los francos en Belen, patria de Jesucristo. Fue igualmente uno de los primeros que entraron en Jerusalem, y aposeñóse de la mezquita de Omar; siendo de tanta consideracion el botín que sacó de allí, que empleó dos días enteros en trasladarlo á otro punto. Entre estas riquezas contábanse setenta lámparas, las veinte de oro y las cincuenta restantes de plata. No dejó la envidia de acastar sus pozosifosos tiros contra Tancredo: el ministro Arnould, llamado guarda del templo, acusóle de robo ante el consejo de los príncipes y le obligaron á dar al templo seiscientos marcos de plata, lo que ejecutó sin vacilar. En la batalla de Ascalon, en que los cruzados derrotaron completamente á las fuerzas egipcias, mandaba Tancredo el ala izquierda. Después de esta victoria la mayor parte de los jefes cruzados tomaron de nuevo el camino del Occidente; pero Tancredo permaneció al lado de Godofredo, quien le dió el principado de Tiberiada.

Muerto Godofredo, quiso Tancredo hacer elegir rey de Jerusalem á su primo Bohemundo; mas salieronle mal sus tentativas, pues Valdivino hermano de Godofredo, fue reconocido por legitimo sucesor. Siendo este rey de Jerusalem, citó varias veces á Tancredo para que fuese á darle cuenta de su conducta, y á saludarle como á su dueno y señor; pero Tancredo vaciló mucho tiempo, hasta que acabó pidiendo al rey una entrevista, y en ella al fin se resolvió á rendirle homenaje; sin renunciar al principado que le fiera Godofredo. Toda la vida de Tancredo se compone de una serie no interrumpida de hazañas y conquistas hechas á los turcos; pues hizo dos sucesivamente de mas de veinte y cinco ciudades ó plazas fuertes. Su última hazaña fue la toma del castillo de Vitulum, pues luego murió en Antioquia en 1122 dejando en el mundo la ilustre memoria de sus hechos y de la salubridad de su gobierno, y á la Iglesia, la de limosnas y donas obras piadosas. Estuvo casado con una hija natural de Felipe, rey de Francia. Dicen que hallándose en el lecho de muerte y teniendo delante á su esposa y á cierto joven llamado Ponce, hijo del conde de Trípoli, aconsejóles que se casasen luego que él hubiese fallecido, lo que así se verificó algún tiempo después. Tal fue nuestro héroe segun las antiguas crónicas, quien por sus virtudes guerreras fue el modelo de los caballeros de su tiempo. Su carácter trazado por la historia en los términos referidos, no nos manifiesta el brillo poético y novelesco que le ha dado la epopeya. En vano buscamos en sus hechos históricos algo que se asemeje á los amores de Clorinda, de que hace una pintura tan seductora el Tasso en su *Jerusalem libertada*.

linas al mercado; y por último, algunas ropas secándose en las rejas ó en las barandillas de la escalera de madera que conduce al granero, sin olvidar la barrica de corveza que en-

cierra las provisiones de la familia, ni la estampa pegada á la pared que supone que la idea del arte no está ausente de esa choza miserable. Pues bien; mas que ninguna cosa, el



J. MARY, sc.

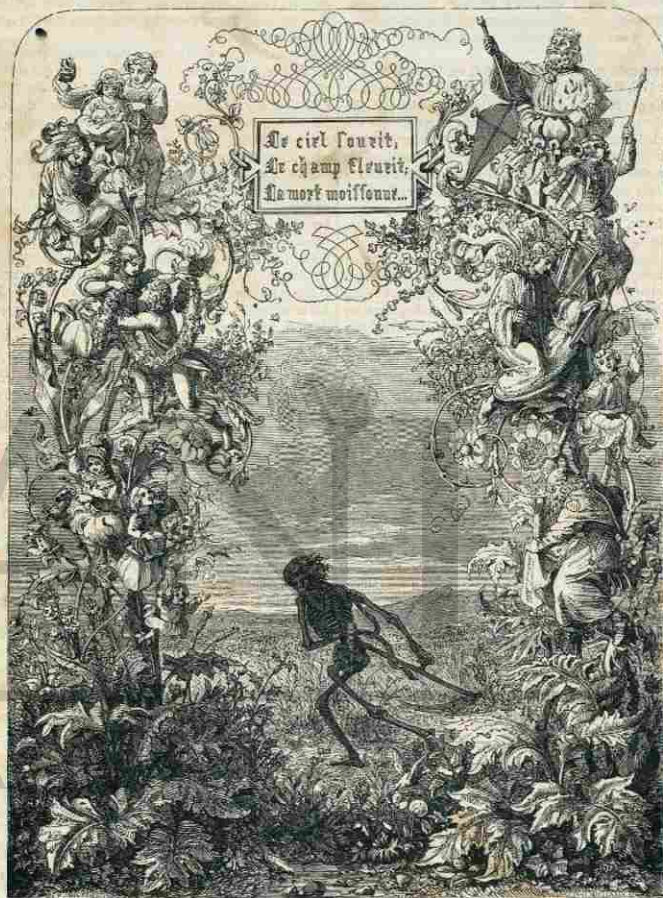
LAVIELLE, del.

VAN OSTADE. — La familia rústica.

claro-oscuro es lo que da á esta humilde escena su principal valor. La luz entra bastante bien por las anchas ventanas, pero es una luz dulce, caliente y agradable, que deja en la sombra una gran parte del cuadro y cae únicamente en los objetos principales. Desde la ventana hasta la cuna, el rayo de

luz encuentra en el camino á todos los personajes, comprendido el perro que forma parte también de la familia; cada uno de ellos se destaca sobre su fondo, vigoroso ó claro. Después, vienen los detalles de los muebles que la luz pone en relieve según la importancia que el autor quiso darles.

EL TRABAJADOR ETERNO.



Dibajo de JOUKINS, copiado de XERATHES.

En tanto que el cielo ostenta su mas dulce brillo, que los campos florecen y murmuran las aguas, un trabajador sombrío é insensible continúa recorriendo el mundo y recoge su cosecha sin tregua ni descanso.

Ese trabajador el pintor le ha puesto bajo la repugnante forma que le da la superstición popular. El verdadero genio cristiano le habría representado bajo la de un gracioso fan-

tasma de tristes y lánguidos ojos que arranca al hombre de la tierra señalándole el cielo.

Pero aceptemos la imagen que se nos ofrece; atrevámonos á mirar de frente á ese irónico esqueleto cuya guadaña se complace en cortar de raíz las flores que acaban de nacer.

Esas flores, no pudo impedir que se coloreasen con el calor de la mañana, que bebiesen durante algunas horas el rocío,

EL MILITAR.

Poco conocéis ese mundo que nunca me ha dado la felicidad. Muchas veces vivo por gusto como un solitario, y quizá hay entre nuestras ideas mas analogía de la que pensáis; sin embargo, lo confieso, una soledad eterna me espanta; apenas puedo concebirla.

EL LEPROSO.

El que ama su casa, en ella encontrará la paz. La imitación de Jesperito nos lo enseña. Principio por conocer la verdad de esas consoladoras palabras, y luego el sentimiento de la soledad se dulcifica tambien por medio del trabajo. El hombre que trabaja no es nunca enteramente desgraciado. En el buen tiempo la jardinería me ocupa suficientemente, y en el invierno hago cestos y camistillos; trabajo para vestirme; me arreglo todos los días mi comida con las provisiones que me traen del hospital, y lleno con la oración las horas que el trabajo me deja libres. Por fin se acaba el año, habiéndome parecido bastante corto.

EL MILITAR.

Debería pareceros un siglo.

EL LEPROSO.

Los males y las pesadumbres hacen parecer largas las horas; pero los años se marchan siempre con la misma rapidez. Además, aun en los últimos límites del infortunio, siempre queda un goce que los hombres no pueden comprender, y que debe pareceros un poco extraño, y es el de existir y respirar. Paso días enteros cuando hace buen tiempo, inmóvil en esa muralla gozando del aire y de la hermosura de la naturaleza; entónces todas mis ideas son vagas e indecisas; mi corazón se vé inundado de una suave tristeza, tengo mis miradas sobre esa campiña y sobre las rocas que nos rodean, y de este modo esos diferentes aspectos se graban de tal modo en mi memoria que forman, por decirlo así, parte de mi mismo, y cada sitio es un amigo á quien vuelvo á ver con un nuevo placer todos los días.

EL MILITAR.

Muchas veces he sentido tambien algo que se parece á eso. Cuando las pesadumbres me abaten demasiado y no hallo en el corazón de los hombres lo que el mio desea, el aspecto de la naturaleza y de las cosas inanimadas me consuela; tomo cariño á las rocas y á los árboles, y me parece que todos los seres de la creación son amigos que me ha enviado el cielo.

EL LEPROSO.

Me animáis á que os confie lo que por mí pasa. A mi me gustan verdaderamente los objetos que son, digámoslo así, mis compañeros de vida, y que estoy viendo á cada hora: por eso todas las noches antes de retirarme á la torre, vengo á despedirme de los ventisqueros de Tuitorts, de los sombreros bosques del monte de San Bernardo, y de los caprichosos picos que dominan el valle de Rhóme. Aunque el poder de Dios sea tan visible en la creación de una hormiga como en la del universo entero, el sublime espectáculo de las montañas hace mayor impresión en mis sentidos: no puedo ver esas masas enormes cubiertas de nieves eternas

sin experimentar un religioso asombro; tengo mis sitios favoritos que prefiero á todos los demas, como aquella hermita que veis allá arriba en la cuspide de la montaña de Charvensod. Aislada en medio de los bosques, inmediata á un campo desierto recibe los últimos rayos del sol en el ocaso; aunque nunca haya estado en ella, os aseguro que me causa su vista un placer singular. Cuando cae la tarde, sentado en mi jardín fijo mis miradas en esa hermita solitaria, y al punto se calma mi imaginación, se me figura como una propiedad mia, y aun me parece que una especie de confusa reminiscencia me da á entender que he vivido allí en días mas dichosos, de los cuales no me queda ya ningun recuerdo. Lo que mas me gusta es contemplar las montañas lejanas que se confunden con el cielo en el horizonte. Los objetos lejanos, lo mismo que el porvenir, provocan en mi el sentimiento de la esperanza; mi oprimido corazón cree que quizá existe una tierra lejana, en la cual algun día podré gozar al fin esa felicidad que tanto ansio, y que un secreto instinto me presenta como posible todos los días.

EL MILITAR.

Con un alma tan ardiente como la vuestra, muchos esfuerzos habréis necesitado para resignaros con vuestro destino y para no abandonaros á la desesperación.

EL LEPROSO.

Os engañaría si os dijera que siempre he sabido resignarme con mi suerte; no, no he llegado á esa abnegación de mi mismo que han logrado alcanzar los anacoretas. Ese sacrificio completo de todos los afectos humanos todavía no se ha operado en mí: mi vida se pasa en combates continuos, y hasta los poderosos socorros de la religión, no son siempre capaces de reprimir los impulsos de mi alma. Mi imaginación me arrastra muchas veces á pesar mio en un océano de quiméricos deseos, que todos van á parar á ese mundo del que no tengo la mas ligera idea, y cuya imagen fantástica tengo siempre á la vista para atormentarme.

EL MILITAR.

Si pudiera hacerlos leer en mi alma, y daros la idea del mundo que yo tengo, todos vuestros deseos quedarían desvanecidos como por encanto.

EL LEPROSO.

En vano algunos libros me han instruido de la perversidad de los hombres y de las inseparables desgracias de la humanidad; mi corazón se ha negado á creerles, siempre me represento sociedades de amigos sinceros y llenos de virtudes, y buenos esposos en el colmo de la felicidad, á beneficio de la salud, la juventud y la fortuna reunidas. Creo verles errando juntos por entre arboledas mas verdes y mas frescas que las que me prestan aquí su sombra, alumbradas por un sol mas brillante que el que á mí me alumbra, y su suerte me parece mas digna de envidia, á medida que la mia me va pareciendo mas miserable. A la entrada de la primavera, cuando sopla en nuestro valle el viento del Piemonte, me siento penetrado de su vivificante calor y me estremezo á pesar mio: entónces experimento un deseo inesplicable y el sentimiento confuso de una felicidad inmensa de que podría gozar y que no tendré nunca. En esos momentos me salgo de mi cuarto y me voy al campo para poder respirar mas libremente: evito el que me vean esos mismos hombres que tanto desea mi corazón, y desde lo alto de la colina,

oculto entre los matorrales como una fiera, mis ojos se elevan á la ciudad de Aoste, veo en lontananza con ojos envidiosos, á sus felices habitantes que apenas me conocen, les tiendo la mano lamentándome, y les pido la parte de felicidad que me corresponde. En medio de mis transportes, debo decirlo? estrecho á veces en mis brazos los árboles del bosque suplicando á Dios que les anime para mí, y que me dé un amigo. Pero los árboles son mudos; su fria corteza me rechaza, nada puede tener de comun con mi corazón que palpita y se abrasa, y entónces muerto de cansancio, y sin poder sobrelevar la vida, me arrastro de nuevo á mi retiro, espongo mis tormentos al Señor, y solo la oración me devuelvo poco á poco mi perdida calma.

EL MILITAR.

Con que entónces, pobre desgraciado, padecéis á la vez todos los males del alma y del cuerpo?

EL LEPROSO.

Y no son los últimos los mas crueles.

EL MILITAR.

Pero os dejan sin embargo momentos de reposo?

EL LEPROSO.

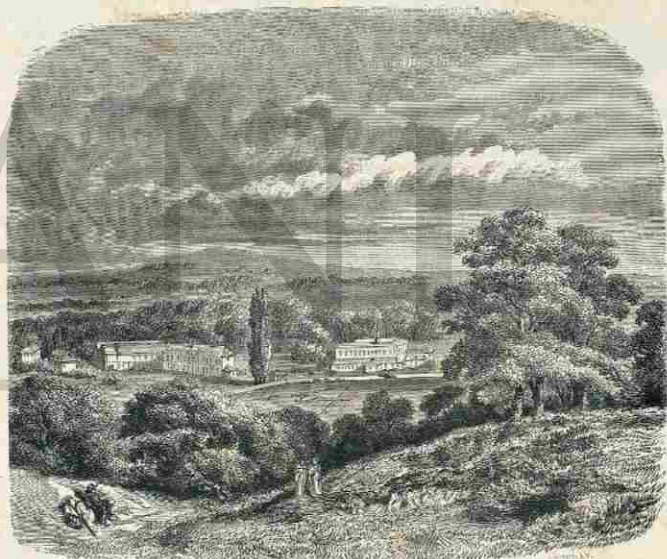
Todos los meses aumentan y disminuyen con el curso de la luna: cuando ésta principia suelo padecer mucho mas, pero enseguida disminuye la enfermedad, y aun parece cambiar de naturaleza: mi piel se seca y se pone blanca y casi no experimento ya ningun mal, pero lo mas insupportable que hay en el son los insomnios horribles que me ocasiona.

EL MILITAR.

Cómo! tambien os abandona el sueño?

(Se concluirá.)

CONVENTO DE LA TRAPA.



Vista del convento de la Trapa, llamada la Trapa principal, en el departamento del Orne.

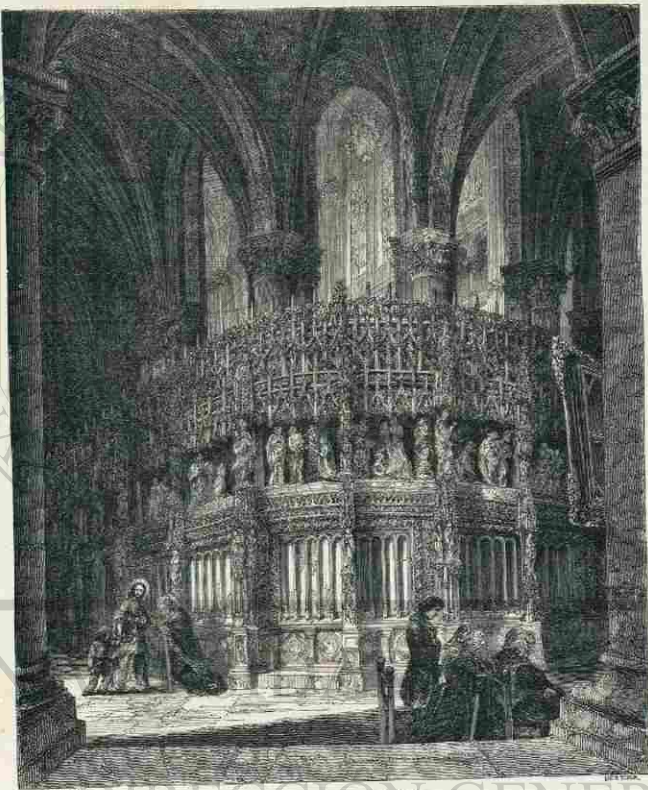
Contemplad, dice Chateaubriand en su *Genio del Cristianismo*, contemplad esos monjes vestidos con un sayo cubiendo sus sepulturas. Veis errar como sombras en esa selva inmensa de Mortagne, y al borde de ese estanque solitario. El silencio marcha con ellos, y si se hablan cuando se encuentran es unicamente para decirse: *Hermano, morir tenemos*. Esas órdenes rigurosas del cristianismo eran escuelas de moral en acción, insituidas en medio de los placeres del siglo, que ofrecían sin cesar modelos de penitencia,

y grandes ejemplos de la miseria humana á los ojos de la prosperidad y del vicio.

« Qué espectáculo tan terrible era el de un trapense agonizando! qué especie de filosofía tan elevada! qué lección para los hombres! Estendido sobre un poco de paja y de ceniza en el santuario de la iglesia, y sus hermanos colocados en silencio en torno suyo, les estaba exhortando á la virtud, mientras que la fúnebre campana doblaba por su agonía. Ordinariamente los vivos son los que animan al

Gros, otro famoso escultor ha puesto en el primer nicho cuatro hermosas figuras que representan un milagro de Jesucristo. No quedan mas que once nichos que hacer con sus adornos para llenarlos con figuras que acabarán la representación de nuestros sagrados misterios... El capitulo está has-

tante interesado en honrar á Dios adornando su iglesia, para que deje por concluir una obra que, acabada, será la maravilla de la cristiandad y servirá de instruccion tanto á los ignorantes como á los mejores predicadores @angélicos.»



Coro de la catedral de Chartres.—Dibujo de H. Tauxem.

El Capitulo llenó los nobles deseos del historiador. El coro es una obra completa hace ya tiempo, y por fortuna apenas ha sufrido ninguna injuria del años y de los hombres. Los grupos de las figuras ascienden al número de cuarenta y uno representando los sagrados misterios de nuestra religion desde el nacimiento de la Virgen, hasta su coronación en el cielo.

Las pilastras que separan cada uno de estos grupos así

como los muros que les sirven de base y el mismo coro, se hallan adornados de arabescos, de nichos, de doreles góticos, de columnas, de estatuas y medallones. Encima hay una especie de enrejado calado, cuyo trabajo tan rico como fino y elegante ha sido comparado con las filigranas de la platería. La extraordinaria belleza de este coro haría para hacer célebre una catedral que toda ella es admirable bajo mil títulos.

NICOLAS POUSSIN.

(Véase la pág. 160.)



San Pablo arrebatado al cielo.

Hemos dicho que en el año de 1623 Nicolas Poussin se fué á Roma. La pensión de mil escudos que le concedió Luis XIII le fué pagada exactamente durante la vida y despues de la muerte de ese príncipe. De este modo pudo estudiar con sosiego todas las obras maestras de la Italia. Pero, cómo podremos hablar aqui de las innumerables obras de un maestro que, despues de Rubens, fué uno de los mas fecundos que ha habido en el mundo?

Por dónde comenzar en efecto cuando uno se acuerda á la vez de tantas composiciones hijas de un genio siempre variado y sin embargo siempre el mismo? Dramas patéticos, escenas tranquilas y risueñas, firtosas bacanales en donde

los dioses titubcan, y el amor se embriaga, viajes de los Faunos á través de las selvas, heroicos paisajes... un mundo entero se despierta en el ánimo con solo pronunciar el nombre de Poussin!... Parece que se ven pasar todos los héroes de la antigua Grecia y de Roma; Diógenes errante, Rómulo levantando su toga, Coriolan eternecido; y despues vienen confundidos todos los personajes de la Fábula, de la Biblia, del Evangelio, de la Historia y de la Poesía! Adonis y Venus, Moisés pegando en la roca, Salomon en su trono, la mujer perdonada por Jesus, y la Joven de la Escritura esperando al borde de la fuente los presentes de su esposo.

Es imposible decir lo que era mas adecuado al genio de

Et pour ses blonds cheveux les parfums préparés.
Mets, seule sur la proue invoquant les tentées,
Le vent impatient qui soufflait dans les voiles
L'enveloppe, étonné et loin des matelots,
Elle tombe, elle crie; elle est au sein des flots.

Elle est au sein des flots, la jeune Tarentine!
Son beau corps a roulé sous la vague marine
Thélys, les yeux en pleurs, dans le creux d'un rocher,
Aux monstres dévorants eut soin de le cacher.
Par son ordre bientôt les belles Néréides
Se lèvent au-dessus des sentiers humides,
Le pouscent au rivage, et dans ce moment
L'ont au cap du Zéphyr, dépouru de tout.
Et de loin à grands cris appelant leurs compagnes,
Toutes, frappant leur sein et traçant un long deuil,
Répétaient, hélas! autour de son cercueil.

— Hélas! chez ton amant tu n'es point aimée.
Tu n'as pas revêtu la robe d'hyacinthe,
L'air autour de tes bras n'a point servi de ceinture,
Et le bandeau d'hymen n'orna point tes cheveux (1).



André Chénier.—Dibujo de Tony Johannot.

salado! Hoche, Marceau y Dessaix habrían sido magníficamente llorados en marciales elegías. La Gironda, ya bien inmortal, hubiese sido idealizada como en un grupo del

llorad dulces alaciones! y vosotros ó pájaros agrados, pájaros queridos de Teúis dulces alaciones, llorad. Vivió, murió, la joven tarentina: un barco la llevaba a las orillas de Camarina; y allí el himeneo, las cauciones, y las flautas debían conducirla lentamente hasta los umbrales de su amante. Una llave cuidadosa guardaba para aquel día su traje de boda bajo un cedro, así como el oro con que debían adornarse sus brazos, y los perfumes preparados para su rubia cabellera. Pero sola sobre la proa, invocando las estrellas, se ve envuelta por el viento impetuoso que sopla en las velas; sorprendida y lejos de los marineros, grita, y es: en el seno de las olas.

Ya está entre las aguas la joven tarentina; su hermoso cuerpo ruc-

Este idilio da una idea de la gracia de Andrés Chénier; sería necesario citar fragmentos de sus elegías para dar á conocer su sensibilidad, y fragmentos de sus odas y de sus poemas para mostrar su esplendor y su energía. Ninguna cuerda le faltaba á esa lira que tan pronto se rompió.

Entre los muchos que han hablado del genio de Andrés Chénier, ninguno nos parece haberlo comprendido y explicado mejor que M. de Sainte-Beuve. « El libro de Andrés Chénier, dice este escritor, publicado en 1819 por M. de La Touche, ha ejercido en la literatura y en la poesía del siglo diez y nueve una influencia que jamás habría podido ejercer á fines del pasado, aun cuando hubiese sido conocido. Si hubiese sobrevivido al terror, eso era diferente; entonces la parte política que constituye su menor parte y que como un accidente de su obra actual se habría aumentado y desarrollado mucho; en vez de las nobles invectivas habríamos tenido himnos guerreros y alguna poesía romana del con-

mármol antiguo mas puro. Madama Roland y su lujoso vestido del cadalso habrían sido cantados como Carlota Corday habría podido serlo.

« Si Andrés Chénier hubiese vivido, habría sido el primer

da entre las olas: Teúis con los ojos llorosos, tuvo cuidado de ocultarle á los monstruos rapaces en el hueco de una roca. Bien luego por su orden las hermosas Nereidas, se levantan por encima de esas moradas húmedas, le llevan a la ribera, y le depositan blandamente, en el cabo del Zéfiro, y de lejos, llamando á voces á sus compañeras, todas ella preguntando en el seno, y arrastrando un largo luto, repitieron ay! en torno de su féretro.

— Ay! No te han llevado á casa de tu amante, no te han puesto tu traje de himeneo, el oro no ha hecho nudo en tus brazos, y la cinta del himeneo no ha adornado tu cabellera.

poeta francés de la época. Pero la suerte de Andrés Chénier fue bien diferente; la cuchilla homicida interceptó la segunda mitad de su vida. Lo que había escrito en la primera, en el seno de un retiro estudivoso, no se publicó sino treinta años después, pero Chénier por la influencia que ejerció en medio de la restauración, puede considerarse contempo-

raño de Lamartine, Victor Hugo y Beranger. Gracias á este anacronismo, que hubiese helado á tantos otros, las poesías de Andrés Chénier, nacidas como á parte de su siglo, no podían venir mas á propósito, y tuvieron bien luego admiradores escogidos que las elevaron á la primera categoría. »



La joven tarentina.—Composicion y dibujo de Tony Johannot.

EL LEPROSO DE LA CIUDAD DE AOSTO.

(Véase la p. 322.)

EL LEPROSO.

Ah! Los insomnios! los insomnios! No podéis figuraros lo larga y triste que es una noche para un desgraciado que la pasa toda sin cerrar los ojos, fijo el espíritu en una situación terrible y en un porvenir sin esperanza. No! Nadie puede comprenderlo. Mis inquietudes aumentan á medida que la noche se adelanta y cuando ya se está acabando mi agitación es tal, que no sé que hacer; mis pensamientos se enredan, y experimento un sentimiento extraordinario que nunca encuentro en mi seno en esos tristes momentos. A veces me parece que una fuerza irresistible me arrostra á un golfo sin fondo, y otras veo manchas negras delante de mis ojos, pero en tanto que las examino, se crujan con la rapidéz del relámpago, crecen al acercarse á mí, y bien luego parecen montañas que me abruman con su estremado peso. Tambien suelo ver niños que salen de la tierra en torno mio, como olas que se hinchan, que se amontonan y amenazan

sumergirme en su seno, y cuando quiero levantarme para disipar esas ideas, me siento como preso por lazos invisibles que me arrebatan todas mis fuerzas. Creeréis acaso que estoy en sueños; pero no, porque me hallo bien despierto; y vuelvo á ver sin cesar los mismos objetos, lo que me produce una sensación de horror superior á todos mis demás males.

EL MILITAR.

Acaso os da calentura en esos crueles insomnios, y sin duda ella es la que os causa esa especie de delirio.

EL LEPROSO.

Ojalá fuese cierto lo que decís; que esos males fueran producto de la fiebre. Siempre he temido que esas visiones fuesen un principio de locura y os confieso que eso me inquietaba mucho; ojalá no sea otra cosa que una fiebre.

EL MILITAR.

Me interesa mucho lo que me estáis diciendo, y confieso que en mi vida se me habría ocurrido la idea de una situación parecida á la vuestra. Sin embargo se me figura que debió ser menos triste cuando vivió vuestra hermana.

había allí dejado para mí. Mis lágrimas contentidas hasta entonces por mi dolor, salieron en torrentes, y todos mis funestos proyectos quedaron desvanecidos al instante. Largo tiempo estreché aquella preciosa carta sobre mi corazón antes de poder leerla, hasta que al cabo poniéndome de rodillas para implorar la misericordia divina, la abrí y lei sollozando estas palabras que eternamente permanecerán grabadas en mi corazón: « Hermano mío: muy pronto voy a separarme de ti, pero no creas por esto que te abandono. Desde el cielo á donde me prometí ir, cuidaré de tus días, y pediré que te de suficiente valor para soportar la vida con resignación, hasta que quiera reunirme en otro mundo; entonces podré mostrarte todo mi cariño, entonces podré acercarme á ti sin que nunca volvamos á separarnos. Te dejó la cruccecita que he llevado toda mi vida: muchas veces me consoló; en mis penas y mis lágrimas no fueron jamás otros testigos que ella. Cuando la veas acuerdate de que mi último deseo ha sido el de que puedas vivir y morir un buen cristiano. » Carta querida! Siempre estará conmigo, aun en la tumba! Ella me abrirá las puertas del cielo que mi crimen debía cerrarme para siempre. Al leer las últimas palabras me sentí desfallecer anonadado por lo que acababa de experimentar en aquella ocasión. Mis ojos se cubrieron con una nube, y durante algún tiempo perdí á la vez el recuerdo de mis males y el sentimiento de mi existencia. Cuando volví en mí ya la noche estaba bastante adelantada. A medida que mis ideas se aclaraban iba sintiendo un sosiego inesplicable: todo lo que me había pasado me parecía un sueño. Mi primer movimiento fue levantar los ojos hacia el cielo para darle gracias porque me había preservado del mayor de todos los infuertos. Nunca el cielo me había parecido tan hermoso y sereno: una estrella brillaba delante de mi ventana, largo tiempo la estuve contemplando con un placer inesplicable, dando gracias á Dios porque me otorgaba aun el placer de verla y experimentaba mi secreto consuelo al pensar que uno de sus rayos venía sin embargo destinado á la triste morada del leproso.

Me volví á mi cuarto más tranquilo: empecé el resto de la noche en leer el libro de Job, y el sagrado entusiasmo que me inspiró acabó por disipar enteramente las negras ideas que tanto me habían atormentado. Nunca había tenido esos horribles momentos en vida de mi hermana, porque me bastaba para sosegarlo el saber que estaba á mi lado y la idea del cariño que me tenía me infundía valor y me consolaba.

Compasivo extranjero! Dios os preserve de veros obligado á vivir solo! Mi hermana, mi compañera no existe ya, pero el cielo me acordará la fuerza de soportar animosamente la vida; sí, lo espero, porque se lo he pedido con toda la sinceridad de que es susceptible mi corazón.

EL MILITAR.

Que edad tenía vuestra hermana cuando la perdisteis?

EL LEPROSO.

Apénas tenía veinticinco años, pero sus sufrimientos la tenían muy acabada.

EL MILITAR.

Muy jóven la habéis perdido.

EL LEPROSO.

Su complexion débil y delicada no podía resistir á tantos males reunidos; hacia mucho tiempo me hallaba convencido de que su pérdida era inevitable, y tal era su triste suerte, que á veces me veía obligado á desearla. Al ver que se consumía por momentos, observaba con un gozo funesto que el

término de sus dolores se aproximaba. Al cabo su debilidad que iba en aumento, la producía frecuentes desmayos que amenazaban su vida de hora en hora. Una tarde (era á principios de agosto) la vi tan abatida que quise separarme de ella; estaba sentada en un sillón porque no podía soportar la cama hacia algunos días. Me senté junto á ella y sumergidos en la más profunda oscuridad tuvimos juntos nuestra última conversacion. Mis lágrimas no podían agotarse, y un cruel presentimiento me agitaba. « Porque lloras? me decía; porque te afliges de ese modo? No te abandonaré al morir y estaré presente en todas tus angustias. »

Algunos instantes después me manifestó el deseo de que la llevara fuera de la torre para rezar junto á sus nogales, sitio donde pasaba la mayor parte del día cuando hacia buen tiempo. « Quiero, me decía, morir mirando al cielo. » Sin embargo yo no creía que había llegado aun su última hora. La tomé en mis brazos para llevarmela, pero me dijo: « Con que me sostengas hay bastante; creo que tendré fuerzas para andar. » La ayudé á llegar hasta los nogales, la hice un almohadón de hojas secas que ella misma había reunido allí, y habiéndola cubierto con un velo para preservarla de la humedad de la noche, me coloqué á su lado; pero ella desvió su mirada sobre su última meditacion, y hubo de marcharme aunque sin perderla de vista. Veía su velo que se alzaba de tiempo en tiempo, y veía sus blancas manos levantadas al cielo. Poco después me pidió un poco de agua; se la traje en su copa, pero no pudo beber, y únicamente humedeció sus labios. « Siento que llega mi hora, dijo volviendo la cabeza; pronto se acabará mi sed para siempre. Sosténme hermano mío; ayúdame á atravesar ese paso terrible y deseado. Sosténme, recita la oración de los agonizantes! Estas fueron las últimas palabras que me dijo. Apoyé su cabeza sobre mi seno y recité la plegaria que me pedía: « Ayda á la eternidad! me decía, mi querida hermana; líbrate de la vida; deja estos despojos en mis brazos! Tres horas fué sostuvo así en la última lucha de la naturaleza, hasta que al cabo se apagó suavemente y su alma voló sin esfuerzo de la tierra.

El leproso, al concluir este relato, se cubrió el rostro con las manos; el dolor había embargado á la voz al forastero. Al cabo de un instante de silencio el leproso se levantó diciendo: « Extranjero, cuando os halléis acometido de un fuerte desahiento, pensad en el solitario de la ciudad de Antio; solo así sacareis algún provecho de vuestra visita. »

Ambos se dirigieron hacia la puerta del jardín. Cuando el militar estuvo á punto de salir se puso su guante en la mano derecha: « Nunca habéis estrechado mano ninguna, hijo al leproso; concededme el favor de estrechar la mía, que es la de un amigo vivamente interesado en vuestra suerte. » El leproso retrocedió algunos pasos con una especie de espanto y alzando los ojos y las manos al cielo exclamó: « Dios bondadoso, colma de bendiciones á este hombre compasivo. »

Concededme otra gracia, repuso el viajero. Voy á marcharme; peaso no nos volveremos á ver en mucho tiempo; no podríamos escribirnos de cuando en cuando tomando todas las precauciones necesarias! Estas relaciones podrían distraerlos y me proporcionarían un gran placer á mi mismo. El leproso reflexionó algún tiempo y contestó: « Porqué he de hacerme ilusiones? No debo buscar mas sociedad que la mía, ni otro amigo que Dios; en él nos encontraremos de nuevo. Adios generoso extranjero, adios para siempre! » El viajero salió. El leproso cerró la puerta y echó el cerrojo.

J. DE MAISTRE.

LOS NIÑOS MIMADOS.



Dibujo copiado de LAZARUS.

Si se quiere acertar con el sentido del nombre dado por el artista á su cuadro, se deben tomar por niños mimados á niña, la cierva y el gatito reunidos entre esa hermosa verdura. En efecto, los tres parecen hallarse en esa condicion excepcional de abundancia, de placeres y de libertad que justifica ordinariamente semejante denominacion. La niña risueña y bien vestida parece no tener mas obligacion que

la de jugar entre las hojas, cojer yerba para su cierva ó llevarla un poquito de leche de su almuerzo. Por su parte, el gracioso animal, corre libremente, arrancando la cinta que la adorna sin encadenarla, mordiendo con la punta de los dientes como el conejo de Lafontaine y esperando el pastillito que buche con cierta desden, y que comerá como por gracia. En cuanto al gato, tiene toda la alegría de su edad.

T. H. — PARIS. — IMP. BLONDEL.

liero que saluda, la señora que se enjuga las manos, la criada que vierte el agua, y hasta el perrillo vuelto de cara al visitante, forman una composición cuyo conjunto se ar-

moniza bajo la transparencia de los toques más francos y delicados.

En cuanto á la biografía de Gabriel Metzú, solo podemos



Metzú — La visita inesperada.

decir que es bastante ignorada. Los libros de pintura no traen exacto más que la fecha de su nacimiento en 1645; la de su muerte que se supone ocurrida en 1658 en Amsterdam, es evidentemente falsa, pues se ven muchos cuadros de Metzú posteriores á este año, y entre otros el famoso *Mercado*

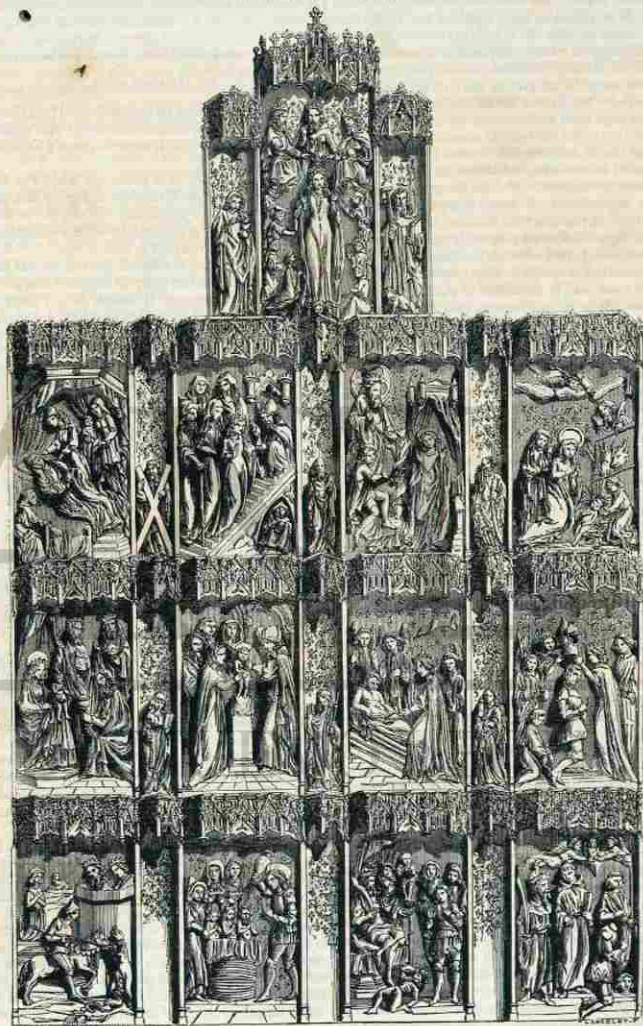
de Hortalizas de Amsterdam (1) que tiene escrita de su mano la fecha de 1664.

Lo más probable es que murió en 1669, como se asegura en el *Manual* publicado por Alejandro en Bruselas en 1806.

1 Véase la pág. 1 del vol. de 1830.

EL RETABLO DE LA CELLE.

(DEPARTAMENTO DEL EURE.)



Bajos relieves en la iglesia de la Celle.

T. H. — PARIS. — IMP. BLONDEAU.

jugar entre un hombre de letras y un campesino, con ocasión de haber éste robado á la mujer de aquel, el cual la reclamaba. Y era lo peor que ella no reconocía por dueño á ninguno, ó mejor dicho, que reconocía á los dos, circunstancia que hacía el asunto sobremanera embarazoso.

El juez escuchó las razones en que cada uno de los litigantes fundaba su demanda, y después de reflexionar un poco, les dijo:

— Dejadme aquí la mujer, y volved mañana.

El sabio y el labrador hicieron una cortesía y se retiraron inmediatamente, tocándose su vez á otro negocio que tenía lugar entre un vendedor de aceite y un carnicero. Aquel estaba todo cubierto del líquido en que traficaba, y éste tenía la ropa manchada de sangre.

He aquí las palabras con que el carnicero entabló su queja:

— He ido á comprar aceite á casa de este hombre, y para pagarle el que había echado en la botella, he sacado la mano del bolsillo llena de dinero, en cuyo instante llevado de la avaricia, me ha cogido fuertemente el puño. He empezado á gritar ladrones, pero él ha insistido en no soltarme la mano, así como yo en cerrarla. En esta disposición hemos llegado hasta ti para que decidas; por mi parte juro por Mahoma que este hombre es un maldado, y que miente cuando dice que le he quitado su dinero, porque este dinero es mío.

En cuanto al acericero hé aquí lo que respondió:
— Este hombre fué á mi casa con una botella á comprar me aceite, y cuando la tenía llena me preguntó si tenía vuelta de una moneda de oro. Registré entonces mi bolsillo, y saqué el dinero que tenía colocándolo sobre el mostrador; pero en seguida le echó mano y procuró escapar con el dinero y el aceite; pero yo empecé á gritar ladrones, y como á pesar de mis gritos no quiso soltar la presa, le he traído aquí para que te sirvas juzgarlo. Y juro por Mahoma, etc.

El juez luego que reflexionó, dijo:
— Déjeme ustedes el dinero y vuelvan mañana.
El carnicero dejó su dinero en un pico del manto del juez, y ambos salieron retirándose.

Tocaba á Bu-Akas y al perniquero.
— Señor Cadi, dijo el primero, yo venía de un pueblo apartado con objeto de comprar algunas cosas en este mercado, y á la puerta de la ciudad he tropezado con este infeliz, el cual después de pedirme limosna, y de habérsela dado, me suplicó que le subiera á la grupa de mi caballo, para no ser pisoteado por el estado de sus piernas de los hombres y de los camellos, hice lo que me rogaba; pero al llegar á la plaza, no ha querido apearse, diciendome que el caballo era suyo, y como yo le amenazaba con la justicia, me ha respondido en son de mofa: Bah! el Cadi es demasiado sensato para no comprender que el caballo no puede ser sino de quien mas lo necesita, es decir, de quien no tiene piernas. Hé aquí, señor Cadi, el asunto, y lo juro por Mahoma.

— Señor Cadi, contestó el cojo, yo venía á mis asuntos sobre este caballo que me pertenece, cuando me he encontrado á este hombre tendido en el camino, y al parecer espirante. Héme aproximado á él, preguntándole si se veía atacado de algún desmayo; á lo cual me ha respondido: « no tengo sino cansancio y fatiga, y si eres caritativo, conducame en tu caballo á la ciudad, donde tengo que ir. » Hicelo así, y al llegar á la plaza le dije que se bajara, bendiciendo á Mahoma de que me hubiera presentado esta ocasión de ser compasivo; pero cual fué mi estratificación al oírle decir que me bajase yo también, puesto que el caballo le pertene-

cia. En caso tan inaudito, le he hecho venir aquí para que tú decidas.

El Cadi hizo repetir á cada uno su relación, y luego les dijo:

— Déjenme ustedes el caballo, y vuelvan mañana.

El caballo fué entregado al Cadi, y ambos le saludaron retirándose.

Al día siguiente acudieron al tribunal, además de los interesados, infinitos curiosos que deseaban ver el desenlace de tan intrincados y oscuros litigios. El Cadi siguió el mismo orden que la víspera: llamó primero al sabio, al cual dijo:

— Toma tu mujer, porque es tuya.

Y volviéndose luego á sus servidores añadió:

— Den ustedes cincuenta palos en las plantas de los pies á ese campesino.

El marido *afortunado* se llevó á su mujer, y el campesino pudo admirar la presteza y exactitud con que ejecutan las órdenes los siervos de Mahoma.

Pasóse al segundo pleito, y se acercaron las partes.

— Toma tu dinero, dijo el Cadi al vendedor de carnes, lo habías sacado de tu bolsillo y te corresponde.

Y enseguida repitió el orden de los cincuenta palos con aplicación al comerciante en aceite.

Llegó el tercer asunto; Bu-Akas y el perniquero se aproximaron al juez, que dijo:

— ¡Ah! sois vosotros.

— Si señor, respondieron ambos.

— ¿Reconocerás tu caballo en medio de otros veinte? preguntó á Bu-Akas.

— Sin duda alguna, respondió éste.

— ¿Y tú?

— Enseguida, contestó el cojo.

— Ven, pues, conmigo, dijo á Bu-Akas.

Y le llevó el Cadi á donde estaban los caballos, entre los cuales reconoció enseguida al suyo.

— Está bien, exclamó, espérame en el tribunal, y envíame por aquí á tu adversario.

Bu-Akas lo hizo como se lo mandaban, y el perni-rotó llegó á la cuadra tan pronto como sus piernas se lo permitían, en donde sus ojos, que eran buenos, distinguieron inmediatamente el caballo, al cual señaló con el dedo.

— Está bien, dijo el juez, te espero en el tribunal.

El Cadi regresó á su puesto, y los cinco minutos que tardó el cojo en volver, aumentaron doblemente la curiosidad é impaciencia del público.

— El caballo es tuyo y puedes ir á la cuadra para llevártelo, dijo el juez á Bu-Akas.

Después de lo cual se dirigió á su gente, ordenando que dieran al cojo cincuenta palos en las costillas; invención admirable y digna de un juez recto, por cuanto el delincuente no tenía piés.

Bu-Akas fué por su caballo, y el otro sufrió la felpa, mas al entrar el juez en su casa se encontró á la puerta con aquel que le estaba esperando.

— ¿Qué es eso! ¿no estás contento! le preguntó el Cadi.

— Al contrario, respondió el Scheik; pero quisiera saber por auxilio de qué inspiración administras tu justicia, pues no dudo que los otros dos fallos serán tan equitativos como el mío. Has de saber que no soy comerciante, soy Bu-Akas Scheik de Ferdj' Oual, que habiendo oído hablar de ti, he querido conocerte.

El Cadi quiso besarle la mano, pero Bu-Akas le contuvo.

— Vamos, tengo ansia por saber como has averiguado tú

que la mujer lo era del sabio, el dinero del carnicero, y el caballo mío.

— Muy sencillamente, señor. Tú has visto que he guardado una noche entera la mujer, el dinero y el caballo.

— Si, lo he visto.

— Pues bien, á media noche he hecho despertar á la mujer, y trayéndola á mi presencia, la he dicho que limpiase mi fintero y le echase nueva tinta. Entónces ella ha verificado esta operacion como á quien le era familiar, de lo que he deducido que no era la mujer del aldeano.

— Me satisface la resolucion de este negocio; pero ¿y el del dinero?

— Eso ya es distinto. ¿No reparastes que manchado de aceite estaba el que ha sufrido el castigo, y sobre todo ¿qué llenas de grasa tenía las manos?

— Si.

— Pues bien, he cojido el dinero y lo he echado en un vaso de agua, y como esta mañana cuando lo he examinado,

KAREL DUJARDIN.



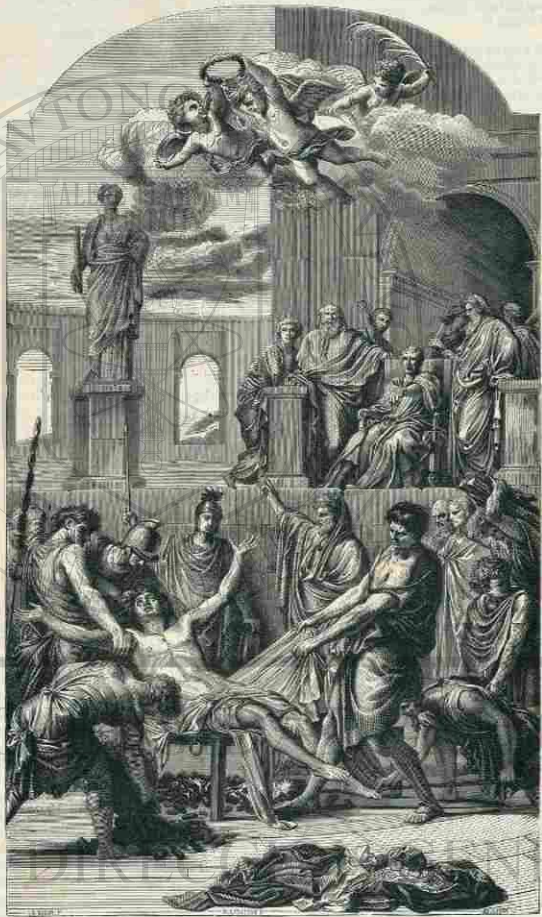
Las Mulas.

Nada es mas desagradecido que escribir la historia de esos pintores de primer orden que produjo la Holanda en el siglo XVII y que no difieren entre sí sino por ciertos matices de gracia, de sentimiento y de finura. La inteligencia y los ojos pueden hacerse cargo de esas diferencias, pero á menudo la lengua es impotente para expresarlas. Cuánta similitud hay entre todos esos pintores igualmente famosos, los Berghem, los Pablo Potter, los Vandevelde, los Alberto Kuypp

presidente Lambert, muriendo en el mes de mayo de 4655 á la edad de 38 años.

Lesneur fué poco comprendido de sus contemporáneos:

Felbien, y luego Roger de Piles, han hablado de él con bastante frialdad; ninguno de ellos conoció la poesía de sus obras. Sin embargo de esto, han confesado que este gran



LAUREN.—El martirio de San Lorenzo.

pintor tenía mucha sencillez en sus composiciones, mucha verdad y nobleza en las actitudes, hermosos ropajes, y por fin un gusto delicado y una razón profunda. El *Martirio de San Lorenzo* reúne en efecto estas cualidades; pero el

mayor elogio que podemos hacer de él es apuntar aquí que en la venta del gabinete de M. La Live de July verificada en 1770 fué comprado en 7550 libras.

EUSTAQUIO LESUEUR.

(véanse las páginas 194 y 251.)



PREDICACION DE SAN PABLO EN EFESO.

El gremio de los plateros de París tenía la costumbre de ofrecer cada año á la iglesia de Nuestra Señora un cuadro que se exponía el 1.º de mayo en el pórtico de la catedral. Estos cuadros tomaban el nombre del mes del año en que eran ofrecidos y espostos. Uno de los mejores *mayos* que se vieron fué el *San Pablo predicando en Epheso* de Lesueur. El pintor nos trasporta desde luego al Asia Menor, en el mismo sitio de esa ciudad célebre por su magnífico templo de Diana. El templo y la estatua de la diosa, que se distinguen á través de las columnas del peristilo, á la derecha del cuadro, sirven para localizar perfectamente la escena. En las gradas de un pórtico colocado á la izquierda, está hablando San Pablo con autoridad y con ardor, como su ade-

man lo indica, en nombre de Dios, del Dios verdadero, del Dios único, y á su voz los efesios renuncian á su culto, y queman lo que antes adoraban. Uno de ellos escribe en unas tablas las palabras del apóstol; otro las espica, y todos, comovidos, desgarran los libros del politeísmo, y los entregan á las llamas. Un esclavo acurrucado en primer término, está soplando la llama de la hoguera que devora los manuscritos paganos. Tan digna de admiración es la majestad de la actitud de San Pablo y la expresión de las demás figuras, como la naturalidad de la actitud de ese esclavo negro venido de Etiopia que no comprende mas que el lado vulgar de aquella acción sin comprender el cambio que en breve presenciara el mundo.

T. H.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

gana a los primeros golpes, es menester tener cuidado.

Estos consejos eran muy prudentes, pero Julian tenia poderosas razones para no escucharlos.

Cuando, gracias a su perseverancia, habia subido los primeros escalones de la gerarquía social, ligando sus intereses con los de su antiguo patron M. Varnier, este le dio entrada libre en el seno de su familia. Obligado a comer muchas veces con el banquero, convidado a sus soirées, y hecho en fin uno de los principales amigos de la casa, Julian no habia podido ver con indiferencia a la señorita Varnier, quien por su parte le manifestaba una benevolencia tanto mas ostensible cuanto que era sin segunda intencion: habia podido conocer las excelentes cualidades de aquel joven, sabia los honrosos esfuerzos de su carrera, y confesaba, en alta voz el afecto y estimacion que le profesaba. Mucho era esto sin duda, pero Julian deseaba un poco mas. Amaba a la señorita Varnier con ese amor modesto que se oculta ó se mortifica, pero persistiendo siempre con energia. Por desgracia no tenia muchas esperanzas. A pesar de que hubiese prosperado en sus negocios, su fortuna estaba tan lejos de la opulencia del banquero, y las pretensiones de este para su hija eran tan conocidas, que no podia pensar en una demanda en matrimonio, que le hubiese inermado inevitablemente con su antiguo amo. El único recurso era esperar que alguna probabilidad dichosa hiciese desaparecer aquella desigualdad de posiciones.

Después de haberlo reflexionado largo tiempo, Julian se decidió a consultarlo con Edmond de Alouzy, cuya fecunda imaginacion le habia ya suministrado tantas y tan útiles indicaciones.

Cuando fué a verlo con este motivo, lo encontró en compañía de un comerciante brasileño, con el cual se hallaba combinando los elementos de un nuevo proyecto. A la vista del antiguo empleado Alouzy dió un golpe sobre la mesa en señal de alegría, y exclamó:

— ¡Abogado sea Dios! Este es el hombre que necesitamos, pronto tendremos todas las noticias que nos hacen falta.

Y haciendo una señal a Julian añadió:

— Venid aquí, amigo mio; se trata de que doblé yo mi fortuna en dos años; supongo que no os negaréis a servir en esta ocasion a vuestro antiguo amo.

Edmond le explicó rápidamente la especulacion proyectada. Tratabase de comprar a bajo precio en las casas de comision, y en los mercados de las ciudades fabriles, las telas pasadas ya de moda en Francia, para venderlas despues en el Brasil. La venta estaba asegurada por el negociante brasileño don Antonio Lopez venido a Paris para este asunto, en el cual habia comprometido sumas considerables.

Buscaba únicamente un socio que conociese los recursos de la Francia como conocia el los del Brasil, y que pudiese comprar los géneros a tan buenas condiciones como él podia venderlos. Alouzy habia aceptado esta asociacion; pero Antonio Lopez deseaba informarse de los precios de las mercaderias, de su naturaleza y calidades, y Alouzy se acordó de que Julian era el hombre mas apto para el caso.

En efecto, este último se apresuró a entrar en el negocio, y se llevó al negociante brasileño, para saber mas en detalle lo que deseaba. Antonio Lopez era un hombre laconico, exacto y positivo, que escribió su plan con tanta precision que Julian comprendió bien luego todo el partido que de él podia sacarse.

Su hábito de observar todas las cosas le habia hecho adquirir preciosos conocimientos. Paris era para él un diccionario cuyo orden conocia, y que sabia hojear con mano

diestra. Al cabo de un mes de investigaciones y correspondencias, tenia las manos llenas de detalles que daban una nueva fisonomia a aquel asunto. En vez de limitarse a las telas, se habia extendido a todos los objetos de lujo cuyo valor habia anulado el capricho de la moda, y ya tenia formada una larga lista con la indicacion de los precios, los plazos de los pagos y los medios de transporte.

Antonio Lopez le oyó todo con el mayor sosiego, le dió las gracias, y dijo que iba a poner al instante en conocimiento de Alouzy la nueva fisonomia que habia tomado el negocio, gracias a los cuidados de Julian; pero no tardó en volver a presentarse con una carta en la cual el joven capitalista le anunciaba que, obligado a salir para Alemania, renunciaba, aunque muy a su pesar, a la proyectada especulacion.

— Pierdo un millon de francos, dijo Julian despues de haber leído.

— Queréis ganarle en su pueso? preguntó Lopez.

— Yo contesté al joven.

— Os propongo las mismas condiciones que a M. de Alouzy.

— Pero yo no puedo poner mas que un capital muy limitado.

— Pondreis vuestra actividad y vuestra inteligencia lo que es mucho mejor, en cuanto a los fondos necesarios, yo me encargo. Os conviene el negocio?

— Os pido mil perdones, respondió Julian algo turbado; se trata de romper con todo mi pasado, y por ventajosa que sea la proposicion, pido veinticuatro horas para reflexionarla.

— Está bien, dijo el brasileño, mañana volvere!

Cuando Lopez volvió, Julian estaba ya resuelto; lo aceptaba.

Aquel mismo dia se puso a liquidar sus cuentas a fin de poderse marchar con Antonio Lopez.

Cuando la señorita Varnier supo que se marchaba, no pudo contener una exclamacion de dolorosa sorpresa.

— Con que nos dejáis, Julian!

— Para volver mas digno de los que se interesan por mi, respondió el joven mirándola.

La señorita Varnier se sonrió sin responder, y Julian se marchó sin volverla a ver, pero se llevaba su recuerdo como una esperanza.

A pesar de que todos los cálculos del brasileño eran exactos, los dos socios, tuvieron que sufrir bastantes contratiempos, y tambien serios peligros que arrostrar en medio de los trastornos que agitaban a las nuevas poblaciones del Nuevo Mundo. Una porcion de las mercaderias se perdieron, siendo necesario tanto valor como perseverancia para realizar los beneficios que se prometian. Por fin al cabo de tres años de fatigas, de inquietudes y de peligros, Julian llegó al Havre con una fortuna que le hacia entrever como posible lo que hasta entonces le habia parecido un sueño.

Acababa de enviar sus cofres a la fonda, y parado en el muelle estaba poseando en torno suyo esas miradas insaciables del desierto que ve nuevamente su país. Reconocia las tintas del cielo natal, y veia las aguas mas sombrías, la verdura mas espesa y las casitas mas elevadas; escuchaba con mil deliciosos esos murmullos de las voces que hablan la lengua de la patria, y por último volvía a tomar posesion de la Francia por todos sus sentidos, cuando le hizo estremecer de súbito una voz que pronunció su nombre.

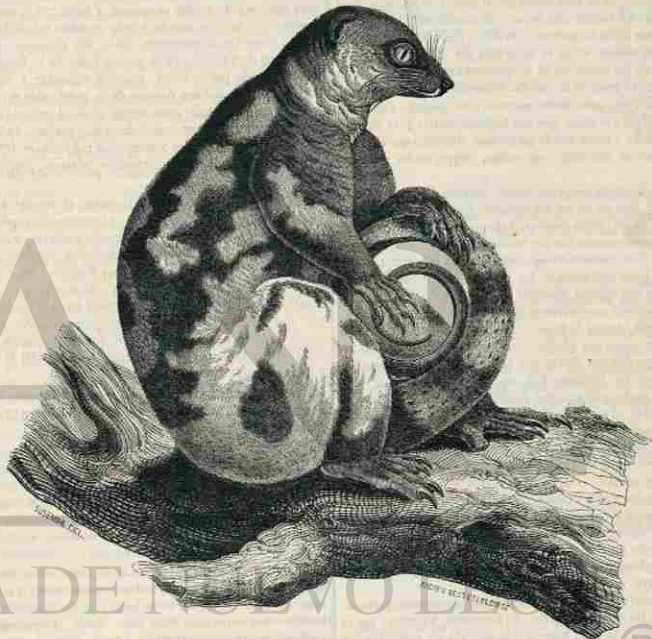
(Se concluirá)

HISTORIA NATURAL.

Buffon, en el tomo XIII de su Historia natural publicada en 1763, dió la descripcion y la figura de dos animales (macho y hembra) que creia oriundos de la Guyana, porque le fueron enviados bajo una denominacion bastante impropia. A pesar de las diferencias bastante pronunciadas que se observan entre esos dos individuos, pero que en rigor podrían considerarse como dependientes del mismo sexo, no se titu-

beó en clasificarlos bajo una misma especie declarada nueva, y para la cual hubo por consiguiente que inventar un nombre.

No habiendo nombrado ni indicado siquiera este animal ningun naturalista ni ningun viajero, decía el célebre escritor, hemos hecho sumbre sacándole de un carácter peculiar suyo que no se encuentra en ningun otro. Le hemos llamado *falangero*, porque sus falanges tienen una configuración particular, y que de los cuatro dedos que corresponden a



El Falangero con manchas de la isla de Waigiú.

las cinco uñas que tiene en sus pies traseros, el primero está unido con el que se halla al lado, de modo que ese doble dedo figura una horquilla y no se separa sino en la última falanga para llegar a las uñas.

Esta union de los dedos que parecia una configuración tan particular, que se hubiese tomado probablemente por un caso de monstruosidad, si no hubiera dado la feliz casualidad de que se pudo observar al mismo tiempo en dos individuos, se ha vuelto a hallar despues en una multitud de animales que la mayor parte tienen muy poco de comun con el falangero. Las dos especies observadas por Buffon, es decir, el *falangero con manchas*, y el *falangero de frente*

canacara fueron hallados en la Australia, en las islas Molucas y en Nueva Guinea.

Habiéndose descubierto las Molucas poco despues que el continente americano, los animales de los dos países deberían haber sido conocidos casi al mismo tiempo en Europa. Sin embargo, las primeras noticias escritas relativas a los falangeros son posteriores de mas de un siglo a las del género semivulpeja, único de la gran familia de los marsupiales que se conocen en América.

Tres viajes de esploracion por los mares de la India y en el golfo de Gourea, hechos de 1597 a 1601, bajo las órdenes del almirante Vander Hagen, suministraron noticias muy im-

portantes no solo para el comercio, sino tambien para la ciencia. Las observaciones relativas á la Historia natural fueron sacadas de los diarios del camino, comunicadas despues al editor de las obras de Chistius, y publicadas en 1611, á continuacion de las notas póstumas del docto botánico. En este apéndice muy corto, pero lleno de hechos, se halla la primera indicacion positiva de la existencia de este género de animales en la Australia: los compañeros de Vander Hagen que pudieron observar algunos falangeros en Amboine, hablan de ellos en su diario en estos términos:

« En esta tercera expedicion vimos un animal muy raro y verdaderamente maravilloso. El *cozza*, como se llaman los indigenas, es un poco mayor que el gato, y de pelo rojo; lleva debajo del vientre una especie de bolsillo velludo, en cuyo interior están los pechos, y en donde nacen los pequeñitos. Primeramente, se les ve agarrados por la boca á los pechos, de los cuales no se desprenden hasta haber adquirido un cierto grado de desarrollo. Entonces salen del saco por la primera vez, pero siguen entrando para mamar, y no cesan de volver á él hasta que son bastante fuertes para seguir á su madre y hacer uso de los mismos alimentos que ella. Los *cozzas* se alimentan con yerbas, hojas verdes y legumbres.

« Los portugueses, y los demas cristianos del pais, comen su carne, mas no así los musulmanes, que la colocan en el número de las carnes impuras, bajo pretexto de que los *cozzas* no tienen cuernos (no son ruminantes). »

Al decir nuestros navegadores que los falangeros nacen en la bolsa abdominal de las madres, reproducen evidentemente una opinion admitida en el pais, y de cuya exactitud no pudieron cerciorarse en el corto espacio que allí permanecieron. Acerca de todos los demas puntos en que parecieren hablar segun sus propias observaciones, todas las noticias que nos dan son sumamente satisfactorias, y por incompletas, que las hallamos hoy, no podemos menos de confesar que las publicaciones posteriores añadieron muy poco á lo sabido, al menos hasta que Valentyn dió á luz su grande obra sobre las Indias Orientales (1721-1726). En ese libro que habria contribuido poderosamente á los progresos de la historia natural si no hubiese sido escrito en holandés, se hallan noticias sobre los falangeros de las Molucas, muy detalladas y muy exactas en general, relativamente á la configuracion exterior y á los hábitos de nuestros animales. El autor distingue dos especies, aunque sin determinarlas de un modo preciso, y describe tambien otro marsupial, el pequeño kangaroo de Azos, indicando ya por el viajero Cornelie Lebruy.

Lebruy, que era muy buen pintor, representó perfectamente las formas generales del kangaroo; Valentyn, por el contrario, no supo hacerlo cuando trató de completar con una figura lo que podia faltar á su descripcion de los falangeros. Por otra parte, algunos años despues se vió muy bien representado este animal en el tomo I.º del *Thesaurus de Seba* (t. XXVI p. 6), aunque sin embargo el dibujante no anduvo muy exacto al poner la configuracion de las uñas de los pies, cometiendo la misma falta con otros semivulpes que formaban parte tambien de la rica coleccion del botánico holandés. En cuanto al texto colocado al frente de las láminas, sobre todo en la parte de los marsupiales no puede ser peor: Seba confunde los falangeros, no solo con los semivulpes sino con el kangaroo; mezclando é involucrando los países, y mutilando y desnaturalizando los géneros.

Cada autor sale de su pluma completamente desfigurado,

aunque ninguno tanto como el pobre Valentyn, de quien toma únicamente los pasajes mas débiles, trasformándolos de manera que parecen completamente ridiculos.

Buffon, que desgraciadamente no tuvo siempre tiempo para subir hasta el origen de las cosas, tomó la miserable rapsodia de Seba por un fiel resumen de las opiniones de las opiniones de diferentes autores, y sacó mucho de él cuando examinó, con motivo de la historia de la Semivulpeja Opposum, las diferentes noticias suministradas por los viajeros relativamente á los marsupiales. Ya prevenido contra Valentyn por una frase muy injusta de Arledi, no halló en Seba motivos para alterar su opinion. Y habló con el mayor desden de un escritor que le habria gustado si le hubiese podido consultar directamente. Toda esa discusion, que ocupa unas doce páginas en el décimo tomo de la Historia natural, pegada por las bases, y tendia realmente á enredar la cuestion, que aun despues de la publicacion del tomo XIII, en que se halla como hemos dicho el artículo sobre los falangeros, permaneció todavía muy confusa. Únicamente en el tomo III de los Suplementos publicado en 1776, admitió la existencia de los marsupiales asiáticos, gracias á las observaciones de Vosniar.

Sea como quiera, Buffon abrió la puerta al estudio de la historia positiva de los falangeros. El número de especies que conocemos hoy asciende por lo menos á catorce, y comparandolas se observa entre ellas diferencias notables que permiten su clasificacion en tres grupos distintos: los *Cuscus* ó falangeros de cola pelada, los *falangeros propiamente dichos* cuya cola se halla revestida hasta la punta de pelo mas ó menos largo, y los *falangeros colantes*, que tienen tambien la cola velluda, pero que se distinguen de los otros al instante por una prolongacion de la piel de los flancos estendida desde el puño al talon.

Nuestro grabado representa un *Cuscus* ó falangero con *mangochas* tomado de la obra de MM. Quoy y Gaimard (*Zoologie de voyage de l'Uranie*).

« La posicion en que hemos representado á este animal dicen los dos autores, es la que tiene habitualmente. Este falangero en el estado adulto tiene las dimensiones de un gato grande; así son, al menos, todos los que M. Temminck ha recibido de Amboine; el nuestro procedente de la isla de Waigiu (á poca distancia de Amboine) no habia adquirido aun ese desarrollo.

« Su pelo sumamente suave, es de un color claro sobre la cabeza y los hombros, y enciéndolo tostado sobre el color drillo y encima del cuello. En el lomo y en los flancos tiene manchas irregulares cuyo color varia desde el ceniciento-azul hasta el ceniciento-tostado mas ó menos oscuro, sobre un fondo blanco apagado. En la parte esterna de los miembros y en la cola tiene manchas mas ó menos claras; la garganta, el vientre, la parte de debajo de la cola, y el interior de los miembros, son de un color blanquecino tirando al rojo en algunos puntos. La cola es escamosa por encima, un poco aplanada por abajo, y projeta en toda la parte que no es velluda.

« Las orejas son muy pequenitas, y guarnecidas de pelos por dentro y por fuera; el ojo, el extremo de la nariz y la piel de las patas son rojizas; el color de los pelos que cubren los dedos, es oscuro con matices un poco tostados. »

AGRICULTURA.

MODO DE RECONOCER LA FERTILIDAD Y LA COMPOSICION DE LAS TIERRAS CON LOS MEDIOS EFICACES PARA SU ANALIZACION.

Todos los terrenos, que se cultivan están compuestos de arcilla, de arena, de carbonato de cal y de mantillo ó sea humus; pero las proporciones de estas cuatro sustancias y sobre todo el grado de divisibilidad de las tres primeras, modifican las propiedades de los diversos terrenos y hacen que los unos sean fértiles, los otros medianos y los demas malos. Llegada á conocer la composicion del terreno que se quiera examinar, se compara con otro de excelente calidad, y por este medio se determina si es de buena calidad para el cultivo; no resultando así, se combinan las merchas que deben hacerse para mejorarlo. El siguiente procedimiento indica con exactitud los medios que pueden emplearse para analizar las tierras.

ANALISIS. — En varios de los puntos de la superficie del terreno que se quiera examinar y á la profundidad de poco mas de medio pie, se toman 7 libras de tierra limpia de raíces y chimas y se mezclan todas las partes lo mas que sea posible, de esta se separa como media libra y se estienda sobre un papel haciéndola secar al sol ó en una estufa. — Cuando esté bien seca se toma la mitad y se deslice en una libra de agua clara y se menea con una escatula ó palo; se deja reposar por espacio de cuatro ó cinco minutos; si sobrenadan algunas particulas de estiercol ó de vegetales, se quitan con una esponjadora, poniéndolas á parte para que se sequen y luego pesarias. Se agita de nuevo el liquido para que se revuelva el depósito y se decanta y se repite varias veces esta operacion, hasta que resulte un liquido claro. El liquido decantado se recoge en una misma vasija, y es lo que se llama *mantillo* ó *humus*; se deja reposar por espacio de una ó dos horas: se separa el agua con cuidado y el fondo ó depósito se hace secar lentamente para luego pesarlo. Del mismo modo se repara la arcilla mas fina, la que en cada agitacion apenas se dejará reposar medio minuto.

En el residuo del cual se han separado las partes vegetales, el humus y la arcilla fina, pueden todavía contener arcilla arenosa y arena siliciosa; se separa por medio del mismo procedimiento con solo no dejar reposar mas de dos ó tres segundos; tocante á la parte arcillosa se desprende de la arena á los dos ó tres lavados, precipitándose esta última en el fondo de la vasija. — Se hace secar cada cosa de por sí y luego se pesa.

Se nota el peso de cada cosa de por sí, cuya suma debe ser igual á corta diferencia, con la empleada.

Para conocer si los varios productos separados sucesivamente por decantacion contienen carbonato de cal; se les echa á cada uno de ellos unas cuantas gotas de ácido hidrocórico. Los que lo contengan se pondrán inmediatamente en efervescencia. — Si se quiere saber á punto fijo la cantidad de carbonato que contienen, se añade ácido hasta que cese la efervescencia; se lava el producto con diez partes de agua, se deja escurrir y secar y luego se pesa; lo que pese de menos será la cantidad de carbonato disuelto. — Podria contener otros carbonatos, pero esto sucede rara vez.

Por el anterior procedimiento se han analizado dos terrenos de muy buena calidad, y han dado por resultado las siguientes composiciones:

PRIMERA.

Arcilla arenosa	57
Arcilla fina	33
Arena siliciosa en pedazos de cuarzo	7 4
Carbonato de cal en piedrecitas	4
Carbonato de cal en polvo fino	6
Leñoso	5
Humus ó sustancias solubles al agua fria	5
	100 =

SEGUNDA.

Arena siliciosa	62
Baices y despojos vegetales	20
Mantillo y vejetales consumidos	46
Carbonato de cal	8
Materias solubles al agua fria	1 2
	100 =

LA PATRIA IDEAL.

POESIA DE YERNER.

He visitado la montaña, el sosogado valle y la mar bulliciosa: voy por todas partes con el corazon apagado y sin alegría; cada suspiro que se escapa de mis labios dice incesantemente:

— Patria, en dónde estás?

Aquí el sol me parece frio, las flores agostadas: Lá lengua de los hombres resuena de un modo extraño en mis oidos, me creo extranjero en todas partes.

En dónde estás, querida patria? patria buscada, anhelada, y siempre invisible, en dónde estás? Patria tan llena de esperanzas, patria en donde florecen mis rosas, en donde están mis ilusiones, en donde mis muertos están en sus sepulcros, patria en donde se habla mi lengua, en donde se halla todo lo que me falta en este mundo!

Por todas partes voy con el corazon apagado y sin alegría; cada suspiro que se escapa de mis labios dice incesantemente:

— Patria, en dónde te hallas?

Y una voz que atraviesa los aires me responde:

— Estrangero; la dicha no florece sino allí donde tú no estás.

CARTA DE EUROPA

BAJO LA FIGURA DE UN EMPERADOR.

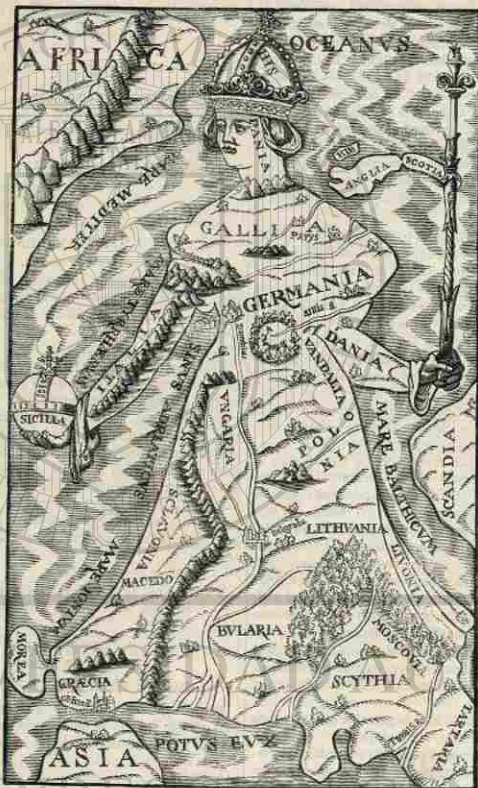
Para comprender la carta en figura de emperador que damos con este artículo, es necesario volver una carta de Europa de modo que quede el occidente arriba y el oriente abajo. De este modo se podrán ver todos los países, á poca diferencia, en la posicion respectiva que los vemos aquí, y se comprenderá tambien como puede bailar el artista en el continente y las islas principales, los elementos de su extraña composicion.

Se presume que esta figura de emperador, que comprende la Europa entera, no es otra que la de Carlos Quinto. El peso dado á la España que forma la cabeza, y lleva la corona de la Europa, acaba de confirmar esta suposicion.

Por otra parte, se podria esplicar, sino justifico completamente, el pensamiento del artista, con solo recorrer la historia del grande emperador.

La autoridad de Carlos Quinto hubo de estenderse, en efecto, durante algunos años sobre la Europa entera; en otros términos puede decirse que fue dueño de ella tomándose esta palabra en el hiperbólico sentido tan familiar á los aduladores políticos de todas las épocas. La España y la Germania le reconocian por legitimo soberano; ademas, des-

pués del tratado de Cambrai (1529) se hizo reconocer rey de Lombardia y emperador de los romanos, de cuyo modo se apoderó de Italia, luego obligó á Soliman á retirarse, lo que en estilo de corte equivalia á llamarse vencedor de la Turquía, y por último hizo prisionero á Francisco I, é invadió una parte de la Francia, de donde el dibujante geógrafo pudo



Figurina de una carta de Europa grabada en 1635.

sacar en consecuencia que la Francia le había pertenecido.

El África figura también en esa carta, en memoria sin duda de la gloriosa expedición emprendida en 1535 contra Barbarroja, y en la cual Carlos Quinto, dueño de Túnez dió la libertad á veinte mil esclavos cristianos.

La Inglaterra va unida al centro de la figura imperial en recuerdo de la alianza contraída entre Carlos Quinto y Enrique VIII.

Representaciones de esta naturaleza se han visto repetidas en diferentes épocas y de distintos modos. Las anécdotas históricas de la Rusia hablan de una estatua de nieve en proporciones colosales elevada en Moscú, que llevaba en cada pliegue de los paños el nombre de una de las provincias del inmenso imperio moscovita. Esta simbólica figura duró hasta los primeros calores de la primavera.

UNA JOVEN MOHA.



Dibujo copiado de Murillo.

Los pintores célebres, ademas de sus composiciones combinadas, han dejado algunas obras que podríamos llamar casuales, en las que no han manifestado otra intención que la de reproducir el aspecto de un lugar ó de una fisonomía en que hablan fijado sus miradas. La escuela flamenga abunda en estudios de este género. A pesar de que el pin-

tor no haya mostrado, al menos en apariencia, intención ninguna, busca uno á pesar suyo, la explicación de su obra; la imaginación compone la égloga, la sátira ó el poema en que el artista no ha soñado. ¿Seguimos acaso una costumbre al tratar de adivinar algo bajo esos rasgos y bajo esas formas, sin otra pretensión que la gracia pintoresca; ohe-

decemos mas bien á una impresion curiosa, ó acaso, es posible reproducir con el pincez uno de los aspectos de una época sin poner en ella alguna parte de su poesia y de su historia?

No es tal nuestra opinion: cada siglo tiene su ley moral que lo alumbraba todo. El artista elije en vano al acaso su personaje ó su rincón del horizonte, porque le es tan imposible el impedir que su obra revele el mundo que le sirvió de modelo, como hacer que el rayo que alumbraba su cuadro no marque la estación y la hora del día!

Los paisajes, y hasta los retratos, no manifiestan como podría creerse, nada más que un lugar ó un personaje, sino el carácter general del tiempo y del país á que pertenecen. Para aquel que sabe mirar, una casa, unos árboles, un baño, están llenos de revelaciones sobre el clima y las costumbres: un vestido, un ademan, dan mil detalles íntimos sobre una época.

Para convencerse de esto no hay mas que recorrer el Museo de Versalles: al ver esas galerías históricas de hombres y mujeres cuyas fisonomías nos han sido conservadas, como es posible confundir los tiempos y atribuir una fisonomía del siglo de Luis XI al de Luis XII, y hacer de un alto baron del tiempo de San Luis, aun cuando se haya olvidado su traje, un marqués de la corte de Luis XV?

Sin embargo, estas observaciones, fáciles cuando se trata de distinguir los caracteres generales ó de analizar un rostro histórico, son tan volviendo confusas á medida que se desciende á los detalles y á la fisonomía vulgar. Lo que ha escrito el lápiz del artista permanece á menudo en el estado de esos geroglíficos para los cuales hay varias llaves que dan sentidos encontrados, el acento de la pintura no suele ser bastante preciso ni bastante claro para que pueda uno estar seguro de oírle claramente, y puede muy bien suceder que creyendo traducir su lenguaje, se traduzca solo el propio pensamiento.

No sucede esto con el estudio de mujer de Murillo que se ve reproducido en nuestro grabado. A nuestro juicio la belleza en un poco material de esa joven, así como su ademan y su sonrisa son muy propios de la mujer mora cuyo papel no consiste en participar por mitad de la vida de su esposo, sino en servirle de distracción como una esclava. Esas rosas que parece ofrecer con sumisión risueña, son el símbolo de su juventud, de su gracia y de su alegría que entrega á su amo sin poder exigir nada en cambio; cuando mas la dejarán una de esas flores para adornar su turbante, flor que por la noche estará ajada, lo mismo que sus esperanzas.

Para hacer de esa joven mora una cristiana, no bastaría ciertamente el quitarle ese ehal de mil colores y cambiar ese tocado! Su expresion no es la expresion casta y alta de una Clodovea. Murillo encontró acaso esa joven á la puerta de alguna de las antiguas moradas que poseyeron antes sus antepasados, sobre la cubierta de un buque de Túnez ó de Trípoli anclado en el fondo de una rada española, ó entre una partida errante de gitanos. Sin duda á la primera ojeada, el carácter singular de esa figura Bamaria la atención del artista que la bosquejó sobre su lienzo sin otra mira que la de expresar una sensación recibida; pero precisamente porque en esa sensación estaba todo, podemos ver en ella tan claro; bajo la forma aparente se descubre el interior, y toda ella se ha vuelto un tipo.

En esto está el carácter de los grandes pintores; á sabiendas ó no, reproducen lo que han visto con delicadezas á las que nada escapa: son espejos que nos reflejan siempre

las imágenes con todos los colores, los movimientos y los matices de la mas cumplida realidad.

LOS PROYECTOS.

(Véase la p. 244.)

En el mismo instante dos brazos se apoyaron sobre sus hombros, y volviendo vivamente la cabeza se encontró con M. de Alouzy.

Por un movimiento casi involuntario, Julian se arrojó en sus brazos.

— Como estás aquí cuando es creía en el Brasil? exclamó Alouzy, devolviendo al joven el abrazo.

— Acabo de llegar, respondió Julian.

— Fuerte desgracia es la mía, que os encuentro al cabo de una separación tan larga, en el mismo momento en que me marcho, exclamó Alouzy visiblemente afectado.

— Como es eso?

— Iba á embarcarme ahora mismo como podéis verlo. Y mostré á Julian una maletita que llevaba en la mano.

— Tengo una cita en Londres para un negocio de alumbrado... una nueva invención...

— Y vuestras minas alemanas? preguntó Julian.

— ¡Ah! no hablémos de eso! interrumpió Alouzy; he perdido cuatrocientos mil francos... casi todo lo que poseía.

Julian soltó una exclamacion lastimosa.

— ¡Oh! Malos se pusieron los negocios en cuanto os marchasteis, repuso Edmond; ya veréis las cosas que han caído. Y á propósito acabo de recibir la noticia de la ruina inevitable de mi antiguo socio M. Varnier.

— M. Varnier arruinado! exclamó Julian con acento de asombro.

— Por demasiada prohibid, replicó Alouzy; cuando todos los demás pedían plazos, él quiso pagar corriente y hacer frente á sus compromisos; pero la carga era muy pesada, y ha debido sucumbir, ó por lo ménos sucumbirá bien luego.

— ¿Cómo lo habeis sabido?

— Por una carta del señor Trudaine escrita á nuestro antiguo corresponsal del Havre de cuya casa tengo ahora mismo. El pobre hombre declara que Varnier habia hecho frente á todo, y que estaba salvado si no le hubiesen faltado trescientos mil francos.

— Y no ha podido hallarlos?

— No ha querido pedirlos, en la duda de si podría pagarlos mas adelante Trudaine ha escrito de moto proprio pidiendo socorro, pero no obtendrá nada; Varnier tendrá que presentarse en quiebra, y como le conozco, aseguro que no sobrevivirá á ella.

— ¿Cómo! no habrá una sola persona que quiera arriesgar esa suma para salvar á un hombre de honor! exclamó Julian ajitado.

Alouzy se encojó de hombros.

— En el comercio, contestó, es muy raro que nadie esponga cien escudos para salvar á un hombre que suplica de rodillas, y con mucha mas razon para el que no pide y que acaso se negaría á tomarlo, porque Varnier es un don Quijote de delicadeza; si teme que no podrá devolver esos trescientos mil francos, por nada en el mundo los tomará; si yo hubiese tenido lo que tenía ántes, sin hacerle proposición ninguna, le habria enviado esa cantidad bajo un sobre al se-

ñor Trudaine, y el negocio se habria zanjado de este modo. La campana del vapor que llamaba á los viajeros no permitió á Alouzy el prolongar mas tiempo la conversacion; estrecho la mano al recién venido, le prometió que iria á verle cuando estuviese en Paris de vuelta, y corrió al buque cuyas ruedas comenzaban á agitarse.

Pero aquello que acababa de decir no lo habia echado Julian en saco roto, y aquella misma tarde envió al antiguo empleado de la casa Varnier una carta certificada, que encerraba sin otras señas, la suma de trescientos mil francos.

Los negocios de Julian le precisaron á permanecer en el Havre una semana entera; pero al cabo tomó el camino de Paris, y su primera visita fué para su antiguo amo, á quien halló muy acabado, aunque tan sereno como ántes; Fanny le recibió con aire un poco reservado, y le felicitó de su vuelta con una cordialidad mezclada de tristeza. En cuanto al señor Trudaine, este abrió los brazos á su antiguo dependiente, y enjogó tres veces consecutivas sus anteojos oscurecidos por sus lágrimas.

— Supongo que todo va bien, dijo Julian, conmovido tambien como el anciano.

— Si, sí, respondió Trudaine á media voz, todo va bien, gracias á las buenas adivinas.

Julian cortó de pronto una explicacion en la cual temia comprometerse, y se puso á preguntarle por sus conocidos, informándose tambien de los cambios sobrevenidos sobre la plaza de Paris. Muchas variaciones habia habido en las fortunas; muchas antiguas casas bien conocidas de Julian habian desaparecido en esas tempestades de la Bolsa que agitan perpetuamente la riqueza pública, y tambien habian nacido otras nuevas. Entre estas últimas Trudaine nombró la de M. José Perné que se habia reunido hacia algun tiempo con Varnier para algunos negocios, y de quien ya se principiaba á hablar como socio futuro; Julian que prestaba muy poca importancia á todos estos pormenores, interrumpió el coloquio en cuanto pudo, dejando al señor Trudaine enteramente tranquilo.

Al otro día, se volvió á presentar en casa de su antiguo amo con algunas curiosidades americanas destinadas á su hija, y sus visitas se fueron renovando todos los días, haciéndose cada vez mas largas y mas íntimas. Fanny recibia al joven con la misma amabilidad que en otros tiempos, aunque sin aquella franca alegría que reinaba entonces en sus entrevistas. Ademas, parecia evitar todas las confidencias que Julian deseaba, con una especie de temor hacia todo lo que eran especulaciones. Julian quiso salir al fin de sus incertidumbres, y solicitando una entrevista con M. Varnier, le confesó el amor que profesaba á su hija; el banquero hizo un brusco movimiento y exclamó:

— Es cierto lo que decís? Venid á pedirme la mano de Fanny?

— Me atrevo á hacerlo hoy que he visto coronados mis esfuerzos con un buen resultado.

— Y dicho esto contó pocas palabras á M. Varnier como la esperanza de ese matrimonio habia determinado su partida, infundándole el valor necesario.

El rostro del banquero tomó una expresion de dolor muy pronunciada.

— Alguna maldicion nos ha caído exclamó pegándose en la frente.

— Qué queréis decir? preguntó Julian.

— Nunca me habiais dicho nada ni yo tampoco sospeché á mas mínima cosa! repuso M. Varnier.

— Y que?

— Mi hija está prometida á M. José Parné.

El joven lanzó un grito desesperado.

— No podia titubear, continuó el banquero; esa union, conveniente bajo todos aspectos, me aseguraba una asociacion sin la cual estaba comprometido el porvenir de mi casa... espuse á Fanny mi situacion...

— Y consintió?

— Despues de reflexionarlo, pero sin violentarse.

— Y si enterecida con mi afecto, quisiese deshacer lo hecho? exclamó Julian.

— Querriais hacerla faltar á una promesa? dijo M. Varnier; ha comprometido su palabra, y está fijado el día de la boda; faltar sin motivo á una palabra dada no es leal; ademas Fanny ha aceptado libremente la proposicion de M. Parné.

— Libremente! No, esclamo Julian; porque ella sabia que ese matrimonio os era necesario, vos mismo lo habeis dicho, ha cedido á una especie de violencia moral...

— Y si solo hubiese cedido á la gratitud, qué diriais? interrumpió vivamente Varnier; si esa alianza fué el único medio de pagar á un hombre á quien debemos el honor...

— Como es eso?

— No me interroguéis, por que nada puedo deciros.

— Y yo puedo decirle todo, interrumpió una voz.

Y el señor Trudaine separó de repente la mampara que ocultaba la puerta del estrado.

— Nos habeis estado escuchando, exclamó M. Varnier frunciendo las cejas.

— En el primer instante ha sido á pesar mio, replicó el antiguo empleado, porque os traía á la firma estos papeles; pero las palabras que os entones me determinaron á escucharlo todo.

Y volviéndose hacia Julian, añadió:

— El servicio que debe M. Varnier puede explicarse en dos palabras: nos hallamos en la imposibilidad de hacer frente este mes, porque nos faltaban trescientos mil francos, sin los cuales la quiebra era segura, y los hemos recibido por el correo, cuando ya habiamos perdido toda esperanza.

— Y como no he confiado mi situacion á otro que á Parné, añadió el banquero, solo él podia enviarme esa suma; ademas, ya lo ha confesado despues.

— Y ha mentado! exclamó Trudaine. Yo ignoraba vuestro error y la fanfarronada del señor Parné, que si no, hace tiempo estaria aclarado todo.

— Con que sabeis quien es el autor del envío? preguntó Varnier.

— He guardado el sobre en que se encerraba, replicó Trudaine mostrando un papel que sacó de su cartera.

— Y bien?

— En este sobre hay unas señas.

— Y conocéis la letra? dijo Julian.

— Por la razon de que es la tuya, mozoito, exclamó el anciano; no puede uno engañarse en las mayúsculas.

Varnier tomó el sobre, se puso á examinarlo, y luego alzó los ojos sobre el joven que se habia quedado inmóvil en su puesto, rojo de emocioen.

— ¡Hijo mio! exclamó abriendo los brazos.

Julian se arrojó en ellos trasportado de gozo; ambos permanecieron largo tiempo abrazados, en tanto que Trudaine enternecido enjugaba de nuevo sus anteojos.

Fanny, que no habia consentido en casarse con el futuro socio de su padre, sino por gratitud, y que amaba á Julian hacia tiempo, dió gracias al Señor por haber hallado una felicidad en lo que no se habia prometido otra cosa sino el

cumplimiento de un deber. Yarnier vivió muchos años más con sus hijos, y no murió sino después de haber logrado restablecer el crédito de su casa, gracias á los esfuerzos de Julian.

Se hallaban en el mas alto punto de su prosperidad, cuando un día anunciaron á M. Edmond de Aouzzy, viéndose entrar á un hombre calvo, pobremente vestido, y cuyas alteradas facciones revelaban muchas desgracias: era su antiguo protector que, de proyectos en proyectos, había disipado todo su patrimonio, había anulado sus preciosas facultades y perdido los veinte mejores años de su vida: venia á solicitar el apoyo de Julian para obtener un humilde empleo que le permitiese satisfacer á las necesidades de cada día.

Julian no le dejó acabar su petición.

—No os dá pena por eso, exclamó Julian, os quedaréis á mi lado y conmigo. Formaremos una asociación en la cual pondréis vuestra imaginación por capital; nos daréis consejos, suministrareis ideas....

—Y vos os encargaréis de realizarlas! exclamó Aouzzy. Ay! Así continuaremos lo que hemos hecho siempre. Desde que existo he sembrado por todas partes planes y proyectos cultivados por otros, y por falta de orden y de perseverancia, he sido constantemente un hombre inútil, acaso con mas recursos de los que eran necesarios para poder hacer importantes servicios á mi patria.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

VALENTIN.

(Véanse las páginas 113 y 261.)



La inocencia de Sotano.

Hemos dicho que Valentin tomó la naturaleza en lo vivo de la realidad, para él no hubo formas consagradas ni líneas tradicionales: la noble anatomía, la desnudez ideal, lo interesa mucho menos que el prisma singular, desordenado, armonioso y poético siempre de la vida real.

Sin embargo, á pesar de este fallo que ha pronunciado la posteridad sobre las obras de Valentin, no por eso se debe creer que no haya pintado mas que cuadros de una naturaleza inerte, contrahecha y vulgar. Aunque haya manifestado menos grandeza que el Caravaggio en las composiciones, y aunque su estilo no sea tan imponente como el del pintor ombardo, sin embargo, sabía dar cierta distinción á las escenas mas triviales y sacaba mucho partido de los contrastes.

Los cuadros que posee el museo del Louvre de este pintor son mas que suficientes para que podamos apreciar el vigor y la originalidad de su talento, porque en ellos se encierran todas sus cualidades distintivas, y por consiguiente pueden servir de base á la exacta definición de su carácter. Es cierto que algunos de esos cuadros están sacados de la Historia Sagrada, pero debemos añadir que no tienen otra cosa de ella fuera de la naturaleza del asunto; lo demás la buena voluntad del espectador debe suplirlo. Para Valentin, la *Casta Susana* no es una de esas mujeres timidas cuyo pudor rebalta la belleza, sino una criada con la mano encamada aun de haber fregado, una simple muchacha del pueblo con encantos vulgares, púdica sin afectación y sin coquetería, no sabiendo apenas lo que quiera de ella y no

crüyéndose con atractivos capaces de reanimar ardores tan tardíos.

Los dos viejos que la han visto con ojos concupiscentes, son hombres en quienes la pasión lucha con la edad, vigorosos aun y bien conservados; á pesar de las infinitas arrugas de sus frentes. El uno de ellos, disimulando su embarazo y su vergüenza bajo una cólera aparente, trata de justificarse acusando; su figura tiene un buen carácter, su ademán es enérgico y están bien comprendidos sus paños; es un modelo del Poussin hecho con el pincel de Manfredi. El otro olvidando los soldados que le tienen preso, y el juez que va á condenarle, no piensa mas que en la joven, cuya vista sigue despertando sus deseos; su mirada es apagada y húmeda, su boca le da la impresión de un sátiro, y su cráneo está guarnecido de cabellos canecidos ya, pero espesos y bien plantados. Es una cabeza común, tratada con el sentimiento del Españoleto, con algo de sequedad en las arrugas de la piel, pero tambien mucho vigor de modelado, y una precisión de tono, y un acento de verdad sin ejemplo.

ISTORIA

DE UNA JOVEN SALVAJE

HALLADA EN LOS BOSQUES DE LA CHAMPAÑA EN 1731.

En el mes de setiembre de 1731, una joven de nueve á diez años, acusada por la sed, entró á la caída de la tarde en la aldea de Songy, situada á cuatro ó cinco leguas de Chalons en la Champaña, iba descalza, con el cuerpo cubierto de harapos y de pieles, los cabellos bajo una gran cascara de calabaza y las manos y el rostro tan negros en apariencia como si fuera una verdadera negra africana. Además iba armada con un palo corto y grueso por la punta, en forma de maza. Los primeros aldeanos que la vieron, echaron á correr diciendo: «El diablo! El diablo!» Todos cerraron con precipitación sus puertas y ventanas, pero uno, á quien sin duda se le figuró que el diablo tenía miedo de los perros, la soltó uno de presa armado con un collar de puntas de acero. La muchacha le esperó á pié firme con su maza de armas en las dos manos, y cuando el perro llegó á su alcance, le descargó un golpe tan terrible en la cabeza que le hizo caer muerto á sus piés. Loca de alegría con su victoria, se puso enseguida á saltar repelidas veces por encima del cuerpo del perro. Luego quiso abrir una puerta y no habiéndolo podido lograr, se volvió al campo por el lado del río y se subió en un árbol donde se quedó dormida.

El señor vizconde de Epinoy que se hallaba en aquel momento en su palacio de Songy, cuando supo que aquella joven salvaje se había metido en sus tierras, dió órdenes para que la prendieran, á un pastor que era el primero que la había visto andando por entre las viñas. Un aldeano imaginó que acaso le vendría sed, y aconsejó que se llevase un cubo lleno de agua al pié del árbol, para ver si bajaba. Así se hizo y cuando todo el mundo se retiró, aunque todos se habían puesto en emboscada, la joven después de mirar bien por todos lados, bajó y fué á beber al cubo metiendo en él la barba pero desconfiándose en cuanto oyó ruido, subió otra vez á la copa del árbol en menos tiempo del que habría sido mimescoper para llegar y apoderarse de ella. No habiendo salido bien esta primera estratagemá, la persona que la inventó, dijo que era necesario apostar allí cerca una mujer con al-

gunos niños, porque ordinariamente los salvajes no los huyen como á los hombres, y sobre todo que era necesario mostrarle un rostro risueño y afable. En efecto, una mujer con un niño en los brazos se puso á pasear alrededor del árbol con las manos llenas de legumbres y con dos peces que mostraba á la salvaje, la cual desocho de cojerlos iba bajando algunas ramas volviendo á subir luego. La mujer, continuando siempre sus invitaciones con ademán afable, la hacía todas las señales posibles de amistad, tales como pegarse en el pecho como para asegurarle que la quería mucho y que no la haría daño ninguno, tanto, que logró infundir á la salvaje la suficiente confianza para que bajara por los peces y las legumbres que la ofrecían; pero la mujer, alejándose insensiblemente, dió tiempo á los que estaban ocultos para que se apoderasen de la joven y la llevarán al palacio de Songy. Primeramente la hicieron entrar en la cocina mientras se iba á dar parte á M. de Epinoy. Las primeras cosas que llamaron la atención de la joven fueron las aves que estaba asando el cocinero; se arrojó sobre ellas con tanta agilidad y avidez, que al cojerlas ya las tenía entre los dientes. M. de Epinoy que entró enseguida, cuando vió que estaba contento, mandó que la dieran un conejo, el cual fué despieceado y comido en un segundo. Los que entonces la examinaron, juzgaron que podría tener unos nueve años. Parecía negra, pero después de haberla lavado muchas veces, se vió que era naturalmente blanca, aunque su piel estaba muy tostada. Tambien se notó que tenía los dedos de las manos, sobre todo los pulgares, gruesos en demasia, relativamente al resto de la mano que era bastante bien hecha. Ella misma explicó después, que la gordura y fuerza de sus pulgares le eran muy necesarias en la vida errante que llevaba en los bosques, porque, cuando se hallaba sobre un árbol, y quería pasarse á otro sin bajar al suelo, á poco que las ramas del árbol vecino tocasen al suyo, apoyaba sus dos pulgares sobre una rama de aquel en que se hallaba, y se lanzaba al otro como una ardilla. Por esto se puede juzgar la fuerza y consistencia que debían tener sus pulgares, para sostener así su cuerpo mientras brincaba.

M. de Epinoy la dejó encargada al pastor, cuya casa estaba al lado del palacio. Este hombre se la llevó, pues, á su casa para comenzar á domesticarla, y tanto trabajo le costó el considerarla como una criatura humana que en la aldea la llamaban todos la Bestia del pastor. Había que tenerla encerrada, pero siempre practicaba agujeros en las paredes y en los techos sobre los cuales corría lo mismo que en el suelo, dejándose ojer á duras penas, y pasando por aberturas tan pequeñas que parecía imposible después de haberlo visto. Una vez se escapó de la casa, cuando hacia un tiempo horroroso de frios y de nieve, llegó al campo y se refugió en un árbol; temiendo las reconveniencias de M. de Epinoy, todo el mundo se puso en movimiento, hasta que al cabo se la halló en el árbol donde se había guardado.

Aun después de haber pasado muchos meses en Songy, no podía articular una palabra; solo pronunciaba algunas voces que parecían de su lengua natural. Para dar los buenos dias decia: *Yas, yas, fioul*, é hizo entender que debían decir *Biam, viam fioul*, para llamarla. Por lo demás, trataba de darse á entender con ahullidos horribles, sobre todo cuando eran hijos del temor ó la cólera. Los mas espantosos eran cuando se acercaba á ella ó quería tocarla alguno á quien nunca había visto.

Cuando M. de Epinoy estaba en Songy y recibía visitas, se complacía en que le llevarán á la joven, que comenzaba ya á domesticarse, y que había ido descubriendo un humor

muy alegre y una predisposición mas marcada cada día á perder sus hábitos de ferocidad salvaje. Sin embargo costó muchísimo trabajo el acostumbrarla á que no comiera las cosas crudas. Los primeros ensayos para que probara manjares acondicionados con harina y sal, le hicieron sufrir fuertes dolores de estomago. Un día que estaba en el palacio presenciando una gran comida, notó que no había nada bueno en la mesa, puesto que todo estaba cocido y sazonado: partió como un relampago, se fue á las orillas de un estanque y volvió con el delantal lleno de ranas que fue repartiéndolas á manos llenas entre los convidados, gritando con el mayor gozo: «*Tou, man, man, donc tien!*». Fácil puede ser figurarse el efecto que esto causó entre los que se hallaban sentados á la mesa, que se apresuraron á arrojar al suelo las ranas que saltaban por todas partes. La joven muy sorprendida de que no se hubiera casado ninguno de un manjar tan delicado, recogió una por una todas las ranas, echándolas en los platos y sobre la mesa.

M. de Epinoy resolvió por fin el poner á la joven en el hospicio general de Châlons, donde se recibía á los hijos de los pobres, de uno y otro sexo, para mantenerlos hasta la edad de quince ó diez y seis años. Fue bautizada en la iglesia de San Sulpicio bajo los nombres de María-Angélica, pero regularmente le daban todos el singular apodo de la señorita Leblanc. Muchos años permaneció en aquel hospicio, saliendo algunas veces para ir al palacio de Songy que siempre veía con alegría. Un día se arrojó toda vestida en un estanque, se pasó nadando por todos lados, y se detuvo en una pequeña isla, donde echó pie á tierra para cojer ranas y comerlas con el mayor descanso.

Del hospicio pasó á un convento llamado la *Communauté des Béguines*, donde el duque de Orleans que la llevó al pasar por Châlons, de vuelta de Metz, la señaló una pensión.

En 1737, la reina de Polonia que pasó por Châlons, yendo á tomar posesión del ducado de Lorena, mandó que trajeran á su presencia á la joven salvaje. Según dijo esta misma señora, el sonido de la voz de la joven era muy agudo y penetrante, sus palabras breves y cortadas, y sus ademanes como los de una niña; en sus modales se distinguía, que no paraba su atención sino en aquellos que la acariciaban. La reina de Polonia la prolió muchos halagos, y como ella le dijeron que era muy diestra en correr, quiso que la acompañara á la caza. Allí viéndose en libertad, y entregándose á sus instintos naturales, la joven seguía á la carrera á las liebres que se presentaban, los coja, y volvía al mismo punto á traerselelos á la reina. Esta princesa manifestó el deseo de llevarla consigo para colocarla en un convento en Nancy; pero se lo quitaron de la cabeza las personas que estaban encargadas de cuidarla. La joven presentó á la reina muchas flores artificiales que ella misma había hecho por que desollaba en este género de trabajo, así como en las obras de tapicería.

En 1747 la pobre joven aborreció su convento, porque se avergonzaba de hallarse á menudo en relación con personas que la habían visto salir del bosque, antes de estar domesticada, y que á veces se lo hacían sentir con gran dureza. Así fué que pidió y obtuvo el permiso de pasar al convento de Santa Memehold, y á su llegada á esta ciudad, en el mes de setiembre, de la Condamine, de la Academia de ciencias, comió con ella en la mesa de la posada donde se había apocado, y la dirigió numerosas preguntas. La joven le confesó que sentía mucho no haberse aprovechado de los ofrecimientos que le hiciera en otro tiempo el duque de Orleans para llevarla á un convento de París. La Condamine

le prometió que recordaría al príncipe esas promesas, quien en efecto, la llevó á París, y la colocó en las Nuevas Catalinas de la calle de Santa Ana, donde fué á hacerla una visita. En esta casa hizo su primera comunión y fué confirmada. Después pasó á la Visitation de Chaillot, y ya se disponía á tomar el velo, cuando cayó enferma de peligro, á consecuencia de un golpe que llevó en la cabeza, por la caída de una ventana. El duque de Orleans la mandó transportar á las Hospitalarias del arrabal de San Marceau, donde permaneció largo tiempo enferma y débil, y como el duque de Orleans murió en aquel intervalo, la joven se quedó sin protector ninguno. Las noticias biográficas se quedan en una época en que habiendo perdido la salud, y á la edad ya de cuarenta años, parecía quererse retirar á un ermitio que la había ofrecido una persona caritativa.

Intil es decir que en cuanto aquella pobre criatura logró aprender algunas palabras de francés, todos se apresuraron á saber en que país había nacido, y como había llegado al sitio en donde se la encontró, pero nadie pudo obtener de ella pormenores con visos de certeza. Contó que dos ó tres días antes de que la cojeran en Songy se hallaba en compañía de una joven de mas edad que ella, y que ambas habían atravesado á nado un río donde sumerjiéndose habían sacado algunos pees. Un cazador que había visto á lo lejos las dos cabezas negras de aquellas jóvenes, las tiró un escopetazo, que por fortuna no las alcanzó, porque las tomó por dos gallinas de agua; ellas se sumerjieron y se ocultaron á la vista del cazador detrás de unos juncos. Al salir del río habían encontrado en el suelo un rosario, y se disputaron á golpes su posesión; la mas joven fué mas fuerte y se quedó con él, pero á consecuencia de esta querrela se separaron.

Muchas veces insistieron con la joven salvaje para que hiciera todos los esfuerzos posibles á fin de recordar algo de su infancia. Remitiendo todos los detalles que ella dió en diferentes épocas de su vida, se pudo suponer que había nacido en el Norte y probablemente entre los esquimales, de donde quizás había sido transportada á las Antillas y después á Francia. En efecto, ella aseguraba que dos veces había atravesado largos espacios de agua, y se conmovía cuando la enseñaban estampas representando caballos y barcas del país de los esquimales, y cañas de azúcar y otros productos de las islas de América. Decía que creía acordarse haber pertenecido como esclava á una señora que la quería mucho, pero que su marido, no pudiéndola sufrir, la había embarecado.

Esta pobre criatura excitó mucho interés y curiosidad en Francia á mediados del pasado siglo. En el mes de setiembre de 1731 se escribió sobre ella un artículo en el *Mercurio de Francia*, y en 1755 salió un folleto del cual hemos sacado nuestro relato. En el día un descubrimiento semejante no moveria menos, y probablemente no se tardaría mucho en saber la verdad acerca del origen de una persona así atónada. La actividad de las comunicaciones, la policía, la actividad de la prensa y la publicidad, suministrarían prontamente los medios de llegar á las esplicaciones naturales de un acontecimiento semejante. Además esa misma sorpresa de nuestros padres y esa imposibilidad de poder penetrar lo que había de oscuro y misterioso en la vida de la pobre salvaje, es lo que puede hacer algo interesante esta anécdota en el día.

LA COSECHA DE FRUTAS EN SUIZA.

El invierno ha vuelto á entrar en posesion de las altas montañas; cada día va bajando algunos pasos por la llanura y todos se apresuran á recoger los frutos en los valles, como se entran viveres en la plaza amenazada, á la aproximacion del enemigo. La aldeana que se va con el cesto lleno, echa una mirada sobre las montañas que blanquean, y parece burlarse de la intemperie, arrebatándola su riqueza.

El horno está encendido para secar la mayor parte de las manzanas partidas en cuatro, porque los *schmitz* forman el bocado mas exquisito de toda la familia durante la estacion del frío. La ribera suiza del lago de Constanza es para el viajero como un bosque de manzanas y de perales; sus habitantes hacen mucho comercio de sidra y de frutas secas. El Rheintal (valle del Rin sobre el lago) se halla tambien cubierto de árboles frutales; el país posee ademas pastos comunes, y se permite plantar arboles á los particulares; algunos tienen de este modo grandes arboledas. El pobre no está olvidado, puesto que puede recoger en el suelo toda fruta caída.

En los valles mas frios el cerezo reemplaza el peral, y por eso en ciertos parajes del Oberland se coje una gran cosecha de cerezas que destiladas producen un licor muy celebrado y conocido bajo el nombre de *Steghmann*.

Sin embargo hasta hace poco ha estado muy descuidado en Suiza el cultivo de los árboles frutales. Se plantaban al acaso las primeras especies que salian dejando que el árbol se elevara casi por sí mismo, sin ningún cuidado. La pera, la manzana, y la cereza silvestre, usarpaban á menudo los terrenos mas fértiles y mejor situados; los árboles eran magníficos como unas verdaderas plantas de bosque, pero sus frutas no valian nada.

Sin embargo, como la naturaleza tiene recursos y secretos que la son propios, se hallaban en ciertas localidades favorecidas otras frutas mejores, debido únicamente á la naturaleza del terreno ó del puesto que ocupaban; se elevaban las cerezas de Montreux, las manzanas del canton de Berna, las castañas de Monthey, y las ciruelas de Basilea; pero tan grande es el poder de la rutina, que seguan creciendo en la mayor parte de los huertos las especies comunes. Poco á poco este estado de cosas se fué mejorando; los planteros de Ginebra y de Chamberg enriquecieron aquellos valles con las frutas mas estimadas en Francia y en las comarcas vecinas.

Un francés, M. Lainé, fué, bajo este punto de vista, uno de los bienhechores de la Suiza. M. Lainé principió por establecer en su dominio de Malley á media legua de Lausana, un vasto plantel, que suministró durante mas de veintiseis años á las comarcas vecinas plantas escollidas á precios accesibles á todas las fortunas. Si los hombres útiles tuviesen siempre una reputacion igual á sus servicios, el nombre de M. Lainé seria mas conocido. Cuántas huertas le deben sus riquezas! El dominio que poseía es admirable por la riqueza de las tierras, la abundancia de las aguas y el lujo de la vegetacion, pero encima de esas hermosas praderas, bañadas por dos arroyuelos que pasan por el fondo del valle, se estiende sobre la altura una plataforma que parecia muy poco propia para el cultivo: es una tierra ligera y arenosa; M. Lainé se lisonjó de sacar de ella un partido ventajoso para el

objeto á que la destinaba, y en efecto allí logró establecer un rico plantel cuyos productos eran tanto mejores cuanto que habiendo salido en una tierra poco fecunda, prosperaban mas fácilmente en aquellas en que los trasportaban. Este establecimiento fué mejorándose hasta la muerte de su propietario. Cuantas veces hemos visto á ese hombre afable y hospitalario hacer los honores de sus plantíos á sus buenos vecinos, á los forasteros distinguidos, y á sus compatriotas, y á los viajeros del antiguo y del nuevo mundo! M. Lainé hablaba con pasion de sus trabajos agrícolas. Cada año traía consigo una mejora. En la mesa de Malley se servian á los postres, las mas hermosas frutas del mediodía, recogidas en el dominio, y por la tarde se tomaba el té de la China, recogido en las orillas del Lemán. M. Lainé ha sido uno de los principales promotores de la agricultura en la Suiza francesa: el lector nos perdonará que les hayamos rendido este homenaje en presencia de una escena campestre que recuerda vivamente sus beneficios.

Por lo comun los huertos rodean las casillas de los aldeanos, embelleciéndolas; el campesino desea tener á su lado esos árboles frutales, para seguir con la vista sus tesoros, desde que las frutas forecen hasta que maduran. Sin embargo, á veces los árboles frutales se hallan bastante lejos del domicilio por que para conservar un día entero á la recoleccion, día que se fija de antemano y para el cual siempre se convidó á algunos vecinos. Entónces la recoleccion de las frutas se vuelve una fiesta verdadera. Se toman sacos, cestos y canastillos, se va en un carro, se lleva la comida al campo, y se saca antes de la cueva el mejor cántaro de vino.

Llegados al punto á donde se dirijen, que siempre es algun valle alfombrado de verde yerba, se desenganchan los caballos ó los bueyes, se les echa un pienso á la sombra, y se ponen todos á cojer fruta como si se tratara de ganar un premio. Qué cuadro tan pintoresco presentan bajo esos árboles tortuosos, esos jóvenes, esos niños y esos ancianos todos ocupados y todos dichosos; y en lontananza, una cascida plateada, abetos negros, un lago transparente ó el polvo de una cascada; las aves de paso huyendo á todas alas, los rebafios bajando de las montañas y el cazador con su perro que pasan por detrás de las zarzas... La juventud ocupada en su recoleccion no vé nada de todo eso; olvida hasta el diable sol que vierte sobre ella sus tibios rayos y dora por última vez las suzonadas frutas, como el artista lanza una poster mirada á la obra proliecta que sacan de su estudio.

Pero no todas las frutas del huerto se cojen de la misma manera. Las hay preciosas y esotijas que necesitan cojerse delicadamente y estas se depositan con precaucion en una especie de alfombra llevada al hombro: las frutas destinadas al horno y al lagar, muedumbre sin honor, son fuertemente sacudidas, y caen como el granizo sobre la yerba. Poco á poco se llevan los sacos, los cestos y los carros: el dueño no sabe donde poner tantos bienes, al ver que se levantan bajo los árboles montones de frutas.

Donde están los placeres que pueden equivular á trabajos semejantes? El que los ha conocido compone en su mente billos que tienen la frescura y la verdad de Teócrito.

De acuerdo de que un vecino nuestro tenía un gran bosque de castaños, en el centro de cuatro ó cinco aldeas, el cual se hallaba dividido en infinitas porciones. Había propietarios hasta de tres árboles, de cinco ó de seis. Un día se habian citado todos para hacer la recoleccion á fin de que ninguno

tuviera que quejarse después. Era una maravilla el ver desde por la mañana como iban llegando todas las familias con los instrumentos necesarios para el caso.

En algunos momentos el solitario castañar se pobló como en un día de fiesta. Cada cual corría a sus árboles, y prin-

cipiaba el ruido. Las mil pértigas que sacudían las ramas; los gritos de los grajos y de los mirlos espantados, y los dichos alegres que se cruzaban de un árbol a otro formaban un estrepito singular. A través de las ramas se levantaban ligeras humaredas; eran los preparativos de la comida. Los



La cosecha de frutas en Suiza.—Dibujo de Karl Griebler.

niños no dejaban de aprovecharse de la lumbre para asar castañas en la ceniza que sacaban del fuego con presteza para comérselas con la mayor alegría.

Al caer la tarde los grupos se retiraban poco a poco, después de haberse despedido de sus vecinos hasta la recolección siguiente, y luego el bosque se volvía a quedar tan silencioso como antes.

¿Donde estáis alegres muchachuelos? ¿donde están vues-

tros padres? El que volviere al teatro de nuestros placeres no encontraría allí más que campos y viñas. La industria agrícola es tan invasora como las demás, y también sus progresos nos dejan ruinas. En muchas comarcas ya no se ven castaños ni nogales; los perales y los manzanos que producen más, se llevan la preferencia de los aldeanos y por eso se ven en las campañas de la Suiza cuadros parecidos al que ofrecemos con este artículo a nuestros suscritores.

ALBERTO DURERO.

(Véase la pág. 105.)



La Virgen de la Jona.

Difícil ó mas bien imposible nos sería el hablar aunque sucintamente de las obras de Alberto Durero, uno de los mas vastos genios de la Alemania, y cuyas producciones se dividen en varias categorías, puesto que fué alternativamente pintor, grabador, escultor, arquitecto, geómetra y escritor.

Alberto Durero entregado á ocupaciones de distintas naturalezas, no pintó mas que un corto número de cuadros al óleo, y solo en las galerías de algunos soberanos de Alemania se puede uno formar un juicio exacto de sus pinturas.

El gusto, tan profundamente alemán de Alberto Durero, dice un escritor entendido en la materia, le ha aiejado de la belleza verdadera, de esa armónica perfección, que existe en todos los países y en todos los tiempos, y que ejerce un imperio universal. Es cierto que algunas veces, y sobre todo en los Apóstoles, llegó hasta lo sublime, y también debemos añadir que si ningún pintor manifestó el dolor con tanta profundidad y energía como lo hizo Durero en el asunto de la Pasión que trató tres veces, nadie ha mostrado tampoco mas gracia y ternura que el en su Vida de la Vir-

jen. Lutero ardiente, nada le inspiró tanto como la Escritura, y consagrado enteramente a ese sentimiento cristiano de la edad media, dejó ver en todas sus obras su corazón evangélico. Y sin embargo, á juzgar por sus últimas pinturas parece que Durero, sólo un instante en la alianza del arte gótico con el arte italiano. En tanto que Lutero rompía con Hieron, Durero tendía la mano á Rafael. Escapando esto, el pintor se manifestó siempre demasiado alemán, es decir que no sólo tienen sus obras un carácter nacional sino que casi todas ellas fueron destinadas á las poblaciones de Ultra-Rhin. Se sorprende uno al ver esos tipos extraños, con esas meditaciones y caprichosas actitudes, y esos paños, tan raros y sorprendentes como la raza misma de sus personajes, dispuestos en grandes masas y partidos en una multitud de pliegues fillos angulosos que á veces les dan el aspecto del metal. Su colorido claro, fino y de mucho bello, no está de acuerdo con la naturaleza; es un color inventado, bastante parecido al que se ve en las estampas iluminadas de los manuscritos antiguos, y de una intensidad que hace daño á la vista. Su claro-oscuro tiene también una apariencia fantástica; la sombra y la luz luchan como en una de esas visiones poderosas que le atormentaban durante el sueño; por último, en cada elemento de sus obras se trasluce el alemán puro, el hombre del Norte, que componiendo su vida de vaga poesía, se eleva del mundo real, á la región de las visiones.

La *Virgen de la Mona* que damos hoy, fué hecha para el grabado con otras diez, y seis vírgenes más, y cinco estampas consagradas á cinco discípulos de Jesús.

GERHARD EL BUENO.

TRADUCCIÓN

DE RODOLFO DE LENS, POETA ALEMÁN DEL SIGLO XVI.

Había antiguamente en Alemania un rico y poderoso emperador muy nombrado por su valor y jenerosidad, llamado Othon el Rojo, y casado con una santa mujer llamada Ottegebe que desde muy joven habia consagrado su alma á Dios y que supo desarrollar en el corazón de su esposo el amor á la virtud, el sentimiento de la justicia y el ardor de la caridad.

Ambos se reunieron en un mismo pensamiento de rejijion para fundar el rico arzobispado de Magdeburgo, dándole tierras, ciudades y castillos. El emperador quiso que los canónigos de esa residencia episcopal fuesen elejidos entre los hijos de las mas nobles familias, poniendo de arzobispo á un principe de alto nacimiento y de noble carácter y el mismo quiso ser vasallo del prelado.

Por desgracia cuando dió cumplimiento á esta grande obra penetró el orgullo en su corazón, y dijo para sí que nadie habia honrado nunca de tal manera á Dios, y que por consiguiente habia merecido un distinguido puesto en el cielo. Un día que se hallaba en su catedral dirijió al señor esta plegaria:

— Señor y dueño de todas las cosas, te he servido tan bien que todo el mundo alaba mi piedad; dime cual es la recompensa que me tienes destinada.

Entonces oyó una voz que le decía:

— El Señor te ha elevado bien alto en este mundo, dándote el poder y la riqueza: has hecho un buen empleo de tus bienes y has ganado un gran puesto en el cielo, pero ya que

te enorgullecies con tus obras, ese puesto te ha sido quitado. Contentate ahora con el favor mundano de que te glorias, y para volver á ganar la recompensa eterna, sigue el ejemplo del buen mercader cuyo nombre se halla inscrito en el libro de vida.

— Cómo! exclamó el emperador; y como hay un mercader que tiene á los ojos de Dios mas mérito que yo?

— Si, respondió la voz; Gerhard de Colonia; anda á verle y dile que te cuente su vida.

A la mañana siguiente Othon montó á caballo, y seguido de una modesta escolta, se dirijió á Colonia. Cuando llegó á la ciudad, convocó á los principales ciudadanos de ella que se apresuraron á ir á su morada. Entre ellos se hallaba un anciano con la barba blanca ante el cual se inclinaban todos con el mayor respeto. Este hombre llevaba unos ricos vestidos; un justillo y un manto de púrpura enriquecido con piedras preciosas, y un magnífico cinturón; era Gerhard el Bueno. El emperador dijo que habia venido á pedir un consejo á los habitantes de Colonia, y les suplicó que le designaran entre todos aquel á quien mas estimaban, para conferenciar con él. Por unanimidad nombraron á Gerhard.

Othon se le llevó á su aposento, cerró la puerta y le suplicó que le dijese cual era la accion tan grande que habia hecho, y por qué le llamaban Gerhard el bueno.

— Señor, respondió el anciano, las jentes de esta tierra tienen la costumbre, sin saber porqué, de poner apodos. No he merecido el que me dan; únicamente he seguido tener á veces buenas intenciones que mi feaca naturaleza me ha permitido realizar, y no he distribuido entre los pobres sino leves limosnas, un poco de pan y de cerveza y algun vestido.

— Sé, replicó el emperador, que has hecho algo que vale mas, y quiero que me cuentes esa accion que tanto te honra.

El anciano se arrojó á sus pies y le suplicó que no abusase de su autoridad imperial para darle semejante órden, añadiendo que, si en efecto, por la gracia de Dios, habia tenido la dicha de llenar un deber de cristiano, el mismo anularia el mérito de su obra envaneciéndose con ella.

Estas palabras hicieron comprender al emperador que aquel modesto ciudadano era infinitamente superior á él que tanto se habia enorgullecido con su fundacion de Magdeburgo; pero como de nuevo le instó á que le contase los acontecimientos de su vida, Gerhard sin atreverse á desobedecer le hizo la siguiente relacion:

A la muerte de mi padre, dijo, heredé una fortuna considerable, que quisé aumentar mas todavia en beneficio de mi hijo. A fin de que tomase adicion al trabajo le confié la administracion de una parte de mis bienes; yo tomé una buena suma de dinero, y un cargamento de varias mercancias y parti para las comarcas paganas. Me llevé provisiones para tres años, eligiendo para mi buque marineros bien experimentados. Desembarqué en la Livonia, en Prusia, y en Rusia donde recoji una gran cantidad de pieles, y luego pasé á Damasco y á Nive donde compré muchas telas de seda. Ya volvia hácia mi pais, cuando me vi sorprendido por una borrasca que duró doce dias y doce noches, al cabo de los cuales fuimos á parar á la falda de una montaña que ninguno de nosotros conocia. Varios marineros subieron hasta la cúspide para observar lo que habia y distinguiéron una gran ciudad cuyas calles estaban llenas de elefantes, de mulas, caballos y carretas cargadas de mercaderías. Con estas noticias resolví entrar en la poblacion donde fui muy bien recibido. El dueño de aquel pais que me vió pasar, conoció

que era forastero, y me preguntó si comprendia el francés y si era cristiano, y habiéndole respondido afirmativamente á ambas preguntas, me dijo que me tomaba bajo su proteccion y que si queria vender mis mercancias en la ciudad, podia hacerlo sin pagar derechos, señalándome al mismo tiempo por habitacion una bonita casa.

Cuando le enseñé los artículos que llevaba, exclamó asombrado:

— Ah! qué cosas tan magnificas! Nunca he visto nada semejante, y sólo á mi puedes vender aquí esos artículos preciosos. Quieres hacer un cambio? Te propongo un tesoro que me es inútil aquí, pero el cual te podrá producir grandes beneficios.

Sin mas esplicaciones acepté su oferta. Entonces me condujo á un salon donde vi doce caballeros jóvenes, encadenados de dos en dos, y mas allá en otra sala habia quince mujeres de una belleza muy notable.

— Con que aceptas? dijo el señor pagano.

— El que?

— Estoy dispuesto a venderte esos prisioneros que acabas de ver.

— Y para qué me sirven?

— Puedes venderlos por mucho dinero. Esos caballeros pertenecen á las primeras familias de Inglaterra: estaban encargados de acompañar á una princesa de Noruega que debia casarse con el hijo de su rey, y esa princesa está ahí en la sala de las mujeres, con sus catorce compañeras.

Confieso que esta proposicion me sorprendió en extremo, porque me habia prometido que iban á abrirse ante mis ojos los tesoros del principe pagano, y no aquellos salones de esclavos. El principe queria que le diese todas mis mercancias en cambio de aquellos cautivos. Podí reintroducir horas para decidirme, pero aquella misma noche la voz de un ángel me despertó y me dijo:

— Dios está irritado con tu tardanza. De cualquiera manera que socorras á esos desgraciados obtendrás tu recompensa. Si lo haces con el interés de un beneficio pecuniario, lo obtendrás; si es para adquirir algun honor á los ojos del mundo, lo adquirirás; y si es por caridad, por complacer á Dios, ganarás la corona eterna.

Me levanté todo gracias á Dios por su bondad, hice celebrar una misa, y corrí á anunciar al principe que estaba decidido á rescatar sus esclavos. Cuando me condujeron á donde estaban ellos, los hombres se arrojaron á mis pies, prometiéndome que me pagarian el doble de la cantidad que yo daba, y la princesa que hablaba francés, me dijo que su padre el rey de Noruega asi como el rey de Inglaterra, me darian por su libertad una crecida suma de dinero.

— No hablemos de dinero, contesté. Consagro con mucho gusto todo cuanto poseo para rescataros de vuestro cautiverio; y Dios me preserve de querer sacar de ello algun provecho.

A la mañana siguiente entregué todas mis mercancias al principe, y al despedirme de él me abrazó llorando, me recomendó á todos sus dioses paganos, Júpiter, Palas, Juno, Mahomet, etc., etc., y me prometió que, en memoria mia, seria en adelante muy caritativo con los cristianos.

El buque en que habian sido apreados los viajeros los habia sido devuelto y vogaba junto con el mio. Al cabo de once dias de navegacion avistamos las costas de Inglaterra. Dí á los hombres bastantes provisiones para que llegaran á su pais, y me quedé con las mujeres para devolverlas al seno de sus familias. Llegué felizmente á Colonia, y anuncié á mis amigos que volvia mas rico que nunca; los negociantes de

la ciudad vinieron á la embarcacion para ver los artículos que traia, y como no vieron otra cosa que las piedras que me servian de lustre creyeron que habia querido burlarlos de ellos. Mi mujer me reconoció por que habia empleado mis riquezas en rescatar esclavos; pero mi hijo añadió que nos quedaba aun bastante fortuna.

Mandé disponer en mi casa un aposento, para las pobres cautivas. La princesa se puso á trabajar, tejendo de un modo maravilloso las telas de seda y oro. Esta princesa era tan bondadosa y buena, que cuando yo experimentaba algun disgusto con sólo verla me consolaba.

Sin embargo á pesar de todas mis tentativas, no recibia noticia ninguna de su familia, é ignoraba el paradero de los caballeros que habian debido entrar ya en Inglaterra. De este modo pensé que el rey de Inglaterra y el de Noruega se habian muerto, para asegurar la suerte de esa jóven extranjera que se hallaba en Alemania sin parientes y sin recursos; la pregunté si queria casarse con mi hijo; ella me respondió que estaba dispuesta á hacer todo lo que yo deseara aunque fuera servir en la casa, pero que antes de unirse con mi hijo me suplicaba que le acordase un año mas de plazo, esperando que en ese tiempo podria saber quizá lo que habia sido de su padre y de su prometido.

El año se pasó sin recibir noticia ninguna de Noruega ni de Inglaterra, y entonces la princesa me dijo que estaba pronta á aceptar la proposicion que la habia hecho. Fui á ver al ilustrisimo arzobispo de Colonia y le conté lo que habia sucedido; este santo prelado aprobó el partido que yo tomé respecto á la princesa, y para poner á mi hijo al nivel de una mujer de tan alto nacimiento, le nombró caballero. Dispuso un gran banquete para la celebracion del matrimonio. Cuando estábamos sentados á la mesa vi á un pobre jóven de pie en un rincón, que de tiempo en tiempo miraba timidamente á la princesa y enjugaba una lágrima en sus ojos. Acérqueme á él, le pregunté quien era, y me dijo que era Guillermo heredero del reino de Inglaterra, que al volver de Noruega donde habia ido á ver á su futura, le habia acometido una borrasca en una playa extranjera; que de allí habia ido buscando por todas las comarcas á la jóven princesa, y que estaba muy desconsolado porque al fin la hallaba en el momento en que iba á casarse con otro.

— Tranquilízate, le respondí; aun no sabes lo que la bondad de Dios os reserva.

Le llevé á un cuarto donde se le dieron buenos vestidos, y luego fui á dar cuenta de este desdichamiento al arzobispo, quien me manifestó que el matrimonio de mi hijo no podia verificarse ya. Mucha pena le causó la noticia á mi hijo; pero le dije que debia someterse á los designios de la Providencia, y se resignó á ello. El mismo dia se casaron el principe y la princesa, y yo me embarqué con ellos para acompañarlos á Inglaterra.

Cuando llegamos al puerto de Londres, dejé al principe en el buque, y buje solo á tierra con uno de mis criados. Una gran cantidad de tiendas se habian levantado en la playa, y habia tantos extranjeros en la ciudad, que me costó muchísimo trabajo hallar donde alojarme. Entonces supe que, habiendo muerto el rey, se iba á nombrar á su sucesor, y que la eleccion se hallaba confiada á veinticuatro caballeros y tres prelados. Monté á caballo, y como estaba ricamente vestido, me tomaron por un personaje importante, dejándome llegar hasta la asamblea de los electores. Uno de ellos me preguntó cuál era mi nombre y de donde venia.

— No soy, respondí, mas que un simple mercader, Gerhard de Colonia.

Al oír estas palabras se levantaron los caballeros y declararon que el mismo Dios era quien me enviaba a su país, y que sería su rey, y a pesar de mis protestas y de mi resistencia, fui transportado al salón del Trono, donde pusieron en mi cabeza la corona de Inglaterra.

Cuando se restableció la calma, logré por fin hacer entender que no podía ser su rey, por la razón de que vivía el hijo de su soberano legítimo, el cual se hallaba junto a ellos. Esta noticia esotó en toda la asamblea, así como en el pueblo, un entusiasta gozo. El príncipe, a quien había avisado, desembarcó en la playa, y salieron a recibirle la muchedumbre y los caballeros con sus banderas.

Al instante fué proclamado rey por un acuerdo unánime de los habitantes de toda la comarca, y por las diputaciones de la Escocia, de la Irlanda y del país de Gales. Después llegó, con una comitiva inmensa, el rey de Noruega, a quien se anunciaron todos esos venturosos acontecimientos. El advenimiento al trono, y el matrimonio de Guillermo, se celebraron con fiestas, banquetes y pomposos torneos. Después del rey Arturo nunca había estado tan brillante la Inglaterra.

Allí permaneci mientras duraron tan alegres fiestas, y cuando manifesté la intención de volver a mi país, el rey me

suplicó que permaneciese a su lado, ofreciéndome un puesto en su consejo y el ducado de Kent, y luego la ciudad y el condado de Londres; pero no tuve por conveniente aceptarlo. Entonces me suplicó que al menos me permitiese triplicar el valor de lo que había dado por libertar a su esposa y a sus caballeros, pero tampoco quise tomar nada.

En el momento en que iba a partir me dijo la princesa: — Mi querido padre, me permitirás que envíe un recuerdo a vuestra mujer.

Y me envió tanto oro, tanta plata y tantas piedras preciosas, que si lo hubiese traído todo, habría sido el mercader más rico de toda la Alemania. Únicamente acepté un anillo y un cinturón, y me volví a Colonia, donde principiaré a llamarme Gerhard el Bueno; pero no merezco este título, porque no soy más que un pobre pecador.

Cuando el emperador oyó esta historia, dijo a Gerhard: — Con razón le han apellidado el Bueno; y vales mucho más aun que tu renombre. El cielo te recompensará por tu virtud, y yo te agradezco infinito la lección que acabas de darme.

Dicho esto le dió un abrazo, y se fué a Magdeburgo a expiar el pecado de orgullo que había cometido.

CLAUDIO DE LORENA.

(Véase la pag. 162.)



El Abrevadero.

El verdadero maestro de Claudio de Lorena fué el sol. Pero cuánta paciencia, cuántos trabajos, fatigas y penas le costó para entrar en lucha con semejante modelo! Claudio quiso penetrar más que ninguno en los más secretos misterios de la naturaleza; quiso sorprender el sol a todas las horas del día, para saberse de memoria, no los caprichos, sino las armonías de la luz. Muchas veces se levantaba antes del alba

y se iba por medio de los campos a observar los fenómenos del nacimiento del día. En tanto que los demás hombres seguían entregados al sueño, Claudio se hallaba ya apostado en alguna eminencia, como una centinela avanzada del arte, y la aurora le mostraba el deslumbrante estuche de sus pedrerías, que consistió en ligeras nubes y transparentes vapores. De este modo recorría los luminosos paisajes, sin lápices, y sin

caja de pintar, y así antes de tocar todas esas bellezas con el pincel, ya las había pintado, por decirlo así, con la mirada. Después cuando volvía al silencio de su estudio, Claudio trataba de reproducir en el lienzo el cuadro que llevaba compuesto ya en su memoria, y como había observado los grandes efectos más bien que los accidentes, se hallaba seguro de que el importuno recuerdo de algún detalle de la vegetación no vendría a perjudicar a la armonía del conjunto. Su genio de pintor procedía como el sol mismo que envuelve todas las infinitas variedades de la naturaleza bajo el manto único de su inmensa luz.

Entre todas las horas del día, Claudio daba la preferencia a las del ocaso, en sus cielos hay siempre pocas nubes: algunas se arrastran como largos velos de gasa que se inflaman al llegar al astro.

Claudio consagró una gran parte de su vida al dibujo y al grabado en agua fuerte. En el año de 1636, ya había grabado sus principales obras, entre las que se cuenta el *Campio Vaccino* donde tan hermosa se presenta la ciudad romana.

En la colección de la reina de Inglaterra se conserva un dibujo de Claudio que lleva la fecha de 1682, representando una escena de la Eneida. El pintor tenía entonces ochenta y dos años y trabajaba aun! En el mes de noviembre de ese mismo año murió y fué enterrado en la iglesia de la Trinidad del Monte, dejando por memoria a sus sobrinos, entre otras riquezas, su *Libro de verdad*, donde se hallan reproducidos la mayor parte de sus cuadros.

LAS MUJERES VERDES.

Composicion fantástica en un acto, escrita para ser puesta en música, por don Victor Balaguer y don Francisco J. Orellana.

DECORACION.

Interior de una choza aislada y solitaria en las montañas de Escocia. Una mesa con restos de una cena. Es de noche. La puerta es el foro. A un lado un hogar en que brilla un grande fuego. Cuando se abre la puerta se ve una hermosa perspectiva de monte y bosque iluminada por la luna.

PERSONAJES.

RICARDO.
EDUARDO.
LA BADA DEL LAGO.
LA MUJER DEL BOSQUE.
Cazadores.

(Mujeres verdes.)

ESCENA PRIMERA.

RICARDO, EDUARDO.—Cazadores discutiendo unos por la escena, sentados otros a la mesa y otros en torno al hogar.

LOS CAZADORES.

Brilla la luna, — susurra el viento,
la noche es bella, — viva el amor!
vibre en los aires — de nuestro acento
cántiga dulce — fuerte clamor.
Que alegre goza — y alegre vive
cruzando montes — el cazador.
Buena es la caza — que en ella estríla
goce el mas dulce — mas seductor...

si, sí, cantemos — y viva, viva,
viva la dicha, — viva el amor!
Que alegre goza — y alegre vive
cruzando llanos — el cazador.

EDUARDO.

Id, compañeros, del reposo y calma
ya el reloj dió la hora,
id, que mañana mismo
a la caza entregar se debe el alma.
cuando despunte la rogiza aurora.

Los cazadores se despiden de Ricardo y Eduardo. El primero se sienta junto al hogar. El segundo permanece en la puerta siguiendo con la vista a los cazadores. Breves instantes de silencio. Dan las doce en un reloj lejano. Eduardo se estremece y corre despavorido hacia su camarada.

ESCENA SEGUNDA.

EDUARDO — RICARDO.

EDUARDO.

Oíste?

RICARDO.

Qué?

EDUARDO.

La funeral campana.
Son las doce, Ricardo; esta armonía
que en el aire columpiase lejano,
embarga de pavor el alma mía,
que cuando el bronco a media noche zumba
abre su boca la olvidada tumba.

RICARDO.

Visiones tuyas nada más, Eduardo.

EDUARDO.

Tiemblo, sí.

RICARDO presentándole un vaso.

Bebe, pues!

EDUARDO.

Tiemblo, Ricardo!

De noche en las montañas,
al brillo de la luna,
se ven sombras estrafías
inquietas divagar,
y el alma se estremece
y empleza acorregado
el pecho admentrado
opreso a palpitár.
Son las mujeres verdes,
sirenas corruptoras,
bellezas seductoras
que te hacen sucumbir;
quientient a tus ojos
un porvenir de flores,
y habiéndote de amores
te llevan a morir.

RICARDO.

Yo no temo ni á espectros ni á sombras,
en mi pecho se alberga el valor,
y si llega hasta aquí una sirena
vive Dios que he de hacerla el amor.

EDUARDO.

Yo si creó en espectros y en sombras
y no tengo contra ellos valor,
las sirenas me aterroran, me espantan,
los fantasmas me influnden pavor!

La voz de la mujer del bosque, dentro.

Donde vas tan triste y solo
de este bosque en la espesura?
— A buscar voy la ventura
en el seno del amor,
que yo tengo por amante
á un gallardo cazador!

(Al oírse el primer eco de la voz, los dos amigos han quedado inmóviles y aterrados.)

EDUARDO.

Oíste?

RICARDO.

Si latir apresurado
siento el pecho, de amor.

EDUARDO.

Infortunado!

RICARDO.

De la voz al dulce acento
que hasta aquí condujo el viento
siento exánime mi pecho,
dulcemente palpitár.

EDUARDO.

De la voz al dulce acento
que hasta aquí condujo el viento,
siento nube vaporosa
mis sentidos embargar.

ESCENA TERCERA.

Dichos, las dos mujeres verdes.

(Se ha abierto repentinamente la puerta y aparecido la Hada del lago y la Mujer del bosque con los cabellos flotantes, pálidas, una túnica blanca ceñida por un cinturón verde.)

LA MUJER DEL BOSQUE.

Cazadores, refugio en vuestra choza
venimos á pedir.

RICARDO.

Y en ella asilo
mi voz ofrece, placido y tranquilo.
Ante su imagen

tan hechicera,
mi pecho altera
vago temor.
Perdida siento
mi pobre calma,
siento que el alma
bulle de amor.

LA MUJER DEL BOSQUE.

Ante mi imagen
tan hechicera,
su pecho altera
vago temor.
Perdese veo
su pobre calma,
nacer en su alma
rayo de amor.

RICARDO.

Qué es esto, cielos,
de mi alma entera
ya se apodera
vago temor.
Siento perderse
mi pobre calma,
hierve en el alma
miedo y amor.

LA HADA DEL LAGO.

Solo á mi aspecto
ya se apodera
de su alma entera
vago temor.
Perdida veo
su pobre calma;
nace en el alma,
nace el amor.

LA MUJER DEL BOSQUE á Ricardo.

Bella y hermosa es la noche,
dulces susurran las flores,
departamos pues de amores
junto al encendido hogar.

LA HADA DEL LAGO á Eduardo.

Ven, cazador, á mi lado,
y de amores hablaremos
y de amor suspiraremos,
porque es tan dulce el amar!

RICARDO á la mujer del lago.

Oye, mi bien, la cántiga
que en su volcan deshecho
te ofrece amante el pecho,
emanación de amor.
Embargan mi alma toda
la duda y el pavor.

LA MUJER DEL BOSQUE á Ricardo.

Huyan terrores pánicos
de tu amoroso pecho,
que el mundo albergue estrecho
será para mi amor.
Decidme, cazadores,
sabeis lo que es morir, cantando amores?

RICARDO.

Jamás tanto gocé.

EDUARDO.

Ni yo tampoco.

LA HADA DEL LAGO.

Es la dicha mas pura
que guarda en su crespon la noche oscura.

LA MUJER DEL BOSQUE.

Sin vano murmullo
la noche sombría
mas bella es que el día,
mas llena de amor.
Gocemos, gocemos,
placer sin segundo,
mas vale que el mundo
mi fiel cazador.

RICARDO.

La noche serena
sin bruma sombría,
difunde alegría,
convida al amor.
Gocemos, gocemos,
en tanto que el mundo
al sueño profundo
la roba el vigor.

LA HADA DEL LAGO.

La noche derrama
sutil armonía,
y dulce ambrosía
difunde en redor,
la sombra es un velo
de goces fecundo;
no hay dicha en el mundo
cuasi noche de amor.

EDUARDO.

Bendita es la noche
que placida envía
la luna por guía
y antorcha de amor;
al goce aspiremos,
delite del mundo,
que brinda al profundo
nocturno sopor.

LA MUJER DEL BOSQUE, á la Hada del lago.

Bella es la soledad, amiga mía,
en brazos del placer: á tu morada
con tu fiel cazador los pasos guía.

LA HADA DEL LAGO, á Eduardo.

Ven, ven, mi cazador, ven hasta el lago
donde mi amor ardiente
reserva para ti mi dulce alago.
Allí el sereno ambiente
empujará mi barca, y yo contigo
navegaré de amor por la corriente...
Te defiendes, mi bien?...

EDUARDO.

No, ya te sigo.
(Sale la hada y siguela Eduardo.)

ESCENA CUARTA.

RICARDO. — LA MUJER DEL BOSQUE.

LA MUJER DEL BOSQUE.

Acércate, dueño mío,
tu labio pon en mi seno
y verás brotar un río
de dulzura sin igual.

(Ricardo se acerca á la Mujer del bosque y al querer abrazarla, se desprende la túnica blanca que la cubre y aparece vestida de verde con llamas doradas.)

LOS DOS.

Serán dulces nuestros lazos,
nuestra dicha celestial.

RICARDO.

¡Oh! ¿qué miro!
¿qué me pasa?
¿dicha escasa,
yo deliro;
se me abraza
el corazón!

LA MUJER DEL BOSQUE.

Tú eres mío,
¡ya deliras!
con tus iras
á mi brío
solo inspiras
compasión.

A DOS.

Mano suprema
turba mi mente
siento en mi frente
demente ardor.
En vano luchas
contra tu sino
que es mi tu
morir de amor.

Suenan á lo lejos cornetas de los cazadores.

RICARDO.

Este ruido que rasga los aires,
otras voces sentirlo creí.

LA MUJER DEL BOSQUE, turbada.

Son del bosque los tristes lamentos.
Ven, salgamos, bien mío, de aquí.
Los cazadores, á lo lejos.
¡Halali! ¡halali! cazadores,
qué se escapa la pieza, ¡halali!

ESCENA QUINTA.

Dichos. RICARDO, LA HADA DEL LAGO, con túnica verde.

Enseguida los cazadores.

LA HADA DEL LAGO á su compañera.

La aurora se adelanta. El alto monte
baña la luz insana,
precursores del sol de la mañana.

LA MUJER DEL BOSQUE.

Que me dices?

LA HADA DEL LAGO.

Si, sí, los cazadores
publican sus albores.

LOS CAZADORES, *entrando.*

Viva la caza!—viva el contento!
viva el aliento—del cazador!
Ráuda se alegra — la luz del día
dando alegría — su puro albor.

LAS DOS MUJERES VERDES.

Negro espanto
me atormenta,
siento lenta
turbación:
la luz triste
de la aurora,
que evapora
el corazón.

RICARDO Y EDUARDO.

Ya el espanto
que me afrenta,
de mi ahuyenta

su opresion:
la luz pura
de la aurora,
corrobora
mi razon.

TOBOS.

Son las mujeres verdes
que temen ver la luz,
conjure sus hechizos
el signo de la cruz.

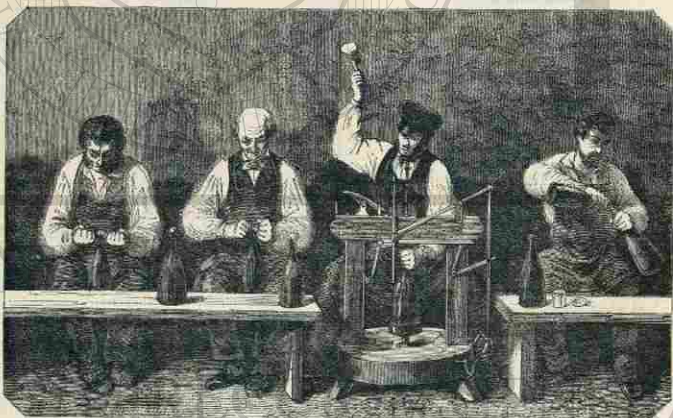
(Ricardo hace una cruz con dos flechas y conjura con ella á las mujeres verdes. Se alzan dos nubes que envuelven á las dos hadas, mientras la luz del día penetra en la cabaña y entonan los cazadores el siguiente coro.)

TOBOS.

Oh! ventura! las verdes mujeres
derrotadas al aire se lanzan,
y entre nubes fantásticas danzan
desprovistas de fuerza y valor.
Viva el nimen de luz y hermosura
que á la tierra sus rayos envía,
el que enciende la antorcha del día
y destruye las sombras de horror.

FIN.

VINO DE CHAMPAÑA.



Obreros tapando las botellas.

En la Champaña como en todas partes, la calidad del vino es debida á la tierra, tanto como al cultivo de la viña. En otras localidades puede haber excelentes vinos espumosos, pero solo en la Champaña se fabrica el buen vino de este nombre.

La viña se cultiva poco más ó ménos como en todas partes,

En el mes de febrero se hace una poda. Cuando se encuentran sifios vacíos, se conserva toda la longitud de las cepas; ó mas bien se hacen dos ó tres nuevas cepas enterrándolas en unos hoyos de 40 centímetros de profundidad, cubriéndolas de estiércol.

(Se concluirá.)

VINO DE CHAMPAÑA.

(CONCLUSION.)

En el mes de marzo se caban las viñas, siendo necesario escardar despues. Cuando los pámpanos están crecidos se

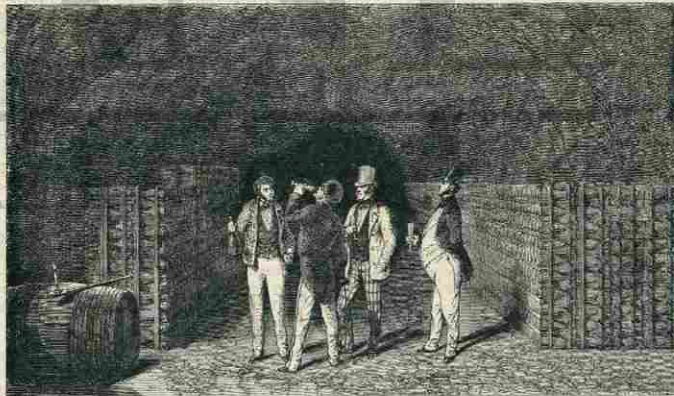
sujetan así como la cepa toda en una estaca. Como ya en esta época comienzan á pintar las uvas, se cortan las puntas de los pámpanos, lo que concentra la savia en los racimos. En el mes de julio se escarda de nuevo.



Bodega de las cubas.

Los buenos cosecheros toman mil precauciones para la vendimia: elijen las uvas racimo por racimo, desechando todos aquellos que no son bien gordos ó que no están bas-

tante maduros. Los buenos se llevan á la prensa-lagar por caballerías que van al paso, y se presanan enseguida, porque es muy importante que se disuelva en el jugo la materia



Bodega de las botellas.

colorante adherida al pellejo de las uvas. La presión se repite tres veces seguidas, al cabo de las cuales se deposita durante veinticuatro horas en una cuba *ad hoc* el mosto

que ha salido, que es, propiamente hablando, lo que se llama vino de Champaña. Esta operación tiene por objeto el quitar el ácido; despues se vierte en pipos, que no se llenan

sino hasta las tres cuartas partes, y la fermentación no tarda mucho en manifestarse.

Se deja continuar la fermentación durante quince días dejando por el agujero una pequeña salida al gas, ó adaptando á los agujeros de los barriles un aparato hidráulico. Pasado este tiempo se llenan las pipas cuidadosamente pasando el líquido de unas á otras, y tapándolas herméticamente.

En el mes de enero del siguiente año se trasiega el vino y se clarifica, y luego se cuela con la ayuda de la cola de pescado. Cuarenta días después se pone un poco de curiente, y se procede á colarlo de nuevo, y cuando los posos son muy abundantes, hay que repetir otra vez esta operación.

En el mes de abril ó á principios de mayo se trasiega y se clarifica de nuevo, embotellándolo, pero poniendo antes en cada botella una corta medida de licor, equivalente á unas tres centésimas partes del volumen del vino. Se llama licor una especie de jarabe que se prepara con azúcar piedra disuelta en un volumen igual de vino blanco purificado.

Para embotellar el vino hay cuatro obreros diferentes. Se han inventado muchas máquinas para tapar las botellas, la de Mairiú que es sin duda la mejor, hace entrar el tapon derecho en la botella. Para atar los corchos se emplea generalmente un instrumento llamado *calbotín*, que los obreros tienen entre sus piernas y que sostiene la botella. Cuando las botellas están llenas, tapadas y atadas se ponen cobradas con el cuello inclinado bajo un ángulo de unos 20° grados, para que los posos que se forman mediante una lenta fermentación, se acerquen al cuello y al corcho. Al cabo de ocho ó diez días se aumenta la inclinación en el mismo sentido hasta 45 grados; se dejan pasar dos ó tres días, y se levanta un mas el fondo de la botella para reunir todos los posos en el tapon; las botellas están entonces en una posición vertical, con el corcho dirigido hacia abajo. Enseguida un obrero, poniéndolas bajo el brazo una por una, va sacando poco á poco el corcho en donde están los posos, los estrae, y después se tapan y se atan de nuevo, dchando antes en la botella una nueva dosis de licor. A veces hay que repetir dos ó tres veces la misma operación cuando se quiere obtener un vino bien claro y espumoso.

El vino de Champana fabricado como hemos dicho puede beberse de diez y ocho á treinta meses después según los progresos de la fermentación.

El elevado precio de este vino consiste en que además de los gastos considerables de su fabricación, tiene muchísimos desperdicios, no solo por las alternativas á que se halla sujeto, sino también porque se rompen muchas botellas en las cuevas.

UN MATRIMONIO Á ESTOCADAS.

Después de la toma de Belascain, que inauguró tan victoriosamente para el ejército del Norte la campaña de 1839, añadiendo á las infinitas glorias del regimiento número 11 de infantería (San Fernando) el honor de presentarse en formación con la bandera del regimiento enemigo, que un cazador de aquel brillante cuerpo había arrancado con sus propias manos del asta, siendo el primero en asaltar el fuerte, pudo verse á un oficial de artillería de la división de vanguardia, quien después de abrazar uno tras otro á sus numerosos amigos de todas armas, que le estrechaban con lágrimas en los ojos, montó á caballo sin vacilar, tomando la vuelta de las alturas de Legarda, seguido únicamente por su asistente.

Digamos algunas palabras sobre este oficial.

Don Guillermo de Contreras, primogénito y huérfano de una noble familia de Aragón, era joven de buena figura, valeroso y resuelto, que á la altivez de sus instintos de caballero, juntaba varios defectos propios de su edad, y más aun de la vida militar de los campamentos. Jugaba todo su caudal en una puesta: amaba con furor cinco minutos, y se batía con el mayor desdén por un quitame allá esas pajas. Con tales virtudes y defectos era nuestro don Guillermo el calavera mas elegante y disipado del ejército del Norte.

Durante los tres días del asedio de Belascain, se había conducido como un héroe, mereciendo por diferentes hazañas las pruebas mas señaladas de aprecio de su general que admiraba su bizarría. Pero al disparar el último cañonazo contra los parapetos enemigos, habiase cruzado de palabras con un ayudante de campo del general, que le ordenaba suspender el fuego, y pocas horas después tuvo lugar un desastro terrible, en que el malogrado ayudante perdió la vida, recibiéndole Contreras una estocada que le obligó á guardar cama por mucho tiempo, no debiendo su curación á otra cosa que al vigor de de su temperamento y á sus pocos años.

Echóse tierra sobre este asunto y cuando los médicos del ejército recomendaron á Contreras el aire del campo, como el único capaz de restablecer las fuerzas de su salud de todo en todo comprometida, pidió una licencia temporal que pensaba hacer absoluta, y partió para su casa de Ayerbe, donde le quedaban todavía algunas tierras de pan llevar, un asistente, soldado viejo, por toda compañía, una trullada de perros estenuados por la dieta, y tres ó cuatro caballos de labor y de silla.

Seis meses habían pasado desde que vimos á Contreras despedirse en Navarra de sus amigos, y en todo ese tiempo no ha hecho otra cosa que recorrer las montañas vecinas, esperando que Dios se dignase devolverle su vigor primero.

Una tarde que Contreras acababa de tenderse en un sofá, fatigado de perseguir inútilmente á una liebre, oyó de pronto un gran estrépito que partía debajo de sus ventanas: los perros ladraban en el patio, los caballos pifaban en la cuadra, los mozos de labor gritaban y corrían por toda la casa. Don Guillermo, que á la sazón no debía encontrarse del mejor humor que digamos, se levantó cogiendo un látigo de caza, para poner en orden á sus gentes, cuando de improviso se abrió la puerta de su cuarto y don Juan de la Vega Tarxis, uno de sus compañeros de disipación, vino á arrojarle en sus brazos.

— ¡Pronto, la comida! tengo mas hambre que un lobo, dijo don Juan, después de cambiar algunos abrazos con su amigo: aquí me tienes, amigo Contreras: hace ocho días que voy galopando por esos mundos de Dios, y no hay nada como los viajes para abrir el apetito. Si no te apresuras á ofrecermela mesa bien provista de manjares, la España te deberá la muerte de uno de sus mas valientes capitanes.

Una hora después don Guillermo de Contreras y don Juan de la Vega Tarxis, sentados el uno en frente del otro, daban repetidas cargas á una porción de platos y botellas, que dos ó tres montañeses tenían cuidado de colocar en la mesa.

Cuando el apetito voraz del viajero se hubo calmado un tanto, fué á sentarse haciendo éses en un antiguo sillón de baqueta y empezó á charlar sin tiento ni medida, atrapando ora una ala de perdiz, ora una pierna de liebre, ora una marga de jamón frito, interpolado todo con rico mostaza de Garfinea y hermosos puros de la Habana. Al verlo arrellanado de aquella manera, con la mirada ardiente y los ojos, los labios húmedos y encendidos y las mejillas abotagadas

por el vino, teniendo en la mano izquierda un vaso lleno de mosto, mientras hablaba con entera libertad cuanto le venia á la boca, creemos que no hubiera habido ninguna persona de gusto y amiga de los placeres, que no hubiese tenido envidia al capitán don Juan de la Vega Tarxis.

— Si, amigo mío, el inspector me envía, no sé por qué á unirme á tu regimiento, que está acantonado en la Ribera, y no he querido pasar de Zaragoza sin venir antes á disfrutar contigo tres ó cuatro días de gaudiamus.

— Mejor harías en pasar cuatro semanas; pero ¡ay! temo mucho que emprendas enseguida las de Villadiego, porque mi sociedad es muy poco apetecible; te lo advierto, capitán, mi sociedad no es mejor que la de un trapense.

— Vamos á ver, replicó el capitán, dirigiendo una mirada á los muebles ahumados y á las puertas de encina ennegrecidas de las habitaciones: pues, señor, en verdad que no puedo complimentarte por la acertada elección que has hecho de tu retiro: ¡paz! tu palacio es un nido de lechuzas! ¡Qué horror! los muebles... ¡qué muebles! se parecen á tu palacio. Chico, por aquí debe habitar algun hechicero ó nigromante, y vamos á tener necesidad de agua bendita para pasar la noche. ¡Qué diantre es lo que haces en esta lóbrega madriguera de sabandijas!

— Medito, cuando llegaste leía...
— Los Cantos del Trovador, ¿no es esto? Dame acá ese libro; ¿pero qué vez? ¡El Hombre feliz!... ¡chico, te has vuelto loco?

— No, me he vuelto pobre.
— Toca esos cinco, hermano... ¿pero cómo es posible que tú, á quien he conocido tan rico, tan brillante, con un fausto tan espléndido, hayas podido disipar tu fortuna en menos de seis meses?

— Pues chico, te has disipado completamente. Ya sabes que en el sitio de Belascain se jugaba al aire libre como en Pamplona y Tafalla. Yo llevaba hacia tiempo una vida tan desarreglada, que mis últimas pelacanas buyeran de mi bolsillo, cuando las miserables me eran mas necesarias. Me encontraba sin una blanca, y mi derrota era infalible, cuando aquel necio que sabes tuvo el capricho de contraer relaciones con mi espada, lo maté y él me hirió: los físicos me recietaron este punto como mas á propósito para mi salud, y aquí vivo, y como no sé que hacer para matar el tiempo, mientras vuelvo mi fortuna de su largo viaje, he tomado el partido de trasformarme en filósofo. Esto te explicará mejor que nada que mi ruina es verdadera.

— ¿Pero no te han quedado tus rentas y tus tierras?

— Nada, chico, nada mas que esta casa desvencijada, que el viento echará por tierra el mejor día. Cuando recibí la herida de marras, hubo alguna alma caritativa que se entretuvo en dar por segura mi muerte: la noticia voló como un rayo desde Pamplona á Zaragoza, desde Zaragoza á Madrid, y mis acreedores atemorizados se dispusieron á recoger mi herencia. Al llegar á mi casa solariega de Ayerbe, me ví asaltado por una multitud de cuentas, recibos y pagarés, cuya totalidad ascendía á una suma respetable. Quise poner un poco de orden en mis negocios, pero chico, estaban tan embrollados, que después de la liquidación general, apenas me quedaron quinientos duros en efectivo, y este caseron cuarteado por los cuatro vientos.

— ¿Con que es decir que has pagado todas tus deudas?

— Todas, capitán é intereses. Escrituras, rentas, tierras, casas y alhajas, todo ha pasado á manos de los judíos, quienes en cambio de mi rico patrimonio, me han dado un le-

gajo de papeles, que he puesto en aquel arcon entre los pergaminos de mis abuelos.

— Semelar te conducta deberia hacerte indigno de mi amistad. ¿Cómo, pagar sus deudas el rey de los valientes, el pontífice de los calaveras del ejército, lo mismo, mismísimo que si fuera un pelafustán del otro siglo! A fe mía que no lo entiendo, y estoy seguro de que todos nuestros camaradas te repudiarán si lo supiesen. Pero yo te perdono, Contreras; semejante locura ha nacido, sin duda, de algun estravio de tu cerebro, y es preciso enderezar de nuevo tu reputación comprometida con tantas simplezas. Quiero que antes de seis meses logres con tu crédito y mi favor, el rango que corresponde á tu clase. Voy á Navarra, pero antes de tres semanas estoy de vuelta, y te llevo conmigo á la corte.

— Imposible, amigo mío, no emprende uno dos veces la misma viaja cuando es larga y peligrosa.

— ¡Bah! tú no harás mas que proseguir tu camino.

— Pues señor, ya que es forzoso decirte todo, te lo dire: capitán, estoy enamorado...

— ¡Tú, Guillermo de Contreras!... Vamos, cuéntaselo á otro primo: la broma me parece de mal gusto.

— Pues es la pura verdad, te lo juro.

— ¡Qué locura!... Pero no, es debe ser un capricho anacrónico, cuyo recuerdo desaparecerá tal vez mañana de tu memoria.

— Te digo que estoy enamorado, ¿lo entiendes? que amo con ardor y sinceramente por la primera vez de mi vida, ¿lo oyes?...

— Sigue, chico, que me agrada infinito. Yo he dicho lo mismo mas de doscientas veces á otras tantas mugeres, y estoy siempre dispuesto á repetirlo á oras mil. ¿Pero no me darás á conocer, mi tierno Macías, á la bellísima Clotilde que te obliga á suspirar de ese modo?

— Mañana la veras.

— ¿Aquí?

— No, en la iglesia, adonde va á misa con su tia todos los días.

— De manera que oyes misa por lo visto, siete veces á la semana.

— Poco ménos, pero ¡ah! cuando la veas comprenderás mi pasión. La señorita de Velez es un ángel bajado del cielo; tiene la hermosura de los serafines, y un candor... y una inocencia!...

— ¡Bravo! la ilusión es como la de todos los amantes; pero chico, te pronostico, que el encanto se habrá desvanecido antes de un mes, ¿qué digo? antes de quince días.

— Nunca, don Juan.

— Como quieras: me voy á la cama; las botellas están vacías, y pienso soñar contigo. Si mañana el amanecer te place conducirme á la iglesia te seguiré; entretanto buenas noches.

Al día siguiente entre ocho y nueve de la mañana, don Guillermo de Contreras y don Juan de la Vega Tarxis, acompañados con toda ceremonia á su casa de vuelta de la misa mayor, á la señora doña Eufrasia de Velez y á su joven y linda sobrina.

— Me parece, querido, dijo el capitán Contreras cuando estuvieron solos, que la joven no te mira con malos ojos: he observado que prestaba una grande atención á tus palabras, en tanto que no ha escuchado las mías: la he visto ruborizarse cuando se ha inclinado para devolverte el saludo, y creo que he atrapado también una mirada furtiva que sig-

ificaba muchas cosas. Guillermo, la palomita correspondiente a tu amor.

— Esa es mi mas dulce esperanza, respondió Contreras; no me atrevo á creer que Julia llegue á ser nunca mia.

— Ya sabes que cuando se ama no se niega nada al objeto amado, y en todo caso, aqui estoy yo para combinar un robo.

— ¡Perderia! ¡Deshonrarla en pago de su amor!... nunca, capitán.

— ¡Diantre! preciso es que el amor sea un diestro misionero para convertirte de ese modo. Pero puesto que tu virtud de nuevo niño se resiste á emplear los medios de ordenanza, dime, chico: ¿qué es lo que piensas hacer para casarte con ese ángel bajado del cielo?

— Yo la pediria, pero mi demanda sería negada. ¿No te he dicho que tiene el grave defecto de ser poderosamente rica?

— ¡Cáspita! he ahí un defecto, que es prestar un infinito encanto á sus virtudes de serafín. No te detengas por eso, pobre Adonis, y si te falta valor para pedir su mano, yo me encargo de hacerlo.

— No es posible, capitán: tu reputación, sobre ser mala, es bastante conocida para desempeñar con éxito semejante negocio.

— Gracias: te creía mi maestro en ese punto... Vamos, átrévete un poco, querido filósofo: cuando se ama es preciso querer, y cuando se quiere es preciso obrar. Átrévete siempre Contreras: si en la primera naufragio, ya encontraremos recursos para salir del paso, y si es cierto que estás tan enamorado como aseguras, haz lo que te digo; espíchate con la tía, y marcha de frente al objeto.

— En resumidas cuentas, creo que tienes razon: al menos así, sabré á que debo atenerme; voy á seguir tu consejo.

Aquella misma noche un criado anunciaba á la señora doña Eulalia de Velez, la visita inesperada de don Guillermo de Contreras.

Apenas estuvieron sentados el uno á la inmediación de la otra, nuestro bizarro artillero entró bravamente en materia, sin comentarios ni cumplimientos de ningún género.

— Señora, la digo, pronto va á hacer seis meses que habito este país, y el mismo tiempo hace que experimento por vuestra sobrina el amor mas tierno y delicado. Vengo, pues, á pedirlos su mano. Mas antes que os dignéis responderme, permitidme que os haga una sucinta esposicion de mi estado actual, á fin de evitaros el trabajo de pedir informes; mis que nunca serian tan exactos como los que voy á daros de mi propia persona.

Y don Guillermo de Contreras, sin aperchirse de la sorpresa de la señora Velez, continuó su discurso con la gravedad mas estraña.

— Mi familia es demasiado conocida, en el país, para que tenga necesidad de hablaros de ella. Soy el unico representante de una casa que se encuentra aliada por su nobleza con las principales de Aragón. Contaba con una fortuna regular, pero apenas me quedán de ella seiscientos duros de metálico y el palacio que habito, que valdrá seis mil próximamente. Yo era capitán de artillería, pero supongo que ya no lo soy, porque á consecuencia de una herida que recibí en Navarra, vine aquí abusando de la licencia, que sirvió á mis acreedores para dejarme sin dinero. Habiéis vivido en Madrid, señora, y estais emparentada con lo mejor de la corte: no me detendré en explicaros por consiguiente, cómo es que me encuentro arruinado á los veinte y siete años: vos lo adivináis seguramente sin que os lo diga. Mi posición

como veis, no es nada brillante; pero soy joven todavía, y tengo parientes y amigos poderosos. He adquirido alguna experiencia á costa de mi patrimonio, y puedo prometerme mejor éxito en el mundo con un poco de paciencia y buen sentido. En cuanto á mis cualidades morales... me parece he sido bastante franco en la esposicion de mis faltas, para no creerme con derecho de hacer lo mismo con respecto á mis virtudes. Mis amigos hacen decir por todas partes que tengo valor y talento. Ahora, señora, dignaos manifestarme, si tal como tengo el honor de presentaros á vuestras ojos, podré aspirar á la dicha de ser admitida mi demanda.

La señora de Velez habia ido recorbrándose poco á poco de su estremada sorpresa, y como muger acostumbrada á las maneras del gran mundo, disminuyó cuanto pudo su emocion: cuando el capitán Contreras hubo terminado su perorata, la de Velez se inclinó con grande ceremonia diciendo:

— ¡Me permitiréis, caballero, que os pregunte antes de hacerlos saber mi resolución, si sois por ventura el conde Guillermo de Contreras, cuya reputacion de calavera y de libertino es tan grande en Madrid, como en Navarra y Aragón? Se habla de ese militar como de un segundo don Juan Tenorio, lleno de osadía, ciego sobre todo en sus aventuras galantes y sus duelos. ¿Seriais acaso vos?

— Yo mismo, señora, me habia olvidado de mis aventuras galantes, porque el amor las ha borrado de mi memoria: en cuanto á mis duelos, puedo confesarlos todos, señora: aqui llevo sobre mi pecho ocho ó diez cicatrices que han sido devnetas con usura, os lo aseguro.

— ¡Eh! caballero, no es porque estéis arruinado, sino por lo que acabo de oír de vuestra propia boca, por lo que me niego á consentir en vuestra proposicion. Despues de semejantes confesiones, no podria, sin faltar á mis mas sagrados deberes, concederos la mano de mi sobrina.

— Pero está sentencia no será irrevocable? Dejadme al menos la esperanza de que con el tiempo...

— Imposible, caballero; sería una esperanza vana, y á fin de quitaros toda incertidumbre sobre el particular, os hago saber que dentro de una hora voy á empeñar mi palabra de casamiento con un sugeto que tiene sobre vos la ventaja de no haber adquirido la experiencia devorando su patrimonio.

— Es que, señora, en el número de las cualidades que acabo de haceros tan rápida enumeracion, me he olvidado de decirlos que tengo una dosis fuertísima de firmeza ó de terquedad si queréis. Amo apasionadamente á la señorita Julia, y no podré nunca renunciar á ella por mas sensible que sea para mi vuestra negativa.

— Sin embargo, sabiendo que está prometida á otro...

— Me veo con él, le corto las orejas, y punto concluido.

— Don Pedro Letosa, es demasiado caballero para esquivar ningún linage de provocacion, y aunque no tenga como vos el hábito de las armas, creo que no verá con disgusto la ocasion de medirse con vos.

— ¡Ah! ¡con que es ese bello destrabillado! Tanto mejor: voy ahora mismo á hacerle una visita, y espero que cuando sepáis de qué modo arriego mi vida por la muger que adoro, no me condenaréis á sufrir perpetuamente vuestra resistencia, que me hace tan desdichado.

El conde don Guillermo de Contreras volvió á su palacio con el humor mas alegre del mundo. Don Juan le esperaba en la plaza del pueblo, y así que se avistaron ambos, hizo saber el primero al segundo el extraño resultado de su visita.

— ¡Pardiez! querido mío, respondió el capitán; puesto

que el amor y los duelos andan en compañía, me quedo de servicio en tu palacio. Mi regimiento no tiene nada que ver con mi persona, y estoy resuelto á no dejarte sino muerto ó casado con tu capricho. En cuanto al negocio con ese hidalgo sevillano, que trata de soltarle el mono, yo me encargó de arreglar las condiciones: voy á invitarle de tu parte para que se encuentre mañana con el arma mejor que sepa manejar, en el camino de la montaña.

Don Pedro Letosa era un noble aragonés joven y vigoroso, que no habia dejado nunca la casa paterna mas que para ir á la caza. Hallábase sentado á la mesa trinchanto una hermosa liebre que habia cazado el día anterior, cuando don Juan de la Vega Taxis llegó á cortar su apetito, proponiéndole de parte de su amigo el singular desafio, cuyo motivo no le era posible comprender. Aceptó, sin embargo, como valiente que era, y al otro día fiel á su palabra, se encontraba enfrente de don Guillermo de Contreras, cuya destreza y reputacion en las armas no hicieron como se atropala los latidos mas frecuentes de su corazon. A los primeros quites la espada de don Pedro, vigorosamente rechazada, se le escapó de la mano á diez pasos de distancia sobre la yerba, en tanto que la de Contreras aguijereaba la camisa entrecabierta del desgraciado cazador.

Don Pedro se puso verde y amarillo, cuando Contreras, bajando la punta de la espada y retorciéndose el ligote con aire fanfarrón, rompió de improviso en la mas estupenda carcajada.

— No os hallais en disposicion de batiros conmigo, buen hombre, y ¡pardiez! me sería doloroso mataros, pudiendo entendernos con algunas palabras. Al hecho: no sé por qué se me figura que el amor no entra, para nada en vuestro proyecto de matrimonio con la señorita de Velez, y siendo así desearia saber que interés es el que os mueve á pedir su mano.

— Un interés de conveniencia: vuestras tierras lindan unas con otras, y nuestras familias han vivido en relaciones muchísimos años.

— Perfectamente: ahora me toca á mi decirlos, señor hidalgo, que amo á la señorita de Velez; quemí dicha depende de mi union con ella, que estoy resuelto á perder la vida primero que verla pasar á los brazos de otro hombre, y en su consecuencia, al suplicaros que renunciéis á su mano, no temo lastimar los sentimientos amorosos de vuestro corazon. En cambio de vuestro pequeño sacrificio os ofrezco mi amistad; mas si esto no os acomoda, será preciso que uno de los dos deje de existir antes de diez minutos. Con que decidlos, ó mi mano ó la muerte.

Don Pedro Letosa no era cobarde, pero tenía un carácter dulce y pacifico; amaba la caza mas que á su novia, y por otra parte la habilidad de Contreras le era ya tan conocida... Miró, pues, al sitio en donde brillaba su espada, tan sútilmente arrancada de su mano, vació algunos segundos, por fin tendió la diestra á su adversario, diciéndole:

— Puesto que el sacrificio que me pedis puede tener alguna influencia en vuestro dictamen, renuncio á la muger que amais.

Contreras se inclinó: las espadas volvieron á sus respectivos valnes, y los tres jóvenes se encaminaron juntos á desayunarse en casa de don Pedro Letosa, quien aquella misma mañana escribió una carta de excusas á doña Eulalia de Velez.

— Tu estreno no ha sido malo, decia don Juan á Contreras al retirarse ya de noche al palacio, pero es preciso que el desenlace corresponda al exordio. No se trata de retroce-

der ahora, al contrario, en negocios de amor las locuras valen mas que los golpes de prudencia; arroja la vaina al viento, y sepa todo el mundo en esta tierra, que para obtener la mano de la señorita Julia de Velez, es preciso pasar antes sobre el cadáver del conde Guillermo de Contreras. Si mueres ya te sucedo, y aun soy capaz de llevar mi abnegacion basta casarme con tu desconocida amante y sus riquezas.

Contreras era demasiado calavera para no asenir á los consejos de don Juan. Invisió pues, á su asistente con el carácter de burlado de sus resoluciones belicosas, y á los pocos días nadie ignoraba en el alto Aragón que la espada del conde Guillermo umida á la del capitán Taxis, se hallaban interpuestas entre la señorita de Velez y el altar.

Algunos pretendientes retrocedieron asustados, otros quisieron probar fortuna; pero los honores del torneo fueron siempre para Contreras.

Un conde de Barbastro volvió á su casa en carruaje herido en el rostro y en el pecho, otro caballero de Jaca recibió una estocada que le hizo guardar cama muchos meses, y por último un espadacliu de Huesca quedó muerto en el lugar del combate.

La historia de estos duelos singulares causó por de pronto mucho ruido, llegando su eco hasta Madrid, donde las *Coristas no comprendidas*, encantadas con las proezas del capitán Contreras, se dieron en proponerle como modelo de amor á sus amantes.

La señorita de Velez, gracias á las astutas maniobras del galopin que el conde tuvo á su servicio, entretenia con este una correspondencia diaria de las mas sentimentales. No dejó de reconvenirle en un principio por haber dado tan sangüaria publicidad á sus pretensiones amorosas, mas como al fin era hija de Eva, y no de las mas ariscas, concluyó por no poder disimularle, que su ternura hacia él habia llegado á ser mas profunda, desde que para poseria no tenía arrosar la muerte á cada instante. «Si pervivies, le decia en la última carta, un convento será mi refugio.»

Por su parte la venerable tia fué ablandándose tambien con las plegarias de su sobrina y consistió al cabo de muchos esfuerzos, en recibir al conde: decia la buena señora para sus adentros y tenia razon, que un amor que inspiraba tanta audacia y perseverancia debia ser profundo y verdadero.

— Caballero, le dijo doña Eulalia en la primera entrevista, habeis conseguido agradar á mi sobrina, triunfando al mismo tiempo de mi resistencia y con razon debéis estar orgullosos de vuestra firmeza; pero antes de concederos la mano de Julia, quiero someteros á una última prueba. Vais á marchar á Madrid á rehabilitaros en vuestro empleo, y si por espacio de seis meses vuestra conducta es tal que me persuada habeis adquirido realmente la experiencia que tan cara habeis pagado, vuestro matrimonio será el premio del sacrificio: os doy mi palabra de ello; pero tened presente tambien que una sola estravagancia del género de las que habeis prodigado en otro tiempo, os haria perder á mi sobrina para siempre.

— La prueba es difícil señora, lo confieso, dijo Contreras: mas quisiera batirme en brecha contra un reduto enemigo, sin embargo, suscribo á todo porque la ventura que me prometó arribando al término de mis ilusiones, me dará bastantes fuerzas para evitar los peligros del viaje.

Contreras partió para la corte y allí, gracias á sus buenas relaciones y á las sumas que le anticipó un pariente suyo, viudo y sin hijos, que vivia en Zaragoza, pudo revali-

dar su empleo de capitán de artillería, volviendo al ejército del Norte, donde fué á poco modelo de valor y de virtudes.

Por espacio de tres meses su conducta se vió libre de toda mancha; pero habiendo sido destinado con su batería á la guarnición de Madrid, no tardó en encontrarse con los compañeros ordinarios de sus orgías, que le pusieron en camino de las antiguas locuras. La pendiente era suave y resbaladiza: el conde conoció que los hábitos disipados iban á romper su frágil coraza de templanza y de castidad, y no queriendo perder en un día el objeto adorado de sus afanes, escribió á la señora de Velez la siguiente carta, que existió original en el archivo de la casa.

Señora:

«Me encuentro en Madrid, rodeado de tantos lazos que á pesar de mi prudencia habitual me muelen el vitafios. Si el Lumbre virtuoso peca siete veces al día en un lugar ordinario, aquí, señora, está uno expuesto á pecar catorce: hasta los santos, doña Euaila, dejaban de ser fuertes contra tantas tentaciones y no debéis permitir que yo sucumba, yo que por desgracia no soy santo. Salvadme pues, señora, de tantos peligros: la mano de vuestra hermosa sobrina, es la única que puede retener aun al Señor del abismo, al pecador arrepietido que se encomienda á vos como á su ángel tutelar.

GILLEMO, CONDE DE CONTRERAS.

Doña Euaila de Velez era rigida en extremo; sin embargo, no pudo menos de conmovérsela al saber los esfuerzos que hacía el bravo Contreras por entrar en la buena senda: las súplicas de su sobrina, que le rogaba que abreviase el tiempo de la prueba, y sobre todo la lectura de la extraña carta suscrita por el conde, la hicieron sonreír bondadosamente, decidiéndola al fin.

El capitán don Juan de la Vega Tarrás fué testigo de la boda.

«Te convenies ahora, dijo á Contreras, de que en materias de amor la locura conduce siempre al objeto mucho mejor que la prudencia?»

«El hecho es, capitán, replicó el conde, que he seguido un extraño camino para arribar al matrimonio: puede decirse que he conquistado á mi mujer con la punta de la espada. Héla aquí, añadió, sacándola de la vaina; no me ha servido mal la pobrecilla... pero ahora puta que tu quiero? Toma, te la regalo.

«No, chico; guárdala para tí, y haz que sepa todo el mundo que la espada que tan bizarramente supo deshacerse en otro tiempo de una docena de rivales, se halla dispuesta todavía á rechazar del mismo modo á los amantes golosos. La señora condesa de Contreras es demasiado hella para no contar en la misma abundancia que la señorita de Velez, y un marido... puede tener necesidad de ponerse en guardia.

LA GOTA DE AGUA

CONSIDERADA EN SU ACCION SOBRE LA LUZ.

La gota de agua de que vamos á hablar no es de aquella que cayendo incesantemente sobre la piedra logra hacer en ella un agujero; no es tampoco de la que filtrando á través de las bóvedas calcáreas de las grutas las adorna con preciosas stalactitas, ó con pirámides y grupos fantásticos de alabastro, y no es en fin de la que puede sacarse de un pantano ó de una infusión para ser sometida al microscopio. No; vamos á hablar de la gota de agua formada por la condensación de las nubes ó de los vapores, que toma por sí misma la forma globulosa; de la gota de agua producida como una limpia y brillante perla por el rocío sobre las

flores y sobre la ligera tela de la araña; es de la gota de agua que procede del salto de una cascada, del choque de las olas ó del movimiento de una máquina hidráulica.

Sabido es que el agua existe en tres estados diferentes; se vuelve sólida por el frío, se liquida en el estado ordinario, ó se cambia en vapor invisible como el aire por la acción del calor ó por medio de una lenta evaporación, y en este último estado constituye una porción notable de la atmósfera en la que se disuelve en cantidad mas ó menos grande según la intensidad del calor.

Cuando por causa del frío, hay mucho vapor en las rejiones elevadas de la atmósfera, entonces ese mismo vapor vuelve á pasar al estado de liquido, y forma una infinidad de globulillos que no pueden llamarse gotas de agua, á causa de su estremada pequeñez, pues parecen un finísimo polvo. El cristal muy molido tiene diferente aspecto que ese mismo cuerpo en grandes perceptibles. Esos globulillos primitivos producidos por la condensación del vapor, constituyen las nubes en lo alto de los aires, y las nieblas en las regiones mas bajas de la atmósfera. Se sostienen entre sí por la misma causa que impide que se separen las partículas de una emulsion, ó las materias terrosas que enturbian el agua después de una tempestad; es el mismo fenómeno que los microscopos llaman movimiento browniano. Pero quizá hay tambien otra causa que ayuda á que se mantengan en los aires los globulillos de agua que componen las nubes. Lo mismo que un pájaro en su vuelo aumenta su ligereza específica alzando sus plumas sobre todo su cuerpo de manera que se encuentra entre ellas un volumen considerable de aire calentado y por consiguiente mas ligero, así tambien se conchie que cada globulillo de agua, se vuelva específicamente mas ligero si permanece rodeado de una misma capa de vapor, la cual no tendrá influencia ninguna sobre los globulillos mayores. Por no haber comprendido estas causas de la ligereza específica de las nubes, como tambien por explicar su diferente modo de acción sobre la luz, algunos físicos han admitido la extraña hipótesis de que el vapor, al condensarse, constituía vesículas formadas de una capita de agua muy delgada, con un espacio céntrico vacío ó ocupado por un tenue fluido.

Sin embargo los globulillos de agua de las nubes, acaban por reunirse en gotitas primero muy finas, pero que van creciendo hasta formar la lluvia; solo entonces influyen sobre la luz produciendo los vivos colores del iris que no pueden producir los globulillos.

El vapor disuelto en demasia durante el día en las capas interiores de la atmósfera se condensa á lo último de la noche para producir el rocío; pero entonces se forman las gotitas desde luego porque los primeros globulos de agua condensada sobre las partecillas de los vegetales, se vuelven un centro de atracción para las nuevas moléculas de liquido. Estas gotas de rocío brillan al salir el sol como piedras preciosas sobre las hojas y las flores y sobre los hilos tendidos por las arañas. Algunas de esas gotas se reúnen tambien sobre las hojas, como en las de la herza que no se mojan á causa de su superficie charolada, rodando por ella como globulos de mercurio, cuyo brillo tienen tambien, reconociéndose muy bien entonces que esos globulos se forman lo mismo que se reúnen entre sí de la misma manera, por efecto de la atracción de las moléculas, porque obrando igualmente esa fuerza en todas direcciones, debe dar esa forma esférica en que todos los puntos extremos se hallan situados á la misma distancia del centro, y por consecuencia se equilibran entre sí.

Tambien forma gotas enteramente redondas el agua dividida por el choque, por la agitacion ó por la resistencia del aire cuando cae desde cierta altura. Estas gotas desaparecen ordinariamente cuando llegan á la superficie del agua; pero á veces se las ve saltar y rodar sobre la superficie como globulos de mercurio, como gotas de rocío sobre hojas de herza, sobre todo cuando entra el remo en el agua de un lago, y se activa la evaporación por un sol ardiente y una ligera brisa. Lo mismo sucede cuando un viento muy vivo se desliza sobre la superficie de las olas del mar, fenómeno que debe atribuirse á la capa de vapores en que se ve envuelto cada globulo. Una gota de agua sobre un hierro encendido conserva su forma y se halla protegida contra la evaporación por una cubierta de vapor basta que bajando la temperatura del metal, el liquido hierve y desaparece prontamente. Pero sea cual fuere el origen de la gota de agua globulosa, su acción sobre la luz es la que vamos á estudiar aqui. El arco iris y todos los iris que se ven delante de las cascadas, de los surtidores de agua ó de las ruedas hidráulicas cuando se tiene por detras del sol, se producen por medio de la descomposición de la luz, atravesando dos veces su superficie y reflejándose una ó mas veces en el interior.

La gota de rocío que brilla con los mas vivos colores á los primeros rayos del sol, va á darnos la explicación de este fenómeno. Tomemos por término de comparación una botella de cristal llena de agua y herida por la luz del sol. La mayor parte de esta luz tan viva atraviesa, refractándose, el liquido y las dos superficies del cristal, y viene á trazar sobre la mesa detras de la botella una figura vivamente alumbrada casi en punta de flecha, ribetada con una línea mucho mas luminosa todavia que llaman *caústica*, y que es el resultado de la contracción de la luz. Además se observa que el mismo borde de esta caústica se presenta un poco enrojecido á causa de una descomposición de la luz análoga á la que se efectúa en un prisma de cristal. Pero no toda la luz atraviesa de este modo la botella; una porción menor se refleja sobre la superficie interna donde pega oblicuamente, esta porción reflejada así por una superficie curba y refractada de nuevo á su salida por otra superficie curba, deberá presentar un grado de descomposición ó de dispersion mucho mas considerable, es decir que los colores sobre los cuales la luz solar puede ser descompuesta por el prisma, se mostrarán aqui mas claros y distintos que alrededor de la caústica directa; además, estos rayos reflejados en el interior tendrán tambien un maximum de sesgo al que corresponderá una concentración de luz blanca ó coloreada. Por esto hay ciertas posiciones en que se distinguen oblicuamente en la botella matrices ricamente coloreadas. Ahora bien, cada gota de rocío, obra como la botella con la sola diferencia de que á causa de su forma esférica, los rayos que despiden después de una reflexión interior, se hallan dispuestos circularmente en toda la superficie de un cono de 82 grados, teniendo por eje el rayo que parte del sol á la gota de agua.

Teniendo los rayos diferentemente coloreados una refrangibilidad diferente tambien, los rayos rojos se hallarán mas separados, los violetos lo estarán menos, y los demas colores ocuparán posiciones intermedias. Por esta razon, una sola gota de rocío, vista en una misma posición de ojo, no muestra sino un solo matiz que cambia con la posición que se ocupa, lo mismo que varias gotas de rocío vistas al mismo tiempo sobre diferentes puntos de una misma planta, estando bastante cerca, presentan colores diferentes. Si se hallasen un gran número de gotas al mismo tiempo y á la misma distancia del ojo, y en igual situacion con respecto al sol,

darian todas el mismo color al mismo tiempo como se ve perfectamente si, volviendo la espalda al sol, se coloca uno delante de una gran rueda hidráulica cuyo movimiento sea bastante rápido para producir abundantemente esa especie de polvo de agua que producen tambien los surtidores y las cascadas. En este caso, en efecto, tiene uno delante, á dos metros de distancia, un verdadero arco iris de cortas dimensiones, cuyos colores intermedios se combinan de modo que reproducen la luz blanca. Una banda circular de gotas de agua sostenidas momentáneamente en el aire, ó cayendo lentamente, produce la banda roja estrema de este pequeño arco iris; pero los demas colores que deberían verse se hallan sometidos á la influencia de la mezcla de los colores producidos por las gotas que forman una banda circular continua, de manera que en el sitio donde debería hallarse, verbigracia, la banda amarilla, llega al mismo tiempo el rojo de una banda mas interna, y el color violeta de otra mas estrema, que se hubiesen visto separadamente con solo interceptar otra cualquiera luz. Sin embargo, la mezcla de esos colores es la que produce la banda blanca media del pequeño arco iris.

Las dos partes de los rayos que acabamos de mencionar no representan todavia la totalidad de la luz recibida por una gota de agua; hay una segunda reflexión parcial que se verifica en el punto de donde salen los colores coloreados que forman los arco iris que acabamos de hablar. Esta segunda reflexión parcial va seguida de una tercera emergencia parcial que produce rayos coloreados mas débiles, pero mucho mas manifiestos. Estos rayos, aunque menos vivos, son muy visibles en las gotas de rocío, y concurren á multiplicar sus juegos de luz. Tambien esta tercera emergencia produce, después de dos reflexiones, el arco iris secundario que se ve ordinariamente encima del arco iris ordinario, y que tiene los colores dispuestos en sentido inverso, es decir, al rojo por dentro con una triple anchura. Cuatro ó cinco reflexiones internas dan lugar á una quinta emergencia de rayos mas y mas débiles, y esos ultimos son los que producen un arco iris de una especie mas rara.

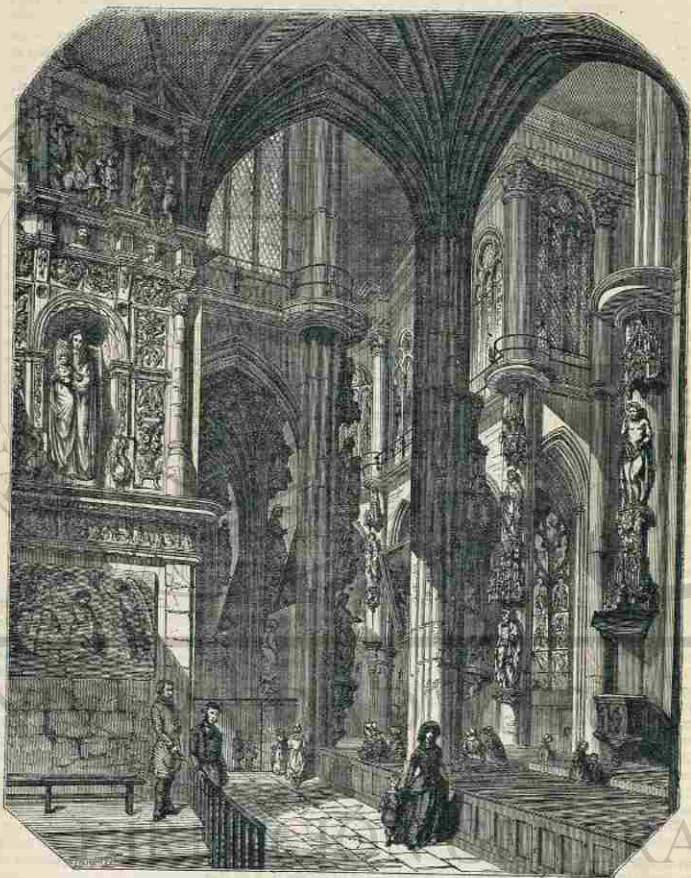
IGLESIA DE SAN PANTALEON EN TROYES.

San Pantaleon sufrió el martirio en tiempo de Galerio por los años de 305: es un santo muy venerado de los griegos. Los habitantes de Troyes le han consagrado una de sus iglesias en memoria del papa Urbano IV, que era hijo de una pobre familia de esa capital de la Champagne y se llamaba Sántiago Pantaleon. Esa iglesia se halla situada en la parte occidental de la ciudad que se llama el barrio alto. Es un edificio de reducidas dimensiones, construido al estilo del Renacimiento, sobre un terreno ocupado antiguamente por un oratorio de forma cuadrada. Una inscripción latina que hay en lo alto del edificio, recuerda que fué elevado en 1627: sin embargo el pórtico es de mediados del siglo XVIII. La nave y las capillas, muy bien alumbradas, se hallan adornadas de un elevado número de pinturas y esculturas. Hé aqui una descripción de esas obras de arte sacada de una noticia sobre los principales monumentos de Troyes, publicada en 1838 por M. F. M. Doe.

Las doce pilastras que sostienen las bóvedas se hallan adornadas con ricos cimbarillos y claves que cubren y sostienen veintuna estatuas casi del tamaño natural, y puestas en dos hileras: todas esas estatuas tienen cierta sencillez que encanta la vista; se atribuyen generalmente á F. Gentil y á su socio Dominique, así como el grupo de San Joaquín de Santa Ana encontrándose bajo la puerta dorada, que se

ve en la espilla de la derecha del altar. La primera capilla de la derecha de la nave, en forma de calvario, encierra muchos grupos del mismo estilo, entre los cuales se distinguen principalmente: la *Mater dolorosa*, que Girardon consideraba como la obra maestra de Gentli; — Pilato mos-

trando el Cristo á los judíos, y la Virgen sostenida por la Magdalena y San Juan, que toman comunmente por las tres Marias. El retablo de la capilla que sigue después, se halla adornado con un grupo de piedra cuyas figuras de tres pies de proporción, representan á San Crispín y San Crispiniano



Vista interior de San Pantaleon en Troyes.—Dibujo de Lascator.

ocupados el uno en cortar el cuero y el otro en coser la suela de un zapato, en tanto que llegan á prenderlos varios soldados; ambos santos tienen una expresión de calma y de resignación que contrastan perfectamente con la bárbara alegría que llevan pintada sus satélites. Los trajes de estos últimos son del tiempo de Enrique II. Los paños y las figuras

han sido cubiertas de colores y de dorados que conservan en todo su brillo. Bajo los arcos de la nave y del coro se ven seis grandes cuadros de Carré, discípulo de Lebrun, representando la vida de San Pantaleon, y otros dos de Heribson que representan la Natividad y el Cristo en el sepulcro. Las columnas del retablo del altar mayor son muy estimadas.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN.

(LOS TÍTULOS QUE LLEVAN UN ASTERISCO AL PRINCIPIO TIENEN GRABADO.)

PINTURA, DIBUJO Y GRABADO.

*WATEAU: La Fiesta veneciana, 1. *RAFAEL: Un retrato, 4. *ROUCHER: Las Niñas adormecidas, 9. *REMBRANDT: El Descendimiento, 17. *LAWRENCE: Retrato de Jorge IV, 35. *WILKIE: El Ciego violinista, 28. — El Bohemio, 32. *PABLO REMBRANDT (su retrato), 33. *HUYSMANS DE MALINAS: La Durrance, 41. *PEDRO PABLO RUBENS: El Espo de Fisiqna, 45. *BOUCHER: Una vista de Pompeya, 56. *FRUPON: La Justicia y la Volgaridad divina, 66. *GERICAULT: El Naufragio de la Medusa, 65. *VAN MECKENEM, 68. *CARLOS VERNET: Los Ingleses en París, 77. *LEVIN: La Praga, 81. *BELLANGE: Un cuadro, 85. *MURILLO: La Virgen de la Faja, 89. *BLANCHARD: La primera misa en América, 97. *RIBERA: El Martirio de San Bartolomé, 104. *WESSIERER: La Vuella á la escuela, 101. *FRAGONARD: La Fuente del Amor, 105. *RIEDEMANN: Niños canchivos en Babilonia, 106. *VALENTIN: El Juicio de Salomón, 115. *LAWRENCE: Lady Dover, 114. *BOISCHREVALIER: Una escena de la infancia de Cluck, 124. *WOUERMANN: El Asno, 132. *REMBRANDT: La resurrección de Lázaro, 137. *VAN OSTADE: La Disputa en la taberna, 145. *VAN LOO (su retrato), 152. — La Merced, 153. *NICOLAS POUSSIN: Los Pastores de la Arcada, 160. *CLAUDIO DE LORENA: Fuero de Mesas, 165. *Estudios de pintores modernos, 168, 169. *FRAGONARD: La Cuna, 173. *CHERAZ: La Virgen del Síl de Nojes, 176. *FRIBER: La Krenesse, 181. *HERBERT: El Aire Malo, 183. *LESUEUR: Sepulcro de la reina SIBRIS, 185. *FRUPON: La Vejezana divina, 200. *GERICAULT: El Carador de la Guardia Imperial, 201. *WOUERMANN: Alto de oficiales, 202. *OUDRY, 216, 217. *BOUVENET: El Descendimiento, 224. *VAN OSTADE: El Trazador, 225. *BOUVENET: La Festa milagrosa, 227. *REMBRANDT: La

Ronda nocturna, 241. *VERNEY: El Mameloto, 249. *GIRAUD: Recordos de Miera-Nevada, 252. *LAWRENCE: Carlos X, 257. *FRAGONARD: La Encantada, 260. *RIEDEMANN: La Vida Inmorta, 261, 262. *VALENTIN: El Conventito, 265. *WOUERMANN: La Cruz de pino, 281. *MONSIEUR: Jarrón de flores, 291. *POTTER: La Habera de gacina, 307. *MIRRO: Los Despositos de la Virgen, 308. *BOSSÉ: El Regalo de José, 309. *VAN OSTADE: La Familia rústica, 320. *FOUSSIN: San Pablo arrebatado al cielo, 320. *METZ: La Vinta inesperada, 341. *DEJARDIN: Las Mulas, 349. *LESUEUR: El Marriro de San Lorenzo, 352. — Predicacion de San Pablo en Epiro, 353. *MURILLO: Una Joven Muza, 361. *VALENTIN: La Inocencia de Susana, 364. *DEHERO: La Virgen de la Mosa, 369. *CLAUDIO DE LORENA: El Abrevedero, 372.

*Los Campos-Elizos á vista de pájaro, 8. *El sueño del soldado, 46. — *PINTURAS DE VIDRIERAS: San Fernando de Castilla y Santa Adelaida de Hungría, 26. *Procesion de peregrinos en Pestil, 30. *Los desfiladeros de la ciudad, 41. *La musica sagrada, 45. *El Freibichor, 52. *Un volatin en Venecia, 57. *Dignidad e impuñencia, 61. *Una escena de invierno, 88. *Lago inferior de Killaroy, 93. *La Antigüedad y el Renacimiento, 120. *La ribera del Nilo, 128. *Las dos hermanas, 140. *La inundacion, 141. *Museo de Chani, 148. *San Leo, 162. *La primavera, 192. *Cubierta de un vapor, 205. *Pajecitos, 212. *El Morvan, 230. *Cascaedo de Gienbach, 250. *Los tronos de nieve, 278. *La Rastreadora de calamb (Berma), 281. *El odio, 313. *El trabajador eléctrico, 314. *Los niños mimados, 337. *La cosecha de frutas en Suiza, 365.

ARQUITECTURA.

*El puente de Toledo en Madrid, 13. *La iglesia de Loupiac, 40. *Nuestra Señora de Chalons-sur-Marne, 92. *La capilla del robo en Quilto, 120. *El teatro de Marcelo en Roma, 163. *Catedral de San Pedro en Troyes, 205. *Fuente de San Sulpicio en París, 213. *El Palacio de

Crstal, 272 y 273. *Catedral de Chartres, 238. *Vista interior de San Pantaleon en Troyes, 340.

*ESCULTURA. *Grupo de figuras cinceladas, 177. *Estatuas de Mueza, 221. *Museo Episco, 311. *El Retablo de la Cella, 315.

LITERATURA Y MORAL.

*POESIAS. La noche en la soledad, 34. La Cruz, por D. G. G. de AVELLANEDA, 350. Secretos del alma, 419. Poesía devota por FRANCIS, 171. El río, 184. Epitafio gratulatorio, por J. E. HARTZEBUTCH. La patria ideal, poesía traducida de Verner, 240. Las Mujeres verdaderas, composición fantástica en un acto. *NOVELAS. La Chakra del Diablo, por JORGE SAND, 4, 15, 21, 27, 35, 41, 52 y 58. Ricardo y Zulena, 60. La Noche de Navidad, 68, 77 y 82. El Día de Reyes, 83 y 90. Semáforos, 98, 106, 111, 124, 133, 140 y 146. Magdalena, por J. SANDER, 166, 169, 181, 189, 197, 200, 210, 217, 220, 237, 242, 250, 218, 205, 271 y 283. *Diario de un vicario de aldea, 280, 287. El leproso de la ciudad de Asno, 322, 335. Los Proyejos, 354, 362. Un matrimonio á cocodras, 369. *Cuentos, LEYENDAS, TRADICIONES, CANTIGOS, ANECDOTAS. M. Brown, 6 del posadero de Albany, 10. La mano

de mi madre, 26. Un presidiario generoso, 41. La peña hueca (cuento arabe), 101, 109. La copa de aguardiente, 113. Los rituales viejos 120. Inmortalidad Buffalocco, 135, 162. La novia de oro, por A. E. HARTZEBUTSCH, 174. Las noches del lago, 202. El vampiro, 280. *El Quinto Cuentos, 220 y 222. La resignacion, 287. Un viaje, 302, 306. *La Arcadia, 311. Un poeta y un actor, 309. *Una leyenda de Colonia, 310.

*MAXIMAS, PENSAMIENTOS, LECCIONES MORALES. — *Fragmentos: La familia de educación, el hijo, 11. — El respeto á la ancianidad, 12. El Cesta Romancero, — La Vaca de los cuernos de oro, 18. — Hostilidad y las Tres Empanadas, 19. La conciencia, 20. De los jiricos humanos, 27. Desde lo alto de una montaña, 31. Maximas de Schiller, 63. Maximas de Seno, 236. Gerhard el Ruso, traducido del alemán, 370.

USOS Y COSTUMERES.

Un soldado chino de viaje con su familia, 42. La ciudad de Londres, 219. *Convento de la Trapa, 223. La justicia en Argel, 246.

CIENCIAS Y ARTES.

FILOSOFÍA. Nace el hombre con la idea de Dios 22. Fagantismo idolátrico, 24.

HISTORIA NATURAL. Profesores de la medicina, 85. Fusi antidiurético, 147. *El mundo antiguo, 213. Locomoción de los animales, 268. *El Palangre, 257.

ESTADÍSTICA. Población relativa de diversos Estados de Europa, 16. Apuntes estadísticos, 223. Datos estadísticos, 214.

VARIEDADES.

Longevidad, 27. Universidades de España, 42. Cajas de ahorros, 134. El alumbrado en Venecia, 140. *Cálculo sobre el oro que circula en el mundo, 119. *Cortina y postes, 119. El primer libro que se imprimió, 258. Lengua y literatura portuguesa, 282. Baños fríos, 223. Una aída bíblica, 212. Historia de una joven salvaje, 265. La gota de agua considerada en su acción sobre la luz, 282.

MECÁNICA, INVENCIÓNES, DESCUBRIMIENTOS.

*Machina del puerto de Brest, 24. Invención del alfiler, 31. De la preparación del aceite de beleño, 43. Del uso del alfiler en las locuras nerviosas, 50. Descubrimiento neofológico, 76. Acos contra la

jaqueca, 47. Hervir de alcohol ó espíritu de vino, 87. * Bombas de aire de San German, 112. Higiénico, destarar, 224. Receta para hacer el agua de color rojo, 247. * Fabricación del vino de Champaña, 270 y 277.

AGRICULTURA Y HORTICULTURA.

Agricultura, 86. Modo de conocer las harinas, 128. Modo de conocer la fertilidad y la composición de las tierras, 259.

GEOGRAFÍA, VIAJES.

*Grua de Napoleón cerca de Ajaccio, 62. La Zafra, 93. *Cumbre del Chimborazo, 134. *Carta de Europa bajo la figura de un emperador, 224.

HISTORIA, BIOGRAFÍA.

*Sitio de la Rochela, 69, 71. *Pedralbes (1228) 88. *Bunker (Instrucción de los ciegos), 121. *La batalla de Sempach, 127. Lucano, 146. *Chateaubriand, 244, 262, 264, 270, 277. *Combate del navío el

Glorioso, 248. Venecia, 213. Tancredo, 216. Guerras del imperio (recondición de clima), 226. *Andrés Chénier, 231. Carlos Dickens, 239.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

